



JOSÉ LUIS HERRERO INGELMO

¡Es un animal!

La animalización del ser humano:
historias de metáforas cotidianas

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

¡ES UN ANIMAL!

JOSÉ LUIS HERRERO INGELMO

¡ES UN ANIMAL!

LA ANIMALIZACIÓN DEL SER HUMANO:
HISTORIAS DE METÁFORAS COTIDIANAS

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
Madrid, 2018

La versión electrónica de este libro está disponible en acceso abierto en editorial.csic.es y se distribuye bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución-Non Comercial-No Derivadas 4.0. La información completa sobre dicha licencia puede ser consultada en <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>. Esta licencia afecta solo al material original del libro. El uso del material proveniente de otras fuentes (indicadas en las referencias), como diagramas, ilustraciones, fotografías o fragmentos de textos, requerirá permiso de los titulares del *copyright*.

Las noticias, los asertos y las opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, solo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Publicación incluida en el programa editorial del suprimido Ministerio de Economía, Industria y Competitividad y editada por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (de acuerdo con la reestructuración ministerial establecida por Real Decreto 355/2018, de 6 de junio).

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado:
<https://cpage.mpr.gob.es>

EDITORIAL CSIC: <http://editorial.csic.es> (correo: editorialcsic@csic.es)



© CSIC

© José Luis Herrero Ingelmo

ISBN: 978-84-00-10444-3

e-ISBN: 978-84-00-10445-0

NIPO: 694-18-030-5

e-NIPO: 694-18-031-0

Depósito Legal: M-40293-2018

Maquetación, impresión y encuadernación: Medianil Composición, S.L.
Impreso en España. *Printed in Spain*

En esta edición se ha utilizado papel ecológico sometido a un proceso de blanqueado ECF, cuya fibra procede de bosques gestionados de forma sostenible.

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	17
1. Animales y hombres: una historia compartida	29
1.1. La visión humana de los animales en nuestra cultura.....	29
1.1.1. La mitología y la religión	30
1.1.2. La historia	34
1.1.3. La literatura.....	38
1.1.4. La simbología.....	43
1.1.5. La lingüística.....	45
1.2. Animales domésticos y animales exóticos	48
2. <i>Es un animal: metáforas genéricas</i>	51
3. El bestiario telúrico (los animales terrestres)	67
3.1. Mamíferos: <i>es un zorro</i>	67
3.2. Reptiles: <i>es una víbora</i>	258
3.3. Gusanos: <i>es una sanguijuela</i>	284
3.4. Arácnidos: <i>es una araña</i>	291
4. El bestiario aéreo	297
4.1. Aves y pájaros: <i>es un águila</i>	297
4.2. Insectos: <i>es una hormiguita</i>	392
5. El bestiario acuático	433
5.1. Peces: <i>es un besugo</i>	433
5.2. Crustáceos y moluscos: <i>es una lapa</i>	454
5.3. Anfibios: <i>es un sapo</i>	464
6. El bestiario imaginario: <i>es una arpía</i>	471
7. Los significados metafóricos	483
7.1. Rasgos físicos, psicológicos y morales.....	483
7.2. Las edades, las profesiones y las relaciones interpersonales	491
7.3. La metáfora animal como insulto: la misoginia verbal y la sátira política.....	498

8. Derivados, compuestos y fraseología en las metáforas animales.....	503
8.1. Derivados y compuestos.....	504
8.2. Fraseología.....	506
9. El bestiario americano	511
Conclusiones	519
Diccionarios y corpora	529
Referencias bibliográficas	530
Referencias en Internet.....	531
I. Nombres de animales (derivados, compuestos y fraseología).....	535
II. Clasificación de los nombres de animales	555

PRÓLOGO

En el texto que sigue a estas breves palabras liminares va a poder contemplar el lector una serie de cuadros llenos de interés. Lo serán no solo para el filólogo, pues han de llamar también la atención de cualquier persona preocupada por la historia de las palabras. Se trata de una obra que se ha ido construyendo con placer, con pasión y sosiego, cuyo autor ha logrado, además, que resulte de fácil y amena lectura. No se ha ahorrado ningún esfuerzo para organizar, primero, e interpretar, después, una buena parte del léxico animal y dar cuenta finalmente de la traslación metafórica que ha llevado a aplicar a los seres humanos algunos de los rasgos que creemos percibir en los integrantes de un mundo que no nos resulta ajeno. Es el resultado de un plan que José Luis Herrero ha preparado cuidadosamente, para lo que ha ido más allá de los hechos aislados, presentándolos dentro de un universo en que los distintos elementos que lo componen aparecen trabados entre sí.

Para ello ha empezado por organizar los distintos *tipos* de animales agrupándolos en capítulos. Ahí extrae sus rasgos peculiares, examinando a estos animales de una manera aislada, pero enlazándolos por una multitud de referencias internas. Si el lector quiere comprobarlo, bastará con que siga el estudio que el autor hace de los reptiles en el capítulo 3.2, donde verá las semejanzas que mantienen, pero sus peculiaridades también; todo ello explicando el porqué de la selección de determinados rasgos: unas veces por razones de índole enciclopédica; otras, debido a la interpretación que los hablantes han hecho de una realidad que a menudo desconocen y, no pocas, por motivos estrictamente lingüísticos, que van desde las distintas posibilidades combinatorias de cada una de las voces estudiadas, hasta el distinto marco textual en que estas pueden aparecer. Aunque quizá donde más clara sea esta relación es en algo que podría pasar desapercibido: los excelentes índices de que dota a su obra, que no voy a detallar aquí.

De esta manera se ordena todo este material que sirve para entender cómo se traslada la imagen que se tiene de los animales a la descripción de los seres

humanos. Y esto lo hace un historiador de la lengua española, que sabe elegir entre los datos lexicográficos y no lexicográficos de que dispone, guiado, aparte de sus lecturas, por la orientación que encuentra en los corpus más accesibles.

Se da a conocer así una parte importante del aprovechamiento que los hispanohablantes hemos hecho de los animales para la creación léxica. Lo cual, en algunos casos, refleja algo de cómo somos —o cómo creemos ser—, dado que la historia de nuestras palabras no es ajena a la construcción de nuestra propia historia. Para lograrlo, el autor ha actuado como un filólogo-detective, siguiendo las pistas que le proporcionan 320 nombres, a los que añade 146 derivados y compuestos sintagmáticos, como *araña* peluda; *ave* carroñera, fría, zonza; *bestia* negra, parda, peluda; *bicho* raro; *buey* broco; *burro* cachero, embarcado, porfiado, tusero; *caballo* americano, blanco, loco, negro, percherón; *chancho* encebado, rengo; *culebra* parada; *elefante* blanco; *fiera* corrupta, echada; *gallo* guinea, quíquere; *gata* parida; *gato* viejo; *lobo* solitario; *mono* gordo, porfiado; *mosca* blanca, cojonera, muerta; *oveja* descarriada, negra; *pájaro* gordo; *pargo* barato, de mucho meringuito, estérico, macera; *patito* feo; *pato* cojo, malo, mareado; *pavo* real; *perro* nuevo, viejo; *pez* chico, gordo; *piojo* blanco, pegadizo, pegado, resucitado; *ratón* colorado; *sapo* verde; *toro* corrido; *vaca* sagrada; *zorra* muerta. Lo que se completa, para terminar con los fríos datos numéricos, con la incorporación al estudio de 198 elementos fraseológicos, como *(ser) más frío que la picha de un pez*; *(ser) más pesado que una vaca en brazos*; *(ser) más pobre que las ratas (que una laucha)*; *(ser) más resbaloso que la guabina*, etcétera.

Estamos ante algo muy distinto a un ejercicio de estilo que consistiera en saltar a través de unos pocos ejemplos a las elevadas alturas del origen, ser y existir de los españoles. El texto se dirige más bien a mostrar ese cotidiano vivir en que los hispanohablantes hemos contado con una enorme variedad de formas de mirarnos en el espejo de los animales. Las generalizaciones que se hacen son inobjetables, como la que muestra la tendencia a escorarnos hacia lo negativo cuando nos fijamos en nuestros vecinos biológicos. Es lo que ocurre al tildar a una mala persona de *alacrán*, *alimaña*, *arpía*, *avechicho*, *bacalao*, *bagre*, *bestia*, *bicho*, *buitre*, *cabestro*, *cabrón*, *cabrón con pintas*, *cangrejo*, *cerdo*, *chancho*, *cochino*, *cuervo*, *escorpión*, *gorrino*, *guarro*, *gusano*, *gusarapo*, *hijo de perra*, *jaiba*, *león*, *lombriz*, *mala pécora*, *marrajo*, *marrano*, *miura*, *monstruo*, *moscona*, *oruga*, *pardal*, *perro*, *piojo*, *piojoso*, *puerco*, *rata*, *rata de cola pelada*, *rodaballo*, *sabandija*, *serpiente*, *tigre*, *vaca*, *víbora* y *viborezno*.

De ese modo, los animales se convierten las más de las veces en prototipos de los rasgos psicológicos negativos de las personas. Contando con las pistas que da el libro, ahí tenemos, en el caso del intelecto, al propio *animal*, al *burro* o al *cernícalo*, con los que aludimos a quien nos parece ignorante, tonto o torpe; como el *pavo* nos sitúa ante quien es, dicho por medio de otra traslación metafórica, soso. La *cotorra* y el *loro* se refieren a los habladores, el *tórtolo* a los inexpertos, el *gallito* a los presuntuosos, el *zángano* a los vagos, las *mulas* a los tercicos, los *borregos* a

quienes carecen de iniciativa. De cuantos textos se utilizan en el libro para comprobar la valoración negativa que hacemos de algunos rasgos de estos seres vivos con los que convivimos —por decirlo de algún modo— en el planeta, le tomaré prestado a José Luis Herrero su referencia al *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus estados: contra lo que Nicolás Maquiavelo, y los políticos en este tiempo enseñan*, de finales del siglo xvi, del jesuita Pedro de Ribadeneira. Hay en él una desmesurada complacencia en la maldad, explicada con el recurso a los animales, para mostrar de una manera expresiva la hipocresía:

La suma de todo lo que enseña Maquiavelo y los políticos acerca de la simulación y virtudes fingidas del príncipe, de que habemos hablado en el capítulo pasado, se cifra en formar y hacer un perfectísimo hipócrita, que diga uno y haga otro, y que sea como *un monstruo, compuesto de varias figuras*; que parezca oveja y sea lobo, con el rostro de hombre y el corazón de vulpeja; que tenga más pintas que un leopardo... y remede la voz del hombre para engañarle, y le despedace y trague, y después llore como el cocodrilo; y por defuera parezca blanco, y dentro tenga la carne dura y negra, como el cisne...; y como las monas, que imitan las acciones del hombre y siempre se quedan monas; y como la mariposa, que vuela y parece hermosa, y deja su semilla, de la cual se cría la oruga, pintada con varias colores, que roe y consume la lozanía y fruta de los árboles. Tal es el príncipe hipócrita y taimado que pinta Maquiavelo, que quiere que dé a Dios las hojas, y los frutos al demonio.

José Luis Herrero se ha ocupado también de un aspecto particular de la expresión de lo negativo, como es el de la literatura misógina —y no ha dejado de señalar que eso ha ocurrido «lamentablemente», con lo que muestra que es posible dar cuenta de unos determinados usos sin permanecer neutral ante ellos—. Como en otros aspectos de esta obra, se abre aquí una posibilidad de ir más allá de lo lexicográfico (que evidentemente no era una meta de este libro), como ocurre con el empleo de *loba* y otros depredadores utilizados para denigrar a las mujeres, para lo que deberíamos aplicar a algunos ejemplos el bisturí de lo filológico, a la manera de como lo ha hecho Nicasio Salvador con esta y alguna palabra más.

La publicación del libro supone un acicate para seguir avanzando en el estudio de las metáforas que toman a los animales como base de comparación, pues el camino no ha hecho más que empezar. Y no piense su autor que me meto, como decía mi madre, en sus bienes y que trato una vez más de darle un consejo, pues es él quien mejor sabe que no le va a resultar fácil, con esta publicación en la mano, abandonar esos caminos que acaba de abrir, en los que le esperan mil aventuras cuya exposición no podría encerrar en un solo libro. Querría por eso tomar este que tenemos delante como una guía orientadora para afrontar otros muchos trabajos que debieran emprenderse en un futuro no muy lejano.

Pensando en la posibilidad de continuar estudiando las metáforas de cuño animal me fijaré, solo como ejemplo, en las siguientes palabras de Luis Faraudo refe-

rentes a la aplicación de los nombres de los animales a las máquinas de guerra; lo que me ahorra cualquier explicación:

Las caprichosas denominaciones de los ingenios medievales, simple transformación de la tormentaria de la antigüedad, no parecen tener otro fundamento que la imitación de las aplicadas por los romanos en la nomenclatura de sus piezas, singularmente de aquellas designadas como la *gossa*, la *gata*, la *cabreta*, con nombres zoológicos generalizados en la tormentaria clásica, verbigracia: aries, cuniculus, corvus, lupus, musculus, onager, scorpio, testudo, etc., imitación que hemos de notar también en el vocabulario de la primitiva artillería pirobalística que distingue sus bocas de fuego ya con nombres de reptiles (*áspid*, *basilisco*, *culebrina*, *dragón*, *dragoncillo*, *serpentina*), ya de accípitres (*falcón*, *falconete*, *esmerejón*, *gerifalte*, *sacre*, etc.).

Dejemos las cosas aquí, sin movernos por otros derroteros en que puede saltar la metáfora animal, como es el caso la designación de otros instrumentos o de sus piezas...

Un filólogo que se acercase al estilo de un escritor no debiera dejar de lado la manera como este aprovecha el desplazamiento de sentido que suponen los usos metafóricos. Y hasta, si fuera posible, tendría que tratar de determinar cuáles son los campos más abonados para la creación de sus metáforas, como ha hecho el autor de esta obra dando cuenta de la importancia que estos procesos tienen en Galdós. El novelista caracteriza, por ejemplo, a Timoteo Pelumbre como un *chacal*: «Inquieto, feroz y pequeño, [...] tenía todas las apariencias del *chacal*, la mirada baja y traidora, los músculos ágiles, el golpe certero» o a Pepe Orozco como «grande hombre para los negocios, sin entrañas, duro, y económico en su vida interior hasta la sordidez, también algo *zorro* y de doble fondo como su hijo»; *zorro* continúa empleándose en otras obras, como *Realidad*, *Tristana*, *Misericordia* o *España trágica*. Sus metáforas «animalizadoras», frecuentemente usadas como insultos, abarcan una amplia variedad de animales: *águila*, *araña* ‘prestamista’, *ardilla*, *arpiá*, *avefría*, *bacalao*, *bicharraco*, *borrego*, *borricote*, *buey*, *buitre*, *burro*, *cabrón*, *caracol*, *carcoma*, *cernícalo*, *comadreja*, *coneja*, *cuco*, *escarabajo*, *escuerzo*, *galápago*, *gallo*, *gorila*, *guacamayo* «mal vestido», *hiena*, *hormigueta*, *lagarto*, *lagartija*, *lechuzo*, *mastodonte*; y, con una alta frecuencia, *basilisco*, *culebrón*, *marrano*, *lombriz* y *mico*. Lo que importa es que el recurso a la «metaforización animalizadora» muestra a un Galdós que se sirve no solo de metáforas que ya tenían recorrido en la lengua, sino que él mismo las pone otras en circulación, si no es que es él quien las ha creado. Es el caso de *bestia negra*, *bicharraco*, *fauna*, *gorila*, *galápago* y *mastodonte*.

Aparece así don Benito como uno de los escritores de la época moderna con más capacidad «metaforizadora». Idea que se refuerza saliéndonos de lo estrictamente lingüístico para acercarnos al dominio de lo psicológico, por si ello permitiera entender la tema que tiene el escritor con los peces, que le lleva a distribuir esta palabra, en forma de apellido, por muchas de sus obras. Y se aplica entonces a personajes tan miserables como aquel *Pez* que tanto contribuyó a la destrucción

de *La de Bringas* o a don *Ramón del Pez*, *servidor de sí mismo* que aparece en *La desheredada* y que el novelista lo explica remontándose irónicamente hasta el Génesis, donde se topa en el momento de la creación de las aguas, con esta especie corrupta con la que entroncaba el personaje, pues cualquier *Pez* es «más que un hombre [...] una generación, y más que una persona [...] una era, y más que un personaje [...] una casta, una tribu, un medio Madrid, cifra y compendio de una media España, [...] el número [de los cuales] era tal que ya no se podía contar. Invoquemos el texto divino: *Crescite et multiplicamini, et replete aquas maris*». Así, pertenecen a esta familia funcionarios, militares, magistrados, promotores fiscales, obispos, capataces, recaudadores de contribuciones, empleados de Sanidad, vistas de Aduanas, inspectores de Consumo, jefes de Fomento, oficiales cuartos, séptimos y quincuagésimos de Gobiernos de provincia. Una especie que Augusto Miquis sitúa así en el orden zoológico: «Orden de los *malacopterigios abdominales*. Familia, *barbus voracissimus*. Especie, *remora vastatrix*». Llegó el novelista en *El caballero encantado* a considerar a España como una pecera, y se atreve a dotar a la voz *pez* de una nueva acepción: «negocio», mientras contamina al adjetivo *ictíneo* de las connotaciones negativas del sinónimo. Tan hondo ha calado este nombre en él que —volvamos a *La de Bringas*— cuando establece una tipología de las personas por su aspecto, coloca en un lugar de honor la cara pisciforme.

Por lo dicho, se verá el aprovechamiento que puede hacerse desde la filología o, si se prefiere, desde la estilística, de un procedimiento que ya aparece desbrozado en este libro, preparado para que se le pueda seguir la pista que conduce a dar con los sinónimos y derivados de las voces estudiadas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con *tortuga*, de la que el propio Galdós nos sitúa en el punto de partida, explicando su aplicación a los humanos por su lentitud y torpeza. Cuadremos ahora los datos que se proporcionan en el presente libro sobre este *reptil del orden de los quelonios*, con los del siguiente ejemplo de 1840 de la revista leonesa *Fray Gerundio*, que está en el *CDH*: «La tortuga es un animal anfibio que anda muy poco y tiene unas conchas muy duras, y Arrazola es un ministro atortugado que con sus disoluciones anfibias y sus conchas testudíneas y agalapagadas no ha dejado dar en un año mas que un medio paso en la carrera de las leyes»; se nos presenta con ello la oportunidad de llegarnos, primero, al derivado *atortugado* y, a partir de él, a los sinónimos *testudíneo* y *agalapagado*. Cruzando la información que podemos ir allegando entre todos, resulta factible lograr a un mejor conocimiento de los vericuetos por los que se mueven las palabras del pasado.

Son muchos los apoyos con que contamos ahora para poder orientarnos sobre la dirección que toman las innovaciones léxicas en este terreno de la «metaforización animalizadora»; pero no debiera olvidarse la existencia de un cierto relativismo en la valoración de las voces de que partimos (en el caso del relativismo cultural, baste con señalar la diferencia de interpretación que se da del lado de acá a la boa y la que encontramos en la mitología azteca, mantenido aún en el imaginario mexi-

cano). Lo cual afecta incluso a aquellas metáforas que han adquirido la condición de símbolo, como ocurre con la abeja, por otra parte, tan cuidadosamente estudiada en este libro. Nuestra civilización ha tomado en consideración algunos rasgos (dejemos de lado que no coincidan con los que no han seleccionado otras: la china, por ejemplo), como es su capacidad de previsión y laboriosidad, junto a un instinto que los obliga a colaborar en la empresa colectiva de mantener la vida de la colmena y, consiguientemente, a obedecer con docilidad. Por esa obediencia, en *El cortesano traducido en nuestro vulgar castellano, nuevamente agora corregido* (Anvers, 1574, f.º 208 r), se aprovecha esta condición de la abeja para ponerla como ejemplo del comportamiento que han de tener los súbditos ante el poder:

[...] parece cosa razonable que los pueblos sean gobernados por un príncipe, como lo son también muchos animales, a los que la misma natura les muestra la obediencia como cosa muy saludable [...] las abejas, casi como si usassen de discurso de razón, tienen tanto acatamiento a su rey que no lo le tienen mayor los más sujeto pueblos del mundo.

El hecho es que actuamos seleccionando a nuestro antojo, según nos convenga, los que nos parecen rasgos caracterizadores de las abejas. Los escritores son los más proclives a rizar el rizo de la imaginación para apurar hasta el final la extensión de significado de las palabras y añadir, en este caso, otras formas de sacar provecho del insecto, como hace Basilio de Cesarea justificando por medio de las abejas el interés que tenían los textos de la antigüedad pagana para la formación de las personas, pues, como hacen estas, «posándose en todas las flores solo chupan de ellas los jugos más dulces y sabrosos». Francesco Petrarca, siguiendo a Séneca, lo aplica a una forma de *imitatio* por medio de la imagen de las abejas, que, mezclando distintos elementos de la naturaleza, logran uno diferente y mejor, la miel: «ut scribam scilicet sicut apes mellificant, non servatis floribus sed in favos versis, ut ex multis et varus unum fiat, idque aliud et melius».

Pero se puede dar un paso más en el proceso de metaforización con el que se construye un símbolo, degradando la imagen positiva que se contiene en él. Así, no parece que aquellos valores de «constancia, eficacia y actividad» de que presumía el consorcio llamado *Rumasa*, expresados junto a la abeja que aparecía en su logotipo, sigan siendo la interpretación que se le da a este en la actualidad.

Parece más sólida la aplicación de ese símbolo al Centro de Estudios Históricos, cuyos integrantes se sentían fundadamente orgullosos del excelente trabajo que desarrollaron, con no poco esfuerzo, bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal. Es lo que se muestra en la parte III del documental atribuido a Luis Arquistain, *La arboleda encontrada*, donde aparece el rótulo: «La colmena científica», compuesta por investigadores que, junto con don Ramón, aparecen retratados a la entrada del edificio de Almagro, 26: Homero Serís, Javier Sánchez Cantón, Américo Castro, Ricardo de Orueta, Elías Tormo, Amado Alonso y Tomás Navarro.

Todavía en 1944, desde el exilio, José Moreno Villa recurre al mismo símbolo para explicar por medio de él los tiempos heroicos de la institución:

Con Menéndez Pidal trabajaban Américo Castro, Onís (al principio), Navarro Tomás, Solalinde, Alfonso Reyes, Amado Alonso y algunos más que no recuerdo. En el título llamé a todo este conjunto de sabios y aprendices «tramoyistas y autores»; después, soldados y jefes; pero quizás la imagen antigua sea la que más convenga al Centro de Estudios Históricos y a sus miembros: colmena de abejas. Cada sección era una colmena, pero las abejas iban de una a otra a consultarse en ciertos casos, para ver si las conclusiones obtenidas por la vía artística coincidían con las logradas por el camino de la literatura y viceversa.

Pero aquí tenemos a don José Ortega y Gasset considerando negativamente esta imagen de la abeja, sobre la que se sustentaba este símbolo que veíamos como positivo. Se entenderá que siendo yo filólogo, a la vez que uno de los pocos orteguianos de mi generación, prefiera abstenerme de comentar el texto siguiente del filósofo:

El filólogo, solícito como la abeja, suele ser, como ella torpe. No sabe a qué va todo su ajetreo. Sonambúlicamente acumula citas que no sirven para nada apreciable, porque no responden a la clara conciencia de los problemas históricos.

No estamos ante un caso de polisemia, sino que nos las habemos con una manera buscada, plenamente consciente, para derribar algo que se toma como un mito impropio. De nada serviría para evitarlo que quienes lo construyeron —con buenas razones para hacerlo— pensaran que lo habían blindado contra las inclemencias de la realidad y de las tempestades que azotan a los espíritus.

Pero basta de cerrar y abrir puertas hacia ese futuro en que merecería la pena afrontar algunos trabajos tan necesarios como posibles, en este campo de la «metáforización animalizadora». Porque lo que me importa es señalar que este libro no solo es, como decía al principio, útil para el filólogo y de fácil y amena lectura para quien simplemente se quiera entretener aprendiendo muchas cosas de la historia de las palabras de nuestra lengua, pues servirá además de acicate para que, de una manera más consciente, observemos los mecanismos que intervienen en la creación léxica. Hace tiempo, cuando el contenido de todas estas páginas estaba aún en borrador, aunque muy avanzado, le aconsejé a José Luis que se esforzara todo lo posible para hacerlo comprensible a cualquier persona que pudiera tener algún interés en estos asuntos. Compruebo ahora que ha seguido el consejo, sin que ello le haya restado a la obra nada de profundidad. Ello explica que estemos ante una contribución que hay que tener muy en cuenta para comprender mejor algunos cambios que ha experimentado un nutrido grupo de palabras de nuestra lengua, a la vez que para conocer mejor algunos de los mecanismos fundamentales del cambio semántico.

REFERENCIAS

La alusión a Nicasio Salvador se dirige a su artículo «La tradición animalística en las *Coplas de las calidades de las donas*, de Pere Torrellas», *El Crotalón*, 2, 1985, pp. 215-224. El texto de Luis Faraudo está en su libro *Semblanza militar de Jaime el conquistador*. Discursos leídos en la Real Academia de Buenas Letras, 12 de junio de 1941, Barcelona, 1941, p. 36. La referencia a Basilio de Cesarea procede de Tomás González Rolán, Antonio López Fonseca y José Manuel Ruiz Vila, *La génesis del humanismo cívico en Castilla*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2018, p. 88, n. 52 y la cita de Petrarca la tomo de Blanca Perinián, «Un caso de imitación compuesta, el aula de Cortesanos», *El Crotalón*, 1, 1984, p. 280. He extraído de un par de trabajos míos (*La historia como pretexto*. Discurso de ingreso en la Real Academia Española, Salamanca, 2002 y «Defensa desapasionada de la Filología: la lengua española y la Junta para Ampliación de Estudios», en José Manuel Sánchez Ron y José García-Velasco [eds.], *100 años de la JAE. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes y Fundación Francisco Giner de los Ríos, 2010, tomo II, pp. 13-39) algunos datos sobre los *Peces galdosianos* y sobre la *abeja* como símbolo de la Junta para Ampliación de Estudios.

José Antonio PASCUAL RODRÍGUEZ
Real Academia Española

INTRODUCCIÓN

Metáphora es quando por alguna propiedad semejante
hazemos mudança de una cosa a otra como diziendo
es un *león*, es un Alexandre, es un azero por dezir
fuerte e rezio e llámase *metáphora* que quiere dezir
transformación de una cosa a otra.

(*Gramática castellana*, Antonio DE NEBRIJA)

Metaphor is a primary tool for understanding
our world and our selves.

(*More than a cool reason*, xii, LAKOFF y TURNER)

A los veinte años será pavón; a los treinta, león;
a los cuarenta, camello; a los cincuenta, serpiente;
a los sesenta, perro; a los setenta, mona;
y a los ochenta, nada.

(*Oráculo manual y arte de prudencia*, Baltasar GRACIÁN)

Así definía el maestro andaluz la figura retórica por excelencia y así marcaban su importancia Lakoff y Turner (1978), representantes fundamentales de la lingüística cognitiva. Por otra parte, el jesuita aragonés resumía las etapas por las que todos nosotros pasamos y las compara con diferentes animales, con el hilo conductor del león entre ambos textos. En ese «nada» final, por cierto, resuena el tremendo endecasílabo con el que cierra Góngora su *Mientras por competir con tu cabello*: «en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada».

Este libro, que ahora comienza, no trata del «embrutecimiento» del hombre (que también): solo quiere contar, de forma sencilla, cómo a lo largo de la historia de nuestra lengua los hablantes hemos utilizado los nombres de los

animales para referirnos a nuestros rasgos físicos y a nuestra manera de ser (rasgos psicológicos) y de comportarnos (a nuestras virtudes —menos— y a nuestros defectos —bastantes más—); también, con ellos, nos hemos referido a las diferentes edades, profesiones y relaciones interpersonales. Casares (1950: 111), prestigioso académico y experto en diccionarios, se refería a las metáforas basadas en nombres de animales en uno de los libros fundacionales del estudio de los diccionarios españoles, su *Introducción a la lexicografía moderna*:

Particularmente instructivo, en cuanto a la mayor o menor capacidad de los nombres concretos para engendrar acepciones figuradas, sería un capítulo dedicado a la fauna. Si nos dicen, por ejemplo, que «Fulano es un zorro», todos entendemos sin vacilar que se trata de un individuo astuto y solapado. Si nos dijeran, en cambio, que «es un lobo», no sabríamos a qué atenernos, a pesar de que este animal abunda más y anda más cerca de los hombres. *Liebre* es estigma notorio de cobardía; *conejo*, en cambio, carece de valor traslaticio. Entre todas las especies de monos, solo es el *mico* el que encarna la lujuria, al paso que el afán de imitación, característico de todo el género, ha ido a fijarse en la *mona*.

Ese proceso forma parte (importante) de las numerosas metáforas que designan al ser humano desde otros ámbitos del mundo que nos rodea: «es un *adoquín*» («persona torpe e ignorante») viene de la comparación con un objeto; «es un *limón*» («de carácter agrio») se basa en una comparación con una fruta; «es un *Adonis*» («joven hermoso») es una referencia a la Mitología (el amado de Afrodita); «es una *mesalina*» («mujer poderosa o aristócrata y de costumbres disolutas») es imagen que procede de un personaje histórico (Valeria Mesalina, la tercera esposa del emperador Claudio). La metáfora no es solo una figura retórica; es, sobre todo, un procedimiento psicolingüístico tan fundamental en el conocimiento del mundo como difícil de definir. La bibliografía sobre ella es apabullante y este libro quiere convertirse en una pequeña contribución al estudio de ese cambio de significado que vertebró el lenguaje humano, referido a nuestra lengua. *Cfr.* Martínez Dueñas (1993) y Chamizo (1998).

Hoy, después de muchos trabajos que nos ha deparado la lingüística cognitiva, sabemos que la metáfora es mucho más que la reina de las figuras retóricas. Somos conscientes de que las lenguas naturales se diferencian de las lenguas artificiales (matemática, lógica, cibernética) en que hay ambigüedad (polisemia, homonimia) y un uso de expresiones no literales (preguntas indirectas, ironía, frases hechas y metáforas) que constituyen «mentiras referenciales»: «Mario *no* es un zorro», aunque sea muy listo.

El procedimiento metafórico es una manera de conocer la realidad, de establecer relaciones entre los objetos para «aprehenderlos» mejor, para —por aproximación— «comprenderlos» mejor. El modelo cognitivo de Lakoff (1987) se basa en la creencia de que conceptualizamos el mundo por medio de nociones corporales

o de la experiencia que permiten un proceso de abstracción (cualidades) a partir de conceptos más cercanos (en nuestro caso, los animales). Ese proceso cognitivo se sustenta, asombrosamente, en una base biológica: en el cerebro, cuando se produce determinados accidentes en ciertas zonas de la masa encefálica, los procesos metafóricos desaparecen.

Ullmann (1976: 241) estableció cuatro grupos de metáforas «que se repiten en las más diversas lenguas y estilos literarios: antropomórficas, animales, de lo concreto a la abstracto y *sinestésicas*»:

Otra fuente perenne de imágenes es el reino animal. Estas metáforas... se mueven en dos direcciones capitales. Algunas de ellas se aplican a plantas y a objetos insensibles. Otro extenso grupo de imágenes animales se transfieren a la esfera humana, en donde con frecuencia adquieren connotaciones humorísticas, irónicas, peyorativas o incluso grotescas. Un ser humano puede ser comparado con una inagotable variedad de animales: un perro, un gato, un cerdo.

Voy a centrarme en este trabajo en el segundo grupo, el de las *metáforas animales*. Creo que es necesario acudir al momento de la historia de las palabras en el que se documenta el cambio semántico (la aplicación al ser humano de rasgos de los animales) y estudiar los mecanismos, y el entorno textual y cultural que permite el alumbramiento del nuevo significado. Nos vamos a sumergir, pues, en el bestiario metafórico de la lengua española, que dispone ya de algunos estudios sincrónicos (*cf.* Hoyos —2000—, Echevarría —2003— y Borràs —2004—), pero al que le falta una visión histórica, diacrónica, que explique las circunstancias de su nacimiento y su proceso hasta hoy (hay que reseñar el interesante trabajo de Pilar y M.^a Luisa Montero *El léxico animal del Cancionero de Baena*, 2005).

En el funcionamiento de las lenguas, el aspecto físico (atractivo o repugnante), la manera de ser (encantadora o vomitiva) o el comportamiento (ejemplar o inmoral) del hombre y de la mujer se concretan en una serie de adjetivos, clase de palabras que —como es bien sabido— designa las cualidades. Son cualidades físicas (*delgado, gordo; veloz, lento*); cualidades psicológicas (intelectuales —*astuto, ignorante*— y de comportamiento —*ahorrador, grosero*—) y cualidades morales (*humilde, cobarde*). Todas ellas pueden ser positivas o negativas (cap. 7.1). También aparecen las diferentes denominaciones de las edades —*niño, adolescente...*—, las relaciones sociales —*jefe, víctima...*— y los nombres de profesión —*policía, proxeneta...*— (cap. 7.2).

Lakoff y Turner (1989: 171) señalan que el ser humano categoriza a las demás entidades del mundo en una jerarquía conformada del siguiente modo (*the basic great chain*):

HUMANO: actitud y comportamiento elevados (pensamiento, carácter).
ANIMALES: atributos y comportamiento instintivos.

PLANTAS: atributos y comportamiento biológicos.

OBJETOS COMPLEJOS: atributos estructurales y comportamiento funcional.

ENTIDADES FÍSICAS NATURALES: atributos y comportamiento físicos y naturales.

Como veremos más adelante, existe en las lenguas un constante flujo de intercambio de nombres entre estos ámbitos diferentes. A pesar de los pesares, seguimos sintiéndonos el centro del universo (estamos en la cúspide de la jerarquía ontológica). Proyectamos los nombres de las partes de nuestro cuerpo en la naturaleza y los nombres de lo que nos rodea (animales, plantas, objetos, hombres) en nuestro aspecto y en nuestra manera de ser y de comportarnos. Hay un juego de ida y vuelta que resulta siempre sorprendente: pero siempre el ser humano como punto de partida o de llegada. Frente a las metáforas antropomórficas, que suponen una proyección de los rasgos del ser humano en la realidad que le rodea («un *brazo* de mar», «la *falda* de una montaña», «la *boca* del metro»), están aquellas que efectúan el viaje inverso: proyectan formas y comportamientos de los seres de esa realidad en nosotros. Objetos, vegetales y animales aportan sus nombres en la denominación de nuestros rasgos físicos, psicológicos o morales. Son los esquemas metafóricos *los hombres son animales, los hombres son vegetales, los hombres son objetos*.

No voy a detenerme en este aspecto (porque es materia de otros estudios), pero hay que señalar que el tránsito metafórico del bestiario afecta también al mundo de los objetos y al mundo vegetal: la *pantera* es «ágata —cuarzo lapídeo— amarilla» (en su segunda acepción en el diccionario académico); hay *pasos de cebra* («por estar señalizado con unas franjas blancas paralelas, que recuerdan la piel de las cebras»); la *araña* es una planta en las Antillas. También hay un movimiento metafórico en el interior del bestiario. La *araña de mar* es un tipo de *cangrejo*; el *buey* o el *piojo de mar* son dos tipos de *crustáceo*; el *caballito del diablo* o el *ciervo volante* son clases de insectos; el *caballo de mar* es el *hipopótamo* y el *hipocampo* (pez pequeño «cuya cabeza recuerda la de un caballo»); el *oso marino* es una especie de *foca*.

Finalmente, hay que señalar que este cambio metafórico ocurre también en el mundo de los humanos al mundo animal: en el diccionario académico, encontramos al *frailecillo* (ave), al *hortelano* (pájaro), al *zapatero* (insecto), al *capellán* (un pez) e, incluso, al *segador* (una araña). En Canarias, la *oropéndola* es el *jornalero* (Gran Canaria) o la *chova piquirroja* —ave— es la *juanita* (Las Palmas).

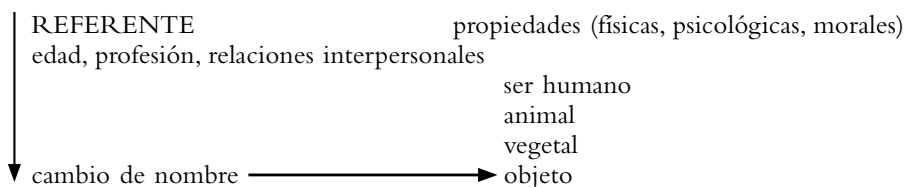
En la lengua, cuando se asienta la metáfora, surge una vía paralela a la mera aparición del adjetivo. Se crea una posibilidad de sinonimia, que parte de la necesidad del hablante de manifestarse con expresividad, con intensidad, con ironía, en determinados contextos concretos. Es un proceso de sustitución de adjetivos (portadores de la cualidad más importante) por sustantivos —nombres de animales— (referentes dueños de esas cualidades): «Es muy *listo*» = «Es un *águila*» («Es tan listo como un *águila*»). Como en el resto de las metáforas, funciona el esquema *arriba mejor/abajo peor*. Las aves tienen muchas más cualidades positivas que los reptiles, como veremos (*águila* versus *serpiente*).

La metáfora aparece, en principio, como una innovación de alcance limitado (como cualquier cambio semántico). Se da el nombre de un referente a otro referente. En esta fase inicial, esa metáfora es «creativa». Muchas metáforas que son propias de la poesía mantienen ese estatus limitado y constituyen parte fundamental del estilo y de la visión del mundo de los poetas. No puedo por menos de recordar la fuerza creadora metafórica de Federico García Lorca: ese mar que se nos presenta como «dientes de espuma, labios de cielo», por ejemplo. Algunas de esas metáforas creativas, sin salir del ámbito de lo poético, adquieren una cierta difusión. Es el caso, por ejemplo, de las metáforas que se refieren a los diferentes elementos de la belleza femenina que, durante los Siglos de Oro, representaban el canon de la mujer hermosa ilustrado por Botticelli en *La nascita di Venere*: las *perlas*, los *claveles*, el *crystal*, etc. Es obvio que las metáforas poéticas buscan no tanto la eficacia en la comunicación como el efecto estético.

Ivor Armstrong Richards definió de manera muy eficaz un proceso muy difícil de explicar: «In the simplest formulation, when we use a metaphor we have two thoughts of different things active together and supported by a single word, or phrase, whose meaning is a resultant of their interaction» («Metaphor», *The Philosophy of Rhetoric*, Oxford University Press, 1936: 93). Distingue el *tenor* (la idea principal, subyacente) y el *vehículo* (la idea bajo cuyo signo es aprehendida aquella). El hablante lleva a cabo la transacción de contextos.

Voy a recoger, en este trabajo, textos en los que aún no hay identificación entre el *tenor* y el *vehículo* (el elemento que se compara y el elemento con el que se compara), es decir, la comparación previa al proceso identificativo metafórico: aunque es interesante esta división en un plano teórico, en la historia del cambio de significado la comparación es el paso previo y, por tanto, conviene documentarlo también.

Las metáforas que han tenido una difusión más o menos amplia entre los hablantes son las que acaban en los diccionarios; y casi siempre tienen un origen anónimo. Estas son las que nos interesan y cuya historia, en la lengua española, vamos a intentar contar.



	<i>ser humano</i>	<i>animal</i>	<i>vegetal</i>	<i>objeto</i>
ser humano	<i>mesalina</i>	<i>herrero</i> (pájaro)	<i>dama de noche</i> (planta)	<i>juanete</i> (hueso)
animal	<i>zorro</i>	<i>buey de mar</i> (crustáceo)	<i>abejorra</i> (Canarias, planta y flor)	<i>chivo</i> (Cuba, bicicleta)
vegetal	<i>leño</i>	<i>margarita</i> (molusco)	<i>hiedra terrestre</i> (labiadas)	<i>fruta de sartén</i> (pasta de harina)
objeto	<i>adoquín</i>	<i>estrella de mar</i>	<i>candelabro</i> (planta)	<i>cuna</i> (espacio comprendido entre los cuernos de una res bovina)

Cuenca y Hilferty, en su *Introducción a la lingüística cognitiva* (1999: 100), proponen la siguiente lista de las metáforas más importantes:

<i>Morir es partir</i>	Nuestro amigo nos ha <i>dejado</i> .
<i>Las tareas difíciles son cargas</i>	Quiero quitarme este <i>peso</i> de encima.
<i>Las personas son animales</i>	El muy <i>burro</i> me dijo que no sabía resolver el problema.
<i>La vida es un viaje</i>	<i>Va por la vida</i> sin la más mínima preocupación.
<i>Las teorías son edificios</i>	Esta teoría carece de <i>fundamentos</i> empíricos.
<i>El tiempo es un objeto de valor</i>	El tiempo es <i>oro</i> .
<i>Las ideas son alimentos</i>	No pienso <i>tragarme</i> ni una mentira más.
<i>El amor es una guerra</i>	Ella lo <i>conquistó</i> con su sonrisa.

La preocupación por el mundo animal desde la Antigüedad tiene un aspecto material y práctico (alimentación, vestido, decoración), un aspecto socio-afectivo (los animales de «compañía», las mascotas), pero también una relación con el pensamiento ético y simbólico (su utilización en el mundo de las creencias, de los mitos, de la filosofía y de la moral, y de la literatura): desarrollaré estos aspectos en el capítulo 1.

En un libro imprescindible, explica Arthur O. Lovejoy (*La gran cadena del ser. Historia de una idea*, Icaria, Barcelona, 1983) la concepción aristotélica del mundo como una escala (en jerarquía) que parte de los cuatro elementos (agua, aire, tierra, fuego); continúa con los animales y los seres humanos, y termina con los ángeles y Dios. También con sus jerarquías internas (el león está por encima del conejo y este por encima del gusano):

A pesar de su reconocimiento de la multiplicidad de los posibles sistemas de clasificación de la naturaleza [Platón], fue Aristóteles quien principalmente sugirió a los naturalistas y filósofos de los tiempos posteriores la idea de clasificar todos los animales

(por lo menos) en una única *scala naturae* ordenada según el grado de «perfección». Como criterio de orden de esta escala, a veces utiliza el grado de desarrollo de la descendencia en el momento de nacer; de ahí resultaban, en su concepción, once grados generales, con el hombre en la cima y los zoófitos en el fondo (1983: 73).

La clasificación de los animales, que va a vertebrar la ordenación de este libro, no es sencilla. Aristóteles, en su *Historia Animalium* (1990), los agrupa por su semejanza y parentesco, y aporta interesantes comentarios. Durante mucho tiempo prevaleció un criterio «habitacional»: así había animales terrestres, acuáticos y aéreos (las ballenas o los cocodrilos estaban con los peces); así aparece en la *Historiae naturalis de piscibus et cetis* (1650) de Jan Jonston. En los bestiarios y en las recopilaciones enciclopédicas antiguas, se reducía la clasificación a los tres ámbitos en los que se mueven: el telúrico, el acuático y el aéreo. En el siglo XVIII, con Linneo (*Systema naturae*, Leyden, 1735), triunfó el criterio «morfológico»: en su edición de 1758 —comienzo de la nomenclatura zoológica— distingue seis clases:

- I. MAMMALIA (pilosa, in Terra, gradiuntur, loquentia).
- II. AVES (plumosae, in Aëre, volitant, cantantes).
- III. AMPHIBIA —REPTILES— (tunicata, in Calore, serpunt, sibilantia).
- IV. PISCES (squamati, in Aqua, natant, poppyzantes).
- V. INSECTA (cataphracta, in Sicco, exsiliunt, tinnitantia).
- VI. VERMES —restantes invertebrados— (excoriati, in Humido, panduntur, obmutescentes).

El desarrollo de la Zoología ha supuesto un planteamiento terminológico que ha sido complicado de verter en los diccionarios. El diccionario académico (y con él, casi todos los demás) ha hecho una adaptación que carece de coherencia en muchos casos, pero que sirve de acercamiento a una presentación más o menos ordenada de los referentes. Establece la siguiente clasificación y en cada grupo incluye los animales considerados nucleares en el grupo (*prototipos*):

PROTOZOO: (organismo) «constituido por una sola célula o por una colonia de células iguales entre sí, y que casi siempre es microscópico». [*ameba*, *paramecio* (suprimidos en la edición actual)].

METAZOO: (animal) «de cuerpo constituido por muchísimas células diferenciadas y agrupadas en forma de tejidos, órganos y aparatos». [*vertebrados*, *moluscos* y *gusanos*].

VERTEBRADO: (animal) «del grupo de los cordados que tiene esqueleto con columna vertebral y cráneo, y sistema nervioso central constituido por médula espinal y encéfalo».

AVE

ANFIBIO [*salamandra*, *sapo*]

MAMÍFERO

PEZ

REPTIL O RÉPTIL [*culebra*, *lagarto*, *galápago*]

INVERTEBRADO: (animal) «que no tiene columna vertebral».

ARTRÓPODO [*insectos, crustáceos, arañas*]

INSECTO: «con un par de antenas y tres de patas».

CRUSTÁCEO: «con dos pares de antenas, cuerpo cubierto por un caparazón».

ARÁCNIDO: «sin antenas».

MOLUSCO [*limaza, caracol, jibia*]

GUSANO

[MARISCO: «crustáceos y moluscos comestibles»]

He dedicado un capítulo a cada grupo de animales con un *criterio habitacional*: TELÚRICO (3), AÉREO (4) y ACUÁTICO (5). En el TELÚRICO, están mamíferos (3.1), reptiles (3.2), gusanos (3.3) y arácnidos (3.4); en el AÉREO, aves y pájaros (4.1) e insectos (4.2); y, finalmente, en el ACUÁTICO, aparecen los peces (5.1), los crustáceos y moluscos (5.2) y los anfibios (5.3). Añado un capítulo dedicado al BESTIARIO IMAGINARIO (6), aquellos animales que, sin tener referentes reales, han sido importantes en nuestra cultura y cuyos significados son metafóricos.

El objeto de este trabajo es documentar en los textos y en los diccionarios la aparición, el funcionamiento y la evolución de estas metáforas que vienen del mundo animal hasta nuestro uso actual. Como es obvio, la realidad de América, en lo referente a la fauna, es diferente de la Península Ibérica (y de Europa en general); por lo tanto, veremos cómo hay metáforas exclusivas del español americano y viceversa: no todos los nombres del español peninsular tienen procesos metafóricos al otro lado del Atlántico.

El corpus de este estudio procede, básicamente, de la revisión de los significados metafóricos de los nombres de animales en dos diccionarios académicos: el *Diccionario de la lengua española* y el *Diccionario de americanismos*. También he añadido usos metafóricos encontrados en otros diccionarios, en mis lecturas, en conversaciones con colegas y amigos, y en la propia documentación de los *corpora* académicos. Está formado por 320 nombres de animales: 138 (el 43%) pertenecen al BESTIARIO TERRESTRE; 124 (el 39%) al BESTIARIO AÉREO y 42 (el 13%) al BESTIARIO ACUÁTICO.

El 5% restante pertenece a los animales genéricos (10, el 3,1%) y a los animales imaginarios (6, el 1,9%):

— 10 nombres genéricos: *animal, alimaña, bestia, fauna, bicho, fiera, monstruo, cuadrúpedo, cachorro y alevín*.

— 6 nombres imaginarios: *basilisco, dragón, arpía, fénix, yeti y chinchintora*.

Los MAMÍFEROS son los más numerosos (113), seguidos de las AVES Y PÁJAROS (84); ya a más distancia aparecen los INSECTOS (37) y los REPTILES (19). Los menos frecuentes son los CRUSTÁCEOS (9), los GUSANOS (6), los ANFIBIOS (5) y, finalmente, los ARÁCNIDOS (3).

Hay 13 nombres genéricos de grupo o de subgrupo:

- 7 en los MAMÍFEROS: *acémila* —SOLÍPEDOS—, *pécora* —RUMIANTES—, *paquidermo* —PROBOSCIDIOS—, *primate*, *cuadrumano* y *simio* —PRIMATES—.
- 1 en los REPTILES: *sabandija*.
- 1 en los GUSANOS: *gusano*.
- 2 en AVES Y PÁJAROS: *ave*, *pájaro*.
- 1 en INSECTOS: *chupóptero*.
- 1 en PECES: *pez* (*peje*).

Tenemos 5 animales con nombres heterónimos para el macho y la hembra, todos ellos en los MAMÍFEROS: *toro* / *vaca*, *caballo* / *yegua*, *gallo* / *gallina*, *carnero* / *oveja*, *cabrón* / *cabra*.

Hay 38 nombres hipónimos:

- 17 en los MAMÍFEROS: *perro-galgo*, *lebrél*, *sabueso*; *toro-miura*, *novillo*, *matacán*; *buey-cabestro*; *cerdo-lechón*, *verraco*, *caballo-bucéfalo*, *rocín*, *garañón*, *potro*; *burro-quinicho* (pequeño); *cabra-cabrito*; *oveja-cordero*; *monomíco*.
- 1 en los REPTILES: *lombriz-lambrija*.
- 9 en las AVES Y PÁJAROS: *gallina-pollo*, *pipiolo*, *capón*; *ganso-gansarón* (bravo); *paloma-palomino*, *pichón*, *tórtolo*; *gorrión-gurriato*; *papagayo-loro* (rojo).
- 8 en los INSECTOS: *avispa-avispón*; *abeja-zángano*, *suncuán* (Honduras); *hormiga-bibijagua* (Cuba), *chichilasa* (México) y *bachaco* (Venezuela); *escarabajo-caculo* (Puerto Rico), *mayate* (Honduras).
- 1 en los PECES: *tiburón-marrajo*.
- 2 en los ANFIBIOS: *rana-renacuajo*, *samarugo*.

También tenemos 33 nombres sinónimos:

- 21 en los MAMÍFEROS: *zorro-raposo*; *ciervo-venado*; *cerdo-puerco*, *marrano*, *cochino*, *chanchó*, *gorrino*, *guarro*; *asno-pollino*, *borrico*, *guarro*, *jumento*; *yegua-jaca*; *mofeta-zorrino*; *garduña-fuina*; *cabra-chiva*, *chota*, *baifa*; *cordero-borrego*, *chiporro*; *conejillo de Indias-cobaya*.
- 1 en los REPTILES: *víbora-áspid*.
- 8 en las AVES Y PÁJAROS: *pavo-guajalote*, *guanajo*, *chompipe*; *halcón-tagarote*, *cuco-cuculillo*; *urraca-picaza*; *gorrión-pásula*; *avutarda-avucastro*.
- 2 en los INSECTOS: *chinche-jelepate*; *carcoma-quera*.
- 1 en los ARÁCNIDOS: *alacrán-escorpión*.

Son, en definitiva, 215 animales reales y 6 imaginarios.

También forman el corpus de este trabajo 146 derivados y compuestos (11 con entrada independiente) y 198 elementos fraseológicos (2 con entrada independiente) [*cf.* Capítulo 8].

He decidido, aunque hubiera sido interesante, no incluir en este corpus los gentilicios que proceden de un nombre de animal. Se trata de un proceso metonímico, no metafórico: la identificación del nombre del animal con un grupo de personas no procede de una igualdad de conductas o de formas, sino de una coexistencia en un contexto determinado. No obstante, solo enumero (aunque no doy datos lexicográficos y textuales) los casos encontrados, por su interés para completar la visión de esta influencia del mundo de los animales en el léxico referido a las personas:

ballenatos y *gatos* (Madrid), *gurriatos* (El Escorial), *lagartos* (Jaén); *boquerones* (Málaga), *caballeros* (Ceuta), *chicharreros* (Tenerife), *choqueros* (Huelva); *charapas* (tortuga, Perú oriental), *guachinangos* (Campeche, barrio de La Habana), *guanacos* (El Salvador), *llamas* (Bolivia —en Chile—), *monos* (Ecuador —en Chile—).

La información de cada nombre de animal con sentido metafórico tiene la siguiente estructura (marco con un ★ los no incluidos en el *DLE*):

- *Capítulo, grupo* (en su caso), *número identificativo y nombre del animal*. Va desde el 2.1. (Metáforas genéricas. *Es un animal*) hasta el 6.320. (Bestiario imaginario. *Es una chinchintora*). El *perro* es 3.1.14: bestiario telúrico —3—, mamíferos —1—.
- *Definición* del diccionario académico (salvo indicación en contrario) del *sentido recto* (normal). *Nombre científico*, tomado del *Diccionario de uso del español* de María Moliner. *Sentido metafórico* (*metafóricamente*); en algunos casos, ese sentido no está recogido en el diccionario académico: aparece solo en el *Diccionario de americanismos*, en el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, en el *Diccionario de argot de Espasa* o solo en los textos.
- *Etimología*, tomada del *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (1980-1991) de Corominas y Pascual, salvo indicación en contrario. *Primera documentación del sentido recto*; en las documentaciones, cuando no sea muy conocido su autor, añado alguna brevísimas alusión biográfica, o alguna orientación sobre el tipo de obra.
- *Documentaciones del sentido metafórico*. El mayor o menor número depende de la importancia y de la frecuencia de la metáfora. Como información complementaria, cito los adjetivos y los verbos que preceden en los *corpora* académicos, a las comparaciones del nombre precedidas de *como*, referidas a cualidades o conductas de los seres humanos; así, *LIEBRE* aparece precedido de los adjetivos *cobarde*, *ligero*, *rápido*, temeroso y *tímido* y de los verbos *correr*, *huir* y *saltar*.

- [En su caso, *informaciones complementarias de tipo cultural o simples curiosidades*, que pueden hacernos entender mejor el proceso metafórico. En algunos animales, añadido alguna nota sobre su valor simbólico, con información y citas del *Diccionario de símbolos* de Chevalier].
- [En su caso, aparecen después *los derivados y compuestos y la fraseología* que la palabra ha generado, con su correspondiente documentación; normalmente ocurre en los animales importantes culturalmente o con un uso metafórico frecuente.

El orden que sigo es: aumentativos, diminutivos y despectivos; derivados verbales; derivados adjetivos; derivados sustantivos; compuestos léxicos; compuestos sintagmáticos; locuciones; frases y expresiones.

En los refranes, me limito a señalar su presencia en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del profesor salmantino Gonzalo de Correas: el «maestro Correas»; en algunos casos también recorro a los *Refranes o proverbios en romance* (c. 1549) de Hernán Núñez. Solo aparecen, lógicamente, esas palabras o enunciados si mantienen un sentido metafórico: incluyo *como el perro y el gato*, pero *no dar gato por liebre*, por ejemplo].

- En los primeros nombres de los diferentes tipos de animales, he incluido información sobre el grupo al que pertenece: enumeración de los integrantes, tipo de significado (negativo o positivo), las primeras documentaciones (en sentido recto y metafórico) y los derivados, compuestos y fraseología. Son los siguientes:

Genéricos: 1. *animal*

Mamíferos: cánidos (11. *zorro*); félidos (18. *felino*); bóvidos (23. *toro*); cérvidos (31. *ciervo*); suidos (35. *puerco*); solípedos (45. *asno*); proboscídeos (60. *paquidermo*); rumiantes (75. *cabra*); carnívoros (66. *hurón*); roedores (92. *ardilla*); lagomorfos (102. *liebre*); primates (115. *primate*)

Reptiles: 124. *sabandija*

Gusano: 143. *gusano*

Arácnidos: 149. *araña*

Aves: rapaces (154. *águila*); gallináceas (174. *gallina*), palmípedas (188. *pato*); psitacíformes (202. *papagayo*); pájaros (213. *pájaro*)

Insectos: 236. *chupóptero*

Peces: 273. *pez*

Crustáceos: 301. *cangrejo*

Anfibios: 310. *rana*

Imaginario: 315. *basilisco*

En la medida de lo posible, he procurado documentar el significado metafórico de nuestras palabras. Su aparición en los diccionarios supone, en principio, la existencia de documentación previa. Pero a veces no es así. Ocurre más en el *Diccionario de americanismos* que, como se sabe, está elaborado con una serie de diccionarios previos, muchos de ellos basados no en un corpus textual, sino en la

competencia lingüística del autor. En algunas ocasiones, también sucede que el uso metafórico no está recogido en los diccionarios: *avestruz*, *cachorro*, *cocodrilo*, *elefante*... En otras, el sentido metafórico está documentado antes que el sentido recto: *avispón*, *canario*, *gurriato*, *gusarapo*...

Casi todos los textos proceden de los corpus académicos: *Corde* (orígenes-1975), *Crea* (1975-2000) y *Corpes XXI* (2001-2014). En los textos anteriores a la Academia, he normalizado la acentuación, pero he mantenido la puntuación. Cuando no he encontrado el uso metafórico en los *corpora* académicos, he recurrido al buscador de *Google* (estos textos tienen una forma reconocible y sus referencias están recogidas en notas al final del libro). Y no siempre estaban allí: por eso, hay algunas metáforas sin base textual, algunas de ellas del ámbito americano o del ámbito dialectal (*cauque*, *jaiba*, *rodaballo*, *samarugo*...).

En cuanto a la bibliografía, solo recojo en el listado final aquellas referencias que tienen una relación directa con el tema de este estudio (en el texto, las citamos abreviadas). Aquellas obras de las que he tomado un texto aislado están citadas, por extenso, en el texto (entre paréntesis).

1 ANIMALES Y HOMBRES: UNA HISTORIA COMPARTIDA

No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimiento de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.
(*Vientos del pueblo*, Miguel Hernández)

1.1. LA VISIÓN HUMANA DE LOS ANIMALES EN NUESTRA CULTURA.

1.1.1. LA MITOLOGÍA Y LA RELIGIÓN.

1.1.2. LA HISTORIA.

1.1.3. LA LITERATURA.

1.1.4. LA SIMBOLOGÍA.

1.1.5. LA LINGÜÍSTICA.

1.2. ANIMALES DOMÉSTICOS Y ANIMALES EXÓTICOS.

1.1. LA VISIÓN HUMANA DE LOS ANIMALES EN NUESTRA CULTURA

Y dijo Dios: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y mande
en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias
y en todas las alimañas terrestres,
y en todas las serpientes que serpean por la tierra».
[Et ait: faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram,
et praesit piscibus maris, et volatilibus caeli, et bestiis, universaeque terrae,
omnique reptili, quod movetur in terra]
(Génesis: 1,26)

Los animales y los seres humanos hemos compartido territorio, hemos sido amigos y enemigos. Ellos nos han servido de alimento, nos han servido de transporte, nos han dado compañía, nos han atacado o nos han defendido. Su aspecto, su comportamiento (movimientos, costumbres) han sido siempre punto de comparación con los nuestros. Hay un pasaje significativo en la Biblia: en el Eclesiastés (3, 18-19), se reflexiona sobre la relación hombre-animal y se pone en tela de juicio la preeminencia de aquel sobre este:

18 Yo dije en mi corazón, con respecto al estado de los hijos de los hombres, que Dios los prueba, para que vean que ellos mismos no son sino bestias.

19 Porque lo que sucede a los hijos de los hombres y lo que sucede a las bestias es lo mismo: como mueren los unos, así mueren las otras, y un mismo aliento tienen todos; no tiene preeminencia el hombre sobre la bestia, porque todo es vanidad.

Al fin y al cabo, en el variopinto paisaje de seres que miramos y con los que convivimos, compartimos el movimiento; son los que más cerca están de nuestra condición: somos, también, animales. Excepcionales, eso sí (para lo bueno y para lo malo). Como nos recuerda el profesor de filosofía de la Universidad de Salamanca Ricardo Piñero, en su magnífica monografía sobre el arte medieval *Las bestias del infierno* (2005: 11):

... el hombre ha sentido desde tiempos remotos una fascinación por el animal: lo ha admirado, envidiado, reverenciado, adorado, sacrificado... Ha visto en él lo otro de sí mismo, ha plasmado en él todos sus anhelos, sus deseos más íntimos, sus frustraciones, sus valores y contravalores. La historia del hombre ha corrido paralela, cuando no entrecruzada con la del animal.

Son, en efecto, historias paralelas, como nos asegura el paleoantropólogo francés Pascal Picq, en la obra que coordinó, *La historia más bella de los animales* (Picq *et alii*, 2002: 8):

Contar la historia de los animales es también contar la de los hombres. Porque si los animales tienen una vida, un pasado y una historia que les pertenece, han tenido que verse también incluidos en la aventura de los humanos, que jamás han podido vivir sin ellos. Esta convergencia ha revestido una capital importancia en la historia de la humanidad, porque ha contribuido al nacimiento de las primeras civilizaciones y marcado profundamente la imaginación de los hombres.

Este territorio común condiciona las relaciones entre ambos mundos que han sido tratadas en la mitología y en la religión (1.1.1), en la historia (1.1.2), en la literatura (1.1.3), en la simbología (1.1.4) y en la lingüística (1.1.5), que es ahora lo que más nos interesa.

1.1.1. LA MITOLOGÍA Y LA RELIGIÓN. Y vamos al principio. La explicación mitológica de algunos animales de nuestras metáforas ya está presente en esta

primera reflexión sobre el mundo. Quizás la historia más conocida es el origen de la *golondrina* y el *ruiseñor*: Tereo, rey de Tracia, se casa con Progne, hija del rey de Atenas: cuando Tereo regresa de Atenas con su cuñada, Filomela, la viola y le corta la lengua para que no hable; pero ella consigue contarle (¿bordando en tela o escribiéndolo con sangre?) lo sucedido a su hermana. Progne mata a su hijo y se lo da de comer al violador que, al saberlo, comienza una persecución contra las dos hermanas: los dioses se apiadaron de las dos hermanas y las convirtieron en aves: Progne en *ruiseñor*, Filomela en *golondrina* (el cruel Tereo en *gavilán*); en otra versión, Progne fue *golondrina*, Filomela *ruiseñor* y Tereo *abubilla*. Entre las aves, está también la *lechuga*: fue una ninfa, llamada Nictímene, que cometió incesto con su padre y fue convertida en animal nocturno, por la vergüenza de su pecado.

La *comadreja* fue Galantis, una criada de Almena, mujer de Anfitrión y amante de Zeus. Se cuenta que, cuando Almena estaba embarazada de Hércules, Juno, celosa esposa de Zeus, se disfrazó de vieja y, junto a la casa de la parturienta, cruzando los dedos, impedía el nacimiento de la criatura. La criada consiguió, dándole la falsa noticia del nacimiento, que deshiciera el cruce de dedos y pudiera así nacer Hércules.

Las *hormigas* eran los mirmidores (Μυρμιδόνες; μύρμηξ, «hormiga»), un pueblo de Tesalia que luchó con Aquiles en la Guerra de Troya. Según *Las metamorfosis* de Ovidio, Éaco, hijo de Zeus y regente de la ciudad de Egina, pide a su padre que convierta en hombres a las hormigas de un «alcornoque» cercano a la ciudad, puesto que una plaga promovida por la diosa Juno había despoblado la ciudad. Otra versión atribuye el origen del pueblo a que Zeus, enamorado de la princesa Eurimedusa, se metamorfoseó en hormiga para conquistarla y así nació su hijo, el rey Mirmidón. Los historiadores (Estrabón), más apegados a la realidad, explican el nombre porque aquellas tierras de Tesalia eran pedregosas y, para labrar los campos, tenían que retirar las piedras formando largas cadenas de hombres, como las hormigas.

Finalmente, la *araña* fue una doncella de Libia, magnífica hilandera, que quiso competir con Palas: viéndose vencida, se ahorcó, pero la diosa se apiadó de ella y la convirtió en un insecto.

El dominico fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, en su *Apologética historia sumaria* (1527-1550), magnífico resumen de la cultura indígena precolombina, enumera la adscripción de los animales a los dioses en el ámbito europeo, citando a Plutarco y a Virgilio:

De los animales también se consagraron algunos a los dioses, como el *perro*, a Diana; el *águila*, a Júpiter; el *tigre*, a Baco; el *pavón*, a Juno; el *león*, a Cibél, la madre de los dioses; el *caballo*, a Neptuno; el *cisne*, a Apolo; la *culebra*, a Esculapio; el *cuervo*, a Febo; el *picoverde*, a Martes; la *paloma*, a Venus; la *lechuga*; a Minerva; el *lobo*, a Martes; el

ánsar, a Juno; el *ave fénix*, al Sol. Esto dicen Plutarco en sus Problemas; Virgilio en el 1.º de las Eneidas...

[*picoverde*: «ave del tamaño de la tórtola, que tiene el color de sus plumas variado de manchas verdes, amarillas y de otros colores...» (*Diccionario de Autoridades*).]

Muchas culturas han visto en los animales a los dioses que rigen nuestras vidas. Incluso los griegos llegaron a imaginar seres fabulosos mitad hombre y mitad animales. El *sátiro* era, según el diccionario académico, un «ser de la mitología greco-romana, campestre y lascivo, con aspecto de hombre barbado con patas y orejas cabrunas y cola de caballo o de chivo»; la *sirena* era «ninfa marina con busto de mujer y cuerpo de ave, que extraviaba a los navegantes atrayéndolos con la dulzura de su canto. Algunos artistas la representan impropriadamente con torso de mujer y parte inferior de pez».

También en la citada *Apologética historia sumaria*, fray Bartolomé de las Casas da noticia de los diversos dioses animales en algunos pueblos:

Los de Siria, los peces y las palomas tuvieron por dioses. Los trogloditas, pueblos de Etiopía, veneraban los galápagos o tortugas por sus dioses. Los vecinos heliopolitanos, de la ciudad de Heliópolis, que los griegos llamaban Tebas según Diodoro, ciudad de Egipto, al buey. Los de Menfis, ciudad real de aquel reino, a la vaca. Los lentopolitanos, de otra ciudad de allí, la cabra. Los mendesios, de otro lugar de la boca del río Nilo, al cabrón. Los tebanos, de otra insigne y nominatísima ciudad del mismo Egipto, al águila. Los licopolitanos, vecinos de Licópolis, ciudad nombrada también de Egipto, tuvieron por dioses los lobos. Los babilónicos, a un animal que se llama cepo o capho.

En la misma obra, enumera las asociaciones que los egipcios establecían entre los animales y la conducta de los seres humanos.

Y porque dejimos de las figuras o caracteres con que los egipcios sus cosas sacras celaban, que se llaman en griego notas hieroglyphicas, quiero aquí poner algunas, de los autores que abajo se nombrarán sacadas. Por la culebra que se mordía la cola significaban todo el año y el discurso de los cuerpos celestiales; por la figura del león, el furor o arrebatamiento; por el pecho y partes delanteras del león entendían la fortaleza; por la *mosca*, la imprudencia o el hombre imprudente; por la *hormiga*, el cognoscimiento y la providencia; por la *cabeza del león*, los que velan y guardadores; el cielo pintado y que da de sí rocío, la disciplina y el arte; el *pelicano*, el hombre acechador y que anda en acechanzas. Por la *excusa*, que debe ser ave o animal no cognoscido, entendían el agradecimiento; por la *víbora*, la mujer que anda en acechanzas contra su marido. La *cigüeña* significaba los que aman a sus padres; la paloma significaba la ingratitud; la *hiena* pintada, que es cierto animal, daba a entender el hombre inconstante; por la figura de la *cabra*, el que muy bien oye o tiene buena fama; por el *anguilla*, el que no es visto de alguno; por el *camello* entendían el hombre perezoso. La figura del Apis o buey pintado o de munchas manchas, que ellos adoraban, les daba a entender el rey; el *bueitre* les significaba el ángel que nos guarda y la majestad... Por las *perdices*, los hombres que hacen injurias a otros; por el *pece hippopótamo*, que tiene las uñas vueltas hacia abajo, o por las mismas uñas del querían significar los hombres impíos e injustos; por el *alcón* o *azor* significaban la cosa presto...

Y también hemos compartido acontecimientos singulares en el marco de la religión. En el Génesis (6, 19-20), Dios manda a Noé:

de todo ser viviente, de toda carne, meterás en el arca una pareja para que sobrevivan contigo. Serán macho y hembra. De cada especie de aves, de cada especie de ganados, de cada especie de sierpes del suelo entra contigo sendas parejas para sobrevivir [«Et ex cunctis animantibus universae carnis bina induces in arcam, ut vivant tecum. Masculini sexus et feminini. De volucris iuxta genus suum, et de iumentis in genere suo, et ex omni reptili terrae secundum genus suum: bina de omnibus ingredientur tecum, ut possint vivere»].

Cada época representó, según sus valores, el bestiario que acogió Noé: por ejemplo, en la Edad Media el oso y el león iban a la cabeza de la procesión, acompañados por el ciervo y el jabalí (por su valor cinegético) y también el caballo (Pastoureau, 2009: 171 y ss.). Atanasius Kircher, en el xvii, publica su obra *El Arca de Noé* (1675) en la que describe detalladamente los animales: da poca importancia a los *Insecta* y a los *Reptilia*, pero se centra en los *Quadrupeda* (*Munda et Immunda*) y los *Volatilia*.

La Biblia ha influido decisivamente en nuestra cultura occidental; por tanto, su visión de los animales es determinante para entender por qué tenemos una visión positiva o negativa sobre ellos. En el Deuteronomio (14), se enumeran los animales *limpios* y los *inmundos*, los que el pueblo israelita podía comer y los que no.

³No comerás nada abominable. ⁴Estos son los animales que podréis comer: *el buey, la oveja, la cabra*, ⁵*el ciervo, la gacela, el corzo, la cabra montés, el íbice* [especie de cabra montés], *el antílope y el carnero montés*. ⁶Y cualquier animal de pezuña dividida que tenga la pezuña hendida en dos mitades y que rumie, lo podréis comer. ⁷Pero éstos no comeréis de entre los que rumian o de entre los que tienen la pezuña dividida en dos: el *camello*, el *conejo* y el *damán* [mamífero parecido al conejo de Indias]; pues, aunque rumian, no tienen la pezuña dividida; para vosotros serán inmundos. ⁸Y el *cerdo*, aunque tiene la pezuña dividida, no rumia; *será inmundo para vosotros*. No comeréis de su carne ni tocaréis sus cadáveres.

⁹De todo lo que vive en el agua, éstos podréis comer: *todos los que tienen aletas y escamas*, ¹⁰pero no comeréis nada que no tenga aletas ni escamas; será inmundo para vosotros.

¹¹Toda ave limpia podréis comer. ¹²Pero éstas no comeréis: *el águila, el buitre y el buitre negro*; ¹³*el azor, el halcón y el milano* según su especie; ¹⁴*todo cuervo* según su especie; ¹⁵*el avestruz, la lechuza, la gaviota y el gavilán* según su especie; ¹⁶*el búho, el búho real, la lechuza blanca*, ¹⁷*el pelícano, el buitre, el somormujo* [ave palmípeda], ¹⁸*la cigüeña y la garza* según su especie; *la abubilla y el murciélago*. ¹⁹*Todo insecto alado será inmundo* para vosotros; no se comerá. ²⁰Toda ave limpia podréis comer.

²¹No comeréis ningún animal que se muera. Lo podrás dar al forastero que está en tus ciudades, para que lo coma, o lo podrás vender a un extranjero, porque tú eres un pueblo santo al Señor tu Dios.

Llama la atención el *cerdo*, que en español tiene, como en el occidente en general, connotaciones negativas, mientras que es un elemento central en nuestra cocina. También el *buitre* y el *cuervo* tienen «mala fama», como veremos, entre nosotros.

Hace ya un tiempo, Louis Charbonneau-Lassay, historiador católico francés, publicó un libro curioso sobre la representación de Cristo en *tetramorfos* (hombre y tres animales) compendio de la creación y de las más nobles criaturas: *El bestiario de Cristo: el simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media* (1986; la primera edición es de 1940). En ella desarrolla y documenta el *tetramorfos*: «En el arte medieval, símbolo de los Evangelistas, consistente en cuatro figuras humanas con cabeza de animal». San Juan representa a Cristo como *león*, como *toro*, como *hombre* y como *águila*. Pero también esos símbolos tienen un sentido antitético:

... el *león*, emblema sobre todo de la realeza y la resurrección de Cristo por sus eminentes cualidades, por sus perfecciones reales o ficticias, también lo fue de Satán, el Anticristo, porque, en palabras de San Pedro, es el animal de presa que ruge y trata de devorar. Igualmente, el *águila* que también es imagen de Cristo en muchos aspectos, fue tomada para representar a Satán, el falso Cristo, porque, si bien es ave noble y magnífica, también es rapaz destructora; y ya por esta condición la clasificó el Deuteronomio —14,12— entre los animales impuros cuya carne no debías comer los israelitas.

También fue representado como animal destinado a ser víctima: *becerro*, *buey*, *carnero*, *oveja* y, sobre todo, *cordero* (*agnus Dei*). También fue el *ave fénix* (por su Resurrección).

1.1.2. LA HISTORIA. Los animales domésticos, los más cercanos al hombre, son lógicamente más frecuentes como referentes metafóricos. Liliane Bodson, historiadora de la Universidad de Lieja, en su interesante trabajo «Les animaux dans l'Antiquité: un gisement fécond pour l'histoire des connaissances naturalistes et des contextes culturels» (2011: 4), comenta cómo en los primeros tiempos desempeñan tareas fundamentales en la vida del hombre:

En cuanto a los animales domésticos, algunos se convierten, después de un entrenamiento adecuado, en compañeros de trabajo y de placer; razas de perros seleccionadas para la caza, la vigilancia, el ataque, la compañía; bueyes, equinos, camélidos para el transporte de personas y de bienes, en tiempos de paz y de guerra; palomas para la transmisión de mensajes.

La domesticación de los animales aparece a finales del Paleolítico y, en ese momento, aparece su desmitificación: el hombre toma conciencia de su papel preponderante. Antes, en su representación artística, era un ser inseguro, como nos recuerda Piñero (2005: 17):

... el hombre se oculta a sí mismo en su representación, ocultando su rostro y despreciando su cuerpo. En estados más avanzados de esta historia, breve historia, la representación de la figura humana se hibrida, se hace intermedia e intermediaria entre la pura figura humana y la figura del animal. Probablemente, buena parte de la representación iconográfica de la mitología... tiene en cuenta este carácter mestizo, centauresco, del que se nutren las primeras representaciones figurativas del cuerpo humano.

En la Antigüedad, Aristóteles llevó a cabo su primera descripción y clasificación. Hay un pasaje de su obra particularmente interesante para nuestro tema: están ya muchos de los rasgos que van a conformar las metáforas animales actuales. En su *Historia Animalium* (1990: 54 [488b]) describe, entre otros aspectos, sus diferencias de caracteres:

Los animales se distinguen también por las siguientes diferencias en lo que a su carácter respecta. En efecto, unos son mansos, tranquilos y no agresivos, como por ejemplo, el buey. Unos son inteligentes y tímidos, como el ciervo, la liebre. Otros innobles y astutos, como las serpientes, y otros nobles, valientes y magnánimos, como el león, y otros fuertes, salvajes y astutos, como el lobo. Resulta claro que animal magnánimo es el que viene de una raza noble, y animal fuerte el que no ha degenerado de su natural intrínseco. Y unos son perversos y malvados, como la zorra, otros furiosos, cariñosos y halagadores, como el perro, otros mansos y domesticables, como el elefante, otros vergonzosos y prestos a guardarse, como el ganso y otros celosos, como el pavo real.

Pero de todos los animales es el hombre el único dotado de discernimiento.

Sus seguidores, Claudio Eliano (cuya *Historia de los Animales*, citaré varias veces en este trabajo), Solino y San Isidoro de Sevilla, junto con la corriente literaria de las fábulas de Esopo, van a convertir a los animales en claves de virtudes y de vicios del hombre (visión simbólica).

En la Edad Media, los bestiarios aparecen como un intento de explicación del mundo y el arte de aquel tiempo, en piedra o en manuscritos, intenta captar en los animales una clave simbólica que ayude a entender la historia humana como un territorio donde se libra la lucha entre el bien y el mal. Desde el Génesis, cuando Adán da nombre a los animales, hasta el gran relato del arca de Noé, que los salvaguarda también de la extinción: es una imagen poderosa, el hombre y el animal compartiendo la salvación. Cualquier texto (sacro o profano) estaba frecuentemente iluminado con animales, que se convierten en una referencia didáctica: importaba menos el interés científico; es el carácter moral del que se impregnan lo que interesa. Son como el espejo de vicios y virtudes y eso se va a trasladar inevitablemente al lenguaje. Y ese espejo aparece tanto en los monumentos en piedra como en los manuscritos miniados.

Nicasio Salvador (2004) hace un detallado análisis del concepto de *bestiario* y de su presencia en la literatura medieval española. Después de establecer varias etapas previas que constituyen una tradición previa (la Antigüedad grecorromana, el *Physiologos* griego, los *Physiologi* latinos y las enciclopedias), lo define como:

una obra en verso (Thaün, Guillaume, Gervaise) o prosa (Beauvais), que, en la traducción del *Physiologus*, al que remonta, de una y otra manera, incorpora materiales procedentes de la Biblia, de la Antigüedad clásica y de la latinidad medieval. El sistema expositivo consiste en la descripción de distintos animales, existentes o fantásticos, cuyas peculiaridades interpreta, mediante el método de la exégesis tipológica, de un modo simbólico, con un propósito de didáctica religiosa y moral (2004: 323).

Los valores que se proyectan en el uso metafórico del bestiario vienen, pues, en Occidente, condicionados por la reflexión de los autores clásicos (griegos y romanos) y, un poco más tarde, por la visión de la Biblia. Los bestiarios medievales, de conocimiento obligado para los colegiales, son «libros de zoología pseudocientífica», «catálogos simbólicos», «exposiciones de zoología moralizante», «inventarios fantásticos o fantasiosos», pero sobre todo —según Piñero (2005: 208)— «un libro en imágenes, algunas explicadas formalmente, otras moralmente, otras zoológicamente». El momento culminante de los bestiarios son los siglos XII y XIII, pero nacen de la *Naturalis Historia* de Plinio (23-79 d.C.) y del llamado *Physiologus* (III-V), obra anónima en la que aparece la autoridad del Naturalista o Fisiólogo (¿Salomón? ¿Aristóteles?). A lo largo de la Edad Media, hay diferentes bestiarios que siguen básicamente el *Physiologus*: el de Philippe de Thaon, el anónimo *De bestiis et aliis rebus*, el *Bestiario de Cambridge*, el *Imago mundi* de Honorius Augustodunensis —en el XII— y el bestiario de Pierre de Beauvois, el de Guillaume le Clerc —XIII—, el *Bestiaire d'Amour* de Richard de Fournival, el *Bestiario de Oxford*, *De animalibus* de Alberto Magno y *Liber de proprietatibus rerum* de Bartolomé el inglés... (Piñero, 2005: 216 y ss.). El filólogo vasco Ignacio Malax Echeverría (2000: 15) describe la importancia del animal en la mentalidad de aquella época:

... el animal es lo impenetrable y lo extraño por excelencia, excelente razón para que el hombre proyecte en él sus angustias y sus terrores, aún oscuros e infundados. Tales terrores sufren una extensa y notoria eufemización cultural; así los animales son puestos en relación con el origen y evolución del hombre, según diversos mitos; los cuentos y las leyendas los presentan como transportadores del héroe, donantes o adyuvantes; la historia de las religiones muestra una constante sacralización de los mismos; por último, fenómeno que interesa aquí especialmente, los bestiarios medievales, haciendo de ciertos animales figuras de Jesucristo o de la Iglesia, espiritualizan el mundo sensible.

Piñero (2005: 230), por otra parte, hace una enumeración del bestiario satánico (bestias del terror y bestias del placer y el engaño):

la ballena, la cabra, el camaleón, el cocodrilo, el erizo, el gato, el jabalí, el león, el leopardo, el macho cabrío, el mono, el murciélago, el oso, el perro, la rana, el ratón, el sapo, la serpiente, la tortuga, además de áspides, basiliscos, dragones, grifos, leucrotas, quimeras, unicornios, sátiros, centauros, esfinges, sirenas, mantícoras, cinocéfalos a los que habría que añadir el asno, el murciélago, la lechuza, el cuervo, el escorpión, el aptalops, el avestruz, el cerdo, la ardilla, el gorrón, el halcón, la hiena, el ibis, la langosta, el lobo, el pavo real, la pantera, el topo, la hurraca, el zorro.

Recordemos, entre los menos conocidos, que la *leucrota* (también llamada *leucrocota*, *crocota* y *cenocroca*) es un mamífero parecido a la hiena: cabeza de caballo, cuello y patas delanteras de león, cuartos traseros de ciervo; con una enorme boca de oreja a oreja, tenía la habilidad de imitar la voz humana. La *mantícora* («devoradora de personas») es una criatura con cabeza humana (frecuentemente con cuernos), con el cuerpo rojo (en ocasiones de un león), y con la cola de un dragón o escorpión, capaz de disparar espinas venenosas para incapacitar o matar a sus presas; Plinio la incluyó en su *De natura animalium* (iv, 21), admitiéndola pues como existente. Finalmente, el *aptalops* es un animal con cuerpo de toro, y sus cuernos, en forma de sierra, con los que corta árboles.

En el Renacimiento la literatura emblemática, con el impulso de los *Emblematum* (1531) de Alciato, reafirmó el carácter simbólico y moralizador de los bestiarios medievales. Una de las obras más conocidas fue el *Symbolorum et emblematum ex animalibus quadrupedibus desumtorum centuria* de Joachim Camerarius el Viejo, publicado en Núremberg en 1595. Es un bestiario de unos cien emblemas, sobre todo del continente europeo. Los más frecuentes son el león y el ciervo, seguidos del perro, el caballo la cabra y el oso.

Las diferentes civilizaciones comparten y difieren en lo referente a los valores simbólicos de los animales. La historiadora M.^a Dolores Morales, en su trabajo «El simbolismo animal en la cultura medieval, Espacio, Tiempo y Forma» (1996: 235), hace un repaso de la valoración de los animales en diferentes culturas:

Una primera observación arranca de la siguiente generalización: los animales en las culturas occidentales y orientales tienen una significación tan dispar que, animales considerados maléficos o negativos en Occidente, resultan ser lo contrario en las culturas orientales. La *serpiente*, en Oriente, es símbolo de vida; el mono resulta, para los chinos, portador de salud, de éxito y de protección, así como de felicidad y larga vida. El *cuervo*, símbolo de mal agüero para los occidentales, tiene una excelente reputación para las pieles rojas americanos. El *cocodrilo*, símbolo de sabiduría para egipcios e hindúes, es un monstruo de maldad para los bestiarios medievales. Otros animales, de todas formas, suelen tener un buen significado en ambas culturas. Son, pues, símbolos universales. Tal sería el caso de *elefante*, apreciado en Occidente y eje del universo —montura de reyes— entre los hindúes. El *faisán* y el *gallo* son igualmente positivos para los chinos y los occidentales. La *abeja* ejemplifica la diligencia y la obediencia tanto con indios como con egipcios, musulmanes y europeos.

Los historiadores Arturo Morgado y José Joaquín Rodríguez, en su trabajo *Los animales en la historia y en la cultura* (2011), hacen una interesante reflexión sobre la cultura de los animales como disciplina independiente (*zoohistoria* para los franceses; *Animal Studies* para los ingleses). Señalan que las reflexiones proceden de diferentes disciplinas humanísticas, además de la historia de la ciencia, a menudo sin comunicación entre ellas: la historia del arte (bestiarios medievales y la literatura emblemática) y la historia de la literatura (narrativa, fabulística, literatura religiosa, lite-

ratura cinegética). Formulan así las tareas pendientes de esta incipiente historia cultura de los animales en España (2011: 17):

Sería necesario, ante todo, analizar la percepción de los distintos animales en el imaginario colectivo, y estudiar la evolución que ha sufrido la misma, desde las primeras manifestaciones literarias e iconográficas hasta su presencia en los medios de comunicación actuales. En segundo término, analizar el modelo de relación entre hombre y animal existente, pasado de la mera dominación y explotación (la caza), a la exhibición (los animales en el circo y los espectáculos, los parques zoológicos) y a la conservación y protección (legislación proteccionista, papel de las sociedades protectores de animales, etc.). Y, por último, analizar las grandes etapas en el pensamiento científico hispano acerca del mundo animal, constituyendo un hito fundamental al respecto la experiencia que supuso el contacto con la fauna americana.

Señalan tres etapas en esa historia cultural de los animales: la tradicional *visión simbólica* (espejo de los vicios y virtudes humanos), la *visión positiva* (intereses descriptivistas: el método científico) a partir del xvii y, finalmente, ya en el xix, la *visión afectiva*.

1.1.3. LA LITERATURA. La comparación entre el comportamiento de los animales y de los hombres ha sido frecuente en la literatura. Dentro de la literatura sapiencial de la Edad Media, en el anónimo *Poridat de Poridades* (c. 1250) aparece una larga comparación del ser humano con los animales; aquel es el compendio de las virtudes y los defectos de las demás «cosas bivas»:

Sepades, Alexandre, que el omne *es de más alta natura que todas las cosas bivas del mundo*. Y que no a manera propria en ninguna creatura de quantas Dios fizo que no la aya en él. Es esforçado commo león. Es couarde commo liebre. Es mal fechor commo cuervo. Es montés commo leopardo. Es flaco como gallo. Es escasso como can. Es duendo [«doméstico, casero»] como paloma. Es artero commo gulpeija. Es sin arte commo oueija. Es corredor commo gamo. Es perezoso commo osso. Es noble commo elefante. Es amansado como asno. Es ladrón como pigaça [uraca]. Es loçano commo pauón. Es guiador como alcotán [«ave parecida al halcón»]. Es perdido como nema [¿hiena?]. Es uelador como abeia. Es foydor commo cabrón. Es triste como aranna. Es manso commo camello. Es brauo como mulo. Es mudo commo pescado. Es fablador commo tordo. Es sofridor como puerco. Es malauenturado como búho. Es seguidor commo cauallo. Es dannoso como mur [ratón].

Texto que repite el noble vizcaíno e historiador Lope García de Salazar, en su *Istoria de las bienandanzas e fortunas* (1471-1476), obra miscelánea que relata hechos históricos y legendarios, desde la creación del mundo hasta el siglo xv. También a finales de este siglo, Antonio de Villalpando, capellán de los Reyes Católicos, en su *Razonamiento de las Reales Armas de los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel* (c. 1474-1500), cita a Boecio para describir algunas conductas «bestiales» de los hombres:

Y de aquí es lo que dixo Boecio en su Libro de la Consolación que, como aquellos que *dándose a virtud son hechos divinos*, así es necesario que, desanparada la razón y *dándose a vicios, se hagan bestiales*. Y pone en ejemplo que el avariento y tomador forzoso de las haciendas ajenas es semejante al *lobo* y el que de engaños y cautelas vive es al *raposo* comparado y el que está lleno de ira trae de *león* el corazón e el medroso y que huye de lo que no a de temer es al *ciervo* semejante y el negligente y perezoso es asemejado al *asno* y el que es liviano e incostante a las *aves* se compara y el que está enbuelto en los deleites de las luxurias es al *puercu* figurado; y así concluye que quien desanparada la razón dexa de ser onbre por aquello, como no pueda passar en divina condición, queda que *en bestia sea tornado*, ca en nos ay dos conocimientos, conviene saber: de entendimiento e de seso. El entendimiento es una cosa divina en nosotros por el qual subimos a las cosas superiores e a Dios somos semejantes.

La Edad Media hereda de la Antigüedad (Esopo, Fedro) las fábulas en las que los animales hablan, en una transferencia de la propiedad más definitoria del ser humano. Eustaquio Sánchez Salor (1993) editó una serie de fábulas de María de Francia (en la segunda mitad del XII) y del inglés Odón de Cheriton (en la primera mitad del XIII), que representan dos visiones distintas (corte y clero) del uso de los animales como espejo de una sociedad que defienden. El león es el buen rey, el lobo el rey infausto; el zorro representa a menudo al diablo y las víctimas son el gallo, el cordero (ennoblecido porque Cristo fue el cordero de Dios, sacrificado para la salvación de los hombres), el asno y el perro...

Erasmo de Rotterdam, en sus *Adagios del poder y de la guerra y teoría del adagio* (ed. R. Puig de la Bellacasa, Valencia, Pre-Textos, 2000: 91-92), describe cómo se construyen las metáforas proverbiales, aunque no empieza en clave feminista precisamente:

También se construyen tomando como base los seres vivos, como por ejemplo, más hablador que una mujer, más salaz [«lujurioso»] que un *gorrión*, más libidinoso que un *chivo*, más longevo que un *ciervo*, más viejo que una *comeja*, más chillón que un *grajo*, más melodioso que un *ruiseñor*, más dañino que una *obra*, más venenosa que una *víbora*, más tierno que un *lechón de Acanania* [región del centro occidente de Grecia, a lo largo de mar Jónico. *Porcellus Acarnanius*, refrán para referirse a los delicadamente criados], más escurridizo que la *anguila*, más tímido que una *liebre*, más lento que un *caracol*, más sano que un *pez*, más mudo que un *pez*, más juguetón que el *delfín*, más raro que el *ave Fénix*, más fértil que una *cerda*, más raro que un *cisne negro*, más cambiante que la *hidra*, más raro que un *mirlo blanco*, más voraz que el *buitre*, más tenaz que el *escorpión*, más lento que la *tortuga*, más dormilón que un *lirón*, más ignorante que un *cerdo*, más tonto que un *borrico*, más cruel que la *hidra*, más asustadizo que un *gamo*, más sediento que la *sanguijuela*, más pendenciero que un *perro*, más peludo que un *oso*, más liviano que un *mosquito*.

A finales del XVI, el jesuita toledano Pedro de Ribadeneira, en su *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar sus estados, para gobernar y conservar sus estados: contra lo que Nicolás Maquiavelo, y los políticos en este tiempo*

enseñan (1595), utiliza la comparación de la conducta del príncipe maquiavélico con la de los animales:

La suma de todo lo que enseña Maquiavelo y los políticos acerca de la simulación y virtudes fingidas del príncipe, de que habemos hablado en el capítulo pasado, se cifra en formar y hacer un perfectísimo hipócrita, que diga uno y haga otro, y que sea como *un monstruo, compuesto de varias figuras*; que parezca oveja y sea lobo, con el rostro de hombre y el corazón de vulpeja; que tenga más pintas que un leopardo... y remede la voz del hombre para engañarle, y le despedace y trague, y después llore como el cocodrilo; y por de fuera parezca blanco, y dentro tenga la carne dura y negra, como el cisne...; y como las monas, que imitan las acciones del hombre y siempre se quedan monas; y como la mariposa, que vuela y parece hermosa, y deja su semilla, de la cual se cría la oruga, pintada con varios colores, que roe y consume la lozanía y fruta de los árboles. Tal es el príncipe hipócrita y taimado que pinta Maquiavelo, que quiere que dé a Dios las hojas, y los frutos al demonio.

Ya entrado el siglo xvii, el poeta y dramaturgo toledano José de Valdivielso, en su auto sacramental *El hombre encantado* (1622), por boca del Diablo (en pugna con la Ignorancia) expone todo un listado del comportamiento humano de los animales en la descripción de un castillo con hombres-bestias encadenados, caídos en pecado:

Demonio Hombre, que encantado estás
en mis prisiones y rejas,
siendo tus culpas los hyerros
que eslabonan tus cadenas,
este castillo que ves,
donde son los hombres vestias,
(*que se hazen vestias los hombres*
si libres se desenfrenan)
es del mundo, carne y diablo.
...

Demonio ¿Quieres callar, Ignorancia?
Ignorancia Hable vuestra reuerencia.
Demonio Mas, pues gustas, pecador,
destas figuras diuersas,
sabrás las transformaciones.
Mira allí con aduertencia.
Aquel *león* coronado...
es vn *rey*, quizá *Dauid*,
que a *Vrías* quitó la oueja.
Esta *simia* es vn *priuado*
que al que imita lisonjea...
Aquel *zorro* con *garnacha* [«toga»]
que a *Absalón* [«tercero de los hijos de
David»]
habla a la oreja,

es *consejero* que engorda
paciendo agenas riquezas.
Aquel *lobo*, vn *sacerdote*
que, con cudizia auarienta,
hurta a su Dios la vianda...
Aquel *perro*, vn *palacio*,
vn inuidioso de seda
que rabia, que ladra y muerde
al que alaga y haze venias.
Aquel *gato* es vn *juez*
que, con más vñas que letras,
desuella a gente inocente...
El *pauón* es vna *dama*
que haze a la vanidad rueda,
hasta que se ve a los pies
de la muerte, torpe y fea.
Aquella *corneja* es
un mentiroso *poeta*
que entre plumas mendigadas,
entre ruyseñores buela.
Aquél es vn *ambicioso*,
ydra de siete cabeças...
Aquel *pulpo*, vn *alguazil*,
pues se agarra hasta en las peñas...
El *cocodrillo*, vn *traydor*,

vn *falso* amigo, la *hiena*;
escorpión, vn *lisongero*;
mentiroso, la *pantera*...
 La *araña* es vn *embidioso*
 que arma redes, vrde telas,
 que todas son telarañas
 de sus entrañas deshechas.
 Vn *hypócrita* la *çorra*
 que, con fingida modestia,
 predica a los simples pollos
 y por matar se haze muerta.
 La *mosca* es vn *importuno*
 que siempre sigue la messa...
 La *golondrina*, el *íngrato*
 que en el invierno se aleja...

Aquel *tigre* es vn *señor*;
 aquel *grande*, vna *ballena*;
 aquel *mono* es vn *chocante* [«gracio-
 so»];
 la *raposa*, vna *alcagüeta*...
 Aquel *topo* es vn *auaro*
 que nunca se harta de tierra;
 la *vraca* es vn *hablador*;
 vn *astuto*, la *culebra*.
 El *cisne* es vn *cortesano*
 que con vistosa apariencia
 entre la pluma argentada
 su intención encubre negra.
 Aquel *asno*, vn *pereçoso*
 que al ozio torpe se entrega...

Ya en el siglo XVIII, el humanista salmantino Torres Villarroel, invocando la autoridad de Aristóteles, vuelve a marcar el paralelismo entre hombres y animales:

Aristóteles, escribiendo a Alexandro, dixo que el hombre era compendio de todas las cosas, y dice más adelante, que no crio Dios criatura más noble que el hombre, ni juntó en otro animal las perfecciones que colocó en él, pues no hay costumbre, o habilidad en alguno de ellos, que no se halle cifrada en el hombre: es atrevido como el *león*; temeroso como la *liebre*; lujurioso como el *puerco*; astuto como la *zorra*; ligero como el *gamo*; presuntuoso como el *pavon*; doméstico como el *perro*; humilde como la *paloma*; dañoso como el *raton*: útil y generoso como el *caballo*: y racional como el Ángel. (*Anatomía de todo lo visible e invisible*, 1738-1752)

Aunque, como veremos en las Conclusiones, Galdós es el rey literario de las metáforas animales, Clarín, en el texto que sigue, nos ofrece también un pasaje antológico de acumulación de este tipo de metáforas, insultos en este caso que merece el Diputado López:

Y acercándose a Rueda otra vez, le dijo en voz baja:
 —Oye, tú, ¿qué opinan estos señores de López... el diputado de allá...?

Lo oyó Merengueda y gritó:

—¡Valiente *animal*!

—¿Quién? —preguntó Blindado.

—López, el andaluz.

—¡Oh, qué bruto!

—¡Qué *zángano*!

—¡Un *paquidermo*!

—¡Un *rinoceronte*!

Bustamante se puso como un pavo y dijo con tono humilde:

—No crean ustedes..., también allá le tenemos por un mequetrefe... Yo no pienso pagarle la visita. ¡Es un *avestruz*!

—¡Un *dromedario*! —repitió el coro.
 —Eso le decía yo a mi mujer... ¡Un *dromedario*! (*Pipá*, 1886)

Pablo Neruda escribe un singular poema sobre los dictadores, que son «animales» (*hienas*, *roedores*, *buitres*) con diferentes habilidades para hacer daño al pueblo y reciben la ayuda de otros «animales» amigos (*lobos* de Nueva York, *piara*):

Trujillo, Somoza, Carías,
 hasta hoy, hasta este amargo
 mes de septiembre
 del año 1948,
 con Moriñigo (o Natalicio)
 en Paraguay, *hienas* voraces
 de nuestra historia, *roedores*
 de las banderas conquistadas
 con tanta sangre y tanto fuego,
 encharcados en sus haciendas,
 depredadores infernales,
 sátrapas mil veces vendidos
 y vendedores, azuzados
 por los *lobos* de Nueva York.
 ... /// ...
 Pequeños *buitres* recibidos
 por Mr. Truman, recargados
 de relojes, condecorados
 por «Loyalty», desangradores
 de patrias, solo hay uno
 peor que vosotros, solo hay uno
 y ese lo dio mi patria un día
 para desdicha de mi pueblo.
 (*Canto general*, 1950)

A veces, el uso de nombres de animales encubre una intencionalidad política evidente, normalmente en contextos con alto grado de censura. Es lo que cuenta el novelista extremeño Luis Landero (*El balcón en invierno*, Tusquets, Barcelona, 2004: 140) en torno a la canción «Se va el *caimán*... Se va para Barranquilla»: compuesta por el colombiano José María Peñaranda, estuvo censurada en el franquismo por ver en el animal una velada alusión al dictador.

Mención especial merece el uso de los nombres de animales dentro de la literatura misógina. Desde los autores griegos, toda una corriente antifeminista recorre nuestra cultura. Ya en la antigua poesía griega aparecen poemas muy agresivos contra la condición femenina, como vemos en la *Antología de la poesía lírica griega. Siglos vii-iv* (ed. C. García Gual, Alianza, Madrid, 1983: 41):

De modo diverso la divinidad hizo el talante de la mujer
 Desde un comienzo. A la una la sacó de la hispida *cerda*:

En su casa está todo mugriento por el fango...

...

A otra la hizo Dios de la perversa *zorra*,
Una mujer que lo sabe todo. No se le escapa
Inadvertido nada de lo malo ni de lo bueno.

...

Otra, de la *perra* salió; gruñona e impulsiva
Que pretende oírlo todo, sabérselo todo,
Y va por todas partes fígando y vagando
Y ladra de continuo, aun sin ver nadie.
(Semónides de Amorgos, *Yambo a las mujeres*)

En la poesía de los Siglos de Oro, la amada se transforma en diferentes animales que engañan al hombre enamorado (una misoginia más elegante, al fin y al cabo). Así, el poeta y dramaturgo granadino Antonio Mira de Amescua (*El primer conde de Flandes*, c. 1600) escribe:

¿Quién adora a la mujer
sabiendo que es un hechizo
que la razón quita al hombre
y aun a la fiera el distinto?
Si nos canta, es la *sirena*;
si nos mira, es *basilisco*;
si nos halaga, *escorpión*;
si nos llora, es *cocodrilo*;
si se queja, es la *hiena*;
si llama, es *lobo marino*;
si nos habla y nos pregunta,
[es el esfinge de Edipo:]
todo en orden a engañarnos.

Un poco más adelante Calderón, en su obra *A tu prójimo como a ti* (1670), enumera varias metáforas: «Si habla de flores, soy *áspid*; / si de fieras, *basilisco*; / si de aves, soy *arpía*; / si de peces, *cocodrilo*».

1.1.4. LA SIMBOLOGÍA. El símbolo (σύμβολος, *sým* «con», *bolos* «lanzar», «reunir») es el «elemento u objeto material que, por convención o asociación, se considera representativo de una entidad, de una idea, de una cierta condición, etc.». Parece obvio que *metáfora* y *símbolo* son dos conceptos estrechamente relacionados. Ambos surgen en la misma sociedad que, frecuentemente, comparte una lengua que remite a una realidad común. Y, si es cierto que «aprehendemos» la realidad a través de la lengua, parece razonable pensar que, cuando aparece una metáfora, la palabra que se refiere a una realidad (*león*, «animal») se traslada a otra realidad no contigua (*hombre*, «fuerte»). La palabra, por tanto, «encubre» una nueva realidad no perceptible directamente. Cuando decimos «Mario es un león», además de «estar min-

tiendo» (puesto que no lo es), estamos convirtiendo a un león (realidad palpable), a una parte de la realidad, en una representación de una virtud (no palpable), en este caso que comentamos «fortaleza» («Mario es fuerte»). El símbolo, por tanto, es esa realidad que, previamente, ha pasado en determinada sociedad por un proceso semántico que interpreta el mundo y que hace visible, evidente, palpable aquello que es menos accesible a nuestros sentidos. Es un proceso de «concreción», de paso de lo «abstracto» a lo concreto.

Esta relación símbolo-metáfora es perfectamente aplicable a virtudes, defectos, modos de ser y de actuar, movimientos y relaciones interpersonales. Estamos ante maneras diferentes de ver el mundo, condicionadas por las lenguas, pero también por las diferentes culturas (a su vez, claro, concretadas por la lengua o por las lenguas que utilizan). El modo de vida, el conocimiento del mundo y el desarrollo y la creatividad de los distintos pueblos adjudican valores a las cosas (animales, plantas...). En lo que sigue resumo o cito ideas o palabras del *Diccionario de los símbolos* (1986) de Jean Chevalier.

En ocasiones, los valores son muy diferentes en las distintas culturas. Así, la ABEJA, ejemplo de laboriosidad en nuestro contexto cultural, «en China desempeña un papel, si no nefasto, al menos con relación al aspecto terrible de la guerra». La RATA, igualmente, tiene en nuestro ámbito connotaciones negativas: «se asocia a las nociones de avaricia, de parasitismo, de miseria»; sin embargo, en Japón acompaña al dios de la riqueza, Daikoku, y, por tanto, es signo de prosperidad (como en China o en Siberia). El GALLO es, en nuestra civilización, un animal positivo: encarna el orgullo, anuncia la salida del sol; es, incluso, emblema de Francia; pero en el budismo del Tíbet el gallo es un símbolo nefasto: «está en el centro de la “Rueda de la Existencia”, asociado al puerco y a la serpiente, como uno de los tres venenos». Asociamos el DRAGÓN a lo demoniaco, pero en China es el símbolo del emperador. El ELEFANTE es, para nosotros, representación de lo pesado y de lo torpe, pero en la India y en el Tíbet es una «animal-soporte del mundo: el universo descansa sobre su lomo». El PAPAGAYO es, en nuestro día a día, un animal poco valorado («el que habla mucho», «el que repite sin saber lo que dice»), pero en la cultura maya era el símbolo del fuego y de la energía solar.

También es cierto que existen ciertos animales que tienen valores positivos o negativos muy generalizados. El ÁGUILA, por ejemplo, es un símbolo bueno en todas las culturas, siempre en relación con los dioses: es la reina de las aves (note-se su presencia en los escudos reales). Las AVES, en general, frente a los reptiles, tienen siempre también connotaciones positivas: en el Corán son el símbolo de la inmortalidad del alma; sin embargo, las nocturnas (LECHUZA o el BÚHO, que en la mitología griega es el intérprete de Átropos, la Parca que corta el hilo del destino) se relacionan con las almas de los muertos que gimen desde sus oscuras moradas. El BUEY es siempre un animal importante en muchas culturas y «símbolo de bondad, de calma, de fuerza apacible»; en Grecia era el animal sagrado para el sacrifi-

cio (la *hecatombe* era el «sacrificio de cien bueyes») y también el animal de Apolo que Hermes roba.

Entre los animales con visiones negativas en casi todas las culturas está el CERDO: además de símbolo de la glotonería, representa también las tendencias oscuras (ignorancia, gula, lujuria, egoísmo): de ahí, quizás, la prohibición de comer su carne en el islam.

A veces, el mismo animal tiene valores simbólicos contrapuestos. Es el caso del ASNO (o BURRO) que es el símbolo de la ignorancia entre nosotros, pero también en otras culturas es «el emblema de la oscuridad o incluso de las tendencias satánicas». Sin embargo, la BURRA, sobre todo en la Biblia, es el «símbolo de paz, pobreza, humildad, paciencia y coraje»: no olvidemos que este animal lleva a la familia santa a Egipto y Jesús hace su entrada triunfal en Jerusalén en sus lomos.

Hay que notar, finalmente, la importancia de la Biblia en muchos de los símbolos de Occidente. Es el caso del CORDERO: «símbolo de dulzura, simplicidad, inocencia, pureza, obediencia... en todos los tiempos se ha considerado el animal de sacrificio por excelencia»; Cristo fue el *agnus Dei qui tollis peccata mundi*. La PALOMA es el símbolo del Espíritu Santo: «Es el Espíritu de Dios aleteando sobre la superficie de las aguas de la sustancia primordial indiferenciada; la blanca paloma es símbolo de la paz y de la sencillez (llevaba en su pico la rama de olivo en el arca de Noé como representación de la paz y de la armonía)». También el PEZ es importante en los monumentos y en la simbología cristiana: la palabra griega *ikhthys* es «un ideograma, cuyas cinco letras son las iniciales de otras tantas palabras: *Iesous, Khristos, Theou Yios* —“hijo de Dios”, *Soter* —“Salvador”—».

Finalmente, hay que señalar que, en ocasiones, la interpretación simbólica de los animales está muy alejada de concepto cotidiano que la comunidad tiene de ese animal. El CABALLO para nosotros es un animal más o menos familiar, con el que se elaboran metáforas que aluden al juego («tahúr»), a la torpeza, a la corpulencia... Y, sin embargo, en casi todas las culturas se asocia a la oscuridad de las fuerzas o deidades telúricas del inframundo: Aquiles, en la *Ilíada*, sacrifica cuatro yeguas para que lleven a su difundo amigo Patroclo a los infiernos; los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgan sobre cuatro caballos: el blanco de la victoria, el rojo de la guerra, el negro del hambre y el bayo de la muerte. El CARACOL, al que no se le valora demasiado, es el símbolo de la regeneración periódica: «muestra y esconde sus cuernos, así como la luna aparece y desaparece; muerte y renacimiento; tema del perpetuo retorno».

1.1.5. LA LINGÜÍSTICA. La pragmática y la filosofía acuñaron dos conceptos, relacionados con el significado de las palabras, que han tenido un amplio desarrollo y que tienen mucho que ver con nuestras metáforas animales. Son el *prototipo* y el *estereotipo*. Cito en lo que sigue a Lara (*Teoría del diccionario monolingüe*, 1997), una monografía imprescindible en la lexicografía española.

El prototipo es «un objeto singular de la realidad, que el individuo aprehende primero y después lo configura como núcleo de una categorización que organiza el reconocimiento de todos los objetos singulares semejantes» (Lara, 1997: 179). El diccionario académico, en su segunda acepción, nos ofrece una definición aplicable solo al ámbito filosófico y moral: «modelo de una virtud, vicio o cualidad». En cada uno de los grupos de animales, coloca uno o varios prototipos (en los cánidos, el *perro* y el *lobo*). Como veremos, serán los prototipos de cada grupo los que generan, normalmente, mayor número de usos metafóricos, que con cierta frecuencia contaminan a otros elementos del grupo.

Por otra parte, el estereotipo (palabra griega, que se puede parafrasear como «molde sólido») es, según el diccionario académico, la «imagen o idea aceptada comúnmente por un grupo o sociedad con carácter inmutable». Como es bien sabido, el concepto de estereotipo parte del filósofo Hilary Putnam (*Mind, language and reality*, Cambridge University Press, Cambridge, 1975). Para él, «lo que compone el significado de una palabra es el conjunto de características de los objetos que designa, que resultan “típicas” para los miembros de una comunidad lingüística» (Lara, 1997: 184). El estereotipo, según el filósofo norteamericano, tiene tres rasgos fundamentales: pertinencia social (la sociedad lo sanciona), corrección —o verdad— situada (el Sol no se considera una estrella, pero es una estrella) y valor normativo (no se ha demostrado que el tigre sea «sanguinario», pero aprendemos el concepto así).

El estereotipo es una suma de rasgos significativos para los hablantes de una lengua: el alemán, para los españoles, es «alto, rubio, disciplinado y amante de la cerveza». En nuestro caso, es solo un rasgo sobresaliente («habilidad» en la ardilla) el que se convierte en punto de partida para el «cambio de nombre», para la metáfora. Pero los animales, como grupos, tienen sus estereotipos: las *aves* son animales positivos, bien vistos en nuestra cultura (el águila, la paloma) frente a los *reptiles* que son considerados de una forma negativa (la pragmática enseña que arriba es positivo, abajo es negativo). Ya hemos visto estos valores un poco más arriba, en el apartado de 1.1.4. SIMBOLOGÍA.

Lázaro Carreter, en sus interesantísimos dardos (*El dardo en la palabra*, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997: 396-397), dedica un artículo al *Lenguaje depurado*, en torno a la aprobación por parte del Parlamento de una proposición no de ley que «invita a la Real Academia Española a revisar su Diccionario con el fin de eliminar todos los términos atentatorios contra la condición femenina». El antiguo director de la institución amplía la casuística del maltrato a los animales:

Todos los amantes de los animales, que han de sentirse autorizados a exigir de sus representantes parlamentarios un enérgico exhorto a la Academia para que apee enseguida docenas de vocablos con que los humanos dominantes nos hemos cebado en la inocente naturaleza de aquellos. ¿Cómo admitir sin sentir cólera que se empleen térmi-

nos como *bestia*, *animal*, *bruto*, *asno*, *burro*, *pollino* o *mula* para calificar a sujetos de nulas entendederas o de aberrante comportamiento? ¿Debe ser lícito llamar a un ratero *zorro* (de *zorra* nada hay que decir), a un sucio *puerco*, a un loco *cabra*, a un mal bailarín *oso*, a un chupasangre *chacal*, a un carroñero *hiena*, a un dormilón *lirón*, a una criadita *marmota*; y *foca*, *vaca* o *ballena* a una dama metida en carnes?

Todo esto, y más, ocurre sin salir de los mamíferos, que no son los peor considerados en esta acción de injusticia idiomática total que con ellos cometemos.

Si entramos en otros grupos zoológicos, lo que ocurre infunde pavor. Descorazona nuestra falta de equidad al designar a la fea con el nombre elocuente de *loro*, y con el también distinguido de *cotorra* a la charlatana. No es menos cobarde por ejemplo el *canario flauta* que una *gallina*, y, sin embargo, esta útil ponedora sirve para infamar a los pusilánimes. Pensemos en lo que ocurre con los encantadores reptiles: la *sabandija*, la *tortuga*, la *víbora*, el *caimán*, el *lagarto*, el *camaleón*... Descendiendo en la escala, topamos con animalillos todavía más indefensos, que no escapan a nuestra injuria: la *lombriz*, el *gusano*, la *sanguiucla*, el *parásito*, la *polilla*, el *moscardón*, el *piojo*, la *cigarra*, el *tábano*... ¡tantos!

Precisamente en este trabajo intentaré describir esos «¡tantos!» a los que se refería el maestro filólogo. En el *Diccionario de argot* de Espasa, en la voz *asno*, aparece esta larga lista de equivalencias metafóricas entre animales y hombres:

Este tipo de insultos y metáforas son muy frecuentes y usuales en el argot, donde cada familia de animales representa una cualidad —sea ficticia o real— que sirve para caracterizar al ser humano a través de la comparación: los *asnos* y *burros* (e incluso las *acémilas*) con el empleo de la fuerza y la falta de raciocinio; la *mula* con la terquedad (recuérdese la expresión, *terco como una mula*); el *cerdo*, la *caballa* y el *bacalao* con el mal olor y falta de higiene; el *avestruz* y la *gallina* con la cobardía; el *lince* con la sagacidad; el *tigre* y el *león* con el coraje; el *buitre* con el aprovechamiento; el *pájaro* y las alas con la libertad; la *ardilla* y la *liebre* con el dinamismo y la rapidez; la *tortuga* con la lentitud; el *zorro* con la perversión y astucia (y la *zorra* con el libertinaje —medítese sobre la diferencia genérica y el correspondiente cambio de significado); el *perro* con la fidelidad (y curiosamente, en el argot del delincuente, con el delator); la *hormiga* con el ahorro y la previsión; el *elefante* con la capacidad memorística (como muestra la expresión *tener memoria de elefante*), etc. Además, en el argot marginal: el *mono* es el policía; la *perra*, el delator; el *camello*, el traficante de estupefacientes; la guardia civil son los *lagartos* o *caimanes*, etc.

En este apartado de la lingüística, quiero hacer referencia, aunque sea rápida, a la relación de la metáfora animal con dos ámbitos lingüísticos concretos: el lenguaje de germanía y los dialectos.

Como es bien sabido (Alonso: 1977), la lengua de los *outsiders* (de los marginales o marginados), en los Siglos de Oro, constituye un ejemplo muy interesante de uso críptico de las palabras y, como era de esperar, la metáfora se utiliza como mecanismo clave para esa ocultación del significado. El ladrón, por ejemplo, tiene un amplio abanico de metáforas: *águila*, *aguilucho*, *araña*, *avispon*, *andarríos*, *azor*,

garduña, gato, gavián, gerifalte, fuina, hurón, lagarto, lechuza, león, lince, lobatón, loro, macaco, murciélago, paloma, piraña, polilla, rata, ratón, sacre, urraca y zorro.

En cuanto a las variantes diatópicas, hay que señalar la presencia en nuestro corpus de algunos dialectalismos curiosos dentro del español peninsular: son tres aragonesismos (*fuina, quera* y *zorrino*) y dos canarismos (*baifo* y *pispa*): son sinónimos de nombres de animales también con significado metafórico, excepto *pispa*.

MAMÍFEROS: *baifo* (cabrito, Canarias, 3.1.81), *fuina* (garduña, Aragón, 3.1.74), *zorrino* (mofeta, Aragón, 3.1.72)

AVES Y PÁJAROS: *pispa* (lavandera blanca, Canarias, 4.1.221)

INSECTOS: *quera* (carcoma, Álava, Aragón, 4.2.261)

Cierro este apartado con una referencia al uso de los nombres de animales como nombre de hombre. La relación ser humano-animal tiene también su espacio en la antroponimia. Hay pocos nombres propios de animales: tenemos *Paloma* (quizás en su difusión esté la imagen del Espíritu Santo). Según el padrón de España del año 2017 (publicado el 19/06/2018),¹ los apellidos con nombre de animal más frecuentes son: *Borrego* (26187), *Cerda* (16308), *Vaca* (12540), *Conejo* (10802), *Zorrilla* (9459), *Cuervo* (9203), *Camero* (7882), *Cabra* (2160), *Pájaro* (1620), *Sardina* (1179), *Hormiga* (1143). Menos frecuentes son: *Alce*, *Cerdo* (269), *Cordero*, *Corzo*, *Chinchilla*, *Culebras*, *Galgo*, *Gallina*, *Gallo*, *Ganso* (312), *Garza*, *Gavián*, *Grillo*, *Lagarto*, *Lebrato*, *Lince*, *Lobato*, *Lobo*, *Morsa*, *Orca*, *Osa*, *Paloma*, *Palomo*, *Pava*, *Perdigón*, *Pichón*, *Rana* (315), *Raposo*, *Toro* y *Zorro*.

1.2. ANIMALES DOMÉSTICOS Y ANIMALES EXÓTICOS

Desde los animales más grandes («entra como un *elefante* en una cacharrería») hasta los más pequeños (el *mosquito*: «hombre que acude frecuentemente a la taberna»), todos son puntos de referencia para las metáforas. En la creación de las metáforas de animales, intervienen una serie de factores, entre los que es fundamental la relación de cercanía con el hombre: los animales domésticos son más conocidos y, por tanto, susceptibles de ser usados más frecuentemente como metáforas (el perro como compañía; la mula en el trabajo): el cerdo (base durante mucho tiempo del sustento) y el burro (fundamental en el transporte en el campo), sobre todos, han generado un importante número de sinónimos, con acepciones metafóricas heredadas. En cuanto a la domesticación, hay que resaltar que vino después de un largo periodo de caza por parte del hombre. Nos interesa especialmente puesto que, en principio, deben ser la fuente fundamental de los procesos metafóricos. El paleontólogo alemán Frederick Everard Zeuner escribió un exce-

lente libro titulado *A History of Domesticated Animals* (1963: 9): «El mundo animal era una importante fuente de comida y materia prima para el hombre primitivo, y cuando se desarrollan sus concepciones de la magia y de la religión el mundo animal entra en ellas». Establece una secuenciación del proceso de domesticación (*ibidem*: 64):

1. Mamíferos domesticados en la fase pre-agrícola: *perro, reno, cabra, oveja*.
2. Mamíferos domesticados en la primera fase agrícola: *ganado vacuno* (toros, vacas), *búfalo, yak, cerdo*.
3. Mamíferos domesticados posteriormente, sobre todo para el transporte y las labores del campo.
 - a) Domesticados por la agricultura en la zona de bosques: *elefante*.
 - b) Domesticados por los nómadas: *caballo, camello*.
 - c) Domesticados por las civilizaciones a orillas de los valles: *asno, onagro*.
4. Los ladrones de cultivos: *hurón, gato*.
5. Otros mamíferos:
 - a) Pequeños roedores: *conejo* (medieval), *lirón* (Roma).
 - b) Domesticados experimentalmente: *hiena* (Egipto), *zorro* (Neolítico), *gacela* (Egipto), *ibis* (ave zancuda, Egipto).
 - c) Especies del nuevo mundo: *llama* (América india).
 - d) Mascotas: *ratón* (Europa moderna).
6. Pájaros, peces, insectos (no clasificados cronológicamente).

Nuestro conocimiento sobre los animales es directo (pragmático) en los de nuestro entorno; pero, en otros casos, es cultural (a través de textos literarios o científicos —zoología—, de imágenes en el cine o en la televisión —esos programas de sobremesa de la 2 de TVE—). Es lo que sucede con la ballena, el cachalote, el elefante, la foca, el chimpancé, el gorila, el macaco, el mico, el mono, el león, la pantera, el tigre, el búfalo, el canguro, el chacal, el coyote, la hiena, el hipopótamo, el cocodrilo... En nuestras metáforas, nos vamos a encontrar con animales poco conocidos (algunos cultos; también tecnicismos): abanto, acémila, arrendajo, áspid (culto), barbo, bucéfalo (culto), calandria, cuadrúmano (tecnicismo), escuerzo, lebrastón, mastodonte (tecnicismo), mofeta, paquidermo (tecnicismo), picaza, raposo, sacre y urraca. Este grupo está en metáforas no demasiado frecuentes. Pero, en ocasiones, el escaso conocimiento del animal no es óbice para que surjan metáforas muy habituales. Es el caso de carcinoma, cernícalo, chivato, chota, galápago, gerifalte, gorgojo, ladilla, lirón, marmota, pécora, quera o rémora.

El zoológico y el circo son dos medios directos para contemplar animales ajenos a nuestro entorno. El jardín zoológico, parque zoológico, casa de fieras, zoológico o zoo tuvo su origen en las colecciones privadas, sobre todo de reyes, de animales exóticos. En 1664, se inaugura en Versalles la *ménagerie royale*, dedicada a Luis XIV. Más tarde (1828), aparece en Londres el zoológico tal y como lo con-

cebimos ahora: un lugar no solo de exhibición, sino de estudio científico, de la cría en cautividad de las especies en peligro de extinción. Como en el caso que veremos del circo, ciertos colectivos no creen ético que exista este tipo de establecimientos, sobre todo en caso de que los animales exhibidos puedan estar en su hábitat natural.

Diversas culturas cuentan con el circo entre sus primeras manifestaciones artísticas, sobre todo China, Grecia, Roma y Egipto. Ya en el curso romano, los gladiadores luchaban entre ellos y en ocasiones con animales salvajes (recordemos las escenas de las famosas *Ben-Hur* y *Gladiator*). Sin embargo, los historiadores defienden que la idea de circo como tal empezó a desarrollarse en la Edad Media, con los saltimbanquis, que andaban de pueblo en pueblo mostrando sus habilidades en los saltos y las acrobacias. A mediados del XVIII, nació en Londres el primer circo en el sentido moderno, sobre un escenario circular al aire libre y rodeado de tribunas de madera. Se llamaba *Circus Hippodrome* y en él se llevaban a cabo carreras de caballos, obras de teatro y actos de acrobacia y equilibrismo. Los animales de circo más comunes son los elefantes, leones, tigres, monos, ponis, cebras, jirafas y panteras, entre los exóticos; perros y caballos, entre los más conocidos. *Cfr.* Eguizábal (2012).

A partir del XIX comienza la época de protección de los animales, después de que en los dos siglos anteriores fueran normales en las ciudades y en las casas de las clases medias las mascotas.

Hay desde hace un tiempo una corriente de pensamiento que podemos llamar *animalista*, que defiende los derechos de los animales y combate el maltrato que reciben: en los zoos y acuarios viven fuera de su hábitat natural (aunque, en ocasiones, sirven para proteger especies en vías de extinción), como animales de compañía (perros, gatos, pájaros, sobre todo) a veces abandonados, en las fiestas de muchos pueblos (sobre todo, burros, cabras, gallinas o vaquillas) y en la llamada *fiesta nacional* (referente intelectual y controvertido), animales que suministran pieles de lujo, animales explotados para la comida (cerdos, terneras, pollos) y los animales objetos de la caza y de la pesca. *Cfr.* Tamames (2007).

Por otro lado, los animales autóctonos (el *lobo*, por ejemplo) son mucho más frecuentes que los animales exóticos, que han recorrido un itinerario cultural más complejo que el conocimiento directo (pienso en la *jirafa*). En algunos casos, el poder de la lengua es tan fuerte que, en ocasiones, el hablante ignora el uso recto de determinados animales utilizados como metáforas. Es lo que sucede probablemente con *chota*, *camaleón*, *mofeta* (entre los mamíferos), *abanto*, *andarríos*, *gerifalte*, *gurrupato*, *picaza*, *sacre*, *tagarote* (entre las aves y pájaros), *rémora* (entre los peces) o *samarugo* (entre los anfibios).

2

ES UN ANIMAL: METÁFORAS GENÉRICAS

Que el hombre haga uso de cuantos dones otorgados por la Naturaleza le asisten, quizás no resulte nada extraordinario... Pero que también en los animales irracionales aniden de manera natural ciertas virtudes y que hayan heredado junto con el hombre muchas y admirables excelencias humanas, eso es ya grandioso.
(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

2.1. <i>animal</i> .	2.2. <i>alimaña</i> .	2.3. <i>bestia</i> .	2.4. <i>fauna</i> .
2.5. <i>bicho</i> .	2.6. <i>fiera</i> .	2.7. <i>monstruo</i> .	2.8. <i>cuadrúpedo</i> .
2.9. <i>cachorro</i> .	2.10. <i>alevín</i> .		

Este grupo de nombres genéricos de animales con significado metafórico está formado por *animal* (su variante culta *alimaña*), *bicho*, *fiera*, *monstruo* y el tecnicismo más tardío *fauna*. *Cuadrúpedo* es también tecnicismo genérico de una parte importante de los mamíferos. Además, *cachorro* y el galicismo *alevín* son denominaciones de las crías de algunos mamíferos y peces.

He incluido otros genéricos en apartados más específicos: *felino* en FÉLIDOS; *acémila* («bestia de carga») en SOLÍPEDOS; *pécora* («cabeza de ganado lanar») en RUMIANTES; *primate*, *cuadrumano* y *simio* en PRIMATES; *sabandija* («reptil pequeño o insecto») en REPTILES; *gusarapo* en GUSANOS; *pájaro* en AVES Y PÁJAROS; *chupóptero* en INSECTOS y *pez* (*peje*) en PECES.

Alimaña y *bestia* se aplican más al ámbito de la moral y *animal* más al psicológico. *Fauna* tiene un sentido colectivo y siempre negativo: se refiere al mundo de la política, de la literatura... («La *fauna* inequívoca de los snobs», que decía Ortega). *Cachorro* y *alevín* solo adquieren sentidos negativos cuando se utilizan en el mundo de la política (jóvenes nazis o fascistas). Lo que

más llama la atención de este grupo es el uso reciente de muchos de sus términos con un sentido relativamente positivo, frente a un uso tradicionalmente negativo: es el caso de *animal*, *bestia*, *bicho*, *fauna* y *monstruo*.

En cuanto a su documentación, tenemos términos de orígenes de la lengua (*bestia*, *fiera*, *animal*); dos cultismos más tardíos (*alimaña* —xiv—, *monstruo* —xv—); un término de origen incierto (*cachorro* —xv—); un probable lusismo (*bicho* —xvi—) y dos tecnicismos del xix (*alevín* y *fauna*). Sus sentidos metafóricos surgen en el siglo xv (*alimaña*), en el xvi (*animal*, *bestia* y *fiera*), en el xviii (*bicho* y *monstruo*), en el xix (*fauna*) y en el xx (*cachorro* y *alevín*).

Bestia y *bicho*, muy frecuentes, han generado derivados y compuestos: *bestia negra*, *bestia parda*; *bicho malo*, *bicho raro*, *todo bicho viviente*...

2.1. *Es un animal*. [*animal del monte**] El animal es un «ser orgánico que vive, siente y se mueve por su propio impulso». Metafóricamente, tiene —curiosamente— dos sentidos antitéticos: es la «persona de comportamiento instintivo, ignorante y grosera», pero también es la «persona que destaca extraordinariamente por su saber, inteligencia, fuerza o corpulencia» (con la marca de coloquial). Es curioso que en Perú su amplio significado se concrete en «reptil, insecto o cualquier animal pequeño que resulta repulsivo o molesto» (*Diccionario de americanismos*). Ya Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611) recogía el sentido negativo: «Animal es sustancia animada, adornada de sentido y movimiento, y entre todos, el principal es el hombre por ser animal racional, y se dice del bruto, y es nombre genérico para él y para el hombre; pero *vulgarmente solemos decir animal al hombre de poco discurso*». Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Como insulto suele acompañar a “burro”, a modo de reforzamiento: “Burro animal”, con lo que la ofensa multiplica sus posibilidades».

La palabra en latín (ANIMALIS) deriva de ANIMA (de donde procede *alma*). La primera documentación está en el *Lapidario* (c. 1250) de Alfonso X: «Et si figado dalgún *animal* pusieren en un bacín et la piedra con él; desfazerla todo et tornarla en sangre corriente».

En el *Cancionero castellano del xv* de la Biblioteca Estense de Módena (1400-1500), siguiendo una poderosa línea medieval de antifeminismo, se aseguraba: «Muger es un *animal* que se dize ombre imperfecto». En el siglo xvi, el muy leído franciscano, fray Antonio de Guevara continuaba (lamentablemente) con esa igualdad animal-mujer:

Por fieros que sean los animales, al fin el león tiene leonero, el toro se ençierra en el cosso, al cavallo domeña el freno, el anzuelo saca al pescado y el lobo suffice coyundas con yugo. Sola la muger es un *animal indómpercebepercebeito* que iamás pierde el azedía por mandar y el brío por no ser mandada. (*Libro áureo de Marco Aurelio*, 1528)

En el siglo siguiente, la anónima *Loa en vituperio de la mala lengua* (1617) ahonda en el carácter fiero de la mujer frente a los animales y frente al hombre y aprovecha el texto de Guevara:

Mas como Naturaleza crio animales diversos, ansina en diversas partes les puso el brío y esfuerzo: a la serpiente, en la cola; al unicornio, en el cuerno; al águila, en todo el pico; al oro, en cabeza y cuernos; mas a la astuta mujer, para mayor daño nuestro, Naturaleza le puso en la lengua tanto esfuerzo. Con ella hiere y abrasa más que el encendido fuego, pero él puédese apagar y ella no tiene remedio. El toro se encierra y doma, el león tiene leonera, y con un poco de pan vemos que se amansa un perro. Teme el hombre a la justicia, domeña al caballo el freno, y el ignorante pescado prende el cauteloso anzuelo. Mas la mujer, llanamente, es *un animal tan fiero*, que para su presunción es todo el mundo pequeño.

A partir del XVIII, ya designa a todo hombre de bajos instintos. Ramón de Campoamor, en su obra *La metafísica y la poesía ante la ciencia moderna*, citando a Rousseau afirma «que el hombre poco instruido es un *animal depravado*». En Galdós, aparece ya el sintagma intensivo *pedazo de animal*: «—Venga, venga conmigo —dijo aquel *pedazo de animal*, llevándole de una mano...» (*Benito Torquemada y San Pedro*, 1895). Y no olvidemos ese insulto reduplicado que espeta Doña Rosa al pobre camarero en *La colmena* (1951-1969) de Cela: «Cuando la noticia llegó al mostrador, López, que estaba ya agonizante, tiró otra botella. Doña Rosa se volvió, con silla y todo. Su voz retumbó como un cañonazo. —¡Animal, que eres un animal!».

Y, en relación con un tema de lamentable actualidad (la violencia doméstica), quiero traer un texto periodístico (*La Razón* digital, «De celos e imbéciles», 21/06/2004), que recoge una serie curiosa de metáforas animales de la figura del maltratador (aunque algo extenso, merece la pena leerlo):

Al primer gesto de *burro inquieto*, a la primera vislumbre de matachín de barrio bajo, echa a correr, mujer. No seas necia. Olvida esos argumentos viejos y equívocos del amor y la pareja: no me grita, es que me quiere tanto que se exalta por nada; a veces se enfada por tonterías, pero me ha prometido que va a cambiar; ayer me dio una bofetada, aunque en el fondo me la merecí; si hablo con un chico se pone furioso, pero eso es señal de que le importo... No seas necia. Al primer atisbo de *gorila estreñido*, al primer indicio de *bestia parda* y cojonera, echa a correr, mujer. Cambia el paso y esquiva ese destino gris. Huye sin dudarlo. No te juegues la vida.

Que sepas, mujer, que ese *animal de pantalón vaquero y gafas oscuras*, ese *animal de rizos castaños* que te maquilla los pómulos a golpes, no te quiere. Que sepas que no es amor, sino demencia... Que sepas, mujer, que esa *alimaña* de brazos tatuados y cabellos teñidos, tan ocurrente ayer, tan divertido y espontáneo cuando os conocisteis, esa *sabandija de puños cerrados* y mandíbula prieta, nunca te ha querido. Que sepas que jamás hubo ternura, sino afán enfermizo de conquista. Que sepas, mujer, que para él no eres más que *una mascota exclusiva*...

En sentido positivo, es la «persona que destaca extraordinariamente por su saber, inteligencia, fuerza o corpulencia» y está menos documentado. Probablemente esté en *Zumalacárregui* (1898), donde Galdós, además, da un origen (no muy fiable) de la palabra *guiri*:

y me fui a Zaragoza, donde hablé con un chicarrón de infantería de la Guardia Real... Era el tal de junto a Tarazona, bueno como el pan; pero muy cuitadico, en fin, de los que no encuentran agua en el Ebro. Con su casaca abrochadica, el correa en cruz, y la gorra de pelo con la chapa, estaba como un sol. A los de la Guardia se les llamó entonces *guiris* porque llevaban tres letras, G. R. I., en la gorra y en la cartuchera, y *guiris* se les llama todavía. Pues, ya digo, aquel y yo contábamos casamos cuando acabara el servicio... era un *pedazo de animal* como los ángeles...

Parece que *guiri* es una abreviación de *guiristino*, «cristino», o sea partidario de Isabel II y de la regente María Cristina de Borbón en las guerras carlistas; apelativo utilizado como «extranjero» por los carlistas, que defendían al infante Carlos de Borbón.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *beber*, *comportarse*, *roncar*, *trabajar* y *tratar*.

Un ANIMAL DEL MONTE[★] es, según el *Diccionario de americanismos*, un «hombre excesivamente torpe y zafio» (Venezuela). Es una construcción intensiva y la primera documentación que tenemos es, sin embargo, de un autor colombiano, Tomás Carrasquilla: «Apenitas se vino vusté, se tiró en el patio y echó a chillar, tan feo y tan maluco, que parecía mesmamente un *animal del monte*» (*La marquesa de Yolombó*, 1928).

2.2. *Es una alimaña*. Es un sinónimo más culto de *animal*, aunque también es el «animal dañino para el ganado o para la caza menor». Metafóricamente, es la «persona mala, despreciable, de bajos sentimientos».

La palabra procede del latín *ANIMALIA* y la primera documentación está en el anónimo *Poema en alabanza de Mahoma* (c. 1300): «Y los peces de la mar, en las ondas donde estaban, / Y las *alimañas* brutas, en los bosques do posaban». Ya desde los textos filosóficos del XIII aparece el paralelismo entre hombre y animal. Aquí la forma aún latina *animalia* tiene un sentido neutro: «E así como non ha en toda la tierra *animalía* mejor que el ome bueno, así non ha en ella, peor *animalía* que el ome malo» (*Bocados de oro*, a. 1250). El sentido negativo y, por tanto, metafórico ya aparece en un poema del *Cancionero castellano del s. xv* de la Biblioteca Estense de Módena (1400-1500), que anima al hombre a hacer el bien antes de que llegue la muerte:

pues si non soys *alimañas*
con todos vuestros sentidos,
trabajad por bien bivar,

que la ora postrimera,
aunque algo se defiera,
non se puede refuir.

Ya está como insulto en Galdós, acompañado de *indigno roedor* (como veremos, las ratas no gozan de mucho prestigio tampoco). El protagonista dirige ambos insultos a un integrante de la guardia imperial que le había atacado: «Miserable, ¿por qué me miras? ¿Crees que te temo? ¿Crees que temo a una *vil alimaña* como tú? El hombre, que a todos los animales domina, que de todos se vale, que se alimenta con los más nobles ¿temblará ante un *indigno roedor* como tú?» (*Gerona*, 1874). Un poco más tarde, Menéndez Pelayo, en su famosa *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1881), dirige ese insulto —adjetivado— al hijo de Felipe II: «¿Y qué diremos del príncipe don Carlos, *alimaña estúpida*, aunque de perversos instintos, que viene ocupando en la historia mucho más lugar del que merece?».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *arrastrarse* y *retorcerse*.

2.3. *Es un/a bestia*. [*bestiún*] [*bestia negra*] [*bestia parda*] [*bestia peluda*★] Una bestia es un «animal cuadrúpedo» y, más concretamente, un «animal doméstico de carga». Metafóricamente, es la «persona ruda e ignorante». Ya Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611) afirmaba que así «llamamos al hombre que sabe poco, y tiene pensamientos bajos, semejante en su modo de vivir a los brutos». Además del sentido intelectual, por tanto, también se utiliza en sentido moral («pensamientos bajos»). Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Persona en extremo ruda, y muy ignorante. También se dice del sujeto ruin, de malas intenciones, avieso y taimado».

La palabra procede del latín BESTIA y su primera documentación es un documento notarial de 1105 (*Doña Berta concede al obispo Esteban, a san Pedro de Huesca y Jaca la novena que acostumbraban a dar...*): «que pascan las *bestias* en los montes de Agüero». Con sentido metafórico está por primera vez en la *Vida de San Ignacio de Loyola* (1583) de Pedro de Ribadeneira:

Porque de Maximino emperador (que fue una fiera cruel y *bestia espantosa* y uno de los más horribles y sangrientos tiranos que persiguieron la Yglesia de Dios) escribe Eusebio cesariense, en su Historia Eclesiástica que viendo que con todos los tormentos y linages de muertes que inventava para afligir y deshazer a los christianos y desarraygar su nombre de la haz de la tierra no aprovechava nada...

Poco después, lo encontramos en el anónimo *Entremés de Pedro Hernández y el corregidor* (1609): «Corregidor ¡Pues aunque más dijera! ¡Ah *hombre bestia y simple*! ¡Con una carga de años a cuestras, que caiga en esa ignorancia!». En la *Segunda parte del Lazarillo de Tormes* (1620), del protestante toledano Juan de Luna, aparece

como insulto equivalente a *cornudo*: «Confirmeme en que era hombre, y por tal me tuve de allí adelante, aunque mi mujer me había dicho muchas veces era *una bestia*, y los muchachos de Toledo me solían decir: “señor Lázaro, encasquétese un poco su sombrero, que se le ven los cuernos”».

En el XVIII se generaliza como «*un bestia*» y como insulto: Ramón de la Cruz en *El casamiento desigual* (1769) recurre en varias ocasiones a esta palabra; al personaje Chinica le acusan sus suegros de ser «un malicioso, / un picaronazo, *un bestia*»; y el marido de una damisela rica es «un *bestia* / y un celoso, que no gusta / que a su mujer le hagan fiesta». Y, a partir del siglo XIX, aparece con frecuencia con el adjetivo *feroz*: «y el hombre es una *bestia feroz* cuando se deja arrebatar de su ira» (José de Espronceda, *Sancho Saldaña o El Castellano de Cuéllar*, 1834).

Tiene también, como *animal* y *monstruo*, un sentido positivo «ser fantástico». El actor Luis Tosar habla así de su colega Bardem:

T. ¿Y con Javier Bardem?

L. T. Es una *bestia*, un compañero de curro impagable. Se levanta por la mañana con 500 litros de gasolina y los consume. (*El País de las Tentaciones*, 18/10/2002)

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *cruel*, *fiero* y *malvado* y con los verbos *comer*, *jadear* y *trabajar*.

BESTIÚN es, en Argentina y Uruguay, la «persona ruda e ignorante» y en Uruguay «entre mujeres, hombre bien parecido». Es un derivado de *bestia* con el sufijo genovés *-un* (parece un italianismo). Está en la novela *Las aventuras del profesor Eusebio Filigranati* (2003) del argentino Alberto Laiseca: «Su vanidad personal tuvo para ella más importancia que la grandeza que debió tener como estadista. Y eso se nota en la mortífera influencia que ejerció sobre Marco Antonio, incluso a nivel militar. Él podría ser un *bestiún* en muchas cosas, pero era un buen general».

Una BESTIA NEGRA es la «persona que concita particular rechazo o animadversión por parte de alguien», ya en Galdós: «La de Borellano te llama la *bestia negra*... Sin embargo, dice que eres simpático» (*La familia de León Roch*, 1878). También está varias veces en *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911) de Baroja: «Así como el doctor Cornelius era la *bestia negra* del barco, un jettator, como dicen los italianos, o un Jonás, como dicen los ingleses, Tommy, el grumete, era la mascota». Es una metáfora socorrida, incluso en la jerga futbolística: «Los locales han ganado en sus dos salidas, pero perdieron en Castalia ante su *bestia negra*, el Hércules, mientras el filial barcelonista está invicto e imbatido» (*AS*, 22/09/2003). Pero también en el mundo de la política: «La Otan viene siendo algo así como la *bestia negra* de la progresía occidental» (*ABC*, 26/12/1982).

BESTIA PARDA tiene el mismo valor que *bestia negra*, aunque se documenta más tarde. Está en *La colmena* (1951-1969) de Cela; don Roque se lamenta: «¡Mi cu-

ñada es una *bestia parda*! ¡Si no fuera por las niñas, ya le había puesto yo las peras a cuarto hace una temporada! Pero, en fin, ¡paciencia y barajar! Estas tías gordas y medio bebidas no suelen durar mucho». A veces, aparece con sentido positivo (como *bestia*, *animal* y *bicho*): «... Amos Garrett tiene ciencia guitarrística de sobras como para figurar codo con codo junto a Mike Bloomfield, Harvey Mandek, Elvin Bishop y demás *bestias pardas* del blues blanco norteamericano» (*La Vanguardia*, 02/05/1995).

En Argentina y Uruguay se utiliza BESTIA PELUDA*, «persona inculta y de malos modales». Utiliza este compuesto sintagmático Ernesto Sábato en *Abaddón el exterminador* (1974): «—Polindromos? —preguntó el Bocha, que es una *bestia peluda*, y que fuera de palabras como *scrum* y *chukker* no conoce ninguna otra».

Algunos refranes se construyen con *bestia*. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge: «No ai *bestia* fiera ke no se huelga kon su konpañera. Fuime a Palazio *bestia*, i vine asno. Kien *bestia* va a Rroma, *bestia* se torna [o] Kien asno va. Habladora es la *bestia*: Kuando un tonto habla mucho».

2.4. *Es una fauna*. La fauna es el «conjunto de los animales de un país o región». Metafóricamente, es el «conjunto o tipo de gente caracterizada por un comportamiento común que frecuenta el mismo ambiente», con sentido peyorativo. La palabra se documenta a mediados del XIX, «inventado por Linneo en 1746, a base del latín FAUNA, nombre de una diosa de la fecundidad, hermana de Faunus» (Corominas-Pascual). En sentido literal, la primera documentación está en el chileno Tomás Guevara: «La *fauna* les proporcionaba el zorro y una infinidad de roedores a los de la costa y de la llanura y el huanaco a los que habitaban en la cordillera» (*Historia de Curicó*, 1845). Con sentido metafórico está por primera vez en Galdós (que la utiliza varias veces, con otras animalizaciones hipónimas: *anguila*, *cernícalo*, *pajarraco*):

Oyendo al diplomático, yo recordaba a cierto mentiroso que conocí en Cádiz, llamado don José María Malespina. Ambos eran portentos de vanidad; pero el de Cádiz mentía desvergonzadamente y sin atadero, mientras que el de Madrid, sin alterar nunca los sucesos reales, se suponía hombre de importancia, y su prurito consistía en defenderse de ataques imaginarios y en negarse a revelar secretos que no sabía. Esto prueba la inmensa variedad que el Creador ha puesto en la *fauna moral*, así como en la física. (*La Corte de Carlos IV*, 1873)

Sentía Horacio la superioridad de su interlocutor, y casi... y sin casi, se alegraba de tratarle, admirando de cerca, por primera vez, un ejemplar curiosísimo de la *fauna social* más desarrollada, un carácter que resultaba legendario y revestido de cierto matiz poético. (*Tristana*, 1892)

—Aquí está para servirla —dijo una mujer escuálida, saliendo por estrecha puertecilla, bien disimulada entre los estantes llenos de botellas y garrafas que había detrás del

mostrador. Como grieta que da paso al escondrijo de una *anguila*, así era la puerta, y la mujer el ejemplar más flaco, desmedrado y escurridizo que pudiera encontrarse en la *fauna* a que tales hembras pertenecen. (*Misericordia*, 1897)

y apenas entré en la obscura, deslucida y puerca antesala, oí la voz del *cernícalo* graznando en estridente disputa con otros *pajarracos* de la *fauna* reaccionaria. (*Amadeo I*, 1910)

Ortega y Gasset habla de la «*fauna* equívoca de los snobs» (*Artículos*, 1917-1933). Y también utiliza la imagen Luis Cernuda en su pesimista visión de la España que le tocó vivir:

La nobleza plebeya, el populacho noble,
La pueblan; dando terratenientes y toreros,
Curas y caballistas, vagos y visionarios,
Guapos y guerrilleros. Tú compatriota,
Bien que ello te repugne, de su *fauna*.
(*La realidad y el deseo*, 1936-1964)

Baroja, siempre de lengua afilada, en sus *Memorias* (*Desde la última vuelta del camino*, 1944-1949) hace una curiosa reflexión sobre la fauna literaria (desde *paquidermos* hasta *moscas*):

—Pero ¿es que usted es partidario de la inmovilidad solemne de los *mastodontes* académicos? —me preguntaría alguno.

—No; pero es que entre los *mastodontes* académicos y el mosquito a la moda hay muchos ejemplares de *fauna literaria* que a uno le pueden parecer bien. No es obligatorio ser tan pesado como un *paquidermo* ni tan ligero como una *mosca*.

Para Juan Goytisolo, España es «cuna de héroes y conquistadores, santos y visionarios, locos e inquisidores: toda la extraña *fauna ibera*» (*Señas de identidad*, 1966). Y en *Conversaciones en la catedral* (1966) de Vargas Llosa leemos: «Un infatigable trajín: subir y bajar de la camioneta, entrar y salir de cabarets, radios, pensiones, bulines, un incesante ir y venir entre la *mustia fauna noctámbula de la ciudad*». Finalmente, en la prensa española, apareció un artículo sobre las publicaciones en Francia sobre España:

Sevillanes es un poema de amor de nuestro tiempo. Amor y pasión irreflexiva hacia un país (España), una ciudad (Sevilla), unos hábitos (la periferia taurina, la Feria de Sevilla, las procesiones de la Semana Santa sevillana), unos hombres (toreros, banderilleros, apoderados, *la fauna madrileña y sevillana* que vegeta en los arrabales de San Isidro y la Maestranza). (*ABC*, «Numerosas publicaciones “reinventan” en Francia la realidad española», 10/04/1987)

2.5. *Es un bicho*. [*bicharraco*] [*bicho raro*] [*mal bicho*] [*todo bicho viviente*] Un bicho es un «animal pequeño, especialmente un insecto» y, metafóricamente, es la

«persona aviesa, de malas intenciones»; también «niño, muchacho» en El Salvador y en Honduras. Según el *Diccionario de americanismos*, *bicho* tiene también varios significados: es «prostituta» (Cuba y Venezuela), «mujer mala, perversa» (Puerto Rico) y «mujer con la que se mantiene una relación amorosa» (El Salvador). Creo que solo el primero tiene que ver con el inglés *bitch* («perra, cerda»). También es una «niña pequeña» (República Dominicana) y «novio o novia» (El Salvador), con matiz afectivo. Con sentido positivo, la «persona de gran agudeza y perspicacia para comprender las cosas» (Argentina); la «persona antipática y altanera» (Puerto Rico); «muy lista, astuta» (Cuba) y la «persona muy experimentada y diestra en una materia» (Costa Rica).

La palabra *bicho* procede del latín vulgar *BESTIUS*, «animal» (en el clásico, *BESTIA*). Se documenta muy tardíamente; aparece por primera vez a mediados del siglo XVI: «que, si no fuera por él, me ovieran comido *vichos*» (Lorenzo Sepúlveda, *Comedia de Sepúlveda*, c. 1565). En el sentido metafórico se documenta a mediados del XVIII, en la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas alias Zotes* (1758) del padre Isla: «Pasando por allí un fraile lego, que estaba en opinión de santo porque a todos trataba de tú, llamaba *bichos* a las mujeres y a la Virgen la Borrega, dijo que aquel niño había de ser fraile, gran letrado y estupendo predicador».

Como «persona de gran agudeza», está en *Tres tristes tigres* (1964-1967) del cubano Cabrera Infante: «Trataron de mandarlo pero él se escabulló. Mi marío es un *bicho*, muy vivo que es». Manolo Lama, periodista deportivo de la Cope, llama frecuentemente al jugador portugués Ronaldo *El bicho*.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *bramar* y *rugir*.

BICHARRACO es un despectivo que se documenta por primera vez en *El Bandlerismo. Estudio social y memorias históricas* (1876-1880) de Julián Zugasti y Sáenz: «Lo dicho, dicho; mi opinión es la buena; de este mal *bicharraco*, ni de su familia, que será como él, no hay que esperar más que desazones y que nos alborote el cotarro, como acaba de hacerlo con sus gritos y lamentos». Metafóricamente, está un poco más tarde en *Miau* (1888) de Galdós: «Y a ese tal le he dado yo calor en mi seno, vean ustedes, porque él va a mi casa, adula a mi familia, se bebe mi vino, y allí parece que nos quiere a todos como hermanos. ¡Valiente *bicharraco*!».

BICHO RARO es la «persona que se sale de lo común por su comportamiento». La primera documentación es del XIX, de la *Correspondencia* (1847-1857) de Valera: «Querida madre mía: Como en esta ciudad no tengo grandes distracciones, pienso en ella de continuo en Madrid... El único consuelo que aquí tengo es el de llamar la atención general, y ser notado y examinado de todos como español, o como si dijéramos por ser yo un *bicho raro* habitante de la Polinesia, o de tierra más bárbara e inculta».

Con frecuencia aparece en el sintagma MAL BICHO, o BICHO MALO con valor intensivo. Es de principios del XIX: Leandro Fernández de Moratín en sus *Poesías*

completas (1778-1822) escribe un *Epigrama A un mal bicho* (1822): «¿Veis esa repugnante criatura, / chato, pelón, sin dientes, estevado, / gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado? / Pues lo mejor que tiene es la figura». Poco después, está en *Don Juan Tenorio* (1844-1852) de Zorrilla, en boca de Brígida: «¡Y qué *mal bicho* es ese Ciutti!». Un desarrollo del sintagma es el dicho *bicho malo nunca muere*. Lo tenemos documentado muy tarde, aunque probablemente se haya acuñado mucho antes en la lengua hablada:

Ya te he dicho que no estoy para nadie, por una vez, obedéceme. Con lo tranquila que yo estaba y llevo dos noches sin pegar un ojo, tampoco es normal. ¿Acaso esa perra se preocupó por mí alguna vez? La vida sonríe a quien le sonríe, no a quien le hace muecas. ¿Te acuerdas de eso? Gracias a Dios está viva, *bicho malo nunca muere*. (Ángel Vázquez, *La vida perra de Juanita Narboni*, 1976)

Un sentido genérico tiene TODO BICHO VIVIENTE. El diccionario académico remite a *alma nacida* que define como «toda persona». La primera documentación es de mediados del XIX, en una de las escenas costumbristas del escritor malagueño Estébanez Calderón:

Señores; fue el caso que yo me estaba cierto día sobre tarde en la pescadería, atónito de tanto bullicio y tráfago, y ensordecido con los gritos y vociferaciones de los malagies que pregonaban, de los regatones que aturdían, del charrán que cantaba, del comprador que extremaba su porfía, del almotacén que mandaba a veces, y de *todo bicho viviente* que a gritos daba a entender, cuando reparé en cierto mozo peciguerol que expandía de su mercancía por el arte y maña más sutil que imaginarse puede. (*Escenas andaluzas*, 1847)

2.6. *Es un/a fiera*. [*fiera corrupta*] [*fiera echada*★] [*ser una fiera*] [*hecho una fiera*]
Una fiera es un carnívoro «mamífero ungulado» y, metafóricamente, la «persona cruel o de carácter malo y violento». Según el *Diccionario de americanismos*, es «esposa o novia» (México y Colombia); «fea» (Guatemala, El Salvador, Panamá, Ecuador y Bolivia); «que tiene la cara picada de viruelas» (Bolivia y Perú). Ya Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611), clérigo y antifeminista convencido —como no podía ser de otro modo—, escribía sobre esta expresión: «Al que tiene condición cruel y carnícera solemos decir que no es hombre, sino *fiera*... *Fiera*, algunas veces significa la mujer fea; pero más *fieras* son por ventura las hermosas, porque las otras espantan y ahuyentan, estas atraen y matan como sirenas» (*cfr.* abajo: Juan Pérez de Moya habla de Scilla como «fiera»).

La palabra procede del adjetivo *fiera* (latín *FERA*). La primera documentación de la palabra está, como adjetivo, en el célebre episodio del *Poema de Mio Cid* (c. 1140) en el que los infantes de Carrión abandonan a las hijas del héroe en el robledal de Corpes «a las bestias *fieras* e a las aves del mont». Como sustantivo, aparece en el *Fuero de Navarra* (1300-1330): «Ningún labrador non deue caçar ninguna caça sa-

cando con tochos, saluo de las *fieras* como puerco montes ho Onso, o Cieruo ho Corço». El primer uso metafórico está en la *Vida de San Ignacio de Loyola* (1583) de Pedro de Ribadeneira (ya citado en 2.3. *bestia*): «Porque de Maximino emperador (que fue una *fiera cruel* y *bestia* espantosa y uno de los más horribles y sangrientos tiranos que persiguieron la Yglesia de Dios)...».

Ulises es advertido por Circe de que, al navegar, tiene que hacerlo más cerca de Scilla (donde perdería seis hombres) y que de Caridbis (donde perdería todo el barco). Scilla había sido una ninfa de la que se enamoró el dios marino Glauco. El matemático andaluz Juan Pérez de Moya, en su *Philosofía secreta de la gentilidad* (1585), describe a Scilla como «una *fiera* que del ombligo arriba era mujer, y la cabeza de perro, y lo demás de serpiente», así transformada por la vengativa Circe, desechada por Glauco. En los Siglos de Oro, la amada esquiva se convertirá en un animal sin sentimientos: «Yo soy humano, y amo, por mi suerte, / una *fiera* cruel que me da muerte» (Quevedo, *Poesías*, 1597-1645).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *rabioso* y con los verbos *luchar*, *pelear*, *revolotear* y *rugir*.

FIERA CORRUPIA era, según el *Diccionario de uso de la lengua española* de María Moliner, una locución sustantiva que se usaba «para designar ciertas figuras animales que se presentan en fiestas populares y son famosas por su deformidad o aspecto espantable». Metafóricamente, era la «persona cruel o muy encolerizada». En el *Diccionario de los dichos* de Espasa, está la siguiente explicación:

El personaje de la Fiera Corrupia se originó en los romances de ciego de los siglos XVIII y XIX. Según contaban los ciegos por las plazas de pueblos y ciudades, era un terrible y malvado personaje, basado seguramente en la bestia del Apocalipsis, que asesinaba sin piedad a todos los que se cruzaban en su camino. A veces tenía cabeza de toro y cuerpo de lagarto; otras, cuerpo de dragón, siete cabezas y diez cuernos e, incluso, algunos la definen como un engendro con una cabeza de hombre, otra de oso, otra de serpiente, seis manos, seis patas y seis velas encendidas en la cabeza. El 666, no se olvide, es el número diabólico.

La primera documentación está en la novela *Tigre Juan* (1926) de Ramón Pérez de Ayala: «No me he de perder sin antes recobrar lo mío... A mí no se me encoje el ombligo por un tíguere homicida ni por la *fiera corrupia*...». Después, está en Baroja, Ramón Gómez de la Serna y Antonio Díaz-Cañabate.

Como *animal*, *bestia*, *monstruo* o *bicho*, puede tener un sentido positivo. Don Juan, decidido a llevarse a doña Inés, hace exclamar a Brígida: «¡Sin alma estoy! / ¡Ay! Este hombre es una *fiera*, / nada le ataja ni altera...» (José Zorrilla, *Don Juan Tenorio*, 1844-1852). Parece percibirse un sentido positivo que más tarde va a adquirir en la expresión SER UNA FIERA, «tener aptitudes notables y demostrarlas». Así, en la novela *Hace tiempos* (1935-1936) del colombiano Tomás Carrasquilla se lee:

«Aí donde lo ve tan alegre y tan educado, es una *fiera* para los trabajos más duros». También este sentido positivo tiene en el siguiente texto de la *Reivindicación del conde don Julián* (1970) de Juan Goytisolo:

... mira: aquí tengo su foto —el hombre echa mano a una sobada cartera de piel y saca de ella el retrato en color de una muchacha en minifalda y con una blusa ceñida y leve que permite adivinar, al trasluz, la finura y esbeltez de sus senos—, se la saqué yo mismo al pie de la turefél: dieciocho añines y, en la cama, una *fiera*: francesa ella, y eso sí: limpia y educá.

Un buen estudiante o un buen violinista puede ser también una *fiera* en el mejor sentido:

Mucha gente no se presenta a oposiciones porque no lo ha previsto con suficiente antelación y se le pasa el plazo, no porque no haya empollado *como una fiera*. En definitiva, tengo que multiplicar los métodos de búsqueda. (Onda Cero, Tertulias, 01/91)

De Grappelli hace Florin Niculescu, *una fiera tocando el violín*, y el joven Thomas Dutronc, hijo de Jacques y Françoise Hardy, contribuye como guitarrista rítmico con un gran derroche físico. (*El País*, Jazz: 30/10/2002)

FIERA ECHADA★ es, según el *Diccionario de americanismos*, la «persona traidora» en El Salvador (no he encontrado documentación).

En *Fortunata y Jacinta* (1885-1887) de Galdós, aparece la locución adjetiva HECHO/A UNA FIERA («muy irritado»; frecuentemente construida con el verbo *ponerse* o *estar*), muy utilizada después: «y al fin la chiquilla se apresuró a quitarlo, discuriendo con buen juicio que si doña Lupe al entrar veía colgado del balcón aquel acusador de su defecto, *se había de poner hecha una fiera*, y sería capaz de cortarle a su criada las dos cosas de verdad que pensaba tener».

Algunos refranes se construyen sobre *fiera*. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge: «No ai bestia *fiera* ke no se huelga kon su konpañera».

2.7. *Es un monstruo*. Además de «ser fantástico que causa espanto», es la «persona o cosa muy fea», la «persona muy cruel y perversa» y la «persona de extraordinarias cualidades para desempeñar una actividad determinada». Como en el caso de animal, conviven dos sentidos antagónicos (el positivo de uso cada vez más frecuente). Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Como insulto, afecta tanto a lo físico como a lo moral. Así, llamamos *monstruo* a la persona mala, cruel y perversa; y también al individuo deforme, extremadamente feo, que contradice con su existencia el orden natural de la naturaleza».

La palabra procede del bajo latín MONSTRUUM, alteración del latín MONSTRUM (por influjo de MONSTRUOSUS). La primera documentación está en la *Traducción y glosas de la Eneida. Libros I-III* (1427-1428) de Enrique de Villena: «Así arrincado —¡espantable de dezir!—, vi un maravilloso *monstro*: que de la rama e su raíz sacada salién gotas de sangre, el suelo maculando» (La forma *mostro*, en el *Libro de Aleixandre*).

En el XVIII, se usa en sentido negativo y ya es muy frecuente. Así se refiere Feijoo a Nerón: «Todo lo consiguió, para oprobrio de los hombres, aquel *monstruo de maldades*» (*Teatro crítico universal*, I, 1726). En la misma obra, aparece la palabra en sentido literal en una curiosa noticia: «El día 28 de febrero de 1736 nació en la ciudad de Medina-Sidonia un *monstruo humano*; esto es, un niño con dos cabezas y quatro brazos». Doña Francisca, en *El sí de las niñas* (1805) de Moratín, despedida por la no despedida de su amado Carlos, exclama a su criada: «Di que es un pérfido, di que es un *monstruo de crueldad*, y todo lo has dicho». Concepción Arenal, luchadora por la redención de los condenados a la cárcel, escribe: «Un hombre está en capilla; ha sido condenado a muerte por crímenes inauditos; es un *monstruo*: se le han ofrecido los auxilios espirituales; no ha querido escuchar a ningún sacerdote» (*La beneficencia, la filantropía y la caridad*, 1861).

El sentido positivo es también antiguo. Ya aparece en *El Parnaso español pintoresco laureado* (1724) del pintor Antonio Palomino, que se refiere a Rubens como «*monstruo* de ingenio, de habilidad y de fortuna». Y llega hasta la jerga futbolística: «El Oliveros es un monstruo» (por haber conseguido unas declaraciones interesantes del popular jugador Stoichkov —*Los silencios de El Larguero*, José Ramón de la Morena, 1995—). También está en la jerga económica: «El tal Goñi es un *monstruo del marketing*» (Cadena Ser, *Hoy por hoy*, 07/11/1996).

2.8. *Es un cuadrúpedo*. Un cuadrúpedo es un animal «de cuatro pies». Pero también, según el *Diccionario de americanismos*, es «muchacho» (Puerto Rico), como léxico juvenil. Recoge esta palabra Celdrán en su *Inventario de insultos* (1995) como «persona sumamente ignorante y estúpida».

La palabra procede del latín tardío QUADRUPEDUS. La primera documentación está en el *Suplemento al Tesoro de la lengua castellana o española* (c. 1611) de Covarrubias: «Hecatombe. Un género de sacrificio en el qual todo lo que se sacrificaba o fuese animal *cuadrúpedo*, o ave, era en cantidad de çiento y de este número tomó el nombre, que vale, centum [ciento]». En el XVIII, ya está con el significado metafórico en el epistolario de Leandro Fernández de Moratín: «Esto la sobrecogió de tal manera, que, después de llamarme *sacre*, *pirata*, *cutre*, *belitre* y *monstruo cuadrúpedo*, cayó desmayada sobre una silla...» (*Cartas de 1825 [Epistolario]*). También lo tenemos en el *Bosquejo Histórico-crítico de la Poesía Castellana* (1869) de Leopoldo Augusto de Cueto: «Estala, con el familiar desenfado que cabía en la estrechísima amistad que los ligaba, le desagrabia en estos términos: “Eres el *cuadrúpedo* más

brutal que hay sobre la tierra. ¿Quién te ha dicho que yo me entibio en tu amistad?» (el padre Estala es amigo del escritor ilustrado Forner). No podía faltar en las novelas de Galdós: «Pero Choto dio unas cuarenta vueltas en torno de él, soltando de su espumeante boca unos al modo de insulto, que después parecían voces cariñosas y luego amenazas. Teodoro se detuvo entonces, prestando atención al *cuadrúpedo*» (*Marianela*, 1878).

2.9. *Es un cachorro*. [*cachondo*] En el diccionario académico es la «cría del perro y de algunos mamíferos, como el león, el lobo, el oso, etc.», pero también —metafóricamente— «miembro de las generaciones jóvenes dispuestas a suceder a las anteriores en un ámbito determinado».

La palabra *cachorro* procede probablemente del latín vulgar **CATTULUS* (reducción afectiva y diminutiva de la *t* del latín clásico *CATULUS*). Sería un derivado de *cacho* (con el sufijo *-orro*): *cacho* es un pez con unas «barbas características que recordarían las de ciertos perros». «*Cachorro de león*» es la primera documentación que tenemos en la *Biblia Escorial I-j-4: Pentateuco* (c. 1400). En el mundo de la política, se utiliza para denominar a los jóvenes seguidores de una ideología: *Los cachorros del fascismo* es una novela de Juan Antonio Vidal Sales (Barcelona, 1978); el programa *En Portada* (TVE1) del 24/05/2001 emitió un reportaje titulado *Los cachorros del nazismo*. También aparece en el mundo del deporte: «¿Dónde estaban Ben Menzies, Rege Rede, Bill Tarwater y Ernesto Lawson? A ellos les correspondía salir al encuentro de este *cachorro* que se había revelado súbitamente como un boxeador de alta calidad. ¿Qué hacía su manager que no había lanzado aún los correspondientes desafíos?» (Jack London, *El tremendo bruto. Historia de un pugilista*, 1928).

CACHONDA es una «perra salida (en celo)» y, metafóricamente, es la persona «dominada por el apetito sexual». Más tarde, adquiere el sentido de «burlón, divertido, bromista». Corominas-Pascual creen que procede también de **CATTULUS* y el sufijo *-iondo*: «reducción de *cachiondo* por absorción de la *i* en la otra palatal, formado como *torionda* “vaca en celo” de *toro*, o como *verrionda* “cerda caliente” del latín *VERRES* “verraco”». La primera documentación está en el tratado de zoología *Moamín. Libro de los animales que cazan* (1250) de Abraham de Toledo, referido a las perras: «Pues quando qualquier d'estas sazones uinier, déxenlas folgar algunos días e non caçen ni corran fasta que sean cachondas, e después que foren cachondas, déxen las folgar X días, e después échenles los canes...». Aplicada a la lujuria, está las *Coplas de los pecados mortales* (a. 1456) de Juan de Mena («Fabla la razón contra la luxuria»): «¡O luxuria, vil foguera / de sufre mucho fidionda, / en todo tiempo *cachonda*, / sin razón e sin manera!». En el *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa* (c. 1445-1519) ya aparece aplicada a una mujer: «Y una putana de arte, / por extremo gran *cachonda*, / muy mayor que un baluarte, / entona de otra parte: “El dragón se te cohonda”».

2.10. *Es un alevín*. El alevín es «la cría de ciertos peces de agua dulce». Metafóricamente, se aplica a un «joven principiante que se inicia en una disciplina o profesión» y también al «joven que sigue determinada ideología».

La palabra procede del francés *alevin* (del latín ALLEVARE, «criar»). Es un término muy reciente: aparece por primera vez en el tratado de *Piscicultura* del Conde de Fabraquer (1878), referido a las truchas: «Después de fecundados los huevos fueron colocados en la caja o aparato Jacobi, y esperó, durante treinta y cinco días, a que salieran a luz los *alevines*». Con sentido metafórico, está por primera vez en José María de Cossío; en *Los mejores toreros de la historia* (c. 1966), escribe: «y el público se divirtió con aquel festejo de dos *alevines de torero* y una mujer que deseaba llegar a figura». Fernando Savater (*Invitación a la ética*, 1982) habla de «*alevín de pensador*». Muy frecuente es su aplicación al mundo político; en *El País* (11/09/1977) aparece una descripción de las afinidades políticas del momento: «El vericuerdo de las Cortes está dominado todavía por los delfines herederos del franquismo, *alevines* orioles, girones en agraz, chicos del SEU con la mirada baja, una red de burocracia orgánica que aún teclea en las oficinas...».

Más tarde, también *El País* (02/02/1987) utiliza la expresión «*alevines neonazis*» en referencia a Fuerza Nueva, organización política de extrema derecha. En *El Mundo* (07/02/1995) está la siguiente noticia (también aparece su sinónimo *cachorro*): «La Junta Municipal del PNV del barrio de Begoña de Bilbao ha presentado una denuncia ante la Ertzaintza por los destrozos ocasionados por desconocidos, a quienes denomina “cachorros de Hitler” y “*alevines* de ETA”, en un batzoki. La agresión, la tercera en un mes, se produjo en la madrugada del sábado».

3

EL BESTIARIO TELÚRICO (LOS ANIMALES TERRESTRES)

Una mañana de otoño
salió solo de su casa;
no llevaba sus *lebreles*,
agudos *canes* de caza.
(*Campos de Castilla*, A. Machado)

- 3.1. MAMÍFEROS: *es un zorro*.
- 3.2. REPTILES: *es una víbora*.
- 3.3. GUSANOS: *es un gusano*.
- 3.4. ARÁCNIDOS: *es una araña*.

3.1. MAMÍFEROS: ES UN ZORRO

EL MINISTRO: Fernández, acompañe usted a ese caballero, y déjele en un coche.

MAX: Seguramente que me espera en la puerta mi perro.

EL UJIER: Quien le espera a usted es *un sujeto de edad*, en la antesala.

MAX: Don Latino de Hispalis: *Mi perro*.

(*Luces de Bohemia*, Valle-Inclán)

Un mamífero es un animal «del grupo de los vertebrados de temperatura constante cuyo embrión, provisto de amnios y alantoides, se desarrolla casi siempre dentro del seno materno, y cuyas crías son alimentadas por las hembras con la leche de sus *mamas*».

Los *mamíferos* son los «que llevan —*fero*— *mamas*». Se conocen unas 5487 especies, que descienden de un antepasado común que se remonta probable-

mente a finales del Triásico, hace más de 200 millones de años: desde la ballena azul (*Balaenoptera musculus*), que llega a las 160 toneladas, hasta el murciélago de hocico de cerdo de Kitt (Craseonycteris thonglongyai), que apenas alcanza los dos gramos de peso. La mayoría son vivíparos (que «paren seres vivos»), con la notable excepción del ornitorrinco y del erizo que ponen huevos. Pueden reptar, saltar, correr, nadar y volar.

Los mamíferos son los animales más numerosos. Muchos de ellos están muy cerca de nosotros. Se han utilizado, fundamentalmente, para la alimentación (*cerdo*, *vaca*, *cerdo*, *cabra*; *conejo*, *liebre*; *ciervo*), para la defensa, para la compañía, para la caza (*perro*, *gato*) y para el transporte (*burro*, *caballo*, *mula*). Algunos suponen un peligro para el hombre o para sus propiedades (*zorro*, *lobo*; *coyote* en América; *chacal* en Asia y África). Y están muy relacionados con la agricultura para bien (*erizo*) o para mal (*rata*, *ratón*, *topo*).

La división en grupos de los mamíferos es compleja. He seguido el criterio del diccionario académico, que —en sus definiciones— combina características formales (generales y particulares), tipos y modos de alimentarse.

Características formales (generales):

CÁNIDOS (del latín CANIS, «perro», y este del griego εἶδος, «forma»)

FÉLIDOS (del latín FELIS, «gato», y este del griego εἶδος, «forma»)

BÓVIDOS (del latín BOS, BOVIS, «buey», y este del griego εἶδος, «forma»)

CÉRVIDOS (del latín CERVUS, «ciervo», y este del griego εἶδος, «forma»)

SUIDOS (del latín SUS, SUIS, «cerdo», y este del griego εἶδος, «forma»)

Características formales (particulares):

SOLÍPEDOS (del latín SOLIPES, SOLIPEDIS, «de un solo pie»): *asno*

PROBOSCIDIOS (del latín PROBOSCIS, PROBOSCIDIS, «trompa», —prensil—): *elefante*

PAQUIDERMOS (del griego παχύς, «grueso» y δέρμα, «piel»): *hipopótamo*

Tipos de alimentación:

CARNÍVOROS (del latín CARNIVORUS): *hiena*

CARNICEROS («que da muerte a otros para comérselos»): *pantera*

Modos de alimentación:

RUMIANTES (que rumian): *cabra*

ROEDORES («que roen»): *rata*

Varia (forma...):

LAGOMORFOS (del griego λαγώς, «liebre» y del latín -MORFO, «forma»): *liebre*

INSECTÍVOROS (del latín -VORO, «comer»): *erizo*

MARSUPIAL (del latín MARSUPIUM, «bolsa» -ventral-): *canguro*

PINNÍPEDOS (del latín PINNA, «aleta» y PES, PEDIS, «pie»): *foca*

CETÁCEOS (del latín CETUS, «monstruo marino», y este del gr. κῆτος, y -ACEUS, «semejante a»): *ballena*

PRIMATES (del latín PRIMAS, PRIMATIS, «que está en el primer rango»): *mono*

CÁNIDOS (del latín CANIS, «perro», y del griego εἶδος, «forma»)

[CARNÍVOROS, DIGITÍGRADOS («APOYAN UN SOLO DEDO AL ANDAR»), UÑAS NO RETRÁCTILES]

3.1.11. *zorro -rra* 3.1.12. *raposo -sa* 3.1.13. *lobo -ba* 3.1.14. *perro -rra*

3.1.15. *galgo** 3.1.16. *lebre** 3.1.17. *sabueso*

FÉLIDOS (del latín FELIS, «gato», y del griego *εἶδος*, «forma»)

[CARNÍVOROS, DIGITÍGRADOS, «uñas retráctiles»]

3.1.18. *felino** 3.1.19. *lince* 3.1.20. *león -na* 3.1.21. *gato -ta*

3.1.22. *tigre -gra (tigresa)*

Otros: *guepardo, jaguar, leopardo, ocelote, onza*

BÓVIDOS (del latín BOS, BOVIS, «buey», y del griego *εἶδος*, «forma»)

[RUMIANTES, «cuernos no caedizos»]

3.1.23. *toro -ra* 3.1.24. *miura* 3.1.25. *buey* 3.1.26. *cabestro*

3.1.27. *novillo* 3.1.28. *vaca** 3.1.29. *matacán* 3.1.30. *búfalo**

Otros: *bisonte, cebú*

CÉRVIDOS (del latín CERVUS, «ciervo», y del griego *εἶδος*, «forma»)

[ARTIODÁCTILOS (que apoyan dos dedos al andar), RUMIANTES, «los cuernos se renuevan»]

3.1.31. *ciervo** 3.1.32. *venado** 3.1.33. *gamo** 3.1.34. *corzo**

Otros: *alce, reno*

[ANTÍLOPES: RUMIANTES, «de cornamenta resistente» —entre cabras y ciervos—: *gacela*]

SUIDOS (del latín SUS, SUIS, «cerdo», y del griego *εἶδος*, «forma»)

[ARTIODÁCTILOS, PAQUIDERMOS («de piel gruesa»)]

3.1.35. *puerco -ca* 3.1.36. *marrano* 3.1.37. *cochino* 3.1.38. *cerdo*

3.1.39. *chancho* 3.1.40. *gorrino* 3.1.41. *guarro* 3.1.42. *lechón -ona*

3.1.43. *verraco* 3.1.44. *jabato*

SOLÍPEDOS (del latín SOLIPES, SOLEPEDIS, «de un solo pie»)

[CUADRÚPEDOS, «un solo dedo» —casco—]

3.1.45. *asno* 3.1.46. *pollino* 3.1.47. *borrico* 3.1.48. *burro*

3.1.49. *jumento** 3.1.50. *quinicho* 3.1.51. *caballo* 3.1.52. *bucéfalo*

3.1.53. *garañón* 3.1.54. *potro -tra* 3.1.55. *rocín* 3.1.56. *yegua*

3.1.57. *jaca** 3.1.58. *mula* 3.1.59. *acémila*

Otros: *cebra*

PROBOSCIDIOS (del latín PROBOSCIS, PROBOSCĪDIS, «trompa» —prensil—)

PAQUIDERMO (del griego *παχύς*, «grueso» y *δέρμα*, «piel»)

[ARTIODÁCTICOS, «piel gruesa»]

3.1.60. *elefante** 3.1.61. *paquidermo* 3.1.62. *mastodonte* 3.1.63. *hipopótamo**

CARNÍVOROS (del latín CARNIVŌRUS).

[UNGUICULADOS («dedos terminados en uñas»), «caninos robustos y molares cortantes»]

3.1.64. *hiena* 3.1.65. *oso**

CARNICEROS («que da muerte a otros para comérselos»)

3.1.66. *hurón* 3.1.67. *comadreja** 3.1.68. *coyote* 3.1.69. *chacal**

3.1.70. *pantera* 3.1.71. *mofeta** 3.1.72. *zorрино** 3.1.73. *garduña*

3.1.74. *fuina**

Otros: *nutria, tejón, visón*

RUMIANTES («que rumian»)

3.1.75. *cabra* 3.1.76. *cabrito* 3.1.77. *cabrón* 3.1.78. *chota**

3.1.79. <i>chivo</i> -va	3.1.80. <i>chivato</i>	3.1.81. <i>baifo</i> ★ -fa★	3.1.82. <i>ovejo</i> -ja
3.1.83. <i>carnero</i>	3.1.84. <i>cordero</i>	3.1.85. <i>borrego</i>	3.1.86. <i>chiporro</i>
3.1.87. <i>pécora</i>	3.1.88. <i>jirafa</i>	3.1.89. <i>camello</i>	3.1.90. <i>guanaco</i>
3.1.91. <i>llama</i>			
- Otros: *dromedario*

ROEDORES («que roen»)

[«pequeños, unguiculados, con dos incisivos —roen— en cada mandíbula»]

3.1.92. <i>ardilla</i>	3.1.93. <i>lirón</i>	3.1.94. <i>marmota</i>	3.1.95. <i>rata</i>
3.1.96. <i>ratón</i> ★	3.1.97. <i>laucha</i>	3.1.98. <i>guayabito</i>	3.1.99. <i>vizcacha</i>
3.1.100. <i>acure</i> ★	3.1.101. <i>jutía</i>		

Otros: *castor*, *chichilla*, *hámster*

LAGOMORFOS (del griego *λαγώς*, «liebre» y del latín -MORFO, «forma»).

[semejantes a los roedores, dos pares de incisivos superiores]

3.1.102. <i>liebre</i>	3.1.103. <i>conejo</i> -ja	3.1.104. <i>conejillo de Indias</i>
3.1.105. <i>cobaya</i>	3.1.106. <i>gazapo</i>	

INSECTÍVOROS (del latín -VORO, «comer»)

3.1.107. <i>erizo</i>	3.1.108. <i>topo</i>	3.1.109. <i>murciélago</i> ★

MARSUPIAL (del latín MARSUPIUM, «bolsa» —ventral—)

- | |
|-------------------------|
| 3.1.110. <i>canguro</i> |
|-------------------------|

Otros: *koala*, *zarigüeña*

PINNÍPEDOS (del latín PINNA, «aleta» y PES, PEDIS, «pie»)

- | |
|----------------------|
| 3.1.111. <i>foca</i> |
|----------------------|

Otros: *morsa*

CETÁCEOS (del latín CETUS, «monstruo marino», y este del gr. *κῆτος*, y -ACEUS, «semejante a»).

3.1.112. <i>ballena</i> ★	3.1.113. <i>cachalote</i> ★	3.1.114. <i>tonino</i> ★

Otros: *delfín*, *orca*

PRIMATES (del latín PRIMAS, PRIMATIS, «que está en el primer rango»)

[PLANTÍGRADOS (Del latín PLANTA, «planta del pie», y GRADO, «andar»), cinco dedos en extremidades]

3.1.115. <i>primate</i> ★	3.1.116. <i>cuadrumano</i> ★	3.1.117. <i>simio</i> ★	3.1.118. <i>mono</i>
3.1.119. <i>gorila</i>	3.1.120. <i>macaco</i>	3.1.121. <i>mico</i>	3.1.122. <i>chimpancé</i> ★
3.1.123. <i>orangután</i> ★			

En principio, podemos dividir a los mamíferos en herbívoros y carnívoros. Por lo general, los primeros han gozado de unas connotaciones más positivas que los segundos.

3.1.11. *Es un zorro/es una zorra* (los cánidos). [*zorrastrón*] [*zorrupia*] [*zorrear*] [*zorrería*] [*zorra muerta*★] [*zorro viejo*] [*estar hecho un zorro*] [*estar hecho unos zorros*]

Los cánidos son «mamíferos... carnívoros digitígrados (que apoyan los dedos al andar)». Etimológicamente, el grupo parte del latín CANIS, «perro». El diccionario

académico cita como prototipos del grupo al *perro* y al *lobo*. Con el rasgo de «cánidos» aparecen, entre los más conocidos, el *chacal* y el *zorro* (*raposo*, *vulpeja*); no se incluye dicho rasgo en la definición de *lobo* («mamífero carnívoros»). El *coyote* se define como una «especie de lobo». Otros cánidos menos conocidos son el *licaón* —de África— y el *aguará* —en Argentina y Uruguay—.

El grupo de los nombres de cánidos con significado metafórico está formado por el *zorro* (con su sinónimo, el *raposo*), el *lobo* y el *perro* (con tres hipónimos, *galgo*, *lebel* y *sabueso*).

Salvo los hipónimos de *perro*, *galgo* y *lebel* («personas veloces»), predominan los sentidos negativos: se aplican a los astutos, a las personas de dudosa moralidad... El *lobo* y el *zorro* son enemigos tradicionales de los campesinos y de los ganaderos; pero también el *perro* arrastra una larga tradición como insulto en el ámbito religioso (*perro judío*); y todo ello a pesar del tópico tan extendido de ser el mejor amigo del hombre y el símbolo de la fidelidad. Recuérdese la famosa frase misántropa «cuanto más conozco a los hombres, más amo a mi perro», de autoría discutida.

El más polisémico es *perro*: usado «por las gentes de ciertas religiones para referirse a las de otras por afrenta y desprecio»; «persona despreciable»; «hombre tenaz, firme y constante en alguna opinión o empresa»; «estudiante de primer curso de una carrera universitaria» (México); en las academia militares, «alumno de primer año» (Perú y Bolivia); «hombre, que acostumbra a andar en aventuras amorosas con diferentes mujeres» (El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y Colombia); hombre «astuto, sagaz» (Colombia); «agente de policía encubierto» (Puerto Rico).

La mayor parte de los nombres se documentan en la época de orígenes (*galgo* en el x, *lobo* y *perro* en el xii, *raposo* y *sabueso* en el xiii): solo *zorro* (lusismo que viene a competir con el tradicional *raposo*) y *lebel* son del xv. Los sentidos metafóricos son todos bastante antiguos: ya en el xiv está el de *loba*, en el xv *perro* y todos los demás en el xvi.

Es un grupo que, por su trato habitual con el hombre, genera mucha fraseología, sobre todo el *zorro* (*zorrastrón*, *zorrupia*, *zorra muerta**, *zorro viejo*, *estar alguien hecho un zorro*, *estar hecho unos zorros*), el *lobo* (*hombre lobo*, *lobo de mar*, *lobatón*) y el *perro* (*perro viejo*, *perro nuevo**, *perro del hortelano**, *perrillo de todas bodas**, *perrito de falda o faldero*, *hijo de perra**).

El *zorro* es un «mamífero cánido de menos de un metro de longitud... de costumbres crepusculares y nocturnas: abunda en España y caza con gran astucia toda clase de animales, incluso de corral». Su nombre científico es *VULPES VULPES*. Metafóricamente, es la «persona muy taimada, astuta y solapada» y la «persona que afecta simpleza e insulsez especialmente para no trabajar, y hace tarda y pesadamente las cosas». La *zorra* es, metafóricamente, *prostituta*. Su uso frecuente ha hecho que se generen derivados (*zorrastrón* y *zorrupia*) que heredan e intensifican los significados señalados. En el lenguaje de la germanía (*Léxico del marginalismo*), el

zorro es el «ladrón que se finge tonto»; y la zorra es la «prostituta». En el *Diccionario de americanismos*, está con el significado, referido al hombre, «muy aficionado a las mujeres», como acepción propia de El Salvador y Nicaragua. Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Mujer de mala vida y reputación, despreciable y ruin; ramera, hembra pública que vive de comerciar con su cuerpo».

Ortega, en su reflexión sobre los dos tipos de literatura (la de los nobles y la de los plebeyos), comenta las *Romanzas de la zorra*, animal modelo de un tipo de sociedad:

Muy típicas son las Danzas de la Muerte. La Muerte, la amiga de Sancho, es la vengadora de los pequeños, simples y mal dotados, la demócrata. Y el cantor villano, harto de angustias, dolido de muchas faenas, socarrón y maligno, conduce a la Muerte las altas clases sociales... La misma intención anima las «*romanzas de la zorra*». La sociedad de los hombres es en ellas sometida a la perspectiva psicológica de una sociedad de animales. Porque ciertamente *el animal habita el piso bajo del hombre*; pero los ojuelos torvos y maliciosos del cantor villano sólo alcanzan a ver este primer piso. El héroe es la zorra, Aquiles de la suspicacia, Diómedes de la malignidad. Es el triunfo de la astucia en la persona de la menuda vulpeja ulísea. (*El espectador*, I, 1916)

Hay una curiosa y no muy conocida referencia a la astucia de la zorra (Herodes) en las *Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares* (1607) de fray Juan de los Ángeles, en una interpretación «moral» que merece la pena citar por extenso:

VULPES, ut jam saepius diximus, animal est *fraudulentum* et uvis noxium, ut testatur Naziancenus. Y más desas suelen ser las *raposillas pequeñas*, que nacen cuando la uva está en ciernes y se esconden entre los pámpanos, que las mayores, que, por serlo, suelen dar mayor cuidado. Yo entiendo *zorras pequeñas* a todos aquellos que no por fuerza ni con violencia acometen a la Iglesia o a el ánima santa, sino debajo de cautela, astucia y maña. Por esto llamó Cristo a Herodes *zorra*, porque cautelosamente trataba de quitarle la vida. [Luc 13:32: «Y les dijo: Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra» (Et ait illis: Ite, et dicite *vulpi* illi: Ecce eiicio daemonia, et sanitates perficio hodie, et cras, et tertia die consummor)].

Casares, en su *Introducción a la Lexicografía moderna* (1950: 111), colocaba como ejemplo de las metáforas zoomorfas al *zorro*: «Particularmente instructivo, en cuanto a la mayor o menor capacidad de los nombres concretos para engendrar acepciones figuradas, sería un capítulo dedicado a la fauna. Si nos dicen, por ejemplo, que “Fulano es un zorro”, todos entendemos sin vacilar que se trata de un individuo astuto y solapado».

La palabra es un préstamo del portugués. La palabra autóctona es *raposo* (derivada de *rabo*), menos utilizada (3.1.2). También está, como sinónimo femenino, *vulpeja*, que procede del diminutivo de la palabra latina, VULPES (VULPICULA). La primera documentación, en sentido literal y referida a una persona, está en la poesía satírica del xv: «Do mis trobas os serán / don zorro, cuero, pastor, / tanto crudas, / que quien os llama truan / vos tenga por cismador / como Judas» (Antón

de Montoro, *Cancionero*, c. 1445-1480). Ya el maestro Correas recoge la metáfora: «Es un zorro. Por astuto i mañoso» (*Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627). Está en el teatro popular del XVIII: «Entretenga usted a ese zorro / (A Ambrosio) / de modo que no oiga nada» (Ramón de la Cruz, *Los convalecientes*, 1768). También aparece el aumentativo: «El zorrón del cardenal de Rosi ha urdido toda esta patraña» (José Nicolás de Azara, *Cartas de Azara al ministro Roda en 1768* [*Cartas a Don Manuel de Roda*], 1768).

Como insulto, está ya en las *Poesías* (1828-1870) del académico madrileño Manuel Bretón de los Herreros: «El Preso. Mal rayo te lo destruya! / La Maja. Y al tuyo, mal tabardillo. / El Preso. Zorra zorra! / La Maja. Un abrazo, otro cuartillo... / Y acábase la camorra». También está en las *Tradiciones peruanas* (1874) del académico Ricardo Palma: «Cuando más tarde se halló a solas con su mujer, la preguntó: / —¿Qué buenas mozas eran las que tenías de visita? / Y la muy zorra contestó sin turbarse: / —Hijo, eran unas amiguitas que me querían mucho, / y a quienes yo correspondo su cariño».

No falta, naturalmente, en el gran metaforizador de animales que fue Galdós: «Pepe Orozco, grande hombre para los negocios, sin entrañas, duro, y económico en su vida interior hasta la sordidez, también algo zorro y de doble fondo como su hijo»; «Esta tontuela de Augusta me pagará su necedad... La he cogido, ¡pero qué bien!, en su propia trampa. ¡Y cuidado si tomaron precauciones los muy zorros! ¡Escondrijitos a mí!» (*Realidad*, 1889); «y anoche le aborrecí, porque en la narración de sus trapisondas, que son tremendas, tremendísimas, veía yo un plan depravado para encenderme la imaginación. Es lo más zorro que hay en el mundo» (*Tristana*, 1892); «Ya me está dando a mí mala espina ese señor de Ponte, que es un viejo verde muy zorro y muy tuno» (*Misericordia*, 1897); «Pues mi padre sostiene que el gallinero sigue alborotado, y que en él anda un zorro muy listo que llaman Bismarck...» (*España trágica*, 1908).

Don Latino, ante las palabras del librero Zaratustra, se dirige a Max Estrella: «Hemos perdido el viaje. Este zorro sabe más que nosotros, maestro» (Ramón María del Valle-Inclán, *Luces de Bohemia*, 1920-1924). Y, poco más tarde, Baroja arremete contra la opinión de Unamuno sobre la manera de ser de los vascos:

Y Unamuno quiere decir que el vascongado es zorro. ¡Qué va a serlo! Yo no lo creo, no por salir con un alegato en defensa del país, sino porque no me parece la aserción exacta. El zorro en las fábulas es el emblema de la astucia, de la inteligencia, de la picardía y, sobre todo, del saber hablar. No creo que el vasco se haya distinguido en estos aspectos, y sobre todo en el hablar. (*Desde la última vuelta del camino. Memorias*, 1944-1949)

Aparece en las novelas de Felipe Trigo en construcciones superlativas: «qué encantadoras, Octavio, y qué... *grandísimas zorras!*»; «y llegó a insultarla malamente: “¡Zorra!, ¡retegrandísima zorra!, ¿a quién vas a salir sino a tu madre? ...”» (*Jarrapellejos*, 1914). También está en *Las siete cucas* (1927) del escritor madrileño Eugenio

Noel (seudónimo de Eugenio Muñoz Díaz): «Mayor abismo que una Mancebía, cinco hermanas *zorras* y una madre alcahueta...». Es frecuente en *Tiempo de Silencio* (1961) de Luis Martín Santos, en boca de Cartucho: «... empieza a tocarla los achucháis. Ella, *la muy zorra*, poniendo cara de susto y mirando para mí»; «Me cago en el corazón de su madre, *la muy zorra*. Y luego “que es tuyo”, “que es tuyo”»; «Que hubiera tenido cuidao *la muy zorra*. ¿Qué se habrá creído?»; «¿Para qué anduvo con otros *la muy zorra*? Y ella “que no”, “que no”, que “sólo conmigo”».

Hoy sigue teniendo pleno uso. Para Michelle Bachelet, presidenta de Chile, Lula —el expresidente brasileño— es «un *zorro* político, inteligente y encantador»².

Tiene varios derivados y alguna fraseología: el aumentativo *zorrastrón*; el despectivo *zorrupia*; el derivado verbal *zorrear*; el derivado sustantivo *zorrería*; los compuestos sintagmáticos *zorra muerta** y *zorro viejo*; y las locuciones verbales *estar hecho un zorro*, *estar hecho unos zorros*.

ZORRASTRÓN es el «pícaro, astuto, disimulado y demasiado cauteloso». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Individuo taimado, calculador y excesivamente cauteloso; pícaro disimulado y astuto que vive atento a su interés, haciendo caso omiso del de los demás». Solo he encontrado un documento en los *corpora* académicos.

Se lamentaba la pícara Celestina hablando del vino: «no tiene sino una tacha; que lo bueno vale caro y lo malo hace daño; así que, con lo que sana el hígado, enferma la bolsa». Pero, por mucho que se quejase la vieja *zorrastrona*, lo cierto es que, si comparamos el precio del vino en España con el de Francia, hemos de tenernos por afortunados. (Pedro Plascencia; Teclo Villalón, *Manual de los vinos de España*, 1994)

ZORRUPIA (que parece una deformación de *zorra*) es en el diccionario académico «prostituta». Es palabra reciente: la primera documentación está en *La colmena* (1951-1969) de Cela: «—A todos estos mangantes hay que tratarlos así; las personas decentes no podemos dejar que se nos suban a las barbas. ¡Ya lo decía mi padre! ¿Quieres uvas? Pues entra por uvas. ¡Ja, ja! ¡La muy *zorrupia* no volvió a arrimar por allí!». Después, solo tenemos dos casos en los *corpora* académicos (ambos en el teatro de Luis Riaza, pero con la variante *zurrupia*): «¡A revolcarse con esas *zurrupias* de los sótanos!» (*Retrato de dama con perrito. Drama de la dama pudriéndose*, 1976); «¡Ya, ya...! El vino de la tal revolución. A esas *zurrupias* no se les despegue de la boca el cigarrito» (*El palacio de los monos*, 1982).

ZORREAR es, dicho de una mujer, «dedicarse a la prostitución». Está con el sentido de «fastidiar» en *La lucha inútil* (1984) del escritor segoviano Ramón Ayerra: «y, cómo, con qué prontitud, el subordinado se habitúa a ser *zorreado* y a aguantar con santa paciencia las cargas del dictadorzuelo, sin osar meterse en conjuras ni agruparse con otros descontentos».

ZORRERÍA es ya, en el siglo XIX, «astucia»: «El poeta describe la *zorrería* de los unos, el empacho de los otros» (Juan Montalvo, *Siete tratados*, 1882).

Tenemos un compuesto con el mismo sentido metafórico, ZORRA MUERTA★ como la «persona que no se despierta»: «Te acuestas muy tarde y por la mañana *zorra muerta*»; porque se disimula el sueño para no levantarse. La primera documentación es del XVII: «¡Mal conoces a la *zorra que sabe hacerse muerta!*» (Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio, marido examinado*, 1620).

Es frecuente la expresión ZORRO VIEJO o VIEJO ZORRO ya desde el XVIII: «han llamado a de Rosi, por consultor extraordinario, y han tenido con él varias sesiones; pero lo mejor es que, de resultas de ella, ha ido este *zorro viejo* a casa de Orsini» (José Nicolás de Azara, *Cartas de Azara al ministro Roda en 1768 [Cartas a Don Manuel de Roda]*, 1768); «—¿Qué me quieres, *zorro viejo*? —preguntó el paje—» (José de Espronceda, *Sancho Saldaña o El Castellano de Cuéllar*, 1834); «a Jerwis le nombraba como los mismos ingleses, esto es, *viejo zorro*» (Galdós, *Trafalgar*, 1873).

ESTAR HECHO UN ZORRO es, según el diccionario académico, una expresión coloquial que significa «estar demasiado cargado de sueño y sin poder despertarse o despejarse» y también «estar callado y pesado». No he encontrado documentación en los *corpora* consultados.

ESTAR HECHO UNOS ZORROS es, dicho de una persona o de un animal, «estar maltrecho, cansado» (está desde la edición de 1989 del diccionario académico). Parece, efectivamente, una frase moderna. Está en *Imán* (1930), novela de Ramón José Sender: «Pues aquí ya han sacao por cuarta vez de la tierra a un pobre moro, y si haces la descubierta esta madrugada lo verás a un lao de la carretera *hecho unos zorros*. ¿Quién lo ha desenterrao? Dirán que los chacales».

En cuanto a los refranes, el maestro Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) recoge, entre otros: «Algún día será Paskua. Algún día será la nuestra. *Algún día komerá la zorra kabrito*. Algún día me veré io en mi rreino. Kiere dezir ke vendrá tienpo en ke nos veremos vengados o mexorados de suerte» y «agrillas eran, i fuera de eso no las avía gana. *Palavras de la zorra, no pudiendo alkanzar las uvas*. Aplíkase a los ke, no saliendo kon su intento, dizen ke no les estava bien i no pusieron dilixenzia».

3.1.12. *Es un raposo / es una raposa*. *Raposo* es una variante de *zorro*, pero, metafóricamente, es la «persona taimada y astuta». La palabra *raposo* procede quizá de *rabo* («por lo característico de esta parte del cuerpo en este animal»). La primera documentación está en el *Fuero General de Navarra* (1250-1300): «E si ningún çaçador leuanta liebre o *raposo* et ua empués la çaça eyll o can suyo, ninguno porque mate non deue toyller la çaça al çaçador qui mouió et uiene enpues eylla». Como insulto, ya aparece en el poeta renacentista mirobrigense Cristóbal de Castillejo, en el *Diálogo entre Adulación y Verdad* (1545): «Como tú sueles hacer, / De engañosa, / Doblada, falsa, *raposa*, / Deslabada, novelera, / En público chocarrera / Y en secreto maliciosa».

Jerónimo de Huerta, humanista y traductor renacentista, ya señala el carácter negativo de algunos animales con un determinado tipo de ojos: «y assí las serpien-

tes, simias, *raposas* y todos los animales astutos y maliciosos tienen angostos los ojos o las pupilas, y los bueyes y ovejas, al contrario, los tienen anchos» (*Traducción de los libros de Historia natural de los animales de Plinio*, 1599). El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), anota: «Astuto komo un *rraposo*». Y Quevedo señala a Herodes como *raposa* (antes me he referido al mismo episodio con la palabra *zorra*):

Ni se puede dudar, que llame *raposas* Christo a los Reyes, que se inclinan a personas ambiciosas, y descaminadas. Él lo dixo assí, Luc. 13: In ipsa die, accesserunt quidam Marisaeorum, dicentes illi: Exi, et vade hinc, quia Herodes vult te occidere. Et ait illis: Ite, et dicite *vulpi* illi. «En el propio día llegaron algunos de los Fariseos, diciéndole: Sal, y vete de aquí, porque/Herodes te quiere matar. Y respondiolo a ellos: Yd, y dezyd a essa *raposa*:» assí la llamó Christo, y se sabe que Herodias era su descanso. Al fin, Señor, quien no tiene donde inclinar la cabeça, a Christo imita, quien tiene donde inclinarla, es *raposa*, es Herodes. (*Política de Dios, gobierno de Cristo*, 1626-1635)

Gracián, en el *Criticón* (1657), desarrolla el concepto de *diphthongo* como «una rara mezcla»: «Los más son diphthongos en el mundo, unos compuestos de fieras y hombres, otros de hombres y bestias; cuál de político y *raposo*, y cuál de lobo y avaro...».

El lobo con piel de cordero tiene una variante con la zorra:

Macaria ¡Pobrecita de mis ojos!
 ¿Quién me lo diría, quién
 que tan mal te pagaría
 ese *raposo con piel*
 de *oveja inocente*, ese alma
 de Caín...?
 Don Luis Suegra soez,
 no apure usted mi paciencia,
 que ya estoy dado a Luzbel.
 (Manuel Bretón de los Herreros,
Dios los cría y ellos se juntan, 1841)

Y, finalmente, Galdós, siempre atento a la comparación entre las conductas paralelas de hombres y animales (añade la terquedad de la mula y la labilidad de la serpiente), escribe:

A esto añade el narrador que la más talluda y desagradable era Domiciana Paredes... Abrazó el monjío en el culminante período del valimiento de Sor Patrocinio, y la expulsaron del convento de Jesús por el delito de clavar un alfiler gordo en las nalgas de un señor obispo. Anduvo después en privadas intrigas y enjuagues palaciegos. Vivió en los altos de Palacio hasta que fue destronada doña Isabel. Terca como una *mula*, *sagaz como raposa* y escurridiza como *serpiente*, llevaba por buen camino sus propósitos, ayudada de sus malas pasiones y de su talento de organización. (*España trágica*, 1909)

Menos frecuente que *zorra*, alguna vez después aparece como insulto:

Toña. – (Por Amelia.) ¿Qué hace ésa aquí? ¡Dije que sólo tú y el que llevara la cámara! (La carcelera se mueve.) ¡Quieta, *raposa*! ¡No me calientes, no me calientes!

Lucía. – (Disimuladamente, al cámara.) ¡Pedro, cuando te haga una señal, filma! Y cierra a primer plano.

(Alberto Miralles, *¡Hay motín, compañeras!*, 2002)

Algunos refranes se construyen sobre este animal. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge y explica el siguiente: «*Kon kabeza de lobo, gana el rraposo*. Usan dar premio al ke mata algún lobo, i puede andar a pedir kuatro o zinko leguas por los lugares de arredor kon la kabeza, i le dan algo los ke tienen ganado, i los rrikos. Deste uso sale el rrefrán, dicho desta i otras maneras, para dezir el achake o espantaxo kon ke algunos negozian en su provecho».

3.1.13. *Es un lobo /es una loba*. [lobatón] [lobo solitario★] [lobos de (una) la misma camada] [lobo de mar]

—¿Ves los lobos que tiran por el monte, el *gavilán* que vuela hasta las nubes,
la *víbora* que espera entre las piedras?

—¡Pues peor que todos juntos es el hombre!
(*La familia de Pascual Duarte*, Camilo José Cela)

El lobo es, según el diccionario académico, un «mamífero *carnicero*», pero aparece como prototipo de *cánido*. Su nombre científico es *CANIS LUPUS*. Metafóricamente, es la «persona sensualmente atractiva» (Uruguay) y «astuto» (Perú). Según el *Diccionario de americanismos*, es también «joven conquistador» (Puerto Rico). En el lenguaje de la germanía (*Léxico del marginalismo*) es «ladrón» (*cfr. lobatón* más abajo) y «borracho». *Loba* es, en el *Diccionario de argot* de Espasa, «homosexual» y «prostituta» (también en Perú, en el *Diccionario de americanismos*):

El lobo es un animal considerado astuto, fiero e incluso en algunos momentos dañino para el ser humano; por ello, se aplica en sentido figurado y despectivo para designar tanto al homosexual como a la prostituta, todo ello aumentado al utilizarse en género femenino. Es una voz de escaso uso.

La prostituta recibe numerosas designaciones figuradas que la asemejan a animales —que adquieren connotaciones negativas en el propio proceso metafórico— como *burra*, *zorra*...

Según el *Diccionario de americanismos*, en Uruguay es la «mujer sexualmente atractiva» y, en Ecuador, la «mujer que accede con facilidad a los requerimientos sexuales de los hombres».

Es frecuente en nuestra cultura oponerlo al cordero o a la oveja y su presencia es frecuente en los cuentos populares.

El *lobo*, al que todo buen pastor debe resistir y del que no debe huir, cuando viene sobre la grey, como advierte el Salvador en Jn 10, debe ser entendido no solo como el hereje o el diablo, sino también el tirano y opresor de los hombres, según interpreta Santo Tomás de Aquino ese pasaje del Evangelio. Por ello, San Gregorio en la Homilía 17 Sobre Evangelio dice: viene el *lobo* sobre las ovejas, cuando cualquier hombre injusto y raptor oprime a los fieles. (fray Bartolomé de las Casas, *Tratado sobre los indios que han sido hechos esclavos*, 1552)

La suma de todo lo que enseña Maquiavelo y los políticos acerca de la simulación y virtudes fingidas del príncipe, de que habemos hablado en el capítulo pasado, se cifra en formar y hacer un perfectísimo hipócrita, que diga uno y haga otro, y que sea como un monstruo, compuesto de varias figuras; que parezca *oveja* y sea *lobo*, con el rostro de hombre y el corazón de *vulpeja*. (Pedro de Ribadeneira, *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar sus estados...*, 1595)

Sí: que no está aquí *lobo* por *lobo*, ni cordero por cordero, que sería absurdo, dice San Jerónimo, sino hombre cruel, tragón y robador, en el *lobo*; y en el cordero, hombre manso y sufrido, y ese es el sentido verdadero e histórico. (fray Juan de los Ángeles, *Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares*, 1607)

Pasó de ser un animal admirado (animal de Marte, fundación de Roma) a ser un animal perverso y denigrado (cuentos populares —*Pedro y el lobo*, *Caperucita Roja*...—. Cfr. F. Guizard [ed.] [2009]: *Le loup en Europe du Moyen Age à nos jours*). Es muy conocida, en nuestra cultura, la frase *homo homini lupus*, que —como se sabe— aparece en el dramaturgo latino Plauto (254-184 a. C.), en su obra *Asinaria*: «Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit», y que mucho más tarde, en el siglo XVII, recupera el filósofo inglés Hobbes en su obra *Leviatán*. Fernando Savater, en su *Invitación a la ética* (1982), hace una hermosa reflexión sobre la frase:

Tomás Hobbes estableció como irremediable divisa *homo homini lupus*; el materialista teológico (valga la redundancia) más consecuente de la historia de la ética, Benito Spinoza, quiso algo aún más difícil y peligroso, jubilosamente desconsolador: *homo homini deus*. Pero ni lobo para el hombre ni dios para el hombre, yo os digo *homo homini homo* y aquí creo ver la obvia (pero casi siempre oculta) raíz de la ética, pues es el hombre para el hombre, es el hombre lo que hace hombre al hombre, en lo que se confirma como hombre, y merced al hombre se abre el hombre a la infinitud creadora y libre, y de este modo logra ir más allá del hombre.

Pablo Neruda escribe un singular poema sobre los dictadores, que son «animales» con diferentes habilidades para hacer daño al pueblo (*hienas*, *roedores*, *depredadores*, *pequeños buitres*) y reciben la ayuda de otros «animales» amigos (*lobos* de

Nueva York, *piara*): «Trujillo, Somoza, Carías... / y vendedores, azuzados / por los lobos de Nueva York» (*Canto general*, 1950).

La palabra procede del latín LUPUS y ya está en textos de los orígenes de la lengua: «Pero si el ganado en el termjno muere, el pastor o el vaccarizo et el cabrarizo traya la carne et el pelleio a su sennor, saluo si lo ouieren comjdo lobos o ossos» (*Fuero de Soria*, c. 1196).

La acepción de «hombre sensualmente atractivo», que el diccionario académico marca como palabra propia de Uruguay, está también en el *Diccionario de americanismos* como propia de Puerto Rico («joven conquistador»). Aparece por primera vez en *La Quijotita y su prima* (c. 1818) del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi: «Conque vea usted lo que hace y no la exponga a ser víctima de un lobo seductor, no sea que después tengan usted y ella que llorar su ligereza y falta de consejo».

Loba como «prostituta» aparece en un texto anónimo del XIV: «Ioathan regnó xvi anyos. Rómulo e Remo, hermanos Melgujzos, naxieron, e fue lur padre don Marte e lur madre donya Ilia; los quales, segunt se dize, nudrió loba, que piensa hombre que fues puta, la qual mató muchos hombres por la su putería» (*Obra sacada de las crónicas de San Isidoro de Don Lucas, Obispo de Tuy*, 1385-1396). Mucho después, Galdós utiliza la palabra como insulto: «Esa maldita mujer, esa Cirila de mil demonios, más mala que la langosta, y más ladrona que el robar, esa Iscariota, esa judía, esa loba con cara de mujer...» (*El doctor Centeno*, 1883); «No tardó en aparecer otra madre furiosa, que más que mujer parecía una loba, y la emprendió con otro de los mandingas a bofetada sucia, sin miedo a mancharse ella también. “Canallas, cafres, ¡cómo se han puesto!”» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887).

Con el sentido de «prostituta», está en *La novela del corsé* (1979) de Manuel Longares: «el tipo primitivo de la prostitución urbana es la mancebía pública... en las afueras, entre la ciudad y el campo, vaga la golfa pajillera, especie de loba que se abandona entre las piedras...». Como «mujer promiscua», es frecuente a partir de los ochenta: «Menudo pingo la tal Leonor. Menuda loba, que hasta con el perro..., y además borracha...»; «Su pasión de loba, sus axilas sudadas, sus pechos como peonzas duras desbordantes, su vientre redondo..., le habían ahuyentado» (Carmen Gómez Ojea, *Cantiga de agüero*, 1982); «—Oye, ¿te percastaste si esas lobas te echaron algo en la copa? - No.» (Luis Mateo Díez, *La fuente de la edad*, 1986); «Cuida las compañías, que ya te advertí bien advertido, que hay mucho tarambana y mucha loba por los negociados, que eres carne joven» (Luis Mateo Díez, *El expediente del naufrago*, 1992).

En el *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier podemos leer: «Lobo es sinónimo de salvajismo y loba de desenfreno... El simbolismo del lobo, como bastantes otros, entraña dos aspectos: uno feroz y satánico, el otro benéfico. Porque ve en la noche, es símbolo de luz... El lobo es un obstáculo en la ruta del peregrino árabe y la loba en la de Dante, donde toma las dimensiones de la bestia del Apocalipsis».

Lobo genera, con sentidos metafóricos, un aumentativo (*lobatón*), y tres compuestos sintagmáticos (*lobo solitario**, *lobos de —una— la misma camada* y *lobo de mar*). En el lenguaje de la germanía (*Léxico del marginalismo*), *LOBATÓN* es el «ladrón que hurta ovejas o carneros». Un ladrón habla en *El natural desdichado* (a. 1603) de Agustín de Rojas Villadrando: «y el señor rastrillero *lobatón*/su flor chancera está ya deshojada;/y si estas chanças se vsan con guiñapos,/báyase y no me gaste el guardatrapos».

El *LOBO SOLITARIO** es la «persona que rehúye el trato con los demás» (*Diccionario de uso del español* de María Moliner) y, más recientemente, «el delincuente que actúa por su cuenta». El primer sentido está en *El gran Serafín* (1962) del argentino Adolfo Bioy Casares:

Efectivamente, a Tarantino, a Sarcone y a Escobar, que se criaron juntos, no los separaron, y en cuanto a él, a Rivero, *un lobo solitario*, según la fórmula que había empleado en repetidas oportunidades para comunicar, a relaciones de sexo femenino y de la localidad de Temperley, una imagen adecuada de su idiosincrasia, lo instalaron solo, pero no demasiado lejos de sus grandes amigos, cosechados en el trascurso del viaje.

Como alguien relacionado con el ámbito de la delincuencia, ya está en *La verdad sobre el caso Savolta* (1975) de Eduardo Mendoza: «Los informes de Madrid le atribuyen la jefatura de una banda, sin precisar el número de sus componentes. Otros informes lo describen *como un lobo solitario*. Esto último parece más acorde con su personalidad de hombre fanático y violento en extremo».

LOS *LOBOS DE —UNA— LA MISMA CAMADA* son «personas que por tener unos mismos intereses o inclinaciones no se hacen daño unas a otras». Es compuesto sintagmático del siglo XIX: «Pero Carrascoso y sus cómplices estaban muy lejos de sospechar el estado de indecible alarma en que se hallaban sus paniaguados y compinches, que todos eran *lobos de la misma camada*» (Julián Zugasti y Sáenz, *El Banderismo. Estudio social y memorias históricas*, 1876-1880).

LOBO DE MAR es un «marino viejo y experimentado en su profesión» (con la marca de coloquial en el diccionario académico desde 1936). Es expresión de principios del siglo XX. Se documenta por primera vez en el costarricense Ricardo Fernández Guardia, *Cuentos ticos* (1901): «mandaba la maniobra con la serenidad de un *lobo de mar* encanecido en la guerra». También en *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911) de Baroja: «Cuando nuestro amigo, el viejo *lobo de mar*, estaba más alegre que de ordinario, contaba cuentos».

El maestro Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) recoge una amplia lista y, entre otros, los siguientes: «*Entregar la ovexa —[o] los kordeiros— al lobo*. Entregarse»; *mucho el lobo se huelga kon la koz de la ovexa*; *mientras el lobo kaga, la ovexa se salva*; *kuando un lobo kome a otro, no ai ké komer en el soto*; *nunka un lobo muerde a otro*; «*no ai mata de do lobo no salga*. Alegoría de inkonvenientes a tímidos»; «*el lobo harto de karne, métese fraile*. Dízese por los ke hartos i kontentos,

i ke se an logrado bien i gozado del mundo, tratan de la estrechez ke deven tener i guardar los Rrelixiosos, i ke ellos kisieran entrar en Rrelixión, i ke fueran mui oservantes; pero esto es de palavra solamente, ke están mui lexos de ponello por obra, komo el lobo»; «*el lobo, do mane, daño no haze*. Esta sagacidad del lobo es más zierta en ladrones i onbres kautos».

Además de estos refranes, también es interesante citar *loca es la oveja que al lobo se confiesa*, aplicable al ser humano que confía sus debilidades a alguien que puede utilizarlas en su contra; o *pierde el lobo los dientes, mas no las mientes*, en alusión al malvado que, aunque pierda fuerza, no pierde el instinto ruin (versión más elaborada de *el que tuvo retuvo*, en negativo).

El prestigioso director Martín Scorsese dirigió *El lobo de Wall Street* (*The Wolf of Wall Street*), estrenada en 2013, en la que Leonardo DiCaprio encarna a Jordan Belfort, joven corredor de bolsa, que llega, con métodos poco ortodoxos, a ser multimillonario.

3.1.14. *Es un perro /es una perra*. [emperrarse] [perrear] [perrería] [perro nuevo★] [perro viejo] [perro del hortelano★] [perrillo de todas bodas] [perrito de falda o faldero] [hijo de perra★] [los mismos perros con distintos collares★] [como el perro y el gato] [tratar a alguien como a un perro★]

Es evidente que también los siguientes comportamientos singulares de los *perros* superan cualquier cota por alta que sea. Cuando Polo, actor de tragedias, murió y su cuerpo estaba ardiendo en la pira, el *perro* que había sido objeto de sus cuidados saltó a ella y ardió con él.
(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

Aquí reposan los restos de una criatura que fue bella sin vanidad, fuerte sin insolencia, valiente sin ferocidad y tuvo todas las virtudes del hombre sin ninguno de sus defectos.
(*Epitafio para un perro*, Lord Byron)

Desde siempre el perro ha sido fiel acompañante del hombre. Pero, a pesar de ser el mejor amigo del hombre, el *perro* tiene siempre connotaciones negativas en su aplicación metafórica a los hombres. Ya en los primeros textos en los que aparece, como nos recuerdan Corominas y Pascual, se recoge este carácter (en la amplia entrada que dedican en su *Diccionario* a esta palabra de tan discutida como apasionante etimología). Hay que recordar que hasta el xv se prefiere *can*: «*Perro* tropezó con gran resistencia hasta imponerse, por ser considerado vocablo vil e innovador, frente al tradicional *can*, generalmente preferido, hasta el s. xv inclusive, por lo menos en boca de nobles y en literatura» (*s.v. perro*). Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995), explica así las diferencias y la evolución de los sinónimos *can* y *perro*:

El can acompañaba al señor en sus cacerías..., el perro, al pastor en su trabajo. Siendo el mismo animal, la palabra era distinta: la voz «can» estaba rodeada de la solemnidad aristocrática de su nombre latino, y del noble al que servía; la otra, estaba contaminada de la miseria y villanía del campesino y de la obscuridad de su etimología. Sin embargo, se impuso perro por razones lingüísticas: «can» carecía de femenino, de diminutivos, aumentativos, despectivos. Al heredar «perro» el arco de significación del término «can», y conservar el suyo propio, la palabra se convirtió en término de uso ambiguo: A la nobleza del can cazador que acompañaba a su señor, se unía a principios del siglo XVI la carga semántica negativa del perro de pastores, del perro urbano abandonado, con sus enfermedades y miserias. El can era cristiano y noble, de sangre limpia y estirpe clara; el perro era moro, judío, y luego incluso hereje, animal sucio, de oscuros orígenes, y de ocupación villana.

El perro es un «mamífero doméstico de la familia de los cánidos, de tamaño, forma y pelaje muy diversos, según las razas, que tiene olfato muy fino y es inteligente y muy leal al hombre». Su nombre científico es *CANIS FAMILIARIS*. Metafóricamente, es usado «por las gentes de ciertas religiones para referirse a las de otras por afrenta y desprecio»; también es la «persona despreciable» y, aunque desusado, «hombre tenaz, firme y constante en alguna opinión o empresa». Según el *Diccionario de americanismos*, es el «estudiante de primer curso de una carrera universitaria» (México); en las academias militares, «alumno de primer año» (Perú y Bolivia); el «hombre, que acostumbra a andar en aventuras amorosas con diferentes mujeres» (El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y Colombia); el hombre «astuto, sagaz» (Colombia); y «agente de policía encubierto» (Puerto Rico). Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Persona desidiosa y haragana; sujeto degradado, a quien anima mala intención. Es término afín a grosero, holgazán, sucio, malintencionado y cachondo o rijoso».

Es palabra probablemente de origen expresivo. La primera documentación está en el *Fuero de Madrid* (a. 1141-1235), donde se estipulan los castigos por el daño que hacen estos animales en las viñas («CII.- De *perros*. Los qui habén uineas in las aldeas...»). La fraseología y el refranero en torno al perro son extensos, como veremos, y refrendan ese carácter negativo: desde el muy común *perro del hortelano** hasta *los mismos perros con distintos collares**. Sin embargo, *perro viejo*, que documentaremos más adelante, mejora el significado: es la «persona con experiencia».

El *Diccionario de Autoridades* recoge un primer significado metafórico negativo: «Metaphóricamente se da este nombre por ignominia, afrenta y desprecio, especialmente a los moros o judíos», ya documentado desde el siglo XV: «A ti, fraile *perro moro* de la casa de Guzmán» (*Coplas del Provincial*, 1465-1466). Expresión frecuente, a la que se opone vehementemente Fray Antonio de Guevara, en sus *Epístolas familiares* (1521-1543):

Llamar a uno *perro moro* o llamarle judío descreído, palabras son de grande temeridad y aun de poca cristiandad, porque así como no hay en el cielo mayor de honra que

llamar a uno buen cristiano, por semejante manera no hay so el cielo mayor de nuestro que decir a uno que es sospechoso. ¿Qué mayor honra que llamar a uno hombre de buena vida? ¿Qué igual infamia que motejar a uno de mala conciencia? En llamando a un convertido moro, perro o judío, marrano, es llamarle perjurio, fermentido, hereje, aleroso, desalmado y renegado, de manera que es mal tan fiero, que sería menos mal al que tal dice quitarle la vida, que no probarle aquella infamia.

Como insulto para los creyentes de otras religiones, tenemos en español fundamentalmente *perro judío*. Aparece por primera vez en las *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589) de Juan de Castellanos: «Joan Sánchez Labrador, hombre de brío, / Allí le respondió con voz altiva: / “Decí, ¿quién mata al rey, *perro judío*? / Que yo también deseo que el rey viva...”».

También lo usa Quevedo:

¡Qué habrá gastado en mantillas
el arrendador del vino,
seguro que le parece
hasta en lo *perro judío*!
(*Poesías*, 1597-1645)

que el padre Galafrón, que tras él viene,
le dio el mejor caballo que tenía,
llamado Rabicán, no por el brío,
mas por ser de un rabí *perro judío*.
(*Poema heroico de las necesidades y locuras de Orlando*, c. 1626-1628)

Ya en el siglo XIX, Julián Zugasti y Sáenz, en su curioso ensayo *El Bandolerismo. Estudio social y memorias históricas* (1876-1880), comenta la expresión a propósito del personaje de Shakespeare: «Es el caso, que el judío Shylock odia mortalmente al mercader, porque presta gratis, y porque además censura sus operaciones excesivamente interesadas, llamándole con esa expresión que se ha hecho proverbial en todos los es para designar y maldecir la codicia y crueldad de los usureros, cual es, el calificativo de *perro judío*».

Y también está en Galdós: «Yo soy religioso, yo soy creyente, y tú eres un *perro judío*» (*La segunda casaca*, 1876); «Yo necesito desahogar con alguien esta efervescencia, esta turbación honda de mi alma. Déjame que te llame *perro judío*, y así me calmaré un poco: parece que se me quita un peso de encima» (*La incógnita*, 1888-1889). Aunque alguna vez aparece, en su obra, con el sentido positivo de fidelidad: «Es un *perro fiel*, y me quiere con delirio» (*Mendizábal*, 1898).

Y sigue siendo de uso vigente:

Juan (Intentando tímidamente rescatar su dignidad.) ¡Vuesa merced me hable con respeto!

Cuadrillero ¿Con respeto? ¡Hijo de puta, te voy a matar! (Corre hacia Juan López, que se hace una pelota, y se pone a darle puntapiés.) ¡Toma! ¡Toma, *perro judío*! ¡Brujo!

¡Maricón! (Teresa, llorando a voces, intenta sujetarle, y recibe un bofetón que la tumba como a un pelele). (Domingo Miras, *Las brujas de Barahona*, 1978)

Con el significado de «tenaz, firme y constante en alguna opinión o empresa», está en el *Diccionario de Autoridades* (1737), con cita de *La Dorotea* (1632) de Lope: «Pues, perro, ¿tú te resistes?».

Como «mala persona», está en Mario Vargas Llosa: «¿Tú los ayudaste, Aquilino? ¿También tú eres un perro? ¿También tú me traicionaste, viejo?» (*La casa verde*, 1966): «Estarás pensando que soy un perro que le roba hasta su hijo...» (*Conversación en la catedral*, 1969). Es curioso cómo en Cataluña a los inmigrantes del resto de España se les ha denominado *charnegos*, que en catalán —*xarnego*— era antiguamente un «perro para cazar de noche» (parece que poco apreciado); también se utilizó, durante algún tiempo, *chacurra*, «perro» en vasco, como despectivo de «policía». También se aplica a los enemigos políticos: «Alguien dijo una vez que en la punta del cuchillo del cirujano resplandece la vida. Lo leí en un libro escrito por un médico italiano que era un perro fascista, recordó Palinuro» (Fernando del Paso, *Palinuro de México*, 1977).

Es uno de los nombres de animales que genera más derivados y fraseología. Tenemos dos derivados verbales (*emperrarse* y *perrear*), un derivado sustantivo (*perrería*), seis compuestos sintagmáticos, (*perro nuevo*★, *perro viejo*, *perro del hortelano*★, *perrillo de todas bodas*★, *perrito de falda o faldero*, *hijo de perra*★), una locución verbal (*tratar a alguien como a un perro*★) y una locución adverbial (*como el perro y el gato*).

EMPERRARSE es «obstinarse, empeñarse en algo». Ya está en el *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) de Covarrubias, con una curiosa y lamentable comparación: «ponerse terco, rabioso, desesperado, como hacen los malos esclavos quando no temen el castigo»; definición que reproduce el *Diccionario de Autoridades*, que añade: «a semejanza de los perros (de cuyo nombre se forma este verbo) quando entre sí riñen». Francisco Cervantes de Salazar, en su *Crónica de la Nueva España* (1560), ya reúne el sustantivo y el participio del verbo, lo cual explica claramente el sentido metafórico: «¡Oh, pluguiese a Dios, que quedando con las vidas solamente, aunque quedásemos en cueros, tomásemos esta ciudad y acabásemos ya de vencer a estos perros *emperrados* que tan porfiadamente se nos defienden sin dar lugar a buena razón!».

El verbo PERREAR es «timar» (Venezuela) y, dicho de un hombre, «ser mujeriego, andar con muchas mujeres» y «menospreciar a alguien» (Costa Rica).

PERRERÍA, además de una «muchedumbre de perros», es —metafóricamente— un «conjunto o agregado de personas malvadas» (acepciones de las que no he encontrado documentación) y una «acción mala o inesperada contra alguien». La primera documentación, del anónimo libro sapiencial *Calila e Dimna* (1251), es metafórica: «Mucho me maravillo del león de cómo es muy sesudo et conoçedor de las cosas, cómo se encubrió su fazienda deste, et cómo non entendió su *perrería*

et su falsedat». Es frecuente con el verbo *decir*; así en *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* (1527-1529) de Alfonso de Valdés, uno de los participantes, Arcidiano, afirma: «—Y aun si en otra parte estoviésemos donde fuese lícito hablar, yo diría *perreras* desta boca». Pedro de Oña, en su *Arauco domado* (1596), utiliza la palabra en una secuencia de sinónimos: «Millones de palabras afrentosas, / Injurias, vituperios, *perreras*, / Envueltas en agudas ironías, / Despiden por sus lenguas venenosas».

En el *Diccionario de americanismos* aparece PERRO NUEVO★, como «persona inexperta, novata, que acaba de ingresar en un grupo, trabajo o actividad» (en Chile): «Me llegan voces desde la habitación de al lado. Me acomplejo. Es decir, me asusto. Busco la pistola en la chaqueta y, sigilosamente, me asomo. ¡Me cago! ¡Me cago! ¡Soy más tonto que *perro nuevo*!» (Ignacio Fritz, «La sangre de dos días», 2004).

PERRO VIEJO es, en definición del diccionario académico, la «persona sumamente cauta, advertida y prevenida por la experiencia» (con la marca de coloquial). *Ser perro viejo* está en el *Diccionario de argot* de Espasa como «tener experiencia en algo». Ya está en Juan del Encina (*Égloga de Plácida y Vitoriano*, 1513): «Vitoriano Suplicio, porque no digas / que desprecio tu consejo, / tú dispone en mis fatigas, / porque en las cosas de amigas / ya tú eres *perro viejo*». Y utiliza este compuesto sintagmático Sancho en la *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (1615): «—Eso de gobernarlos bien —respondió Sancho— no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mío y tengo compasión de los pobres, y a quien cuece y amasa, no le hurtas hogaza; y para mi santiguada que no me han de echar dado falso: soy *perro viejo* y entiendo todo tus, tus, y sé despabilarme a sus tiempos...». Lo recoge el maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627): «Es *perro viexo*. Para dezir ke uno tiene esperienzia i es astuto».

EL PERRO DEL HORTELANO★ (compuesto no recogido por el diccionario académico) es la «persona indecisa», «que ni come ni deja comer», refrán cuya primera documentación está en la *Instrucción de la mujer cristiana* de J.L. Vives (1528) de Juan Justiniano: «ni menos quiero que sean tan avarientas o mezquinas que el dinero que una vez entrare en su poder sea tesoro hundido en la mar (como dicen) no sabiendo en qué lo debe gastar o en que guardar, sino que siempre guardan y siempre esconden y siempre atesoran, como si el mundo todo les hubiese de faltar, *hechas el perro del hortelano*». Poco después, Hernán Núñez lo incluye en sus *Refranes o proverbios en romance* (c. 1549), con la forma *El perro del hortelano, ni hambriento ni harto*. Recuértese la obra de Lope de Vega con este título (1613).

EL PERRILLO DE TODAS BODAS es la «persona a la que le gusta estar en todas las fiestas y lugares de diversión», según el diccionario académico. Aparece por primera vez en el *Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas que hoy viven entre los indios naturales de esta Nueva España* (1629) del mexicano Hernando Ruíz de Alarcón, aunque aplicado a un utensilio: «Lo primero el tal leñador se preuiene del piciete que en esta materia le podemos llamar *el perrito de todas bodas*: luego le

conjura encargándole la obra y que le guarde para que no le suceda alguna desgracia, y para este efecto vsa de las palabras siguientes...». Recoge la expresión el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del maestro Correas: «komo el perro de muchas bodas, ke en ninguna kome por komer en todas». Así describe a este tipo de persona el también mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (*La Quijotita y su prima*, c. 1818): «Todo el día andabas saltando y cantando en casa; ello lo hacías mal, pero a tu gusto; y también te agradaban mucho las fiestecitas, los bailes y cuantas diversiones se te proporcionaban; de modo que si hubieras podido, hubieras sido apego de las tertulias, o como dicen, *perrito de todas bodas*».

El PERRITO DE FALDA o el PERRITO FALDERO es, según el diccionario académico, «el que por ser pequeño puede estar en las faldas de las mujeres», pero no recoge su sentido metafórico. En este texto del cronista de Felipe IV, Juan de Zabaleta, hay una curiosa reflexión sobre el trato a los perros y a las personas:

Estas pobres mujeres que servían en esta casa por una miserable comida adoraban a una loca. El cinocéfalo es especie de perro. Él adora a la luna y ella le trata como a un perro. Pues peor lo hacen estotras con sus criadas, porque tratan a los perros mejor que a ellas. Mejor plaza es la de *perrito faldero* en casa de una mujer poderosa que de criada valida. No tratan estas mujeres a sus criadas como a perros, sino como la luna a los cinocéfalos. La luna, cuando le da la gana, deja a estos animales a oscuras, muriendo de hambre y llenos de angustia. Estas mujeres, en antojándoseles, pasan su dinero al mercader, al joyero, a la platería, al comprador, y dejan por muchos días a sus criadas a oscuras, esto es, sin ración y sin remedio. (*El día de fiesta por la tarde*, 1660)

El sentido metafórico es muy reciente. La primera documentación está en la novela del novelista aragonés José Luis Alegre Cudós, *Locus amoenus* (1989): «La pregunta de Alma Celi tenía su atrevimiento y su misterio, y Leonardito sabía que atrevimiento y misterio venían a cuento de algo como atarlo más corto, *perrito faldero* y lame cosillas que de vez en cuando disfruta tanto del palo como del beso de su ama».

Como insulto, tenemos HIJO DE PERRA★ (compuesto no recogido por el diccionario académico) que, además, parece eufemismo de *hijo de puta*, «mala persona»). La primera documentación está en *Tradiciones peruanas* (1875) de Ricardo Palma: «Y arroz crudo para el diablo rabudo, y arroz de munición para el diablo rabón, y arroz de Calcuta para el diablo hijo de... perra, y colorín colorado, que aquí el cuento se ha acabado». También está, acompañado de perro, en la *Traducción de Las mil y una noches* (c. 1916) de Vicente Blasco Ibáñez: «Al oír estas palabras, Kanmakán sintió que una gran vergüenza se le subía a la cara, y exclamó: “¿Con quién crees que estás hablando, ¡oh perro, hijo de perra!”».

La locución adverbial COMO EL PERRO Y EL GATO se documenta por primera vez a finales del XIX: «Desde que nació su hija, luchaban en ella dos pasiones que se aborrecían *como el perro y el gato*, una buena y otra mala: la de madre escrupu-

losa y amante, y la de mujer de mundo, alegre y despreocupada» (José María de Pereda, *La Montálvez*, 1888).

La locución verbal TRATAR A ALGUIEN COMO A UN PERRO★ es «maltratarlo, despreciarlo». Ya está en la novela picaresca *La ingeniosa Elena —La hija de Celestina—* (1614), del fecundo escritor madrileño, Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo: «—Tiéneme mi muger desesperado / —dixo—, porque *me trata como a un perro* / enterneció el semblante el mal logrado».

La expresión LOS MISMOS PERROS CON DISTINTOS COLLARES★ se refiere a las «personas que aparentemente son diferentes a las que sustituyen, pero que tienen la misma ideología»; surge, según Galdós, del mundo de la política española del siglo XIX:

Era natural que el nuevo Gabinete no gustase a nadie. Los tibios le tenían por exaltado, y los exaltados por tibio. Procedente, como el anterior, de la mayoría, el Gabinete Valdemoro-Feliú, representaba las mismas ideas, la propia indecisión, idéntica dependencia de manejos secretos; representaba también la debilidad frente a los alborotadores, las pedradas al coche del Rey, la tolerancia de las grandes conspiraciones y la persecución sañuda de las pequeñas. De entonces data, si no estamos equivocados, la célebre frase de *los mismos perros con distintos collares*. (*El grande Oriente*, 1876)

Probablemente, el perro es el animal que más refranes ha generado. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge, entre otros, los siguientes: *aunke mi suegro sea bueno, no kiero perro kon zenzerro; al perro i al parlero, déxalos en el sendero; amor de rramera, halago de perro, amistad de fraile, konbite de mesonero, no puede ser ke no te kueste dinero; el dinero haze bailar al perro; el perro del ortolano, ni hanbriento ni harto; el perro del ortolano, ke ni kome las verzas ni las dexas komer al estraño; el perro viexo, no ladra en vano; dar del pan al perro —o perra— porke no muerda*.

A estos se pueden añadir los siguientes: *a perro flaco todas son pulgas; guárdate de hombre que no hable y de perro que no ladre; perro ladrador, nunca buen mordedor; el perro y el niño, donde ven cariño; quien da pan a perro ajeno, pierde pan y pierde perro; a otro perro con ese hueso, que yo roído lo tengo...*

Entre los hipónimos de *perro*, tenemos: *galgo* (3.1.5), *lebrél* (3.1.6) o *sabueso* (3.1.7). Los dos primeros representan, habitualmente, la velocidad y el último, el olfato.

También el *perro* es punto de partida de metáforas para designar objetos: el *perrillo* es «gatillo de las armas de fuego» o «pieza de hierro, en forma de mediacaña arqueada y con dientes finos en la parte interior, que en sustitución de la cadenilla de barbada se pone a las caballerías muy duras de boca». La *perrera* es, en el mundo de la delincuencia, «furgón policial», según el *Diccionario de argot* (Espasa): «El furgón policial se convierte en *perrera* probablemente porque el delincuente considera que es tratado como un perro, como un animal, por parte de la policía».

En italiano, se utiliza la expresión *mondo cane*, que en español tiene algún uso. No es propiamente una metáfora animalizadora aplicada al ser humano, pero el mundo es, más que un objeto, un modo de vivir. La primera documentación está en una obra del colombiano Tomás Carrasquilla: «Pero, comoquiera que en este *perro mundo* siempre se andan las penas de intrusas...» (*Frutos de mi tierra*, 1896). Más cerca de nosotros, la encontramos en los *Articuentos* (2001) de Juan José Millás: «Se me quedó grabada aquella imagen de los calcetines colgados de la barra en la que, con los años, acabó concentrándose toda la tristeza que era capaz de segregar la realidad de este *perro mundo*».

En cualquier caso, alguien, el filósofo francés Blaise Pascal o el actor belga Fernand Gravey (o Madame de Staël, o Jules Renard, o Mark Twain) escribió una de esas frases tan repetidas porque, además del ingenio, tiene esa constante tentación del ser humano de abjurar del prójimo: «Plus je vois [connais] les hommes et plus j'aime mon chien»...

3.1.15. *Es un galgo** [*galguitar**] [*galguería*] El galgo es una «casta de perro muy ligero...». Siempre el galgo ha sido el prototipo de animal «rápido»; pero también es metáfora de «persona delgada» (ambos sentidos ausentes en el diccionario académico) y, como adjetivo, es «goloso» (*cf.* más abajo *galguitar* y *galguería*). En el *Diccionario de argot* de Espasa, «policía o inspector de policía que lleva poco tiempo en el cuerpo», dentro del léxico de la marginalidad (aunque señala su escaso uso actual). Y añade: «Las fuerzas del orden se comparan muy habitualmente con animales, bien por el color del uniforme (*lagartos*, *caimanes* “guardias civiles”), bien por su comportamiento (*monos* “policías”) o por su forma de correr y actuar —*galgo*—. En todas estas voces se aprecia humor, degradación del ser humano —que se transforma en animal— y, sin duda, un reflejo de la mentalidad del delincuente».

La palabra procede del sintagma abreviado latino vulgar *GALLICUS* [*CANIS*], «[perro] de la Galia». Es, por tanto, una palabra deonomástica (derivada de un nombre propio). Ya está en los primeros textos del español, en los *Fueros*: «qui lovo mata de x menchales a iusu, et por *galgo* otro tanto, et por todos los otros canes...» (*Fueros de Medinaceli*, c. 1129); «Qual quier que alano, o sabueso, o *galgo*, o perro oueiero, o podenco friere, pechelo...» (*Fuero de Zorita de los Canes*, 1218–c. 1250).

Como «rápido», ya tenemos documentación del siglo xvi: «Si no fuera por vergüenza, yo corriera *como un galgo*» (Lope de Vega, *La bella malmaridada o la cortesana*, c. 1598). En este texto oral actual hay identificación con la persona: «Pepín Liria Pero Pepín Liria ha estado muy rápido. Pepín Liria es un *galgo*. Es un *galgo* y le ha pasado muy bien ¡Qué bonito! A Óscar el último relevo Mira. Para que pudiesen ganar. Mira Ahí Mira cómo se han cruzado. Han hecho trampa» (TVE 1, Hoy es posible, 28/01/1996). En ocasiones, también se pondera su olfato: «Huelo tu perfume. Tengo narices de *galgo*. Tu perfume me guiará y ...» (Griselda Gambaro, *Real envidia*, 1983). Como «delgado», aparece en el *Vocabulario de refranes*

y frases proverbiales (1627) del maestro Correas: «*Está hecho un galgo*. Por: flako» (frente a *sabueso*: «Ke está gordo i korpulento»).

El derivado GALGUEAR*, con un significado dialectal (León, «limpiar las regue-ras»), se usa en América con varios significados metafóricos, según el *Diccionario de americanismos*: «encontrarse en mala situación económica» (Argentina y Uruguay); «andar de un lado a otro, especialmente para buscarse la vida» (Uruguay); «pretender, cortejar» (Argentina); «comer golosinas» (El Salvador y Colombia, también en España). En la base de estos significados está la «comparación con el galgo que persigue anhelosamente la caza» (Corominas-Pascual). La primera documentación, con el sentido de «andar de un lado a otro...», está en la *Elocuencia española en arte* (1604-1621) del humanista manchego Bartolomé Jiménez Patón: «El segundo modo es cuando por los efetos entendemos las causas, como llamando “amarilla” a la muerte, “triste” a la vejez, “flaca” al hambre. Así le llamó Rodrigo de Cota en la Bucólica que hizo de Revulgo, copla 25: Ya conoces la amarilla, / que siempre anda *galgueando*, / muerta flaca suspirando, / que a todos pone mancilla». Como «encontrarse en mala situación económica», está en un texto oral de Argentina (*Reunión 66, sesión ordinaria 33, 2 de diciembre de 1998*): «He vivido *galgueando* y si examinas mi declaración de bienes y mi presentación a la comisión, encontrarás la clave de muchas cosas».

GALGUERÍA es «golosina», poco documentado en los *corpora* académicos.

En el refranero, *galgo* tiene alguna presencia. El maestro Correas (*Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627) recoge algunos refranes: *Mucho korre la liebre, pero más el galgo, pues la prende*; «*El kapitán, galgo; i los soldados, liebres*. Lo ke: *El kapitán, león; i los soldados, ziervos*».

3.1.16. *Es un lebrel**. El lebrel es una «variedad de perro que se distingue en tener el labio superior y las orejas caídas... Se le dio este nombre por ser muy apto para la caza de las liebres». Se asocia con la velocidad: «corre como un *lebrel*» o «es un *lebrel*»; pero también con los «partidarios de alguien».

Además de estos valores concretos, cito un texto muy curioso sobre la fidelidad del lebrel de don Juan, el malogrado hijo de los Reyes Católicos, tal como lo cuenta Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Libro de la Cámara real del Príncipe don Juan* (1547):

Otras cossas muchas podría dezir deste lebrel con verdad, pero por vna sola quiero concluir con él, pues en que ella se puede entender lo que este animal entendía. El día triste quel Príncipe fue en depósito enterrado, jueves en esclareciendo, çinco de Otubre, 1497 años, assí como fue puesto debaxo dela tumba, y con un dosel de brocado pelo cubierta, en la Yglesia mayor de Salamanca, este lebrel se echó, a par de la cabeçera de la tumba, en tierra, y tantas quantas vezes de allí le quitauan, tantas se boluía enconti-nente al mismo lugar, de manera que viéndole assí porfiar en acompañar aquel real cadáuer, le pussieron vn coxín o almoada de extrado allí, en que de día y de noche

estubo todos los días que el cuerpo tubo aquella morada, y allí le dauan de comer y beuer, y quando él tenía neçessidad de otra cossa, se salía dela yglesia, y después que hauía echo aguas o lo demás, se boluía a su almoada...

La palabra procede del francés *lévrier*. La primera documentación está en una crónica del siglo xv: «E el mercador que vio venir más de quarenta ombres todos vestidos de ábito de monte, e cada uno su sabueso por la trailla, e dellos algunos alanos e *lebreles*, fue muy espantado qué era aquello...» (Pedro de Corral, *Crónica del rey don Rodrigo, postrimero rey de los godos —Crónica sarracina—*, c. 1430). Ya en el *Coloquio dieciséis del bosque divino* (1578) del toledano afincado en México Fernán González de Eslava hay una identificación entre el animal y el papa: «Es *lebrél* que a Dios ayuda / el Pontífice Romano, / siempre defiende y escuda / a todo el pueblo cristiano / con la Fe viva y desnuda».

Este texto de Ricardo Palma se refiere a los «servidores de alguien importante» y aparece como sinónimo de *corchetes* («ministro inferior de justicia»):

Y plantándose capa y sombrero y empuñando la vara de alcalde, se echó a la calle, seguido de una chusma de corchetes, y enderezó a la esquina del Colegio Real.

Llegado a ella, comunicó órdenes a sus *lebreles*, que se esparcieron en distintas direcciones para tomar todas las avenidas e impedir que se escapase el reo, que a juzgar por los preliminares debía ser pájaro de cuenta. (*Tradiciones peruanas*, 1874)

Salvador González Anaya (poeta, novelista y académico) se refiere, en el siguiente texto, a los «partidarios políticos, seguidores»: «Sagasta premió a sus *lebreles* disolviendo las cortes en que habían dado tan exquisitas pruebas de educación y el ambiente de la política se enardecía rápidamente» (*La oración de la Tarde*, 1929).

En el refranero, tiene alguna presencia. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge el siguiente refrán que explica: «Guárdete Dios de perro lebrél, i de kasatorre, i de rrabidueña muxer. El lebrél es mui komedor i kostoso; de pobres hidalgos o eskuderos ke biven kasatorre no suele aver buena vezindad; “rrabidueña” llaman por desdén a la muxer entre ziudadana o hidalga, i suelen ser enfadosas kon nezesidades i presunción».

3.1.17. *Es un sabueso*. El *perro sabueso* es «una variedad de podenco... de olfato muy fino» y, metafóricamente, «pesquisidor, que sabe indagar, que olfatea, descubre, sigue o averigua los hechos». Mejor definición que esta académica es la del *Diccionario de uso del español* de María Moliner: «policía, detective, etc., que se dedica a investigar asuntos o a perseguir y descubrir a los malhechores: “Le persiguen los sabuesos de Scotland Yard”», con una subacepción: «se aplica a la persona hábil para averiguar o encontrar cosas».

La palabra procede del bajo latín *SEGUSIUS* (CANIS): *Segusia* era el valle de Susa en el Piamonte italiano, de donde procedería esta raza. Como en el caso de *galgo*, es una palabra deonomástica. La primera documentación de la palabra es de la

época de orígenes de nuestra lengua; está en el *Fuero de Zorita de los Canes* (1218-c. 1250): «Qual quier que alano, o *sabueso*, o galgo, o perro oueiero, o podenco friere, pechelo asi como silo matare...». El primer uso metafórico está en las *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589) del sacerdote y militar Juan de Castellanos. Colón, ante los obsequios que recibía de los indios, reaccionaba así:

Y así hablaba con los indios rudos
Sin dalle propia voz a sus oídos,
Diciendo: “Poco va veros yo mudos,
Como hablen presentes tan lucidos;
Pues con lo que nos dieren los desnudos
Mejorarán el pelo los vestidos...
Mas os hago saber que soy *sabueso*
De tales propiedades y costumbres...

Antonio Hurtado de Mendoza, poeta culterano y dramaturgo de cierta notoriedad en su época, hace hincapié en los valores simbólicos de *sabuesos* y *lebreles*: «Las espías imiten / los *sabuesos*, que avisen, / y los fuertes lebreles / españoles valientes» (*Poesías*, c.1615-1644). Y la imagen llega, naturalmente, a Galdós, siempre atento a las metáforas animalizadoras: «Husmeaba el aire como un *sabueso* que busca el rastro de personas o lugares» (*Torquemada en la Cruz*, 1893); «Y si el General no lo adivina, lo adivinaré yo —se dijo, olfateando el aire como un *sabueso* que rastrea la caza—. Vendrán por un lado y por otro. Como no se prevenga D. Tomás para este triple ataque, estamos perdidos» (*Zumalacárregui*, 1898). El maestro Correas la recoge, con un sentido físico, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627): «Está hecho un mastín; o un *sabueso*. Ke está gordo i korpulento» (frente a *galgo*: «flako»).

Más recientemente se ha utilizado para los llamados periodistas de investigación: «que son recientes y bien conocidos ejemplares los *sabuesos* del caso Watergate: Woodward y Bernstein» (J. L. Martínez Albertos, *La noticia y los comunicadores públicos*, 1978). En el *Diccionario de argot* de Espasa es «policía»: «el policía es denominado de este modo en sentido figurado, dado su instinto y sagacidad para descubrir al criminal, aunque indirectamente también se la animaliza para convertirlo en un can».

3.1.18. *Es un felino*★ (*los félidos*). Etimológicamente, el grupo de los félidos parte de FELES, «gato». Son «mamíferos digitígrados del orden de los Carnívoros, que tienen la cabeza redondeada y hocico corto». El diccionario académico cita como prototipos del grupo al *gato* y al *león*. Con el rasgo del sinónimo «felinos» —además— aparecen, *jaguar*, el *lince*, el *puma*, el *ocelote* y el *tigre*. También son felinos el *guepardo* (*onza*) y el *leopardo*. Menos conocidos son los americanos *caucel* y *jaguarundí*.

Frente a otros grupos de mamíferos, *felino* se utiliza, metafóricamente, como hiperónimo de grupo. Cuatro son los felinos metaforizados: *lince*, *león*, *gato* y *tigre*.

Los sentidos metafóricos son negativos en general, relacionados con la violencia y la astucia, salvo *lince* y *león*.

El que más polisemia genera es *gato*: «ladrón, ratero que hurta con astucia y engaño»; «hombre sagaz, astuto»; «persona nacida en Madrid»; *servidor* (El Salvador y México); «persona pobre, de estrato social bajo» (Honduras y El Salvador); «delincuente que roba pescado en barcos y otros medios de transporte» (Chile); y persona «que tiene los ojos claros, especialmente verdes o azules» (Nicaragua, Costa Rica, Bolivia y Ecuador).

Las primeras documentaciones proceden de los orígenes de la lengua en el caso de *gato* y *león* (XII) y *tigre* (XIII); *lince* es del XIV y el tecnicismo *felino* del XVI. Los sentidos metafóricos son de los Siglos de Oro, excepto el de *felino* que aparece en el XIX.

El *tigre* y el *león* son animales exóticos que, por diversas razones, se han adaptado a nuestra cultura. El *gato*, por el contrario, junto con el *perro*, es el animal de compañía en nuestra cultura; y también genera compuestos y derivados: *gato viejo**, *cuatro gatos*, *gatomuso*, *la gata de Juan Ramos*, *gata en celo**, *engatusar*.

El tecnicismo *férido* tiene una primera documentación muy tardía:

Féridos (fieras). Comprende el gato doméstico (*Felis catus*), el león (*F. leo*) de las estepas africanas; el tigre (*F. tigris*) de la India, el leopardo o pantera (*F. pardus*) de África y Asia meridional, el gato montés (*F. silvestris*) de Europa, el jaguar (*F. onça*) de América, que es parecido al leopardo, y el puma (*F. concolor*), también americano, parecido a la leona. (S. Alvarado, *C. Naturales* —5.º curso del Bachillerato, Plan de 1957—, 1957-1974)

Su carácter violento está en este texto del escritor y político peruano Ricardo León:

Y a la menor objeción *saltaba como un férido*; sus ojos verdes y redondos relucían con ramalazos de sangre. Por hacer feliz a la humanidad, aquel benéfico doctor hubiera arrasado el mundo y destruido a la humanidad entera.

El doctor Henares, que vivía impaciente y solitario *como león en jaula*, en una celda de su hospital, se enamoró de Georgina con un amor entre romántico y rijoso, pero con humos de pasión «científica» traspasada de fervores eugenésicos. (*Cristo en los infiernos*, 1941)

Felino es sinónimo de *férido* (aunque también se usa como adjetivo referido al gato exclusivamente). La palabra procede del latín *FELINUS*. La primera documentación es del XVI (aunque es un término raro hasta el XVIII; después, es bastante frecuente):

Navegando, pensaban en lo que la maga Salvagina les avía dicho y, aunque estaban leños, veían el humo y el fuego, que relumbraba de la isla perdida; y, según dicen las historias antiguas, ardió diez años aquella isla por la mucha madera que allí avía. Después fue poblada de los *felinos*. La lumbre de aquella isla hacía perder muchas naos que daban allí en unas peñas y en unas sirtes peligrosas. (*Baldo*, 1542)

Es un adjetivo particularmente querido por Galdós, que lo incluye en sintagmas referidos a la conducta humana: «D. Mauro cerró el escotillón, riendo con ese *gozo felino* que da la conciencia de la propia crueldad, y me encontré entre densas tinieblas» (*El 19 de marzo y el 2 de mayo*, 1873); «No... el pacto no rige aún —repuso el otro, sin avanzar un paso, mirando a León con la glacial fiera de una *bestia felina*—» (*La familia de León Roch*, 1878). Y también en descripciones físicas: «sus ojos verdes, animados por extraño *resplandor felino*» (*Doña Perfecta*, 1876): «Con *brinco felino* corrió a coger un trabuco colgado...» (*España trágica*, 1908). Aparece frecuentemente con sustantivos como *andar*, *brinco*, *movimiento*, *ojos*, *paso*, *salto*...

Ortega y Gasset construye una bella metáfora sobre el filólogo, filósofo e historiador francés Joseph Ernest Renan: «Los Nouveaux Cahiers de Jeunesse nos permiten sorprender, como a través de un vidrio, las inquietudes germinales de aquel *alma felina*, entregada a sí propia en la soledad limpia y melodiosa de sus veintitrés años» (*Personas, obras, cosas*, 1904-1916).

Jardiel Poncela acuña el sustantivo *felinidad*. «Para sentarse siguió avanzando, mirándolo todo: la habitación, los muebles, los objetos... y así llegó hasta un confidente, donde se dejó caer con aquella laxitud flexuosa, llena de blandura, de *felinidad* y de elegancia» (*Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?*, 1931).

3.1.19. *Es un lince*. El felino más metafórico es el *lince*. En la descripción del animal que hace el diccionario académico no se hace ninguna referencia a la «vista aguda» del «mamífero félido europeo». Su nombre científico es *LYNX PARDINA*. Metafóricamente, es «persona que tiene una vista aguda» (como rasgo físico) y la «persona aguda, sagaz» (como rasgo psicológico). También incluye la locución sustantiva *vista de lince*. El *Diccionario de Autoridades* recogía también la acepción «el ladrón de gran vista, o el que ponen por atalaya quando están haciendo el hurto», presente en el *Vocabulario* (1609) de Juan Hidalgo. En el *Diccionario de americanismos*, como propio de Panamá, «policía motorizado».

Es una palabra que procede del latín *LYNX* y este del griego *λύγξ*. En la primera documentación de que disponemos, ya hay una alusión a su agudeza visual: «E son allí *linçes* que así tienen los ojos de aguda catadura que los cuerpos maçifos, por la sotileza de la vista, se dize que penetran. E aquellos que la natura deste animal conoçieron más conplidamente, dízese que pueden convertir la orina dellos en natura de piedra preçiosa que es llamada legurio» (*Traducción de la «Historia de Jerusalem abreviada» de Jacobo de Vitriaco*, 1350). Alfonso de Palencia (*Universal vocabulario en latín y en romance*, 1490) recoge los verbos que se refieren a los sonidos

de los animales: «las *lince*s vrcan, los lobos aúllan, las sierpes siflan, los elefantes barrizan...».

«Ojos penetrables tienes, más que de *lince*» (Luis Mejía, *Colloquio de Erasmo*, 1532) es la primera alusión a la vista de lince. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge la expresión «*Ver más ke un linze... ke un zahorí*. Por: ver mucho». En los Siglos de Oro, Lope de Vega juega con el significado del animal referido al mundo afectivo: «que yo soy *lince*, aunque el amor es ciego...» (*La Arcadia*, 1598); y utiliza la palabra también como adjetivo: «¿Para qué te ascondes, niña gallarda? Que mis *lince*s deseos paredes pasan» (*Fuente Ovejuna*, 1612).

En ocasiones se contrapone al *topo*, como animal ciego: «Dezid quién me hizo *lince* Siendo un *topo* de miseria» (Benito Daza de Valdés, *Uso de los antojos para todo género de vistas*, 1623); «pero no se puede creer que en todo lo demás fue *lynce* quien en esto fue *topo*» (Benito Jerónimo Feijoo, *Theatro crítico universal, o discursos varios en todo género*, 1728). También Calderón juega con la referencia a Argos, el de los mil ojos: «Clara Vosotras, desde allá dentro, / ved que entrar no solicite / por otra parte a esconderse. / Mari-Nuño Un Argos seré. / Brígida Yo un *lince*» (*Guárdate del agua mansa*, 1649).

Con el sentido de «persona aguda», está ya en el teatro popular del XIX: «¡Oh! Pero yo soy muy *lince*. Juliana. Al más *lince* se la pegan. Agapito» (Manuel Bretón de los Herreros, *Marcela o, ¿cuál de los tres?*, 1831).

Como «policía motorizado», está en el siguiente texto de un diario digital de Panamá: «En un acto sin precedentes, en donde se convocó a todos los grupos que a nivel nacional componen la Policía Motorizada, conocida como Los *Lince*s, se celebró ayer el aniversario número diecisiete de esta unidad elite de la Policía Nacional»³.

3.1.20. *Es un león / es una leona.*

El *león* ya entrado en años y que se ha puesto pesado por la vejez es nulo para cazar y, por eso, descansa contento en los refugios cavernosos o del bosque, y no se atreve a meterse con las piezas de caza ni siquiera con las más débiles, recelando de sus muchos años y notando la debilidad de su cuerpo.
(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

El león es un «gran mamífero carnívoro de la familia de los Félidos». Su nombre científico es *PANTHERA LEO*. Metafóricamente, es la «persona audaz, imperiosa y valiente»; también «homosexual» en América. Es el rey de los animales y, por tanto, un modelo. Pero es curioso que, de ese estatus tan prestigioso, pueda descender a utilizarse casi como un insulto. El *Diccionario de Autoridades* recogía también el significado «rufián», como propio del lenguaje de germanía. Según el *Dic-*

cionario de americanismos, en Guatemala, y como festivo, es un «hombre afeminado» (como ironía). La *leona* es, según el *Diccionario de argot* de Espasa, la «prostituta» (esta acepción ya se documenta en la germanía de los siglos XVI y XVII, como denominación que el rufián daba a su protegida). También, según el *Diccionario de americanismos*, es «mujer lasciva» (Honduras y El Salvador).

Procede del latín LEONE y la primera documentación está en los orígenes del español, concretamente en el *Poema de Mio Cid* (c. 1140), cuando Doña Jimena dirige la oración a Dios antes de la partida al destierro del héroe: «salveste a Jonás cuando cayó en la mar, / salvest a Daniel con los leones en la mala cárcel».

El humanista vallisoletano Alonso López «Pinciano», en su *Filosofía antigua poética* (1596), manual renacentista de retórica, explica uno de los «quatro modos» de metáforas: «o de la especie a la especie, como se dize al hombre brauo “león”, que el nombre “león”, especie diferente del hombre, passa a significar el hombre». Ya Cervantes identifica la valentía con el animal: «Arlaxa ¿Atrevido? / D. Fernando Es un león» (*Comedia famosa del gallardo español*, 1615). En el *Apocalipsis* 4, 7 (basado en *Ezequiel* 1,10) los cuatro evangelistas son el hombre (Mateo), el león (Marcos), el toro (Lucas) y el águila (Juan).

Y así creo que no será menester más trabajo para en ellas parar y componernos que el que tuvo Dios para que encogiesen las alas aquellos animales que vido Eczechiél volar a toda furia al firmamento: que, con ser águila ligera, toro bravo, león furioso y hombre inquieto, a un grito y a una voz, pararon todos y encogieron sus alas. (San Juan Bautista de la Concepción, *De los oficios más comunes*, c. 1607)

Hay que recordar que el león está, como icono de parte de la región, en la bandera de Castilla y León. Es bien sabido que el topónimo *León* procede de la palabra latina LEGIONE (allí acampó la «legio VII gemina». Parece que la etimología popular icónica procede del hecho de que los reyes asumieron al animal como símbolo de valentía, de poder.

La metáfora está, naturalmente, en Galdós: «—Es un león oprimido —se decía—, y yo el ratoncillo travieso que puede hacerle un buen recaudo» (*El caballero encantado*, 1909). Mucho más tarde, el escritor uruguayo Eduardo Galdeano, en su libro de relatos *Bocas del tiempo* (2004), hace una larga reflexión sobre el valor simbólico del león y de la leona, en comparación con la hiena, que pone patas arriba la concepción tradicional de estos animales y que merece la pena citar por extenso:

La hiena, símbolo de la cobardía y la crueldad, no vibra, ni flamea, ni custodia nada. El león da nombre a reyes y plebeyos, pero no hay noticia de que ninguna persona se haya llamado o se llame Hiena.

El león es un mamífero carnívoro de la familia de los félidos. El macho se dedica a rugir. Sus hembras se ocupan de cazar un venado, una cebrá o algún otro bicho indefenso o distraído, mientras el macho espera. Cuando la comida está lista, el macho se

sirve primero. De lo que sobra, comen las hembras. Y al final, si algo queda todavía, comen los cachorros. Si no queda nada, se joden.

La hiena, mamífero carnívoro de la familia de los hiénidos, tiene otras costumbres. Es el caballero quien trae la comida; y él come último, después que se han servido los niños y las damas.

Para elogiar, decimos: Es un *león*. Y para insultar: Es una hiena. La hiena se ríe. Por qué será.

Como «hombre afeminado», no está en los *corpora* académicos, pero se recoge en la página web *Jergas del habla hispana*, con el siguiente ejemplo «Carlos es bien celoso de sus hermanas, pero como Fernando es un *león*, a él sí lo deja solo con ellas»⁴.

Ya en la poesía del xvi aparece la imagen de la leona referida a la mujer: «Es una *leona* fiera, / No mujer» (Cristóbal de Castillejo, *Poesías*, c. 1541-a. 1550); «¡O, más fiera que tigre ni *leona*! / Tú eres la culpada y homecida, / y no el amor, que yo estaba engañado» (Jorge de Montemayor, *Cancionero*, 1554-1559). Es una metáfora que forma parte, en gran medida, de la misoginia que atraviesa nuestra literatura y nuestra cultura desde la Edad Media. Fijémonos lo que escribe el asceta Fray Alonso de Cabrera (*De las consideraciones sobre todos los evangelios de la Cuaresma*, 1598):

La incontinencia impetuosa de la mujer se significa por la *leona*, que es lasciva... La mala mujer no tiene de mujer más que el rostro, en todo lo demás es una *leona*. La *leona* es reina de todos los animales brutos; la más lasciva que se halla entre ellos; es crudelísima y vive de rapiña. Todo esto se halla en una mujer pública pecadora. Lo primero, que es reina de los brutos. Entre todos los vicios, el que más saca al hombre de razón y le ciega y casi priva el juicio es la lujuria; que de tal manera sepulta el alma en la carne, que la viene como a hacer carnal o bestial.

El maestro Correas recoge, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), las siguientes comparaciones: «*Komo una leona*. *Komo una zebra*. De la ke se enbraveze mucho».

En la novela *Lo que está en mi corazón* (2001) de la escritora chilena Marcela Serrano, se deshace el tópico de la mujer lasciva: «Quisiera ser muy clara a propósito de la melena roja. Existe el mito de que la mujer que la lleve tendrá determinadas características, la *leona*, la cazadora, la come hombres, la mujer fatal. Pues yo no tengo nada de eso. Nací con ese color —en mi infancia tuve pecas, las inevitables, que el tiempo luego borró— y, aparte de las burlas que hacían de ello en el colegio».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *airado*, *bravo*, *cruel*, *furioso*, *gallardo*, *sañudo* y *valiente*.

En cuanto a los refranes, tenemos *no es tan fiero el león como lo pintan*, que explica el toledano Sebastián de Horozco, en su *Libro de los proverbios glosados* (1570-1579), elaborando un ataque en toda regla contra los «confessos»:

Y a este propósito dize otro proverbio que *no es tan bravo el león* como le pintan porque siempre pintan al león más bravo de lo que él es. Y este proverbio de ser más el ruido que las nuezes por la mayor parte ha lugar en los confessos los quales como son vanos y vanagloriosos y pretenden ser en más tenidos porque lo que les falta de linaje y naturaleza procuran siempre de lo suplir con pompas vanas de riquezas. Y así siempre se predicán más ricos y más poderosos de lo que son haziendo papos de ayre en los quales es mucho más el ruido que las nuezes en las quales ay muchas vanas que no tienen nada dentro y son cáxcaras. Y éstas suenan más que las llenas. Y así son los de esta casta.

Según el maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), el hombre cambia sus tres estados civiles en relación con tres animales: *soltero, pavón; desposado, león; kasado, buei kansado*.

3.1.21. *Es un gato / es una gata*. [engatar] [engatusar] [gatear] [gato viejo] [cuatro gatos] [gata parida] [gata en celo★] [la gata de Juan Ramos] [gatomuso] [jugar al gato y al ratón] [como el perro y el gato] [como gato panza arriba] [a gatas]

—¿La madre de Beatriz me escribe a mí? Aquí hay *gato encerrado*.
Y a propósito, recuerdo mi *Oda al gato*. Aún pienso que hay tres imágenes rescatables.
El gato como mínimo tigre de salón,
como la policía secreta de las habitaciones, y como el sultán de las tejas eróticas.
—Poeta, hoy no estoy para metáforas. La carta, por favor.
(*El cartero de Neruda*, Antonio Skármeta)

El gato es un «mamífero carnívoro de la familia de los Félidos». Su nombre científico es *FELIS CATTUS*. Metafóricamente, es «ladrón, ratero que hurta con astucia y engaño», «persona sagaz, astuta» y «persona nacida en Madrid»; es *servidor* —«persona que sirve como criado»— (El Salvador y México). Según el *Diccionario de americanismos*, es «persona pobre, de estrato social bajo» (Honduras y El Salvador); «delincuente que roba pescado en barcos y otros medios de transporte» (Chile); y persona «que tiene los ojos claros, especialmente verdes o azules» (Nicaragua, Costa Rica, Bolivia y Ecuador). *Gata* es «mujer reservada, tranquila», pero también «mujer de costumbres licenciosas» en Cuba (Sánchez-Boudy).

Es, junto con el perro, el otro animal de compañía más frecuente en nuestra cultura. Pero tiene, frecuentemente, connotaciones negativas. Hay que recordar que en la tradición culta se le asocia con la traición: en algunas versiones pictóricas de la Última Cena, aparece el gato a los pies de Judas.

La palabra procede del latín *CATTUS*: es de documentación tardía (del 600 d.C.); parece que los romanos no conocían el gato doméstico, solo el salvaje (*FELES*). El origen de *CATTUS* es controvertido: San Isidoro, en sus *Etimologías*, lo hace derivar de *CAPTARE*, porque tiene poderosa visión nocturna para cazar; más razonable parece un origen expresivo del término, sonido para llamar o espantar el animal («quia cattat, id est, videt»). La primera documentación es de la época de los orígenes del español, concretamente del *Fuero de Soria* (c. 1196): «Quien en su palomar *gato* ageno matare, non peche njnguna cosa».

En el sentido de «ladrón», ya está en el siglo xvii: «En efecto: murió, y fue la ocasión el haberle azotado un hijo y echado a galeras por *gato*. Ténganos Dios de su mano» (Jerónimo de Barrionuevo, *Avisos*, 1654-1658). Y ese significado parece tener en el siguiente poema de Sor Juana Inés de la Cruz (*Poesía. Lírica personal*, c. 1666-a. 1695):

Yo tengo de pintar, de donde diere,
salga como saliere,
aunque saque un retrato
tal que, después, le ponga: Aqueste es *gato*.
Pues no soy la primera
que, con hurtos de sol y primavera,
echa con mil primores
una mujer en infusión de flores.

Está, mucho más tarde, en *La corte de los milagros* (1927-1931) de Valle-Inclán: «—Toñete, no seas *gato*, que tu misión en esta casa es robar para los dos. —¡No condene el alma! ¿Que yo robo? ¡Si el venir a esta casa ha sido mi ruina!». El mexicano José María Arguedas, en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (a. 1969), utiliza también la imagen: «Ustedes saben que la policía me ha querido llevar preso otras veces porque decían que era gato con uñas largazas, de ladrón. Yo no niego que soy *gato*, pero robo la amistad, el corazón de Dios, así araño yo...».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *agazapado*, *ágil*, *asustadizo*, *frágil*, *relamido*, *sensual*, *sigiloso* y *silencioso* y con los verbos *deslizarse*, *huir* y *ronronear*.

En el *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier, podemos leer:

El simbolismo del *gato* es muy heterogéneo, oscilando entre las tendencias benéficas y maléficas: que puede explicarse simplemente por la actitud socarrona del animal. En el Japón es un animal de mal augurio, capaz, se dice, de matar a las mujeres y revestirse de su forma...

El Egipto antiguo veneraba, con los rasgos del Gato divino, a la diosa Bastet, como bienhechora y protectora del hombre...

Según la leyenda, como las ratas incomodaban a los pasajeros del Arca, Noé pasó la mano por la frente del león que estornudó, proyectando una pareja de gatos; y por esta razón este animal se parece al león.

En cuanto al uso metafórico de *gata*, Gregorio Marañón, a propósito de Livia, esposa de Tiberio y de Augusto, escribe: «... mujer extraordinaria que alcanzó el de Madre de la Patria, Genitrix Orbis, pero no el amor de su pueblo; mujer implacable en su ambición, frígida y tenaz, *gata o pantera*, según le convenía» (*Tiberio. Historia de un resentimiento*, 1939-1941). Parece que *gata* significa «mujer reservada, tranquila», frente a la fiera de la *pantera*.

Como ocurre con *perro*, *gato* genera muchos derivados y mucha fraseología: tres derivados verbales (*engatar*, *engatusar* y *gatear*), cinco compuestos sintagmáticos (*gato viejo*★, *cuatro gatos*, *gata parida*, *gata en celo*★, *la gata de Juan Ramos*), un compuesto léxico (*gatomuso*), una locución verbal (*jugar al gato y al ratón*) y tres locuciones adverbiales (*como el perro y el gato*, *como gato panza arriba* y *a gatas*).

ENGATUSAR es «ganar la voluntad de alguien con halagos para conseguir de él algo», que deriva, a su vez, de ENGATAR («engañar halagando»). Este último aparece documentado por primera vez en el siglo XVI (es de uso raro): «¡Por otra parte, espantos le afligían, / que a tanto bien yndigno se jugaua, / dudando si la moça por burlallo / andaua procurando de *engatallo*». *Engatusar* (mucho más frecuente) es más tardío, del siglo XIX; la primera documentación está *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional* (1820-1823) de Sebastián de Miñano: «¿Piensa que estamos todavía en aquellos tiempos en que bastaba un poco de hipocresía y de apariencia de humildad para *engatusar* a los superiores y apoderarse de los mejores bocados?». Aparece varias veces en *Fortunata y Jacinta* (1885-1887) de Galdós: «—Lo que tú tienes —afirmó doña Lupe queriendo sostener su papel— es la tontería que te rebosa por todo el cuerpo... y nada más. No me *engatusarás* con palabritas».

GATEAR es «andar a gatas» y «trepar como los gatos, y especialmente subir por un tronco o astil valiéndose de los brazos y piernas»; también, «hurtar, robar sin intimidación ni fuerza». Ya está en *el Cancionero castellano de París* (1434-c. 1470): (la justicia y la libertad son necesarias) «si vna destas fallesçe / la republica coxquea / e si de anbas caresçe / dexe de andar *egatea*»; como «trepar», aparece por primera vez en *La Araucana* (1578) de Alonso de Ercilla: «no tan presto los pláticos guerreros / del cierto asalto la señal tocando, / por escalas, por picas y maderos / suben a la muralla gateando». Y también, y derivado de *gato* como «ladrón», significa «hurtar, robar sin intimidación ni fuerza».

GATO VIEJO★ hace referencia al hombre mayor que busca una mujer joven que es «ratón tierno», «rata tierna». En una obra del poeta valenciano Jacinto Alonso Maluenda aparece por primera vez la expresión: «Porque con tu rostro eterno / moçuelos buscando vas, / mas *gato viejo* dirás / que se busca *ratón tierno*» (*Cozquilla del gusto*, 1629). Mucho más tarde, Emilia Pardo Bazán también recurre al

compuesto metafórico; en su novela *Un viaje de novios* (1881) cuenta la historia del matrimonio entre un funcionario cuarentón y una joven provinciana e inexperta: «El Padre Urtazu, consultado primero, exclamó con su franqueza navarra: —*A gato viejo rata tierna*. No se pierde el don almibarado y pulido. ¿Pero no ve, desgraciado, no ve que el merengue ese puede ser padre de Lucía? ¡Sabe Dios las liebres que en su vida habrá corrido!».

La imagen llega hasta nuestros días: «Toda la familia de María Julia está desintegrada: el hijo y el nieto, muertos; el marido, separado. “*Para gato viejo, ratón tierno*”, ríe con humor, para explicar que su marido vive en otro lado con una jovencita» (Proceso —México—, «milagroso santo», 20/10/1996).

CUATRO GATOS es un compuesto sintagmático que significa «poca gente y sin importancia». La primera documentación es del siglo XVI: «Unos que deseaban lisonjear a Narváez, que eran de su parescer y condición, decían... que *con cuatro gatos*, en el campo, ni en poblado, por muy atrevido que fuese Cortés, no osaría emprender negocio tan dificultoso» (Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, 1560). Después, está en Galdós: «Según esto, Maroto declaraba a su ejército en rebeldía, y se presentaba él solo, *con cuatro gatos*; y él solo reconocía los derechos de Isabel, dejando en el aire la obra de la paz, y a las tropas apartadas de toda reconciliación» (*Vergara*, 1899). También aparece varias veces en *Cinco horas con Mario* (1966) de Miguel Delibes: «Mario, que hoy todas quieren ser señoritas, y la que no fuma, se pinta las uñas o se pone pantalones, y eso no puede ser, que estas mujeronas están destrozando la vida de familia, así como suena, que yo recuerdo en casa, dos criadas y la señorita *para cuatro gatos*, y cobrarían dos reales».

Con un sentido parecido está en un periódico boliviano GATA PARIDA: «los partidos políticos que componen el gobierno actualmente, que abrazan ciegamente y sin reservas los principios neoliberales, cambien su papel de comparsas haciéndose *gata parida* para obtener mayores espacios de poder para su propio beneficio» (*El Deber*, 24/09/2003). Aunque el diccionario académico la define como «una mujer flaca y extenuada»: «Bernarda Ramírez Pareces un ahorcado. Sebastián de Prado Tú, *una gata parida*. De espaldas, se paran uno junto a otro, callados» (Homero Aridjis, *Él y ella: jinetes blancos*, 1989).

Una GATA EN CELO★ es «una mujer sensual». Ernesto Sábato, en *Sobre héroes y tumbas* (1961), utiliza la metáfora para describir a una mujer: «Era de mediana estatura, más bien menuda, pero en sus movimientos se revelaba *una especie de gata en celo*. Se dirigió sin ayuda hasta el camastro aquél y se desnudó. Su cuerpo era atrayente, mórbido, pero sobre todo eran sus movimientos felinos lo que atraía».

LA GATA DE JUAN RAMOS, o DE MARI RAMOS es la «persona que disimuladamente y con melindre pretende algo, dando a entender que no lo quiere». Está en la no muy conocida novela picaresca *El guitón Onofre* (1604), del riojano Gregorio González, autor poco conocido:

Llevome a la huerta, donde ya otra vez había entrado, y, echándome sobre su cama, me procuró de confesar. Yo la hice tan bien, que, por no incurrir en sacrilegio, ya que pecaba en latrocinio, me fingí desmayado como raposo. Hice un poquito *la gata de Juan Ramos*. Como me vio así, partiose como el viento para la villa en busca de un cirujano —que la compasión le hizo olvidar la pasión—, y, como la jornada era más lejos que la primera, yo tuve muy buen espacio y hallé a mis señores pavos con tan buen semblante como yo se lo mostré.

Es curioso el compuesto GATOMUSO, usado en Valladolid, compuesta de *gato* y *muso* (también palabra para denominar a este animal), con el significado de «hipócrita, solapado».

También tenemos la locución verbal JUGAR AL GATO Y AL RATÓN que significa, dicho de dos o más personas, «buscarse sin llegar a encontrarse». La primera documentación en los *corpora* académicos es muy tardía: «En tales circunstancias, la FBI y Bloch están jugando al gato y al ratón» (*ABC*, «El resentimiento hacia su país convirtió a Bloch en espía», 25/07/1989).

Hay tres locuciones adverbiales que aluden a una conducta frecuente de los seres humanos. COMO EL PERRO Y EL GATO (*cfr.s.v. perro*) y COMO GATO PANZA ARRIBA, que significa «en actitud de defensa exagerada», cuya primera documentación también es de finales del XIX: «No importaba; sucediera lo que sucediera, había que *defenderse como gato panza arriba*» (Clarín-Leopoldo Alas, *Su único hijo*, 1891). A GATAS es, dicho de ponerse o andar una persona, «con pies y manos en el suelo, como los gatos y demás cuadrúpedos». Ya está en la *General Estoria* (c. 1280) de Alfonso X: (Alejandro envenenado) «porque non pudié yr derecho començó a yr por tierra de pies et de manos *a gatas*». También el diccionario académico incluye *salir a gatas* («librarse con gran trabajo y dificultad de un peligro o apuro») y *los que anduvo a gatas* (expresión coloquial «para afirmar que alguien tiene más años de los que manifiesta o alguien le atribuye»). *Tiene cuarenta años, y los que anduvo a gatas*.

Quizás es el animal que más ha inspirado al refranero popular. En el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del maestro Correas aparecen, entre otros (referidos a la conducta del ser humano), *al gato goloso i a la moza ventanera, tapallos la gatera; andar en celo como gatos en enero; gato escaldado, del agua fría ha miedo; muérense los gatos, regocíjense los ratos; no te fíes en can que ladra, ni en gato que miaña...* A los que podemos añadir *gato con guantes no caza ratones, qué más quisiera el gato que lamer el plato, sardina que lleva el gato tarde o nunca llega al plato...* Cfr. F. Cazal (1997), «Gatos y gatas en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* de Gonzalo de Correas (1627)».

3.1.22. *Es un tigre / es una tigre / es una tigresa / es un tíguere.*
[entigrearse] [oler a tigre]

Mirad el tigre,
su altiva pose de vanidad satisfecha,
dormido en sus laureles, gato persa

de algún dios sanguinario...
(*Álbum de Zoología*, José Emilio Pacheco)

El tigre es un «felino asiático, muy feroz y de gran tamaño...», el más grande del mundo (el de Sumatra es la subespecie más pequeña; el de Bengala la de mayor tamaño). Su nombre científico es *PANTHERA TIGRES*. Metafóricamente, es «persona cruel y sanguinaria», «persona furiosa, llena de ira» y «persona activa en las relaciones amorosas». En Canarias, es «usurero». *TIGRESA* es la «mujer seductora y provocadora». Habilidad, astucia, ferocidad y seducción son los rasgos que pasan a la denominación de personas. Según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona muy hábil en alguna actividad» (Cuba, República Dominicana, Colombia, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Argentina y Uruguay); también es un «miembro del ejército» (Honduras) y la «persona astuta y hábil en los negocios», un «hombre mujeriego, enamoradiza» y un «niño de mal comportamiento» (Puerto Rico). En la República Dominicana, con la forma *TÍGUERE**, es «persona golfa» y «persona cuya identidad se desconoce». En América, se construye un femenino regular: la *TIGRA* es una «mujer temible» y también la «policía» (El Salvador).

La palabra procede del latín *TIGRIS*, que a su vez viene del griego *τίγρις*. Las primeras documentaciones son del XIII: «son los papagayos, unas aves senadas / que vençen a los omnes de seso a las vegadas; / y son las fieras tigras, yazen encarçeladas, / non ha bestias en mundo que sean tan dubdadas» (*Libro de Alexandre*, 1240-1250); «Et assí cuemo cuenta Ouidio leuauual cuemo lieua la tigre el ceruatiello de leche; por somo de las seluas Ganie o a muchas tigras et muchos cieruos» (Alfonso X, *General Estoria. Segunda parte*, c.1275). También, está la forma *tigrese* en el xv: «con el oso et con el león et aún con la *tigrese* encontraba et se vía en gran peligro» (Pero López de Ayala, *Caída príncipes*, 1402).

El sentido metafórico de «persona sin sentimientos» ya está en el siglo xvi: «porque el amor naturalmente engendra amor, y no es hombre, sino *tigre*, el que no ama a quien le ama» (Pedro de Ribadeneira, *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar sus estados...*, 1595). El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge las expresiones siguientes: «es un Nerón, un *tigre*, por cruel»; «Korazón de *tigre*. Por: kruel»; «Komo un *tigre*. Denotando aspereza i krueledad». En la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* (1723) del historiador colombiano José Oviedo y Baños, se explicita la comparación: «Espectáculo, que dexó atónita la gente de Cumaná y abominando todos a vna voz la maldad execrable de aquel hombre, en cuya comparación, ¡qué *tigre* no fue piadoso! y ¡qué fiera no fue humana!».

La amada desdeñosa es *tigre fiero* en los Siglos de Oro. Así aparece en la poesía de Figueroa (*Poemas*, a. 1536-1585): «—¡Ay, más que *tigre fiero*!, / ¿cómo podrás

partirte sola una ora / desta alma que te adora?». A Galdós no se le podía escapar tan expresiva metáfora: «—Eres, Anselmo, un salvaje, una fiera, *un tigre*. Pensar que mi hija pueda vivir mucho tiempo en compañía de una persona como tú, es locura» (*La sombra*, 1870); «un *tigre* que tomara humana forma, no sería de otra manera que como era mosén Antón» (*Juan Martín el Empecinado*, 1874).

Como «hombre mujeriego o «hábil con las mujeres», aparece en la novela de carácter naturalista *Matalaché* (1928) del peruano Enrique López Albújar, en la que se narra una tórrida historia de amor entre una criolla y un esclavo:

—¿Sabe usted, María Luz —interrogó por lo bajo una de las hijas de don Pedro de León y que era quizá la que más intrigada estaba con el traje de José Manuel—, que el jubón que viste su esclavo es muy alusivo? Ese hombre debe de ser realmente *un tigre con las mujeres*.

—¡*Un tigre!*, ¡*un tigre...*! Así quisiera yo al hombre que me llevara al altar.

Y ambas, cada una movida por distinto pensamiento, sonrieron maliciosamente.

En los textos (pero no en los diccionarios), aparece también como referencia del marido «celoso»: «—Está *celoso como un tigre*» (José Mármol, *Amalia*, 1851-1855); «era muy infeliz porque no se había casado por amor y porque *su marido era celoso como un tigre...*» (Juan Valera, *Correspondencia*, 1847-1857). Y doña Emilia Pardo Bazán lo aplica también a la mujer: «Marchose Leocadia corriendo. ¡No acordarse de la confitera! ¿Quién le pedía nada a Ramón delante de *aquella tigre celosa*, que chiquita y débil como era, acostumbraba solfear al hercúleo marido?» (*El cisne de Vilamorta*, 1885). En las *Crónicas político-doméstico-aurinas* (1908-1930), publicadas por el escritor peruano Clemente Palma, con el seudónimo de Juan Apapucio Corrales, leemos:

Apenas se inició el gran conflicto europeo, nombramos a Corrales corresponsal cablegráfico en la terrible guerra que acaba de estallar. Pero nuestro cronista nos ha puesto en desagradable trance con su dama, la insigne poetisa doña Rosaura, quien, en la tarde del viernes, se presentó en nuestras oficinas *hecha una tigresa hircana*, por haberse enterado de que Corrales, había partido para Europa a arriesgar la vida en servicio del periodismo nacional.

También aparece la variante referida a la mirada: «Y fue a sentarse no lejos de allí, mirándole *con ojos de tigresa*, y meditando contra él proyectos aterradores» (Vicente Blasco Ibáñez, *Traducción de Las mil y una noches*, c. 1916). Alberto Cousté, escritor argentino afincado en España y fallecido en el 2010, en su sorprendente y singular libro *Biografía del Diablo* (1978), se refiere a la terrible concepción de la mujer en la tradición de muchos escritores cristianos:

La patrística abunda en definiciones como «puerta de Satán» (metáfora altamente representativa de las angustias físicas de su autor) para definir a la mujer, y san Damián

no vaciló en llamarla «*víbora venenosa y tigresa sedienta*». Insistoris y Sprenger, en su reputadísimo *Malleus Maleficarum*, son es de esta inefable definición: «La mujer supera al hombre en superstición, sensualidad, mentira y frivolidad; y, en su deseo de venganza, como carece de fuerza física, busca la alianza con el Diablo; con sus encantos, tiene también el medio de satisfacer su lubricidad vindicativa».

Sigue siendo de uso frecuente. En la novela *Matar para vivir* (2002) de Alfonso Rojo, aparece como mote de una terrorista etarra: «Lo había pasado bien en la etapa anterior del comando Capital, incluso durante la fase en que *la Tigresa* se ponía el mundo por montera y follaba con cualquiera que se le cruzase en el camino».

En la novela *Tigre Juan* (1926) de Ramón Pérez de Ayala aparece la forma TÍGUERE: «No me he de perder sin antes recobrar lo mío... A mí no se me encoge el ombligo por un *tíguere* homicida ni por la fiera corruptia».

ENTIGRECERSE es «enojarse, irritarse, enfurecerse», de uso no muy frecuente. Ya aparece en *La hora de todos y la Fortuna con seso* (1635) de Quevedo, cuando una mujer reacciona ante la constancia de su edad:

Y a una a quien Orígano estaba escribiendo como escritura: «Fue hecha y otorgada esta mujer el año 1578». Viendo ella que se le averiguaban sesenta y siete años, *entigrecida* y *enserpentada*, dijo:

- Yo no he nacido, legalizador de la muerte, aún no me han salido los dientes.
- Antigualla, mamotreto de siglos; no salen sobre raigones. Tente a la fecha.
- No conozco fecha.

Machado escribe en *Campos de Castilla* (1907-1917): «... la guerra, / odiada por las madres, las almas *entigrece*; / mientras la guerra pasa, ¿quién sembrará». Es palabra característica del colombiano José Eustasio Rivera: «Y saliendo al patio, le decía familiarmente: - Trascordao, ¿se le volvió a olvidar el cuerno? *Estoy entigrecida* contra usted. No me salga con ésas, porque peleamos»; «Y jadeante y *entigrecido* me agazapé sobre los barrancos de la orilla» (*La vorágine*, 1924).

OLER A TIGRE es una locución verbal (el diccionario académico la marca como adjetiva, sin el verbo) que significa, dicho de un olor, «muy malo o desagradable» (también es locución adverbial cuando aparece con *oler*); ese olor se desprende no del animal, sino del ser humano. Parece de uso reciente. Está por primera vez en *El gran momento de Mary Tribune* (1972) de García Hortelano: «Aquí huele a tigre y eso que he soplado más de medio bote de ozonopino». Álvaro Pombo, en su novela *Una ventana al norte* (2004), hace una curiosa reflexión sobre el sentido del olfato: «Porque a partir del seminario se le arruinó el sentido del olfato, por culpa del *olor a tigre* de los compañeros, el olor a sacristía, el olor a cirio ardiente, su propio olor corporal a medida que iba cogiendo peso».

En el *Diccionario de uso del español* de María Moliner aparece, en la acepción 5.^a, con la marca de informal, con el significado de «retrete», que parece una metonimia relacionada con el mal olor.

3.1.23. *Es un toro / es una tora (los bóvidos). [torear] [toro corrido] [toro sin tienta]*

A un *toro* excitado en su ánimo, que amenaza con los cuernos
y que acomete con ímpetu incontenible
no lo sujeta el vaquero, no lo frena el miedo ni ninguna otra cosa de ese tenor,
pero lo para en seco y le quita la agresividad un hombre
que apriete con una cinta su propia rodilla derecha
y de esa guisa salga a su encuentro.
(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

¿Y es justo y puede ser que cosa pequeña como una pistola o una navaja
pueda acabar con un hombre, que es un *toro*?
(*Bodas de sangre*, F. García Lorca)

Etimológicamente, el grupo parte del latín BOVE, «buey». Son «mamíferos rumiantes con cuernos óseos...». El diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo a la *cabra* (que estudiaré en el apartado 3.1.75. como *rumiantes*) y al *toro* (aunque en la definición del primero no aparece el rasgo de «bóvido», solo el más genérico «rumiante»). Con el rasgo de «bóvidos» aparecen el *bisonte* y el *búfalo*. El *buey* es el «macho vacuno castrado» y la *vaca* «la hembra del toro». Menos conocidos son el *arruí* (Sáhara), el *uro* (extinguido en 1627 —Europa central—) y el *yak* (Tíbet).

El grupo de los nombres de bóvidos con sentido metafórico está compuesto por: el *toro* («macho del ganado vacuno») y su hipónimo *miura*; el *buey* («toro castrado») y el *cabestro* («buey que guía»); el *novillo* («toro joven»); la *vaca* («hembra del ganado vacuno»); el *matacán* (*ternero* en Nicaragua) y el *búfalo*.

Predominan los sentidos negativos: un *toro*, un *buey*, un *cabestro* o un *novillo* son nombres diferentes para referirse al «cornudo»; una *vaca* es la «persona obesa»; un *búfalo* es la «persona agresiva». *Toro* tienen también el sentido positivo de «persona fuerte»; el *buey* es la «persona que resiste al trabajo».

Algunos son muy polisémicos, especialmente el *buey* y la *vaca*. Un *buey* es el «macho vacuno castrado»; la «persona tonta» (América central); la «persona bruta, torpe» (Puerto Rico); «amigo íntimo, compañero inseparable» (México y Nicaragua); un «hombre que ha sido objeto de infidelidad de su pareja» (México); y «político con facilidad para ganarse seguidores» (República Dominicana). Una *vaca* es la «persona obesa» (argot); una «prostituta tributaria de un rufián» (germanía); la «per-

sona sin actitudes para jugar al fútbol» (Colombia); la «persona torpe, inepta» y la «persona tonta e inculta» (Guatemala y Honduras); la «persona ruin, desgraciada» (Chile) y la «persona poco habilidosa, especialmente para la práctica de un deporte» (Costa Rica).

Las primeras documentaciones son de época de orígenes en el caso de la de *toro* y la de *vaca* (xii); *buey*, *cabestro* y *novillo* (xiii). Más tardía es la de *búfalo* (xv) y muy reciente la de *matacán* (xx). Solo tenemos un sentido metafórico medieval, el de *toro*; de los Siglos de Oro son los de *cabestro* y *novillo*; los de *buey* y *vaca* son del xix y, finalmente, los de *miura*, *búfalo* y *matacán* del xx.

Buey y *vaca* son los nombres que más derivados, compuestos y fraseología generan: *bueyón*, *bueyona*, *buey broco**, *buey de carga*, *estar hecho un buey**, *vacabuey**, *vacaburra**, *vaca sagrada*, *la vaca de la boda*, *más pesado que una vaca en brazos**.

El toro es un «macho bovino adulto». El nombre científico es *BOS TAURUS*. Metafóricamente, es «hombre muy robusto y fuerte»; pero también «cornudo» (acepción no recogida en el diccionario académico).

La palabra procede del latín *TAURUS* y la primera documentación de la que disponemos es una *Carta de donación* (1102): «... accepimus dete... xxx baccas cum suo *toro* enroboratjone». Metafóricamente, Aquiles llama *toro madrigado* («que ha sido padre», por tanto, «mayor») a Héctor en el *Libro de Alexandre* (1240-1250), en una escena llena de vigor (nótese la palabra *cuer*, del latín *COR*, «corazón»):

Comos l'iva la ora a Éctor allegando,
ival' el cuer fallendo, los brazos apesando...
Entendiolo Achilles que era desmayado;
dixo entre su cuer: 'Esto es delivrado'.
Llamó a altas bozes: 'Don toro madrigado,
öy será el día que vos veré domado'.

Siempre ha sido un animal admirado, incluso en la simbología religiosa; en el *Setenario* (c. 1252-1270) de Alfonso X se lee:

Tauro llamaron en latín al ssegundo ssigno, que quiere tanto dezir en el nuestro lenguaie commo *toro*. Et esto ssignifica a Nuestro Ssenhor Ihesu Cristo por vii rrazones: que el toro es bestia ffermosa e que es ffuerte; e ardido; que ssabe bien acabdellar ssus uacas e los otros ganados de ssu natura que con él andan; que escoge las aguas claras e buenas; que quando ffalla buen pasto, adelántase a paçer ssienpre; et quando truena, cata ssienpre al çielo...

Hay dos referencias importantes en la mitología clásica. En primer lugar, está la historia del Minotauro, hijo de Pasífae, mujer del rey de Creta y de un toro: «commo Mjnos Rey de Creta en combatimjento de athenas uacasse, Phasiphe su muger un *toro muy fermoso* en su amor et su ayuntamiento cobdiçió, por lo qual una

uaca de madero por el carpintero maestro fizo fazer ala qual una piel de una uaca rezién muerta mandó uestir ella» (Alfonso Gómez de Zamora, *Morales de Ovidio*, a. 1452). En segundo lugar, Zeus se transforma en toro para raptar a Europa: «(¡Ó maldito retruécano!) el Tonante / Se convirtió en *gentil lúbrico toro*, / o en cisne candidísimo y canoro, / En cuyo fuego ardieron como estopa / El corazón de Leda y el de Europa» (Juan Bautista de Arriaza, *Poesías líricas*, c. 1790-1823).

A partir del siglo XIX, aparece en ocasiones como animal «cruel». En la nove-la histórica *Los bandos de Castilla* o *El caballero del cisne* (1830) de Ramón López Soler, que narra la rivalidad entre Juan II y los infantes de Aragón, leemos: «¡Ha-brase visto insolente más descarado que ese barón aventurero!, ¡destronar al rey don Juan!... Casi no lo creo... ese Rodrigo es un *toro indómito y brutal*, una hiena sedienta de sangre que se complace en enconar mi espíritu para recrearse después con las víctimas de mi cólera» (Rodrigo Manrique de Lara, prestigioso noble, de-fensor de los infantes de Aragón en su enfrentamiento con Juan II y Álvaro de Luna).

Con sentido positivo, aparece en el libro biográfico *Una excursión a los indios Ranqueles* (1870) del militar y político argentino Lucio Victorio Mansilla: «Me abrazaba, me besaba, se quedaba mirándome, y gozoso exclamaba: —¡Ese Coronel Mansilla, *toro*! Era el mayor cumplimiento que podía dirigirme. *Ser toro es ser todo un hombre*». Como «hombre robusto», ya está en las novelas del gran metaforizador de animales, Galdós: «Miré entonces fijamente al francés. Era un *toro*, un pedazo de hombre capaz de derribar una pared a puñetazos» (*Juan Martín el Empecinado*, 1874); «—¿Y cómo está usted aquí? —me preguntó con ademán y tono de la mayor fiereza otro de los presentes, que era hombre *más fuerte y robusto que un toro*» (*La batalla de los Arapiles*, 1875). Y llega hasta *Bodas de sangre* (1933) de Lorca, en esa escena inicial tan conmovedora: «¿Y es justo y puede ser que cosa pequeña como una pistola o una navaja pueda acabar con un hombre, que es un *toro*?».

Quevedo, en su soneto «Muestra lo que es una mujer despreciada», enhebra una ristra de metáforas referidas a dicha mujer que expresan su fiereza:

Disparado esmeril, *toro* herido;
fuego que libremente se ha soltado,
osa que los hijuelos le han robado,
rayo de pardas nubes escupido;

serpiente o *áspid* con el pie oprimido,
león que las prisiones ha quebrado,
caballo volador desenfrenado,
águila que le tocan a su nido;

espada que la rige loca mano,
pedernal sacudido del acero,
pólvora a quien llegó encendida mecha;

villano rico con poder tirano,
víbora, cocodrilo, caimán fiero
 es la mujer si el hombre la desecha.
 (*Poesías*, 1597-1645)

Como «cornudo», está también en Quevedo: «Gastaste en dijés cuernos a menudo; / la leche que mamaste era cabruna; / diote un cuerno por armas la Fortuna / y un *toro* en el remate de tu escudo» (*Poesías*, 1597-1645). Alín (2004: 26) recoge algunas coplas en las que al marido burlado se le compara con un toro: «Mi marido en los *toros* / bien se divierte: / cada uno se alegra / de ver su gente».

El femenino TORA está por primera vez en Quevedo (1597-1645) con carácter satírico: «Pues si por una gabacha, / entre vaca y entre *tora*, / el grande Júpiter brama, / a riesgo de que le corran...», en referencia a Ío, transformada por Zeus en una ternera blanca para librarla de la celosa Hera. Una *tora* en Cuba es una «mujer fuerte y saludable» y una «mujer decidida y valiente». También en Canarias es «mujer grande y fuerte». La única documentación que he encontrado es la novela *La piel y la máscara* (1996) del cubano Jesús Díaz: «Para colmo no acababa de caer con la regla y el atraso me producía un dolor de órdago en las piernas... y eso vino a pasarme justamente hoy, en esta secuencia pesadísima, en la que tenía que pedalear *como una tora* bajo un sol asesino sin dar rienda suelta a mi depresión...».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *fuerte*, *furioso*, *grande* y *robusto* y con los verbos *aguantar*, *arremeter*, *bramar*, *comer*, *mugir* y *rugir*.

En el *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier, podemos leer: «El *toro* evoca la idea de potencia y de fogosidad irresistible, el macho impetuoso, y también el terrible Minotauro, guardián del laberinto. Es el feroz y mugiente Rudra del *Rig-Veda*, cuyo semen abundante sin embargo fertiliza la tierra. Ocurre lo mismo con la mayor parte de los toros celestes, especialmente con el Enlil babilonio».

TOREAR es «lidiar los toros en una plaza»; pero, metafóricamente, es «entretejer las esperanzas de alguien engañándole» y «hacer burla de alguien». Con el sentido recto, ya está en *La Araucana* (1569) de Alonso de Ercilla: «Como toros que van a salir lidiados, / cuando aquellos que cerca lo desean, / con silbos y rumor de los tablados / seguros del peligro los *torean* / así la gente bárbara araucana del muro amenazaba a la cristiana». El significado metafórico ya parece estar en el poema de Quevedo: «La plaza de Madrid, cuando nueva, invidia la ventura que cuando vieja había tenido»: «Hoy, hermosa, me faltan los galanes, / y el silbo bien bebido me *torea*; / yo tuve la ventura de la fea, / como la pronostican los refranes» (*Poesías*, 1597-1645). Pero no se generaliza hasta finales del XIX: «Sólo duraba en ella el gusto del aguardiente; y cuando se apimplaba, que era un día sí y otro también, hacía figuras en medio del arroyo, y la *toreaban* los chicos» (Galdós, *Misericordia*, 1897).

El compuesto TORO CORRIDO se refiere a la «persona que es dificultosa de engañar, por su mucha experiencia». Solo tenemos una documentación: «—¡Ay!, mi doctor —responde el tío—. No parece usted *el toro corrido* en siete plazas que me dicen que es. ¿Es que acaso usted no sabe que el poder sirve para todo? ¿Desde legalizar lo ilegítimo hasta ilegitimizar lo legal?» (Francisco Herrera Luque, *En la casa del pez que escupe el agua*, 1985).

No está en los diccionarios ni en los *corpora* consultados TORO SIN TIENTA (procede de un colega), que parece significar «persona agresiva, rebelde».

En España, el toro es el núcleo en torno al que gira la fiesta nacional. Y ese mundo es uno de los centros de interés léxico que generan una fraseología amplia (junto con la religión y el fútbol): (*coger*) *agarrar el toro por los cuernos*, *ver los toros desde la barrera*, *estar para el arrastre*, *cambiar de tercio*, *dar la puntilla*, *dar largas*, *hasta el rabo todo es toro*, *lanzarse al ruedo*, *para los pies a alguien*, *pillar el toro a alguien*, *saltarse algo a la torera*...

En el refranero tiene alguna presencia. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge el siguiente refrán, que explica: «*El kura de Kantarazillo, primero fue toro, después fue novillo*. Bolvió de más a menos; era *toro* en pretender los amores de una moza, i un ermano della le koxió i le kastró. Es Kantarazillo xunto a Olmedo».

3.1.24. *Es un miura*. Es una palabra deonomástica, derivada del nombre propio Miura, apellido de un ganadero que en 1848 formó una ganadería, cuyos toros se hicieron famosos por su bravura. Metafóricamente, es la «persona aviesa, de malas intenciones».

La primera documentación de este hipónimo de *toro* es de principios del siglo xx: «Para el 6 de Marzo prepara su beneficio. Seis *miuras* él solo, y Minuto, Corchaíto y Segurita, de banderilleros; promete ser un verdadero acontecimiento» (Tomás Cruzada, *Colaboración americana*, 1910). En cuanto a su uso metafórico, aparece a mediados del pasado siglo: «Al llegar, una chacha colorada se levantó como un *miura*, con chispas de furor en los ojos... ¡Huy, qué ordinaria! ¡Qué berridos pegaba!» (Borita Casas, *Antoñita la fantástica y Títeris*, 1953). Después, aparece en *La estanquera de Vallecas* (1981) del dramaturgo y guionista vallisoletano José Luis Alonso de Santos: «Abuela.- ¿Buenas personas estos degeneraos de la naturaleza? Así les salga un divieso en el culo a cada uno y no se puedan sentar en un auto. Tocho.- Y usted que lo vea, *miura*, que es usted un miura de cuidao, ¡chiflada!». Su uso llega al lenguaje periodístico: «Un padre tonto tiene más peligro que un *miura*» (ABC, «Cosas que pasan», 23/08/1989).

Actualmente sigue siendo una metáfora viva. Está en la novela *Amor en Florencia* (2002) de María Paz Díaz («Yo seguí sus pasos fastidiada, temerosa de que armara jaleo. Efectivamente, hecha un *miura* se precipitó hacia el conserje y se encaró con él») y en *La marca del meridiano* (2012) de Lorenzo Silva, premio Planeta

de ese año: «Nuño me esperaba en el cuarto de interrogatorios poco más o menos con la misma mansedumbre y templanza que un *miura* después de recibir las atenciones del picador y la cuadrilla de banderilleros al completo».

3.1.25. *Es un buey*. [*bueyón*★, *bueyona*★] [*buey broco*★] [*buey de carga*] [*estar hecho un buey*★] El buey es el «macho vacuno castrado». Ha sido siempre animal de campo, imprescindible en las tareas agrícolas y en el transporte. En varios países de América Central es «persona tonta». Según el *Diccionario de americanismos*, en Puerto Rico es la «persona bruta, torpe»; «amigo íntimo, compañero inseparable» (México y Nicaragua); «hombre que ha sido objeto de infidelidad de su pareja» (México) y «político con facilidad para ganarse seguidores» (República Dominicana).

La palabra procede del latín BOVE. Está documentada en la época de orígenes de la lengua: «ni cobdicies mugier de to próximo, ny su manceba, ny so *buey*, ny so asno, ni su mula, ni nulla cosa de to vezino» (Almerich, *La fazienda de Ultra Mar*, c. 1200). Como «tonto», está en Galdós: «Según me ha referido don Alonso, el francés ha dicho que si el enemigo se nos presenta a sotavento, formaremos la línea de batalla y caeremos sobre él... Esto está muy guapo, dicho en el camarote; pero ya... ¿El Señorito va a ser tan *buey* que se nos presente a sotavento?» (*Trafalgar*, 1873); «Eres un *ganso*, y en cuanto ves a una mujer, se te alarga el hocico, te pones colorado y no sabes decir más que mu, mu, como un *buey* que no ha salido de la dehesa» (O'Donnell, 1904); «Vase en pos de ella luego, como va el *buey* al degolladero, y como el loco a las prisiones para ser castigado» (Gloria, 1876-1877); «me déjé conducir, como un pobre buey cansino a quien llevan al matadero» (*Bodas Reales*, 1900). También está en *La señorita de Trevélez* (1916) de Arniches:

Picavea (Cayendo súbitamente de rodillas a los pies de Don Gonzalo.) ¡Ah, don Gonzalo..., escúpame usted, máteme usted!... Coja usted una de esas nobles tizonas y deme usted una estocada.

Gonzalo Señor mío, eso no sería digno...

Picavea Pues una media estocada... ¡Un bajonazo!... ¡Sí! ¡Lo merezco, don Gonzalo, lo merezco, por *buey*!

El sentido de «tonto» está en la obra de teatro *El extensionista* (1978) del mexicano Felipe Santander: «tiene razón Mario: aquí nomás hay que cumplir con recetarios, *hacerse buey*, y pasársela cachetona con los cuates en la ciudad... en la casa de ocho habitaciones que tienen allá... las orgías que han de tener con sus golfonas, en cambio, yo aquí, ¡jugando solitarios! ...». También, en *La mudanza* (1979) del dramaturgo mexicano Vicente Leñero: «¡Despacio, despacio! Fíjate por dónde andas, *buey*...»; «¡Ey tú, abusado! Sostenle bien de abajo, *buey*...».

Alín (2004: 27) recoge algunas coplas en las que al marido burlado se le compara con un buey: «Tu marido y el mío / van a Linares; / van a por cuatro *bueyes*, / vendrán tres pares».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *corpulento*, *grande* y *pesado* y con los verbos *mugir*, *pesar*, *sangrar* y *trabajar*. Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

Genera un aumentativo (*bueyón*, *na*), dos compuestos sintagmáticos (*buey broco** y *buey de carga*) y una locución verbal (*estar hecho un buey**).

En Puerto Rico, BUEYÓN es «hombre corpulento»; BUEYONA, en República Dominicana, «mujer varonil». No tenemos documentación de estos usos. Parece que significa «cornudo» en este texto de México (carta de un lector en un periódico): «voy a tener que investigar ese carrito rojo que le compraste a tu vieja para que cogiera con otros, esas son las buenas, ya que los maridos *bueyones* como tú les compran carro para que se las ensarten en ellos y no paguen hotel, jajajaja»⁵.

BUEY BROCO* es, en Puerto Rico (Malaret), el «animal vacuno al que le falta una mano» y, metafóricamente, es la «persona a la que le falta un dedo o una mano», pero también «persona influyente».

BUEY DE CARGA es, según el diccionario académico, «persona fuerte, capaz de cargar grandes pesos» (Cuba). Está documentado por primera vez en la obra *Frutos de mi tierra* (1896) del colombiano Tomás Carrasquilla: «¿Qué paraje sería esta Medellín... El maíz era el de todo: hombres que lo comían y lo bebían a toda hora, tenían que volverse gallinas y *bueyes de carga*. ¡Ah, caracho!». La metáfora llega al ámbito del fútbol: «El fuego es Vieri, que es todo lo que le faltaba al Atlético hasta ahora: gol. El italiano es como un *buey de carga* que arrastra todo en su camino, que cabecea, empuja y topa con todo lo que encuentra» (*ABC*, El b del Atlético mereció..., 26/08/1997).

ESTAR HECHO UN BUEY* es una locución verbal en Cuba, para referirse a un hombre «fuerte, vigoroso». Curiosamente también en Cuba (Sánchez-Boudy) aparece el término con el valor de «vago»; ante dos personas se exclama: «dos vagos... ¡Qué pena de *bueyes* para una junta!».

En los refranes, representa a menudo también la conducta del ser humano; algunos son muy conocidos como *buey suelto bien se lame*, *habló el buey y dijo ¡mu!*, *con estos bueyes hay que arar*. Otros menos, como *aramos, dijo la mosca al buey*, que critica a aquellos que se quieren aprovechar del trabajo de los demás. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge varios (algunos los comenta): *¿a dó irá el buei ke no are?*; «a buei viexo, zenzerro nuevo. Dizen ke el zenzerro anima al buei; mas deve ser ke lo imaxinan ansí los dueños; i en este sentido akonsexa ke el onbre se kase kon moza i no kon viexa. Por sentido contrario, desdeña las kosas desproporcionadas»; «*al paso del buei i del atanbor*. Dízese por: ir i negociar kon espazio i sosiego; El buei sin zenzerro, piérdese presto»; *el buei suelto bien se lame*; «*En la tierra del Rrei, la vaka korre al buei*. Porke igualmente se haze xustizia al flako i poderoso, i no ai violencia komo suele aver en tierras de señorío»; *soltero, pavón*; *desposado, león*; *kasado, buei kansado*; «*euei hermoso, no es para trabaxo*. Tanbién llaman “*buei hermoso*” al onbre de buena presenzia, floxo, sin

obras»; «Más kaga un *buei* ke zien golondrinas; por eso kome más ke duzientas. Es la alegoría ke: más haze uno kon buena fuerza, ke muchos sin ella».

También hay una metáfora animalizadora: el *buey de mar* es un crustáceo.

3.1.26. *Es un cabestro*. El cabestro es el «buey manso que suele llevar cen-cerro y sirve de guía en las toradas» (sentido metonímico que procede de latín CAPISTRUM, «ronzal que se ata a la cabeza o al cuello de la caballería para llevarla o asegurarla»). Metafóricamente, es «persona torpe o ruda» (como españolismo, en el diccionario académico); en el lenguaje de la germanía (*Léxico del marginalismo*) es «marido cornudo que busca cliente para su mujer»; también «el que se dedicaba a llevar a otros a las casas de juego» y «mala persona».

Como «ronzal», está en los *Fueros de Aragón* (1247): «... asna que le han furta-do fore con *cabestro* o sin cabestro». Como animal está por primera vez en el *Ordenamiento de posturas en el Ayuntamiento de Jerez* (1268): «Enn Gallisia e en Asturias de Ouiedo valan los caualllos...; el mejor potro de *cabestro* veynte sueldos de dine-ros alfonsís». Referido al buey, está en el *Libro de buen amor* (1330-1343) de Hita: «Non sé astrología nin só ende maestro, nin sé astralabio más que buey de *cabestro*». Merece la pena citar por extenso los siguientes poemas, magníficos, de Quevedo (*Poesías*, 1597-1645), con el significado de «cornudo» como fondo:

«En una conversación hicimos los dos el soneto siguiente, en cláusulas amebeas o alternadas»

Cornudo eres, Fulano, hasta los codos,
y puedes rastillar con las dos sienes;
tan largos y tendidos cuernos tienes,
que, si no los enfaldas, harás lodos.
Tienes el talle tú que tienen todos,

pues justo a los vestidos todos vienes;
del sudor de tu frente te mantienes:
Dios lo mandó, mas no por tales modos.

Taba es tu hacienda; pan y carne sacas
del hueso que te sirve de cabello;
marido en nombre, y en acción difunto,

mas con palma o *cabestro de las vacas*:
que al otro mundo te hacen ir doncello
los que no dejan tu mujer un punto.

«Letrilla satírica 650».
 Tendrá la del maridillo,
 si en disimular es diestro,
 al marido por *cabestro*
 y al galán por cabestrillo.
 (*Poesías*, 1597-1645)

El sentido de «torpe o rudo» es mucho más tardío: «Además, so lameruzas, ¿quién se ocupó de meter en lejíja la bandera? ¿Tú? Pues tú has de ser el *cabestro* que se la ha cargado» (Ramón Ayerra, *La lucha inútil*, 1984); «Aníbal.- Oye, *cabestro*, que a mí no me contesta así ni mi padre» (Miguel Ángel Rellán, *Crónica indecente de la muerte del cantor*, 1985).

Álex Grijelmo, en su libro de divulgación lingüística *La seducción de las palabras* (2000), comenta el uso del insulto:

Ni nadie dudará si le han elogiado o insultado cuando le acaben de llamar «*cabestro*», porque entenderá enseguida que le han mentado su mala cabeza aunque no haga al caso que la expresión nació de *CAPISTRUM*, el ronzal con que se ata el cuello de los animales para conducirlos, un aparejo que les ha sido prestado a su vez como sinécdoque a los bueyes que guían a las toradas haciendo sonar su cencerro.

3.1.27. *Es un novillo*. El novillo es una «res vacuna macho de dos o tres años, en especial cuando no está domada». Metafóricamente, es el «hombre cuya mujer comete adulterio». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995).

La palabra procede del latín *NOVELLUS*, «nuevo, joven». La primera documentación es del siglo XIII: «e la vaca [sin] fijo que non vala más de .iiii....; et el *novillo* por domar .iiii. moravedís, el mejor» (*Carta Real [Documentos de Alfonso X dirigidos al Reino de León]*, 1253). El sentido metafórico ya está en Quevedo (*Poesías*, 1597-1645) y en Góngora (*Letrilla [Letrillas]*, 1620). En los tres textos (el último del cordobés), ambos poetas juegan con *novio* y *novillo*, dos palabras con el mismo origen etimológico:

Tendrá la del maridillo
 si en disimular es diestro,
 al marido por *cabestro*
 y al galán por cabestrillo.
 De su novio hará *novillo*,
 y así con él arará;

«Dotrina de marido paciente (Romance)»
 Conocístesme pastor,
 conocereisme ganado:
 tan *novillo* como novio,
 tan marido como *gamo*.

No vayas, Gil, al Sotillo,
que yo sé
quien novio al Sotillo fue,
que volvió después *novillo*.

El juego de ambas palabras llega hasta Andrenio (Eduardo Gómez de Baquero), que en su obra *De Gallardo a Unamuno* (1926) incluye el siguiente chascarrillo tan interesante:

No creo que haya escándalo ni ofensa para sentimientos respetables en recordar ese cuentecillo, que tiene ya más de un siglo de antigüedad. Érase un *novio novillo* que fue a confesar y vacilaba en declarar cierto tremendo pecado. El confesor le exhortaba a decir aquella misteriosa culpa, confortándole con la infinita misericordia de Dios. «Acúso-me, padre, dijo al fin el penitente, de que todo me sabe a cuerno, hasta, ¡tiemblo decirlo!, hasta la sagrada forma, cuando comulgo». Entonces el confesor, que debía de ser socarrón, le preguntó si era casado. Contestó que sí, y el religioso le dijo: «No te apures, hijo; eso es destilación que te baja del cerebro». He parafraseado el cuento de Gallardo para abreviar la cita.

Recordemos también el refrán, explicado por el maestro Correas (*Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627) ya citado en *toro* (3.1.23): «El *kura de Kantarazillo*, primero fue *toro*, después fue *novillo*. Bolvió de más a menos; era *toro* en pretender los amores de una moza, i un ermano della le koxió i le kastró. Es Kantarazillo xunto a Olmedo».

3.1.28. *Es una vaca**. [*vacabuey*★] [*vacaburra*★] [*vaca sagrada*] [*la vaca de la boda*] [*más pesado que una vaca en brazos*★] La vaca es la «hembra del toro». Metafóricamente, es «persona obesa», significado ausente en el diccionario académico y recogido en el *Diccionario de argot* de Espasa, que cita *foca*, como sinónimo. En el lenguaje de la germanía (*Léxico del marginalismo*) era la «prostituta tributaria de un rufián». Según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona sin actitudes para jugar al fútbol» (Colombia); la «persona torpe, inepta» y «persona tonta e inculta» (Guatemala y Honduras); la «persona ruin, desgraciada» (Chile), y la «persona poco habilidosa, especialmente para la práctica de un deporte» (Costa Rica).

Es una palabra que viene del latín *VACCA* y se documenta por primera vez en el *Poema de Mio Cid* (c. 1140): «Tanto traen las grandes ganancias, / muchos gañados de ovejas e de *vacas*, / e de ropas, e de otras riquizas largas».

Como «persona obesa», ya está en Galdós, con una comparación muy expresiva: «Ni aun su hermosa dentadura conservaba Segunda, pues un año hacía que empezaban a emigrar las piezas una tras otra. El cuerpo se iba pareciendo al de una *vaca* que se pusiera en dos pies» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887). Significado que sigue vigente. Ignacio Carrión, en su novela *Cruzar el Danubio* (1995), la incluye con el sentido físico: «Trato de recordar a Inge con todo detalle en la

oscuridad de esta habitación de hotel. Trato de imaginar cómo será ahora. ¿Estará *gorda como una vaca*? ¿Casada? ¿Tendrá hijos?». Lázaro Carreter, en uno de sus artículos de la serie *El dardo en la palabra* (Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997: 396), recuerda que a la «dama metida en carnes» se la denomina «foca, *vaca* o ballena». José Luis Cidón Madrigal, en su ensayo *Stop a la celulitis. Todas las soluciones* (1995), escribe: «¿Es de verdad el patrón de la belleza la mujer delgada, muy delgada? El perfumista Paco Rabanne ha dicho de la supermodelo Claudia Schiffer que es una *vaca*, lo que nos da a entender que la encuentra gorda, es decir, que según su criterio la mujer debe ser más delgada, sin que aclare cuánto más».

Baroja, en *El árbol de la ciencia* (1911), utiliza la palabra con un sentido más psicológico: «La hija de la señora Venancia era una *vaca sin cencerro*, holgazana, borracha, que se pasaba la vida disputando con las comadres de la vecindad».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *gordo* y *grande* y con los verbos *bramar*, *engordar*, *ponerse*, *roncar* y *rumiar*.

Genera dos compuestos léxicos (*vacabuey*★ y *vacaburra*★), dos compuestos sintagmáticos (*vaca sagrada* y *la vaca de la boda*) y una locución adjetiva (*más pesado que una vaca en brazos*★).

VACABUEY★ es, en el *Diccionario de argot* de Espasa, «gordo». Curiosamente, en Cuba designa un «árbol silvestre de la familia de las Dileniáceas, con frutos comestibles y madera que se utiliza para la construcción». VACABURRA★ es, en el *Diccionario de argot* de Espasa, «torpe, inepto», con la siguiente explicación: «voz compuesta en la que predominan los rasgos de la burra, animal considerado por el hablante como de nula o escasa “inteligencia”... frente a la gordura atribuida a la vaca» y con el ejemplo «Nunca aprenderá a hacer nada. Es una *vacaburra*». Parece que es invento de Forges, que utilizaba el compuesto mucho en las viñetas cuyos protagonistas eran Concha y Mariano. En una entrevista reciente (*La Vanguardia*, ed. digital, 17/04/2015) el humorista se refiere a la palabra: «¿Cómo andan Concha y Mariano? Al principio, él era bueno y ella era *vacaburra*. Ahora, ella es lista y él es tonto. Es lo que está en la sociedad». Cuenta Forges que en 1951 ganó el Concurso Nacional de Redacción y el premio fue tres libros de Guillermo Brown, o Guillermo el Travieso (que usaba ese insulto), personaje de la escritora inglesa Richmal Crompton. Está en el relato «Equívocos. Morbo». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995):

Persona, generalmente una mujer, de trato rudo y áspero; individuo tosco, muy burdo e incluso brutal, que gusta de gastar bromas pasadas de punto pretendiendo hacer gracia. Se dice también de la mujer de aspecto descuidado, un tanto hombruno, metida en carnes, a quien no parece molestar su apariencia sucia y chabacana. Es insulto fuerte entre mujeres.

Está en *Al calor del día* (2001) del poeta y novelista madrileño Miguel Naveros: «que hay que ver qué diferencia con esas dos pavisosas de compañeras, una tan escurría y la otra tan *vacaburra*, y no le digo con el malafollá del señor Diego, que así le tiene mi hermana la manía que le tiene». También en *La ciudad sentida* (2007) del novelista madrileño Manuel Longares: «—Frena, *vacaburra* —le digo secamente—. Que lo del chindasvinto es otro cantar. Y mi piba, vaya si es lista. Porque se da por enterada y cambia de registro».

VACA SAGRADA es la «persona que, a lo largo del tiempo, ha adquirido en su profesión una autoridad y un prestigio que la hacen socialmente intocable». Gérard Depardieu es «la *vaca sagrada* del cine francés» (*El Mundo*, Breves de cine España, 19/02/1994); Beckenbauer es «la *gran vaca sagrada* del fútbol alemán» (*La Vanguardia*, «“El Kaiser” recupera su trono», 25/01/1994); Frida Kahlo es «la *vaca sagrada* del movimiento feminista» (*Diario de Yucatán*, «Frida Kahlo, “vaca sagrada”», 17/07/1996). Es sabido que en la cultura india, la vaca es la transformación del dios Brahmâ, que así da a los hombres la leche como néctar, como alimento divino.

La VACA DE LA BODA es la «persona a quien todos acuden en sus urgencias», como expresión desusada. Está en la segunda parte del *Quijote* (1615):

Así como don Quijote vio rebullir a Altisidora, se fue a poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole:

—Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mío, que te des algunos de los azotes que estás obligado a dar por el desencanto de Dulcinea...

A lo que respondió Sancho:

—Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas. Bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes. No tienen más que hacer sino tomar una gran piedra y atármela al cuello y dar conmigo en un pozo, de lo que a mí no pesaría mucho, si es que para curar los males ajenos tengo yo de ser *la vaca de la boda*. Déjenme; si no, por Dios que lo arroje y lo eche todo a trece, aunque no se venda.

MÁS PESADO QUE UNA VACA EN BRAZOS[★] es una locución adjetiva ponderativa de la impertinencia. Hay una explicación presuntamente histórica y, en cualquier caso, jocosa y literal: la mujer y las hijas del conquistador Cabeza de Vaca tenían mucho sobrepeso y los soldados, frecuentemente, las tenían que llevar en brazos en los terrenos cenagosos... El conocido escritor mexicano Arturo Azuela en *El tamaño del infierno* (1973) utiliza una frase sinónima: «Así pues, Santiago ya tuvo muy poco que ver con el kiosko morisco y la Alameda de Santa María. Lástima que cuando cruzó los doce años se empezó a poner *más pesado que los elefantes*, era más insoportable que las chinches y las ladillas».

Con menos frecuencia que el toro, la vaca también está presente en algunos refranes. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge los siguientes y los comenta: «*hazer komo vaka, i kubrir komo gata*. Ganar i guardar. Hazen cuenta kon la bolsa. Aviso a mal konsiderados gastadores»; «*Ni*

temas toro, ni akoses vaka. En la alegoría tiene entera verdad este rrefrán: ke no temas al valiente, ni en derecho te rindas al poderoso, ni akoses muxer ni persona flaka»; «en la tierra axena, las vakas akuernan. Ke es desvalido el forastero».

3.1.29. *Es un matacán*. *Matacán*, además de una «composición venenosa para matar perros» es, según el diccionario académico, la «liebre que ha sido ya corrida por los perros». En Panamá y Venezuela es un cérvido, «mamífero artiodáctilo de hasta 1,4 m de altura, de pelaje pardusco y, en los ejemplares machos, dos pequeñas cornamentas sin ramificaciones». Tiene en Nicaragua (en el ámbito rural) el sentido de «ternero mayor de un año» y, metafóricamente, «muchacho bien desarrollado físicamente». El *Diccionario de americanismos* amplía su uso a Honduras y cambia la definición: «Ternero grande y gordo de entre seis meses y un año que ha sido destetado». No tenemos documentación para decidir si el cambio de denominación va del animal al muchacho o viceversa, pero parece más lógico el primero.

Es un compuesto transparente en la acepción de «liebre», pero menos comprensible en la de «ternero». La primera documentación está en el *Libro de buen amor* (1330-1343) de Hita: «sabuesos e podencos, quel comen muchos panes, / e muchos nochernegos, que saltan *matacanes*» (probablemente como «mata de leña revieja y poco desarrollada y también pie de leña roto con las puntas llenas de garranchos», significado no recogido en el diccionario académico); es un ejemplo aislado: no vuelve a aparecer hasta el siglo XVIII, y además con otros significados. Con sentido metafórico, está en la obra de dos escritores nicaragüenses, Carlos Alemán Ocampo y Fernando Silva Espinosa:

El animal, del tamaño de un muchacho *matacán*, a pesar de ser tan grandote, era listo y evadió el golpe que iba directo a la cabeza. (*Aventuras de Juan Parado, señor de El Diríá*, «El correcusuco», 2002)

El muchacho ya estaba *matacán*. Se notaba huraño y más bien penoso, apocado, que difícilmente daba los ojos... (*La foto de familia*, 2005)

En el *Nuevo Diario de Managua*, leemos lo siguiente en un artículo sobre el habla popular de ese país (*Andan ahorcando la perra*): «Y es que el chontaleño desde niño va aprendiendo a establecer ese paralelismo entre las acciones de las personas y los animales: “enzacatado” dicen en el campo de la persona que ha engordado por la prolongada inactividad, y “*matacán*” se dice del muchacho adolescente»⁶.

3.1.30. *Es un búfalo**. Es un «bóvido corpulento..., de cuyas dos especies principales una es de origen asiático y otra de origen africano» y también el «bisonte que vive en América del Norte». Según el *Diccionario de americanismos*,

en Nicaragua es «algo o alguien de buena calidad o excelente», quizás por la cerveza de ese nombre; en Perú tiene un uso político: es el «militante de la APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana)», como sinónimo —a veces— de *agresivo*.

Es palabra del griego βούβαλος, «gacela», que viene al español a través del latín tardío BUFALUS (en el latín clásico, BUBALUS). La primera documentación es del siglo xv, en la biografía de Pero Niño, conde de Buelna: «es un monte de palmas que dura ocho leguas, tan espeso como un pinar espeso. Allí son los *búfanos*, e los camellos, e las gazelas, e los leones, e los avestruzes, e los puercos» (Gutierre Díaz de Games, *El Victorial*, 1431-1449). El sentido metafórico es de nuestros días: «Sin embargo, también hubo ejemplos de malos elementos como los que estuvieron en la marcha liderada por los apristas que, una vez más, se convirtieron en vándalos haciéndonos recordar a sus funestos *búfalos* de antaño que tanto daño hicieron» (*Caretas*, “En las calles”, 12/06/1997).

En la novela del peruano Jorge Benavides, *El año que rompí contigo* (2003), aparece con el sentido de «animal, bruto»:

Lo malo es que el pobre padre, que era un viejito frágil y tembleque, se ganó una trompada perdida en la confusión que lo hizo volar al otro extremo de la iglesia. Dos horas inconsciente. A Roco, que ya estaba expulsado como nosotros, lo amenazaron hasta con la excomunión. Pero su viejo soltaba una buena guita anual para el seminario y todo se arregló civilizadamente.

Siempre me he preguntado por qué quería ser cura ese *búfalo*. Ahora tiene una gasolinera en La Victoria, ¿sabes?

3.1.31. *Es un ciervo*★ (*los cérvidos*). Los cérvidos son «mamíferos artiodáctilos rumiantes cuyos machos tienen cuernos ramificados». Etimológicamente, el grupo parte del latín CERVUS, «ciervo». El diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo al *ciervo* y al *reno*. Con el rasgo de «cérvidos», aparecen —entre los más conocidos— el *corzo* y *gamo*. No tienen el rasgo de «cérvido» ni el *ciervo* (solo «rumiante») ni el *reno* (especie de ciervo). Menos conocidos son el *guazubirá* (Argentina y Uruguay), el *huemul* (Andes), el *pudú* (Argentina y Chile) y el *soche* (Ecuador).

El grupo de los nombres de los cérvidos con significados metafóricos está compuesto por *ciervo* y su sinónimo *venado*, *gamo* y *corzo*.

Todos (menos el *corzo*) comparten la característica física de la velocidad y la moral de la infidelidad («cornudo»). *Gamo*, además, es referente de la timidez.

Las primeras documentaciones de todos los nombres son de orígenes de la lengua (xiii). El sentido metafórico de *gamo* es del xv; los de *ciervo*, *venado* y *corzo* son del xvi. Estos sentidos metafóricos ya están en los Siglos de Oro.

El ciervo es un «animal mamífero rumiante... El macho está armado de astas o cuernas estriadas y ramosas, que pierde y renueva todos los años... Es animal indomesticable y se caza para utilizar su piel, sus astas y su carne». Su nombre científico es *Cervus elaphus*. Aunque en la descripción actual del diccionario académico no cita ninguna cualidad concreta, en el *Diccionario de Autoridades* anotaba que es «alegre, sagaz, y sumamente ligero». Metafóricamente, en el *Diccionario de argot* de Espasa, es la «persona a quien su pareja ha engañado, cometiendo adulterio»; y explica la metáfora: «este adjetivo se relaciona con metáforas del tipo cornudo o poner cuernos, ya que los ciervos se caracterizan por una gran cornamenta, y los cuernos son el símbolo de la persona burlada a causa del adulterio de su cónyuge».

El químico y orfebre leonés Juan de Arfe y Villafañe, en su *Varia Commensuración para la Escultura y la Arquitectura* (1585), hace una curiosa descripción del animal:

El ciervo es animal de mucho contento y ligereza; su altura, vara y quarta; su cuerpo, de razonable grueso; las piernas, delgadas; las uñas, hendidas; las orejas, largas; los cuernos, con muchos gajos, que suelen ser en cada uno cinco puntas sin las guardillas de sobre la frente; quando huye buelve la cabeça de rato en rato para ver quién le sigue. La cierva no tiene cuernos y en lo demás es como el ciervo.

Es palabra que deriva del latín CERVUS y su primera documentación está en el *Fuero de Zorita de los Canes* (1218-c. 1250): «Mando de cabo que tod aquel que el uenado con sus canes mouiere de comienzo, o puerco montes, o çieruo, o gamo, o liebre, o coneio, o perdiz que sea suyo». Nótese el valor de *venado* como «res de caza mayor». Como «cornudo», Alín (2004: 15-16) recoge, en su interesante trabajo «Bajo la bandera de San Marcos», la presencia en la poesía popular de nombres de animales con los que se designa al marido cuya mujer le es infiel.

Veniste vos, marido,
de Sevilla.
Cuernos os han nacido
de maravilla.
No ay *ciervo* en esta villa
de cuernos tales,
que no caben en casa
ni en los corrales.
(*Versos del Cancionero Musical de Palacio*, c. 1500-1550)

Forma parte también del lenguaje de la germanía (*Léxico del marginalismo*). Las palabras *cervantes* y *cervera* heredan ese sentido: «Las mozas son alegres de corazón y regocijadas en compañía, andan siempre jugando y saltando como ciervas, y los maridos como *ciervos*, siendo viejos» (Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, 1618).

que es mucho, a fe, por aquello
 que tienes tú de *Cervantes*
 y que ellos tienen de ciervos:
 entre todas las mujeres
 serás bendito, pues, siendo
 en el mirar atalaya,
 eres piedra en el silencio.
 (Góngora, *Romances*, 1580-a. 1627)

En el teatro popular de los Siglos de Oro, también aparece con frecuencia la metáfora, desmesurada, en el siguiente texto: «Ha sido razonable puta, o al menos nunca cubrió su coño por vergüenza de ningún carajo. Huyó su marido muy corrido de perros, pensando que era *ciervo*; y aun la causa más legítima de absentarse d'esta noble dueña fue porque ya en Valladolid, donde residía, no podía caber por las calles por la grandeza de sus cuernos» (*Carajicomedia*, 1519).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *ágil* y *ligero*.

Los refranes también recogen este significado. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), enumera los siguientes: como animal veloz, «*o sirve komo siervo, o huie komo ziervo*. Ke obedezka, o no se ponga a ello»; como animal fiero, «*komo ziervo en tienpo de brama*. Dizen ke son entonzes mui fieros i bravos los ziervos en tienpo de brama. 'Brama' es el tienpo de su zelo». Como «cornudo», recoge la siguiente enumeración, con el correspondiente comentario: «*Kornualla. Kuklillo. Zervantes*. Nonbre kon ke se motexa de kornudo, komo kon "ziervo" i "kabrón"». Y más explícitamente desarrolla el concepto de «kornudo» (aunque largo, merece la pena reproducirlo entero: hay un intento de explicación etimológica):

Así llaman al ke konsiente ke su muxer trate kon otro, i aunke no lo sepa: porke «El kornudo es el postrero ke lo sabe». I es por semexanza de los animales de kuernos. Es la rrazón: porke la muxer buelve la espalda al marido ke aborrezze, i la kara a otro ke le agrada más; i de bolver i poner el kogote kontra el marido, parte donde están los kuernos en los animales —i por eso se llaman «kornexales» las dos partes más altas de la kabeza—, poniéndoselos de punta para ke se klave i le aparten, hazen esta gradazión: púsole los kuernos; luego, tiene puestos los kuernos; si tiene kuernos, luego es kornudo... Algunos, inorando este fundamento i modo de hablar nuestro, dezían ke: porke es el kornudo ke konsiente, semexante al kabrón, ke no seno se le da nada ke otro kabrón tome la kabra; i ke de sus kuernos se tomó el nonbre. Otros: porke se pareze al kuklillo, ke este páxaro dizen ke buska los nidos axenos i se kome los huevos i pone allí los suios, i las otras aves le krían los hixos; mas esto no viene bien, sino por antifrasi: ke así komo este kuko enkornuda i haze ke otros páxaros le kríen los hixos, así al pobre kornudo le hazen kriad los del otro, ke se los haze en kasa. Mas la istoria deste páxaro io no la kreo, por ser kontra naturaleza no kriad sus hixos. Lo ke en esto ai semexante, es: komenzar el nonbre de «kuko» o «kuklillo» por «ku», komo: «kuerno». Al ke kon-denavan por tal, le enplumavan i le ponían en la kabeza unas plumas largas. Ia le ponen una sarta de kuernos.

Tenemos la expresión *miedo cervical* («el grande o excesivo»), que aparece en el siglo XVIII y que es relativamente frecuente. La utiliza Unamuno, en su *Vida de don Quijote y Sancho* (1905-1914): «A pesar de lo cual montó el escudero en Clavileño, detrás de su amo, y pidió, con lágrimas en los ojos, que rezasen por él. Y luego cuando iban por los aires imaginarios, se ceñía y apretaba a su amo, lleno de *miedo cervical*». También está en el *Elogio de la madrastra* (1988), de Vargas Llosa: «Al niño se le volvió a encender la cara con una alegría candorosa y don Rigoberto repentinamente sintió un *miedo cervical*. ¿Qué pasaba? ¿Qué iba a pasar?».

3.1.32. *Es un venado**. El venado es la «res de caza mayor, particularmente oso, jabalí o ciervo». Metafóricamente, también, es «hombre al que le ha sido infiel su pareja», según el *Diccionario de americanismos*, en República Dominicana, Puerto Rico, Chile y Argentina. También, es la «mujer que accede fácilmente a tener relaciones sexuales con hombres» (Cuba) y la «persona muy veloz cuando corre...» (Honduras y Nicaragua).

Es palabra que procede del latín UENATUS, «caza», y su primera documentación está en «acabó Ysaac de bendezir a Jacob, Jacob fue fueras. E veno Esaú so hermano e adobo a comer a so padre. “Lievad padre e com del *venado* del to fijo e bendezirme a tu alma”» (Almerich, *La fazienda de Ultra Mar*, c. 1200).

En los *Poemas* (a. 1536-1585) de Fray Melchor de la Serna aparece el sentido metafórico de «veloz» y parece que también el de «cornudo»: «Él era un biejo ynpotente / más ligero que un *venado*; / no tenía muela ni diente / sólo un cope-te en la frente / todo el más casco pelado». Alín (2004: 26) recoge la presencia en la poesía popular de nombres de animales con los que se designa al marido cuya mujer le es infiel: «Un cazador famoso / mal advertido, / por matar un *venado* / mató un marido. Y dijo al verlo: / “Le miré a la cabeza, / y ese fue el yerro”».

No está muy documentado. En la novela del venezolano Adriano González León, *Viejo* (1995), se juega con su doble significado:

¿Qué pasó entonces, gran guerrero?
 —¿Qué guerrero ni qué coño!
 —Pero siempre has sido valiente y buen corredor.
 —Valiente no pero corredor sí.
 —Pareces un *venado*.
 —Claro, por los cuernos.

La gran cantante mexicana Chavela Vargas comentaba, con humor, su condición de «cornuda» en su libro de memorias: «Era celosa, es verdad. Pero es que casi todas me ponían los cuernos. Parecía yo *venado*, no podía entrar por ninguna puerta. Tal vez se asombren ustedes, pero yo no los he puesto nunca —otra cosa que no aparece escrita en la leyenda negra—» (*Y si quieres saber de mi pasado*, 2002). Y el peruano Jaime Bayly (*Y de repente, un ángel*, 2005) también utiliza la palabra con

ese sentido: «—¡No lo abrases así, gordita, que yo no soy un *venado* para que me pongas los cachos! —grita el mayor Concha, furioso».

Con el sentido de «veloz», está en la novela *Crónicas de un pueblo muerto Jordán Sube* (2008) del colombiano Germán Valenzuela Sánchez: «de ojos verdes y nariz aguileña, le pagaban diez centavos por el mandado y el joven corría *como venado* falda abajo calzando alpargatas, gastando una hora en llegar al puente colgante».

Los *Venados* es también un equipo de fútbol de Guatemala. *Los Venados de Mazatlán* (Sinaloa) es un equipo de béisbol profesional integrante de la Liga Mexicana del Pacífico (parece que el nombre se basa en la Danza del Venado, danza ritual celebrada por los indígenas yaquis y mayos del estado mexicano de Sonora y Sinaloa, dramatización de la cacería del venado).

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge *porfía mata venado, que no venablo* y la variante *porfía mata venado, ke no balles-tero kansado; [o] ke no kazador kansado*, que defiende la tenacidad como virtud para conseguir los objetivos.

Es muy popular la canción *El Venao* (Los Cantantes, canción del verano de 1995), que al parecer se refiere al cornudo: «Ay mujer, la gente está diciendo por ahí que yo soy un *venao* / que soy un *venao* y que estoy amarrao que estoy amarrao». En algunos pueblos de la sierra salmantina, se utiliza como «loco» («se pone como *venao*»).

3.1.33. *Es un gamo**. [*correr como un gamo**] El gamo es un «mamífero rumiante de la familia de los Cérvidos...; cabeza erguida y con cuernos en forma de pala terminada por uno o dos candiles dirigidos hacia delante o hacia atrás». Su nombre científico es *Dama dama*. El *gamo* en el *Diccionario de Autoridades* es «animal velocísimo». También significa, como *ciervo* y *venado*, «cornudo».

La palabra procede del latín vulgar GAMMUS, cruce del latín DAMMA, «gamo» y el latín alpino CAMOX, «gamuza, antílope del tamaño de una cabra grande» (de donde procede el tejido y la bayeta). Su primera documentación está en el *Fuero de Zorita de los Canes* (1218- c. 1250): «Mando de cabo que tod aquel que el *uenado* con sus canes mouiere de comienzo, o puerco montes, o *çieruo*, o gamo, o liebre, o coneio, o perdiz que sea suyo». Nótese el valor de *venado* como «res de caza mayor».

En *La Celestina* (c. 1499-1502), ya aparece como «miedoso» y «veloz»:

Pármemo. Bien hablas, en mi corazón estás. Así se haga. Huigamos la muerte, que somos mozos... Estos escuderos de Pleberio son locos: no desean tanto comer ni dormir como cuestiones y ruidos... A medio lado abiertas las piernas, el pie izquierdo adelante puesto en huida... ¡Que por Dios que creo huyese *como un gamo*, según el temor que tengo de estar aquí!

Después, es muy frecuente: «ven ligero *como un gamo* que las doze son ya dadas» (Jaime de Huete, *Comedia Vidriana*, 1535). Está mucho más tarde, como era de esperar, en Galdós: «¡Hablar de muerte, cuando tiene *las piernas más listas que un gamo* y podría ir de aquí a Meco y volver sin sentarse!» (*El audaz. Historia de un radical de antaño*, 1871); «Naranjo corrió a sus habitaciones con la presteza de un *gamo* perseguido» (7 de julio, 1876). También en un cuento de Mario Benedetti: «pero si en un solo contraataque el número diez pescó a la defensa adelantada y corrió *como un gamo* e hizo el gol, el héroe es él, nunca el atajapelotas que quedó allá atrás, olvidado y a solas» (*El césped [Cuentos de Fútbol]*, 1995).

Pero también significa «cornudo», como sinónimo de *ciervo*. Quevedo recurre en más de una ocasión a la metáfora:

pon la cabeza de un *venado* o *gamo*
 en tu puerta o zaguán, porque se entienda
 que aquéllas son insignias de su amo

...

Conocístesme pastor,
 conocereisme ganado:
 tan *novillo* como novio,
 tan marido como *gamo*.
 Bien puede ser que mi testa
 tenga muchos embarazos;
 mas de tales cabelleras
 hay pocos maridos calvos.

También he venido a serregocijo de los santos,
 pues siendo atril de San Lucas,
 soy la fiesta de San Marcos.
 (*Poesías*, 1597-1645)

El símbolo de San Lucas era el toro, pero en algún momento se pensó que era de San Marcos, probablemente porque la festividad es el 25 de abril, exaltación de la primavera, celebrada con la fiesta de los toros; así este santo pasó a ser el de los cornudos (Alín, 2004).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *ágil*, *diligente* y *ligero*.

CORRER COMO UN GAMO★ es «correr velozmente». Ya está en el siglo XVI: «Y él, dexando de venir cavalgando en el asno a su fijo, que podría tras él *correr como un gamo*, le trae en el asno» (*Vida de Ysopo*, c. 1520). Antes, Pármeno había usado la variante con *huir* (cfr. supra).

3.1.34. *Es un corzo*★. El corzo es un «mamífero rumiante de la familia de los Cérvidos, algo mayor que la cabra, rabón y de color gris rojizo». Su nombre científico es *Capreolus capreolus*. Del *corzo* en el *Diccionario de Autoridades* se explica que

«párecle havérsele dado este nombre de la velocidad con que corre». No aparece en la documentación el sentido de «cornudo» que tiene *ciervo* o *venado*.

Es palabra que procede del verbo **corzar* o *acorzar*, «cercenar, dejar sin cola», del latín vulgar **CURTIARE*, derivado de *CURTUS* «truncado», pues el no tener rabo («rabón») es característico del corzo. La primera documentación está en el *Fuero General de Navarra* (1250-1300): «ningún ome si fiere a *corço* o a zebro de sayeta o de lança aqueyll deue auer el cuero et la meatat de la carne».

En textos de los Siglos de Oro, ya aparece con ese significado metafórico: «... vente tú también conmigo volando *como un corzo*» (fray Luis de León, *Exposición del Cantar de los Cantares*, c. 1561); «Mi mozo, que hasta allí le había conocido perezoso y lerdo, *se había vuelto un corzo*» (*El casamiento engañoso*, 1613); «Yo me desaparecí, y él se fue ligero, *como un corzo* a buscar su corredor» (Carlos García, *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, 1619). Más adelante, Galdós, siempre atento a las metáforas animales, escribe: «Esta visita no era de mucho tiempo, y al poco rato salía D. Diego para encaminarse *ligero como un corzo* a la calle de la Magdalena, donde vivía un señor de Mañara, de quien era devotísimo y fiel amigo» (*Napoleón en Chamartín*, 1874).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *ágil* y *ligero* y con el verbo *huir*.

3.1.35. *Es un puerco / es una puerca (los suidos)*. [*emporcar(se)*] Los *suidos* son mamíferos «artiodáctilos paquidermos, con jeta bien desarrollada...». Etimológicamente, el grupo parte del latín *sus*, «cerdo». El diccionario académico cita en su definición como prototipo del grupo al *jabalí* (en cuya definición, por cierto, no aparece este término: solo «mamífero paquidermo»). El otro animal con el rasgo de «suido» es el *cerdo*.

Puerco, *marrano*, *cochino*, *cerdo*, *chancho*, *gorrino* y *guarro* son, por orden de documentación, los diferentes nombres que ha recibido este animal fundamental en nuestra cultura. *Puerco* nos remite a la palabra latina (ya está en los primeros textos); *marrano* es palabra árabe («lo prohibido»), con claras referencias a las creencias religiosas (está en el siglo XIII); *cochino*, *chancho* (en América), *gorrino* y *guarro* son expresiones onomatopéyicas posteriores. Pero fue *cerdo*, una denominación metonímica («el animal que tenía cerdas», o sea, «pelo grueso»), la palabra que acabó como eje del numeroso grupo de sinónimos, aunque aparece ya en el siglo XVI.

Los significados metafóricos son medievales en el caso de *puerco* (XIV) y *marrano* (XV); mucho más modernos *cochino*, *chancho* y *gorrino* (XIX); y *cerdo* y *guarro* (XX).

Completan la nómina el cerdo pequeño, *lechón*, y el cerdo padre, *verraco*. El primero, aunque menos frecuente, comparte significados metafóricos con cerdo y sus sinónimos. El segundo solo se restringen al ámbito sexual. *Jabato* es una denominación tardía (XVIII) de la cría del jabalí.

Verraco es el nombre más polisémico de este grupo: es la «persona desaseada», la «persona despreciable por su mala conducta» y la «persona tonta, que puede ser engañada con facilidad» en Cuba; es la «persona valiente y audaz» en República Dominicana, Colombia y parte de Venezuela y Ecuador; es la «persona que se desempeña muy bien» en Panamá y Colombia; es la «persona que logra con trampa o triquiñuelas obtener sus fines» en Panamá; es un «mujeriego» en parte de México, Venezuela y parte de Ecuador; es la «persona, que está disgustada, muy enfadada» en Nicaragua, Panamá y Colombia; y, finalmente, es la «persona excitada sexualmente» en Puerto Rico y Colombia.

En este grupo llama la atención los derivados sustantivos que se refieren a una «acción indecorosa» o a una «acción malintencionada»: *cerdada*, *chanchada*, *cochinada*, *gorrinada*, *guarrada*, *marranada* y *cochinería*, *gorrinería*, *guarrinería* y *marranería*. También son muchos los compuestos sintagmáticos de *chanchito*: *al hombro*, *en misa*, *que no da manteca*★, *en el barro*, *en trapecio*★, *encebado* y *rengo*.

En el diccionario académico, *puerco/ca* (también sinónimo de *cerdo*) tiene tres acepciones coloquiales, metafóricas y aplicadas al hombre y a la mujer, o sea persona «desaliñada, sucia, que no tiene limpieza»; «grosera, sin cortesía ni crianza»; «ruin, interesada, venal» (desde la edición de 1869; lo de *interesada* y *venal* suenan ya como términos antiguos). Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Cochino, persona desaliñada y sucia; hombre grosero, ruin y venal, que carece de cortesía y crianza».

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua española* (1611), se centra en la descripción de la gula (avaricia física, al fin). Para él, es un término genérico (*lechones* y *jabalíes*):

Del puerco no tenemos ningún provecho en toda su vida, sino mucho gasto y ruido, y sólo da buen día aquel en que le matamos. Muy semejante a este animal es el avariento, porque hasta el día de su muerte no es de provecho. El puerco dicen a ver nacido para satisfacer la gula, por los muchos bocadillos golosos que tiene. Unos son domésticos, que llamamos puercos o lechones; otros salvajes, dichos puercos monteses o jabalíes.

La palabra procede del latín *PORCUS*. La primera documentación está en los fueros: «López fuit custiero, et inserta de rege matod .i. *puerco* de Uilla Gunzaluo, et rex Garsia mandavit» (*Fuero de las dehesas de Madriz*, 1044). Ya en el xiv aparece con el significado de «cobarde»: «E en poco de tienpo los veredes fuyr commo *puercos* ante canes» (*Cuento muy fermoso de Otas de Roma*, c. 1300-1325). Es anterior a *cerdo*: Rodrigo Fernández de Santaella, en su *Vocabulario eclesiástico* (1499), traduce *SUS.SUI.* como «puerco o puerca» (con cita de «Leuitici .xj. et .ij. Petri .ij.»). Ha sido, desde muy antiguo, animal de sacrificio. Así aparece en la anónima *Traducción de la «Historia de Jerusalem abreviada» de Jacobo de Vitriaco* (1350):

E a estos dioses otros tributos son ofreçidos de vos; a Mares ofreçedes *puerco*; a Baco ofreçedes cabrón; a Inone ofreçedes pavón; a Júpiter carnero; a Venus sacrificades paloma; a Minerva matades bezerro; a Çeres sacrificades; a Mercurio pagades mieles; los altares de Heracles coronades de fojas de árboles del pueblo; el tenplo de Cupido onrades de rosas...

Ha sido un animal muy marcado negativamente. En la colección de cuentos medievales llamada el *Libro de los exemplos por A. B. C.* (c. 1400–c. 1421) de Clemente Sánchez de Vercial (traducción libre al castellano de la *Disciplina clericalis* de Huesca Moisés Sefardí), se le identifica con el demonio (como «bestia» por antonomasia) en un curioso relato sobre san Daciano:

E posó allí aquella noche, e casi a la media noche el obispo, estando en su cama folgando, vino el diablo e començó a blamar commo león, e balar commo oveja, e rroznar commo asno, e silvar commo serpientes, e *grunir commo puercos*, e fazer commo gatos por poner miedo al obispo santo, ca él mucho trabaja por poner miedo a los ombres, ca él sabe que es gran rremedio para estas temptaçiones la segurança de los coraçones según se prueba por este emxenplo.

E este santo obispo Daciano despertó a los clamores e rroydos e sin temor ninguno dixo al diablo: – Mesquino, quando te acaeciò esto, tú dexiste: «porné la mi silla contra Aquilon e será semejable al muy alto.» E ahé agora *eres semejable a los puercos* e a los gatos, e tú que querías rremediar e paresçer a Dios, según meresçes rremedias e paresçes a las bestias.

E oyendo esto el diablo fue turbado en manera que nunca jamás en aquella casa paresçió.

En los textos religiosos, representa al pecador: «Pues digo, lo primero, que devemos desanparar el amor del peccado, que nos retiene e mete al peccador et lo lança en fondón del infierno, e está enbevido assí como el asno en el estierco o como el *puerco en las feces*» (*Un sermonario castellano medieval*, a. 1400–a. 1500); «e yo, pecador, que sienpre fuy *suzio e puerco e luxurioso*, señoras, rrogad a Dios por mí!» (San Vicente Ferrer, *Sermones*, 1411–1412).

Y, ya desde la Edad Media, es frecuente como insulto: «Mientes, *vil puerco* ensuziado, / con tu lengua ensuziada, / matador de alma criada / qu’el Señor ovo criado» (Alfonso de Villasandino, *Poesías [Cancionero de Baena]*, 1379–a. 1425); «ca al que las sygue veemos que lo desonran e lo vituperan e lo yncrepan e lo aborresçen e lo llaman *puerco o salvaje* entre la gente urbana e çevil» (Alfonso de la Torre, *Visión deleytable*, c. 1430–1440). En esta última obra, ya está una conocida frase: «porque no caygan al *puerco* las margaritas». Nótese la acumulación de insultos en el anónimo *Auto de Clarindo* (c. 1535): «Pereçosa, / vellaca, *puerca*, golosa, / mala hembra, desoluta; / di, ¿no acabas, çancajosa?».

Enrique de Villena, en su *Traducción y glosas de la Eneida. Libros I–III* (1427–1428), señala el origen de esta mala fama (en este caso la voluptuosidad):

Eso mismo, dixo *çient puercos*, por quien se entienden los deleites e plazeressensuales, por quanto *el puerco es más voluptuoso que algúnd animal*. E así como ha muchas maneras de riquezas e de honras, así ha de muchas maneras de deleites sensuales, significados por el número de çiento... E Virgilio puso ante los puercos, a demostrar que, segund el apetito de los mortales, primero desean los deleites que las riquezas e las honras.

Lo mismo explica el capellán real Antonio de Villalpando (c. 1474-1500), en su *Razonamiento de las Reales Armas de los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel*:

de aquí es lo que dixo Boeçio en su Libro de la Consolación que, como aquellos que dándose a virtud son hechos divinos, así es nesçesario que, desanparada la razón y dándose a viçios, se hagan bestiales. Y pone enxemplo que el avariento y tomador forçoso de las haziendas ajenas es semejante al lobo... y el que está enbuelto en los deleites de las luxurias es al *puerco* figurado.

Posiblemente a esta mala fama contribuyó uno de los trabajos de Hércules: «El onzeno trabajo de Hércules fue quando mató el *grant puerco montés de Calidonia*, librando aquella provinçia del qu'el puerco í fazía. Esta istoria pone Ovidio en el octavo libro del su Metamorfóseos» (Enrique de Villena, *Los doze trabajos de Hércules*, 1417).

Como insulto en el ámbito moral, está ya desde el xvi. El aristócrata aragonés Pedro Manuel de Urrea, en su libro *La penitencia de amor* (1514), escribe: «los más civiles ombres gozan de las más gentiles mugeres; el más ruyn *puerco* se come la mejor bellota»; hay que recordar que *civil* tuvo el significado de «grosero, ruin, mezquino, vil». Y Juan de Timoneda, en *La comedia de los Menemnos. Traducción de Plauto* (1559), incluye el siguiente diálogo:

Tal. En casa de la puta Dorothea.

M., c. ¿Yo? Aun me vea comido vivo si hoy he comido bocado ni puesto los pies en su casa.

Aud. No lo niegues, que la verdad de todo me ha contado Talega.

M., c. ¿Qué le dixiste, *puerco*?

Tal. No sé. Dictum vel non dictum, ya está dicho. Pregúntaselo a ella, que te sabrá bien xabonar.

En el siglo xix, Galdós recurre con frecuencia a este insulto: «—Y me enteró ayer el Director de que anda por ahí dándose la gran vida, convidando a los amigachos y gastando un lujo estrepitoso... y hecho un figurín el muy *puerco*» (*Miau*, 1888); «No dirás que he tardado mucho. Fui a casa de *ese puerco de Torquemada*, y desde la puerta me volví...» (*Realidad*, 1889); «¡- Pues... lo que digo —debió de expresar la imagen de Valentín—, fuiste un *grandísimo puerco*... Corre allá mañana y devuélveles a toca teja los arrastrados intereses» (*Torquemada en la Cruz*, 1893); «El día de mañana, si ese señor pasa a mejor vida... esta podrá bandearse sola, sin

tener que aguantar las pejugueras de un vejete baboso, de un *puerco*, de un tío cargante...» (O'Donnell, 1904).

Hay un momento, en la *Tía Tula* (1921) de Unamuno, en la que aparece el nombre con toda su carga de «inmoralidad»:

—Cierto es, Gertrudis, que si estuviese sola lo mismo me casaría con usted, si usted lo quisiera, ¡claro!, porque yo soy muy claro, muy claro, y es usted la que me atrae; pero en ese caso nos quedaba el adoptar hijos de cualquier modo, aunque fuese sacándolos del hospicio. Pues ya he podido ver que usted, como yo, se muere por los niños y que los necesita y los busca y los adora.

—Pero ni usted ni nadie ha visto, don Juan, que yo haya sido y sea incapaz de hacerlos; nadie puede decir que yo sea estéril, y no vuelva a poner los pies en esta casa.

—¿Por qué, Gertrudis?

—¡Por *puerco*!

Y así se despidieron para siempre.

Y, más adelante, está en *La Colmena* (1951-1969) de Cela:

Martín parece un sonámbulo, un delirante.

—¡Por poco lo mato! ¡*Es un puerco*!

—¿Quién?

—El del bar.

—¿El del bar? ¡Pobre desgraciado! ¿Qué te hizo?

—Recordarme los cuartos. ¡Él sabe de sobra que, en cuanto tengo, pago!

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *sucio* y *lujurioso* y con los verbos *gruñir* y *roncar*.

Aunque en los diccionarios no se recoge, el derivado EMPORCAR(SE) tiene en ocasiones usos metafóricos («ensuciar moralmente»). Tenemos una primera documentación de este sentido en Juan de Pineda, en sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589): «Por eso envía el demonio al pecador al monte en conversación de puercos, por que sepa *emporcarse* en los pecados». Más adelante, Leandro Fernández de Moratín, en sus *Poesías completas* (1778-1822), habla de las fiestas de un estudiante que acaban «*emporcando* su conciencia».

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge *nota*, *al más rruin puerko la mexor bellota*; *al xudío i al puerko, no le metas en tu guerto* y el más conocido «A kada *puerko* le viene su San Martín. Kastiga los ke piensan ke no les a de venir su día i llegar al pagadero. Por San Martín se matan los *puerkos*...». El *Diccionario de refranes* de Espasa incluye *al avariento y al puerco, después de muertos y puerco fiado gruñe todo el año* (en alusión a los acreedores).

3.1.36. *Es un marrano*. [marranada] [marranería] *Marrano* es uno de los varios sinónimos de *cerdo*. Con él comparte los tres sentidos metafóricos: del ámbito físico («persona sucia y desaseada») y del ámbito moral («persona grosera, sin modales»)

y «persona que procede o se porta de manera baja o rastrera»). Además, frente a *cerdo*, significó durante mucho tiempo, «dicho de un judío converso: sospechoso de practicar ocultamente su antigua religión».

La palabra procede, probablemente, del árabe:

... en la ac. «cristiano nuevo» es indudablemente aplicación figurada de *marrano* «cerdo», vituperio aplicado, por sarcasmo, a los judíos y moros convertidos, a causa de la repugnancia que mostraban por la carne de este animal; en el sentido de «cerdo» es palabra propia del castellano y el portugués (*marrão*), probablemente tomada del ár. *muḥarrām*, (*muḥarrām* en pronunciación vulgar) «cosa prohibida», por la interdicción que imponía la religión musulmana a la carne del cerdo. (Corominas-Pascual)

La primera documentación referida al animal está en una *Carta de inventario* (1268) de la *Colección Diplomática del Monasterio de Carrizo*: «Conocido sea a todos per este scriptu quando yo don Antón recibí elas cosas de las casas de Gruleros de la abadessa de Carrizo... e dos nouielos de quatro dientes... et .viii. porcas e .viii. *marranos* pora ceuar e tres lechones e una femna e .v. lechones pequenos». Con sentido de «cristiano nuevo», ya está en las *Poesías [Suplemento al Cancionero de Baena]* (a. 1435) de Juan Alfonso de Baena:

Presume de muy ufano
palanciano
quando va por el camino,
come berças con tocino
el mezuquino
por parescer a cristiano...
Haze Úbeda y Baeça
y tropieça
en medio del suelo llano.
¡A él todos, qu'es *marrano*!

También está en la *Respuesta de Juan de Valladolid*, en el *Cancionero* de Antón de Montoro (c. 1445-1480): «Podéis llamarme nemigo / de vos, confeso *marrano*, / redondo como bodigo, / non vos precio más que un figo». Frente a esta práctica que parece frecuente, está el siguiente texto legal que prohíbe su uso: «E por esto ordenamos e mandamos Que ninguno nin alguno non sea osado de dezir nin llamar *marrano* nin tornadizo nin otras palabras jnjuriosas a los que así se tornan o tornaren a la santa fe cathólica» (*Ordenanzas reales de Castilla. Huete, Álvaro de Castro, 1484, a. 1480*). En el xv, apenas se documenta como animal. Muy interesante y en la misma línea, está el siguiente texto de Fray Antonio de Guevara, en sus *Epístolas familiares* (1521-1543), que merece citarse por extenso:

Pues Cidi Abducarim cree en Dios y vos creéis en Dios, él es baptizado y vos sois baptizado, y él va a la iglesia y vos vais a la iglesia, él guarda las fiestas y vos guardáis

las fiestas, él confiesa a Cristo y vos confesáis a Cristo nuestro Dios y Señor. Siendo, pues, esto verdad, como es verdad, y que a él no vemos hacer ningunos desafueros, ni a vos vemos hacer ningunos milagros, *no sé yo por qué tenéis a vos por tan gran cristiano y llamáis a él perro moro. Llamar a uno perro moro o llamarle judío descreído*, palabras son de grande temeridad y aun de poca cristiandad, porque así como no hay en el cielo mayor título de honra que llamar a uno buen cristiano, por semejante manera no hay so el cielo mayor denuestro que decir a uno que es sospechoso. ¿Qué mayor honra que llamar a uno hombre de buena vida? ¿Qué igual infamia que motejar a uno de mala conciencia? *En llamando a un convertido moro, perro o judío, marrano, es llamarle perjuro, fementido, herege, alevoso, desalmado y renegado*, de manera que es mal tan fiero, que sería menos mal al que tal dice quitarle la vida, que no probarle aquella infamia.

A partir del siglo XVIII, ya no aparece como «cristiano nuevo», sino como «persona grosera»: «hasta que el alcalde un día, / sin quitarle las prisiones, / a un corredor con balcones / del Cabildo lo llamó; / y en su cuarto le empezó / a tomar declaraciones. / Ese alcalde era un *marrano*» (Hilario Ascasubi, *Santos Vega, el payador*, 1872). Como insulto y como «persona sucia», aparece en varias ocasiones en las novelas del gran metaforizador de animales, Galdós: «¡Yo me puse a gritar llamándoles *marranos*, ladrones y diciendo que Napoleón era un acá y un allá! Puede que no me oyeran con el ruido; pero yo les puse de vuelta y media» (*Gerona*, 1874); «los pequeñuelos no parecían pertenecer a la raza humana, y con aquel maldito tizne extendido y resobado por la cara y las manos semejaban micos, diablillos o engendros infernales. —Malditos seáis... —gritó la zancuda, cuando vio aquellas fachas horribles— ¡Pero cómo os habéis puesto así, sinvergüenzones, indecentes, puercos, *marranos*...!» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887).

También está en las novelas de Galdós, y documentamos por primera vez el derivado MARRANADA («cosa sucia, chapucera, repugnante»): «Aquella mañana, Juanín estaba en la cocina royendo cáscaras de patata. Esto sí que era *marranada*» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887). Como «suciedad moral, acción indecorosa o grosera», está —por primera vez— en *Juanita la Larga* (1895) de Juan Valera: «Juanita advirtió que el tendero murciano trataba de tomarle el pelo... y como era poco sufrida, empezó a perder la paciencia y dijo bajando la voz, pero aguzando cada una de sus palabras como si fuese una lanceta: —Ea, déjese usted de bromas insolentes, tío *marrano*».

Y en Unamuno está el también derivado MARRANERÍA: «Pero el campo de nuestro sentimiento estético era el campo de lo cómico, y en él dos elementos primordiales: la incoherencia y la *marranería*» (*Recuerdos de niñez y de mocedad*, 1908).

Julio Casares (1950: 112), en el libro fundacional de la lexicografía española *Introducción a la Lexicografía moderna*, escribía: «el cerdo ha acaparado para sí y para sus sinónimos, puerco, cochino, *marrano*, la exclusiva de la máxima suciedad, aunque el proverbial desaseo de la pocilga no sea tan imputable al animal como a la persona que se beneficia de él».

3.1.37. *Es un cochino*. [*cochinada*] [*cochinería*] Es sinónimo de *cerdo* y comparte los tres sentidos metafóricos, pero con diferente definición en el diccionario académico: «persona muy sucia y desaseada», «persona cicatera, tacaña o miserable» y «persona grosera, sin modales». Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), escribe: «Al hombre sucio, o de mal trato, decimos que es un *cochino*». Según el *Diccionario de americanismos*, es «persona tramposa» (Puerto Rico, Bolivia y Uruguay) y «persona que juega un deporte deficientemente» (Puerto Rico). Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Es diminutivo de *cocho* (de origen onomatopéyico: la voz con la que en su acepción figurada, equivale a persona sucia y desaseada. En ese sentido es voz sinónima de “guarro, cerdo, puerco...” se llama al cerdo)».

La primera documentación es de Juan Ruiz en su *Libro de Buen Amor* (1330-1343): «Fuese más adelante, cerca de un molino, / falló una puerca con mucho buen *cochino* / ... / Abaxose el lobo allí so aquel sabze / por tomar el *cochino* que so la puerca yaze». La forma *cochino* es, como se deduce del texto del Arcipreste, diminutivo de *cocho*: la cría del puerco, o lechón. En la comedia *Callar en buena ocasión* (a. 1632) del poeta y dramaturgo granadino Antonio Mira de Amescua, hay una referencia a la onomatopeya *sanch* para llamar el cerdo, base del nombre Sancho y del americano *chancho*:

Rey ¿Cómo te llamas?
Sancho Roldán,
 de Angélico enamorado
 que ella el seso me a quitado.
 Rodrigo Roldán se llama el galán
 después que a esta corte vino
 loco de amor verdadero,
 pero yo sé que primero
 tuvo nombre de *cochino*.

A partir de Galdós, aparece como insulto del ámbito moral: «Porrón de Cristo... ¡ñales!, mal que te pese, Francisco, confiesa que hoy te has portado como un *cochino*»... «¡Quisiera ver al *cochino* que me ha birlado mi betún! ...» (*Torquemada en la Cruz*, 1893). Con sentido físico, están —entre otros muchos— en textos de Antonio Buero Vallejo y Cela, respectivamente: «¡Madre mía! ¿Pues no está fumando? ¿Tira eso en seguida, *cochino*! (Intenta tirarle el cigarrillo de un manotazo y él se zafa)» (*Historia de una escalera*, 1949); «—Chus, eres un *cochino*, que no te cambias el calzoncillo hasta que tiene palomino; ¿no te da vergüenza?» (*La colmena*, 1951-1969).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *gozar*, *gruñir*, *roncar* y *sudar*.

En el refranero, el nombre del animal se incluye en construcciones muy expresivas. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge *el kochino i el suegro, kisiérale muerto* (probablemente con intereses puramente materiales en ambos casos), réplica masculina de los muchos en los que la protagonista es la suegra. Y otro *el niño i el kochino, adonde les dan el bokadillo*, que se reelabora en otros dos que recoge el *Diccionario de refranes* de Espasa: *al fraile y al cochino, no les enseñes el camino y al novio y al cochino, una vez el camino*.

El derivado COCHINADA, como «acción indecorosa» y «acción malintencionada que perjudica a alguien», aparece a principios del xiv en la *Vida trágica del Job del siglo xviii y xix* (1809), autobiografía del cura afrancesado Santiago González Mateo: «... porque a esta penitencia se seguían los castigos de mi padre y maestro de escuela, quienes me azotaban siempre que jugaba a los disciplinantes, a la diversión de pelota quitada la chupa, al juego que los niños llamábamos “hacer cochinadas”, y cuántas veces iba a nadar con los chicos de mi edad». Lo mismo significa COCHINERÍA, pero la primera documentación es más tardía: está en la novela *Jarrapellejos* (1914) de Felipe Trigo: «—Tienes razón. Lo mismo que mi tito. ¡Qué cochinería de gentes y de pueblo! Te digo que se cansa uno de ser decente, que dan ganas de emigrar, en vista de que la decencia aquí no sirve para nada. ¡Siempre postergada la familia por cosas de bragueta!».

3.1.38. *Es un cerdo*. [cerdada] [cerdícola★] [animal de bellota]

Los cuñados, por esas cosas que pasan, no se pueden ni ver.

Martín dice de don Roberto que es un *cerdo ansioso*
y don Roberto dice de Martín que es un *cerdo huraño* y sin compostura.

¡Cualquiera sabe quién tiene la razón!

Lo único cierto es que la pobre Filo, entre la espada y la pared,
se pasa la vida ingeniándose las para capear el temporal de la mejor manera posible.

(*La colmena*, Camilo José Cela)

El *cerdo* (nombre que viene de su pelo grueso —*cerda*—) es un animal «... que se cría especialmente para aprovechar su cuerpo en la alimentación humana». Su nombre científico es *Sus scrofa*. Es un elemento fundamental de la vida en España: *a cada cerdo le llega su San Martín* es quizá la expresión lingüística más clara del valor central de este animal que comento más adelante. Y, naturalmente, se ha generado una abundante sinonimia. En una obra culinaria de finales del xix, se recoge un cantar riojano:

Porque, en verdad, de seis maneras se puede nombrar al animalito, siendo injusta y sin sentido común la maliciosa e injuriosa aplicación que se hace con cualquiera de estos cinco nombres para insultar o mortificar a alguno, o expresar la suciedad de alguien o de algo.

Hubo seis cosas
en la boda de Antón:

cerdo y cochino

puerco y marrano,

guarro y lechón.

(Ángel Muro, *El Practicón. Tratado completo de cocina*, 1891-1894)

El diccionario académico recoge tres sentidos metafóricos. Curiosamente las tres acepciones remiten a *puerco*: «persona sucia», «persona grosera» y «persona ruin». Es decir, vamos de lo físico, a lo moral, pasando por lo psicológico. En Puerto Rico, según el *Diccionario de americanismos*, es «guardia, agente de policía» o «policía encubierto», dentro del ámbito de la delincuencia. También en Puerto Rico significa «persona obesa». Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Este porcino, con sus análogos “puerco, guarro, cochino, marrano”, animal de bellota, ha recibido tantas bendiciones y piropos por parte de unos, como improperios y vejámenes por parte de otros».

Es palabra mucho más tardía que *puerco*. La primera documentación es de finales del xvi: «De sutil oydo le conuiene ser para oír los çieruos en su brama, los gamos en su ronca, los cabrones en su corriente y los çerdos y jaulíes en sus zelos» (Luis Barahona de Soto, *Diálogos de la montería*, c 1580-1600). Su uso es muy escaso hasta el xviii. En *La forja de un rebelde* (1951) de Arturo Barea, aparece un curioso loro que aprendió a insultar: «Cuando don Julián entra en la casa y el loro está allí, le suele gritar con voz ronca: —¡Ladrón! ¡Ladrón! Tiene razón el loro. ¡Ladrón, cornudo, *cerdo*, puerco, esclavo!».

Como «guardia, agente de policía» o «policía encubierto», en Puerto Rico tenemos el siguiente texto: «En el video se ve como el joven amenaza a los agentes con que los está grabando, a lo que otro agente le dice nosotros también estamos grabando, el joven llama “Cerdos” a los policías en repetidas ocasiones entre otros insultos»⁷. Puede ser un simple insulto y, también, quizás sea una traducción directa del inglés.

Como «persona obesa», está en este texto del puertorriqueño Francisco Font: «¡Eres demasiado bajita! ¡Estás gorda como una cerda! ¡Tu nariz parece un pimiento! Carola increpaba así la imagen reflejada como si en efecto se tratara de otra muchacha desnuda y expuesta al escarnio público y ella, sólo ella tuviera la potestad de flagelarla verbalmente» (*Caleidoscopio*, «Bondades de una corbata», 2004).

Como insulto, aparece en *Luces de Bohemia* (1920-1924) de Valle-Inclán. Don Latino insulta a Rubén Darío (triste) y Max insulta a Don Latino (hispalense):

Max Mira si está Rubén. Suele ponerse enfrente de los músicos.

Don Latino Allá está como un *cerdo triste*.

—...

Max Llévame a un banco para esperar a ese *cerdo hispalense*.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *gordo* y *sucio* y con los verbos *comer*, *comportarse*, *gruñir*, *quedar*, *revolcarse*, *sangrar* y *sudar*.

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

El diccionario académico recoge ANIMAL DE BELLOTA como sinónimo de *cerdo* y «persona ruda y de poco entendimiento». Celdrán, en su *Inventario de insultos* (1995), lo explica así:

Es forma atenuada de llamar a alguien «cerdo». Con el predicado «de bellota» se quita hierro o fiereza al cochino marrano merecedor del calificativo. Otros piensan que la voz «animal» sube de tono tornándose más ofensiva e hiriente, ya que entra en el terreno del «cerdo», cuyo mundo evoca. En este caso, a la persona sobre la que recae el insulto se le tilda de muy baja y ruin en su proceder.

La primera documentación está en *Juanita la Larga* (1895) de Valera: «¿Por qué aguantas los insultos de este *animal de bellota*, las coces de este mulo resabiado?». Más tarde está en Arniches: «¡Y sin merecérselo, porque es un *animal de bellota*!... Va, compra un décimo, y sin más ni más, le tocan las trescientas mil pesetas» (*Los ambiciosos*, 1917). Delibes también recurre a la metáfora en dos ocasiones: «¿Miraba usted a la niña? Sí, a la que pone la mesa, digo. Le parece una mujer, ¿verdad? Pues, catorce años. Aquí las muchachas son así. Es la hija del pastor que anda en el chozo. Buena persona pero un *animal de bellota*» (*La mortaja*, 1948-1963); «El hombre no es un *animal de bellota* y para algo ha de tener la mollera, digo yo» (*Diario de un emigrante*, 1958).

Genera un derivado sustantivo (*cerdada*), compuesto léxico (*cerdícola*) y un compuesto sintagmático (*animal de bellota*). El *Diccionario de argot* de Espasa recoge CERDÍCOLA* como la «persona de hábitos poco higiénicos, sucia o que despidе mal olor». Es una construcción pseudoculta, basada en la analogía con *terricola*: «Esta devota señora ya entrada en años y en libras, de pelo gris, y una nariz respingada que le daba un cierto aire *cerdícola* a su perfil, se distinguía por ser muy buena conversadora» (Luis A. Carmona, *De Asturias a la Juncia*, 2003).

Tiene, como sus sinónimos, un sustantivo derivado: Cerdada, que el diccionario académico remite a *guarrada* («porquería, suciedad, inmundicia», «acción sucia e indecente» y «mala pasada»). La primera documentación está en la novela de Ignacio Aldecoa, *El fulgor y la sangre* (1954):

En los anfiteatros se hacían gracias groseras que la madre definía en voz baja a su hija:

—Ya ves lo que traen éstos: groserías, *cerdadas* y cosas impropias de personas. Menu-da gente; en cuanto ha faltado el palo, ya ves: hacen lo que quieren.

La madre de Carmen gustaba de la gracia, de la libertad y de que cada uno viviera a su manera, pero no podía soportar las cochinas que, aprovechando la oscuridad, hacía y decía la gente.

El refranero recoge muchas expresiones en torno a este animal; especialmente conocido es el de *a cada cerdo le llega su San Martín*, que tiene una clara referencia a la conducta del ser humano (ese deseo de que a las malas personas les llegue su castigo merecido). En agosto, sin embargo, y en el sentido más literal no debe estar muy gordo: *por San Bartolomé (24 de agosto), coge el cerdo por los pies*.

3.1.39. *Es un chanco*. [*chanchada*] [*chancho al hombro*★] [*chancho en misa*] [*chancho que no da manteca*★] [*chancho en trapecio*★] [*chancho encebado*★] [*chancho rengo*★] [*como chanco en el barro*★] El *chancho* es el cerdo en gran parte de la América que habla español. Metafóricamente, según el *Diccionario de americanismos* es, en casi todos los países, «persona desaliñada y sucia»; en América central, Perú, Bolivia, Chile, Paraguay y Argentina, «persona muy gorda»; en América central y Chile, «persona de modales groseros, sin urbanidad»; en Bolivia y Chile, «persona miserable, ruin»; en Honduras, «persona poco honesta o sin escrúpulos, especialmente en los negocios»; en Chile, «glotón».

Para García de Diego, una palabra de origen natural (*chan*, para llamar al cerdo), explicación que comparte el diccionario académico y que para Corominas-Pascual es una «afirmación arbitraria y sin pruebas»: para ellos es un deonomástico, que procede de Sancho, nombre propio de persona, con el que se apodaba al animal. La primera documentación está en el anónimo *Viaje que hizo el «San Martín», desde Buenos Aires al Puerto de San Julián, el año de 1752...* (1752-1755): «El segundo: a tomar cuidado con los bueyes, carretas, *chanchos*, pipas, barriles, maíz, pan, carne, tocino, lona, ollas, escopetas, pólvora y balas, etc.». Muy pronto, ya tenemos el significado metafórico en sentido físico. Está en la novela *Amalia* (1851-1855) del argentino José Mármol: «El enemigo debía ser inmundo, sucio, asqueroso, *chancho*, mulato, vendido, asesino, traidor, salvaje». Poco después está, como insulto, en sentido moral en *Charamuscas* (1892) del escritor uruguayo Benjamín Fernández y Medina: «Mire el *chancho de Cándido* lo que ha hecho... Me ha sacado en La Cotorrita, y me llama chata descalabrada...».

Genera un derivado sustantivo (*chanchada*), seis compuestos sintagmáticos (*chancho al hombro*★, *chancho en misa*★, *chancho en trapecio*★, *chancho encebado*★, *chancho que no da manteca*★ y *chancho rengo*★) y una locución adverbial (*como chanco en el barro*★). CHANCHADA, muy extendido en América, es un «hecho o dicho malintencionado con el que se pretende dañar a alguien». La primera documentación es de mediados del XIX: «¡C... anejo! / eso sería *chanchada* / juan de dios / Pues así fue la jugada / que a don Frutos le hizo Oribe» (Hilario Ascasubi, *Paulino Lucero*, 1853).

En el *Diccionario de americanismos* están, como propios de Chile: CHANCO AL HOMBRO★, «persona lenta»; CHANCHO EN MISA, «persona o cosa que se encuentra en una situación distinta o ajena a la suya habitual»; CHANCHO QUE NO DA MANTECA★, «persona de la que no se espera o no se puede obtener ningún beneficio»;

conveniencia. En Bolivia, CHANCHO EN TRAPECIO★, «persona, confundida, debido a una situación insólita»; y CHANCHO ENCEBADO★, «persona muy gorda». Finalmente, en Ecuador, CHANCHO RENGO★, «persona que se hace la desentendida respecto de un asunto» (que está documentado también en Argentina y en Perú). También en Chile se usó la locución adverbial COMO CHANCHO EN EL BARRO★, «cómoda o a su conveniencia». No todos están documentados en los *corpora* que he consultado:

Ni se te ocurra hacerme una chanchá, mira que vas a terminar más perdido que *chancha en misa*. (Tomás Henríquez, *Las tentaciones de San Antonio*, 2012)

Míralo como baila, se siente feliz, *como chancha en el barro*, consíguele esa dicha cada cierto tiempo y lo tendrás en el bolsillo. (Ernesto De Blasis, *Cambiando la piel*, 2004)

yo sé hacerme el *chancha rengo* cuando la cosa lo exige (José Hernández, *El gaucho Martín Fierro*, 1872); y te encuentro en cama haciendo el *chancha rengo*. (Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas*, 1877)

En Argentina, aún está vigente *chancha limpio nunca engorda y a cada chancha le llega su San Martín*.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *comer* y *gritar*.

3.1.40. *Es un gorrino*. [gorrinada] [gorrinería] *Gorrino* es otro de los sinónimos de *cerdo*, del que hereda el significado metafórico de «persona desaseada o de mal comportamiento en su trato social». Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Como insulto, impropio u ofensa, es más ligero que el de “puerco” o “cerdo”..., pues mientras más grande y viejo el bicho, más sucia y despreciable la persona».

Es palabra tardía y onomatopéyica (*gorr*). Con el sentido literal está por primera vez en las *Fábulas literarias* (1782) de Tomás de Iriarte: «Yo te aseguro, como soy *gorrino*, / que no hay en esta vida miserable / gusto como tenderse a la bartola, / roncar bien y dejar rodar la bola». Como insulto, lo utiliza ya Galdós: «En cuanto al sombrero, dice que era tan grasiento, que un cochero simón no se le pondría, lo cual prueba que este emperador es un grandísimo *gorrino*, con perdón sea dicho» (*El 19 de marzo y el 2 de mayo*, 1873); «o, grandísimo *gorrino*, no juntarás tu mano asquerosa con la de una dama» (*El doctor Centeno*, 1883); «Quitarvos allá, desapartaisos, *gorrinos* asquerosos... que mancháis a estas señoras!» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887).

El novelista canario también utiliza el sustantivo derivado GORRINADA (como «acción sucia e indecente»): «¿No es una *gorrinada* que el capitán del Mito tenga un destino en la Conservaduría del Real Patrimonio» (*España trágica*, 1908). También se documenta GORRINERÍA (que recoge el diccionario académico): «La prime-

ra *gorrinería* pánica o satiriasis de lengua que oyeran las Cucas, fue esta calentonada: —Sintiendo mucho lo del Cuco...» (Eugenio Noel, *Las siete cucas*, 1927).

3.1.41. *Es un guarro*. [*guarrada*] [*guarrería*] [*guarrindongo*] *Guarro* es sinónimo de *cerdo*. Y como él, metafóricamente, «persona sucia y desaliñada», «persona grosera, sin modales» y «persona ruin y despreciable», «sucio, obsceno»: rasgos del ámbito físico, psicológico y moral, respectivamente. Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995), junto con el diminutivo *guarrín*.

Es palabra de origen onomatopéyico, como el homónimo «especie de águila pequeña» que el diccionario académico marca como propia de Ecuador, pero que también se utiliza en la Sierra de Francia (Salamanca). La primera documentación es muy tardía. Está en el *Tratado general de carnes* (1832) de Ventura de Peña y Valle, en donde se especifica el valor referencial de nuestra palabra con respecto al mundo del cerdo: «*Lechón*. Desde los ocho días hasta los dos meses... *Guarro*. Desde los dos meses al año toma el nombre de *guarro*, y se le debe castrar, con cuya operación se le amansa y su carne se hace de buenos jugos, estando nutrida con buenos alimentos. *Puerco*. Del año a los dos que se le debe matar se llama puerco...». Pronto, Galdós lo incluye en sus novelas:

Y al propio tiempo lanzó el *gruñido cerdoso*, que atronando los aires imitaba el habla humana, y así decía:

—Yo soy Galo Zurdo y Gaitín, secretario de este ayuntamiento, y como tal secretario y como novio de Pascua, te digo que si no desfilas ahora mismo por donde has venido, dormirás esta noche en la cárcel de acá, y mañana irás a la de Soria conducido por la pareja de la Guardia Civil... Lárgate pronto, farsante, canalla, ladrón...

—Pues yo soy Asur, yo soy Mutarraf —replicó Gil enardecido por la insolencia de la deforme bestia—, y no temo a los *guarros*, aunque sean secretarios del ayuntamiento y vengan con facha de gigante de bambolla. Largo de aquí, mamarracho. Vuélvete al infierno, de donde has venido. (*El caballero encantado*, 1909)

Después, está en *El árbol de la ciencia* (1911) de Baroja: «A mí me vino un día —siguió diciendo Lulú— preguntándome si quería ir con ella a casa de un viejo. ¡Qué tía *guarra*!». Y a lo largo del xx se generaliza su uso; recojo dos textos (de Felipe Trigo y Cela, respectivamente):

Ciego Saturnino, quiso coger el puñal y matarla, al tiempo que vociferaba en una especie de demencia sus títulos de bravo: «¡Ven, so *guarra*! ¡Sal de ahí! ¡Verás si tengo agallas para matar a una mujer!... ¡No sería la primera... que me he visto de sangre hasta las corvas, so *guarra*, so cochina!»... (*Jarrapellejos*, 1914)

Don Pablo, como sin querer, mira siempre un poco de reajo para la señorita Elvira. Aunque ya todo terminó, él no puede olvidar el tiempo que pasaron juntos. Ella, bien mirado, era buena, dócil, complaciente. Por fuera, don Pablo fingía como despreciarla y la llamaba tía *guarra* y meretriz, pero por dentro la cosa variaba. Don Pablo, cuando,

en voz baja, se ponía tierno, pensaba: no son cosas del sexo, no; son cosas del corazón.
(*La colmena*, 1951-1969)

Hay dos derivados sustantivos: GUARRADA y GUARRERÍA. El diccionario académico remite el primero a *porquería*, mientras que el segundo lo define como «porquería, suciedad, inmundicia», «acción sucia e indecente» y «mala pasada». La primera documentación de *guarrada* está en la novela *Jarrapellejos* (1914) de Felipe Trigo: «De todos modos, hombre, tú, Exoristo, hombre, don Macario —revolvíase irritadamente Saturnino..., una *guarrada* la boda con una coqueta forastera, parcheada por cien novios...». La primera documentación de *guarrería* es un poco más tardía: está en la novela del escritor madrileño Eugenio Noel (seudónimo de Eugenio Muñoz Díaz), *Las siete cucas* (1927): «No es casi divina una raza que le dice a su Dios: Señor perdóname las *guarrerías* que te he hecho cuando podía hacerlas».

El derivado adjetivo GUARRINDONGO («persona sucia»; «sucio, obsceno») es más tardío: se documenta por primera vez a finales del siglo xx: «Una cultura, añado yo, lasciva y *guarrindonga*, abocada a la condenación eterna» (*El Mundo*, Fernando G. Tola: “Vivan los virgos”, 09/01/1996): «—Menudo *guarrindongo* es este compañero tuyo. ¿Desde cuándo alternas con golfos, Joselín?» (Manuel Longares, *Romanticismo*, 2001).

3.1.42. *Es un lechón*. El *lechón* es el «cochinillo que todavía mama» y, metafóricamente, un «persona sucia, puerca, desaseada» (ya desde *El Diccionario de Autoridades*: «Por su semejanza se llama el hombre demasiado sucio, y desaseado en el vestir y en el comer»). Según el *Diccionario de americanismos* es «persona, especialmente la mujer, muy gorda» (Cuba, Puerto Rico, Bolivia, Chile). Su aumentativo, *lechonota*, en Nicaragua es persona «gorda y con buena salud». Pero, en El Salvador, Ecuador y Bolivia, es la persona «que tiene buena suerte».

Es palabra derivada de *leche*. La primera documentación está en el texto de cetrería *Moamín. Libro de los animales que cazan* (1250) de Abraham de Toledo: «o tuelgan, e ceuen a las aues mayores de carne de *lechón* o de perrezno pequenno o de erizo». El maestro Correas recoge en un refrán la sinonimia de los nombres del cerdo (*Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627): «tres kosas suenan i una son; kochino i puerko i *lechón*».

En la literatura espiritual de los Siglos de Oro, era símbolo de suciedad: «¿Para qué quiere ser como el *lechón*, animal inmundo que se quiere sustentar con las raíces escondidas debajo de la tierra y hozar los prados frescos y holgarse revolcándose en el cieno?» (San Juan Bautista de la Concepción, *Exhortaciones a la perseverancia*, c. 1610-c. 1612). Vicente Espinel, en su *Vida del escudero Marcos de Obregón* (1618), incluye este curioso diálogo entre una mujer y un joven: «Si alguno le decía que era muy hermosa, ella le decía “Y él hermoso majadero”».

Díjole un día un mozalbillo, no de mal talle: “Así se me tornen las pulgas en la cama”; al cual muy de propósito respondió: “Debe de dormir en alguna zahúrda *el lechón*”. Para Leandro Fernández de Moratín, tiene que ver con la falta de belleza: «e viudas, / pobre la una, y la otra fea *como un lechón*» (*Viaje a Italia*, 1793-1797). Como insulto, está en *La Revoltosa* (1897) de José López Silva: «Gorgonia. —¡Anda, *lechón*! (Dándole otro pescozón y haciéndole entrar en el cuarto.) Niño. —¡Madre!».

Como «persona gorda», está en este texto de la argentina Cecile Rausch Herscovici: «Nadie comienza a restringir lo que come con el propósito de volverse anoréxico. En otros casos, el disparador inicial es un hecho de la vida..., por ejemplo, la ruptura de un noviazgo..., o cuando en alguna ocasión *lo calificaron de lechón*» (*La esclavitud de las dietas. Guía para reconocer y encarar un trastorno alimentario*, 1996).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *feo* y *triste*.

3.1.43. *Es un verraco*. [verriendo] [verraquera] El verraco es el «cerdo padre». En Cuba, tiene los siguientes significados metafóricos: «persona desaseada», «persona despreciable por su mala conducta» y «persona tonta, que puede ser engañada con facilidad». Según el *Diccionario de americanismos*, es también «persona valiente y audaz» en República Dominicana, Colombia y parte de Venezuela y Ecuador; «persona que se desempeña muy bien», en Panamá y Colombia; y en Panamá «persona que logra con trampa o triquiñuelas obtener sus fines». También significa «mujeriego» en parte de México, Venezuela y parte de Ecuador; «persona, que está disgustada, muy enfadada» en Nicaragua, Panamá y Colombia; y «persona excitada sexualmente» en Puerto Rico y Colombia.

La palabra procede del latín *VERRES* y está documentada por primera vez a finales del siglo XIII (uno de los más antiguos tratados de caza medievales): «Et tomen la grossura del *puerco* que ssea criado de pan e que non sea de monte nñn *verrac*. e tomen aquella sañ» (*Gerardus falconarius*, a.1300). También aparece con la forma *berraco*; así está en el *Universal vocabulario en latín y en romance* (1490) de Alfonso de Palencia leemos: «Voci. ala boz de los toros assignan el bramido. los cauallos relinchar. los asnos rebuznar. los puercos gruñir. Los *berracos* churritar. los carneros oretar. las oueias balar. los cabrones mitar. los cabritos veyar. los canes ladrar. las vulpeias gannir. los cahorros latir. las liebres vagir. los gatos maullar. los mures o ratones muytar o descilar. las ranas coaxar o ranir».

No es muy frecuente hasta el siglo XX. Con el sentido de «excitado sexualmente», está en *La Lozana Andaluza* (1528) de Francisco Delicado: «Mi criado irá, más por haceros placer que por lo que puede traer; y vosotras mirame bien por él, y no querría que hiciese cuistión con ninguno, porque tiene la mano pesada, y el remedio es que, *quando se enciende como verraco*, quien se halla allí más presto le ponga la mano en el cerro, y luego amansa, y torna como un manso». Ya sin

comparación, está en la primera obra de teatro *Un solo son en la danza* (1982) del cacereño Jesús Alviz Arroyo:

p. Dominicó ¡Qué extraño, oír los novísimos en Vuestra Merced!... Creí que de espíritus tan escasamente invencioneros, sólo podríamos escuchar dislates propios de los de las gallaruzas.

p. Franciscano ¡Caridad! ¡Beatitud, caridad con el que cayó!

p. Dominicó Se me pide un imposible... Me pican en lo vivo estos *verracos*, cuyo único afán es no olvidar que bajo el sayal tienen el al... Esa es la brújula que guía el goloseo de sus pasos...!

En otro ambiente bien distinto, tenemos las palabras del entrenador de un equipo de fútbol: «El que le vengan más ganas de mear que mee en el furgón. No quiero *verracos* con el bulto húmedo, a no ser que os empalme un gol y os corráis de ganas de meter otro» (Ángel Fernández-Santos, *Poda del Olivo [Cuentos de Fútbol]*, 1995). Como insulto, está en *Letanías de lluvia* (1993) de Fulgencio Argüelles: «Julita Odalisca sabía cómo insultar de setenta y cinco maneras diferentes (bambarria, zarramplín, ganso..., *verraco*, alarico, garañón y cincuenta y nueve más)».

Como «persona que se desempeña muy bien», aparece en la novela *La virgen de los sicarios* (1994) del colombiano Fernando Vallejo: «Que cómo son? Ah, yo no sé, nunca se la compré. Según él, que la policía me la vendía, que yo era muy *verraco* pa convencer. “Seré yo muy *verraco*, ¿pero qué les voy a alegar a ésos?”». También en la prensa colombiana: «para Loaiza, “los gringos son unos *berracos* porque desde chiquitos todos hablan inglés”» (Semana, «Narcotráfico Colombia», 24/11-1/12/1997).

Como «persona, que está disgustada, muy enfadada», está en *El Tiempo*, 13/02/1997, de Bogotá: «Mauricio Serna: “Estoy *verraco* porque en el momento en que la gente más lo esperaba fallé”»; 16/04/1994: «Por el impuesto al tabaco, el pueblo está *berraco*».

Como «persona que logra con trampa o triquiñuelas obtener sus fines», aparece en la obra de teatro *Viene el sol con sombrero de combate puesto* (1976) del panameño Raúl Alberto Leis Romero: «Obrero 2: (Interrumpe.) Esos gringos sí son *berracos*. Pensar que sobre nuestro sudor pronto comen...».

Como «persona tonta, que puede ser engañada con facilidad», lo vemos en *La eternidad por fin comienza un lunes* (1992) del cubano Eliseo Alberto: «pero de tarde en tarde aparece un *berraco* que se quita la vida por amor».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *chillar* y *llorar*.

También está el sustantivo derivado VERRAQUERA —en Salamanca *verraquina*— («lloro con rabia y continuado de los niños»): «de niño se echó a llorar en Cádiz, “como un verraco”, ante la idea de tener que embarcarse en la escuadra» (Andre-

nio —Eduardo Gómez de Baquero—, *De Gallardo a Unamuno*, 1926). Y, relacionado con verraco, está VERRIONDO (del latín VERRES y el sufijo -IBUNDUS, como *torionda* o *cachonda*), «dicho de un animal, especialmente del cerdo: que está en celo». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «se dice del hombre cachondo, siempre excitado sexualmente, que no sabe poner freno a su apetito. También se utiliza en femenino, en cuyo caso vale tanto como puta, ramera, tirada». La primera documentación —con la forma *berriondo*— aparece ya en el siglo XVI: «Al Obispo de Calahorra, Don Alonso de Castilla, le escribieron una carta con un sobrescripto que decía: —Al muy *berriondo* Señor el Obispo de Calcaporra, Señor de las ciudades de Sodoma y Gomorra, etc., y padre de los hijos de Rodrigo de Baeza» (Luis de Pinedo, *Libro de chistes*, c. 1550). Corominas-Pascual recuerdan que *berrionda* como «ramera» está en el *Lazarillo de Tormes* del protestante toledano Juan de Luna. También en la *Comedia Tesorina* (c. 1528) de Jaime de Huete, en una curiosa sarta de insultos:

¡Oh cachonda,
el demonio te cohonda,
sesito de cascabel!
¡Oh cochina, *berrionda*,
sobacazos de aguamiel!
Piojosa,
¡oh patituerta, potrosa,
montón de çuzias rodillas,
ancas de burra guiñosa,
hormiguero de ladillas!

3.1.44. *Es un jabato*. El jabato es la «cría del jabalí». Metafóricamente, es «valiente, osado, atrevido».

Es palabra que deriva de *jabalí*, con un sufijo diminutivo que, en ocasiones, designa la cría del animal: *cervato*, *gurriato* —de *gorrión*—, *lobato* —más frecuente, *lobezno*—; incluso existe *hijato* («retoño o renuevo de planta»).

Su primera documentación es tardía. Está en la *Traducción de las Églogas de Virgilio* (1829) de Félix María Hidalgo, uno de los epígonos de la escuela poética sevillana del Neoclasicismo: «[Menalcas] Las raposas ayunté en el ejido, / Y ordené los *jabatos* a porfia. [Dametas] / Cuando flores y fresas delicadas / Buscáis, zagales, por el prado ameno, / Guardaos; que so la yerba solapadas / ocultan las culebras su veneno». El sentido metafórico es muy reciente. Se documenta por primera vez en la novela de Eugenio Noel *Las siete cucas* (1927): «Porque lo insólito, con serlo todo en el asunto, era que ni la chica, ni la grande ni la mediana, opusieron argumento o pero al plan de su madre. Las mismas que habían defendido como *jabatos* su virginidad de las asechanzas de sus amos, veían impasibles, ahora, acercarse la miserable brutalidad de cualquiera». En el no muy conocido drama de Miguel Hernández, *Pastor de la muerte* (1937), leemos: «Los mineros

asturianos, / ¡ay, qué *jabatos* que son! / Manejan la dinamita / igual que el cura el copón».

Recordemos que hubo una serie de tebeos titulada *El Jabato*, creada por Víctor Mora (guion) y Francisco Darnís (dibujo) y publicada por la editorial Bruguera desde 1958 hasta 1966. Cuenta las historias de un gladiador ibérico que se enfrenta al Imperio Romano y defiende a los pueblos oprimidos.

Es curioso que la cría del jabalí haya tenido un sentido metafórico y no el propio jabalí.

3.1.45. *Es un asno (los solípedos)*. [asnejón★] [asno cargado de letras★] [parecer el asno de Buridán★] El solípedo es «el cuadrúpedo provisto de un solo dedo, cuya uña, engrosada, constituye una funda protectora muy fuerte denominada casco». El diccionario académico cita como prototipos al *caballo*, al *asno* o a la *cebra*.

El grupo de los solípedos («los que tienen un solo dedo») está formado por *asno* y sus sinónimos (*borrico*, *burro*, *jumento*), con un hipónimo, *pollino* («asno joven») y con una variante americana, *quinicho* (en Honduras). También está el *caballo*, con sus hipónimos *bucéfalo*, *garañón*, *rocín* y *potro* y la hembra *yegua* y su sinónimo *jaca*. Finalmente tenemos *mulo* y *acémila*.

Este grupo, a pesar de haber sido fundamentales para el transporte y para los trabajos del campo, no tiene muchos usos metafóricos positivos. *Asno* y sus sinónimos hacen referencia a la «persona ruda y de muy poco entendimiento». *Caballo* tiene algunos sentidos positivos (en Cuba es la «persona que posee amplios conocimientos o habilidades para hacer algo»), pero en general y, sobre todo en sus hipónimos *bucéfalo*, *garañón* y *rocín*, predominan los significados negativos. *Yegua*, *jaca* y *potra* (*potranca*) tienen frecuentemente un significado sexual; como el hipónimo *garañón*. *Mulo* y *acémila*, finalmente, asumen la «terquedad».

Son muy polisémicos *caballo*, *potro*, *yegua* y *mulo*. Por la variedad de sus significados metafóricos, llama la atención la polisemia de *mulo*: «persona fuerte y vigorosa»; «contrabandista de drogas en pequeñas cantidades» (Argentina, Ecuador, Guatemala y Honduras); «persona desconsiderada, egoísta» (México); «persona terca» (Bolivia, Paraguay y Chile); «persona tonta» (Guatemala, Nicaragua y República Dominicana); «persona que transporta ilegalmente cualquier tipo de droga» (Panamá); «persona muy grande» (Honduras y Nicaragua); «persona musculosa» (Honduras); «persona borracha» y «persona estéril» (Bolivia).

Asno es la primera palabra documentada (xi) y *jumento* la última (xv), aparte del muy moderno *quinicho* (xx). Ya en el xiv encontramos un uso metafórico de *asno*; después, en el xvi, *borrico* y *burro* y, finalmente, en el xviii, *pollino* y *jumento*.

Burro es la palabra del grupo que más compuestos y fraseología genera: *burro cargado de letras*, *burro cachero*, *burro embarcado*, *burro porfiado*, *burro tusero*, *burro con*

plata, burro con sueño, burro de carga, burro no come bizcochitos, el burro hablando de orejas.

El asno es un «animal solípedo, como de metro y medio de altura... es muy sufrido y se emplea como caballería y como bestia de carga y a veces también de tiro». En el *Diccionario de Autoridades*, «rudísimo y torpe... Llámase por otros nombres *Jumento, Borrico, Pollino y Burro*». Su nombre científico es *Equus asinus*. Como en el caso del cerdo, estamos ante un animal con amplia sinonimia. Metafóricamente, es la «persona ruda y de muy poco entendimiento».

Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611) nos ofrece una curiosísima definición (en un amplísimo artículo): «animal conocido, doméstico y familiar al hombre, *de mucho provecho y poco gasto*, de grande servicio y que no da ruido, salvo cuando rebuzna, *que aquel rato es insufrible*». Ya anota el valor metafórico referido al hombre:

Una figura humana con cabeza de asno sinificaba, cerca de los egipcios, el hombre ignorante y necio, abatido y de servil condición. Poca diferencia desto sinificar la cabeza del asno al que no ha salido de su tierra, porque los que andan por las ajenas depren-den de lo que han visto a ser hombres, y por esto alcanzó Ulises nombre de sabio y excelente varón, como le canta Homero en los primeros versos de su Odisea...

La razón desta similitud es porque el asno es bestia, aunque provechosa, para servicio ordinario, inútil para largo camino...

Comúnmente con este nombre de asno afrentamos a los que son estólidlos, rudos y de mal ingenio, a los bestiales y carnales. Para hacer burla de alguno, especialmente detrás dél, puestas las manos en las orejas y meneándolas, imitamos las del asno, notán-dole de tal, y en este sentido dijo Persio: «Aurículas asini, quis non habet?».

Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995):

El mundo antiguo lo relacionó con zafiedad, rusticidad y simpleza, en contextos despectivos en el ánimo del hablante, que tuvo de él una visión negativa por el tamaño de su órgano genital y apetito sexual desenfrenado. A esto se unió la costumbre egipcia de representar al hombre necio, de servil condición, con figura humana rematada en cabeza de asno. La rudeza de su trabajo, su supuesta obsesión lasciva lo asemejaron al campesino que nunca salió de su entorno y no aprendió gran cosa.

La palabra procede del latín ASINUS. La primera documentación es de la época de orígenes de nuestra lengua: «et pro die III denarios, pro enguera [alquiler] de asno» (*Fuero de Nájera*, c. 1020-1076). En el *Libro de buen amor* (1330-1343), ya Juan Ruiz describía su carácter torpe, frente al perrillo blanchete (con una moraleja aplicada a la conducta humana):

Un perrillo blanchete con su señora jugava;
con su lengua e boca las manos le besava,
ladrando e con la cola mucho la falagava...
tomavan con él todos solaz e alegría...

veíalo el *asno* esto de cada día.
 El *asno de mal seso* pensó e tovo mientes,
 dixo el *burro* nesçio así entre sus dientes:
 «Yo a la mi señora e a todas sus gentes
 más con provecho sirvo que mill tales blanchetes...
 pues también terné pino e falagaré la dueña,
 como aquel blanchete que yaze».
 Salió bien rebuznando de la su estabía,
 como garañón loco el nesçio tal venía,
 retoçando e faziendo mucha de caçorría,
 fuese para el estrado do la dueña seía.
 Puso en los sus onbros entranbos los sus braços;
 ella dando sus bozes, vinieron los collaços: [criados]
 diéronle muchos palos con piedras e con maços
 fasta que ya los palos se fazían pedaços.
 Non deve ser el omne a mal fazer denodado,
 nin dezir nin cometer lo que non le es dado:
 lo que Dios e Natura han vedado e negado
 de lo fazer el cuerdo non deve ser osado.

Por la misma época, en las anónimas *Sumas de la historia troyana de Leomarte* (c. 1350), se hace ya referencia a las *orejas de asno*, como símbolo de simpleza: «Et que asno en latýn quiere dezir anjmalia syn seso Et por eso dizen del que se le fezieron las orejas de asno».

Sin embargo, hay algunas referencias positivas. Pedro de Toledo (*Guía de los Perplejos de Maimónides*, 1419-1432) recuerda la extraña historia bíblica de la asna de Balaam: «et dixo que estos son los ángeles de Dios que dixo primero et encontraron en el angeles de Dios et esta fabla et luchamjento todo era en visión de profeçia et así profeçia et así todo lo de *Bilam las palabras del asna* todo lo fue en visión de profeçia». Frente a la mala fama de los asnos, en el relato bíblico la asna de Balaam habla (*Números*, 22, 7-35): Balac, rey de Moab, manda a Balaam para que maldiga a los israelitas; Dios envía a un ángel con una espada, invisible para el hombre, pero visible para la bestia que se echa a un lado del camino; Balaam le golpea y entonces Dios permite a la asna hablar: «¿Qué te he hecho yo, que me has azotado tres veces?». También está la regencia a la entrada de Jesucristo en la ciudad Santa: «el Mesías a Jerusalem humilde cavallero en un *asno*» (*Documentos sobre judaizantes*, a. 1464-1492).

La vieja Celestina utiliza la palabra como insulto cariñoso a Pármeno en dos ocasiones seguidas:

Celestina. ¿Qué es razón, loco? ¿Qué es afecto, *asnillo*? La discreción, que no tienes, lo determina, y de la discreción, mayor es la prudencia, y la prudencia no puede ser sin esperimento, y la experiencia no puede ser más que en los viejos...

Pármeno. Todo me recelo, madre, de recibir dudoso consejo...

Areúsa. Gentilhombre, buena sea tu venida.

Celestina. Llégate acá, *asno*. ¿Adónde te vas allá a asentar al rincón? No seas empachado... (*La Celestina*, c. 1499-1502)

Alfonso de Valdés, en su *Diálogo de Mercurio y Carón* (1529), identifica a su amigo con un asno mediante argumentación:

An. ... ¿Qué me quieres apostar que te hago conocer que eres *asno*, no por sophisma, mas por gentiles argumentos? ...

C. Dime, pues, ¿qué cosa es *asno*?

An. El *asno* es animal sin razón.

C. ¿Qué cosa es razón?

An. Entendimiento para seguir lo bueno y desuiar lo malo.

C. Pues, luego si tú, estando en el mundo, no touiste entendimiento para seguir lo bueno que es la virtud, y apartarte de lo malo que son los vicios, síguesse que no tenías razón y no teniéndola, tus propias palabras te conuencen que eres *asno*.

En el xvi, ya es general su uso como insulto, sobre todo en el teatro: «nunca dél he recebido sino “Nescio, *asno*, suzio”. ¡Juro a tal que le venda por boçall!», «Págannos con ser llamados *asnos*, negios, pereçosos» (*Auto de Clarindo*, c. 1535); «Pues yo os prometo, don *asno*, que si apaño un garrote...»; «Déxate llevar, *asno*, que no te van a echar con leones...» (Lope de Rueda, *Comedia llamada de «Los engañados»*, 1545-1565). Mucho después, Palacio Valdés, en *La novela de un novelista* (1921), recoge todos los insultos en sinonimia que se refieren a este animal: «El señor cura al oírlo montó en una cólera furiosa y al día siguiente hizo llamar al tío Pablo de Cananza a la rectoral, se encerró con él en su despacho y por espacio de hora y cuarto, según testimonio de la criada, estuvo llamándole *borrico*, *pollino*, *asno*, *burro*, *jumento*, en fin, todos los sinónimos con que el idioma castellano cuenta para representar el mismo simpático animal».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *inconsciente*, *loco*, *necio* y *testarudo* y con los verbos *brincar*, *correr*, *rebuznar* y *trabajar*.

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

También tuvo cierto uso el aumentativo despectivo ASNEJÓN*. Ya está como insulto en el teatro popular de los Siglos de Oro: «Cau. ¡Pues sabéys [si] os arre-bato! / don bobazo bobarrón. / P. ¡Oýste, *asnejón*! / pues peygayuos a mi ható» (Lucas Fernández, *Farsa o quasi comedia... vna donzella y vn pastor y vn cauallero*, 1514); «Libina Déxame tú al / *asnejón* cegijunto, / que en las horas que barrunto / que se sale de medida, / yo me hago amortecida / y él me dexa en esse punto» (Bartolomé de Torres Naharro, *Comedia Calamita [Propaladia]*, a. 1520).

UN ASNO CARGADO DE LETRAS* es un «erudito de cortos alcances». No hay documentación en los *corpora* académicos. En la revista digital *Letras Libres*, podemos leer el siguiente texto, con una cita de un ensayista mexicano: «Luego Jesús Silva Herzog Márquez arremete en serio: “ ‘*Asnos cargados de libros*’ llama el primer en-

sayista a esos ignorantes que no saben nada si no lo leen en un libro y que no se percatarían de tener sarna en el culo si no consultan en un diccionario lo que son la sarna y el culo. Los asnos también cargan libros de Hayek y citan con fanática vehemencia a Ayn Rand”» (23).

La locución verbal PARECER EL ASNO DE BURIDÁN[★] se refiere a «quien experimenta tremendas dudas cuando tiene que escoger entre dos cosas» (*Diccionario de dichos* de Espasa). Un asno es el protagonista de un argumento que construyeron los críticos de Jean Buridán (1300-1358), filósofo francés, discípulo de Guillermo de Occam, para criticar su postura de que la razón debe sopesar los pros y los contras de toda decisión en la conducta del ser humano. El susodicho burro murió por no decidirse a comer entre dos haces de heno (o por no decidirse a comer —un haz de heno— o a beber —un cubo de agua, en otra versión—).

En el refranero la presencia del asno, como referente de la conducta del ser humano, es la más extensa en lo que a los animales se refiere. En los *Refranes o proverbios en romance* (c. 1549) de Hernán Núñez, encontramos —entre otros muchos— los siguientes: *soltero pavón, desposado león, casado asno*; y el lamentable —por machista y violento— *el asno y la muger a palos se han de vencer*. Otros que llaman la atención sobre el poder del dinero (*asno con oro, alcánzalo todo; haz rico a un asno, y pasará por sabio*) o la imposibilidad de aprender en el que es, de natural, poco inteligente: *ignorante graduado, asno albardado; el que asno fue a Roma, asno se torna* (variante del dicho latino *quod natura non dat, Salmantica non praestat*, en alusión a su famosa universidad; *fuime a palacio, fui bestia y vine asno*).

Por su parte, el maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), añade —entre otros— los siguientes: «*El asno no anda sino kon la vara*. Buena alegoría para kastigar»; *el asno de Arkadia, lleno de oro kome paxa*; «*El asno prendado, kabe sí tiene el prado*. Dízese en alegoría i motexando, por los prendados de amor, ke sienpre akuden i asisten donde aman; nota ke hazen asnedades. Puédese akomodar a otras afiziones»; «*en Kalahorra, el asno hazen de korona*. Por los inorantes ke ordenan; *si todos te dixeren ke eres asno, rrebuzna i ponte rrabo*». El profesor salmantino llama la atención sobre las connotaciones negativas de las palabras que venimos analizando: «*Kon perdón de las barvas i tokas onrradas. Kon perdón de Vuestras Merzedes*. Estas salvas hazen los vulgares kuando an de nonbrar “kochino”, “puerko”, “asno”, o tal kosa grosera o suzia». Y comenta el hecho de que la preposición de puede construir un sintagma ambiguo: «*Kon esta preposición “de”, ke da maior fuerza, se hazen frases a dos sentidos: “El vellako de Pedro”, por: el vellako Pedro... De akí naze la grazia de anbigüedad: “El asno de Antón”, por: el asno ke tiene, o por el mesmo Antón, llamándole asno. “La burra de Xuana”, por: ella o por su burra. “El rrozín del dotor”, “La mula del kanónigo”, por uno i otro*».

3.1.46. *Es un pollino*. El pollino es el «asno joven» y, metafóricamente, la «persona simple, ignorante o ruda».

La palabra procede del latín PULLINUS, «perteneciente a un animal joven». La primera documentación está en *La fazienda de Ultra Mar* (1200) de Almerich, una especie de itinerario para peregrinos a Jerusalén, y se refiere a la entrada de Jesús en Jerusalén: «Gozat mucho conceio Sion e cantad conpanna de Jherusalem, e to rey verná a ti iusto e salvant e afreyto, cavalgant sobre so asno, sobre *pollino* fi de asna». Un poco más tarde encontramos la interpretación teológica: «Ca por el *pollino* se significaua el pueblo gentil el qual no auía estado puesto so el yugo de la ley. Por la asna el pueblo judaico el qual auía estado debaxo de la ley, e aesto venía Christo en el mundo: porque sujuzgasse e pusiese debaxo de sí: amos los pueblos por fe cathólica» (Gonzalo García de Santa María, *Evangelios e epístolas con sus exposiciones en romance*, a. 1485).

Como «ignorante», ya está en el siglo XVIII: «que la soberbia, avaricia y demás vicios, son intolerables en un siglo en que, por gracia de Dios, ya no somos tan *pollinos* como antes» (José Nicolás de Azara, *Cartas de Azara al ministro Roda en 1768* [Cartas a Don Manuel de Roda], 1768). Después, no es muy frecuente. Aparece en el *Canto general* (1950) de Neruda:

Grotescos, falsos aristócratas
de nuestra América, mamíferos
recién estucados, jóvenes
estériles, *pollinos sesudos*,
hacendados malignos, héroes
de la borrachera en el Club,
salteadores de banca y bolsa.

Manuel Vázquez Montalbán, en su novela *Galíndez* (1990), lo ensarta en una curiosa conversación metalingüística:

- ¿Me esperabais?
- Pues no, don Voltaire, pero no había *quórum*.
- Querrás decir que no erais los suficientes.
- Usted siempre dice *quórum*, don Voltaire.
- No seas *pollino*, Germinal. *Quórum* es una palabra latina, un genitivo plural de *qui* y significa el número de asistentes necesarios para llegar a un acuerdo.
- Pues a eso iba, don Voltaire, porque una partida de dominó de cuatro tiene el *quórum* cuando son cuatro.

También, como sus sinónimos, está en algunos refranes. *Asna con pollino, no va derecha al molino* (Marqués de Santillana, *Refranes que dizen las viejas tras el fuego*, a. 1454); «*Burra kon pollino, no va derecha al molino*. La aplikazió es: ke la moza kon i otro kualquier kon propio kuidado, se divierte kon él de lo ke va a hazer» (Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627).

3.1.47. *Es un borrico*. [borricón] [borricada] *Borrigo* es sinónimo de *asno* y comparte con él el significado de «persona ruda» (en el *Diccionario de Autoridades* «necio y pesado», con el equivalente latino *STUPIDUS*). Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Asno, animal; persona necia, ruda y de poco entendimiento, que a su ignorancia añade terquedad y obstinación».

La palabra procede del latín *BURRICUS*, «caballejo, pequeño caballo»; y no es, etimológicamente, diminutivo de *burro*, sino que este procede, por regresión, de *borrico*. Aparece por primera vez en el *Fuero de Cáceres* (c. 1234-1275), después que *asno*: «Por *borrico* qui danno fecerit pectet I dinero».

En el XVI, ya se utiliza como insulto: «Apártate allá, *borrico*, que por el siglo de mi padre, bofetón te dé que tengas por bueno soltarme»; «que me digas lo que dixo este *borrico* a Celestina»; «O cómo eres gran *borrico*, y tú no ves que entre villanos que no se curan de vergüença ni de honrra vsan de boluer las espaldas por saluar la vida»; «¿Y de quién se enamoró el *borrico*?» (Gaspar Gómez de Toledo, *Tercera parte de la tragicomedia de Celestina*, 1536).

En el XVIII, está en el teatro popular: «Bruto, bestia, animal, *borrico*! ¡Calla!» (Francisco Bances Candamo, *El imposible mayor en amor le vence Amor*, a. 1704); «Señora. ¿Qué haces, *borrico*?» (Ramón de la Cruz, *Los refrescos a la moda*, 1768). Y en el XIX, está en Galdós: «¿Pues no dice que ve a Dios *el muy borrico*?... Sí, ahí está Dios para que tú le veas» (*Miau*, 1888). Y el insulto llega hasta el teatro de Buero Vallejo: «Vega: No cuando se razona como él lo hace. Además, El Correo le injurió antes: le llamó “bestia”, “*borrico*”, “cloaca”, y afirmó que su “Oda a la Exposición” era malísima» (*La detonación*, 1977).

BORRICÓN es el «hombre que sufre resignadamente». En el *Diccionario de Autoridades*, «ephítheto que se da a los que son de buena pasta, apacibles y suaves de condición» (y lo mismo *borricote*). Las únicas documentaciones que he encontrado son del arqueólogo Hermilio Alcalde del Río (*Escenas cántabras*, 1928), pero parece que es simplemente una variante de *borrico*, como insulto: «—Tú habías de ser ¡*borricón*!»; «—Habías de salir con la tuya ¡*borricón*!». Las únicas documentaciones de la variante *borricote* (sinónimo de *borricón*, en el diccionario académico) están en *Misericordia* (1897) de Galdós («si te cojo, verás... ¡tontaina, *borricote*! ...») y en *La gacznápira* (1984) del escritor y periodista Andrés Berlanga («pero Cristóbal Escolano sigue siendo tan *borricote* como todos los Caguetas»).

BORRICADA es el «conjunto o multitud de borricos», pero también, metafóricamente, «dicho o hecho necio». Está documentada por primera vez en el siglo XIX: «Valiente *borricada* acaba usted de decir, y perdone usted que se lo diga» (Sebastián de Miñano, *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional*, 1820-1823).

En cuanto a los refranes, Hernán Núñez, en sus *Refranes o proverbios en romance* (c. 1549), incluye: *quien de veinte no es hombre ni de treinta rico, jarre, borrico!* y *deme Dios marido rico, siquiera sea borrico*.

3.1.48. *Es un burro*. [burrear(se)] [burreo★] [aburrado] [burro cachero★] [burro cargado de letras★] [burro embarcado★] [burro porfiado★] [burro tusero★] [burro con plata★] [burro con sueño★] [burro de carga] [burro no come bizcochitos★] [el burro hablando de orejas★] Es sinónimo de *asno* y forma regresiva de *borrico*. Y comparte con ellos significado de «persona ruda». También es, en la segunda acepción del diccionario académico, «persona bruta e incivil». En el *Diccionario de americanismos*, es el «individuo que juega con dinero ajeno o por cuenta de otro» (República Dominicana); «peón que acarrea la caña de azúcar en una molienda» (El Salvador); y «persona que trafica con droga en pequeñas cantidades» (República Dominicana y Perú).

Recoge esta palabra Celadrán en su *Inventario general de insultos* (1995): «Son numerosas las palabras castellanas que aluden a este solípedo. Entre ellas destacan las arriba mencionadas, pero no se debe olvidar otras como “asno”, “borrico”, “blas”, “onagro”, “pollino”, “jumento”, los sintagmas con valor de sustantivo “bestia de albarda”, “tres de menor”, “cuatro de menor”, etc.».

Es palabra que procede, por regresión, de *borrico* (del latín BURRICUS). Aparece por primera vez en el *Fuero de Salamanca* (a. 1300): «E den diezmos de ganados assí: de potros .i. soldo, de bezerro .vi. dineros, de *burro* .iii. dineros, de muleto .i. soldo; aconta de .x. soldos el morauedí». La primera documentación en la que ya tiene sentido metafórico es la *Comedia Calamita [Propaladia]* (a. 1520) de Bartolomé Torres Naharro:

Torcazo, inocente
y asno honrado,
de guardar tiene cuidado
una moça muy loçana,
la qual piensa qu'es su hermana
y el *burro* bive engañado.

En los Siglos de Oro, los vizcaínos tenían mala fama; así Mateo Luján de SAVEDRA (Juan Martí), en la *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* (1602), escribe:

Este me hizo deprender muchos cuentos de vizcaínos del libro de las apotegmas para sacalle de quicios. Entraba luego en que bastaba decir vizcaíno para que se tuviese por hidalgo, porque le valía la consecuencia: vizcaíno, luego hidalgo. Yo decía que me más la otra: vizcaíno, luego burro. Encolerizábase y decía que la razón por que *a los vizcaínos los llaman burros* es porque, cuando salen de su tierra, como son gente noble e hidalga, salen sin doblez ni malicia, muy llanos, benignos, simples y pacíficos, que son calidades del pecho noble; y, porque la lengua vizcaína no se puede trocar fácilmente por ser intrincada, y suelen tropezar y hablar cortamente en la castellana, paréceles que no alcanzan más que lo que dicen...

Leandro Fernández de Moratín, en su *Traducción de Hamlet de Shakespeare* (1798), incluye la palabra como insulto: «sepulturero 1.º. Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un *burro* lerdo, que no saldrá de su paso por más que le apaleen». Y en el siglo siguiente también está en Galdós: «ahí tienes a mi padrino, el castizo Cisneros, que me repite a cada instante su famosa prescripción, resultado de un profundo saber sociológico: “Manolo, no seas *burro*. Haz el amor sin reparo alguno a las mujeres de todos tus amigos”» (*La incógnita*, 1888-1889).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *cargado*, *manso* y *torpe* y por los verbos *rebuznar*, *retozar* y *trabajar*.

Genera un derivado verbal (*burrear-se-*), un derivado adjetivo (*aburrado*), un derivado sustantivo (*burreo*), ocho compuestos sintagmáticos (*burro cachero*, *burro cargado de letras*, *burro embarcado*, *burro porfiado*, *burro tusero*, *burro con plata*, *burro con sueño*, *burro de carga*) y dos expresiones (*burro no come bizcochitos* y *el burro hablando de orejas*).

El verbo BURREAR(SE) es «trabajar excesivamente» (Argentina); «trabajar mucho y ganar poco dinero» (El Salvador) y «realizar el coito» (El Salvador y Honduras). El segundo sentido está en La Prensa Gráfica (26/09/2002) de El Salvador: «Luego de “*burrear*”, la jornada llega a su final y los seis miembros de la familia Hernández que curiliaron este día —Jéssica sus papas y tres hermanos— hace la cuenta final: 120 curiles». En la lexicografía española solo aparece en el diccionario de Rodríguez Navas (1918) con el sentido de «hacer tontadas o gansadas, dar bromas», que también está en el *Diario de un emigrante* (1958) de Delibes: «... pero las chicas de Crescencio, que resultaron muy majas metidas en juerga, a pesar de que uno las ve así, en frío, y se le hacen un poco estreñidas, se meaban de risa. Terminamos en el parque burreando a nuestro antojo». No están en los diccionarios el sentido coloquial de «hacer pases fáciles y seguidos jugando al fútbol sin que el equipo contrario pueda hacerse con el balón»: «Coutinho y Pelé en el Santos también burreaban defensas con esos toques mareantes» (publico.es. Ladislao Javier Moñino: «Copenhague 0-Atlético 2. Una pared tira un muro», 2007/12/5). También se usa el correspondiente derivado verbal *burreo*.

El adjetivo ABURRADO es «semejante en algo a un burro»; pero, metafóricamente, «de modales toscos y groseros» (no he encontrado documentación).

BURRO DE CARGA se documenta muy tarde: «él no sería fino ni buen mozo, pero era un *burro de carga*, un lobo para el trabajo y un infeliz» (Emilia Pardo Bazán, *La Tribuna*, 1883). El BURRO CARGADO DE LETRAS★ es la «persona que, a pesar de haber estudiado mucho, no discurre con inteligencia»; es un compuesto poco usado.

Ya sea como «*burro cargado de letras*» y no me refiero a la mochilita esa que lleva a veces, ridículo en un tío con cincuenta y cuatro tacos que además es ministro, sino porque a pesar de su trayectoria «no discurre con inteligencia» y va como «burro sin mecate», comportándose comola «persona bruta e incivil»⁸.

Oswaldo Guillén, jugador venezolano de béisbol, fue objeto de una polémica por unas declaraciones en su tuit con errores lingüísticos y se le llamó BURRO CON PLATA★:

Ante el alud de errores, alguien despachó al atleta calificándolo de burro, intemperancia que, naturalmente, molestó al campocorto de los Medias Blancas de Chicago, quien entonces comenzó a desbarrar en una serie de torpes consideraciones... Al ser señalado de burro por su desaliño lingüístico, Guillén se apresuró a contestar: «prefiero ser *burro con plata* que inteligente pelando lo digo por experiencia besos a todos»⁹.

En el *Diccionario de americanismos*, están BURRO CACHERO que es la «persona que tiene suerte o se lleva la mejor parte de algo» (Chile); BURRO EMBARCADO, «persona que está muy seria o de mal humor» (Venezuela); BURRO PORFIADO es la «persona terca y obstinada» (Chile); BURRO TUSERO es la «persona senil, inútil para realizar labores productivas» y la «persona aparentemente inofensiva y que actúa calladamente» (Venezuela). El BURRO DE CARGA es el «hombre laborioso y de mucho aguante»; en el *Diccionario de americanismos* se recogen BURRO CON PLATA que, en Perú y en Chile, es la «persona con poca inteligencia o cultura, pero con dinero» y el BURRO CON SUEÑO es, en Perú, la «persona lenta física y mentalmente». También las frases BURRO NO COME BIZCOCHITOS «referido a persona, que hace o pretende hacer algo por encima de su categoría» (República Dominicana y Venezuela) y EL BURRO HABLANDO DE OREJAS, «indica que alguien critica los defectos de los demás y no ve los suyos» (en Costa Rica, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua y Panamá).

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

¿Por qué animal poco inteligente? Recuérdese la costumbre, lamentable por otra parte, de colocar *orejas de burro* a los alumnos poco aplicados. Parece que en la mitología griega está el origen de la costumbre: como es bien sabido, el rey Midas pidió a un dios (Sileno) ser tremendamente rico; deseo que fue concedido: así todo lo que tocaba se convertía en oro, lo que le impedía comer o beber. Arrepentido, le volvió a pedir a los dioses (Baco, en este caso) que suspendieran su deseo; eso conllevó el castigo de que le salieran unas orejas de burro. Solo su barbero sabía la penosa circunstancia y mantuvo la prohibición de contarle, pero se las apañó para que el secreto se supiera: cavó un hoyo y allí lo susurró: con el tiempo creció un cañaveral que, cuando hacía viento, divulgaba el secreto a los cuatro vientos: «El rey Midas tiene orejas de burro». Lo cuenta Ovidio en sus *Metamorfosis* (XI, 85-145).

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge los siguientes: «*Kien kasa en la Kuba, tiene muxer i burra; kien kasa en Portel, tiene burra i muxer*. Lugares son en Portugal de muxeres mui trabaxadoras». «*La burra i la muxer, apaleada kiere ser*. La mula... La nogera... La enzina... La bestia i la muxer... Kon todas estas kosas se varía».

3.1.49. *Es un jumento**. *Jumento* es sinónimo de *asno*, de *burro*. Metafóricamente, es la «persona ignorante, necia». En el *Diccionario de Autoridades*, «se llama metaphóricamente el sugeto ignorante, o necio», con los equivalentes latinos *STOLIDUS* y *ASININUS HOMO*. Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), afirma: «y para decir a uno que sabe poco, usamos deste término: “Es como un *jumento*”; y porque cualquiera que peca es ignorante, con razón se llama el *pecador jumento*», con cita del libro de los *Salmos* (48. «Et homo, cum in honore esset, non intellexit, comparatus est *iumentis* insipientibus et similis factus est illis»). Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Burro, asno, bestia de albarda. Por extensión, persona torpe, ignorante y necia».

La palabra procede del latín *IUMENTUS* y se documenta por primera vez a finales del xv, en un documento notarial: «...nuestro sobrino, embiado, que, no obstante qualesquier edictos, pragmáticas, e prohibiciones fechas de no sacar cauallos, yeguas, azémilas e otros *jumentos*, desde nuestro regno, pueda e le sea lícito...» (*Fernando concede al conde de Aiello permiso...*, 1494).

Fray Luis de Granada, en su *Traducción de la Escala Espiritual de S. Juan Clímaco* (1562), aún lo emplea con un sentido neutro: «El monje simple es un *jumento* racional y obediente, el cual lleva su carga perfectamente hasta ponerla en las manos del que le guía». Francisco de Luque Fajardo, en su curiosa obra *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos* (1603), echa mano de las citas bíblicas que justifican el sentido metafórico de *jumento*, *caballo* y *mulo*:

—A fe que me satisface la solución curiosa —dijo Laureano—, porque así como al primero hombre llama *jumento* el Señor (1) Comparatus est *iumentis*. Psal., por se haber desenfrenado y perdido la razón en la desobediencia, cometiendo culpa gravísima, y David aconseja (2) Nolite fieri sicut *equus* et *mulus*. Psal. no sean los hombres como *caballos* o *bestias de camino*.

Está en el teatro popular del xvii: «Badulaque ¡San Telmo! / ¿Qué dices? ¿Estás borracha? / Mohatra Toma esta carta, *jumento*, / y dásela que la lea» (Luis Quiñones de Benavente, *La hechicera*, a. 1645); «¿No sabía el muy *jumento* / que ya no sigues las letras / desde que eres bandolero?» (Agustín Moreto, *Caer para levantar*, 1662). Y también lo incluye Leandro Fernández de Moratín en su *Traducción de Hamlet, de Shakespeare* (1789): «¿Quién hubiera creído que se pondría a cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar *jumento* a su tío?».

Algún refrán recoge la referencia del animal: *Tú bueno, io bueno, ¿kién harreará el xumento?* (Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627).

3.1.50. *Es un quinicho*. Es una palabra del nahua y significa «ratón». En Honduras es, metafóricamente, «burro pequeño», que a su vez significa «falta de inteligencia, de listeza o de rapidez» y «terco». Está poco documentada. En el periódico hondureño *La tribuna*, aparece el siguiente texto:

no sean ignorantes!!!! *atajo de quinichos*, que solo les falta que les pongan la albarda... eso se hizo con el dinero de uds idiotas!!!! dejen de beber cususa [aguardiente] para que se aviven idiotas engomados!!!! (página desaparecida)¹⁰.

3.1.51. *Es un caballo*. [*caballo americano*★] [*caballo blanco*] [*caballo loco*★] [*caballo negro*★] [*caballo percherón*★] El caballo es un «mamífero del orden de los perisodáctilos, solípedo, de... cuello y cola poblados de cerdas largas y abundantes, que se domestica fácilmente y suele utilizarse como montura o animal de tiro». Su nombre científico es *Equus caballus*. Metafóricamente, en el lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*), es «tahúr que juega mucho». En Cuba es la «persona que posee amplios conocimientos o habilidades para hacer algo». En el *Diccionario de americanismos*, se amplía el número de países en los que tiene ese sentido: República Dominicana, Puerto Rico, Honduras y Nicaragua; y también recoge el sentido de «persona torpe, de escaso entendimiento y comportamiento rudo» (Centroamérica y América del Sur); el de «persona que dice cosas incoherentes o descabelladas» (Honduras y Nicaragua); el de «amigo íntimo, compañero inseparable» (Venezuela); y, finalmente, el de —en el fútbol—, «jugador que realiza acciones bruscas contra los jugadores del equipo adversario» (Bolivia). En Cuba (Sánchez-Boudy) es «mujer alta y corpulenta» y «atractiva».

La palabra procede del latín CABALLUS; pero, en el paso a las lenguas romances, mejoró su significado, porque en latín era «caballo de carga», con un sentido negativo frente al neutro EQUUS. Aparece por primera vez en un texto latino del siglo IX, impregnado ya de palabras romances: «septuaginta equas, viginti *caballos*, decem mulos, duos asinos» (*Fundación y dotación de la iglesia de San Martín de Pontacre y Ferrán* [Cartulario de San Millán de la Cogolla], 852).

El caballo era un animal con marcado carácter negativo en la Antigüedad (ahí estaban, por ejemplo, los caballos de la Apocalipsis). En la Edad Media, comienzan a apreciarse: no olvidemos que *caballero* viene de *caballo*. Hay que recordar, en este sentido, la hermosa definición del *Diccionario de Autoridades*: «Animal cuadrúpedo, hermoso, corpulento, velocísimo y generoso, siendo de buena casta. Tiene la uña maciza, la crin, y cola mui pobladas. Hailos de varios colores, como morcillo, castaño, alazán, rucio, tordillo, etc. y por diferentes señales que tiene se conoce su nobleza o sus siniestros».

Un sentido positivo, «compañero», se usaba en Cuba en los años setenta, dentro de la jerga política:

En la Cuba actual se habla jerga burocrática. Los burócratas pretenden ser científicos, pero los burócratas proceden del revoltijo, y como los burócratas proceden del revoltijo, sacan, de nuestros más confusos fondos, sus frases y sus palabras. Los burócratas usan la palabra *amarre*, para significar la gestión que debe llevarse a cabo, cuando se quiere resolver un asunto, pero a la palabra *amarre* le suena lo ñáñigo; así como la palabra *caballo*, palabra que designa al líder máximo, y que también usan los compañeros cuando se llaman entre sí, procede de la zona bruja de la vida cubana [ñáñigo, «perteneciente

o relativo a la sociedad Abakuá, de origen africano, formada solo por hombres»]. (Lorenzo García Vega, *Los años de Orígenes*, 1978)

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *brioso*, *desbocado* y *fuerte* y con los verbos *bufar*, *comer*, *resoplar*, *sudar* y *trabajar*.

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

El CABALLO AMERICANO★ es, según el *Diccionario de americanismos*, la «persona corpulenta» en Cuba. El CABALLO BLANCO es la «persona que aporta el dinero para una empresa de resultado dudoso». Forma parte del argot teatral. En el *Diccionario Akal de teatro* de Manuel Gómez García (Akal, Madrid, 1997), se amplía la definición del diccionario académico: «Persona o institución que aporta el dinero para respaldar un montaje o iniciativa teatral de resultado dudoso, por la originalidad de la propuesta o por la falta de nombradía y notoriedad del autor, actor o director que la presenta. / Individuo que, sin entender nada de teatro (o del negocio teatral), se inicia como empresario en este ámbito». Está en *El landó de seis caballos* (1950) de Víctor Ruiz Iriarte:

Margarita.—... Y aquí me tienen ustedes, en Ávila... Pero yo no quiero engañar a nadie. Yo no he acudido a esta invitación misteriosa por romanticismo. Si estoy aquí es porque me parece que el *duque puede ser un buen caballo blanco*...

Isabel.—(Suspensa.) ¿Un caballo blanco?

Margarita.—¡Sí! Ya me entienden. Este duque debe ser uno de tantos viejos caprichosos. Lo que se dice un *buen caballo blanco*...

El CABALLO LOCO★ es, según el *Diccionario de americanismos*, la «persona impulsiva que se comporta de forma irreflexiva» (Nicaragua, República Dominicana, Colombia y Perú); también el «ladrón callejero que tras cometer el robo corre velozmente» (Paraguay).

El CABALLO NEGRO★ es, también según el *Diccionario de americanismos*, el «candidato o participante que en un rivalidad o competencia, generalmente política o deportiva, logra imponerse, o da la impresión de poder hacerlo, sin figurar previamente entre los favoritos».

El CABALLO PERCHERÓN★ es el caballo «perteneciente a una raza francesa que por su fuerza y corpulencia es muy a propósito para arrastrar grandes pesos». Procede del francés *percheron*, deonomástico de Perche, antigua provincia francesa. Metafóricamente, se aplica a la mujer, normalmente, a la que es muy alta y desgarbada (no está recogido en el diccionario académico).

La primera documentación, en sentido recto, es del siglo XIX: «Las carretas de transportar tierra y cal eran más bastas y las movía un forzado *percherón*, cuyos jaeces adornaban flecos de lana roja» (Emilia Pardo Bazán, *Un viaje de novios*, 1881). Tiene una documentación escasa. Aplicado al hombre está en la novela de Manuel

Vázquez Montalbán *La soledad del mánager* (1977): «Algo se había movido en el otro coche aparcado. Un hombre bajaba de él y se les aproximaba. El hombrecillo no se inmutaba. Se acercaba un hombre *percherón* y cuando estuvo junto al coche se inclinó para mirar hacia dentro»; también se aplica a la mujer: «Carlos, que vestía una camisa de pequeños cuadros blancos y negros, estaba acompañado de una rubia extraordinariamente grande, aunque hermosa, *tamaño percherón*, según la calificó él mismo aprovechando su ausencia, cuando ella se levantó para ir al lavabo» (Carlos Casares, *El sol del verano*, 2003).

Es un animal con bastante presencia en el refranero. Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) recoge, entre otros: *muxer, vino i kavallo, merkaduría de engaño; más kiero asno ke me lleve ke kavallo ke me derrueke; a kavallo muerto, la zevada al rrabo; a kavallero nuevo, kavallo viexo*.

3.1.52. *Es un bucéfalo*. Un sentido exclusivamente negativo tiene su hipónimo *bucéfalo*, caballo emblemático de nuestra cultura. Como se sabe, era el nombre del caballo de Alejandro Magno «que nadie, salvo él, podía montar». Metafóricamente, es «hombre rudo, estúpido, incapaz». Era en griego Βουκέφαλος («cabeza de buey») y la primera documentación es del siglo xvi: «que el *bucéfalo* o caualllo allado conuiniente diuisa a príncipe que tan velocemente señoreó la mayor parte del orbe» (Martín de Gurrea y Aragón, *Discursos de medallas y antigüedades*, a. 1582). Mucho más tarde, lo encontramos en la obra *El espadachín: narración histórica del motín de Madrid* (1766) de Antonio Barreras (el famoso motón de Esquilache), con un sentido irónico:

Al cruzar el terraplén del Puente de Segovia los dos ginetes, llegó a sus oídos un eco de galope de caballos.

—Ahí están —dijo Lozano, exhalando un suspiro de satisfacción.

—Sí, pero galopan, y nosotros trotamos —murmuró Ayala.

—También galoparemos si la necesidad es apremiante.

—Mucho esperas de tu *bucéfalo*.

—Reconozco que es menos malo de lo que había temido.

Metafóricamente, se documenta mucho más tarde, en una novela del argentino Vicente Fidel López, con una referencia a la manera en la que los protestantes apodaban al rey de España, Felipe II (también la «bestia del Anticristo» o el «caballo del Papa»): «—¡Linda jornada, Henderson! —le dijo el célebre Drake a nuestro joven así que le vio aparecer—: ya veis cómo yo no os engañaba cuando os decía que esta vida de aventuras contra el *bucéfalo del antecristo* era de lo más ameno y lucrativo que un buen cristiano podía emprender. ¿Estáis satisfecho? ...» (*La novia del hereje o la Inquisición de Lima*, 1854).

En un foro de Internet, podemos leer (con un poco de buena voluntad): «esk cehspirito es un imbecillnoc komo tkae bn... loc no debo expresarme asi d los

profesores... pero no lo trago... eres un *bucéfalo*... ciao» (Kasitaz_zootsuit, 13/03/2007)¹¹.

3.1.53. *Es un garañón*. El garañón es, en sentido recto, «asno, caballo o camello semental». Metafóricamente, es «hombre sexualmente muy potente». Ya Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), señalaba con singular estilo este uso: «Al hombre desenfrenado en el acto venéreo, especialmente si trata con muchas mujeres, suelen llamar *garañón*, aludiendo al uso que hay destas bestias».

La palabra procede del germánico **wranjo*, «semental». La primera documentación está en *el Libro de buen amor* (1330-1343) de Juan Ruiz, en el «Enxiemplo del asno e del blanchete»: «Salió bien rebuznando de la su establia, como *garañón* loco el nesçio tal venía, retoçando e faziendo mucha de caçorría», referido al asno que intentaba emular al perrillo blanchete ante su señora y recibió una buena paliza. El sentido metafórico es muy tardío. Se documenta por primera vez en el siglo XIX, en *Las catilinarias* (1880-1882) del ensayista y novelista ecuatoriano Juan Montalvo, de pensamiento liberal, que critica a Ignacio de Veintemilla, general que ocupaba el poder en Ecuador desde 1876; «el ilustrado Ignacio Veintemilla»; a la puerta del museo, desprecia las obras maestras que contiene: «Las tres gracias, desnudas, le están saludando al extranjero con sonrisa de amor y vergüenza: si hubiera sabido ese *garañón* que allí a cuatro pasos, subiendo una escalera de mármol, estaban tres cuerpos de mujer, todo visible, de seguro que hubiera ido a comérselos con el furor de su concupiscencia...».

La imagen del animal se describe perfectamente en *Contrabando* (1938), novela del cubano Enrique Serpa: «Y como si tuviese fe en que la pobreza le garantizaba un vigor sexual que, de ser rico, habría de extinguirse, mostró un rostro radiante y excitado, como un *garañón* en primavera». También está en *La saga / fuga de J. B.* (1972) de Torrente Ballester: «¡Los pendientes de esmeraldas, los que le había dado aquel príncipe consorte, severo *garañón* de cierta Reina alcohólica, por sólo besarla!»; y en *El muerto resucitado* (1984) del escritor extremeño Víctor Chamorro: «Extremadura... En tierra de extremos todo es extremado... Es práctica al uso que las mujeres más lozanas sean carne para los *garañones* locales, ojeadores de púberes. Es normal la bigamia y el serrallo...». También está como insulto en una larga lista de palabras malsonantes, incluida en la novela *Letanías de lluvia* (1993) del asturiano Fulgencio Argüelles: «Julita Odalisca sabía cómo insultar de setenta y cinco maneras diferentes (bambarria, zarramplín, ganso..., verraco, alarico, *garañón* y cincuenta y nueve más)».

3.1.54. *Es un potro** / *es una potra**. [*potrilla**] [*potranca**] El potro es el «caballo desde que nace hasta que muda los dientes de leche, que, generalmente, es a los cuatro años y medio de edad». Según el *Diccionario de americanismos*, es la

«persona digna de admiración por sus cualidades, especialmente por su físico» (Paraguay, Argentina y Uruguay) y la «persona obsesionada por las relaciones sexuales» (Bolivia). *Potra* es, en Uruguay, «mujer joven, muy atractiva».

De origen incierto, la palabra está documentada por primera vez en el teatro del siglo XVI: «Felisino —Y calla, que ni gustas ni nos dexas oír. ¿Que con tal *potranca* no te parece que qualquier *potro* avivaría?» (Juan Rodríguez Florián, *Comedia llamada Florinea*, 1554). Mucho más tarde, está en Galdós, el gran novelista de las metáforas animales, como «persona inquieta» (sentido no recogido en los diccionarios, como hemos visto): «Cansado de mudar posturas, Víctor se incorporó en su lecho, que parecía un *potro*, y su desasosiego paró en desvarío mental» (*Miau*, 1888). En *La colmena* (1951-1969), Cela la utiliza para caracterizar a un personaje como «persona muy activa» (con *ternero* como sinónimo): «Cuando vino la guerra y le llamaron a quintas, el guardia Julio García Morrazo era ya un hombre lleno de vida, como un ternero, con ganas de saltar y de brincar como un *potro* salvaje...».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *arrogante*, *fuerte*, *indómito* e *inquieto* y con los verbos *brincar*, *correr*, *relinchar*, *resoplar* y *saltar*.

El diminutivo POTRILLA★ era, metafóricamente, el «viejo que ostenta lozanía y mocedad» (entrada desaparecida en la actual edición del diccionario académico). Y POTRANCA★ es una «muchacha bonita y elegante» en Puerto Rico, Uruguay, Guatemala, Honduras, Nicaragua y en República Dominicana (con matiz despectivo), según el *Diccionario de americanismos*. Ya tenemos una explicación explícita de la metáfora en la *Elocuencia española en arte* (1604-1621) de Bartolomé Jiménez Patón: «Mejor es en tales casos volverse a la propiedad que dejar de continuar la metáfora, como el mismo Horacio lo hizo muy bien en otra en que a una mozuela de poca edad llama *potranca* sin domar, y luego habla con ella en su propiedad». La imagen, con contenido sexual, la volvemos a encontrar mucho más tarde, en *Pedro Páramo* (1955-1980) de Juan Rulfo: «La Cuca, que todavía ayer se acostaba con él, bien viva, retozando como una *potranca*, y que lo mordía y le raspaba la nariz con su nariz».

En el refranero, tiene cierta presencia. Hernán Núñez, en sus *Refranes o proverbios en romance* (c. 1549), recoge, entre otros: *ni cavalgues en potro ni tu muger alabes a otro* y *ni domes potro ni tomes consejo de loco*. Y el maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), incluye *doi al diablo el potro ke en viendo la iegua no rrelincha* (cuyo contenido recoge, con variaciones, la famosa copla andaluza «Caballo que a los tres años / ve una yegua y no relincha...»). En el *Diccionario de refranes* de Espasa, aparece *ahora que tengo potro, pongo la vista en otro*, con la siguiente explicación: «Se dice figuradamente en alusión a los que, una vez casados, ponen sus ojos en la mujer ajena».

3.1.55. *Es un rocín*. El *rocín* es «caballo de mala traza, basto y de poca alzada». Metafóricamente, es un «hombre tosco, ignorante y mal educado». En el *Diccionario de Autoridades*, «hombre necio y pesado» (con el equivalente latino *STOLIDUS*) y con cita del *Estebanillo González*, que añado más abajo. Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Hombre tosco, ignorante y mal educado, que no ha asimilado bien lo que le han pretendido enseñar».

La palabra, de origen incierto (quizás de un germánico **rôttja* «carroña», derivado de *rôtjan* «pudrirse»), se documenta ya desde los primeros textos; está en los *Fueros de Medinaceli* (c. 1129): «Qui cavalo echare a su iegua de siela, si non iel diere su dueño et sil forzare, peche dos moravidís, et si fuere *rocín* peche v sueldos». La primera documentación en sentido metafórico está en la anónima *Vida y hechos de Estebanillo González* (1646), en la presentación del protagonista de esta obra picaresca, donde juega con términos antitéticos sobre su origen:

... me llamo Estebanillo González; tan hijo de mis obras que si por la cuerda se saca el ovillo, por ellas sacarás mi noble descendencia. Mi patria es común de dos, pues mi padre, que esté en gloria, me decía que era español trasplantado en italiano y gallego enjerto en romano, nacido en la villa de Salvatierra y bautizado en la ciudad de Roma: la una cabeza del mundo, y la otra rabo de Castilla, servidumbre de Asturias y albañar de Portugal; por lo cual me he juzgado por centauro a lo pícaro, medio hombre y *medio rocín*: la parte de hombre por lo que tengo de Roma, y la parte de *rocín* por lo que me tocó de Galicia.

En los *Diálogos satíricos* (1816-1817) del erudito salmantino Francisco Sánchez Barbero (amigo de Meléndez Valdés y los poetas de la Segunda Escuela Poética de Salamanca), se hace un juego de palabras con el *rocín* quijotesco: «Señor botaratísimo. Corriste / Por acá, por allá, desatinado, / *Rocinante* no más de aquí saliendo, / Y *rocín fatiúísimo* volviste, / De nada atestado, / De ti, de todos, el escarnio siendo». Como recuerda Carlos Fuentes (*En esto creo*, 2002), «*Rocinante* fue “*rocín* antes”».

Hay bastantes refranes en torno a este caballo maltrecho. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge entre otros: «*mi ermano tiene un rrozín*, Dízese a propósito ke lo axeno poko nos sirve i no avemos de tener hoto en ello, sino en tener lo propio»; «*topó Martín kon su rrozín. Topó Machín kon su rrozín*. Esto es: halló su igual, “horma de su zapato”. “*Machín*” es “*Martinillo*” en Vizkaia»; *topado a Sancho kon su asno; [o] rrozín; pues ara el rrozín, ensillemos el buei; kien tiene rrozín i barragana, tiene rruín noche i peor mañana; buena mano, de rrozín haze kavallo i la rruín, de kavallo haze rrozín; ¡ir de rrozín a rruín*. Del ke va a menos»; *ata korto i piensa largo, i harás de rrozín kavallo*. El filólogo argentino Avelino Herrero Mayor, en su *Diálogo argentino de la lengua* (1954-1967), reproduce el refrán: «el caballo de regalo descende a *rocín*, si se enamora».

3.1.56. *Es una yegua*

He oído que las yeguas son los únicos animales que toleran
 incluso preñadas la cópula con los machos.
 La explicación que dan de ello es que son lujuriosísimas.
 También he oído que precisamente por eso las mujeres desenfrenadas sexualmente
 son también llamadas yeguas
 por quienes las censuran de manera harto seria.
(Historia de los animales, Claudio Eliano)

La yegua es la «hembra del caballo» y, metafóricamente, «mujer grosera» (Uruguay); también «hombre homosexual» (Cuba) y «persona estúpida, tonta» (América Central y Puerto Rico). Según el *Diccionario de americanismos*, es «prostituta» (México); «mujer de conducta sexual ligera o considerada como amoral» (Chile y Paraguay); y «mujer hermosa, sexualmente atractiva» (Nicaragua, Argentina y Uruguay). En el *Diccionario de argot* de Espasa, es una «mujer atractiva» y explica: «La mujer es comparada con un animal, lo cual supone una degradación, a pesar del tono apreciativo y del significado positivo, de belleza, del término. Además, enlaza con la comparación del acto sexual con la monta del caballo. Otro término similar es *jaca*». Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995), recoge la palabra como «terco» y como «ramera». Es, por tanto, una palabra con mucha polisemia metafórica, con sentidos positivos y negativos.

La palabra procede del latín *EQUA*. La primera documentación está en el *Fuero de Soria* (c. 1196): «Sj alguno fiziere abortar *yegua* o otra bestia o vacca o otro ganado peche otra tal con su fijo a aquel cuya fuere». En el siglo xvii, ya Cervantes la utiliza como «ramera» en su comedia *El rufián dichoso* (1615), poniendo en boca de un fraile estos versos: «Rufián corriente y moliente / y tuviera en la dehesa / dos *yeguas* y aun quizá tres, / diestras en el arte auies...».

Con el sentido de «mujer maleducada», está en *La asesina de Lady Di* (2001) del argentino Alejandro López: «Yo trataba de tapar la mancha con la carpeta, maldiciendo. “Qué tenía que hacer esta *yegua* en el baño de varones cuando debería estar corrigiendo pruebas de biología. Solterona dejada, metenariz en el baño”...». Como «mujer atractiva», está —mucho más recientemente— en la tan leída *La sombra del viento* (2003) de Carlos Ruiz Zafón: «En estas tertulias circulaban rumores sin confirmar que sugerían que la hembra africana, por inspiración directa de los infiernos, fornicaba aupada al varón, es decir, cabalgándolo *cual yegua en celo*, lo cual violaba por lo menos cinco o seis pecados mortales de necesidad».

Tiene cierta presencia en el refranero. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), incluye entre otros: «*Al kavalllo as de mirar, ke a la iegua no as de katar*. Por esto kasan hidalgos kon no hidalgas»; «*De iegua poderosa,*

nunka buena kría. Lo mismo se entiende de las muxeres gordas i rregalonas, ke no paren hixos medrados; *el ke menosprezia la iegua, ese la merka*».

3.1.57. *Es una jaca*★. *Jaca* es sinónimo de *yegua*. Metafóricamente, es, según el *Diccionario de argot* de Espasa, «mujer atractiva». Y añade: «Ser una jaca —o yegua— o una buena jaca significa figuradamente ser una mujer gallarda, atractiva y hermosa. De este modo, la mujer es contemplada y reducida a términos animales, y en especial se la identifica con un equino preparado para ser montado, en sintonía con la metáfora que relaciona el acto sexual con el hecho de cabalgar».

Es palabra que deriva del nombre del pueblo de Hackney, al norte de Londres, donde había buenos pastizales y el principal mercado de caballos de la zona: *hakeney* en inglés medio, que pasa a *hack* en el inglés moderno, por abreviación, y de ahí al francés antiguo *haque*, de donde ha pasado al antiguo español *haca*. La primera documentación está en un texto histórico del xv: «E así como ovieron preso a este mercador e a su muger e a su fija demandáronle si venía más compañía con él, e él les dixo que un moço avía de venir tras él con una *haca* amblante [“que anda moviendo a un tiempo el pie y la mano de un mismo lado”] que traía cierta moneda» (Pedro de Corral, *Crónica del rey don Rodrigo, postrimero rey de los godos* —*Crónica sarracina*—, c. 1430). Mucho después, la encontramos en *Los buenos días perdidos* (1972) de Antonio Gala:

Hortensia No me llames de usted, leche. ¿No ha de salir? Allí tengo vara alta. Don Fulgencio es director general. A Cleofás no pudo colocarle, porque escribía jaculatorias en los estadios, pero tú eres distinto. ¡Ay, barragana tuya hasta la muerte! Qué enfiteusis, Señor. Qué maravilla, dejar este claustro y volver a poner piso como está mandado...

Lorenzo Ay, qué *jaca* está usted hecha, doña Hortensia.

El lingüista Gregorio Salvador Caja, en su novela *El eje del compás* (2002), describe la valoración de la metáfora por parte del protagonista:

Se había parado tan cerca de él, en la angostura de la escalera, tan próximo su cuerpo, su mirada tan franca, que lo había turbado al provocarle un ramalazo de deseo. Nunca lo había atraído, aunque no tuviera nada que objetar a expresiones como «una tía buena» o «una buena jaca» con que había oído, a algunos colegas, referirse a ella; a él las mujeres sólo empezaban a interesarle desde el diálogo, desde el conocimiento personal, desde la amistad, y a Catalina le tenía efectivamente antipatía desde que la había oído perorar, diez o doce años atrás, en una junta de facultad, repitiendo tópicos y consignas como representante estudiantil que era.

Finalmente, Ignacio Vidal-Folch (novelista y periodista barcelonés) retoma la imagen:

Ese personaje tuyo, si no recuerdo mal, es un amargao pero se liga a unas *jacas* imponentes, ¿no? Las vuelve a todas locas y él se deja querer un rato pero pasa de ellas, porque es un amargao. Bueno, pues a alguien estilo Harrison Ford esas *jacas* lo dejarían en los huesos en diez minutos. En cambio Val Kilmer se las merienda de dos en dos. (*Turistas del ideal*, 2005)

3.1.58. *Es un mulo / es una mula* [*amularse*] [*hacer la mula*] [*ser mulo de carga*] [*ser terco como una mula*★] [*hacer la mula*] El mulo es el «hijo de caballo y burra o de asno y yegua, casi siempre estéril». Metafóricamente, es «persona fuerte y vigorosa»; también, «contrabandista de drogas en pequeñas cantidades» (en Argentina, Ecuador, Guatemala y Honduras). Según el *Diccionario de americanismos*, en México es «persona, desconsiderada, egoísta»; en Bolivia y Perú, «mujer que convive con un sacerdote»; en Honduras y Nicaragua es «persona muy grande»; y en Bolivia, «persona borracha» y «mujer estéril». Como en casos anteriores (*yegua*), es una palabra con mucha polisemia metafórica, con sentidos positivos y negativos.

La palabra procede del latín MULA y la primera documentación está en el *Poema de Mio Cid* (c. 1140): «¿quién vio por Castiella tanta *mula* preciada / e tanto palafre que bien anda». El sentido metafórico aparece a principios del xvii; en la *Segunda parte del Lazarillo de Tormes* (1620) del protestante toledano Juan de Luna, podemos leer esta breve reflexión sobre la fortuna del ser humano (el sentido —no recogido por los diccionarios— es de persona «de poco entendimiento»):

«Más vale fortuna que caballo ni *mula*». «Al hombre desdichado la puerca le pare perros». Muchas veces vemos muchos hombres levantarse del polvo de la tierra y, sin saber cómo, se hallan ricos, honrados, temidos, y estimados. Si preguntáis: «¿este hombre es *sabio*?», deciros han que *como una mula*; si «¿es discreto?», como un *jumento*; si «¿tiene algunas buenas perfecciones?», como la hija de Juan Pito. Pues, «¿de dónde le ha venido tanto bien?». Responderos han: «de la fortuna». Otros, por el contrario, que son discretos, sabios, prudentes, llenos de mil perfecciones, capaces para gobernar un reino, se ven abatidos, desechados, pobres y hechos estropajo del mundo...

En Galdós, aparece con dos sentidos figurados no recogidos en los diccionarios: «persona poco inteligente»: «—Les llamaban tribunos de la plebe, y había cuatro órdenes de ellos, a saber: el toscano, el jónico, el dórico y el corintio. —Has empezado como un sabio y concluyes *como una mula*. ¿Qué berenjenal es ese que haces mezclando a los diputados de Roma con los órdenes de arquitectura?» (*El grande Oriente*, 1876); «persona trabajadora»: «Estas criaturas son de mi hija, la Facunda, que enviudó por San Roque, y en las minas *trabaja como una mula*» (*El abuelo*, 1897).

Con el sentido de «persona poco inteligente», está en *Susana y los cazadores de moscas* (1938) de Baroja: «Este burgués parisiense, ¡qué bruto es! Se cree ingenioso, y es *una mula*. Se cree práctico, y es, sencillamente, estúpido». Como «muy traba-

jador», está en *Tres tristes tigres* (1964-1967) del cubano Cabrera Infante: «... nos dijo además que ella no iba a pasarse cuatro o cinco años de su vida matándose trabajando por el día y luego teniendo que estudiar por la noche sin salir ni ir a ningún lado y sin divertirse, para que luego tener que *trabajar como una mula* en una oficina y ganar como una pulga, eso fue lo que dijo».

Con el sentido de «contrabandista de droga», está en el siguiente texto periodístico cubano: «La situación geográfica de estos países significa, además, una ventaja al negocio de la droga. Muchas mujeres en el Caribe son utilizadas como “mulas”, denominación que responde al papel de mediadoras o cargadoras de cantidades considerables de estupefacientes» (Granma Internacional, «El reto de hacer justicia», (15), 04/1997).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *falso*, *testarudo* y *tozudo*.

Genera un derivado verbal (*amularse*), una locución verbal (*ser un mulo de carga* y *hacer la mula*) y una locución adjetiva (*terco como una mula*^{*}). El verbo AMULARSE significa, dicho de una persona o de una cosa, «ser o hacerse reacia o inservible»; y «enfadarse, enojarse» en Canarias y Salamanca. El primer significado aparece por primera vez en el *Libro de actoridades —Rams de flors—* (1376-1396) de Juan Fernández de Heredia: «Porque si no'nde toma vna (mugier), haura a beuir solitario et no auría fillos, antes morría et fincaría *amulado* et exorque et no creçería su linaje». El segundo significado lo tenemos en la obra del canario Francisco Guerra Navarro, *Los cuentos famosos de Pepe Monagas* (1941-a. 1961): «—Mi compadre Pepe Monagas se peleó una vez con Soledad, su mujer, por mor de no sé qué cuentajos, que mejor es no sacar en papeles, no sea que vaya y se enrede la pita... Lo cierto es que estuvieron *amulados* su mes largo».

SER UN MULO DE CARGA es «ser el encargado de los trabajos pesados». La locución adjetiva TERCO COMO UNA MULA («ser muy terco») no recoge esta palabra el diccionario académico. Y está, por primera vez, en Galdós: «—Domiciana Paredes, monja exclaustrada y mujer influyente en su momento— *Terca como una mula*, sagaz como raposa y escurridiza como serpiente, llevaba por buen camino sus propósitos, ayudada de sus malas pasiones y de su talento de organización» (*España trágica*, 1908). En *Cinco horas con Mario* (1966) de Delibes, Carmen identifica al pobre Mario con el animal, como «terco»: «Pero tú erre que erre, con la de siempre, que eres *más terco que una mula manchega*, hijo, y con mayúscula, por si acaso, como en tus libros, que no viene a cuento poner mayúsculas, vosotros que presumís de saber, cuando no son nombres propios ni hay punto ni nada, que eso lo sabe un tonto. Era tan virgen como tú; pero no me lo agradezcas, fue ante todo por timidez». Vargas Llosa utiliza también la imagen con el valor de «persona terca»: «además no lo vamos a convencer a éste. Eres *terco como una mula*, Chiquito. —Y un pelotudo —dijo el Pesao—...» (*La casa verde*, 1966); «...dice que me quiero librar de ella. Es *terca como una mula*. Se irá derecho al

cielo, flaco» (*Conversación en la catedral*, 1969) y «persona trabajadora»: «...para sacarle la plata que ella ganaba *trabajando como una mula...*» (*Conversación en la catedral*, 1969).

HACER LA MULA es «hacerse el remolón».

En el refranero se compara, dentro de la más pura corriente misógina, a la mujer con la mula. En *San Diego de Alcalá* (c. 1613) de Lope asistimos al siguiente diálogo:

Caminante 1.º Ea, volved a subir,
Que de aquí a Córdoba hay poco.
Caminante 2.º ¡Aunque yo estuviera loco!
Porque oí siempre decir:
«De falsa mula y mujer,
Ni fiar ni confiar».
A pie quiero caminar.

También están estas barbaridades misóginas en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del maestro Correas: *la mula i la muxer, a palos se an de venger; la mula i la muxer, por halago hazen el menester*.

3.1.59. *Es una acémila*. La acémila es la «mula o macho de carga». Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), defiende —como en otros muchos casos equivocadamente— un origen hebreo y señala el sentido figurado, «asno, persona ruda», con frecuencia usada como insulto: «Al hombre disforme de cuerpo y de poco saber decimos *ser una acémila*; y se verifica en el axioma: “Valentissimus quisque corporis longe abest a sapientia”. *Acemilón*, hombrazo tonto».

La palabra procede del árabe y la primera documentación está en la *Vida de San Millán de la Cogolla* (c. 1230) de Gonzalo de Berceo: «ovieron con cobdicia los torpes a cegar, / fueron en ora mala l'*acémila* furtar». Su uso metafórico lo tenemos documentado mucho más tarde; en el teatro popular del XIX, aparece ya como insulto:

Las torpezas que yo vi,
aunque a la verdad son muchas,
para un novio lugareño
eran peccata minuta
mas lo que usted me ha contado
me horroriza, me espeluzna. Elisa
Con todo, puede que el tiempo... Remigio
No hay que cansarse. Es muy dura
aquella testa. ¡*Qué acémila!*
Por milagro no rebuzna.
(Manuel Bretón de los Herreros, *El pelo de la dehesa*, 1840)

Galdós tampoco falta, en este caso, a la cita de las metáforas animalizadoras: «Ya me figuraba yo que *esa acémila del padre Corchón* (¡acémila!, ¡ha visto usted mayor irreverencia!) —repitió el clérigo interrumpiendo la lectura— es la causa de todas nuestras penas» (*El audaz*, 1871). Y también está en el teatro de Carlos Arniches: «Si paece mentira que sea mi hermano... ¡Si es una *acémila*! ¡Mia que decir que le da vergüenza que, cuando tóos los hombres del mundo andan a tiros, en España no disparen más que las mujeres!» (*Los tiros [Del Madrid castizo. Sainetes]*, 1917). En la obra de teatro *Céfiro agreste de olímpicos embates —Come y calla, que es cultura—* (1981) del ilicitano Alberto Miralles, asistimos a un curioso diálogo sobre los insultos:

Juanjo.—No te reprimas: zancajo, *acémila*.
 Rodri.—Parásito, baranda.
 Pubi.—Morcillón... ese lo dicen en mi pueblo.
 Jase.—Pues te ha quedado...
 Antonio.—Desbravados.
 Rodri.—Enano.
 Juanjo.—Pero si mide 1,90
 Rodri.—Enano «mental».
 Juanjo.—O sea, «tontoelculo».
 Rodri.—No es lo mismo.
 Juanjo.—Pues mejor, más variedad. Venga ánimo. ¡Nabo helado!
 Maite.—Ese está muy bien: es ecológico.

Fernando Arrabal, en *La torre herida por el rayo* (1982), utiliza la imagen en un contexto sorprendente: «R.S. —Marc Amarty dijo que, como lo sospechaba, pronto se había percatado de que la mayoría de los Premios Nobel de Física y Matemáticas eran unas perfectas *acémilas*».

Recoge esta palabra Celdrán en su *Inventario general de insultos* (1995): «Animal; se dice por extensión del mulo de carga, en particular el macho; asno, sujeto rudo, primitivo y tosco. En tono jocoso, se predica de quien es tan fuerte como bruto, capaz de cargar con lo que fuere; especie de bestia de albarda. En los Siglos de Oro se decía del hombre disforme de cuerpo, y de muy escaso entendimiento».

3.1.60. *Es un elefante*★ (los proboscidios). [*elefante blanco*] [*memoria de elefante*] [*como un elefante en una cacharrería*★]

L'éléphant se laisse caresser. Le pou, non.
 Je ne vous conseille pas de tenter cet essai périlleux.
 (El elefante se deja acariciar; la pulga, no.
 No le aconsejo que intente este ensayo peligroso).
 (Les Chants de Maldoror, Conde De Lautréamont)

Los proboscidios son «mamíferos que tienen trompa prensil...». Etimológicamente, el grupo parte del griego *προβος*, «trompa»; en latín *PROBOSCIS*. El diccionario académico cita en su definición como referente del grupo al *elefante*. El otro proboscidio del diccionario es un fósil: el *dinoterio* (del griego *δεινός*, «terrible», y *θηρίον*, «bestia»). El *mastodonte* se define como «mamífero fósil, parecido al elefante».

Elefante y *mastodonte* comparten el significado metafórico de «persona grande» desde el siglo XIX: el primero es un cultismo del XIII; el segundo una formación científica del XX. El primero ha generado dos compuestos sintagmáticos (*elefante blanco* y *memoria de elefante*) y la locución adverbial *como un elefante en una cacharrería*★.

El elefante es un «mamífero del orden de los Proboscidios, el mayor de los animales terrestres... con... la nariz y el labio superior unidos y muy prolongados en forma de trompa prensil... que vive en Asia y África». Su nombre científico es *Elephas maximus* (el elefante indio) y *Loxodonta africana* (el elefante africano). Aunque no está en el diccionario académico, es —metafóricamente— la «persona muy grande».

La palabra procede del latín *ELEPHAS*, y esta del gr. *ἐλέφας*. La primera documentación está en el anónimo *Libro de Alexandre* (1240-1250): «Pero de una bestia vos quiero fer emiente, / *mayor que elefante* e mucho más valiente...». Su uso metafórico es mucho más tardío: aparece, como era de esperar, en Galdós: «Era Villela, además *de corpulento como un elefante*, hombre muy vividor...» (*La segunda casaca*, 1876); «Pues señor... iba yo por la calle de Carretas arriba, y al llegar a la esquina de Majaderitos veo que viene hacia mí un *elefante* con los brazos abiertos. Era para causar espanto a cualquiera la acometida de aquel monstruo con sotana y manteo...» (*Los Apostólicos*, 1879). Mucho después, la tenemos en *El miedo escénico y otras hierbas* (2002) del popular exjugador de fútbol Jorge Valdano: «Zinedine Zidane es un *elefante* (está por encima de los 80 kilos) con el cerebro de una bailarina» (en el mejor sentido de la segunda metáfora: que elaboraba jugadas hermosas).

El diccionario académico recoge la frase hecha *SER UN ELEFANTE BLANCO*, «ser costoso de mantener y no producir utilidad alguna». Luis Barahona de Soto, poeta y humanista andaluz, en sus *Diálogos de la montería* (c. 1580-1600), cuenta la sorprendente leyenda del elefante blanco:

Lllaman los indios a este animal Cabi y no se saue que lo aya en otra parte del mundo sino en el Reyno de Sian, y aun allí deue de ser muy raro, como lo es un *elefante blanco* que el Rey de aquella prouinçia tiene, el qual es único en el mundo como el Aue Phenis... (si es justo que creamos que la naturaleza crío vna sola aue de vna espeçie y que para conseruaçión della quiso que renasçiesse de su çeniça), y estima tanto aquel

Rey tener este exquisito animal que solamente se intitula Señor del Elefante Blanco, y diçen que quando se muere lo sepultan con grandes çerimonias como si fuese cossa sagrada y con tanta tristeza como quando se pierde vn señor justo y piadosso, y que después van los saçerdotes a çierta montaña, donde, auiendo imbocado sus diosses y hecho sus rogatiuas y ofrendas, sale de la montaña otro semejante al muerto. Autores son los mismos que tengo alegado, y esta manera de hallarlo la quenta vna de las cartas de los Padres de la Compañía que trata deste reyno.

La primera documentación metafórica (pero referida a un edificio) está en *La región más transparente* (1958) de Carlos Fuentes: «¿por qué se hundió Río Janeiro? Pues porque cerraron el Casino de Urca y Quitandinha se convirtió en un *elefante blanco*. Y lo mismo le va a pasar a Acapulco si no izan casas de juego. Esos garitos flotantes apenas rinden...». Se aplica sobre todo a hospitales, centros sociales, etc. En el periódico salvadoreño *La Prensa Gráfica* (12/06/2001), se explica el valor de la expresión ampliado a cosas, no solo a personas: «Actualmente, la frase “*elefante blanco*” se aplica a cualquier entidad que, por sus dimensiones y su lujo, confiere prestigio, pero que consume vorazmente cualquier cuenta bancaria sin producir». Aplicado al ser humano, como «persona que solucionará un problema», está en el diario *El Mundo* (Aurora Pavón: «Clinton reorganiza el panorama político...», 03/12/1995): «Y empezarán a hablar en Lérida, en la calle pintor Juan Gris, o en la Capitanía General de Valencia, de un Gobierno de consenso o ¡de salvación nacional! ¿Y quién será el *elefante blanco* MP?».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *corpulento*, *enorme*, *gordo*, *perezoso*, *pesado* y *recio*.

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

Una MEMORIA DE ELEFANTE es una «memoria muy grande» (frente a *memoria de gallo*, *de grillo* o *de pez*). La primera documentación la encuentro en *Sobre héroes y tumbas* (1961) de Ernesto Sábato: «—¿Y recuerda cosas de aquel tiempo? —Tiene una *memoria de elefante*. Y además no hace otra cosa que hablar de aquello, todo el día, en cuanto te ponés a tiro».

COMO UN ELEFANTE EN UNA CACHARRERÍA★ es una locución adverbial, relativamente reciente, no recogida por el diccionario académico (normalmente con el verbo *entrar*); «hacer algo sin cuidado y sin precauciones». La primera documentación está en *La novela del corsé* (1979) de Miguel Longares, y se refiere a las personas sin mucha cultura que asisten a la ópera como un acto meramente social (increíble texto que merece la pena citar por extenso):

siempre sentados y, determinadas noches, no en el sillón de cenefas sino en el asignado en el palco de abono del Teatro Real, servidumbre inexcusable de su linaje rozagante, patente de una alcurnia modélica —como bien reseñarían los periodísticos ecos de sociedad— que se colaba en esa caja de resonancia de la italianizante o wagneriana melodía *como elefante en cacharrería*, aferrando sus posaderas al asiento reservado a su apellido con obstinación igual a la del académico de la lengua sobre el sillón del que no podrá

ser desprendido en vida, sin que nadie explique convincentemente por qué depuradas escuelas canoras y toscos analfabetos relativos coincidían en la magnífica rotonda reverberante donde se envasaba y repartía el gorgorito aflautado y el raro do de pecho, pues el oyente se aburría de lo que declamaba la tiple que en vano pugnaba por devanar de su macizo tórax la plateada madeja de calderones y arpegios sincopados en que ofertaba su mensaje y, a excepción del melómano que, pentagrama en mano, leía estremecido desde el gallinero la cabalística partitura, la restante audiencia se escudaba en el sonoro parapeto para emprender sin ambages el viperino sondeo de los gemelos en torno a las ingenuas colgadas de las barandas: sobre el fondo rojo de las butacas se mueven en hormiguar...

Es, por lo demás, frecuente en textos periodísticos. En esta noticia de *La Vanguardia*, («Cerco a la era Cruyff», 02/09/1994) se recrea la imagen: «Paco Roig ha convertido el Valencia en un equipo “nuevo rico”, ha tirado la casa por la ventana con cuantiosos... fichajes, y nada mejor que poner al frente de esa amalgama a un técnico de prestigio que haga cuadrar al vestuario. Maturana podría ser lo mismo, pero es lo contrario, *no en vano ha ido a parar a la cacharrería en la que Jesús Gil oficia de elefante*».

3.1.61. *Es un paquidermo*. Los paquidermos son «los mamíferos artiodáctilos, omnívoros o herbívoros, de piel muy gruesa y dura». El diccionario académico cita como prototipos al *jabalí* y al *hipopótamo*. Metafóricamente, es la «persona bruta».

En este caso, el genérico, *paquidermo*, se utiliza en sentido metafórico y, por la misma época (siglo XIX), que su hipónimo *hipopótamo* (este más como «persona obesa»).

La palabra procede del gr. *παχύς*, «grueso», y *-dermo*, «piel» y es un tecnicismo científico de introducción reciente. Está documentada por primera vez, curiosamente, en un artículo de divulgación científica de Bécquer: «En medio de los primeros cataclismos, era natural que ni aun los buscase. Pero se producen las plantas y no se encuentra rastro suyo; llega el período de los grandes *paquidermos*, y tampoco» (*Artículos y escritos diversos*, a. 1870).

Clarín la utiliza, como insulto, en *Pipá* (1886), en medio de un festival de metáforas animales:

—López, el andaluz.
—¡Oh, qué bruto!
—¡Qué zángano!
—¡Un *paquidermo*!
—¡Un *rinoceronte*!

También, al otro lado del Atlántico, Ricardo Palma echa mano de la metáfora: «... vino de España un *paquidermo* presbiteroide con más apego al dinero que a la camisa del cuerpo, el cual presbiteroide obtuvo a poco beneficio parroquial en

pueblo de la sierra que contaba con cinco mil indios» (*Tradiciones peruanas*, 1891). Más recientemente, Ramón Bodegas lo incluye en su novela *El ciclista solitario* (2004) «mira que dormirte... Anda, date prisa, que esto parece consumado. Cuando se entere el *paquidermo* ese de que sus pinturas son sólo unas copias creo que va a querer hacernos picadillo a todos».

3.1.62. *Es un mastodonte*. El mastodonte es un «mamífero fósil parecido al elefante, con dos dientes incisivos en cada mandíbula, que llegan a tener más de un metro de longitud, y molares en los que sobresalen puntas redondeadas a manera de mamas» (circunstancia que condiciona, como veremos, su nombre). Metafóricamente, es la «persona de gran tamaño y corpulencia», en el *Diccionario de argot* de Espasa, que añade: «en el habla informal se suele aplicar nombres de animales a seres humanos, lo cual implica unas notas expresivas y cierta degradación».

Es un préstamo del francés *mastodonte*, que procede del griego *μαστός* «mama» y *ὄδους, ὀδόντος*, «diente» (sus dientes eran grandes como pechos de mujer): este tecnicismo fue acuñado a principios del siglo XIX por el padre de la paleontología Georges Cuvier. Su primera documentación está en un discurso de Castelar: «los grandes mamíferos, tipos monstruosos y gigantes, engendrados por las entrañas de titánica naturaleza, como el megaterio y el *mastodonte*, andan al borde oscuro de los abismos, a la orilla de los lagos profundos...» (*Discurso pronunciado el 13 de mayo de 1861*). Metafóricamente, la primera documentación es de Galdós (como venimos viendo, uno de los autores más prolíficos en metáforas animalizadoras): «Corpulento, pesado, cavernoso, monumental, el señor conde era una pieza estimable que podía honrar a cualquier cantera. A semejante *mastodonte* no faltaban dignidad ni donaire, antes al contrario, su crasitud cuadrilonga le daba cierto aspecto cesáreo y dictatorial» (*La sombra*, 1870).

Después, es bastante frecuente. Baroja, siempre de lengua afilada, en sus *Memorias* (*Desde la última vuelta del camino*, 1944-1949) hace una curiosa reflexión sobre la fauna literaria.

—Pero ¿es que usted es partidario de la inmovilidad solemne de los *mastodontes académicos*? —me preguntaría alguno.

—No; pero es que entre los mastodontes académicos y el mosquito a la moda hay muchos ejemplares de fauna literaria que a uno le pueden parecer bien. No es obligatorio ser tan pesado como un *paquidermo* ni tan ligero como una mosca.

También está el cuento «Usted me huele a caoba» (*Veinte cuentos malucos*) del venezolano Lorenzo Álvarez, como «hombre violento»: «La cliente más fiel era una mujercita que vivía con un *mastodonte*, quien por quitarme esa paja la majaba a palos»; y en la novela *Beso de lengua* (2007) del también venezolano Orlando Chirinos: «—Yo no sé cómo hicieron, pero a los tres o cuatro días se aparecieron dos

mastodontes de Inteligencia, trajeados de paisanos, con cara de matones y cuatro policías».

También se aplica a las cosas: «... se destacaba solemne el Arco de Triunfo como un *mastodonte petrificado*, sin cabeza ni cola» (Emilio Bobadilla, *A fuego lento*, 1903); «... en el colegio, uno de aquellos pretenciosos *mastodontes* que las órdenes religiosas construyeron» (Félix de Azúa, *Historia de un idiota contada por él mismo*, 1986). También se ha aplicado a *pedestal*, adversario, *camión*, físico, sargento, *aparato*, *imperio*, *modelo*, *palacio*, adolescente, *proyecto*, *hospital*.

3.1.63. *Es un hipopótamo**. El hipopótamo es un «mamífero paquidermo de piel gruesa, negruzca y casi desnuda, *cuerpo voluminoso* de cerca de tres metros de largo por dos de alto...». Su nombre científico es *Hippopotamus amphibius*. Metafóricamente, es la «persona obesa». Como equivalentes, *foca* y *ballena*.

Procede del latín HIPPOPOTAMUS, y este del gr. ἵπποπόταμος. La primera documentación es un curioso texto de Fray Luis de Granada donde describe una costumbre singular, cuyo origen está en Plinio: «La sangría aprendimos del caballo marino, que en la lengua griega se llama *hipopótamo*, el cual sintiéndose enfermo, vase a un cañaveral recién cortado, y con la punta más aguda que halla, ságrase, como refiere Plinio, en una vena de la pierna» (*Introducción del símbolo de la fe*, 1583). El sentido metafórico se encuentra en el teatro popular del XIX: «Remigio. Una alcaldada horrible de ese *hipopótamo* aragonés» (Manuel Bretón de los Herreros, *El pelo de la dehesa*, 1840). Como insulto y con una interesante reflexión, está en la novela *Nadie encendía las lámparas* (1947) del uruguayo Felisberto Hernández:

Al poco tiempo yo empecé a disminuir las corridas por el teatro y a enfermarme de silencio. Me hundía en mí mismo como en un pantano. Mis compañeros de trabajo tropezaban conmigo, y yo empecé a ser un estorbo errante. Lo único que hacía bien era lustrar los botones de mi frac. Una vez un compañero me dijo: «¡Apúrate, *hipopótamo*!» Aquella palabra cayó en mi pantano, se me quedó pegada y empezó a hundirse. Después me dijeron otras cosas.

La imagen se repite con cierta frecuencia: «Su cara es grosera: sus ojos bestiales se están ofreciendo para que leamos en ellos vicios e ignorancia: su cerviz formidable gravita sobre ese rostro de animal hecho magistrado. Este *como hipopótamo de carne humana* no sabe leer ni escribir, no tiene idea del mérito» (Juan Montalvo, *Siete tratados*, 1882); «Es así que está enorme *enorme como un hipopótamo* y como ellos, es anfibia» (Guillermo Cabrera Infante, *Tres tristes tigres*, 1964-1967); «Una matrona *voluminosa como un hipopótamo* amasaba una pasta blanca con un rodillo» (Eduardo Mendoza, *La verdad sobre el caso Savolta*, 1975); «Su hija y la modista también eran pesos pesados. Ahora los tres *hipopótamos* se apresuraban por los pasillos» (Eduardo Mendoza, *La ciudad de los prodigios*, 1986); «Si como esta porción

de torta, me pondré como un *hipopótamo*»... (Cecile Rausch Herscovici, *La esclavitud de las dietas. Guía para reconocer y encarar un trastorno alimentario*, 1996).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *enorme* y con los verbos *bostezar*, *resoplar* y *roncar*.

3.1.64. *Es una hiena (los carnívoros)*

La hiena, como dice Aristóteles, tiene en la pata izquierda poder hipnotizador, e infunde un poco profundo con solo tocar.
(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

Los *carnívoros* son mamíferos terrestres «unguiculados y con una dentición caracterizada por tener caninos robustos y molares con tubérculos cortantes». El diccionario académico cita en su definición como referente del grupo al *oso*, a la *hiena* y al *tigre*. También define así al *armiño*. Me he referido ya al *tigre* en el grupo de los felinos (3.1.22).

La hiena es un «mamífero carnívoro de África y Asia... nocturno y principalmente carroñero». Su nombre científico es *Hyaena*. Metafóricamente, es la «persona de malos instintos o cruel». Su característica de animal carroñero la convierten, con el chacal frecuentemente, en paradigma de la crueldad y del aprovechamiento de las desgracias de los demás. Según del *Diccionario de argot* de Espasa es también «prestamista, usurero» y «banquero».

Ya Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611) la señalaba como «un animal fiero y cruel, que finge la voz del hombre imitándola, y deprende los nombres de los pastores en el monte, y llamándoles a lo escondido los hace pedazos y se los come» (con citas de Plinio y de Ovidio), información que recoge el *Diccionario de Autoridades*. Y Galdós hace una dura reflexión sobre la comparación del animal con el hombre:

Hay un grado de ferocidad que la Naturaleza no presenta en ninguna especie de animales; sólo se ve en el hombre, único ser capaz de reunir a la barbarie del hecho las ignominias y brutalidades de la palabra. Viendo a los hombres en ciertas ocasiones de delirio, no se puede menos de considerar a la *hiena* como un animal caritativo. (*El grande Oriente*, 1876)

La palabra procede del latín *HYAENA*, y este del griego *ὑαίνα*. La primera documentación está en la anónima *Traducción de la «Historia de Jerusalem abreviada» de Jacobo de Vitriaco* (1350), donde hay una curiosa descripción:

Otra bestia que llaman *hiena* es muy cruel & mucho engannosa; usa comer carnes humanas et cavando saca de las sepolturas de los muertos los cuerpos, sigue los pasos de

los pastores porque en el oído pueda continuamente seguir las bozes de los onbres, por las quales bozes a los onbres asosegados de noche traga et mata; e faziendo como manera de vómitos, solloços de onbres, engannan a los perros, ca corriendo a ella derrícalos, los quales, después que alcançan a su sonbra, luego pierden el ladrar. E dízese que a qualquier animal que mucho mirare non se podrá mover; e en los sus ojos se falla una piedra preçiosa que es llamada *hiena*.

Ya en la poesía de los Siglos de Oro la amada se transforma en diferentes animales que engañan al hombre. Así el poeta y dramaturgo granadino Antonio Mira de Amescua escribe:

¿Quién adora a la mujer
sabiendo que es un hechizo
que la razón quita al hombre
y aun a la *fiera* el distinto?
Si nos canta, es la sirena;
si nos mira, es *basilisco*; ...
si se queja, es la *hiena*; ...
todo en orden a engañarnos.
(*El primer conde de Flandes*, c. 1600)

José de Valdivielso, por su parte, acumula elementos en el paralelismo entre animal y comportamiento humano:

El cocodrillo, vn traydor;
vn falso amigo, la *hiena*;
escorpión, vn lisongero;
mentiroso, la pantera...
(*El hombre encantado. Acto sacramental*, 1622)

El escritor costumbrista y cronista de Felipe IV, Juan de Zabaleta, desarrolla un exacto paralelismo entre el animal y una determinada mujer:

¿Y cómo se llama esta fiera que sale hoy al Trapillo? Hiena. Este animal adormece a los que se le acercan. Esta mujer, con la respiración envinada, causa sueño a los que se le avecinan. La *hiena* imita la voz humana, esta bestia la imita: no dirán cuando habla, sino que es mujer. La hiena se llega de noche a las cabañas de los pastores, y si oye nombrar a alguno, le nombra como que le llama, y en saliendo, se le come. Esta mujer llama al primer cortador que ve pasar por su nombre, y se le come en avellanas, castañas verdes y otras golosinas. La hiena es toda de una pieza. Esta mujer está tan gruesa que, si toda no se vuelve, no puede mirar a un lado. (*El día de fiesta por la tarde*, 1660)

El animal aparece siempre acompañado de adjetivos negativos: *esquiva*, *vengativa*, *insaciable*, *pérfida*, *voraz*... Y con frecuencia hay referencia a su risa (o sonrisa): «¡Ay! ¡Corta fue la noche al jaleo! ¡Ingrata *hiena*! ¡Mientras me anego en abundoso llanto, ríes...» (Agustí Azcona, *El sacristán de San Lorenzo: zarzuela en tres cuadros*,

1847). También está en Galdós: «Arrojose como una hiena la señora sobre aquel hombre, y de seguro lo habría pasado mal el funcionario de la Superintendencia si D.^a Robustiana, en el momento de clavar las manos en la verrugosa cara de su presa no hubiera quedado sin sentido, presa de un breve síncope» (*El terror de 1824*, 1877); «Cuando se tuvo en Cuenca conocimiento de la entrevista de doña Blanca con el señor Obispo, antes referida, dijeron algunos: esa mujer es una hiena» (*De Cartago a Sagunto*, 1911). Es curioso este texto del prolífico escritor catalán José María Gironella donde aparece acompañada de *chacal*:

Fue una noche cálida, que transcurrió sin sueño, con el sobresalto de lo ignorado que está al llegar. Los milicianos de los batallones «Germen», «Los Chacales del Progreso», «Las hienas antifascistas», «Los Aguiluchos», «Los sin Dios», etc., se dieron cuenta de que habían dejado de ser un nombre, una huella digital o un hijo, y de que eran realmente unos neófitos, prestos para el sacrificio espontáneo. (*Un millón de muertos*, 1961)

Julio Casares, en su *Introducción a la Lexicografía moderna* (1950: 144), se refiere a *hiena* como palabra que, sin datos objetivos casi nunca por parte del hablante, provoca una reacción muy negativa:

Veamos otro caso. La primera representación que provoca el vocablo hiena es la de un animal repugnante; pero hemos de pensar que se trata de una reacción subjetiva, como la que produce el nombre «sapo». Hay muchas personas que, al natural, no sabrían distinguir un sapo de una rana y, sin embargo, el nombre de ésta no les causa la menor repulsión. Si la repugnancia que inspira la hiena tiene algún fundamento objetivo, éste es el que deberá figurar en la definición, pero no el adjetivo «repugnante», introducido como apreciación subjetiva del lexicógrafo. En el caso de la hiena, ese fundamento objetivo existe y el Diccionario académico lo recoge al explicarnos que el animal segrega un «líquido nauseabundo» y «que se alimenta principalmente de carroña».

Finalmente, una curiosa reflexión de Cela, en el prólogo de *La familia de Pascual Duarte* (1942) sobre su protagonista:

Para un servidor, que recogiera sus últimas palabras de arrepentimiento con el mismo gozo con que recogiera la más dorada mies el labrador, no deja de ser fuerte impresión la lectura de lo escrito por el hombre que quizás a la mayoría *se les figure una hiena* (como a mí se me figuró también cuando fui llamado a su celda), aunque al llegar al fondo de su alma se pudiese conocer que no otra cosa que un *manso cordero*, acorralado y asustado por la vida, pasara de ser.

También Dámaso Alonso recurre a la imagen de este animal: «Ni sé quién es aquel cruel, aquel monstruoso muchacho, / tendido de través en el umbral de las tabernas, / frenético en las madrugadas por las callejas de las prostitutas, / *melancólico como una hiena triste*» (*Hijos de la ira*, c. 1932-1945).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *vengativa* y con los verbos *acechar* y *sonreír*.

3.1.65. *Es un oso*★. [*abrazo del oso*★] [*hacer el oso*] Pasa de ser una bestia feroz y poderosa, en el mundo germánico, a un animal de circo o a un osito de peluche (Pastoureau, 2008). Este «mamífero carnívoro plantígrado» no aparece con ningún sentido metafórico en el diccionario académico. Su nombre científico es *Ursus*. En el *Diccionario de americanismos* está el significado de «hombre al que le gusta la pendencia» (Cuba) y «persona que trata de convencer a otra para que consuma drogas», como propio de Puerto Rico. También «homosexual» (es una traducción del inglés *bear*): «En la comunidad gay existe una subcultura masculina que es la de los “osos”. Normalmente son hombres gays maduros o bisexuales con vello en cuerpo y cara... La comunidad de “osos” se originó en San Francisco en los ochenta»¹².

La palabra procede del latín *URSUS* y la primera documentación está en *La fazienda de Ultra Mar* (c. 1200) de Almerich: «Salieron .ii. osos de la montanna e mataron .xl. e .ii. niños». Mucho más tarde, está con sentido metafórico: Manuel Bretón de los Herreros, en sus *Poesías* (1828-1870), asocia el animal con la falta de elegancia, con la aspereza y también con la fealdad: «Moza ambulante esgrima su palmito, / ... Tosa a cualquier cristiano transeúnte, / Y aunque sea *más áspero que un oso* / Le diga a media voz: “A Dios, hermoso!”»; «No, señor, no soy celoso. / Ello, mi esposa es bonita...: / Yo, la verdad, *soy un oso*». Recuérdese el refrán *el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso*. No puede faltar en el gran novelista de las metáforas animales, Galdós: «En aquel momento Zagarramurdi parecía el hombre prehistórico embutido en sus feroces barbas, y Oricaín, *el formidable oso navarro*, perdía mucho en belleza, porque la máscara de alambre disimulaba su fealdad» (*Un faccioso más y algunos frailes menos*, 1879); también como «fuerte»: «hombre muy para el caso, honrado y valiente como buen guipuzcoano, del propio Éibar, fuerte como un *oso*, leal como un perro, muy corriente en lengua éuskara» (*Vergara*, 1899). También está en *El mundo es ancho y ajeno* (1941) del peruano Ciro Alegría: «Nada tranquilizadoras eran sus figuras, pues uno *parecía un oso de feo y pesado*, otro era muy grande y tosco y el Zarco extremadamente sucio y roto».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *fornido*, *fuerte*, *furioso*, *perezoso* y *vengativo* y con los verbos *balancearse*, *caminar*, *correr*, *dormir* y *rugir*.

La expresión *ABRAZO DEL OSO*★, ausente del diccionario académico, es un «acto aparentemente amistoso dirigido a alguien más débil, con la intención de perjudicarle»: «Porque te quiere. Nina ¿Eso querer? Ya. Como el oso, que te da un abrazo y te mata» (Antonio Gala, *Los verdes campos del Edén*, 1963); «Este es el *abrazo del oso*, el abrazo *doloso* que el castrismo agonizante quiere dar a su incansable opositor para aprovecharse de su nombre» escribe Fernando Savater (*El País*, 13/09/2011), en referencia al intento del régimen cubano por reivindicar el nom-

bre de un opositor: Guillermo Cabrera Infante. También Manuel Hidalgo (*El Mundo*, 21/12/1994) echa mano de la expresión en una descripción apocalíptica de la España del momento:

Tenemos el patas arriba, la conciencia en carne viva, al muerto con la osamenta a la vista, al malo con el alma negra expuesta, al amor que nos sobraba, por presuntamente falso, convertido en puñalada trapera, en cuchillo roñoso. Mejor, vomitona que comilona. Mejor, *abrazo de oso* que de hermano, mejor reventar, hurgar, zaherir que acompañar, las cosas como son, como ya eran, lobos sobre ovejas, corderos rabiosos sobre lobeznos de patas débiles, y qué nos queda.

A veces, se utiliza en sentido positivo: «Cuando lo presenté con Orfila en las oficinas del FCE, Horowitz se le fue encima con un *abrazo de oso*, diciendo: “Usted es un hombre bueno y eso es ser un gran hombre”» (*El País*, «En la muerte del fundador del Fondo de Cultura Económica», 16/01/1998).

El diccionario académico recoge la frase coloquial HACER EL OSO, como «exponerse a la burla o lástima de la gente, haciendo o diciendo tonterías» o «galantear, cortejar sin reparo ni disimulo». En su forma reflexiva, es frase coloquial propia de Argentina y Uruguay, con el significado de «hacerse el tonto». Ambas acepciones de la frase son del XIX (y de escaso uso después):

De vuestra fama en perjuicio
No diga la razón dura
Que perdéis en hermosura
Sin haber ganado en juicio.
De ese trabajo penoso
Dejad la dura faena,
Y dejad caer la arena
O dirán que *hacéis el oso*.
(Concepción Arenal, *Fábulas en verso originales*, 1851)

Por la misma época, está en *Clemencia* (1852) de Fernán Caballero: «—Fernando, te estás poniendo en ridículo; mira cómo se ríen; *estás haciendo el oso* —dijo a media voz un amigo suyo». Más tarde, en *Tormento* (1884) de Galdós: «Bien sabían ellos que Caballero no frecuentaba la sociedad. Jamás le vieron en los paseos *haciendo el oso*, rarísimas veces en los teatros, y no frecuentaba reuniones de señoras, como no fuese la de Bringas, donde brillaba por su frialdad y lo seco y esquivo de su conversación». Con el sentido de «galantear» está en *La chismosa: comedia en tres actos y en verso* (1868) del diplomático y dramaturgo madrileño Enrique Gaspar: «RITA O en el teatro del Circo; / porque él va allí a *hacer el oso* / a una suripanta; ¡y digo! / que la hace cada presente...». Aparece, como sinónimo de *timarse*, en la *Regenta* (1884-1885): «Obdulia pensaba, aunque es claro que no lo decía sino en el seno de la mayor confianza, pensaba, que el *hacer el oso*, que era a

lo que llamaba *timarse* Joaquín Orgaz, si siempre era agradable, lo era mucho más en la iglesia, porque allí tenía un cachet. Y para la viuda las cosas con cachet eran las mejores».

3.1.66. *Es un hurón*. [*huronear*] Con la comadreja, la garduña, el guepardo, el leopardo, el lobo, el mapache, la marta, la morsa, la nutria, el tejón y el visón forma parte de los animales *carniceros* («que da muerte a otros para comérselos»), frente a los animales *carnívoros*, que se centran en el hecho de matar y no de comer la carne. La denominación *carnicero* no es un taxón.

Los animales carniceros con significados metafóricos son el *hurón*, la *comadreja*, el *coyote* (nahua), el *chacal* (galicismo), la *pantera*, la *mofeta* (italianismo) y su variante dialectal el *zorrino*, la *garduña* y su variante dialectal la *fuina*. Predominan, como era de esperar, los sentidos negativos: son «personas hurañas» (*hurón*), «ladrones» (*comadreja*, *garduña*, *fuina*), «traficantes de personas» (*coyote*), «gente peligrosa» (*chacal*) o «gente violenta» (*pantera*), o «personas que huelen mal» (*mofeta* o *zorrino*) Solo *pantera* a veces tiene el sentido de «persona atrevida y audaz».

Las primeras documentaciones en sentido recto son medievales en el caso de *hurón*, de *pantera*, de *comadreja* y de *garduña*; de los Siglos de Oro son *coyote*, *zorrino* y *fuina*; del XVIII, *chacal* y del XX, *mofeta*. En cuanto a los metafóricos, *hurón* y *garduña* son del XVI; *comadre* y *zorrino* del XVIII; *chacal* y *pantera* del XIX y *coyote* y *fuina* del XX.

Solo *hurón* y *coyote* generan derivados: los verbales *huronear* y *coyotear*.

El hurón es un «mamífero carnívoro de unos 20 cm de largo desde la cabeza hasta el arranque de la cola..., con glándulas anales que despiden un olor sumamente desagradable y que se emplea para la caza de conejos porque se mete en sus madrigueras». Su nombre científico es *Mustela putorius furo*. Metafóricamente, es la «persona que averigua y descubre lo escondido y secreto» y «persona huraña». También aparece en el *Diccionario de argot* de Espasa como «jefe»: «Este sentido figurado es despectivo, ya que se usa el nombre de un animal —considerado por el hablante como de mal carácter— para designar a un ser humano, con las connotaciones peyorativas que ello implica. Ya tenemos *hurón* nuevo en la oficina. Es una mujer muy estricta con el horario». En el *Diccionario de americanismos* aparece, como propio de El Salvador, con el significado de «jefe de un grupo de ladrones» (léxico de la delincuencia).

En el lenguaje de la germanía (*Léxico del marginalismo*) era el «niño que solían llevar algunos mendigos y ladrones de poca categoría y que metido entre la gente robaba para aquel que le protegía y dirigía»; también el «ladrón sobre todo de bolsas»; «la huraña» es la «buscona» y el «ayudante de ladrón que, con algún pretexto se introduce en casa de la víctima para el robo, figurando desamparar... y

por la noche abría la puerta de la casa a sus compañeros para desvalijarla entre todos» (también, es el «órgano sexual masculino»).

La palabra procede del bajo latín *FURONE* (y este derivado del latín *FURE*, «ladrón»). La primera documentación textual es del XII: «aquel que fuere fallado caçando con *furón* o con ret o con lazo o con losa o con anzuelos...» (*Fuero de Soria*, c. 1196). Ya está en el refranero de Hernán Núñez, con sentido metafórico (*Refranes o proverbios en romance*, c. 1549): «Amor de señor, amor de *hurón*». En *La lozana andaluza* (1528) de Francisco Delicado, aparece con un sentido metafórico erótico, ausente de los diccionarios y referido al órgano sexual masculino:

LOZANA: ¡Ay, ay, sois muy muchacho y no querría haceros mal!

RAMPÍN: No haréis, que ya se me cortó el frenillo.

LOZANA: ¿No os basta besarme y gozar de mí así, que queréis también copo y condedura? ¡Catá que me apretáis! ¿Vos pensáis que lo hallaréis? Pues hago's saber que ese *hurón* no sabe cazar en esta floresta.

Jerónimo de Huerta, humanista y traductor renacentista, nos presenta una amplia descripción del animal:

y dicen que le llamaron *furón*, de *fureo*, que significa «hurtar». Isidorus. Es éste mayor que la comadreja doméstica pero de la misma forma, y su color tira a pardo... Amánsanse fácilmente, y en Castilla los crían en las mismas casas. Suelen parir siete, ocho y nueve de una vez. Andan en el vientre materno quarenta días, y aunque salen ciegos en otros tantos toman vigor y fuerza para començar a caçar. Son estos enemigos de todas las aves y animales, y siempre procuran matar muchos para beber la sangre a todos, y así los caçadores se aprovechan. (*Traducción de los libros de Historia natural de los animales de Plinio*, 1599)

El sentido metafórico («por semejanza») ya lo recoge el *Diccionario de Autoridades*, con la anterior cita de la anónima novela picaresca, atribuida al médico Francisco López de Úbeda, *La pícara Justina*. Julio Casares, en su *Introducción a la Lexicografía moderna* (1950: 112), lo incluye como parte de los animales fuera del recinto doméstico que representan significados metafóricos:

Fuera del recinto doméstico, el cordero simboliza la mansedumbre; el tigre, la fiera cruda; el topo, la torpeza y cortedad de alcances; el asno, la necedad suprema; el león, el valor arrogante; la ostra, la taciturnidad y la reserva; el *hurón*, no contento con ser el prototipo de la curiosidad inquisitiva, denota además el carácter retraído y huraño, y el cerdo ha acaparado para sí y para sus sinónimos, puerco, cochino, marrano, la exclusiva de la máxima suciedad, aunque el proverbial desaseo de la pocilga no sea tan imputable al animal como a la persona que se beneficia de él. Mientras tanto, la oveja, la vaca, la pantera, el elefante y muchos otros animales que poseen atributos característicos —¿cómo olvidar la «nobleza» del caballo?—, parecen condenados a perpetua esterilidad en el campo de las creaciones tropológicas.

En el XVIII, Torres Villarroel lo incluye en una enumeración de metáforas animales negativas:

—No, discreto mío —le respondí—. Algo tiene de lo que dices; pero sabe que es *podenco de delitos, hurón de maldades, perdiguero de culpas, buzo de picardías y Colón de los más ocultos deslices*. No hay cosa en la Corte que se esconda a su perspicacia, nada se puede emboscar a su advertencia, y todo está sujeto a los ojos de su maligna observancia. (*Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por la corte, 1727-1728*)

También está en una novela de Galdós, en un impresionante párrafo de elegantes impropiedades:

Adiós, Oliverio Trifles, espejo de los anticuarios, sapientísimo *hurón* de Nínive, inteligente topo de Ecbatana, roedor infatigable de las cosas viejas, quincallero de los venerandos desperdicios de la historia, rebuscador de cachivaches, polilla del cuadro, orín del bronce, polvo del mosaico, musgo de la piedra, grieta del vaso; hombre sin precio, a quien deben lustre los siglos, esplendor las naciones, mueblajes los museos y tanto adelantamiento como distracción la gente contemporánea. (*Rosalía, c. 1872*)

Con un sentido distinto, aparece en Valera (*Carta de 8 de abril de 1881 [Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo]*): «Aun no he visto a Latino Coelho, que vive hecho un *hurón*. Aquí se admiran de su talento, pero se burlan de él y lo menosprecian por su miserable carácter». A veces aparece con el sentido de «feo», como en este texto del escritor cubano José Ortega Munilla, padre de Ortega y Gasset: «... hijo de siete años, feo y mal intencionado *como un hurón*» (*Cleopatra Pérez, 1884*). Ramón Ayerra, en su novela *La lucha inútil* (1984) marca perfectamente en el texto el sentido de la metáfora: «De jovencillo, como era retraído y silencioso, un *hurón* de marca mayor, cogió fama de listo...».

En el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del maestro Correas tenemos, entre otros: «*Amor de señor, amor de hurón*. Ke no es firme ni seguro y *No kava de korazón sino el dueño del hurón*. Kuando se keda rrevellado en el bivar, ke no sale, i es menester kavar para sakarle».

El animal ha dado lugar a un derivado verbal, HURONEAR, con un significado paralelamente metafórico (el sentido recto es «cazar con hurón»): «procurar saber y escudriñar cuanto pasa». Su primera documentación es en sentido figurado (sentido único en el *Corde*), en un texto que traduce el latín VULPIUM:

Ipse vero in vanum quaesierunt animam meam: in manus gladii, partes vulpium erunt (Salmo 62). Ellos (dice David en persona de Cristo) en vano me buscaron la vida (de los judíos entiende San Agustín) sin por qué, y para destruirme anduvieron a caza de mi vida; mas fue su pesquisa en vano, porque no hallaron de qué asir, y en pena de que anduvieron *huroneando* mi vida, entrarán ellos en las madrigueras de la tierra. Por

la muerte cairán en la sepultura. (Fray Alonso de Cabrera, *De las consideraciones sobre todos los evangelios de la Cuaresma*, a 1598)

Es palabra favorita de Galdós que la utiliza en varias ocasiones: «Recorrí la población sin descubrir mi cara, atendiendo, disimuladamente a todos los grupos, *huroneando*, atisbando, olfateando la revolución» (*La segunda casaca*, 1876). También aparece varias veces en Valle-Inclán:

El Circo Harris, en el fondo del parque, perfilaba la cúpula diáfana de sus lonas bajo el cielo verde de luceros. Apretábase la plebe vocinglera frente a las puertas, en el guiño de los arcos voltaicos. Parejas de caballería estaban de cantón en las bocacalles, y mezclados entre los grupos *huroneaban* los espías del Tirano. Aplausos y vítores acogieron la aparición de los oradores: Venían en grupo, rodeados de estudiantes con bandera... (*Tirano Banderas*, 1927)

3.1.67. *Es una comadreja**. La comadreja es un «mamífero carnívoros nocturno..., muy vivo y ligero, que se alimenta de los huevos de las aves, ratones, topes y otros animales pequeños». Su nombre científico es *Mustela nivalis*. Metafóricamente, en el lenguaje de la germanía (*Léxico del marginalismo*), es el «ladrón que entra en cualquier casa».

Es un nombre derivado de *comadre*. El gran maestro de la filología española, Menéndez Pidal, estudió los diferentes nombres del animal en las distintas regiones de la Península Ibérica (*Orígenes del español*, Espasa-Calpe, Madrid, 1950: 396-405): *paniquesa* (en Aragón; compuesto de pan y queso, en alusión —quizás— al color blanco de la pechuga del animal y al pardo rojizo del lomo), *donicella* (o *donicela*, *donecilla*, *donosilla*; en Asturias, Galicia y Salamanca; diminutivo del latín *DOMNA*, «señorita») y el más extendido en Castilla y en el sur de España, *comadreja* (nombre de parentesco en diminutivo; como en el norte de Portugal, *nòrinha*, «nuerecita», derivado del latín *NORA*, «nuera»).

Pero el nombre clásico *MUSTELA* cayó en olvido casi en todas partes, sustituido por otras denominaciones populares, pues esta bestezuela, graciosa y dañina a la vez, sugiere representaciones lingüísticas varias y recibe nombres expresivos, sean descriptivos, sean humorísticos, ya halagüeños o eufemísticos, ya propiciatorios a modo de conjuro contra sus fechorías. (397)

La primera documentación está en el *Libro de buen amor* (1330-1343) de Juan Ruiz: «Ove con la grand coita rogar a la mi vieja / que quisiese perder saña de la mala conseja; / la liebre del covil sácala la *comadreja*, / de prieto fazen blanco bolviéndole la pelleja». Ya tiene aquí un sentido metafórico: la liebre es la amada a la que pretende convencer Trotaconventos, la vieja astuta, la comadreja (y sacarla del «cubil», de su «inocencia»). Antes había dicho de las viejas terceras: «nonbres e

maestrías más tienen que *raposa*». En la *Segunda parte del Romancero general y Flor de diversa poesía recopilados por Miguel de Madrigal* (1605) se explica la comparación entre comadreja y tercera en amores:

Éntrase en vuestros rincones,
comadreando la vieja,
como haze la *comadreja*
en nidos de gorrones.
Con consejas y oraciones
os quiebra y deguella en suma,
ora en hueuos, ora en pluma
la honra de vuestra hija...

Ya Esopo contaba la fábula de la *comadreja vieja y del mur* [«ratón»]: «La *comadreja* vieja, que no podía seguir los mures, embolcó y embolviose en harina, y púsose en lugar oscuro queriendo sin trabajo engañar y destruyr los ratones. Y viniendo un cuytado mur, ignorante pensando que era alguna vianda, llegose a ella, y assí preso d'ella fue muerto he comido» (*Vida de Ysopo*, c. 1520).

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), comenta así el refrán *La komadrexha pare por la boka i enprénase por la orexa*: «Este rrefrán tiene mucha grazia en la metáfora i alegoría. Es komo si dixera: “Mi komadre dize i echa por la boka todo lo ke oie i rrezibe por los oídos”. “Komadrexha” es anbiguo, por el animalexo menor ke hurón, i por diminutivo de komadre, *komadrexha*. Es kontra los ke no guardan sekreto i todo lo parlan».

Juan de Pineda, en sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589), relaciona a la mujer con la comadreja, en la más pura línea de ideología misógina, cuando cuenta el origen de diferentes tipos de mujeres:

A otras hicieron de una comadreja, bestiezueta vil y triste y solitaria; y ladroncilla maliciosa, que por su rabia se anda por los gallineros degollando gallinas; y ansí la mujer sale a veces indigna de parecer entre gente, y golosa, y dañina para la vecindad, y, cuando más provecho hace en casa, es matar algún ratón, y aun aquello con apetito de mal hacer, y ansí ese poco bien, que a veces hacen las mujeres, lo hacen por con ello encajar algún mal, o le hacen mal hecho.

Filaletes. —Si estas vuestras generaciones de mujeres hobieran de ser creídas, esta de la *comadreja* fuera más creíble, porque como dice Ovidio que de mujer fue hecha la *comadreja*, no fuera más repugnante hacer de la *comadreja* mujer.

Filaletes continúa explicando el origen mitológico de la comadreja:

—Júpiter tenía preñada y en días de parir a Almena, su manceba y mujer de Anfitríón el Tebano; y enojada su mujer, la diosa Juno... sentose a la puerta de Anfitríón estando ya de parto Almena, y, poniendo una pierna sobre otra y entretejiendo los dedos de las manos unos con otros y murmurando ciertos versos nigrománticos, detuvo el parto de

Almena por siete días con sus noches, procurando que muriesen madre y hijo; y llevaba camino de ser así, según Almena se afilaba.

Una moza de casa, llamada Galantis... notó que la postura y semblante de la diosa Juno, en hábito de una mujer baja y un hablar entre dientes de cuando en cuando, parecía sospechoso de bien; y, sospechando ser hechicera que con sus maleficios impedía el parir de su señora, quiso probar si fuese así, y una vez fingió salir alegre y festival y, llegándose a la diosa, la dijo que por qué no se alegraba como los demás con el buen parto de su señora, que dios la había dado. Cuando Juno aquello oyó, quedó fuera de sí, y con el agonia del enojo desencadenó los dedos de las manos, con lo cual se deshacía el hechizo, y al punto parió Almena a su hijo Hércules; y Galantis, que vio haberle salido a bien su ardid, dio tantas risadas en escarnio de la diosa, que ella, corrida y enojada, la trabó de su rojo cabello y la dio una buena tunda de coces, y en pena de que con mentira favoreció el parto de Almena la convirtió en la comadreja, sobreponiéndola otra penitencia, que pariese por la boca.

En el teatro popular del XVIII, aparece como sinónimo de «ladrón»: «Ponce. Suelte usted a ese mozo y lleve / a este, que es la *comadreja* / de la casa. / Unos. Es un ratero» (Ramón de la Cruz, *Las bellas vecinas*, 1767).

Con un sentido parecido al de la germanía, está en *El Bandolerismo. Estudio social y memorias históricas* (1876-1880) de Julián Zugasti y Sáenz: «Llaman *comadreas* a los espías que atalayan por los caminos las conversaciones de los transeúntes, y que luego se cuelan en las ventas y posadas, para fisgar, oír y contar después lo que han atisbado a los planistas, los cuales deciden el momento a propósito para hacer el robo, en vista de los informes que las comadreas les han proporcionado». Y también está la comparación en Galdós: «no sabía que estabas aquí. Se te encuentra siempre saliendo de la oscuridad *como una comadreja*» (*Tormento*, 1884).

El argentino Manuel Puig, en *Boquitas pintadas* (1972), escribe: «En una mesa vecina había tres empleados de banco: tres muertos de hambre, pensó Juan Carlos. En otra mesa, el doctor Aschero y el joyero-relojero Roig: un hijo de puta con aliento a perro y una *comadreja* chupamedias, pensó Juan Carlos».

3.1.68. *Es un coyote*. [coyotear] El coyote es un «mamífero carnívoro de Norteamérica, semejante al lobo, pero más pequeño...» (el diccionario académico recoge la palabra por primera vez muy tardíamente, en la edición de 1884). Metafóricamente, es la «persona que se encarga oficiosamente de hacer trámites, especialmente para los emigrantes que no tienen los papeles en regla, mediante remuneración» (Ecuador, El Salvador, Honduras y México); en la América colonial, «nacido de padres de distintas razas, especialmente de barcino y mulata, o de mulato y barcina». En el *Diccionario de americanismos*, también «hijo de menor edad» (México); «persona que entra ilegalmente en el país» e «individuo aprovechado» (estas dos últimas acepciones en Puerto Rico —no he encontrado documentación—). En el *Vocabulario popular de nicaragüense* (J. Rabelle y Ch. Pallais, Managua, 1994): «cambista de moneda» y «persona que asiste a un lugar sin ser invitado, gorrón».

Es una palabra que procede del nahua y la primera documentación es del xvi en textos de los cronistas de Indias: «así leones y tigres como *coyotes*, que son unos animalejos entre lobo y raposa...» (Motolinía —Fray Toribio de Benavente—, *Historia de los Indios de la Nueva España*, 1536-1541); «tigres, puercos, venados, tejones, ardillas, *coyotes*, que son como zorras...» (*Descripción de la villa de Tampico*, 1606-1610). Hay una amplia información en la *Historia Antigua* (1780) del historiador mexicano Francisco Javier Clavijero: «El *cóyotl* o *coyote*, como le llaman los esples, es una fiera semejante en la voracidad al lobo, en la astucia a la zorra, en la figura al perro y en algunas propiedades al adive y al chacal, por lo cual varios historiadores de México lo han adjudicado ya a una y ya a otra de esas especies de cuadrúpedos...».

También aparece como tipo de persona, mezcla de indio y mestizo: «... de negros, mulatos, libres, mestizos, *coyotes* e indios» (Gabriel Fernández de Villalobos, *Desagravios de los indios y reglas precisamente necesarias...*, 1685); «por la abundancia de indios *coyotes* y mestizos...» (Concolorcorvo —Alonso Carrió de la Vandra—, *El Lazarillo de ciegos caminantes*, c. 1775).

La acepción de «persona que se encarga de hacer trámites...» está en *La muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes.

... lo obligan, perversamente, a disfrutar aún más de esta identidad... libertad y poder... no estaba solo... estos danzantes le acompañaban... eso le dijo el calor del vientre, la satisfacción de las entrañas... escolta negra, carnavalesca, de la vejez poderosa, de la presencia encanecida, artrítica, pesada... eco de la sonrisa persistente, ronca, reflejada en el movimiento de los ojillos verdes... blasones recientes, como el suyo... a veces aun más nuevos... giraban, giraban... los conoce... industriales... comerciantes... *coyotes*... niños bien... agiotistas... ministros... diputados... periodistas... esposas... novias... celestinas... amantes... giraban las palabras cortadas de los que pasaban bailando frente a él...

También, con explicación, está en la colección de historietas *Yo, el valedor (y el Jerásimo)* (1985) del mexicano Tomás Mojarro:

Aquel Mr. Hyde era de mí mismo barro, o sea: una vida puerca y un destino jorobado. Primero había sido *coyote*, y en el oficio fue como todos ellos, un transa de su poca madrepora, con perdón...

(¡Olga, ahí te voy!) A caballazo limpio rumbo a la salida, entre vendedores de fayuca y ropita de encaje para las cajeras, *coyotes* de esos que le tramitan a usted el cambio de un cheque en menos de 48 horas, gordas de tandas y boleros rancheros, sólo que la miseria los aventó hasta la capital.

También en textos periodísticos: en *El Nuevo Herald* (Cruce de El Paso se desborda los fines de semana, 21/04/1997): «La nueva ley de inmigración estadounidense será, además, más estricta con los llamados “coyotes”, los traficantes de inmigrantes indocumentados, a los que las autoridades acusan de preocuparse sólo

por el dinero sin importarles la seguridad de las personas con las que trafican». También en *El Salvador Hoy* (San Miguel, 02/05/1997):

Coyotes, cambistas y encomenderos

La masiva huida de salvadoreños en busca de trabajo y como opción última para eludir la guerra permitió el florecimiento de algunos oficios peculiares. Así, la necesidad creó la figura del *coyote*, del encomendero y del cambista.

El *coyote* se encarga de conducir a reducidos grupos de personas hasta diferentes puntos de Estados Unidos, burlando las leyes de entrada al norteamericano. Las rutas son innumerables, así como los medios empleados para realizar el viaje. El encomendador es un mero intermediario entre el emigrante y sus familiares.

En la mitología de América del Norte, en las tribus era un animal estafador, embustero, malvado (frente al lobo, sabio y de buena naturaleza; macho, antropomorfo). En los años cuarenta, José Mallorquí publica un tebeo con ese título: son las aventuras de un pistolero enmascarado que lucha en California por los derechos de los hispanos (frente a los invasores yanquis del general Clarke).

El *Coyote* y el Correcaminos (en inglés: Wile E. Coyote and the Road Runner) son los personajes de una serie estadounidense de dibujos animados. Chuck Jones los creó en 1949, para Warner Brothers y se basó en el libro *Roughin It* de Mark Twain en el que se describía cómo un coyote hambriento, simpático a pesar de ser «el malo» intenta cazar un correcaminos (con su característico sonido *bip-bip*), en un desierto del sudoeste de Estados Unidos. También hay un equipo de fútbol en México llamado *Los Coyotes de Sonora Fútbol Club* (con sede en Hermosilla, Sonora, estado del Noreste de México).

Como derivado, está el verbo COYOTEAR: «actuar como coyote, tramitador oficioso»; también, según el *Diccionario de americanismos*, en México «ejercer de abogado sin título» y en Honduras «especular alguien con productos y precios». En el periódico nicaragüense *La Prensa* (06/05/1997), como «disimular»: «Clodomiro hace su propia terapia. Aprendió a pedir con estilo, cayendo en gracia, “*coyoteando*” como él mismo dice, sin parecer un limosnero». En «El juramento». *Caza mayor y otros relatos* (2013) del mexicano Alejandro Ramírez: «—Pinche Tacho, nos trajiste una profesional pa *coyotearnos*. Ora sí te pasaste de cabrón». En el periódico digital mexicano *News Network Communication*: «“*Coyotea*” el gobierno con la gasolina; la compra barata y la vende cara»¹³.

3.1.69. *Es un chacal**. El chacal es un «mamífero carnívoro de la familia de los cánidos, de un tamaño medio entre el lobo y la zorra... Es carroñero y de costumbres gregarias... vive en las regiones templadas de Asia y África». La definición del diccionario académico de 1843 es curiosa: «especie de zorra que desentierro los cadáveres para devorarlos». Su nombre científico es *Canis aureus*. En el *Diccionario de americanismos* es «persona peligrosa, agresiva» (México, República

Dominicana y Chile) y «persona que abusa sexualmente de menores de edad» (Noroeste de México).

La palabra procede del francés *chacal*, que viene —a su vez— del turco *çakal* y este del persa *šāḡal*, que procede —finalmente— del sánscrito *śṛḡalā* (curioso viaje a través de varias lenguas). La primera documentación está en la *Historia Antigua de México* (1780) de Francisco Javier Clavijero: «El *cóyotl* o *coyote*, como le llaman los esples, es una fiera semejante en la voracidad al lobo, en la astucia a la zorra, en la figura al perro y en algunas propiedades al adive y al *chacal*...». La primera vez en la que se establece una comparación es en la obra del argentino Hilario Ascasubi, *Paulino Lucero* (1853):

En la siguiente composición Paulino Lucero es un gaucho correntino enemigo acérrimo de la tiranía de Rosas, que acompañó constantemente al general Lavalle, en clase de soldado, y fue uno de los bravos que salvaron el cadáver de su general de las impías manos del feroz D. Manuel Oribe que, *cual chacal hambriento y rabioso*, escarbaba los sepulcros buscando la cabeza descarnada de aquel valiente infortunado.

Hay una magnífica descripción de un personaje en Galdós (Timoteo Pelumbres): «Inquieto, feroz y pequeño, Timoteo tenía todas las apariencias del *chacal*, la mirada baja y traidora, los músculos ágiles, el golpe certero» (*Un faccioso más y algunos frailes menos*, 1879). Jardiel Poncela en, *Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?* (1931), ya recoge la metáfora pura, como sinónimo de *hiena*:

Comentaron:

—Esto es cosa de los anarquistas.

—¡Hum! Mala gente...

—Enemigos del género humano.

—Son unas *hienas*...

—¡*Unos chacales!*

—¡Son el látigo de la civilización!

El periodista y escritor Ricardo León escribe en 1941 su mejor novela, *Cristo en los infiernos*, que narra desde el punto de vista fascista la preguerra española. La metáfora animalística se refiere a Santiago Casares Quiroga, presidente del gobierno español entre mayo y julio de 1936:

En aquellas vísperas de sangre, cuando «el antiguo señorito de La Coruña», degenerado en *chacal*, premeditaba el crimen, otro señorito, degenerado en reptil, se deslizaba sinuoso por los rincones de la Presidencia y del Congreso para enroscarse en «las zonas más templadas» del Frente Popular. Ángel Ponce, que este era el culebrón, tiraba ahora por Prieto a una política de «atracción de las derechas», frente a los bolcheviques de Largo. (Ricardo León, *Cristo en los infiernos*, 1941)

Pablo Neruda, en su *Canto general* (1950), describe con esta metáfora al dominico Vicente de Valverde y Álvarez de Toledo, que acompañó a Pizarro en la conquista del Perú y que bautizó al emperador inca Atahualpa:

«¡Chacales que el chacal rechazaría...».
El capellán
Valverde, corazón traidor, *chacal* podrido...
«Muerte,
venganza, matad, que os absuelva»,
grita el *chacal* de la cruz asesina.

El prolífico escritor catalán José María Gironella, en su famosa novela *Un millón de muertos* (1961), cuenta cómo son fusilados, en la guerra civil española, tres jóvenes que pertenecían a la centuria «Los Chacales del Progreso» en Gerona (otra era «Las Hienas antifranquistas»):

El cabo falangista era de Zuera y se llamaba Ayuso. Hombre de carnes caídas, flácido. Los tres «*chacales*» eran de Barcelona, muy aficionados al billar, muy jóvenes. El cabo Ayuso, que llevaba en la camisa unas flechas monumentales, les preguntó si tenían algo que alegar. Los «*chacales*», manos arriba y de espaldas, no contestaron...

Julio Cortázar, en *Rayuela* (1964), escribe: «Pueden sacar de la presente carta todas las copias que deseen, especialmente para los miembros de la ONU y gobiernos del mundo, que son puros cerdos y *chacalazos* internacionales...». Vargas Llosa utiliza la palabra como insulto:

—Cállate, *chacal* —gruñe el Padre García, sin ímpetu, con notorio desgano y en la puerta, detrás de las cañas, hay una ola de risas—. Silencio, *chacal*.
—Estoy callado —ruge Lituma—. Pero ya no me insulte, soy un hombre, no me gusta, cierre su boca, Padre García. Pídaselo usted, doctor Zevallos. (*La casa verde*, 1966)

En el *Diccionario de los símbolos* de J. Chevalier, podemos leer: «Por aullar a la muerte, merodear alrededor de los cementerios y nutrirse de cadáveres, el chacal es un animal de mal agüero lo mismo que el lobo. En la iconografía hindú, sirve de montura a Devī en su aspecto siniestro».

El presidente guatemalteco Carlos Manuel Arana Osorio (1918-2003) fue conocido como «el *chacal* de oriente» (además de «El carnicero de Zacap»). En 1973, Fred Zinnemann dirige *The Day of the Jackal* (en español *Chacal* o *El día del chacal*), protagonizada por Edward Fox, que cuenta el plan del asesino a sueldo con ese nombre conocido, que intenta asesinar al presidente francés de Gaulle.

3.1.70. *Es una pantera*. La pantera es el «leopardo, especialmente el de pelaje negro». Su nombre científico es *Panthera pardus*. En Cuba y México, metafó-

ricamente, «persona atrevida, audaz»; en Uruguay, «persona que se destaca por su eficacia». En la definición de *leopardo* no hay ningún rasgo especial relacionado con la audacia. Pero, ya Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611) anotaba: «animal en extremo fiero» (con la correcta etimología griega).

La palabra procede del latín *PANTHERA*, y este del griego *πάνθηρ*, o sea, *πάν* «todo» y *θηρ* «fiera». La primera documentación está en Alfonso X: «de grandes bestias saluaies como de Tigres et de *pantheras* que dize el latín por lobos ceruales» (*General Estoria*, c. 1280). En la anónima *Traducción de la «Historia de Jerusalem abreviada» de Jacobo de Vitriaco* (1350), hay una larga descripción del animal:

E son allé muy fermosas animalias que llaman *panteras*, de blanco e negro cobiertas de manchuelas redondillas e por la afecçión de su olor todas las animalias maravillosamente la siguen. E después que fueren abastadas e fartas de diversas caças continuamente duermen en sus cuevas tres deas e tres noches; e quando están despiertas e dan bramido, tan grant suavidad de olor alcançan de su grarguero[«garganta»] que a todas las cosas preçiosas de buen olor vençen, tanto que todas las bestias por dulçedunbre de espiramento lo traen a sí, salvo las serpientes que con buen olor son muertas.

Es muy tardía su aparición metafórica (ya en el XIX): «a este nombre nuestro don Jenaro se ponía furioso como una pantera» (José Mármol, *Amalia*, 1851-1855); «cuando, ¡Madre de Dios!, sale doña Pura hecha una pantera y arremete contra Víctor, badila en mano» (Galdós, *Miau*, 1888). Después, Guillermo Cabera Infante incluye en su novela *La Habana para un infante difunto* (1986) el siguiente texto que describe el prototipo de mujer sensual:

Me desvestí con la luz prendida... y apagué la luz y en seguida me metí en la cama y me acosté, esperando. Vi cómo la luz del b se apagaba en las rendijas y oí abrirse la puerta, pero no oí nada más (su paso era felino: una *pantera negra* en la oscuridad, sus ojos verdes ardiendo con fulgor en el bosque de la noche) hasta que sentí cómo se metía en la cama, penetraba debajo de la sábana y venía hacia mí, sobre mí, sintiendo su seno solo sobre mi pecho, blando y duro a la vez, su cuerpo hecho carne táctil sobre mi cuerpo, su blandura convertida en una suavidad que había que celebrar porque era única: una mujer, toda una mujer, mi primera mujer en mi vida.

Por razones bien distintas, Rodolfo Rodríguez ha sido un portero uruguayo (setenta y nueve veces de la selección nacional) llamado *la pantera de Montevideo*. José Luis León, profesor de la Universidad del País Vasco, en su *Mitoanálisis de la publicidad* (2001), hace un interesante análisis sobre la animalización del hombre y de la mujer, como reclamo publicitario:

Para mejor reproducir la atracción sexual en su dimensión instintivamente agresiva, varón y mujer son representados con formas animales, de predadores y cazados, aun cuando el papel asignado a cada sexo puede ser alternante; ahora bien, si el animal predador es el varón, normalmente resulta burlado en sus expectativas (anuncio de

Chanel, donde el varón toma forma de un gatazo gigantesco y la hembra es una belleza-pájara que se balancea en el interior de una jaula dorada, segura de su atractivo y del placer que le produce ser vista por un predador limitado a un voyeurismo frustrante)... Cuando el «predador» es la mujer asume formas felinas igualmente, pero al margen de la frustración, más bien como representación del sueño masculino por verse acosado sexualmente, entonces aparece en escena la *mujer pantera*, mito arraigado que aun siendo menos frecuente puede ser colocado a la altura del resto de imágenes bestiales de la mujer, aunque los creativos, como en el caso de la colonia Jacqs...

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *ágil* y *esbelta* y con el verbo *rugir*.

3.1.71. *Es una mofeta**. La mofeta es un «mamífero carnicero americano... que, cuando está en peligro, lanza un líquido fétido que segregan dos glándulas que están cerca del ano». Hay varias especies de los géneros *Conepatus*, *Spilogale* y *Mephitis*. A veces, aunque el diccionario académico no lo recoge, se aplica a la «persona que huele mal».

La palabra es un italianismo, *mofetta*, que deriva de *mofeta* («emanación de gas pernicioso que se desprende de una mina...»), que viene del latín *MEFITIS*, «exhalación pestilente», de cuyo derivado *MEFITICUS* procede el cultismo español *mefítico* («maloliente aplicado al aire, al gas»). La primera documentación es muy tardía y ya con sentido metafórico. Está en la novela del cubano Reinaldo Arenas, *El mundo alucinante* (1965-1980): «Y he conocido a toda la nobleza (muy rancia, desde luego, lo cual se puede reconocer por el olor). Aquella *mofeta* de pelo erizado es la reina». También está, aplicado a una persona, en *El americano ilustrado* del dramaturgo venezolano José Ignacio Cabrujas: «Te confundí con el Agregado Cultural boliviano, Eloy González... (A Arístides) ... *una especie de mofeta esquinera* que literalmente me asalta en los pasillos con un libro de poemas escritos en aymará y no sé qué endiablada proposición de publicarlos». Javier Maqua, en su novela *Invierno sin pretexto* (1992) nos presenta este diálogo entre dos mujeres:

Remedios la miraba con una media sonrisa cargada de desprecio.

—¿Lo hueles todo? ¿Y cómo puedes resistir el tufo a sobaquina de *esa mofeta de aprendiz* cuando se sienta embobado a dos palmos de tus narices y te come con los ojos? ¡Dímelo! ¿Cómo puedes resistir la peste del «jorobadito de la calle Huertas»?

En lugar de dar su brazo a torcer, sin pensarlo dos veces, Lucía respondió:

—Porque *esa mofeta*, como tú le llamas, huele a rosas.

3.1.72. *Es un zorrino**. En Aragón, la mofeta se denomina *zorrino*. Según el *Diccionario de americanismos*, también en Perú, Bolivia, Paraguay, Argentina y Uruguay.

Es el diminutivo de *zorro* (del portugués *zorro*, «holgazán»). La forma *zorrillo* está documentada por primera vez en el *Sumario de la natural y general historia de las*

Indias (1526) de Gonzalo Fernández de Oviedo: «Ay unos animales pequeños como chiquitos gozques, pardos, e el hocico e los medios braços e piernas, negros, e quasi del talle e manera de *zorrillos* de España, e no son menos maliciosos y muerden mucho».

La primera documentación, con alusión al mal olor, está en la obra del botánico burgalés Hipólito Ruiz, *Relación histórica del viaje a los reinos del Perú y Chile* (c. 1793–p. 1801): «... el Chingue, cuya negra piel tiene una faja blanca que rodea el lomo de este animalito, el qual siendo perseguido arroja con ímpetu *cierto humor fetidísimo*, como aquel del *zorрино*». El uruguayo Eduardo Acevedo, en su novela *Ismael* (1888), recuerda también en mal olor del animal: «Jorge se sintió profundamente herido; y deseando descargar en alguno su rabia, dio un terrible rebencazo a un mastín que había venido hasta allí refregándose en los pastos el hocico, bañado *por el licor acre y pestilente de un zorrino*, con el cual acababa sin duda de mantener combate en campo abierto».

Como insulto, está en los *Cuentos completos* (c.1940–a.1966) del hondureño Óscar Acosta: «—Bueno, zorrillo —dijo dirigiéndose a Sabino, con una sonrisa maligna, pero en son de broma—, es bueno que ya solucionemos el asuntito del otro día. ¡A mí ningún cabrón me va a poner cuernos!». También en *Los ríos profundos* (1986) del peruano José María Arguedas: «—¡Eh, tú, vagabundillo; *zorrillo*, *zorrillo*! —me iba diciendo».

En Chile, se aplica a los vehículos policiales que lanzan gases: «la policía recurrió a seis vehículos lanzaguas, una decena de microbuses y media docena de carros lanzagases, llamados “*zorrillos*” popularmente, para impedir la concentración» (*Revista Hoy*, 11/05/1986).

3.1.73. *Es una garduña*. [garduñar★] [garduñador★] Además de «mamífero carnívoro» (su nombre científico es *Martes foina*), es el «ratero que hurta con maña y disimulo». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995), que amplía la definición académica: «Ratero que con habilidad, maña y disimulo grande logra hurtar las más escondidas bolsas y carteras; en medios rufianescos: puta que a su vez roba con arte a sus clientes». También es, en el diccionario académico, un «grupo desordenado de gente» y un «juego de muchachos que consiste en lanzar cosas a la arrebatina», en el Salvador.

La palabra *garduña* parece prerromana. Su primera documentación está en las anónimas *Coplas de la panadera* (1445).

Diziendo «¡Guarda, Herrera!»,
bullendo como *garduña*,
assomó Pedro de Acuña
con una falsa grupera;
mas la su lança lardera,
pintada, muy gruessa y vana,

a Dueñas tornó tan sana
qual salió de la lançera.

Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Sumario de la natural y general historia de las Indias* (1526), compara un animal americano con la garduña: «Aquestas churchas en tierra firme, como en Castilla las *garduñas*, se vienen de noche a las casas a comerse las gallinas...». En sentido metafórico, está en *De las consideraciones sobre todos los evangelios de la Cuaresma* (a. 1598) de Fray Alonso de Cabrera:

Hase ya el juego acogido a sagrado, y ampárase en las Casas Reales donde no tiene entrada la justicia. Las músicas que se iban a oír a casas de conversación, y no muy santas, se valen de lugares santificados. Está hasta esta Iglesia tan llena de *gatos* y *garduñas* que, si dineros tuviese aquí donde estoy hablando, hay quien los asga y sin ser sentido ni conocido, ni aun castigado, aunque lo sea.

El vallisoletano de origen valenciano Alonso de Castillo Solórzano, en sus *Donaires del Parnaso* (1625), describe así a una mujer: «Flora, ambiciosa muger / que fue con todo mancebo, / si *garduña* de las almas, / de las bolsas arañuelo». El mismo autor escribe *La garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas* (1642), novela que comienza así (toda una explicación, por extenso, de la metáfora):

Es la *garduña* (llamada así vulgarmente) un animal que, según escriben los naturales, es su inclinación hacer daño hurtando, y esto siempre es de noche; es poco mayor que hurón, ligero y astuto; sus hurtos son de gallinas; donde anda no hay gallinero seguro, tapia alta ni puerta cerrada, porque por cualquier resquicio halla por donde entrar.

El asunto deste libro es llamar a una mujer Garduña por haber nacido con la inclinación deste animal de quien hemos tratado; fue moza libre y liviana, hija de padres que, cuando le faltaran a su crianza, eran de tales costumbres que no enmendaran las depravadas que su hija tenía.

También tiene algún uso como adjetivo. Quevedo habla de «*garduña* habilidad» (*Poesías*, 1597-1645) y el Conde de Villamediana dice que «Toda *garduña* prosapia / recela esposas y grillos» (*Poesías*, 1599-1622).

En el anónimo *Aviso a los forasteros. Tonadilla a solo [Tonadillas teatrales inéditas...]* (a. 1800) leemos: «Lo primero, forasteros, / no cortejaréis *garduñas*, / que se tragan el dinero / como si fuera aceitunas». Y Serafín Estébanez Calderón, en *Escenas andaluzas* (1847) escribe: «allí el dinerito del mundo, y tras él sus golosos y enamorados de toda laya y condición, la buscona, la *garduña*, el tahúr, el truhan, el caballero de industria, el trapacero bribón, y el perdonavidas que come por el espanto». La metáfora llega a la novela actual:

En ésas estaban cuando se les echaron encima dos *garduñas* a sobarles. No sabían de dónde habían salido. Eguren se zafó de un empujón de la que se le echó encima, pero

la otra, una gitana renegrida y enlutada, se echó encima de Pipe Rala, que se dejó hacer... Las *garduñas* se escaparon a la carrera.

—Joder, aún han tenido tiempo de pisparme un verde! (Miguel Sánchez-Ostiz, *Un infierno en el jardín*, 1995)

Y, en el ámbito del robo, GARDUÑAR★ es, según el *Diccionario de americanismos*, «recoger varias personas atropelladamente algo que se ha tirado al aire» (Honduras). Alguna vez se usó el derivado GARDUÑADOR, «ladrón» (ausente del diccionario académico): «Ay tanto del holgazán / sin ofiços ni señores / ni sin tener sólo un pan, / pregunto, ¿qué comerán / si no son *garduñadores*?» (Sebastián de Horozco, *Cancionero*, c. 1540-1579).

3.1.74. *Es una fuina*★. La fuina, con forma aragonesa, es la garduña, con la que comparte el significado de «ladrón» (que no está en el diccionario académico).

Parece que es un galicismo, *fouine*, derivado del antiguo francés *fou* «haya» (del latín FAGUS) «por criarse este animal entre dichos árboles». La primera documentación está en el aragonés Baltasar Gracián: «No dirán tal, decía el soldado, que yo me calcé botas de *fuina*; ¿qué dirán de un español?, que entre galos soi gallina» (*El Criticón segunda parte*, 1653). El también aragonés Braulio Foz en una obra curiosa, la *Vida de Pedro Saputo* (1844), utiliza la palabra en una ristra de insultos que Pedro Saputo dirige a una pobre mujer: «—Vaya con Dios... piltrafa pringada... piel de zorra, *fuina*...». Insulto que se repite más tarde con el también aragonés Ramón J. Sender en su *Réquiem por un campesino español* (1953):

El zapatero, con más deseos de hacer reír a la gente que de insultar a la Jerónima, fue diciéndole una verdadera letanía de desvergüenzas: cállate, penca del diablo, pata de afilador, albarda, zurupeta, tía chamusca, estropajo. Cállate, que te traigo una buena noticia: Su Majestad el rey va envidao y se lo lleva la trampa.

—¿Y a mí qué?

—Que en la república no empluman a las brujas.

Ella decía de sí misma que volaba en una escoba, pero no permitía que se lo dijeran los demás. Iba a responder cuando el zapatero continuó:

—Te lo digo a ti, zurrapa, trotona, chirigaita, mochilera, trasgo, pendón, zancajo, pinchatripas, ojisucia, mocarra, *fuina*...

3.1.75. *Es una cabra / es un cabro* (los rumiantes) [*estar como una cabra*] [*la cabra siempre tira al monte*] Los rumiantes son «mamíferos artiodáctilos patihendidos, que se alimentan de vegetales, carecen de dientes incisivos en la mandíbula superior, y tienen el estómago compuesto de cuatro cavidades». Como prototipos, el diccionario académico incluye el camello, el toro, el ciervo, el carnero y la cabra. Y aparecen con este rasgo en su definición *alce* («parecido al ciervo»), *alpaca* («de la misma familia que la llama»), *camello* (artiodáctilo), *ciervo*, *carnero*, *cabra*, *dro-*

medario («muy semejante al camello»), *jirafa*, *gamo* (también de los cérvidos), *llama*, *oveja* y *vicuña*.

Los rumiantes forman un grupo que comparte una determinada forma de comer (digiere los alimentos en dos etapas). Forma parte de él lo que podemos denominar ganado menor lanar: la *cabra*, la *oveja*, el *cordero*. *Pécora* es el genérico de este ganado menor. También están, como animales más alejados de nuestra cultura, la *jirafa* y el *camello*; finalmente, dos rumiantes americanos, el *guanaco* y la *llama*.

El grupo de los rumiantes que tienen significados metafóricos está compuesto por la *cabra* con el macho (*cabrón*) y sus crías: *cabrito*, *choto*, *chivo* y *chivato* (también, *baifo* en Canarias); la *oveja* con el macho, el *carnero*, y con su cría, el *cordero* (también *borrego* y *chiporro* en Chile).

En general, los significados metafóricos son negativos: una *cabra*, una *chota* o una *baifa* es la «persona loca»; una *pécora* es una «mala persona»; un *cabrón*, un *cabrito* o un *carnero* es un «cornudo»; un *chivato* o un *chota* «soplón»; un *borrego* es la «persona gregaria» o la «persona ignorante»; un *camello* es la «persona bruta» o un «traficante de drogas»; un *guanaco* es la «persona tonta»; una *llama* es un «campesino» (con sentido despectivo). Más neutro es el significado de *jirafa* («persona alta»). Solo *cordero* tiene un significado positivo: la «persona mansa», toda una referencia ideológica e icónica en el cristianismo.

Algunos son muy polisémicos: es el caso *chota*. Un o una *chota* es un «delator»; «persona que con frecuencia hace bromas o chistes y considera las cosas con poca seriedad» (Cuba); la «persona floja, pusilánime» y la «persona falta de habilidad» (Puerto Rico); un «conjunto de miembros de la policía» y un «miembro de la policía» (México, Honduras y El Salvador); una «mujer joven, impúber, que viste falda corta» (Bolivia); la «persona que tiene pocas luces o que obra como tal» (Argentina y Uruguay); la «persona de baja estatura» (Paraguay); y la «persona que trabaja con drogas» (Puerto Rico).

Salvo el americanismo *chiporro* y el canarismo *baifo* de documentación más reciente, casi todos son palabras medievales: de la época de orígenes son *cabra*, *carnero* y *cordero* y *camello*; del XIII, *cabrito*, *cabrón*, *borrego* y *jirafa*; del XIV, *carnero*. Aparecen, en los Siglos de Oro, *chota*, *chivo*, *chivato*, *guanaco* y *llama*. Los significados metafóricos son ya medievales en el caso de *cabrón*, *carnero*, *cordero* y *pécora*; de los Siglos de Oro, *cabra*, *cabrito*, *borrego*; el resto son del XIX y XX:

Al ser de uso frecuente, producen a lo largo de la historia, compuestos habituales (*chivo expiatorio* u *oveja negra*) y derivados verbales (*encabritar[se]**, *encabronarse*, *chotear[se]*, *chivar[se]* y *aborregarse*).

La *cabra* es un «mamífero rumiante doméstico, como de un metro de altura, muy ágil para saltar y subir por lugares escarpados...». Su nombre científico es *Capra hircus*. En Chile, metafóricamente, es «muchacha». Con frecuencia se aplica a las

personas «locas» (*estar como una cabra*); significado que tienen sus «crías» *chiva* y *chota*. En Hispanoamérica, se forma un adjetivo también con la forma masculina, *cabro*, con diferentes significados metafóricos, según el *Diccionario de americanismos* es «hombre homosexual» (Perú); «pareja de un hombre homosexual» (Costa Rica); en el «chulo de una prostituta» (El Salvador); persona «ágil, que sube o salta con facilidad» (Honduras, Nicaragua y Puerto Rico); persona «impertinente» (Puerto Rico) y «persona con la que se mantiene una relación amorosa más o menos formal» (Costa Rica). En el *Diccionario de argot* de Espasa, está como metáfora de «motocicleta», por semejanza formal, en el ámbito de los objetos. Recoge esta palabra Celadrán en su *Inventario general de insultos* (1995): «Decimos que está “como una cabra” a quien se conduce de forma alocada e inquieta, mostrando escaso sosiego».

La palabra procede del latín *CAPRA* y la primera documentación es de época de orígenes de la lengua, en un texto latino con algunas palabras romances (hermosos errores de los notarios): «Et ego io Elo recepit de uos abbas Martinus precium pro ipsa concambiatione terra in uilla de Anero... ubi dicunt in Uillanoba..., et supra inde accepit in pretium IIII moios de cebaria et *cabras* et obes per illas cassas recogeré...» (*Donación de bienes en Argoños, por Elo Díaz* [Cartulario de la iglesia de Santa María del Puerto], 1086).

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), escribe a la vez una alabanza de la utilidad la cabra, pero también un curioso vituperio moral de su valor simbólico y con unos tintes antifeministas clamorosos y una referencia final a su origen mitológico (todo ello hace que merezca la pena citarse por extenso):

Animal conocido, de mucho provecho para el hombre, porque con su fecundidad le da el regalo de los cabritos, la leche sabrosa y medicinal; su sangre expele el veneno, su piel reciente puesta sobre las heridas las sana, ella nos viste y nos calza, su hiel clarifica la vista, su pulmón puesto sobre la mordedura venenosa atrae a sí el veneno, su estiércol y orina engrasan la tierra para fructificar, sus cuernos quemados ahuyentan las serpientes, su pelo viste al pobre desnudo y su carne harta al miserable hambriento.

De la cabra hay algunos símbolos: significa la ramera, así por su mal olor y su lascivia en el ayuntarse con el cabrón, como por ir royendo los pimpollos verdes y tiernos, abrasando todo lo que ha tocado con la boca; tal es el estrago que hace la mala mujer en los mozos poco experimentados, gastándoles la hacienda, la salud y la honra. En la mitología... la cabra Amaltea fingen los poetas haber dado leche a Júpiter, y en reconocimiento de la crianza la colocó en el cielo entre las estrellas.

Ya Juan Pérez de Moya, en su *Philosophía secreta de la gentilidad* (1585), obra de divulgación mitológica y de su interpretación moral, había contado más detenidamente la historia de la cabra Amaltea:

Decir que le crio una *cabra* o las abejas es que, según Dídimo, Iúpiter fue encomendado al rey Miliesio de Creta, el cual tenía dos hijas llamadas Amalthea y Melisa, y éstas

criaron a Iúpiter; y dijeron que una cabra llamada Amalthea, por poético encubrimiento, o de las abejas, porque Melisa, hermana de Amalthea, en griego, quiere decir Apis en latín, que en nuestra lengua es abeja; por esto dicen que le criaron las abejas y una cabra. Y esto dijeron los poetas por engrandecer a Iúpiter...

También en la *Historia de yerbas y plantas* (1557-1567) del médico aragonés Juan Jarava se leía: «... las mugeres en Thessalia dan las raíces *con leche de cabra* para incitar a los maridos a la luxuria». Y en la *Declaración magistral sobre los emblemas de Andrés Alciato* (1615) de Diego López, discípulo del Brocense en Salamanca, se ampliará la referencia a su carácter lujurioso:

... (capra / refert scortum) la *cabra* representa la ramera. Significa la *cabra* la ramera, porque daña con su diente más que otro animal al alguno. así la ramera es muy cudi-ciosa de la gente moça, a la qual daña mucho, porque aquella edad es la más fácil de ser engañada con el apetito censual, y porque tiene poca experiencia... También la ramera es llamada *capra*, porque es animal muy luxurioso y por esta causa dize Plutarcho en las Questiones Romanas, que los Sacerdotes de Roma no comían carne de cabra...

En la poesía satírica de los Siglos de Oro, aparece como «marido cornudo», a veces con alusiones al pueblo cordobés:

Si no de buey, por lo chicas,
eran de un cabrón sus zancas,
más que un pretendiente y más
que un filósofo barbadas;
con chinelas de pesuñas,
era *letrado de cabra*,
y pisaba de marido,
pues como algunos pisaba.
(Polo de Medina, *Poesía*, 1630-1655)

Como «persona loca», está en *Fortunata y Jacinta* (1885-1887) de Galdós: «Lo que usted decía: no es posible quitárselo de la cabeza. Una de dos, o matarle o dejarle, y como no le hemos de matar... Al fin convinimos en que yo vería hoy a esa... *cabra loca*».

Como «muchacha», está en la novela *El obsceno pájaro de la noche* (1970) del chileno José Donoso: «—Yo no necesito ninguna máscara para culiarme a esa *cabra* medio tocada» [Recuérdese que *culear*, en Argentina, Chile y Colombia, significa «realizar el coito»]. También en el siguiente texto oral: «Porque mira, yo me acuerdo, fíjate que como yo ya pasé esa edad hace ratito, fíjate que, cuando yo era *cabra*, así como como dieciséis o menos, catorce, quince, empezó la moda del new look» (CH-8. Mujer de 38 s. Egresada de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile).

Como «niño, muchacho», está en la novela *El campeón* del chileno Juan Forch: «... papel de padre que pretenden imponernos en estos tiempos modernos. Sucede que de un día para otro los *cabros* chicos se convirtieron en lo más importante del mundo... —¿Y sigue haciendo clases y soportando *cabros* de mierda?». Aquí tenemos un texto oral chileno, con el significado de «muchacha»: «Porque mira, yo me acuerdo fíjate que como yo ya pasé esa edad hace ratito fíjate que, cuando yo era *cabra*, así como como dieciséis años o menos, catorce, quince, empezó la moda del new look» (CH-8. Mujer de 38 años. Egresada de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile). En cuanto al significado de «homosexual», tenemos este texto de Paolo de Lima: «los ataques de asaltantes y de las Bandas de los *Matacabros*. En principio, vale destacar que el término “*cabro*” refiere a una procaz y coloquial expresión juvenil limeña para designar a los homosexuales» («Peces encastados, cuerpos putrefactos y espacios simbólicos marginales en una novela latinoamericana de fin de siglo». *Ciberayllu*. andes.missouri.edu/andes/Índice_Completo: andes.missouri.edu, 31/12/2004).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *agreste*, *ligera* y *loca* y con los verbos *brincar* y *saltar*.

Genera una locución verbal (*estar como una cabra*) y una expresión (*la cabra siempre tira al monte*). ESTAR COMO UNA CABRA es una locución verbal con el significado de «estar loco, chiflado».

LA CABRA SIEMPRE TIRA AL MONTE es una expresión usada para «significar que regularmente se obra según el origen o natural de cada uno». En cuanto a la primera, se documenta por primera vez en *Trescientos millones* (1932) del argentino Roberto Arlt: «Juro por mi honor que esta mujer está *más loca que una cabra*». Un poco más tarde, Lezama Lima (*Paradiso*, 1966) le añade el adjetivo «español»: «Al acercarse de nuevo a la mesa, el camarero decía: —Pobre diablo, está *más loco que una cabra española* solitaria por los riscos—. En cuanto a la segunda, la primera documentación es del XIX: «Se dice que sus ideas no son las que ahora convienen, que fue hechura de Fulano, que *la cabra tira al monte*, y así con cuatro calumnias y un par de embrollos más o menos se hace que se le jubile, y vacante lista y memorial al canto» (Sebastián de Miñano, *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional*, 1820-1823).

La cabra está en bastantes refranes. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge, entre otros, los siguientes, también de una misoginia rampante: «*ánade, muxer i kabra, mala kosa siendo magra; una buena kabra, i una buena mula, i una buena muxer, son mui malas bestias todas tres*». También incluye estos dos explicados: «*la ovexa lozana dixo a kabra: dame lana*. Kontra los ke piden a otros ke karezen de lo ke ellos abundan»; «*xugar a la kabra ziega*. Por: andar en devaneo». Hace una interesante disertación sobre «¿*K'avrá sido mi marido, k'avrá sido? Mi marido fue a la arada, i no a venido, ¿k'avrá sido?*»:

La grazia está en komerse letras i xuntar partes, por «¿ké avrá sido mi marido?», i aludir al nonbre «kabra» por la zerkanía de las letras, i kon él llamarle kornudo, por «kabrón»; ke pareze va a dezir: «Kabra a sido mi marido, kabra a sido». Komo el otro marido de entremés, i paziente, ke entrava kedito, para bolverse si estava okupada la muxer; sintiendo la puerta i diziendo ella «Kién anda aí?», rrespondía mui manso «Io soi ke abro», pronunziando: «Io soi k'abro», por «kabrón», marido de kabra.

3.1.76. *es un cabrito*. [encabritar(se)*] Un cabrito es la «cría de la cabra desde que nace hasta que deja de mamar», pero —metafóricamente— es el «kabrón», o sea «el que hace malas pasadas», «el que padece la infidelidad de su mujer» y el «cliente de casas de lenocinio». Es decir, hereda los significados del aumentativo. Celdrán, en su *Inventario de insultos* (1995), anota: “‘Al cornudo primerizo llaman algunos cabrito’”. Es frase sentenciosa que escuché en el barrio sefardí de Jerusalén entre judíos turcos de procedencia española».

Es diminutivo de *cabra*. Su primera documentación está en *La fazienda de Ultra Mar* (c. 1200) de Almerich: «Morará el lobo con el carnero, el leopart e el cabrito recordaran en uno, e ninno pecquenno los menará» [recordar era también entonces «despertar»; *menar* era «llevar»: hoy tenemos el francés *mener*]. En la tradición simbólico-teológica cristiana tiene connotaciones negativas: «¿Qué tiene que ver cordero con *cabrito*? Porque por el cordero se figura la inocencia; *por el cabrito, la malicia*. ¿Pues cómo ha de sufrir lo uno por lo otro? Muy bien; porque Cristo es juntamente cordero y *cabrito*; en sí, cordero, y por nosotros, *cabrito*» (Fray Alonso de Cabrera, *Consideraciones sobre los Evangelios de los domingos de Adviento*, a. 1598).

Vicente Espinel, en su *Vida del escudero Marcos de Obregón* (1618), comenta un divertido refrán, en el que explica jocosamente la relación semántica entre el diminutivo y el aumentativo:

Y riéndose ella, proseguí diciendo que en Italia traen un refrancete a este modo que «el que casa viejo tiene el *mal del cabrito*, que o se muere presto o viene a ser kabrón». «¡Jesús! —dijo mi ama—. ¿Pues eso ha de imaginar un hombre tan honrado como vos?» «Señora —dije yo—, lo que veo y he visto siempre es que al viejo que se casa con moza, todos los miembros del cuerpo se le van consumiendo si no es la frente, que le crece más».

La primera documentación como insulto es ya del siglo xx, en una espantosa escena de violencia en la novela *Jarrapellejos* (1914) de Felipe Trigo:

Asimismo, con su borrachera, el Gato volvió a su domicilio a punto de las once; empezó por atizarle una felpa a la Sabina, hasta que le entregó el dinero recibido de don Pedro por la venta de la Petrilla; llamó a Petrilla, púsola como un reverendísimo guñapo; tiró del puñal, por último, y, quieras que no, trincó a la madre del pescuezo, la enchiqueró en un cuarto..., y en la cama de la de enfrente tumbó a la chica y la gozó, mientras que a través de la cerrada puerta gritábale la otra: «¡Sí, sí, anda, ladrón..., *cabri-*

to...; pero te chinchas, que s'acostao cuarenta veces con Melchó, y le hamos vendió el virgo lo menos a catorce!»...

Aparece en dos ocasiones en la obra de Valle-Inclán: «Max estáte ahí. La pisa bien me espera un *cabrito viudo*. Max Que se aguante» (*Luces de Bohemia*, 1920-1924); «La Daifa ¡*Cabritos* sois! Juanito Ventolera ¡Y tan *cabritos*! La Madre del prostíbulo aparece por la escalerilla, llenándola con el ruedo de sus faldas» (*Las galas del difunto*, 1926-1930). En ambos casos, parece que es el «cliente del prostíbulo». También aparece varias veces en *La colmena* (1951-1969) de Cela: «Padilla, un día, llamó *cabrito* a un galanteador de la señorita Elvira...». Como «cliente de una prostituta», está en este tenso y conmovedor diálogo entre Victorita y doña Ramona:

—No, doña Ramona. No tengo tiempo. Me espera mi novio. A mí, ¿sabe usted?, ya me revienta andar dándole vueltas al asunto, como un borrico de noria. Mire usted, a usted y a mí lo que nos interesa es ir al grano, ¿me entiende?

—No, hija, no te entiendo.

Victorita tenía el pelo algo revuelto.

—Pues se lo voy a decir más claro: ¿dónde está el *cabrito*?

Doña Ramona se espantó.

—¿Eh?

—¡Que dónde está el *cabrito*! ¿Me entiende? ¡Que dónde está el tío!

—¡Ay, hija, tú eres una golfá!

—Bueno, yo soy lo que usted quiera, a mí no me importa. Yo tengo que tirarme a un hombre para comprarle unas medicinas a otro. ¡Venga el tío!

Con el sentido de «mala persona», está en el teatro de Alfonso Sastre: «No sé qué les da a éstos para atar así a las personas. ¿Para qué? En mi opinión eso va contra la dignidad humana; pero vete tú a decírselo. Son de lo que no hay, por lo menos algunos; hay cada *cabritoque* ...»; «Tania Parece que Sergio, el muy *cabrito*, lo ha cantado todo. ¿No es así?» (*Análisis de un comando*, 1979).

Tiene, como derivado, el verbo ENCABRITAR(SE)*, «hacer que un caballo se empine, afirmándose sobre los pies y levantando las manos». La primera documentación es del XVIII: «Los dos cónsules del pueblo romano que llevaban los cordones, se portaron como unos Césares: al primer corcobo tiraron los cordones, y con esto el animal, tirado por delante, de ellos, y del Papa, con la brida para atrás, era fuerza que se *encabritase* más» (José Nicolás de Azara, *Cartas de Azara al ministro Roda en 1769* [*Cartas a Don Manuel de Roda*], 1769). Metafóricamente, es «enfadarse» (acepción no recogida por el diccionario académico), que ya está en Galdós: «¡Al demonio!... —repuso con exaltación D. Juan. —¿También usted se me *encabrita*?» (*Juan Martín el Empecinado*, 1874).

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge el siguiente refrán: «Tienen los ke pobres son la desgrazia del *kabrito*: o morir kuando chikito, o llegar a ser kabrón».

Hay que recordar que *capricho* procede del italiano *capriccio*: «Voglia, o Idea, che ha del fantástico e dell'irregionevole... Probabilmente da Capra, animali di movimenti sfrenati ed incomposti...» (*Vocabulario de los Académicos de la Crusca*, 5.^a edición).

3.1.77. *Es un cabrón*. [encabronarse] [cabronada] [cabrón con pintas] El cabrón es el «macho de la cabra». Metafóricamente, es la persona (animal o cosa) «que hace malas pasadas o resulta molesto» (también *cabrón con pintas*); también el hombre «que padece la infidelidad de su mujer, y en especial si la consiente» y el que «aguanta cobardemente los agravios o impertinencias de que es objeto»; es «disgustado, de mal humor» (Cuba) y hombre «experimentado y astuto»; en Bolivia, Chile, Ecuador y Venezuela es el «rufián que trafica con prostitutas». Según el *Diccionario de americanismos*, además, es la persona que es «amiga inseparable» (México, Guatemala, El Salvador, Nicaragua); «cobarde» (Perú); «extraordinaria, excelente» (El Salvador, Puerto Rico y Bolivia —juvenil—); «muy fuerte» (República Dominicana). El *Diccionario de Autoridades* llamaba la atención sobre el carácter del insulto: «Esta palabra se tiene por mui injuriosa en España, y en otras Naciones de la Europa...». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Marido engañado, o que consiente en el adulterio de su mujer; llamamos también cabrón al rufián, individuo miserable y envilecido que vive de prostituir a las mujeres. En otro orden de cosas, se dice de quien por cobardía aguanta las faenas o malas pasadas de otro, sin rechistar; también de quien las hace».

La palabra es el aumentativo de *cabra*. La primera documentación está en Berceo: «est ofreció a Dios non *cabrón* nin carnero, mas dio en sacrificio pan e vino» (*Del sacrificio de la misa*, pp. 1228-1246). Con sentido ofensivo, ya está en el *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa* (c. 1445-1519): «Y el *cabrón* de Micer Prades, / descornado, cabiztuerto, / saco lleno de ruindades, / y otro tropel d'abades / en las cámaras del huerto».

Sebastián de Horozco, en su *Libro de los proverbios glosados* (1570-1579), explica la relación del animal con la infidelidad:

Y la razón por qué se debe llamar *cabrón* es porque según escribe Plinio en el capítulo, «De hirco et capra» que aunque todos los animales y aún las aves tengan celos y no consientan que otro animal se eche con la hembra con quien ellos se echan, sólo el cabrón es animal paçiente el qual permite y no se le da nada que otros cabrones se echen con la cabra que él se echa. Y no pelea con ninguno sobre ello como hazen los otros animales. Y así los hombres paçientes con justa causa se pueden llamar *cabrones* más que otros animales cornudos.

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), escribe: «Llamar a uno *cabrón*, en todo tiempo y entre todas las naciones, es afrentarle. Vale lo mesmo que cornudo, a quien su muger no le guarda lealtad, como no la guarda

la cabra, que de todos los cabrones se dexa tomar...; y también porque el hombre se lo consiente, de donde se siguió llamarle cornudo, por serlo el cabrón según algunos...». Quevedo utiliza la palabra en su poesía satírica:

Hízose desear por zahareña,
y viéndola medrada,
estaba deseada.
Diole a un letrado oídos,
en cuya barba vio pronosticado
que antes sería *cabrón* que no letrado.
(*Poesías*, 1597-1645)

Está, como cabía esperar y como insulto, en Galdós: «Me parece que oigo aquellas finuras: “¡indecente, *cabrón*, najabao, randa, murcia...!”. No era posible semejante vida» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887). Más tarde, Valle-Inclán, en *Los cuernos de don Friolera [Martes de carnaval]* (1921-1930), recurre a la metáfora: «Don Friolera ¿Y si esta infamia fuese verdad? La mujer es frágil. ¿Quién le iba con el soplo al Teniente Capriles?... ¡Friolera! ¡Y era público que su esposa le coronaba! No era un *cabrón consentido*. No lo era... Se lo achacaban. Y cuando lo supo mató como un héroe a la mujer, al asistente y al gato».

En el *Diccionario de los símbolos* de J. Chevalier, podemos leer:

El macho cabrío es un animal trágico. Existe una relación cierta, aunque las razones están aún mal definidas, entre la tragedia (literalmente: canto del buco) y este animal que le ha dado su nombre. La tragedia es en el origen un canto religioso con que se acompaña el sacrificio de un cabro en las fiestas de Dionisos...

El cabro está también, como el morueco, la liebre, la paloma y el gorrión consagrado a Afrodita en cuanto animal «de naturaleza ardiente y prolífica».

En la edad media el diablo se presentaba en la forma de igüedo. En los relatos edificantes la presencia del demonio, al igual que la del cabro, se advierte por un olor fuerte y acre.

Genera un derivado verbal (*encabronarse*), un derivado sustantivo (*cabronada*) y un compuesto sintagmático (*cabrón con pintas*). ENCABRONARSE aparece por primera vez en *El arte de putear* (c. 1771-1777) de Nicolás Fernández de Moratín, en un sentido literal, que no recoge el diccionario académico: «si voluntario al uno más le agrada / y andar a la que salta, otro quería / *encabronarse* en amancebamiento». Como «enfadarse», está en *La saga / fuga de J. B.* (1972) de Gonzalo Torrente Ballester: «porque mi señora está un poco *encabronada* conmigo por un cuento con que le fueron...».

También, como derivado, está el sustantivo CABRONADA. La primera documentación, como «incomodidad grave e importuna que hay que aguantar por alguna consideración», es del XIX: «Pues el que más y el que menos ha tenido que aguantar muchísimas *cabronadas* para conseguir el pase de la bula...» (Sebastián de Miña-

no, *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional*, 1820-1823). Como «acción infame consentida contra la propia honra», está en anónimo *El libro de los casados* [*Romanes de ciego*] (c. 1850-1900): «ni aguanten estas *cabronadas*, / ni castigue a la mujer, / ni ella se incomode en nada...». Finalmente, como «mala pasada, acción malintencionada o indigna contra otro», aparece en *Un millón de muertos* (1961) del prolífico escritor catalán José María Gironella: «—Durruti ha muerto —repetía—. Durruti ha muerto. ¡Qué *cabronada*!».

CABRÓN CON PINTAS es una variante expresiva, y creo que intensiva, de *cabrón* («que hace malas pasadas»). Es una expresión muy reciente; está por primera vez en la singular novela de Carlos Pérez Merinero, *Días de guardar* (1981): «El chaval del ascensor me observa con ojitos brillantes. A lo mejor me ha tomado por un artista de cine y me pide un autógrafo. Pero me quedo con las ganas. No me dice ni miau. Por ser un *cabrón con pintas* no le doy propina». También aparece, en *Ocho y medio* (2004), un guion cinematográfico de Gracia Querejeta y David Planell: «El segundo tenía una cadena de hoteles de medio pelo, también en México, en la costa. *Un cabrón con pintas*. Pasó de mi madre y la dejó colgada, y a mí con ella... aguantando su cuelgue».

3.1.78. *Es una chota**. [*chotear(se)*] [*choteo*] [*chotería*] [*estar como una chota*] [*oler a chotuno*] La chota es la «cría de la cabra» (en algunos sitios, también de la vaca). Quizás porque «abre también la boca» ha pasado a denominar, metafóricamente, al *soplón*, al *delator* (un *mouton*, en francés, es un espía o delator; y una *cabra* es un denunciante, en portugués). En Cuba, también es la «persona que con frecuencia hace bromas o chistes y considera las cosas con poca seriedad». En Puerto Rico, es «persona floja, pusilánime» y «persona falta de habilidad». Según el *Diccionario de americanismos*, hay otros significados metafóricos: «conjunto de miembros de la policía» y «miembro de la policía (México, Honduras y El Salvador), «mujer joven, impúber, que viste falda corta» (Bolivia); «persona que tiene pocas luces o que obra como tal» (Argentina y Uruguay); «persona de baja estatura» (Paraguay); «persona que trabaja con drogas» (Puerto Rico).

El nombre parece que es una onomatopeya por el ruido que hace al animal al chupar las ubres de la madre. La primera documentación es del xvi, en un nombre compuesto de pájaro: «Es vn páxaro que en latín llaman *caprimulgo* que en castellano se puede bien llamar *chota cabras* o *mama cabras*, mayor que mierlas» (Gabriel Alonso de Herrera, *Obra agricultura*, 1513). Solo, como denominación de la «cría de la cabra», aparece en el siglo xix: «Desde los cuarenta y ocho días adelante el individuo suele principiar a comer, y hasta los cuatro meses que es cuando se le debe destetar, se llama *mamón*, *choto* o *chota*» (Ventura de Peña y Valle, *Tratado general de carnes*, 1832).

Como «soplón», está documentada por primera vez en la novela *Contrabando* (1938) del cubano Enrique Serpa:

Este Martel es el mismo que mató al Morito, ¿verdá?

—Cuando usted lo dice... Yo, qué quiere que le diga, no me preocupo de lo que nadie haiga hecho; ca cual liquida sus cuentas como pué. Y además —le asestó una mirada recta como un golpe de arpón—, no me cubre *el oficio de chota*.

El detective estiró el cuello, como, al tragar, una gallina:

—¡Ah!, creí que tú lo sabrías. ¿Tú no estuviste también en presidio?

También en la novela *Felices días tío Sergio* (1995) de la puertorriqueña Magali García Ramis: «—No si tú no abres la boca —dijo Andrés—. —El *chota* aquí siempre has sido tú —le grité». Es palabra frecuente en el léxico carcelario. Aparece varias veces en la novela *La otra orilla de la droga* (1984) de José Luis Tomás García: «Los van a engatillar. Con tanto *chota* suelto como hay, alguno lo berreará todo al Crespo» [*berrear* es término de germanía: «descubrir, declarar o confesar algo»]; «Seguro —afirmó el Bobadilla—. Con la cantidad de *chotas* que hay aquí, ya habrán trincado al gitano»; «Y alguna *chota* se va a ir de la mui» [*mui* es término del caló, «boca»]; «Si alguna *chota* no llega a vomitar el asunto, ésos se largan»; «Se iba a convertir en una mamona, una *chota*, un chivato...», curiosa enumeración de sinónimos.

El sentido de «mujer joven, impúber, que viste falda corta», está en la novela *Larga hora: la vigilia* (1979) del boliviano Renato Prada Oropeza: «Ella, toda una señorita de ciudad, señorita de bien y “gallardía de abolengo” como dice el padre Angélico de algunas *chotas* de la Ciudad, de familias bien que visitan el convento con flores y sonrisas, regalos, dejando el salón lleno de perfume que nos perturba la serenidad por varios días».

Con el significado de «policía», está en la obra de teatro *Epifanio el Pasadizo* (2002) del mexicano José Ramón Enríquez: «Carreras, mi doña, fíjese que ésas sí sabemos pegarlas, sobre todo cuando la *chota* nos divisa y se acerca...»; pero también en una novela de la colombiana Cristina Buin, cuya acción podría desarrollarse en México: «No se duerman porque la *chota* anda queriéndonos cazar» (*El dolor de la Ceiba*, 1993).

Como «persona pusilánime», está en *El día menos pensado. Historia de los presidiarios en Puerto Rico* (1994) de Fernando Picó. «... aburridos o pasados de moda, los cobardes y los *chotas*, los tristes y los feos, los albinos y los bajitos...»; «... ama de la calle, quién es el líder, el malote, el *chota* y quien es el más turbulento y el más arriesgado...».

En Nicaragua, es «policía»:

El principal enemigo de un tortillas (pandillero) es la cepita (policía), a la que denominan con más de veinte nombres: azules, caza fantasmas, buquí, pesca, paco, *chota*, tumbo, mona, titil, torio, Toribio, burbuja, combatiente, combo, charada, charola, fosforito, jara, jura, mangachinga, perro, pitufos, polizonte, rascabolos, robocop. (*La Prensa*, «El lenguaje del pandillero en Nicaragua», 05/12/1997)

Chota genera un derivado verbal (*chotear[se]*), dos derivados sustantivos (*choteo* y *chotería*) y dos locuciones verbales (*estar como una chota* y *oler a chotuno*). CHOTEAR(SE) es «pitorrearse», pero tiene también otros sentidos: «retozar, dar muestras de alegría» (Argentina); «estar de vacaciones» (El Salvador). En el *Diccionario de americanismos*, «delatar a alguien» (Puerto Rico); «mirar, dirigir la vista» (Guatemala y Honduras). El sentido más extendido, «pitorrearse», «burlarse de alguien», está ya en Galdós: «La gachí parece una diosa de las que he visto pintadas en un libro que tiene don Florestán... No pude fijarme más porque ellas me miraban como *choteándose* de mí. Me dio vergüenza...» (*De Cartago a Sagunto*, 1911).

CHOTEO («burla», «pitorreo») se documenta por primera vez en *Tirano Banderas* (1927) de Valle-Inclán: «—Es el niño bonito que entra y sale como perro faldero en la Legación de España. La Prensa tiene hablado con cierto *choteo*». El sentido puertorriqueño de «delatar a alguien» está en la novela de Magali García Ramis, *Felices días tío Sergio* (1986): «—No me hables malo o te *choteo* con Mami —fue lo único que se me ocurrió decir» (en España, es *chivarse a alguien*). También tenemos documentado el sentido «mirar, dirigir la vista» en la novela *La siguamonta* (1993) del guatemalteco Marco Antonio Flores: «Y todo mi cuerpo tieso. En eso que *choteo* a las mujeres que venían carrereando y dando de gritos. Algo se me desquebrajó adentro».

En Cuba, CHOTERÍA es la «burla que se hace a alguien en tono de broma o chiste». La única documentación en los *corpora* académicos está en *Los cuentos famosos de Pepe Monagas* (1941-a. 1961) del escritor costumbrista canario Francisco Guerra Navarro: «—Vaya, Pepe, ya vienes acá con una *chotería* de las tuyas...».

ESTAR COMO UNA CHOTA está documentada a mediados del siglo XX: «Sebas volvió a tumbarse de golpe y se reía a carcajadas. —¡Como una *chota*, estoy! ¡Es verdad! —Pues menos mal que lo reconoces» (Rafael Sánchez Ferlosio, *El Jarama*, 1956). Después, es bastante frecuente: «Mi mujer *está como una chota*, y no sé qué hacer con ella. —Claro, y como tu mujer *está como una chota*, vienes tú al psicólogo» (Lola Beccaria, *La luna en Jorge*, 2001); «... o un tío suyo cura, que yo creo que *está como una chota*. —Pues si lo dices tú, hija mía, cómo estará el señor» (Antonio Gala, *Los invitados al jardín*, 2002).

OLER A CHOTUNO es una locución verbal que significa «despedir cierto mal olor, semejante al del ganado cabrío». Aparece en el siglo XVII: «Por tanto me fui solo, y fiado en que el maestro de cámara, mi amigo, me llevaría por la barba, como lo hizo antes de ayer mañana: besé y rebesé el sacro coturno, y me hizo mil expresiones, hasta cogerme para abrazarme varias veces (al acercarme conocí que aún *olía a chotuno* como le pareció a Sancho de Dulcinea) casi claro me dijo, que los jesuitas se debían extinguir» (José Nicolás de Azara, *Cartas de Azara al ministro Roda*, 1769).

También es un nombre chileno del «órgano sexual masculino», metáfora del ámbito de los objetos: «Y también pienso en polla, *chota*, poronga, pija, pinga,

perinola, verga, majagua» (Marco Antonio de la Parra, *La secreta obscenidad de cada día*, 1984).

3.1.79. *Es un chivo / ES UNA chiva*. [*chivar(se)*] [*chivo expiatorio*] El chivo es la «cría de la cabra, desde que no mama hasta que llega a la edad de procrear». Metafóricamente, en Nicaragua, es el «hombre que convive con una prostituta y se beneficia de sus ganancias» y en Venezuela, «hombre de prestigio». En el *Diccionario de americanismos*, además, se recogen los siguientes significados metafóricos: «hombre homosexual» (Perú); «proxeneta» (Honduras); «cliente de prostituta» y «adicto a drogas» (Puerto Rico). La *chiva* es la «cría de la cabra» (en Cuba, Uruguay y Venezuela es sinónimo de *cabra*) y, metafóricamente, es «delator» (Cuba). No he encontrado documentación de estas acepciones.

Es palabra de origen onomatopéyico que procede de *chib*, «voz de llamada de los pastores para que el animal acuda». La primera documentación es del siglo XVI, del *Cancionero* (c. 1540-1579) de Sebastián de Horozco: «Vista la mala postura / de vuestra barba y façión, / sin duda se me figura / que quiso ser por ventura / barba de *chivo* o cabrón», probablemente con intención de insulto. No es palabra frecuente.

Está en los refranes. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge los siguientes: *la kabra chika sienpre es chiva* (con la variante, *kabra chika, kada año es chiva*) y *la kabrilla de mi vezina, más leche trae ke la mía*.

Chiva genera un derivado verbal (*chivar[se]*) y un compuesto sintagmático (*chivo expiatorio*). CHIVARSE, significa «fastidiar», quizás por el carácter caprichoso y levantisco del animal y con influencia del verbo *gibar*, con el mismo significado; «delatar» e «irse de la lengua, decir algo que perjudica a otra persona». Es un verbo de documentación reciente. La primera, con el significado de «fastidiar» (que el diccionario académico marca como propio de Canarias y de América), es de *La Esfinge Maragata* (1914) de la cántabra Concha Espina: «— ¿Y cuando el esposo gasta mala suerte y mala salud...? —subrayó la vieja, amarilla y temblante como la llama de un cirio. — ¡Que se chive! —escupió Ramona con brutalidad, poniéndose de pie». Con el sentido de «delatar», está en *Tiempo de silencio* (1961) de Luis Martín Santos: «— ¡Déjame ya o te denuncio! — ¡Hale! ¡Chívate si puedes!».

El CHIVO EXPIATORIO era el «macho cabrío que el sumo sacerdote sacrificaba por los pecados de los israelitas». Metafóricamente, es el *cabeza de turco*: «persona a quien se achacan todas las culpas para eximir a otras». Se documenta por primera vez en el siglo XIX, en las *Memorias Autobiográficas* (1898) del político y escritor guatemalteco Lorenzo Montúfar: «Viendo yo ese oscuro porvenir, sin haberse reconciliado conmigo Vasconcelos, como se reconcilió con Barrundia, me consideraba un hirco [*chivo expiatorio*] emisario que siendo inocente llevaba sobre sí los pecados ajenos» (aunque, probablemente sea una explicación de la extraña palabra latina por parte del editor de 1988). En 1950, en una carta de Pedro Salinas (Co-

rrespondencia, 1923-1951) podemos leer: «Lo que me entretiene ahora es ese trabajo sobre Balzac... Lo de Balzac me va a salir muy radical: porque cuanto más lo miro, representa como el *chivo expiatorio* de la confusión de los fines de la creación literaria y las tremendas consecuencias de esa confusión para el autor y la obra». Es expresión muy frecuente que procede del francés:

El film español narra las aventuras de un jesuita secularizado, Javier Sotana, que se ofrece como candidato. Como candidato ¿a qué? Ahí está la novedad: la suya es una candidatura a la carta. Está dispuesto a ser secretario general de la Nato u Otan, presidente del Gobierno español e incluso, si su jefe se lo pide, *bouc émissaire* (expresión francesa de origen judío que suele traducirse al castellano por «*chivo expiatorio*», pero que literalmente significa «cabrón emisario»). (*El Mundo*, Ulises / Javier Ortiz, «El candidato», 03/12/1995)

En el siguiente texto periodístico aparece en una enumeración sinonímica:

No cogió a nadie por sorpresa el anuncio del lunes del primer ministro francés, Alain Juppé, de que fuese cual fuese el resultado de la segunda vuelta ponía su cargo a la disposición del presidente de la República, y la calificación de «fusible del presidente», «víctima propiciatoria», «cabeza de turco» o «*chivo expiatorio*» ha acudido a todas las columnas de la Prensa, los comentarios de la radio y los informativos de todas las televisiones. (*ABC Electrónico*, «Legislativas en Francia: La dimisión de Alain Juppé», 28/05/1997)

3.1.80. *Es un chivato*. [*chivatear*] [*chivateo*] [*chivatada*] [*chivatería*★] [*chivatazo*] El chivato es «el chivo que pasa de seis meses y no llega al año». Metafóricamente, es el «delator» (relación recurrente en el argot de diversas lenguas: así, por ejemplo, un *chota*, en el español, es un confidente de la policía; un *mouton*, en francés, es un espía o delator; y una *cabra* es un denunciante, en portugués). En Bolivia y Colombia es el niño «vivaz y atrevido, que mezcla ingenio y descaró»; en Bolivia es el «ayudante en las labores de minería». Según el *Diccionario de americanismos*, en Perú es «homosexual».

Es palabra que procede de *chivo*. La primera documentación es del siglo xvi: «Nuestros hatos, cabras, ovejas, *chivatos* no habrán miedo a lobatones, ni las vacas...» (Hernán López de Yanguas, *Farsa de la concordia*, 1529). El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge este: «Por do salta la kabra, salta la *chivata*».

En *La novia del hereje o la Inquisición de Lima* (1854) del historiador y político argentino Vicente Fidel López, representa al diablo: «pero yo que lo había visto al natural en la noche antes descubría en sus ojos y en su semblante los diabólicos rasgos del *chivato*: estaba parado delante de... doña María... y ella con la candorosa inocencia que Dios le ha dado, parecía gozar de las urbanas palabras y cortesades ademanos con que el demonio la seducía».

Como «niño vivaz y atrevido...», está en la novela *Frutos de mi tierra* (1896) del colombiano Tomás Carrasquilla: «¡Estaba mal parado y me caí: eso fue todo!... No me indigna, sino que ese *chivato* imbécil te hubiera irrespetado... ¡Es tan bruto!... ¡Por fortuna no traía mi revólver, porque si no, ai queda!».

Con el sentido de «delator», se documenta por primera vez en *El genio alegre* (1906) de Serafín Álvarez Quintero, en un diálogo entre la señora y un criado, que se ve obligado a explicar el significado de la palabra:

Doña Sacramento Oye, Lucío.
 Lucío ¿Me va usted a reñir?
 Doña Sacramento Sí que voy a reñirte.
 Lucío (Afligido.) ¡Mardito sea er demonio! ¡Ezo ez arguna mentira que le han con-
 taio a usté! ¿Quién ha zío er *chivato*?
 Doña Sacramento ¡Shiss! ¿Qué palabrota es ésa?
 Lucío *Chivato* quíe decí soplón, con permiso de la señora.

En la novela *Un millón de muertos* (1961) del prolífico escritor catalán José María Gironella se describe un tipo curioso de «delator»:

Trato aparte lo merecían los «*chivatos*», los milicianos desconocidos, enviados allí, fingiéndose presos. Los llamaban «submarinos» y el profesor Civil los cazaba en el acto. El castigo para ellos consistía en ser ignorados por los demás reclusos incluso en su presencia física. Tropezaban con ellos, al fumar les enviaban el humo a la cara como si lo enviaran al vacío, nadie los miraba jamás. Raro era el «chivato» que resistía más de una semana tamaña huelga psicológica.

A partir de esos años, es una palabra muy utilizada. Como es norma, esta circunstancia condiciona la aparición de derivados.

Chivato genera un derivado verbal (*chivatear*) y cuatro derivados sustantivos (*chivateo*, *chivatada*, *chivatazo* y *chivatería*). CHIVATEAR, según el *Diccionario de americanismos*, es «acusar o delatar a alguien» (Bolivia, Colombia, Cuba y República Dominicana); «engañar a alguien mediante picardías o artimañas» (Venezuela); dicho de los niños, «retozar bulliciosamente, con algarabía» (Argentina y Bolivia) y «gritar, vociferar» (Chile). CHIVATEO es una «acción propia del soplón» en Argentina y Chile. *Chivateo* era, en Perú, «la edad del pavo»: «Parece que Mariquita pasó sus primeros en el convento de Santa Clara, hasta que le llegó la edad del *chivateo* (que así llamaban nuestros antepasados a la pubertad) y abandonó rejas y se echó a retozar por esta nobilísima ciudad de los Reyes» (Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas*, 1875). CHIVATADA es también la «acción propia del soplón», sin documentación en los *corpora* académicos. También están el sinónimo CHIVATERÍA★ y CHIVATAZO: «¿Acaso no sabes? Alguien ha pegado un *chivatazo*. Cava está en el calabozo» (Mario Vargas Llosa, *La ciudad y los perros*, 1962).

En las *Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga* (1976) de José María Rodríguez-Méndez, asistimos al siguiente diálogo (aparecen como sinónimos *chivar(se)* y *chivatear*):

Ay, madre de mi alma...! ¡Ayer vi morir a mi marío y hoy tengo que ver al marío de mi hija...! ¡Ay, qué desgracia la mía...! (Va abrazando y besando a las mujeres.) ¿Qué habremos hecho en el mundo? (Retrocede al ver ante sí a la Madre Martina.) ¿Tú también, zorrón? Júas Iscariota..., ¿entoavía quiés besarme cuando fuiste tú la que te *chivateaste* a la Poli?... Marrana.

La Fandanga. (Llorando.) ¡Ay, madre...

Una Mujer. (Apartando a la beata.) Aparte, mujer... (A la Carmela.) Cálmate, Carmela, y deja esta cuistión, que con eso no vas a arreglar naa. Y si *chivateó* esta o no *chivateó* no lo sabremos nunca... Lo que tiés que hacer es calmarte... Ven aquí. (A las otras.) ¿Quea una miaja e recuelo?

3.1.81. *Es un baifo** / *es una baifa**. *Baifo* es, en Canarias, un sinónimo de *cabrito*. Metafóricamente, es «bebé, recién nacido» y «joven adolescente». Una *bai-fa* es una «muchacha joven, alocada y frívola» (en Fuerteventura y en Gran Canaria). Es sinónimo de *chota* y de *chiva*.

Es voz prehispánica, de alguna lengua guanche hablada en las islas antes de la llegada de los castellanos en el siglo xv. La primera documentación está en *Los cuentos famosos de Pepe Monagas* (1941-a. 1961) de Francisco Guerra Navarro: «Traía entre las dos manos, como una guirnalda, la rueda de chorizos. ¡Pero qué cambiatina, caballeros! Habían cogido una vida que parecían saltar como *baifos* apipados, estallando como colleja». En el libro de viajes *España de punta a punta* (1966), leemos: «Entre los platos más característicos de la cocina gomera figuran el *baifo* (cordero lechal) borrado y el conejo en salmorejo, en el apartado de las carnes».

En el sentido metafórico, aparece en un texto periodístico relativamente reciente: «Este conocido mío claro *que está como una baifa*. Pero en el hipotético caso de que su irracionalidad tuviera alguna verosimilitud, por remota que fuera se habría resuelto otro grave problema» (*ABC.es*, «Paranoias», 03/01/2007).

3.1.82. *es un ovejo**. [*oveja negra*] [*oveja descarriada**] [*cada oveja con su pareja**] La oveja es un «mamífero rumiante de tamaño mediano, que posee lana y carne muy apreciadas...». *Ovejo* es metafóricamente, según el *Diccionario de americanismos*, la «persona mansa, dócil y humilde» (Colombia y Venezuela). También, es «persona que necesita un corte de pelo, peluda» (República Dominicana y Puerto Rico).

La palabra *oveja* procede del diminutivo latino OVICULA. La primera documentación está en los *Fueros de Medinaceli* (c. 1129): «Carnero cenerrado, nin marueco, nin cordero pasqual, nin puerco, non maten por daño: o carneros oviere, non metan ovela, et qui matare estos vedados pechele doblados, mas si non oviere carnero maten *oveia*». En Colombia, Cuba, Puerto Rico y Venezuela, el *ovejo* es el «macho de la oveja» (el *carnero*):

En la morfología y sintaxis el español de América lleva adelante innovaciones que están en germen dentro del peninsular, o inicia otras especiales. Una tendencia natural del idioma crea terminaciones femeninas para los nombres y adjetivos que, por su forma se escapan a la distinción genérica (*huéspedea, comedianta, bachillera*), y saca masculinos de femeninos (*ovejo*), o al contrario (*demonia*), en América se dice *antigualllo, hipócrita, pleitista, feroza, serviciala*. (Rafael Lapesa Melgar, *Historia de la lengua española*, 1942)

Con el sentido de «persona mansa, dócil y humilde» y con la forma masculina, está documentada a finales del siglo XIX: «—¿Y la grandulaza que se rio de yo? —clamó el varón, que casi se ahogaba con un tarugo de longaniza, plato que siguió a la entrada de huevos. —¡Y vos, tan *ovejo*, que no le reventaste el hocico a esa dientipelada!» (Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, 1896).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *mansa, incauta, suave* y *tonta* y con el verbo *temblar*.

Oveja genera dos compuestos sintagmáticos (*oveja negra* y *oveja descarriada*★) y una expresión (*cada oveja con su pareja*★). La OVEJA NEGRA es la «persona que, en una familia o colectividad poco numerosa, difiere desfavorablemente de las demás». Quizás tenga su origen en el sacrificio de Anquises a los dioses que cuenta Virgilio en la Eneida; «las devidas fize onras e complideros sacrificios: a Neptuno, un toro, e a ti, feroso Apollo, un toro; e al invernial dios, una *oveja negra*; e a los bienaventurados vientos de zéfiro, una oveja blanca» (Enrique de Villena, *Traducción y glosas de la Eneida*, 1427-1428) [Sic fatus meritis aris mactauit honores, / taurum Neptuno, taurum tibi, pulcher Apollo, / *nigram* Hiemi *pecudem*, Zephyris felicibus *albam*]. La primera documentación está en la novela de Ramón Pérez de Ayala, *El curandero de su honra* (1926). Herminia, la que después sería la mujer del protagonista, está muy enferma...

Entre Colás y Lino, condujeron a Herminia a la estación, y los cinco tomaron el tren mañanero. Llegados a Pilares, Colás dijo:

—Despidámonos como hermanos; todos hijos del mismo Padre.

—Pero yo soy *la oveja negra*. Llevadme al matadero —suspiró Herminia.

De un lado Lino con Carmen, la del molino, de otro, Colás, con Herminia y Carmina, se dijeron adiós, mojados los ojos.

También está en *Judíos, moros y cristianos* (1956) de Cela: «El vagabundo recuerda que, de niño, una tía suya, la mar de culta, doña Virtudes Fernández Montenegro, que era un poco la *oveja negra de la familia*, le explicaba esto de los apellidos y de los patronímicos...». Es una expresión frecuente después.

LA OVEJA DESCARRIADA, el «pecador», a la que va a buscar el Buen Pastor, es una imagen que procede de los Evangelios. El teólogo jesuita gerundense Francisco Garau, en su obra *El sabio instruido de la Gracia* (1703), explica la referencia bíblica:

A Pedro encarga las ovejas ya suyas: mas a la que se le huie, él la va a buscar, y traer en sus ombros.

469. Abla Cristo de sus ovejas, y sus corderos, suyos porque los compró con su sangre, y suyos, porque ellos con ella se dejaron marcar como suyos; y encarga su cuidado a San Pedro: *Pasce oves meas, pasce agnos meos*. Ioan. 21. vers. 16. et 17. Y mirando a una oveja descarriada, que por licenciosa se avía echo cabrito, y entregado al Lobo; el mismo se encarga de buscarla por sí mismo, aunque le cueste fatigas, sudores, y espinas, y arriesgar en el desierto su caudal: *Dimittit nonaginta novem in deserto, et vadit ad eam, quae perierat*. (Luc. 15, 4)

En *La familia de Pascual Duarte* (1942) de Cela, hay una escena conmovedora. El diálogo entre el protagonista y el cura de la prisión, antes de morir:

Él se acercó hasta mí y me besó en la frente. Hacía muchos años que nadie me besaba.

—¿Es para confesarte?

—Sí, señor.

—Hijo, ¡me das una alegría!

—Yo estoy también contento, padre.

—Dios todo lo perdona; Dios es muy bondadoso...

—Sí, padre.

—Y es dichoso de ver retornar a la oveja descarriada.

—Sí, padre.

—Al hijo pródigo que vuelve a la casa paterna.

La expresión CADA OVEJA CON SU PAREJA★ (ausente del diccionario académico) es, según el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, «recomendación para que cada uno se asocie o tenga trato con los de su misma clase». Su primera documentación es reciente: «Todos debemos ayudarlas a que encuentren su mozo, cada oveja con su pareja, Liboria por ejemplo...» (Andrés Berlanga, *La gaznápira*, 1984).

La oveja representa el animal manso e inocente, frente al lobo violento y malvado. Por lo tanto, *mejor es ser cavallo que buey, lobo que oveja* (Hernán Núñez, *Refranes o proverbios en romance*, c. 1549) y también es cierto que *loca es la oveja que al lobo se confiesa*. Aunque hay una profecía esperanzadora: «Ysaías el profeta hablando de aquella grand paz que auíe a seer en la su nasçençia que así serié grande e firme *que el lobo e la oveja comeriën e beueriën de so vno e non se fariën mal el vno al otro*» (*Castigos e documentos para bien vivir ordenados por el rey Sancho IV*, 1293). *Oveja que bala, bocado pierde*, ya está en *Refranes que dizen las viejas tras el fuego* (a. 1454) del Marqués de Santillana y nos recuerda que no debemos distraernos de las cosas importantes.

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge varios refranes donde la oveja es referencia para la conducta humana: «*entre tanto ke el lobo kaga, la ovexa eskapa*»; «*la ovexa lozana dixo a la kabra: Dame lana*.

Kontra los ke piden a otros ke karezen de lo ke ellos abundan»; «*la muxer i la ovexa, kon tienpo a la kabañuela. Ke se rrekoxan tenprano, porke de noche ai peligro fue-ra*»; «*kada ovexa, kon su parexa; hazeos ovexa, i komeros an lobos*».

3.1.83. *Es un carnero*. Es un «mamífero rumiante... con frente convexa, cuernos huecos, angulosos, arrugados transversalmente y arrollados en espiral...». Metafóricamente, en Argentina, Paraguay y Uruguay es el «trabajador que no se adhiere a una huelga», lo que en España es *esquirol*. En Chile, Cuba y Perú es la «persona que no tiene voluntad ni iniciativa propias». Según el *Diccionario de americanismos*, es un «miembro del ejército que evade sus obligaciones» (El Salvador) y la «persona a la que su pareja le es infiel» (Argentina).

La palabra procede de la simplificación del latín AGNUS CARNARIUS, «cordero para la carne». La primera documentación es de orígenes de la lengua, en un curioso texto latino de 922 (*Comparatio de agro* [Becerro gótico de Cardena]) en el que se «cuela» la palabra romance: «et accepi ex te precium quantum mici placuit, id est, x. solidos argenti et uno *carnero*».

El sentido de «cornudo» está en el *Libro de Buen Amor* (1330-1343) de Juan Ruiz. Recuérdese el curioso relato del pintor de Bretaña, Pitas Pajas, que al regreso de un largo viaje de dos años quiere comprobar la castidad de su mujer mirando el pequeño cordero que pintó antes de partir en «sol'ombligo un pequeño cordero», pero como era «como era la moça nuevamente casada, / avié con su marido fecha poca morada» el cordero desapareció («d'él non finca nada»):

Cató Don Pitas Pajas el sobredicho lugar,
e vido un grand *carnero con armas* de prestar:
«¿Cómo es esto, madona, o cómo pode estar
que yo pinte corder e trobo este manjar?»

Con el sentido de «esquirol», aparece en este texto del argentino Marcos Ricardo Barnatán: «La tarde de la huelga fuimos los únicos que nos quedamos en la clase de Borges, y aunque nos llamaron *carneros*, nos fuimos con él al café de enfrente, y lo acompañamos hasta que se terminó su vaso de leche» (*Con la frente marchita*, 1989).

Aunque en el diccionario académico están las frases coloquiales *ojos de carnero* y *ojos de carnero degollado* («los saltones y de expresión triste»), en el siguiente texto del argentino Eduardo Pavlovsky aparece la variante con *cara* (más frecuente con *cordero*) : «BETO: ¡Y dale! ¡Qué me mirás con *cara de carnero degollado*! ¡Dale...!» (*El señor Galíndez*, 1975).

Ante el comentario de Melibea sobre la lejana juventud de Celestina, la vieja argumenta con el siguiente refrán: «Tan presto, señora, se va el cordero como el *carnero*; ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir. Así que en esto poca ventaja nos lleváis» (Fernando de Rojas, *La*

Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea, c. 1499-1502). El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge los siguientes: «*marido so la kama, komo karnero bala*»; «*kada karnero de su pie kuelga*. Ke kada uno piense valer por sí, i no estar kolgado de esperanza en otro»; «*kada karnero de su pie kuelga*. Ke kada uno piense valer por sí, i no estar kolgado de esperanza en otro»; «*ni amigo rrekonziliado, ni karnero dos vezes asado*».

3.1.84. *Es un cordero*. El cordero es «el hijo de la oveja que no pasa de un año». Metafóricamente, es el «hombre manso, dócil y humilde» (así definido desde el *Diccionario de Autoridades*); también, «Jesucristo». Según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona poco diestra en un oficio que comete errores en la realización de un trabajo por inexperiencia o por falta de habilidad» (Bolivia).

La palabra procede del latín vulgar *CORDARIUS, derivado de CORDUS, «tardío», aplicado a la cría de la oveja. La primera documentación está en un documento notarial de orígenes de la lengua: «et accepimus precio quatum inter nobis bene conplacuit, id est VI. solidos de argento, et duas kannatillas de vino, et VI. panes et uno cordero» (*De Vallunkera [Becerro gótico de Cardena]*, 1025). Como en otras ocasiones, las palabras romances van entreverando el rígido texto latino.

Desde los primeros textos religiosos, el cordero representa a Jesucristo: es el cordero pascual que va a ser sacrificado por la salvación de los hombres. Y frente a él, el «mal lobo», el diablo. De esta manera tan cándida nos lo explica Berceo:

Fijo fue est *cordero* del Reï celestial,
en todas las maneras del su Padre igual;
pareció en el mundo en persona carnal
por acorrer al pueblo que yaziá en grant mal.
Esti cordero simple con su simplicidad,
debatí al *mal lobo*, pleno de falsedad,
al que echó a Eva en grant captividad,
e metió a Caín en fuert enemiztad.
(*Del sacrificio de la misa*, 1228-1246)

En el anónimo libro sapiencial *Calila e Dimna* (1251), se establecen dicotomías morales entre los animales: «Dixo Belet: —Quatro son los que tienen mala voluntad afirmada: *el lobo et el cordero*, et el gato et el mur, et el açor et la paloma, et los cuervos et los búhos». En un libro filosófico de finales del XIII, se recuerda la profecía de Isaías (11, 6: «habitabit lupus cum agno et pardus cum hedo accubabit vitulus et leo et ovis simul morabuntur et puer parvulus minabit eos»): «E aquí se conplió lo que dixo ysaías el león y el buey comerán en vno paja et el lobo y el *cordero* paçerán en vno» (*Castigos*, 1293). También es un tópico el hombre de apariencia mansa, pero que esconde mucha maldad: «Yssopo dize: aquel que es lleno de engaño non muestra jamás la su injuria, ca anda detrás de engañar e todos

tienpos non quería fazer otra cosa. Varón dize: de yuso de la piel del *cordero* se esconde el lobo» (*Cancionero de Juan Fernández de Íxar*, a. 1424-1520).

Como «hombre manso», está ya en el teatro del xvi: «Polytes De enojarte me guarde Dios. Cátame aquí *hecho un cordero*» (Juan Rodríguez Florián, *Comedia llamada Florinea*, 1554). Y en el teatro popular del xix: «Con tal marido yo espero... Marcela. Después de las bendiciones, suele volverse león el más tímido *cordero*» (Manuel Bretón de los Herreros, *Marcela o, ¿cuál de los tres?*, 1831). Galdós aprovecha, como era de esperar, la metáfora: «Persistía doña Francisca en la negativa, y don Alonso, que en presencia de su digna esposa era *manso como un cordero*, buscaba pretextos y alegaba toda clase de razones para convencerla» (*Trafalgar*, 1873); «Ese cielo que nos moja no llora más que lloro en estos días, desde que me han anunciado como probable, como casi cierta la muerte de mi querido hijo Lucas, de mi niño adorado, de aquel que era manso *cordero* en el hogar paterno y león indómito en los combates... ¡ah! Señores» (*El terror de 1824*, 1877).

Dolly. —(Maleante.) Le hacemos rabiarse un poquito para amansarle el genio, porque este D. Pío, aquí donde le ves, tan suavecito, es un tigre.

El conde. —No, hijas mías, es un *cordero*, un santo cordero... ¿No le veis esa cara?... Dios le hizo santo, y su familia le ha hecho mártir. Yo le quiero. Seremos amigos... (*El abuelo*, 1897)

Está también en las dos novelas más importantes de Cela:

no deja de ser fuerte impresión la lectura de lo escrito por el hombre que quizás a la mayoría se les figure una hiena (como a mí se me figuró también cuando fui llamado a su celda), aunque al llegar al fondo de su alma se pudiese conocer que no otra cosa que un *manso cordero*, acorralado y asustado por la vida, pasara de ser. (*La familia de Pascual Duarte*, 1942)

¡Lo que yo no sé es cómo ese mastuerzo se atrevió a despedir a la Elvirita, que es igual que un ángel y que no vivía pensando más que en darle gusto, y aguanta como un *cordero* a la liosa de la doña Pura, que es un *culebrón* siempre riéndose por lo bajo! (*La colmena*, 1951-1969)

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *dócil*, *humilde*, *manso*, *pacífico* y *sumiso* y con los verbos *llorar*, *mirar* y *obedecer*.

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

La mansedumbre colectiva está representada por los *borregos* (o los *corderos* e, incluso, las *ovejas*) de *Panurgo*. Panurgo es un personaje que aparece en el libro tercero de *Gargantúa y Pantagruel*, cinco novelas en las que Rabelais cuenta las andanzas de esos dos gigantes. Panurgo es un cínico, hábil y cobarde que, durante un viaje en barco que transporta borregos, discute con los tratantes de ganado. Como venganza, compra un animal y lo tira al mar: sus balidos atraen la atención

de sus congéneres que se arrojan al agua para perecer. Esa mansedumbre con que el rebaño encara su fatal destino. La primera documentación de la expresión está en *La Regenta* (1884-1885) de Clarín (don Robustiano al Magistral): «¿A que mi señor don Fermín no aconseja a ningún padre que tenga cuatro hijas como cuatro soles, que las haga monjas una por una a todas, como si fueran los *carneros de Panurgo*?». Y aún está de actualidad:

En esta época en la que las propagandas nos atosigan... las ofertas nos acosan por todos los medios existentes... y que generalmente, seguimos..., deberíamos preguntarnos si somos como las Ovejas de Panurgo? ¿Seguimos como los *borregos* al primero arrojado al mar, impulsados por nuestra naturaleza gregaria? (La valija de Tucuta)¹⁴

El *Diccionario de Autoridades* recoge el refrán *Tan presto va el cordero como el carnero*, «que enseña que no hai que fiarse en la mocedad, porque tan presto muere el mozo como el viejo», (con cita del cap. 6, de la segunda parte del *Quijote*): «—Es el caso —replicó Sancho— que, como vuestra merced mejor sabe, todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero». Y, antes, está en la *Celestina* (c. 1499-1502) de Rojas:

Así que, aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la desea, porque el que de razón y seso carece, cuasi otra cosa no ama sino lo que perdió.

Melíbea. Siquiera por vivir más, es bueno desear lo que digo.

Celestina. *Tan presto, señora, se va el cordero como el carnero*; ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir. Así que en esto poca ventaja nos lleváis.

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge los siguientes: *la ovexa mansa, kada kordero la mama; el kordero manso mama su madre i a kualquiera; el bravo, ni a la suia ni a la axena*; «*ovexa kornuda, rrekiere tu kordero, ke en ora mala uviste pastor karavero; o topaste pastor karavero*. Es el amigo de “karava”, o konversación».

3.3.85. *Es un borrego*. [aborregarse] [aborregado] El borrego es el «cordero de uno a dos años». Metafóricamente, es la «persona que se somete gregaria o dócilmente a la voluntad ajena» y la «persona sencilla o ignorante». En México, es la «persona que forma parte del contingente transportado a un evento público, generalmente político, de manera forzada o inducida mediante recompensa» (México); «niño o adolescente» (Argentina y Uruguay). Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Su mansedumbre es sospechosa de estupidez, y su mirada inocente y abierta, tenida por signo inequívoco de simpleza».

La palabra procede de *borra*, por la lana que le cubre. Ya Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), bajo la entrada *borra* escribe: «Es el pelo de la res que aún no se puede esquilarse en vellón; y de aquí se dijo borra el

pelo que el tundidor saca del paño con la tijera. Y llamose borrego el cordero de sobre, por tener lana borra, que aún es corta». La primera documentación es la *General Estoria* (c. 1280) de Alfonso X: «offrescieron a so sennor dios de israhel sos sacrificios doze uezerros por tod el pueblo de israhel segund su Ley como solién en el primero tiempo et nouaenta et seys carneros et setaenta et siete *corderos*».

En el *Entremés de Diego Moreno* (a. 1620) de Quevedo, se utiliza ya como insulto: «Diego. —Ansí ya me acuerdo, mías son las armas. Jesús ¡y qué flaqueça de memoria! Miento en conçiencia, que de miedo lo hago. Hea, áganse las paçes, abráçame. Gutiérrez. —¿De qué han seruido tantos juramentos, *borrego*?».

Como en el caso del cordero, también el borrego representa al hombre noble, frente al malvado lobo: «Quién son estos —preguntó Critilo— que comen como unos lobos y callan como unos *borregos*?» (Baltasar Gracián, *El Criticón*, tercera parte. *En el invierno de la vejez*, 1657). Ángel Ganivet lleva la metáfora al mundo de la política: «Si el rey es un funcionario reglamentado como los demás, los ciudadanos serán *borregos esquilados*, y el poder nacional, disgregado y disperso, sólo se mostrará en actos mezquinos de autoridades enanas...» (*Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, 1898). Y tampoco puede faltar en Galdós: «—Eso es decencia. Murieron antes que vender el secreto del General. ¿Y dices que eran simples? —Como *borregos*. —Di que mártires, como los de Dios vivo» (*Zumalacárregui*, 1898).

Derivados de *borrego* son el verbo *aborregarse* y el adjetivo *aborregado*. ABORREGARSE es, dicho de una persona, «adquirir rasgos atribuidos al borrego, especialmente mansedumbre, gregarismo, etc.» y ABORREGADO el «que reúne características atribuidas al borrego, como mansedumbre, gregarismo, etc.». No son de uso muy frecuente. La primera documentación está en las memorias de Baroja: «Por el contrario, el hombre, por la presión de las masas, parece que tiende a hacerse más *aborregado*, menos individual, más social y, probablemente, más mediocre» (*Desde la última vuelta del camino. Memorias*, 1944-1949). También está en una carta de Salinas (sobre la Academia Musa Musae, tertulia de Madrid fundada en 1939 por José María de Cossío): «¡Qué inmensa ola de cursilería desatada sobre España! Da pena ver en esa reunión, *aborregados* y juntitos, a personas que nada tuvieron ni pueden tener que ver» (*Correspondencia*, 1923-1951). También está en *¿Qué nos falta para ser felices? Un nuevo modo de pensar y de vivir* (2002) del teólogo Enrique Miret Magdalena: «“Alfalfa espiritual para los *borregos* de Cristo”, que es lo que se ha suministrado en los libros de religión, catecismos y libros espirituales. Y de este modo se nos ha convertido en *creyentes aborregados*, y hoy en incrédulos, también en ocasiones aborregados». Merece la pena citar el siguiente texto del novelista y dramaturgo cordobés, Antonio Álamo, una curiosa y sorprendente reflexión sobre la emigración en España:

Por la tarde rescindió el contrato del piso. Poco después vinieron dos tipos y se llevaron los electrodomésticos y buena parte de los muebles. Eran unos colombianos fortachones, de esos que ahora están por todos sitios. Le resultaron simpáticos. Eran unos

tipos de puta madre. Buena gente. Luchadora, con unas ganas terribles de vivir, de abrirse camino. Gente acostumbrada a verse las caras con mil y una dificultades, no como los educados, neuróticos, *aborregados* y quejicas *españolitos* de a pie, que escuchaban una música infame, leían una literatura infame, aplaudían un cine infame, se divertían de forma infame y votaban a políticos infames para preservar sus intereses. Invadimos ya, destruir este país de mierda, coño. (*El incendio del paraíso*, 2004)

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge los siguientes: «Agora ke tengo ovexa i borrego, todos me dizen: “En ora buena estéis, Pedro”». Y explica: «Suzede onrrar a los ke medran, i a los ke no, dexallos». También están *Donde salió el borrego, entre karnero* y *Dize ke las paridas an menester komer i regalo*.

3.1.86. *Es un chiporro*. El chiporro es, en Chile, el «cordero nuevo». Metafóricamente, es el «marinero joven». Según el *Diccionario de americanismos*, «hombre joven sin experiencia en un trabajo, especialmente un marinero». También es un plato típico (asado de corderito patagónico) y el forro de determinadas prendas típicas de los mapuches. *Cfr.* el sinónimo *mote*.

Es una palabra de etimología desconocida, quizás de carácter onomatopéyico. Hay un texto en Internet con la explicación de la metáfora (un foro y un blog):

Llámase «*chiporro*» a un marinero joven, generalmente de buena presencia. Tal palabra viene del nombre de los corderos chicos, que se distinguen por ser animales de buen aspecto y limpios¹⁵.

3.1.87. *Es una (mala) pécora*. La pécora es una «res o cabeza de ganado lanar». *Mala pécora* es la «persona astuta, taimada y viciosa, y más comúnmente siendo mujer» y «prostituta». Lo recoge Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Persona astuta, hipócrita y taimada, de intención aviesa. Se dice en especial de la mujer mala y viciosa».

La palabra *pécora* es un cultismo tomado del latín *PECORA*, plural de *PECUS*, «res». Como insulto es un préstamo del italiano («mala persona»). La primera documentación está en el *Cancionero de Baena* (1379-a. 1425): «Bestia, *pécora en dissuerto*, / tus palabras aviltadas / fazen las mías erradas, / tanto que me desconçierto (Este de replicación fizo e ordenó el dicho Alfonso Álvarez de Villasandino contra el dicho Francisco de Baena)».

Poco después, aparece en el *Corbacho* (1438), Alfonso de Martínez de Toledo, con referencia a los sodomitas:

E destos non digo nada, por quanto sería grand fealdad dezir sus abominables obras e sodeníticos fechos; e, por quanto dize, aquí desta materia fablar es muy abominable a nuestro Señor... que la tierra e los çielos devían tremir e absolver a los tales en cuerpo e ánima, como malvados, brutos animales de juizio, seso, rrazón e entendimiento ca-

resçientes, *pécoras salvajes* de naturaleza falleçientes e contra natura usantes, contra natural apetito.

Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia general y natural de las Indias* (1535-1557), explica la relación etimológica del animal con *pecunia*: «e fue la primera imagen una *pecus*, id est, una pécora u oveja; por lo cual, la moneda acuñada fue llamada *pecunia*», aunque parece que en latín PECUNIA ya era «bienes que se tienen en ganado». Alonso Fernández de Avellaneda, en su *Don Quijote de la Mancha* (1614) echa mano de la palabra como insulto del protagonista hacia el escudero: «Alonso —¡Quítate de delante de mis ojos, *pécora* —dixo don Quixote—; quítate, digo!», ante Sancho, que se puso delante de Rocinante para que no embistiera al autor de una compañía de comediantes, a la puerta de la venta. El compuesto *mala pécora* está ya en las *Poesías* (1828-1870) de Manuel Bretón de los Herreros, en una curiosa mezcla con dos cultismos: «O bien la *mala pécora* que al yugo / Unció contigo cándido himeneo»; también la usa en su comedia *Dios los cría y ellos se juntan* (1841): «*Mala pécora*, / mujer de poco caraite». También está en las novelas del XIX: «... el Conde, que decía de este modo: —No es *mala pécora* la tal Pepita Jiménez» (Juan Valera, *Pepita Jiménez*, 1874).

3.1.88. *Es una jirafa*. La jirafa es una un «mamífero artiodáctilo rumiante, originario de África, de hasta cinco metros de altura, cuello largo y esbelto...». Su nombre científico es *Giraffa camelopardalis*. Metafóricamente, es la «persona alta y delgada».

Es un préstamo del italiano *giraffa*, que procede del árabe y que se documenta por primera vez, con la forma *zaraffa*, en el *Libro de ajedrez, dados y tablas* (1283) de Alfonso X, con el valor de «pieza del juego con movimientos equivalentes al actual caballo»: «E la *zaraffa* es bestia grande fecha como cierua. Et ha el pezcueco muy luengo et la cabeça chica et los oios muy fremosos et las piernas delante muy luengas...et corre mucho a marauilla. Et ante que comience a correr faze un salto en trauiesso. et a semeiança deste su andamiento esta puesto su iuego en este Ace-drex...». Con la forma actual, en el siglo XIV: «En aquesta prouinçia biuen las gentes de carne, de arroz et de leche, et de susaman... Et han *girafans* et leones, leopardos, asnos, orssos saluages...» (Juan Fernández de Heredia, *Libro de Marco Polo*, 1396)

La jirafa es un animal que tiene connotaciones positivas, que están también en su etimología («la amable», por su carácter dócil): «La aparición de la jirafa en sueños es evocación del temperamento afable y positivo que ha aprendido a ver las cosas desde lo alto... Recuérdese que la palabra *jirafa* proviene del árabe *zirafah*, que significa “la amable”» (Antonio Carranza, *Comprender los sueños de los niños*, 2003).

La primera documentación con sentido metafórico es tardía; está en la novela del escritor y fundador de la Falange Española Rafael Sánchez Mazas, *La vida nue-*

va de Pedrito de Andía (1956): «En la mesa, me siguieron amargando la vida con que si yo crecía poco. Todo, porque mi hermana Pitusa se había puesto como una *jirafa*. Ella era la que se burlaba más de mí...». En *La historia más triste* (1991) de Javier García Sánchez, se opone a *pigmeo*: «Irene también recordó que lo primero que le atrajo de Maica fue su corta estatura. En cuanto la vio en clase, pensó aliviada: “Mira, otra pigmeo”. Irene no soportaba a esas *jirafas* comehombres que tanto abundan en las redacciones de periódicos y revistas». En México, se opone a *chaparra*: «En primera, allá no todas son unas *jirafonas*, también hay *chaparras*, para que te lo sepas» (Víctor Hugo Rascón Banda, *Table dance*, 2001).

También es un «mecanismo que permite mover el micrófono y ampliar su alcance, según las necesidades de la escena», con la marca de *Cine. y TV*, acepción incorporada al diccionario académico en la edición de 1884 y documentada en la década de los noventa: «Se retiran las *jirafas* de los micrófonos de la tele, se cierran los magnetófonos y se guardan los blocks de bolsillo» (Julio Feo, *Aquellos años*, 1993).

3.1.89. *Es un camello*. El camello es un «artiodáctilo rumiante, oriundo del Asia central, corpulento y más alto que el caballo, con el cuello largo, la cabeza proporcionalmente pequeña y dos gibas en el dorso, formadas por acumulación de tejido adiposo» (gibas que lo distinguen del dromedario, que solo tiene una). Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), no lo distingue del dromedario: «Trae encima del espinazo una corcova, que parece habérsela puesto naturaleza por almohadilla, para llevar la carga, y algunos tienen dos corcovas, como son los de Arabia. De Orán los suelen traer a España, y yo he visto algunos».

Metafóricamente, es la «persona que vende drogas tóxicas al por menor». Su nombre científico es *Camelus bactrianus* (el del dromedario, *Camelus dromedarius*). Durante un tiempo, el diccionario académico recogió la acepción «hombre bruto e ignorante», con citas de Torres Villarroel y de Manuel Bretón de los Herreros. Según el *Diccionario de americanismos*, en El Salvador es el «individuo que trabaja arduamente» y en Argentina y Uruguay es la «persona poco inteligente y de comportamiento rudo y torpe» (también en Puerto Rico —Malaret—). En Canarias, «hombre corpulento y fuerte» (también aplicado a la mujer, *camella*); y el aumentativo *camellote* es frecuente.

En el *Diccionario de Autoridades* «se llama también la cuerda, cable o maroma», acepción desaparece en la edición de 1780. Hay quien piensa que el *camēlus* de la Vulgata de San Jerónimo es una mala traducción del griego κάμιλος. «maroma». Es decir, la paronimia con κάμηλος («camello») conduciría al santo al error: «E dixo Ihesus a sos diciplos: Yo uos digo uerdad, que graue cosa es entrar el rico en el regno de los cielos. E otrosí uos digo que más ligera cosa es passar el camello por el forado del aguia, que entrar el rico en el regno de los cielos» [«Façilius est camelum per foramen acus intrare quam divitem in regno caelorum»] (*El Evangelio de*

San Mateo, a. 1260). Parece más coherente, desde un punto de vista estrictamente lingüístico, la presencia de una «cuerda gruesa» frente al «hilo» como elemento hiperbólico. Pero también es cierto que Mateo parece que escribe su evangelio en arameo (se traduciría después al griego) y que, en una mentalidad semítica, el camello es un elemento central vitalmente; además, la joroba sería el detalle de peso que marcaría la «dificultad» del tránsito. Hay también otra explicación que definen San Vicente Ferrer en sus *Sermones* (1411-1412):

Dixo: —«Yo vos digo que más ligera cosa es que un camello pudiese passar por un forado de una aguja que un omne rico entrar en paraíso».

Agora dirá alguno: pues impossible cosa es que un camello passasse por un forado de una aguja, pues paresçe que también es impossible que el omne rico pueda entrar en paraíso. Buena gente, la disposición desto segund el entendimiento literal es este: que estonçes en el muro de la çibdat de Iherusalem avía una *puerta falsa e paresçe que era muy baxa*; e quando algún camello avía de entrar por aquella puerta, primeramente lo avían a descargar, e aun con todo esto al entrar de la puerta avíasse de abaxar. E aquella puerta avía nonbre la puerta de la aguja. E, pues, dixo Ihesú Christo más ligera cosa es que un camello entre por el forado de la aguja, es a saber por aquella puerta, que un rico entrar en paraíso.

Mas cata que dize que el *camello* primero se avía de descargar e de abaxar que non entrase por la puerta, por quanto era baxa e angosta. Assí digo yo que la puerta de paraíso es baxa e angosta. E ves actoridat: «*Quam angusta est porta, et arta via que ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam*» (Mathey vii°. c.º.). Diz: «¡O, cuán angosta es la puerta e estrecha la carrera que lleva a la vida e pocos son los que la fallan!».

El rico es el camello «cargado de pecados»: «Por el rico auariento / puede ser ynterpetrado, / que cargado e corcouado / va de pecados syn cuento» (*Cancionero de Juan Fernández de Íxar*, a. 1424-1520). Pero ya en el siglo XVI se contemplaba la posibilidad de que el *camello* fuera la «maroma de barco»:

E si las riquezas no son impedimento de la virtud, no sé para qué Nuestro Señor dixo: «Cuán dificultosamente los que tienen dineros entrarán en el reyno de Dios»; e porque los apóstoles se espantaron d'estas palabras, les tornó a dezir: «Más fácil es el *camello*, sea animal o maroma, entrará por el ojo de la aguja, sea aguja de coser o puerta, que el rico entrar en el reyno de Dios». (Luis Saravia de la Calle, *Instrucción de mercaderes muy provechosa...*, 1544)

La palabra procede del latín CAMELUS, que a su vez viene del griego κάμηλος y este del arameo *gamlā*. Está documentada en los orígenes de la lengua, en el *Poema de Mio Cid* (c. 1140): [entre las ganancias del héroe] «Cayéronle en quinta al Cid seixcientos cavallos e otras azémilas e *camellos* largos, / tantos son de muchos que non serién contados». En una enumeración de las características del ser humano, en el libro sapiencial *Poridat de poridades* (1250) leemos: «Es manso commo *camello*. Es brauo como mulo». En la anónima *Traducción de la «Historia de Jerusalem abrevia-*

da» de Jacobo de Vitriaco (1350), hay una curiosa descripción del animal y la referencia al dromedario:

El *camello* es animal de grant carga, muy feo, tanto que a los cavallos et a otras animalias dan temor, et tiene una giba en el espinazo et el cuello luengo et las piernas alongadas; cruxe los dientes horriblemente et la çevada tragando aína guárdala por que otra vez rumiando coma toda la noche; e es animal perezoso et anda a paso; et son algunos *camellos que llaman cursarios o dromedarios*, los quales muchas jornadas acaban en un día et corren ligeramente.

Baltasar Gracián adecuaba las diferentes edades del hombre a los valores metafóricos de los animales: «A los veinte años será pavón; a los treinta, león; a los cuarenta, *camello*; a los cincuenta, serpiente; a los sesenta, perro; a los setenta, mona; y a los ochenta, nada» (*Oráculo manual y arte de prudencia*, 1647).

El uso metafórico del animal es muy tardío. Unamuno, en *En torno al casticismo* (1895-1902), utiliza *camello* como «persona de edad», en una encendida defensa de la juventud:

Se ahoga a la juventud sin comprenderla, queriéndola grave y hecha formal desde luego... Nuestra sociedad es la vieja y castiza familia patriarcal extendida. Vivimos en plena presbiterocracia (vetustocracia se la ha llamado) ... sufriendo la imposición de viejos incapaces de comprender el espíritu joven y que mormojean: «No empujar, muchachos», cuando no ejercen de manzanillos de los que acogen a su sombra protectora. «¡Ah!, usted es joven todavía; tiene tiempo por delante...», es decir: «No es usted bastante *camello* todavía para poder alternar». El apabullante escalafón cerrado de antigüedad y el tapón en todo.

El gran Valle-Inclán animaliza más de una vez a Don Latino, en una inolvidable escena:

Max ¡Tú la temes, y yo la cortejo! ¡Rubén, te llevaré el mensaje que te plazca darme para la otra ribera de la Estigia! Vengo aquí para estrecharte por última vez la mano, guiado por el ilustre *camello* Don Latino de Hispalis. ¡Un hombre que desprecia tu poesía, como si fuese Académico!

Don Latino ¡Querido Max, no te pongas estupendo!
(*Luces de Bohemia*, 1920-1924)

En *Angelina o el honor de un brigadier* (1934), Jardiel Poncela hace una recreación y prolongación del insulto:

Germán
(Furioso, decidido a todo.)
¡Si aguanté el resuello,
ya no me lo aguanto más,
ni pienso quedarme atrás,

porque *es usted un camello!* Don Marcial
 ¿*Yo un camello*, dice? Germán
 ¡¡Dos!!
 ¡*Dos camellos* es lo que es! Don Marcial
 ¿*Yo dos camellos?*
 Germán
 No. ¡¡Tres!!!
 ¡¡El uno del otro en pos!! Don Marcial
 ¡No será esa injuria vana!
 ¿*Tres camellos?* ¡Voto a tal! Germán
 ¡¡Es usted una caravana,
 mi querido don Marcial!!
 Y para añadirle acción
 a mi insulto, brigadier,
 le voy a usted a hacer morder
 el polvo de un pescozón!

Como «traficante de drogas», está en la obra de teatro de Fermín Cabal *Fuiste a ver a la abuela???* (1979): «Pues yo era un *camello* y le traía una china, para que se la fumen sus papás» [*china*, «trozo pequeño de hachís prensado»]. En la novela *Flores, el gitano* (1989), Juan Madrid describe el mundo de los pequeños traficantes:

En realidad, eran dos *pequeños camellos* sin importancia, semejantes a los miles que pululaban por Madrid. La droga la recibían de otro revendedor más importante que a su vez la tomaba de un diler que estaba en contacto con los grandes traficantes. Los *camellos*, también llamados *hormigas*, cortaban la droga recibida con lactosa y metadona machacada y pulverizada, y hacían papelinas de un octavo de gramo que vendían luego a unos precios que oscilaban entre mil y dos mil pesetas, según calidad o situación del mercado.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *corcovado*, *dócil*, *jorobado*, *manso* y *resistente*.

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1927), recoge el refrán, con una breve glosa: «*kolar el mosquito i tragar el kamello*. Esto es mucho de ipókritas, ke en kosas menudas hazen eskrúpulos, i se tragan los mui gordos pekados, i no hazen kaso dellos». Es Mateo 23, 24, en alusión a los fariseos, que se obsesionaban con detalles menores de la ley y descuidaban lo importante.

3.1.90. *Es un guanaco*. Un guanaco es un «mamífero rumiante de unos trece decímetros de altura hasta la cruz, y poco más de longitud desde el pecho hasta el extremo de la grupa... Es animal salvaje que habita en los Andes meridionales». Metafóricamente, es la «persona tonta, simple» (general en Hispanoamérica). Según el *Diccionario de americanismos*, en Chile es «persona que escupe mucho al hablar» y en Bolivia «persona arisca, que rehúye el trato social».

Es una palabra que procede del quechua y se documenta por primera vez en la *Apologética historia sumaria* (1527-1550) de Fray Bartolomé de las Casas: «(vicunias) son más que otro ligeras y menores que los *guanacos*; también son monteses». Su uso metafórico es muy reciente en el caso de Chile: «En pocos segundos el inmenso rodado, apodado por la gente “el *guanaco*”, quedó escupiéndolo tímidos chorlitos para arriba, sobre sí mismo, con si fuera una pequeña fuente» (Ignacio Martínez, *Las orillas del océano*, 2003); «“¿no ves que eso te marca?”—, después de que los *guanacos de Pinochet* disolvieran una manifestación de mujeres contra el dictador» (José Donoso, *Donde van a morir los elefantes*, 1995).

3.1.91. *Es una llama*★. La llama es un «mamífero camélido doméstico, propio de los Andes..., que se utiliza como animal de carga». Su nombre científico es *Lama glama*. Según el *Diccionario de americanismos* es, en Bolivia, «campesino indígena que se traslada del campo a la ciudad», con valor despectivo (no he encontrado documentación de esta acepción).

Es una palabra procedente del quechua. La primera documentación está en la *Historia general y natural de las Indias* (1535-1557) de Gonzalo Fernández de Oviedo: «Rumian como ovejas, e son tales, que los indios se sirven dellas de cargarlas... En la tierra llana llaman a este animal *col*, e en la sierra le dicen *llama*, e al macho o carnero destos llaman *urco*, e al cordero, *uña*».

3.1.92. *Es una ardilla* (los roedores). El roedor es un mamífero «generalmente pequeño, unguiculado, con dos incisivos en cada mandíbula, largos, fuertes y encorvados hacia fuera, cuyo crecimiento es continuo y sirven para roer». El diccionario académico cita en su definición, como prototipos del grupo, a la *ardilla*, al *ratón* y al *castor*. Aparecen con este rasgo en su definición, además de los anteriormente citados y entre los más conocidos: la *chinchilla*, el *hámster*, la *laucha*, el *lirón*, la *marmota*, el *puercoespín*, la *rata* y la *vizcachá*.

El grupo de los roedores con significados metafóricos no es muy extenso: la *ardilla* que representa la «agilidad»; el *lirón* y la *marmota* que son los «dormilones»; la *rata* como la persona «tacaña» o «ladrona» o «despreciable»; el *ratón* como «ladrón» y sus variantes americanas *laucha*, como «persona lista», y *guayabito* como «cobarde» o «proxeneta» y tres roedores americanos: la *vizcachá*, como el «acumulador compulsivo»; el *acure* como «mujer prolífica» y la *jutía* (roedor, Antillas) como la «persona cobarde». En general, los significados metafóricos son negativos, como acabamos de ver. Solo se libran la *ardilla* y la *laucha*. No hay en ninguno una marcada polisemia (excepto en *rata*).

Solo hay una documentación medieval con sentido metafórico (*marmota*, en el xv) y una de los Siglos de Oro (*lirón*). El resto aparece más recientemente: en el xix, *ardilla*, *rata* y *guayabito*; y en el xx los demás. *Ratón* es el único animal que da compuestos frecuentes: *ratón colorado*★ y *ratón de biblioteca*.

Solo *rata* y *ratón* generan derivados, compuestos y fraseología.

La ardilla es un «mamífero roedor, de unos 20 cm de largo... Se cría en los bosques, y es muy inquieto, vivo y ligero». Su nombre científico es *Sciurus vulgaris*. Desde la edición de 1989, el diccionario académico incorpora la frase *ser alguien una ardilla* con el significado «ser vivo e inteligente y astuto» y con la marca de coloquial. También se utiliza para denominar a alguien «ágil». En Puerto Rico (Malaret), es «listo para los negocios, pillastre».

La palabra *ardilla* es un diminutivo del antiguo *harda* o *arda*, palabra que comparten el bereber, el hispanoárabe y el vasco, de origen no latino (también *jarda* aún en el sur de Ávila). Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), da una etimología curiosa: «del verbo Arder por ser mui ardiente, fogosa e inquieta». La forma *harda* es la más antigua. Ya está en el *Fuero de Soria* (1196): «qual quier, non ssea njnguno montado: nj por tomar *hardas* nj rabosas, nj por auarear uizcodas nj endrjna...». La forma *arda* ya está en un *Arancel de precios* de 1462: «—otros ý, un bestido de *arda*, çiento e dose mrs. e medio». Y un poco más tarde aparece en la curiosa enumeración de materias para los conjuros de la vieja *Celestina*: «Sacaba aguas para oler de rosas, de azahar... Hacía lejías para enrubiar, de sarmientos, de carrasca... Y los untos y mantecas que tenía es hastío de decir: de vaca, de oso, de caballos y de camellos, de culebra y de conejo, de ballena, de garza y de alcaraván y de gamo y de gato montés y de tejón, de *arda*, de erizo, de nutria».

La primera documentación de la forma *ardilla* es del xvi: «Come todas las cosas que comen las *ardillas*» (Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 1576-1577). Gonzalo Fernández de Oviedo (*Batallas y quinquagenas*, 1535- c.1552) la describe con antónima del sapo: «Y así a la *harda*, ques tan lijera e solícita se le da su émulo tan torpe e pesado...». Y Hernán Núñez (*Refranes o proverbios en romance*, c. 1549) recoge el refrán: «Lo que se quiere la *harda*, monte espesso y mala guarda».

Las primeras comparaciones son del xix: «Alumbrando al alcalde con un farol, acompañábale todas las noches un hermoso niño, hijo suyo, inquieto y vivo como una *ardilla*, que no comprendía el castellano» (Gaspar Núñez de Arce, *Recuerdos de la campaña de África*, 1860); «... por lo diminuto de su persona y por su inquietud de *ardilla*, nadie le llamaba sino Don Rodriguín» (Galdós, *Un faccioso más y algunos frailes menos*, 1879): «Tenía la ligereza de la *ardilla* y algo de lo impalpable y escurridizo de la salamanquesa» (Galdós, *El doctor Centeno*, 1883); «Carriles, ágil como una *ardilla*, se colgó a mi brazo...» (Emilio Rabasa, *La gran ciencia*, 1887); «pero era más listo que una *ardilla*, muy trabajador y muy formal en sus tratos» (Ángel Ganivet, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, 1898). Julio Casares, en su *Introducción a la Lexicografía moderna* (1950: 108), escribe:

Si pretendemos caracterizar a una persona explicando que «apenas se está quieta un momento y que tan pronto está aquí como allá moviéndose sin esfuerzo aparente y con

notable ligereza» habremos empleado más de veinte palabras, de cuya exacta comprensión no estamos seguros, cuando se nos habría entendido en un solo acto, y mejor, diciendo simplemente que tal persona es «una *ardilla*».

Cela, en su obra *Judíos, moros y cristianos* (1956), la usa con el sentido de «listo»: «El Salto del Caballo fue escenario de las hazañas de los bandidos Melero y Chafandín. Chafandín, canijo y *listo como la ardilla*, fue un chisgarabís cruel y sanguinario». Luis Martín Santos, en su magistral *Tiempo de silencio* (1961), elabora una metáfora compuesta: «Matías hablaba con Doña Luisa en el saloncito reservado, explicándole el caso, que no había podido convencer al testigo de descargo y que lo mejor era esperar hasta que llegara un su amigo *hábil abogado, ardilla jurídica*, corazón generoso, incapaz de negarle favor alguno». Es frecuente la comparación con jugadores de fútbol: «Brasil comentó respecto a Butragueño que “es una *ardilla* en el área rival”» (*ABC*, «Noticiario», 21/06/1986:); «De Saviola apunta: “Es una *ardilla*, que se escurre por adentro y por afuera”» (*Clarín*, «Delanteros a lo grande», 17/10/2000).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *ágil, hábil, inquieto, ligero, listo y rápido* y con el verbo *saltar*.

3.1.93. *Es un lirón*. El *lirón* y la *marmota* son los prototipos de animales dormilones. El *lirón* es un «mamífero roedor..., y pasa todo el invierno adormecido y oculto»; el *Diccionario de Autoridades* anota: «Duerme todo el invierno, y algunos le tienen por la Marmota». De ahí la segunda acepción metafórica: «persona dormilona». Su nombre científico es *Eliomys quercinus*. Desde la edición de 1817 está la expresión *dormir como un lirón*, «dormir mucho o de continuo» (con la marca coloquial).

La palabra *lirón* es aumentativo del antiguo y dialectal *lir*, del latín *GLIS, GLIRIS*. La primera documentación está en el anónimo libro sapiencial *Calila e Dimna* (1251): «Et quando el búho et el *lirón* vieron esto, tornáronse de aquel lugar». Y pronto aparece asociado a la *marmota*: «¿Por qué me topaste con este animal, *marmota* o *lirón*, que vive en el sueño...» (Juan del Encina, *Égloga de Fileno, Zambardo y Cardonio*, c. 1497). Juan de Arce de Otárola, en sus *Coloquios de Palatino y Pinciano* (c. 1550), citaba este animal como ejemplo de profundo y largo sueño, con una increíble historia:

Y los médicos dicen que esto es muy ordinario en las mujeres, que les ahoga la madre. Rabí Moisés y su galeno dicen que este ahogamiento ha durado a personas por seis días, sin comer ni beber ni tener pulso...; y también puede ser cosa natural estos éxtasis o amortecimientos de poco tiempo, pues vemos en un *lirón* y cocodrilo y otros animales que duermen y están sin sentido todo un invierno. Y autores hay que afirman haber ellos hecho pedazos un *lirón* y no sentir, hasta que le echaron en agua hirviendo y volvió cada parte a bullir. Y este mismo sueño tan largo y profundo ha acaecido y puede naturalmente volver a acaecer a los hombres.

Ya el poeta sevillano Baltasar del Alcázar (*Poesías*, c. 1550-1606), lo aplica a las personas: «Lo deseas dormilón, Y *duerme más que un lirón*». Y Cervantes lo incluye en el *Entremés de la cueva de Salamanca* (1615): «¿Qué diablos es esto? ¿Cómo no me abris, *lirones?*». Calderón exprime la metáfora: «Roberto. ¿Cómo ha dormido tu Alteza? Benito. Muy bien, en toda mi vida he tenido mejor sueño. En cama tan branda y rica, soy un príncipe *lirón*» (*El alcaide de sí mismo*, 1636). Galdós, siempre atento a las metáforas animales, lo incluye en quizás su mejor novela, *Fortunata y Jacinta* (1885-1887): «me preguntó cómo seguía el señorito. Le contes- té que *duerme como un lirón*».

En el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), el maestro Correas reco- ge la expresión «*Dormir como un lirón*. Por: mucho dormir».

3.1.94. *Es una marmota*. La marmota es un «mamífero roedor, de unos 50 cm de los que 20 corresponden a la cola, muy peluda y terminada en un mechó negó... longitud desde el hocico hasta la cola... pasa varios meses hibernando en su madriguera». Su nombre científico es *Marmota marmota*. Metafóricamente, es la «persona que duerme mucho» (en el diccionario académico desde la edición de 1925); también es *criada*, con la marca despectivo y coloquial (de más reciente inclusión en el diccionario académico —1984—). El *Diccionario de Autoridades* aporta la siguiente información: «Tienen entre sí gran sociedad, y ponen centinelas en todas las avenidas para guardar el heno que han justando para el invierno, y silban para advertir a las otras que huyan quando oyen ruido». En el *Diccionario de americanismos* es «persona poco inteligente, especialmente lenta en discurrir y reaccionar» (Panamá, Venezuela, Paraguay, Argentina y Uruguay).

La palabra *marmota* es un préstamo del francés *marmotte* (que parece ser alteración de **mormont*, del latín *MUS MONTIS*, «rata de montaña»). La primera documentación está en el anónimo *Viaje de Juan de Mandevilla* (c. 1400): «... muchas diuersas bes- tias como babunes simios *marmotas* et dotras diuersas bestias». Y muy pronto ya aparece en los textos ligado al hecho de dormir: «¿Por qué me topaste con este animal, / *marmota* o lirón, que vive en el sueño, / disforme figura formada en un leño / de paja o de heno relleno costal?» (Juan del Encina, *Égloga de Fileno*, Zam- bardo y Cardonio, c. 1497); «... le fue ocasión que se durmiese cual si oso, o *mar- mota*, o lirón fuese» (Jerónimo de Urrea, *Traducción de «Orlando furioso» de Ludovi- co Ariosto*, 1549); «Policronio. —Oís, señor Maestro, por no llamáros *marmota* dormilona, que puedo llorar lo que el otro cantaba...» (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589).

En el XIX, es muy frecuente este uso: «de desvelo, y duermen como *marmotas*...» (Fernán Caballero, *Clemencia*, 1852); «Ven, holgazán, dormilón, *marmota*» (Emilia Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa*, 1886); «—Arriba está durmiendo como una *marmota* —repuso la dueña—. (Galdós, *Zaragoza*, 1874). El novelista canario también uti- liza la palabra con el sentido de «tonta»: «Pero yo juro que he de retorcerle el

pescuezo a doña Visitación, que es *más tonta que una marmota*» (*El audaz. Historia de un radical de antaño*, 1871).

En el siguiente texto de Manuel Bretón de los Herreros, parece que tiene otro significado («bruto»): «¡Pobre intelecto! Ese hombre es una *marmota*. Pues ¿no es mejor mi proyecto...? ¿Eh? Luisa» (*La escuela del matrimonio*, 1852). Con el sentido de «criada» está en la segunda mitad del xx: «—Conque una *marmota* —murmuraba para sí mismo—. ¡Una vulgar y cochina *marmota*! ¡Tiene gracia la cosa!» (Juan Marsé, *Últimas tardes con Teresa*, 1966). Como simple insulto está en *Insomnio* (1986) del argentino Marcelo Cohen: «Ah botarate. Grandulón, *marmota*, pedazo de bruto. Tan viejo y tan zanahoria».

3.1.95. *Es un rata / es una rata*. [ratero] [rata de sacristía★] [rata de biblioteca★] [ser más pobre que una rata] [las ratas abandonan el barco] La rata es un «mamífero roedor, de unos 36 cm desde el hocico a la extremidad de la cola... muy fecundo y voraz». Su nombre científico es *Rattus rattus*. Metafóricamente, es la «persona despreciable», un «ratero, ladrón que hurta cosas de poco valor» y la «persona tacaña». En el *Diccionario de americanismos*, en México, «confidente, soplón» (como propio del lenguaje juvenil). El *Diccionario de argot* de Espasa es «persona de sentimientos innobles», «persona tacaña» y «delincuente de escasa categoría». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995).

La palabra *rata* parece de origen onomatopéyico (por el ruido que hace al roer o al arrastrar objetos a su agujero). La primera documentación está en el texto de cetrería *Moamín. Libro de los animales que cazan* (1250) de Abraham de Toledo: «E después, tomen al quarto día uermejón...; e tomen carne de *rata* e fãganla bien delgada». Galdós, gran aficionado como sabemos a las metáforas animales, caracteriza a uno de sus personajes, Guillermina Pacheco, la vecina santurrona de Jacinta, como *rata eclesiástica*: «—Es que lo uno no quita lo otro, y aunque yo sea incrédulo, quiero tener contenta a *mi rata eclesiástica*, por lo que pudiera tronar. Supongamos que hay lo que yo creo que no hay... podría ser... Entonces *mi querida rata* se pondría a roer en un rincón del cielo para hacer un agujerito, por el cual me colaría yo...» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887).

Con el sentido de «ladrón», también está en Galdós: «La que contaba estas tristezas llamábase Basilisa; tenía... a su hermana Cesárea bizmada, de los golpes que le dio su querido, un silbante, un golfo, *una rata*, “a quien tiene usted toda la noche jugando al mus en cas del Comadreja”» (*Misericordia*, 1897). Después, es de uso frecuente: «Por las noches, cogía el caballo, que estaba siempre en la cocina, y salía de su casa muy despacito, y, vestido, se iba a robar cualquier cosilla, casi siempre a algún Gran Hotel, pues él era *una rata andaluza* de hotel» (Miguel Mihura, *Mis memorias*, 1948). También tiene uso en el español americano; utiliza esta imagen el chileno Manuel Rojas en su novela *Hijo de ladrón* (1951): «Sonrió a Victoriano y bajó del tren sin decir una palabra; nadie se enteró de la detención

de una *rata* que llevaba robados allí una punta de miles de nacionales». Y está en la novela del costarricense Alexánder Obando Bolaños *El más violento paraíso* (2001): «Anúsit, sé que he sido *una rata* con vos... yes, rat, asshole, man. No te he dado lo que querés y te he pedido bastante plata a cambio, pero te prometo que la próxima vez va a ser distinto».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *pelado*, *pobre* y *solo*.

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

La vitalidad de la metáfora supuso la aparición de un adjetivo derivado (*ratero*), dos compuestos sintagmáticos (*rata de sacristía*★ y *rata de biblioteca*★), una locución verbal (*ser más pobre que una rata*) y una expresión (*las ratas abandonan el barco*★).

RATERO es el ladrón «que hurta con maña y cautela cosas de poco valor». Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995). Está documentada por primera vez a finales del xv: «E que no devía gastar su tienpo en robos y quemas de logares, porque aquella tal guerra, más era de *onbres rateros* que de reyes, ni avn de buenos capitanes» (Hernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, 1480-1484). Ya en el xvii, se usa como sustantivo: «¿Vio Sevilla más justas alabanças que las que de unos y otros oyeron mis oýdos el día venturoso de tal triunfo, o vio por dicha en mis desnudas carnes tres sellos de ladrón, *ratero* y guro [“oficial inferior de justicia”], que te puso Céspedes en Granada, en Toledo Ribera, y en Málaga Solórçano el Alcalde?» (Gonzalo de Céspedes y Meneses, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, 1626). En el xviii, Torres Villarroel, en sus *Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por la corte* (1727-1728), se refiere al más famoso de su tiempo, una larga sarta de insultos:

A mí me han llamado ladrón (que viví hurtando en una tropa de gitanos; y que si no me hubiera escondido en Portugal, me hubieran ahorcado en la plaza de Salamanca, como a Joaquinito, el más famoso *ratero*, en la de Madrid), desvergonzado, indigno en las costumbres, tizón del infierno, blasfemo, lujurioso, pícaro, villano, bailarín alquilado, alcoranista, calvinista, luterano, hereje, sopón, sayón y otras innumerables injurias que se han eternizado en el bronce de la prensa.

RATA DE SACRISTÍA★ es la «persona beata» y está documentado por primera vez en la novela *Los hombres lloran solos* (1986) del prolífico escritor catalán José María Gironella: «parece ser, ésa es, por lo menos, la versión que me ha dado mi amigo el ministro Girón, que ha subido como la espuma la influencia de Carrero Blanco, *rata de sacristía*, y perdonad la expresión...». RATA DE BIBLIOTECA★ es la «persona estudiosa»; utiliza el compuesto sintagmático el novelista guatemalteco Miguel Ángel Asturias en *Grupos de sillas* (1927): «Es la silla de algún solterón, filósofo o *rata de biblioteca*, que en la dicha arena halla consolación a su tristeza o se vale de observaciones nimias para hablar mal del amor, al menos de los enamorados que se van a besar al parque».

SER MÁS POBRE QUE UNA RATA es ser «sumamente pobre» y está documentada por primera vez en Galdós: «—Pues debe de estar ahora *más pobre que una rata*, porque las noches se las pasa...» (*Misericordia*, 1897).

Finalmente, tenemos la expresión LAS RATAS ABANDONAN EL BARCO[★] que se refiere a la dejación de las responsabilidades de determinadas personas en situaciones difíciles. La primera documentación está en el libro de Rosa Chacel *Desde el amanecer. Autobiografía de mis primeros diez años* (1972): «Lo que admiraba —con una admiración conmovida— era que ellos mismos lo tomaban a broma. Pero no por frivolidad, no: por una aceptación valerosa de naufragos que siguen jugando a las cartas aunque vean que *las ratas abandonan el barco*». El *Diccionario de dichos* de Espasa justifica así la expresión: «Antiguamente, los marineros contaban que, cuando las ratas que poblaban las bodegas se lanzaban al mar, había que dar por seguro un inminente naufragio, pues estos animales tenían un sentido especial que les hacía buscar la muerte antes que vivir la tragedia».

Como vemos en el caso de *ratón*, a pesar de sus connotaciones negativas también tiene manifestaciones positivas, como en el cuento de la *Ratita presumida*.

3.1.96. *Es un ratón*[★]. [arratonar(se)] [ratonear(se)][★] [arratonado[★]] [ratón colorado[★]] [ratón de biblioteca] [ratón de cola pelada[★]] [ratón de una sola cueva[★]] [jugar al gato y al ratón] El ratón es un «mamífero roedor... muy fecundo y ágil y que vive en las casas, donde causa daño por lo que come, roe y destruye». Su nombre científico es *Mus musculus*. Metafóricamente, según el *Diccionario de americanismos*, es «ladrón» (México y República Dominicana) y «policía o agente de rentas internas» (Puerto Rico, como lenguaje de la delincuencia). En Canarias, es «niño pequeño». No hay documentación de estas acepciones en los *corpora* académicos.

La palabra procede de *rato*, que es también el «macho de la rata». La primera documentación está en el *Lapidario* (c. 1250) de Alfonso X: «Coral es piedra que recebe otrossí uertud por la fuerça de uenus. et sennaladamiente pora fazer foyr los ratones et los mures que son dannosos a los omnes».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *asustado* y *atrapado*.

Ratón ha generado dos derivados verbales (arratonar[se] y ratonear[se]), un derivado adjetivo (arratonado), cuatro compuestos sintagmáticos (ratón colorado[★] ratón de biblioteca, ratón de cola pelada[★], ratón de una sola cueva[★]) y una locución verbal (jugar al gato y al ratón). ARRATONAR(SE) es, en Chile y en Cuba, «acobardar»; en Costa Rica es «sufrir calambres». Con otro sentido («comido por los ratones»), está en la *Primera parte de Guzmán de Alfarache* (1599) de Mateo Alemán: «podridas lentejas, cocosas habas, duro garbanzo y arratonado bizcocho».

RATONEAR(SE)[★] es «en el fútbol, jugar un equipo de manera defensiva y conservadora», en Perú y Chile; «actuar alguien de manera mezquina o poco generosa», «minimizar, infravalorar algo o a alguien» e «indagar, echar un vistazo por

curiosidad o diversión», en Chile; «tener fantasías eróticas», en Argentina. Está, con el significado de «acobardarse», en la novela *Las siete cucas* (1927) del escritor madrileño Eugenio Noel (seudónimo de Eugenio Muñoz Díaz): «—A mí me habían de hacer eso que a vosotras y las bebía la sangre —gruñía al verlas llorar. —Y eso es lo que hay que hacer y no *ratonear* —decía Crescencia—. Con el sentido argentino, está en la noticia del periódico *El Mundo*, 15/01/1995: Retrato del boxeador argentino Carlos Monzón, muerto en accidente de tráfico: «Poco tiempo atrás, Monzón había confesado que en la oscuridad de su celda todavía se “*ratoneaba*” (excitaba) pensando en Susana».

ARRATONADO★ es «apedenjado, acobardado», en Chile. En la prensa de este país, leemos: «—¿Qué importancia tuvieron en su decisión las palabras “nunca más habrá ‘vacas sagradas’, ni menos se jugará *arratonado*, porque así no es nuestro fútbol”, que dijera presidente electo de la Asociación Central, Rolando Molina» (Elías Figueroa, *Revista Hoy*, 19-25/01/1983); que Chile claramente ha subido de pelaje: de país «*arratonado* y gris» pasó a ser «atigrado y colorido» (*Revista Hoy*, Chile, 02-08/06/1997).

UN RATÓN COLORADO★ es la «persona lista». Este sentido procede de su condición de animal de experimentos científicos, en los que se les somete a diferentes pruebas en las que demuestran su inteligencia. Su primera documentación es tardía: «Mira, guapa, a mí nadie me enseñó nada de eso y, a los catorce años, *sabía más que los ratones colorados*, que debían ser de izquierdas» (Eloy Herrera, *Un cero a la izquierda*, 1976).

RATÓN DE BIBLIOTECA se incluye por primera vez, en el diccionario académico, en la edición de 1970: «erudito que con asiduidad escudriña muchos libros (con sentido peyorativo)», alambicada definición, por otra parte. En Puerto Rico, se utiliza la variante *gusano de biblioteca*. Está documentado en la primera mitad del pasado siglo (referido al crítico Bartolomé José Gallardo): «No fue lo que se llama *un ratón de biblioteca*, que lee y copia papeles viejos sin distinguir de calidades, atraído por el olor de la antigüedad. Gallardo tuvo una clara idea de lo que debe ser la crítica de los textos y el arte de las ediciones» (Andrenio —Eduardo Gómez de Baquero—, *De Gallardo a Unamuno*, 1926). También se documenta en el español americano. El argentino Enrique Anderson Imbert, en su obra *El estafador se jubila* (1969), establece un ingenioso juego de palabras con *ratero*: «En mi oficio los cómplices suelen ser tan pícaros como uno; pero el tímido Carboncillo, profesor que de puro ingenuo había perdido su cátedra y de *ratón de biblioteca* había pasado a *ratero de libros*, me inspiró confianza».

En Chile, RATÓN DE COLA PELADA★ es la «persona despreciable, miserable». En una revista chilena, podemos leer: «—Con el “ratón de cola pelada” (el periodista de TVN Marcelo Araya) fue más duro» (Luis Santibáñez, *Revista Hoy*, 01-07/12/1997). También en Chile, RATÓN DE UNA SOLA CUEVA★ es «el hombre fiel a su pareja»; en el diario chileno *La cuarta*, podemos leer: «A los monógamos se les

dice por broma que son “ratones de una sola cueva”, pues una vez casados, jamás miraron para el lado, ni por casualidad. Este juego de palabras se debe a que la cueva —donde vive el ratón— es uno de los sinónimos groseros que recibe el genital femenino. “Los ratoncitos” son aquellos mariditos fieles que “hacen las tareas” sólo en su casa»¹⁶.

Para la locución verbal JUGAR AL GATO Y AL RATÓN, *cfr. s.v. gato*.

A pesar de su carácter destructivo, es un animal simpático. No olvidemos la historia del *ratoncito Pérez* (a la que nos referimos en el capítulo 6) o el más actual e internacional *ratón Mickey*.

En el refranero, tiene cierta presencia. Hernán Núñez, en sus *Refranes o proverbios en romance* (c. 1549), recoge, entre otros, *acogí al ratón en mi agujero, y tornó se me heredero*. Y, más tarde, el maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), selecciona, entre otros: *a rratón ke no sabe más de un aguxero, el gato le koxe presto; al rratón ke no sabe más de un horado, akél tapado, presto le toma el gato; kada rratón tiene su nido, i kada muxer su abrigo i amigo; y más vale ser kabeza de rratón ke kola de león*.

3.1.97. *Es una laucha*. [*ser más pobre que una laucha**] *Laucha* se recoge en el diccionario académico en su edición de 1925 como nombre de ratón, en Argentina y Chile (la edición de 1984 añade Paraguay y Uruguay). En la edición de 1984, aparece la acepción «persona lista» (en los anteriores excepto Paraguay; en la actual, solo como de Argentina, «persona astuta») y la acepción «muchacho algo crecido y muy delgado» (en Chile; acepción que desaparece en la edición anterior). En el *Diccionario de americanismos*, «persona menuda y delgada» (Chile y Argentina); «persona astuta» (Argentina, como poco usada).

Es palabra mapuche. La primera documentación está en *Aniceto el Gallo* (1872) del poeta gauchesco Hilario Ascasubi:

Pues ni ratón, ni reyuno,
ni víbora habrá pasao
susto igual al que me ha dao
usté al soltarme su albuno,
para que un improvisao...
le haga yo, como si fuera
el destripar una *laucha*,
o pelar solo una chancha
concertar a la ligera
cualesquier versada gaucha.

[*reyuno*, «caballo del Estado»; *albuno*, «álbum, libro en blanco»; *chancha*, «cerda»]

Con estructura comparativa, está en la novela José *El obsceno pájaro de la noche* (1970) del chileno José Donoso «Comienza a gemir. La Damiana, *minúscula como una laucha*, se introduce en nuestro círculo, observa...».

Sobre *ser más pobre que una rata*, se ha construido SER MÁS POBRE QUE UNA LAUCHA*: «ellos sabían que yo era más pobre que una laucha y que nunca les hubiese podido pagar» (Juan Carlos Quiroz, Juan Carlos: *El anticristo y los malditos del lunes 13*, 2001). También como animal «solitario» en el argentino Eduardo de la Puente: «Para colmo me sentía más solo que una laucha; ninguno de mis amigos cercanos quería abordar el tema» (*Por qué tardé tanto en casarme. Crónica despiadada de las mujeres de mi vida*, 2002).

Hay un jugador argentino, Lautaro Germán Acosta (Lanús, Sevilla, Racing...), llamado el *laucha* Acosta (recordemos también «el *ratón* Ayala»).

3.1.98. *Es un guayabito*. El guayabito es un «ratón pequeño» en Cuba. Metafóricamente, es la «persona cobarde» (no he encontrado documentación). En el *Diccionario de americanismos*, se recoge también el sentido de «persona que se beneficia económicamente de la prostitución de otra», como obsoleto.

Es diminutivo de *guayaba*, de origen arahuaco, por metáfora formal. La primera documentación está en la novela *El separatista* (1895) del naturalista radical Eduardo López Bago: «Es verdad —replicó el joven—, ayer me hizo mucha gracia eso. Mira tú que Fortunato con sus pantalones remangados a la moda de los días de lluvia en Londres, sus camisas que son las mejor planchadas, sus corbatas blancas de nudo y de seda de canutillo, el eterno alfiler, un *guayabito* [132 Ratoncito. (N. del A.)] royendo un brillante». Alberto Manuel Francisco Yarini Ponce de León, famoso proxeneta de la Habana, nacido el 5 de febrero de 1882... según Dulcila Cañizares: «Y fue el Conquistador mientras ganaba el otro calificativo, el que más le gustaba y convenía. Hasta que él fue el rufián, el *guayabito*, el gigoló, el proxeneta, el “souteneur”, el Chulo. El Rey de San Isidro»¹⁷.

Aunque no tiene nada que ver con nuestra metáfora, en Cuba se utiliza la frase *tener alguien guayabitos en la azotea* con el sentido de «tener alteradas sus facultades mentales». Solo he encontrado esta documentación: «Cuca. —¿Marina? No me hagas reír... ¿A qué sacas a mi hermana Marina en todo esto? Aura, *tú tienes guayabitos en la azotea*» (Matías Montes Huidobro, *La sal de los muertos*, 1960): «Tener guayabitos en la azotea significa, en Cuba, perder la razón. El guayabito, ratón pequeño, es la ocurrencia insensata; la azotea es la mente, ápice de la persona. Una azotea con guayabitos es un ámbito donde imperan el desorden, la ficción, la animalidad furtiva, la penumbra. Orlando González Esteva»¹⁸.

3.1.99. *Es una vizcacha*. La *vizcacha* es un «roedor de hábitos nocturnos propio de las grandes llanuras... su coloración es gris oscuro, con el vientre blanco... Vive en el Perú, Bolivia, Chile y la Argentina». Metafóricamente, y solo en Uruguay, es «persona que acostumbra guardar cosas inservibles». Es el *síndrome de acumulación impulsiva*, que afecta a un cuatro por ciento de la población mundial.

Vizcacha es una palabra de origen quechua. La primera documentación está en la *Historia natural y moral de las Indias* (1590) del jesuita vallisoletano José de Acosta: «El octavo mes se llama chahua huarqui, en el cual se quemaban otros cien carneros por el orden dicho, todos pardos, de color de *vizcacha*, y este mes responde al nuestro de julio»; y explica en otro lugar de la misma obra: «que son a manera de liebres». El viejo Vizcacha es un personaje del *Martín Fierro*:

Me llevó consigo un viejo
que pronto mostró la hilacha:
dejaba ver por la facha
que era medio cimarrón;
muy renegao, muy ladrón,
y le llamaban *Viscacha*.
(José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*, 1879)

Tenemos documentación del sentido metafórico en la prensa argentina y en una página web:

Y como decía ese *Viejo Vizcacha* al que llamaban *Perón*, el pescado se pudre por la cabeza y la cabeza estaba podrida. Arenes, Carlina: «Dios da señales de que no nos ha abandonado». (*La Nación*. lanacion.com.ar, Buenos Aires, 01/31/2004)

Tienen curiosas costumbres, como la de llevar palos y huesos a las bocas de las vizcacheras, como queriendo atesorar diferentes objetos. De allí, su fama de juntadoras de chucherías y, por eso, se le llama «*vizcacha*» a la persona que guarda cosas inservibles. ¿Se acuerda del personaje del *Martín Fierro*? Bien, por eso el Viejo Vizcacha se llamaba así¹⁹.

3.1.100. *Es un acure*★. El acure es un «roedor del tamaño de un conejo, de carne comestible, que vive en domesticidad en varios es de América Meridional». Su nombre científico es *Cavia porcellus*. Según el *Diccionario de americanismos*, en Venezuela, tiene un uso metafórico: la «mujer que tiene muchos hijos».

Es una palabra caribe (con *a-* protética; también *picure*) de Perú y Venezuela. La primera documentación está en la novela *Canaima* (1935) del venezolano Rómulo Gallegos: «Ellos le enseñaron a... descubrir la presencia... de las bestias que, a la primera impresión, parecían faltar por allí, por las cuevas de los *acures* y los cachi-camos [*armadillos*]...». El lexicógrafo puertorriqueño Augusto Malaret, en su *Lexicón de Fauna y Flora* (BICC, I, 1945: 307) lo describe así:

En español, *Cavia porcellus* recibe diversos nombres vulgares según el país. Principalmente en América del Sur, pero también en México y América Central, existen varias formas surgidas a partir del nombre onomatopéyico quechua *quwi*: *cuy*, *cuye*, *cuyi*, *cuyo*, *cuilo*, *cuis*. En es del área caribeña y Canarias recibe nombres derivados del caribe *curi*, como *acure*, *curí*, *curie* y *curiel*. En España y en zonas de Argentina y México se emplean los nombres *cobayo* y *cobaya*, posiblemente derivados del idioma tupí *sabúia*. En

muchos es, incluyendo los ya mencionados, recibe el nombre de *conejillo de Indias*, mientras que en Argentina es llamado *chanchito de Indias*. En Chile es llamado *cuyi*. En Puerto Rico se utiliza comúnmente el nombre *güimo*.

El único texto donde aparece con valor metafórico es un texto oral (CSHC-87, Entrevista 127, Venezuela) del *Crea*.

Aquí hay mucha gente, de mucho tiempo, de raíz italiana. Y los italianos tienen una cosa, que tienen dos cosas buenas para la inmigración: una, que donde llegan, se quedan, como si fuera su país. Y segundo, que son muy prolíficos, tienen muchos hijos, se multiplican en el donde van. Esos son unos *acures* para tener muchachos. Usted ve un montón de apellidos venezolanos, F, F son apellidos italianos todos, una gran cantidad. Claro, no llegaron en masa como llegaron a la Argentina.

En el siguiente texto de Internet, se informa de un hecho sorprendente:

A la verga esta mujer es un acure!! Ojalá se les salven pero lo arrecho será mantenerlos pero bueno esperemos q la ayuden mucho para salir adelante²⁰.

3.1.101. *Es una jutía*★. La *jutía* (o *hutía*) es, en Cuba y República Dominicana, un «mamífero roedor abundante en las Antillas...». Hay varias especies de los géneros *Capromys* y *Geocapromys*. Metafóricamente, en Cuba es «cobarde» [como *cucaracha*, *guabina* y *jaiba*].

Es una palabra procedente del arahuaco. La primera documentación está en la *Suma de geografía que trata de todas las partidas y provincias del mundo* (1519) del conquistador sevillano Martín Fernández de Enciso: «Es viciosa de mucho pescados e buenos, e ay en ella una generación de pelo e hocico e cola como ratones, y el cuerpo como conejos, e llámanse *hutías*, que tienen buena carne de comer, e ay multitud d'ellas». Con sentido metafórico, está en la novela de Alma Guillermo Prieto, *La Habana en un espejo* (2005): «y el Granma recogió la noticia en tinta roja en su edición del domingo. “Nixon, *jutía*, ¡te quedan pocos días!”, coreaban los manifestantes...».

3.1.102. *Es una liebre* (los *lagomorfos*). [*lebrón*] [*lebrastón*★] [*alebrarse*] [*alebrestarse*]

La liebre no cierra los ojos cuando duerme, y es la liebre el único animal a quien le ocurre esto, ni tampoco sus párpados se dejan vencer por el sueño. Dicen que la liebre duerme con el resto cuerpo pero que sus ojos, entretanto, velan.
(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

Los lagomorfos son «mamíferos semejantes a los roedores, de los que se diferencian por poseer *dos pares de incisivos superiores en lugar de uno*». El diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo al *conejo* y a la *liebre*. Etimológicamente, el grupo parte de *λαγώς*, «liebre».

En ese grupo de animales parecidos a la *liebre* con significado metafórico, tenemos el *conejo*, su variante el *gazapo* (conejo joven) y el *conejillo de Indias* o *cobaya*. Alternan las alusiones positivas («rapidez» en la *liebre*; «astucia» en el *gazapo*) con las negativas («cobardía» en el *conejo* y «sometimiento a experimentación» en el *conejillo de Indias* o *cobaya*).

Solo es polisémico *conejo*: la *coneja* es la «hembra que pare muy a menudo»; el *conejo* es la «persona con los dientes delanteros muy pronunciados y grandes», el «recluta novato», el «ladrón que roba cosas de poco valor» (México) y el «policía de investigación» y la «persona tonta» (Guatemala). *Liebre* produce derivados (*lebrato*, *lebrastón*, *alebrarse*, *alebrestarse*); también *gazapo* (*agazaparse*).

Las primeras documentaciones con sentido recto son medievales en *liebre*, *conejo* y *gazapo* y del XIX (*conejillo de Indias* y *cobaya*). Los sentidos metafóricos son del XV (*liebre* y *gazapo*) y el resto del XX.

Solo generan derivados *liebre* y *gazapo*.

La liebre es un «mamífero del orden de los lagomorfos..., *de carrera muy veloz*». El nombre científico de diversas especies es del género *Lepus*. Es prototipo de animal rápido y, por tanto, metafóricamente, es —en atletismo— el «corredor que en las pruebas de larga distancia se pone en cabeza para imponer un ritmo determinado al resto de los participantes». Menos frecuente es la referencia a su timidez: «hombre tímido y cobarde» (ya desde el *Diccionario de Autoridades*, que añadía «afeeminado»; y propio del lenguaje de germanía —*Léxico del marginalismo*—; también «órgano sexual femenino»). Este último significado ha pasado al verbo *alebrarse*. También es, en El Salvador, «persona lista y astuta», usada (no he encontrado documentación en los *corpora* académicos).

La palabra procede del latín *LEPORE* y la primera documentación está en el *Fuero de Zorita de los Canes* (1218–c. 1250): «Tod aquel que fuerça fiziere alcaçador sobre *liebre*, o coneio, o sobre perdiz, peche el uenado doblado et V sueldos, si el querelloso firmar lo pudiere». El *Diccionario de Autoridades* cita al erudito aragonés Diego de Funes, en su *Historia natural*: «Es animal mui ligero y ingenioso... y tan temeroso, que de qualquier ruido se espanta: de donde en España llamamos a los cobardes *liebres*»; también cita de la anónima novela picaresca, atribuida al médico Francisco López de Úbeda, *La pícara Justina*, con juego de palabras incluido, donde ya hay un sentido metafórico: «Enojeme con tales ademanos, que se espantó el valentón, mostrándose tan *liebre* como yo libre». Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611) señala la timidez como rasgo fundamental: «La liebre es

animal tímido; y así le dan ese epíteto los poetas, Horacio, Epodon 2: “Pavidum-que leporem, et advenam laqueo gruem”, etc. Al cobarde que huye decimos ser una liebre, como acerca de los latinos llaman liebres a los afeminados: Terentio in Eunucho: “Lepus tute es, et pulpamentum quaeris”».

Ya en el cuento del «León y la liebre» del anónimo libro sapiencial *Calila e Dimna* aparece como animal astuto. Un largo texto con múltiples referencias a paralelismos entre hombre y animales está en *Istoria de las bienandanzas e fortunas* (1471-1476) del noble vizcaíno e historiador Lope García de Salazar: «Sepades qu’el omne es de más alta natura que todas las cosas vivas del mundo e que non ha manera de propia en ninguna criatura de quantas Dios fizo que no la aya en el omne. Esforçado como león, es cobarde como *liebre*». Mucho más tarde, Torres Villarroel vuelve a llamar la atención sobre la liebre:

Aristóteles, escribiendo a Alexandro, dixo que el hombre era compendio de todas las cosas, y dice más adelante, que no crió Dios criatura más noble que el hombre, ni juntó en otro animal las perfecciones que colocó en él, pues no hay costumbre, o habilidad en alguno de ellos, que no se halle cifrada en el hombre: es atrevido como el León: temeroso como la *liebre*... (*Anatomía de todo lo visible e invisible*, 1738-1752)

Como «cobarde», volvemos a tener textos en el siglo XVIII: «Un Soldado que gritó / a una liebre quando huía, / oyó que ella le decía: / Tú eres mas *liebre* que yo» (León de Arroyal, *Los epigramas*, 1784). En *Pipá* (1886) de Clarín, están los dos significados metafóricos («veloz» y «tímido»): «Celedonio huía como una *liebre* y Pipá le daba caza como un galgo»; «se había hecho tímido como una *liebre*, escrupuloso, cominero». También los dos significados están en Galdós: «yo que ahora tiemblo como una *liebre* y a cada tiro que oigo parece que entrego el alma al Señor» (*El 19 de marzo y el 2 de mayo*, 1873): «Corrió a abrir más ligero que una *liebre*...» (*El terror de 1824*, 1877); «Lobato, que se nos escapó, corriendo más que una *liebre*...» (*El caballero encantado*, 1909).

La referencia al atleta está en la monografía deportiva *La media distancia* (1984) de Alejandro Gándara:

El atleta, desde la línea de salida, conocía a sus rivales. Sabía su tiempo y sabía hasta dónde podía seguirles o en qué momento debía dejarles. Conocía también a las «liebres», y sabía lo que iba a hacer la suya, si la tenía. Las «liebres» marcan un ritmo de muerte por razones que hay que conocer antes de salir: quemar a algún trotón; marcar el parcial del galgo que la ha colocado para buscar el récord; trabajar para el equipo; lanzarse a tumba abierta y aguantar la «pájara» final, fiando en el trecho que puso en medio con su salida a la locura.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *cobarde*, *ligero*, *rápido*, *temeroso* y *tímido* y con los verbos *correr*, *huir* y *saltar*.

El aumentativo **LEBRÓN** está en el *Diccionario de americanismos*, con el significado de persona «experimentada, que no se deja engañar» (México). Está en *Los de abajo* (1916) del mexicano Mariano Azuela. «Si entendieron, santo y bueno; a uno lo dejan en paz, y en eso paró todo. Pero hay veces que quieren hablar ronco y golpeado... y uno es *lebroncito* de por sí... y no le cuadra que nadie le pele los ojos... Y, sí señor; sale la daga, sale la pistola».

Lebrón también, en el lenguaje de la germanía (*Léxico del marginalismo*), es «cobarde, tímido, miedoso». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Hombre tímido, encogido y cobarde». Está en la *Segunda Celestina* (1534) de Feliciano de Silva: «Pandulfo. ¿Y cómo? Tú, señora de mi alma, ¿no viste qué huir *llevava aquel lebrón de Barañón*, moço de cavallos, quando anoche me acometió el alguazil? Que cree que un hombre cobarde es para destruir mil hombres, aunque sean leones». Después, en la anónima *Égloga al santísimo sacramento sobre la figura de Melquisedec* (c. 1575): «¡O, Señor!, es vn *lebrón* / que de todo su esquadron / fue el primero que huyó, / y a su capitán dexó / bramando como vn león». La expresión *Es un lebrón* aparece en una lista de expresiones de cobardía (junto con la referencia a otros animales) del *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del maestro Correas:

Es una araña. Es una araña. Es una gallina.

Por: persona para poko i kovarde. «Es un lebrón»; «Es un *milano*»; «Es *amilanado*».

Es un alárave. Es un Nerón.

Por: kruel; i «un tigre», o tal.

Es un ágil. Para dezir ke uno es de agudo inxenio i fázil en deprender i hazer kualquiera kosa presto

Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995), también recoge **LEBRASTÓN***

Lebrato grande; de esa acepción derivó el calificativo despectivo aplicado al sujeto cobarde pero astuto y sagaz, que sólo se ocupa de su medro a espaldas de los demás, sin importarle pasar por encima de ellos". No he encontrado este significado metafórico; en el literal está por primera vez en el *Cancionero* (c. 1540-1579) de Sebastián de Horozco en referencia a la comida: «no sabiendo qué juzgar, / si eran tripas o quajar / o por dicha *lebrastón*».

El verbo **ALEBRARSE** («echarse en el suelo pegándose contra él como las liebres») tiene una acepción metafórica: «acobardarse», ya recogida por Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611). En el *Diccionario de Autoridades*: «Metaphóricamente vale acobardarse, perderse, y abatirse de ánimo» (con la cita de Covarrubias). La primera documentación es del xvi: «como huyen y se apartan y *alebrastan* los pollitos y paxaritos chequitos [sic] quando ven o sienten el milano» (Fray Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, c. 1527-1561). Es un verbo con poca documentación: «El niño *se alebra* en un rincón, escondiendo la cara y el espanto»

(Ricardo León, *Cristo en los infiernos*, 1941); «sin conseguir más que quedarse *alebrada* en el diván, adulta de pronto y asustada», «que cruzó el cerco bajo la bombilla y permaneció *alebrada* junto a un panderete» (José Manuel Caballero Bonald, *Toda la noche oyeron pasar pájaros*, 1981); «—Que no quiero, Capilla. Que no puedo. Se le *alebraba* la voz» (Antonio Gala, *Los invitados al jardín*, 2002).

Una variante formal de *alebrarse* es ALEBRESTARSE, ya documentada en el siglo XVI: «y hallando de los demás compañeros *alebrestados*, que no osaban subir, les dixo...» (Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, 1560). En Hispanoamérica, es también «alborotarse»: «Un día tuvo la avilantez de nombrarme desde el púlpito, para cosa mala; y yo le grité embustero y mentecato y lo más que se me vino a esta lengua, que se ha de comer la tierra. Unas viejas se emperraron a berriar; los indios *se alebrestaron*» (Tomás Carrasquilla, *La marquesa de Yolombó*, 1928). En Cuba y Honduras es «enamorarse»: «Además, quién sabía si ella no podría pescar algo también en aquel río revuelto. Porque tanto el canadiense como el cubano *estaban alebrestados*» (Antonio Álvarez Gil, *Naufragios*, 2002). En Puerto Rico (Malaret) se usa ALEBRESTADO, «listo, activo, espabilado».

También está en los refranes. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge los siguientes: *a la korta o a la larga, el galgo a la liebre alcanza; el pekeño kan levanta la liebre, i el grande la prende*. También la expresión «*el sueño de la liebre*. El ke no es seguro i duerme los oxos abiertos».

3.1.103. *Es un conejo / es una coneja*. El conejo un «mamífero del orden de los lagomorfos». Su nombre científico es *Oryctolagus cuniculus*. Metafóricamente, la *coneja* es la «hembra que pare muy a menudo». Ya Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), escribía: «De la mujer que pare a menudo decimos que es una *coneja*, especialmente si los pariese de dos en dos, como lo hacen algunas». *Conejo*, según el *Diccionario de americanismos*, es el «ladrón que roba cosas de poco valor (en el lenguaje de la delincuencia)» (México); también es el «policía de investigación» y la «persona tonta» (Guatemala). En el *Diccionario de argot* de Espasa, aparece como la «persona con los dientes delanteros muy pronunciados y grandes» y como «recluta novato».

La palabra procede del latín CUNICULUM (a su vez, voz prerromana). La primera documentación está en el *Fuero de Madrid* (a. 1141-1235): «Qui *coneios* uel liebres o perdizes comparare per ad atigara, pectet II morabetinos a los fiadores». Metafóricamente, aparece en Galdós: «El Cielo le había dado cuatro hijos, y su mujer, que era una *coneja*, le traería el quinto retoño para febrero próximo» (Cánovas, 1912). A principios del xx, está en este romance curioso:

Cásase Conejo.
Su señora Pepa
cada nueve meses
le da una coneja.

De tanta abundancia
 el pobre reniega.
 «¡Caramba! —le dice;
 usted exagera;
 o para o me marchó;
 no más descendencia.
 ¿Sabe Ud. el nombre
 que mi casa lleva,
 y cómo nos llaman
 las gentes por fuera?
 Yo soy *conejete*;
 las niñas *conejas*;
 usted *conejilla*;
gazapa mi suegra,
 y mi pobre casa
 «la *real conejera*».
 No más *conejitos*.
 No más descendencia.
 Por Dios se lo pido
 mi señora Pepa».
 (Aquileo J. Echeverría, *Romances*
 [*Concherías y otros poemas*], 1903-1905)

Es de uso frecuente: «Y paridora como una *conejita* —dijo José—. Ya tiene como diez churres» (Mario Vargas Llosa, *La casa verde*, 1966). Está también en la novela *Ederra* (1982) de Ignacio Amestoy: «Aunque Carlota no sea más que una zorra, la adoraré cuando, como una *conejita*, comience a parir Butrones».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *asustadizo*, *cazado*, *listo* y *paridora* y con los verbos *correr*, *escapar*, *huir*, *reír*, *parir* y *temblar*.

Tiene cierta presencia en los refranes. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge los siguientes (con explicación): «el konexo ido, i el konsexo venido. Kiere dezir ke es fázil dar konsexo, aunke difizil tomarle»; «al viexo i al konexo, mudalde la tierra, daros a el pellexo. Ke el viexo morirá presto, i el konexo será presto kazado lexis de sus vivares». También la expresión «la rrisa del konexo. Por: rrisa kon rregaño, i finxida».

3.1.104. *Es un conejillo de Indias*. El compuesto *conejillo de Indias* es un «mamífero del orden de los Roedores, parecido al conejo, pero más pequeño... muy usado en experimentos de medicina y bacteriología». Es el *cuy* (quechua) y la *cobaya* (tupí). Su nombre científico es *Cavia porcellus*. Metafóricamente, es «animal o persona sometido a observación o experimentación».

La primera documentación como roedor es de finales del xix, en un manual de Zoología: «3.^a —Cávidos: *Cavia* (*conejillo de Indias*)» (Anselmo González Fer-

nández, *Memorándum elemental de zoología*, c. 1890). Cfr. *acure*. En sentido metafórico, lo encontramos por primera vez en la novela *Don Juan* (1963) de Torrente Ballester: «El de rojo insistió: —De todos modos, tenemos que interrogarte. Has sido, ¿cómo te diría?, el *conejillo de Indias* de una experiencia trascendental». Aparece en varias ocasiones en textos actuales: «Y que casi podía considerarme un conejo. Un *conejillo de Indias* camino del laboratorio experimental» (Inés Palou, *Carne apaleada*, 1975); «el paciente se convierte en un *conejillo de Indias*, en una fuente pecuniaria» (Alejandro Morales, *La verdad sin voz*, 1979); «¿Estudiantes o “*conejillos de Indias*”? Hace unos años fuimos aceptados como estudiantes Medicina en la Universidad Complutense de Madrid. Posteriormente, y pretextando un problema de congestión de alumnado en dicha Universidad, se nos sometió a un sorteo» (*El País*, 11/12/1979)...

3.1.105. *Es una cobaya*. La cobaya o el cobayo es el *conejillo de Indias*. Su nombre científico es *Cavia porcellus*. Metafóricamente, es «animal o persona sometido a observación o experimentación».

La palabra procede quizás de la lengua tupí *sabúia*, *çabuja* con olvido de la cedula. La primera documentación es de 1893, del *Discurso leído ante la real academia de ciencias exactas, físicas y naturales* por Justo Egozcue y Cia: «la *cobaya* o conejillo de Indias, que en esa condición solo tiene un parto anual de uno o dos hijos, pare en domesticidad cinco veces en igual período». Ya con sentido metafórico está en *El Japón y su duende* (1964) del prolífico escritor catalán José María Gironella: «Tal actitud, asombrosa desde cualquier punto de vista, dio el golpe de gracia a los supervivientes de Hiroshima, que a lo que aspiraban era a verse liberados del mal. Las consecuencias psicológicas fueron siniestras. Los enfermos japoneses se sintieron relegados a la categoría de *cobayas*, de “casos interesantes para el análisis y las estadísticas”». Lola Beccaria, en su novela *La luna en Jorge* (2001), incluye este interesante diálogo en el que la metáfora se extiende en alegoría:

—Eres malvada, Patricia. Una mujer sin sentimientos.

—Soy peor que eso. Soy una investigadora del ser humano y este es mi laboratorio.

Y tú eres mi nueva *cobaya*.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Que ser tu *conejilla de indias* me excita.

—Te aseguro que eres la cobaya más disciplinada que he tenido nunca.

—¿Solo eso?

—Y mi favorita, por supuesto.

3.1.106. *Es un gazapo*. [agazaparse] El *gazapo* es «conejo nuevo» y, metafóricamente, un «hombre disimulado y astuto» (como uso coloquial), significado del que no tenemos documentación.

Es palabra de origen incierto. La primera documentación está en el *Libro de Buen Amor* (1330-1343) de Juan Ruiz: «diome foguera de enzina, mucho *gaçapo*

de soto, buenas perdizes asadas...». La primera documentación como insulto procede del *Cancionero de Baena*: «Las tus suzias opiñones / son de torpe gusarapo... / e por ti, suzio gazapo, / non rindo tres cagajones» (Alfonso de Villasandino, *Poesías [Cancionero de Baena]*, 1379-a. 1425). Los cronistas de Indias citan la palabra para identificar los animales americanos: «como de unos animalejos que parecen gazapos de conejos» (Fray Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria*, 1527-1550); «y todos los otros que llaman coris, que son como gazapos o conejos pequeños» (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557).

De *gazapo* procede el verbo AGAZAPAR(SE): «esconderse, ocultarse, estar al acecho», «agacharse, encogiendo el cuerpo contra la tierra, como lo hace el gazapo cuando quiere ocultarse de quienes le persiguen». Parece que ya es normal a finales del xv. Alfonso de Palencia (*Universal vocabulario en latín y en romance*, 1490) lo incluye en la definición del latín EMANERE: «es estar agaçapado en el campo». Jerónimo de Urrea en la *Traducción de «Orlando furioso» de Ludovico Ariosto* (1549) recoge claramente la imagen del gazapo asustado: «Como liebre entre canes desatados, / tales se agazapaban temerosos». Metafóricamente, ya está en las *Cartas de relación* (1519-1526) de Hernán Cortés: «y con poner mi persona a muchos trabajos, riesgos y peligros, muchos reinos y señoríos para vuestra excelencia. Los cuales no podrán encubrir ni agazaparse los malos con sus serpentinatas lenguas». También, en el *Quijote*: «En esto descubrió a un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona, si se agobiaba y encogía. Acudió a él Sancho Panza y, agazapándose, se entró por él y vio que por de dentro era espacioso y largo» (*Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, 1615). Se generaliza en el xviii. Es un caso curioso de un verbo mucho más usado que el sustantivo de donde procede.

Gazapo está en el refranero. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), incluye el siguiente: «El kuko. Komo el gazapo, ke huiendo del perro dio en el lazo».

3.1.107. *Es un erizo. (Los insectívoros)*

Es una isla asediada de lanzas por todas partes.

Soledad del *erizo*, martirio eterno
de otro San Sebastián que nació acribillado.
(*Album de Zoología*, José Emilio Pacheco)

Los insectívoros son los mamíferos «unguiculados o plantígrados, de pequeño tamaño, que tienen molares provistos de tubérculos agudos, con los cuales mastican el cuerpo de los insectos de que se alimentan». El diccionario académico considera como prototipos de este grupo al *topo* y al *erizo*.

El pequeño grupo de los mamíferos insectívoros está formado por el *erizo*, el *topo* y el *murciélago* (que, además, vuela). No gozan de buena fama. En la simbología medieval, el *topo* representaba al diablo y provocaba plagas en los cultivos; y las espinas del *erizo* representaban los pecados humanos. Ya para Alfonso X, los animales que viven bajo tierra tienen connotaciones negativas: «(animalias) de las que viven so la tierra, assí como es el *topo* e la lombriz, porque otros sí son todas suzias» (*General Estoria*, c. 1275). El *erizo* es el que «tiene mal carácter» (rasgo psicológico que comparte con el físico del «que tiene el pelo rizado»). El *topo* es el «corto de vista» (en sentido psicológico también), el «necio» y, más modernamente, el «infiltrado». *Murciélago* es el «ladrón», el que «no duerme», pero también el «amante que huye de la luz de la amada».

Los tres se documentan por primera vez, en su sentido recto, en el siglo XIII y los sentidos metafóricos aparecen en ese mismo siglo (*topo*) y en los siglos siguientes (XV, *erizo*; XXVI, *murciélago*). No generan derivados ni fraseología metafóricos.

El erizo es un «mamífero insectívoro nocturno de unos 20 cm de largo, con... las patas y la cola muy cortas que, en caso de peligro, se enrolla en forma de bola». Su nombre científico es *Erinaceus europaeus*. Metafóricamente, es la «persona de carácter áspero e intratable». En el *Diccionario de americanismos* es «persona que tiene el pelo erizado» (México).

La palabra procede del latín *ERICIUS*. Su primera documentación es del siglo XIII: «e ceuen a las aues mayores de carne de lechón o de perrezno pequenno o de *erizo*» (Abraham de Toledo, *Moamín, Libro de los animales que cazan*, 1250). La recoge Nebrija (*HERICIUS*), también como «pescado de la mar» (*ECHINUS*) y como «erizo de castaña o bellota» (*CALYX*). En la anónima *Traducción de la «Historia de Jerusalem abreviada» de Jacobo de Vitriaco* (1350), ya aparece con el significado de «prudente»: «El *erizo* es de tal prudencia mientra corta las huvas de la vid o la fruta del árbol, rebolviéndose sobre ellas, con aquellas sus púas liévalas consigo, el qual, en sintiendo alguna cosa, luego se coge ayuntado et buélvese a las armas». En el anónimo *Libro de los gatos* (c. 1400) aparece una magnífica enumeración de los diferentes tipos de religiosos según sus maneras de ser («de carácter áspero e intratable»):

muchas vegadas acaesçe que en un convento (de) monjes negros, o de blancos, o en una yglegia do avrá muchos clérigos que non son sinon *bestias*, que se entienden que dellos son *lleones por grand argullo*, e llos otros son *gulpejas por grand engano*, e llos otros son *ossos por grand gortonia*, e llos otros son *cabrones por grand maldad*, e llos otros son *asnos por gran pereça* que son muy pereçosos por servir a Dios, e otros son *erços por aspereça que son sanudos*, e *maninconiosos* [«melancólicos»], e otros son liebres por miedo de lo que non debe(n) aver...

En la literatura espiritual del XVI, los pecadores se manifiestan en forma de erizo, cuyas espinas son los pecados: «O Cristo... ¡Tú eres descanso entrañal, fucia

que a ninguno de su parte faltó, amparo de huérfanos y defensor de las viudas, firme casa de piedra para los *erizos* llenos de espinas de peccados, que con gemido y desseo de perdón huyen a Ti!» (Juan de Ávila, *Epistolario*, a. 1569-1578).

Aunque no es frecuente, en el XIX utiliza la palabra Manuel Bretón de los Herreros para caracterizar a uno de sus personajes: «Condesa. Silvestre es el veterano / y áspero como un erizo, / mas ¡qué corazón tan noble! / Si tú le hubieras oído / anoche...» (*La escuela del matrimonio*, 1852). También está en *El árbol de la ciencia* (1911) de Baroja:

Niní algunos domingos, por la tarde, invitaba a su hermana a ir al teatro.
—¿Andrés no quiere venir? —preguntaba Niní.
—No. Está trabajando.
—Tu marido es un *erizo*.
—Bueno; dejadle.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *áspero* y con el verbo *pinchar*.

Tiene cierta presencia en el refranero. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), incluye los siguientes: *kon granizo, es el onbre erizo; al erizo, Dios le hizo*.

3.1.108. *Es un topo*. El topo es un «mamífero insectívoro del tamaño de un ratón... tiene hocico afilado, ojos pequeños y casi ocultos por el pelo» (en el *Diccionario de Autoridades*: «el qual tiene sobre los ojos continuada la piel, de modo, que no puede ver»). Su nombre científico es *Talpa europea* (la variedad de Europa) y *Scalopus aquaticus* y *Scapanus latimanus* (las variedades de Norteamérica). En el *Diccionario de Autoridades*, ya se recoge la acepción metafórica «persona que tropieza en cualquier cosa, o por cortedad de vista o por falta de tino natural». Es, como veremos más adelante, la antítesis del *lince*. Más tarde, el diccionario académico incluye otra acepción metafórica: «persona de cortos alcances que en todo yerra o se equivoca». A partir de la edición de 1992, recoge una nueva acepción metafórica: «persona que, infiltrada en una organización, actúa al servicio de otros», la más utilizada hoy. También es, según el *Diccionario de argot* de Espasa, el «vigilante jurado del Metro».

La palabra procede del latín vulgar *TALPUS, del clásico TALPA. La primera documentación está en Alfonso X: «Depués que hércules ouo poblado galizia, uínose contra parte de medio día, ribera de la mar fasta un río que dizen Ana, que quier dezir en griego tanto cuemo *topo*» (*Estoria de Espanna*, c. 1270). Es el Guadiana, que se esconde en parte de su recorrido. En la literatura sapiencial del XIII, ya representa el hombre necio. «E el omne nesçio es tal commo el topo que por que el *topo* non ha los ojos tan claros njn tan buenos commo las otras animalias et los tiene çerrados muy metidos en la cabeça por eso anda metido sola tierra et non

cata por las cosas que son sobre tierra. A semejança desto es el neşcio que ha los ojos del alma metidos de Razón et de entendimjento enbargados...» (*Castigos*, 1293). Góngora, atento siempre a los sentidos metafóricos y al juego antitético, escribe: «até al pesebre la razón, que me valió nueva luz, *topo* ayer y lince hoy» (*Romances*, 1580-a. 1627). Y su rival aprovecha también la antítesis:

Declama contra el amor Romance
Ciego eres, Amor, y no
porque los ojos te faltan,
sino porque a todos cuestas
hoy los ojos de la cara.
Lince te llaman las bolsas;
topo te dicen las almas.
(Francisco de Quevedo y Villegas, *Poesías*, 1597-1645)

Y en la literatura religiosa del xvii también se echa mano de la antítesis: «que tiene ojos de *lince* para ver las faltas, y de *topo* para ver las excelencias del sermón...» (Francisco Terrones del C, *Instrucción de predicadores*, 1605). Llega hasta el xviii; Manuel Bretón de los Herreros lo retoma:

Juliana. Es verdad,
señora; no es menester
ser profeta para eso.
El amor luego se ve
y en materias semejantes
es un *lince* la mujer.
Marcela. Pues yo, que tal no he notado,
no lince, *topo* seré.
(*Marcela o ¿cuál de los tres?* 1831)

En Valera está como «torpe»: «... de mi compañero, que es ágil, mientras yo soy un *topo*» (*Correspondencia*, 1847-1857). Galdós, siempre atento a las metáforas animalizadoras como vengo señalando, recurre al animal para hacer referencia a la discreción: «... de que piensas casarte. ¿Pero con quién? Eres un *topo*, y todo lo has de hacer a la chita callando» (*Tormento*, 1884); pero también a la insociabilidad: «Te has lucido, hombre insociable, *topo* que sólo ves en las tinieblas de la barbarie» (*Tormento*, 1884).

El sentido de «infiltrado» está en *La ciudad y los perros* (1962) de Vargas Llosa: «Y usted no tiene ninguna clase de pruebas, ni suficientes ni insuficientes, y viene aquí a lanzar una acusación fantástica, gratuita, a echar lodo a un compañero, al colegio que lo ha formado. No nos haga creer que es usted un *topo*, cadete». En el mundo del espionaje es frecuente a partir de los años noventa: «La expulsión de Morris es una respuesta a la medida que Washington tomó la semana pasada contra el diplomático ruso Alexander Lysenko por su presunta vinculación con el “*topo*”

ruso dentro de la CIA, Aldrich Ames» (*El Mundo*, «Guerra de espías entre Moscú y Washington», 01/03/1994).

El *topo* representa la antítesis de las aves: «Hay quien nace *topo*, hay quien nace ave...» (Inés Palou, *Carne apaleada*, 1975).

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge la expresión «*es mui gran topinera*. De uno ke es mui gran bevedor. “Topinera” es el kamino i hoio ke el *topo* haze debaxo de la tierra, por la kual se hunde el agua, si no la tapan, rregando las guertas”».

3.3.109. *Es un murciélago**. El murciélago es un «quiróptero —que vuela con alas formadas por una extensa y delgada membrana o repliegue cutáneo— insectívoro que tiene fuertes caninos y los molares con puntas cónicas... Es nocturno y pasa el día colgado cabeza abajo, por medio de las garras de las extremidades posteriores, en los desvanes o en otros lugares escondidos». Es palabra del lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*): «ladrón que hurta de prima noche... a los que duermen». En general, es la «persona que no duerme y desea la oscuridad» (sentido no recogido por el diccionario académico). Solo tenemos documentación del sentido «amante que huye de la amada [luz]».

La forma antigua era *murciégalo* y es, etimológicamente, «ratón ciego» (compuesto del latín *MUS*, *MURIS*, «ratón» y de *CAECULUS*, diminutivo de *CAECUS*, «ciego»). La primera documentación, ya con una comparación con el ser humano, está en el compendio de castigos («consejos») titulado *Libro de los cien capítulos* (c. 1285): «Así como añade la luz del día en la vista de los omnes, añade ceguedat al *murciélago*... otrosí es del omne loco o malo, quanto más sabidor es, tanto es peor e puede más nozir» [«hacer daño»]. Sebastián de Horozco, en su *Libro de los proverbios glosados* (1570-1579), lo describe así: «un animal que llamamos *ratón penado* que es el *murciégalo*, El murciélago. *ratón* porque le parece en el pelo y *penado* por costumbre de colgarse del pie cabeça abaxo en alguna bóveda». El cronista y conquistador toledano Pedro Pizarro, en su *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú* (1571), recoge la vieja creencia de su vampirismo: «es así que estos *murciélagos* de aquellas partes muerden de noche a los yndios y a los españoles y a cauallos, y sacan tanta sangre que es cosa de misterio».

El murciélago es como el amante que huye de la luz de la amada: «Hermosa Filis... / si más que yo el *murciégalo* / desea la oscuridad ni más la luz desama» (Garcilaso de la Vega, *Poesías castellanas completas*, 1526-1536). En *El diablo cojuelo* (1641), el dramaturgo y novelista sevillano Luis Vélez de Guevara incluye este curioso diálogo entre el diablo y don Cleofás, donde los enamorados sí que buscan a la amante:

Allí doña Tomasa, tu dama, en enaguas, está abriendo la puerta a otro que a estas horas le oye de amor.

—Déjame —dijo don Cleofás—; bajaré sobre ella a matarla a coces.
 —... Y te espantas de pocas cosas: que sin este *enamorado murciégalo* hay otros ochen-
 ta para quien tiene repartidas las horas del día y de la noche.
 —¡Por vida del mundo —dijo don Cleofás— que la tenía por una santa!

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *ciego* y *silencioso*. Juan Marsé, en su novela *Últimas tardes con Teresa* (1968), describe el estado de ánimo de Manolo (Pijo aparte): «Una oleada de somnolencia por bienvenida. Se sentía *ligero y siniestro como un murciélago*... *el sombrío murciélago* se inclinó sobre ella atraído por el fulgor bronceado de sus hombros, observó la valerosa, intrépida vida que latía en su cuello de corza».

3.1.110. *Es un canguro (los marsupiales)*. El marsupial es un mamífero «que tiene crías que nacen en estado de gestación poco avanzada y son incubadas generalmente en la bolsa ventral de la hembra, en donde están las mamas». El nombre científico de las especies más grandes es *Macropus*. Etimológicamente, el grupo de los *Marsupiales* procede de MARSUPIUM, «bolsa». El diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo al *canguro* y a la *zarigüeya*.

El canguro es un «mamífero marsupial, herbívoro, propio de Australia e islas adyacentes...». Los nombres científicos de las especies más grandes son *Macropus giganteus* y el *Macropus rufus*. Metafóricamente, es la «persona, generalmente joven, que se encarga de atender a niños pequeños en ausencia corta de los padres» (se recoge por primera vez en la edición de 1989 y en la edición actual se le añade la marca de *España*).

Canguro es una palabra de origen australiano, que viene al español a través del francés *kangourou*. Se cuenta que el teniente inglés James Cook escribió por primera vez el nombre (*kangaroo*) el 4 de agosto de 1770 (una explicación no muy de fiar justifica la palabra al hecho de que, cuando los ingleses que llegaron a Australia preguntaron a los nativos el nombre del —para ellos— extraño animal, los nativos respondieron «Kan Ghu Ru», que en su lengua era «no te entiendo»). Según el lingüista australiano Robert Malcom W. Dixon (*The Languages of Australia*, Cambridge, 1980), la palabra probablemente procede del Guugu Yimidhirr (lengua aborígen del área del río Endeavour, / *ga Nurr* / «large black kangaroo» (*Online Etymology Dictionary*, Douglas Harper; www.etymonline.com). La primera documentación textual es de finales del XIX en un tratado de zoología: «Sección 2.^a —Filófagos: Phalangista. *Macropus (canguro)*. TIPO I subclase 3.^a —ornitodelfos» (Anselmo González Fernández, *Memorándum elemental de zoología*, c. 1890).

Como «cuidadora de niños», aparece a finales de los ochenta: «y los sábados, que es cuando vendría la *canguro*, ir a cenar a un restaurante con otra pareja» (Rosa Montero, *Amado Amo*, 1988); «hoy, con la proliferación de guarderías que admiten niños hasta de meses, la enseñanza preescolar, las empleadas de hogar o las chicas *canguro*, la cosa comienza a tener otro color» (Antonio Limón, Antonio, *Andalucía*,

¿tradición o cambio?, 1988); «Y el telefilme es, en efecto, el relato, no excesivamente afortunado, de cómo una joven estudiante que, para obtener “dinero de bolsillo”, trabaja, en sus horas libres, como “*canguro*”, se enamorará del marido de una de sus profesoras...» (*ABC*, 01/05/1989). Es de uso aún bastante frecuente.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *brincar* y *saltar*.

3.1.111. *Es una foca*★ (*los pinnípedos*). El pinnípedo es un mamífero marino «que tiene el cuerpo algo pisciforme, con las patas anteriores provistas de membranas interdigitales, y las posteriores ensanchadas en forma de aletas, a propósito, para la natación, pero con uñas... y que se alimenta exclusivamente de peces». El prototipo para el diccionario académico es la *foca*. Etimológicamente, son animales que tienen «aletas» (PINNA), en los pies (PEDE).

La *foca* es «nombre común de varios mamíferos pinnípedos, propios de mares fríos y de peso y talla variables según las especies». El nombre científico de la foca común es *Phoca vitulina*. Metafóricamente, es un sinónimo de *ballena* para referirse al sobrepeso en las personas (ambos funcionan como animales grandes del mar, aunque no pertenecen a la misma especie). Aunque no se recoge este significado en el diccionario académico, está en el *Diccionario de argot* de Espasa: «persona gruesa y obesa»:

En esta acepción se produce una animalización del ser humano: la *foca*, animal de gran tamaño, pasa a designar a un individuo obeso. Este sentido figurado intensifica la gordura de la persona y, al mismo tiempo, añade unas notas de humor. Esta metáfora se encuentra incluso en la letra de alguna canción: «porque tú eres una foca». No se recoge en textos literarios. En Andalucía se documenta una voz similar *nutria*.

Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «En sentido figurado, persona un tanto retaca —generalmente una mujer—, de extremidades cortas, caderas abultadas, carente de cintura y aspecto sólido y macizo».

La primera documentación textual está en la *General estoria. Segunda parte* (c. 1275) de Alfonso X: «Los bueyes pesces a que dizen *phocas* en el latín: ensaneldan & duermen en tierra». Ya está, en forma de comparación, en el siglo XIX, en una novela del argentino Lucio Vicente López: «Se acercó al lecho un fraile obeso, vestido de colores llamativos, *impasible como una foca*, gordo como un cerdo...» (*La gran aldea*, 1884).

Aparece dos veces en *La colmena* (1951-1969) de Cela: «—Yo no sé quién será más miserable, si esa *foca* sucia y enlutada o esta partida de gahnápiros. Si la agarrasen un día y le dieran una somanta entre todos, a lo mejor entraba en razón. Pero, ¡cal!, no se atreven»; «Los dos fuman. La Lola, gorda, desnuda y echando humo, parece una *foca* del circo.». En el primer caso, es el comentario de Mauricio Segovia sobre doña Rosa. Joaquín Carbonell, en *Apaga... y vámonos. La televisión: Guía*

de supervivencia (1992) caracteriza a algunas jóvenes así (hija de diecisiete años): «Odia a su madre porque es una *foca* sin estilo, analfabeta y pueblerina. Jamás sale con ella a comprar». Está como información musical, referido al dúo de música *hip hop* Tote King y Shotta: «Su disco *Tu madre es una foca* vendió, en 2002, 5.000 unidades» (*El País de las Tentaciones*, «De izquierda a derecha...», 28/03/2003).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el verbo *resoplar*.

3.1.112. *Es una ballena*★. (los cetáceos) [*ballenato*★]

Grandes tribus flotantes, migraciones
áisbergs de carne y hueso, islas dolientes.
(*Álbum de Zoología*, José Emilio Pacheco)

El cetáceo es un mamífero «del grupo de los pisciformes, marino, de gran tamaño...». Etimológicamente, el grupo parte de CETUS, «cetáceo, monstruo marino». El diccionario académico cita como prototipos del grupo a la *ballena* y al *delfín*. Aparecen con este rasgo en su definición, además de los anteriormente citados, y entre los más conocidos el *cachalote*, la *marsopa* y la *orca*. Ceto, en la mitología griega, era la diosa de los terrores marinos: sus hijas eran las Gorgonas (Medusa, Estene y Euríale), monstruos que dejaban petrificados a quienes las miraban. El asteroide 65489 fue llamado *Ceto* en su memoria.

El grupo de los cetáceos con significados metafóricos son tres: la ballena, el cachalote y la tonina. Los tres comparten el sentido de «persona gruesa» (como *foca*). En Canarias, un *tonino* es la «persona gorda», un «homosexual» y la «persona astuta».

Aunque documentados por primera vez en diferentes momentos (*ballena* en el XIII, *tonino* en el XV y *cachalote* en el XIX), todos tienen sus significados metafóricos recientemente (XX). Como *ballena*, se utilizaba su derivado *ballenato*.

La ballena es «el mayor de todos los animales conocidos, que llega a crecer hasta más de 30 m de longitud». Los nombres científicos de varias especies son los géneros *Balaena* y *Caperea*. El *Diccionario de americanismos* recoge los siguientes significados metafóricos: «persona muy gorda» (Cuba), y «persona irresponsable, despreocupada» como rasgo del lenguaje juvenil de Nicaragua. El primero parece que está bastante extendido, aunque no lo recoge el diccionario académico.

La palabra procede del griego *φάλαινα*, a través del latín BALLAENA. Juan de Pineda, en sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589), interpreta la información tradicional sobre el animal para construir una explicación etimológica curiosa:

Filaletes. —Sin embargo, de lo dicho de ser los peces mudos, dice también Aristóteles que las ballenas, delfines y los otros pescados, entendidos debajo del nombre cetario, que no tienen branquias o gallas, tienen una fístula, como los animales terrestres la áspera arteria, y por aquélla respiran; y *así la ballena tiene tal nombre por las gorgozadas de agua que lanza de sí* en virtud de su inspiración...

La primera documentación está en *El Evangelio de San Mateo* (a. 1260). En el relato bíblico, Jonás estuvo tres días en el vientre de la ballena, por su negativa inicial de ir a predicar a Nínive: «Ca así como Ionás fue tres días e tres noches en el uientre de la *ballena*, así será el fi del ombre tres días e tres noches en el corazón de la tierra». Las documentaciones con referencia al peso de las personas son recientes: «Hasta Charo olisqueó y aunque a continuación aseguró que no tenía hambre, que Biscuter y Pepe eran dos salvajes que sólo pensaban en comer, que las habas engordaban y que ella no quería ponerse como una *ballena*» (Manuel Vázquez Montalbán, *La soledad del mánager*, 1977); «Este diputado, Ernesto Torres Torres, es gordo como una *ballena*, pero sobre todo un grandísimo ratero» (Manuel Scorza, *La tumba del relámpago*, 1988); «y tenía ojos de gato, y *estaba gorda como una ballena* y tenía polen en el pelo» (Ray Loriga, *Héroes*, 1993).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *enorme* y *gorda*.

El BALLENATO*, además de la «cría de la ballena», es la «persona obesa» (sentido ausente en el diccionario académico). Así utiliza la palabra Rosa Montero: «Para mí sus mejores novelas son, sin duda, las protagonizadas por el comisario Adamberg... es un tipo a la vez guapo y feo... Un inspector que, en vez de hablar como todo el mundo, recita a Racine sin parar. Una teniente *gorda cual ballenato* que es como la Madre Tierra, de la que toda la comisaría está prendada» (El País. com., Babelia, «Atracciones perversas», 05/31/2008). También la novelista argentina María Rosa Lojo: «A veces el tío Adolfo, insomne, miraba por una rendija de la persiana la gran silueta mojada, y comparaba las antiguas curvas de sirena de su compañera de malabares con sus *actuales dimensiones de ballenato*» (*Árbol de familia*, 2010).

3.1.113. *Es un cachalote**. El cachalote es «un cetáceo que vive en los mares templados y tropicales, de 15 a 20 m de largo». Su nombre científico es *Physeter catodon*. Metafóricamente, es la «persona gruesa» (común con *ballena* y *vaca*), acepción que no recoge el diccionario académico.

Es palabra de origen incierto (quizás del portugués *cachalote*, derivado de *cachola* «cabezota», por su cabeza gruesa; aunque pudiera venir del francés *cache-lot*, ya documentado en 1709). La primera documentación de *cachalote* es muy tardía y está dentro del ámbito de la literatura científica: «La esperma de ballena o cetina existe en estado líquido en la cabeza del *cachalote*, y después de la muerte del animal se concreta» (Gabriel de la Puerta, *Manual de química orgánica*,

1882). Ya antes está en la edición de 1869 del diccionario académico: «Lo mismo que marsopla», o *marsopa*, préstamo del francés *marsoupe*, «cetáceo parecido al delfín...».

Es curiosa la comparación que hace el militar y escritor venezolano Rafael Nogales Méndez en sus *Memorias* (a. 1936): «La ballena era un monstruo enorme, un cachalote más grueso que la suegra de un esquimal». La primera documentación metafórica está en *La lucha inútil* (1984) de Ramón Ayerra: «Así, Roque Lacentella, sujetado a duras penas por Balbino el Alguacil, que le agarraba de las culeras, esfuerzo que le hacía enrojecer, ya que él era menudo y el jefe un cachalote, y briago, se fue creciendo por momentos, y accionaba con las manos, y arengaba...». También está en *Galíndez* (1990) de Manuel Vázquez Montalbán: «—Parece usted un pez eléctrico, Voltaire. —Y usted un cachalote, que ya no tiene sitio para tanta grasa. —Es que no quemo». Rosa Montero recurre también a la metáfora, después de haber utilizado *ballena*: «Por ejemplo, en La tercera virgen, Retancourt, la *teniente cachalote*, es secuestrada» (El País.com. Babelia, «Atracciones perversas», 31/05/2008).

Aunque en el ámbito de las cosas, no de las personas, es muy interesante la metáfora de Guillermo Cabrera Infante, en *Tres tristes tigres* (1964-1967): «Dejé de luchar con el noble pez del sueño para pelear, pujar, patear al felón *cachalote* de la realidad que estaba sobre mí y me besaba con sus inmensos labios de bofe...».

3.1.114. *Es un tonino**. La tonina es el *atún* y el *delfín*. En Canarias, el masculino es el *atún*, pero también tiene el sentido metafórico de «homosexual»; además es «persona astuta y taimada»; la *tonina* es la «mujer gorda». En el *Diccionario de americanismos*, *tonina* es un «delfín de hasta 3,50 m de longitud, de color negro en el dorso...» (Delphinidae; *Tursiops truncatus*) en Honduras, Chile, Argentina y Uruguay; metafóricamente, es «persona muy gorda» (Cuba y Uruguay).

La palabra procede del latín **THUNNINA*, diminutivo de *THUNNUS*. La primera documentación, como *delfín*, es de finales del xv: «Vieron muchas *toninas* y los de la niña mataron una» (*Diario del primer viaje de Colón*, 1492-1493); como *atún*, es del xvi: «... de comer que sean no de mucha gordura ni grandes ni muy húmidos como congrios et morenas et *tonina* saluo azedías lenguados...». Como «mujer gorda», está en *La tregua* (1960) del uruguayo Mario Benedetti: «Hecho una *tonina*; pesa 98 kilos». También, en la novela *En la casa del pez que escupe el agua* (1985) del venezolano Francisco Herrera Luque: «La luna le cae de pleno a los peñascos. Hay algo vivo entre las aguas. Parece una *tonina* enana, pero es una mujer que chapotea. La mujer emerge del pozo».

Finalmente, con otro significado metafórico, está en una serie de comparaciones con animales de la chilena Tatiana Lobo: «su vecino de asiento era fuerte como un lobo de mar, gracioso como un pingüino, ágil como una *tonina*, antipático como una foca» (*El corazón del silencio*, 2004).

3.1.115. *Es un primate** (*los primates*). El primate es un mamífero «de superior organización, plantígrado, con las extremidades terminadas en cinco dedos provistos de uñas...». También es «personaje distinguido, prócer» (de más uso en plural) de uso anterior. Aunque no está recogido en el diccionario académico, tiene un sentido metafórico, equivalente a *mono*, como «persona primitiva».

El grupo de los *primates* (con los sinónimos *cuadrumano* y *simio*) está compuesto, en lo que a significados metafóricos interesa, por el *mono*, el *gorila* («primate antropoide de África ecuatorial... puede alcanzar dos metros de alto»), el *orangután* («mono antropomorfo, que vive en las selvas de Sumatra y Borneo»), el *macaco* («cuadrumano muy parecido a la mona pero más pequeño que ella»), el *mico* («mono de cola larga») y el *chimpancé* («mono antropomorfo, poco más bajo que el hombre...»). El *mono* (*mona* es anterior) funciona también como genérico.

Todos comparten el significado de «persona fea»; *mono*, *gorila* y *macaco* son «policías»; *ymico* es un «niño». *Mono* es muy polisémico. El masculino es «persona que hace gestos o figuras parecidas a las del mono» y «joven de poco seso, y afectado en sus modales»; «persona que frecuentemente se droga con solventes o que está bajo sus efectos» (México); «(niño) travieso e inquieto» (Paraguay); «persona ecuatoriana» (Chile); «persona vulgar y sin educación que generalmente proviene de un ambiente social marginal» (Venezuela); «policía nacional», en el argot. El femenino, «persona que hace las cosas por imitar a otra» y «persona ebria».

Simio y *mona* son medievales, en cuanto a su documentación; *mico* del xvi y, más modernos, *macaco* y *primate* del xviii y *cuadrumano*, *gorila*, *orangután* y *chimpancé* del xix. En sus significados metafóricos, salvo el de *mono* (ya en el xv), los demás son del xix y xx.

Mono tiene compuestos y fraseología: *mono gordo**, *mono porfiado**, *estar corrido como un mono*, *ser el último mono*.

La palabra procede del latín PRIMAS, PRIMATIS que significaba en plural «los primeros ciudadanos», sentido que aparece ya en la Edad Media: «Leandre, arcebispo de Seuila, e Ysidoro, arcebispo, allí mismo entramos *primates* de Espanya» (*Obra sacada de las crónicas de San Isidoro, de Don Lucas, Obispo de Tuy*, 1385-1396). Ha tenido algún uso. Es palabra querida de Galdós: «llevando a bordo una Comisión de *primates* de la Marina» (*La vuelta al mundo en la Numancia*, 1906); «Figueras, Salmerón, Orense, Estévanez y otros *primates* de la República» (*La Primera República*, 1911).

Fue Linneo quien, en el siglo xviii, creó este orden, incluyendo en él al hombre y al mono. La primera documentación es de finales del xix, en un tratado científico: «En el hombre, los *primates* y los quirópteros, el pene está revestido por la piel, que forma un repliegue en el extremo denominado prepucio» (Anselmo González Fernández, *Memorándum elemental de zoología*, c. 1890). El sentido figurado no es muy frecuente, pero aparece en algunos textos. Parece que en *El gran*

momento de Mary Tribune (1972) de Juan García Hortelano tiene un carácter negativo, equivalente a *mono*:

El dulce bienestar de mi triunfo en el ruedo acabó de disolverse.

— Sí, claro. ¿Reuma?

— Y unas paperas infectadas —diagnosticó *aquel primate con falda verde y blusa de nylon*, roja. ¿Quiere usted café?

Como insulto, está en el ensayo *El hombre que calumnió a los monos* (2003) de Miguel Ángel Sabadell: «El juicio fue seguido por el más influyente de los periodistas de la época, el cáustico y cínico Henry Louis Mencken... Mencken se ganó la enemistad de todas las gentes de Dayton; les llamó “*primates*”, “retrasados mentales”, “palurdos”, “bobos” y “pueblerinos”».

Como «persona primitiva», está en los siguientes textos narrativos: «Dionisio, como un *primate en celo*, se sentó en una piedra saliente entre las aguas que jugueaban con el fresco de la tarde» (Alberto Orellana Ramírez, *Por el costado humano*, «El dolor se vence con amor», 2005); «Es que sí hay una diferencia, Verónica. Los niños crecen, se hacen mayores y son cada vez menos *primates* y, a priori, más personas» (Alejandro Palomas, *El secreto de los Hoffman*, 2008). En la novela del argentino Gustavo Ferreyra *Piquito de oro* (2011), hay una curiosa metáfora prolongada con varios términos animales (aunque larga, merece la pena la cita):

Mi madre fue maestra. Ejerció durante catorce años, hasta que nació yo... Me habían esperado demasiado tiempo. Nueve años me demoré hasta hacer mi aparición triunfal. Mis padres ya eran grandes y se rascarían como *monos aburridos*... Y entonces aparecí yo. Los monos aburridos debieron de subirse a los muebles por la excitación. Debieron armar bastante jaleo por mí *ese pobre par de primates* en su departamentito... Eran *primates* veteranos para ser padres y se lo tomaron muy a la tremenda. Seguramente me dieron demasiada importancia. Fue un error. No advirtieron que la maravilla era *uno más entre los miles de millones de primates*. Y se empecinaron en su pequeño mundo. Sobrestimaron al monito. Festejaban sus monerías...

Me atendieron a cuerpo de rey... Querubín gracioso el monito piquito de oro. ¡Menudo *primate* he resultado! ¡Hasta Teresita me manda a paseo!

3.1.116. *Es un cuadrumano*★ (o *cuadrúmano*). Es el mamífero «que tiene en las extremidades, tanto torácicas como abdominales, el dedo pulgar es oponible a los otros dedos». Aunque no se recoge en el diccionario académico, metafóricamente, es la «persona bruta».

La palabra procede del latín *QUADRUMANUS*. Su primera documentación está en el discurso para la entrada en la Academia de la lengua de Juan Valera: «Como los *cuadrumanos* antropomorfos, aun los más perfectos, el chimpancé o el gorila, distan tanto de nuestra especie, imaginaron una intermedia, que ya suponen extinguida, a la cual dieron el nombre de antropiscos» (*Sobre la ciencia del lenguaje*, 1869). Poco más tarde, tenemos documentado su uso metafórico:

Parecía un *cuadrumano*. Era un mono vestido de gaucho. También estaba afeitado a lo indio, y su ropa era nueva y de buena calidad. Tendría diez y ocho años.

— Soy hijo del Mayor Colchao —me contestó.

(Lucio Victorio Mansilla, *Una excursión a los indios Ranqueles*, 1870)

3.1.117. *Es un simio**. El simio es un «primate antropoide». Aunque no están recogidos en el diccionario académico, metafóricamente, es la «persona tosca, primitiva» (como *primate*, *mono*, *macaco*, *orangután* o *gorila*) o «de físico poco agraciado». Según el *Diccionario de argot* de Espasa, es «policía nacional». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Mono; que en todo imita y remeda a otros, resultando grotesco y ridículo en su intento».

Es palabra que se ha tomado del latín *SIMIUS* (aunque, antiguamente, hubo la forma *ximio*, de carácter más popular). La primera documentación está en el *Lapidario* (c. 1250) de Alfonso X: «De la piedra de la sangre... Et que descenda sobrestta piedra la uertud de figura de omne que lieua dos uacas. e un *ximio* e un osso ante sí». El sentido metafórico está en las *Poesías* (1828-1870) de Manuel Bretón de los Herreros: «Yo estornudo, y, a la vista, / En lugar de un ¡Dios te asista!, / Zas! me gira otro estornudo. / ¿Quién vio, dije para mí, / Un *simio* de tal estofa?». Más tarde, lo encontramos, como adjetivo, referido al aspecto físico, en *El árbol de la ciencia* (1911) de Baroja: «Lulú era una muchacha graciosa, pero no bonita... la distancia de la nariz a la boca y de la boca a la barba era en ella demasiado grande, lo que le daba cierto aspecto simio».

También está en *M. S. V. (o La sangre y la ceniza)* (1965), obra de teatro de Alfonso Sastre:

Miguel Sí; la jornada, es verdad, comenzó distinta con la venida del *simio* parlanchín, y ahora, esta nueva sorpresa.

Sargento ¿Sabe quién era aquel buen hombre?

Miguel No, no lo sé, sargento mío —es decir...

Sargento Es el verdugo.

En la novela del guatemalteco Roberto Quezada *Los potros del recuerdo* (2001), volvemos a encontrar una referencia a lo físicamente negativo: «Además, es cierto, tenías mucha razón al decir aquello, porque tu prima Rosita tenía piernas de pecado. Era un *simio* la pobrecita».

En 1968, se estrenó la película estadounidense *El planeta de los simios* (en inglés: *The Planet of the Apes*), basada en la novela homónima de Pierre Boulle y protagonizada por Charlton Heston. A buen seguro, extendió el uso de la palabra.

3.1.118. *Es un mono / es una mona. [mono gordo★] [mono porfiado★] [la maza y la mona] [corrido como un mono] [ser el último mono]*

El mono es un animal con excelentes dotes de imitación.

Todo ejercicio físico que le enseñes lo aprenderá con todo detalle, para hacer gala de él. Yo he visto a uno empuñando las riendas, fustigando en el látigo y conduciendo un carro...
(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

La *mona* es un «mamífero cuadrumano de unos 60 cm de altura... nalgas sin pelo y callosas, y cola muy corta que se cría en África y en el Peñón de Gibraltar, y se domestica fácilmente». Como adjetivo, es persona «de aspecto agradable por cierto atractivo físico, por su gracia o por su arreglo y cuidado» y, en Colombia, «que tiene el pelo rubio». *Mona* y *mono* han dado muchos significados metafóricos, casi todos negativos. La *mona* es la «persona que hace las cosas por imitar a otra» y «persona ebria»; el *mono* es la «persona que hace gestos o figuras parecidas a las del mono» y «joven de poco seso, y afectado en sus modales» (aunque desusado, según el diccionario académico). Según el *Diccionario de americanismos*, *mono* es —en la jerga juvenil— la «persona que frecuentemente se droga con solventes o que está bajo sus efectos» (México); «(niño) travieso e inquieto» (Paraguay); «persona ecuatoriana» (con matiz despectivo, Chile) y «persona que imita la conducta y hábitos de otros»; finalmente, es «persona vulgar y sin educación que generalmente proveniente de un ambiente social marginal» (Venezuela). En el *Diccionario de argot* de Espasa, es «policía nacional»:

En relación con el origen de esta voz caben dos interpretaciones muy distintas. Por una parte, es posible pensar en una comparación con un simio, dado que para el delincuente el policía es un sujeto de connotaciones negativas por lo que se designaría con este término para degradarlo. Por otra parte, M. Millá, en *El argot de la delincuencia* (1975: 147), ofrece una visión algo más benigna del policía: «La palabra alude al mono que llevaba como uniforme la policía en las grandes manifestaciones».

La palabra *mona* (de donde deriva *mono*) es quizás haplología (eliminación de una sílaba parecida) de *mamona*, del árabe *maimona* («feliz»), palabra normal en los romances medievales, así llamado, al parecer, porque los monos precedían del Yemen o Arabia Feliz. Ya en el *Corbacho* (1438) de Alfonso Martínez de Toledo, aparece comparada con una mujer: «en las viejas endiabladas, y ¿para qué?, que quando la vieja está byen arreada e byen pelada e llepada paresçe *mona* desosada» [*arreada* es «adornada»; *llepada* es «lamida»]. Probablemente, ya la pregunta haga referencia a una mujer el siguiente poema del *Cancionero de Baena*:

Esta pregunta fizo e ordenó el dicho Ferrant Manuel.
Amigo señor...

Dadme respuesta en forma devida
 por lindas palabras de alta mesura,
 si vistes aquí passar por ventura
 la *mona* sin maza que anda perdida. ... / ...
 Amigo, sabet que en esta partida
 la *mona nombrada* en vuestra letura
 acá non passó, mas fágovos jura
 que mucho trabaje por ver su guarida.
 (Ferrand Manuel de Lando, *Poesías*, 1414-a. 1435)

La primera documentación de *mono* está en el anónimo *Esopete ystoriado* (a. 1492): «como el árbol fuesse grande et alta sin rramas fasta la meytad: de manera que el *mono* non lo podía çcarar nj saltar ençima en el árbol». Y siempre ha tenido connotaciones negativas: «Tan engañada fue la gente del egypto: sobre todas las otras naciones: que fasta los canes, *monos*, ratones, y otras suziedades adoraron» (*De las mujeres ilustres en romance*, 1494). Su uso es muy escaso hasta el xvi. Con referencia a un hombre: «No es de mucho tuvido / a nuestro Senyor quel crio, / pues que no lo acabo / de fazer onbre conplido. / Un dya yo vy vestido / un *mono* que era tamanyo...» (Antón de Moros, *Debate*, c. 1450).

Sobre el amor sentido por los humanos hacia animales, escribe Guevara en sus *Epístolas familiares* (1521-1543): «Del magno Alexandro leemos que enterró a su caballo, y Augusto el emperador a un papagayo, y Nero el cruel a un tordo, y Virgilio Mantuano a un mosquito, y Cómodo el emperador a un *mono*, y el príncipe Heliogábalo enterró también un paxarico en cuyas obsequias oró y cuyo cuerpo embalsamó». En este poema satírico a un poeta de poca inspiración, el vallisoletano de origen valenciano Alonso de Castillo Solórzano juega con el rasgo de la imitación del mono:

Mas tú Poeta Aldeano,
 que te metes en el golfo
 a nadar con calabaças,
 ...
 Y la Musa que te inspira
 es Magdalena del Pozo,
 panadera de tu pueblo,
 y los conceptos los bollos.
 Oluida a quien no se acuerda
 si eres hombre, *mico*, o *mono*,
 mas *mono* deues de ser
 pues eres remedo de otros.
 (*Donaires del Parnaso. Segunda parte*, 1625)

Ya el maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge la expresión *es un mono* y la explica «El ke imita a otros». Pero será mucho más tarde cuando empiece su uso metafórico, con el sentido de «feo». Mariano

Azuela, en *Los de abajo* (1916), establece una comparación formal con un personaje: «Luis Cervantes plegó las cejas y miró con aire hostil aquella especie de *mono* enchomitado, de tez bronceína, dientes de marfil, pies anchos y chatos». También sucede lo mismo en un artículo periodístico de Miguel Ángel Asturias: «Y tras el baile pasaron las actualidades. El kaiser en una revista militar. ¡Qué ridículo *mono con bigotes!*» (*París 1924-1933. Periodismo y creación literaria*, 1926, 1906-1926-1956). Además, está en *Donde mejor canta un pájaro* (1992) de Alejandro Jodorowsky: «Habla como un humano, pero su rostro de frente estrecha y saliente, sus ojillos hundidos, su nariz chata, su boca grande y sus orejas levantadas, eran de *mono*... Serafín, así había dicho que se llamaba el *cara de mono*».

En el XVIII, se generaliza como insulto: «Gaspar Viejo *mono*, te engañé. (A dúo.) Ya esta vez te la clavé» (Pablo de Olavide y Jáuregui, *El celoso burlado*, 1764); «—¿Era bruto? —No, no Marianita: grosero, patán, mílite, militar, *mono*» (Jorge López Páez, *Doña Herlinda y su hijo y otros hijos*, 1993). También se usó como insulto en Hispanoamérica: «Parecía un cuadrumano. Era un *mono* vestido de gaucho» (Lucio Victorio Mansilla, *Una excursión a los indios Ranqueles*, 1870). Miguel Ángel Asturias se refería al zar Nicolás II como «*mono con bigotes*» (*París 1924-1933. Periodismo y creación literaria*, 1926, 1906-1926-1956). Carmen Martín Gaité, en su apasionante libro *Usos amorosos del dieciocho en España* (1972), explica el cambio de significado del sustantivo al adjetivo:

La transformación de la palabra *mono* (simio) en *mono* (lindo, bonito, gracioso) es tan curiosa y significativa que no dudo en considerarla como clave del campo semántico amoroso del XVIII, razón por la cual creo oportuno dedicarle una atención especial y pormenorizada. Recordemos que el hecho de divertir a las mujeres ociosas comprándoles, como artículo de capricho, papagayos, perros falderos o monos, para que las entretuvieran con sus grititos y muecas, era un expediente común a toda la Europa dieciochesca, y que un marido genovés había llegado a declarar: «Nosotros... estamos demasiado ocupados y nuestras mujeres lo están demasiado poco para que puedan pasarse sin compañía. Necesitan un galán, un perro o un *mono*»...

Sandmann señala que lo que los jóvenes enamorados tenían en común con los monos era justamente este prurito de ensayar expresiones miméticas ante el espejo.

«Ya se sabe —dice— que se solía dar espejos a los monos para divertirse con las muecas que hacían delante de su efigie reflejada en el espejo».

Y apunta muy acertadamente que, de la misma manera que la palabra *mimo*, que significa actor o farsante, pasó de este sentido de hacer muecas y gestos imitativos a tener una connotación de cariño, también *mono*, por haberse gestado en el mismo ambiente sentimental, acabó siendo una palabra de halago...

En Baroja, es «lujurioso»: «El Bizco era un bruto, una alimaña digna de exterminio. *Lujurioso como un mono*, había forzado a algunas chiquillas de la casa del Cabrero a puñetazos» (*La busca*, 1904: 61).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *ágil*, *agresivo*, *burlón*, *peludo*, *rabioso* y *tonto*.

Mono genera tres compuestos sintagmáticos (*mono gordo*★, *mono porfiado*★, *la maza y la mona*), una locución verbal (*ser el último mono*) y una locución adjetiva (*corrido como un mono*). En Panamá, según el *Diccionario de americanismos*, MONO GORDO★ es la «persona corrupta, especialmente en la esfera del gobierno». Aquí traigo algunos ejemplos de la prensa: «El panameño habla de *mono gordo*, cuando se refiere a aquel individuo (mujer u hombre) que percibe como “intocable” por los brazos de la justicia»²¹; «¿Quién es el *mono gordo* que está lucrando con el parque de Brisas del Golf que lo han llenado de quioscos?»²².

En Chile, según el *Diccionario de americanismos*, MONO PORFIADO★ es la «persona tenaz que intenta afrontar y superar todos los avatares de la vida, aunque sean fracasos»: «Es el show del *mono porfiado*, o del corre caminos. Claro que de repente miro hacia atrás y no hay ningún Coyote que me persiga, pero igual sigo corriendo. Si bajas el ritmo dejas de percibir ingresos» (Tell Magazine. «Roberto Nicolini, actor y director teatral: «Seré gordo pero... tengo lo mío»». Viña del Mar: tell. cl, 09/2005).

LA MAZA Y LA MONA está en el maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627): «Dízese a dos ke de ordinario andan xuntos». Está también en la obra *Quien calla otorga* de Tirso de Molina: «Amante soy yo también; / los mismos pasos y modos / de tus confusiones sigo, / porque de una misma traza / vayan *la mona y la maza*». El origen de la frase tiene que ver con el sentido que recoge el *Diccionario de Autoridades* (y que se ha perdido en los diccionarios académicos): «se llama asimismo el tronco ò otra cosa pesada, con que se prende y asegura a los Monos ò Micos, para que no se huyan».

CORRIDO COMO UNA MONA O HECHO UNA MONA (en masculino, desde el *Diccionario de Autoridades*) se aplica a la persona «que ha quedado burlada y avergonzada». La primera se documenta por primera vez en el XVIII, en las *Cartas marruecas* (1773-1774) de Cadalso: «y yo me vi *corrido como una mona*, teniendo que atravesar todo el paseo y mucha parte de Madrid con un zapato menos». La segunda es anterior; está en un texto que describe el *Recibimiento que se hizo en Salamanca a la princesa doña M.^a de Portugal, viniendo a casarse con el Príncipe don Felipe II* (1543): «Hizo este día el obispo banquete solemnísimos al duque y arzobispo de Lisboa y a todos los que con ellos venían, fue muy regocijado de toda la corte porque no faltó hombre que de fación fuese de toda ella; andubieron muy buenos los locos, salvo Secretillo que quedó *hecho una mona* de corrido y atajado como lo suele hacer cuando no tiene ventaja al que con él burla».

SER EL ÚLTIMO MONO es «ser insignificante, no contar para nada». Según el *Diccionario de argot* de Espasa, «la explicación de la frase hay que buscarla en los circos ambulantes que iban de pueblo en pueblo, una de cuyas atracciones eran las comparsas de monos». Tenemos una documentación muy tardía: está en la obra *Pasados por agua* (1981) del mexicano Juan de la Cabada: «mientras que Pepe y el galletero —el *último mono* de a bordo— eran los únicos nuevos partícipes de la

marinera dotación». Pero debe de ser muy anterior: a mediados del XIX, Narciso Serra estrena una obra de teatro titulada *El último mono* (lo cita Bécquer, *Artículos y escritos diversos*, a. 1870). Viene del refrán «El último mono se ahoga», que según José M.^a Iribarren (*El porqué de los dichos: sentido, origen y anécdota de los dichos, modismos y frases proverbiales de España con otras muchas curiosidades*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1995) se basa en la creencia de que los monos cruzan el río colocándose en cadena, pero el último no consigue pasar. El refrán se documenta poco después en la obra *Aniceto el Gallo* (1872) del argentino Hilario Ascasubi: «¡Justo-José, el último mono se ahoga!».

Ya en los Siglos de Oro, circulaba en el refrán que recoge Hernán Núñez, en sus *Refranes o proverbios en romance* (c. 1549): «La mona, aunque la vistan de seda mona se queda»; y que, más tarde, aprovecha Góngora: «defecto natural suple mal, / remedio artificioso: mono vestido de seda / nunca deja de ser mono» (*Romances*, 1580-a. 1627).

3.1.119. *Es un gorila*. El gorila es un «primate antropoide de África ecuatorial... que puede alcanzar dos metros de altura» (aparece, con una definición muy diferente, en la edición de 1884). Su nombre científico es *Gorilla gorilla*. Metafóricamente, es un «guardaespaldas»; también un «individuo, casi siempre militar, que toma el poder por la fuerza» (Cuba, Uruguay y Venezuela); «militar» (El Salvador); «policía o militar que actúa con violación de los derechos humanos» (Guatemala, Nicaragua y Uruguay; el *Diccionario de americanismos* lo amplía a Ecuador, Bolivia y Chile). El *Diccionario de americanismos* añade «de ideas reaccionarias, partidaria de gobiernos autoritarios y de ideas militaristas» (Argentina y Uruguay) y «hombre muy grande, acuerpado» (en Costa Rica y Colombia). Según el *Diccionario de argot* de Espasa, es un «hombre fuerte y de gran tamaño».

Aunque la palabra *gorila* procede del griego, parece que es de origen fenicio: el general Hannón (c. 487-399 a.C.) había encontrado en su navegación por las costas del África atlántica una tribu de extraños humanos cubierto de pelos (Γόριλλαι, «tribu de mujeres peludas»). La primera documentación es de mediados del XIX: «Como los cuadrumanos antropomorfos, aun los más perfectos, el chimpancé o el *gorila*, distan tanto de nuestra especie, imaginaron una intermedia, que ya suponen extinguida, a la cual dieron el nombre de *antropiscos*» (Juan Valera, *Sobre la ciencia del lenguaje*, 1869). La primera documentación metafórica está en Galdós:

Cuando Villaamil y doña Pura no estaban en disposición de pagar, añadían a sus excusas algún oficioso párrafo con el memorialista, lisonjeándole y cayéndose del lado de sus aficiones. Decía Villaamil: «¡Pero cuánto ha visto usted en este mundo, amigo Mendizábal, y qué de cosas habrá presenciado tan trágicas, tan interesantes, tan...!» Y el *gorila*, abarquillando los recibos, contestaba: «La historia de España no se ha escrito todavía, amigo don Ramón. Si yo plumeara mis memorias, vería usted...». Doña Pura extremaba aún más la adulación: «El mundo anda perdido. Mendizábal está en lo cier-

to: ¡mientras haya libertad de cultos y eso que llaman el racionalismo...!» Total, que el portero se guardaba los recibos, y a la señora se le alegraban las pajarillas. (*Miau*, 1888)

También está en un texto de Lauro Olmo, como insulto: «Sigue, sigue planchando los pantalones del *gorila*. Esposa. De tu boca no salen más que insultos» (*El cuarto poder*, 1963-1967).

Con el sentido de «militar», está en el siguiente texto del venezolano Carlos Rangel: «Pero mucho más importante sería la indulgencia internacional que con esto iban a ganar los golpistas militares. En lugar de “*gorilas*” serían (y permanecen hasta hoy) admirables nacionalistas, revolucionarios, anti-imperialistas y tercermundistas» (*Del buen salvaje al buen revolucionario. Mitos y realidades de América Latina*, 1976). También en el uruguayo Federico Fasano Mertens: «sin embargo, en el marco de un golpe *gorila*, sin base de masas, pueden precipitarse las condiciones políticas» (*Después de la derrota: Un eslabón débil llamado Uruguay*, 1980). A veces, aparece ya como adjetivo: «Pero la revolución era “*gorila*”, o sea, irracionalmente y agresivamente antipopular y antinacionalista... Se necesita más para demostrar la irracionalidad de quienes se complacían en que se les definiera como “*gorilas*”?» (Salvador Ferla, *El drama político de la Argentina contemporánea*, 1985).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *grande* y con los verbos *gritar* y *gruñir*.

3.1.120. *Es un macaco*. [monicaco] El macaco (la macaca) es un «cuadrumano muy parecido a la mona, pero más pequeño que ella». Los nombres científicos de las especies del género *Macaca* son *Macaca mulatta* o *Macaco rhesus* y el *Macaca fuscata* (o macaco japonés). Metafóricamente, es «persona fea, deforme» (Cuba y República Dominicana; en Bolivia, solo el masculino); también es, en Uruguay, «persona difícil de complacer, especialmente respecto de las comidas». En la edición manual de 1984 del diccionario académico, aparece la acepción «persona insignificante, de escasa consideración física o moral», que desaparece en la de 1992. Según el *Diccionario de americanismos*, es «policía» (Puerto Rico); «ladrón» (Guatemala y El Salvador). En el *Diccionario de argot* de Espasa-Calpe, también «proxeneta» y «policía uniformado». Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Feo y deforme, como el mono de cabeza chata al que se alude, procedente de Angola, de donde el término es autóctono».

Macaco es palabra portuguesa (procedente del Congo). La primera documentación es del XVIII y en ella se resalta su fealdad: «Semejantes reflexiones se podrían hacer también sobre el camello, la jirafa, el *macaco*, del cual dice Buffon que es, “de una deformidad espantosa”, y sobre otros animales del Antiguo Continente; y no por esto nos atrevemos a murmurar del clima que los cría, ni tampoco a censurar al supremo Artífice que los formó» (Francisco Javier Clavijero, *Historia Antigua de México*, 1780). El sentido negativo aparece ya en las *Poesías* (1828-1870) de

Manuel Bretón de los Herreros: «En el portal de Belén, / No el alto honor inefable / Cupo de verle nacer / A un *asqueroso macaco*, / Sino a un corpulento buey». También Juan Valera coloca a estos animales como referencia negativa: «Estos portugueses me parecen unos descastados, aborrecedores de su propia gente y deseosos de parecer ingleses pero los ingleses hallan, en su vanidad, que de los portugueses a ellos hay más grados en la escala de los seres que de los portugueses a los *macacos*» (*Carta de 27 de junio de 1881 [Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo]*).

Como insulto referido al ser humano, se documenta a finales del XIX, sobre todo en Hispanoamérica: «Es tan vano ese *macacuelo* —dijo Pablo— que se cree capaz de pelear con un gigante» (José Martí, *La Edad de Oro*, 1889); «Hazme el favor de no decirle hermoso al *macaco de tu marido*» (Jorge Ibargüengoitia, *Clotilde en su casa*, 1955); «¡Mira, *macaco asmático*, no soporto más esa mueca desconfiada» (Egon Wolff, *Kindergarten*, 1977); «— ¿Y usted va a pintar a esa *macaca*? —le dijo Laudencio Capovilla» (Eliseo Alberto, *La eternidad por fin comienza un lunes*, 1992).

Con el sentido «feo», está en un cuento de Rubén Darío, en expresión no demasiado correcta políticamente: «Los negrillos desnudos estiraban los brazos hacia los pasajeros, mostraban los dientes...; y uno de ellos, casi ya en la pubertad, un verdadero *macaco*, era el que más llamaba la atención por sus contorsiones y gritos delante de mi amiga la espantada miss» (*La Miss*, 1893).

MONICACO es cruce de *monigote* y *macaco*: «hombre de mala traza» u «hombre de poco valor», como despectivo en el diccionario académico. En el *Diccionario de americanismos*, «persona pedante y ridícula en sus actitudes y en su afán de sobresalir» (Perú, como poco usado). Torres Villarroel, en sus *Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por la corte (1727-1728)*, describe así a un petimetre («pequeño maestro» en francés):

Los petimetres y lindos. Con su maleta de tafetán a las ancas del pescuezo, venía por este camino un mozo puta, amolado en hembra... más enharinado que rata de molino; hambriento de bigotes, estofado de barbas, echados en almíbar los mofletes. Era, en fin, un *monicaco* de estos que crían en la Corte como perros finos con un bizcocho y una almendra repartido en tres comidas.

Después, está en el teatro popular del XVIII: Ramon de la Cruz: «Pues yo vengarme prometo, matando a ese *monicaco* antes que me infame» (Ramón de la Cruz, *Los bandos de Lavapiés o La venganza del Zurdillo*, 1776). Mucho después, lo tenemos en *Réquiem por un campesino español* (1972) de Ramón J. Sender: «—¿Quién iba a decirme que ese *monicaco* tenía tantas dijendas [“habladurías”] en el estómago?».

3.1.121. *Es un mico*. [*quedarse hecho un mico*] [*volverse mico*] El mico es un «mono de cola larga»: la edición actual del diccionario académico ha reducido así la extensa descripción del *Diccionario de Autoridades*: «animal ligerísimo, y tan astuto y sagaz que algunos Autores le dan el primer grado de industria entre todos los ani-

males». Metafóricamente, es la «persona pequeña y muy fea». Se usa también para referirse cariñosamente al *niño*, como palabra festiva y coloquial (¿influido por *microbio*?). María Moliner, en su *Diccionario de uso del español*, explica así los significados metafóricos: «3 (n. calif.) Se aplica a una persona muy fea. (n. calif.) También, a una persona muy presumida o a una mujer coqueta. (n. calif.) También, a un hombre lujurioso. Y, como insulto cariñoso, a los niños». En el *Diccionario de argot de Espasa*, es «delincuente juvenil».

Es palabra cumanagota (pueblo amerindio de la familia caribe, hoy en el Estado de Anzoátegui en Venezuela). La primera documentación es de mediados del xvi en una crónica de Indias: «... se andaban a caza de papagayos y de *micos* y de las aves que así podían haber y que carne humana y que todos los más tenían unos con otros, guerras y no a fin de sujetar unos a otros» (Juan de Betanzos, *Suma y narración de los incas*, 1551). Como paso intermedio de la metáfora, puede considerarse este texto de Galdós: «Debieron las mozas de *tomarlo por un mico vestido de marino español* y con risotadas lo cogieron, lo zarandearon y se lo llevaron a una de las aldeas próximas...» (*La vuelta al mundo en la Numancia*, 1906). Después, la metáfora plena: «Ya le tengo dicho a mi niña que se apañe con un hombre, no con un *mico* desaborido, gorrón y más tronado que arpa vieja» (*La Primera República*, 1911).

Como «niño pequeño», su origen está en el uso americano: «y finalmente lo primero que de estas cosas ve el piache antes de ejecutar esta acción con que al parecer de ellos queda bautizado *el tal niño o niña, a los cuales mientras están a los pechos de sus madres le llaman micos*» (Jacinto de Carvajal, *Relación del descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*, 1648). Manuel Bretón de los Herreros une dos animales con intención despectiva: «Un zángano de treinta años / Entre *mico* y sacristán / Bailó luego la gavota / Con una niña» (*Poesías*, 1828-1870).

El sentido de «feo» está en el cubano José Ortega Munilla, padre de José Ortega y Gasset: «Era *como un mico* haciéndole la corte a la Venus de Milo» (*Cleopatra Pérez*, 1884). Es frecuente en Galdós: «Quiere locamente a ese *mico*, y se morirá queriéndole» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887).

QUEDARSE HECHO UN MICO es «quedar avergonzado», sin documentación en los *corpora* académicos. VOLVERSE MICO es frase coloquial «aturdirse o aturullarse en la realización de algo». Ya está en el siglo xvi, con el más arcaizante verbo *tornar*: «¡vámonos a Chacona! *Antes que te tornes mico*, ¡vida, vámonos a Tampico!» (VV. AA. *Poesías de los Pliegos poéticos españoles de la Biblioteca U*, 1596-1598). «Lucía ¡Y le volveré a usted *mico*, si mapura, de un sopapo» (Agustín Azcona, *El sacristán de San Lorenzo: zarzuela en tres cuadros*, 1847).

3.1.122. *Es un chimpancé**. El chimpancé es un «mono antropomorfo, poco más bajo que el hombre, de brazos largos... Habita en el centro de África... Se domestica fácilmente». Su nombre científico es *Pan troglodytes*. Metafóricamente, como *mono*, *orangután*..., es un «hombre primitivo».

Es una palabra que procede del francés *chimpancé*, que a su vez procede del bantú. La primera documentación es de mediados del XIX: «Como los cuadrumanos antropomorfos, aun los más perfectos, el *chimpancé* o el gorila, distan tanto de nuestra especie, imaginaron una intermedia, que ya suponen extinguida, a la cual dieron el nombre de antropiscos» (Juan Valera, *Sobre la ciencia del lenguaje [Discursos académicos]*, 1869). Después está, curiosamente, en la correspondencia del gran poeta Jorge Guillén: «Mi vida se me va arreglando. La vista está cada día mejor. El bárbaro de Logroño —una especie de *chimpancé* oculista, y Dios me perdone— me encontró bien. —Yo le hice la obligada pregunta, y me contestó secamente: “Ya le he dicho que está igual, no me haga repetirlo”» (*Correspondencia [1923-1951]*, 1949).

Está aún vigente la metáfora; Volodia Teitelboim, en su libro *En el país prohibido. Sin el permiso de Pinochet [Chile]* (1988), escribe sobre el dictador chileno: «“Tiene la frente estrecha y cejjunta, de antropoide de escaso desarrollo intelectual. El pelo, duro y crinoso, le da ese *aspecto de chimpancé no evolucionado*... Los ojos de un hombre que traicionó al amigo, que engañó a quien juró fidelidad y que ofreció obediencia mientras conspiraba. La mirada es paranoica; nunca confiará en nadie”. Así lo pinta la escritora uruguaya Cristina Peri Rossi».

3.1.123. *Es un orangután*★. Además de un «mono antropomorfo, que vive en las selvas de Sumatra y Borneo y llega a unos dos metros de altura...», es, metafóricamente, un «hombre muy feo o muy peludo» según el *Diccionario de uso del español* de María Moliner. También, como los otros primates, es un insulto como «persona primitiva».

La palabra procede del malayo *orang* («hombre») y *hutan* («bosque»). La primera documentación, ya con sentido metafórico, está en las *Poesías* (1811-1842) de José Somoza: «porque a más de pelmazo y majadero, / maligno, preocupado y embustero, / es bellaco y vicioso como un *orangután* con las mujeres». También está en la singular obra anónima Don Juan Notorio, *Burdel en cinco actos y 2000 escándalos* (1874): «¡He sido un mulo, un mico, un *orangután*, un burro! ¡Piedad de mí!». Y, naturalmente, no podía faltar en la nómina de metáforas animales de Galdós: «En último caso, si el *orangután* ese me ataca, es fácil que estos bravos militares salgan a defenderme» (*Miau*, 1888).

3.2. REPTILES: ES UNA VÍBORA

Con el terror de *víbora* encelada, / junto al lagarto frío, /
 con el aborto sapo en la azulada / libélula que vuela sobre el río.../
 se ha abierto un abanico de milagros / —el ángel del poema lo ha querido— /
 en la mano creadora del olvido...
 (De un *cancionero apócrifo*, Antonio Machado)

3.2.124 <i>sabandija</i>	3.2.125 <i>serpiente</i> *	3.2.126 <i>víbora</i>	3.2.127 <i>culebra</i> .
3.2.128 <i>sierpe</i>	3.2.129 <i>majá</i>	3.2.130 <i>boa</i>	3.2.131 <i>anaconda</i> *
3.2.132 <i>cuaima</i>	3.2.133 <i>caimán</i>	3.2.134 <i>tortuga</i> *	3.2.135 <i>charapa</i> .
3.2.136 <i>galápago</i> *	3.2.137 <i>camaleón</i>	3.2.138 <i>cocodrilo</i>	3.2.139 <i>dinosaurio</i> *
3.2.140 <i>lagarto-ta</i>	3.2.141 <i>lagartija</i> *-jo*	3.2.142 <i>cuija</i> .	

El reptil es un grupo de «animales vertebrados, ovíparo u ovovivíparo, de temperatura variable y respiración pulmonar que, por carecer de pies o por tenerlos muy cortos, caminan rozando la tierra con el vientre». El diccionario académico presenta como prototipos la *culebra*, el *lagarto* y el *galápago*. El hecho de arrastrarse hace que tengan mala prensa, siguiendo la máxima cognitiva de «arriba, bueno / abajo, malo». Además, tienen la lengua bífida (rasgo que no pasa a su definición en los diccionarios), como aquellos que hablan mal de los demás. Algunos cambian el color de la piel, síntomas del disimulo y de la inconstancia.

Podemos decir que el verdadero prototipo es la *serpiente*; en la Biblia, el diablo en forma de serpiente tienta a los primeros hombres y provoca la expulsión del paraíso terrenal: es el animal maldito por excelencia. Está en el *Génesis* (3,14): «Maledictus es inter omnia animantia, et bestias terra: Super pectus tuum gradieris, et terram comedes cunctis diebus vitae tuae» («serás maldita entre todos los animales domésticos y entre todos los animales del campo; te arrastrarás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida»).

El *basilisco*, el *dragón* y la *chichintora* son animales fabulosos, con caracteres de reptil y me refiero a ellos en el capítulo 6. La *siriguana* (en Colombia) es una denominación jocosa juvenil para denominar a una chica con cuerpo de sirena, pero fea (como una iguana).

El grupo de reptiles con significado metafórico está compuesto por el genérico *sabandija*, la *serpiente* (y sus hipónimos: *víbora*, *culebra*, *sierpe*, *boa*, *anaconda*, *cuaima*, *majá* —los cuatro últimos americanos—), el *caimán*, la *tortuga* (y la *charapa*, variante americana), el *galápago*, el *camaleón*, el *cocodrilo*, el *lagarto* y la *lagartija* (con *cuija*, variante americana).

Todos los sentidos metafóricos son negativos: «persona despreciable, mala persona» (*sabandija*, *víbora*, *serpiente*, *sierpe*, *majá*), «persona taimada» (*lagarta*, *lagartija*), «persona adulatora» (*boa*, *anaconda*), «persona cruel» (*sierpe*, *cueima*, *cocodrilo*), «persona que cambia» (*camaleón*). También en el ámbito físico, tenemos «persona lenta» (*tortuga*), «persona vieja» (*galápago*, *dinosaurio*), «persona fea» (*sierpe*).

Los animales más polisémicos son la *culebra*, el *caimán* y el *lagarto*. Una *culebra* es un «acreedor, especialmente el que constriñe y persigue al deudor» (Colombia y Ecuador); la «persona con quien se ha contraído una deuda» (Panamá, Colombia y Ecuador); y un «homosexual» (El Salvador). Un *caimán* es la «persona que con astucia y disimula procura salir con sus intentos»; la «persona hábil y sin principios en los negocios o en asuntos relacionados con el dinero» (Colombia y Venezuela); «maleante, vagabundo», en el lenguaje de germanía; y «guardia civil», en el argot. Un *lagarto* es «hombre pícaro, taimado» (con la marca de coloquial); un «ladrón del campo» y «ladrón que muda de vestido para que no lo conozcan», en el lenguaje de germanía; la «persona que cobra precios exorbitantes» (Paraguay); la «persona, oportunista y entrometida, que consigue favores o trabajos sin tener mérito para ellos» (Panamá y Colombia); la «persona que come con exceso» (El Salvador y Guatemala); y la «persona avariciosa» (Nicaragua, Honduras, El Salvador y Costa Rica). Una *lagarta* es una «prostituta».

Víbora, *serpiente*, *sierpe*, *culebra*, *galápago*, *lagarto* y *lagartija* tienen su primera documentación en sentido recto en el XIII; *sabandija* en el XIV; *boa*, *tortuga*, *camaleón* y *cocodrilo* en el XV; más modernos son *charapa* (XVIII), *cueima* (XIX), y *dinosaurio* y *anaconda* (XX). Los sentidos metafóricos son, lógicamente, posteriores: del XIV, *sabandija*; del XV, *víbora*; del XVI, *serpiente*, *caimán*, *tortuga*, y *camaleón*; del XVII, *sierpe* y *cocodrilo*; del XVIII, *lagarto*; del XIX, *culebra*, *galápago* y *lagartija*; y del XX, *boa*, *anaconda*, *cueima*, *majá* y *dinosaurio*).

Los tres reptiles que más derivados y fraseología producen son *víbora* (*viborezno*, *viborear*, *lengua de víbora*), *culebra* (*culebrón*, *culebra parada**, *saber más que las culebras*) y *lagarto* (*lagartón*, *lagartear**, *alagartado*, *lagartería**).

3.2.124. *Es una sabandija*. Una *sabandija* es un «reptil pequeño o insecto», sobre todo los «perjudiciales y molestos» (el *Diccionario de Autoridades* la definía como «animalillo imperfecto de los que se crían de la putrefacción y de la humedad de la tierra»). Y, metafóricamente, es «persona despreciable», «persona inquieta y molesta» y «persona dada al flirteo» (Uruguay). Ya el *Diccionario de Autoridades* recoge la segunda acepción («persona despreciable»), con una definición deliciosa: «Por translación significa persona pequeña ò despreciable por su forma, acciones o estado» (con cita de Quevedo). María Moliner, en su *Diccionario de uso del español*, (que define la acepción principal como «animalillo pequeño») añade dos acepciones más: «aplicado particularmente a un niño, muy flaco o raquítico» (Argentina); y «niño inquieto, pícaro, travieso» (Río de la Plata). Recoge esta palabra Celadrán,

en su *Inventario general de insultos* (1995): «Se dice en sentido figurado, teniendo *in mente* al reptil pequeño, o al insecto repugnante y molesto. Persona despreciable y dañina».

La palabra es, quizás, de origen prerromano, «emparentada con el nombre vasco de la lagartija (*sugandilla*, *suangilla*, *sanguandilla*, *segundilla*), pues *sabandija* todavía es el nombre especial de este animalejo en Castilla la Vieja y en otros varios dialectos españoles» (Corominas-Pascual). La primera documentación está en un poema del *Cancionero de Baena*, ya con carácter metafórico como insulto: «ca me han fecho entender que sois mala *savandija* e que tenéis una agrija do la non queréis» (Alfonso de Villasandino, *Poesías*, 1379-a. 1425).

Otros textos posteriores nos aclaran el tipo de animales que entran en el grupo: «... que le çegavan de renacuajos y ranas y otras *savandijas* que en los charcos y lagunas se crían» (Francés de Zúñiga, *Crónica burlesca del emperador Carlos V*, 1525-1529); «de culebras y de alacranes, y de otras muchas *sabandijas* que se mueven sobre la tierra» (Motolinía —Fray Toribio de Benavente—, *Historia de los Indios de la Nueva España*, 1536-1541); «saben conjurar contra la langosta y oruga y otras *sabandijas* que destruyen los frutos de la tierra» (Pedro Ciruelo, *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*, 1538). Ya San Juan de la Cruz hace una interpretación moralizadora del animal: «Las diferencias de *sabandijas* y animales inmundos que estaban pintados en el primer retrete del templo son los pensamientos y concepciones que el entendimiento hace de las cosas bajas de la tierra y de todas las criaturas» (San Juan de la Cruz —Juan de Yepes—, *Subida del Monte Carmelo*, 1578-c. 1583).

En los Siglos de Oro, se generaliza el significado metafórico, más o menos en la misma época que el sentido recto:

Lozana A tal persona podrías engañar con tus palabras antepensadas que te chinfase a ti y a ella. ¡Oh, hi de puta! ¿Y a mí te venías, que so matraera? ¡Mirá qué zalagarda me traía pensada! ¡Va con Dios, que tengo que hacer!

Divicia ¿Qué quería aquella mala *sabandija*? (Francisco Delicado, *La Lozana Andaluza*, 1528)

Si los bravos jayanes cayeron en la presencia y saña de nuestro Señor Dios, ¿cómo le resistirás tú, hombrecillo y *sabandija de la tierra*? (Fray Pedro Malón de Chaide, *La conversión de la Magdalena*, 1588)

Ítem, se da aviso que si algún poeta fuere favorecido de algún príncipe, ni le visite a menudo ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura; que el que tiene providencia de sustentar las *sabandijas de la tierra* y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar a un poeta, *por sabandija que sea*. (Miguel de Cervantes Saavedra, *Viaje del Parnaso*, 1614)

No podía faltar en las novelas de Galdós: «¡Ay, Cabeza, Cabeza; ten cuidado con la *sabandija* que has metido en tu casa!» (*Amadeo I*, 1910).

Como «niño», la única documentación que encuentro en el *Crea* es la del novelista argentino Alejandro Dolina: «Si insistimos en mostrar al niño todo aquello cuya existencia postulamos, llegará un día en que el *pequeño sabandija* nos exigirá que le mostremos el desengaño o un átomo o una esperanza. Y como no podremos hacerlo, el tipo reputará inexistentes a esperanzas, desengaños y átomos...» (*El ángel gris*, 1993).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *asqueado* y con el verbo *arrastrarse*.

3.2.125. *Es una serpiente**. [lengua serpentina] *Serpiente* y *culebra* y *víbora* se utilizan en la lengua coloquial como sinónimos. El diccionario académico, solo en la última edición, sigue a los zoólogos en la definición de estos tres ofidios (del griego ὄφιδιον, diminutivo de ὄφις, «serpiente»): *culebra* remite a *serpiente*, que es un «reptil ofidio sin pies, de cuerpo aproximadamente cilíndrico y muy largo respecto de su grueso, cabeza aplanada, boca grande y piel pintada simétricamente con colores diversos, escamosa, y cuya parte externa o epidermis muda por completo el animal de tiempo en tiempo»; *víbora* la define como «serpiente venenosa de mediano tamaño...». Por tanto, *serpiente* es el genérico (Clase: *Sauropsida*; Subclase: *Diapsida*; Superorden: *Lepidosauria*; Orden: *Squamata*). Las serpientes pueden ser no venenosas (*culebra*, *boa*, *pitón*) o venenosas (*cobras* y *víboras*); algunas matan a sus presas por constricción (*boa* y *pitón*).

El diccionario académico solo incluye el significado metafórico de «diablo». En Honduras, es la «persona servil y adulatora por interés».

La palabra procede del latín SERPENTE. La primera documentación está en la anónima *Semejanza del mundo* (c. 1223): «En esta partida ha vna vestia otro sí que ha nonbre mantígora... e *silua como serpiente*». Alfonso X nos recuerda la imagen bíblica del diablo como serpiente: «E después que fueron en paraíso non tovieron el mandado de Dios; mas por el consejo del *diablo* que los engañó fablando a Eva *en figura de serpiente* comieron de la fruta de aquel árbol de medio del paraíso de que les Dios vedara que non comiessen, si non que muerte morrién» (*General Estoria*, c. 1275). No deja de ser curioso que cuatro siglos después el maestro Correas, en su *Arte de la lengua española castellana* (1625), recogiera un chascarrillo que adjudicaba una lengua a la serpiente: «Viene a propósito aquel dicho vulgar a manera de rrefrán, en que se comparan las tres lenguas, Española, Italiana i Tudesca, diziendo que la *serpiente en el paraíso terrenal habló en Tudesco*, quando engañó a Eva, i Eva en Italiano, i Adán en Español, denotando la habla Española por varonil, habla de onbre varón, la Italiana de muxer feminina, la Tudesca no umana, mal sonante i dura».

En los Siglos de Oro, la amada desdeñosa se convierte, para el amante desesperado, en diversos reptiles venenosos, fieros, crueles: *áspid*, *víbora*, *serpiente*, *basilisco*, *dragón*, *cocodrilo*:

¿Qué víbora o *serpiente* ponçosa,
 qué *vasilisco* fiero o qué *dragón*,
 qué *áspide* cruel muy enconosa,
 qué brabo *cocodrilo* y sin razón
 podrán tener tu condición dañosa
 ni tu duro y sangriento corazón?
 ¡O, corazón cruel, áspero y fuerte,
 que lo que más te aplaze es dar la muerte!
 (Antonio de Torquemada, *Coloquios satíricos*, 1553)

El tópico llega hasta la Colombia del xx: el colombiano Tomás Carrasquilla, en su novela *Hace tiempos* (1935-1936), incluye una canción sobre la mujer esquiva:

Tilita, acaso por enlace de ideas, echa una canción nada mística:
 «¡Oh! No es flor, no es mujer: ¡una *serpiente*!
 Ardiente y tentadora es su mirada.
 El alma deja absorta, arrebatada,
 Y loco envenenado, el corazón».

Galdós recurre a la serpiente como simple insulto: «¡Villano, *serpiente*!... te mato, te ahogo, te aplasto» (*El abuelo*, 1897). Pero también para referirse a alguien que engaña: «Tuvo la dama intenciones de llamarle... “No, no abro... —pensó—. *Es una serpiente*. ¡Qué hombre! Se finge el loco para que le tengan lástima y le den dinero”» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887). También a alguien que tienta: «se apareció de nuevo el impetuoso Chaves, que, como *serpiente del Paraíso*, siguió tentando con promesas de gloria y otros halagos al fogoso Iberito» (*La de los tristes destinos*, 1907). Incluso a alguien que no se deja atrapar: «(Domiciana Pareces) Terca como una mula, sagaz como raposa y *escurridiza como serpiente*» (*España trágica*, 1908). Más tarde, en *Ligazón. Auto para siluetas* (1927), Valle-Inclán establece una antítesis con sirena: «El Afilador ¡Niña, se ha revestido en ti la *serpiente*! —La Mozuela ¡Antes, *sirena*! ¡Ahora, *serpiente*! ¿Qué seré luego?».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *astuto*, *escurridizo*, *flexible*, *furioso*, *resbaladizo*, *sagaz* y *silencioso* y con los verbos *arrastrar*, *contorsionar*, *deslizar* y *retorcer*.

La expresión LENGUA SERPENTINA, como «persona mordaz, murmuradora y maldiciente», está ya en el siglo xvi: «¿Qué te aprovecha encerrarte en el desierto si tu *lengua serpentina* y tus libellos difamatorios vuelan» (Bernardo Pérez de Chinchón, *La lengua de Erasmo nuevamente romançada*, 1533). La utiliza también Vargas Llosa en su deliciosa novela corta titulada *Elogio de la madrastra* (1988): «Este aposento triádico —tres patas, tres lunas, tres espacios, tres ventanillas y tres colores dominantes— es la patria del instinto puro y de la imaginación que lo sirve, así como tu *lengua serpentina* y tu dulce saliva me han servido a mí y se han servido de mí».

3.2.126. *Es una víbora*. [*viborezno*★] [*viborear*★] [*lengua de víbora*] La víbora es una «serpiente venenosa de mediano tamaño... y con dos dientes huecos en la mandíbula superior por donde se vierte, cuando muerde, el veneno». Los nombres científicos de las especies más frecuentes son la *Vipera berus* y la *Vipera ammodytes*. En México, cualquier «reptil ofidio sin patas». Metafóricamente, es la «persona con malas intenciones». Según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona servil y aduladora» (El Salvador) y la «persona intrigante y chismosa» (Guatemala). Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Sujeto que con malas intenciones y peores ideas aguarda cauteloso el momento de llevar a cabo su traición, venganza o mala acción».

Es una palabra que procede del latín VIPERA. La primera documentación está en la *Gran Conquista de Ultramar* (1293): «e uinié en ella grant yente. e mucha uianda. Et aduzién en ella muchas culuebras. e bíboras. e otras muchas maneras de poçones. e de vermenias [“gusanos”] entoxicadas pora empoçonar alos xristianos». Ya en el siglo xv, aparece una comparación que prepara el camino para el sentido metafórico en la *Istoria de las bienandanzas e fortunas* (1471-1476) del noble vizcaíno e historiador Lope García de Salazar: «E mejor es estar [con] bíbora sorda que estar con mala mujer». También en la siguiente enumeración late la metáfora: «Jesús! Jesús! Jesús! Dios me libre de onça desatada, de bíbora pisada, de discontenta casada y de dama airada. Amén» (Eugenio de Salazar, *Cartas*, 1570).

Como es bien conocido, en los Siglos de Oro la amada desdeñosa se convierte en diferentes animales que expresan la crueldad y la maldad:

¿Qué víbora o serpiente ponçoñosa,
qué vasilisco fiero o qué dragón,
qué áspide cruel muy enconosa,
qué brabo cocodrilo y sin razón
podrán tener tu condición dañosa
ni tu duro y sangriento corazón?
¡O, corazón cruel, áspero y fuerte,
que lo que más te aplaze es dar la muerte!
(Antonio de Torquemada, *Coloquios satíricos*, 1553)

villano rico con poder tirano,
víbora, cocodrilo, caimán fiero
es la mujer si el hombre la desecha.
(Francisco de Quevedo y Villegas, *Poesías*, 1597-1645)

En Galdós, es una metáfora frecuente: «— Eso, eso es... muy bien dicho —dijo la víbora de don Lorenzo reanimándose» (*Historia de un radical de antaño*, 1871); «El muy simple no conoce la víbora que tiene entre sus brazos» (*La Corte de Carlos IV*, 1873); «—¡Oh! ¡miserable! —gritó—. Eres una víbora; pero el veneno de tu infame picadura no me matará» (*Gloria*, 1876-1877). En *La colmena* (1951-1969) de Cela,

doña Rosa arremete, *con lengua de víbora*, contra su cliente, don Pablo: «Lo que no sabe ese piernas desgraciado es que lo que aquí sobran, gracias a Dios, son clientes. ¿Te enteras? Si no le gusta, que se vaya; eso saldremos ganando. ¡Pues ni que fueran reyes! Su señora *es una víbora* que me tiene muy harta. ¡Muy harta es lo que estoy yo de la doña Pura!»; y Victorita, ante la pregunta demoledora de su madre, le responde: —¿Cuándo dejas a ese tísico desgraciado? —le dice, algunas mañanas, la madre... —¡Así reventases, mala *víbora*! —dice por lo bajo—.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *enfurecido*, *feroz*, *peligroso*, *sigiloso* y *venenoso* y con los verbos *arrastrar*, *mover*, *retorcer* y *silbar*.

Víbora genera un derivado nominal, un derivado verbal y un compuesto sintagmático. Así VIBOREZNO* es «la cría de la víbora» y, metafóricamente, una «mala persona»: «Terminada la comida, el Maruso ceñudo y silencioso sacó su enorme cuchillo y dirigiéndose al hoyos o de viruelas, preguntó: — ¿Estará despierto ese *viborezno*, que debe ser tan malo, como su padre?» (Julián Zugasti y Sáenz, *El Bandlerismo. Estudio social y memorias históricas*, 1876-1880).

El verbo VIBOREAR* es, según el *Diccionario de americanismos*, «criticar frecuente y malintencionadamente a los demás» (México, Bolivia y Paraguay). Así aparece en la novela *Hijo de hombre* (1960) del paraguayo Augusto Roa Bastos: «... las menos jóvenes y atractivas se contentaban con los suboficiales, más numerosos y accesibles. Las de turno en el ambigü *viboreaban* entre las parejas mirándolas con envidia y buscando el momento de zafarse de los vasos de bebidas».

LENGUA DE VÍBORA o *lengua serpentina* es «una persona mordaz, murmuradora y maldiciente». San Vicente Ferrer explica, en uno de sus famosos *Sermones* (1411-1412), el origen de la expresión *lengua de víbora*:

E por esto dize nuestro Señor Ihesú Christo a los jodíos: «Genimina viperarum, quis ostendet vobis fugere a ventura yra?» (Luche iii°. c°). Diz: «O, generación de *vívoras*, ¿quién vos mostrará a foýr de la yra que ha de venir?». Esto dezía porque assí como la vívora ha el venino dentro en el cuerpo e con la lengua lo lança de fuera, e por esto les dezía: —¿Cómo podredes fablar bien si vosotros avedes el coraçón malo? Ca la persona que tiene el coraçón malo non puede fablar synon mal, ca de la habundança del coraçón fabla la lengua».

Ya está en el teatro del xvi: «Marcelia Calla, calla, infamador de buenos, malvado, que no abres boca que no sea tu *lengua de víbora*» (Juan Rodríguez Florián, Comedia llamada Florinea, 1554). Y, ya en el xix, se normaliza como insulto: «—Calle Ud., *lengua de víbora*. La mujer de Carlos de Silva es una virtud» (Gertrudis Gómez de Avellaneda, *Dos mujeres*, 1842-1843). También está en *La colmena* (1951-1969) de Cela: «La Uruguaya es una golfa tirada, sin gracia, sin educación, sin deseos de agradar; una golfa de lo peor, una golfa que, por no ser nada, no es ni cobista... La Uruguaya tiene *una lengua como una víbora* y la maledicencia le da por rachas».

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge los siguientes refranes: «*Como una bívora. Komo una bívora pisada. La ke salta de enoxo e ira*»; *El mal de la bívora: muerde, mas nadie la mira*; y *Más vale ser kabeza de bívora ke kola de sardina*.

3.2.127. *es un áspid*★. El áspid es una «víbora muy venenosa que apenas se diferencia de la culebra común más que en tener las escamas de la cabeza iguales a las del resto del cuerpo. Se encuentra en los Pirineos y en casi todo el centro y el norte de Europa». El *Diccionario de Autoridades* la definía como «especie de serpiente pequeña, la qual dividen los naturales en tres géneros, Chersea, Chelidonia y Ptyada». Añadía que «la mordedura de qualquiera especie de estas no es mayor que la picadura de una aguja; pero no por esso dexa de acarrear gravísimos y mortales accidentes... Sienten los mordidos del áspid grandísimo estupor y entropimiento de miembros, frialdad notable, temblor de labios y de palabras tras del qual sigue el pasmo universal y la muerte».

La palabra procede del latín *ASPIDES*, y este del griego ἄσπίς *aspís*. La primera documentación está en la *Traducción de la «Confesión del amante» de John Gower* (a. 1454) de Juan de Cuenca: «cuenta otro enxemplo de vna serpiente que llaman *áspides*»; con la forma *aspido* está en el anónimo *Un sermonario castellano medieval* (a. 1400-a. 1500): «¿E cómo non será sordo el que tiene en las orejas tantas cosas e tantas viñas e tantos ganados e tantas conpañas? Onde tales como estos son y parados al *áspido* sordo, de los quales dize el propheta David en el Psalmo que son tales como el *áspido* sordo, que çierra las orejas porque non oýa la boz del encantador». Tiene, pues, un uso bíblico que influirá, sin duda, en su entrada y evolución en nuestra lengua. Muy pronto, la encontramos, metafóricamente, aplicada a la amada desdeñosa, junto con otros animales «cruels»:

¿Qué víbora o serpiente ponçoñosa,
qué vasilisco fiero o qué dragón,
qué áspide cruel muy enconosa,
qué brabo cocodrilo y sin razón
podrán tener tu condición dañosa
ni tu duro y sangriento corazón?
¡O, corazón cruel, áspero y fuerte,
que lo que más te aplaze es dar la muerte!
(*Coloquios satíricos*, Antonio de Torquemada, 1553)

De entre los numerosos usos de la metáfora en los Siglos de Oro, aquí está la «Definición de la mujer» del Conde de Villamediana (*Poesías*, 1599-1622), que merece citarse por extenso:

Es la mujer un mar todo fortuna,
una mudable vela a todo viento,

es cometa de fácil movimiento,
sol en el rostro y en el alma luna.

Fe de enemigo sin lealtad alguna,
breve descanso e inmortal tormento;
ligera más que el mismo pensamiento,
y de sufrir pesada e importuna.

Es más que un *áspid* arrogante y fiera,
a su gusto de cera derretida,
y al ajeno más dura que la palma;

es cobre dentro y oro por de fuera,
y es un dulce veneno de la vida
que nos mata sangrándonos el alma.

Después, aún tuvo cierto uso, como en el teatro de Ramón de la Cruz:

Amigos, yo estoy del todo
enamorado de un ángel;
corto anduve: de una rosa;
aún no lo dije: de un *áspid*;
que todo lo es doña Juana,
la sobrina del Alcalde.
(*La junta de los payos*, 1761)

Y, naturalmente, no podía faltan en el gran metaforizador de animales que fue Galdós: «¡Como si no supiéramos —objetó doña Pura hecha un *áspid*— que tú tienes vara alta en el Ministerio» (*Miau*, 1888).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *huir* y *moverse*.

Existe una serpiente llamada la *cobra egipcia* o *áspid de Cleopatra* (*Naja haje*), una especie de saurópido escamado de la familia Elapidae. Habita en África del Norte. Dice la leyenda que la reina de Cartago murió por la mordedura de este áspid oculto en un cesto de higos.

3.2.128. *Es una culebra*. [*culebrón*] [*culebra parada*★] [*saber más que las culebras*]
La culebra es un «reptil ofidio sin pies», pero tiene varios sentidos metafóricos para denominar cosas («serpentín», «cabo delgado»). En cuanto a las personas, una culebra es «acreedor, especialmente el que constriñe y persigue al deudor» (Colombia; el *Diccionario de americanismos* añade Panamá y Ecuador). Este diccionario añade el significado de «homosexual» (El Salvador). Es curioso (y lamentable) cómo en el suplemento del diccionario académico de la edición de 1803 y en la edición de 1817 aparece, como metafórico y familiar, con el significado de «mu-

jer astuta y ladina» («Vafra versutaque mulier»): afortunadamente, desaparece en la edición de 1822.

La palabra procede del latín COLUBRA. La encontramos, por primera vez, a principios del XIII: «a esta tierra es contraria que dizen culbria e esta serpiente a serpiente es de tal natura que es toda llena de *culuebras*» (*Semejanza del mundo*, c. 1223); también está en Berceo: «era en essi tiempo un fiero matarral, / serpientes e *culuebras* avién en él ostal» (*Vida de San Millán de la Cogolla*, c. 1230). Con el contenido misógino, de fugaz presencia en el diccionario académico, está en un romance anónimo del XIX: «No miréis a la mujer, / Que es engañosa *culebra* / Que con su veneno mata / Aquesta frágil materia» (*Romances, en Pedro Cadenas*, 1822).

Sin embargo, en la mitología azteca, la culebra es la diosa del amor que aparece en forma de bella y seductora mujer:

En México, entre los aztecas, el tabaco era empleado por Tlaloc, el dios de las aguas, quien al fumarlo y lanzar el humo a lo alto creaba la neblina productora de la lluvia que fecundaba la tierra; y, a la vez, era el tabaco el vestido de Ciacouatl, la «diosa de la tierra», o la «culebra que es mujer», según Fray B. de Sahagún. De la cual refiere Fray Mendieta «que unas veces se tornaba culebra y otras veces se transfiguraba en moza muy hermosa y andaba por los mercados enamorándose de los mancebos y provocaba los a su ayuntamiento, y después de cumplido los mataba». Es decir, era diosa del amor, Afrodita azteca, que se vestía o transustanciaba con el tabaco, la fuerza fecundante emanada del dios Tlaloc. (Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, 1963)

El dominicano Pedro Vergés recoge el compuesto *mujer culebra*: «Él sabía, por lo tanto, que en cuanto lo conociera, la muchacha cerraría los ojos ante el hecho y aceptaría las cosas como eran. Así, al menos, se lo había hecho comprender Conchita, que aparte de sus mañas de *mujer culebra*, tenía, sobre todo, una labia especial para comunicar razones como éstas» (*Solo cenizas hallarás —bolero—*, 1980).

En Colombia, también se aplica a la mujer «astuta»: «No quiero enredarme más con la vieja Rita, que es una *culebra*» (Tomás Carrasquilla, *Hace tiempos*, 1935-1936). En Panamá, Colombia y Ecuador es la «persona con quien se ha contraído una deuda». En El Salvador también es «homosexual»: «Culero / culey / *culebra* / pipián / mariposón / mariflor / mamploro / yeyo / : forma de llamar a una persona homosexual ej. (Mira que pipián se mira ese chero)»²³.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *discreta*, *pequeña*, *rastrero*, *reptante* y *silencioso* y con los verbos *apretar*, *deslizar*, *enrollar* y *enroscar*.

Culebra genera un aumentativo (*culebrón*), un compuesto sintagmático (*culebra parada**) y una locución verbal (*saber más que las culebras*). Un CULEBRÓN es, además de aumentativo de *culebra*, un «hombre muy astuto y solapado»; también es una «telenovela sumamente larga y de acentuado carácter melodramático». La primera documentación está en la *Crónica burlesca del emperador Carlos V* (1525-1529) de

Francés de Zúñiga: «[A] el arzobispo de Toledo, don Alonso de Fonseca, vi en cueros y a Luys Caraço consumiendo en la corona real [y] luchando (y estavan tan rebueltos que parecían *culebrones* nuevos)». Vicente Espinel, en la *Vida del escudero Marcos de Obregón* (1618), ofrece un panorama desolador de la corrupción de aquella sociedad, con el sentido metafórico:

Los fulleros tienen también su materia de Estado, porque, o engañan por sí o por amigos que tienen señalados y diputados para el efecto: casas de posadas o mesones, donde les dan el soplo de la gente nueva a quien pueden acometer.

Tienen también su libro de caja o de memoria de todos aquellos que acuden a favorecer su ministerio en todos los pueblos grandes o pequeños, porque es oficio corriente por toda España, y en las poblaciones de importancia tienen correspondencia y avisos de las zorras comadres, para chupar la sangre a los corderos inocentes. Y aunque son tan grandes los sainetes destos cautelosos *culebrones* para chupar la sangre de los que ven inclinados al juego que no pueden reducirse a regla cierta el guardarse de sus trampas, con todo eso digo que todo lo que fuere artificio apacible y no usado se ha de temer aun de los mismos amigos en materia de juego, porque se venden unos a otros.

Más adelante, nos volvemos a encontrar la metáfora varias veces en Galdós: «Pero la perra de la tía Colasa y ese *culebrón* de D. Lorenzo le traían al retortero con un uniforme como de tropa que le pusieron... vamos al decir, una librea con botones de oro» (*El audaz*, 1871). Sobre todo, referido a las mujeres: «Lo que sufro con esas *culebronas* a quienes llamo hijas» (*El abuelo*, 1897); «y no le atraparé ninguna de esas *culebronas* que...» (*Mendizábal*, 1898); «el pobre chico miraba con encandilados ojos a las dos *culebronas*, sin expresar horror del infamante oficio» (O'Donnell, 1904).

CULEBRA PARADA[★] es, en Honduras, la «persona de cuerpo delgado y porte tieso». Está en *Juyungo* (1943) del afroecuatoriano Adalberto Ortiz: «La larga y desaliñada figura del zambo se fue irguiendo hasta semejar una *culebra parada*».

SABER MÁS QUE LAS CULEBRAS («ser muy sagaz para su provecho») está ya en el *Diccionario de Autoridades*: «Phrase proverbial, que se dice de los bellacos y avisados, a quienes no es fácil engañar. Alude a la propiedad de la culebra, que es de los animales más astutos», con cita de Quevedo, que subraya también la mala fama de las madres políticas: «Las *culebras* mucho saben, / mas una suegra infernal / más sabe que las *culebras*: / así lo dice el refrán».

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), explica el siguiente refrán, con variaciones: «A kien a mordido la kulebra, guárdese della. La kulebra herida, de la sonbra se espanta. La kulebra herida duélese de la rrabadilla. Es la alegoría: ke si a una persona la tokan en lo ke está sentida de ofensas, u otra kosa, luego salta i se kexa». También lo recoge: *sakar del horado la kulebra kon la mano axena y arrastrada te veas komo la kulebra*.

3.2.129. *Es una sierpe*. La sierpe es, además de una «culebra de gran tamaño», la «persona muy fea o muy feroz o que está muy colérica».

La palabra procede del latín *SERPENS*. La primera documentación está en Berceo: «Prendí forma de *sierpe* el traïdor provado» (*Vida de Santo Domingo de Silos*, c. 1236). No está muy documentada como metáfora pura: «Que si es mi genio pacato y flexible en otros puntos, en tocando a mi Mariano, soy una *sierpe*, una furia» (Tomás de Iriarte, *El señorito mimado*, 1787).

Más frecuente es la expresión *hecho una sierpe* (*hecho un basilisco*). Ya está en Quevedo (*La hora de todos y la Fortuna con seso*, 1635):

Salió el señor, viendo el humo casi aplacado, y halló que los vasallos y gente popular y la justicia había ya apagado el fuego, y vio que los arbitristas daban tras los cimientos y que le habían ya derribado su casa y hecho pedazos cuanto tenía, y desatinado con la maldad y *hecho una sierpe*, decía:

—Infames! Vosotros sois el fuego: todos vuestros arbitrios son desta manera.

También Quevedo utilizó el nombre de este reptil como invectiva contra los judíos: «Pues con esto, “super aspidem et basiliscum ambulabis et conculcabis leonem et draconem” (“andaréis sobre el áspid y el basilisco y acocearéis el león y el dragón”). Éstos son los nombres propios de las lenguas de los judíos, de su vista, de sus uñas y de sus alas. *Sierpes* en el regazo los llamó el Santo Pontífice en el canon citado» (*Execración contra los judíos*, 1633).

Ramón de la Cruz añade el origen del reptil: «Déjame, que estoy hecho una *sierpe de Hircania* contra ella» (*El mal de la niña*, 1768). Y, más tarde, el venezolano Rafael María Baralt escribe: «arrancáronme tiranos / hombres de nieve y carmín, / que en el rostro ángeles eran, / *sierpes* en el pecho vil» (*Poesías*, 1843-1858).

La mujer es, en la lamentablemente arraigada concepción misógina, comparada con el reptil:

Mi abuela Isabel II... Hija de mi bisabuelo Fernando VII, en sus facciones afables y en su expresión maternal hacia mí, contemplaba yo la grandeza de su pasado difícil... Como yo después, si ella pecó contra el sexto mandamiento, tal vez fue por sentir en su alma el deseo del amor, un anhelo mucho más digno que adscribirse a los crímenes y abusos que cercan a los príncipes... *Esa sierpe, esa ramera de Palacio*, dicen de ella algunos panfletos que he tenido en mi mano. (Ramón Hernández, *El secreter del Rey*, 1995)

3.2.130. *Es un majá*. *Majá* es palabra antillana que designa, según el diccionario académico, una «culebra de color amarillento... No es venenosa y vive en la isla de Cuba». También es «persona holgazana».

Es un indigenismo antillano. La primera documentación es un texto del XIX: «Llevaba unos zapatones De pellejo de *majá*» (El Cucalambé —Juan Cristóbal Nápoles Fajardo—, *Poesías completas*, 1840-a.1862). El único texto que he encontrado

con el sentido metafórico es la obra teatral *El paraíso recobrao* (1976) de Albio Paz Hernández (parece que como «persona mala»):

Moisés.— (Muy farisaico.) ¡No me digas hermano, Timoteo! ¡Yo no tengo hermano! ¡Yo hace mucho tiempo que me vengo quedando solo! Ay, Jehová, tú dijiste que ibas a barrer los hombres que habías criado de sobre la faz de la tierra, porque te arrepentías de haberlos hecho. (Acercándose a Timoteo.) Este es el hombre que te tienes que arrepentir de haber hecho! ¡Barre a Timoteo serpiente! ¡Sí! ¡Serpiente y *majá* y to!

3.2.131. *Es una boa*. La boa es una «serpiente americana de hasta diez metros de longitud... No es venenosa, sino que mata a sus presas comprimiéndolas con los anillos de su cuerpo». El nombre científico es *Boa constrictor*. Metafóricamente, es la «persona servil y adulatora por interés» (Honduras); acepción que está por primera vez en la anterior edición del diccionario académico y de la que no hay documentación en los *corpora* académicos. Tampoco recoge esta acepción del *Diccionario de americanismos*.

La palabra procede del latín BOA («serpiente acuática», «serpiente de gran tamaño»). La primera documentación está, bajo el artículo *bos*, en el *Universal vocabulario en latín y en romance* (1490) de Alfonso de Palencia: «Item deste nombre bos viene *boa* que es nombre de serpiente que persigue los bueyes». Corominas-Pascual sospechan que su uso fue muy tardío (aún no está en el *Diccionario de Autoridades*): «Sólo al adelantar mucho la exploración de América se hizo realmente popular». Como imagen de «una mujer impetuosa con su amante», está en *La Habana para un infante difunto* (1986) de Guillermo Cabrera Infante: «Ahora sí de veras me derrumbé de cansancio, sobre ella, que me recibió con sus brazos abiertos para cerrarlos en seguida a mi alrededor, buena *boa*, y besarme con una energía que no sé de dónde sacaba»; lo que nos recuerda la información que incluye la definición del diccionario académico: «No es venenosa, sino que mata a sus presas comprimiéndolas con los anillos de su cuerpo». También utiliza la imagen de la *boa* como alguien muy glotón Manuel Vázquez Montalbán, en su novela *Galíndez* (1990):

—Las kokotxas para abrir boca ¿y después qué?

—Bacalao al pil pil y leche frita.

—Como una *boa*, voy a poner como una *boa*.

Grita Ricardo entusiasmado y piropea a su tía, la auténtica gloria de la familia.

También en Honduras, *anaconda* tiene el mismo sentido metafórico.

3.2.132. *Es una anaconda*★. La anaconda es un «ofidio americano de la misma familia de las boas y de costumbres acuáticas, que pertenece a las especies estranguladoras, mide entre 4,5 y 10 m de longitud». En Honduras, según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona servil y adulatora» (como *boa* —*cfr.*—), aunque los *corpora* académicos no nos dan información de este uso.

La palabra procede del inglés *anaconda*, que probablemente la ha tomado del singalés (*henakandaya*). La primera documentación está en las *Memorias* (a. 1936) de Rafael Nogales Méndez, «En Venezuela se llama a la boa constrictora, tragavenado, pero es mejor conocida por el nombre de *anaconda*».

3.2.133. *Es una cuaima*. En Venezuela, la *cuaima* es una «serpiente muy ágil y venenosa» y también la «persona muy lista, peligrosa y cruel» (la palabra, con los dos sentidos, entra en el diccionario académico en la edición de 1899).

Es una palabra de origen chaima (lengua y pueblo amerindio del nordeste de Venezuela). La encontramos, por primera vez (en varias ocasiones), en la novela *Canaïma* (1935) del venezolano Rómulo Gallegos: «Yo que enciendo el cigarro y una *cuaima* que me le tira una mordía a la brasa. Saqué la mano al cata de verle el celaje, pero la tarascá me alcanzó en la nalga». En el *Crea*, la única documentación es la metafórica:

Juan Corrales, desbordado, le responde a la presidenta:

—Mire, señora. Si ese joven no sale dentro del tiempo señalado, yo mismo le caeré a balazos con la aprobación o sin la aprobación de su marido. —Y de un salto salió hacia la calle.

Hecho una *cuaima*, como observó Conch'e Piña, siguió hasta la gobernación donde lo esperaba Víctor Alberto. (Francisco Herrera Luque, *En la casa del pez que escupe el agua*, 1985)

La *Cuaima* fue una telenovela venezolana producida y transmitida por RCTV entre los años 2003 y 2004. En el diario digital Noticias24, en su sección la palabra del día 6 de julio de 2011, aparece esta amplia referencia a la palabra²⁴:

Para este miércoles la palabra del día es *cuaima*. Esta expresión, una de las predilectas de los hombres, se utiliza para hacer referencia a una mujer de carácter fuerte.

El Diccionario del habla coloquial de Caracas, de D'Alessandro Bello lo define así: «mujer muy lista, peligrosa, cruel y tramposa»:

—¡La mujer de Pedro es una cuaima, al pobre no lo deja ni respirar!

D' Alessandro Bello, continúa definiendo *cuaima* como una «mujer mala» o con malas intenciones:

—¡Esa chama no me da confianza, es demasiado *cuaima* y mala víbora!

Sin embargo, es importante acotar que el origen de esta forma de hablar viene de la naturaleza, puesto que en Venezuela una cuaima o *Laechesis Muta* es una subespecie de las serpientes de cascabel, considerada como una de las más ponzoñosas de la región.

Una de las principales características de esta serpiente es ser muy ágil y sigilosa, por lo que suponemos el uso popular del término cuaima, se deba a un simple préstamo del mundo de la biología.

Es importante acotar, que según el Diccionario de la Real Academia Española, este venezolanismo, está definido como «una persona muy lista y peligrosa», así —sin género—, por lo cual también es correcto usar la expresión para aquellos hombres celosos y controladores:

—Mi novio es un *cuaimo*, no me deja ni respirar!

Siguiendo el mismo orden de ideas, no está de más acotar que, en Venezuela la acción y efecto de ponerse celoso o tomar actitudes en extremo controladoras, se conoce como *cuaimatizar*.

—¡Mi suegra se *cuaimatizó* porque no quisimos ir a su casa el sábado!

3.2.134. *Es un caimán*. El caimán es un «reptil del orden de los emidosaurios, propio de los ríos de América, muy parecido al cocodrilo, pero algo más pequeño». Su nombre científico, en la especie más común, es *Caiman latirostris*. Metafóricamente, es la «persona que con astucia y disimulo procura salir con sus intentos». El *Diccionario de Autoridades* nos ofrece una definición magistral: «Metaphóricamente el hombre astuto y bellaco, que con sus mañas consigue quanto intenta; pero afectando prudencia y dissimulo». Según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona hábil y sin principios en los negocios o en asuntos relacionados con el dinero» (Colombia y Venezuela) y la «persona que sustituye temporalmente a otra en su oficio o empleo» (Colombia). Es también, en Cuba (Sánchez-Boudy), la «persona que lo quiere todo para sí y no comparte con nadie».

Además, es palabra del lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*): «maleante, vagabundo». En el *Diccionario de argot* de Espasa, aparece como «guardia civil», con la siguiente explicación: «El traje del guardia civil es de color verde, igual que la piel del caimán; por esta razón se toma el nombre del animal para designar a los integrantes del cuerpo de la Benemérita, con la consiguiente animalización. Otro sinónimo similar es *lagarto*; en cambio las voces *picoletos* o *tricornios* responden a la forma del sombrero».

La palabra procede de la lengua taína (como se sabe, pueblo precolombino de las Antillas), aunque Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611) aún no lo sabía: «Un pez lagarto que se cría en las rías de Indias, y se come los hombres que van nadando por el agua; y por ser el nombre de aquella lengua bárbara, no me han sabido dar su etimología». La primera documentación es de la primera mitad del xvi; son las *Cartas de relación* (1519–1526) de Hernán Cortés: «En otra caja cuadrada, una cabeza de *caimán* grande de oro...».

A finales de siglo, Quevedo también hace uso metafórico, pero no como «persona astuta» o «maleante», sino como «persona violenta»: «villano rico con poder tirano, / víbora, cocodrilo, *caimán* fiero / es la mujer si el hombre la desecha» (*Poesías*, 1597–1645), de nuevo con el tópico de la mujer desairada. Galdós no podía faltar a la cita con el caimán (y sus frecuentes metáforas animalizadoras): «Y seguía llorando, llorando. Cada ojo era un río inagotable. D. Pedro, mejor dicho, el *caimán* de la escuela, le miraba sonriendo con cierta ferocidad escudriñadora, detrás de la cual quién sabe si se escondía la compasión»; «El *caimán* se metió la mano en el bolsillo. Sonó dinero» (*El doctor Centeno*, 1883). Parece que también en ambos textos tiene el sentido de «persona fiera». Con un claro significado de «persona astuta», está en *Fantasmas* (1930) de Wenceslao Fernández Flórez:

Cuando volví a escuchar, Herminia confesaba que su existencia sería aburridísima si suprimiese de ella un paseo que daba todas las tardes por los alrededores de la Plaza de Toros.

—Siempre voy sola, ¿sabe usted? —decía—. No soporto a las amigas. A eso de las cinco salgo de mi casa, y pian pianito...

—¡Ah! —masculló el *caimán* del comandante— ¿A eso de las cinco?

Con el significado de «persona hábil y sin principios en los negocios o en asuntos relacionados con el dinero» (Colombia y Venezuela), está en la novela *Hace tiempos* (1935-1936) del colombiano Tomás Carrasquilla. «—Sus padres me enseñaron a defendeme y a defender el rialito que gano. ¡Qué tal que no juera asina, con tanto *caimán* y tanto logrero!». También es la «persona que sustituye temporalmente a otra en su oficio o empleo» (Colombia). El sentido político de «jefe, dictador», que no está en los diccionarios, ya aparece en *Oficio de difuntos* (1976) del venezolano Uslar Pietri:

Uno de los arrimados a la mesa comentaba. «Qué suerte la de ese Prato. Qué hombre tan afortunado. En tres meses se cogió este país. Tanto jefe, tanto *caimán*, tanto tigre que se preparaba para cogerse el coroto y llega este montañés del diablo, sin fuerza, sin saber cómo y es el que se coge la cosa». «No sería por pendejo».

Es muy popular la canción «El hombre caimán» («Se va el caimán»), escrita por José María Peñaranda, nacido en Barranquilla (Colombia), que recoge una leyenda sobre un pescador de Plato, aficionado a espiar las mujeres que se bañaban en el río Magdalena: un brujo le preparó dos brebajes, que lo convertían respectivamente en caimán (y observar sin problemas a las mujeres) y, posteriormente, en hombre; un contratiempo le llevó a convertirse de por vida en un caimán con la cabeza de hombre. El reptil llegó a tener doble sentido político, encarnándose en jefes de estado de larga duración que se van, se van... En la España de postguerra la canción fue censurada y aparece, como banda sonora, en la película de Martín Patino *Canciones para después de una guerra*, rodada en 1971, pero no estrenada hasta después de la muerte del dictador.

3.2.135. *Es una tortuga**. La tortuga es un «reptil marino del orden de los quelonios...» y un «reptil terrestre del orden de los quelonios [del griego *χελώνη*, “tortuga”]». El nombre científico de la especie más frecuente es *Testudo graeca*. María Moliner incluye, en su *Diccionario de uso del español*, la acepción metafórica «persona o cosa, generalmente vehículo, muy lentos» y, acertadamente, coloca entre paréntesis «nombre calificativo o en comparaciones».

Tiene una curiosa etimología: procede del tardío TARTARUCHUS, «demonio», y este del griego tardío *ταρταροῦχος*, «habitante del Tártaro o infierno»; parece que los orientales y los antiguos cristianos lo consideraban la personificación del mal, porque habita en el barro. La primera documentación es del *Esopete ystoriado*,

anónimo anterior a 1482: «La .ii. del galápagos o *tortuga* & de las aves. fo .xcvi». Según Corominas-Pascual, es «palabra moderna y seguramente importada, pues el viejo nombre autóctono era *galápago*, registrado en España según fuentes musulmanas del s. x».

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), incluye el siguiente: «*Korre komo una tortuga... komo un sapo*. Por: korre mui poko». En la segunda parte del *Guzmán de Alfarache* (1604), Mateo Alemán cita unas canciones populares basadas en comparaciones, donde la tortuga no aparece como paradigma de la lentitud, sino de la torpeza:

Tratan otras livianas de casarse por amores. Dan vista en las iglesias, hacen ventana en sus casas, están de noche sobresaltadas en sus camas, esperando quando pase quien con el chillido de la guitarra las levante. Oye cantar unas coplas que hizo Gerineldos a doña Urraca, y piensa que son para ella. Es más negra que una graja, *más torpe que tortuga*, más necia que una salamandra, más fea que un topo, y, porque allí la pintan más linda que Venus, no dejando cajeta ni valija de donde para ella no sacan los alabastros, carmines, turquesas, perlas, nieves, jazmines, rosas, hasta desenclavar del cielo el sol y la luna, pintándola con estrellas y haciéndole de su arco cejas...

Sobre el valor simbólico de la tortuga escribe Juan Pérez de Moya en su *Philosofía secreta de la gentilidad* (1585) este curioso texto:

Pintan a Venus una tortuga a los pies para denotar que después que las mujeres son casadas sean calladas, de modo que el marido hable por ellas; y denota esto la tortuga porque no tiene lengua. Otro sí, escribe Plinio que la *tortuga*, sabiendo el peligro que le viene del ayuntarse con el macho, lo rehúsa y huye dello quanto puede, por causa que la hembra se pone hacia arriba, y acabado el acto, muchas veces no pudiendo volverse de pies, la cazan las aves; mas el incitamiento de la generación la hace anteponer el deleite a la muerte. Avisan con esto que se han de sufrir los peligros en que se ponen las que paren, por la generación.

Feijoo (*Theatro crítico universal*, 1728), con una admirable exactitud, utiliza símiles animales para clasificar la actitud ante el conocimiento: «Otro error común es, aunque no tan mal fundado, tener por sabios a todos los que han estudiado mucho. El estudio no hace grandes progresos si no cae en entendimiento claro y despierto... En la especie humana hai *tortugas* y hai águilas. Estas de un vuelo se ponen sobre el Olympo, aquellas en muchos días no montan un pequeño cerro».

En el XIX, se generaliza la imagen y aparece la expresión *paso de tortuga*. Fray Francisco Alvarado, en sus *Cartas críticas del Filósofo Rancio* (1811), a propósito de los tribunales de justicia, escribe: «el pobre que no tenga como activar sus diligencias, bien puede creer que ha caído en un pozo, desde el día en que cayó en la cárcel: en el de la Inquisición todo al revés: *paso de tortuga* antes de la prisión; mas después de ella celeridad de rayo».

En Chile, a la «Policía del cuerpo de Antidisturbios» se le denomina *Tortugas Ninjas*, no por su lentitud —se supone—, sino por referencia a los personajes de un primitivo cómic (1984), posteriormente convertido en serie de dibujos animados (1987) y en película (película).

En el *Diccionario de los símbolos* de J. Chevalier, podemos leer: «De la India a la China la tortuga desempeña un papel simbólico importante: es una imagen del universo y contribuye a su estabilidad. Nos fijamos por lo general en su lentitud, pero cabe destacar también su longevidad. Su caparazón y su cerebro sirven para preparar drogas de inmortalidad. En las sepulturas imperiales, cada pilar reposa sobre una tortuga».

Pero la lenta tortuga también es inalcanzable a veces. Zenón, discípulo de Parménides, intentó demostrar que las afirmaciones de la experiencia común (como el movimiento), a veces, tampoco son aceptables para la razón. Uno de los cuatro argumentos contra el movimiento que pergeñó es el llamado *Aquiles y la tortuga*: si Aquiles (en la *Ilíada*, paradigma de la velocidad) compite con una tortuga y le deja una cierta ventaja (pongamos 10 metros), nunca será capaz de superarla. Dada la infinita divisibilidad del espacio, cuando Aquiles haya recorrido 10 metros (pongamos que fuera 10 veces más rápido que el animal), la tortuga habrá avanzado 1 metro; cuando el héroe griego haya recorrido 1 metro, el animal habrá avanzado solo 1 centímetro... y así sucesivamente.

3.2.136. *Es un galápago*★. [*tener más conchas que un galápago*★] Es un «reptil del orden de los quelonios, parecido a la tortuga, con membranas interdigitales». También es palabra del lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*): «presuntuoso y fanfarrón» y «chulo y rufián». El *Diccionario de argot* de Espasa recoge, como juvenil, la acepción de «anciano, viejo»: «Esta metáfora, llena de expresividad y humor, aunque con cierta degradación de la persona, se basa en el hecho de que el galápago, como algunas personas mayores, se mueve lentamente y vive muchos años. Se trata de una voz poco documentada».

Parece palabra prerromana y, por tanto, documentada en los orígenes de la lengua (mediados del XIII): «mezclen con ello al tanto de sangre de galápago, e después échngelo en los ojos» (Abraham de Toledo, Moamín. *Libro de los animales que cazan*, 1250). El sentido metafórico es tardío. Está en Galdós como «tímido»: «—¡Vaya que estás parlanchín esta noche! Parece que el galápago quiere salir de su concha. Bien, Agustín, bien» (*Tormento*, 1884); también como insulto: «¿Qué buscas tú aquí, lombritz? —me dijo en el suave tono que le era habitual—. ¿Quieres aprender el oficio? Oye, Juan —añadió dirigiéndose a un marinero de feroz aspecto—, súbeme a este galápago a la verga mayor para que se pasee por ella» (*Trafalgar*, 1873); «—Pues yo le diré a ese galápago que no vuelva a poner los pies en mi casa» (*Miau*, 1888); «La monja no se detuvo a oír las injurias que la fiera le decía. —¡Eh!... coja... galápago, vuelve acá y verás qué morrazo te doy» (*Fortunata y Jacinta*, 1885–

1887). Aparece también en *La Regenta* (1884-1885) de Clarín, frente a *pollo* («joven»):

A don Víctor se le caía la baba. «... Su mujer era una joya; la más hermosa de la provincia, como había sido siempre, pero además ahora suya, completamente suya, y de un humor nuevo, alegre, activo, como el que Dios le había otorgado a él...».

—¿Y yo? ¿eh? ¿qué tal vengo yo, señor Benítez?

—Magnífico, magnífico también; *hecho un pollo*.

—¡Ya lo creo!

—¿Y este *galápago*? Este *galápago* que ya va siendo viejo, ¿qué tal? —Y daba palmatitas en la espalda de Mesía—. Este sí que parece un chiquillo.

Ya el maestro Correas incluía, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), este refrán: *El galápago en su casa no tiene miedo al agua*.

TENER MÁS CONCHAS QUE UN GALÁPAGO★ es una locución verbal que se utiliza para expresar la experiencia que alguien posee que le hace difícil de ser engañado. Es de aparición reciente; está por primera vez en *Cinco horas con Mario* (1966) de Delibes, cuando Carmen critica a su marido la actitud de su cuñada: «Encarna tiene más conchas que un galápago, Mario, para qué te voy a decir otra cosa, aunque con vosotros, ya se sabe, cuanto más buena se es, peor, que los hombres sois todos unos egoístas y el día que os echan las bendiciones, un seguro de fidelidad, ya podéis dormir tranquilos».

3.2.137. *Es un camaleón*. El camaleón es un «reptil saurio», que «posee la facultad de cambiar de color según las condiciones ambientales». El nombre científico de la especie más frecuente es *Chamaeleo chamaeleon*. Metafóricamente, es la «persona que tiene habilidad para cambiar de actitud y conducta, adoptando en cada caso la más ventajosa». Este significado metafórico ya está en el *Diccionario de Autoridades*, con otra magnífica definición: «Metaphóricamente se llama al adulador, que viste sus pensamientos del color de la fortuna ajena, para hacer la suya propia». También es palabra del lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*): «presuntuoso y fanfarrón» y «chulo y rufián». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Persona que cambia de parecer según las circunstancias; veleta que muda de opinión y de bando siempre que con ello se reporte interés o beneficio. Se dice de la persona inconstante, débil de carácter, a quien puede hacerse variar de ideas con facilidad».

Es animal poco conocido. Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), cuenta cómo observó los cambios de color:

este animalejo vi en Valencia, en el huerto del señor patriarca don Juan de Ribera, de la misma figura que le pintan. Es cosa muy recebida de su particular naturaleza mantenerse del aire y mudarse de la color que se le ofrece en su presencia, excepto la roja y la blanca, que estas no las imita. Vide Plin., lib. 28, cap. 8. Es el camaleón símbolo del

hombre astuto, disimulado y sagaz, que fácilmente se acomoda al gusto y parecer de la persona con quien trata para engañarla. Sinifica también el lisonjero y adulator, que si lloráis llora, y si reís ríe, y si a medio día claro decís vos que es de noche, os dirá que es así, porque él ve las estrellas.

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), da abundante información sobre el animal:

Es el kamaleón un animalexo komo lagartillo, de menor kola, de aspeto feo, la kolor kasi komo lagartixa, o korteza de oliva; es de kalidad mui fría, i no se le ve komer, i tiene sienpre la bokilla abierta komo para tragar aire, i ansí dizen ke se sustenta del aire, i ke se muda en la kolor de la kosa en ke se pone; i por esto dizen: «Mudar kolores komo el kamaleón». Del pulpo dize Eliano ke se muda en la kolor de las peñas, komo el kamaleón, ke se muda en las kolores do se pon.

La palabra procede del latín CHAMAELEON, y este del gr. χαμαιλέων, «león de tierra, león enano», de χαμαί «en el suelo» y λέων «león»; una denominación humorística e irónica. La primera documentación es de fines del xv. Está en la *Traducción de El Libro de Proprietatibus Rerum de Bartolomé Anglicus* (1494) de Fray Vicente de Burgos, una enciclopedia medieval muy difundida: «Etiopía ha muchas gentes y maravillosas, feas, terribles y contrahechas y muchas bestias salvajes y serpientes. Ende se hallan los unicornios y los *camaleones* y los grandes dragones y basiliscos». Se pensaba que el camaleón se mantenía del aire: «¿Qué pensáis, que me tengo de mantener del viento, como *camaleón*?» (Francisco Delicado, *La Lozana Andaluza*, 1528). Y se explica así su capacidad para mudar los colores:

Pinciano Y entre los animales son lunares los que más son amigos de los hombres, como los perros y los delfines, y los que mudan la color, como el *camaleón* —que dicen que de la mudanza de la luna se le vienen a mudar las colores— y la pantera —que afirmaban que tiene en la espalda la figura de la luna, con sus crecientes y cuernos— y los gatos —que, como vemos, les crecen y menguan las niñas de los ojos con la luna— y los escarabajos —que en todos los veinte y ocho días de su curso no sacan su pella hasta la conjunción, que la echan en agua, y sacan sus hijos—. (Juan de Arce de Otárola, *Coloquios de Palatino y Pinciano*, c. 1550)

Y parece que hay una relación entre el cambio de color y la creencia en que se alimenta del aire: «Es evidente que, si el camaleón se distinguiera ostensiblemente por su color, los pequeños Insectos que constituyen su alimento cuidarían de no acercarse a su enemigo y se mantendrían a prudente distancia de su larga lengua» (Emilio Fernández Galiano, *Los fundamentos de la biología*, 1929). Antonio de Torquemada, leonés y estudiante en Salamanca, en sus *Coloquios satíricos* (1553), reflexiona sobre el carácter de los aduladores:

Antonio Esse es el mayor que los servidores padescen, a lo menos aquellos que, como avéys dicho, son criados de grandes señores y príncipes, porque no sirven tanto

por el galardón y premio que les dan de su salario y partido como por la esperanza que tienen de ser remunerados en beneficios y mercedes. Y muchas vezes se les passa la vida bebiendo los vientos como *camaleones*, y cebándose en esperanças vanas, sin sacar más fruto ni provecho de hallarse burlados.

Juan de Boscán, el amigo de Garcilaso e introductor de la lírica italiana en España, ya señala la «mudabilidad» de algunos enamorados (*De Boscán al Almirante respondiendo a unas coplas que le embió diziéndole que era muy mudable y que ya lo avía visto enamorado en otra parte y después avía comenzado otros amores*): «Fundan que mi corazón / no sabe verdad de amor, / y que soy *camaleón* / reçibiendo la color / de cuantos colores son» (*Poesías*, c. 1514-1542).

En el sentido de germanía, está en el *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos* (1603) de Francisco de Luque Fajardo: «Aquí es donde intenta malos tratos, haciéndose prestador, hombre que da a las manos y usurero... La noche le parece un momento, con deseo de más satisfacer su codicia; encaréceles también el trasnochar en servicio de los tahúres, siendo causa de mayor perdición suya, y finalmente, anda *hecho camaleón*, tragando viento». En el XIX, Manuel Bretón de los Herreros retoma la metáfora: «Y políticos hay *camaleones* que más que años de edad cuentan deslices» (*Poesías*, 1828-1870). Galdós, siempre atento a las metáforas animales, aprovecha la del camaleón, pero para denominar a alguien que no come: «Las pobrecitas son honradas. ¡Bah! Si se alimentan del aire, como los *camaleones*. Diga usted: el que no come, ¿puede pecar? Bastante virtuosas son las infelices» (*Doña Perfecta*, 1876).

Otros animales que cambian son el *pulpo* y el *tarando*: «¡Oh más mudable que el *camaleón*, y que el *pulpo* y el *tarando*!» (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589). El *Diccionario de Autoridades* anota sobre el *tarando*: «Muda la piel según los tiempos del año, y algunos dicen que con ella imita los colores de los árboles, y demás cosas que toca» (es el *reno*, que se caracteriza como de «pelaje espeso, rojo pardusco en verano y rubio blanquecino en invierno»).

3.2.138. *Es un cocodrilo*. [*lágrimas de cocodrilo*]. El cocodrilo es un «reptil del orden de los emidosaurios [Del griego ἐμός, -ύδος, “tortuga de agua dulce”, y σαῦρος, “lagarto”], de cuatro a cinco metros de largo... vive en los grandes ríos de las regiones intertropicales, nada y corre con mucha rapidez, y es temible por su voracidad». Los nombres científicos de los dos géneros más importantes son *Crocodylus* y *Osteolaemus*. Aunque no está en el diccionario académico, metafóricamente, es «persona fiera». Según el *Diccionario de americanismos*, en Puerto Rico, un *cocodrilo* es un hombre «seductor, aprovechado». En Colombia (Medellín), es «persona sin atributos físicos» (*Diccionario para comunicarse con un universitario*, Universidad Nacional de Colombia; Medellín, Antioquia)²⁵.

La palabra procede del latín CROCODYLUS, y este del gr. κροκόδειλος. La primera documentación está en la anónima *Arte complida de cirugía* (a. 1450): «La mandíbula somerana non se mueue en njngunt anjmal afueras en el *cocodrilo*».

Como «persona fiera», a partir de los Siglos de Oro, se aplica a la «amada desdenosa». Está, junto con otros animales, en *Coloquios satíricos* (1553) de Antonio de Torquemada:

¿Qué víbora o serpiente ponçoñosa,
 qué vasilisco fiero o qué dragón,
 qué áspide cruel muy enconosa,
 qué brabo cocodrilo y sin razón
 podrán tener tu condición dañosa
 ni tu duro y sangriento coraçón?
 ¡O, coraçón cruel, áspero y fuerte,
 que lo que más te aplaze es dar la muerte!

La amada Serafina es para César, en *Basta callar* (c. 1657), de Calderón de la Barca: «Engañoso cocodrilo / que una y otra vez del llanto / te vales, si ya no ha sido / usar siempre de los ojos / por armas del basilisco; / áspid no escondido en flores». Mucho más tarde, está en Galdós: «Y crea usted que es hombre de armas tomar y de un genio como un cocodrilo» (*El audaz. Historia de un radical de antaño*, 1871).

Los que disimulan tienen LÁGRIMAS DE COCODRILO: «las que vierte alguien aparentando un dolor que no siente». La primera documentación está en el *Guzmán de Alfarache*; el protagonista de la segunda novela picaresca más famosa intenta explicar el error que ha cometido:

No puse los ojos en mí, sino en los otros. Pareciome lícito lo que ellos hacían, sin considerar que, por estar acreditados y envejecidos en hurtar, les estaba bien hacerlo, pues así habían de medrar y para eso sirven a buenos. Quise meterme en docena, haciendo como ellos, no siendo su igual, sino un pícaro desandrajado.

Pero si disculpas valen y la que diere se me admite, como tan libremente vía que todos llevaban este paso, pareciome la tierra de Jauja y que también había de caminar por allí, creyendo —como dije— ser obra de virtud; aunque después me desengañaron, que pensé bien y entendí mal. Porque la gracia desta bula sólo la concedió el uso a los hermanos mayores de la cofradía de ricos y poderosos, a los privados, a los hinchados, a los arrogantes, a los aduladores, a los que tienen lágrimas de cocodrilo, a los alacranes, que no muerden con la boca y hieren con la cola, a los lisonjeros, que con dulces palabras acarician el cuerpo y con amargas obras destruyen el alma. (Mateo Alemán, *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, 1599)

Un poco más tarde, aparece también, como *llanto del cocodrilo*, en *El halcón de Federico* (1599-1605) de Lope de Vega: «Celia. ¡Ay, Ludovico, una Iulia, / una fiera, un cocodrilo, / que llora para matar». En las anónimas *Letrillas atribuidas a Góngora* (1589-a. 1650), se enumeran (en clave antifeminista) elementos de animales de los que hay que huir:

Del canto de una sirena,
 en las riberas del Nilo

del llanto del cocodrilo,
de la voz de una hiena,
del rostro de la murena,
del áspid y su morder,
del basilisco y su ver,
sin que ofendido dél quede;
mas de ningún modo puede
fiarse de una mujer.

Pedro Antonio Alarcón, en su novela *El capitán veneno* (1881), describe magníficamente a «una señorita inocente»:

Pero si hay algo que me asuste más que una mujer, es una señora y, sobre todo, una señorita inocente y sensible, con ojos de paloma y labios de rosicler, con talle de serpiente del Paraíso y voz de sirena engañadora, con manecitas blancas como azucenas, que ocultan garras de tigre, y *lágrimas de cocodrilo*, capaces de engañar y perder a todos los santos de la corte celestial...

El origen de la frase parece que tiene que ver con la creencia de que estos animales atraían a sus víctimas con un quejido semejante al llanto: la presencia de las «lágrimas» en sus ojos no es más que una respuesta de su cuerpo para mantener húmedos los ojos cuando están fuera del agua. Parece que fue Edmund Grindal, arzobispo de York y de Canterbury, la primera persona en utilizar la frase en 1563 (*crocodile tears*).

Cocodrilos de Caracas es un equipo de Baloncesto, fundado en 1974 y que se llamó sucesivamente *Ahorristas*, *Retadores*, *Telefonistas*, *Académicos*, *Estudiantes*, *Lotos* y *Halcones*.

3.2.139. *Es un dinosaurio*★. Los dinosaurios son «ciertos reptiles fósiles que son los animales terrestres más grandes que han existido». Según el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, un dinosaurio es, metafóricamente, la «persona muy veterana e importante en una actividad. Se aplica especialmente a los políticos», con la marca de «algo despectivo» (significado que no se recoge en el diccionario académico). El *Diccionario de argot* de Espasa, por su parte, lo define como la «persona con ideas antiguas y reaccionarias» (y añade el ejemplo siguiente: «Eres un dinosaurio. El mundo avanza y tú te has quedado petrificado»).

La palabra es un tecnicismo zoológico formado por el griego δεινός, «terrible», y σαῦρος, «lagarto». La primera documentación está en *Los dioses de la Pampa* (1916) del costumbrista argentino Godofredo Daireaux: «Quién resistiría sin temblar, el aspecto del formidable foróracos, ave de rapiña del tamaño de dos de los caballos actuales, si lo vieran elevarse en los aires, llevando entre sus garras un lagarto dinosaurio de veinte metros de largo». Es metáfora frecuente en tres ámbitos: el de la política, el de la música y el del deporte.

«Tarradellas es uno de los últimos *dinosaurios* de la Segunda República» (*Triunfo*, «honorable Tarradellas», 09/07/1977); «... Fraga y Jordi Pujol la condición de grandes “*dinosaurios* políticos”» (Eduardo Sotillos Palet, 1982. *El año clave*, 2002); «Lo mismo acontece con los viejos funcionarios conocidos popularmente como *dinosaurios*. Dentro de la administración ya no pueden estar porque representan la vieja guardia priista y por tanto las tradiciones y costumbres de las que el electorado ya no desea acordarse. El México nuevo ya no les concede cabida a este tipo de funcionarios». (Francisco Martín Moreno, *La Respuesta*, 1994)

En Gran Bretaña las esperanzas parecen estar dirigidas a lo que prometen ofrecer “*dinosaurios*” como Pink Floyd o los renovados Rolling Stones. (*La Vanguardia*, «El ministro francés de Cultura...», 02/02/1994)

El técnico chocho Mauricio Cruz afirmó que Nicaragua no viene a regalar los puntos fácilmente, por lo tanto, los «*dinosaurios* del fútbol centroamericano» tendrán que batallar si quieren vencerlos, dijo. (*El Salvador Hoy*, «Apuntes de la Copa», 17/04/1997)

En alguna ocasión, se opone a *pitufu*, como «joven de un partido u organización»: «Ayer, “pitufos” y “*dinosaurios*” de ADN cerraron filas alrededor de su jefe nacional, Hugo Banzer Suárez, rechazaron las acusaciones de Kieffer sobre la compra del avión Beechcraft, y decidieron esperar el dictamen de la Contraloría sobre este tema» (*Los Tiempos* —Bolivia—, «Cortéz hará de “charro”», 04/09/2001).

En el lenguaje juvenil chileno, se ha acuñado un término compuesto jocoso: *lolosaurio* para designar a la «persona adulta o de edad algo avanzada que intenta aparentar por su conducta y forma de vestir ser mucho más joven». «*Lolosaurio* del Miss Chile ahora es el rey de la noche. Alberto Púrpura está trabajando como cajero en el Passapoga... Alberto Púrpura saltó a la escurridiza fama por ser el madurito pololo de 57 otoños de la deliciosa Camila Recabarren (18)»²⁶.

3.2.140. *Es un lagarto / es una lagarta* [*largartón -na*] [*lagartear**] [*alagartado*] [*lagartería**] El *lagarto* (la *lagarta*) es un «reptil terrestre del orden de los Saurios, de cinco a ocho decímetros de largo... Es sumamente ágil, inofensivo y muy útil para la agricultura por la gran cantidad de insectos que devora». El nombre científico de la especie más común es *Lacerta lepida*. Metafóricamente, es la «persona pícara, taimada», con la marca de coloquial (ya está en Autoridades). También es la «persona que come con exceso», como propia de El Salvador y Nicaragua (el *Diccionario de americanismos* añade Guatemala y Ecuador) y la «persona avariciosa», como propia de Nicaragua (el *Diccionario de americanismos* añade Honduras, El Salvador y Costa Rica). También es «ladrón del campo» y «ladrón que muda de vestido para que no lo conozcan», con la marca de germanía. El *Diccionario de americanismos* también recoge el sentido de «persona que cobra precios exorbitantes» (Paraguay) y «persona, oportunista y entrometida, que consigue favores o trabajos sin tener mérito para ellos» (Panamá y Colombia). *Lagarta* es «prostituta» como despectivo y coloquial.

La palabra procede de la variante latino vulgar *LACARTUS (la forma clásica era LACERTUS). La primera documentación está en el *Lapidario* (c. 1250) de Alfonso X: «y en cabo deste plazo un animal que semeia *lagarto* en la figura, pero es de color uermeia». Pero la acepción metafórica es relativamente moderna: está en los *Relatos* (1853-1882) de Pedro Antonio de Alarcón: «lo cual prueba que no era una de esas *lagartas* que van a los bailes en busca de un pagano». *Lagarto*, como «hombre taimado», también se documenta por primera vez a finales del XIX en un texto del argentino Hilario Ascasubi: «el patroncito, que es un *lagarto* de vivaracho, me sujetó dándome el grito» (*Aniceto el Gallo*, 1872). Y también está, como *lagarto*, en Galdós: «Es muy *lagarto* ese hombre. ¡Casarse conmigo!» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887).

Como «ladrón de campo», está en *El natural desdichado* (a. 1603) de Agustín de Rojas: «Ladrón 2. No soy polinche, no soy garitero, / ni jamás tube marca en lo aguisado... / ni e sido brechador, *lagarto* o virlo». Es también el gentilicio popular de Jaén (*los lagartos*).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *frío*, *tendido* y *tumbado*.

Lagarto genera un aumentativo (*lagartón*), un derivado verbal (*lagartear**), un derivado adjetivo (*alagartado*) y un derivado sustantivo (*lagartería**). LAGARTÓN es «dicho de una persona: taimada» y LAGARTONA es «prostituta» —con la marca de coloquial en ambos casos—. *Lagartona* ya está en Valera: «Juana la Larga fue declarada una *lagartona* de primera fuerza; Juanita, una moza extraviada que estaba ya pervirtiendo y corrompiendo las buenas costumbres» (*Juanita la Larga*, 1895) y es bastante frecuente en los textos literarios posteriores (Galdós, Buero, Cela...). En *La corte de los milagros* (1927-1931) de Valle-Inclán hay un personaje que es «Un tío *lagartón*». Y Lauro Olmo en *La camisa* (1962) pone en boca de un personaje: «¡Menudo *lagartón*!», en referencia a una mujer (Lolita). Finalmente, Alonso Zamora Vicente, en *A traque barraque* (1972), escribe: «quiso comprar los muebles de familia un indiano *lagartón* que había hecho dinero dándole al café». Y aparece en un curioso palíndromo: «Anita la gorda *lagartona* no traga la droga latina» (Los Tiempos —Bolivia—, «Ojo de vidrio», 13/02/1997).

LAGARTEAR* es, en Colombia, «comportarse como un lagarto, persona oportunista»; en El Salvador, «buscar insistentemente tener ventaja en algo ilegal»; en Bolivia y Perú (como poco usado y juvenil), «estar alguien ocioso voluntariamente». ALAGARTADO es, según el diccionario académico, el «acaparador» (Costa Rica y Honduras) y «oportunista» (Honduras). Según el *Diccionario de americanismos*, LAGARTERÍA*, en Colombia, es el «comportamiento propio del largo, persona oportunista».

3.2.141. *Es una lagartija** / *es un lagartijo** [*rabo de lagartija*] Una *lagartija* es una «especie de lagarto muy común en España, de unos dos decímetros de

largo... Es muy ligero y espantadizo». Los nombres científicos de las especies más frecuentes son *Podarcis muralis* y *Podarcis hispanica*. Metafóricamente, es la «persona astuta, taimada, con mala reputación» (no está en el diccionario académico). En algunos países americanos (Cuba, República Dominicana y Argentina) es la «persona muy flaca», según el *Diccionario de americanismos*. Y en Cuba (Sánchez-Boudy), finalmente, es una «mujer de vida dudosa». En Puerto Rico (Malaret), «se dice de las personas muy flacas». En Venezuela, *lagartijo* es el «miembro del Partido Liberal» (*Diccionario de americanismos*).

La forma *lagartezna* está en el *Lapidario* (c. 1250) de Alfonso X: «descendiendo sobresta piedra la uertud de figura de *lagartezna*». Y, un poco más tarde, ya aparece la forma actual: «E después dal acomer vna *lagartjxa* e será sano» (*Tratado de Cetrería*, 1350-1400). No es muy frecuente en los Siglos de Oro. Galdós la utiliza como insulto en una serie curiosa: «Este hacia atrás; uno le arrancaba un botón; este otro pugnaba para arrancar el corbatín, y la tía Nicolasa presidía este tormento riendo y acompañando cada estrujón con sus apodos y calificativos más usados, tales como “sapo, zamacuco, escuerzo, *lagartija*, avefría, D. Guindo, espantajo, etc.”» (*El audaz. Historia de un radical de antaño*, 1871). También como «persona astuta»: «Es una esquila que usted escribió a esa *lagartija*. En ella dice que yo soy un animal...» (*El terror de 1824*, 1877).

El compuesto sintagmático RABO DE LAGARTIJA es «la persona inquieta, nerviosa, que no deja de moverse». Se documenta por primera vez a principios de xx, en *Puebla de las mujeres* (1912), comedia de Serafín Álvarez Quintero:

Ángela Hoy no llegamos despiertas ni a la mitad.
Don Julián Calla, *rabo de lagartija*.
Ángela Escúchame, tío.

Una variante está, antes, en *La gaviota* (1849) de Fernán Caballero: «Rafael me marea. Parece *hecho de rabos de lagartijas*. Se mueve tanto, gesticula tanto, charla tanto...».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *flaco*, *flexible*, *pequeño* y *veloz* y con los verbos *arrastrar*, *reptar* y *retorcer*.

3.2.142. *Es una cuija*. En la edición del diccionario académico de 1927, entra la palabra *cuija* como propia de México, con el significado de «lagartija pequeña y muy delgada» y con el metafórico de «mujer flaca y fea». En la última edición, se modifica la primera acepción: «reptil familia de los Gecónidos pequeño y muy delgado» y se añade, como marca diatópica, Honduras (el *Diccionario de americanismos*, amplía su uso a México, pero no recoge el sentido metafórico). El nombre científico es *Hemidactylus frenatus*.

No tenemos documentación en los *corpora* académicos.

3.3. GUSANOS: ES UNA SANGUIJUELA

(A un pecador)
Gusanos de la tierra
 Comen el cuerpo que este mármol cierra;
 Mas *los de la conciencia* en esta calma,
 Hartos del cuerpo, comen ya del alma.
 (Poesías, Quevedo)

3.3.143 *gusano*. 3.3.144 *sanguijuela*. 3.3.145 *gusarapo*★. 3.3.146 *lombriz*★.
 3.3.147 *lambrija*. 3.3.148 *oruga*★

Gusano es «el nombre común que se aplica a animales metazoos, invertebrados, de vida libre o parásitos, de cuerpo blando, segmentado o no y ápedo». También es el «nombre de las larvas de cuerpo blando, alargado y cilíndrico de muchos insectos y de las orugas de los lepidópteros». Los lepidópteros (del griego *λεπίς*, *-ídos*, «escama», y *-ptero*, «ala») «tienen metamorfosis completas, y en el estado de larva reciben el nombre de *oruga*, y son masticadores; sus ninfas son las crisálidas, muchas de las cuales pasan esta fase de su desarrollo dentro de un capullo, como el gusano de la seda». Aunque son formas previas de insectos, los incluyo en el apartado del bestiario terrestre, puesto que —en algunos casos— es en este ambiente en el que se desarrollan antes de culminar su metamorfosis. La *lombriz*, la *lambrija* y la *sanguijuela* son gusanos que no sufren la metamorfosis de los insectos. También es un gusano la *lombriz solitaria* o *tenia*, entre los más conocidos.

El grupo está formado por el genérico *gusano* y su derivado *gusarapo*. Los demás son «metazoos invertebrados... de cuerpo blando»: *sanguijuela*, *lombriz* (y su variante *lambrija*) y *oruga*.

Son animales siempre negativos. Como los reptiles, se arrastran por el fango. No olvidemos que los gusanos se apoderan del cuerpo humano algún tiempo después de ser inhumado. Son las «personas despreciables» (*gusano*, *gusarapo*, *oruga*), «los que se aprovechan de los demás» (*sanguijuela*) y, en el ámbito de lo físico, los «flacos» (*lombriz*, *lambrija*).

Gusano es el más frecuente y, por tanto, el más polisémico («persona despreciable»; «encargado del aparcamiento»; en Cuba, «opositor político»). También tiene un compuesto: *gusano de biblioteca* (variante menos frecuente de *ratón de biblioteca*).

Casi todos están documentados por primera vez, en el sentido recto, en el siglo XIII. Solo *gusarapo* es del XV y *lambrija* del XIX. Los sentidos metafóricos son del XIII (*gusano*), del XV (*gusarapo* y *sanguijuela*), del XIX (*lombriz* y *oruga*) y, finalmente, del XXI (*lambrija*).

3.3.143. *Es un gusano*. [*gusano de biblioteca**] Arriba, he recogido las definiciones de gusano. Metafóricamente, se aplica también a los seres humanos: «persona vil y despreciable» («humilde y abatido» según el *Diccionario de Autoridades*, definición mantenida hasta la edición vigésimo primera del diccionario académico; es el *arrastrao* de nuestros días). El *Diccionario de argot* de Espasa argumenta así este uso: «el *gusano* o larva blanca es un animal poco apreciado en nuestra sociedad, que se arrastra por tierra y, a veces se alimenta de los desperdicios o inmundicias; por ello, a la persona caracterizada por rasgos negativos (vileza) se la considera en sentido figurado como un gusano, con el correspondiente tono despectivo». Este diccionario también recoge el significado metafórico de «vigilante del ayuntamiento que supervisa los aparcamientos». En Cuba, es la persona que «se opone a la política del gobierno de su país posterior a 1959», significado recogido también por María Moliner en su *Diccionario del uso del español* («cubano disidente del régimen castrista»). El *Diccionario de americanismos* extiende su uso a Honduras, El Salvador, Nicaragua y Cuba.

De etimología incierta, parece ser palabra de origen prerromano. La primera documentación es *La fazienda de Ultra Mar* (c. 1200) de Almerich: «E vino el ángel del Nuestro Sennor e firiolo, e murió [de] mala muert en Judea; lo comieron *gusanos*» (referido a Herodes). Muy pronto ya aparece con el sentido metafórico de procedencia bíblica, en el *Setenario* (c. 1252-1270) de Alfonso X: «Et el estercolamiento ffue la vida lazada que ffizo en este mundo e la crúa muerte que ssuifrió por nos, en que ffue despreciado e desechado, bien assí commo el estiércol que desecha omne de ssu casa, ssegunt dixo el propheta Daud: Yo so *gusano* e non omne, denuesto de los omnes e desechamiento de las gentes». Con frecuencia alude a la situación del hombre respecto de Dios, como en este poema de Juan del Encina y en estos dos textos de Quevedo:

Gusano gusarapiento,
gusano de mil malicias,
 hambre de dos mil codicias
 que contino estás hambriento;

Alaba tu criador,
 pues te crio, como sabes,
 que por mucho que le alabes
 más y más eres deudor;
 sírvele con mucho amor,
 con mucho querer y fe.
 (Poesías [Cancionero], 1481-1496)

Perdónanos nuestras deudas
 Y porque no podemos,
 siendo viles *gusanos*,
 pagar los beneficios de tus manos,
 como ellas, infinitos,
 te pedimos con lágrimas y gritos,
 acreedor eterno,
 que tu corazón tierno
 nuestras deudas perdone en sus procesos.
 (Poesías, 1597-1645)

Señor mío Iesu Christo, Dios y ombre verdadero, yo, miserable *gusano*, que aviendo passado tantos siglos antes de mi nacimiento sin ser algo, el aver sido algo, y ser tierra, y ya ceniza, es prodigio para la incapacidad de mi miseria... (*La cuna y la sepultura*, 1630-1633)

Galdós también incluye la metáfora en sus novelas: «¿Sabes que un miserable como tú puede desaparecer del mundo sin que el mundo lo advierta? ¡*Despreciable gusano*! ¡No te aplasto por compasión y te levantas para insultarme!» (*Napoleón en Chamartín*, 1874); «Para ciertos ricos, que ven en el pobre un gusano, el más rico es una especie de Dios ¿Quién eres tú, *miserable gusano*, para condenar a eterno abandono a otro hombre» (*Gloria*, 1876-1877).

Como «disidente cubano», está —entre otras obras— en la novela *En mi jardín pastan los héroes* (1981) de Heberto Padilla, que fue admirador de la revolución de Fidel, encarcelado y exiliado y que concreta, en este texto, los diferentes grados de disidencia (con el sufijo *-oide*, menos; con el sufijo *-ón*, más):

Lo has repetido. Es lo mismo; pero no quiero hablar de eso ahora. Son patrañas de la CIA. Yo mismo me preocupo personalmente por ellas y todo el mundo sabe que en el 71 el problema será en saber qué haremos con tanta leche. ¿No viste los potreros mientras venías? ¿Qué dudas tienes de que sea cierto? Porque tú seguramente lo pones en duda. ¿Cuál es tu categoría: *gusano*, *gusanoide* o *gusanón*?

—Yo, Fidel... —tartamudeó.

—Sí, ¿cuál? Porque los revolucionarios no necesitan verme ni hablarme. Tienen confianza. Y si tú quieres verme es porque dudas. Y el que duda es un flojo, un blandengue, un *gusano*. ¿Tú crees que no iba a enterarme de tus opiniones? Las sé todas. Es mi deber. ¿Qué eres por fin: *gusano*, *gusanoide* o *gusanón*?

Con el significado de «vigilante del Ayuntamiento», es muy reciente: «Por lo que yo tengo entendido donde yo vivo funciona así, *el gusano* denuncia y el ayuntamiento o la policía municipal, tramita la denuncia»²⁷.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *desnudo*, *largo* y *lento* y con los verbos *aplastar*, *arrastrar*, *contorsionar*, *contraer*, *encoger* y *tregar*.

En el *Diccionario de los símbolos* de J. Chevalier, podemos leer: «Símbolo de la vida que renace de la podredumbre y de la muerte. Así, en una leyenda china, el género humano proviene de la gusanería del cuerpo del ser primitivo y, en la *Gylfaginning* islandesa, unos gusanos nacidos del cadáver del gigante Ymir obtienen por orden de los dioses la razón y la apariencia de los hombres».

GUSANO DE BIBLIOTECA★ es expresión de Puerto Rico, con el significado de «individuo que siempre está metido entre libros» (está más extendido *ratón de biblioteca*). En Panamá, es un «hombre insignificante».

3.3.144. *Es un gusarapo★*. *Gusarapa* o *gusarapo* es un «animal de pequeño tamaño, de forma de gusano, que se cría en un líquido». Aunque no está recogido en el diccionario académico, es un insulto: «persona despreciable». Es también palabra del lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*): «prostituta de poca categoría» (como *abadejo*). En el *Diccionario de americanismos*, sin embargo, es un «renacuajo, larva de la rana, que se diferencia del animal adulto principalmente por tener cola, carecer de patas y respirar por branquias»; pero con el sentido figurado de «hombre insignificante» (Panamá) y «persona o animal muy pequeño» (Cuba); también «disidente político».

La palabra probablemente esté relacionada, etimológicamente, con *gusano* (derivado despectivo). Está documentada por primera vez, con referencia al animal, en Juan del Encina: «y luego la *gusarapa* / dio consigo en caracol / a mercar del arrebol» (*Poesías [Cancionero]*, 1481-1496); pero antes ya está utilizada con sentido metafórico en Alfonso de Villasandino: «Las tus suzias opiñones son de torpe *gusarapo*, que yo çierto es que entrapo con los años» (*Poesías [Cancionero de Baena]*, 1379-a. 1425). También aparece, mucho más tarde, en las *Fábulas literarias* (1782) de Tomás de Iriarte: «¿Por qué este miserable gusarapo / el único ha de ser que vitupere / lo que todos acordes alabamos?». Ya en el siglo xx, se documenta como insulto: «—¿Qué dices? ¿Te atreves a desobedecerme y hablarme de esa manera? ¿No sabes tú, *gusarapo*, que yo te puedo hacer polvo con sólo una palabra que diga» (Enrique López Albújar, *Matalaché*, 1928); «Se había prometido en matrimonio a aquel *gusarapo* senil que se llamaba el marqués del Corcel» (Enrique Jardiel Poncela, *Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?*, 1931).

Como «disidente político», es variante de *gusano*: «*Gusarapos*, disidentes y demás fauna mercenaria»²⁸.

También se utiliza como denominación del sapo. Ángel Rosenblat, el exquisito filólogo venezolano, enumera las variantes del anfibio: «Del sapo dieciocho (*escuerzo, rano, ponzoño, gusarapo, bufo*, etc.)» (*El castellano de España y el castellano de América*, 1962).

3.3.145. *Es una sanguijuela*. La sanguijuela es un «anélido acuático» que «se alimenta de la sangre que chupa a los animales a los que se agarra». Metafórica-

mente, es la «persona que va poco a poco sacando a alguien el dinero, alhajas y otras cosas» (curiosa definición que aún se mantiene en el diccionario académico). Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Sujeto que con mentiras y habilidad va sacando a otro lo que tiene, quitándole poco a poco bienes y dinero. Tiene puntos de contacto con el chupóptero».

Es el diminutivo de *sanguja*, palabra poco frecuente, que procede del latín SANGUISUGA, compuesta de SANGUIS, «sangre» y SUGERE, «chupar». Con varias formas en la Edad Media (*sanguisuela*, *sanguesuela*, *sangujuela*...), está documentada por primera vez en el libro de filosofía *Bocados de oro* (a. 1250): «Los sesudos de los cogedores de los averes cojen más con mansedunbre que otros con soberbia, assí como la *sanguisuela* que tira más sangre con mansedunbre que sacaríe con dolor que faga e con boz». Ya, con sentido metafórico, está en la *Celestina*, cuando la vieja adoctrina a Pármeno, para llevárselo a su bando, frente al amo Calisto:

Y tú gana amigos, que es cosa durable; ten con ellos constancia; no vivas en flores; deja los vanos prometimientos de los señores, los cuales desechan la sustancia de sus sirvientes con huecos y vanos prometimientos. Como la *sangujuela* saca la sangre, desagradecen, injurian, olvidan servicios, niegan galardón. ¡Guay de quien en palacio envejece!, como se escribe de la probática piscina, que de ciento que entraban sanaba uno. (Fernando de Rojas, *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, c. 1499-1502)

La metáfora alcanza a Satanás: «Estos cuatro afectos desordenados, hijos del demonio, que es *sangujuela* sedienta de la sangre humana» (Fray Alonso de Cabrera, *Consideraciones sobre los Evangelios de los domingos después de la Epifanía*, a. 1598). Y, en los Siglos de Oro, se convierte en referencia a los que prestan dinero con intereses excesivos (en una ristra curiosa de metáforas): «porque estos usureros son el depósito donde acuden todos los que viven del naípe, almacenes lonjas de la hacienda ajena... Estos son oráculos en las consultas del juego..., lisonjeros de los vivos, archivos de dificultades, *sangujuelas del pueblo*, lazo y zancadilla ordinaria de los próximos» (Francisco de Luque Fajardo, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, 1603).

También el maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge la frase *chupar la sangre como sangixuela* y la explica metafóricamente: «De los ke chupan i usurpan la hazienda a otros, poko a poko». Y Quevedo aprovecha la metáfora para referirse a los judíos prestamistas: «Todo el tesoro que Génova ha adquirido en los socorros de España ha mudado de lugar, yo lo confieso, mas no ha mudado de señor. V. M. lo tiene, en posesiones, rentas y estados, en Nápoles. Empero, lo que chuparen las *infames sangujuelas judías* se desaparece y huye y se retrai en el poder de todos Vuestros enemigos» (*Execración contra los judíos*, 1633). Cristóbal Cuevas, que fue catedrático malagueño de literatura, escribió lo siguiente sobre esta obra:

Quevedo vierte, concentrado, el veneno que con dilatada tosquedad —y con infinitas erratas de imprenta— había esparcido por España en 1631 el Canónigo de la Orden de San Norberto fray Diego Gavilán Vela. Siguiendo de cerca esta fuente, don Francisco ataca a los judíos con toda suerte de argumentos, y los llama «canalla vil y baja», «infames *sanguijuelas*», «sierpes en el regazo» y «mala generación», al paso que pide para ellos «la total expulsión y desolación» de estos reinos. No conozco ningún documento en la historia de nuestras letras que haya adobado con arte tan rutilante un odio a la vez tan visceral e interesado. (*ABC Cultural*, «Execración contra los judíos», 31/05/1996)

Manuel Bretón de los Herreros, en sus *Poesías* (1828-1870), critica así a la burocracia: «¡Qué de empleados...! / No hay quien los sume; / son *sanguijuelas* / que nos destruyen». Naturalmente aparece en las novelas de Galdós: «Cuando Felipe salió a la calle para desempeñar este caritativo encargo, pensaba, con admirable madurez de juicio, que mucho mejor empleado estaría aquel dinero en unas botas, de que tenía muchísima falta, que en socorrer al aprendiz de médico. Este era *sanguijuela insaciable*, y mientras más le daban más pedía, sin hartarse nunca» (*El doctor Centeno*, 1883). También se aplica al mundo de la política; el periodista Emilio Romero, en sus memorias, describió la situación política en la que surge la Falange: «Un gran patio de monipodio se adueñó de la Falange cuando, de aparato juvenil de rebelión contra *las sanguijuelas de la derecha* y *los lobos del marxismo*, se convirtió en una organización de poder» (*Tragicomedia de España. —Unas Memorias sin contemplaciones—*, 1985).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *agarrar* y *pegarse*.

3.3.146. *Es una lombriz**. La lombriz es un «gusano de la clase de los anélidos, de color blanco o rojizo, de cuerpo blando, cilíndrico». Metafóricamente, es la «persona delgada».

La palabra procede del latín vulgar LUMBRICE (clásico LOMBRICUS). La primera documentación está en la *Vida de Santo Domingo de Silos* (c. 1236) de Berceo: «Tú gobiernas las bestias por domar e domadas, / das cevo a las aves menudas e granadas, / por Ti crían las miesses, fázelas espigadas, / Tú cevas las *lombrices* que iazen soterradas». Como «persona delgada», está por primera vez en una carta de Juan Valera: «¡Qué inglesa el aya, que parece una *lombriz* y tiene más brío y resistencia que Hércules» (*Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, 1882). También, como era de esperar, en Galdós: «¿Qué buscas tú aquí, *lombriz*? —me dijo en el suave tono que le era habitual—. ¿Quieres aprender el oficio? Oye, Juan —añadió dirigiéndose a un marinero de feroz aspecto—, súbeme a este *galápago* a la verga mayor para que se pasee por ella» (*Trafalgar*, 1873).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *delgado*, *feliz*, *flexible* e *insignificante* y con el verbo *reptar* y *retorcer*.

3.3.147. *Es un lambrija*. La lambrija es una «lombriz de tierra» y, metafóricamente, la «persona muy flaca». En el *Diccionario de americanismos*, en El Salvador, «persona flaca, muy delgada» (como obsoleta).

La palabra procede del latín vulgar *LUMBRICULA, del latín clásico LUMBRICUS, «lombriz». En los *corpora* académicos, solo aparece en la obra *El Zarco: episodio de la vida mexicana en 1861-63* de Ignacio Manuel Altamirano: «El Zarco es un *lambrijo* y un gallina, pero eso sí, se sacó todas las alhajas para llevárselas a usted... el Zarco, de quien se ha enamorado usted porque lo ha creído hombre, no es más que un *lambrijo*».

En el blog *Desde los silencios*, se publicó un artículo titulado *Santo Rosario penitencial* (1 de abril de 2012), donde aparecían impresiones, comentarios y recuerdos sobre la semana santa sevillana del 2007: «Vengo a ver si me escucha la Virgencita, que esta cría no me come na... lo he probado todo, que si me pongo una peluca de payaso y na, que si le enciendo la tele y na, la boca cerrá... Mírala esta *lambrija* perdía, ni color tiene... además que hace una noche preciosa como pa quedarse en casa»²⁹. En el relato *El novio de Gertru* de Manuel Ángel Nicolás leemos: «Ella, *lambrija* y más fea que un dolor de muelas, y Anatolio amondongado y más amorfo que el muñeco de Michelin son un puro espectáculo ambulante»³⁰.

3.3.148. *Es una oruga**. La oruga es la «larva de los insectos lepidópteros, que es vermiforme». Aunque no lo recoge el diccionario académico, también es, metafóricamente, una «mala persona».

La palabra procede del latín vulgar URUCA (en el clásico, ERUCA). La primera documentación es de mediados del XIII: «Non fagas tesoros en tierra, o lo come *oruga* e tinna, e o lo cauan ladrones e lo furtan» (*El Evangelio de San Mateo*, a. 1260). Mucho más tarde, con sentido metafórico, Larra describe así a un «viejo verde», que no llega siquiera a la categoría de *serpiente*: «¡Ah!, es un joven de sesenta años. A las ocho de la mañana sale vestido ya y ceñido, prendido y ajustado... ésta es la existencia del viejo verde; miradle contraerse y revolcarse en su vanidad al lado de una hermosa: ¿es una serpiente que se roza contra un árbol? No; el viejo verde al lado de las bellas es una *oruga* que se desliza por entre las rosas» (*Varios caracteres, Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios y de costumbres*, 1833).

No muy utilizado como metáfora para las personas, ha tenido un cierto uso para objetos. Así, el tren ha sido comparado, a veces, con una oruga. El Talgo de los años cuarenta representaba toda una innovación formal, con sus vagones como anillos del animal: «Entre 1942 y 1945 circuló en pruebas por las líneas de Renfe un pequeño tren, difícilmente descriptible por su originalidad, que representó toda una innovación en la historia del ferrocarril español. Este prototipo, de vida corta y descendencia larga, fue llamado entonces *tren “Oruga”*, aunque más tarde se le denominaría Talgo I»³¹. Pablo Neruda, en su *Canto general* (1950), plasma de nue-

vo la imagen: «Más tarde amé el olor del carbón en el humo, / ... / y el grave tren cruzando el invierno extendido / sobre la tierra, *como una oruga orgullosa*».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *repugnante* y con el verbo *enrollar*.

3.4. ARÁCNIDOS: ES UNA ARAÑA

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las *arañas*.
(*Campos de Castilla*, Antonio Machado)

Déjame que te hable en esta hora de dolor,
con alegres palabras.
Ya se sabe
que el *escorpión*, la *sanguijuela*, el *piojo*,
curan a veces...
(*Alianza y condena*, Claudio Rodríguez)

3.4.149 *araña*. 3.4.150 *alacrán*. 3.4.151 *escorpión*★

Se dice del artrópodo «compuesto de cefalotórax, cuatro pares de patas dos pares de apéndices bucales variables por su forma y su función... y con respiración aérea». Otros arácnidos, además de los aquí reseñados, son los *ácaros*, los *chiribicos* (en Colombia), las *garrapatas* y los *segadores*. El diccionario académico no cita ningún prototipo.

Los arácnidos tienen mala prensa. La aracnofobia es una de las patologías psíquicas más extendidas. Existen más de 100.000 especies. Es el más numeroso del reino animal, después de los insectos, y casi dobla en especies a los vertebrados. De vida terrestre (predominantemente), carnívoros (en su mayoría; los ácaros son parásitos) y depredadores en su mayoría, aparecieron a principios del periodo Cámbrico.

Como *golondrina*, *comadreja* y *hormiga*, tiene un origen mitológico, al que nos referimos más abajo.

Spiderman, la película de Sam Raimi (2002), basada en el cómic del mismo nombre, creado por Stan Lee y Steve Ditko (1962), sin embargo, ha roto esa tradición negativa.

El grupo de arácnidos con significados metafóricos está compuesto por la *araña* y el *alacrán* o *escorpión*. Siempre son significados negativos. Muchos en la *araña*: «prostituta», «ladrón», «cobarde», «prestamista». *Alacrán*, *escorpión* y sus compuestos (*lengua* o *boca*) se refieren a la «persona maldiciente»: las malas lenguas son agujones. Los tres se documentan por primera vez en sentido recto en el siglo XIII y los tres tienen sus primeros significados metafóricos en los Siglos de Oro.

3.4.149. *Es una araña*. [*araña peluda*]

La *araña* coloniza lo que abandonas.
Alza su tienda o su palacio en tus ruinas.
Lo que llamas polvo y tiniebras para la *araña* es un jardín radiante...
(*Album de zoología*, José Emilio Pacheco)

La *araña* es un «arácnido con tráqueas... En el extremo del abdomen tiene el ano y las hileras u órganos productores de la seda con la que tapiza su vivienda, caza sus presas y se traslada de un lugar a otro». Metafóricamente, es «prostituta» y «persona muy aprovechada y vividora» (acepción desaparecida en la edición actual del diccionario académico). Según el *Diccionario de americanismos*, en Centroamérica es una «mujer muy fea»; «persona peluda» y «persona furiosa» (Cuba); y «persona marrullera, ladrona» y «persona sagaz» (Nicaragua). Pero la metaforización está también en el ámbito de los vegetales («planta de las Antillas») y de los objetos («especie de candelabro»; «red para cazar pájaros», «carruaje ligero y pequeño» en Argentina y Uruguay).

La palabra procede del latín ARANEA. Su primera documentación está en Alfonso X: «animales que non son mucho empozonados assí como *arannas* et biespas. et táuanos» (*Lapidario*, c. 1250). Covarrubias —en su *Tesoro*— explica el origen mitológico:

Fingen los poetas que una doncella de Libia, dicha Aracne, era gran hilandera y hacía unas telas muy delgadas y preciosas; quiso competir con la diosa Palas, y viéndose vencida della, se echó un lazo al cuello y se ahorcó. La diosa tuvo compasión della y sompesándola excusó su muerte, pero convirtiola en el animalejo insecto 50 dicho araña, cuya fábula cuenta por extenso Ovidio lib. 6 Metam.

Tradicionalmente, la *araña* tiene una simbología negativa, basada en su habilidad para tender la red y cazar insectos. Así, en una loa anónima de 1617, aparece el siguiente texto: «Comparaba un doctor sabio / a la mujer mala y buena, / senado ilustre y discreto, / a la *araña* y a la abeja». En 1976, el escritor argentino Manuel Puig publica *El beso de la mujer araña*: «—Vos sos la *mujer araña*, que atrapa a los hombres en su tela».

En *Poridat de poridades* (c. 1250) hay una magnífica enumeración de las cualidades de los diferentes animales en los que se reflejan las del hombre y a la araña le corresponde la tristeza: «Sepades alexandre que el omne es de más alta natura que todas las cosas biuas del mundo e que no a manera propria en ninguna creatura de quantas dios fizo que no la aya en el. Es esforçado commo león. Es corredor commo gamo. Es perezoso commo osso. Es noble commo elefante. *Es triste como aranna*». Santa Teresa ya la señala como animal negativo frente a la abeja: «Porque si lo que ha de ser para humillarse, viendo que no merece aquella merced, la ensoberbece, será como la *araña*, que todo lo que come convierte en ponzoña, o la abeja, que lo convierte en miel» (*Libro de las fundaciones*, 1573-1582).

En la acepción de «prostituta», es palabra de germanía (*Léxico del marginalismo*). También significa «ladrón» (y *arañuelo*; *arañar* era «hurtar, robar»). Está en las *Poesías* (1597-1645) de Quevedo: «Por angelito creía, / doncella, que almas guardabas, / y eras *araña* que andabas / tras la pobre mosca mía». La acepción de «persona muy aprovechada y vividora» reduce los dos significados del *Diccionario de Autoridades*: «hombre que es mui vividor y provee su casa, recogiendo de todas partes con gran diligencia y afán —es phrase vulgar—» y «persona que codicia y recoge con solitud por no buenos modos lo ajeno» con cita de Quevedo: «Mosca muerta parecía / tu codicia quando hablabas, / y eras *araña* que andabas tras la pobre mosca mía». Esteban de Terreros, en su *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes* (1767), escribe: «se dice, metafóricamente, del hombre mui vividor, del codicioso, y del ladrón, aunque con diverso motivo, pues del primero se dice por la semejanza con el afán, y trabajo; y de los otros, porque viven de los bienes que se apoderan chupando la sangre ajena».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *asqueroso*, *sucio* y *triste* y con los verbos *aplastar* y *arrinconar*.

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge la expresión *es una araña*, «sinifikando ke uno es para mui poko, komo una kriatura». También como «cobarde»: «*Es una araña*. Es una gallina. Por: persona para poko i kovarde».

Quevedo ya utiliza la palabra como «persona aprovechada», contraponiéndola a «mosca muerta» (la codicia) y a la «pobre mosca mía», «mosquito» y «moscón» (su dinero):

Mosca muerta parecía
tu codicia, cuando hablabas,
y eras *araña* que andabas
tras la pobre mosca mía.

A tu mala inclinación
y a tu infernal apetito,

poco dinero es mosquito,
 mucho dinero, moscón.
 A la mosca, que en verano
 te vas, porque el precio suba,
 alón, que pinta la uva,
 te dice todo cristiano.
 Por ninfa te presumía
 cuando más me acompañabas,
 y eras *araña* que andabas
 tras la pobre mosca mía.
 (Poesías, 1597-1645)

Ya en Galdós aparece *araña* asimilado a prestamista: «Espero a ver el éxito de este negocio, que me parece ha de salir a pedir de boca. Suba Ud. y no sea muy exigente, porque, aunque la alhaja es buena, esos diablos de prestamistas son muy *arañas*» (*Rosalía*. c. 1872). En otra obra, el novelista canario elabora una singular alabanza al animal: «¡Venturosos animalejos las *arañas* que, sin saberlo, son tejedoras de las cuerdas, casi invisibles de puro tenues, con que se toma la medida a las porciones billonarias del firmamento!» (*El doctor Centeno*, 1883).

En la lengua de argot, es la «persona que recibe los objetos robados, y en ocasiones los vende». *El Diccionario de argot* de Espasa cita a J. L. Alonso (1979: 196-197), en *El lenguaje de los maleantes de los siglos xvi y xvii*: «La Germanía, también registra las voces *araña* con los sentidos de “ladrón”, “dinero que roban los ladrones”, y *araño* con el de “robo”; y las deriva de *araña* “insecto”».

En Uruguay, ARAÑA PELUDA es «persona furiosa». Curiosamente, la única documentación que aparece en los *corpora* académicos es de Ortega y Gasset: «Es incalculable el talento que Baroja derrocha en la invención de personajes... El sabio canónigo Chirino...; el penitenciario Sansirgue, gruesa *araña peluda*, capaz de todo lo que es capaz una *araña*» (*El espectador*, I, 1916).

3.4.150. *Es un alacrán*. El *alacrán* es otra denominación de *escorpión* (forman un doblete léxico árabe-románico). Es un «arácnido con tráqueas en forma de bolsas y abdomen que se prolonga en una cola formada por seis segmentos y terminada en un aguijón curvo y venenoso». Su nombre científico es *Buthus occitanus*. Metafóricamente, es la «persona malintencionada, especialmente al hablar de los demás». En *escorpión* no se recoge esta acepción, pero se incluye los compuestos *boca de escorpión* como «persona muy maldiciente» y *lengua de escorpión* como *lengua serpentina*, «persona mordaz, murmuradora y maldiciente». Según el *Diccionario de americanismos*, en Nicaragua es la «persona de malos sentimientos».

La palabra procede del árabe hispánico *al'aqráb*, y este del árabe clásico *aqrab*. La primera documentación textual es de mediados del XIII: «sienpre está aparejado para fazer mal, así commo el *alacrán*, que sienpre está aparejado para ferir» (*Calila e Dimna*, 1251).

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), lo define como «animalejo ponçoñoso, cuya picadura causa gran dolor y desassossiego: y assí dezimos comúnmente al que anda muy inquieto, que está picado del alacrán». Añade dos metáforas referidas a objetos: «Ciertas sortijuelas retorcidas que se ponen en los frenos y riendas de las cauallos, llaman *alabranes*, por ser retorcidos como la vrñuela con que pica el alacrán. Los cabos de los açotes con que los tiranos mandauan açotar a los santos mártires, tenían al cabos unos hierros retorcidos con los picos, como la vña del alacrán».

Ya en el xvi, el humanista soriano Hernán López de Yanguas, en su *Farsa del mundo y moral* (c. 1518-1524), pone en boca del Apetito una sarta de insultos dirigidos al Mundo: «Acá vuelvo, Mundo, variable mintroso, / infame, matrero, discorde, malino, / perverso, *alacrán*, falaz, serpentino, / conciertoacuidados, prometterreposito, / ¡O, llobo sangrientón, lladrón muy mañoso...». Pero hay pocos usos metafóricos. Es interesante este texto de Miguel Hernández: «No sé hasta cuándo habrá paciencia para aguantar a ese hombre, *alacrán* del pueblo, que aún tiene valor para seguir viviendo entre nosotros» (*Los hijos de la piedra. Drama del monte y sus jornaleros*, 1935).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *malo* y *perverso* y con el verbo *zaherirse*.

3.4.151. *Es un escorpión*★. [*boca de escorpión*] [*lengua de escorpión*] El *escorpión* es sinónimo de *alacrán* (forman un doblete léxico románico-árabe). En el diccionario académico, no tiene sentido metafórico de persona. Solo es la persona «nacida bajo el signo zodiacal de Escorpión»; pero se utiliza a veces con el sentido de «mala persona» y «maldiciente».

La palabra procede del latín SCORPIONE. La primera documentación está en *Vidal Mayor* (c. 1250), primera compilación del Fuero de Aragón, y no vuelve a aparecer hasta el xv (normal es *alacrán*): «Et el ordenamiento de las palauras conplesce et tiene las uezes de la lança et seruiendo a cortesía, represo de sotil manera de reprehindimiento, et aqueill ordenamiento, sin superbia et refiriendo con la coa a manera del *escorpión*, con palauras fermosas de solatz mientre da beurages endolcidos por palauras, a la uerdat plenas de malqueriença, enduze offitio de la porra». José de Valdivielso, en su auto sacramental *El hombre encantado* (1622), hace una extensa lista de animales con sus características fundamentales: «El cocodrillo, vn traydor; / vn falso amigo, la hiena; / *escorpión*, vn lisongero / mentiroso, la pantera».

Como insulto, aparece en el manual *¿Cómo se educan los hijos? Lecciones de pedagogía familiar* (1945) de Ramón Sarabia:

Vio la Santa otra vez a una sobrina de la misma señora. Estaba por sus vanidades en el infierno, y la oía exclamar, entre aullidos espantosos:

«Óyeme, ¡oh madre, *escorpión* venenoso! Tú me engañaste, tú me diste tres consejos de palabra, y tres cosas aprendí de tu vida. El primer consejo fue que correspondiese a

todos los amantes; el segundo, que gastase en pompas y lujo las riquezas que debía emplear en favor de los prójimos; el tercero, que pasara la juventud en placeres, sin acordarme de la salvación de mi alma. Lo que aprendí de tus costumbres fue: devoción aparente, vanidad en el vestir y frecuentar festines y bailes».

Escorpiona se define a sí misma la actriz Aitana Sánchez-Gijón: «—¿Es cierto que es mandona? —La verdad es que soy bastante *escorpiona*. Y, cuando se me va la mano, tiendo a organizarlo todo mucho, a no dejar ningún cabo suelto, a controlarlo todo. Claro, a veces me paso» (Tiempo, 19/03/1990).

La expresión BOCA DE ESCORPIÓN como «persona muy maldiciente» y LENGUA DE ESCORPIÓN como *lengua serpentina* («persona mordaz, murmuradora y maldiciente») están ya en los Siglos de Oro: «*Lengua de escorpión* tenéis / para el amigo y extraño» (Juan Rufo, *Las seiscientas apotegmas*, 1596); «Yo lo refiero, que soy / un *escorpión* maldiciente, / hijo, al fin, de estas arenas / engendradoras de sierpes» (Francisco de Quevedo y Villegas, *Poesías*, 1597-1645); «¡Oh qué *boca de escorpión* la del vulgo!» (Gregorio González, *El guitón Onofre*, 1604); «que bien sabes que con *lengua de escorpión* pintan la envidia» (Lope de Vega, *El perro del hortelano*, 1613); «¡boca de lobo, *lengua de escorpión* y silo de malicias!» (Miguel de Cervantes Saavedra, *Entremés del viejo celoso*, 1615).

4 EL BESTIARIO AÉREO

Los pájaros se acercaban y no se espantaban de mi presencia.
Tal vez me confundieran con un arbolito o un matorral.
(Primavera con una esquina rota, Mario Benedetti)

4.1. AVES Y PÁJAROS: *es un águila.*

4.2. INSECTOS: *es una mosca.*

4.1. AVES Y PÁJAROS: ES UN ÁGUILA

He leído a Aristóteles donde dice que las grullas
que vuelan de mar abierto a tierra anuncian, según los entendidos en estas cuestiones,
la amenaza de muy mal tiempo. Las mismas, si vuelan suavemente,
presagian buen tiempo y tranquilidad en la atmósfera...
(Historia de los animales, Claudio Eliano)

4.1.152. *ave*

4.1.153. *avechucho*

RAPACES. [FALCONIFORMES (latín FALCO, «halcón» y -FORME, «forma») y ESTRIGIFORMES (latín STRINX, «lechuza» y -FORME, «forma»)]

4.1.154. *águila*

4.1.155. *buitre*

4.1.156. *abanto*

4.1.157. *halcón*

4.1.158. *sacre*

4.1.159. *tagorote*

4.1.160. *gerifalte*

4.1.161. *cernícalo*

4.1.162. *milano**

4.1.163. *azor*

4.1.164. *gavilán*

4.1.165. *búho*

4.1.166. *tecolote*

4.1.167. *lechuza -zo*

4.1.168. *mochuelo**

4.1.169. *querque*

4.1.170. *lislique*

4.1.171. *zopilote**

4.1.172. *aura*

4.1.173. *tiuque**

Otras: *alcotán, azor, cóndor, neblí.*

GALLINÁCEAS (latín GALLINACĔU <GALLINA y -ACEU «semejante a»)

4.1.174. *gallina*

4.1.175. *gallo*

4.1.176. *pollo -lla*

4.1.177. *capón*

- 4.1.178. *pipiolo* 4.1.179. *pavo-va* 4.1.180. *guajolote* 4.1.181. *guanajo*
 4.1.182. *chompipe*★ 4.1.183. *pisco* 4.1.184. *chachalaca* 4.1.185. *guacharaca*
 Otras: *codorniz*, *faisán*, *perdiz*, *urogallo*

CARADRIFORME (gr. *χαρδριός*, «chorlito», y -FORME, «forma»)

- 4.1.186. *andarríos*★

LIMÍCOLAS (latín LIMU, «lodo» y -CÓLA, «que habita»)

- 4.1.187. *chorlito*

PALMÍPEDAS (latín PALMÍPEDE, «dedos palmeados»)

- 4.1.188. *pato* 4.1.189. *ganso* 4.1.190. *gansarón* 4.1.191. *pingüino*★
 4.1.192. *cisne* 4.1.193. *gaviota*★
 Otras: *albatros*

COLUMBIFORMES (latín COLUMBA, «paloma» y -FORME, «forma»)

- 4.1.194. *paloma* 4.1.195. *palomino*★ 4.1.196. *pichón* 4.1.197. *tórtolo*

ESTRUCIONIFORMES (provenzal *estrutz* < latín STRUTHĬO < gr. *στρουθίων*, «avestruz» y -FORME, «forma»)

- 4.1.198. *avestruz*★

Otros: *ñandú*

PASERIFORMES (latín PASSERU, «gorrión», «pájaro» y -FORME, «forma»)

- 4.1.199. *nuiseñor* 4.1.200. *arrendajo* 4.1.201. *zorzal*

PSITACIFORMES (gr. *ψιττακός*, «papagayo» y -FORME, «forma»)

- 4.1.202. *papagayo* 4.1.203. *loro* 4.1.204. *cotorra* 4.1.205. *perico*
 4.1.206. *guacamayo*★ 4.1.207. *cacatúa*

ZANCUDAS.

- 4.1.208. *avutarda*★ 4.1.209. *avucastro* 4.1.210. *cigüeño*★

TREPADORAS:

- 4.1.211. *cuco* 4.1.212. *cuclillo*

PÁJAROS:

- 4.1.213. *pájaro* 4.1.214. *mirlo blanco* 4.1.215. *cuervo*★ 4.1.216. *grajo*
 4.1.217. *golondrina*★-no★ 4.1.218. *urraca* 4.1.219. *picaza*★ 4.1.220. *gorrión*★
 4.1.221. *pásula* 4.1.222. *gurri(p)ato* 4.1.223. *calandria* 4.1.224. *abejaruco*
 4.1.225. *canario*★ 4.1.226. *tordo*★ 4.1.227. *pispa* 4.1.228. *pitirre*★
 4.1.229. *querreque* 4.1.230. *bijirita*★ 4.1.231. *chango*★ 4.1.232. *sinsonte*
 4.1.233. *yigüirro*★ 4.1.234. *sijú*★ 4.1.235. *sirirí*

Otros: *abubilla*, *alondra*, *avión*, *caminante*, *campanero*, *celestina*, *cerrajero*, *chirivía*, *chupaflor*, *chupamirtos*, *colibrí*, *dominico*, *estornino*, *domino*, *filomena*, *herrerillo*, *herreruelo*, *hortelano*, *jilguero*, *monje*, *oriol*, *oropéndola*, *pechirrojo*, *pega*, *petirrojo*, *piquituerto*, *sietecolores*, *sacristán*, *tentenelaire*, *vencejo*

El *ave* es un «animal vertebrado, ovíparo, de respiración pulmonar y sangre de temperatura constante, pico córneo, cuerpo cubierto de plumas, con dos patas y dos alas aptas por lo común para el vuelo. En el estado embrionario tiene amnios y alantoides». El *pájaro*, es un «ave, especialmente si es pequeña». Tenemos, por lo tanto, una distinción basada en el tamaño.

Adscritas al elemento aire, las aves, casi siempre representan la trascendencia en el plano teórico, así como también la espiritualidad. Con harta frecuencia las aves representan, asimismo, a las almas y así habría que interpretar el cuadro de Giotto que plasma a San Francisco de Asís (independientemente de las connotaciones de fraternidad zoológica) predicando a las aves. Morales (1996):

Si de forma enormemente simplista dividiéramos las aves en buenas y malas, dentro del primer grupo hallaríamos al *águila*, la *cigüeña*, el *gallo*, la *garza*, la *grulla*, el *pavo*, el *pelicano*, la *golondrina* e, incluso, al *cisne*. Dentro del segundo grupo estarían insertas, por contra, el *buitre*, el *cuervo*, la *perdiz*, la *lechuga*, y más o menos, todas las aves de rapiña.

Las aves, en general, gozan de buena fama entre los humanos. Frente a los reptiles que se arrastran, las aves llevan a cabo el gran sueño del hombre: volar. «Intermediario entre lo de arriba y lo de abajo, la tierra y el cielo, el pájaro no solo propone una enseñanza, sino que posee el extraordinario privilegio de constituir un modelo para el hombre» (Davy, 1997: VII).

Sobre su origen, existe una curiosa teoría que las hace derivar de los reptiles:

Si se acepta la tesis de la serpiente es como tatarabuelas de los pájaros, se puede adoptar la afirmación de Luis Necker (director del Museo de Etnografía de Ginebra) y de Philips Taquet (director del Museo Nacional de Historia Natural de París): «Hace 140 millones de años nacía en el seno de un mundo poblado por una multitud de reptiles y por escasos mamíferos un nuevo linaje de vertebrados, los pájaros. *La escama de los reptiles, rugosa y rígida, se transformaba en una estructura liviana aislante y suave... la pluma*. Gracias a la pluma quedaba asegurado el vuelo de los pájaros, y estos descendientes de los reptiles ocupaban rápidamente toda la superficie de la Tierra, los océanos y los continentes, los bosques y los desiertos, las llanuras y las montañas». (*ibidem*)

Desde siempre las aves han sido intérpretes del futuro (el agüero). Es la llamada *ornitomanía*: «adivinación por el vuelo y canto de las aves» (del griego *ὄρνιθος*, «ave», y *μαντεία*, «adivinación»). Ya en el *Poema de Mio Cid* (1150), cuando el héroe, Rodrigo, deja sus casas observa el vuelo de un ave: «A la exida de Bivar ovieron la *corneja* diestra / e entrando a Burgos oviéronla siniestra», trayectoria del vuelo que se interpreta como una señal de buena suerte, lo que le hace exclamar al Cid: «—¡Albricia, Álbarr Fáñez, ca echados somos de tierra!». Juan de Arce de Otárola, en sus *Coloquios de Palatino y Pinciano* (c. 1550), enumera los diferentes significados que conlleva la presencia de determinadas aves:

Cuando en nuestra España fue muerto Lelio Pompeyo, dicen que un azor se le puso en el almete, y luego lo tuvieron por mala señal. El águila tenían por señal de vitoria, y así la anunció a Hierón cuando se le puso en el escudo. El *pelicano* les anuncia peligro, el *Ave Fénix* y el *cisne* prosperidad... La *cigüeña* concordia, la *corneja* desgracia y desastre; y el *búho* mucho más...Y también la *lechuza*.

Una de las fobias, menos extendidas, pero más curiosas es la *ornitofobia*, el miedo patológico a las aves (del griego ὄρνιθος, «ave», y Φόβος, «miedo»). Probablemente se basa en las aves de presa (que han originado, por ejemplo, los verbos *amilanar[se]* y *azorar[se]*). En 1963, Alfred Hitchcock rodó *Los pájaros*, basada en la novela homónima de Daphne du Maunier; en ella se describe un ataque de gaviotas.

Las características de aves y pájaros están incluidas en uno de los nombres de cada grupo: rapaces (154, *águila*); gallináceas (174, *gallina*); palmípedas (188, *pato*); columbiformes (184, *paloma*); passeriformes (199, *ruiseñor*); psitaciformes (202, *papagayo*); pájaros (213, *pájaro*).

4.1.152. *Es un ave*. [*ave carroñera*★] [*ave fría*] [*ave zonza*] [*ave de paso*] [*ave de rapiña*] Un ave es un «animal vertebrado, ovíparo, de respiración pulmonar y sangre de temperatura constante, pico córneo, cuerpo cubierto de plumas, con dos patas y dos alas aptas por lo común para el vuelo». Metafóricamente, *ser alguien un ave* es *ser un águila* es «tener gran perspicacia y viveza» y «ser muy ligero o veloz» (en el *Diccionario de Autoridades* —ed. de 1770— se define como «expresión familiar con que se pondera la ligereza de alguno»).

La palabra procede del latín AVIS. La primera documentación está en el *Poema de Mio Cid* (c. 1140): «Solas las dexastes en el robredo de Corpes, / a las bestias fieras e a las *aves* del mont». La primera documentación del sentido metafórico está, con expresión comparativa, en un texto teatral del XVII: «Y como un ave, ligero, / sobre un alazán tostado, / puso el grave cuerpo, armado, / más de valor que de acero» (Guillén de Castro, *El renegado arrepentido*, c. 1600). A partir del XIX, aparece con frecuencia: «Y la joven resuelta y ligera como una ave que se escapa de la mano de su aprehensor...» (Vicente Fidel López, *La novia del hereje o la Inquisición de Lima*, 1854). También se utiliza con referencia a cosas: «La corriente eléctrica es como una ave de vuelo rapidísimo» (José Echegaray, *Ciencia popular*, c. 1870-1905).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *tembloroso* y con los verbos *aletear*, *graznar* y *volar*.

Ave genera cinco compuestos sintagmáticos: *ave carroñera*★, *ave fría*, *ave zonza*, *ave de paso* y *ave de rapiña*. AVE CARROÑERA★, metafóricamente, es la «persona que se aprovecha de la desgracia de los demás». Así aparece en la novela del mexicano Ignacio Padilla, *Imposibilidad de los cuervos* (1994): «El hombre sabía que yo no lo traicionaría... Me ofrecía una última rapiña, un riesgo irrechazable para darle una

bofetada a aquellos que me habían transformado intencionalmente en un ladrón, en *un ave carroñera*».

AVE FRÍA es un «ave limícola migratoria de unos 20 cm de largo...». Metafóricamente, es la «persona de poco espíritu y viveza». Ya está en el *Diccionario de Autoridades* que se explaya, como muchas veces, en la definición: «Metaphóricamente por lo frío, insulso y de poco espíritu, se llama la persona sin viveza, y sin acciones espirituosas; y con especialidad se suele dar este renombre o apodo a las hermosas, que padecen este defecto».

El sentido figurado aparece antes que el recto. Con sentido erótico y referido al órgano sexual masculino, está en el *Cancionero de Baena* (1406-a. 1435): «mas yo non querría / con esta *avefría* / poner en valía / mi rica atahona». En Galdós, está ya aplicado a personas; en *El audaz. Historia de un radical de antaño* (1871) enhebra una sarta de insultos «sapo, zamacuco, escuerzo, lagartija, *avefría*, D. Guindo, espantajo...». Y es palabra característica de su léxico, que repite en varias ocasiones: «cumple mandando al *avefría* de su hermano con un recado y unas pesetillas»; «... que has sido un ganso, un idiota, un *avefría*» (*Los duendes de la Camarilla*, 1903); «Tú, en cambio, eres un *avefría* y no sabes tratar con damas» (*De Cartago a Sagunto*, 1911). También es palabra de Carmen en *Cinco horas con Mario* (1966) de Delibes: «Pero tú, ya, ya, mucho “mi vida”, mucho “cariño”, pero tan terne, como si nada, como un *avefría*, que acaba una por no saber lo que es control y lo que es indiferencia, porque no me digas, hijo, que a un hombre a quien le cuentas lo de Evaristo, con su manaza toda peluda, y no reacciona es que es de cartón-piedra, vamos, me parece a mí».

El sentido recto (presuntamente) aparece más tarde: «Le amenazaba de continuo con la presencia de Rosales, el director de El Avance, que, según él, había de instruirle en lo que era tirar a liebres y *avefrías*» (Wenceslao Fernández Flórez, *Volvoreta*, 1917-1945).

AVE ZONZA es un *ave tonta*, «un pájaro indígena de España, del tamaño del gorrión... Hace sus nidos en tierra, y se deja coger con mucha facilidad» (en la edición del diccionario académico de 1899; también *ave tonta*, desde la edición de 1817). Metafóricamente, es la «persona descuidada, simple, tarda y sin viveza» (en la edición del diccionario académico de 1817). Juan Montalvo, en *Las catilinarias* (1880-1882) reflexiona sobre la costumbre de llamar a los hombres con nombres de animales (*belitre* es «pícaro»):

Si pues Lamartine y Sainte-Beuve le llaman sin empacho animal a un tonto, ¿por qué me he de privar yo de esta satisfacción? ¿Hay cosa más grata, expansiva, suculenta que llamarle animal a un cara de caballo a quien de bonísima gana dobláramos a palos? La española de la calle de Alcalá había leído las Conferencias de Lieja, cuando así con tanto donaire y gracia le preguntó al viento: ¿Y quién será este animal? Para que vea el jesuita que, así como a un *ave zonza* se le puede llamar animal, asimismo a un *belitre* largo de uñas se le debe llamar ladrón, sin andarse por las nebulosas para dar a entender con dificultad lo que uno puede poner a la vista holgadamente.

El adjetivo se usaba ya en el xvii: «Voy donde me llevan hecho Juan el *zonzo*, sabe Dios por qué y yo no lo ignoro» (Gabriel Lobo Lasso de la Vega, *Manojuelo de romances*, 1601); «... acercósele con semblante risueño, *zonzo* y falsico» (Cristóbal Suárez de Figueroa, *El pasajero*, 1617). Incluso está en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del maestro Correas, que apunta a su origen etimológico: «Fue nonbre de un mozo vellako ke se finxió tonto i de poko saber para engañar al amo —en un entremés— i llevarle una hixa; i dél se varían frases: “A lo *zonzo*”, para dezir: a lo moxigato, komo ke en ello no ai malizia; “Es *zonzo*”; “Soi *zonzo*”; “Llevársela a lo *zonzo*”; “Entréme a lo *zonzo* i llevémela”».

Ese entremés al que alude Correas es *El rollo* de Luis de Belmonte Bermúdez: la Mujer, joven y atractiva, está casada con Zonzo, marido ignorante y bobalicón. Quiere salir a divertirse una noche de fiesta (¿de Carnaval?) para encontrarse con su enamorado. Ante la negativa del marido urde una treta para vengarse de él. Se llevará la cena al rollo de la villa. Su enamorado, el Barbero, se disfraza de Rollo y así podrán encontrarse a salvo los dos amantes. La artimaña se complica cuando el vejete Guadarrama, que está enamorado de la Mujer, acude también al rollo, aunque dispuesto a ahorcarse en él por despecho, pues la Mujer no corresponde a su amor. Ya en el Rollo se producen varias escenas cómicas...

AVE DE PASO es «la que, siendo migratoria, se detiene en una localidad solamente el tiempo necesario para descansar y comer durante sus viajes periódicos». Metafóricamente, es la «persona que se detiene poco en los lugares por los que pasa». En el sentido recto, el compuesto lo tenemos documentado en el siglo xvii: «Capítulo xxviii De la codorniz. Es esta *ave de paso*, como las tórtolas...» (Alonso Martínez de Espinar, *Arte de Ballestería y Montería*, 1644). A mediados del xix, Pedro Antonio de Alarcón ya recurre al sentido metafórico (*De Madrid a Nápoles pasando por París...*, 1861): «La hermosura de aquel lugar, en que la naturaleza y el arte han acumulado singulares encantos; la esplendidez y serenidad de un apacible día de otoño, y en vísperas de volver a luchar con los azares del viaje y con las melancolías propias del que va por extrañas tierras, al modo de *ave de paso*; todo esto, digo, producía en mi alma una sorda inquietud».

También usa la imagen Salvador de Madariaga para referirse a Colón: «aunque nacido en Génova, era un genovés no asimilado, un genovés sin arraigo moral ni cordial, un *ave de paso*, dispuesta a hacer su nido en cualquier otro lugar» (*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, 1940-1947). Una buena definición de la metáfora es la siguiente confesión de la cantante Chavela Vargas: «Soy *ave de paso* y vivo donde quiero vivir, gozando de las alegrías de la vida en cada momento y en cada lugar» (*Y si quieres saber de mi pasado*, 2002).

AVE DE RAPIÑA es «la carnívora que tiene pico y uñas muy robustos, encorvados y puntiagudos; p. ej., el águila y el buitre.», pero metafóricamente es la «persona que se apodera con violencia o astucia de lo que no es suyo»; es compuesto del lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*). En el sentido primitivo, está por

primera vez en las *Cartas de relación* (1519-1526) de Hernán Cortés: «y en cada una de estas casas había *un ave de rapiña*; comenzando de cernícalo hasta águila». Y poco más tarde aparece el sentido metafórico, con amplia y curiosa explicación, que merece ser citada por extenso:

Por qué el avariento es llamado *ave de rapiña*. —Cómo se cura la avaricia. —Malicia de este pecado.

Filaletes. —Otra razón por qué los avarientos se llaman aves, os quiero dar, y es que andando el ave volando mira en qué se cebará en el suelo, y aunque ve muchas cosas, y de cualquiera dellas holgaría de comer, no se abate a todas, sino a pocas y viles, y con poco se pasa.

Si no, mirad un milano y un cernícalo, que andan desvanecidos y deshambrios, y a la postre se abaten a un ratón o a una lagartija; y así son los avarientos que agonizan por todo, y, por más que les pasa por las manos, gozan de cuasi nada, temiendo que les ha de faltar el agua, y cuanto más allegan, más se les enciende el deseo de más allegar, como algunas aves avarientas que comen y guardan y esconden el cebo para cuando les tornare la hambre, y tornan por lo atesorado; y lo hemos visto en algunos cuervos y picazas. (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589)

La imagen la aprovecha Quevedo en su poesía satírica: «Que el escribano en las salas / quiera encubrirnos su tiña, / siendo *ave de rapiña*, / con las plumas de sus alas» (1597-1645, *Poesías*). Toda una ristra de profesiones criticadas magistralmente mediante metáforas animales (sobre todo, de aves) aparece en este texto del polígrafo conquense Antonio Enríquez Gómez, *La inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos* (1642-1643):

¿Cómo queréis vosotros juzgar el preso con verdad o cómo puede salir libre de vuestras manos si andan tras de sus bienes las águilas de los inquisidores, los gavilanes de los fiscales, los cuervos de los comisarios, los gerifaltes de los familiares, los lobos de los testigos, los milanos de los notarios, las cigüeñas de los malsines, las avestruces de los receptores, los alanos de los alcaldes, los basiliscos de los calificadores, las lechuzas de los secretarios y las víboras de los verdugos? Si todos han de comer de la hacienda del pobre, ¿cómo no ha de ayunar el pobre?... Si a este pavón lleno de pluma acomete tanta *ave de rapiña*, ¿cómo le ha de quedar pluma a esta ave?

4.1.153. *Es un avechucho*. Es un despectivo de *ave* (¿con *chucho*?). Se aplica tanto a la propia ave («de figura desagradable») como a un «sujeto despreciable por su figura o costumbres». El *Diccionario de Autoridades* califica esta palabra de «voz jocosa» y, en el sentido metafórico, la define así: «se llama y se da este renombre al que es feo, ridículo y mal parecido», con un ejemplo de Quevedo, que utiliza en varias ocasiones la palabra (*Poesías*, 1597-1645): «[un mendigo reacciona así ante una criada que le prohíbe hablar con su señora] “Descomulgado *avechucho*, / Caín de tantos Abeles, / mula de alquiler con manto, / chisme revestido en sierpe...»; «En el tiempo que adoraron / las moscas y las arañas, / *dios avechucho* sería, / con sus

plumas y sus garras»; «fábula de la piedad, / *avechucho del martirio*, / mentira corriendo sangre», referido al pelícano, que —según los bestiarios medievales— alimentaban a sus polluelos con su sangre; «y a puras perlas que sorbes, / tienes una sed muy rica; / *avechucho de matices*, / hecho de todas las Indias», referido al ave Fénix; «Habló por boca de ganso / a Leda, y con la tramoya / de plumas blancas y pico, / *dios avechucho*, engañola», referido a Zeus. En el *Romancero* (1600-1604), hay una curiosa alusión al dios Amor, con sus alas: «Qu'es este *avechucho* / *De brasas y hielos*; / Que duerme velando...».

El sentido literal se documenta después, en un poema de Sor Juana Inés de la Cruz: «para quien las cetrerías / se inventaron tan de balde, / que es un gallina el halcón / y una mandria el girifalte, / el azor un *avechucho*» (*Poesía. Lírica personal*, c. 1666-a. 1695).

Mucho después, Rafael Alberti (*Prosas encontradas*, 1924-1942) emplea este despectivo, con sentido irónico, dirigido a los críticos y a los aspirantes a académicos (Real Academia Española de la Lengua): «Porque habéis de saber, señoras, señoritas y señores, que el poema anterior es mío, de Rafael Alberti, y tú, *Palomita renegada*, vuelvo a repetírtelo, no te has atrevido a confesarlo públicamente, por impedírtelo ese pío-pío cobarde, ese aleteo hipócrita que fingís todos los *avechuchos de tu casta*, aspirantes a un saltadero en ese jaulón enmohecido de cotorras artríticas que es la R.A.E. de la L.».

4.1.154. *Es un águila (las rapaces)*. [aguileño] [aguilucho★] [águila de flores llanas★] El *ave de rapiña* es «la carnívora que tiene pico y uñas muy robustos, encorvados y puntiagudos». El diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo al *águila* —definida como «ave rapaz»— y al *buitre*. Así aparecen definidas —entre las más conocidas— el *cernícalo* y el *neblí*. Dentro de las aves de rapiña, están las *rapaces falconiformes* y las *estrígiformes*. Las primeras, etimológicamente, parten del latín *FALCO*, «halcón»; el diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo al *halcón* y al *águila*. Las segundas parten de *STRIX*, «lechuza»; el diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo al *búho* y a la *lechuza*. Como «ave rapaz diurna», están el *abanto*, el *azor*, el *buitre* y el *halcón*. Como «ave rapaz nocturna», el *búho*, la *corneja*, la *lechuza* y el *mochuelo*. Como «ave rapaz» (sin más), aparecen el *cóndor*, el *esparver*, el *gavilán* y el *milano*.

El grupo de las rapaces con sentido metafórico está constituido por *águila*, *abanto*, *azor*, *buitre*, *cernícalo*, *gavilán*, *gerifalte*, *halcón* (su sinónimo *tagarote* y el hipónimo *sacre*) y *milano*; además, tres aves nocturnas: *búho* (*tecolote* en América), *lechuza* y *mochuelo*; y, finalmente, cinco americanas: *aura*, *lilisque*, *querque*, *tiuque* y *zopilote*.

Los significados metafóricos son, predominantemente, negativos. El *águila* es la «persona perspicaz» y el *gavilán* es «una persona audaz». Y poco más de bueno. El «ladrón» es un *águila*, un *sacre*, un *azor*, un *gavilán*, una *lechuza* (todos ellos como

lenguaje de germanía). La «mala persona» es un *buitre*; el «cobarde» es un *milano*; el «huraño» es un *búho*; la «persona insignificante» es un *tiuque*. También representan defectos físicos: «torpe» (*abanto*), «desgarbado» (*tagorote*), «flaco» (*querque*, *lilisque*), «feo» (*mochuelo*, *zopilote*, *aura*). A veces, designan profesiones: el *halcón* es un «político duro»; el *tecolote* es un «policía».

Tenemos dos rapaces con significados metafóricos muy polisémicos. El *buitre* es «persona que usa o roba bienes ajenos», como lenguaje juvenil (Cuba y Venezuela); «hombre listo, vivo y pícaro» (República Dominicana y Puerto Rico); «hombre mujeriego, perseguidor de muchachas» (Puerto Rico); «persona que tiene por oficio la recogida de basuras» (Chile); y «policía de tránsito», como lenguaje juvenil (Ecuador). También «sujeto aprovechado» y «prestamista en la prisión», en el argot.

La *lechuza* es «intermediario (en un mercado de abastos)» y «persona aficionada al fisgoneo» (Uruguay); es la «prostituta que generalmente trabaja de noche» (Bolivia); «ladrón que roba por la noche», en el lenguaje de germanía; «persona que trae mala suerte» y «vigilante nocturno», en el argot. El *lechuzo* es el «hombre que anda en comisiones, y se envía a los lugares a ejecutar los despachos de apremios y otros semejantes», «tonto».

La mayoría tienen su primera documentación en el sentido recto en la Edad Media, excepto los americanos. El sentido figurado aparece, casi siempre, en los Siglos de Oro. Solo son medievales *abanto*, *búho*, *gerifalte* y *halcón*; y los americanos son del xx.

No hay en este grupo demasiados derivados o fraseología. Sí hay que llamar la atención sobre la formación de algunos derivados verbales: *amilanar(se)*, *azorar(se)*, *buitrear* y *halconear*.

El águila es un «ave rapaz diurna, de ocho a nueve decímetros de altura..., de vista muy perspicaz, fuerte musculatura y vuelo rapidísimo». Metafóricamente, es la «persona de mucha viveza y perspicacia» (el diccionario académico, la incluye en la expresión *ser un águila*). En el lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*), es el «ladrón astuto» y el «fullero especializado en hacer trampas a base de hablar mucho».

En la *Biblia* es el símbolo del evangelista Juan: «Johanes e Matheo fueron los delanteros, / después Lochas e Marco vinieron postrimeros / Juhan en Trinidat empieza su lección, / por esso tomó d'águila sotil comparación» (Gonzalo de Berceo, *Loores de Nuestra Señora*, 1236-1246). Es el evangelista que se ha elevado a las más grandes alturas de espiritualidad: la eternidad del verbo. Su estilo y lenguaje elevan el espíritu y las águilas son las aves que vuelan más alto. He aquí la explicación que recoge Alfonso X en el *Setenario* (c. 1252-1270): «que assí commo el águila cata los rayos del sol derecho que non pestannea nin a uergüença, assí Sant Iohán cató derecho a Ihesu Cristo, entendiendo que era Dios uerdadero e omne conplido, e mostrolo más conplidamente que los otros». También en la mitología

griega, Zeus —metamorfoseado en águila— rapta al hermoso Ganimedes: «Mostráronle el soto do parava sus redes / quando robó el *águila* al niño Ganimedes, / vertiolo ante Júpiter sobre unos tapedes, / dio a la cort del çielo tal honra qual veedes» (*Libro de Alexandre*, 1240-1250). Francisco de Osuna, en el ámbito del cristianismo, en su *Primera parte del Abecedario espiritual* (1528), explica el valor del ave como representación de Cristo:

Dízese más del *águila*: que se renueva. Después de vieja pierde todas las plumas primeras y con otras nuevas que le nacen remedia la vejez pasada y alarga la vida. Christo, *Águila ilustre*, se renovó, aunque la vejez natural ni la del pecado no le oviessen comprehendido; perdió las plumas en la Passión, no solamente en perder los suyos y toda la honra que en el mundo tenía, mas también perdió las plumas, esto es, las condiciones de hombre mortal, y en la Resurrección se levantó renovado con más excelente plumaje que antes tenía.

La palabra procede del latín AQUILA. La primera documentación está en el texto de Berceo citado más arriba. En los Siglos de Oro, se generaliza su uso como «persona de mucha viveza». La expresión *Es un águila* aparece en una lista de expresiones referidas a algunos animales del *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del maestro Correas: «para dezir ke uno es de agudo inxenio i fázil en deprender i hazer kualquiera kosa presto». El sentido de «hombre hábil en su profesión» ya está en *La vida del Buscón llamado don Pablos* (1626) de Quevedo: «Verdugo era, si va a decir la verdad, pero un *águila* en el oficio; vérsese hacer daba gana a uno de dejarse ahorcar».

Mucho más tarde, reaparece la metáfora en Juan de Valera (*Correspondencia*, 1847-1857): «Gortchakoff es un *águila*. Todos los rusos lo dicen, si bien es cierto que no hay Emperador reinante ni Ministro imperante, que no pase aquí por un portento...». También la usa don Marcelino Menéndez Pelayo (*Carta de 20 de agosto de 1894* [Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo]): «Schuchardt, considerado como filólogo, es un *águila*, y si no llega a Grimm o a Diez, les anda muy a los alcances». Y, naturalmente, está en el gran metaforizador de animales, Galdós: «porque Chico es un *águila* para dos cosas: la cacería de criminales y el compravende de cuadros» (*Los duendes de la Camarilla*, 1903); «Conejo, cartulario en Molina de Aragón, el cual es un *águila* en escritura moderna y antigua», «Bálsamo es un *águila* de la administración» (*El caballero encantado*, 1909).

Para sus valores simbólicos, cfr. 1.1.4 y Leonardo Boff (1998): *El águila y la gallina. Una metáfora de la condición humana*.

Águila genera un derivado adjetivo (*aguileño*), un derivado sustantivo (*aguilucho*) y un compuesto sintagmático (*águila de flores llanas**). AGUILEÑO, en el lenguaje de germanía, es el «ladrón astuto». También se aplica a la persona que tiene «el rostro aguileño». Está en este poema jocoso del salmantino Juan del Encina (*Poesías* [Cancionero], 1481-1496):

Es mi dama muy aguda
y en el traje medio dueña,
oxpretilla y *aguileña*,
no tuerta ni tartamuda.
No tetuda ni bocuda,
muy sabionda en demasía,
juro a diez, más es la mía!

Y la *nariz aguileña* es «la que es delgada y algo corva, a semejanza del pico del águila». Aparece por primera vez en la magnífica descripción que hace de Colón Fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias* (c. 1527-1561): «Lo que pertenecía a su exterior persona y corporal disposición, fue de alto cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la *nariz aguileña*; los ojos garzos; el color blanco, que tiraba a roxo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos».

El AGUILUCHO★ es el «pollo del águila». Metafóricamente, es, en el lenguaje de germanía, «el ladrón que participa en la repartición de lo que hurtan sus compañeros». Según el *Diccionario de americanismos*, es el «seguidor del equipo de beisbol de las Águilas Cibaeñas» (República Dominicana); «miembro de la Fuerza Aérea Hondureña» y «estudiante del Instituto Nacional de Panamá». La primera documentación es de finales del xv: «E porque no pueden acatarle devidamente, serán echados del nido como *aguiluchos* e apartados a la siniestra parte irán en los fuegos perdurables...» (Antonio de Villalpando, *Razonamiento de las Reales Armas de los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel*, c. 1474-1500). Como el equipo de béisbol, está en *Dedom* (República Dominicana) 02/11/1996: Las Águilas blanquean al Escogido: «Con su victoria 4x0, los *aguiluchos* subieron al cuarto lugar del torneo, a medio juego del tercero, uno del segundo y uno y medio del tercero».

El ÁGUILA DE FLORES LLANAS★ es, en el lenguaje de germanía, el «ladrón que en sus robos emplea flores o artimañas ladronesas». Está en los *Romances de germanía de varios avtores* (1609): «Águila de flores llanas, / Ermitaño de camino...».

4.1.155. *Es un buitre*. [*buitrear*★] [*buitreo*★]

Los buitres hasta siguen a los ejércitos que se ponen en marcha, sabedores,
gracias a un gran instinto adivinatorio, de que van a la guerra,
y conocedores también de que todo combate ocasiona muertos.
(*Historias de animales*, Claudio Eliano)

Es un «ave rapaz de cerca de dos metros de envergadura... que se alimenta de carne muerta y vive en bandadas». Los nombres científicos de los géneros son *Gyps*, *Aegypius*... Metafóricamente, es la «persona que se ceba en la desgracia de otro». Es

muy polisémico: en el *Diccionario de americanismos* es «persona que usa o roba bienes ajenos», como lenguaje juvenil (Cuba y Venezuela); «hombre listo, vivo y pícaro», (República Dominicana y Puerto Rico); «hombre mujeriego, perseguidor de muchachas» (Puerto Rico); «persona que tiene por oficio la recogida de basuras» (Chile); y, finalmente, en Ecuador, «policía de tránsito», como lenguaje juvenil. En el *Diccionario de argot* de Espasa, «sujeto aprovechado» y «prestamista en la prisión»; y *buitrear*, «gorronear, aprovecharse de los demás».

La palabra procede del latín VULTURE. La primera documentación es de mediados del XIII: «Dicen que yaze Tiçio en essa cofradía, *al que comen los buitres doze vezes al día*» (*Libro de Alexandre*, 1240-1250). Ticio era un personaje mitológico, probablemente un titán y por tanto inmortal, condenado en el Infierno a que dos buitres le comieran diariamente el hígado (en el Museo del Prado se puede contemplar un cuadro de Tiziano). Covarrubias, en su espléndido *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), citando a Plinio cuenta lo siguiente (una visión curiosa y una interpretación muy positiva del ave):

Refiere Plinio, lib. 10, cap. 6, que dos y tres días antes que se dé una batalla, los buitres se hallan en el campo donde ha de ser, barruntando ha de haber allí cuerpos muertos en que cebarse.

Dicen desta ave que cuando cría sus pollos, por no desampararlos, no sale a buscarles la comida, pero rasga un muslo y de la sangre que corre dél los sustenta. Sinifica el amor y la commiseración de los padres para con los hijos, y porque no es perjudicial a nadie, ni mata otra ave, ni animal ninguno, ni destruye ningún fruto de la tierra, sino que tan solamente se mantiene de las carnes muertas que halla, se figura por ella la justicia.

Pero el extremeño Diego López, discípulo del Brocense en Salamanca, en su *Declaración magistral sobre las [sic] emblemas de Andrés Alciato* (1615), alude ya al carácter avaro del animal: «Héctor alcança y tiene los despojos, que fueron las armas, que le desnudó..., pero finalmente el heredero viene, y lleva su partey dexta alguna cosa a los cuervos, y a los *buitres*. Llama cuervos y *buytres* a los que procuran heredar a los que no tienen hijos, para los quales son como *buytres*, o cuervos, que comen los cuerpos muertos». Galdós utiliza la palabra repetidamente en una de sus novelas:

y después siguió diciendo: «¡Cómo no he de quererte! Tú me arrancarás del poder de estas dos fieras... ¡Ay!, adiós: siento la voz del *buitre* de mi tío. Adiós...»

—¡Con que dice que soy un *buitre*! —exclamó él echando chispas—. ¡Un *buitre*! ¡Llamar *buitre* a un caballero como yo! ¡Bonito modo de pagar el pan que le doy! Ya le enseñaré los dientes a esa chiquilla...

¡Llamarme *buitre* esa rapazuela de las calles!... Estoy furioso. (*El 19 de marzo y el 2 de mayo*, 1873)

Ramón Pérez de Ayala, en su *Tigre Juan* (1926), establece una gradación animal referida a la maldad humana: «-¡Granuja! ¡Hijo de mala madre! Cría *cuervos*... ¡Qué

cuervos: *buitres!* Peor. ¡*Hiena!*». Jorge Berlanga (*ABC*, 21 / 11 / 1987) dibujaba un penoso panorama de España (la de la corrupción) y, curiosamente, coincide con Pérez de Ayala en la mención de la hiena, como representación más alta de esa maldad. Además, utiliza el sustantivo de verbal, BUITREO★:

Creo que Alfonso Guerra vino a decir hace poco algo así como que *vivimos en un nido de buitres*. Lo malo de habitar en él es que acabas despertándote una mañana, te miras al espejo y te ves convertido también en ave de rapiña... Por su parte, el *buitreo* consiste en tratar de desplumar a los demás. ¿Quién no trata de hincar el diente en alguna subvención, robar los méritos de otros, gorronear de los éxitos del de al lado, pillar tajada en el reparto de prebendas que culmina la merienda de negros del esperpento patrio? Cuando como ídolo nacional se venera la figura de un muchacho apodado «*El Buitre*», que alimenta su gloria del sudor y el trabajo de sus compañeros, se comprende que vivimos, más que en un nido, en un vasto comedero de rapaces en busca de carnada. Lo que pasa es que, puestos a lanzarse a la carroña, uno siempre prefiere a la *hiena*, que al menos se ríe, con esa carcajada de chirriante pavor que alegra y hiela el alma.

En el *Diccionario de argot* de Espasa, está BUITREAR★, «gorronear, aprovecharse de los demás». En el *Diccionario de americanismos*, «trabar conversación un hombre con una mujer con la intención de llegar a mantener con ella una relación sexual pasajera» (Venezuela y Ecuador, como lenguaje juvenil); «tomar alguien lo ajeno para sí» (Venezuela).

En los últimos años, se ha puesto en circulación la expresión *fondos buitre* para referirse a los fondos «de capital de riesgo o de inversión libre que invierten en una deuda pública de una entidad que se considera cercana a la quiebra», y que actúan, por tanto, como aves carroñeras.

En el ámbito deportivo, recuérdese que se habló de la *Quinta del Buitre*, referida a un grupo de jugadores del Real Madrid, que compartieron alineación con el destacado delantero Emilio Butragueño, llamado *Buitre* por ser un excelente jugador, siempre al acecho del gol, en la segunda mitad de los años ochenta del pasado siglo.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *malvado* y con el verbo *comer*.

En el *Diccionario de Autoridades*, se recogía una frase y un refrán referido a esta ave. *Come como un buitre*: «se dice por el que glotón y gran comedor, aludiendo a la voracidad grande de esta ave»; *más vale páxaro en mano que buitre volando*: «Refrán que enseña que no es prudencia dexas lo poco, cierto, y seguro, por la esperanza de lo mucho y que puede faltar» (hoy se ha impuesto la variante «*ciento volando*»).

4.1.156. *Es un abanto*. El abanto es un «ave rapaz semejante al buitre, pero más pequeña... Es muy tímida y perezosa». Su nombre científico es *Neophron percnopterus*. Metafóricamente, es «aturdido y torpe» (adjetivo), acepción de la an-

terior edición del diccionario académico, curiosamente desaparecida en la actual (en el *Diccionario histórico* de 1936: «Dícese del hombre aturdido y torpe»).

La palabra, poco frecuente, procede quizás de un latín vulgar *ADVANNITARE (VANNUS es «criba» en latín) porque se cierne inmóvil y en equilibrio sobre la presa. La primera documentación está en el *Libro del caballero y del escudero* (1326) de don Juan Manuel: «Otras ay que non caçan nin son caçadas, así commo los bueytres et los *abantos*, que non matan ningund aue biua».

Metafóricamente, está en el *Cancionero* (c. 1445-1480) de Antón de Montoro: «¡Oh necio *señor abanto*, / que tenéis veinte mil tiros / de maldad!». Mucho más tarde, aparece en las *Poesías* (1828-1870) de Manuel Bretón de los Herreros: «¿He de ser yo tan *abanto*, / Luisa, que crea en tu llanto / Cuando sé que, eres mujer, / Y que por un alfiler / Que se te caiga del manto / Con la misma angustia lloras?».

4.1.157. *Es un halcón*. [*halconear*] Es un «ave rapaz... de mediano tamaño y vuelo rápido... que a veces se adiestra para la caza de aves». Su nombre científico es *Falco peregrinus*. Metafóricamente, y en el ámbito de la política, es el «partidario de medidas intransigentes y del recurso a la fuerza para solucionar un conflicto», en oposición a *paloma* («partidario de medidas moderadas y conciliadoras encaminadas a la paz»).

La palabra procede del latín FALCO y su primera documentación está en el *Fuero de Viguera y Val de Funes* (c. 1250): «Et qui furtare aztor de casa o de su estage pagará a su dueyno C ss. et doblar l'a las calonjas; et por gabillán hurtado xx ss.; et *falcón* L ss. et sus mudas». La primera documentación con sentido metafórico es del xv, en el *Cancionero de Baena*; el *gerifalte* es el Condestable don Ruy López que es llamado por «el *falcón* aventajado», el rey don Enrique, para hacer frente a los nobles rivales («otras aves»):

Por ser un poco apartado,
pensaron las otras aves
quebrantar uñas e llaves
al *falcón* aventajado;
mas el caçador loado,
flor d'España, espejo e esmalte,
membrós' de su *gerifalte*
e tornolo en su estado.

Las metáforas políticas son de los años setenta: «El policía ¿No jugó usted nunca a policías y ladrones? Palinuro ¿Ni a estudiantes y granaderos? ¿Ni a obreros y rompehuelgas? ¿Ni a los *halcones* y las *palomas*?» (Fernando del Paso, *Palinuro de México*, 1977). A partir de entonces, es expresión frecuente. El dominicano Federico Henríquez Grateraux, en su obra *Empollar huevos históricos* (2001), desarrolla la metáfora:

Todo este asunto va a parar a un problema perenne: realismo político e idealismo político. En los Estados Unidos están de moda las expresiones «halcones y palomas». Los halcones son hombres prácticos, directos, inescrupulosos, que aprovechan las situaciones establecidas para obtener poder político y conservarlo...

Las palomas son hombres cuya mente está dominada por principios teóricos o ideales históricos; individuos que atienden más al deber ser que al poder ser. Las palomas no tienen los pies en la realidad social; están iluminados por visiones de justicia, de igualdad...

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *agresivo* y con el verbo *volar*.

HALCONEAR es —dicho de una mujer desenvuelta— «dar muestra, con su traje, sus miradas y movimientos provocativos, de andar a caza de hombres», en las ediciones anteriores del diccionario académico. En la actual es solo «mirar con altanería», como desusado. Es poco frecuente este curiosísimo verbo. La primera documentación del verbo está en la *Instrucción de la mujer cristiana*, de J. L. Vives (1528) de Juan Justiniano: «Por cuanto las hijas de Sion se ensoberbecieron y anduvieron muy enhiestas *halconeando* con los ojos y pompeando en su pasear, haciendo alarde de sus pompas y riquezas entre los flacos y desnudos». Juan José Domenchina, poeta de la Generación del 27, lo utiliza en su libro *Dédalo* (1932): «Las vírgenes ignoran el revolotear de los senos/ y su telotismo [“rigidez de los pezones”], que es cántico./ Y desconocen el sahorno [“escozor”] de las ingles infames / que *halconeán* en la urbe...».

4.1.158. *Es un sacre*. Un *halcón sacre* es un halcón «de dorso pardo y cabeza clara, propio del este de Europa y Asia Menor». El nombre científico es *Falco cherrug*. Metafóricamente, es un «hombre que roba o hurta» (está en el *Vocabulario de Hidalgo*). En el *Diccionario de americanismos*, «persona que obtiene dinero a través de engaños» (Bolivia).

Es palabra, no muy frecuente, que procede quizás del latín SACER («sagrado» aplicado al azor y al halcón), a través del árabe. Se documenta por primera vez en el siglo XIII: «e después que caçare dies mrs.; *falcón sacre* dies mrs.; falcón neblí seys mrs...» (*Ordenamiento de posturas en el Ayuntamiento de Jerez*, 1268). Metafóricamente, ya está en el siglo XVI, como «persona importante»: «Muchos presumen de *sacres* en el vuelo del gobierno, que ni aun *tagarotes* se merecen llamar...» (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589). En el XVIII, ya era insulto, como se ve en esta carta de 1825 del *Epistolario* de Leandro Fernández de Moratín: «Sra. D.^a María Trinidad Clavijo: sus temores de vm. no han llegado a realizarse: vino aquella Sra. ... la dije que, a no estar por medio D.^a Guillermina, de nadie sería mi blanca mano sino de la Sra. D.^a Trinidad. Esto la sobrecogió de tal manera, que, después de llamarme *sacre*, pirata, cutre, belitre y monstruo cuadrúpedo».

4.1.159. *Es un tagarote*. Es un sinónimo de *halcón*. Metafóricamente, es «escribiente de notario o escribano», «hidalgo pobre que se arrima y pega donde pueda comer sin costarle nada» y «hombre alto y desgarbado». Covarrubias (*Tésoro de la lengua castellana o española*, 1611) dice: «Suelen llamar *tagarotes* (a) unos hidalgos pobres, que se pegan a donde pueden comer...». En Costa Rica, es *glotón* y *aprovechado*. Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Parásito, que aspira a vivir de mogollón... El término se utilizó también para describir a quien aspira a poseer más cosas de las que puede permitirse; o a quien vive por encima de sus posibilidades».

La palabra quizás tiene un origen bereber. La primera documentación está en el *Libro de la caza de las aves* (1386) de López de Ayala: «Los falcones baharýs sardos, mallorquines de Romania et *tagarotes* son los falcones de todos los plumages que más áyna comjençan. a mudar». El sentido metafórico ya está en el siglo XVI: «Muchos presumen de *sacres* en el vuelo del gobierno, que ni aun *tagarotes* se merecen llamar...» (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589). Una clasificación de los políticos como distintas «aves» aparece también en las *Rimas* (1602-1613) de Lope de Vega: «Ay algunos poetas *tagarotes* et / que apenas imagino cómo buelan, / y cuyas musas texen chamelotes»: parece que son creadores bajados a la categoría de «escribanos».

Es palabra favorita de Galdós, siempre atento a sacar partido de las metáforas de animales: «No se explicaba su unión con aquel *tagarote* de Alberique». (*El doctor Centeno*, 1883); «Pues nada: entra aquel *tagarote*, que sin duda venía de perder cientos de duros a una sota» (*La de Bríngas*, 1884); «Como me traigas a casa a uno de esos *tagarotes* de calzón ajustado, chaqueta corta y botita de caña clara, te pego...», «Era una manada de salvajes, compuesta de dos *tagarotes* como de diez y doce años, una niña más chica, y otros dos chavales, cuya edad y sexo no se podía saber», «es poner en una escuela a esos dos *tagarotes* y a la berganta de su niña pequeña», «y echando la culpa de todo a su hermano y al *tagarote* inútil de don José Ido...» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887); «Ven acá, *tagarote*. ¿Sabe tu pariente los disparates que corren?» (*Realidad*, 1889).

El sentido de «hidalgo pobre» está en *La Vida del Buscón llamado don Pablos* (1626) de Quevedo: «—“¿Quién será este *tagarote* escuderón?” —porque el uno llevaba un hábito en los pechos...», como «hidalgo pobre». Más tarde, está en la novela *La gloria de don Ramiro. Una vida en tiempos de Felipe Segundo* (1908) del argentino Enrique Larreta «el *hidalguero tagarote*, amigo de un amigo de don Iñigo y venido al olor del agasajo, el alférez del Alcázar, el capellán de monjas, el escribano de número...».

En la prensa de Costa Rica, aparece como sinónimo de *aprovechado*: «Los sectores sociales juegan un papel importantísimo en la lucha por que estos procesos de venta y corrupción no se den con facilidad para los *tagarotes* que lo quieren todo»³².

4.1.160. *Es un gerifalte*. Un gerifalte es un «halcón de gran tamaño, que vive ordinariamente en el norte de Europa». Su nombre científico es *Falco rusticolus*. Metafóricamente, es la «persona descollante en cualquier actividad» y «jefe, autoridad» (en sentido irónico normalmente). También, en el lenguaje de germanía, es el «hombre que roba o hurta».

La palabra procede del francés antiguo *girfalt* (hoy *gerfaut*), y este del escandinavo antiguo *geirfalki*, compuesto de *falki* «halcón» y *geiri* «estría, objeto en forma de dardo»: «a causa de las listas semejantes a flechas que cruzan el plumaje de esta ave de presa» (Corominas-Pascual). La primera documentación está en el *Libro de la caza de las aves* (1386) de Pedro López de Ayala: «(e)Esmerejones. son aues que paresçen / en todas sus façiones fal(ç)ones... / ... ha[e]n / (el)los esmerejones. plumages. assy como / los falcones. car ha dellos *gerifaltes*». La primera documentación metafórica es del xv, del *Cancionero de Baena*; el *gerifalte* es el Condestable don Ruy López que es llamado por «el *falcón* aventajado», el rey don Enrique, para hacer frente a los nobles rivales («otras aves»):

Por ser un poco apartado,
pensaron las otras aves
quebrantar uñas e llaves
al *falcón* aventajado;
mas el caçador loado,
flor d'España, espejo e esmalte,
membrós' de su *gerifalte*
e tornolo en su estado.
(Alfonso de Villasandino, *Poesías*, 1379-a. 1425)

Como palabra de germanía, está en el *Guzmán de Alfarache* (1599) de Mateo Alemán: «Yo iba por la vianda y veo que otros dos *gerifaltes* como él entraban por el corredor...». *Gerifaltes* son los «familiares» (ministro presente en los prendimientos) de la Inquisición en el siguiente texto del judeoconverso Antonio Enríquez Gómez, cuya familia había perdido todos sus bienes:

¿Cómo queréis vosotros juzgar el preso con verdad o cómo puede salir libre de vuestras manos si andan tras de sus bienes las águilas de los inquisidores, los gavilanes de los fiscales, los cuervos de los comisarios, *los gerifaltes de los familiares*, los lobos de los testigos, los milanos de los notarios, las cigüeñas de los malsines, las avestruces de los receptores, los alanos de los alcaides, los basiliscos de los calificadores, las lechuzas de los secretarios y las víboras de los verdugos? Si todos han de comer de la hacienda del pobre, ¿cómo no ha de ayunar el pobre? (*La inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos*, 1642-1643)

Como «jefe, autoridad», en sentido irónico, lo utiliza por primera vez Larra, en su colección de artículos dramáticos *Empeños y desemeños* (1832): «ya se deja conocer que es uno de los *gerifaltes* que más lugar ocupan en la corte». También,

Espronceda en *Sancho Saldaña* o *El Castellano de Cuéllar* (1834), parece que con el sentido —menos frecuente— de «persona descollante en su actividad»: «¿Este mozo ha estudiado? —Es un *gerifalte* —repuso el bizco— y sabe latín. —¡Oh, amigo!, para verdugo no hay cosa como saber latín». Su uso se generaliza en la segunda mitad del xix.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *gobernar* y *mandar*.

4.1.161. *Es un cernícalo*. El cernícalo es un «ave de rapiña, común en España, de unos 40 cm, de largo...». El nombre científico es *Falco tinnunculus*. Metafóricamente, es un «hombre ignorante y rudo». Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995), explica así el sentido figurado del ave:

Son pájaros ruidosos y osados, capaces de correr cualquier riesgo con tal de asegurar la pieza que se han propuesto cazar. Sin embargo, son asimismo muy domesticables, tanto que con el cernícalo se entretienen los muchachos, haciéndoles venir a tomar la carne directamente de sus manos. Hallar similitudes entre el hombre muy ignorante y pacífico u obediente, y el cernícalo, sólo es posible a partir de una condición que tienen en común: se dejan tratar sin dificultad, y no resulta difícil engañarlos.

La palabra procede, como afirman Corominas-Pascual, del latín CERNICULUM, «criba, cedazo», «por comparación del ave cuando se cierne en el aire con el movimiento balanceante de un cedazo; tomado por vía culta o más bien mozárabe». Se documenta, con la forma *cerniclo*, en el siglo xiii: «pusieron hý fitos que aún hý son, et que en el un fito que pusieron un asno muerto et un *cerniclo*» (*Sentencia [Documentos de Castilla]*, 1242). En el xv, tenemos la forma actual: «Las vñas amarillas en color significan mala disposición de salud, sino que naturalmente sean tales, assí como se muestra en las de los falcones et *cernícalos*, etcétera» (*Traducción del Tratado de la Phisonomía en breue summa conte*, 1494). El poeta mirobrigense Cristóbal de Castillejo (*Poesías*, c. 1541-a. 1550) aplica a dos cortesanos los nombres de diferentes aves de rapiña:

Ved qué grandeza la mía,
Que he subido con mi oficio
A tener en mi servicio
Aves de volatería.
Dos muy cobardes *milanos*,
Dos rateros cortesanos...
No vuelan con más de una ala,
Porque es muy baxa la presa;
No toman mayor empresa
De cuanto monta su gala.
Son *cernícalos* galanes;
No llegan a *gavilanes*...

Ya en el XVIII, aparece con sentido negativo, en el teatro popular: «Mirad, muchachas, qué *cernícalo* atraviesa por la plaza» (Ramón de la Cruz, *Los alcaldes de Novés*, 1768). Y está, naturalmente, en el gran metaforizador de animales, Galdós: «jamás he visto mujer ninguna que se asemejara a un *cernícalo* como en aquel momento doña Restituta»; «Después, considerando que contra semejante *cernícalo* más convenía la astucia que la fuerza» (*El 19 de marzo y el 2 de mayo*, 1873); «Mientras aquel *cernícalo*, con la formidable zarpa clavada en mi cuello» (*La Corte de Carlos IV*, 1873); «mosén Antón es capaz de quitarles su puesto a los *cernícalos* para acechar la carne que pasa», «vieses cómo se burla esta águila poderosa de los *cernícalos* que te rodean» (*Juan Martín el Empecinado*, 1874). En su novela *Amadeo I* (1910), construye una concatenación de metáforas de aves y el hiperónimo *fauna*: «y apenas entré en la obscura, deslucida y puerca antesala, oí la voz del *cernícalo* graznando en estridente disputa con otros *pajarracos* de la *fauna* reaccionaria».

Pedro Salinas utiliza, sorprendentemente (él también profesor), el insulto a algunos colegas en su correspondencia privada: «Y más en este país, donde tanto *cernícalo* anda por ahí de profesor de literatura» (*Correspondencia* [1923-1951], 1949). También aparece en una de las novelas más lingüísticamente incorrectas de la segunda mitad del xx; me refiero a *Días de guardar* (1981) de Carlos Pérez Merinero: «Me acerco al teléfono y llamo al *cernícalo* de Paquito».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *libre* y *desenvuelto* y con el verbo *comer*.

4.1.162. *Es un milano*★. [*amilanar(se)*] El *milano* es un «ave diurna de tamaño mediano... tiene el vuelo facilísimo y sostenido y que se alimenta con preferencia de roedores pequeños, insectos y carroñas». El nombre científico es *Milvus milvus*. Aunque el diccionario académico no lo recoge, metafóricamente, es la «persona cobarde».

La palabra procede del latín vulgar ★MILANUS, derivado de MILVUS. La primera documentación está en la obra de Berceo *Del sacrificio de la misa* (1228-1246): «El pedazo que tiene en la derecha mano, / con que signa el cáliz essi missacantano, / essi faz por los vivos, por el pueblo christiano, / que libre Dios las almas del *rabioso milano*», que parece referirse al diablo. En el *Libro de Alexandre* (1240-1250) aparece como símbolo de valor de poder: «Quand'assomó Achilles a unos campos planos, / conoçieronlo luego en los gestos loçanos; / assí se rebataron Éctor e los troyanos / como fazen los pollos quando sienten *milanos*». La expresión *Es un milano* aparece en una lista de expresiones de cobardía (junto con la referencia a otros animales) del *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del maestro Correas: «*Es una araña*. *Es una gallina*. Por: persona para poko i kovarde». *Es un lebrón*; *Es un milano*; *Es amilanado*.

Como «ladrón» está, aplicado a los notarios, en el ya citado (*s.v. gerifalte*) texto del judeoconverso Antonio Enríquez Gómez, cuya familia había perdido todos sus bienes:

¿Cómo queréis vosotros juzgar el preso con verdad o cómo puede salir libre de vuestras manos si andan tras de sus bienes las águilas de los inquisidores, los gavilanes de los fiscales, los cuervos de los comisarios, los gerifaltes de los familiares, los lobos de los testigos, *los milanos de los notarios*, las cigüeñas de los malsines, las avestruces de los receptores, los alanos de los alcaides, los basiliscos de los calificadores, las lechuzas de los secretarios y las víboras de los verdugos? Si todos han de comer de la hacienda del pobre, ¿cómo no ha de ayunar el pobre? (*La inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos*, 1642-1643)

AMILANAR es «intimidar o amedrentar» y AMILANAR(SE) es «abatir(se) o desalentar(se)». Covarrubias, en su magnífico *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), ya explicaba el origen del verbo: «Vale lo mesmo que acobardarse y encogerse, como hacen algunas avecillas del milano. O se dijo del mesmo que, quando el águila u otra ave de rapiña cae a él, se acobarda...». El *Diccionario de Autoridades* también lo explica: «... porque esta ave se acobarda y atierra quando el Águila le acomete, y lo mismo sucede a los páxaros menores que el milano los persigue». Un proceso similar hace que de *azor* surja el verbo *azorar*, «conturbar, sobresaltar».

Se documenta por primera vez en la *Traducción de la Crónica de Aragón de fray Gauberto Fabricio de Vagad* (1499) de Gonzalo García de Santa María: «entraron fasta Murçia..., ni pararon fasta Granada... estragaron quanto en la vega fallaron y nunca ni vn cabdillo moro contra el príncipe magnánimo se atreuió salir; que la fama de sus vencimientos tan grandes los tenía tan asonbrados tan *amilanados* y espauoreçidos, que ni tenían coraçones para salir ni manos para mouer». En los Siglos de Oro, se generaliza su uso. Como en muchos otros casos, también está en Galdós: «Irá el niño volando a llevarla. Y ten confianza en la Providencia, hombre, como la tengo yo. No hay que *amilanarse* (con risueño optimismo)», «Vamos, Ramón, ánimo, y no te *amilanes*» (*Miau*, 1888); «Señor Marqués, no hay que *amilanarse*. Hemos tenido un retroceso. Pero ya echaremos otra vez el carro para adelante» (*Torquemada y San Pedro*, 1895).

4.1.163. *Es un azor*. [*azorero*] [*azorar(se)*] El azor es un «ave rapaz diurna, como de medio metro de largo, por encima de color negro y por el vientre blanco con manchas negras». Su nombre científico es *Accipiter gentilis*. Metafóricamente, es, según el *Diccionario de Autoridades*, «ladrón famoso, que emprende hurtos grandes, y robos arriesgados. Juan Hidalgo en su Vocabulario».

La palabra procede del latín vulgar ACCEPTORE. La primera documentación está en el *Fuero de Soria* (c. 1196): «mas el dela uilla o otro caullero estranno pueda

caçar en todo tiempo con gaujlán o con açor o con falçón o con galgos, sin calonna njnguna». El humanista levantino Gregorio Mayans y Siscar escribió en 1737 una de las primeras historias de nuestra lengua, los *Orígenes de la lengua española* [Corde]. Allí incluye *azor* como palabra de germanía.

Al qual modo de hablar llamamos *gerigonza*. En quanto a los demás vocablos de germanía (por decir esto de passo), como este es una lengua de vagamundos, se compone de los vocablos que han aprendido en varios países i les han parecido más a propósito para formar su *algaravía*. I assí hai unos vocablos que son corrientes en la lengua castellana, como acogerse, acorralar, picar, retirarse, toldar, trotón, trasmontado, tropel. Otros que son antiquados, como gandido por trasmontado; otros *metafóricos*, como abrazador por alguacil; abrazado por preso; *azor por ladrón de presa alta*, i a este tenor muchísimos.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *volar* y *vigilar*.

AZORERO, en lenguaje de germanía, es el «hombre que acompaña al ladrón y lleva lo que este hurta». Julián Zugasti y Sáenz, en su libro *El Bandolerismo. Estudio social y memorias históricas* (1876-1880), escribe: «Llamábanse comendadores de bola a los ladrones que andaban por las ferias, los cuales se ponían siempre de acuerdo con los *azoreros* o aliviadores, que tal era el nombre de los que recibían lo robado por otros para que lo pusiesen en salvo».

AZORAR es, referido al azor, «asustar, perseguir o alcanzar a otras aves» y, metafóricamente, «conturbar, sobresaltar»; menos frecuente es el sentido de «irritar, encender, infundir ánimo». El *Diccionario de Autoridades* explica el cambio semántico: «fórmase este verbo del nombre azor, porque quando esta ave ve a el águila es tan grande el temor que concibe que, si tiene agarrada alguna presa, la dexa caer y huye». En el *Diccionario de americanismos*, «estar alguien falto de tiempo para realizar una actividad» (Venezuela). La primera vez que aparece *azorar* con el sentido de «sobresaltar» es en el poema *Exclamación a loor de la Encarnación*, de las *Coplas de Vita Christi* (1467-1482), de Fray Íñigo de Mendoza: «¡O fecho tan soberano! / ¡O cosa toda divina! / ... / en quien nuestro seso humano / es así como aldeano / metido en real cortina, / que se altera y se demuda, / y se açora y çahareña / y su lengua torna muda...».

El significado de «irritar», menos frecuente, es anterior: está ya en la *Gran crónica de Alfonso XI* (c. 1348-1379): «...vinieron aquellas gentes con grande alborozo, e quisieron matar a don Yuçaf e a los que con el vinieron. E la ynfanta tornose para la posada, e don Juçaf con ella; e luego çerraron las puertas de sus posadas. E todo el pueblo que allí estaua açorado enbiaron a dezir a la ynfanta que les diese a don Juçaf para que lo matasen».

4.1.164. *Es un gavilán*. [gavilán de la pesquera★] El gavilán es un «ave rapaz, de unos 30 cm de largo...». Su nombre científico es *Accipiter nisus*. Metafóricamente,

es muy polisémico. En Venezuela, es la «persona audaz en los negocios». Según el *Diccionario de americanismos* es «lista, astuta» (Nicaragua) y «persona que se encarga de hacer trámites oficiosa o extraoficialmente y a cambio de una remuneración, especialmente a emigrantes que no tienen los papeles en regla» (Costa Rica). Es palabra del lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*): «ladrón», «salteador de caminos»: *gavilán de la pesquera*^{*} es el «ladrón de puerto de mar».

La palabra procede quizás del gótico **gabila* (en alemán, *gabila* o *gabala* es «horca»): «nombre aplicado al gavilán por comparación de sus garras con una horca de campesino» (Corominas-Pascual). La primera documentación está en el *Fuero de Sepúlveda* (c. 1295): «Título 189. De qui matare *gavilán* cerçetero» [*cerceta*: «ave del orden de las Palmípedas»]. Sebastián de Horozco, en su *Libro de los proverbios glossados* (1570-1579), comenta la expresión *es hidalgo como un gavilán* así: «Quando queremos llamar a uno muy hidalgo dezimos este vulgar, “*Es hidalgo como un gavilán*”. Y es así que entre todas las aves de caza que viven de rapiña, el gavilán es la más noble ave de todas del qual escriben los naturales... por hambriento que esté nunca se abate a cosas suzias ni sabandijas de la tierra como las otras aves de rapiña». Fernando de Herrera, en sus *Comentarios a Garcilaso* (1580), señala el origen mitológico del animal: «Los dioses los trasformaron, a Progne en golondrina, Fiomela en russeñol, y Tereo en gavilán».

Desde hace mucho, se opone (como el *halcón*) como símbolo de «persona agresora» a la paloma, «persona pacífica e inocente». Ya aparece en *La Galatea* (1585) de Cervantes: «Y fue el dejarla encomendada a Carino como quien deja a la simple *corderuela* en poder de los hambrientos lobos, o a la *mansa paloma* entre las uñas del *fiero gavilán* que la despedace». Como «ladrón» está, aplicado a los fiscales, en el ya citado (s.v. *gerifalte*) texto del judeoconverso Antonio Enríquez Gómez, cuya familia había perdido todos sus bienes:

¿Cómo queréis vosotros juzgar el preso con verdad o cómo puede salir libre de vuestras manos si andan tras de sus bienes las águilas de los inquisidores, *los gavilanes de los fiscales*, los cuervos de los comisarios, los gerifaltes de los familiares, los lobos de los testigos, los milanos de los notarios, las cigüeñas de los malsines, las avestruces de los receptores, los alanos de los alcaides, los basiliscos de los calificadores, las lechuzas de los secretarios y las víboras de los verdugos? Si todos han de comer de la hacienda del pobre, ¿cómo no ha de ayunar el pobre? (*La inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos*, 1642-1643)

En 1977, el cantante Pablo Abaira lanza al mercado su segundo disco sencillo titulado *Gavilán o paloma*. Por esa época Manuel Longares, en *La novela del corsé* (1979), recurría también a la metáfora: «esta empresa tendente a la fusión enriquecedora de los individuos se convierte en continua controversia árida salpicada de súplicas y desdenes, correspondiéndole al macho la iniciativa de agredir y a la hembra el papel de defenderse —se la llama gacela, *paloma*, inocente cervatillo, y

al hombre, *gavilán*—». «Slim: ¿*gavilán* o *paloma* en Europa?» era un titular de *CNN-Expansión* el 22 de junio de 2012, en referencia al multimillonario mexicano³³.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *arisco*, *listo* y *liviano* y con el verbo *comer*.

4.1.165. *Es un búho*. Un búho es «un ave rapaz nocturna», escondida, que emite sonidos característicos en las horas sin luz. Su nombre científico es *Bubo bubo*. Metafóricamente, es la «persona huraña» (*huraño*, procede del latín *FORANEUS*, «extranjero», «tímido, arisco», con influencia de *hurón*, que procede del latín *FURO*, derivado de *FUR*, «ladrón», porque roba conejos). El *Diccionario de Autoridades* recogía la expresión *es un búho*, «que se suele decir de la persona que huye demasiado del comercio de las gentes». También recoge el significado en la Germania (*Vocabulario* de Juan Hidalgo) de «descubridor o soplón».

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), ya comentaba su carácter y simbología negativos: «Ave nocturna, infeliz y de mal agüero, de vuelo corto y que vive en cavernas o edificios arruinados; latín *bubo*, *nis*... En el *Levítico*, cap. 11, se cuenta el búho entre las aves inmundas; y en sentido espiritual significa los hombres carnales y lujuriosos, que con la oscuridad de la noche y de la hipocresía buscan sus deleites».

La palabra procede del latín vulgar *BUFO* (en latín clásico, *BUBO*). La primera documentación de la palabra es de mediados del XIII; está en el texto de cetrería *Moamín. Libro de los animales que cazan* (1250) de Abraham de Toledo: «Si no, tomen de los meollos del *bufo* una partida, e de las cortezas del fígado»; «E la carne del *búho* es mala». Ya en los primeros textos, aparece como animal marcado negativamente: «Quatro son los que tienen mala voluntad afirmada: el lobo et el cordero, et el gato et el mur, et el açor et la paloma, et los cuervos et los *búhos*» (*Calila e Dimna*, 1251).

El *búho de Atenea* (también *lechuza*, aunque parece que en realidad era un *mochuelo*) representa la sabiduría y la perspicacia: recuérdese que Atenea nació del cerebro de Zeus. Representó en la mitología clásica al acusador (por su destemplada voz). Juan Pérez de Moya, en su *Philosophía secreta de la gentilidad* (1585), se refiere a Ascalapho, convertido en búho por haber acusado a Proserpina o Perséfone de comer los frutos del infierno —el gajo de una granada—, prohibición que le permitiría regresar a la tierra desde el Hades, dios —también— que la había secuestrado; por tanto, símbolo del acusador: «Por Ascalapho quieren los poetas significar la condición de los acusadores y no otra cosa..., por cuanto Ascalapho acusó a Prosérpina que había comido de los frutos del infierno, y así le convirtieron en tal cosa, que significase las condiciones de los acusadores». Y, más adelante, insiste en su valor como símbolo de los acusadores: «El *búho* es ave vocinglera; tales son los acusadores, que muchas voces dan por más acusar y mucho mostrar ser creíble lo que afirman».

El poeta Álvarez de Villasandino, de gran prestigio en los ambientes cortesanos, arremete contra el favorito de Enrique III, Pedro Fernández de Frías, y le vaticina su caída en este poema, titulado *Profecía contra el Cardenal*; los *búhos* son los nobles partidarios del favorito: «Por Júpiter sean fuegos esparcidos / en los senadores que son de Sodoma; / ... / e vean en tierra los *búhos* sus nidos» (*Poesías [Cancionero de Baena]*, 1379-a. 1425).

En la cultura mexicana es pájaro de mal agüero: «El búho era un ave de mal agüero que frecuentemente llevaba infundida el ánima de algún difunto, el cual se obstinaba en permanecer en el mundo para hacerles daño a quienes todavía alen-taban, a pesar de los banquetes e imprecaciones conqu e sus deudos procuraban mantenerlo alejado» (Ramón Rubín, *El canto de la grilla*, 1952).

No tenemos documentación del significado de «persona huraña». Sin connota-ciones simbólicas, a veces se usa para referirse a la persona que no duerme: «Hace una semana que no pego los ojos. Los pescadores me dicen “el búho”» (Antonio Skármeta, *El cartero de Neruda*, 1986). El *búho* se opone a *alondra*, «persona madru-gadora»: «Entre esos dos extremos se encuentran personas con alguna tendencia moderadamente madrugadora (*alondras*) o trasnochadora (*búhos*) y una gran cantidad de personas intermedias, que no muestran inclinación por ninguno de los dos pri-meros tipos» (Arnoldo Téllez, *Trastornos del sueño. Diagnóstico y tratamiento*, 1995); «Es *búho* y no *alondra*, según la metafórica nomenclatura» (Gregorio Salvador Caja, *El eje del compás*, 2002).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *borracha*, *despierto* y *sabio*.

El diccionario académico no recoge la metáfora como medio de transporte, referido al «autobús urbano que circula durante toda la noche en sustitución del servicio normal», según el *Diccionario de argot* de Espasa. El *Búho Metro* o *Metro Búho* es un servicio de autobuses nocturnos que provee un sustituto al Metro de Madrid después de que este ha cerrado. Este servicio público se inauguró la madrugada del sábado 5 al 6 de mayo de 2006.

4.1.166. *Es un tecolote*. El *tecolote* es el búho en Guatemala, Honduras y México. Su nombre científico es *Bubo virginianus*. Metafóricamente, es «miembro del cuerpo de Policía» (México). El *Diccionario de americanismos* aclara la denominación, porque su «uniforme consta de camisa castaño claro y pantalones y gorra color café».

Es una palabra nahua. La primera documentación está en la *Historia general sacro-profana, política y natural de las islas del Poniente llamadas Filipinas* (c. 1754) del jesui-ta Juan José Delgado (con una curiosa superstición):

De los pájaros nocturnos hay gran variedad; el que llaman *bucos*, porque así canta, es el mismo que llamamos *mochuelo* en España, y en la Nueva España *tecolote*; no ve de día, y así no vuela, sino que descansa en los árboles altos; tiene notable olfato, y dicen los indios de él que siente el olor malo o de corrupción, y si llega a las casas donde hay

algún enfermo que esté para espirar, allí se está voceando con melancólico acento. No es de extrañar, pues, que tanto en la Nueva España, como en estas islas existan arraigados algunos abusos y supersticiones por causa del cantar de este pájaro.

En México, se usa la frase *cantarle a alguien el tecolote* para significar que está «cerca de la muerte». Recoge esta palabra Cela, en su *Cristo versus Arizona* (1988): «hay canciones muy tristes y doloridas que hablan de búhos cantores y de indios muertos, cuando el *tecolote* canta el indio muere».

Como insulto puro, también lo utiliza el mexicano Gilberto Chávez Jr., en su novela *El batallador* (1986): «Nos veremos viejo zopilote, burro, *tecolote*, mulo, eran sus expresiones (jamás me dijo tigre o león, me hubiese gustado)».

Como «policía», está en *La región más transparente* (1958) de Carlos Fuentes, Carlos: «Cienfuegos caminaba como era su costumbre..., distraído sólo cuando la arquitectura inevitable, o la persona singular —barrenderos, *tecolotes*, chamacos, ancianas de osamenta negra— cruzaban esa zona de la visita sin relieve: Sanborn's, High Life...». En un periódico digital, está la siguiente noticia sobre un policía borracho: «Chilpancingo Gro., 16 de enero / ANG. —Un policía del estado cuando conducía su carro en completo estado de ebriedad, se impactó contra un vehículo... El *ebrio tecolote* quien se encuentra en las celdas de la delegación de barandilla a petición de Tránsito Municipal dijo llamarse Abundio... de 32 años»³⁴.

4.1.167. *Es una lechuza / es un lechuzo*. La lechuza es un «ave rapaz nocturna, de unos 35 cm de longitud...». En la anterior edición del diccionario académico se añadía que «da un graznido estridente y lúgubre cuando vuela». El nombre científico de la lechuza común es *Tyto alba*. Además, es, metafóricamente, en Uruguay, «intermediario (en un mercado de abastos)» y «persona aficionada al fisgoneo». Es palabra del lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*): «ladrón que roba por la noche». Según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona que supuestamente es portador de mala suerte (= lechuzón)» (Argentina); y la «prostituta que generalmente trabaja de noche» (Bolivia). El *Diccionario de argot* de Espasa recoge *lechuzo* o *lechuza* como «persona que trae mala suerte» y como «vigilante nocturno» (con la marca de marginalidad).

El *lechuzo* es el «hombre que anda en comisiones, y se envía a los lugares a ejecutar los despachos de apremios y otros semejantes», o sea a los recaudadores que exigen al pueblo los impuestos. Después, se utiliza como insulto, equivalente a «tonto» (¿influencia de o en *merluzo*?).

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), explica su origen mitológico:

... y es tanto como si dijésemos ave aceitera, por cuanto acude a comerse el aceite de las lámparas y de otra cualquiera parte donde puede hallarlo. Los poetas fingen haber sido una ninfa llamada Nictímene, que por haber dormido con su padre fue convertida

en esta ave, y como avergonzada no se atreve a volar de día. ... Es símbolo del silencio, del estudio y de la vigilia y de ardides y estratagemas ocultos en cosas de guerra, por ser la noche aparejada para ello y para el consejo.

La palabra procede de *nechuza*, que proviene del latín *NUCTUA*, con influencia de leche «por la superstición antigua de que la lechuza gustaba de echarse sobre los niños de teta como si los amamantara» (Corominas-Pascual). La primera documentación es del siglo XIII: «O denles de los fijos de las habubiellas o de las *lechuzas* de V en V días, o carne de pollos...» (Abraham de Toledo, *Moamín. Libro de los animales que cazan*, 1250).

En el XV, ya se aplica a la mujer callada: «Ca la *corneja* burladera significa las donzellas et personas parladeras. E la *lechuza* signjfica las uergonçosas et calladas et esto es uerdat ca las señoras de oy mucho más aman tener consigo las lechuzas / que las cornejas et las calladas familiares / que las parleras...» (Alfonso Gómez de Zamora, *Morales de Ovidio*, a. 1452). Esta oposición la desarrolla, más tarde, Juan de Pineda, en sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589): «El decirse que la *lechuza* sea tenida por ave de Palas o Minerva, se funda en su esconderse, porque la sabiduría, entendida por Minerva, en secreto mora, y aunque la *corneja* sea tenida por símbolo de alguna prudencia y de adivinanza y de agüeros, por la nota de su parlería, enemiga del saber, fue despedida de Minerva, y recibida la *lechuza*...».

Es, desde la Antigüedad, ave de mal agüero. Juan de Arce de Otárola (al que ya citamos al principio de este capítulo), en sus *Coloquios de Palatino y Pinciano* (c. 1550), dice de los romanos que: «El águila tenían por señal de vitoria... La cigüeña concordia, la corneja desgracia y desastre...; y el búho mucho más... Y también la *lechuza*». Sin embargo, representa también la sabiduría: es ave de Minerva. Juan Pérez de Moya, en la *Philosophía secreta de la gentilidad* (1585) lo explica así: «Desechada la corneja de la compañía de Minerva..., recibió la lechuza o mochuelo, porque esta ave ve de noche, y al sabio, entendido por Minerva, ninguna cosa se le debe esconder por encubierta que parezca».

Como «ladrón» está, aplicado a los secretarios, en el ya citado (s.v. *gerifalte*) texto del judeoconverso Antonio Enríquez Gómez, cuya familia había perdido todos sus bienes:

¿Cómo queréis vosotros juzgar el preso con verdad o cómo puede salir libre de vuestras manos si andan tras de sus bienes las águilas de los inquisidores, los gavilanes de los fiscales, los cuervos de los comisarios, los gerifaltes de los familiares, los lobos de los testigos, los milanos de los notarios, las cigüeñas de los malsines, las avestruces de los receptores, los alanos de los alcaldes, los basiliscos de los calificadores, *las lechuzas de los secretarios* y las víboras de los verdugos? Si todos han de comer de la hacienda del pobre, ¿cómo no ha de ayunar el pobre? (*La inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos*, 1642-1643)

Como «ladrón nocturno», parece que está en la *Pregmática contra las cotorreras* (c. 1609) de Quevedo: «Mándase esto pregonar porque no pretendáis inorancia vosotras, *lechuzas* de nuestras bolsas, polillas de nuestras vidas y cáncer de nuestros gustos».

Con el significado de «vigilante nocturno», está en la novela *Carne apaleada* (1975) de Inés Palou: «Mariana se ponía muy nerviosa cuando se daba cuenta de que la vigilaban. Por la noche, cuando la señorita María hacía la ronda para comprobar si todas seguíamos allí, Mariana, en la cama, murmuraba: —Ya está aquí esa *lechuz*a. A ver si me he escapado... Algún día le daré un disgusto».

Como «recaudador», utiliza la palabra Sebastián de Miñano, escritor y político afrancesado y anticlerical, en sus *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional* (1820-1823); recurre a esta metáfora para referirse a los frailes recaudadores del diezmo a la Iglesia y a los que van pidiendo limosnas: «ya tiene usted a su puerta un *lechuzo vestido de negro*, con una sotana muy larga», después otro «*lechuzo gris*» y «otro *vestido de color de tabaco*».

Galdós, en *Miau* (1888), pone en boca del protagonista Villaamil los siguientes insultos dedicados a Mendizábal (también *zángano*): «Abur, *lechuzo*, sicario del fanatismo y opresor de los pueblos... ¡Miren qué facha, qué brazos y qué cuerpo! *Zángano*, neo, salvaje, los demonios carguen contigo» (Los *neos* era el nombre que se dio a un movimiento político e ideológico de la España de mediados y finales del siglo XIX, de confesionalidad católica). Como insulto, también aparece en *Campos de Castilla* (1907-1917) de Antonio Machado (escritor no muy proclive a este tipo de palabras): «Será un *joven lechuzo* y tarambana, / un sayón con hechuras de bolero», en el poema *Un mañana efímero*; «A un pueblo de arrieros, / lechuzos y tahúres y logreros / dicta lecciones de Caballería», en el poema *A don Miguel de Unamuno, Por su libro Vida de Don Quijote y Sancho*. También, está en el teatro de Francisco Nieva: «Garrafona No derroches tantos arredros, *lechuzo*, que no te van a hacer provecho» (*La carroza de plomo candente*, 1976).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el sintagma nominal *ojos abiertos* y con los verbos *chillar*, *gritar* y *mirar*.

4.1.168. *Es un mochuelo**. [*cada mochuelo a su olivo**] El mochuelo es un «ave rapaz nocturna... semejante al búho, pero de menor tamaño». Su nombre científico es *Athene noctua*. En el *Diccionario de argot* de Espasa, significa, metafóricamente, «persona fea» y «persona que no es de fiar».

La palabra procede, quizás, de un latín vulgar *NOCTUOLUS. La primera documentación es el XIV y está en el *Libro del caballero y del escudero* (1326) de don Juan Manuel: «Otras ay que caçan et son caçadas, asi commo los budalones et los alforres et todas las aves de su natura, et lechuzas et *mochuelos* et carabos et cucluellos...».

Ya en el xvii, se usa como insulto en la anónima comedia *La ventura sin buscarla* (c. 1650): «Serón ¡Arre allá! Infanta ¿Eres tú, *mochuelo* frío? Serón Yo soy...». Mucho después, Ramón López Soler, periodista y escritor romántico, en su novela *Los bandos de Castilla* o *El caballero del cisne* (1830), la vuelve a utilizar como insulto: «Levantó los ojos al ver entrar la hija de Armengol, y arroja aquella envidiosa mirada con que acoge la fealdad y la vejez a la juventud y la inocencia. —Ea, *viejo mochuelo*, ya puedes saltar del nido, díjola uno de los soldados que acompañaban la ilustre huérfana: justo es que cedas el puesto a los pájaros de más noble ralea». Galdós la aplica el nombre a unos monjes de la Salamanca del xix (quizá en el sentido de «persona que no es de fiar»): «—Esto en que estamos es el fuerte de San Vicente, y aquí había un convento de benedictinos, que se derribó. *Una guarida de mochuelos*, mi amiguito» (*La batalla de los Arapiles*, 1875).

La expresión CADA MOCHUELO A SU OLIVO★ se usa «para indicar que ya es hora de recogerse», «para dar a entender que cada cual debe estar en su puesto cumpliendo con su deber» y «para indicar la acción de separarse varias personas que estaban reunidas, volviendo cada una a su casa o a su lugar de partida o procedencia». Se documenta por primera vez en el xix: «Eh, buenas noches; *cada mochuelo a su olivo*. ALCALDE Buenas noches, y que haya juicio y silencio» (Duque de Rivas, *Don Álvaro o la fuerza del sino*, 1835). El mochuelo representa a cada persona y el olivo, el hogar. Aquí, en el segundo de los sentidos del diccionario académico: «la acción de separarse».

Fuera de nuestro ámbito de los animales, referida a asuntos complicados, en el xviii aparece la expresión *cargar con el mochuelo*: «pues a la corta o a la larga yo habré de *cargar con el mochuelo*» (Fray Martín Sarmiento, *El porque sí y porque no*, a. 1772). Se refiere a un «asunto o trabajo difícil o enojoso, de que nadie quiere encargarse».

4.1.169. *Es un quereque*. En El Salvador y Honduras es el *carancho*: «Ave del orden de las Falconiformes... Vive desde el sur de los Estados Unidos de América hasta Tierra de Fuego». También en Bolivia y Perú es la denominación de *búho*. Metafóricamente, en Honduras es «persona que anda sola sin objetivos claros», «persona pesada, molesta e inoportuna» y «persona excesivamente flaca».

Es palabra de origen onomatopéyico. La primera documentación textual es muy reciente: «Por lo pronto, la infraestructura campestre también comprende un pequeño zoológico con más de 200 animales de diferentes especies: loras, pericos, lapas, tucanes, palomas, búhos, gavilanes peregrinos, *querques* (ave depredadora familia del *zopilote*), pavos reales» (Luis Eduardo Martínez, «La Perla de Waswalí». La Prensa.com.ni. Managua, 17/02/2008).

No hay documentación de los sentidos metafóricos en los *corpora* académicos ni en Google.

4.1.170. *Es un lislique*. El lislique es un «ave falconiforme americana migratoria..., de cuerpo pequeño y delgado». Metafóricamente es, en El Salvador, la «persona delgada, flaca». No está en los *corpora* académicos. También es el nombre de un pueblo de El Salvador.

Es una palabra de la lengua lenca (un pueblo amerindio que habitaba el sur, centro y occidente de Honduras y la zona fronteriza de El Salvador). En un blog dedicado a la cetrería, de Julio Ernesto Pérez Chávez (El Salvador), encontramos el siguiente texto:³⁵

Aunque muchos salvadoreños lo desconocen, *Lislique*, además de ser una municipalidad del departamento de La Unión, es también el nombre común local para el Cernícalo Americano o Cernícalo Yankee. Este pequeño depredador es un verdadero halcón en miniatura. Con sus 100 gramos de peso, es capaz de dar caza a insectos, roedores y avecillas que encuentra oportunísticamente. Está siendo usado en la cetrería desde hace mucho tiempo como un ave para los cetreros principiantes...

4.1.171. *Es un zopilote*★

Los zopilotes
fueron nuestras brigadas de reciclaje.
Ahora se han acabado los zopilotes:
la basura está a punto de ahogar al mundo.
(*Álbum de Zoología*, José Emilio Pacheco)

Es, en América Central y México, un «ave rapaz diurna que se alimenta de carroña». Metafóricamente, según el *Diccionario de americanismos*, es una «mujer fea» (El Salvador) y la «persona mestiza de piel oscura, casi negra» (Honduras).

La palabra procede del nahua (*tzotl* es «inmundicia» y *pilotl*, «que cuelga»). La primera documentación es del XVIII; está en la *Descripción de Guayaquil* (1774-1775) del ecuatoriano Francisco Requena: «Aunque no se halla aquí el ichneumon o ratón de faraón que allá les roe las entrañas; tienen por enemigos a los *gallinazos*, en otras partes *zopilotes*, que buscan con natural instinto los huevos en la arena y se los comen antes de que el sol los vivifique: si no tuvieran estos destructores sería su aumento perjudicial». El escritor cubano español Luis Ricardo Alonso, en su novela, *El Supremísimo* (1981) parafrasea a Bécquer: «—Corazón y vida nada más. —Volverán los oscuros *zopilotes*... —... me refiero a las guerras civiles».

Con sentido metafórico, está en *La lucha inútil* (1984) de Ramón Ayerra: «aquel personajillo, verdadero cirineo, que con sus silencios, sus tragaderas y su eficacia, desbrozaba los turbios caminos de su señor, el *zopilote* más burdo de la localidad, el más acreditado zoquete».

Como insulto puro, también lo utiliza el mexicano Gilberto Chávez Junior, en su novela *El batallador* (1986): «Nos veremos *viejo zopilote*, burro, tecolote, mulo,

eran sus expresiones (jamás me dijo *tigre* o *león*, me hubiese gustado)». Con ese valor, también está en la prensa mexicana: «Del Río jura y perjura que él dio “forma y estructura” al PRD en Campeche, a cuyos líderes nacionales tacha de “*zopilotes*” y “torpes”» (*Proceso*: «Hijos del PRI —y también de Sansores—, los tres aspirantes a gobernar Campeche», 09 / 02 / 1997).

4.1.172. *Es un aura*★. Es un «ave rapaz diurna americana». En el *Diccionario de americanismos*, *aura tiñosa* es, en Cuba y República Dominicana, *zopilote*. En Cuba es «persona fea» o «persona ambiciosa».

Es un indigenismo antillano. La primera documentación está en la *Relación de las ceremonias y rictos y población y gobernación de los indios de la provincia de* (c. 1541): «Y acogotábale con una porra y a otros mandaba arrastrar el cazonci y, destos unos enterraban, otros se los dejaban, para que se los comiesen los adives y *auras*, según que mandaba el cazonci, y otras veces iban los sacerdotes a hacer esta justicia» [el *cazonci* era el rey en la cultura tarasca, actual Michoacán].

Con el sentido metafórico, está en la obra de teatro *El paraíso recobrao* (1976) del cubano Albio Paz Hernández:

Moisés. —¡Pero, hermana, quién va a creer que somos buenas personas si hacemos las cosas como Timoteo! ¡Si lo que parecía era un *aura tiñosa*!

Timoteo. —Hermana, Moisés le ha dicho *auras tiñosas* a sus hermanos, y yo creo que ahora sí hay que botarlo sin contemplación.

4.1.173. *Es un tiuque*★. El tiuque es el nombre mapache en Argentina y en Chile del *chimango*, «ave del orden de las Falconiformes, extensamente distribuida en la Argentina y en el Uruguay, de unos 40 cm de longitud y coloración general pardo oscuro». Su nombre científico es *Milvago chimango*.

Metafóricamente es, según el *Diccionario de americanismos*, «persona de poca importancia, insignificante» (Chile); el diccionario académico recoge en su edición de 1927 el sentido «persona artera»; después de varias salidas y entradas, desaparece a partir de la edición de 2001.

Amado Alonso, en sus *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos* (1953), escribe sobre esta palabra: «Alguno de estos ejemplos, como *talca* o *tiuque*, tienen t y no th en su origen, como consignó el oído seguro de Valdivia; pero es lo mismo: la cosa es que los chilenos dicen tr en algunos casos de th araucana». En el diario El Mercurio aparece este texto sobre las palabras procedentes del mapuche:

Es probable que sean el azteca y el quechua, cuyo léxico ha logrado una amplia difusión. En el caso de lenguas originarias de Chile, el Diccionario de la RAE incluye aproximadamente 250 voces de origen mapuche. Entre otras, *charcha*, *chuico*, *curiche*, *guata*, *pichintún*, *poncho* y *trutro*. Las más numerosas se refieren a la flora, seguidas por las de la fauna. Tenemos *boldo*, *chépica*, *coligüe*, *copihue*, *culén*, *lingue*, *luma*, *mañío*, *ñire*, *palquí*, *patagua*, *pehuén*, *quila*, *radal*, *temu*, *chercán*, *chingue*, *choroy*, *chucao*, *coipo*, *colocolo*, *diuca*,

huillín, huemul, loica, pequén, queltehue, quique, tagua, tenca, tiuque, etc. Pero muchas voces usadas regionalmente en Hispanoamérica no forman parte del Diccionario de la RAE. Es posible que sean miles... (Elena Irrázaval Sánchez, *El Mercurio*: «América, sus lenguas y el mestizaje con el español», *diario.elmercurio.com*, Santiago de Chile 28/02/2010)

No he encontrado sentidos metafóricos en los *corpora* consultados.

4.1.174. *Es un gallina (las gallináceas)*. [*ser más puta que las gallinas**] Un ave *galliforme* es «de aspecto compacto, con patas robustas, con pico corto ligeramente curvado, con el que escarba en el suelo... y alas cortas que le permiten un vuelo, aunque rápido, generalmente poco sostenido». El diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo a la *gallina*, a la *perdiz* y al *faisán*. Aparecen definidas como «gallináceas» —entre las más conocidas— la *codorniz* y el *urugallo*; como «galliformes», la *chachalaca*, el *faisán*, la *guacharaca*, el *gallo*, el *guajolote* y el *pavo*. *Gallináceo* es lo «perteneciente o relativo a la gallina y a las aves del orden de las galliformes».

El grupo de las gallináceas con significado metafórico se compone fundamentalmente de la *gallina*, el *gallo* y el *pollo* (con su hipónimo *capón* y su sinónimo *pipiolo*); después el *pavo* (con sus variantes americanas *guajolote*, *guanajo*, *chompipe* y *pisco*) y, finalmente, dos aves americanas: la *chachalaca* y la *guacharaca*.

Predominan los significados metafóricos negativos: «persona cobarde» (*gallina*), «persona presuntuosa» (*gallo*), «castrado» (*capón*), «persona inexperta» (*pipiolo*), «persona sosa» (*pavo*), «persona tonta» (*guajolote*, *guanajo*), «persona agresiva» (*chompipe*), «persona habladora» (*chachalaca* y *guacharaca*). El único sentido positivo es *pollo* como «joven».

Los tres animales del grupo de uso más frecuente tienen polisemia metafórica; son la *gallina*, el *gallo* y el *pavo*. *Gallina* es la «persona cobarde, pusilánime y tímida»; también, en el argot, la «chica que mantiene relaciones sexuales con varios amigos de un grupo»; «mujer que cede con facilidad a los requerimientos sexuales de los hombres» (Bolivia y Paraguay); «mujer atractiva» (República Dominicana); y «mujer entrada en años» (Cuba).

Un *gallo* es un «hombre fuerte, valiente»; un «hombre que trata de imponerse a los demás por su agresividad o jactancia»; un «hombre que en una casa, pueblo o comunidad todo lo manda o lo quiere mandar y disponer a su voluntad»; un «hombre adulto» (Cuba); un «candidato de preferencia» (México, Nicaragua y Paraguay); la «persona experta o hábil en algo» (Honduras, República Dominicana y Bolivia); un «hombre que mantiene relaciones sexuales con una mujer con la cual convive ocasionalmente» (Bolivia); la «persona osada, conquistadora, triunfadora» (República Dominicana); un «adversario» (Ecuador); un «astuto» (Panamá y Ecuador); un «estudiante muy aplicado, pero retraído y algo tonto en su

comportamiento» y una «mujer fea» (Venezuela); un «jefe de la pandilla» (Nicaragua).

El *pavo* es un «hombre soso o incauto»; «la persona que se embarca clandestinamente» (Bolivia, Chile, Panamá y Perú); la «persona que entra en un espectáculo público sin pagar» (Ecuador); «una persona que está en la adolescencia» (República Dominicana, Venezuela y Paraguay); la «persona lista y astuta» (Guatemala, Honduras y Costa Rica); la «persona distraída» (Chile); la «persona grosera y maleducada» (El Salvador). La *pava* es la «mujer sosa y desgarbada»; es la «mujer con varios novios» y la «persona audaz, lista, habilidosa» (Guatemala y Honduras); la mujer «sexualmente desinhibida» (Guatemala); una «mujer muy gruesa que se mueve con dificultad» (Canarias). Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Individuo cobarde, pusilánime, muy apocado y tímido, que se asusta con facilidad, y abandona al menor peligro. Antaño fue insulto serio, de los que requerían satisfacciones, e incluso duelo..., aunque fuera la familia del gallina quien lo pidiera».

En su significado recto, muchos son medievales, salvo *pipiolo* (xix) y los americanos que son del xvi (*guajolote*, *guanajo*, *chachalaca* y *guacharaca*) y del xix (*chompipe*). Los significados metafóricos son renacentistas (*gallina*, *gallo*, *capón*), del xix (*pipiolo* y *guanajo*). El resto son de aparición reciente.

Gallo y *pavo* son los dos animales que han producido derivación y fraseología: *gallito*, *gallogallina*, *gallo guinea**, *gallo quíquere**, *memoria de gallo*, *ponerse gallito**, *pavo real*, *pavisoso*, *pavonear*, *pavear*, *edad del pavo*.

La *gallina*, en femenino para referirse a la especie es la «ave doméstica del orden de las galliformes, con cresta roja y carnosa». La «hembra tiene la cresta más pequeña». Metafóricamente, es la «persona cobarde, pusilánime y tímida» (del lenguaje de germanía, *Léxico del marginalismo*). En el *Diccionario de argot* de Espasa, también tiene el significado de «chica que mantiene relaciones sexuales con varios amigos de un grupo. La gallina también se concibe como un animal promiscuo, por ello se crea esta metáfora». Parecido significado está en el *Diccionario de americanismos*: «mujer que cede con facilidad a los requerimientos sexuales de los hombres» (Bolivia y Paraguay); sin embargo, es «mujer atractiva» (República Dominicana). En Cuba (Sánchez-Boudy), es «mujer entrada en años» (y *gallinero*, «grupo de mujeres chismosas»).

La palabra procede del latín *GALLINA*. La primera documentación está en los fueros: «Sj gallinas de alguno en huerto ageno danno fizieren» (*Fuero de Soria*, c. 1196). A finales del xvi ya tiene sentido metafórico; una mujer en *Ursón y Valentín* (1588-1595) de Lope de Vega exclama: «¡Mal hayan estas treguas! / Y el hombre que las consiente / debe de ser un *gallina*». Poco después, don Quijote en el texto de Fernández de Avellaneda dice: «que si me ven huyr, dirán que soy un *gallina cobarde*» (*Don Quijote de la Mancha*, 1614). En la comedia *Don Satisfecho, el moño y la cabellera* (c. 1627), de Quiñones de Benavente, Susana asegura: «Quien promete y no cumple / promesas de amor, / es un *gallina*, / pelado y pelón». *Es una*

gallina aparece en una lista de expresiones de cobardía (junto con la referencia a otros animales) del *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del maestro Correas: «*Es una araña. Es una gallina. Por: persona para poko i kovarde*».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *gorda* y *tímido* y con los verbos *asustarse* y *mover el culo*. Cfr. Leonardo Boff (1998): *El águila y la gallina. Una metáfora de la condición humana*.

En el *Diccionario El Sohez*, se recoge la locución adjetiva intensivo-comparativa (SER) MÁS PUTA QUE LAS GALLINAS★, con la cita de Carlos Pérez Merinero, en su peculiar novela *Días de guardar*: «¡Hay que joderse con las tías! [...] Desde luego *son más putas que las gallinas*»; «La negra, que seguro que era *más puta que las gallinas de Kentucky*». También añade la expresión alargada y explicada «*Más puta que las gallinas de Jericó*, que aprendieron a nadar para follar con los patos».

4.1.175. *Es un gallo*. [gallito] [gallogallina] [gallo guinea★] [gallo quíquere★] [gallo de pelea] [memoria de gallo] [ponerse gallito★]

El león tiene miedo al gallo. A su vez, el propio basilisco, según dicen, se horroriza también ante el *gallo* y, si lo ve, se echa a temblar y, si lo oye cantar, le entran convulsiones y muere.
(*Historias de animales*, Claudio Eliano)

El *gallo* es el macho de la *gallina*. El diccionario académico une en la misma entrada *gallo* y *gallina* (en el apartado anterior, hemos visto la definición). Metafóricamente, es muy polisémico: es un «hombre fuerte, valiente», un «hombre que trata de imponerse a los demás por su agresividad o jactancia» y, finalmente, «hombre que en una casa, pueblo o comunidad todo lo manda o lo quiere mandar y disponer a su voluntad»; «hombre adulto» (Cuba; también en República Dominicana y en Bolivia, según el *Diccionario de americanismos*). En este diccionario aparecen también otras acepciones: es «candidato de preferencia» (México, Nicaragua y Paraguay); «persona experta o hábil en algo» (Honduras, República Dominicana y Bolivia); «hombre que mantiene relaciones sexuales con una mujer con la cual convive ocasionalmente» (Bolivia); «persona osada, conquistadora, triunfadora» (República Dominicana); «adversario» (Ecuador); «astuto» (Panamá y Ecuador); «estudiante muy aplicado, pero retraído y algo tonto en su comportamiento» como argot juvenil y «mujer fea» (Venezuela); y «jefe de la pandilla» (Nicaragua). En Cuba (Sánchez-Boudy), *ser un gallo* es «ser un hombre muy activo sexualmente».

La palabra procede del latín GALLUS. La primera documentación, en sentido recto, está en el *Poema de Mio Cid* (c. 1140): «A los mediados gallos antes de la ma-

ñana,/ el obispo don Jerónimo la missa les cantava». Ya en el siglo xvi tenemos el sentido metafórico de «valiente» en las *Guerras civiles de Granada* (1595) de Pérez de Hita: «Confieso que eres valiente, ... / que eres gallardo jinete / gentil hombre, bien criado / esclarecido en linaje,/ el gallo de las bravatas, la gala de los donaires». Más tarde, está *gallito* como «mozalvito entonado», en *El novio rifado* (1762) de Ramón de la Cruz: «Coro. ¡A la flor, a la flor, a la flor; / a la flor, a la flor del aza-har! / ¡Viva Periquito, / que es hoy el *gallito* / de nuestro lugar!».

Mucho después, Galdós también aplica ambas palabras (*gallo* y *gallito*) al mundo de la política: «Sagasta era otra vez el *gallo* de nuestro corral político, y con arrogante cresta o tupé, su quiquiriquí tribunicio y el irisado plumaje de su simpatía personal, dominaría las olas que socavaban el trono de Amadeo I» (*Amadeo I*, 1910); «Hasta en el partido de la igualdad, de la democracia, de los hombres libres, ha de haber cuatro o cinco *gallitos* que quieran despuntar, imponer su voluntad, tratando a los demás como miserables polluelos» (7 de julio, 1876); «He aquí que mi hermano Agustín, el *gallito de la familia*, que desde Madrid dirige nuestros asuntos encaramado en su posición política» (*Las tormentas del 48*, 1902). También la utiliza Unamuno en sus *Recuerdos de niñez y de mocedad* (1908): «Luis —le llamaré Luis por darle un nombre— era el *gallito* de la calle, el chico más roncoso del barrio, un bocota, un verdadero bocota y un fanfarrón».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *engreído*, *erguido*, *flaco*, *franco*, *gallardo*, *nervioso*, *presumido*, *tempranero*, *valiente* y *vigilante* y con los verbos *cantar* y *enderezarse*.

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

Gallo genera, con sentido metafórico, un diminutivo (*gallito*), un compuesto léxico (*gallogallina*), cuatro compuestos sintagmáticos (*gallo guinea**, *gallo quíquere**, *gallo de pelea* y *memoria de gallo* y una locución verbal (*ponerse gallito**). Un *GALLITO* es un «hombre presuntuoso o jactancioso». La definición del *Diccionario de Autoridades* era así de hermosa: «El mozalvito entonado, enamorado y arriscado (*petulans juvenis*)»; está tomada del *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) de Covarrubias, que —además— nos informa de que «por ser tan lascivo y tan continuo en tomar las gallinas, pierde presto sus fuerzas. Él solo, entre todos los animales, después del coito queda lozano y alegre...». «Bravucón» en el *Diccionario de argot* de Espasa. En el *Diccionario de americanismos*, es «persona discutidora que pelea mucho, tratando de defenderse y justificarse siempre» (Nicaragua, República Dominicana y Paraguay). *GALLOGALLINA* es, en Nicaragua, el «indeciso» o el «cobarde». La única documentación de los *corpora* académicos es la novela *El señor presidente. Ritual bufo en dos jornadas* (1974) del guatemalteco Hugo Carrillo: «No me gusta tu amistad con ese policía que habla con voz de *gallogallina*. Ser oreja es oficio de vagos. Debería darles vergüenza».

El *GALLO GUINEA** es el «hombre homosexual», según el *Diccionario de americanismos*, en Costa Rica. La gallina de Guinea es una «ave galliforme, poco mayor

que la gallina común... Originaria del país de su nombre, se ha domesticado en Europa».

En Canarias, hay un GALLO QUIQUERE*, «de raza pequeña y peleona; úsase como término de comparación para referirse a un hombre de poca estatura, pero desafiante y pendenciero». En *Info Canarias* (10 de septiembre de 2015) leemos en un artículo de Cristóbal Peñate y referido a un político: «Este hombre, fuerte como un toro, es como Sancho Panza si lo montas en un burro y le pones un gran sombrero de paja. Su señor, el Quijote de su partido, lo quiere utilizar ahora de escudero fiel, de perro de presa, de cancerbero miura y de gallo quíquere para que lo defienda política y penalmente».

GALLO DE PELEA es «persona valiente y que no se deja intimidar o nadie»; en México, «persona con experiencia, conocedora de la vida»: «y luego de haberse portado como un gallito de pelea en varias fases de la etapa, sólo lucha por mantener lo que tiene» (Javier García Sánchez, *El Alpe d'Huez*, 1994).

MEMORIA DE GALLO (o grillo) es, según el *Diccionario de Autoridades*, el «apodo con que se zahiere y reprehende al sujeto de poca memoria» («memoria escasa», en la edición actual). Ya está documentada la expresión en el siglo XVII: «¡Anda, bobo, que lo hice por probar *tu memoria de gallo!*» (Francisco López de Úbeda, *La pícara Justina*, 1605). Lo mismo es *memoria de grillo* o *de pez* frente a *memoria de elefante*.

PONERSE GALLITO* es «presumir. Ser, o creer ser, quien sobresale o domina a otros», según el *Diccionario de argot* de Espasa. Está en *El Jarama* (1956) de Sánchez Ferlosio: «Otros, a sus años, *se te ponen gallitos* y se creen que los quieres avasallar». Y está en el habla de Carmen en *Cinco horas con Mario* (1966) de Delibes: «Pero ¿por qué *ponerte gallito?* ¿No era un favor, en definitiva, lo que Fito quería hacerte?».

4.1.176. *Es un pollo / es una polla*. [pollear] [pollo pera*] [sudar como un pollo] El pollo es «la cría que nace de cada huevo de ave y en especial la de la gallina». Metafóricamente, «hombre joven», significado este último que el diccionario académico marca como poco usado. Pollo, según el *Diccionario de americanismos*, se aplica a la «persona, de apariencia elegante, atractiva o juvenil» (México, Guatemala y Panamá); también se refiere a la «persona que entra en los Estados Unidos sin la documentación necesaria» (México) y a la persona «que tiene poca resistencia al alcohol» (Perú y Bolivia).

La polla es la «gallina nueva, medianamente crecida, que no pone huevos o que hace poco tiempo que ha empezado a ponerlos». Metafóricamente, es una «mujer joven». En el *Diccionario de americanismos*, es «novia» (Colombia) y «persona joven de gran belleza, atractiva y elegante» (República Dominicana, Puerto Rico y Bolivia).

La primera documentación está en el anónimo *Libro de los caballos* (c. 1275): «Dévenle tomar las entrañas entregas de la gallina que sea polla o de los pollos e alzalle la cabeza e metérgelos calientes por la boca e fazérgelas tragar».

Como «joven» está, varias veces, en *Historia de Chucho el Ninfa* (1871) de Facundo (José Tomás de Cuéllar): «—Van a embolar al padre, dijo una *polla*. —Me alegraré, dijo otra, porque se pone chulísimo». El masculino está en *La Regenta* (1884-1885) de Clarín, frente a *galápago* («viejo»):

A don Víctor se le caía la baba. «... Su mujer era una joya; la más hermosa de la provincia, como había sido siempre, pero además ahora suya, completamente suya, y de un humor nuevo, alegre, activo, como el que Dios le había otorgado a él...».

—¿Y yo? ¿eh? ¿qué tal vengo yo, señor Benítez?

—Magnífico, magnífico también; *hecho un pollo*.

—¡Ya lo creo!

—¿Y este *galápago*? Este *galápago* que ya va siendo viejo, ¿qué tal? —Y daba palmatitas en la espalda de Mesía—. Este sí que parece un chiquillo.

También en *Fortunata y Jacinta* (1885-1887) de Galdós: «¡Pobre mujer! Y si viera usted qué guapa era cuando *polla*».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *alelado*, *alicaído* y *mojado* y con los verbos *correr* y *tiritar*.

Pollo genera, metafóricamente, un derivado verbal (*pollear*), un compuesto sintagmático (*pollo pera*) y una locución verbal (*sudar como un pollo*). POLLEAR es «dicho de un muchacho o de una muchacha: Empezar a hacer cosas propias de los jóvenes». Está documentado por primera vez en los *corpora* académicos, en *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898) de Ángel Ganivet: «Don José buscaba ante todo la hombría de bien, y por su gusto las hubiera casado con dos medios novios que tuvieron en Sevilla, donde estaba destinado cuando las niñas comenzaron a *pollear*».

POLLO PERA★ es el «joven elegante y refinado, que raya en lo curso» (en la edición manual del diccionario académico de 1985; desaparece en la edición de 1992). Recoge este compuesto Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Niñato, *pollo bien* (Joven presumido, atildado... de familia con dinero y estudios versión contemporánea del *petimetre* del XVIII, del *pisaverde* del XIX, del *elegante* de tiempos de nuestros abuelos y del *niño pitongo* de nuestros padres)».

Está documentado el compuesto en los *Romances del 800* (1929) de Fernando Villalón: «Anoche Maruja / con un *pollo pera* / flirteaba un poco / después de la cena». También en las memorias de Baroja: «Luego dijo de mí en vista de la facilidad con que había saltado la verja, que era un pollo pera. Un *pollo pera* de más de sesenta años». *Pera* significaba «mucho dinero». En efecto, según el *Diccionario de Autoridades*, «metafóricamente se toma por caudal o cantidad de dinero». Quizás porque el peral es un árbol muy productivo. De ahí también la expresión *Es la pera*.

SUDAR COMO UN POLLO es una locución verbal que significa «sudar mucho». La primera documentación es del XIX: está en los *Artículos* (1839) del Duque de Rivas. «Y porque está ya ronco y *sudando como un pollo*, se contentan los concurrentes con que les dé por fin algo de la Marcela».

4.1.177. *Es un capón*. El capón es el «pollo que se castra cuando es pequeño, y se ceba para comerlo». Metafóricamente, es «dicho de un hombre o de un animal: castrado». Es palabra del lenguaje de la germanía (*Léxico del marginalismo*): «cantante de coro en las iglesias al que extirpan los órganos de masculinada a fin de conservar la pureza de la voz». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Descojonado, capado, castrado; eunuco o espadón... Es ofensa frecuente en el teatro y la novela de los siglos áureos, tan deshonorosa como la de cabrón».

La palabra procede del latín vulgar **CAPPONE* (en latín clásico, *CAPONE*). La primera documentación está en el *Libro de los fueros de Castiella* (a. 1284): «El con-ducho sobre dicho que los deuyseros deuen tomar afforado en la behetría d'este preçio lo deuen pagar. En Castiella, por la gallinna, tres dineros, et por el ánsar, quatro dineros, et por el *capón*, tres dineros» [*conducho*: «comestibles que podían pedir los señores a sus vasallos»; *devisero*: «hidalgo poseedor de devisa —tierra sujeta a señorío—»; *behetría*: «población cuyos vecinos, como dueños absolutos de ella, podían recibir por señor a quien quisiesen»].

El sentido metafórico ya está en *La Lozana Andaluza* (1528) de Francisco Delicado: «Lozana. —Quiero que vos seáis mi hijo, y dormiréis conmigo. Y mirá no me lo hagáis que ese bozo d'encima demuestra que ya sois *capón*. Rampín. —Si vos me probásedes, no sería *capón*». Hay un texto curioso en el que aparece *capón* referido a lo que hoy conocemos como «castrati»: «Leyose una petición de un niño *capón* de Cifuentes en que pide ser examinado y siendo útil se le dé manto de mozo de coro» (*Documentos sobre música en la catedral de Sigüenza*, 1600-1713).

4.1.178. *Es un pipiolo*. *Pipiolo* es «principiante, novato o inexperto» y «niño, muchacho». En latín, *PIPIONE* significaba «pichón, polluelo». Es decir, es un caso en el que el sentido original no ha pasado al español. En el *Diccionario de americanismos*, aparece como denominación del «miembro del Partido Independentista Puertorriqueño», y procede de la sigla del Partido Independentista Puertorriqueño, con un evidente guiño al animal, como se desprende del texto que cito más abajo. Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995).

La primera documentación está en la *Historia de Curicó* (1845) del historiador chileno Tomás Guevara, con su sentido político ya metafórico: «Quería, por otra parte, imitar a Portales ejerciendo el principio de autoridad por medio de la supeditación de la voluntad de sus gobernados y la transgresión de sus derechos y de la ley; persiguiendo a *pipiolos* o liberales como a enemigos del estado». Como «miembro de PIP», se usa en Puerto Rico; en el siguiente texto se explica la relación con el otro sentido metafórico: «De hecho, Muñoz se refería a los independentistas cínicamente con el epíteto de *pipiolos*, que significa pichón, polluelo, novato o inexperto y así se llaman a sí mismos los miembros del PIP» (Margarita Ostolaza Bey, *Política sexual en Puerto Rico*, 1989).

Con el sentido de «inexperto», está en un texto de Arniches. «Pues si oye usted a Aurorita Méndez..., ¡qué horror! Decía que no sabe qué atractivo tiene usted para que la asedien tantos *pipiolos*» (*La señorita de Trevélez*, 1916).

4.1.179. *Es un pavo / es una pava / es un pavo real**. [pavonear] [pavear] [pavitonto] [pavisoso] [pavoneo] [pavisorería] [edad del pavo]

El *pavo real* sabe que es la más galana de todas las aves,
y dónde reside su belleza también lo sabe,
y por ello se engríe y se hace el presumido, se da tono con sus plumas, que aparte de colmarlo a él de ornato,
infunden también miedo a los extraños... Se da cuenta cuando es elogiado
y, exactamente igual que un muchacho hermoso o una mujer bonita
exhibe la parte más distinguida de su cuerpo,
justo así también el *pavo real* levanta las plumas en orden y en fila unas tras otras...
(*Historias de animales*, Claudio Eliano)

El pavo es un «ave del orden de las galliformes, oriunda de América, más grande que la gallina...». Su nombre científico es *Meleagris gallopavo*. Metafóricamente, es muy polisémico. Es la «persona sosa o incauta»; un *polizón* (Bolivia, Chile, Panamá y Perú); la «persona que entra en un espectáculo público sin pagar» (Bolivia y Ecuador). Según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona que viaja sin pagar en un autobús público con el consentimiento del conductor» (Panamá); un «hombre que vive de la prostitución de mujeres» (Cuba); un «hombre con muchos amores» (Guatemala); «una persona que está en la adolescencia» (República Dominicana, Venezuela y Paraguay); «una persona lista y astuta» (Guatemala, Honduras y Costa Rica); «persona distraída» (Chile); «persona grosera y maleducada» (El Salvador). Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Bobo, ingenuo; persona excesivamente crédula y bienpensada; sujeto soso, desmañado y sin gracia. Pavitonto, necio, estúpido».

La palabra procede del latín PAVUS. La forma antigua y propiamente castellana es *pavón* (DE PAVO, PAVONIS), documentada por primera vez en el *Libro de buen amor* (1330-1343) de Hita: «Al *pavón* la corneja vídol fazer la rueda». Ambas formas designaron al pavo real (llamado también «pavo de Castilla» o «pavo de España» en los narradores de Indias) hasta la introducción del ave americana después del descubrimiento del nuevo mundo. Así en la *Suma de geografía que trata de todas las partidas y provincias del mundo* (1519) del conquistador sevillano Martín Fernández de Enciso: «Hazen de plumas de papagayos y de *pavos* y de otras aves que ay en aquella tierra, unas como diademas grandes, que se ponen las señoras en las cabeças».

A principios del xx, ya lo encontramos como «soso»: «Ricardo. —No seas *pavo*... Déjalo que se arregle. Nos divertiremos un rato» (Florencio Sánchez, *Los*

muertos, 1905). También está en los *Recuerdos de niñez y de mocedad* (1908) de Unamuno: «Fui mi primer maestro... y armado de una larga caña que le valió el sobrenombre del *pavero*. Los *pavos* éramos nosotros, naturalmente; ¡y tan *pavos*!».

La *pava* es la «hembra del pavo» y, metafóricamente, la «mujer sosa y desgarrada». Según el *Diccionario de americanismos*, es la «mujer con varios novios» y la «persona audaz, lista, habilidosa» (Guatemala y Honduras); también, la mujer «sexualmente desinhibida» (Guatemala). En Canarias, es una «mujer muy gruesa que se mueve con dificultad» (también *camastrona*, *culipayo*, *tonina*, *troyana*). El sentido metafórico es también tardío. Está en el cuento del costarricense Magón (Manuel González Zeledón) *La propia* [*La propia y otros cuentos*] (1910): «Pero de onde saca... murmuraba Engracia. —¡Callate, *pava*! ¡Lo que es en otra, ensebate vos y que ese fantasioso se encomiende a las ánimas! ...». También está en *La cabeza del cordero* (1949) de Francisco Ayala: «Muy, muy *pava* era la pobre María Jesús; buena, sí, como el pan»; «Si eres una *pava*, más que *pava*, imbécil. Se había burlado de ella, había remedado su actitud pacata».

El PAVO REAL★ es un «ave del orden de las galliformes, oriunda de Asia... el macho... tiene el plumaje azul y verde con irisaciones doradas, y un penacho sobre la cabeza. En época de celo despliega en abanico su larga cola, de vistoso diseño, para atraer a las hembras, que son más pequeñas, de color ceniciento y cola reducida». Aunque el diccionario académico no recoge ningún significado metafórico, está bastante extendido el significado de «persona vanidosa».

La primera documentación está *Cancionero de Juan Fernández de Íxar* (a. 1424-1520), ya con referencia metafórica: «Vanagloria la qual es contrario vicio a la virtud de magnanidad... E a queste vicio de vanagloria se puede apropiar al *pavo*, el qual es tan lleno de vanagloria, que todo el su deleyte non es sinon reguardarse a las plumas, e faze gran rueda de las plumas de la cola, por tal que todo onbre las loe». Juan de Pineda, en sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589), se asombra de que la naturaleza en los animales haga a la pareja (macho / hembra) tan diferente a los humanos (toda una lección de sexismo):

El ser el *pavo* tan ambicioso por parecer hermoso, no lo siendo la pava, es contra lo que la naturaleza humana bien regulada, dicta deber hacerse: que es andarse el hombre cubierto con cualquiera cosa, pues la majestad de su cara y de su disposición y brío personal le dan a estimar..., porque la mujer es animal imperfecto y para suplir muchas faltas ha menester muchas mengías [«medicina, remedio»] de vestiduras y de unturas, y por eso dan dineros por que se quieran casar con ellas.

En el XIX, la metáfora ya parece de uso normal: «Pero vuelve la cabeza hacia este lado y dime por tu vida si has visto jamás un *pavo real* más hueco y envanecido que aquel de la levita verdosa, que viene hablando en tono ministerial con aquellos tres pobretes, los cuales al parecer aprueban todo cuanto va diciendo» (Sebastián de Miñano, *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional*, 1820-1823). Tam-

bién está en *La Regenta* (1884-1885) de Clarín: «doña Rufina reinaba y no gobernaba en aquella sociedad tan de su gusto, donde canónigos reían, aristócratas fatuos *hacían el pavo real*, muchachuelas coqueteaban, jamonas lucían carne blanca y fuerte». En *La tía Julia y el escribidor* (1977), Vargas Llosa escribe: «Todo listo, Varguistas —dijo, *orgulloso como un pavo real*—. El alcalde de Grocio Prado está haciendo el acta y preparando el certificado». A principios del siglo xx, en un manual de enseñanza, aparece en una enumeración de comparaciones: «Come como un trabuco. *Se engríe como un pavo*» (Juan Benejam, *La escuela práctica: obra destinada a promover la enseñanza*, 1904-1905).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *colorado*, *gordo*, *orgulloso*, *rojo* y *sobrado* y con el verbo *hincharse*.

En el *Diccionario de los símbolos* de J. Chevalier, podemos leer: «Aunque gustosamente hacemos del pavo real imagen de la vanidad, este pájaro de Hera (Juno), la esposa de Zeus (Júpiter), es ante todo un símbolo solar; corresponde al despliegue de su cola en forma de rueda... En la tradición cristiana, el pavo real simboliza también la rueda solar y por esta razón es signo de inmortalidad; su cola evoca el cielo estrellado».

Pavo genera dos derivados verbales (*pavonear* y *pavear*), dos derivados sustantivos (*pavoneo* y *pavisorería*), dos compuestos léxicos (*pavitonto*, *pavisoso*) y un compuesto sintagmático (*edad del pavo*). PAVONEAR es «hacer vana ostentación de su gallardía o de otras prendas», definición que deriva de la increíble, por deliciosa, del *Diccionario de Autoridades*: «Hacer ostentación presuntuosa de las prendas, especialmente de la gala y gallardía en el andar». Está por primera vez en la *Segunda parte del Abecedario espiritual* (1530) de Francisco de Osuna: «solteros y holgazanes, passeándose como ginovés y *pavoneando* por casa viendo que los otros trabajan». En el *Diccionario de americanismos* está el verbo PAVEAR, como «hacer o decir cosas tontas o poco inteligentes» (República Dominicana, Bolivia, Argentina y Uruguay): «Sentís eso en esta etapa de la vida, seguramente años atrás habrás vivido de otra manera el trabajo. María: ¿Sabés que no? Siempre disfruté más del mundo de los afectos, me gusta mucho leer, escribir, *pavear*...» (Diario El Clarín, Teatro: «Entrevista con Rita Cortese y María Leal», 09 / 09 / 2004).

El sustantivo postverbal PAVONEO («acción de pavonear») se documenta por primera vez mucho más tarde: «aunque nuestra poca práctica pluma le dé tanto *pavoneo*, los parientes se reunieron en consejo de familia» (Eugenio Noel, *Las siete cucas*, 1927). PAVISOSERÍA*, no recogida en el diccionario académico, también está en Galdós: «no tengo carácter, todos se han aprovechado de mi *pavisosería* para explotarme» (*La de Bringas*, 1884).

Lo mismo que *pavisoso*, PAVITONTO es un compuesto de *pavo* y *tonto*: «necio, estúpido» (no tenemos documentación en los *corpora* académicos). PAVISOSO, compuesto de *pavo* y *soso* es «bobo, sin gracia ni arte». Lo recoge por primera vez el

diccionario académico en su edición de 1927. Ya antes está en Galdós: «Si esta *pavisosa* —pensó Santa Cruz mirándola también—, viera con qué donaire se sienta en un puff Sofía la Ferrolana» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887).

La EDAD DEL PAVO es «aquella en que se pasa de la niñez a la adolescencia, lo cual influye en el carácter y en el modo de comportarse». Aparece en el siglo XIX: «Ahora —dijo D. Diego—, baila el chico peor que el año pasado que el año pasado, porque está en la *edad del pavo*: edad insufrible, entre la palmeta y el barbero» (Juan Valera, *El comendador Mendoza*, 1877). Según el *Diccionario de argot* de Espasa, «ya que se considera como un período donde el joven inicia sus primeros amoríos y, por ello “se vanagloria” o “muestra su cola” como un pavo».

4.1.180. *Es un guajolote*. El *guajolote* es el pavo en El Salvador, Honduras y México. Metafóricamente, es «persona tonta» (México) y, según el *Diccionario de americanismos*, «individuo zángano, bobalicón, estúpido» (Puerto Rico), además de «pavo», *chompipe*.

Es palabra nahua (*huexolotl*: *huey*, «grande», y *xolotl*, «paje»; pavo que corteja a la hembra prolongadamente). Está, con la forma *huexolote*, en la *Crónica mexicana* (1598) del historiador de Indias Hernando de Alvarado Tzozómoc, según el *Diccionario etimológico castellano e hispánico* de Corominas-Pascual. Con la forma *guajolote*, la primera documentación está en el *Lazarillo de ciegos caminantes* (c. 1775) del peruano Concolorcorvo (Alonso Carrió de la Vandra): «Si Montezuma y el último Inca mandara[n] a sus asquerosos vasallos que pagasen por cada piojo que se les encontrase en su cuerpo un *guajolote* o cuy, procurarían aumentar esta especie tan útil y sabrosa, y casi aniquilar la asquerosa, impertinente y molesta». Sobre el nombre de este animal, escribe José Moreno Villa (*Cornucopia de México*, 1940):

Respecto al *guajolote*, tampoco su nombre es de exportación. Si en español tenemos la voz «pavo» ¿para qué adquirir esta otra? Además, estos vocablos terminados en «ote», tan mexicanos, tan aztecas, son desconcertantes para los españoles, porque con tal terminación significamos desdén hacia lo basto, desproporcionado y desmañado. Así decimos *librote*, *mazacote*, *muchachote*, *niñote*, *brutote*.

La palabra azteca *huexólotl*, de la cual por adaptación viene *guajolote*, está llena de sentido; significa «el que come mucho», el tragón. Pero para un oído castellano suena lo mismo que si dijésemos «pavote», es decir, pavo destartado, o sea más desgalichado aún que el pavo.

Confieso que los nombres terminados en «ote», siguen siendo confusos para mí.

No hay documentación del sentido metafórico en los *corpora* académicos. En la página web Fotolog, encuentro este texto (Verovahe el 10 / 03 / 2009): «Mira Robertooo!! yo les digo como yo quiera!!! si yo decido q Alejandro es un *guajolote* de reforma entonces lo es!! si yo decido que tú eres un *guajolote* robacerdos entonces lo eres!! y de uds solo debe de salir silencio conformador y aceptador mientras me lisonjean sin parar!!»³⁶.

A cada guajolote le llega su Nochebuena es en México el equivalente del refrán español *A cada cerdo le llega su san Martín*. Está en la canción *La Revolución del 94*: «Y a cada guajolote le llega su navidad / a la gente del campo le ha llegado la hora / o se les hace justicia / o a la guerrilla se irán / Es la revolución / Es la revolución / Revolución». Era el levantamiento zapatista, la rebelión de 12 días encabezada por el grupo armado Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el 1 de enero de 1994 en el estado mexicano de Chiapas.

4.1.181. *Es un guanajo*. El guanajo es la denominación en las Antillas del pavo. Metafóricamente es, en Cuba y República Dominicana, una persona «boba, tonta». El *Diccionario de americanismos* amplía a México los países en los que tiene ese valor. Añade el significado «persona que hace o dice algo inoportuno por imprudencia o desconsideración», solo en Cuba.

La palabra procede del arahuaco *wanašú*. Según Corominas-Pascual, la primera documentación (con la forma *guanaxa*) está en la *Historia general de Indias* (1546) de Gonzalo Fernández de Oviedo: «*guanajos*, ya en la primera mitad del S. XVI, según testimonio de Díaz del Castillo, era en Cuba la denominación de los indios caribes que todavía quedaban en libertad y fueron declarados esclavizables». A finales del XIX, ya se aplica a los hombres. Está en las *Poesías completas* (1840-a. 1862) de El Cucalambé (Juan Cristóbal Nápoles Fajardo):

Me dirás que hay espantajos,
Que son mujeres, es cierto,
Y con todo yo te advierto
Que hay también muchos «*guanajos*»
Pero, amigo, no te asombres,
Si lo que digo no sabes,
No hablo de «*guanajos aves*»,
Que hablo de «*guanajos hombres*».
... El que con mucho donaire
Porque lo envidien las chicas
Vestido de telas ricas,
... «¡*Es un guanajo!*»
El que por ser algo rico,
Mira al pobre con desprecio,
... «¡*Es un guanajo!*».

Aparece en la novela *Su único hijo* (1891) de Clarín: (Bonifacio Reyes, el marido de la protagonista, Emma Valcárcel) «Pareció en Méjico, en Puebla. Había ido a buscar fortuna; no la había encontrado. Vivía de administrar mal un periódico, que llamaba chapucero y *guanajo* a todo el mundo».

4.1.182. *Es un chompipe*★. [*el chompipe de la fiesta*★] En el *Diccionario de americanismos*, aparece como la denominación en México, Guatemala, Honduras, El

Salvador, Nicaragua y Costa Rica del pavo (también *guanajo* en las Antillas). Metafóricamente, es la «persona que se enoja con facilidad, agresiva» (Guatemala).

Parece que es una palabra de la lengua de los pipiles (relacionada con el nahua). La primera documentación está en las *Poesías* (1889-1909) del poeta costarricense Aquileo J. Echeverría: «Tengan perros; tengan gatos; / tengan vacas; tengan güeyes; / tengan mulas y cabayos / y gayinas y poyitos / y *chompipes* y carracos, / pero Dios guarde me traigan / a la casa ningún chanco» [el *carraco* es un pato pequeño]. Es curioso que Pablo Neruda, en sus memorias *Confieso que he vivido* (a. 1973), saludara de esta manera a Miguel Ángel Asturias (con énfasis en el aspecto físico, pero no con el sentido metafórico):

mi viejo amigo centroamericano, se hallaba probablemente en Buenos Aires, desempeñando un cargo diplomático de su país, Guatemala. De mutuo acuerdo nos habíamos clasificado como «*chompipes*», palabra indígena con que se designa a los pavos en Guatemala y parte de México. Largos de nariz, opulentos de cara y cuerpo, nos unía un común parecido con el succulento gallináceo.

Me vino a ver a mi escondite.

—Compañero *chompipe* —le dije—. Préstame tu pasaporte. Concédeme el placer de llegar a Europa transformado en Miguel Ángel Asturias.

En un blog de la ciudad de Granada (Nicaragua), encontramos la siguiente información sobre el apodo de una persona (*el Chompí*)³⁷:

Definición: En Costa Rica y Guatemala «Chompipe» es sinónimo de «pavo». *Chompi* es una abreviatura del sustantivo *chompipe* que usamos aquí en Costa Rica para llamar un «turkey». El apodo se le puso a Gonzalo por lo parecido que reaccionaba a un *chompipe* cuando se enojaba. El *chompipe* tiene la característica de enrojecer su cara, expandir su plumaje y sacar pecho cuando se enoja, y se enoja muy fácilmente. Pero así también se sosiega fácilmente.

EL CHOMPIPE DE LA FIESTA★, en El Salvador, es el «chivo expiatorio», el culpable³⁸. En la entrevista del periódico digital *Mediolleno.com* a Salvador Samanoa, un intelectual salvadoreño, leemos: «Si en los próximos cinco años va a ser al revés, va a ser la derecha la que va a entrapar al Frente para no darle éxitos al gobierno. *El chompipe de la fiesta* siempre somos nosotros los salvadoreños»³⁹.

En 1961 se crea, en Raudales (Chiapas), el Periódico *Chompipe*, Defensor Único de los Intereses del Pueblo⁴⁰.

4.1.183. *Es un pisco*. Es el nombre quechua (*pishku*) del pavo en Colombia y en Venezuela. Metafóricamente, en Colombia es «individuo de poca o ninguna importancia». El diccionario académico incluye ambos sentidos en la edición de 1984. *Pisco*, «aguardiente de uva», es homónimo (de Pisco, ciudad peruana en el departamento de Ica).

El sentido metafórico aparece por primera vez en *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera: «Recordóme el ejemplo de tanto *pisco* que saquea con impunidad habilitaciones, bancos...». El sentido literal lo documentamos un poco más tarde: «Había sepultado molino y carricoche, y puesto, con todo y vidrio, en lo más visible de su cuarto el par de piscos que le había dibujado Faustina» (Tomás Carrasquilla, *Hace tiempos*, 1935-1936).

Más recientemente, está varias veces en una entrevista a un bogotano (hombre de 26 años. Doctor en Derecho. Periodista) en el corpus oral del *Crea*: «Lo que pasa es que Mario Rivero está escribiendo hace más tiempo que Cobo. Sin embargo, es un *pisco* que promete muchísimo, ¿no?».

4.1.184. *Es una chachalaca*. La *chachalaca* es un «ave galliforme de plumaje café verdoso y vientre blanco. Es voladora y vocinglera», en América central y México. Su nombre científico es *Ortalis canicollis*. Metafóricamente, es la «persona que habla en demasía».

Es una palabra nahua, *chachayaut*, que significa «hablar mucho». Ya está en la *Crónica de la Nueva España* (1560) de Francisco Cervantes de Salazar, con género masculino: «El *chachalaca*, que, por ser tan vocinglero, los indios le llaman así; tiene tal propiedad que, pasando alguna persona por do está, da muy grandes gritos». En *Adn Político.com* (15 / 03 / 2012) podemos leer este ejemplo de uso metafórico: «Ya pasaron 6 años de que Andrés Manuel López Obrador le dijera al entonces presidente Vicente Fox “cállate *chachalaca*”, frase que persiguió al tabasqueño durante la elección presidencial de 2006»⁴¹.

4.1.185. *Es una guacharaca*. En Colombia y Venezuela es un «ave vocinglera del orden de las Galliformes». Metafóricamente, es *cotorra*, «una persona habladora».

La palabra procede del cumanagoto (lengua del Caribe). La primera documentación está en *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589) del militar y escrito español, capellán en Cartagena de Indias, Juan de Castellanos: «Y por Atagen y ave fasíaca / Otra de más sabor y mejor gracia / Que por allí se llama *guacharaca*, / Domésticas y bravas muchas aves, / Ningunas más gustosas ni suaves». En un blog titulado *Lo que un pedagogo infantil puede enseñar*, leemos:

La *guacharaca* debe su nombre a una onomatopeya de su canto ruidoso. Es un ave estrepitosa a tal punto que se le da también ese nombre, «en sentido familiar, a la mujer que habla mucho y en desgarrada voz» (Picón, 1964 [1912]: 181). La mayor parte del día no se sienten, pero al anochecer, en la madrugada y al amanecer su griterío rimado se hace sentir con frecuencia⁴².

En la página de contactos *Datanta Venezuela*, aparece el siguiente anuncio (también con la metáfora animal de *cuaima*): «Busco hombre serio balco o moreno

delgado no barrigones de 38 a 40 años. relación seria —Distrito ... dice: hola no sigas buscando esa mujer soy yo me gusta hablar demasiado *paresco una guacharaca loca* hablando soy divertida y romántica soy hasta *cuaima*»⁴³.

4.1.186. *Es un andarríos*★. Es un «ave limícola del orden de las caradriformes, de unos 20 o 30 cm de longitud». En la definición de la edición anterior del diccionario académico se añadía: «de figura grácil y cola larga que sacude continuamente». Metafóricamente, en el lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*), es un «hombre cuyo oficio consiste en llevar incautos a los tablajes o casas de juego para que los tahúres redomados con los que está de acuerdo los desplumen con facilidad». La primera documentación de los dos sentidos está en el siguiente texto:

Llaman también a estos que traen gente a los tablajes, para que se desuellen encerradores; y tengo para mí ser el nombre que más de lleno les cuadra; porque, hablando propiamente, las casas de juego son unos crueles mataderos donde mueren tristemente los tahúres. Otros los llaman *andarríos*, aludiendo a ciertas avecillas que andan en los arroyos y en los ríos y aguas de la mar, cuya agudeza es notable, sustentándose de comer pececillos pequeños o camarones; de donde, como andan en sus pesquerías, nunca hacen asiento ni reposan. (Francisco Luque Fajardo, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, 1603)

4.1.187. *Es un (cabeza de) chorlito* (LAS AVES LIMÍCOLAS). Las aves *limícolas* son las que viven en el limo, barro o lodo. El diccionario académico cita como prototipos del grupo al *chorlito*, la *avefría* y la *chocha*. Forman parte de las *caradriformes* (del griego *χαρᾱδριός*, «chorlito» y *-forme*, «forma») junto con las *gaviotas* (que la estudiamos en el grupo de las palmípedas) y las *alcas*.

El chorlito es un «ave limícola de unos 25 cm de largo, patas largas, cuello grueso y pico corto y robusto». El *Diccionario de Autoridades* dice de ella que «es comida mui regalada». Su nombre científico es *Pluvialis apricaria*. Metafóricamente, *cabeza de chorlito* es la «persona ligera y de poco juicio».

La palabra es una onomatopeya de la voz del ave. La primera aparición en la lengua española es en el *Libro del caballero y del escudero* (1326) de don Juan Manuel: «Otras [ay] que se mantienen alas vezes en el agua et a las vezes en el seco, así commo las garças pardas et blancas et rubias... et çigunnuelas et *chorlitos* et todas las aves menudas del agua que son de natura desto». La expresión metafórica es principios del XIX. Está por primera vez en *El sí de las niñas* (1805) de Moratín:

Doña Francisca

Mamá, no se enfade usted.

Doña Irene

No es buen empeño de... ¿Y te parece a ti que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?... ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa *cabeza de chorlito*?... ¡Perdóneme Dios!

Doña Francisca
Pero... Pues ¿qué sabe usted?

Carlos Coello, madrileño y diplomático de profesión, en sus *Cuentos inverosímiles* (1872-1878), hablaba así de las costumbres de las madrileñas: «y no es cosa de que las mujeres madrileñas permanezcan indiferentes a toda reunión de personas donde no se baile o se pasee en coche, dando así la razón a los que las tildan de superficiales, ligeras y cabezas de chorlito». En alguna ocasión, en textos americanos, aparece la metáfora referida al animal (no solo a su cabeza): «Muchigay desde ese día se eclipsó de Valdivia, donde no encontró *chorlitos* a quienes embaucar» (Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado*, 1882); «Y son los intelectuales, los cerebros, el núcleo mismo de esta civilización occidental, los que primero han sucumbido, como *chorlitos*. Atención, mi querido doctor Sábato!» (Ernesto Sábato, *Abaddón el exterminador*, 1974). Más tarde, Ramón Pérez de Ayala, en su novela *Tigre Juan* (1926), enhebra esta doble animalización: «La misma noche, doña Mariquita, con manteleta y capota de vestir, se presentó en casa de Tigre Juan. Estaba aturdida y trémula, como un *chorlito* a la vista de una *serpiente*».

4.1.188. *Es un pato* (LAS PALMÍPEDAS). [*patoso*] [*patito feo*★] [*pato cojo*★] [*pato malo*★] [*pato mareado*★] [*pato de la boda*] [*pato de (toda) boda*★] [*edad del pato*★] [*hacerse el pato*] Las palmípedas son «las aves que tienen los dedos palmeados, a propósito, para la natación». El diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo al *ganso*, al *pelicano*, a la *gaviota* y al *pájaro bobo*. Así aparecen definidas el *cisne*, la *gaviota* y el *pato*.

El grupo de las palmípedas está formado por el *pato*, el *ganso* (y su homónimo *gansarón*), el *pingüino*, el *cisne* y la *gaviota*.

El significado metafórico predominante es, frente a otros grupos, de tipo físico: son las personas «torpes» (*pato*, *ganso*), «flacas» (*gansarón*) «bajas de estatura» (*pingüino*). Del ámbito psicológico, el *pato* es la «persona sosa»; y del ámbito moral, la *gaviota* es el «gorrón» (México). Finalmente, un ave elegante, el *cisne*, es el «poeta».

El *pato*, el *ganso* y la *gaviota* son muy polisémicos. Un *pato* es la «persona sosa, sin gracia, patosa»; un «hombre afeminado» (Antillas, Nicaragua y Venezuela); la «persona víctima de burlas y groserías» (Ecuador); «hombre homosexual» (Estados Unidos, Cuba, Puerto Rico y Perú); la «persona que asiste a un evento sin ser invitada o sin pagar», la «persona que está donde no debe» y la «persona que va en el puesto trasero de una motocicleta» (Colombia); finalmente, un «hombre cuyo nombre no se recuerda o no se quiere mencionar» (Perú).

Las primeras documentaciones son medievales, excepto *pingüino*, que es del XVIII, y *gansarón*, que es del XX. Los significados metafóricos son modernos, excepto el de *ganso* (XV) y el de *cisne* (el XVI).

De todas ellas solo el *pato*, el ave más frecuente, ha dado compuestos y fraseología: *pato cojo*, *pato malo*, *mareado*, *patito feo*, *pato de la boda*, *la edad del pato*, *hacer alguien el pato*.

Un pato es un «ave palmípeda..., con el pico aplanado y patas cortas». En la edición anterior del diccionario académico aparecía la siguiente información: «Su cuello es corto, y también los tarsos, por lo que anda con dificultad... Se encuentra en abundancia en estado salvaje y se domestica con facilidad». Metafóricamente, es la «persona sosa, sin gracia, patosa»; en las Antillas, Nicaragua y Venezuela es «hombre afeminado»; también en Cuba (*El habla popular cubana*), «homosexual» (= *cangrejo*, *ganso*, *pájaro*, *pargo* y *yegua*). En Ecuador, es la «persona víctima de burlas y groserías». En el *Diccionario de americanismos* también aparecen los siguientes significados metafóricos en Colombia: «persona que asiste a un evento sin ser invitada o sin pagar», «persona que está donde no debe» y «persona que va en el puesto trasero de una motocicleta». También recoge un significado curioso en Perú: «hombre cuyo nombre no se recuerda o no se quiere mencionar».

La palabra es onomatopéyica, «por alusión al andar pesado de este animal» (Corominas-Pascual). La primera documentación está en el *Vocabulario español-latino* (1495) de Nebrija: «Patico hijo de *pato*. pullus anserinus».

Como «torpe», aparece en *El Jarama* (1956) de Sánchez Ferlosio: «La cogió Santos por las manos y tiraba hacia arriba, pero ella no conseguía levantarse, de tanta risa que le daba. —¡Qué *pato* soy! —repetía feliz». El sentido de «homosexual» está en la novela *En la casa del pez que escupe el agua* (1985) del venezolano Francisco Herrera Luque: «—Es que ese muchacho, Misia Josefina, tiene que *haber salido pato* como el papá. Qué hombre que no lo sea, deja el pelero con una muchacha como Rosarito. *Ese hombre es pato*, Misia Josefina, y que Dios me perdone si yerro». También en la novela *Felices días tío Sergio* (1986) de la puertorriqueña Magali García Ramis: «Sí hombre, *pato*, *le salió pato* ese muchacho a la pobre Tati Almeyda... Le decían ‘muchacha’, a él que no era *pato* ni afeminado ni nada».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *caminar*, *moverse* y *sudar*.

Pato genera, con sentidos metafóricos, un derivado adjetivo (*patoso*), siete compuestos sintagmáticos (*patito feo*, *pato cojo*, *pato malo*, *pato mareado*, *pato de la boda*, *pato de (toda) boda* y *edad del pato*) y una locución verbal (*hacerse el pato*). *PATOSO* es la persona «que, sin serlo, presume de chistosa y aguda» y la persona «inhábil o desmañada». Está en *Fortunata y Jacinta* (1885-1887) de Galdós: «Feo, tonto —le dijo aguzando la jeta cuando le vio sentarse en la mesilla de pino de la cocina—. Acusón, *patoso*... memo en polvo».

El *PATITO FEO** es un compuesto sintagmático que, en relación a un grupo de personas o cosas, «se aplica a alguien o algo que es despreciado o menos valorado que el resto», según el *Diccionario de uso del español* de María Moliner (el compues-

to está ausente del diccionario académico). El cuento de *El patito feo* (*Den grimme Ælling*) de Andersen fue publicado en 1843 y ha dado lugar a la expresión metafórica que no está recogida en los diccionarios. El sentido metafórico está en *Tres tristes tigres* (1964-1967) de Cabrera Infante:

Livia y Laura eran más que compañeras de cuarto, amigas ahora y salían juntas a todas partes y trabajaban juntas. (Livia, con una rara habilidad, convirtió a Laura del *patito feo* de la provincia: demasiado alta, demasiado flaca, demasiado blanca para Santiago, en un cisne de Avon Inc: ahora era modelo publicitaria y maniquí de modas y adorno de revistas y periódicos...

Se ha convertido en un punto de referencia recurrente en nuestra cultura:

Uno de los temas preferidos por la literatura es el del *patito feo*. Una mujer fea que logra la metamorfosis total y se convierte en guapa provoca inmediata fascinación en la gente. Desde obras teatrales como Pígalión hasta películas como *Pretty Woman* o series televisivas como *Betty*, la fea, la historia de mujeres que se sofistican y cambian hasta llegar a tener un atractivo innegable siempre obtiene el favor del público. Nadie interpreta la presión sobre los pobres patitos aspirantes a cisnes como un atentado contra su libertad personal. A todo el mundo le parece normal que chicas sin encanto se esfuercen al máximo por conseguir dejar atrás sus limitaciones... (Alicia Giménez Bartlett, *La deuda de Eva. Del pecado de ser feas y el deber de ser hermosas*, 2002)

Se aplica, incluso, a instituciones: «La urgencia ha sido siempre el “*patito feo*” de cualquier hospital» (*El Mundo*, «Un tercio de los españoles acude cada...», 20/04/1995).

El PATO COJO★ es el «político no importante» (no recogido por el diccionario académico): «Si estuviésemos en Estados Unidos, no hay duda de que usaríamos hoy para el honorable Berlusconi el epíteto de “lame duck”, *pato cojo*, es decir, el de un personaje que está ya a punto de quedar políticamente fuera de juego» (*La Vanguardia*, «Revista de prensa», 21/07/1994).

El PATO MALO★ es, en Chile, el «delincuente». La expresión PATO MAREADO como «torpe» no se recoge en el diccionario académico. Está en los *Juegos de la edad tardía* (1989) de Luis Landero: «¡Y qué mal baila este hombre! Parece un *pato mareado*».

El PATO DE LA BODA★ es, según el *Diccionario de americanismos*, la «persona que paga las consecuencias de algo de lo que no es responsable» (Chile, Bolivia, Argentina y Uruguay). EL PATO DE (TODA) BODA★ es, en Ecuador, la «persona que se las arregla para ir como invitado a todos los convites».

LA EDAD DEL PATO★, en Hispanoamérica, es variante de la *edad del pavo*. Está en *Conversación en la catedral* (1969) de Vargas Llosa: «—Yo lo haré entrar en razón, Zoila, tú no te metas —dijo don Fermín—. Está en la *edad del pato*, hay que saber llevarlo. Riñéndolo, se enterará más».

HACERSE PATO, en México, es «hacerse el tonto».

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge algunos referidos a este animal: «*Kanta el pato entre los zisnes*. El ke mal kanta»; «*Primero kaerá el pato en otro korrál*. Dicho al ke se tarda i deskuida en la pretensión o rremedio de algo, i avisa el kuidado: no nos gane otro por la mano»; «*Hazerse pato de agua*. Por: moxarse mucho. *Hecho un pato*, por: mui moxado».

La expresión *pagar el pato* no tiene nada que ver con el animal: es la pronunciación antigua de *pacto*. Significa «padecer o llevar pena o castigo no merecido, o que ha merecido otro».

4.1.189. *Es un ganso*. [gansada] [hacer el ganso] [hablar por boca de ganso★] El ganso es «ave palmípeda, semejante al pato pero de mayor tamaño». Su nombre científico es *Anser anser*. Es una palabra, metafóricamente, muy polisémica: «persona tarda, perezosa, descuidada»; «persona malcriada, torpe, incapaz», «persona patosa, que presume de chistoso y agudo, sin serlo», «entre los antiguos, ayo o pedagogo de los niños»; «homosexual» (Cuba); «persona codiciosa» (Ecuador). En el *Diccionario de autoridades*, es «hombre alto y desvaído y es lo mismo que gansarón». Según el *Diccionario de americanismos*, es «víctima de un robo» (El Salvador, como palabra de la delincuencia); «persona tímida, que no participa de los hábitos y actividades de su edad» (Chile); en «persona que tiene un deseo insaciable de comer» (Perú y Bolivia); y «persona lista, buscona» (Puerto Rico). En el *Diccionario de argot* de Espasa, aparece con el significado de «mayor, de edad penal» (en el ámbito de la delincuencia). Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Se dice de la persona rústica y malcriada, torpe e incapaz, perezosa y lenta».

La palabra procede del gótico ★*gans*. La primera documentación referida al animal está en las *Poesías* (1481-1496) de Juan del Encina: «las provisiones han de valer tan barato que dos gansos, con un pato, valdrán por tres ansarones» (*ansarón* parece que es el «pollo de ganso»). Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), escribe un largo artículo de alabanza del animal:

Es el *ganso* símbolo de la centinela que hace escolta, por ser de tan delicado oído que en sintiendo cualquier ruido grazna; ejemplo tenemos en los que despertaron las guardas cuando ellas y los perros dormían, a tiempo que los franceses escalaban en Roma el Capitolio; y por eso dende en adelante los criaron en él dándoles ración del público y todos los años en tal día se celebraba esta fiesta y colgaban del Capitolio algunos perros vivos, ahorcándolos en memoria de que durmieron cuando habían de pelear (Virgilio, libro 8 Aeneid.)...

Por alusión llamamos *gansos* a los *pedagogos* que crían algunos niños, porque cuando los sacan de casa para las escuelas, o otra parte, los llevan delante de sí, como hace el ganso a sus pollos cuando son chicos y los lleva a pacer al campo.

Juan de Pineda, en sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589), cuenta la siguiente relación ser humano-animal:

De otros amores menos espantables os diré con Ateneo y con Eliano que un gallo, al cual llamaban Centauro, se enamoró de un paje del rey Nicomedes de Bitinia, que se llamaba Segundo, y que *un ganso fue muy enamorado de un mancebo*, olenio de nación, llamado Anfiloquio, lo cual también dice Plinio; y en Leucadia dice Ateneo que un pavo amó a una doncella y que, viéndola muerta, murió con ella...

Curiosamente, la primera documentación parece un sentido metafórico; está el *Cancionero de Baena* (1406- a.1435):

Vista la pregunta, sutil e perplexa,
aquel otro responde muy justa razón:
«Amigo, non puedo con mi coraçón
por ver e mirar a la que me aquexa;»
e visto cómo dixo qu'el fablar lo dexa
un poco *ganso*, [...] e cortés,
mas quando comide, que non sabe quién es,
qu'el plazer de su fabla de él se relexa.

Como «pedagogo» (cfr. arriba, en la cita de Covarrubias), está en *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos* (1603) de Francisco Luque Fajardo: «Sobre los maestros que enseñar a los tahúres: Y no dura más la obra de cuanto tardan los tahúres en congregarse a juegos de más peso, bien contra el gusto de los tales *pedagogos*, o *gansos*, así llamados por otro nombre, respeto de que cesa el aprovechamiento».

Con el sentido de «torpe» (e insulto, por tanto), ya está en el *Entremés de la elección de los alcaldes de Daganzo* (1615) de Cervantes: «Y si, por suerte, hablé mal, yo confieso que soy *ganso*, y doy lo dicho por no dicho». Después, en el teatro popular del XVIII y del XIX: «Es el demonio. ¿Qué? ¿Le parece al muy *ganso* que será su alma más larga, por ser el figurón» (Ramón de la Cruz, *La Hostería de Ayala*, 1760); «De bien a bien soy muy manso, pero... Es que no soy tan *ganso* como usted se lo figura» (Manuel Bretón de los Herreros, *El pelo de la dehesa*, 1840). También utiliza la metáfora, en varias ocasiones, el gran metaforizador de animales, Galdós: «que gobiernen las Cortes; que los *gansos de la Milicia* se paseen por las calles» (7 de julio, 1876); «en su fuero interno, decía con rabia: “¡Valiente *ganso* estás tú! Mejor te pusieras a estudiar”» (*El doctor Centeno*, 1883).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *torpe* y con el verbo *caminar*.

Ganso genera, con sentidos metafóricos, un derivado verbal (*gansada*) y dos locuciones verbales (*hacer el ganso* y *hablar por boca de ganso*). Una GANSADA es un «hecho o dicho propio de una persona gansa, patosa», documentada en el siglo XIX: «¡Bruto! no vayas a decir alguna *gansada*... mira que está delante el señor conde» (Mariano José de Larra, *No más mostrador*, 1831). Y también en Galdós: «Señores,

cuidado no hagamos alguna *gansada*. Los ingleses son muy ceremoniosos», «y te entretuviste con las mojigangas y *gansadas* de los masones, que según ellos dicen, hacen» (*La batalla de los Arapiles*, 1875).

HACER EL GANSO es «hacer o decir tonterías para causar risa». Como sinónimos, están *hacer el indio* y *hacer el oso*. Según el *Diccionario de dichos* de Espasa: «Al parecer, son los gansos aves extremadamente memas». Son expresiones sinónimas *hacer el indio* («se refiere a la impresión extraña que en los españoles que llegaron a América causaban los atavíos y comportamientos de los indígenas») y *hacer el oso* («alude a esos plantígrados que los cingaros paseaban por los pueblos y que bailaban y hacían todo tipo de monadas, o mejor, osadas, al son de la música»).

HABLAR POR BOCA DE GANSO*. Esta expresión no aparece en el diccionario académico. Es, según el *Diccionario de uso de la lengua española* de María Moliner, «decir cosas inspiradas por otra persona»; «manifestarse de acuerdo con la opinión de otro». En el *Diccionario de dichos* de Espasa, se define y explica así:

Habla por boca de ganso quien repite las palabras o las opiniones de otro. «Tú nunca tienes tu propia opinión. Repites todo lo que oyes, todo lo que lees y todo lo que te cuentan; hablas siempre por boca de ganso». Varias son las explicaciones que se han dado del dicho. La más simple alude al comportamiento de los gansos, que, en cuanto grazna uno, graznan todos. Otra interpretación aludiría a la repetición de algo que otro ha escrito. Sabemos que las mejores plumas para escribir eran, precisamente, las de ganso. La tercera explicación se basa en que en el siglo xvii se llamaba gansos a los preceptores o ayos de los niños, que iban detrás de ellos a todas partes, como los polluelos del ganso. Los discípulos, claro está, repetían lo que sus maestros les enseñaban.

Lo recoge el maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627): «Hablar —o xugar— por ganso... o kon ganso es: tener al lado kien diga i advierta». En el *Diccionario de refranes* de Espasa, *pato, ganso y ansarón*, tres cosas sueñan y una son es «burla contra los que usan muchas palabras para significar lo mismo». Aparece documentado por primera vez en *El viaje entretenido* (1603) de Agustín de Rojas: «Lo que me saca de Toledo con tanta brevedad son tres cosas: gusto, interés y fuerza: *pato, ganso y ansarón, que tres cosas sueñan y una son*».

4.1.190. *Es un gansarón*. El *gansarón* (de *ganso* y *ansarón*) es un «ansarón» («pollo del ganso») y «ganso bravo». Metafóricamente, es un «hombre alto, flaco y desvaído». Recoge la palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Llámanse así por la torpeza en el andar y lo insufrible del graznido de estas ánades gigantes, a las que parecen imitar en el movimiento y en el mostrarse erguidos con aire desorientado, inocente y estólido».

Es aumentativo de *ganso*. No tenemos documentación en los *corpora* académicos. En Internet, en una página del Ministerio de Agricultura, aparece una obra *Pavos, patos y gansos* (años cuarenta) de Salvador Castelló: «A los quince días, los *gansarones* ya están aptos para buscarse comida por sí mismos»⁴⁴. También hay una página

dedicada a la mitología y al folklore donde, a propósito de un ungüento, podemos leer: «Añadid a la poción una pizca de tierra roja, nueve gotas de natrón, cuatro gotas de bálsamo de incienso y una gota de sangre. Combinad el conjunto con una medida igual de *grasa de gansarón* y colocad la vasija encima»⁴⁵.

4.1.191. *Es un pingüino**. [*vestirse de pingüino*] Es el nombre de un «ave palmípeda marina de la familia de las esfenisciformes, no voladora, de color blanco y negro, de gran tamaño, figura erguida y alas adaptadas para bucear, que vive en el hemisferio sur, principalmente en las regiones polares». Metafóricamente, según el *Diccionario de americanismos*, es «estudiante de enseñanza pública básica o media» (Chile) y «persona, de baja estatura» (República Dominicana).

La palabra procede del francés *pingoin* (a. de 1600; tiene un origen discutido). La primera documentación está en la *Traducción de la Descripción de Patagonia de Tomás Falkner* (1775), remitida al rey Carlos III por Manuel Machón, oficial de la secretaría del Concejo de Hacienda, que realizó la traducción: «Los únicos animales peculiares a estas islas son *pingüinos*, y avutardas, siendo sólo estos últimos comestibles». En sentido metafórico, está en *La Habana para un infante difunto* (1986) de Guillermo Cabrera Infante: «Ella me miró, miró en derredor al bar tan solitario como Laponia en invierno al que los *dos camareros que eran de veras pingüinos* hacían parecer más desolado».

VESTIRSE DE PINGÜINO es «ir con de frac». Está en la novela de Javier Memba *Homenaje a Kid Valencia* (1989): «Baillo quiso decir algo, pero un tipejo *vestido de pingüino* y con cara de soplapollas, el maitre, se acercó a ellos». También está en la comedia *Alta seducción* (1989) de la cordobesa María Manuela Reina: «¡*Hombres vestidos de pingüinos* y mujeres disfrazadas de payasos! Te lo dije la semana pasada: no vengas el martes porque no iré. ¿O no te lo dije? ... ¡Me revienta la ópera! ¡Me revientan los cursis que van a la ópera! Y, especialmente, ¡me revientas tú!».

Pingüinos es una concentración anual de aficionados a la motocicleta de todo el mundo, que se celebra desde 1982, el segundo fin de semana de cada enero (los días de más frío), durante cuatro días en la provincia de Valladolid.

4.1.192. *Es un cisne*. [*canto del cisne*]

Aristóteles dice que, en el mar de Libia, apareció una vez una bandada de *cisnes* y que se les oyó un canto, como si viniera de un coro de personas que cantan al unísono, sumamente grato, pero tristón, tanto que era capaz de hacer romper en lágrimas a los oyentes. Y asegura que al término del canto algunos de ellos aparecieron muertos.
(*Historias de animales*, Claudio Eliano)

El cisne es un «ave palmípeda, de plumaje blanco, cabeza pequeña, pico de igual ancho en toda su extensión y de color anaranjado... y de cuello muy largo

y flexible, patas cortas y alas grandes». Su nombre científico es *Cygnus olor*. Metafóricamente, es el «poeta o músico excelente». Es palabra de germanía (*Léxico del marginalismo*): «prostituta», «delincuente que confiesa sus delitos en el potro de tormento» (*gr. canario*).

La palabra es un préstamo del francés antiguo *cisne*, que a su vez procede del griego κύκνος. Aparece por primera vez en la *Biblia. Escorial* [I,j.8] (a. 1300): «Estas son las cosas que non deuedes comer de las aues. et deuedes esquiuar... bufo et mérgulo et cigueyna et *cisne*» [*bufo* era variante de *búho*; y el *mérgulo* es «una especie de ave caradriforme de la familia Alcidae...»]. El sentido de «poeta» está es la dedicatoria al Rey de *La Dragontea* (1598) de Lope de Vega: «Ocúpen-se mil *cisnes* en historias / De heroicas, y católicas hazañas / Y yo, señor, tus alabanzas diga / Mientras el sol su eclíptica prosiga». Luis Martín de la Plaza, poeta del grupo antequerano, en su soneto XCVII, dedicado «Al Licenciado Juan de Aguilar en su *Panegírico de Nuestra Señora de Monteagudo*» (*Poesías*, 1600-1625) utiliza también la metáfora: «Con tan heroica voz tu canto ordenas, / *cisne andaluz*, que tu divino acento / dudosa admiración le pone al viento, si aún canta el que sepultan las sirenas». El poeta y cronista de Indias sevillano Luis Belmonte Bermúdez, en su poema *La hispánica* (c. 1600-1618), llama a los poetas andaluces «*cisnes del Betis*». José de Valdivielso, en su *Vida, excelencias y muerte del gloriosísimo patriarca San José* (1604) escribe: «Al músico David, al real profeta, / *Dulce cisne cantor*, divino Orfeo, / De las obras de Dios sabio poeta». Gracián, en su *Agudeza y arte de ingenio* (1642-1648), habla del «coronado *cisne Garcilaso*». Y Leandro Fernández de Moratín, en sus *Poesías completas* (1778-1822), se refiere a Virgilio como «el famoso *cisne mantuano*».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *airoso* y *lánguido* y con los verbos *cantar* y *nadar*.

El CANTO DEL CISNE es, por analogía al último canto que se atribuye al cisne antes de morir, la «última obra o actuación de alguien». La primera alusión a esta expresión está en el anónimo *El baladro del sabio Merlín con sus profecías* (c. 1400-1498): «*Bien como cisne que llora su muerte quando consiste*, que la dize e la memora con aquel gemido triste, así mi mal lloraré con un suspiro profundo la vida que dexaré de aqueste cativo mundo». Procede de los versos del poeta latino Marcial (*lib. 13, ep. 77*): «*Dulcia defecta modulatur carmina lingua / Cantator cycnus funeris ipse sui*» («El Cisne en su muerte canta con lengua cansada suavemente dulces cantos»).

Por último, hay que recordar que fue una de las metamorfosis de Zeus: así conquistó a Leda, junto al río Eurotas. La primera documentación está en la *Repetición de amores* (c. 1495) de Luis de Lucena: «*Tornose entonce en cisne blanco*, cantando muy dulcemente donde la pudo engañar, y en figura de cisne conseguir su desseo».

4.1.193. *Es una gaviota**. La gaviota es un «ave palmípeda, de unos 75 cm de largo desde el pico hasta el fin de la cola... Vive en las costas, vuela mucho, es muy voraz y se alimenta principalmente de los peces que coge en el mar». Su nombre científico es *Larus argentatus*. Metafóricamente, según el *Diccionario de americanismos*, es «gorrón, persona que come, vive o se divierte a costa ajena» (México); «persona codiciosa» (El Salvador); «persona que se encarga de recoger, amontonar y cargar la caña de azúcar en el remolque» (Honduras) y la «mujer joven, aparentemente tímida, pero enamoradiza» y el «hombre homosexual» (Puerto Rico).

La palabra procede del latín GAVIA (el clásico era LARUS), quizás de origen onomatopéyico. Su primera documentación está en *El Victorial* (1431-1449), la crónica biográfica caballeresca sobre la vida y andanzas de Pero Niño, conde de Buelna, escrita por Gutierre Díaz de Games: «Ay en aquellas yslas grand muchedunbre de aves, que crían por el suelo de las yslas: palomas, e buldrejas, e alcatrazes, e gaviotas, e falcones, e codornizes, e otras aves de muchas naturas».

Como «gorrón», está en el blog *El mundo según Amaya* (19 / 06 / 2008): «No sé en sus chambas, pero en la mía a los gorriones se les dice gaviotas, y en el comedor, cada vez que alguien te quiere gorrear algo, en seguida por ahí surge un chiflido que imita el sonido de las gaviotas»⁴⁶.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *distante* y *ligera* y con el verbo *volar*.

4.1.194. *Es una paloma (las columbiformes)*. [palomilla] [pecho de paloma*]
[Juan Palomo]

Las palomas toraces son celebradas como las aves de mayor templanza sexual. En efecto, el macho y la hembra que han formado pareja, como si hubieran aspirado conjuntamente al matrimonio se pegan el uno al otro y moderan sus impulsos sexuales, y ninguno de la pareja se acercará a un lecho extraño.
(*Historias de animales*, Claudio Eliano)

Numerosas leyendas hablan de este pájaro estimado por su ternura, su dulzura y su benevolencia. En el momento de su muerte, reinas como Semíramis, se transformaron en palomas y emprendieron el vuelo.
(*El pájaro y su simbolismo*, Davy)

El ave columbiforme es la «que tiene forma de paloma» y la «de tamaño mediano, cuerpo grueso y robusto, cabeza y pico pequeño, y patas cortas». Así aparece definida en el diccionario académico —entre las más conocidas— la *tórtola*.

El grupo con significados metafóricos está compuesto por la *paloma* y sus hínimos (*palomino*, *pichón*) y la *tórtola*.

En general, los significados son positivos: la *paloma* es la «persona inocente», el *pichón* es un término para expresar cariño y los *tortolitos* son los enamorados. Pero

también el *palomo* y el *palomino* es la «persona atontada» y el *pichón* y la *tórtola* es la «persona inexperta».

Paloma es un término muy polisémico: «persona de genio apacible y quieto»; (en la política) el «partidario de medidas moderadas y conciliadoras encaminadas a la paz»; un «niño delincuente, generalmente varón, que forma parte de pandillas y tiene adicciones» (Bolivia). También lo es *palomo*: «muchacho, especialmente el que es de carácter difícil» y «hombre bueno y de carácter débil» (República Dominicana); y un «hombre tonto o excesivamente ingenuo» (Uruguay); un «homosexual víctima de un delito o estafa» en el lenguaje de la delincuencia.

Salvo *pichón*, cuya primera documentación es del XVI, son palabras medievales. Los sentidos metafóricos son del XVII (*paloma*, *palomino* y *tórtola*) y del XIX (*pichón*).

Solo *paloma*, el término más frecuente, tiene derivados y fraseología: *palomilla*, *pecho de paloma*★, *Juan Palomo*.

La *paloma* es un «ave domesticada que provino de la paloma silvestre». Hay varias clases: *brava*, *calzada*, *de Castilla*, *de moño*, *de toca*, *duenda* o *doméstica*, *mensajera*, *monjil*, *moñuda*, *real*, *rizada*, *silvestre*, *torcaz*, *tropolina*, *zorita*. Metafóricamente, es la «persona de genio apacible y quieto»; también, en el ámbito de la política, es el «partidarios de medidas moderadas y conciliadoras encaminadas a la paz» (frente a *halcón*), sobre todo en la política norteamericana. Según el *Diccionario de americanismos*, es el «niño delincuente, generalmente varón, que forma parte de pandillas y tiene adicciones» (Bolivia). *Palomo* es «propagandista o muñidor muy diestro en estos oficios»; según el *Diccionario de americanismos* es «muchacho, especialmente el que es de carácter difícil» y «hombre bueno y de carácter débil» (República Dominicana); y «hombre tonto o excesivamente ingenuo» (Uruguay). En el *Diccionario El Sohez* es «homosexual». Al homosexual se le relaciona en el habla popular con ciertos animales que tienen plumas (véase *pluma* en la locución «tener pluma»). Una muestra de esta analogía es la expresión *ser más maricón que un palomo cojo* y «víctima de un delito o estafa» (en el ámbito de la delincuencia).

Su predominante carácter positivo se basaba, tradicionalmente, en la creencia de que no tiene hiel: «El *carecer la paloma de hiel*, según el vulgo —lo cual niega el filósofo, pues se la pone pegada al intestino—, la prueba ser ajena de la amargura de la ira» (Juan de Pineda, *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, 1589). Llega a simbolizar a la Virgen María y a Jesucristo: «vengo del amor vencida Do venís señora mía *paloma limpia sin hiel* más hermosa que Rachel...» (*Cancionero de Nuestra Señora*, 1591); «así después de la tormenta de la pasión, *Cristo, paloma sin hiel*, vuelve resucitado a visitar a sus discípulos» (Fray Alonso de Cabrera, *De las consideraciones sobre todos los evangelios de la Cuaresma*, a. 1598). Ya antes está este texto de Fray Luis de León: «Pues de esta misma manera notifica el Esposo a la Esposa que se han de ver entrambos en el amor. Y así le dice: Ven acá, compañera mía, que ya es tiempo que juntemos este dulce desposorio: sabed que *yo soy palomo*, y

vos habéis de ser paloma, y no de otro palomo, sino paloma mía, y amada mía, y yo amado, y compañero vuestro» (Exposición del Cantar de los Cantares, c. 1561).

La palabra procede del latín vulgar PALUMBA (clásico PALUMBES, «paloma torcaz»). La primera documentación está en el *Fuero de Uclés* (1179-1184): «LVII. Qui paloma matare o galinna». La primera documentación de *palomo* está en *La fazienda de Ultra Mar* (c. 1200) de Almerich: «E esperó Noé [.vii.] días; (e enbió el cuervo e tornó) depués enbió el *palomo* e veno a ora de viésperas e un ramo de olyva con sus fojas verdes en su boca».

Como «persona de genio apacible y quieto», ya está en los Siglos de Oro: «Cuando comencé a quererla, / que la imaginé, lo juro, / *paloma inocente* que / alterna simples arrullos» (Luis Martín de la Plaza, *Poesías*, 1600-1625). El masculino, *palomo*, también se usa con ese sentido en la germanía: «pues yo no soy ningún harpiedo, (2) Significa en germanía lo mismo que *palomo*, es decir, simple o necio» (Julián Zugasti y Sáenz, *El Bandolerismo. Estudio social y memorias históricas*, 1876-1880). Y se generaliza este uso en el siglo XIX. Gertrudis Gómez de Avellaneda lo aplica al pretendiente inocente: «No hubiera yo imaginado nunca nada tan raro como semejante deseo, de parte del pretendiente abandonado. ¡Es un *palomo sin hiel* el pobrecito!» (*El artista barquero o los cuatro 5 de junio*, 1861). Poco después, está en la novela *Frutos de mi tierra* (1896) del colombiano Tomás Carrasquilla: «—¡Pues, para que lo sepas, está más enamorada de mí que un *palomo azul*! —¡No hay tal, Galita! *El palomo eres tú... por lo cándido*».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *cándida*, *dulce*, *inocente*, *inofensiva*, *pura* y *tímida* y con los verbos *gemir* y *volar*.

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

Paloma genera, con significados metafóricos, un diminutivo (*palomilla*) y dos compuestos sintagmáticos (*pecho de paloma** y *Juan Palomo*). PALOMILLA es, también, «muchacho travieso y callejero» (Chile y Perú). Así aparece en estos dos textos de Neruda y Vargas Llosa, respectivamente: «Dos hampones en un cabaret comienzan a pelearse y el joven estudiante Pablo Neruda les increpa así: “Miserables matones, torvos sujetos, *despreciables palomillas*, dejen tranquila a la gente que ha venido aquí a bailar”» (*Confieso que he vivido. Memorias*, a. 1973); «(curita que) había venido a la capital sólo por cuatro días a gestionar un nuevo Cristo para la iglesia de su pueblo porque al anterior los *palomillas* lo habían decapitado a hondazos» (*La tía Julia y el escribidor*, 1977). También es «persona bromista y juguetona» (Perú).

PECHO DE PALOMA* en Chile es la «persona que se muestra orgullosa, arrogante, engreída».

JUAN PALOMO es el «hombre que no se vale de nadie, ni sirve para nada». Recoge el sintagma Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Es asimismo personaje histórico, casado con Juana Paloma, de la que decía la gente que no utilizaba alas para volar, sino sólo la escoba, con lo que la tildaban de bruja y sucia».

Hayrastros documentales suyos, o lo hubo antes de la guerra civil, en la ciudad castellana de Medina del Campo» (también están *Juan Bragazas*, *Juan de Aracena* —ni palabra mala ni obra buena—, *el tonto de Juan* y *Juan Lanas*). En el *Diccionario de los dichos* de Espasa, aparece la explicación y otras expresiones populares con el nombre de Juan:

Juan, como Pedro, son, por comunes, los nombres sobre los que se inventan todo tipo en personajes prototípicos, generalmente para convertirlos de depositarios de diversas cualidades, por lo general negativas. En el primer caso, baste citar a Perogrullo, a Perico el de los palotes o a Pedrules el de las bragas azules. En el caso de Juan, son abundantísimos los ejemplos: *Juan Lanas; déjalo, Juan, y no leas; Juan Palomo, yo me lo guiso, yo me lo como; Juan de la Torre, al que la baba le corre; Juan Cagao, vestido de colorao; Juan de la Valmuza, sin capa ni caperuza...*

La primera documentación es muy reciente; se trata de una obra de Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia* (1930-1960), en la que, refiriéndose a su proyecto de tesis doctoral, escribe: «opté por un tema a la vez teórico y metódico: “El problema de las relaciones entre la Medicina y la Historia”. Después de todo, yo no tenía a quien dirigirme para que me propusiera con suficiente autoridad científica un campo de investigación más erudito o documental, y por necesidad hubo de ser *Juan Palomo* de mi propio empeño».

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge un dicho que critica la falta de hiel de la paloma: «*Si el kavalllo tuviese bazo, i la paloma tuviese hiel, todo el mundo se avendría bien; o toda la xente se avría bien. Kierre el rrefrán ke kada uno modere su natural i falta: ke el sobervio mitige su altivez, i el mui manso tome brío, i a vezes cólera*». En el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, está la expresión *la paloma y el gavián*: «*Símil empleado para representar la inocencia y la fuerza o el poder que la persigue*».

4.1.195. *Es un palomino**. [*apalominado**] Un palomino es el «pollo de la paloma brava». Metafóricamente, en el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, es un «joven atontado».

Es el diminutivo de *palomo* (que ya hemos visto que tiene ese significado metafórico). Está documentado por primera vez en un texto de zoología del siglo XIII, como un remedio para determinadas enfermedades: «si no, tomen de la miel peso d'un dinero de plata e bátanlo bien con del agua, e fáganlo tragar a un palomino e dexten el *palomino* estar un día, e después degüéllenle e céuenlas d'él, e sí mejoraren con esto» (Abraham de Toledo, *Moamín. Libro de los animales que cazan*, 1250).

En el siglo XVII ya significa, metafóricamente, el «novio atontado»; así lo describe magistralmente Luis Quiñones de Benavente: «pues hay galán que remojar se deja / embobado a los hierros de una reja, / y el que para mirar su sol divino / águila viene, *vuelve palomino*» (*El abadejillo*, 1645). En el siglo XIX, se generali-

za este uso: así está en los siguientes textos de Emilia Pardo Bazán, Pereda y Clarín respectivamente: «Chinto se encontraba allí semejante a un *palomino atontado*...» (*La Tribuna*, 1883); «Anoche se metió en casa muy temprano, *hecho un palomino atontado*, y, por más que le tiré de la lengua...» (*Sotileza*, 1885-1888); «mientras estaba al lado de doña Engracia, como un *palomino aturdido*, sin dar pie ni mano» (*Pipá*, 1886).

APALOMINADO★, «atontado», no está en el diccionario académico. Solo lo he encontrado en *El camino del corazón* (1990) de Fernando Sánchez Dragó: «—¿Por las mismas razones por las que no son vietnamitas, aunque hayan nacido aquí, los asesinos a sueldo del Vietcong ni los *apalominados* reclutas de vuestro glorioso ejército gubernamental?».

4.1.196. *Es un pichón*. [*pichón de poste*★] Un *pichón* es el «pollo de la paloma casera» y metafóricamente (y con marca de afectividad) es «un apelativo para referirse a una persona». Según el *Diccionario de americanismos*, en muchos países americanos es «persona joven y sin experiencia».

La palabra procede del italiano meridional *piccione*, que viene del latín tardío *PIPIONE*, derivado de *PIPIARE*, «piar». La primera documentación de este préstamo del italiano es tardía. Está en *La Lozana Andaluza* (1528) de Francisco Delicado; cuando Lozana está hablando con el Dispensero, este le informa sobre la de los Ríos: «Fue muy querida de las romanas. Esta fue la que hacía la esponja llena de sangre de *pichón* para los virgos». En el xvii ya aparece en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) de Gonzalo de Correas: «Quando el sol está en León, buen pollo kon *pichón* i buen vino kon melón. Es por maio i adelante». Varias veces aparece en la lírica neoclásica, de Menéndez Valdés (*Poesía*, 1784): «Oda II-1784: / Donosa palomita, / así tu *pichón* bello / cada amoroso arrullo / te pague con un beso que me digas, pues moras / de Filis en el seno, / si entre su nieve sientes / de Amor el dulce fuego».

En una carta del ecuatoriano Rafael Jimena (*Al General Sucre. Epistolario*, 1821), está con un sentido metafórico, con el significado —parece— de «astuto» (como *pájaro*): «Con Henderson hemos tratado poco, sobre el asunto de los buques contratados con el Gobierno de Colombia... Nos propuso que su corbeta Alejandro iría al Chocó por tropas; pero no hemos admitido la proposición, porque exige indispensablemente 5.000 pesos adelantados. ¡Qué tal *pichón*!».

En España, aparece ya con sentidos metafóricos a mediados del xix. Está en la novela del político y escritor castellonense Wenceslao Ayguals de Izco *La Bruja de Madrid* (1850): «—No importa, bailaré el zapateado —dijo Juanilla— con que siéntate, *pichón*, y verás si tiene garbo tu Juanilla. A ver, padre, cómo puntea usted esa guitarra con alma y salero». Mucho menos romántica es la obscena y anónima comedia *Don Juan Notorio: burdel en cinco actos y 2000 escándalos* (1874), en la que se satiriza la escena del sofá del verdadero Don Juan; en ella aparece la metáfora

animal: «¡Ah! ¿No es verdad ángel de amor.../ Esta sala que está llena/ de esos cuadros tentadores/ donde joden mil señores... ¿no es cierto, *tierno pichón*,/ que están diciendo joder?».

Galdós, siempre atento al habla popular y a sus metáforas, lo incluye en su novela *Celín* (1890): «Diana tenía costumbre de invocar a la tercera persona de la Trinidad en todos los actos de su vida, por lo cual... convirtió la niña su espíritu hacia la paloma tutelar de los ilustres Pioces..., se salió con esto: “Sí, *pichón de mi casa*, tú me has inspirado esta sublime idea, tuya es, y a ti me encomiendo para que me ayudes”». También está en *Los cuernos de don Friolera [Martes de carnaval]* (1921-1930) de Valle-Inclán: «No te enojas, *pichona*, con tu *pichón*. ¿Duermes, Loretita?». Y en *La colmena* (1951-1969) de Cela: «Por teléfono, el señor Suárez habla en voz baja, atiplada, una voz de lila, un poco redicha... —¡Je, je! ¡Tú siempre con tus cosas! Adiós, *pichón*; ahora te recojo».

En cuanto al significado de «inexperto», lo tenemos en los siguientes textos de Jaime Bayly y del costarricense Jorge Arroyo: «Pero si el chico está muy tierno, muy *pichón*, señorita» (*Los últimos días de «La Prensa»*, 1996); «Apenas era un aprendiz, un *pichón de marinero*, mas quería ser comandante de un barco...» (*Sentencia para una aurora*, 1991). También en este texto oral de Venezuela: «Estuve trabajando ahí todo el tiempo que estuvo la maternidad, dieciocho meses. Trabajé ese tiempo y ahí seguí trabajando, entonces, pero yo encontraba que yo era albañil, porque yo conocía bastante y la decía me decía: no, usted está *muy pichón para volar*» (CSHC-87 Entrevista 136).

PICHÓN DE POSTE★ es «persona muy alta» en Venezuela (no he encontrado documentación de los *corpora* académicos).

4.1.197. *Es un tórtolo*. La tórtola es un «ave del orden de las columbiformes, de unos 30 cm de longitud, de plumaje ceniciento azulado en la cabeza y cuello...». Los nombres científicos de las especies más frecuentes son *Streptopelia decaocto* y *Streptopelia turtur*. Los tórtolos, además de los machos de la tórtola, son —metafóricamente— una «pareja de enamorados». *Tortolito* es adjetivo, «sin experiencia».

La palabra *tórtola* procede del latín TURTURE. La primera documentación está en Berceo: «hí ofreciën cabrón e carnero e toro, *tórtolas* e palombas, panes, plata e oro» (*Del sacrificio de la misa*, 1228-1246). Metafóricamente, ya hay un uso en el XVII, aunque parece que tiene sentido negativo: «Pues en verdad (por decirla provocado no mereceré nombre de parlero) y no ha muchos días que profanó la santa viudez: y yo la vi abrazarse y besarse con un *tórtolo rufián*» (Cosme Gómez de Tejada, *León prodigioso*, 1636). Pero no se generaliza hasta el XIX, cn Galdós: «¡Hola, hola! —dijo riendo al observar que marido y mujer se miraban muy de cerca—. ¿Estamos como *tórtolos*?» (*La familia de León Roch*, 1878); «Cada día, cada mes y cada año, eran *más tórtolos*, y se querían y estimaban más» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887); «¡Me dio tal envidia de veros *como dos tórtolos*!» (*Miau*, 1888); «¿Quién

creería que Lea y Tomasito, empalagosos amantes y *tórtolos honestos*, habían de pelearse por si se casaba o no se casaba Montemolín con nuestra Reina?» (*Bodas Reales*, 1900). También está en Unamuno: «Si hubiera venido... el nene o nena, lo que fuere... si hubiera venido cuando, *inocentes tórtolos* llenos, más de que de amor paternal, de vanidad, le esperábamos» (*Niebla*, 1914). Después, es muy frecuente.

4.1.198. *Es un avestruz*★ (LAS ESTRUCIONIFORMES). [*táctica —técnica, política— del avestruz*] Las *aves estrucioniformes* [del latín STRUTHIO, -ONIS, y este del gr. στρουθίων STROUTHÍON, «avestruz», y -forme] son aves «de cabeza pequeña y extremidades posteriores de gran tamaño, con solo dos dedos, adaptadas a la carrera». El único prototipo que cita el diccionario académico es el *avestruz*. El *avestruz de América* es el ñandú. Su nombre científico es *Struthio camelus*. Aunque no está en el diccionario académico, aparece en el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, con el significado «persona falta de amabilidad o insociable» (como insulto).

La palabra procede del griego στρουθίων, a través del latín STRUTHIO y del provenzal *estrutz*. Con la forma *estrutz*, se documenta por primera vez en Alfonso X: «no con todo su linage, el cuervo con el suyo, ell *estrutz*, la lechuza, el laro, ell aztor con su linaje...» (*General Estoria*, c. 1275).

En la *Profeía de Alfonso Álvarez contra el Cardenal*, este —Pedro de Frías— es caracterizado como avestruz como insulto: «El sol e la luna esclarezcan su luz / por que Saturno amanse su saña / e sean movidas las partes d'Epaña / en desfazimiento del *gran avestruz*...» (Alfonso de Villasandino, *Cancionero de Baena*, 1379-a. 1425). Pero es un uso aislado. Mucho después, Galdós utiliza al animal para definir, en el esquema *artículo - animal - preposición - nombre propio*, a un personaje de su novela *El caballero encantado* (1909): «El *avestruz* de don Saturio me tiene tirria porque yo me llevo las simpatías de todo el mundo, y a él nadie le puede ver. Que siga buscando las minas de plata, y que las encuentre de porquería». En su novela corta *Pipá* (1886), Clarín incluye este diálogo, ya citado, sobre los insultos que merece el Diputado López, toda una fauna para su descripción:

—¡Qué zángano!

—¡Un paquídermo!

—¡Un rinoceronte!

Bustamante se puso como un pavo y dijo con tono humilde:

—No crean ustedes..., también allá le tenemos por un mequetrefe... Yo no pienso pagarle la visita. ¡*Es un avestruz*!

El diccionario académico recoge la locución sustantiva TÁCTICA (TÉCNICA O POLÍTICA) DEL AVESTRUZ como «actitud de quien trata de ignorar peligros o problemas»; es de principios del xx: «Esta generalizada apreciación no reviste exactitud. Persistir en ese prejuicio fuera tanto como imitar al *avestruz* que esconde la cabeza

detrás de una piedra, creyendo de tal suerte librarse del peligro que le amenaza» (M. Rodríguez Codolá, *Arte decorativo. Para lo venidero*, 1917). Varias veces la imagen aparece en expresiones como POLÍTICA DEL AVESTRUZ: «un rotundo rechazo de los granadinos a la política de avestruz seguida por UCD» (*El País*, 01 / 03 / 1980). También como *táctica del avestruz*: «... “miedo a la realidad” se ha extendido hoy. Existe una actitud vital que se llama la “*táctica del avestruz*”. Según cuenta la leyenda, este ave de la estepa africana ante el peligro se contenta con esconder la cabeza, para no verlo». Y *actitud del avestruz*:

Las mujeres devotas y burguesas de las últimas cuatro o cinco generaciones, víctimas del pseudoespiritualismo erótico y «rosa» del siglo XIX, adoptaron ante el problema sexual la *actitud del avestruz*, defendiendo con tenacidad el ideal de lo que dieron en llamar «inocencia», ... ignorancia a ultranza de todo lo relacionado con el sexo, por considerarlo en principio feo, malo, e inconveniente. (Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos de la posguerra española*, 1987)

4.1.199. *Es un ruiseñor (las paseriformes)*. Las aves paseriformes son las «que se caracterizan por tener tres dedos dirigidos hacia delante y uno hacia atrás, para poder asirse con facilidad a las ramas, aunque hay especies terrícolas». Así aparecen definidas —entre las más conocidas— el *arrendajo*, la *oropéndola*, el *pardillo*, el *ruiseñor* y el *zorzal*.

El grupo de paseriformes con significado metafórico está formado por el *ruiseñor*, el *arrendajo* y el *zorzal*.

Los significados son de todo tipo: positivo es el *ruiseñor*, «que canta bien»; neutro, el *arrendajo*, que es el «imitador»; y negativo, el *zorzal* que es el «astuto» y el «tonto».

La primera documentación es medieval en el *ruiseñor* y en el de *zorzal* y renacentista en el caso de *arrendajo*. Los significados metafóricos son todos del siglo XVI.

El ruiseñor es un «ave del orden de las paseriformes, común en España... y habita en las arboledas y lugares frescos y sombríos». El *Diccionario de uso del español* de María Moliner, añade a la definición académica «notable por la belleza de su canto». Su nombre científico es *Luscinia megarhynchos*. Aunque el diccionario académico no lo recoge, metafóricamente, es la «persona que canta muy bien».

La palabra es un préstamo del occitano *rossinhol* (a través de la lengua poética de los trovadores), que se alteró por influencia de *Ruy señor* («Señor Rodrigo») y que, en algunos lugares, por etimología popular se denomina *ruinseñor*. La primera documentación está en Berceo. «El *rosennor*, que canta por fina maestría, / ... / cantan laudes ant'ella toda la clerecía: / todos li façen cort a la Virgo María: / estos son *rossennoles* de grand plaçentería» (*Milagros de Nuestra Señora*). Pero Díaz de Toledo,

en su *Traducción del Libro llamado Fedrón, de Platón* (1446-1447), relata su origen mitológico:

Segund escribe Ovidio en el su libro Methamorfóseos, Thereo rey de Tracia hovo por muger a Prognés fija del rey de Athenas, la qual, después que era passado algund tienpo que era cassada, rogó a su marido que le troxesse a Filomena su hermana, que la desseava ver. El qual, por conplazer a su muger, fue por Filomena a Athenas, e trayéndola, durmió con ella por el camino. E por que Filomena non descubriesse tan grand malvestad, cortole la lengua e dexola en el camino. E ella con su sangre escrivió aqueste fecho a la hermana cómo havía passado. Por lo qual Prognés mató a su fijo, e diolo a comer a su marido Thereo, por vengar la injuria. Por lo qual dizen los poetas que todos estos fueron convertidos en aves: *Filomena en ruiñeñor*, e *Prognés en golondrina*, e *Thereo en habubilla*, e el fijo en faisán.

Como «pájaro de buen canto», está ya en el xvi: «El cual gato, en parte era pájaro o ave e cantaba, *como un ruiñeñor* o calandria, muy excelentemente, e con muchas diferencias en su melodía e cantar» (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557). Después, se aplica a las personas: «FLORA. —Vos *habéis cantado como un ruiñeñor*, o como vos misma, que es mayor alabanza» (Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, *La sabia Flora Malsabidilla*, 1621). Está, como era de esperar, también en Galdós: «¡Qué aria de la Gazza Ladra nos cantó anoche esa mujer! Montresor nos dio el aria de Tancredo. ¡Aquello no es hombre, *es un ruiñeñor*! ¡Qué portamentos, qué picados, qué trinos, qué vocalización, qué falsete tan delicioso!» (*El terror de 1824*, 1877); «Moriani *había cantado como un ruiñeñor*, y la Gruitz lució un traje» (*Bodas Reales*, 1900). El apelativo también alcanza a Gardel: «Magaldi se quedó pensativo y a partir de ese momento dejó de hablar. A él, como a Gardel y a Ignacio Corsini, solían llamarlos indistintamente “el *zorzal criollo*” o “el *ruiñeñor argentino*” (ruiñeñor es el otro nombre de la calandria)» (Tomás Eloy Martínez, *Santa Evita*, 1995).

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge el siguiente (hoy no muy políticamente correcto): «Antes faltará al *ruiñeñor* ke kantar, ke a la muxer ke parlar i llorar».

4.1.200. *Es un arrendajo*. El arrendajo es un «ave del orden de las passeriformes, parecida al cuervo... que abunda en Europa, habita en los bosques espesos y es capaz de imitar el canto de otras aves». Su nombre científico es *Garrulus glandarius*. Metafóricamente, es la «persona que remeda las acciones o palabras de otra». En el *Diccionario de americanismos*, es la «persona que no tiene ideas propias y que repite lo que oye» (Venezuela). Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), explica así el significado metafórico: «Este verbo tiene diversas sinificaciones... En segunda sinificación *arrendar* vale dar o tomar a renta, de donde se dijo *arrendador* y *arrendamiento*. Últimamente, *arrendar* vale remedar o contrahacer a otro,

del verbo *reddo*, *dis*, porque le vuelve sus mismos ademanes como Eco la voz, y de aquí se dijo un cierto pájaro conocido, *arrendajo*».

La palabra procede del verbo *arrendar*, variante sincopada de *arremedar*, del latín **REIMITARI* (que dio la forma más frecuente *remedar*, «imitar»), por su capacidad de imitar otras voces. También se usó la forma *rendajo*, cuya primera documentación ya recoge el sentido metafórico: «Porque no digan... / o que en jáola me detengo a *parlar como rendajo*» (Francisco de Ávila, *La vida y la muerte o Vergel de discretos*, 1508). Quevedo, en su magnífico soneto *Mujer puntiaguda con enaguas*, escribe: «Si eres campana, ¿dónde está el badajo?; ... / Si de diciplinante mal contrito / eres el cucurucho y el delito, / llámante los cipreses *arrendajo*» (*Poesías*, 1597-1645).

En la novela anónima picaresca *La vida y hechos de Estebanillo González* (1646), se cuenta que un soldado español, para huir de la batalla de Rocroy, se vistió con el traje francés y un teniente español le dio «un pistoletazo y dos cuchilladas»; el soldado pidió al Consejo de guerra para que se le indemnizara «por no haber sido las heridas dadas por el enemigo, en castigo de querer ser *arrendajo de francés* y vestirse de dominguillo... no le había hecho merced».

Más adelante, Antonio de Capmany, en su obra *Centinela contra franceses* (1808), escribe: «no nos inocularán más el impío filosofismo y la corrupción de costumbres de sus venenosos libros que tanto daño han hecho en la juventud, transformando a hombres y mujeres en *arrendajos de su lenguaje, ideas y fingida moralidad teatral*». También Juan Valera, en su *Carta de 7 de agosto de 1881 [Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo]*, escribe sobre la cultura en Portugal: «Esta gente está archiperdida. La maldición del cielo ha caído sobre ella, por haber renegado de su casta, de su civilización neolatina, o mejor dicho, ibera, para *hacerse ridículo arrendajo, de ingleses y de franceses*».

4.1.201. *Es un zorzal*. El zorzal es el «nombre vulgar de varias aves paseriformes del mismo género que el mirlo». El nombre científico del género es *Turdus*. Metafóricamente, es el «hombre astuto y sagaz» (en la edición de 1803); «persona simple y crédula o demasiado cándida y fácil de engañar» (Chile). También es palabra del lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*): «simple, que se deja engañar». Como *ruiseñor*, es también «persona que canta bien».

Es una palabra onomatopéyica (como el árabe *zurzúr* «estornino» y el hispanoárabe *zurzál* «zorzal»). La primera documentación está en el *Libro del caballero y del escudero* (1326) de don Juan Manuel: «gayos et las pigaças et los tordos prietos et los *zorzales*, et los picos verdes et los caudones». El *Diccionario de Autoridades* lo define como «especie de tordo, del tamaño con poca diferencia de la calandria, de color pardo y pintado el pecho». Ya Francisco de Aldana le tacha de «tonto» en una enumeración de enamoramientos de animales: «De la pintada sierpe maliciosa, / tan desigual de especie, se enamora / la gallinera zorra tan tramposa; / por el tonto *zorzal* la mirla llora» (*Poesías*, c.1560- a.1578). Parece que era un pájaro fácil

de cazar: «adviertan que es cazar con chifle: vase el otro cazador a matar *zorzales*; háceles música engañosa y fácilmente los prende» (Francisco Luque Fajardo, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, 1603); «—*Dum auceps fallit turdos visco*— en quanto el caçador engaña los zorçales con la liga» (Diego López, *Declaración magistral sobre las [sic] emblemas de Andrés Alciato*, 1615).

Juan de Pineda, en sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589), nos da algunas informaciones curiosas sobre el zorzal:

Policronio. —Si lo raro es lo precioso, diré con Plinio un milagro en la naturaleza de los zorzales, que la emperatriz Agripina, mujer del infame Claudio César, *tuvo un zorzal que hablaba muchas palabras latinas*, cosa nunca vista antes de aquel tiempo, y no me parece menos lo que por ventura ya queda dicho en días...

Pánfilo. —Erasmus, nuestro amigo, por el envés, con su buen ingenio y lengua, forma con Zenodoto aquel proverbio: *más sordo que el zorzal*, para condenar la necesidad de los que, como los zorzales, nunca callan, y nunca quieren oír lo que se les dice...

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge el siguiente dicho: «*Putas, putas, ke fuistes pokas i bolvistes —[o] bolvéis— muchas. —Lokos, lokos, ke fuistes muchos i bolvéis pokos. —Sí, mas bolvemos gordos; o esos ke bolvemos, bolvemos gordos*». Y lo explica así: «Lo primero dizen los *zorzales* dando vaia a las golondrinas en el kamino, enkontrando muchas vandadas dellas kuando buelven después de su kría a la tierra donde inviernan; lo segundo rresponden las golondrinas; lo terzero rreplikan los *zorzales*. Estos vienen i están por tiempo de uvas i otoño, i por ser buen páxaro de komer se kazan muchos. Otros dizen: “Bovos, bovos...”».

El poeta uruguayo Herrera y Reissig, en su libro *Los maitines de la noche* (1902), construyó una hermosa metáfora: «¡y el *zorzal ebrio de cantos* es Verlaine frente a una copa». El apelativo también alcanza a Gardel: «Magaldi se quedó pensativo y a partir de ese momento dejó de hablar. A él, como a Gardel y a Ignacio Corsini, solían llamarlos indistintamente “el *zorzal criollo*” o “el *ruiseñor argentino*” (ruiseñor es el otro nombre de la calandria)» (Tomás Eloy Martínez, *Santa Evita*, 1995).

4.1.202. *Es un papagayo (las psitaciformes; las prensoras)*. [*hablar como un papagayo*] Las aves psitaciformes (del griego *ψιττακός* *psittakós*, «papagayo», y *-forme*, «forma») son las aves «prensoras de pico ganchudo, colores vistosos y vuelo rápido, algunas de las cuales son capaces de imitar la voz humana». El diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo el *loro*, el *periquito* y la *cacatúa*. Las aves prensoras son las «de mandíbulas robustas, la superior encorvada desde la base, y las patas con dos dedos dirigidos hacia atrás». El diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo el *guacamayo* y el *loro*.

El grupo de las psitaciformes con significados metafóricos está compuesto por el *papagayo*, con el *loro* («de plumaje rojo»), por la *cotorra*, el *perico* y el *guacamayo* que son parecidos al papagayo y, finalmente, la *cacatúa*.

Los significados metafóricos son siempre negativos: las «personas habladoras» son *loros*, *papagayos* y *cotorras*; las «mujeres viejas que se visten para parecer jóvenes» son *cacatúas*; y, finalmente, las «personas vestidas con colores de mal gusto» son los *loros* y los *guacamayos*.

El *loro* y el *perico* son los más polisémicos. Un *loro* es la «persona muy fea, ataviada de forma estridente y chillona» y «persona que habla y se repite mucho»; «hombre hablador» (El Salvador, Perú y Uruguay); un «delincuente encargado de averiguar cosas con disimulo o de vigilar mientras se realiza el delito» (Chile); la «persona indiscreta que habla mucho y que suele contar lo que le había confiado para mantener en secreto» (Uruguay); la «persona militante o simpatizante del troskismo» (Bolivia); y una persona «persona inexperta» (Nicaragua). Un *perico* es la «persona, especialmente mujer, que gusta de callejear, y es a veces de vida desenvuelta»; un «persona que aprende algún oficio» (Nicaragua); la «persona que delata a un delincuente» (Puerto Rico); un «locutor de radio» (Honduras); y, finalmente, la «persona, especialmente joven o niña» (Chile).

La primera documentación en sentido recto más antigua es la del *papagayo* (xii); después, en los Siglos de Oro, aparecen el *loro*, la *cotorra*, el *guacamayo* y el *perico*; finalmente, en el xix, la *cacatúa*. El sentido metafórico más antiguo es el del *papagayo* (xv) y, después, el del *loro* y el de la *cotorra* (xviii), el del *perico* (xix) y el de la *cacatúa* y el del *guacamayo* (xx).

Ninguno de ellos genera derivados, compuestos o fraseología.

El papagayo es un «ave del orden de las psitaciformes... es propio de los países tropicales, pero en domesticidad vive en los climas templados y *aprende a repetir palabras y frases enteras*». Hay que recordar que el *loro* es el papagayo «que tiene el plumaje con fondo rojo». El nombre científico de la especie más frecuente es *Psittacus erithacus*. Metafóricamente, es el «denunciador, soplón» (acepción marcada como de Alemania hasta la edición de 1989 del diccionario académico). En el *Diccionario de americanismos*, es la persona «que trata a las demás con engreimiento o despectivamente, dándose aires de superioridad» (Bolivia). La expresión *hablar como un (el) papagayo* significa «decir algunas cosas buenas y discretas, sin inteligencia ni conocimiento» y «hablar mucho».

La palabra es de origen incierto, aunque quizá procede del árabe. La primera documentación está en el *Libro de Alexandre* (1240-1250): «Y son los *papagayos*, unas aves senadas / que vençen a los omnes de seso a las vegadas» [*senadas*, «cultas»; *a las vegadas*, «a veces»]. En la colección de cuentos de origen oriental *Sendebâr o Libro de los engaños de las mujeres* (c. 1253), se incluye este curioso «Enxenplo del omne e de la muger e del papagayo e de su moça», en el que aparece ya la habilidad de hablar de esta ave:

—Señor, oí dezir que un omne que era çeloso de su muger, e conpró un papagayo e metiolo en una jabla e púsolo en su casa, e mandole que le dixiese todo quanto vie-

se fazer a su muger e que non le encubriese ende nada, e después fue su vía a recabdar su mandado, e entró su amigo d'ella en su casa do estava, [e] el papagayo vio quanto ellos fizieron. E quando el omne bueno vino de su mandado, asentose en su casa en guisa que non lo viese la muger. E mandó traer el papagayo e preguntole todo lo que viera, e el papagayo contógelo todo lo que viera fazer a la muger con su amigo...

Está en el *Universal vocabulario en latín y en romance* (1490) de Alfonso de Palencia: «Psitacus. *papagayo* falla se en abundancia en las riberas de India e de guinea tiene grand lengua. Et por esso *declara palabras pronunciadas saludando los ombres* e más a derechas pronuncia vnas palabras que otras». Antes ya está como metáfora en el *Cancionero de Baena*: «Pues vos tenéis por *grant papagayo / en esta çiençia*, señor Cañizares, / dadme respuesta sin falta d'azares» (Juan Alfonso de Baena, *Poesías*, 1406-a. 1435).

Mucho más adelante, el padre Isla aplicará la metáfora a los malos predicadores: «Ha un siglo, dice vuestra reverendísima, que nos faltan los predicadores. En vez de predicadores, tenemos rábulas, charlatanes, *papagayos*, delirantes, vocingleros... ¡nuestros predicadores son unos delirantes, unos *papagayos*, unos habladores y nada más!» (*Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, 1758). Después, está naturalmente en Galdós: «Jamás se le vio leer libro místico; ... y componía sus enfáticas oraciones; y aprendidas de memoria, las soltaba *como un seráfico papagayo*, del mismo modo que sus venturosos discípulos decían las definiciones» (*El doctor Centeno*, 1883).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *charlar*, *hablar*, *recitar* y *repetir*.

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

4.1.203. *Es un loro*. El *loro* es el «papagayo, ave, y más particularmente el que tiene el plumaje con fondo rojo» y, metafóricamente, es la «persona muy fea, ataviada de forma estridente y chillona» y «persona que habla y se repite mucho»; y «hombre hablador» (El Salvador, Perú y Uruguay). El nombre científico de la especie más frecuente es *Psittacus erithacus*. En el *Diccionario de americanismos*, es el «delincuente encargado de averiguar cosas con disimulo o de vigilar mientras se realiza el delito» y «mirona, que mira con exceso o curiosidad» (Chile); la «persona indiscreta que habla mucho y que suele contar lo que le había confiado para mantener en secreto» (Uruguay y Paraguay); la «persona militante o simpatizante del troskismo» (Bolivia); también «persona inexperta» (Nicaragua). *Lora*, en el *Diccionario de americanismos*, es «mujer habladora» en muchos países de América.

La palabra procede de una lengua caribe (*roro*). La primera documentación está en la *Historia general y natural de las Indias* (1535-1557) de Gonzalo Fernández de Oviedo: «Hay raposas muchas; hay muchos puercos montesinos en las montañas; hay papagayos de los grandes que llaman guacamayos, y de los que dicen *loros*». Ya

pronto en los *Comentarios Reales de los Incas* (1609) del Inca Garcilaso, aparece el carácter «hablador» del ave: «En Potocsi, por los años de mil y quinientos y cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco, hubo un papagayo de los que llaman *loro*, *tan hablador*, que a los indios e indias que pasaban por la calle les llamaba por sus provincias, a cada uno de la nación que era, sin errar alguna». Mucho más tarde, Tomás de Iriarte, en sus *Fábulas literarias* (1782) incluye *Los dos loros y la cotorra*, sobre «Los que corrompen su idioma no tienen otro desquite que llamar puristas a los que le hablan con propiedad, como si el serlo fuera tacha». Historia que merece citarse por extenso:

De Santo Domingo trajo
dos loros una señora.
La isla en parte es francesa,
y en otra parte española.
Así, cada animalito
hablaba distinto idioma.
Pusiéronlos al balcón,
y aquello era Babilonia.
De francés y castellano
hicieron tal pepitoria,
que al cabo ya no sabían
hablar ni una lengua ni otra.
El francés del español
tomó voces, aunque pocas;
el español al francés
casi se las toma todas.
Manda el ama separarlos,
y el francés luego reforma
las palabras que aprendió
de lengua que no es de moda.
El español, al contrario,
no olvida la jerigonza,
y aun discurre que con ella
ilustra su lengua propia.
Llegó a pedir en francés
los garbanzos de la olla,
y desde el balcón de enfrente
una erudita cotorra
la carcajada soltó,
haciendo del loro mofa.
Él respondió solamente,
como por tacha afrentosa:
«Vos no sois que una purista».
Y ella dijo: «A mucha honra».
¡Vaya, que los loros son
lo mismo que las personas!

La metáfora no podía pasar desapercibida a Galdós: «me aburría en la casa, en compañía del loro de doña Flora» (*Trafalgar*, 1873). También, en forma de comparación, está en *El amigo Melquiades o Por la boca muere el pez* (1914) de Arniches: «la señá Donisia, que habla más que un loro borracho, y conqué si patatín, si patatán». En *La colmena* (1951-1969) de Cela, aparece un entrañable loro, como un personaje más de la magnífica novela:

Doña Montserrat, que entró en casa de doña Visi bajo el mismo signo, se marchó al tiempo que el loro del segundo barbarizaba... *Rabelais es un loro de mucho cuidado, un loro procaz y sin principios, un loro descastado y del que no hay quien haga carrera. A lo mejor está una temporada algo más tranquilo, diciendo chocolate y Portugal y otras palabras propias de un loro fino, pero como es un inconsciente, cuando menos se piensa y a lo mejor su dueña está con una visita de cumplido, se descuelga declamando ordinarièces y pecados con una voz cascada de solterona vieja.*

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *aburrido* y con los verbos *aprender*, *hablar*, *recitar* y *repetir*.

4.1.204. *Es una cotorra*. [*cotorrón*] [*cotorrear*] [*cotorreo*] La cotorra es un «pagayo pequeño». Los nombres científicos de los géneros más frecuentes son *Amazona* y *Pionus*. Metafóricamente, es la «persona habladora». En el *Diccionario de americanismos*, «mujer soltera» (México). En Cuba (Sánchez-Boudy) es «delator». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995).

La palabra parece sacada (por derivación regresiva) de *cotorrera*, «mujer parlanchina», variante de *cotarrera*, «mujer que gasta el tiempo en visitas inútiles», derivado de *cotarro*, «albergue de vagabundos». En cualquier caso, creo que los sentidos metafóricos están asociados al ave y no a *cotorrera*, cuyo recuerdo se ha perdido. La primera documentación está en *Don Quijote de la Mancha* (1614) de Alonso Fernández de Avellaneda: «Estanle aquí haziendo a la muy cotorra mil regalos y servicios, llamándola reyna y princesa, siendo lo que ella se sabe, como aquellos estudiantes han dicho» (quizás sin nada que ver con el ave). En el XVIII, ya hay una referencia al ave: «aves de pico corvo, recio y lengua gruessa, loros, *cotorras* y periquitos» (Antonio de Ulloa, *Viaje al reino del Perú*, 1748).

En Cadalso (*Cartas marruecas*, 1773-1774), ya está la frase *hablar como una cotorra*: «¿Tenéis por cierto que todo hombre taciturno, especulativo y modesto en proferir su dictamen, merece desprecio y mofa, y hasta golpes y palos si los aguantara, y que, al contrario, para ser digno de atención es menester *hablar como una cotorra*, dar vueltas como mariposa y hacer más gestos que un mico?». También está, como era de esperar, en Galdós: «Me sorprende a ratos *hablando como una cotorra*, sin saber lo que digo» (*La estafeta romántica*, 1899).

También, es de uso normal en América: «Ya sabe *las cotorras* que son los limeños, don Cayo» (Mario Vargas Llosa, *Conversación en la catedral*, 1969).

Cotorra genera, con sentidos metafóricos, un aumentativo (*cotorrón na*), un derivado verbal (*cotorrear*) y un derivado sustantivo (*cotorreo*). COTORRÓN, COTORRONA es la «persona que, siendo vieja, presume de joven»; «que cotorrea». Según el *Diccionario de americanismos* es «(persona) solterona» (Cuba, Honduras, El Salvador y Nicaragua); «de muchos años (República Dominicana). Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Se dice del hombre o mujer viejos que presumen de jóvenes». La primera documentación como «solterona» está en *Santos Vega, el payador* (1872) de Hilario Ascasubi: «sin dejar vieja con vida; / pero de las *cotorronas*, / mocitas y muchachonas / hacen completa barrida». Con el sentido «que habla mucho», está en *La Montálvez* (1888) de Pereda: «jugaban ya las *cotorronas* al tresillo».

COTORREAR es «hablar con exceso y con bullicio». La primera documentación está en *El audaz* (1871) de Galdós: «Mientras aquel herejote excomulgado decía tales patochadas, el otro estaba *cotorreando* con Engracia». COTORREO es la «acción y efecto de cotorrear»; la primera documentación está en *Fábrica de conciencias descompuestas* (1980) del mexicano Gerardo María: «Cómo está eso de que teniendo 18 o 20 años no puedas ni fumar ni salirte a tomar un café o simplemente a echar un *cotorreo*».

4.1.205. *Es un perico*. El perico es un «ave trepadora, especie de papagayo... Es indígena de Cuba y de América Meridional. Da gritos agudos y desagradables y se domestica fácilmente». Metafóricamente, es la «persona, especialmente mujer, que gusta de callejear, y es a veces de vida desenvuelta»; *aprendiz* (Nicaragua). Según el *Diccionario de americanismos*, en los países caribeños es «persona que habla sin descanso»; «persona que delata a un delincuente» (Puerto Rico); «locutor de radio» (Honduras); «persona, especialmente joven o niña» (Chile) y «poco hábil» (Nicaragua).

La palabra procede del nombre propio de persona *Perico*, diminutivo de *Pero* por *Pedro*, con el cual se llamaba al papagayo; *Pedro* o *Perico* son apelativos frecuentes en la lengua coloquial para referirnos a quien desconocemos o a quien no queremos nombrar (*Perico el de los palotes*; *como Pedro por su casa*).

La primera documentación está en *Amazonas en las Indias* (c. 1632) de Tirso de Molina: «Y andando a caza de gangas / la necesidad nos guisa / zambos, monos, papagayos, / *pericos* y catalinas». Metafóricamente, está en *La Quijotita y su prima* (c. 1818) del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi: «Cansado estoy de oír algunas criaturas responder de memoria ligerísimamente a algunas preguntas del catecismo, como el *perico*». También está en Galdós, como «feo», parece: «tres hombres estaban en pie, el notario junto a Cedrón. Chiquitín y con perfil de cotorra, parecía un *perico* que se dispone a encaramarse por el tronco de un árbol» (*Misericordia*, 1897). Como «persona muy habladora», está en el periódico dominicano *Hoy Digital*, 29 / 03 / 2004: «—Rubby no se quedó atrás, *habló más que un perico con hambre*».

4.1.206. *Es un guacamayo*★. El guacamayo es un «ave de América, especie de papagayo... las plumas grandes exteriores de las alas muy azules, los encuentros amarillos, y la cola muy larga y roja, con las plumas de los lados azules». Es, por tanto, muy vistoso. El nombre científico de la especie más frecuente es *Ara macao*. El diccionario académico no recoge ningún significado metafórico. Tampoco el *Diccionario de americanismos*. Aunque poco frecuente, a veces se dice de alguien «que se viste de manera chillona y colorida».

La palabra procede del taíno y su primera documentación está en la *Historia general y natural de las Indias* (1535-1557) de Gonzalo Fernández de Oviedo: «algún pescado, en especial de tortugas, e algunos *guacamayos*, que son papagayos de los grandes». El sentido metafórico está en Galdós: «Tiene mi marido un gusto de mil demonios. Si le dejo, sale a la calle *hecho un guacamayo*» (*La Primera República*, 1911).

4.1.207. *Es una cacatúa*. La cacatúa es un «ave trepadora de Oceanía, del orden de las psitaciformes... que aprende a hablar con facilidad y, domesticada, vive en los climas templados de Europa». Metafóricamente, es la «mujer que disimula la edad con recursos exagerados en su apariencia física». Según el *Diccionario de americanismos*, «persona que habla mucho» (México y Bolivia); «persona, especialmente mujer, que habla bulliciosamente y mal de los demás» (Ecuador, Nicaragua, Colombia, Venezuela); «mujer, maliciosa, chismosa y mal intencionada» (República Dominicana); «mujer vieja, fea y encopetada» y «mujer que aparenta pertenecer a un nivel social más alto que el suyo» (Puerto Rico).

La palabra procede del malayo *kakatu*, voz imitativa de su canto. La primera documentación está en el libro de viajes *Estadismo de las Islas Filipinas* (1803-1806) del sacerdote y cronista Joaquín Martínez de Zúñiga: «Hay loros verdes y *cacatúas* blancas con copete». Como insulto, está en la obra *Crónicas político-doméstico-taurinas* (c. 1908-1930) del escritor peruano modernista y crítico literario Juan Apapucio Corrales (pseudónimo de Clemente Palma Ramírez): «Además mister Cawrrals pónese mucho insolente con the Coroner que tomaba instructiva, díjole guasón, pisahuevos, *cacatúa* y otras bromas mal gusto». En *El gran momento de Mary Tribune* (1972) de Juan García Hortelano, está en puro sentido metafórico: «yo considero vitalísimo que os veáis tan amiguísimas que habéis sido como una hermana mayor para ti *todas estas cacatúas* me estomagan chica».

4.1.208. *Es una avutarda*★ (*las zancudas*). Las aves zancudas son las «que tienen los tarsos muy largos y desprovistos de plumas». El diccionario académico cita en su definición como prototipos del grupo la *cigüeña* y la *grulla*. Así aparecen definidas —entre las más conocidas— la *avutarda*, la *cigüeña*, la *grulla*, la *garza*, el *ibis* y el *teruteru*.

La avutarda es un «ave zancuda, muy común en España..., con las remeras exteriores blancas y las otras negras, el cuello delgado y largo, y las alas pequeñas,

por lo cual su vuelo es corto y pesado». Su nombre científico es *Otis tarda*. Metafóricamente, en el lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*), es el «preso antiguo de la prisión».

La palabra es un cruce entre *avetarda* y *autarda* que derivan del latín AVIS TARDA «ave lenta». La primera documentación está es la *Historia de los Indios de la Nueva España* (1536-1541) de Motolinía (Fray Toribio de Benavente): «En este metl o maguey hacia la raíz se crían unos gusanos blanquecinos, tan gruesos como un cañón de una *avutarda* y tan largos como medio dedo». Solo he encontrado un texto con significado metafórico, más concretamente, como insulto; está en Galdós: «El discurso irónico que pronunció usted en Durango es una pieza oratoria por la que merece el título de Cicerón humorístico. ¡Con qué gracia se burló el orador de aquel público de *avutardas católicas* y de gansos absolutistas!» (*La Primera República*, 1911).

4.1.209. *Es un avucastro*. El *avucastro* es «la persona pesada y enfadosa». Es una deformación de *avucasta* (en latín AVIS CASTA), que es la forma primitiva de *avutarda* (cfr.). Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1607), anotaba: «*avucasta*... este vocablo corrompemos y decimos *avucastro* por alguno que es enfadoso y pesado; y así lo debe ser esta ave, y de mal agüero, como la abubilla».

La primera documentación está en el *Libro de la caza de las aves* (1386) de Pero López de Ayala: «Otro sy de todas las aues yo non fallo de / tan diuersas & tantas naturas como anades. / Ca ay son contadas *avucastas*, anades, r[e]ale(a)s / anades, gentas, caperotadas, grueras». Solo he encontrado un texto con el sentido metafórico, *Tradiciones peruanas* (1883) de Ricardo Palma:

Contaba la más parlanchina el cómo Fulanita, a pesar de ser fea como la viruela y sin otra gracia que la del bautismo, estaba a punto de casarse... Interrumpiela otra chica, bonita como ella sola y más salada que el mar. —¡Casarse ese *avucastro*! Pues ¡que repiquen en Yauli! ... El primogénito, que era el mismo pie de Judas, contaba diez años y se llamaba Ezebelión... Seguía a éste Noemí, *avucastrito* de ocho eneros mal contados.

4.1.210. *Es un cigüeño*★. El *cigüeño* es el «macho de la cigüeña». Su nombre científico es *Ciconia ciconia*. Según el *Diccionario de argot* de Espasa, con la marca de «marginalidad», es el «guardia civil». Y explica la metáfora:

La cigüeña es un animal de pico largo, y el guardia civil lleva un sombrero, el tricorno, que se caracteriza por sus extremos agudos y que ha dado lugar a designaciones como pico. Por ello, no sorprende que el término *cigüeño* pase a referirse, en sentido figurado, a los miembros del cuerpo de la Benemérita por la analogía con los «picos». Es un término burlesco y poco empleado.

La palabra procede del latín CICONIA. La primera documentación está en la *Crónica burlesca del emperador Carlos V* (1525-1529) de Francés de Zúñiga: «Al mar-

qués del Gasto escribí el otro día que balía más que la encartación de Vizcaya; el qual marqués fue apodado en ella que pareşía hijo de mosiur de Frenes, que le ovo en un abestruz pollo o *cigüeño* pensatibo; al qual marqués tiene Su Magestad mucha voluntad».

Está en el artículo «Picoletos» de Arturo Pérez Reverte: «Mi amigo Manolo Prados, por ejemplo, lo lleva fatal. Manolo es un capitán de los *cigüeños* que ahora vive jubilado en Alhaurín de la Torre, después de haberse pasado cuarenta años de verde en Picolandia hasta que le tocaron retreta de jefe de puesto en Tarifa» (*El País semanal*, 29 de mayo de 1994). Como insulto, está en *La lucha inútil* (1984) de Ramón Ayerra: «—Ah —aquella alusión a la capital provocó en el Cabo una mezcla de desconfianza y de respeto al tiempo. Miró al viajero sostenidamente tratando de pescar algo que le llevase al secreto de aquel hombre, si es que lo había, pero sólo sacó en limpio que semejante *cigüeño* era un bicho de lo más singular, si bien no parecía encerrar mayor misterio».

4.1.211. *Es un cuco (las trepadoras).*

El *cuco* no se salva de las habladurías. Se dice que no construye un nido para sus crías porque es muy perezoso; la hembra incuba sus huevos en el nido de parejas de otras razas.
(*El pájaro y su simbolismo*, Davy)

El ave trepadora es la «que tiene el dedo externo unido al de en medio, o versátil, o dirigido hacia atrás para trepar con facilidad». El diccionario académico cita como prototipos del grupo al *cuclillo* (o *cuco*) y al *pájaro carpintero*. Así aparecen definidas —entre las más conocidas— la *cacatúa*, el *perico* (o *periquito*) y el *quetzal*.

El *cuco* es sinónimo de *cuclillo*. Es un «ave trepadora, poco menor que una tórtola... cuya hembra pone sus huevos en los nidos de otras aves». Su nombre científico es *Cuculus canorus*. Metafóricamente, es el «taimado y astuto, que ante todo mira por su medro o comodidad». También es «cornudo» en el lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*). En el *Diccionario de argot* de Espasa es «persona interesada y vivaz» y «policía».

La palabra es onomatopéyica (en latín tardío CUCUS y en griego Κόκκυξ). La primera documentación, con interpretación de su vuelo, está en la *Traducción de Vidas paralelas de Plutarco, III* (1379-1384) de Juan Fernández de Heredia: «Estas cosas dezía Themistocli en galea estando sobre la cubierta. e mientre qu'él faulaua, pareció vn *cuco* qui uolaua baxo de la part diestra de las galeas e se posaua sobre los colaçes. Por la qual [cosa], los de Athenas se animaron más a combater con las galeas». Sebastián de Horozco, en su *Libro de los proverbios glosados* (1570-1579), explica el origen del sentido metafórico «cornudo»:

La razón porque llaman al cornudo, «cuco», es porque como dize Juan de Jarava en sus *Problemas naturales*, en el «Problema 22», el cuclillo es un ave temerosa y conoçiendo su temor y miedo porque de qualquiera ave es picado y vençido pensando que no sería harto segura su generación sino por engaño hecha no haze nido propio mas vuela en los nidos de las otras aves y críanse allí y saca y cría sus güevos con los agenos como propios. Y *porque los cornudos crían entre sus hijos los agenos y hijos de otros padres por propios con razón se llaman cucos* o a lo menos a ellos se puede apropiar el canto del cuclillo diziéndoles como él dize, «Cu cu», porque crían los hijos agenos que paren sus mugeres de otros hombres.

El maestro Correas cree que «cornudo» tiene su origen en el comportamiento del cabrón (y de sus cuernos); no obstante cita otra teoría:

Otros: porke se pareze al kuklillo, ke este páxaro dizen ke buska los nidos axenos i se kome los guevos i pone allí los suios, i las otras aves le krían los hixos; mas esto no viene bien, sino *por antifrasi*: ke ansí komo este *kuko* enkornuda i haze ke otros páxaros le kríen los hixos, ansí al pobre kornudo le hazen kriar los del otro, ke se los haze en kasa. Mas la istoria deste páxaro io no la kreo, por ser kontra naturaleza no kriar sus hixos. Lo ke en esto ai semexante, es: komenzar el nonbre de «kuko» o «kuklillo» por «ku», komo: «kuerno». (*Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627)

Con el significado de «astuto», aparece en el siglo XIX, en la comedia *Dios los cría y ellos se juntan* (1841) de Manuel Bretón de los Herreros:

Don Antonio ¿La ve usted? Baja los ojos...
 Balbino Porque es mujer de vergüenza.
 Don Antonio Ahora los clava en usted.
 Cuando el demonio lo enreda...
 Balbino ¡Qué saber tiene este *cuco*!).

Después, está en Galdós: «Este es muy *cuco* y no se compromete» (*El abuelo*, 1897); «vio Ibero al famoso Maltranita, muy elegante, llevando del brazo a una señora joven, que debía de ser su mujer. Sin duda el mozo positivista y *cuco* había encontrado el partido de boda que perseguía como cazador codicioso en el coto social» (*La de los tristes destinos*, 1907); «Es un cuco, un egoísta como todos. Vienen al olor de una rica dote» (*El caballero encantado*, 1909). También en *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898) de Ángel Ganivet: «Tú eres más *cuco* que pareces; *cuco* no, egoísta es lo que eres, y por eso todo lo arreglas a tu conveniencia». Después, es frecuente.

4.1.212. *Es un cuclillo*. El *cuclillo* es un «ave trepadora, poco menor que una tórtola... La hembra pone sus huevos en los nidos de otras aves». Es sinónimo de *cuco*. En sentido metafórico, es el «marido de la adúltera».

La palabra procede de la forma *cuquillo*, diminutivo de *cuco*, de origen onomatopéyico (en latín tardío era *CUCUS* y en griego *κόκκυξ*). La primera documentación está en la *Traducción de Introducciones latinae* (1481) de Nebrija: «Cuculus el *cuclillo*». Sebastián de Horozco, en su *Cancionero* (c. 1540-1579), incluye un poema titulado «Reprehende el auctor a un cornudo porque se casó con una mançeba de un clérigo, y después también sufría el cuerno», en el que aparece por primera vez el sentido metafórico de «cornudo»: «Ya no es cosa de sufrillo, / don suzio, soez, caduco, / que çebado del granillo / al presente sois *cuclillo* / aviendo sido antes cuco». Juan de Timoneda, en *El sobremesa y alivio de caminantes* (1562-1569), relata el siguiente chascarrillo:

Paseándose por fuera de la ciudad una tarde dos pacíficos, honrados y buenos hombres, que iban en busca de sus mujeres, oyeron cantar un *cuquillo*; y dijo el uno de ellos:

—Por vos ha cantado el *cuquillo*, compadre.

—No, sino por vos —dijo el otro.

Vinieron en tanta contienda sobre esto, que fueron delante el juez, para que lo averiguase. Viendo el juez la locura de ellos, hízoles formar proceso; y, al cabo de haber gastado algunas blanquillas, sentenció diciendo:

—Habéis de saber, buenos hombres, que por mí ha cantado el *cuquillo*: andad con Dios.

También está en los *Diálogos* de John Minsheu (1599), última parte de su *Dictionary in Spanish and English*: «Aguilar. Échote una pulla con su pulloncillo: que tu mujer te haga ciervo y te llamen todos *cuquillo*». Un poco después, Diego López, discípulo del Brocense en Salamanca, en su *Declaración magistral sobre las [sic] emblemas de Andrés Alciato* (1615), explica el origen de la metáfora: «También se entienden por el *cuclillo* aquellos, las mugeres de los quales olvidadas del amor de sus maridos admiten otros en sus camas, porque como pone los huevos en nidos agenos, y otras aves les sacan, y crían sus hijos, ni más ni menos el desventurado muchas veces cría los hijos agenos, los quales el adúltero engendró en su mujer». Después, apenas aparece con este significado.

4.1.213. *Es un pájaro*. [*pajarito*★] [*pajarazo*★] [*pajarón*★] [*pajarote*★] [*pajarraco*] [*pajarear*] [*pajarero*] [*pajarobravismo*★] [*pájaro gordo*] [*pájaro de cuenta*] [*pájaro de mal agüero*] [*quedarse pajarito*] [*comer como un pájaro —pajarito—*] [*pájaro viejo no entra en jaula*★] El pájaro es un «ave, especialmente si es pequeña». Así aparecen definidos —entre los más conocidos— el *abejaruco*, la *alondra*, la *abubilla*, el *avión*, el *bienteveo*, la *calandria*, el *colibrí*, el *cuervo*, el *canario*, el *estornino*, la *golondrina*, el *gorrión*, el *jilguero*, el *mirlo*, el *pardal*, el *petirrojo*, el *pingüino*, el *querrequerre*, el *tordo* y la *urraca*. El *grajo* se define como «muy semejante al cuervo».

El grupo de los pájaros con significado metafórico está compuesto por el genérico (que además es el más polisémico) y 19 pájaros; son el *mirlo*, el *cuervo*, la *golondrina*, la *urraca* o *picaza* (son sinónimos), el *gorrión* y el *gurriato* (su pollo), la *calandria*, el *abejaruco*, el *canario*, el *tordo*, la *pispa* (nombre canario de la lavandera blanca) y 8 pájaros americanos: el puertorriqueño *pitirre*; los antillanos, *bijirita*, *chango* y *sijú*; los centroamericanos *sinsonte*; el costarricense *yigüirro*^{*}, el venezolano *querrequerre* y el colombiano *sirirí*.

En general, los significados son negativos: la «persona fea» es el *sijú* (Cuba); la «persona pequeña» es el *pitirre* (Puerto Rico); la «persona astuta» es un *pájaro*; la «persona ignorante» es el *tordo*; la «persona molesta» es el *abejaruco* —pretendiente— y el *sirirí* (Colombia); la «persona malhumorada» es el *querrequerre* (Venezuela); la «persona aprovechada» es el *cuervo*; la «persona que se finge enferma» es la *calandria*; el «desertor» es la *golondrina*; la «persona habladora» es la *urraca* o la *picaza*; la «persona que roba» es la *urraca*; la «persona enamoradiza» es el *gorrión*; el *charlatán* es un *grajo*. Algunas son metáforas del lenguaje de germanía: el *tordo* es «el que se deja engañar», el *canario* es «el preso que confiesa». Otras se refieren a la «persona homosexual»: el *pájaro*, el *bijirita* (Cuba), el *yigüirro* (Costa Rica). Finalmente, el «sacerdote» es un *grajo*.

Solo tienen significados metafóricos positivos: el *canario*, la *calandria* y el *sinsonte* en América Central se refieren a la «persona que canta bien»; el *pájaro* también el «hombre que sobresale o es especialista en una materia, particularmente en las de política»; el *mirlo blanco* es la «persona rara» (casi siempre en buen sentido); la *pispa*, en Canarias, es la «muchachita vivaracha».

La primera documentación es medieval en *pájaro*, *mirlo*, *cuervo*, *golondrina*, *picaza*, *gorrión*, *calandria*, *tordo* y *grajo*; se documentan en los Siglos de Oro *urraca*, *abejaruco* y *canario*; más recientes son *gurriato* y *pispa* (del xx). Solo hay dos primeras documentaciones metafóricas medievales: *picaza* y *canario* (ambas del xv); en los Siglos de Oro tenemos las de *pájaro*, *abejaruco* y *tordo*. El resto son más recientes: en el xviii *urraca* y *grajo*, en el xix *mirlo blanco* y *calandria*; el resto (*cuervo*, *gorrión*, *gurriato* y *pispa* son del xx. Los pájaros americanos, lógicamente, se documentan más tarde: en el xvii el *sinsonte*; en el xix el *pitirre*; en el xx y xxi el resto. En sus sentidos metafóricos, también son recientes: *pitirre* en el xix; el resto en los siglos xx y xxi.

Solo *pájaro*, el más frecuente, genera derivados, compuestos y fraseología: *pajarito*, *pajarazo*, *pajarón*, *pajarote*, *pajarero*, *pajarraco*, *pajarobravismo*, *pajarear*, *pájaro gordo*, *pájaro de mal agüero*, un *pájaro de cuenta*, *quedarse alguien pajarito*.

Pájaro tiene varios significados metafóricos. Es la «persona astuta y con muy pocos escrúpulos» (también mujer, *pájara*) y «hombre que sobresale o es especialista en una materia, particularmente en las de política» (ya como desusado), dos sentidos contradictorios. En Costa Rica, Cuba, Ecuador, Panamá y República

Dominicana, «hombre homosexual». *Pájara*, en el *Diccionario de americanismos*, es «mujer homosexual» (República Dominicana) y «concubina» (Puerto Rico). Probablemente, este valor procede de la expresión «tener pluma» que se refiere a los hombres amanerados, que tienen gestos femeninos. En el *Diccionario El Sohez*, *pájara* es también «prostituta, mujer indeseable» y «mujer promiscua». Lo recoge Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Persona disimulada y astuta; hombre cauteloso y taimado, de turbios manejos y poco fiar».

La palabra procede de antiguo *pássaro*, del latín vulgar *PASSARU*, que en latín clásico tenía la forma *PASSERE* y significaba «gorrión»: ha habido, por tanto, una ampliación del significado. La primera documentación está en el *Libro de Alexandre* (1240-1250): «vendimiava las viñas con falçes podaderas, / nin dexava los páxaros llegar a las figueras».

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge ya recoge la expresión: «¡Ké buen páxaro! ¡Ké tal páxaro! Por: un vellakón». Mucho después, lo encontramos en Galdós: «—¿Quién es este pájaro? —preguntó Ugarte demostrando en su tono que estaba completamente desconcertado. —Se llama fray Cirilo de Alameda y Brea» (*Memorias de un cortesano de 1815*, 1875); «Sí, aquí lo tengo. *Buen pájaro...* amigo de D. Víctor Sáez, el confesor de Su Majestad y del conde de Moy, coronel de guardias. Hay sospechas de que conspira» (7 de julio, 1876); «Su hermana le dio bromitas aquella noche. “*Buen pájaro* te ha caído en la red. Asegúrale, chica, todo el tiempo que puedas, que de estos no caen todos los días”» (*Tormento*, 1884). La frase *menudo pájaro está hecho* es una variante frecuente, en la lengua coloquial, de la metáfora. En la novela *Caronte aguarda* (1981) de Fernando Savater, hay una referencia a un periodista de métodos dudosos (añade también otra metáfora animal: zorros): «—¡Sí, *menudo pájaro está hecho* ese tipo! ¡Ya lo creo que va a sacar tajada de todo esto! ¡Puñeteros periodistas, hay que ver lo zorros que son!».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *ágil*, *agitado*, *alegre*, *delicado*, *libre*, *ligero*, *liviano*, *mudable* y *palpitante*.

Pájaro genera, con significados metafóricos, un diminutivo (*pajarito*), tres aumentativos (*pajarazo*, *pajarón* y *pajarote*), un despectivo (*pajarraco*), un derivado verbal (*pajarear*), un derivado adjetivo (*pajarero*), un compuesto léxico (*pajarobravismo*), tres compuestos sintagmáticos (*pájaro gordo*, *pájaro de cuenta* y *pájaro de mal agüero*), una locución verbal (*quedarse pajarito*) y una expresión (*pájaro viejo no entra en jaula*★). *PAJARITO*★ es en Chile, según el *Diccionario de americanismos*, la «niña de constitución física débil» y la «persona que actúa inocentemente». Es muy frecuente en la novela *Eva Luna* (1987) de Isabel Allende: «Elvira escondía las sobras de los amos y me las daba al desayuno, porque había escuchado por la radio que es bueno empezar la jornada con el estómago repleto, para que te aproveche en los sesos y algún día seas instruida, *pajarito*, me decía».

PAJARAZO★ es, según el *Diccionario de americanismos*, el «homosexual» (Costa Rica y República Dominicana). El aumentativo, PAJARÓN★ es, según el *Diccionario de americanismos*, la «persona tonta, ingenua o poco perspicaz» (Bolivia, Chile, Paraguay, Argentina y Uruguay). También, la «persona joven muy desarrollada físicamente para su edad» (Chile). En el drama *El puente* (1949) del argentino Carlos Gorostiza, leemos: «Pichín ¿Y entonces? Pato ¡Callate, *pajarón*! ¿No ves que vos no lo comprendés?»; también está en *La tregua* (1960) de Mario Benedetti: «Lo miré, lo volví a mirar, y confirmé que era estúpido, empalagoso y *pajarón*... Suárez ni siquiera se enteró de esos envíos, seguramente efectuados por uno de esos muchachos novicios y *pajarones* que tienen a su cargo la tarea de empaquetar». PAJAROTE★ es, según el *Diccionario de americanismos*, un «adolescente muy alto e ingenuo» (Venezuela).

PAJARRACO, además del despectivo «pájaro grande desconocido, o cuyo nombre no se sabe» es, metafóricamente, un «hombre disimulado y astuto». Según el *Diccionario de americanismos*, es «hombre afeminado» (República Dominicana). Lo recoge Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995). La primera documentación con sentido metafórico está en las *Cartas de 1823 [Epistolario]* de Leandro Fernández de Moratín: «Yo soy un *pajarraco* huérfano, sin pollos y sin nido; me mantengo con poco; y a pesar de mis cortos haberes, antes me sobra que me falta». Bastante frecuente a partir del XIX y característico en Galdós, sobre todo con connotaciones políticas: «Gil de la Cuadra es uno de los peores. ¡Valiente *pajarraco* defiende usted, amiguito Monsalud!» (*El grande Oriente*, 1876); «y apenas entré en la obscura, deslucida y puerca antesala, oí la voz del *cernícalo* graznando en estridente disputa con otros *pajarracos* de la *fauna* reaccionaria» (*Amadeo I*, 1910); «Pertenece a la *bandada de pajarracos* que apenas establecida la República se cuelan en ella para llenar sus buchecillos con los desperdicios del presupuesto» (*La Primera República*, 1911). Una de las protagonistas de *El Jarama* (1956) de Sánchez Ferlosio, borracha, arenga a la pandilla con ese insulto (al que añade *besugos*):

Bueno, sois todos una partida de *besugos*; cuando una persona acaba de echar las tripas por haberos estado divirtiendo, vosotros se os ocurre tomarla de espectáculo, mortificarla a una lo que podéis —llegaba hasta la mesa; se sentó; los miraba riendo—. ¡Mira tú que reunión de *pajarracos*! ¿No se os ocurre nada a ninguno, para darle el adiós a un día de fiesta?

PAJAREAR es «cazar pájaros», pero, metafóricamente es «andar vagando, sin trabajar o sin ocuparse en cosa útil». Según el *Diccionario de americanismos*, es «distraerse o pasear alguien sin rumbo» (Centroamérica y Puerto Rico); también «eludir una responsabilidad o intentar escabullirse de la realización de una tarea» (Nicaragua, Panamá y Venezuela). La primera documentación está en *El diablo cojuelo* (1641) de Luis Vélez de Guevara: «—Camarada, descansemos un poco, que es mucho *pajarear* éste, y nos metemos a lechuzas silvestres; que la serenidad de la

noche y el verano brindan a pasalla en el campo». Mucho más tarde, lo encontramos en Azorín: «Tres muchachas vestidas de negro que *pajarean* por la casa ligeras y alegres» (*Antonio Azorín*, 1903). Y también en el hermoso poema de Miguel Hernández, «Elegía a Ramón Sijé»: «por los altos andamios de las flores / *pajareará* tu alma colmenera / de angelicales ceras y labores» (*El rayo que no cesa*, 1936).

PAJARERO es «alegre y festivo».

PAJAROBRAVISMO*, en Venezuela, es la «actitud egoísta con la que se pretende obtener beneficios personales de cualquier situación». En el blog «Facility manager» (16/08/2012) aparece un artículo titulado «El “Pajaro-bravismo” en las empresas»: «Explica la socióloga Carmen Elena Balbás que “el *pájaro bravismo*, es cuando la persona obtiene beneficios, transgrediendo las normas sin tener en cuenta a los demás”»⁴⁷.

Un PÁJARO GORDO es una variante menos frecuente de un *pez gordo*, que sin duda le ganó la batalla. En *El audaz. Historia de un radical de antaño* (1871) de Galdós, D. Buenaventura Rotondo dice a Martín Muriel: «Mientras usted se explica con él y se entera de ciertas particularidades, yo me voy a ver a un *pájaro gordo* que debe haber llegado anoche para entenderse conmigo».

Un PÁJARO DE CUENTA es un «hombre a quien por sus condiciones hay que tratar con cautela». Ya utiliza la expresión Ramón de la Cruz en su teatro del XVIII: «Ibarro. ¡Adiós, Paco! Espejo. ¡Adiós, *pájaro de cuenta*!» (*El baile en máscara*, 1768). Está, entre otros autores, en Ángel Ganivet, en su novela *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898); Severiano Tauris necesita aprender bien el español para presentarse a unas oposiciones de cátedra de alemán: «Pío Cid le dio las lecciones que necesitaba, pero sin tratarle nunca con intimidad; porque creyó que el tipo aquel era un *pájaro de cuenta*, y que a poco que se ahondara en él quizá resultaría falso hasta el nombre». Se utiliza con cierta frecuencia a finales del siglo XIX, pero a mediados del XX disminuye su uso y hoy apenas se utiliza.

El PÁJARO DE MAL AGÜERO es la «persona que acostumbra a anunciar que algo malo sucederá en el futuro». La expresión es del siglo XIX. Tenemos su primera documentación en una carta de Valera: «El Gortchakoff de Varsovia, como *pájaro de mal agüero*, ha venido por aquí más feo, si cabe, que le dejé por allá y más sabio de resultas de los estudios que ha hecho en la biblioteca de su palacio» (*Correspondencia*, 1847-1857). Después está, naturalmente, en Galdós: «Has de saber, y no hago más que dar traslado de lo que me contó mi prima, que siempre que se aparece en Madrid ese *pájaro de mal agüero*, trae estudiado algún plan de sablazo en grande escala para atacar con él a los que tuvieron la desgracia de ser sus amigos» (*La incógnita*, 1888-1889).

COMER COMO UN PÁJARO —PAJARITO— es «comer poco».

«Come como un pajarito», se suele decir de las personas que comen poco y, sin embargo, la comparación no está bien hecha, pues son verdaderamente asombrosos el apetito y el poder de asimilación que tienen estos animalitos.

Un sabio probó que los pájaros, aunque toman en cada picotazo pedacitos muy pequeños de alimento, devoran en proporción a su tamaño, mucho más que el hombre más comilón. (Lo que comen los pájaros [Vida femenina. La revista de la mujer inteligente, 15 de febrero de 1935], 1935)

QUEDARSE PAJARITO es «quedarse aterido por el frío». En la primera documentación, en *El diablo cojuelo* (1641) de Luis Vélez de Guevara, significaba «quedarse dormido»: «y haciendo varios discursos sobre la almohada *se quedó como un pajarito*»; con el significado normal está en *La edad de oro de los perros* (1989) de Alfonso Armada: «Mira el mar. Me estoy quedando *pajarito*. Este coche es más frío que un témpano».

PÁJARO VIEJO NO ENTRA EN JAULA* es una expresión que se utiliza para expresar que «no es fácil engañar a la persona experimentada» (*Diccionario de argot de Espasa*). Mateo Luján de Saavedra, en la *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* (1602), explica el «antiguo proverbio: “*Pájaro viejo, no entra en jaula*”; porque, escarmentado de las veces que se ha visto para perder su libertad, ya no se cree de ligero, ni del reclamo vivo, ni de la aña gaza muerta, ni del cebo sabroso, sabiendo que todo aquello se ordena para encantarle». Después, está en *Trafalgar* (1873) de Galdós: «Está una diez o doce meses sin verlo... Pero *pájaro viejo no entra en jaula*, y de repente viene otro despachito de Madrid. Vaya usted a Tolón, a Brest, a Nápoles, acá o acullá, donde le dé la gana al bribonazo del primer cónsul».

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge los siguientes refranes referidos a pájaro: *onbre sin abrigo, páxaro sin nido; no todo páxaro konoze el buen grano; tal te veas entre enemigos, komo páxaro entre niños*.

4.1.214. *Es un mirlo blanco*. El mirlo es un «pájaro de unos 25 cm de largo. El macho es enteramente negro, con el pico amarillo, y la hembra de color pardo oscuro... se domestica con facilidad, y aprende a repetir sonidos y aun la voz humana». Hasta el siglo XVIII, predomina el femenino *mirra* (en latín MERULA). Su nombre científico es *Turdus merula*. *Ser alguien un mirlo blanco* es «ser de rareza extraordinaria» (aparece por primera vez en la edición de 1925 del diccionario académico).

La palabra procede del latín MERULA (MERULUS en el latín vulgar). La primera documentación está en la colección de cuentos titulada *Libro de los exemplos por A. B. C.* (c. 1400–c. 1421) de Clemente Sánchez de Vercial, arcediano de Valderas (León): «Léyesse de Sant Benito que él, estando en un su huerto, un ave que llamavan *mierla* bolava e rrebolava delante su cara e dexole tanta temptación del deleyte de la carne que propuso de dexar su monesterio e yrse para el mundo e casarsse e bevir en deleytes».

En Galdós, está ya como metáfora física (alguien vestido de negro), pero también la expresión *mirlo blanco*: «Vestía cómodo traje negro, calzando zapatos de

cuero amarillo a prueba de arenas y lodos, por cuya combinación de colores los holgazanes de Ficóbriga que pasaban su vida murmurando en la botica, decían al ver a don Buenaventura: “ahí viene el *mirlo*” (*Gloria*, 1876-1877); «—Me dejas atónito, Graziella. ¿Y cómo has encontrado *ese mirlo blanco*, ese espejo de los cabañeros, más digno cuanto más tonsurado? —¡Ay, no fue poca mi suerte al dar con él! Perdida andaba yo, cuando una casualidad me deparó su conocimiento. Hará de esto diez años. Me recogió y amparó... Prendose de mí» (*Amadeo I*, 1910). También está en *El curandero de su honra* (1926) de Ramón Pérez de Ayala: «Has cazado un marido que es un *mirlo blanco*; rico, en vísperas de viejo...».

El origen de los mirlos blancos está en una piedra llamada *asbestos*: «También tiene el abesto, una piedra que, una vez encendida, no se apaga nunca. Allí nacen también los blanquísimos mirlos», según el teólogo y cosmógrafo francés Pierre d'Ailly (Antonio Ramírez [ed.], *Ymago mundi y otros opúsculos*, Alianza Editorial, Madrid, 1992: 79).

4.1.215. *Es un cuervo**. [*cría cuervos y te sacarán los ojos**] El cuervo es un «pájaro carnívoro, mayor que la paloma, de plumaje negro con visos pavonados...». Su nombre científico es *Corvus corax*. Metafóricamente, según el *Diccionario de americanismos*, es «jugador del equipo futbolístico del Club Central Norte» (Argentina) y «árbitro de fútbol» (Uruguay). En el *Diccionario de argot* de Espasa, se recogen dos significados metafóricos (ausentes de los diccionarios académicos): «persona aprovechada, en especial de la desgracia ajena» y «sacerdote» (también *grajo*, *escarabajo*, *cucaracha*) y se explica esta última metáfora: «Del mismo modo que el sacerdote es designado figuradamente como *cucaracha*, por el color negro de su sotana, la voz *cuervo* también se emplea para nombrarlo metafóricamente por esta similitud entre el color del vestido y la piel o las plumas del animal. Se añade una connotación negativa, ya que este pájaro es un símbolo de mal agüero».

La palabra procede del latín *corvus*. La primera documentación es del siglo XIII: «E esperó Noé vii días; e enbió el *cuervo* e tornó; depués enbió el palomo e veno a ora de viésperas e un ramo de olyva con sus fojas verdes en su boca» (Almerich, *La fazienda de Ultra Mar*, c. 1200).

La metáfora del cura como un cuervo, junto con la expresión *cría cuervos*..., está en *La región más transparente* (1958) de Carlos Fuentes. Ernestina Zamacona, la hermana mayor de Ana Mará, y su tío, el cura, asisten al encuentro sexual entre Mercedes Zamacona, su hermana pequeña, y Federico Robles, el «indito humilde»:

... la ruptura de lo que ella sentía ordenado por Dios..., el Dios que confundía con el mundo de la siembra y el sol y las tierras al pie del campanario, vino en boca y manos de los dos seres negros, de las voces y la luz que una tarde invadieron la antigua sacristía para que Mercedes pudiese ver los dos cuerpos juntos por primera vez y el muchacho se cubriese los ojos con la mano, no como si lo cegaran las luces, sino tratando de dividir la luz de las sombras y recobrar éstas mientras la voz chillona de la

hermana tosía y se cubría la boca con sus trapos negros mientras el *cura* aullaba y movía los brazos como un *cuervo*... te lo dije tío yo vi esas miraditas esas inquietudes esa nueva cara en la niña ¡la niña! como si un vaso roto se pudiera reparar *cría cuervos* Ernestina *cría cuervos* dale de comer al hambriento para que así te pague deshonor de esta casa pura hasta hoy inviolada por la murmuración y el escándalo y mi ejemplo tío mi ejemplo de honradez y castidad mis años aquí sacrificada cuidando a mi madre enferma para que esta esta míralos como dos perros míralos el asco y la perdición y el pecado míralos *cría cuervos* eso se saca uno por traer indios piojosos...

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *comer*, *graznar* y *revolotear*.

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge *Hixos no tenemos i nietos nos sakan los oxos; o i kuervos nos sakan los oxos*, que evolucionará al famoso CRÍA CUERVOS Y TE SACARÁN LOS OJOS*, que define María Moliner como «frase con que se comenta algún caso en que los beneficios hechos a quien no los merece son correspondidos con desagradecimiento».

Está documentado en el siglo XIX: «Al poco tiempo de estar Mariano Rosas en su tierra, su padrino, que no daba puntada sin nudo, viendo que el pájaro se le había escapado de la jaula, y que es bueno tener presente que *quien cría cuervos se expone a que éstos le saquen los ojos*, le mandó un regalo» (Lucio Victorio Mansill, *Una excursión a los indios Ranqueles*, 1870). También está en Galdós: «¡Ah, menguado Pipaón! ¡Ah, pérfido discípulo! *Eres el cuervo que he criado para que me saque los ojos...* ¡Conque te me has pasado a la masonería y a la revolución! ¡Ah, troglodita! ¿Sabes que desde hace algunos días sospechaba yo tu defección?» (*La segunda casa*, 1876).

Es una de las frases características de Carmen, en *Cinco horas con Mario* (1966) de Delibes: «Pero los hijos no dan más que disgustos desde que se abren paso, desgarrándola a una, vientre abajo; *cría cuervos*. Ya ves Mario, ni una lágrima. Ni luto por su padre, ¿quieres más? “Déjame, mamá, por favor, a mí eso no me consuela”». Y también, en boca de doña Rosa, al echador que le avisa de un cliente que no paga, en *La colmena* (1951-1969) de Cela: «—Eso dicen todos y después, para uno que vuelve, cien se largan, y si te he visto no me acuerdo. ¡Ni hablar! ¡*Cría cuervos y te sacarán los ojos!* Dile a Pepe que ya sabe: a la calle con suavidad, y en la acera, dos patadas bien dadas donde se tercie. ¡Pues nos ha merengao!». Comentan por extenso este refrán Pérez Paredes y Sanz (2013: 85).

4.1.216. *Es un grajo*. El grajo es un «ave muy semejante al cuervo, con el cuerpo de color violáceo negruzco y la base del pico desprovista de plumas». Su nombre científico es *Corvus frugilegus*. Metafóricamente, es *charlatán* (con la marca «poco usado» en el diccionario académico), acepción que se incluye en el diccionario académico en la edición de 1925. Aves habladoras son también la *urraca* y la *picaza*. En el *Diccionario de argot* de Espasa, «sacerdote» (también *escarabajo*, *cucaracha*).

La palabra procede del latín GRACULUS. La primera documentación, con la forma femenina, es del siglo XIII: «Los rēys de oriente aviēn todos tal maña / de ir en apellido con toda su compaña; / bien de antigüedat teniēn essa fazaña, / mas pora Dario fue más negra que la *graja*» (*Libro de Alexandre*, 1240-1250). El proverbial mal olor del animal está ya en Juan Alfonso de Baena: «Señor, este torpe ribaldo çetrino, / fidiondo, que huele a *sudor de grajos*, / sus dichos negros más que escaravajos...» (*Poesías [Cancionero de Baena]*, 1406-a. 1435).

El carácter «parlero» del grajo está ya, en la primera mitad del XVI, en la traducción de un libro de Erasmo en la que se citan muchos textos clásicos y bíblicos sobre el mal uso de la facultad de hablar:

Refranes contra parladores. Muy aborrecida fue esta parlería antiguamente, y mil refranes ay contra ella, tomados de la semejança de muchos animales, porque destos dizen: «Más parlero es que un tordo; más que una picaça; más que un *grajo*; más que un stornino; más ruydo haze que un ansar; más bozingletero es que la cigarra». (Bernardo Pérez de Chinchón, *La lengua de Erasmo nuevamente romançada por muy elegante estilo*, 1533)

Más tarde, Juan Pérez de Moya apunta el origen mitológico de este rasgo:

Este cuervo que atribuyen a Apolo se entiende de los grajos o picazas, que son aves muy parleras, y no cuervos; así lo dice san Isidro, y Ovidio, contando esta fábula, donde dice: Corve loquax, que quiere decir: El cuervo es parlero, lo cual más pertenece a las grajas y picazas que al cuervo. (*Philosofía secreta de la gentilidad*, 1585)

La metáfora aparece en el siglo XVIII, en las obras de Feijoo:

Que los libros comunísimamente son hijos de otros libros; no de la idea y entendimiento de los que los escriben. ¡O cuántos grajos no hacen sino repetir lo que cantaron algunos cisnes! (*Teatro Crítico Universal*, VII, 1736)

Como a Hespaña en los tiempos presentes, en que si hay uno, u otro escritor ingenioso y sabio, que dé algunas provechosas luces al público, a centenares salen otros ignorantes y rudos a llenarle de tinieblas; y el canto harmonioso de pocos cisnes es sufocado por el dissonante estrépito de muchos grajos. (*Cartas eruditas y curiosas, en que por la mayor parte se continúa el designio de el Theatro Crítico*, 1745)

A finales de este siglo XVIII, Tomás de Iriarte escribe la fábula *El canario y el grajo*: «Al fin, un *grajo*, que no podía lucir por sí, quiso hacerse famoso con empezar a chillar públicamente entre las aves contra el canario».

4.1.217. *Es una golondrina*★/*es un golondrino*★. [*engolondrinar(se)*] La golondrina es un «pájaro muy común en España desde principio de la primavera hasta fines de verano, que emigra en busca de países templados». Su nombre científico es *Hirundo rustica*. Aunque el diccionario académico no recoge significados

metafóricos, en el *Diccionario de americanismos*, aparecen con el sentido de «trabajador por lo común peón rural, que se desplaza periódicamente de una región a otra» (Argentina, Perú y Chile). Es también palabra del lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*): «soldado desertor que se dedica al pillaje y la ladronería».

La palabra procede del latín *HIRUNDINE* (con una complicada evolución fonética). La primera documentación está en el *Lapidario* (c. 1250) de Alfonso X: «De la piedra que fallan en el uientre de la *golondrina*. Et es una de las preciadas piedras que a entre todas aquellas que se fazen en los animales». En el siglo xvii, Guillén de Castro explicaba, en su *Comedia de Progne y Filomena* (c. 1608-1612), el origen mitológico del animal: «Los dioses tuvieron misericordia de ellas, sin embargo, *Procne* fue convertida en un *ruiseñor* de incansable trinar y *Filomela* en una *golondrina* de canto quejoso y corto; y *Tereo* convertido en *gavilán* perseguía incesantemente a *Procne*. En la mitología romana, de acuerdo al relato del poeta Ovidio, las transformaciones de los personajes son diferentes, *Procne* se convierte en *golondrina*, *Filomela* en *ruiseñor* y *Tereo* en *abubilla*».

Como «trabajador temporal», está en *Sindicalismo y reforma agraria en el valle de Chancay* (a. 1975) del peruano José Manuel Mejía: «Los hacendados aprovecharon la situación creada para deshacerse, la organización de los trabajadores del valle. La tarea fue relativamente fácil debido a la diversificada estructura interna de la hacienda, donde coexistían *yanacunas*, *peones temporales* o “*golondrina*” y peones estables» [*yanacuna*, «indio aparcerero»]. También en el periódico argentino *Clarín* (03/07/1987): «Millares de trabajadores “*golondrinas*” cruzan la línea fronteriza con Estados Unidos».

El *golondrino* es el «pollo de la golondrina», y también —metafóricamente— el «hombre que anda de una parte a otra, cambiando de morada como la golondrina» y el «soldado desertor» (de los que no he encontrado documentación). La primera documentación está en *La fazienda de Ultra Mar* (c. 1200) de Almerich, una especie de itinerario para peregrinos a Jerusalén: «—Tobías— Un día que iazía en so lecho, cayol estiércol del *golondrino* en sos oios e cegó». En los *Coloquios de Palatino y Pinciano* (c. 1550) de Juan Arce de Otárola, se establece una comparación de diferentes animales con los hábitos de diferentes órdenes religiosas: «El otro decía que los *agustinos* le parescían *golondrinos*, y los franciscos, pardales, y los dominicos, urracas o picazas».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *frágil* y *ligera* y con el verbo *volar*.

ENGOLONDRINAR(SE) significa «envanecer(se)» y «enamorarse». El *Diccionario de Autoridades* define y explica así su significado: «Engréirse, subirse a mayores, no tener respeto a los demás: como hace la *golondrina* (de cuyo nombre se forma este verbo) que se entra en casa y hace su nido en la techumbre de ella, canta y se regocija con gran libertad, y a veces inquieta, sin embarazarse en cosa alguna. Es término jocoso. Se toma a veces por “enamorarse o enamorarse”. En este senti-

do es baxa y rústica». El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge el verbo *engozgorritarse* y la expresión *estar engozgorritada*; o *engozgorritado* y los explica así: «Lo ke: “engolondrinarse”. Dízese de mozos ke tienen puesto el deseo en hazer o kerer algo kon más afizión ke rrazón; komo: pikarse de amor la moza i kerer kasarse kon tal o kual». Está en un romance de Góngora:

díxele: «Soys más hermosa
que Venus, Iuno y Minerua’,
y que al sol escurecía
con su estremada velleza.
Tanto se engolondrinó
a mis palabras, la nescia,
que se me subió a las barbas
desterrando a la vergüença».
(*Romances*, 1580-a. 1627)

4.1.218. *Es una urraca*. Es un «ave similar al cuervo, pero más pequeña, que remeda palabras y suele llevarse al nido objetos pequeños, sobre todo si son brillantes». En América, es sin embargo un «ave semejante al arrendajo». El nombre científico de la especie europea es *Pica pica*; el de varias especies de América, género *Cyanocorax*. El diccionario académico recoge la frase *hablar más que una urraca* con el significado de «hablar mucho» (En el *Diccionario de Autoridades*, se añadía: «y especialmente se dice de las mugeres y los niños»). También son aves habladoras la *picaza* y el *grajo*. En el *Diccionario de argot* de Espasa, es «comprador de objetos robados»: «el receptor de joyas robadas recibe el nombre de *urraca* al compararle con este pájaro que lleva a su nido objetos brillantes».

La palabra procede del nombre propio femenino *Urraca*, «aplicado a la picaza por su conocida propiedad de parlotear volublemente como si remedara a una mujer; el nombre propio es de origen incierto, seguramente prerromano» (Corominas-Pascual). La primera documentación está en la *Segunda parte del Abecedario espiritual* (1530) de Francisco de Osuna: «lo qual acaesce en el caso presente al religioso de qualquiera estado que sea no dándosele nada por él saber, siéndole tan ofrecida cada día continua doctrina que, si toda la oyese un tordo o una *urraca*, ya sabría algo».

También está extendida la creencia de su avaricia, de actuar como «ladrona»: «Licenciado. Las *hurras* tienen por vicio natural el hurtar cuanto hallan i entrarlo en su nido, sin más fin que esconder. I assí les pongo yo su nonbre a algunos hombres que no hazen más que buscar i amontonar cuantos papeles curiosos hallan, sin más fin que esconderlos, i ni aprovechan con ellos a nadie ni dexan que otros aprovechen» (Juan de Robles, *El culto sevillano*, 1631). Lope de Vega, en las *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos* (1634), incluye este soneto: «A una dama que criaba un cernícalo» (en el que insinúa que ella también es «ladrona»):

Filis, verte criar un ave admira
de tan poco valor, y que te falte
un pardo azor, un noble gerifalte,
que se pierde en el cielo a quien le mira.

Cazar con un cernícalo retira
tu grave honor de su primero esmalte;
una urraca es mejor, *que parle y salte*,
y que puedas llamar Sancha o Elvira.

Dirás *que urracas te parecen suegras*
y que en la caza de tus manos francas
mejor con un cernícalo te alegras.

Cazad los dos, pues no las tienes mancadas:
él, pajarillos con las uñas negras,
y tú las bolsas con las uñas blancas.

En el teatro popular del XVIII de Ramón de la Cruz, es frecuente el significado de «habladora»: «¿Qué hacemos en pie? Muchachas, / ... Pajes. Ya obedecemos. / ¡Famosa junta de urracas!» (*Los propósitos de las mujeres*, 1763); «¿Señora? ¿señora?, ¿dónde se han metido *estas urracas*? ¿Señora?, ¿se puede entrar?» (*Las mujeres defendidas*, 1764). Más tarde, encontramos la metáfora en las *Poesías* (1843-1858) del venezolano Rafael María Baralt: «—El chico es una matraca. / ¡Qué hablar de todo y por todo, / sin instrucción y sin modo! / ¿Le educa Ud. para *urraca*?». Utiliza la palabra Clarín en *La Regenta* (1884-1885), como «ladrona»: «... en la cocina del Marqués, con gran envidia de la *urraca ladrona*. También almacenó entre las faldas un paquete de té superior».

Aún hoy está vigente: «Volvió a verla en otras dos ocasiones: una, del brazo del odioso alferez Montes de Barbanza, la lluviosa mañana en que enterraron a su madre; y otra, dos años después, una tarde que pasó por el casón para discutir de dinero con la tacaña tía Melisenda, que en eso era (debía decirlo), *una urraca*» (Germán Sánchez Espeso, *En las alas de las mariposas*, 1985).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *terca* y con los verbos *ahorrar*, *gritar* y *lamentarse*.

Hay que recordar que Rossini estrenó en 1817 el melodrama u ópera semiseria *La gazza ladra* (*La urraca ladrona*).

4.1.219. *Es una picaza*★. La *picaza* es, con sus variantes *pica*, *pega* y *pegaza*, la urraca. Estas palabras parecen creaciones a partir de una raíz expresiva *pic(c)-*, «que indicaba la idea de “golpe” y de ahí la de “señal” (dejada o no por un golpe), aludiendo en este caso a las manchas y colores varios de la urraca» (Corominas-Pascual). Metafóricamente, es la «persona habladora». También son aves habladoras la *urraca* y el *grajo*.

La primera documentación está en el texto de cetrería *Moamín. Libro de los animales que cazan* (1250) de Abraham de Toledo: «después denles so ceuo complido de carne de gallinas o de qual carne quier que puedan auer, fueras end carne de *picaças* o de uezerro o de carnero». Ya Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, recuerda su carácter hablador: «si non parlase la *picaça* más que la codorniz, / non la colgarién en plaça» (*Libro de buen amor*, 1330-1343). Y, poco después, el historiador vizcaíno Lope García de Salazar, en su *Istoria de las bienandanzas e fortunas* (1471-1476), caracteriza al hombre, como «de más alta natura que todas las cosas... es amansado como asno; es *ladrón como picaça*; es loçano como el pavón». Góngora compone una letrilla satírica contra cierta dama:

Que una moza que bien charla,
dama *entre picaça y mico*,
me quiera obligar a amarla,
siendo su pico de Parla
y de Getafe su hocico,
¡oh, qué lindico!
(*Letrillas*, a. 1610)

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), incluye el siguiente, no muy políticamente correcto hoy y que explica: «*A la muxer i a la pikaza, lo ke dirías en la plaza; o lo ke vieres en la plaza*. Dirás; no tus sekretos».

4.1.220. *Es un gorrión*★. [*cada gorrión tiene su corazón*★] [*comer como un gorrión*★] [*estar hecho un gorrión*★]

Baja a las soledades del jardín
y de pronto lo espanta tu mirada.
Y alza el vuelo sin fin,
alza su libertad amenazada.
(*Álbum de Zoología*. José Emilio Pacheco)

El gorrión es un «pájaro de unos doce centímetros desde la cabeza a la extremidad de la cola. Es sedentario y muy abundante en España». Su nombre científico es *Passer domesticus*. Metafóricamente es, según el *Diccionario de americanismos*, en Honduras «persona enamoradiza» (es, en varios países de Centroamérica, el nombre del *colibrí*). También, en Uruguay, es «en el fútbol sala infantil, categoría para niños de entre cinco y ocho años, aproximadamente».

Es una palabra de origen incierto. Es de aparición muy tardía, y sustituye a *pardal* que había tomado un sentido sexual («miembro viril»). La primera documentación está en el *Libro de Alexandre* (1240-1250), en una comparación despectiva: «Quando los vio Achilles, enfestó el pendón; / quando lo vio Éctor, quebro'l coraçón, / pero miso en medio luego otra razón: / dixo que nol preçiaua quanto un

gorrión». Pero es un ejemplo aislado; no vuelve a aparecer hasta el xvi: «de una araña que vi una vez era tamaño *como un gorrión o páxaro d'estos pardales* y llena de vello» (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Sumario de la natural y general historia de las Indias*, 1526).

Normalmente se asocia a la «debilidad»; así Alfonso Paso, en su comedia *Sí, quiero* (1963), escribe: «¿Y qué medidas se pueden tomar contra él, si es *más insolvente que un gorrión?*». Curiosamente otra comparación despectiva, como la del *Libro de Alexandre*.

En Uruguay, la ONFI, que es la Organización Nacional de Fútbol Infantil, establece tres categorías: *Gorriones* (10 años), *Semillas* (11 años) y *Cebollitas* (12 años). En el periódico *La Semana* (23/03/2015), bajo el titular «Arrancó la temporada 2015 de Fútbol Infantil», leemos: «El pasado fin de semana la pelota comenzó a picar para los más chicos en todo el departamento. Juventud Unida enfrentó a Central en Libertad y lo venció solamente en Semillas por 4 a 2, luego cayó Cebollitas 5 a 0 e igualaron en *Gorriones* 2 a 2»⁵⁰.

En el año 1970, Joan Manuel Serrat publica la canción *Como un gorrión*: «Es menuda como un soplo / y tiene el pelo marrón / y un aire entre tierno y triste / *como un gorrión*».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *pequeño* y *tierno* y con los verbos *cantar* y *saltar*.

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge *Abad i gorrión, malas aves son*, en el que no queda bien parado el pájaro. Pero también cita *Kada gorrión tiene su korazón*, que es la capacidad de amar que tenemos todos los seres humanos, incluso aquellos de los tenemos serias dudas.

También es frecuente la comparación COMER COMO UN GORRIÓN★ (o *que un pajarito*) como «comer poco»:

—Este tipo de escenas las hemos vivido en carne propia no pocas veces con mi hija Sofía, que es fantástica, pero *come menos que un pájaro*⁴⁸.

... para almorzar y para cenar y compartirlo (por lo que vi las porciones son grandes y mi señora y el nene *comen menos que un pajarito*)⁴⁹.

ESTAR HECHO UN GORRIÓN★ es, en Cuba (Sánchez-Boudy), «tener relaciones sexuales frecuentes».

4.1.221. *Es un pásula*. En Uruguay y Argentina es el gorrión, «especialmente la hembra» (según el diccionario académico). Metafóricamente, es —en Uruguay— la «persona ingenua o poco lúcida», con la marca de poco usado en el *Diccionario de americanismos*.

La palabra es un italianismo: procede del genovés *pasua*. No está documentada en los *corpora* académicos. Con sentido metafórico, la encontramos en un blog dedicado a la fauna de un balneario llamado *La Floresta*, en Uruguay: «Aclaro que

no pongo fotos de *gorrión* o *pásula* como decía mi abuelo, porque en Floresta no hay»⁵¹. El lingüista japonés Hiroto Ueda la incluye como insulto en Uruguay en el *Léxico de la blasfemia: Análisis por patronización* (en *Diccionario, léxico y cultura* / coord. por María Victoria Galloso Camacho, Josefina Prado Aragonés, 2004: 233-245)⁵². También es el apodo de un famoso futbolista uruguayo: «El ex futbolista Sergio Daniel Martínez, integrante de la selección uruguaya que participó del Mundial de Italia 90 y del equipo celeste que conquistó la Copa América en 1995, está en Mercedes. Brilló en Boca Juniors de Argentina, entre otros equipos. Le decían “Pásula” cuando comenzó en Defensor, pero luego en la selección empezaron a decirle “Man-teca”»⁵³.

4.1.222. *Es un guarri(p)ato*. El gurriato es el «pollo del gorrión». Aunque el diccionario académico no recoge ningún sentido metafórico, se utiliza con el sentido figurado de *gurripato* (la variante andaluza de *gurriato*): «persona pazguata». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «entra a formar parte de la extensa familia de improprios que forman la pira de *cerdos* y *gorrinos*, *guarros* y *puercos*, *cochinos* y *marranos*, siendo el *gurriato* o *gorrín* el miembro más pequeño, junto con el *lechón*, *tocino* y *guarrín*, de esta sucia estirpe».

La palabra deriva de *gorrión*, con cambio de sufijo al diminutivo y despectivo *-ato*. La primera documentación, en sentido literal, está en la novela *La gaznápira* (1984) de Andrés Brelanga (que José Luis Garci quiso llevar al cine): «Los más pequeños, peloncetes y con mocos resecos, incordian a verderones y cardelinos, *gurriatos* y pardillos, ramas y hojas, ensayando chinazos a los árboles, con tiragomas de horquilla de madera». El sentido metafórico lo tenemos documentado anteriormente, en la novela *Las siete cucas* (1927) del escritor madrileño Eugenio Noel (seudónimo de Eugenio Muñoz Díaz): «Oponiendo a los calvatrienos de la vida mistonga, a los barateros y silvanos cuerdos, aquello que de ellas inmutaba a todos; su decisión de ser así para castigar a todo un pueblo. —Y luego dicen de las novelas —rezongaban los *gurriatos* mesenteros». También aparece en *La lucha inútil* (1984) de Ramón Ayerra: «tenía ofrecimiento importante que hacerle y no era aquel lugar, ni aquella compañía —lo dijo mirando con soberbia al coro de *gurriatos* que seguían el asunto con las orejas batientes— adecuados para tratar el negocio en cuestión». También es el gentilicio de los habitantes de El Escorial (Madrid).

El *gurripato* es «el pollo del gorrión» en Andalucía y, metafóricamente, es la «persona pazguata» (en el diccionario académico el orden de estos sentidos es contrario). En los *corpora* académicos, solo tenemos una documentación: «¡Además, y esto tiene más importancia, introduces dos tipos que me huelen a ser de pura invención: Felipe Bonilla y Augusto Sierra piensan casi como Pío Cid, aunque hablan de distinto modo, desluciendo la figura principal, a la que se diría que pones empeño en recortar para igualarla con las de los infelices *gurripatos* que le rodeaban» (Ángel Ganivet, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, 1898).

También en Andalucía se aplicaba a los soldados de aviación:

En Málaga se conoce a los soldados de aviación como *gurripatos*. Esto procede de que en el año 1938 se estableció en Málaga, en la calle Cuarteles, la escuela de especialistas del Ejército del Aire. Los cursos eran intensivos, no olvidamos que estábamos en plena Guerra Civil, se los formaba rápidamente para enviarlos al frente lo antes posible. Los pobres alumnos no tenían tiempo para nada, lo único que podían hacer en sus pocos minutos de descanso era asomarse a las ventanas de la Escuela para poder despejarse un poco. En el barrio, no nos olvidemos que era en pleno Perchel, se comentaban que parecían «*gurripatos* mirando desde el nido»³⁴.

4.1.223. *Es una calandria*. La calandria es un «pájaro de la misma familia que la alondra, de dorso pardusco, vientre blanquecino, alas anchas, de unos 40 cm de envergadura y pico grande y grueso». María Moliner, en su *Diccionario de uso del español*, añade «de canto fuerte y armonioso». Su nombre científico es *Melanocorypha calandria*. Y, metafóricamente, es la «persona que se finge enferma para tener vivienda y comida en un hospital» (este significado está en el diccionario académico solo desde la edición de 1925).

En el *Diccionario de Autoridades* se recoge el significado de germanía de «pregonero»; también *calandria de aguador*: «Llama el vulgo a los que cantan mal: aludiendo al rebuzno de los borricos en los aguadores llevan el agua». Y la frase *canta como una calandria*: «comparación vulgar para alabar al que canta bien». Efectivamente, es «pregonero» en el lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*), pero también «cobarde», «el preso que canta o declara sus delitos en el tormento». Se aplica, como *ruiseñor*, a las «personas que cantan bien» (sentido no recogido en el diccionario académico).

La palabra procede del latín vulgar *CALANDRIA y esta del griego χαράνριος (también χάλανρος y χάλαννρος). La primera documentación está en los primeros textos de nuestra lengua: «Vistié un panyo d'Alexandría, tenié en mano huna *calandria* (en esta tierra l'dizen triguera)» (*Vida de Santa María Egipcíaca*, c. 1215). Poco después, está en Berceo: «roseñor que canta por fina maestría, / si quiere la *calandria* que faz grand melodía» (*Los Milagros de Nuestra Señora*, 1246-1252). Es muy conocido el *Romance del Prisionero*:

Que por mayo era por mayo
cuando hace la calor
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor.

Con el sentido metafórico de «persona que canta bien», está en *Juanita la Larga* (1895) de Valera: «Su criada favorita, llamada Serafina, era una verdadera joya: lo que se llama un estuche. Sabía tocar la guitarra rasgueando y de punteo; *cantaba como una calandria*, así las melancólicas playeras, como el regocijado fandango».

Como «falso enfermo», está en la Revista *Blanco y Negro* (29 / 07 / 1899):

El tecnicismo usual de nuestros hospitales designa con el nombre de *calandrias* a ciertos *desdichados* que no teniendo ni oficio ni beneficio, ni casa ni lecho, ni pan ni agua, acuden en busca de algo de eso a los establecimientos benéficos, fingiéndose enfermos de dolencias que no curan la medicina ni la farmacia, sino el caldo y la carne de la olla grande. Esta explotación de la caridad oficial es frecuente en Madrid...⁵⁵.

Más tarde, lo encontramos en Baroja: «Un día desapareció y no se volvió a tener noticias de él. Sabíamos que en el hospital había lo que llamaban “*calandrias*”, falsos enfermos que lograban pasar por verdaderos y estaban en una cama varios días comiendo algo y durmiendo hasta que ya el médico se cansaba y los obligaba a marcharse y a dejar la cama a un enfermo verdadero» (*Desde la última vuelta del camino. Memorias*, 1944-1949).

4.1.224. *Es un abejaruco*. El abejaruco es un «pájaro del suborden de los sindáctilos [“que tienen el dedo externo unido al medio hasta la penúltima falange”], de unos 15 centímetros de longitud... y plumaje vistoso dominado por el amarillo, el verde y el rojo oscuro, que se alimenta fundamentalmente de abejas». Su nombre científico es *Merops apiaster*. Metafóricamente, es la «persona noticiera o chismosa», aunque este uso es escaso. Solo he encontrado como significados metafóricos «pretendiente insistente» y «zángano» (en ambos casos, probablemente, por su semejanza con *abejorro*).

La palabra deriva de *abeja*. La primera documentación es tardía: «y ten por muy buena vianda *abejarucos* de los nuevos» (Fadrique Zúñiga y Sotomayor, *Libro de cetrería de caza de azor*, 1565). Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), escribe: «Es una ave que destruye las colmenas, porque se come las abejas, dicha por esta razón *apiastra*».

Como «pretendiente insistente», está en los Siglos de Oro (con un increíble «candor verecundio»):

Marino. Damas que al farol nocturno
aguardáis en esa reja,
para darle muchos sustos
viendo que tenéis más luz:
un galán *abejaruco*
que solitudes busca
anhelante y vagabundo,
pide que vuestra beldad

le favorezca un minuto
de tiempo, si lo permite
ese candor verecundio.

(Alonso de Castillo Solórzano, *El mayorazgo figura*, 1637)

Como «zángano», aparece en la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1881) de Menéndez Pelayo: «Toda la filosofía de Francisco Manuel se reduce a haber descubierto que Cristo murió hace mil años... que los clérigos son unos ruines *abejarucos* o zánganos que se comen la miel de la social colmena, y que suelen apuñalar a los reyes o mandarlos al otro mundo con veneno sutil, traidoramente».

4.1.225. *Es un canario**. El canario es un «pájaro originario de las Islas Canarias, que alcanza unos trece centímetros de longitud. Es una de las aves de mejor canto». Su nombre científico es *Serinus canarius*. Metafóricamente, en el lenguaje de germanía (*Léxico del marginalismo*) es el «reo que confiesa un delito, habitualmente en el potro del tormento». También, aunque no recogido en el diccionario académico, «persona que canta bien».

La palabra procede del gentilicio *canario* «por haberse importado de las Canarias en el S. XVI» (Corominas-Pascual). La primera documentación con sentido literal es de mediados de ese siglo: «Demás de lo que es dicho avía en aquella pintura vna calandria e vn ruyseñor e otros paxaritos desos *canarios*, e papagayos e otros, que vnos cantan muy bien e otros hablan e gorjean» (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Batallas y quinquagenas*, 1535- c. 1552). La primera documentación, con sentido metafórico, es anterior; está en el *Cancionero de Juan Fernández de Íxar* (a. 1424-1520): «por grand tan parua cantabo alleluya, / seré tu *canario* en tu aula real». De una señora, escribe Góngora: «es más palabrera / que vn vocabulario, / y tiene más pico / que vn viejo *canario* / i es vna vrraca / puesta en campanario» (*Romances*, 1580-a. 1627).

Como «reo que confiesa un delito», se documenta por primera vez en el *Quijote* (1605), en esa deliciosa escena en la que el hidalgo dialoga con los galeotes y no comprende su metáfora:

El cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahíta. Lo mesmo preguntó don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y melancólico, mas respondió por él el primero y dijo:

—Este, señor, va por *canario*, digo, por músico y cantor.

—Pues ¿cómo? —replicó don Quijote—. ¿Por músicos y cantores van también a galeras?

—Sí, señor —respondió el galeote—, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

—Antes he yo oído decir —dijo don Quijote— que quien canta sus males espanta.

—Acá es al revés —dijo el galeote—, que quien canta una vez llora toda la vida.

—No lo entiendo —dijo don Quijote.

Mas una de las guardas le dijo:

—Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente non santa confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatre-

ro, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años a galeras...

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *cantar* y *silbar*.

4.1.226. *Es un tordo**. El tordo es un «pájaro de unos 24 cm de largo... Es común en España y se alimenta de insectos y de frutos, principalmente de aceitunas». El nombre científico de la especie más común es *Turdus philomelos*. Metafóricamente, es palabra de germanía (*Léxico del marginalismo*): «el que se deja engañar o burlar. Fundamentalmente por una buscona».

La palabra procede del latín *TURDUS*. La primera documentación está en el texto de cetrería *Moamín. Libro de los animales que cazan* (1250) de Abraham de Toledo: «E toda carne enxuta que sea de poca grossura fãzeles pro a esso; e quando les dieren la carne de los *tordos* pintados sobredichos, conuiene que les tuelgan [“quiten”] la grosura e que los metan en agua fría...». En ocasiones, aparece en los textos como «hablador»: «Muy aborrecida fue esta parlería antiguamente, y mil refranes ay contra ella, tomados de la semejança de muchos animales, porque des-tos dizen: “Más *parlero es que un tordo*; más que una picaça; más que un grajo; más que un stornino”» (Bernardo Pérez de Chinchón, *La lengua de Erasmo nuevamente romançada por muy elegante estilo*, 1533).

Con el significado «el que se deja engañar», está en la *Primera parte de Guzmán de Alfarache* (1599) de Mateo Alemán: «Eran cordobeses, bien tratadas las personas y, entre los más *tordos nuevos* que habían cazado, era un mancebico escribanito, recién casado, que, picado de la señora, le había dado ciertas joyuelas y, como a mí, lo llevaba en largas, haciéndolo esperar, pechar y despachar»; «Alegráronse mucho, porque les parecí *tordo nuevo*, que aún el pico no tenía embebido, y que me tenían ya en sus bolsas el dinero, y por parecerles que, si perdía la moneda, que jugaría también la cadena...» (*Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache*, 1604).

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), incluye este: *Komo tordo viexo en kanpanario, ke de badaxadas no haze kaso*.

4.1.227. *Es una pispá*. En Canarias, es el nombre que se le da a la *lavandera blanca* «pájaro de unos 8 cm de largo... que vive en lugares húmedos». Metafóricamente, es «muchachita vivaracha». En Gran Canaria y Tenerife, es también «persona de mal carácter y respuestas prontas y agrias».

La palabra parece de creación expresiva (Corominas-Pascual la relacionan con *pizpireta*). La única documentación de los *corpora* académicos es este texto del madrileño Antonio Díaz-Cañabate: «—¿Hace falta mantilla? —preguntó una *pispá*—. Lo digo porque mi mamá tiene una que dice que es de Almagro» (*Paseíllo por el planeta de los toros*, 1970).

4.1.228. *Es un pitirre**. Un pitirre es, en Cuba y Puerto Rico, un «pájaro algo más pequeño que el gorrión, pero de cola más larga» y, metafóricamente, «un don nadie» (Santisteban). Pertenece al género *Tyrannus* («tirano»), porque es agresivo. En el refranero puertorriqueño, está el refrán *cada guaraguo tiene su pitirre*, es decir, que toda mala persona tiene alguien que se lo recrimine (sentido distinto le da el *Diccionario de americanismos*: «Indica que no hay enemigo pequeño»). Probablemente el origen esté en el poeta José de Diego, partidario de la independencia de Puerto Rico respecto Estados Unidos, que comparó al país invasor como «Halcón largo y oscuro»; la isla era, por otra parte, como el *pitirre*, pájaro con el que se identificaron los partidarios de la independencia.

Es una palabra de origen onomatopéyico. La primera documentación de *pitirre* está en las *Poesías completas* (1840-a. 1862) del cubano El Cucalambé (Juan Cristóbal Nápoles Fajardo): «Si te separas de mí, / Lloraré angustiada aquí / Cuando tu nombre recuerde / Como el *pitirre* que pierde / Su nido en el ponasí [“arbusto”]». José Martí, en *La Edad de Oro* (1889) la utiliza para señalar la pequeñez: «el gigante volvía a todos lados la cabeza, sin saber quién le hablaba, hasta que se le ocurrió bajar los ojos, y allá abajo, pequeñito como un *pitirre*, vio a Meñique sentado en un tronco».

El refrán está en *Los buenos días perdidos* (1972) de Antonio Gala: «no es que lo eche de menos. *Cada guaraguo tiene su pitirre*, que decía un cubano amigo mío, muy parecido a usted, así... mimbreño, más morenito, quizá».

4.1.229. *Es un querrequerre*. El querrequerre es, en Venezuela, un «pájaro de la familia de los Córvidos, de aproximadamente 30 cm de longitud, que habita en bandadas en regiones de hasta 1000 m sobre el nivel del mar y emite un canto ruidoso». Metafóricamente, es la «persona que siempre está de mal humor».

Es palabra onomatopéyica. Está en la comedia *Las bisagras o Macedonio perdido entre los ángeles* (1982) del escritor venezolano Néstor Caballero: «Jacob: Después no quieren que en el pueblo les digan “las bisagras”, todo el santo día paradas en esa puerta. Asunción: Ya está, Jacob, vas a morir como un *querrequerre*». En la página web de un doctor venezolano, leemos una amplia explicación de la metáfora:

Pareces un Querrequerre, utilizada popularmente para referirse a los malhumorados, a los cascarrabias y a otros sinónimos en ocasiones pasados de tonos. El querrequerre es un ave que se encuentra en algunos lugares del país, especialmente en Caracas, y algunos estados como Anzoátegui, Apure, Bolívar y Zulia entre otros, y que se caracteriza por su agresividad hacia aquellos seres que invaden su territorio mediante picoteos o graznidos. El saber popular asocia también conductas con enfermedades, relación que la ciencia se encarga de demostrar, como la existente entre el enojo, la ira y la hostilidad y algunas enfermedades. «Muchacho, quédate tranquilo, pareces un *querrequerre* te va a dar un infarto»⁵⁶.

4.1.230. *Es una bijirita**. Según el *Diccionario de americanismos*, es en Puerto Rico una «ave cantora de hasta 12 cm de longitud, con la parte superior de color

amarillo oliváceo oscuro, y la inferior, blanco amarillento, con una lista blanca en el ala». Su nombre científico es *Dendroica palmarum*. Todos los sentidos metafóricos son de Cuba: «persona delgada y de baja estatura» y «cubano hijo de padre español». En Cuba (Sánchez-Boudy) es «homosexual». Es palabra de origen taíno. En la página web *Aves cubanas* aparece la siguiente información:

Sólo la *bijirita* del pinar (*Dendroica pityophila*) y la *bijirita* amarilla (*Dendroica petechia*) anidan en Cuba, se desplazan cada otoño hacia la Isla, usualmente se queda hasta principios de primavera. O sea, es turista de invierno. Conviven en la Isla con el totí, el zunzuncito, y el sijú platanero)⁵⁷.

4.1.231. *es un chango*. En el *Diccionario de americanismos*, se define así al chango: «ave de hasta 25 cm de longitud, de color negro de viso violado, pico agudo y fino y ojo amarillo con el centro negro; abre su cola igual que un pavo». Añade, como nombre científico, *Icteridae*; *Quiscalus niger brachypterus*. Como sinónimos, recoge *machango*; *masambo*; *mozambique*; *pichanga*. El diccionario académico no recoge *chango* como nombre de pájaro. En *chango*, *ga* recoge en la 6.^a acepción «persona de modales afectados o pueriles», como propia de Bolivia y Puerto Rico.

En la página web del *Dialecto boricua*⁵⁸, aparece la siguiente información:

Hay muchos que estarán de acuerdo con que el chango sea nuestra ave nacional. Esta palabra es un africanismo y se utiliza para referirse a un determinado pájaro negro, el Mozambique. Este es el ave más común en la isla, y en el habla popular recibe el nombre de *chango*. Es un pájaro antillano, autóctono de Borinquen... *Ser un chango o ser una changa*, es una variante que tiene la palabra en Puerto Rico. La misma la utilizamos para referirnos a una persona que hace niñerías.

Los Changos de Naranjito es un famoso equipo de voleibol en Puerto Rico.

4.1.232. *Es un sinsonte*. El sinsonte o cenzone es un «pájaro americano de plumaje pardo y con las extremidades de las alas y de la cola, el pecho y el vientre blancos. Su canto es muy variado y melodioso». Metafóricamente, en Cuba, es alguien que «canta muy bien o habla elegante» (Santisteban).

Es una palabra que procede del nahua. La primera documentación está en el *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* (1629) de Antonio Vázquez de Espinosa: «Corre el Río por tierra llana muy manso, y por sus riberas ay muchos árboles muy frondosos de muy linda vista, y en ellos mil diferencias de hermosas y vistas aves con mil diferencias de colores, muchas de ellas cantando, donde ay conotes, Ruiseñores, *sinsontes*, que causan muy suabe, y sonora armonía que al oído».

Metafóricamente, está en la edición digital de *Ecos de Mantua*, ciudad cubana: «“El *Sinsonte* Mantuano”, seudónimo con que lo bautizara su pueblo, es cantante también del sexteto, “Maravilla”, en algunas ocasiones como voz acompañante y en otras como voz principal»⁵⁹.

4.1.233. *Es un yigüirro*★. Según el *Diccionario de americanismos*, en Costa Rica es «ave de plumaje pardo, pico amarillento e iris café rojizo». Su nombre científico es *Turdus grayi*. Metafóricamente, es «homosexual». En 1977, fue declarada ave nacional «como tributo a su canto potente y melodioso que acompaña la entrada de la época lluviosa».

La palabra procede de una lengua indígena pacaca güetar, quizás «pichones de agua» (Gerardo Alfaro, «¿Cuál es el significado del nombre del ave nacional de Costa Rica: el yigüirro?», 2011)⁶⁰. La primera documentación está en la novela *Después de la luz roja* (2001) de Mario Zaldívar: «Su padre le enseñó esa práctica menor y él se complacía en conservar bobos, sargentos, pecho amarillo, yigüirros, zetilleros, canarios; y hasta un halcón, tenía sitio en su colección de taxidermista aficionado». En un blog, titulado *En este lado del arco iris*, hay una entrada, *Homofobia lingüística*, en la que se reflexiona sobre los nombres de animales aplicados a los homosexuales: «Para Costa Rica el yigüirro, ave nacional, es además sinónimo de gay»⁶¹.

4.1.234. *Es un sijú*★. Es una «ave nocturna de las Antillas». Los nombres científicos de las especies más frecuentes son *Gymnoglaux lawrencii* (sijú cotunto) y *Glaucidium siju* (sijú platanero). En el *Diccionario de americanismos*, metafóricamente —en Cuba— es «persona muy fea».

Es palabra indígena antillana. La primera documentación está en *Paradiso* (1966) de Lezama Lima: «Decía: Creo que está envenenado, yo no lo comería, le han echado pluma de sijú con muérdago». El escritor cubano Miguel Barnet, en su *Biografía de un cimarrón* (1966), escribe: «El sijú era uno de los que más me mortificaba. Siempre venían por la noche. ¡Lo más feo del monte era el bicho ese! Tenía las patas blancas y los ojos amarillos. Tronaba algo así como “cus, cus, cuuuuus”». Añado dos citas de páginas de Internet:

Le pedí a Dios que me diera uno igual y me lo dio: se llama *Sijú*, pues era muy feo y no tenía al llegar a la casa ni forma de gato⁶².

Miss Suecia abandona el Miss Universo porque lo considera degradante para las mujeres y lleno de escándalos; pa' mí que esta se retiró por fea, con esa cara de sijú platanero y ese cuerpo de escaparate no llegaba ni a bufona de la corte: risota: :risota: :risota:⁶³.

4.1.235. *Es un sirirí*★. El sirirí, según el *Diccionario de americanismos* propio de Colombia, es un ave también llamada *pecho amarillo*, de comportamiento muy agresivo. Su nombre científico es *Tyrannus melancholicus*. Metafóricamente es pues, la persona que «molesta o fastidia insistentemente». Se utiliza la frase *Todo gavilán tiene su sirirí*.

Su etimología es incierta, pero podría ser una voz onomatopéyica. En la página web *La Cháchara.com* aparece el siguiente texto (05 / 06 / 2015), largo, pero que merece la pena leer:

«Tenemos que convertimos en el *sirirí* de este país, si no queremos que los narco-terroristas de las Farc se tomen el poder». El *sirirí* es un pájaro pequeño del continente americano que habita desde los Estados Unidos hasta Argentina y que se caracteriza por ser tan agresivo en defensa de su territorio que es capaz de ahuyentar incluso a aves cazadoras como el caracara. «Todo gavilán tiene su *sirirí*», suele decirse popularmente en Colombia, indicando que hasta el más fuerte tiene alguien que puede molestarlo. «*Sirirí*» también se le conoce a una persona cansona e insoportable. Lo de Uribe es una clara alusión a que no quiere descansar en su oposición a Santos y que la paz, con una negociación de tú a tú con la guerrilla, no es una palabra conjugable en su vocabulario⁶⁴.

4.2. INSECTOS: ES UNA HORMIGUITA

Dice Aristóteles que en el río Hípanis vive el insecto *efémara*, que se llama así porque nace entre dos luces del amanecer y se va extinguiendo a medida que el sol declina hacia el ocaso.
(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

4.2.236. <i>chupóptero</i>	4.2.237. <i>hormiga</i>	4.2.238. <i>bibijagua</i>	4.2.239. <i>chichilasa</i>
4.2.240. <i>bachaco</i>	4.2.241. <i>chinche</i>	4.2.242. <i>jelepate</i>	4.2.243. <i>garrapata</i> ★
4.2.244. <i>mosca</i>	4.2.245. <i>mosquito</i>	4.2.246. <i>moscardón</i>	4.2.247. <i>abeja</i>
4.2.248. <i>zuncuán</i>	4.2.249. <i>abejorro</i>	4.2.250. <i>zángano</i>	4.2.251. <i>avispa</i>
4.2.252. <i>avispón</i>	4.2.253. <i>mariposa</i>	4.2.254. <i>polilla</i>	4.2.255. <i>ladilla</i> .
4.2.256. <i>piojo</i> ★	4.2.257. <i>pulga</i>	4.2.258. <i>chicharra</i>	4.2.259. <i>langosta</i>
4.2.260. <i>cucaracha</i>	4.2.261. <i>grillo</i> ★	4.2.262. <i>tábano</i>	4.2.263. <i>escarabajo</i>
4.2.264. <i>caculo</i>	4.2.265. <i>mayate</i>	4.2.266. <i>gorgojo</i>	4.3.267. <i>carcoma</i>
4.2.268. <i>quera</i>	4.2.269. <i>mangangá</i>	4.2.270. <i>pololo</i>	4.2.271. <i>nigua</i> ★
4.2.272. <i>changa</i>			

El insecto es un « artrópodo de respiración traqueal, con el cuerpo dividido distintamente en cabeza, tórax y abdomen, con un par de antenas y tres de patas. Los más tienen uno o dos pares de alas y sufren metamorfosis durante su desarrollo ».

Los insectos no tienen buena fama. Una de las fobias a los animales más extendida es la llamada *entomofobia* (además de las abejas —*apifobia*—, son animales « odiados » las cucarachas, avispas, orugas, etc.). Molestos por el sonido o por picar (*abejorro*, *chinche*, *ladilla*, *mosca*, *mosquito*, *piojo*, *tábano*) o desagradables (*cucaracha*), incluso sus nombres se convierten en insultos (*mariposa*, *mariposón*). Solo alguna virtud, como el ahorro y la constancia (la *hormiga*) o el trabajo (la *abeja*).

Entre los insectos más conocidos que no tienen sentidos metafóricos, están la *cigarra*, el *escarabajo*, la *luciérnaga*, la *mariquita* y el *zapatero*.

El grupo de los insectos con significados metafóricos es el siguiente: la *hormiga* (y sus variantes: la *bibijagua* en Cuba, la *chichilasa* en México y el *bachaco* en Venezuela), el o la *chinche* (y su variante americana el *jelepate*), la *garrapata*, la *mosca*, el *mosquito*, el *moscardón*, la *abeja* (y su variante en Honduras el *zuncuán*), el *abejorro*, el *zángano*, la *avispa*, el *avispón*, la *mariposa*, la *polilla*, la *ladilla*, el *piojo*, la *pulga*, la *chicharra*, la *langosta*, la *cucaracha*, el *grillo*, el *tábano*, el *escarabajo* (y sus variantes en Puerto Rico el *caculo* y en América Central, el *mayate*), el *gorgojo*, la *carcoma* (y su variante regional España la *quera*). Además, los americanos: la *changa*, el *mangangá*, el *pololo* (Chile) y la *nigua*.

Son más frecuentes los sentidos negativos: la «persona pequeña» es una *pulga*, un *piojo* o un *gorgojo*; la «persona fea» es un *grillo*; la «persona baja» es una *nigua*; la «persona molesta» es un o una *chinche*, una *garrapata*, una *mosca*, un *moscardón*, un *abejorro*, una *ladilla*, un *tábano* o una *quera*; la «persona aprovechada» es una *garrapata*, un *jelepate* o un *caculo* («en las fiestas sociales»); una «persona despreciable» es una *ladilla* o una *cucaracha*; la «persona destructora y gastadora» es una *langosta* o una *carcoma*; la «persona tonta» es un *zuncuán*; la «persona vaga» es un *zángano*; la «persona agresiva» es una *avispa*; un «ladrón» es un *avispón*; la «persona habladora» es una *chicharra*; un «borracho» es un *mosquito*. Una prostituta es una *mariposa*, una *polilla* o una *pulga*; un homosexual es una *mariposa* y un *mayate*.

Hay un sentido neutro: *bachaco* en Venezuela es la «persona de pelo rojo». Menos son los sentidos positivos: una «mujer hermosa» (aunque «arisca») es una *chichilasa*; la «persona astuta» es una *changa*; la «persona lista» es una *avispa*, un *avispón* o una *cucaracha*; la «persona laboriosa y ahorrativa» es una *hormiga*, o una *abeja*; la «persona activa» es una *bibijagua* en Cuba.

Es especialmente polisémico *polilla*. Una *polilla* es un «estudiante muy aplicado» y la «persona que lee mucho»; «una prostituta» (Perú); la «persona que se muestra muy insistente o pesada en sus reclamaciones o críticas» y la «persona a la que le gusta mostrarse en los medios de comunicación en busca de fama y publicidad» (Chile); un «niño delincuente, generalmente varón, que forma parte de pandillas y tiene adicciones» (Bolivia).

La primera documentación en el sentido recto es en la mayor parte de los casos medieval (los americanos son del xx-xxi, salvo *nigua* —xv—, *mangangá* —xviii— y *bibijagua* —xix—). De los Siglos de Oro son *moscardón*, *chicharra*, *cucaracha*, *tábano* y *quera*; *abejorro* es del xix. En cuanto a la primera documentación de los sentidos figurados solo *hormiga* es medieval (xv); muchos aparecen en los Siglos de Oro: *chinche*, *mosca*, *mosquito*, *abeja*, *zángano*, *avispón*, *mariposa*, *polilla*, *ladilla*, *pulga*, *chicharra*, *langosta*, *cucaracha* y *carcoma*; del xix son *garrapata*, *abejorro*, *avispa* y *tábano*. El resto, son del xx-xxi.

Como palabras frecuentes, tienen derivados y compuestos: *chinche* (también fraseología), *mosca*, *avispa* y *piojo*: *chinchorrero*, *chinchoso*, *chincar(se)*, *caer como chinche*; *moscón*, *moscona*, *mosca blanca*, *mosca cojonera*, *mosca muerta*, *mosquear*; *avispar(se)*, *avis-pado*, *avispero*; *piojoso*, *piojo blanco**, *piojo pegadizo*, *piojo resucitado*, *piojo pegado**. Llama la atención la cantidad de verbos derivados, además de los que acabamos de citar: *apolillarse*, *carcomer*, *mariposear*, *pololear* y *zanganear*.

4.2.236. *Es un chupóptero*. Es una creación popular que remeda el lenguaje científico. Es una persona «que, sin prestar servicios efectivos, percibe uno o más sueldos» o «que se aprovecha de otras». Alemán y Bolufer (1917) recoge esta palabra por primera vez en un diccionario como una «voz irónica formada por el vulgo a semejanza de los naturalistas para la clasificación de insectos». Es la persona «que vive a costa ajena y, especialmente, de la que desempeña una sinicura». Curiosamente, al año siguiente, Rodríguez Navas (1918) le da una entidad científica: «animal que se alimenta con jugos que extrae por medio de la succión». Ya en el *Suplemento* de la edición de 1947, el diccionario académico acoge la primera de las acepciones; la segunda es de la edición actual.

La primera documentación está en Galdós:

Como el negocillo de la contrata se le había venido al suelo, estaba furioso contra los pepinos, a quienes acusaba de ser un partido incapaz de gobernar, compuesto de hombres inmorales, ineptos, torpes, cursis, ambiciosos, vengativos, cínicos, insensatos, desleales, *chupópteros*, etc., etc., que con todos estos epítetos y otros peores nos calificamos los españoles unos a otros. (*Rosalía*, c. 1872)

No es muy frecuente en los textos. También está en el *Tratado Elemental de Derecho Social* (1946) de Carlos García Oviedo: «La agrava la funesta e inicua intervención del intermediario, el sweater o *chupóptero*, que diríamos nosotros, parásito voraz, según Carlos Marx...». Era una palabra característica del periodista deportivo José María García, con la que caracterizaba, sobre todo, a los dirigentes deportivos (también los llamaba *lametraserillos*, *abrazafarolas* o *cantamañanas*).

4.2.237. *Es una hormiga*. [*hormiguitar*] [*hormiguelo*] La hormiga es un «insecto himenóptero... que vive en sociedad, en hormigueros donde pasa recluido el invierno». *Ser alguien una hormiga* es «ser ahorrador y laborioso». Con frecuencia en diminutivo, como recoge el ejemplo del diccionario académico: «Es una hormiguita para su casa». Ya Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), escribía:

Los que eran de opinión que las almas de los hombres volvían a entrar en los cuerpos de animales irracionales, creían que los demasiado codiciosos de llegar hacienda y encerrar trigo en sus trojes, muriendo, volvían sus almas a tomar los cuerpos de *hormigas*, y de allí les venía tener tanta sagacidad, diligencia y prudencia.

La hormiga es un pequeño animal que normalmente suscita simpatía: es el prototipo de la laboriosidad, de la constancia en el trabajo y de la previsión, porque aporta siempre materiales y alimento para su «nido» en verano que les permite subsistir en invierno. Además, el hecho de vivir en sociedad —como las abejas— supone un modelo interesante para nuestra cultura. Las plagas de hormigas son raras en nuestro entorno y, por tanto, no representan un peligro (quizás, en ocasiones, su proliferación en los campos de cultivo). El carácter previsor de este insecto está recogido en la fábula *La cigarra y la hormiga*, atribuida a Esopo y reelaborada por La Fontaine y nuestro Samaniego: la cigarra no había trabajado en el invierno en la recolección de alimentos y se ve obligada a pedirlos a la previsora hormiga.

La palabra procede del latín FORMICA. La primera documentación es de la palabra *hormiga* es de mediados del XIII: «Si no, tomen de las *formigas* chicas peso de medio dinero de plata e muélanlas» (Abraham de Toledo, *Moamín. Libro de los animales que cazan*, 1250), utilizadas como cebo. Ya pronto aparece como un animal trabajador: «¡Oh perezoso!, ve a la *formiga* e asma [“piensa en”] las sus carreras» (Alfonso X, *General Estoria. Tercera Parte*, a. 1280). El anónimo autor de los *Castigos e documentos para bien vivir ordenados por el rey Sancho IV* (1293) describe así al animal, como modelo para la vida espiritual del hombre:

Las *formigas*, que son animalias viles, en el tienpo del verano guardan pan de que se mantienen en el ynuierro. E en esto deue tomar semejança el omne que quisiere ser bien auenturado, que en la vida que ouiese a beuir en este mundo deue fazer tales obras por las quales llegue a Dios e guarde para el otro mundo el pan bien auenturado que vino e desçendió del çielo e encarnó en la virgen Santa María.

En el *Cancionero de Juan Fernández de Íxar* (a. 1424–1520), ya aparece relacionada con la previsión: «La virtud de la prudencia se puede conparar a la *formiga*, la qual es mucho solícita en fallar tanto como dura el estío aquello que ha menester en el iuierno». Mucho después, Galdós la utiliza para caracterizar a Restituta en *El 19 de marzo y el 2 de mayo* (1873): «esta es tan trabajadora, tan ahorrativa, tan *hormiguita*». Un poco más tarde, está en Pereda: «Su mujer era una *hormiguita*, que traficaba en todo lo imaginable» (*La Montálvez*, 1888).

Como «traficante de drogas», está en el *Diccionario de argot* de Espasa:

persona que trafica con drogas, transportándolas en pequeñas dosis y en numerosos viajes. Si el *camello* es el traficante que oculta la droga en su interior —como si de agua en la joroba se tratara— o la *mula* es la mujer que lleva la droga de un territorio a otro, la *hormiga*, animal previsor y de reducidas dimensiones, será el traficante que efectúe viajes continuos, pero con un cargamento reducido.

No olvidemos que el *camello* es «persona que vende drogas tóxicas al por menor» y la *mula* el «contrabandista de drogas en pequeñas cantidades». En el ensayo *La*

droga, el dinero y las armas (1993: 423) de Alain Labrousse, encontramos la metáfora explicada: «... “Jamaica se ha convertido en un lugar de tránsito muy codiciado por los narcos”, me explica un agente del FBI. Los jamaíquinos prefieren que se les pague con cocaína que con dinero. Suelen introducir la droga valiéndose de centenares de “hormigas”, que transportan solamente pequeñas cantidades».

En un informe sobre el tráfico de estupefacientes, se describen los diferentes países que atraviesa la droga desde sus lugares de producción hasta Estados Unidos. Respecto de El Salvador se comenta lo siguiente: «Las incautaciones de cocaína se encuentran normalmente entre las más bajas de la región centroamericana. En 2011 se realizaron apenas 130 incautaciones, muy pocas comparado con las cifras de los países vecinos. La policía informa que sólo atraviesa el país el “tráfico hormiga”, siendo la mayoría de los envíos menores de dos kilogramos»⁶⁵. Finalmente, en la monografía *El gran negocio del narcotráfico: La droga como mercancía, el capital* (1989: 26) de Gunther Amendt encontramos otra expresión relacionada con nuestra metáfora:

En Malasia, país de tránsito, se registraron oficialmente, en 1986, más de 120.000 drogadictos. Sólo los *traficantes-hormigas* procedentes de Europa, los Estados Unidos y Australia, que entran como turistas, proporcionan con sus dólares interés al comercio intermediario de Malasia.

Como otros animales (la *golondrina*, el *ruiseñor*, la *comadreja* o la *araña* —apartado 2.1. —), las hormigas tienen un origen mitológico: los mirmidores, antiguo pueblo de Tesalia, fueron hormigas de un «alcornoque» convertidas en hombres para repoblar una ciudad, cercano a la ciudad, puesto que una plaga por la diosa Juno había despoblado la ciudad; o bien, descendiente de Zeus que, enamorado de la princesa Eurimedusa, se metamorfoseó en hormiga para conquistarla. La primera versión Recoge esta palabra Alfonso Gómez de Zamora en sus *Morales de Ovidio* (a. 1452).

Eato, fijo de Júpiter, la çibdat de Egina ouo del qual Juno yrada pestilençia enbió et quasi todo el pueblo suyo consumjó, lo qual ujendo Eato, con dolor moujdo a Júpiter, rogó que tanta muchedunbre le diesse de çibdadanos quanta era la muchedunbre de las formigas que en un alcornoque çercano uja. Pues aquellas formigas en onbres se tornaron que mirmidones de su nasçimento son dichos et todos fueron al palacio al Rey et señor commo por la mañana se leuantó saludaron, el qual de tan noble mançebez se maraujlló et a Júpiter dignas graçias fizo.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *activa*, *afanado*, *diligente*, *metódica*, *previsora* y con el verbo *trabajar*.

HORMIGUEAR es derivado de *hormiga*. Es, además de la «experimentar una sensación de cosquilleo», dicho especialmente de una multitud de personas o animales: «bullir, estar en movimiento». La primera documentación con este sentido está *La*

Alpujarra: sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia (1874) de Pedro Antonio de Alarcón, cuando describe Laroles: «se dirigía hacia una eminencia no muy distante, donde también hormigueaba una gran muchedumbre». Un poco más tarde encontramos el sustantivo derivado HORMIGUEO: «aquel *hormigueo* de gentes en los interminables corredores, gentes de todas edades, procedencias y cataduras, gentes que no se conocen ni se hablan; aquellos camareros brutales, impasibles» (José María de Pereda, *El buey suelto*, 1878).

4.2.238. *Es una bibijagua*. [saber más que las bibijaguas*] El diccionario académico incluyó *bibijagua*, como cubanismo, en la edición de 1925. Es el «nombre genérico de varias especies de hormigas del taxón de los formícidos de la isla de Cuba, de gran tamaño y muy laboriosas. Son muy perjudiciales para la agricultura»; en la edición de 1983 añadió un significado metafórico, con la marca de coloquial: «persona muy activa y diligente». El *Diccionario de americanismos* la incluye como palabra de Cuba, pero también de República Dominicana y Puerto Rico (el significado metafórico, solo en Cuba).

Es una palabra procedente del arahuaco. La primera documentación es de mediados del XIX: «¡Ay mi vida!, yo me asombro / De ver cómo está la casa, / La *bibijagua* traspasa / Todo el suelo en dos por tres» (Juan Cristóbal Nápoles Fajardo «El Cucalambé», *Poesías completas*, 1840-a. 1862). El sentido metafórico lo encuentro en la novela de la barcelonesa Berta Serra, *Los ojos del huracán* (2008): «Los muertos son como las *bibijaguas*: no pueden parar quietos ni quedarse callados. La muerte es un estero de nostalgias».

SABER MÁS QUE LAS BIBIJAGUAS* es lo mismo que «saber más que Lepe»: «ser muy sagaz para su provecho». Está en la novela del cubano Matías Montes *Un bronceado hawaiano* (2012): «Para joder, porque Mark con toda su fanfarria funeraria sabía más que la *bibijagua*, me llamaba “su Jackson Pollock”».

El pasito de la bibijagua, señores / se baila aquí, se baila allá / se baila aquí por la madrugada. Es la letra de un tema musical del grupo Moncada, popular en los años noventa. También es el nombre de una playa en la Isla de la Juventud.

4.2.239. *Es una chichilasa*. En México, es una «hormiga de color rojo, pequeña y muy maligna» y, metafóricamente, una «mujer hermosa y arisca».

Es palabra que procede del nahua *chichiltic*, «cosa colorada», y *azcatl*, «hormiga». No hay documentación en los *corpora* académicos. Está en la novela *Quetzal* (1939) del cubano —residente en Florida— Arnoldo Tauler: «¿Qué pasa, manito? Con fuego no se puede andar jugando... Vamos, pues, que tú no eres tan *chichilasa*, ni yo soy charlista con paciencia. ¡Andele!».

4.2.240. *Es un bachaco*. El bachaco es, en Venezuela, una «hormiga grande y voraz de los formícidos, de color rojizo y a veces negro según la especie». El

nombre científico del bachaco rojo es *Atta sexdens*. Metafóricamente, es la persona «que tiene el cabello *bachaco*». En el *Diccionario de americanismos*, también Este de Colombia y en Venezuela, «mulato con pelo rojizo».

Es una palabra que procede de la lengua chaima (de un pueblo amerindio del nordeste de Venezuela). La primera documentación literaria está en *Tradiciones épicas y Cuentos viejos* (a. 1912) del político venezolano Eduardo Blanco: «desquitarse de lo que no le agrada con alguna truhanesca bufonada, o toma a empeño algún *bachaco* literario en afilarse las tenazas que le dan de comer, en las suelas de mis zapatos».

En la novela *Amargo y dulzón* (2002) de la escritora venezolana de origen haitiano Michaelle Ascencio, está con el significado de «persona con caballo rojo»: «Era el Vasco un blanco defensor de la libertad como principio universal, y su primera sorpresa, por no decir decepción, fue constatar que detrás de la interminable lista que clasificaba a los hombres y mujeres de la isla, según el color de la piel y lo rizado del cabello, había una distancia como la había también del mulato al moreno y al *bachaco*».

4.2.241. *Es un chinche*. [chincar(se)] [chinchorero] [chinchoso] [chinchorrería] [caer como chinches] [ponerse como un chinche*] El o la chinche es un «insecto hemíptero, de color rojo oscuro... chupa la sangre humana taladrando la piel con picaduras irritantes». Su nombre científico es *Cimex lectuarius*. Además de un significado metafórico referido a un objeto (la *chincheta*), se aplica a la «persona chinchosa» («molesta y pesada»), acepción que no aparece hasta la edición de 1884. Según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona antipática» (Venezuela) y la «persona inquieta y vivaz» (Panamá). El *Diccionario de argot* de Espasa explica: «La *chinche* es un animal que provoca un gran picor; por ello la persona que provoca molestias a los demás recibe esta designación figurada, despectiva e insultante». Ya sabemos que la derivación siempre supone un fuerte arraigo de la palabra o del significado base en la lengua. Recoge la palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Individuo pesado, porfiado y polémico en extremo; tijeretas cargante y enojoso. Se emplea en sentido figurado, aludiéndose al insecto del mismo nombre, que pica y chupa la sangre de su víctima».

La primera documentación está en Alfonso X: «En esta mansión farás ymagen por amor et amiztat et por andar saluo el que anda en carrera... por redrar los mures et las *chinches* dequal logar quisieres quelas no aya» (*Picatrix*. Roma, Vaticana, Reg. Latín 1283, 1256). Cervantes, en *El licenciado Vidriera* (1613), se refiere al animal como modelo de la suciedad, en una secuencia de insectos molestos: «—¿Qué me queréis, muchachos, porfiados como moscas, *sucios como chinches*, atrevidos como pulgas?», preguntaba el licenciado a los muchachos que le tiraban piedras para comprobar si era de cristal.

Con sentido metafórico, ya está en el teatro popular del XVIII: «—¿Has tomado algo? —Muy poco; / lo dejamos para luego / que se nos vaya *esta chinche*, / por

el gusto de que estemos / todas juntas» (Ramón de la Cruz, *La visita de duelo*; [referida a una vecina «molesta»], 1768). Y, como venimos viendo, Galdós utiliza frecuentemente esas metáforas animales: «¿Para qué quiere tanto dinero ese *viejo chinche*, más malo que la sarna?» (*Realidad*, 1889); «Venía la pobre mujer a darme las gracias por haberse conseguido lo que yo pedí al Ministro de la Gobernación, tocante al *chinche de Rufino*» (*La Primera República*, 1911); «hombre más impertinente y más *chinche* no ha nacido de madre» (*Cánovas*, 1912).

En América también se utiliza la metáfora. El colombiano Tomás Carrasquilla escribe: «—Sí, Elisa. Vos decís que soy muy *chinche* y que toda la gente dizque me aborrece por repelente» (*Hace tiempos*, 1935-1936). En *Automoribuncia* (1948), Ramón Gómez de la Serna emplea el sintagma sinonímico: «y aun los mismos defectos —un poco *chinche* y *chinchorrero*— de ese carácter madrileño, que es de los más hermosos del mundo». Merece citarse también la comparación que aparece en la novela *Amado Amo* (1988) de Rosa Montero: «el violento abrir y cerrar de puertas de los niños contiguos, que volvían del colegio *hambrientos y peleones como chinches*».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *aplastar* y *morir*.

Chinche genera, con significados metafóricos, un derivado verbal (*chinchar*), dos derivados adjetivos (*chinchorrero* y *chinchoso*) y un derivado sustantivo (*chinchorrería*). CHINCHAR es «molestar» o «fastidiarse», y está documentado a principios del siglo xx. Ya lo utiliza Carlos Arniches:

Serapio ¿Y qué es lo tuyo?

Paulino Vivir honradamente y trabajar con alegría. Y si no, mía mi casa. Allí trabaja hasta el jilguero, que lo hemos domesticao, y si quie comer tié que subir a la percha con el pico el pocillo de los cañamones.

Serapio ¡También son ganas de molestar a un pájaro!

Paulino ¡Que se *chinche*! Porque lo mismo hacemos tóos.

(*Los ricos [Del Madrid castizo. Sainetes]*, 1917)

CHINCHORRERO es un derivado con el significado de «quisquilloso, picajoso». María Moliner, en su *Diccionario de uso del español*, da una definición mucho más completa: «Se dice de la persona difícil de contentar, excesivamente exigente en los detalles del trabajo o servicio que se le hace, muy celosa de que se le guarden las consideraciones o el respeto debidos, etc». CHINCHOSO es una persona «molesta y pesada»; el aragonés Braulio Foz, escritor y periodista, autor de la *Vida de Pedro Saputo* (1844), personaje del folklore de Huesca del siglo xvi, astuto y pícaro, enhebra una larga lista de insultos e incluye *chinchoso*, persona «molesta y pesada» (señalo con cursiva otros insultos basados en animales):

Paquito (Pedro Saputo), dando un brinco, salta en los hombros de un compañero, y dirigiéndose a la mujer que se alongaba refunfuñando, le disparó este borbollón de injurias tirándoselas a puñados con las dos manos: —Vaya con Dios la ella, piltrafa prin-

gada, zurrapa, vomitada, albarda arrastrada, tía cortona, tía cachinga, tía juruga, tía chamusca, pingajo, estropajo, zarandajo, trapajo, *ranacuajo*, zancajo, espantajo, escobajo, escarabajo, gargajo, mocaño, *piel de zorra*, *fuina*, cagachurre, mocarra, ¡pum, pum!, callosa, cazcarrosa, *chinchosa*...

CHINCHORRERÍA es «impertinencia y pesadez» y está documentada por primera vez en la *Crónica de los Reyes Católicos* (1491-1516) de Alonso de Santa Cruz: «Y que por esto su magestad se guardase de oír a ninguno que le viniese con *chinchorrerías*, porque no le hiciesen caer en algún daño o pérdida».

CAER COMO CHINCHES significa «haber gran mortandad». Ya se usa en el siglo XVI, con el verbo *morir*: «porque como los Indios no sabían el remedio para las viruelas, antes como tienen muy de costumbre, sanos y enfermos, el bañarse a menudo, y como no lo dejasen de hacer *morían como chinches* a montones» (Moto-linía —Fray Toribio de Benavente—, *Historia de los Indios de la Nueva España*, 1536-1541).

También se oye la expresión PONERSE COMO UN CHINCHÉ*, con el sentido de «enfadarse mucho» (sinónimo de *ponerse como un basilisco*):

08/02/2010 11:10

No las había visto nunca, pero parece un producto interesante, a mi hermana que cada dos por tres se pasa el día con dos o tres de este tipo de barritas (cosa que no está nada bien, pero no se le puede decir porque *se pone como un chinche*), le voy a decir que he descubierto unas que no conoce⁶⁶.

4.2.242. *Es un jelepate*. El *jelepate* es sinónimo de *chinche*, en Honduras y Nicaragua; en este último país, metafóricamente, es la «persona que se aprovecha de los demás». Es palabra que procede del nahua *xalli*, «arena», y *epatl*, «zorrillo».

En un periódico digital nicaragüense, aparece la siguiente noticia: «Hospitales capitalinos se inundan de *jelepates*, cucarachas, moscas y zancudos, al extremo de que algunos, como el Alemán Nicaragüense (HAN), han tenido que desalojar salas enteras para fumigarlas» (*El nuevo diario*, Managua, Nicaragua, 26/09/2007)⁶⁷.

En la página web de TN8 (*Televalencia Canal 8*), está en la siguiente noticia sobre una pandilla de delincuentes (el nombre parece un uso metafórico del animal): «La policía del municipio de Nandaimé detuvo a cuatro jóvenes llamados “*los jelepates*” en el sector del asentamiento “El Porvenir”, quienes supuestamente son el azote de los estudiantes de Instituto José Dolores Estrada. Estos se dedican a robar y amenazar a los chavalos para que entreguen sus mochilas y sus celulares» (página ya desaparecida)⁶⁸.

4.2.243. *Es una garrapata**. La garrapata es un «ácaro de forma ovalada, de cuatro a seis milímetros de largo, con las patas terminadas en dos uñas mediante las cuales se agarra al cuerpo de ciertos mamíferos para chuparles la sangre, que

suele ingerir en tal cantidad que su cuerpo llega a hacerse casi esférico». Metafóricamente, según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona molesta que siempre acompaña a otra» (Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Cuba y Bolivia); la «persona que vive a expensas de los demás» (Paraguay); y la «persona de baja estatura» (Cuba).

La palabra deriva de *caparra*, de origen prerromano. La primera documentación está en el *Vocabulario español-latino* (1495) de Nebrija: «Rezno *garrapata*. ricinus .i.». Con sentido metafórico, está —como era de esperar— en Galdós, quizás como «mala persona»: «Esa *garrapata* de Guillén, con sus chuscadas y sus versitos y sus porquerías, se ha hecho popular aquí. Le ríen las gracias estúpidas... Todos tenemos algo de culpa en darle alas, lo reconozco» (*Miau*, 1888).

Con el sentido de «persona molesta», está en *Oficio de difuntos* (1976) del venezolano Arturo Uslar Pietri: «“Usted es una cosa muy seria en una campaña”, le decía Mendoza. “No da descanso, se pega como una *garrapata* y no afloja. Con usted detrás no hay quien duerma tranquilo”. Los dos rieron con ganas». Como «persona que vive a expensas de los demás», aparece en el siguiente texto periodístico (aunque no paraguayo): «Ronaldo, antes en el Barcelona y ahora en el Inter, cayó flagrantemente en el pecado humano y laico más mortal: el de la ingratitud. ¿Suya la ingratitud o de esas “*garrapatas*” que viven de la comisión del traspaso y así?» (*La Razón*, «No me seduce Ronaldo», 02/09/2002).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *aferrarse*, *agarrarse* y *pegarse*.

4.2.244. *Es una mosca*. [moscón -na] [mosconear] [mosquear(se)] [mosca blanca] [mosca cojonera] [mosca muerta]

¡Moscas del primer hastío
en el salón familiar,
las claras tardes de estío
en que yo empecé a soñar!
(*Soledades*, Antonio Machado)

La mosca es un «insecto díptero, muy común, de unos seis milímetros de largo, de cuerpo negro... y boca en forma de tropa, con la cual chupa las sustancias de que se alimenta». En la definición de la edición anterior del diccionario académico, aparece también «y molesto...» (curiosa ausencia, pues). Entre sus significados metafóricos referidos a partes del cuerpo y a objetos, están el «pelo que nace al hombre entre el labio inferior y el comienzo de la barba», «artilugio... que se utiliza como cebo»; «moneda corriente»... Es un insecto desagradable generalmente, pero también digno protagonista de ese bello poema de Antonio Machado. Metafóricamente, es la «persona molesta, impertinente y pesada». Según el *Diccionario de americanismos*, es «la policía» en el lenguaje juvenil de Nicaragua; también es la

persona «que está atenta o alerta ante cualquier circunstancia» (Nicaragua y Perú). Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995).

La palabra procede del latín *MUSCA*. La primera documentación como insecto es del siglo XIII. Está en el *Libro de Alexandre* (1240-1250), en una descripción del verano (como molesto para las bestias, que las «segudavan» [«se las quitaban de encima»]): «Sedié el mes de Julio logando segadores, / corrienle por la cara apriesa los sudores, / segudavan las bestias las *moscas* mordedoras, / fazié tornar los vinos de amargas sabores». Ya en *El licenciado Vidriera* (1613) de Cervantes aparece el animal con referencia a personas, en una secuencia de insectos molestos: «—¿Qué me queréis, muchachos, *porfiados como moscas*, sucios como chinches, atrevidos como pulgas?, preguntaba el licenciado a los muchachos que le tiraban piedras para comprobar si era de cristal».

En la *Declaración magistral sobre los emblemas de Andrés Alciato* (1615) de Diego López, discípulo del Brocense en Salamanca, aparece una explicación del comportamiento molesto de la mosca comparándolo con los que tienen «oficios ociosos» (*laga* es una forma ya anticuada de *llaga*, «herida»):

Este lugar se explica con un Adagio *Muscas depellere*, el qual declara Erasmo de aquellos que se ocupan en oficios ociosos, porque las moscas quanto más la echan de una parte, tanto más porfian bolver a ella. Tenga uno en una mano, o en otra parte una laga, quanto mas las echa, mas porfiadas son en bolver allí... Y dize Plutarco que la *mosca haze esto, porque tiene tan poca memoria*, que olvidándose del peligro de que poco antes avía escapado, luego se buelve a él. Por la mosca davan a entender la desvergüença, y maldad, porque quanto mas la echan, tanto es más importuna en bolverse de donde la echaron. Y assí dize Alciato que es mejor menospreciarlos, y no hazer caso dellos, como de las moscas, que luego buelven de donde las echaron.

También aparece con ese sentido en Manuel Bretón de los Herreros y en Espronceda:

Y ¿qué tiene usted entre manos ahora?
Amadeo. Nada. (Aparte.) Qué *mosca*
es el hombre.
Agapito. ¿Algún soneto
a los desdenes de Flora?
¿Algún agudo epigrama?
(*Marcela o, ¿cuál de los tres?*, 1831)

La señora que me conoce hace días sabe muy bien que no soy yo *mosca* nunca; en mi vida la he estorbado para nada... (*El diablo mundo*, 1840-1841)

Unamuno, en una carta a Rafael Altamira, escribe: «Mi libro en general no ha caído mal, se despacha según mis noticias (pues yo lo vendí todo, y con ganancia regular) y eso que no he sido *mosca* con nadie ni he querido comprometer a nadie»

(*Epistolario inédito*, 1897). Y Galdós utiliza la metáfora en una novela del mismo año (*El abuelo, novela en cinco jornadas*): «(Vuelve la Alcaldesa y suplica al Conde que aguarde un ratito, pues antes recibirá Lucrecia a un postulante importuno.) ¿No te lo dije? la Alcaldesa. —No: si es porque se vaya de una vez, y quitarnos de encima esa *mosca*». Es una expresión muy popular: aparece en la famosa zarzuela *La Revoltosa* (1897) de José López Silva: «Tiberio. —¡Vaya una *mosca*! / Cándido. —¡Luego dicen / que son *pelmas* los caseros, / pero hay “administradores”! —Pero ¿es que usted es partidario de la inmovilidad solemne de los mastodontes académicos? —me preguntaría alguno». Baroja, en sus memorias escribe así sobre la fauna literaria:

—Pero ¿es que usted es partidario de la inmovilidad solemne de los mastodontes académicos? —me preguntaría alguno.

—No; pero es que entre los mastodontes académicos y el mosquito a la moda hay muchos ejemplares de fauna literaria que a uno le pueden parecer bien. No es obligatorio ser tan pesado como un paquidermo ni tan ligero como una *mosca*. (*Desde la última vuelta del camino*, 1944-1949)

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *porfiado* y con el sustantivo *pretendiente* y con los verbos *caer*, *morir*, *pulular*, *temblar* y *zumbar*.

Mosca genera, con significados metafóricos, un aumentativo (*moscón -na*), dos derivados verbales (*mosconear* y *mosquear-se*) y tres compuestos sintagmáticos (*mosca blanca*, *mosca cojonera* y *mosca muerta*). MOSCÓN, además de «una especie de mosca», es un «hombre pesado y molesto, especialmente en sus pretensiones amorosas» y la «persona impertinente y pesada». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Sujeto importuno, pesado y pelmazo que da constantemente la lata con el mismo tema, y termina saliéndose con la suya y lograr lo que persigue, murmurando sin cesar entre dientes aquello que sabe que va a molestar a quien lo escucha...».

Como animal, está documentada la palabra a finales del XVI: «salamanquesas, muchas suertes de arañas, moscas, *moscones*, renacuajos y otras mil suertes de sabandijas» (Antonio Pérez, *Breve tratado de peste*, 1598). Ya en la anónima novela picaresca, atribuida al médico Francisco López de Úbeda, *La pícara Justina* (1605) aparece el pretendiente molesto y leonés, con cuyo gentilicio juega el autor:

Y informada, pues, deste punto con el posible silencio, partí a ver un rato la ciudad, iglesia y fiestas. Debí de parecerles melosa a algunos hijos de vecino de León, Leoneses cachorros. Aunque los leoncillos son retozones como cachorros, y aun me dicen que después, de grandes, son juguetones, deben de ser leones de la cuarta especie, *Leones moscados*, de los que fingió el poeta que se convirtieron en *moscas*. Algunos de estos *moscones* se me pegaron a título de que en un portal mío que yo tenía en Mansilla, bien regado, habían estado de camarada, como huevos en cazo de agua.

En el XIX, se generaliza. Está en el teatro costumbrista de Manuel Bretón de los Herreros: «Remigio El interés, la codicia... Frutos (¡Qué *moscón!*)» (*El pelo de la dehesa*, 1840). Y, naturalmente, en Galdós (recuérdese que *hacer el amor* en aquel entonces era «cortejar»): «me seguían dos, tres y a veces hasta cinco *moscones* haciéndome el amor, y diciéndome cosas» (*Cánovas*, 1912).

Una MOSCONA es, metafóricamente, una «mujer desvergonzada». En este texto de Galdós, parece que es simplemente «persona molesta»: «En fin, que era una *moscona* insufrible, un fiscal pegajoso y un espía siempre alerta» (*Miau*, 1888).

MOSCONEAR es «importunar, molestar con impertinencia y pesadez». Hay una primera documentación en *La corte de los milagros* (1927-1931) de Valle-Inclán: «El palaciego, inquieto de curiosidades, *mosconeaba* sus malicias de monja boba sobre el tema de aquellas desavenencias suscitadas entre Fray Jacinto de María Anunciadora, Obispo de La Habana, y el Capitán General de la Gran Antilla».

MOSQUEAR(SE) es —dicho de una persona— «responder y redargüir resentida y como picada por algo», «resentirse por el dicho de otra, creyendo que lo ha proferido para ofenderle». La primera documentación es tardía; está en las *Fábulas literarias* (1782) de Tomás de Iriarte: «Me temo que *se mosquee* / de este cuento quien procura / juntar libros que no leer». Se generaliza en el XIX. En *El reinado de Witiza* (1968) de Francisco García Pavón, leemos: «La verdad es que Plinio, a pesar de estar tan acostumbrado a las bromas de la Rocío que tanto le quería, esta vez quedó un poco *mosqueado*».

MOSCA BLANCA es —en Argentina y Uruguay— la «persona que constituye una excepción dentro de un grupo por su comportamiento correcto y honesto» (es una variante de la expresión *mirlo blanco*). Así, aparece en la novela *Yvyypóra* (1970) del paraguayo Juan Bautista Rivarola Matto: «Serafin era el más célebre punteador de la comarca, el orgullo de la tribu que recorría un país de músicos. A pesar de los harapos que lo uniformaban a la multitud, tenía cierto matiz aristocrático que lo distinguía. Rostro fino, moreno... Siempre bien afeitado, pulcro, mesurado, señorial, el negro Serafin era una *mosca blanca*». Parece que es el sentido de este fragmento que pertenece a *Eloísa está debajo del almendro* (1940) de Jardiel Poncela: «en fin: tú, dejando aparte que de niña te comías las flores y quitando aquella temporada que te dio por andar hacia atrás, en cuanto te pegaste en la nuca con el árbol anduviste para adelante y todo hacía pensar que ibas a ser la *mosca blanca* de la familia».

Hoy es frecuentemente MOSCA COJONERA. Recoge el compuesto Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Sujeto insufrible que en su pertinaz insistencia en salir adelante con su propósito da el coñazo, incordia y revuelve Roma con Santiago, causando desazón, molestia e inquietud en quien lo padece y aguanta».

En los *corpora* académicos, está en la prensa de los noventa; solo en un texto literario, en una novela del salmantino Luciano González Egido:

Con el poder siempre he sido un poco *mosca cojonera*. Digo siempre lo que pienso. (Jordi García Candau, *Tiempo*, 02/04/1990)

Se parece a Anguita sólo en su condición de *mosca cojonera* (con perdón). (Carlos Toro, «El camarote de los Hermanos Marx», *El Mundo*, 20/02/1995)

No lo aguanto más; me voy para no oírlo. Si le hacemos caso nos comen los piojos, porque también los piojos son criaturas del Señor. Está escrito, «si os hacéis de miel, se os comerán las moscas». ¡Qué majadería! Y dale otra vez con la inocencia, es peor que una *mosca cojonera*. Me voy para no empezar a gritar. (*El corazón inmóvil*, 1995)

El compuesto MOSCA MUERTA (con la frecuente variante MOSQUITA MUERTA) es la «persona, al parecer, de ánimo o genio apagado, pero que no pierde la ocasión de su provecho». La definición procede del *Diccionario de Autoridades*, que la ampliaba: «apodo que se aplica al que es al parecer... ù no dexa de explicarse en lo que siente». Lo recoge Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Persona de ánimo aparentemente apocado y genio apagado que, no obstante, lo apacible de su disposición y mansedumbre de su carácter trama a espaldas de todos, conspira y maquina a fin de hacer prosperar su causa y beneficio, sin importarle urdir acechanzas».

Cita el *Guzmán de Alfarache* y las *Jácaras* de Quevedo (*tender raspa* es «echarse a dormir o descansar»; el *caduzador* es un término de germanía y designa la «persona que deshace y transforma la ropa robada a fin de que no sea reconocida»). Es palabra de germanía (*Léxico del marginalismo*): «El hipócrita que finge inocencia para mejor engañar a los demás».

... pues me pescó las monedas, diciendo:

—Soltad, bellaco. ¿Sois vos el que me alababan? ¿*La mosca muerta*, el que hacía del fiel, de quien yo fiaba mi hacienda? ¿Esto tenía en mi casa? ¿A vos daba mi pan y regalaba? No más de un pícaro. No me entréis más en casa ni paséis por mi puerta, que quien se abate a poco no perdonará lo mucho, si ocasión se le ofrece. (Mateo Alemán, *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, 1599)

Quizás el origen de la expresión esté en la referencia al Ave Fénix; este texto es de la escritora mexicana (llamada también la «Fénix de América») Sor Juan Inés de la Cruz:

Inquiriendo vericuetos,
examinando andurriales,
siendo hijo de los Montes,
siendo de los Yermos padre,
más peregrino que el Fénix,
partí en busca de esta Ave
que se hace *mosca muerta*
y entre cenizas renace.

En *El elogio de la mosca* de Luciano de Samosata, se hace referencia a la «palíngenesia»: «Mas quiero referirme al aspecto más extraordinario de su naturaleza. Es éste el único dato que Platón omite en su tratado acerca del alma y su inmortalidad. Cuando muere una mosca, resucita si se la cubre de ceniza, operándose en ella una palíngenesia y segunda vida desde un principio» (*Obras I*, introducción general por José Alsina Clota, traducción y notas por Andrés Espinosa Alarcón, Madrid, Gredos, 1986: 5).

Es bastante frecuente (sobre todo a partir de XIX): «aires de *mosca muerta*» (Eugenio Cambaceres, *Música sentimental: silbidos de un vago*); «iría a ser una apocada, una *mosca muerta*» (Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, 1896); «¡Con aquella cara de *mosca muerta*!» (Teresa de la Parra, *Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*, 1924-1928); «¿Te estás haciendo el *mosca muerta*? Este no es sitio de sentarse» (Ciro Alegría, *El mundo es ancho y ajeno*, 1941). Más frecuente aparece en diminutivo, forma especialmente querida para Galdós: «se viene usted haciendo la *mosquita muerta*» (*El audaz. Historia de un radical de antaño*, 1871); «unas cartas que dan compasión, haciéndose la *mosquita muerta* y pidiéndole cuartos para enfermedades», «¡Y ella parecía una *mosquita muerta*!» (*Rosalía*, c. 1872); «Hazte la *mosquita muerta* —indicó Monsalud sonriendo y en voz baja—» (07/07/1876); «Siempre haciéndose la *mosquita muerta*. Y sabe más que los siete doctores» (*Doña Perfecta*, 1876).

4.2.245. *Es un mosquito*. [*cerebro de mosquito*] [*tener menos seso que un mosquito**] El mosquito un «insecto díptero de pequeño tamaño... cuya hembra chupa la sangre de las personas y de los animales de piel fina, produciendo con la picadura inflamación rápida acompañada de picor». Los nombres científicos de los géneros más comunes son *Culex*, *Anopheles* y *Aedes*. Metafóricamente, es un «hombre que acude frecuentemente a la taberna» (atraído por el olor del vino); con la marca de poco usado en el diccionario académico.

Es el diminutivo de *mosca*. La primera documentación está en Alfonso X: «Et esto es más descendiendo sobresta piedra la uertud de figura de *mosquito*; o de alguna destas otras moscas que diximos (cornalina)» (*Lapidario*, c. 1250). Parece que el primer uso metafórico está en el *Guzmán de Alfarache* de Luján: «Dicen los buenos *mosquitos* o que los vinos son fuertes y se suben a la cabeza, y lo más ordinario que pecan de flojos y no abrigan el estómago, o que son acedos y mordiscan el gusto, o que son dulces y dan hastío». (Mateo Luján de Saavedra —Juan Martí—, *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, 1602).

En la anónima novela picaresca, atribuida al médico Francisco López de Úbeda, *La pícara Justina* (1605), ya aparece la afición de los mosquitos por el vino: «Somos las mujeres como *mosquitos*, que se van con más deseo al vino más fuerte en que más presto se ahogan». También está en el teatro popular del XVII: «Barbero Quiérote como al vino los *mosquitos*» (Luis Quiñones de Benavente, *Las*

burlas de Isabel, 1645). Ramón Mesonero Romanos describe a un corchete (guardia): «Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado, manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intención, antípoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el *mosquito*» (*Escenas y tipos matritenses*, 1842-1851). Y Galdós describe así a Diega, en *Misericordia* (1897): «una viejecica, muy chica y muy flaca, que debe de ser más borracha que los *mosquitos*».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *acudir*, *beber*, *caer*, *irritar*, *murmurar* y *zumbar*.

CEREBRO DE MOSQUITO es «de poca inteligencia», que tiene una primera documentación muy tardía: uno de los personajes de la obra de teatro *La sal de los muertos* (1960) del cubano Matías Montes Huidobro, dice: «Tienes un *cerebro de mosquito*, ya lo dije. En cierta medida, y hasta cierto punto, era el orgullo de mamá, de papá, del abuelo». Pero antes está documentada la expresión TENER MENOS SESO QUE UN MOSQUITO*: está por primera vez en los *Artículos* (1923-1974) de José Bergamín: «—Te digo lo que te digo porque *tienes menos seso que un mosquito* u que una pulga u séase un académico».

4.2.246. *Es un moscardón*. Es una «especie de mosca de doce a trece milímetros de largo», una «especie de mosca zumbadora» y un *avispón*. Los nombres científicos de las especies más conocidas son *Gasterophilus intestinalis* y *Gasterophilus haemorrhoidalis*. Metafóricamente, es un «hombre impertinente que molesta con pesadez y picardía» (definición aún del *Diccionario de Autoridades*). Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Hombre impertinente y no desprovisto de picardía, que molesta de forma machacona y pesada».

La palabra es el aumentativo de *moscarda*, que a su vez deriva de *mosca*. La primera documentación es de Fray Bernardino de Sahagún: «Hay un *moscardón* que se llama *tecmílotl*. Pienso que es el tábano» (*Historia general de las cosas de Nueva España*, 1576-1577). La acepción metafórica no es frecuente. No aparece hasta el siglo xx: «De tal interrogación tomó pie la gallarda amazona para dar una lección de historia a galope al británico *moscardón* que la mareaba como su antecesor con insípida galantería y melosidades a media lengua» (Pastor Servando Obligado, *Tradiciones argentinas*, 1903); «A pedir las por Dios y por la Virgen que la devolvieran su esposo, el *moscardón* ese de Caravias. Si parece un paso de sainete» (Eugenio Noel, *Las siete cucas*, 1927). En el siguiente texto, la metáfora se traslada del mundo del galanteo al de las aficiones: «La Filatelia, dado el auge adquirido, está plagada de *moscardones* que esperan el momento justo para picar a su víctima» (Antonio Serrano Pareja, *Coleccionismo de sellos*, 1979).

Y el galanteador no necesariamente persigue fines amorosos: «—Ahora que es directora de un programa, que puede llevar a la gente que quiera, ¿tiene muchos *moscardones* a su alrededor? ¿No ha notado que la gente se vuelve más simpática?» (María Teresa Campos, *Tiempo*, 30/04/1990). También se puede referir a un

crítico social (se le añade otro animal, en el texto periodístico): «Terenci Moix, molesto *moscardón*, que hinca su pico de *cuervo* en las siluetas de lo privado para sacar a flote los vicios contenidos y sostenidos de toda una flora, nata y fauna barcelonesas» (*ABC Cultural*, «Capote en Madrid», 08 / 11 / 1991).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *murmurar* y *zumar*.

4.2.247. *Es una abeja*. [abejón★]

Las abejas y su vida morigerada.
Conoce también al que viene de unas relaciones lujuriosas,
y lo persigue también a él como al peor enemigo.
(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

La abeja es un «insecto himenóptero... que vive en colonias y produce la cera y la miel». Su nombre científico es *Apis mellifera*. Metafóricamente, es la «persona laboriosa y previsor».

La palabra procede del latín *APICULA*. La primera documentación está en el *Libro de Alexandre* (1240-1250): «De piedras e de dardos ivan grandes nuvadas, / com si fuessen exambres *d'abejas* ajuntadas», una curiosa comparación en el ámbito de la guerra. Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), despliega esta loa al animal:

Da ocasión este animalito a muchos y diversos discursos, considerando *su industria, su sagacidad, su gobierno, su limpieza*, su elección en el coger de las flores, su artificio en el aderezar la colmena, hacer sus celdas sexángulas, en la continuación del trabajo y la unión, paz y concordia de su república, la clemencia de su rey, que no tiene aguijón, el no admitir más que a solo uno... Es la abeja *símbolo del curioso y diligente*, que cogiendo de uno y otro autor las sentencias notables, como el abeja coge las flores de diferentes plantas, hace y forma una obra suave y dulce como el panal de la miel... Por el abeja *es sinificada la limpieza y castidad*, en testimonio de lo cual dice Plutarco que a cualquiera hombre que de próximo ha tenido acceso y ayuntamiento con mujer, si encuentran con él las abejas, le maltratan más que a otro y a las mujeres que han conocido varón más que a las doncellas...

Aunque también está en textos negativos, por su aguijón: «Mucho gran peligro es tener el odio en el corazón, que el odio en el corazón es así como fuego, pullilla e abeja... E quanto a lo tercero, *es comparado el odio, ira e saña a la abeja, la qual por vengarsse punge con su aguijonçito*» (Pedro Marín, *Sermones*, 1455). Es tópico en los Siglos de Oro, *le solicitte ape* de Sannazaro: «y en quanto de tomillo se apastare la *abeja diligente*» (Fray Luis de León, *Traducciones clásicas [Poesía]*, c. 1550-1580); «y juntamente niegue la miel *la'abeja* diligente, los árboles la fruta conoçida» (Fernan-

do de Herrera, *Poesía*, c. 1567-1597). Juan de Pineda, en sus *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589), compara a la mujer con varios animales, citando al poeta de Mileto, en un texto canónico de la misoginia:

Dice Focílides (y notadlo también por vuestra vida) que la mujer fue hecha de cuatro bestias: del caballo y del puerco y del perro y de la abeja; y que del caballo tiene aquel buen parecer y la ligereza con que se revuelve y trota toda la ciudad, y más lo encareciera él si supiera que habían de andar en choclos, los cuales les pueden ser contados por herraduras.

De lo que tiene del puerco, ni la salva, ni la condena; y yo como quien tiene consciencia las di origen porcal por no tener razón de decir más mal de ellas.

Del perro dice que tiene ser molesta y ladradora, aunque bien se pudiera, decir ser gruñidora por el parentesco del puerco; y del perro tiene también ser fiera rabiosa y mordedora.

De la abeja tiene ser hacendosa y trabajadora y buena gobernadora de su familia; y, si alguna se hallase de casta de abejas y aun de abejarucos, con ésta se sufriría casarse algún desesperado.

El dramaturgo y empresario teatral Gregorio Martínez Sierra, en su obra *Granada —Guía emocional—* (1920), cuando describe a la virgen de la Dolorosa, afirma: «Aquí podemos dejar nuestra inquietud como una espada más para el dolido pecho; la Madre no nos mira, pero la guarda en su corazón, y porque el corazón de la Madre es como laboriosa y milagrosa abeja, nos la volverá trocada en miel de paz, el día en que más nos duela la herida».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *laboriosa* y *pesado* y con los verbos *bullir* y *zumbar*.

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

El aumentativo ABEJÓN se usa en Cuba y Puerto Rico, según el *Diccionario de americanismos*, para referirse al «pretendiente pesado por su insistencia». No disponemos de documentación en los *corpora* académicos.

En el refranero, el maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) recoge: «Kien tiene abexa i ovexa i muela ke trebexa, kon el Rrei puede entrar en konsexa. “Abexa” se puede tomar por: saber i bien hablar; lo demás por: rriqueza».

4.2.248. *Es un zuncuán*. El zuncuán, en Honduras, es una «abeja silvestre de color rojo, que fabrica sus panales debajo de la tierra, y se enreda en los cabellos de las personas». Metafóricamente, es la «persona tonta». No hay documentación en los *corpora* académicos.

Es una palabra nahua (*tzontli*, «cabello», «cabeza», y *cuani*, «el que come»). Con la forma *suncuán* está en *Aztequismos en Guatemala* de Alberto Membreño (México, 1907)⁶⁹.

4.2.249. *Es un abejorro*. [abejorrear★] [abejorreo] El abejorro es un «insecto himenóptero, semejante a la abeja, pero más grande... que produce un zumbido al volar...». Los sufijos despectivos condicionan un significado metafórico negativo: es la «persona de conversación pesada y molesta». María Moliner, en su *Diccionario de uso del español*, lo define, en general, como «persona pesada y molesta» (con el sinónimo de *moscardón*).

Es un derivado de *abeja*. La primera documentación está en las *Poesías* (1828-1870) de Manuel Bretón de los Herreros: «¡Para que yo sufriera en el segundo / Piso el solfeo atroz de un *abejorro*»; «Si algún *galán abejorro* / Babeando tras de ella va, / Se revuelve, tuerce el morro, / Y le responde: Arre allá!; / Que no gusto de parola». También está en Galdós como comparación: «pequeña turba de mujeres y chiquillos, que cual *abejorros* zumbaban en su alrededor» (*Zaragoza*, 1874). En cualquier caso, no es muy frecuente.

ABEJORREAR★ es un derivado verbal que significa «zumar las abejas», pero también, metafóricamente, «producir un rumor confuso el habla de varias personas». Tampoco hay documentación en los *corpora* académicos. ABEJORREO es el derivado sustantivo del verbo anterior; su primera documentación está en *La Quimera* (1905) de Emilia Pardo Bazán: «Más que los cantantes, cuya voz ahoga completamente el *abejorreo* de los diálogos, de las observaciones acerca de tocados, galas y joyas, interesan al público los dos alabarderos de guardia en los ángulos del escenario con el telón, inmóviles».

4.2.250. *Es un zángano*. [zanganear] [zanganeo★] [zanganería]

ha nacido holgazán y comilón
(las abejas a veces lo expulsan como ladrón).
(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

El zángano es el «macho de la abeja maestra o reina». Metafóricamente, es la «persona holgazana que se sustenta de lo ajeno» y la «persona floja, desmañada y torpe». En Nicaragua, es «prostituta» (acepción que aparece por primera vez en la última edición del diccionario académico). En el *Diccionario de Autoridades*, «moscón grande; no labra miel, antes se la come, y le hacen servir como criado mientras la fabrican, y después los arrojan de las colmenas como ociosos y holgazanes». Y «por semejanza se aplica al holgazán, que se sustenta, y utiliza con el sudor, y trabajos ajenos». Es palabra de germanía (*Léxico del marginalismo*): «el procurador o abogado defensor, generalmente de maleantes que... en las cárceles encuentra nuevos clientes... para pedirles dinero descaradamente». Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Parásito, holgazán; individuo que vive del trabajo ajeno, pues no sólo no trabaja, sino que intenta vivir mejor que quien lo hace, y a sus expensas».

La palabra procede de la onomatopeya *zangl*. Ya está en el *Vocabulario eclesiástico* (1499) de Rodrigo Fernández de Santaella como traducción del latín *FUCUS*: «el *zángano* que se cría con las abejas». La primera documentación textual está en la *Obra agricultura* (1513) de Gabriel Alonso de Herrera: «y la mejor de todas las señales que esta buena de miel que están muchos *zánganos* muertos alas piqueras por la parte de fuera». Poco después, ya aparece con sentido metafórico («que se sustenta de lo ajeno») en la *Historia de los Indios de la Nueva España* (1536-1541) de Motolinía (Fray Toribio de Benavente): «La cuarta plaga fué de los calpixques, o estancieros, y negros, que luego que la tierra se repartió, los conquistadores pusieron en sus repartimientos y pueblos a ellos encomendados, criados o negros para cobrar los tributos, son *zánganos* que comen la miel que labran las pobres abejas, que son los Indios». En la *Obra poética o es fábula ridícula* (c. 1590-1610) del canónigo de Canarias Bartolomé Cairasco de Figueroa, hay una curiosa crítica del oficio de poeta: «La vida de estos *zánganos* / Enamorados, míseros inválidos, / Que en medio la canícula / Ellos sienten carámbanos, / Y en medio del invierno están más cálidos» (*Canción en esdrújulos*). Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), explica así el origen de la palabra: «(de *çáncano*) por ser largo de piernas, a diferencia de las abejas, que por tenerlas tan pequeñas se dixerón *apes*, *id est, sine pedibus*... de aquí vino a llamarse *çánganos* a los holgaçanes y floxos, que sólo sirven de comerse el sudor de los que trabajan».

A partir del XIX, se generaliza su uso: «Un *zángano* de treinta años, / Entre mico y sacristán, / Bailó luego la gavota / Con una niña, y muy mal» (Manuel Bretón de los Herreros, *Poesías*, 1828-1870). También está, naturalmente, en Galdós: «Andan por las calles esos *zánganos* de soldados con unos humos» (*Doña Perfecta*, 1876); «en viéndome delante de una persona principal, ya estoy hecho un *zángano* y no sé qué decir, ni qué hacer con las manos» (*Torquemada en la Cruz*, 1893). Menéndez Valdés añade al *zángano* la figura de la polilla: «El hombre ocioso y vago en su torpe degradación y embrutecida miseria, es un *zángano* inútil, una *polilla* destructora, que tras el mal ejemplo que continuo da, vive del sudor de otros» (*Discursos forenses*, 1791-1809). En la *Tía Tula* (1921), Unamuno hace una larga reflexión sobre la relación entre *zánganos*, reinas y abejas (que merece la pena cita por extenso); la Tía es abeja, ajena a la carnalidad, y los *zánganos* adquieren un sentido erótico muy claro:

La carnalidad se perpetúa por *zánganos* y por reinas, y ni los *zánganos* ni las reinas trabajaron nunca, no supieron ni fabricar panales, ni hacer miel, ni cuidar larvas, y no sabiéndolo, no pudieron transmitir ese saber, con su carne y sus jugos, a sus crías. La tradición del arte de las abejas, de la fábrica del panal y el laboreo de la miel y la cera, es, pues, colateral y no de transmisión de carne, sino de espíritu, y *débese a las tías, a las abejas que ni fecundan huevecillos ni los ponen*. Y todo esto lo sabía Manolita, a quien se lo había enseñado la Tía, que desde muy joven paró su atención en la vida de las abejas y la estudió y meditó, y hasta soñó sobre ella. Y una de las frases de íntimo sentido, casi esotérico, que aprendió Manolita de la Tía y que de vez en cuando aplicaba a sus her-

manos, cuando dejaban muy al desnudo su masculinidad de instintos, era decirles: «¡Cállate, *zángano*!» Y *zángano* tenía para ella, como lo había tenido para la Tía, un sentido de largas y profundas resonancias. Sentido que sus hermanos adivinaban.

Está también en *La colmena* (1951-1969) de Cela; la señorita Elvira dice de su cuñado: «Pues eso. El andova es un *zángano* malcriado que nació para chulo. Y no crea usted que esto lo digo a sus espaldas, que lo mismo se lo casqué el otro día en sus propias narices». Y, finalmente, Rosa Montero lo incluye, como insulto, en su novela *Amado Amo* (1988): «gandul, inútil, *zángano*, para vivir así te daría lo mismo el estar muerto».

Zángano genera, con sentidos metafóricos, un derivado verbal (*zanganear*) y dos derivados sustantivos (*zanganeo** y *zanganería*). ZANGANEAR, verbo derivado de *zángano*, significa «andar vagando de una parte a otra sin trabajar». La primera documentación está en *La vorágine* (1924), del colombiano José Eustasio Rivera: «A la sazón, la antigua peonada invadió el patio, donde había una patrulla de indios prisioneros, con los puños engusanados bajo las sogas. Por entre ellos *zanganeara* el Petardo Lesmes, apresurando a los capataces, que examinaban el rebaño recién cogido para distribuirlo entre sus cuadrillas».

ZANGANEO* (ausente del diccionario académico y poco frecuente) está por primera vez en *La Quimera* (1905) de Emilia Pardo Bazán: «Recordaba Silvio la capital española como si aún se encontrase en su taller de la calle de Villanueva: las vías públicas, concurridas; aquel visiteo injustificado, aquel *zanganeo* y zascandileo en que las horas se esfuman». ZANGANERÍA es también poco frecuente; en los *corpora* académicos solo he encontrado un texto: «a lo hecho pecho. A mí no venga con *zanganerías*» en la novela *Felices días tío Sergio* (1986) de la puertorriqueña Magali García Ramis.

4.2.251. *Es una avispa*. [avispar(se)] [avisgado] [avispero] [ponerse avispa]

En dónde nacen las avispas. El origen de las avispas está en los caballos muertos que andan tirados por ahí. Pues, según se van pudriendo, salen volando del tuétano estos bichos: de un animal velocísimo, el caballo, descendientes voladores, las avispas. (Historia de los animales, Claudio Eliano)

La avispa es un «insecto himenóptero, de un centímetro a centímetro y medio de largo... el cual tiene un aguijón con que pica, introduciendo una sustancia tóxica que causa escozor e inflamación y que vive en sociedad y fabrica panales con sus compañeras». Su nombre científico es *Vespula vulgaris*. Metafóricamente, en Cuba es la «persona muy agresiva e irritable». Según el *Diccionario de americanismos*, es «persona lista, despierta» (Centroamérica, Venezuela y Perú).

La palabra procede del latín *VESPA*, «avispa», con la *a* de *abeja*. La primera documentación está en el *Libro del caballero y del escudero* (1326) de Juan Manuel: «Et ay otras que son entre manera de bestias et de aues, así commo morçiéllagos et mariposas et avejas et *abispas* et todas las maneras de las moscas». Con el significado metafórico de «listo», está en las *Tradiciones peruanas, segunda serie* (1874) de Ricardo Palma: «y dijo al alguacil, que era un mozo *listo como una avispa*: —¡Hola, Güerequeque!».

Avispa genera, con sentidos metafóricos, un derivado verbal (*avispar[se]*), un derivado adjetivo (*avispado*), un derivado sustantivo (*avispero*) y una locución verbal (*ponerse avispa*). *AVISPAR* tiene, entre otros significados, el de «hacer despierto y avisado a alguien». También es «espantar» (Chile). *Avisparse* es «inquietarse, desasosegarse». Está en *Rinconete y Cortadillo* (1613) de Cervantes, con el significado de «avisar», acción propia de los *avispones*: (ambas palabras de germanía): «A lo cual respondió Monipodio que aquéllos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban *avispones*, y que servían de andar de día por toda la ciudad *avispando* en qué casas se podía dar tiento de noche». En la *Primera parte de noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales* (1627) de Fray Pedro Simón, parece que tiene el significado de «inquietarse»: «Íbanse con esto *avispando* los pueblos, con ser, como hemos dicho, todos de tan buena masa, que tomando las armas en su defensa, la hacían de sus personas y hacienda».

AVISPADO, derivado nominal del verbo *avispar*, es «vivo, despierto, agudo». Ya Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), lo recoge en ambos sentidos (el literal y el metafórico): «*Avispado*, el que está picado de las avispas; dícese del que está inquieto y desasosegado, como si le hubiesen picado avispas, las cuales dicen que con menos de treinta picadas pueden matar un hombre». La primera documentación con este valor está en *La Bruja de Madrid* (1850) de Wenceslao Ayguals de Izco, escritor y editor nacido en Vinaroz: «—¡Pobrecillo! Pues mire usted ahí donde usted lo ve, no tiene pelo de tonto. Es muy *avispado* y previsor; pero como es tan bueno, se figura que todos son pacíficos y bien intencionados como él».

También hereda del verbo el significado de «inquieto»; así aparece en la *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran Reino de la China* (1585-1586) de Fray Juan González de Mendoza, agustino, que desde sus arzobispados en México conoció numerosos misioneros y exploradores de Asia: «Súpose después que algunos años antes habían acudido allí ciertos soldados que iban en busca de minas, y habían llevado cautivos a ciertos naturales, lo cual tenía *temerosos y avispados* a los demás».

Con el significado de «un poco borracho», está en *Tipos y paisajes* (1871) de Pereda: «después que acabó de comer y de beber, y cuando se encontró un tantico *avisado*, ya por los vapores del añejo...». También está en Galdós: «Cabezas exaltadas de ciertos caballeretes, un tanto *avisados* por el alcohol de las lecturas...»

(*La segunda casaca*, 1876). Quizás este sentido procede de la analogía formal con *achispado*.

AVISPERO es el «panal que fabrican las avispas» y metafóricamente, en Cuba, «reunión de personas inquietas y agitadas» y en El Salvador, Honduras y Nicaragua «conjunto de personas conflictivas y malintencionadas» (en ambos casos, el *Diccionario de americanismos* amplía su uso a más países). La primera documentación en sentido literal está en la *Historia general y natural de las Indias* (1535-1557) de Gonzalo Fernández de Oviedo: «Finalmente, que cerca de donde aquestos nidos están, así se guardan e apartan las otras aves dellos, como se apartan los hombres de los *avisperos*». Con sentido metafórico aparece en la novela *Insolación* (1889) de Emilia Pardo Bazán: «—Tiene razón la Diabla: ayer atrapé un soleado, y para mí, el sol... matarme. ¡Este chicharrero de Madrid! ¡El veranito y su alma! Bien empleado, por meterme en *avisperos*. A estas horas debía yo andar por mi tierra».

Ricardo Palma utiliza dos metáforas del animal referidas a partes del cuerpo humano: «brazo regordete y con hoyuelo, *cintura de avispa*, pie chiquirritico y ojos negros rasgados» (*Tradiciones peruanas, cuarta serie*, 1877); «en otro tiempo risueña Mercedes me miró *con ojos avispados* y se mordió el labio, acción que en la mujer es indicio claro de haberse picado» (*Tradiciones peruanas, quinta serie*, 1883).

PONERSE AVISPA O MUY AVISPA es, en México, «estar despierto y avisado».

4.2.252. *Es un avispón*. Además de una «especie de avispa, mucho mayor que la común, que se distingue por una mancha encarnada en la parte anterior de su cuerpo». Su nombre científico es *Vespa crabro*. Metafóricamente, en el lenguaje de la germanía (*Léxico del marginalismo*), es el «hombre que anda viendo dónde se puede robar». Según el *Diccionario de americanismos*, es «persona viva y despierta que se aprovecha de los demás» (Venezuela y México).

La palabra es el aumentativo de *avispa*. La primera documentación es la acepción figurada de germanía: está en *Rinconete y Cortadillo* (1613) de Cervantes, donde se explica su origen:

Estando en esto, entró uno de los viejos *avispones* y dijo:

—Vengo a decir a vuestras mercedes cómo ahora, ahora, topé en Gradas a Lobillo el de Málaga, y dícame que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanás...

A lo cual respondió Monipodio que aquéllos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban *avispones*, y que servían de andar de día por toda la ciudad *avisgando* en qué casas se podía dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratación o Casa de la Moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponían...

Mucho más tarde, Julián Zugasti y Sáenz, en su obra *El Bandolerismo. Estudio social y memorias históricas* (1876-1880), explica las funciones de este tipo de ladrón:

Los *avispones* andaban de día en las grandes ciudades atisbando en qué casas podía darse tiento de noche, y también se ocupaban en averiguar en dónde los mercaderes más ricos tenían su dinero, y cuando de cierto lo sabían, tanteaban el espesor de las paredes o muros de la casa, dibujando con matemática exactitud el lugar más conveniente para hacer con gran presteza los agujeros, a fin de facilitar la entrada y el golpe.

Según las ordenanzas de la gente germanesca, los *avispones* llevaban el quinto de todo aquello que por sus avisos, industria y trabajo se robaba.

La acepción literal es más tardía: «(Vespa silvestris) algo menor que el *avispon*, construye este véspido un nido muy diferente» (Gonzalo Ceballos, *Los himenópteros [Historia natural. Vida de los animales]*, 1926). Cela, en su obra *Judíos, moros y cristianos* (1956), parece resucitar el significado de germanía: «Los guardias y los alguaciles —tizones y calaboceros, entre *avispones* o trotamundos sabios en la vieja lengua de los caminos— pueden ser buenos y malos».

4.2.253. *Es un mariposa / una mariposa. [mariposear] [mariposón]* La *mariposa* es un «insecto de boca chupadora, con dos pares de alas cubiertas de escamas..., que constituye la fase adulta de los lepidópteros», que da lugar a varias metáforas formales: «pájaro común en la isla de Cuba», «forma de natación», «planta» y «flor» en Cuba, «juguete». También es un «hombre afeminado u homosexual». Según el *Diccionario de americanismos*, es «prostituta» (México, República Dominicana y Paraguay). Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995), con el sentido también de «persona promiscua»:

también se dice de quien es veleta y cambiante, que va de una ocupación en otra, desempeñando muchos oficios diferentes en poco tiempo; persona promiscua, que muda de relación de pareja con gran celeridad, incapaz de comprometerse seriamente en sus relaciones afectivas. Se dice en sentido figurado, teniéndose *in mente* la costumbre de ese insecto de posarse sobre diversas flores en poco tiempo.

La palabra procede de la expresión *Mari*, apócope de *María*, y *posa*, imperativo de *posar*. La primera documentación está en el *Libro del caballero y del escudero* (1326) de don Juan Manuel: «Et ay otras que son entre manera de bestias et de aues, así como morçiélagos et *mariposas* et avejas et abispas et todas las maneras de las moscas», en una particular y curiosa visión de la clasificación de los animales: un pájaro y tres insectos.

El amante es *mariposa* que se quema en el amor de la amada desdeñosa, una imagen poética frecuente en los Siglos de Oro y no recogida por los diccionarios: «al revolar del cabello se abaten *los perdidos amadores, como la mariposa al fuego*» (Fernán González de Eslava, *Coloquio dieciséis del bosque divino [Coloquios espirituales]*, 1578); «Quiero mudar de amores y de estilo / y huir de luz que alumbra y no calienta, / pues *como mariposa* me encandilo» (Lope de Vega y Carpio, *Carta de Lope*

a Liñán [Poesías], c. 1587). Imagen que culmina en *El hombre de mayor fama* (a. 1603) del poeta y dramaturgo granadino Antonio Mira de Amescua:

Mas, ¡ay!, que no siento fuerzas
para decir lo que siento,
y porque tú no me acabes
quiero acabarme en el fuego.
Soy Fénix, soy salamandria,
soy *mariposa*, soy trueno
que al fuego de do nací
como a mi centro me vuelvo.

Ya con el sentido (no recogido en los diccionarios) de «versátil, inconstante» en cuestiones de amores, aparece en Galdós: «Madurillo ya, Emilio Terry, que pasaba de los treinta y ocho, no podía vencer sus mujeriegas aficiones, y trabajaba en esferas distintas, enamorando por lo bajo cuanto podía, y haciendo seriamente el cadete con las señoritas casaderas. Era una *mariposa* jamona y con las alas recompuestas» (*Bodas Reales*, 1900).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *delicadas* y *libre* y con los verbos *dar (vueltas)* y *volar*.

MARIPOSEAR es, dicho especialmente de un hombre, «en materia de amores, variar con frecuencia de aficiones y caprichos»; también «andar o vagar insistentemente alrededor de alguien procurando el trato o la conversación con él». En Echegaray aparece, en sentido literal (no recogido por los diccionarios) aplicado a los insectos que «*mariposean* alrededor de un foco de luz» (*Ciencia popular*, c. 1870-1905). En *El buey suelto...* (1878) de Pereda ya se aplica al hombre en los asuntos amorosos: «¡Antes muerto que solterón! Por eso me tiene siempre con cuidado el artillero. Temo que, como a otros muchos de su profesión, se le pase lo mejor de la vida *mariposeando*». También Galdós recoge la imagen: «y finalmente, *mariposeaban* en torno a ella muchos individuos con pretensiones de cortejos» (*Los Apostólicos*, 1879).

MARIPOSÓN tiene una curiosa historia de presencias, ausencias y cambios en el diccionario académico. Aparece, en la edición de 1927, como cubanismo con el sentido de «hombre muy galanteador» (en la siguiente edición —1950—, sin la marca diatópica). En la edición de 1970, desaparece este significado y se incluyen dos distintos: «persona que anda insistentemente en torno de alguien» y «persona inconstante en aficiones o amores». En el suplemento de ese año, se añaden dos acepciones: «hombre que mariposea en amores con varias mujeres» (3.^a) y «homosexual, maricón» (4.^a; Argentina, Chile, Perú y Uruguay; a partir de la edición de 1989, sin marcas diatópicas). En la siguiente edición, 1984, desaparece la tercera. En la edición actual, solo «hombre inconstante y caprichoso en su dedicación a algo, y especialmente en el galanteo con las mujeres» y «homosexual».

El significado de «hombre galanteador» ya está en *El niño de Guzmán* (1897) de Emilia Pardo Bazán: «Gonzalvo, *mariposón* cítrico y terco, giraba alrededor de las que estaban en ocasión próxima de fragilidad, hasta que la caída se consumase y pudiese decir satisfecho: “Ya ha sucedido. A otra...”». El sentido de «homosexual» está en la peculiar novela de Carlos Pérez Merinero *Días de guardar* (1981), modelo de lenguaje sexual, coloquial y vulgar (muchas veces, malsonante):

Agacho la chota y me dedico a los espárragos. Están ricos, lo que se dice ricos, pero al lado de esa tía no tienen nada que hacer. Cada cosa en su sitio. De tanto en tanto la miro de reojo y ella sigue, erre que erre, tratando en vano de que le haga caso y le diga algo.

El cabrón del maître observa la jugada y se lo está pasando teta. A lo mejor el muy hijoputa, al ver mi pasividad, me toma por un *mariposón*. ¡Me cago en su puta madre!

El tal Henri era un poco julandrón... Pese a ser medio *mariposón* Henri era buen chaval.

Carlos Ruiz Zafón utiliza, en su novela *Sombra del viento* (2003), en dos ocasiones *mariposón*: en el primer caso en oposición a *donjuán* y en el segundo como insulto:

No, yo estoy con Ortega y soy un pragmático, porque la poesía miente, aunque en bonito, y lo que yo digo es más verdad que el pan con tomate. Ya lo decía el maestro, enseñeme usted un donjuán y le enseño yo a un *mariposón* enmascarado.

Poco imaginaba La Pepita que su Federico —continuó el catedrático— había pasado la noche en una celda cochambrosa, donde un orfeón de macarras y navajeros se lo habían rifado cual putón verbenero para luego, una vez ahitos de sus carnes magras, propinarle una paliza de órdago mientras el resto de presos coreaban con alegría la «maricón, maricón, come mierda *mariposón*».

4.2.254. *Es una polilla*. [apolillarse] [desapolillarse] La polilla es una «mariposa nocturna de un centímetro de largo...». En Cuba es un «estudiante muy aplicado» y la «persona que lee mucho»; en Perú, «una prostituta». Según el *Diccionario de americanismos*, es una persona «que se muestra muy insistente o pesada en sus reclamaciones o críticas» (Chile) y la «persona a la que le gusta mostrarse en los medios de comunicación en busca de fama y publicidad»; y un «niño delincuente, generalmente varón, que forma parte de pandillas y tiene adicciones» (Bolivia).

La palabra procede quizás del mozárabe *paulilla*, del latín PABULARIO «comer (hablando de animales)», con influjo en la terminación de latín PAPILIO «mariposa». La primera documentación está en el anónimo *El poema de José* (c. 1370), escrito por un morisco de Aragón: «Ansí con su espiga sin ninguna trilladura / I la palla será guardada muy bien de afolladura, / Porque no ye caiga *polilla* ni nenguna podridura». En los Siglos de Oro, se aplica a determinadas profesiones: «la abundancia de jueces y abogados es la *polilla* y *carcoma* de nuestra monarquía cristiana»

(Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *El cautiverio feliz*, 1673). Más tarde, Torres Villarroel la aplica a los reposteros:

—¿Quién es este demonio con bulto? —dijo Quevedo todo demudado.

Y acudí yo, y le dije:

—Éste es el *polilla* de las casas grandes de la Corte, el homicida de los nobles delicados, ruina de las saludes y los caudales; es repostero, que es lo mismo que inventor de puñales y pistolas. Éstos con la dulzura de sus bebidas han corrompido los estómagos más robustos de la España. (*Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por la corte*, 1717-1728)

Como insulto, está en Galdós: «—¡Canalla, sabandijo, *polilla* de Zaragoza y deshonor del pueblo español!, exclamó mi protector, amenazando con el puño la arrugada cara del avaro» (*Zaragoza*, 1874).

Como «prostituta», aparece en *Conversación en la catedral* (1969) de Vargas Llosa: «La pareja de la mesa vecina se levantó y Ambrosio señala a la mujer: ésa era una *polilla*, niño, se pasaba el día en “La Catedral” buscando clientes». El dramaturgo madrileño Santiago Moncada, en su obra *El hombre del Taj Mahal* (1990) hace la siguiente comparación: «Y tú..., tú te acercaste como una *polilla atraída por la luz*».

Como «niño drogadicto», lo encontramos en este texto periodístico boliviano: «“Los cleferos [la *clefa* es ‘una sustancia alucinógena a base de gasolina’] y *polillas* (niños drogadictos de la calle) aprovechan las marchas para saquear nuestras casetas. Ya no les importa ni siquiera robar, sólo destrozan y hacen caer los puestos”, dijo Carmen Castellón, una joven florista. Su rostro demostraba tristeza y desazón» (Los Tiempos, Cochabambinos, «al borde de un ataque de nervios», 04 / 10 / 2000).

En el siguiente texto periodístico chileno, parece tener el sentido de *ratón de biblioteca* («el que lee mucho»): «Esta voluminosa publicación informa de los propietarios de cada casa santiaguina de principios de siglo; nombre y domicilio de senadores, profesores y carteros; tarifas ferroviarias y otros mil datos obsoletos. Perdida en sombrías bibliotecas, es hoy una verdadera delicia para historiadores y *polillas*» (Revista Hoy, 01-07 / 12 / 1997).

El verbo APOLILLARSE («dicho de la polilla: Roer, penetrar o destruir las ropas u otras cosas») tiene varios sentidos metafóricos: «quedarse anticuado, trasnochado»; «dormir» (Bolivia, Paraguay, Argentina y Uruguay); y «quedarse soltera una mujer» (Perú). En *Cámara lenta. Historia de una cara* (1979) del argentino Eduardo Pavlovsky está con el sentido de «dormir»: «Él me esconde la fruta detrás del aparador, él cree que no me doy cuenta, que soy distraído, pero, él otro día me levanté a buscar pan y descubrí que detrás de la lata de aceite había un platito con dos bananas. Primero se morfa [“come”] dos bananas conmigo y después cuando me voy a *apolillar*, se morfa las dos guardadas en el aparador».

También está DESAPOLILLARSE («salir de casa cuando, por enfermedad u otra causa, ha transcurrido mucho tiempo sin salir de ella») de la que no tengo documentación textual.

4.2.255. *Es una ladilla. [pegarse como una ladilla]* La ladilla es un «insecto anopluro» que «vive parásito en las partes vellosas del cuerpo humano» y cuyas «picaduras son muy molestas». El nombre científico es *Pthirus pubis*. En algunos países americanos (Argentina, Cuba, Uruguay y Venezuela), es un vulgarismo que significa «persona o cosa muy fastidiosa» (en el *Diccionario de Americanismos* se amplía el número de países donde se usa: Guatemala, Nicaragua, Paraguay, Puerto Rico, Colombia, Ecuador y Bolivia). En Guatemala, es también «persona hábil». Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Parásito, lapa; persona que se pega a otra para vivir a su costa».

La primera documentación es del xv. Está en un libro de medicina, la *Traducción del Tratado de cirugía de Guido de Cauliaco* (1493): «De la morphea. serpigine sarna comezón aradores o ladillas, *peojos* & de los otros ensuziamientos». Pero ya en una comedia popular del xvi aparece en una larga e increíble lista de insultos (con otros animales: *cochina*, *piojosa*...):

¡Ve en mal ora,
doña golosa, traidora,
tiñosa, suzia, bellaca,
sobacuda, cardadora,
pedorra, tetas de vaca;
nariguda,
tripera, carabaçuda,
ojegazos de cabrón,
patiancha, dentarruda,
quartachos de sopicón!
¡Oh cachonda,
el demonio te cohonda,
sesito de cascabel!
¡Oh cochina, berrionda,
sobacazos de aguamiel!
Piojosa,
¡oh patituerta, potrosa,
montón de çuzias rodillas,
ancas de burra guiñosa, hormiguero de *ladillas*!
(Jaime de Huete, *Comedia Tesorina*, c. 1528)

No es frecuente la metáfora. Está en el peruano Alfredo Bryce Echenique (*La vida exagerada de Martín Romaña*, 1981): «En París se era amigo del Partido y, después de haber sido muy buen amigo del Partido, un tiempo, se podía llegar a ser simpatizante. Era hermoso, era emocionante, y era difícilísimo para mí, porque yo

era un jodido, una *ladilla*, un preguntón, un observador pesimista, un depresivo, un psicoanalizable». También está en la novela *Mirando al tendido* (1991) del venezolano Rodolfo Santan: «Florentino. ¡Eres un perfilero! El niño. Y tú, una *ladilla* con cuernos. Florentino. ¡Perfilero!». Y en el uruguayo Daniel Chavarría (*El rojo en la pluma del loro*, 2001): «la gusana de la madre de Bini, convertida en *ladilla* doméstica». En una ocasión, aparece en un escritor español; es en la novela *La fuente de la edad* (1986) de Luis Mateo Díez: «Aquilino—, no hay mayor oprobio, no lo hay. —El *ladilla* de Melendres —incredó Benuza— y el siniestro chamarilero».

También está la frase coloquial PEGARSE ALGUIEN COMO LADILLA: «arrimarse a otra persona con pesadez y molestándola»; en el *Diccionario de Autoridades* hay una definición más amplia «neciamente y con pesadez, hasta lograr su intento ù desfrutar su conveniencia»; y se cita a López Tamarid, que da la curiosa etimología *lado*, «por criarse muy regularmente en los sobacos», aunque en realidad procede del latín **blatella*, diminutivo de *blatta*, nombre de varios insectos. La frase ya está en *La lozana andaluza* (1605): «Contentele. Negra fue la hora. *Pegóseme como ladilla*. Quísome hablar; no supo».

4.2.256. *Es un piojo**. [*piojoso*] [*piojo blanco**] [*piojo pegadizo*] [*piojo pegado**] [*piojo resucitado*] [*como piojo(s) en costura*] El piojo es un «insecto anopluro... de dos a tres milímetros de largo, que vive parásito en el hombre y en otros animales alimentándose de su sangre». Metafóricamente, según el *Diccionario de americanismos*, es «persona tacaña» (Uruguay); «persona necia e insistente» (Nicaragua); y «persona de muy baja estatura» (Nicaragua, Panamá, Puerto Rico, Bolivia y Argentina).

La palabra procede del latín vulgar PEDUCULUS (en el clásico PEDICULUS, diminutivo de PEDIS). La primera documentación es del siglo XIII: «E pónganles d'ello sobre los logares de los *piojos*, ca esto les guareçerá» (Abraham de Toledo, *Moamín. Libro de los animales que cazan*, 1250). En la novela *La voz dormida* (2002) de la novelista extremeña Dulce Chacón, está la metáfora: «—Siempre se ha creído que es muy fina, pero ésa es un *piojo* puesto de limpio».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *desagradable*, *feo* y *hacionados*.

Piojo genera, con significados metafóricos, un derivado adjetivo (*piojoso*), cuatro compuestos sintagmáticos (*piojo blanco**, *piojo pegadizo**, *piojo pegado** y *piojo resucitado**) y una locución adjetiva (*como piojos en costura*). PIOJOSO tiene un sentido recto («que tiene muchos piojos»), pero también un sentido metafórico: «miserable, mezquino», más moral; y «sucio, harapiento», más físico. Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995).

Se documenta por primera vez en el *Vocabulario español-latino* (1495) de Nebrija: «*Piojento o piojoso*. pediculosus.a.um». Ya tiene en el XVI el sentido negativo y se usa como insulto: «y al llegar donde estava el dicho Alonso Martínez, le quitó

la gorra y la tiró por la plaza, llamándole *piojoso*, vellaco, puerco y otras injurias» (*Documentos de 1524 [Documentos relativos a don Juan de Cervantes]*, 1524). Es ya frecuente en los Siglos de Oro: «El portugués decía que era un *piojoso*, pícaro, desarropado; el catalán me trataba de cobarde y vil» (Francisco de Quevedo y Villegas, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, 1626).

PIOJO BLANCO★, según el *Diccionario de americanismos*, es en Guatemala la «persona rubia o de piel clara».

PIOJO PEGADIZO es la «persona importuna y molesta que no puede alguien apartar de sí».

PIOJO PEGADO★ según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona que vive, se divierte u obtiene algún tipo de beneficio a costa ajena» y la «persona que no tiene relación de parentesco directa con el resto de los que vive» (Cuba) y el «individuo que se presenta en un sitio sin haber sido invitado» (Puerto Rico).

PIOJO RESUCITADO es la «persona de humilde origen, que logra elevarse por malos medios». Se documenta en el XIX: «Por otra parte, Verónica era señora por herencia y no *piojo resucitado*, como lo atestiguaban cien testimonios irrecusables» (José María de Pereda, *Tipos y paisajes*, 1871). Tiene cierto uso en el XX:

—En todo ha de verse cuando una mujer es *piojo resucitado* y no gran señora, porque en el primer caso siempre tiende a mostrarse superior a las otras; y en esto prueba no serlo, pues bien dicen las viejas que tienen la sapiencia de los años: «Dime de lo que presumes y te diré de qué careces». (Terenci Moix, *El arpista ciego. Una fantasía del reinado de Tutankamón*, 2002)

COMO PIOJO(S) EN COSTURA es una locución adverbial que se utiliza «para denotar que se está con mucha estrechez y apretura en un sitio»; no es muy frecuente y está documentada por primera vez en los *Refranes que dizen las viejas tras el fuego* (a. 1454) del Marqués de Santillana: «Assí se mete como *piojo en costura*».

4.2.257. *Es una pulga*. Es un «insecto afaníptero, sin alas, de unos dos milímetros de longitud... parásito del hombre y algunos animales». El nombre científico de la especie más común es *Pulex irritans*. Metafóricamente, es la «persona pequeña» (sentido que no aparece en el diccionario académico). En Guatemala y El Salvador es una «prostituta».

La palabra procede del latín vulgar ★PULICA, del clásico PULICE. La primera documentación está en el anónimo libro sapiencial *Calila e Dimna* (1251): uno de los cuentos se titula «El piojo y la pulga». Cervantes, en *El licenciado Vidriera* (1613), se refiere al animal como modelo de atrevimiento, en una secuencia de insectos molestos: «—¿Qué me queréis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, *atrevidos como pulgas?*», preguntaba el licenciado a los muchachos que le tiraban piedras para comprobar si era de cristal. El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge la expresión «*Hazer de un moskito*

un xigante; [o un] kamello; [o] Hazer de una pulga un kavallero. Es enkarazer i en-grandezer, o akriminar mucho una kosa».

La imagen con el sentido de «hombre pequeño» está en Galdós: «Su mamá entró en el gabinete cuando se despedía el tal Vargas, que era un señor pequeño, *tan pequeño como una pulga*, y parecía que andaba a saltitos» (*La de Bringas*, 1884). Más recientemente, la incluye Isabel Allende en su novela *La Ciudad de las Bestias* (2002): «se acostó solo en un rincón sintiéndose *insignificante*, menos que una *pulga*». También está en la novela del navarro Germán Sánchez Espeso *En las alas de las mariposas* (1985), refiriéndose a unos acróbatas de un circo, en este caso como «persona ágil»: «Hombres de goma, aquellos brincadores, *ágiles como pulgas*, que volaban catapultados por palancas, dando volatines en el aire».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *ágiles*, *atrevidos* y *miserable* y con el verbo *saltar*.

4.2.258. *Es una chicharra*. La chicharra o cigarra es un «insecto hemíptero», pero también es, metafóricamente, un «juguete», «un timbre» y la «persona muy habladora» (también el diccionario académico recoge la frase *hablar como una chicharra*). El *Diccionario de Autoridades* incluía *es una chicharra*: «Phrase familiar, con que se significa, que alguna persona es continuo y desapacible hablador». Según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona que disfruta la vida de una manera despreocupada» (Chile) y la «persona gritona» (Nicaragua).

La palabra procede de *cigarra* (del latín *CICALA*, influida por la onomatopeya *chich*). La primera documentación es de la primera mitad del XVI: «y cantarán apriessa las *chicharras*» (Juan Boscán, *Poesías*, c. 1514-1542). Y pronto se aplica a las personas:

Hay mil poetas *chicharras*
que solo a fuerza de soles
cantan versos españoles
al rüido de guitarras.
(*Letrillas atribuidas a Góngora*, a. 1589-a. 1650)

No es muy frecuente en los *corpora* académicos. Está en *La gaviota* (1849) de Fernán Caballero: «—Don Modesto —dijo esta un día a su huésped—, cuando usted oiga de noche a esta *chicharra de Ramón* desollarnos las orejas con su canto, hágame usted el favor de salir y decirle que se vaya con la música a otra parte»; «Buenos días, mi rui señor —dijo Stein, que al oírla había salido al patio—. —Por vía del rui señor, jehé, ehé, ehé, ehé! —gruñía y tosía Momo—. —¡Rui señor, y es la *chicharra* más cansada que ha criado el estío!». Miguel Hernández, en su drama *Los hijos de la piedra. Drama del monte y sus jornaleros* (1935), pone en boca de varias mujeres maldiciones para el responsable de la huelga de hambre:

Mujer 3.^a ¿Por qué no le saldrá un manojito de víboras al paso?
Mujer 4.^a ¿Por qué *no revienta como la chicharra*?

Aparece también aplicado al timbre. «Sonó la chicharra del *timbre* de la cocina» (Manuel Longares, *Romanticismo*, 2001).

4.2.259. *Es una langosta [rojo como una langosta*]*. La *langosta* es un «insecto ortóptero» que «en ciertas circunstancias se multiplica extraordinariamente, formando espesas nubes que arrasan comarcas enteras» (también un «crustáceo decápodo»). El nombre científico de la especie más común es *Locusta migratoria*. Metafóricamente, es la «cosa o persona que destruye o consume otra». Según el *Diccionario de americanismos*, en Puerto Rico significa «persona con trasero muy voluminoso», en el lenguaje juvenil.

La palabra procede de la variante *lagosta*, que a su vez viene del latín LACUSTA, variante de LOCUSTA. La primera documentación está en *La fazienda de Ultra Mar* (c. 1200) de Almerich: «Dixo Nuestro Sennor a Moysén: “Tiende tu mano a tierra a ver[n]a(s) [‘vendrá’] la *langosta*”. E tendió Moysén. Nuestro Sennor Dios aduxo viento [d]e buchorno todo el día e toda la noch. E vino la *langosta* e cubrió toda la tierra e comió quanto trobó». Pronto se usa con el sentido bíblico negativo: «salió Magón de la prisión e ficaron él y Asdrúbal por sennores en la tierra. E començaron a tenderse por Espanna e a destroyr toda la tierra assí cuemo la *lagosta* destruye todos los frutos» (Alfonso X, *Estoria de Espanna*, c. 1270).

Como «persona que consume todo», está en el teatro de Lucas Fernández:

Pas. Soys milanera y *langosta*
por las tierras donde vays;
miafé todo lo dexáys
agostado a poca costa.
So. ¡Ciego, lleno de malicia!
(*Farsa o quasi comedia... dos pastores e vn soldado e vna pastora*, 1514)

Fray Bartolomé de las Casas caracteriza así a un conquistador avaricioso: «Tomó Gaspar de Morales uno de aquellos españoles que Becerra llevaba por guía... Y los indios y la gente que restaba y que sentían irse Francisco Becerra, creyendo que ya sin haber más españoles podían salirse de los montes seguros, llegaba la *langosta* de Gaspar [de] Morales y prendía y robaba lo que Becerra no había destrozado» (*Historia de las Indias*, c. 1527-1561).

Mucho después, en el XIX, el gran orador Emilio Castelar caracteriza a los sofistas así: «Imaginaos unos hombres sin fe, sin creencias, corrompidos, con el corazón gastado y la inteligencia vacía... hombres nefandos, verdadera *langosta* del mundo moral, que llenan esas épocas de incertidumbre y de duda, tan frecuentes y tan tristes en la historia y tendréis una imagen de la triste edad de los sofistas» (*La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, 1859). Aunque no muy frecuente, está, naturalmente, en Galdós: «Esa maldita mujer, esa Cirila de mil demonios, *más mala que la langosta*, y más ladrona que el robar, esa Iscariota, esa

judía, esa loba con cara de mujer» (*El doctor Centeno*, 1883); «—Ya estoy viendo la nube de parientes con hambre atrasada que van a caer sobre mí *como la langosta*» (*Torquemada en el purgatorio*, 1894); «Desaparecerá, pues, de un soplo la nube de politicastros que *cual langosta* devora toda la riqueza del país» (*Amadeo I*, 1910).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *comer*, *devorar* y *saltar*.

Más reciente, es el uso de la locución adjetiva ROJO COMO UNA LANGOSTA★, que se documenta por primera vez en el relato del venezolano Denzil Romero *Tardía declaración de amor a Seraphine Louis* (1988): «Al rato, lo vi hablando en impecable inglés con una turista gringa, *roja como una langosta* y pasada de kilos. Seguramente, también le ofrecía sus servicios de cicerone».

4.2.260. *Es una cucaracha*. [cucarachón★] La cucaracha es un «insecto ortóptero, nocturno y corredor, de unos tres centímetros de largo... de color negro por encima y rojizo por debajo, las seis patas casi iguales»; «con el cuerpo rojizo» en América. El nombre científico es *Blatta orientalis*. Según el *Diccionario de americanismos*, es «persona que vale poco» (Cuba y Paraguay) y, aunque obsoleto, «persona que tiene mucha habilidad para salir bien librada de situaciones difíciles» (Ecuador). Según el *Diccionario de argot* de Espasa, es «sacerdote, cura». Y explica: «Tanto la sotana del sacerdote como la cucaracha, insecto nocturno, tienen en común el color: negro. Esta similitud permite emplear la denominación del animal para referirse en sentido figurado al sacerdote, con las consiguientes connotaciones negativas, ya que la cucaracha es considerada como un animal repulsivo». También es «militar de graduación, pero sin haber estudiado y asistido a la Academia Militar».

La palabra procede de *cuca*, «oruga de mariposa», en ciertas lenguas con el significado de «bicho, sabandija», de creación expresiva (como *cuco*). La primera documentación está en *Obra agricultura* (1513) de Gabriel Alonso de Herrera: «el vnguento se haze desta manera tomen vna verengena que sea grande... y frían en aquel mismo azeyte vnas *cucarachas* y lombrizes de tierra y vnos gusanos...». Muy pronto aparece con el significado de «persona lista»: «Toribio, mi sastre, que *sabe más que las cucarachas*» (Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la tarde*, 1660), aunque es raro después.

Como «cura», está en otra peculiar novela de Carlos Pérez Merinero *La mano armada* (1986): «La chica, al percatarse de la presencia del *cucaracha* hace intención de levantarse del banquillo...».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *renegridos* y con los verbos *aplastar* y *pisar*.

El CUCARACHÓN★ es, según el *Diccionario de americanismos*, «hombre enamorado» en Venezuela y «persona cobarde» en Cuba. La única cita en los *corpora* académicos es novela *Tardía declaración de amor a Seraphine Louis* (1988) del novelista venezolano Denzil Romero: «Y enfrutacada en su falda pegadita como cosida en el cuerpo...

¡Y el par de tetas! ¡Qué par de tetas las que tiene! Una lindura, pues. He debido fajarme con ella. Sí, he debido fajarme. Y, *cucarachón*, seguir fuñéndola con mi lambelambe, calentándole la oreja, embullándola con mis promesas, ofreciéndole una casa de bahareque».

4.2.261. *Es un grillo*★/*es una grilla*★ [*memoria de grillo*]. Un grillo es un «insecto ortóptero saltador, de unos tres centímetros de largo, color negro rojizo... cuyo macho, cuando está tranquilo, sacude y roza con tal fuerza los élitros, que produce un sonido agudo y monótono». Su nombre científico es *Gryllus campestris*. En el *Diccionario de americanismos*, se recoge *grillo* con el sentido metafórico de «mujer que se va con cualquier hombre» en Cuba y en República Dominicana, donde también significa «mujer fea, desarreglada, de mala clase»; en Venezuela, finalmente, es «persona que consume drogas».

En Colombia (Medellín), *grilla* es la «mujer que actúa o que se ve como una prostituta» (se dice entre mujeres por amistad) y el *grillero* es el «hombre al que le gustan las *grillas*» (*Diccionario para comunicarse con un universitario*, Universidad Nacional de Colombia; Medellín, Antioquia)⁷⁰.

La palabra procede del latín GRILLUS. La primera documentación está en el *Diario del primer viaje de Colón* (1492-1493): «Aves y paxaritos y el cantar de los *grillos* en toda la noche con que se holgavan todos». Con el sentido de «mujer fea» está en la página web *diccionariolibre.com*: «loko, tengo 3 mujeres aquí que están buenísimas te paso a buscar a las 8:00 pm y cuando el individuo aparece resulta ser que anda con 3 *grillos* más feos que el diablo. Eso es un *grillero*» (en Estados Unidos)⁷¹.

MEMORIA DE GRILLOS se aplica a la «persona de poca memoria» (como *memoria de gallo* o *de pez*, frente a *memoria de elefante*). En el *Diccionario de Autoridades*, se definía con elegancia: «apodo con que se zahiere y reprehende al sugeto de poca memoria». La primera documentación está en una carta de Leandro Fernández de Moratín: «daba de lo que se había dicho en el primero. ¡Qué *memoria de grillo*!» (*Carta al Correo de Madrid [Epistolario]*, 1790).

Pepito Grillo es en la película de Walt Disney (1940) la conciencia de Pinocho. Es una adaptación de las novelas *Las aventuras de Pinocho* (1882-1883) de Carlo Collodi.

4.2.262. *Es un tábano*. Es un «insecto díptero..., parecido a la mosca, pero de mayor tamaño, cuya hembra produce picaduras dolorosas». Metafóricamente, es «persona molesta o pesada». Según el *Diccionario de argot* de Espasa, es «gitano»: «por el tono cetrino de su piel».

La palabra procede del latín TABANUS. La primera documentación está en la *Apologética historia sumaria* (1527-1550) de Fray Bartolomé de las Casas: «en las cisternas; las abejas, como es dicho; los *tábanos* o moscas grandes, de caballos muertos». Mucho después y, como suele ser habitual, Galdós acoge la imagen: «Traba-

jo me costó librarme de aquel *tábano* molesto. Salimos juntos, y en la calle pude sacudírmelo, con la patraña de que trabajaría por su reposición. El *tábano* de Licurgo se fue, zumbando de mesa en mesa, hasta llegar a una donde se apiñaba el grupo más ruidoso de la patriotería del barrio» (*La Primera República*, 1911). No es frecuente. Está también en el ensayo *Don Juan* (1994) de Luis María Anson: «Alfonso XIII era demasiado joven y no supo rentabilizar la situación en favor de la Corona. *El tábano cojonero* de escritores y periodistas se hizo insufrible sobre los mismos hocicos de la Monarquía» (el sintagma recuerda *mosca cojonera*). Y en el periódico peruano *Caretas* (Defensor de la Paz, 26/12/1996): «Como es natural, el mayor riesgo de ser el primer Defensor del Pueblo de la vida republicana, es el de constituirse en un predicador ensoberbecido o en un *tábano del poder*, formas ambas que culminarían en la inutilidad».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *listo* y *terco* y con los verbos *atacar*, *hostigar* y *zumar*.

4.2.263. *Es un escarabajo*. Este insecto es un «coleóptero, de antenas con nueve articulaciones terminadas en maza... que busca el estiércol para alimentarse y hacer bolas, dentro de las cuales deposita los huevos». Metafóricamente, es la «persona pequeña de cuerpo y de mala figura», que probablemente procede de la definición de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611): «para decir que algún hombre o mujer es negro y de ruin talle, decimos que es un *escarabajo*». En el *Diccionario de argot* de Espasa, es un «sacerdote»: «El color negro de la sotana permite la creación de estas metáforas con animales (*cucaracha* o *cuervo*), con las consiguientes connotaciones negativas».

La palabra procede del latín vulgar SCARABAIUS. La primera documentación está en la *General Estoria. Primera parte* (c. 1275) de Alfonso X: «Aun dizen otros que scrabones son *escaravajos*, e entiéndalo segund el nombre cadaúno por cual quisiere d'estas animalias». En el libro *De las consideraciones sobre todos los evangelios de la Cuaresma* (1598), Fray Alonso de Cabrera escribe: «y así dice en el salmo 9. Scarabaeus aquilam quaerit: “El *escarabajo* desafía al águila”. ¿Qué será provocar el hombre a Dios?» (una alegoría donde el hombre desempeña el papel de lo pequeño, frente a Dios). Naturalmente lo encontramos, mucho después, en Galdós: «—¡Maldito vejete! —gritó uno de los más cercanos—. ¿Para qué se meterán entre el gentío estos *escarabajos*? ¡Hermano, váyase al hospital!» (*La segunda casaca*, 1876). Recuérdese la conocida escena de Fermín de Pas, oteando Vetusta desde lo alto: «Don Fermín contemplaba la ciudad. Era una presa que le disputaban, pero que acabaría de devorar él solo. ¡Qué! ¿También aquel mezquino imperio habían de arrancarle? No, era suyo. Lo había ganado en buena lid. ¿Para qué eran necios? También al Magistral se le subía la altura a la cabeza; también él *veía a los vetustenses como escarabajos*» (Clarín, *La Regenta*, 1884-1885).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *encogido* y *pequeño* y con el verbo *pernear*.

4.2.264. *Es un caculo(social)*. *Caculo* es, en Puerto Rico, una «especie de escarabajo dañino, cuya larva es blanca, de cabeza negra y gruesa. Vive en la tierra durante tres años, y destroza toda clase de plantas». Metafóricamente, *caculo social* es la «persona que asiste a todas las reuniones sociales que se le presentan». En el *Diccionario de americanismos*, también «automóvil pequeño» (lo mismo que el «escarabajo» de la Wolswagen —el modelo 1500—).

Es, probablemente, una palabra taína. La primera documentación, en los *corpora* académicos, está en el relato «Zúlcar, el paladín cósmico» (*Caleidoscopio*, 2004) de Francisco Font Acevedo: «por primera vez via Bienvenido como desconcertado, con ojos de perro arrepentido; no puede ser, me dije, después de todo el muy *caculo* es blandito por dentro. Con los ojos aguados me pidió perdón»; «Total, una vez se repuso del fracaso me echó a un lado y volvió a ser el mismo *caculo* impenetrable de siempre». En sentido literal, está en el periódico digital de San Juan el *nuevodia.com* (25 / 09 / 2008): «En el sureste de Francia existe la creencia de que se puede predecir la fecha de casamiento de una joven, si esta coloca una mariquita en su mano y cuenta los años a viva voz hasta que el *caculo* vuele» (Rosa Amelia Rivera: «Profetas y adivinos en miniatura»).

En el blog de Gilberto Díaz Rivera⁷², *Hilando palabras*, se incluye este poema:

Capullito marrón
que contra todo tropieza.
Siempre guasón
las noches comienza.

... / ...

Escarabajo le dicen en todo rincón,
pero en mi borinqueña tierra:
caculo, *caculito*; ese es su son.
(Taller de Poesía Infantil,
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. 14 / 05 / 2006)

4.2.265. *Es un mayate*. El *mayate* es un «escarabajo de distintos colores y de vuelo regular» en Honduras y México. Metafóricamente, en este último país, es «hombre homosexual».

Es una palabra del nahua *mayatl*, «escarabajo que vuela». La primera documentación es muy reciente: «las hormigas, los pinacates, las libélulas, los *mayates*, las moscas, los gusanos, las lombrices» (David Martín del Campo, *Las rojas son las carreteras*, 1976). La primera documentación metafórica está en la misma obra: «“Maestro —le digo— hay un problema: da la casualidad de que tu Toña es Toño”. “Ah

puñalón —le dice señalándola con el dedo índice— conque *ya conseguiste tu mayate ¿no?»*. En una página web de México, se puede leer: «En el ambiente gay, *mayate* es normalmente el que viene de Veracruz o también es alguien que sólo se acuesta con hombre lleva una vida heterosexual pero le gusta coger con los cabrones. En el argot no gay, sí es algo insultante»⁷³.

En otra página web, hay más información:

Dentro de este grupo existe una variante a la que se denomina *chacal*, que hace referencia a los mayates de aspecto hipermasculino. El chacal debe mostrar dosis de agresividad, vulgaridad y rudeza que el imaginario social adjudica al tipo supermacho, aunque también es común que aluda a los *mayates* de extracción socioeconómica más baja, casi todos pertenecientes a las colonias populares.

En este entendido, como los *mayates* representan la figura masculina por excelencia del comercio sexual, suelen autodefinirse como heterosexuales o, quizá, como bisexuales, pero nunca como homosexuales.

Una característica de muchos *mayates* es mantener relaciones de pareja con mujeres, ya sea porque responde a su preferencia sexual o por ser una manera de refrendar su virilidad mediante «verdaderas» relaciones amorosas heterosexuales⁷⁴.

4.2.266. *Es un gorgojo*. El gorgojo es un «insecto coleóptero de pequeño tamaño», rasgo que condiciona la segunda acepción, la metafórica: «persona muy pequeña». Este sentido ya está en el *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) de Covarrubias: «Al muchacho que siendo chicuelo y ruin y presume como si fuese hombre, comparándole a una cosa pequeña, decimos que es tamaño como un *gorgojo*». El *Diccionario de Autoridades* lo define así: «se llama también el muchacho pequeño y desmedrado».

La palabra procede de latín vulgar *GURGULIUM (en clásico, GURGULIO). La primera documentación está en el *Cancionero de Baena*: «perdonad, que deseava / non ser omne mas *gorgojo* / ençerrado en una fava, / por non tornar tal antojo» (Alfonso de Villasandino, *Poesías*, 1379-a. 1425). Mucho más tarde está la única documentación con sentido metafórico: «(A mi hijo Vital) ¿Conque tú también, *gorgojo*, quieres que papá te cuente un cuento?» (Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas*, 1891).

4.2.267. *Es la carcoma*. [*carcomer*] La carcoma es el «insecto coleóptero..., cuyas larvas roen y taladran la madera». El nombre científico de la especie más común es *Xestobium rufovillosum*. Metafóricamente, es el «cuidado grave y continuo que mortifica y consume a quien lo tiene» y la «persona o cosa que poco a poco va gastando y consumiendo la hacienda». A veces, se asocia a la *polilla*.

La palabra procede de una lengua prerromana. La primera documentación está en el texto de cetrería *Moamín. Libro de los animales que cazan* (1250) de Abraham de Toledo: «e rásanse mucho en las raýzes de los pescueços, e enmagreçen e tuelen aýna, e las raýzes de las pénnolas fallarlas an assí comidas como *carcoma*, e los logares de la enfermedad ynchados». La imagen ya está en la Biblia: «La muger de

pro es corona de su marido, e *comme carcoma en sus huesos es la mala*» (*Biblia ladina-da* I-i-3, c. 1400). En el siguiente texto de Guevara, aparecen una serie de metáforas bíblicas sobre el pueblo judío:

Lllamaros Esaías heces de Israel y escurriduras de Jacob, tan poca razón tenéis de quexaros dél como la tenéis de mí, pues otro profeta os llamó escoria; otro, *carcoma*; otro, polilla; otro, labrusca [«vid silvestre»]; otro, sentina [«Lugar lleno de inmundicias y mal olor»]; otro, orujo; otro, humo, y aun otro, hollín; de manera que como vosotros no os cansábades de pecar, tampoco cesaban ellos de os motejar. (*Epístolas familiares*, 1521-1543)

A principios del XVII, el riojano Gregorio González, autor no muy conocido, en su novela picaresca, *El guitón Onofre* (1604) ya recordaba que «*la envidia es carcoma del alma*». Quevedo utiliza la metáfora para criticar a los cargos públicos: «Estos malditos, que son *carcoma* doméstica de los Reyes, quieren que sean pozos: Dios manda, que sean fuentes: delito, y castigo será contradecir a Cristo, y obedecer a los soberbios, y vanagloriosos» (*Política de Dios, gobierno de Cristo*, 1626-1635). Imagen repetida en *El cautiverio feliz* (1673) del escritor y militar español, nacido en Chile, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán: «muchedumbre de letrados, jueces y ministros son la *carcoma* y *polilla* de nuestra monarquía cristiana»; «abundancia de jueces y abogados es la *polilla* y *carcoma* de nuestra monarquía cristiana».

Más tarde, está en *La hija del mar* (1859) de Rosaría de Castro: «era de esa especie de hombres, *carcoma* de la sociedad, criminales a quienes todos perdonan, seres que se hacen amar y temer al mismo tiempo». Y tampoco podía faltar en Galdós: «Clérigos y frailes! —Sí —añadió el otro mirando en derredor con cierta zozobra, como si fuera muy grave lo que pensaba decir—. Sí, la *carcoma* de la sociedad. ¡Oh, cuándo será el día!» (*El audaz. Historia de un radical de antaño*, 1871). Finalmente, una dura admonición del ensayista y poeta peruano Manuel González Prada: «La vergüenza del Perú no está en haber sido arrollado y mutilado por Chile... el oprobio y la ignominia vienen de seguir soportando el yugo de tanto orador sin oratoria, de tanto moralizador sin moral, de tanto sabio sin sabiduría. Sí, ustedes son la *carcoma* y el deshonor del Perú, oh barberos y sacamuelas de la Sociología» (*Nuestros legisladores [Horas de lucha]*, 1906).

CARCOMER hereda el sentido metafórico: «consumir poco a poco la salud, la virtud, etc.». Y está en la literatura religiosa del XVI: «Mas, porque este vicio de callada suele perseguir y *carcomer* a muchos, bien sería que te ocupasses en contemplar cuánta falta avrá de embidia e cuán apartada estará de los bienaventurados que acá la vencieren» (Francisco de Osuna, *Segunda parte del Abecedario espiritual*, 1530).

4.2.268. *Es una quera*. La quera es, en algunas zonas de España (Álava y Aragón), el nombre con el que se denomina a la *carcoma*. Metafóricamente, es «hombre pesado y molesto» (en el diccionario académico desde la edición de 1936).

La palabra procede, con evolución fonética de palabra hereditaria, del latín *CARIES*, que ha dado también el tecnicismo médico. La única documentación que hay en los *corpora* académicos está en *Los veintiún libros de los ingenios y máquinas de Juanelo* (a. 1605): «Y lo mismo vemos en las piedras, que sean pulidas o hechas con pulimiento, que mucho más se defienden contra los trabajos y no son consumidas del salitre ni de la *quera* de las piedras o llorín». No tenemos textos con el significado metafórico.

4.2.269. *Es un mangangá*. El mangangá es un «insecto himenóptero de cuerpo grueso y velludo que al volar produce un característico zumbido fuerte y prolongado» en Argentina, Bolivia y Uruguay. Metafóricamente, es la «persona fastidiosa por su continua insistencia».

Es palabra de origen guaraní. La primera documentación está en la *Relación geográfica e histórica de la provincia de Misiones* (1790) del militar y político español Diego de Alvear: «El temperamento no obstante es más cálido y húmedo que lo regular; abunda considerablemente de sabandijas ponzoñosas y molestas, víboras tremendas, culebras, sapos, caimanes, murciélagos, mosquitos, jejenes, tábanos, abispas, *mangangás*, arañas, tarántulas, hormigas, y otra multitud innumerable de insectos que incomodan lo que no es decible». El sentido metafórico está en *Paulino Lucero* (1853) del escritor gauchesco Hilario Ascasubi: «pues sabe la reunión / que en comenzando el patrón / rezonga a lo *mangangá*».

4.2.270. *Es un pololo*. [*pololear*] [*pololeo*★] El *pololo* designa, en Chile, un insecto «que al volar produce un zumbido como el moscardón». Metafóricamente, se aplica al «hombre que sigue o pretende a una mujer» (Chile y Bolivia). Parece que es la misma imagen del *abejorro* o el *moscardón*, o sea «el pretendiente impertinente».

Es una palabra mapuche. La primera documentación, con sentido metafórico, está en *El obsceno pájaro de la noche* (1970) del chileno José Donoso: «... pues Irma, suelta a tu *pololo* no seai sinvergüenza no ves que se prendió la luz». Después, lo encontramos en *La luna era mi tierra* (1982) de Enrique Araya: «Había oído que las niñas regalaban a sus “*pololos*” fotografías, pañuelos, tarjetas de visita, mechones de pelo, etc., y consideraba indispensable, para afianzar mi calidad de pretendiente, el obtener de ella esos objetos».

La palabra, en su uso metafórico, ha dado lugar al verbo *POLOLEAR* «mantener relaciones amorosas de cierto nivel de formalidad» (Bolivia y Chile) y «tratar gentilmente a alguien con el fin de conseguir algo» (Chile). También es, según el *Diccionario de americanismos*, «intentar atraer a alguien a un negocio o actividad» (Chile); recoge este diccionario del derivado verbal *pololeo*★ como «relación amorosa estable, pero no de convivencia» (Bolivia y Chile). En el *Diario de un emigrante* (1958) de Delibes, encontramos las primeras documentaciones del verbo (recuér-

dese que los protagonistas de la novela son una pareja de española, Lorenzo y Anita, emigran a Chile; nótese también la metáfora de *zorra*):

De que me llegué al salón y me topé a un gili *pololeando* a la chavala me subía por las paredes. El huevón dale con que era un churrito y que si tenía plan para la noche. ¡Pucha madre! Le agarré de las solapas y le dije que le iba a arrimar una mano de chuchadas que no le iba a conocer ni la zorra de su madre.

La Anita terminó negra y me salió que a ver si yo podía *pololear* con la tía y ella nada.

En *El obsceno pájaro de la noche* (1970) de José Donoso, está también el verbo: «Si quieres saber la verdad, Cris, lo pasé estupendamente *pololeando* con Humberto»; «—Bueno, es que ustedes han llamado tanto la atención que se fue corriendo la voz que estaban *pololeando* aquí y empezó a entrar gente de la calle para verlos».

El sustantivo postverbal, POLOLEO*, está en este texto periodístico chileno, entrecomillado, lo cual marca su carácter de novedad:

En la polémica sobre «el nuevo *pololeo*» hay muchos que quieren hacer la política del avestruz. Si uno ve a los «lolos» y «lolas» de hoy caminando tomados de la mano besándose en plena calle sin rubor, comprando anticonceptivos casi sin enrojecer, entonces llega a la conclusión de que las cosas no son tan ideales como las plantean tantos lectores que viven un poco en un mundo irreal. (*Revista Hoy*: «El lector tiene la última palabra», 01-07/02/1978)

4.2.271. *Es una nigua**. La nigua es un «insecto afaníptero de América..., parecido a la pulga, pero mucho más pequeño... cuyas hembras fecundadas penetran bajo la piel de los animales y del hombre, principalmente en los pies, y allí depositan la cría, que ocasiona mucha picazón y úlceras graves». Su nombre científico es *Tunga penetrans*. Metafóricamente, es la «persona muy baja de estatura y gorda» (Guatemala) y la «persona llorona o que se queja en exceso» y la «persona cobarde» (El Salvador).

Es una palabra del arahuaco. La primera documentación es el *Sumario de la natural y general historia de las Indias* (1526) de Gonzalo Fernández de Oviedo: «De las *niguas* que se hazen en los pies que son menores que pulgas chiquitas entre cuero y carne...». El único sentido metafórico lo he encontrado en Puerto Rico: «Una vez me encontré con uno que *era más listo que las niguas*. El maldito se quedó calláito en una esquina y por más que yo zumbe una lata, maullé como una gata» (José Luis Ramos Escobar, *El olor del popcorn*, 1993). En el blog *Dialecto boricua*, leemos:

Respecto a las frases que incluyen esta palabra, se encuentra «*irse pisando niguas*», que se refiere al acto de caminar o realizar algo con desgano y sin prisa.

Asimismo, «pegarse como nigua» es buscar alguien insistentemente estar junto a otra persona, lo que también se conoce como «pegarse como lapa».

Por otro lado, «saber más que las niguas» es equivalente a sabérselas todas o saber más que las arañas, según «Los que dicen ¡ay bendito!». El dicho posiblemente provenga de la dificultad de acabar con los insectos a pesar de los remedios, casi siempre caseros, que se aplicaban⁷⁵.

4.2.272. *Es una changa*. La changa es, en Puerto Rico, un «insecto dañino para las plantas». Según el diccionario académico, procede del verbo quechua *chan-gar* («romper, descomponer, destrozar»).

Ser alguien la changa es, en Puerto Rico, «ser muy astuto».

La palabra y la expresión aparecen en el suplemento del diccionario académico de 1970 (la expresión como «persona perversa»). No hay documentación en los *corpora* académicos. En la página web del *Dialecto boricua*⁷⁶: «Otra acepción de la palabra *changa* es insecto dañino de la plantas, mujer coqueta o colilla de cigarrillo».

5 EL BESTIARIO ACUÁTICO

peces de luto, peces ojivales,
peces de firmamento tachonado,
peces cuyos lunares resplandecen,
peces que cruzan como escalofríos.
(*Canto general*, Pablo Neruda)

- 5.1. PECES: *es un besugo*.
- 5.2. CRUSTÁCEOS Y MOLUSCOS: *es una lapa*.
- 5.3. ANFIBIOS: *es un sapo*.

5.1. PECES: ES UN BESUGO

El «pez-Etna», ejemplo de fidelidad conyugal.
Resulta que hay peces capaces también de moderar los impulsos sexuales.
Por ejemplo, el pez-Etna (así es como se llama). Una vez que ha contraído matrimonio
ayuntándose con su compañera a la que considera como una especie de esposa,
no toca a ninguna otra, y no necesita compromisos de fidelidad ni dote...
¡Oh nobles y venerables leyes que los hombres libertinos
no sienten escrúpulos en no obedecer!
(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

5.1.273. <i>pez, peje</i>	5.1.274. <i>pescado*</i>	5.1.275. <i>besugo</i>	5.1.276. <i>piraña</i>
5.1.277. <i>tiburón</i>	5.1.278. <i>marrajo</i> .	5.1.279. <i>merluzo</i>	5.1.280. <i>atún</i>
5.1.281. <i>anguila*</i>	5.1.282. <i>barbo</i>	5.1.283. <i>bacalao*</i>	5.1.284. <i>abadejo*</i>
5.1.285. <i>salmón*</i>	5.1.286. <i>rodaballo</i>	5.1.287. <i>sardina* -no*</i>	5.1.288. <i>trucha*</i>
5.1.289. <i>rémora</i>	5.1.290. <i>pargo*</i>	5.1.291. <i>bagre</i>	5.1.292. <i>guabina</i>
5.1.293. <i>cauque*</i>	5.1.294. <i>guachinango</i>	5.1.295. <i>balajú*</i>	5.1.296. <i>cherná*</i>
5.1.297. <i>corvina*</i>	5.1.298. <i>lorna*</i>	5.1.299. <i>charal</i>	5.1.300. <i>mote</i>

El pez es un «vertebrado acuático, de respiración branquial, generalmente con extremidades en forma de aleta, aptas para la locomoción y sustentación en el agua. La piel, salvo raras excepciones, está protegida por escamas. La forma de reproducción es ovípara en la mayoría de estos animales». Los peces, en general, no gozan de buena fama. En lo físico, la lengua se fija en su carácter «resbaladizo», en su «voracidad», que se traslada al mundo moral, «astucia», «egoísmo». Algunos se utilizan como insultos. En general, tienen un sentido negativo.

Otros peces son la *acedía*, la *anguila*, el *bonito*, la *breca*, la *carpa*, el *cazón*, el *chicharro*, el *congrío*, la *dorada*, la *japuta*, el *jurel*, la *lubina*, la *palometa*, el *rodaballo*, la *tenca*...

Hay nombres de peces que son metáforas animales: *águila* (8.^a), *caballo-caballito de mar*, *cabrilla*, *dragón marino*, *erizo* (5.^a), *gallina de mar*, *gallo* (2.^a), *golondrina* (2.^a), *milano* (3.^a)... También hay nombres de peces metáforas de objetos: *alfanje* (2.^a), *aguja* (20.^a), *candil* (6.^a), *cofre* (3.^a), *rueda* (4.^a), *sable* (3.^a), *serrucho* (2.^a), *tambor* (24.^a)...

El grupo de los peces con significados metafóricos está compuesto por dos genéricos (*pez* [peje] y *pescado*) y veintiséis concretos, de los que diez son americanos. Son *besugo*, *piraña*, *tiburón* (y su hipónimo *marrajo*), *merluzo*, *atún*, *anguila*, *barbo*, *bacalao* o *abadejo*, *salmón*, *rodaballo*, *sardina*, *trucha*, *rémora* y *pargo*. Los americanos son *bagre*, *guabina*, *cauque*, *guachinango*, *balajú*, *cherná*, *corvina*, *lorna*, *charal* y *mote*.

Los significados metafóricos son casi siempre negativos: la «persona delgada» es un *bacalao*, una *sardina*, un *balajú*, una *lorna* o un *charal*; la «persona fea» es un *bagre*; la «persona necia» es un *besugo*, o un *merluzo*, un *atún*, un *salmón* o un *guachinango*; la «persona astuta» es un *peje*, un *marrajo* o una *anguila*; la «persona codiciosa» es una *piraña*; la «persona ambiciosa» es una *piraña*, un *tiburón* o un *bagre*; la «persona cobarde» es una *guabina*. Solo tenemos, como positivo, el *cauque* que es la «persona lista». Una prostituta es un *abadejo* o una *trucha*; el «cliente de una prostituta» es un *pescado*. Un homosexual es un *pargo* o una *cherná*. Un marinero novato es un *mote*.

Son muy polisémicos el *tiburón* y el *bacalao*. Un *tiburón* es la «persona que adquiere de forma solapada un número suficiente de acciones en un banco o mercantil para lograr cierto control sobre ellos» (específica del mundo económico); la «persona ambiciosa que a menudo actúa sin escrúpulos y solapadamente»; un «hombre guapo y mujeriego» en Nicaragua; un «hombre enamorado» y un «patrono exigente y mezquino con sus empleados» en Puerto Rico: un «proxeneta de homosexuales», en el argot. Un *bacalao* es la «persona, especialmente mujer, cuya extrema delgadez le da mal aspecto» (no olvidemos que el bacalao salado es muy delgado), en el Caribe y en Canarias; una «mujer fea», en Panamá, Venezuela y Uruguay; una «muchacha aburrida» y la «persona pesada, molesta, de trato desagradable», en Venezuela; finalmente, la «persona miserable y mezquina» en Chile.

La primera documentación de estos nombres de peces en sentido recto es, en su mayor parte, medieval: solo *marrajo*, *merluzo*, *bacalao*, *abadejo*, *rémora*, *pargo* y *bagre* son de los Siglos de Oro; *guachinango*, del XVIII; y *piraña*, *cauque*, *balajú*, *cherná*, *lorna*, *charal* y *mote*, del XX-XXI. Los significados metafóricos son actuales, excepto *marrajo*, *abadejo*, *trucha* y *pargo* que aparecen en los Siglos de Oro; *atún* y *guachinango*, en el XVIII; y *anguila*, en el XIX. No tenemos documentación de *salmón*, *rodaballo*, *gubina*, *cauque*, *balajú*, *corvina* (sí de *corvinero*) y *mote*.

La única palabra que produce compuestos y fraseología es el genérico *pez*: *pez gordo*, *pez chico*, *estar como pez en el agua*, *por la boca muere el pez*.

5.1.273. *Es un pez* (PEJE) [*pez gordo*] [*pez chico*★] [*memoria de pez*] [*estar como pez en el agua*] [*más frío que la picha de un pez*★] [*por la boca muere el pez*★] [*pez viejo no traga el anzuelo*★] Un pez es un «vertebrado acuático, de respiración branquial, generalmente con extremidades en forma de aleta, aptas para la locomoción y sustentación en el agua». Metafóricamente, con la forma *peje*, es un «hombre astuto, sagaz e industrioso».

La palabra procede del latín *PISCE*. La primera documentación está en el *Lapidario* (c 1250) de Alfonso X, referido a la piedra del mismo nombre: «su uertud es atal, que si la echan en logar en que aya *peces*; ayuntan si todos». La forma *pexe* está documentada por primera vez en el *Fuero de Teruel* (c. 1300): «Mas clamamos cobdales, o sean truchas o baruos, todos aquellos *pexes* que huujeren en luengo, sin coa et sin cabeça, un cobdo del punnyo cerrado». Pervive hasta finales del XVII (y unos pocos casos en el XVIII); a partir del XVI, va usándose *peje*, que acaba imponiéndose.

Recordemos el célebre poema de Quevedo: «érase una alquitara medio viva, érase un *peje* espada mal barbado» (*Poesías*, 1597-1645). Y entra en la composición de diferentes tipos de pez:

... boquipendos, boquituertos, *pejepuerco*, peje emperador, *pejebarbero*, *pejechapin*, rabilirubias, salpajurel, *pejepedro*, pardillos, catalinicas, mediaroba, herreya, rres, macabies, tamboriles, *pejejabon*, *pejebarrilete*, bagres, aradad, bocardes, *pejecaballo*, maracas, corbas, meros, *pejeespada*, tiburones, ballenas... (*Descripción corográfica de algunos lugares de las Indias*, 1610)

Ya en el XIX, nos encontramos con la metáfora, en la novela, *El Bandolerismo. Estudio social y memorias históricas* (1876-1880) de Julián Zugastí y Sáenz: «¡Válgame Dios y cómo retiene usted en la cabeza la historia y nombres de toda la pillería! Sí, señor, conozco a esos últimos que usted me ha citado; el tío Martín; y Bidas, *gran peje*, muy temible y muy nombrado, es de Badolatosa». La forma *peje* llega hasta Galdós: «¡Vaya un pájaro! Venancio. —¡Vaya un *peje*!» (*El abuelo*, 1897).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los verbos *agitarse*, *beber*, *boquear*, *escabullirse*, *moverse*, *nadar* y *saltar*.

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

Pez genera, con significados metafóricos tres compuestos sintagmáticos (*pez chico*★, *pez gordo* y *memoria de pez*), una locución verbal (*estar como pez en el agua*), una locución adjetiva (*más frío que la picha de un pez*★) y dos expresiones (*por la boca muere el pez*★ y *pez viejo no traga el anzuelo*★). PEZ CHICO★ es la «persona poco importante»: «me molestan sobremanera las cosas mal hechas y que si hay un error lo pague el *pez chico*» (*El País*, «Viaje con nosotros», 02 / 08 / 1988).

El PEJE GORDO, o sea «persona de mucha importancia o muy acaudalada», es anterior: ya está en el gran novelista canario: «Mi padre, que sabe mucho y es amigo de los *pejes gordos*, dice que cuando venga la cosa, hay que...» (Galdós, *El doctor Centeno*, 1883). Con la forma normalizada, PEZ GORDO, la primera vez que aparece es en la novela proletaria *Infamias* (c. 1933) de Antonio Jiménez:

Cuando terminamos nuestro trabajo, nos despedimos mi compañero y yo, y al llegar cerca de uno de los almacenes del puerto, dos hombres estaban pegándose. Corrí a separarlos; recibí algunos golpes, pero lo pude lograr. Uno era aquel que iba con aquella mujer. El otro era un *pez gordo* de por allí, de esos que unas veces nos persiguen y otras nos buscan para sus negocios sucios; uno de aquellos a quienes el Estado entrega el dinero del presupuesto para vigilar que no se entre contrabando en el país, y luego...

También está en Mario Vargas Llosa (*La casa verde*, *Conversación en la catedral*). A veces, se mezcla con *pájaro*: «Añade que hay algunos peces gordos que prefieren que cada ciudadano tenga su correspondiente televisor. Supongo que cuando dice *pez gordo* se refiere a algún pájaro del Gobierno» (Javier Tomeo, *La mirada de la muñeca hinchable*, 2003). Es frecuente y es calco del inglés *big fish*: «If you describe someone as a *big fish*, you believe that they are powerful or important in some way» (*Collins Cobuild Advanced Learner's English Dictionary*, 2001).

Y, como conjunción de ambos valores, está la expresión EL PEZ GRANDE SE COME AL PEZ CHICO, expresión de finales del XIX: «—Hermano Pedro Gutiérrez, no sea cabeza dura y déjese de andar al morro con el Cabildo, que *pez chico no come a peje grande*. Aténgase a mi consejo y librará con ventura» (Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas, séptima serie*, 1889).

Una MEMORIA DE PEZ es una «memoria escasa» (como *memoria de gallo* o *de grillo*, frente a *memoria de elefante*). El compuesto sintagmático está documentado por primera vez recientemente, en la novela de Juan González Martínez *El cuarteto del soneto. Una aventura inesperada* (2010): «Claro, Lince! —afirmó Julia—. Lo que pasa es que, como tenéis esa *memoria de pez*, pues nunca os enteráis de nada. Esto mismo que estamos viviendo aquí en vivo y en directo... ¡es lo que estuve un mes enterito explicándoos en clase!».

ESTAR COMO PEZ EN EL AGUA («con comodidad o soltura») está documentada por primera vez en Galdós: «En la casa de huéspedes reinaba silencio gratísimo, en cuyo seno, *como pez en el agua*, la mente prolífica de D. Basilio Andrés de la Caña escribía su centésimo artículo sobre el eterno tema» (*El doctor Centeno*, 1883). Es más frecuente a finales del xx. También aparece alguna vez la construcción contraria: «Es fácil sospechar que Jorge Amado se sienta *como un pez fuera del agua* lejos de su Bahía natal» (Jorge Amado, *ABC*, 05 / 05 / 1989).

En el *Diccionario de argot* de Espasa, se recoge la locución adjetiva, vulgar aunque expresiva, (SER) MÁS FRÍO QUE LA PICHA DE UN PEZ★, «(ser una) persona calculadora y cerebral». También este diccionario recoge PEZ VIEJO NO TRAGA EL ANZUELO★, que expresa que «no es fácil engañar a la persona experimentada», con su variante *pájaro viejo no entra en jaula*★ (antiguamente se cazaba pájaros atrayéndolos con un cebo en el interior de la jaula).

POR LA BOCA MUERE EL PEZ★ es una expresión que señala los problemas que tiene el que habla mucho. Empieza a utilizarse a principios del xix. Está documentada por primera vez en un texto que es reacción a la filosofía; las *Cartas críticas del Filósofo Rancio* (1811) del dominico sevillano Fray Francisco Alvarado: «No creo que es por sí, sino mirando a los filósofos, por lo que teme el señor Argüelles... Sean aquellos filósofos para sí cuanto les dé la gana; y déjennos a nosotros en las tinieblas e ignorancia. *Por la boca muere el pez*: cállense su pico, y la Inquisición será para ellos como si no fuese». Recordemos el título de la obra de Arniches *El amigo Melquiades o Por la boca muere el pez* (1914). Comentan este refrán Pérez Paredes y Sanz Martín (2013: 87).

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge la *El enamorado i el pez, freskos an de ser*.

5.1.274. *Es un pescado*★. [oler a pescado★] Un pescado es un «pez comestible». Metafóricamente, según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona a quien se trata de convencer para que use drogas» y «cliente de prostituta» (Puerto Rico); y «miembro del Partido Demócrata Cristiano» (El Salvador). También es «mujer flaca y fea» en Cuba (Sánchez-Boudy).

La palabra procede del latín *PISCATUS*. La primera documentación está en el *Fuero de Madrid* (a. 1141-1235): «Que en ninguno tiempo del anno non mate ninguno omne *pescado* en fresco, e el que lo fiziere, sea aleuoso e traidor al conceio». No hay documentación de los sentidos metafóricos en los *corpora* académicos. En *El cartero de Neruda* (1986), Antonio Skármeta elabora una comparación curiosa: «Hombre, con esta fiebre *me siento como pescado en la sartén*»

En El Salvador, es el símbolo del Partido Demócrata Cristiano: «se tomó la trascendental decisión de optar por el pescadito por ser el símbolo de los primeros cristianos de nuestra historia»⁷⁷.

El pez está ligado a la homosexualidad: *pargo* (en Venezuela), *trucha*. En la revista *Más corazón* aparece esta información: «A Megan Fox le va tanto la carne como el pescado. Que es bisexual, vamos»⁷⁸.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *flaco*, *frío*, *seco* y *silencioso* y con los verbos *agitar* y *nadar*.

Aunque no está en el diccionario académico, alguna vez se documenta la locución verbal OLER A PESCADO*, en referencia al mal olor del órgano sexual femenino: «El otro día estábamos tocando en el Laboratorio y entró una tía que se llama Mari Carmen, sabes, a la que le había dedicado una canción diciendo que cómo le encantaría follársela y comerle el chocho, aunque *huele a pescado*, y, jo, tío, se la cantó delante de ella gritando con el micrófono entre las piernas, sabes» (José Ángel Mañas, *Historias del Kronen*, 1994).

5.1.275. *Es un besugo*. [diálogo de besugos] [*ya te veo besugo, que tienes el ojo claro*] Es un «pez teleosteo [“con el esqueleto completamente osificado”] de color rosáceo... cuya carne es muy apreciada». El nombre científico de la especie más común es *Pagellus bogaraveo*. Metafóricamente, es «persona torpe o necia».

La palabra tiene un origen incierto: quizá procede del occitano *besu* (c) o *besuque* «bizco», por los ojos abultados de este pez. La primera documentación está en el *Arte cisorio* (1423) de Enrique de Villena: «esta manera que la trucha se cortan el pagel, el *besugo*, el pámpano, el lenguado, la dorada, l'azedía». El sentido figurado «persona torpe o necia» es muy reciente. El diccionario académico lo recoge en su edición de 1983. Celdrán, en su *Inventario de insultos* (1995), aventura el siguiente origen:

Pudo decirse de la vieja costumbre de mirar el ojo del besugo en la pescadería para comprobar su grado de frescura, o si acaso estaba pasado. Lo más probable es que provenga de la locución proverbial: «Ya te veo, *besugo*, que tienes el ojo claro». Con lo que damos a entender que sabemos lo que se propone fulano, por dónde van los tiros de mengano, o de qué pie cojea zutano. Vemos venir al besugo; sabemos de qué va el imbécil de turno.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con el adjetivo *callado* y por el verbo *mirar*.

El compuesto sintagmático DIÁLOGO PARA (DE) BESUGOS («conversación sin coherencia») está documentado a finales del siglo XX: «La azafata levantó la vista y comprobó el número de mi asiento. —No, disculpe —me adelanté, en un intento por evitar en un intento por evitar que *aquel diálogo para besugos* terminara en algo peor» (Juan José Benítez, *Caballo de Troya* 1, 1984).

YA TE VEO BESUGO, QUE TIENES EL OJO CLARO está en la edición de 1770 del diccionario académico (con el sentido de «que se penetra en la intención de uno»)

y se documenta por primera vez en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627) del maestro Correas, con la forma «Kómo te konozko, *besugo*» (en el diccionario académico *te conozco, bacalao*). Ya aparece como insulto en la anónima novela picaresca, atribuida al médico Francisco López de Úbeda, *La pícara Justina*: «—Señor don *besugo estrujado*, no me enfade, que el día que enterré a mi abuela, acabé con sacristanes para todos los días de mi vida».

El primer texto donde está explícito su valor negativo de «persona necia» es de principios del xx: «Claro, al lado de don Olimpio, *que es un besugo*, eres una lumbrera» (Emilio Bobadilla —cubano—, *A fuego lento*, 1903). Y su uso es frecuente en las novelas de la postguerra española, con variantes de construcción sintáctica: «Trae, tú, déjalo aquí mismo. ¿Pero este *pedazo de besugo* en qué estará pensando? —se asomó a la bodega» (Rafael Sánchez Ferlosio, *El Jarama*, 1956); «—¡Buen *besugo* estás hecho! —Cara de tonto ha de tener» (Max Aub, *La gallina ciega. Diario español*, 1971).

La *mirada* (solo una vez) y los *ojos* y la *cara* de besugo son también lugares comunes, pero muy recientemente: «con más galanura, hombre. No con esa *mirada de besugo* y ese aire de... de zangolotino»; «Yo miré el culo. Volvió hacia mí sus *ojos de besugo* más tristes que nunca» (Fernando Fernán Gómez, *El viaje a ninguna parte*, 1985); «no parecía contento, se le notaba en la *cara de besugo* que ponía cuando andaba de mala leche» (Joaquín Leguina, *Tu nombre envenena mis sueños*, 1992).

5.1.276. *Es una piraña*. Es un pez de los ríos de América de Sur, «temido por su gran voracidad». Los nombres científicos de los dos géneros son *Serrasalmus* y *Pygocentrus*. Es, metafóricamente, «ladronzuelo que roba en grupo» (Perú); y «persona acaparadora, codiciosa» (Costa Rica, Cuba y Nicaragua). El *Diccionario de americanismos* amplía esta última acepción a Guatemala, Panamá, Puerto Rico y Bolivia. También añade la acepción «persona astuta, hábil» (Costa Rica y Puerto Rico). Según el *Diccionario de argot* de Espasa, es «policía antidisturbios».

La palabra quizás proviene del guaraní, donde *pirá* significa «pez» y *añá* es un genio del mal, sincretizado con el diablo. Otra interpretación la hace derivar de *pirá* («pez») y de *rai* («diente»); como en guaraní no se repiten sílabas, el compuesto daría *pira'ai*, que, castellanizado, derivaría en *piraña*. La primera documentación está en la novela del paraguayo Augusto Roa Bastos *Hijo de hombre* (1960): «—Un pedacito de cecina. —No sirve para los dorados. Con eso sólo pican las *pirañas*».

A pesar de su mala fama, parece que su ferocidad no es tan evidente:

Las pirañas, en casos raros, pueden atacar a un hombre y dejarlo en los huesos en pocos minutos (aunque, en general, los ataques terminan con pocas pero dolorosas mordeduras después, cuando la persona pega un brinco a su lancha o a la orilla del río).

Las pirañas no sólo habitan en Sudamérica. Desde hace algunos años hay pirañas en algunos ríos de Estados Unidos, pues estos peces han sido exportados como curiosidad para acuarios y algunos dueños, cansados de limpiar peceras malolientes, los liberaron.

A pesar de esto, los casos de ataques de pirañas son muy raros. Hay que agregar, además, que existen varias especies de pirañas y tan sólo un par de ellas son realmente peligrosas. (Enrique Gánem, *Caminitos de plata. 100 cápsulas científicas*, 2001)

En *La ciudad y los perros* (1962), Vargas Llosa establece una semejanza entre el animal y un personaje: «Tenía la boca cerrada, pero su *dentadura de piraña* asomaba entre los labios, blanquísima». Un poco más adelante, la metáfora ya está «cuajada», con una explicación explícita, además, en la novela *Demasiado para Gálvez* (1979) de Jorge Martínez Reverte:

—Bueno, vente de todas formas a las seis. Piensa en quién me podría sacar las notas en tu revista, ¿quieres?

—*Te tenían que haber llamado vampiro en lugar de piraña*. El pececito ése es simpático y sólo ataca cuando te metes en su terreno. Tú, en cambio, le pegas el bocado a uno en cuanto se descuida.

Carlos Fuentes, en su novela *Cristóbal Nonato* (1987), utiliza la metáfora referida a los banqueros: «Ulises, encerrado en su caserón... pensando en cómo vengarse de Robles Chacón, del engendro ese de la Madre y Doctora, de los antiguos rivales financieros que se habían acomodado a la nueva situación, amenazaba con algo más que insultos: —Fui *piraña* y lo volveré a ser!».

Sobre la acepción peruana, referida a los niños, Armando Mendoza Flores, en *La niñez en el Perú* (1994), describe sus vidas:

En repetidas oportunidades, hemos visto en televisión penosas escenas de menores totalmente descuidados, drogándose o asaltando a transeúntes en callejas y plazas oscuras de la gran Lima, son los niños «*pirañas*», su afán de cada día es «trabajar» en lo que se pueda para conseguir una pobre comida, pero sobre todo, para obtener una botella de fuerte licor y terokal u otra droga, para perderse en aliviados sueños que les hagan olvidar lo duro de la jornada del día. El mañana es otro día, pero será igual.

En la revista limeña *Caretas* (18 / 01 / 1996), se puede leer esta noticia: «¿Está dispuesta la Policía a controlar ese fenómeno, intervenir los depósitos clandestinos y por lo pronto reducir el número de raterías y asaltos callejeros de *pirañas* y delincuentes mayores, o necesita ayuda?».

El gran periodista Manuel Leguineche, en *El camino más corto* (1995), utiliza la imagen de una manera muy expresiva: «En la explanada, un enjambre de aduaneros se lanzaba *como pirañas* sobre los equipajes de diez o quince viajeros que nos precedían. Nada escapaba a su atención».

5.1.277. *Es un tiburón*. Es un «pez selacio [“con esqueleto cartilaginoso”] marino... muy voraz». Por lo tanto, también es tiburón la «persona que adquiere de forma solapada un número suficiente de acciones en un banco o mercantil para

lograr cierto control sobre ellos» (específica del mundo económico) y, más general, la «persona ambiciosa que a menudo actúa sin escrúpulos y solapadamente». Según el *Diccionario de americanismos*, es «hombre guapo y mujeriego» (Nicaragua) y «hombre enamorado» y «patrono exigente y mezquino con sus empleados» (Puerto Rico). En el *Diccionario de argot* de Espasa, como «proxeneta de homosexuales», con el ejemplo «Menudo *tiburón* es Pepe, gracias a los dos chavales que trabajan para él, vive como un señor».

La palabra es de origen incierto; «quizá tomado, por conducto del portugués, del tupí *uperú* (o *iperú*), con aglutinación de una *t-* que en este idioma funciona a modo de artículo» (Corominas-Pascual); para Cuervo y Henríquez Ureña procede del arahuaco. La primera documentación está en el *Diario del primer viaje de Colón* (1492-1493): «Mataron los marineros una tonina y un grandísimo *tiburón*, y diz que lo abían bien menester, porque no traían ya de comer sino pan y vino y ajes [“ñame, tubérculo”] de las Indias». Con sentido metafórico de «persona ambiciosa», está en la obra *A fuego lento* (1903) del cubano Emilio Bobadilla:

—¡Lo más cómico del mundo! Figúrense ustedes que se fue a Niza con una vieja austriaca...

—¿Otra vieja? —interrumpió la Presidenta.

—Con una vieja austriaca que conoció en el Grand Hôtel. Cada vez que le daba dinero le hacía firmar un pagaré.

—¡Ja, ja! ¡Qué memo! —exclamó Nicasia.

—Y ella ¡qué *tiburón*! —añadió Alicia—. Así debíamos ser todas las mujeres.

Como «hombre enamorado», está en la novela *Mare nostrum* (1918) de Blasco Ibáñez; Freia replica a su enamorado Ulises Ferragut: «Siga su rumbo, *enamoradizo tiburón*, y déjeme seguir el mío».

En una entrevista al músico Carlos Berlanga (Tiempo, 16 / 07 / 1990), declara: «—Yo prefiero a la gente que es un *tiburón* en su profesión y que intente trepar y que intente ganar espacios, pero porque le gusta lo que hace y porque se lo toma en plan vocacional».

Se aplica al ámbito de las finanzas y al de la política: «En sus ensueños, se veía como un *tiburón* de las finanzas, desplazándose en aviones, helicópteros y yates hasta los confines más remotos» (Samuel Rovinski, *Herencia de sombras*, 1993); «El depresivo de Tufarreta contó cómo a uno de la urbanización, uno que pasaba por ser un *tiburón* de la banca, un listo profesional... le había timado casi medio millón de pesetas con un asunto de alfombras» (Miguel Sánchez-Ostiz, *Un infierno en el jardín*, 1995); «Don Salustiano, arrogante *tiburón* político, ocupó varias veces esa Embajada» (Pedro Ortiz-Armengol, *Aviraneta o la intriga*, 1994).

5.1.278. *Es un marrajo*. Es un «tiburón que alcanza frecuentemente dos o tres metros de longitud. Es animal peligroso y muy abundante en las costas meridio-

nales de España y en las de Marruecos». Su nombre científico es *Isurus oxyrinchus*. Metafóricamente, es el «cauto, astuto, difícil de engañar y que encubre dañada intención».

La palabra, que también significa «cauto, astuto», tiene un origen incierto: «Nada concreto puede asegurarse del origen de un vocablo así, ni siquiera si su sentido primario es como adjetivo o como nombre de pez (de donde se pudo pasar a “terrible” > “sagaz” > “astuto, hipócrita”)» (Corominas-Pascual). La primera documentación es un texto escrito en México, *Relación hecha por el señor Andrés de Tapia, sobre la conquista de México* (1525): «... un pescado que llaman *tiburón*, que es a manera de marrajo».

Como insulto, está en un auto sacramental de José de Valdivielso: «... ¡A romper! Mundo ¿Por dónde? Malicia ¡Por vos, marrajo! Por esso quitaos de bajo, no os echemos a perder.» (*Auto de las ferias del alma*, 1622). Quevedo también lo utiliza en *Cuento de cuentos* (1626): «El padre, que era marrajo, iba y venía en estas cosas». En el teatro de Ramón de la Cruz se refiere a un presunto cornudo: «Yo no sé cómo, siendo tan marrajo, consiente que su mujer tenga cortejo» (*El marido discreto*, 1778). Pero no es muy frecuente.

5.1.279. *Es un merluzo*. La merluza es un «pez teleósteo marino, muypreciado por su carne... y que abunda en las costas de España». Su nombre científico es *Merluccius merluccius*. También es «hombre bobo, tonto», acepción metafórica que entró en el diccionario académico en la edición de 1984. En Cuba, según el *Diccionario de americanismos*, es «persona muy delgada y poco atractiva». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Bobo, incauto, infeliz a quien resulta fácil engañar y sorprender... la merluza tuvo fama adicional de pez voraz y gregario, que cae fácilmente en la red, pescándosele a lo largo de todo el año, por lo que por derivación se dijo que ser un merluzo es tanto como ser ingenuo».

La palabra es de origen incierto: «es posible que el vocablo naciera en Francia como resultado de un cruce entre el francés *merlan* “merluza” y los descendientes del latín *LUCIUS*» (Corominas-Pascual). La primera documentación está en un libro de gastronomía del siglo xvi: «merluza que es pescada cecial [Merluza u otro pescado parecido a ella, secos y curados al aire]» (*Libro de guisados de Ruperto de Nola*, 1529).

Su uso metafórico es de principios del siglo xx: «Chirris...! Ming. —Si se te quedaron las dos *¡so merluzo!* Prós. —Bah!, bah! bah! Por lo que veo, aquí» (Hermilio Alcalde del Río, *Escenas cántabras*, 1914). Después, es bastante frecuente: «Este pobre imbécil se lo ha creído. ¡Valiente merluzo!» (Antonio Díaz-Cañabate, *Historia de una tertulia*, 1952); «Parar un taxi me cuesta Dios y ayuda. *El merluzo del taxista* es de los que le dan a la lengua» (Carlos Pérez Merinero, *Días de guardar*, 1981). En *Caballo de Troya 1* (1984), el prolífico periodista Juan José Benítez pone en boca de un soldado una retahíla de autoinsultos:

El centinela número seis, tras una de aquellas monótonas pausas, pasó su mosquetón al hombro contrario y reanudó el paso. De la forma más tonta, atraído probablemente por el brillo de sus botines, comencé a contar cada una de las zancadas, al tiempo que las hacía coincidir con un impropio, premio a mi probada ineptitud.

«Tres (idiota)... cuatro (imbécil)... siete (necio)... veinte (mentecato)... veintiuno (iluso)».

El soldado se detuvo. Nueva pausa. Giró. Cambió el fusil. Nueva pausa. Y prosiguió su desfile.

«Dos (*merluzo*)... cuatro (burro)... doce (calamidad)... veinte (paranoico)... veintiuno...».

¿Veintiuno? El último insulto fue sustituido por un escalofrío. ¿He contado bien?

5.1.280. *Es un atún*. Es un «pez teleósteo... común en los mares de España...». El nombre científico de la especie más frecuente es *Thunnus thynnus*. Metafóricamente, es el «hombre ignorante y rudo».

La palabra procede del árabe hispánico *attún*, este del árabe clásico *tunn*, y este —a su vez— del griego *θύννος*. Aparece, por primera vez, en el *Libro de buen amor* (1330-1343) del Arcipreste de Hita: «Aý andava el *atún* como un bravo león, fallós con Don Tozino...». Con sentido metafórico, aparece a principios del XVIII, en la obra de Torres Villarroel: «Vuestra merced, señor Pescador, ha echado sus redes por el gran charco de la corte, y sin saber lo que se pesca ha cogido algunos *atunes* (que se crían grandes en Madrid), y estos le han hecho la olla gorda a su fama» (*Correo del otro mundo*, 1725). Con un sentido claro de insulto está, más tarde, en Manuel Bretón de los Herreros: «Su tío don Timoteo es un pedazo de *atún*» (*Marcela o, ¿cuál de los tres?*, 1831). Y, un poco después, en Galdós: «Así, beodo como un *atún*, Marat hablaba del pro-común. ¡Trun, trun, trun!» (*De Oñate a la Granja*, 1876).

5.1.281. *Es una anguila**. Es un «pez teleósteo... sin aletas abdominales, de cuerpo largo, cilíndrico, y que llega a medir un metro». Su nombre científico es *Anguilla anguilla*. Metafóricamente, según el *Diccionario de Americanismos*, en Cuba y Uruguay es «persona astuta, escurridiza» y, en Cuba, «persona en la que no se puede confiar» (no tenemos documentación como metáfora en los *corpora* académicos).

La palabra procede del latín *ANGUILA*. La primera referencia al animal está en Berceo: «ca vedié al sant'omne devoto en sue lucha, / comiendo pan e agua, non *anguila* nin trucha» (*Vida de San Millán de la Cogolla*, c. 1230). La comparación con el animal es tardía y se basa en su carácter escurridizo: «Elina, impulsada por su atrevimiento, protegida por el traje que vestía y aguijada por la impaciencia, se deslizaba como una *anguila* a través de los grupos» (Antonio Barreras, *El espadachín: narración histórica del motín de Madrid en 1766*, 1880). También aparece con el verbo *escurrir(se)*: «Ella por aquí, yo por allá... Yo me *escurría como una anguila*. No me cogía, no» (Galdós, *Fortunata y Jacinta*, 1885-1887). La misma comparación, esta vez con dos adjetivos como punto de partida, está en una carta de Miguel de

Unamuno: «Me dicen que ese gitano del Perchel es *viscoso y escurridizo como una anguila*, pero yo tengo una fuerte mano de vizcaíno y va a oírme cosas muy gordas. Él y sus otros bergamines adláteres» (*A Luis López Ballesteros [Epistolario inédito]*, 1914: 212).

Más adelante, Delibes la utiliza con el significado de «delgadez»: «—Digo yo que sabrá por qué lo dice. ¡Ay, Pepe, si estoy *tan delgada como una anguila!* Cada día que pasa me vuelvo más flaca. ¡Qué sé yo dónde voy a ir a parar...!» (*La mortaja*, 1948-1963).

El escritor y político italiano Carlos Dozzi, en sus famosas *Notte azzurre*, escribió el siguiente aforismo: «Un *sacco* pieno di biscie, in cui c'è una *anguilla* sola: ecco la sorte matrimoniale».

5.1.282. *Es un barbo*. [*hacer alguien el barbo*] Es un «pez de río... de color fusco por el lomo y blanquecino por el vientre». Su nombre científico es *Barbus barbus*. Metafóricamente, es el «que no puede respirar y abre la boca en busca de oxígeno».

La palabra procede del latín *BARBUS*, «llamado por las barbillas que le caracterizan» (Corominas-Pascual). La primera documentación está en el *Fuero de Madrid* (1141-1235): «De los *barbos* fagan II baruos libra». La única documentación que he encontrado con sentido metafórico está en la novela de Rosa Montero *Amado Amo* (1988): «¿no andaban todos *boqueantes como barbos* sin suficiente oxígeno?». De ese sentido procede la frase *hacer alguien el barbo* que es «abrir la boca y gesticular alguien en un coro, fingiendo cantar». En la novela *Todas las mujeres* (1989) del aragonés José María Conget, leemos: «mi corazón boqueaba *como un barbo* fuera del agua».

5.1.283. *Es un bacalao** [*andar con el bacalao a cuestras**] [*te conozco, bacalao*] El *bacalao* es un «pez teleosteo... con tres aletas dorsales y dos anales, y una barbilla en la sínfisis de la mandíbula inferior». Su nombre científico es *Gadus morhua*. Aunque el diccionario académico no recoge ningún sentido figurado, aparece con una rica polisemia en el *Diccionario de americanismos*. En los países del Caribe y en Canarias es «persona, especialmente mujer, cuya extrema delgadez le da mal aspecto» (no olvidemos que el bacalao salado es muy delgado); en Panamá, Venezuela y Uruguay es «mujer fea»; en Venezuela, también «muchacha aburrida» y «persona pesada, molesta, de trato desagradable»; finalmente, en Chile, «persona miserable y mezquina».

La palabra es de origen incierto; quizás del gascón *cabilhau*, derivado de *cap* «cabeza». La primera documentación está en el anónimo *Viaje a la Tercera, hecho por el comendador de Chaste* (1583): «comían bizcocho elaborado en Milán hacía cuatro años, duro como piedra y lleno de gusanos, y *bacalao* igualmente podrido». Parece que Galdós la utiliza como «delgado»: «—Sí, pero mi presbítero es un cura apreciableísimo, un santo varón... Como que ayuna todos los días. —Ya... será un *baca-*

lao ese padre Rubín» (*Fortunata y Jacinta*, 1885–1887). Con el sentido de «fea», está en la novela *La vida nueva de Pedrito de Andía* (1956) del fundador de la Falange Española Rafael Sánchez Mazas: «Otra cosa que no la podía soportar don Agustín era miss Bennet... Se volvió ya sólo la señora de compañía de doña Magdalena, que le regalaba muchos trajes y hasta abrigos de pieles. Miss Bennet así presumía, aunque es un *bacalao*, de elegante y de guapa hasta lo inaguantable».

ANDAR CON EL BACALAO A CUESTAS★, en Cuba, «se dice del hombre que está casado o tiene una novia o una hermana muy fea y anda con ella» (Sánchez-Boudy).

La última edición del diccionario académico recoge la expresión TE CONOZCO, BACALAO que se utiliza para «indicar que se conocen las intenciones o el modo de actuar de alguien» (ya hemos visto la variante con *besugo*), que no está documentada en los *corpora* académicos.

5.1.284. *Es un abadejo*★. Es un sinónimo de *bacalao* (quizás derivado de *abad*). Su nombre científico es *Gadus pollachius*. En el lenguaje de germanía, es «prostituta de poca categoría, de poca ganancia» (*Léxico del marginalismo*).

La palabra es el diminutivo de *abad*: «quizá se explique por el consumo de bacalao que hacían los conventos, pero entonces esperaríamos más bien un sufijo de adjetivo que de diminutivo» (Corominas-Pascual). La primera documentación está en los *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589) de Juan de Pineda: «porque uno ha menester media libra de trucha, y no dos libras de *abadejo*». Hay que recordar el texto del Quijote, cuando el caballero llega a la venta: «A dicha, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman *abadejo*, y en Andalucía *bacallao*, y en otras partes *curadillo*, y en otras *truchuela*» (Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 1605).

Está en uno de los «bailes de Quevedo», con una amplia variedad de metáforas marinas.

En el mar de la Corte,
en los golfos de chanzas,
...
es menester gran cuenta,
porque a veces se atascan
en enaguas y ovas
nadadores de fama.
Tiburón afeitado
anda por esas plazas,
...
Acuéstanse lampreas,
sirenas se levantan;

son mero en el estrado,
son mielgas en la cama,
ya congrio con guedejas,
delfín con arracadas,
que pronostican siempre
al dinero borrascas.
Veréis unas atunes
cargadas de oro y plata,
con mantos de soplillo,
vendiendo las ijadas.
Tapadas de medio ojo
cada punto se hallan,

abadejos mujeres,
arremedando caras.
El rico es el bonito,
el pobre es la pescada,
las truchas son las hijas,
las madres son las carpas.
Merluzas son las lindas,
y por salmón se pagan;

comedlas como pulpos:
azote son su salsa.
Ballenas gordiviejas,
corto cuello y gran panza,
muchachuelos sardinas
de ciento en ciento tragan.
(*Bailes*, 1615-a. 1645)

5.1.285. *Es un salmón*★. El salmón es un «pez teleósteo de hasta metro y medio de longitud... cuya carne, rojiza y sabrosa, es muy apreciada». Su nombre científico es *Salmo salar*. En Puerto Rico, según del *Diccionario de americanismos*, es la «persona tonta, torpe, estúpida» (sin documentación en los *corpora* académicos).

La palabra procede del latín SALMO. La primera documentación está en el *Libro de buen amor* (1330-1343) de Hita: «En el día del lunes, por tu sobervia mucha, / conbrás [“comerás”] de las arvejas mas *salmón* nin trucha».

5.1.286. *Es un rodaballo*. Un rodaballo es un «pez teleósteo... de carne muy apreciada, de unos 80 cm de largo... con cuerpo aplanado, asimétrico, ojos en el lado izquierdo...». Los nombres científicos de las especies más comunes son *Psetta maxima* y *Zeugopterus punctatus*. Metafóricamente, un «hombre taimado y astuto». Curiosamente, en un pescado delicioso y cada vez mejor considerado. No hay documentación de este sentido en los *corpora* académicos.

La palabra es de origen incierto, «quizá del céltico ★ROTOBALLOS, “el de cuerpo redondo”» (Corominas-Pascual). La primera documentación está en el listado de las materias primas adecuadas para la buena cocina en el *Arte cisoría* (1423) de Enrique de Villena: «De los pescados: vallas, pez mular, solrayo, aguja paladar, mero, congrio, morena, pescada, *rodaballo*...». El periodista vasco Pedro Mourlane Michelena, en su *Miscelánea de cosas memorables de los gastrónomos* (1936), cita del pescado que hizo Grimod de la Reynière, el célebre escritor culinario francés: «Por su belleza es el faisán de mar, por su majestuosa amplitud, es el rey de la cuaresma. Se sirve ordinariamente en media salsa. Posee la simplicidad del héroe como posee la prestancia, y toda clase de aderezo le ofende más que le honra».

En el periódico digital boliviano la *opinion.com*, aparece el siguiente texto en la información titulada «El ciudadano Grass, prototipo del intelectual incómodo»: «“El rodaballo”. Una novela de trama simple y complicada a la vez, que gira en torno a las desventuras de uno de estos peces pleurinctiformes sometido a juicio por un tribunal feminista. Pobre rodaballo. Un rodaballo, de todas formas, muy particular, que por supuesto responde a la definición ictiológica que ofrece el Diccionario, pero al que le viene pintiparada la segunda acepción: hombre astuto y taimado»⁷⁹.

5.1.287. *Es una sardina** / *es un sardino**. Es un «pez teleósteo marino..., de doce a quince centímetros de largo, parecido al arenque, pero de carne más delicada». El diccionario académico, que en la definición se refiere al arenque como si fuera más conocido que la sardina, no recoge ningún significado metafórico. Según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona muy delgada» (Cuba): como adjetivo (también con la forma *sardino*), es «persona joven» (Colombia).

La palabra procede del latín *SARDINA*. La primera documentación es un texto legal del XIII: «139 Sporta grossa de *sardina*, donet II denarios» (*Jaime I reglamenta la leuda de Tortosa [Aranceles aduaneros]*, 1252). En las tradiciones religiosas, *El entierro de la sardina* representa el final de la abstinencia carnal (Carnestolendas: «la vuelta de la carne»). Forma parte de expresiones como *la última sardina de la banasta*, *estar como sardinas en lata* y del refranero (*arrimar el ascua a su sardina*).

Como «persona joven», está en el libro *El origen y destino de las especies: de la fauna masculina paísa* (2009) de Anónima —Anabel— Torres (con título también de metáfora animal): «Por desgracia las sardinas, abundantes en nuestro medio, no son una especie protegida. La temporada de caza está abierta todo el año y las mamás, *sardinas que fuimos hace tiempo*, ya en el ocaso de la revolución sexual, no les podemos decir ni pío. Nada raro entre la especie sardina: ¡más raro sería que sí pudiéramos!».

La expresión COMO SARDINAS (EN LATA O EN BANASTA) es «con muchas apreturas o estrecheces, por la gran cantidad de gente reunida en un lugar». La primera documentación es del XVII: «porque las cárceles están llenas de ellos *como sardinas en banasta*» (Jerónimo de Barrionuevo, *Avisos*, 1654-1658).

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge entre otros los siguientes: «*la sardina en la llama, i la moza en la kama*»; «*más vale ser kola de sardina ke kabeza de bívora*, kontra el otro. Más vale ser tenido por nezio ke ser porfiado»; y, finalmente, «*La muxer i la sardina, de rostros en la zeniza*». Este último lo explica el *Diccionario de Autoridades* de una forma tétrica y no precisamente feminista: «*La muger y la sardina de rostros en la ceniza...* que advierte à las mugeres la aplicación que deben tener à las ocupaciones domésticas propias suyas (Latín *puchrior illa domi, quae solete nidore culinae foemina*, *queque dapum tempert ipsa modos*)». También está en el Refranero, *la mujer y la sardina, pequeñas*.

5.1.288. *Es una trucha**. La trucha es un «pez teleósteo de agua dulce...». El nombre científico de la trucha común es *Salmo trutta fario*. En el lenguaje de germanía, es «prostituta de calidad y probablemente muy joven; por oposición a *abadejo* y *gusapara*» (*Léxico del marginalismo*).

Los siguientes significados metafóricos parece que no tienen que ver nada con el pez. En Argentina y Bolivia es «persona astuta y pícara», pero parece que deriva de *truchimán*, procedente del árabe, como «intérprete» que derivó a «persona sagaz

y astuta, poco escrupulosa en su proceder». Quizás esa sea la precedencia también del argentinismo *trucho*, «falso». Quizás también esté en relación con esa palabra el valor de «persona lista, hábil» que recoge el *Diccionario de americanismos* como propio de México y El Salvador (en el diccionario académico se recoge la expresión *ser una trucha*, o *muy trucha*) y la de «persona, que no tiene la suficiente capacitación para ejercer el cargo que ostenta o para realizar las tareas que tiene encomendadas» (Bolivia y Argentina).

La palabra procede del latín tardío TRUCTA, y este del griego τρώκτης, propiamente, «tragona». La primera documentación está en el *Fuero de Soria* (c. 1196): «Ninguno non sea osado de pescar *truchas* del día de sant Mjguell fasta mediado março».

Como «prostituta», está en *La Lozana Andaluza* (1528) de Francisco Delicado:

Sieteconicos ¿Quién está arriba? ¿Hay putas?
Lozana Sí, mas mira que está allí una que presume.
Sieteconicos ¿Quién es? ¿La de Toro? Pues razón tiene, puta de Toro y *trucha* de Duero.

Después, está en *El burlador de Sevilla y Convidado de Piedra* (c. 1613-1617) de Tirso de Molina, con el sentido de «joven»:

Don Juan. ¿Julia, la del Candilejo?
Mota. Ya con sus afeites lucha.
Don Juan. ¡Véndese siempre por *trucha*!

En *La vida y hechos de Estebanillo González* (1646) está la siguiente comparación: «Mas presto me consolé, por verla entrar por la puerta pálida como un madroño, *flaca como una trucha*, y con más papada que un canónigo». Aparece también en el juego de palabras *como la trucha al trucho*, en respuesta a la afirmación *Te quiero mucho*, que no recoge el diccionario académico y que se documenta por primera vez en Galdós.

Conque me lo dices, ¿sí o no? Leonor, Leonor, te lo pido por lo que más ames. Hazme el favor de no mirarte tanto las uñas, y habla claro. ¿Verdad que me lo vas a decir... a mí, pichona, monina, a mí que te quiero mucho...?

Empezó tomándolo a broma. *Como la trucha al trucho*. Chalaíto por mí... ¡Ay!, ¡qué resalao es mi peine, y qué bonitos ojos tiene! (*La incógnita*, 1888-1889)

El maestro Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), recoge el siguiente: «La muxer i la *trucha*, por la boka se prende, toma i achucha».

5.1.289. *Es una rémora*. La rémora es un «pez teleósteo marino, de unos 40 cm de largo..., y encima de la cabeza un disco oval... con el cual hace el vacío

para adherirse fuertemente a los objetos flotantes». En la anterior edición, el diccionario académico anotaba lo siguiente: «Los antiguos le atribuían la propiedad de detener las naves». El nombre científico de la especie más frecuente es *Echeneis naucratis*. Metafóricamente, es «cosa que detiene, embarga o suspende» (que también se aplica a las personas).

La palabra procede del latín REMORA. La primera documentación es de finales del siglo XVI: «No quiso que la nao libre y señora / sin miedo sobre el mar sus velas abra, / más que temiese al chico *pez remora*», en *Las lágrimas de Angélica* (1586) del poeta y médico andaluz Luis Barahona de Soto. Covarrubias da, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), una considerable atención a este término: «Es un pez pequeño... que si se opone al curso de la galera o de otro vagel le detiene, sin que sea bastante remos ni viento a moverle. Para señalar la causa... no hallan razón natural».

Aunque más frecuente referida a cosas, ha tenido la metáfora cierto uso para personas: «Los primeros datos sobre mercedes resultan en la época de Carlos I de Castilla, en esa época en que lanzados de las Cortes la nobleza y el clero, con el apoyo del estado llano, fue este *ré mora* del poder Real, quien planteó el sistema de corrupción que se llevó hasta los últimos límites en los reinados sucesivos» (*Cortes de Madrid* [parece texto descriptivo del documento, publicado en 1903], 1551); «Doña Luz es *ré mora* de mi albedrío» (Leandro Fernández de Moratín, *Advertencia y notas a La comedia nueva*, c. 1825-1828); «Esa multitud egoísta, *ré mora* de todo pensamiento útil» (Concepción Arenal, *La cuestión social*, 1880). El término sigue en vigor y califica tanto a personas como a situaciones y cosas.

5.1.290. *Es un pargo*★ (*prago*) [*pargo barato*★] [*pargo de mucho merenguito*★] [*pargo estérico*★] [*pargo macera*★] El pargo es un «pez teleosteo..., común en los mares de España, muy semejante al paje». Su nombre científico es *Sparus pagrus*. Según el *Diccionario de americanismos*, en Venezuela es «hombre homosexual o afeinado» (también en Cuba —Santisteban—, como *cangrejo*, *ganso*, *pájaro*, *pato* y *yegua*). En Puerto Rico, *pargo barato* es el «cliente de prostituta que no paga bien»; mientras que el *pargo de mucho merenguito* es el «cliente de prostituta que paga espléndidamente»; el *pargo estérico*, el «cliente que sale siempre con la misma prostituta» y el *pargo macera* el «cliente de prostituta tacaño».

La palabra procede del latín PAGRUS y este del gr. *φάγρος*, pez de la familia de los sargos y doradas. La primera documentación está en el *Sumario de la natural y general historia de las Indias* (1526) de Gonzalo Fernández de Oviedo: «en la mar, assimismo, se toman algunos de los de suso nombrados, y palometas, y azedías, y *pargos*, e liças, e pulpos, y doradas».

En el sentido metafórico, lo encontramos en la obra *La Quinta Dayana* (2006) del dramaturgo colombiano Elio Palencia: «¡Ese marico! ¡*Pargo*, parcha, parchita, pato, argolla, pedazo de perverso! ¡Que ya casi es mujer 'mujer'! ¡Por eso: ni

muchacho es persona, ni mujer es gentel!». Está, también, en la página web *noticias24*, en un comentario a la noticia: «qué pena Moreno, no te debería dar vergüenza salir del closet [“armario”] porque tú eres un *pargo acomplejado*»⁸⁰.

5.1.291. *Es un bagre*. El bagre es un «pez teleósteo comestible, de hasta 80 cm de longitud, abundante en la mayor parte de los ríos de América...». Los nombres científicos de las especies más comunes son *Ictalurus punctatus* y *Rhamdia queleni*. Metafóricamente, en muchos países americanos es «persona muy fea»; y «persona muy lista y escurridiza» (Honduras). Según el *Diccionario de americanismos*, es «persona malvada o sinvergüenza» (Guatemala y Nicaragua).

Corominas-Pascual (que lo documentan *h.* 1545 en una relación de Michoacán) piensan que es un mozarabismo, quizás procedente del latín *PAGRUS* («especie de pagel», a su vez procedente del griego), que después pasaría al catalán y a Hispanoamérica. En catalán hay *bagra* y en árabe *bágar*, procedentes ambos del latín. Apuntan que no es probable que sea palabra del Paraguay como aparece en el apéndice de Oviedo: «fue un hecho común el dar a los animales americanos nombres de especies europeas distintas, que los recordaban en algún modo». La primera referencia está en la *Historia general y natural de las Indias* (1557) de Gonzalo Fernández de Oviedo: «pescados se tomaron en veces, así como albures, *bagres*, centollas, besuguillos de palmo».

En los *corpora* académicos, solo tenemos un texto que parece que recoge este sentido es *La luciérnaga* (1932) del mexicano Mariano Azuela, en el que *bagre* se alía con *tiburón* y *lagarto* para formar una acumulación de metáforas negativas en torno a la codicia:

Y fue su intuición la que lo puso en el camino. Porque él, que jamás habría dejado su categoría de *bagre* en el raudal de la codicia metropolitana, buscó el arrimo de un *tiburón* que lo convirtiera en *lagarto*. Mejor dicho, de una *tiburona*. Si alguien le pregunta por qué se asoció con la Generala, responderá convencido y convincente: «porque sí».

En la novela *No pertenezco a este siglo* (1995) de la panameña Roda M.^a Britton, aparece como una «mujer fría» (sentido no recogido en los diccionarios): «Esa doncella que desposó José Hilario es fría como un *bagre*, Madame. Bonita sí; pero demasiado flaca para mi gusto».

5.1.292. *Es una guabina*. La guabina es un «pez de río, de carne suave y gustosa...». Como en el caso de otros peces americanos (*guachinango*...), no disponemos de mucha documentación y es recogido muy tarde en el diccionario académico (1925). En Cuba donde, según del diccionario académico, curiosamente no está el pez tiene dos significados metafóricos: «persona que, interesadamente y con frecuencia, cambia de parecer o de filiación política, o que se abstiene de tomar partido» (ya en el suplemento de 1970) y «persona cobarde»

(que entra en la edición actual; en Santisteban también, *cucaracha* y *hutía*). En Puerto Rico donde, según el diccionario académico, tampoco está el pez genera la frase hecha, que al carácter escurridizo de cualquier pez: *más resbaloso que la guabina*★, que se aplica a la persona que es «hábil para salir airosa de cualquier situación» o al hombre «que rehúye el matrimonio». Según el *Diccionario de americanismos*, es la «persona que evade una responsabilidad o no enfrenta una situación» (Venezuela). No hay documentación de estos sentidos en los *corpora* académicos.

La palabra procede del taíno. Se documenta por primera vez en la *Apologética historia sumaria* (1550) de Casas, en una enumeración de peces: «Hay otros que llaman *guabinas* (la media sílaba breve), las cuales tienen cuasi el parecer de truchas en la escama».

5.1.293. *Es un cauque*★. El *cauque* la palabra con la que en Chile se denomina a un «pejerrey [“pez teleósteo... comestible, de pequeño tamaño”] grande». Su nombre científico es *Atherina caucus*. Metafóricamente, es «persona lista y viva», acepción que desaparece en la última edición del diccionario académico. En el *Diccionario histórico* de 1936 aparecen las siguientes referencias: «*Cauque*. Persona lista y viva como el pejerrey, y al contrario, persona torpe y desmazalada, que por poco tino o malicia cae en un fraude o engaño, a semejanza del cauque, que se deja pescar» (Román, *Diccionario de Chile*) y «persona torpe y desmañada»: «Cayó un *cauque*, cayó un zorzal, se dice cuando un incauto o tonto ha caído en una trampa» (Lenz, *Vocabulario de Chile*). No he encontrado documentación textual de este sentido metafórico.

Es una palabra que procede del mapuche. La primera documentación del nombre del pez es de principios del XIX: «vi muchas hormigas. Todos los ríos tienen *cauques*, lisas, truchas y pochás» (Luis de la Cruz —chileno—, *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden los Andes*, a. 1828).

5.1.294. *Es un guachinango*. En Cuba y México es «pez comestible marino, de cuerpo y aletas de color rojizo». Su nombre científico es *Lutjanus campechanus*. Metafóricamente, es «persona sencilla y de carácter apacible» (Cuba) y «burlón» y «astuto, zalamero» (Puerto Rico). El *Diccionario de americanismos* añade un significado en Puerto Rico: «persona, tonta, idiota, inútil».

Es palabra que procede del nahua. En el siglo XVIII aparece por primera vez como referencia (parece) a los mexicanos, valor solo recogido en el diccionario académico en la edición de 1925 y desaparecido después: «esta última clase es de gente sencilla y labradores, que no están acostumbrados al comercio y trato con españoles y *guachinangos*, ni con sangleyes y mestizos...» (Juan José Delgado, *Historia general sacro-profana, política y natural de las islas Filipinas*, c. 1754). En la misma obra, se explica el significado de la palabra: «La prueba real y evidente de esta verdad no

la muestra cada día la experiencia de algunos españoles, así europeos como mexicanos, *guachinangos* que llamamos en esta tierra».

La única que se refiere al pez es, curiosamente, un texto gastronómico argentino: «en la carta de este pintoresco restaurante leo: *guachinango* a la Veracruzana» (Lila Bonfiglioli de Wehberg, *El arte de sazonar con hierbas y especias*, 1990). La cronología de las documentaciones no parece muy lógica: aparece antes este valor «presuntamente» metafórico y, además, no recogido en los diccionarios.

5.1.295. *Es un balajú*★. Con la forma *balaou* y como propio de Puerto Rico, en el *Diccionario de americanismos* se define como un «pez de hasta 45 cm de longitud, cilíndrico, delgado y muy espinoso, con diferentes modalidades de azul; es comestible» (un pequeño pez plateado que se usa como cebo). Metafóricamente, es la «persona muy delgada».

La palabra procede del arahuaco. La única documentación en los *corpora* académicos está en *Falsas crónicas del sur* (1991) de la escritora puertorriqueña Ana Lydia Vega: «Los hombres amueblaban el vacío del tiempo con una infinidad de pequeños quehaceres que aseguraban la continuidad de la vida. Seguían levantándose al amanecer, sumergiendo las redes para agarrar *balajúes* que luego guisarían y pisarían con funche [“especie de gachas de harina de maíz”]». No he encontrado documentación textual de este sentido metafórico.

5.1.296. *Es una cherna*★. En el diccionario académico se recoge como sinónimo de *mero*, al que remite. En el *Diccionario de Autoridades*, «pescado de mar del tamaño de un salmón; pero más ancho. Es mui común en Andalucía». Según el *Diccionario de americanismos*, es en Panamá, Cuba, Puerto Rico y Ecuador, un «pez marino de hasta 3 m de longitud». Metafóricamente, en Cuba es «homosexual».

La palabra procede del mozárabe ČERNIYA, este del bajo latín ACERN[I]A, y este del bajo griego ἄχερνα. La primera documentación está en *La cocina española antigua y moderna* (1913) de Emilia Pardo Bazán: «Mero o *chern*a a lo caimanero». En el blog *enesteladodelarcoiris*, en la entrada «Homofobia lingüística», leemos: «Para Cuba la situación no difiere mucho. Empieza en maricón y continúa en mariconaza, pájaro, pájara, pajarito, *chern*a, invertido, ganso, loca, pato, mamador, bugarrón (hombre de apariencia muy masculina que penetra), partido, del otro bando, bajito de sal, yegua. En el caso de las mujeres, se les dice tortillera, invertida y pan con pan»⁸¹.

5.1.297. *Es una corvina*★. [*corvinero*★] La corvina es un «pez teleósteo marino... de unos 50 cm de largo..., boca con muchos dientes». Su nombre científico es *Agyrosomus regius* (la especie más abundante, en el Mediterráneo). En América es otro pez: *Sciaenidae*, *Odontoscion dentex*. Según el *Diccionario de americanismos*, en Ecuador es, metafóricamente, la «víctima de un homicidio».

La palabra procede del latín *CORVINUS*. La primera documentación está en el *Cancionero de Baena*, como pescado de calidad: «Señor, yo comí salmón *ecorvina* / e otros pescados de grant gentileza, / empero sepades que pez de vileza / nunca jamás entró en mi cocina» (Alfonso de Baena, *Poesías*, 1406-a. 1435). No tenemos documentación en los *corpora* académicos del sentido metafórico. Según el *Diccionario de americanismos*, *CORVINERO** es el «matón, asesino» (Perú). En la web del profesor y escritor peruano Maynor Freyre, en su colección de cuentos, *36 Estampas sin bendecir* (2005), aparece el siguiente texto: «Los avezados delincuentes resultaron ser no otra cosa que homicidas pasionales a los que motejaban de “*corvineros*” y algunos rateros despistados que habían chocado con casas o vehículos de gente enquistada en el poder»⁸².

5.1.298. *Es un lorna**. Según el *Diccionario de americanismos*, es «un pez de hasta 46 cm. de longitud...». El nombre científico es *Sciaena*. Metafóricamente, es la «persona que es objeto de burla por su ingenuidad o timidez» (Perú).

En el blog de Iván Loyola, podemos leer: «“Ay hija, qué voy a comer *lorna*” es algo que se escucha por todos lados y muy probablemente de gente que nunca la probó pero escuchó el dictamen desfavorable y lo repite. Lo cierto es que la *lorna*, de nombre científico *Sciaena* deliciosa, es justamente eso, deliciosa»⁸³. En el blog de la periodista peruana Lucero Chávez, escribe un «Manual para ser *lorna*»: «¿Qué significan estas cinco letras en el diccionario urbano limeño? (en otros países lo dicen?). “Es una vaina más o mierda, así: *Lorna*: dicese de una persona reverendamente estúpida sonsa, con poco criterio e imaginación, quedada y fundamentalmente imbécil sin capacidad de lograr entretención. (O sea, aburrido pe)”»⁸⁴.

5.1.299. *Es un charal*. El charal es un «pez teleósteo, fisóstomo, muy comprimido, de unos cinco centímetros de longitud, lleno de espinas, y de color plateado, que se cría con abundancia en las lagunas del Estado de Michoacán, en México, y, curado al sol, es artículo de comercio bastante importante». Su nombre científico es *Chirotoma jordani*. Procede del tarasco *charare*.

El Diccionario de uso del español de María Moliner, incluye este sentido metafórico: «Se emplea como término de comparación aplicado a una persona muy flaca». El diccionario académico lo recoge en la frase *estar alguien hecho un charal* que, en México, es «estar muy flaco» (ambos sentidos aparecen por primera vez en la edición de 1884).

La primera documentación de la que disponemos es la metafórica: «—Conchita, desde hoy queda implantado aquí el estado seco. No más Pizás, Berreteagas, ni el demonio; vas a traer vinos generosos y medicinales y una botella de emulsión para Sebastián, que está quedando ya *como un charal*» (Mariano Azuela, *La luciérnaga*, 1932). No es muy frecuente. Lo encontramos más tarde en la novela *El bata-*

llador (1986) de Gilberto Chávez Jr.: «La operación había terminado felizmente y yo estaba tan consumido como un *charal*».

La documentación del sentido recto es posterior al metafórico: «y sí, también entregarle el oro a Baracoa, tú sabes, guardándote una pieza y pescar los *charales* aquí mismo» (Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*, 1962).

5.1.300. *Es un mote*. El mote, en Chile, es un «pez pequeño que se usa como carnada».

Metafóricamente, es el «alumno de primer año de la Escuela Naval». Este pez y su sentido figurado entran en el diccionario académico de 2001. No aparece con ninguno de los dos sentidos en los *corpora* académicos. Está en un glosario de la página de la Armada chilena: «marino novicio o principiante, inexperto»⁸⁵.

Es sinónimo de *chiporro* (*cfr.*). Y es palabra homónima de *mote*, «sobrenombre que se da a una persona por una cualidad o condición» y «maíz desgranada o cocido».

5.2. CRUSTÁCEOS Y MOLUSCOS: *ES UNA LAPA*

El sibilante *caracol* del viento
ronco dormita en el remoto alcor.
(*Soledades, Galerías y otros poemas*, Antonio Machado)

5.2.301. <i>cangrejo</i> ★	5.2.302. <i>jaiba</i>	5.2.303. <i>juey</i>	5.2.304. <i>camarón</i>
5.2.305. <i>ostra</i>	5.2.306. <i>lapa</i>	5.2.307. <i>percebe</i>	5.2.308. <i>caracol</i> ★
5.2.309. <i>pulpo</i> ★			

Un *marisco* es un «animal marino invertebrado, y especialmente los crustáceos y moluscos comestibles». El *crustáceo* pertenece al «grupo de los artrópodos, con un número variable de apéndices, con dos pares de antenas, cuerpo cubierto por un caparazón generalmente, generalmente calcificado, y respiración branquial». Un *molusco* es un metazoo «que tiene simetría bilateral, no siempre perfecta, tegumentos blandos y cuerpo no segmentado en los adultos, y está desnudo o revestido de una concha». El diccionario académico cita como prototipos de moluscos a la *limaza*, al *caracol* o a la *jibia*. En el *Diccionario de uso del español* de María Moliner, el *caracol*, la *babosa* y la *jibia*.

Los crustáceos con significados metafóricos son *cangrejo*, *jaiba*, *juey* (cangrejo de tierra), *camarón*. El *Cigala* es el apodo de Ramón Jiménez Salazar, mejor conocido como Diego el Cigala; es un cantante flamenco. Otros crustáceos son el *bogavante*, el *carabinero*, el *centollo*, la *cigala*, la *gamba*, el *gambón* y el *langostino*. Los moluscos con significado metafórico son *ostra*, *lapa*, *percebe*, *caracol*, *pulpo*. Otros moluscos son la *almeja*, la *broma*, el *calamar*, el *chipirón*, la *chirla*, el *choco*, la *coquina*, la *jibia* y la *zamburiña*.

Predominan los significados negativos: el *caracol* es la «persona lenta»; la *lapa* es la «persona insistente»; el *pulpo* es la «persona que toca mucho»; el *percebe* o el *juey* es la «persona necia»; la *jaiba* es la persona «cobarde».

Son polisémicos *cangrejo*, *camarón* y *caracol*. Un *cangrejo* es la «persona codiciosa y oportunista» en Estados Unidos; un «pederasta», la «persona de poca importancia» y la «persona endeble y flaca» en la República Dominicana; la «persona malintencionada que actúa deshonestamente», la «persona sinvergüenza que vive de argucias y estafas» en Bolivia; y un «alumno retrasado en sus conocimientos en relación a su edad» en Nicaragua.

Un *camarón* es un «conductor inexperto» en Ecuador; la «persona que tiene la piel enrojecida por haber estado mucho tiempo expuesto al sol» en varios países americanos; un *gorrón*, un *camaleón* («persona con habilidad para cambiar de actitud») y la «persona que tiene por costumbre comer, vivir o divertirse a costa ajena» en Perú; la «persona habilidosa y astuta» en la República Dominicana; un «espía» en República Dominicana; un «policía encubierto» y un «agente de policía» en Puerto Rico.

Un *caracol* es un «cornudo», «una persona lenta» y «una persona solitaria».

La primera documentación del sentido recto es medieval (*caracol*, *pulpo*, *cangrejo*, *ostra* y *camarón*), de los Siglos de Oro (*lapa*, *percebe* y *jaiba*) y *juey* del xx. En sentido metafórico, el más antiguo es el de *caracol* y el de *lapa* (del xvii); después, se documentan el de *ostra* (xix); el resto son del xx-xxi.

5.2.301. *Es un cangrejo*★. [*cangrejear*★] [*ir para atrás como los cangrejos*★] [*ponerse colorado como un cangrejo*★]

Y de inmortalidades sólo creo
en la tuya, cangrejo amigo.
Te aplastan, te echan en agua hirviendo,
inundan tu casa.
Pero la represión y la tortura
de nada sirven, de nada.
(*Álbum de Zoología*, José Emilio Pacheco)

Es «cada uno de los artrópodos crustáceos del orden de los decápodos». El diccionario académico no recoge ningún significado metafórico. En el *Diccionario*

de *americanismos*, significa «persona codiciosa y oportunista» (Estados Unidos); «penderasta», «persona de poca importancia» y «persona endeble y flaca» (República Dominicana); «persona malintencionada que actúa deshonestamente», «persona sinvergüenza que vive de argucias y estafas» (Bolivia); y «alumno retrasado en sus conocimientos en relación a su edad» (Nicaragua). También en Cuba (Sánchez-Boudy) es «persona vieja»:

La palabra es el diminutivo *de cangro, cancro*, del latín CANCRE. Aparece, en su sentido recto, ya en la obra de Alfonso X el Sabio: «Et la estrella septentrional de las dos delanteras que son del quadrángulo que está enderredor de la nuf de la figura del *cangreio* poder sobresta piedra et della recibe su uertud» (*Lapidario*, c. 1250). En la literatura religiosa, es símbolo del pecador, cuya «alma que avanza y retrocede en su lucha contra el pecado» (Morales, 1996): «Así como los *cangrejos* son fáciles de tomar (porque ya van adelante, ya vuelven atrás, y no huyen camino derecho) así el ánima inconstante en sus buenos ejercicios, que ya va adelante, ya atrás, ya ríe, ya llora, ya se da a regalos, nunca jamás podrá aprovechar» (Fray Luis de Granada, *Traducción de la Escala Espiritual de S. Juan Clímaco*, 1562).

En cuanto a los significados metafóricos arriba señalados, voy a detenerme en el uso en el español de Estados Unidos como «persona codiciosa y oportunista» y su uso en Bolivia como «persona malintencionada que actúa deshonestamente», «persona sinvergüenza que vive de argucias y estafas». Parece que su origen, muy distintos al resto, está en un personaje de la serie de dibujos animados de la televisión americana *SpongeBob (Bob Esponja)*: Eugene Krabs en inglés es un cangrejo avaro y tacaño, dueño del Crustáceo Crujiente o Crustáceo Cascarudo, así como empresario y jefe de Bob Esponja y Calamardo. La serie se ve en canales de todo el mundo y fue creada por el animador y biólogo marino, Stephen Hillenburg, y la produce su compañía, United Plankton Pictures, Inc.

En Medellín (Colombia), CANGREJAR★ es «volver con el novio», según el *Diccionario para comunicarse con un universitario* (Universidad Nacional de Colombia; Medellín, Antioquia)⁸⁶.

IR PARA ATRÁS COMO LOS CANGREJOS★ se utiliza para referirse a alguien que no progresa, sino que pierde lo que había conseguido. Es una expresión de mediados del siglo XX:

Arriba te dejaron
como una teoría de ti mismo,
a ti, incansable autor de teorías
que nunca te sirvieron
más que para marchar *como un cangrejo*
en contra de tu propio pensamiento.
(José Ángel Valente, *Punto cero*, 1955-1971)

PONERSE COLORADO COMO UN CANGREJO★ es una referencia al color de la piel cuando se toma demasiado el sol. Es frase de finales del XIX: «Estaba el infeliz *colorado como un cangrejo*, los ojos hechos un mar de lágrimas, y tan perdidamente borracho, que ni sentado podía tenerse» (Carlos Coello, *Cuentos inverosímiles*, 1872-1878).

Es curiosa la variedad conocida como *cangrejo violinista* que es un «crustáceo que agita constantemente su pinza derecha como si tocara un violín».

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con adjetivo *rojo* y el verbo *retroceder*.

5.2.302. *Es una jaiba*. Es el «nombre que se da en algunos países de América a muchos crustáceos decápodos, branquiuros, cangrejos de río y cangrejos de mar». Metafóricamente, «persona lista, astuta, marrullera» en Puerto Rico y República Dominicana. Es «persona cobarde» en Cuba (Sánchez-Boudy).

La palabra procede probablemente del arahuaco. La primera documentación está en la *Historia general y natural de las Indias* (1535-1557) de Gonzalo Fernández de Oviedo: «e así como topaban algún *jaiba* u otro marisco, con sus cáscaras»; «e marisco de muchas manera: langostas, cangrejos, *jaibas*, camarones». Aparece en *La muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes: «los viajes a la costa, donde le regalaban *jaibas* y cangrejos vivos». Metafóricamente, está en el libro *De Cobitos, Jaibas y Lambe Ojos Sobre La Personalidad Colonizada en Puerto Rico* (2012) de Guillermo González: «Los estadistas en el PPD estarán decepcionados por la actitud cobarde y *jaiba* ante la estadidad y el pago de impuestos federales»⁸⁷.

5.2.303. *Es un juey*. [*hacerse el juey dormido*] [*ser un juey dormido*] [*como dos jueyes machos en la misma cueva★*] [*estar más perdido que un juey bizco*]. En Puerto Rico es el «cangrejo de tierra». El nombre científico es *Cardisoma guanhumi*. Hay dos frases hechas muy expresivas: *hacerse el juey dormido* («hacerse el tonto») y *ser alguien un juey dormido* («ser un hipócrita»). El *Diccionario de americanismos* añade la expresión *como dos jueyes machos en la misma cueva* que «indica que cuando dos personas agresivas se encuentran juntas en una situación dada, la pelea está asegurada». En la página web *speakinglatino.com*⁸⁸, aparece la expresión *estar más perdido que un juey bizco* para referirse a la persona que no se entera de qué va una explicación o una conversación.

La palabra procede del taíno. En la *Traducción de la Historia de Puerto Rico* de P. G. Miller (1939) aparece la siguiente lista de palabras indias de la isla, junto con *jaiba* (también una especie de cangrejo):

El idioma español que se usa en Puerto Rico abunda en palabras indias tales como, nombres de frutas, árboles, legumbres, aves, animales, peces y objetos de uso común en las casas de nuestros campesinos. Ahí están como ejemplos, tabaco, maíz, ceiba, maga, cupey, ucar, jobo, mamey, tabonuco, maní, yautía, chayote, guamá, maricao, anón,

manatí, juey, jaiba, dajao, yagua, hamaca, maraca, canoa, barbacoa, bohío, burén y batey. La ortografía de todas las palabras indias, que hoy se conservan, es puramente española.

5.2.304. *Es un camarón*. [*camarón que se duerme se lo lleva la corriente**] Es un «crustáceo decápodo... Parecido a una gamba diminuta, de color parduzco y comestible». *Crustáceo de río* en Guatemala, Perú y Chile en el *Diccionario de americanismos*. Los nombres científicos de las especies más comunes son *Palaemon serratus* y *Palaemon elegans*. Metafóricamente, es «conductor inexperto» (Ecuador), «persona que tiene la piel enrojecida por haber estado mucho tiempo expuesto al sol» (Cuba, Nicaragua, Perú y Venezuela); *gorrón* y *camaleón* («persona con habilidad para cambiar de actitud», Perú); y «persona habilidosa y astuta» (República Dominicana). El *Diccionario de americanismos* añade «espía» (República Dominicana), «policía encubierto» y «agente de policía» (Puerto Rico).

La palabra es el aumentativo del latín CAMMARUS, que procede del griego κάμματος. La primera documentación está en la *General Estoria* (c. 1280) de Alfonso X el Sabio: «Empos esto mouió dallí alexandre e uino a un Río muy grand... otrossí enuiéronle uestidos fechos de bezerros de la mar. e unos gusanos que sacauan desse Río que auíen en gordo más que podríe seer una coxa de pierna de omne. e por uentura podríe seer que fuessen *camarones* e era el gosto dellos más dulce que de todos los otros pescas». En su libro de anécdotas y curiosidades, Pedro Mejía en el capítulo dedicado a las «Discordias y enemistades entre animales» escribe: «Entre los peces también ay grandes discordias y enemistades. El *camarón*, en la mar, huye del pulpo más que de otro ninguno» (*Silva de varia lección*, 1540- c. 1550).

Con el sentido de «persona que tiene la piel enrojecida», está en *Conversación en la catedral* (1969) de Vargas Llosa: «el señor Richard entró a la cocina y parecía un *camarón*: rojísimo, furiosísimo».

CAMARÓN QUE SE DUERME SE LO LLEVA LA CORRIENTE* es una expresión que en Cuba (Sánchez-Boudy) significa que «el que se descuida, pierde». Está ya en *Tradiciones peruanas* (1883) de Ricardo Palma: «—Pues señor, sede vacante y a trabajar por ella, que a *camarón que se duerme se lo lleva la corriente*». Y lo repite, mucho más tarde, Torrente Ballester: «En los Estados Unidos todo hombre sabe que *camarón que se duerme, la corriente se lo lleva*» (*La saga / fuga de J. B.*, 1972).

5.2.305. *Es una ostra*. [*aburrirse como una ostra*] Es un «molusco lamelibranquio marino con concha de valvas desiguales, ásperas, de color grisáceo por fuera y blanco anacarado por dentro, de las cuales la mayor es más convexa que la otra y está adherida a las rocas». El nombre científico de la especie europea es *Ostrea edulis*. Metafóricamente, es la «persona retraída, misántropo». De ahí la frase *aburrirse alguien como una ostra*.

La palabra procede del portugués *ostra*, y este del latín OSTREA. La primera documentación de la palabra es tardía en nuestra lengua: «açerebro et asimesmo aca-

beça así commo son las ostras et las conchas et otros animales semejantes» (Lope de Barrientos, *Tratado del dormir y despertar y soñar*, 1445). El sentido metafórico aparece en el siglo XIX. En esta carta de Valera parece que significa «falta de inspiración» (¿cerrado a las Musas?): «En aquel ameno retiro pudiera yo escribir mil primores, si se me ocurrieran, pero no se me ocurre nada. *Estoy ostra*» (Carta de 26 de julio de 1882 [*Epistolario de Valera y Menéndez Pidal*]). Maximiliano en *Fortunata y Jacinta* (1885-1887) de Galdós es un hombre encerrado en sí mismo que, en ocasiones, fantaseaba con ser otra persona: «De esta manera aquel misántropo llegó a vivir más con la visión interna que con la externa. El que antes era *como una ostra* había venido a ser algo como un poeta. Vivía dos existencias, la del pan y la de las quimeras».

Tenemos la primera documentación de la frase ABURRIRSE COMO UNA OSTRA («aburrirse extraordinariamente») en una obra del periodista y escritor cubano Augusto Vivero: «—Papá, créeme: no te pongas en ridículo. Conozco a Pepín y te aseguro que si pudiera ocurrírsele matar a alguien, ese alguien sería yo. Y siento que no sea de los que matan. ¡Por éstas! *Me aburro como una ostra*» (*Sindicalista en acción*, 1932).

5.2.306. *Es una lapa*. [*pegarse como una lapa*★] La lapa es un molusco «que vive *asido fuertemente* a las rocas de las costas». El nombre científico de la especie más común es *Patella vulgata*. Metafóricamente, es «persona excesivamente insistente e inoportuna»; normalmente utilizado en expresiones comparativas *ser como una —o pegarse como una—*. Según el *Diccionario de americanismos*, es «persona chismosa» (Nicaragua) y «estudiante que pide prestado a sus compañeros apuntes y tareas de clase» (Puerto Rico). Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Gorrón que se caracteriza por la pesadez e importunidad con que se conduce para conseguir su propósito de vivir de mogollón; latazo, pelma, coñazo; persona insistente en exceso, que da la tabarra de manera continuada hasta conseguir sus fines».

La palabra es de origen incierto, aunque quizás esté relacionado con el antiguo *lapa*, «lampazo» (planta, que procede del latín LAPPÁ): «porque las lapas se agarran tan tenazmente a la roca como las escamas del lampazo a los vestidos» (Corominas-Pascual). La primera documentación de la que disponemos es del siglo XVI: «llegáronse a la costa y hallaron algund marisco y *lapas* que comieron crudas, y echáronse a dormir» (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 1535-1557). Ya en Quevedo, en su *Sueño de la Muerte* (1610), vemos un inicio del cambio figurado, aunque con un sentido distinto (se refiere a los ambiciosos): «Detrás venían los Entremetidos, mui soberbios y satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la onrra del mundo. Venían ingiriéndose en los otros y penetrándose en todo, texidos y marañados en qualquier negoçio; son *lapas de la ambición*, pulpos de la prosperidad».

La expresión PEGARSE COMO UNA LAPA★ («arrimarse a otra persona con pesadez y molestándola», como *pegarse como ladilla*) está en nuestro frecuentado Galdós: «A su don Wifredo *se pegaría como una lapa*, y juntos subirían a la Gloria eterna» (*España sin Rey*, 1908).

5.2.307. *Es un percebe*. El *percebe* es, además, de un «crustáceo cirrópodo [“hermafrodita... vive fijo sobre los objetos sumergidos, por lo común mediante un pedúnculo, siendo parásito en algunas especies”]». Su nombre científico es *Pollicipes cornucopia*. Metafóricamente, es la «persona torpe o ignorante», un insulto —digamos— suave. Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995):

De este marisco se come todo menos lo que el crustáceo trata de esconder en su concha. De esa circunstancia creen algunos que deriva el considerarlo tonto, y por extensión, a toda persona que con notable simpleza esconde la paja y muestra el grano. El término tuvo uso popular a través de tebeos y comics, que lo divulgaron como insulto leve; hoy se ha quedado anticuado, e incluso resulta ñoño e insulto.

La palabra procede del latín POLLICIPEDÉ compuesto de *pollex*, «pulgar», y *pes*, «pie»: «así llamado por su forma semejante a un dedo adherido con un pedúnculo a las rocas» (Corominas-Pascual). Como nombre de animal, aparece por primera vez en un texto de Indias, pero curiosamente no vuelve a aparecer hasta Larra. Es la *Historia general y natural de las Indias* (1535-1557) de Gonzalo Fernández de Oviedo, en una interesante enumeración: «hay muchas sardinas e más que en Castilla, cazones, corbinas, lenguados, acedías, pargos, mero, cabras, atunes muchos, doradas, toninas, bogas, salmonetes, rayas, calamares, xaibas, cangrejos, mujillones, *percebes*, ostras, e algunas perlas, pero pocas se han visto, e no dejo de creer que las hay».

El sentido figurado es de principios del xx. Blasco Ibáñez, en su novela *Entre naranjas* (1900), escribía sobre los políticos lo siguiente: «El excelentísimo señor Tal, era para ellos un “congrío”; el ilustre orador Cual, que ocupaba con su prosa más de una resma de papel en el Diario de Sesiones, era un “*percebe*”; cada acto del Parlamento les parecía un disparate, aunque, por exigencias de la vida, dijeran lo contrario en sus periódicos». Max Aub, en su novela *La gallina ciega*. *Diario español* (1971), juega con los dos sentidos:

Mejor hablamos de otra cosa: ¿hay *percebes*? ¿No? ¡Qué lástima! ¿En Madrid? ¿A mil pesetas el kilo? Valdrán lo que pesan.

—No creas que es tan fácil encontrar buenos *percebes* en Madrid...

—¡Buen *percebe* estás tú hecho!

No deja de ser curioso que un marisco tan caro y apreciado se convierta en un insulto. ¿Quizás por su sonido? 13, *Rue del Percebe* era una macroviñeta que ocupa

una página, creada por Francisco Ibáñez y publicada por primera vez en la revista *Tío Vivo* (6 de marzo de 1961): se trata de un edificio con la fachada seccionada en cuyos pisos habitan personajes diferentes (un veterinario, la dueña de una pensión, una anciana de la Sociedad Protectora de Animales).

5.2.308. *Es un caracol*★. [*caracoleta*] [*liarse más que un caracol*] Es «cada uno de los moluscos testáceos de la clase de los gasterópodos. De sus muchas especies, algunas de las cuales son comestibles, unas viven en el mar, otras en las aguas dulces y otras son terrestres». El diccionario académico no recoge significados metafóricos. El *Diccionario de Autoridades* recogía la expresión *andar como el caracol* o *vivir la vida del caracol*, «phrase que equivale à andarse solo, sin tener mansión, ni casa donde recogerse, sino donde le coge la noche, llevando consigo lo poco que se posee» (una descripción perfecta de los actuales *homeless* o *los sin techo*). En la lengua coloquial se usa también para denominar a la «persona lenta». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995):

En sentido figurado se dice de quien es lento y parsimonioso en exceso, y también de quien es sucio y vil. Atendiendo al hecho de que es animal cornudo, baboso y que se arrastra, algunos tienen este vocablo como el más grave insulto e insufrible ofensa, ya que con una sola palabra se le puede tildar a alguien de cabrón, adúlador servil, y lacayo lameculos.

La palabra procede posiblemente del catalán o del provenzal, que a su vez vendría de una forma popular del latín *COCHLEARE* (aunque se han barajado también un origen prerromano o «expresivo»). La primera documentación es del siglo XIII; está en la anónima *Semejanza del mundo* (c. 1233): «e estas gentes an los cuernos... con que lldian muy fuerte quando vatallan contra los omes o contra las vestias / e estos (e estos) cuernos ascóndenlos e sacan los segud que faz el *caracol* que es dicha limazo». En los Siglos de Oro, es sinónimo de «cornudo». Así, Quevedo en el romance «Califica a su marido una moza de buena calidad» escribe:

Mi marido, aunque es chiquito,
al mayor de otra mujer
le lleva, del pelo arriba,
dos dedos puestos en pie...
Y si a mi marido, algunos
maridísimos de bien,
yo sé que al sol han de hallarse
caracoles más de seis.

Ya a finales del XIX, aparece el caracol como referencia de la soledad de las personas: «Yo no soy amigo suyo, ni lo fui nunca —prosiguió D. José Manuel recogiendo dentro de su reserva como el caracol en su casa—. Los demonios le lleven»

(Galdós, *El grande Oriente*, 1876). En el mismo Galdós, está ya la identificación persona / animal: «Usted me parece persona muy sensata, de muy buen sentido, sólo que demasiado metido en su concha. *Es usted el caracol*, siempre con la casa acuestas. Hay que salir, vivir en el mundo» (*Torquemada en la Cruz*, 1893). También esa identificación la utiliza Baroja: «—A mí, no. De esa manera se airea usted un poco. ¿Un hombre como usted, de treinta años, va a vivir siempre *como un caracol metido en su concha*? Es estúpido» (*Susana y los cazadores de moscas*, 1938).

En la novela *La luna en Jorge* (2001) de Lola Beccaria, la protagonista hace una estremecedora descripción de sí misma —«lenta como un *caracol*»—, como víctima de un maltratador.

Me llamo Dafne y por las noches sueño que soy del tamaño de un dedal y me arrojo al interior del cubo de la basura. Pero voy tan *lenta como un caracol* y tardo horas en llegar al borde del cubo. Yo no soy gran cosa. Ni valgo para mucho. No soy especial, como los que son un genio en algo. Y muchas veces soy torpe. Mi marido me pega, por mi torpeza. Es que es un perfeccionista y odia mi lentitud y mi inutilidad. Se exaspera enseguida, se pone de los nervios y ya está zurrándome, sobre todo cuando tardo en decidir algo. Porque a mí me cuesta decidir las cosas. Me lleva mucho tiempo escoger. Es que quiero hacerlo muy bien, para no crisparlo, y entonces pasan los minutos y las horas y yo sin decidirme y ya está cabreado. Y cuando no quiero hacer el amor, me pega también porque dice que es para lo único que sirvo y que hasta ahí podíamos llegar. Luego me viola.

Para sus valores simbólicos, *cf.* 1.1.4.

El diccionario académico incluye, como aragonesismo, CARACOLETA, con un sentido recto, «caracol pequeño» y un sentido figurado, «niña diminuta, despejada y traviesa», que no están documentados en los *corpora* consultados.

LIARSE COMO UN CARACOL★ es una expresión que se utiliza cuando alguien se complica con sus palabras o con sus acciones.

5.2.309. *Es un pulpo★*. [*como un pulpo en un garaje★*] [*poner a alguien como un pulpo*]

El *pulpo* se alimenta de toda clase de comida, pues es tremendamente voraz y muy picaón en argucias. El motivo de ella es que es la criatura marina más omnívora.

He aquí la prueba: si le faltan presas, devora sus propios tentáculos...

Luego regenera lo que le falta, como si la naturaleza le pusiera a mano este tipo de comida para momentos de hambre.

(*Historia de los animales*, Claudio Eliano)

El pulpo es «molusco marino cefalópodo..., octópodo, muy voraz y de gran tamaño... y cuya carne es apreciada». El nombre científico de la variante más común es *Octopus vulgaris*. En el *Diccionario de americanismos*, es, metafóricamente, la

«persona que explota a otros o se beneficia de su esfuerzo o trabajo» (Perú, Bolivia y Chile); y la «persona que tiene diversos trabajos o empleos» (Panamá). También significa la «persona que toca mucho».

La palabra procede del latín *POLYPUS* y este, a su vez, del griego *πολύπους*. La primera documentación está en la *General Estoria* (c. 1275) de Alfonso X: «Et cuemo la yedra a las cosas a que se apegá. O cuemo quando el *pulpo* puede echar so el agua los sus ramos. en el pescador quel quiere pescar».

Como «persona que toca mucho», está en el *Diccionario El Sohez* («está como un novio de *pulpo* y de besucón...», Ramón Ayerra, *Los ratones colorados*). También en *El viaje a ninguna parte* (1985) de Fernando Fernán Gómez:

Mi hijo Carlitos la besó en los labios. Allí se entretuvo hasta que ella apartó la boca, para exigir:

—La frase siguiente.

—¿Igual?

—Bueno, igual. ¡Pero deja las manos quietas! ¡Eres un *pulpo*!

No incluye el diccionario académico la locución adverbial *COMO UN PULPO EN UN GARAJE**, para señalar que una persona está en un contexto no habitual o adecuado. Carmen Martín Gaité (*Nubosidad variable*, 1992) echa mano de la expresión y añade un poco más adelante la metáfora del *águila*, como «persona inteligente».

—Estaba mirando ese cuadro grande, y por ahí me he puesto a pensar en otras cosas, en lo que es pintar algo y lo que es no pintar nada. O sea, en vez de decir: «*Estoy como un pulpo en un garaje*; ¿qué pinto yo aquí?», te pones a mirar con atención y ya estás pintando más que nadie.

—¡Chica, qué trabalenguas! ¿Y ese cuadro te gusta? A mí te diré que nada. Es de Gregorio.

—Ya, no hace falta ser ningún *ojo de águila*.

Sí está en el diccionario académico la locución verbal *PONER A ALGUIEN COMO UN PULPO*, con el significado de «castigarle dándole tantos golpes o azotes que quede muy maltratado» (dado que para cocinarlo es necesario darle golpes).

Recordemos la cita de Quevedo sobre *lapa*, en su *Sueño de la Muerte* (1610), donde parece que utiliza el animal como símbolo de la avaricia, metáfora que no se difundió: «Detrás venían los Entremetidos, mui soberbios y satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la onrra del mundo; son lapas de la ambición, *pulpos de la prosperidad*».

5.3. ANFIBIOS: ES UN SAPO

Un hombre pequeño, voluminoso pero de carnes flácidas,
 con una tristeza de sapo en los ojos.
 (El coronel no tiene quien le escriba, Gabriel García Márquez)

5.3.310. *rana*
 5.3.314. *escuerzo*

5.3.311. *renacuajo*

5.3.312. *samarugo*

5.3.313. *sapo*

Un anfibio es un vertebrado «de temperatura variable, acuático, que respira por branquias durante su primera edad y se hace aéreo y respira por pulmones en su estado adulto». El diccionario académico cita como prototipos a la *salamandra* o al *sapo*.

El grupo de anfibios con significado metafórico está compuesto por un genérico (*renacuajo*, «larva de cualquier anfibio», también de la rana), la *rana*, el *gusarapo* («larva de la rana» en América), el *samarugo* (renacuajo en Aragón), el *sapo* y su variante *escuerzo*.

En general, el significado es negativo: la «persona delgada» es un *escuerzo*; la «persona fea» es un *sapo*; la «persona baja» es un *sapo*; la «persona pequeña» es un *gusarapo* o un *renacuajo*; la «persona torpe» es un *sapo* o un *samarugo*; la «persona bruta» es un *escuerzo*; la «persona despreciable» es un *gusarapo*.

Los nombres más polisémicos son, como era de esperar, *rana* y *sapo*. Una *rana* es la «persona que acusa en secreto»; una persona avispada y astuta» en Bolivia, Argentina y Uruguay; y la «persona joven extravertida y afable» en Bolivia. Un *sapo* es la «persona con torpeza física»; la «persona que acusa en secreto»; la «persona de baja estatura» en varios países hispanoamericanos; la «persona que importuna con su presencia a una pareja de enamorados»; en Costa Rica; un «miembro del cuerpo de Policía» en Ecuador y Perú; y la «persona muy despierta, vivaz y astuta» en Cuba.

La primera documentación de los nombres del grupo es medieval, excepto la del *escuerzo* y la del *gusarapo* que son de los Siglos de Oro. La del sentido metafóricos son medievales (*gusarapo*), de los Siglos de Oro (*escuerzo*), del siglo XVIII (*renacuajo*) y la de los dos más importantes, *rana* y *sapo* del XX. En el caso de *gusarapo*, tenemos documentado primer el sentido metafórico (XV): el recto es del XVII.

5.3.310. *Es una rana*. [salir rana] La rana es un «batracio del orden de los Anuros...». El nombre científico de la especie más común es *Rana perezi*. Metafóricamente, en Colombia es «soplón (persona que acusa en secreto)», con la marca despectivo y coloquial. Con el mismo significado está *sapo* (en la primera acepción;

también en Costa Rica y Venezuela). Por su parte, el *Diccionario de americanismos*, recoge —con la marca de poco usado— «persona avispada y astuta» (Bolivia, Argentina y Uruguay); y «persona joven extravertida y afable» y «joven» (Bolivia).

La palabra procede del latín RANA. La primera documentación está en *La fazienda de Ultra Mar* (c. 1200) de Almerich: «Rogó Moisés a Dios e murieron las ranas e plegáronlas a montones e fedecía [“olía mal”] la tierra».

Como «persona avispada y astuta», está en la novela del argentino Federico Andahazi *Errante en la sombra* (2004): «Porque usás la corbata carmín / y allá en el Chantecler / la vas de bailarín / y te mandás la biaba de gomina / te creés que sos un rana / y sos un pobre gil».

La expresión coloquial SALIR RANA —alguien o algo—, como «defraudar» está en el diccionario académico desde la edición de 1984. Quizás su origen esté en la expresión más larga que aparece en Galdós: «—Sí, es lo mejor para vivir una... tan ancha —dijo Mauricia—. Pero a saber cómo vienen las cosas, porque una dice: “esto deseo”, y después se pone a hacerlo y ¡tras! lo que una quería que saliera pez sale rana. Tú estás en grande, chica, y te ha venido Dios a ver» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887). Pero estaba ya en textos coloquiales (teatro) del XVIII, en la expresión más larga *salga pez o rana* (quizá del mundo de los pescadores): «Acá me toca, y ofrezco, *salga pez o salga rana*, sacudirle de lo bueno» (Ramón de la Cruz, *La bati-da Cruz*, 1760); «pero casarse con ella, *salga rana o salga pez...* Romero» (Manuel Bretón de los Herreros, *Lances de carnaval*, 1840). Después, la encontramos en Valle-Inclán: «¡Tengo el corazón lacerado! ¡*Mi mujer me ha salido rana!*» (*Los cuernos de don Friolera [Martes de carnaval]*, 1921-1930).

El *Diccionario de Autoridades* recoge la frase (metafórica en edición de 1783; familiar, en la edición de 1803) NO SER RANA UNO, con el significado «del que es hábil y apto en una materia, quando se duda de su destreza», con cita de Fray Luis, *Obra Poética*, tomo 1, pl.163: «Los huéspedes nos sentamos, / y bebíamos sin agua, / como unos lobos: y a fe / que el señor Guzmán no es rana».

También significa, según el *Diccionario de argot* de Espasa, «ser homosexual».

5.3.311. *Es un renacuajo*. Es la «larva de la rana» y la «larva de cualquier batracio». En sentido metafórico, es «niño pequeño y travieso». En Honduras, Bolivia y Panamá, es la «persona insignificante». Recoge esta palabra Celdrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Se llama así al hombre pequeño, mal tallado y enfadoso; hombrecillo despreciable no ya por su escasa alzada, sino por su mal genio y peor intención».

Es la forma disimilada de la primitiva y más transparente del diminutivo *renacuajo*. La primera documentación es del siglo xv: «Mas como el agua muerta stagnada que non se mueve, torna verdaza, llena de mil *renacuajos*, así el ocio, opósito de acción, que es hacer algo... torna sepultura de biuos, obscura, llena de mil viciedades» (Juan de Lucena, *Epístola exhortatoria a las letras*, c. 1492).

La primera vez que aparece con sentido metafórico (como «autores de menor importancia») es en un texto de Torres Villarroel (*Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por la corte*, 1727-1728): «De la poesía cómica ya se perdieron los moldes y los oficiales. Las comedias ya no las hacen los poetas, sino es los músicos, hortelanos y carpinteros. Ya nadie bebe de la rica vena del Calderón. Ahora se sorbe el cieno en que se revuelcan los *renacuajos* de este siglo».

Como interpelación a un niño, está en *Clemencia* (1852), novela de Fernán Caballero: «—Calla, *renacuajo* —le dijo don Martín—, que eres como el grillo, que no se ve a dos pasos y se oye a dos leguas».

El *Diccionario El Sohez* recoge una cita interesante con sus sinónimos:

En cuanto a los menudos [...] su estatura los hermana en el grupo de los retacos: [...] canijo [...] chaparro; chaparrete, [...] enano, esmirriado... mediodhombre; [...] microbio; pigmeo; *renacuajo*; retaco; [...] taponcete... (Juan de Dios Luque *et al.*, *El arte del insulto*, 1997)

5.3.312. *Es un samarugo*. El samarugo es un aragonesismo que significa «renacuajo de la rana». Metafóricamente, es la «persona torpe, zote», de la que no tenemos documentación textual. Lo recoge el *Diccionario de Autoridades*, con la forma *xaramugo*, como «pececillo pequeño de que suelen usar los pescadores par cebo de otros». Quizás es el pez inocente, que se pesca con facilidad.

La palabra es de origen desconocido, quizás prerromano; es palabra hispánica y de las hablas del Sur de Italia. La primera documentación está en el *Fuero de Madrid* (a. 1141-1235): «Todo pescado uendan a peso, foras de *samarugos*, et qui foras del peso lo uendiere...». Vuelve a aparecer en un Reglamento (*Leyes, reales decretos, reglamentos y circulares de más frecuente aplicación en los tribunales ordinarios por orden cronológico*) de 1911: «redes o artefactos de cualquiera clase, destinados a pescar el *jaramugo* o cría de los peces». En la *enciclopedia-aragonesa.com* leemos: «Muchos son los apodosos Buscar voz... peculiares de Aragón o los que toman aquí significación especial: pijaito, maduro, fato, jauto, mostillo, *samarugo*, apatusco, chandro, alparcera, lambrota, manífecera»⁸⁹.

El *samaruc* es un pez del Mediterráneo, cuyo nombre científico es *Valencia hispánica*. Samarugo es, también, el nombre de un pueblo de Lugo.

5.3.313. *Es un sapo*. [*sapear*] [*sapo verde*★] [*sapo de otro pozo*★] [*hacerse el sapo*]

El sapo,
hermoso a su manera,
lo ve todo
con la serenidad
de quien se sabe destinado al martirio.
(*Álbum de Zoología*, José Emilio Pacheco)

El sapo es un «anfibio anuro de cuerpo rechoncho y robusto». Los nombres científicos de las especies más comunes son *Bufo bufo* y *Bufo calamita*. Metafóricamente, es el «soplón, delator» y «persona de baja estatura» en varios países hispanoamericanos. En Cuba: «persona que importuna con su presencia a una pareja de enamorados»; en Costa Rica, «miembro del cuerpo de Policía» y en Ecuador y Perú: «persona muy despierta, vivaz y astuta». Más general es «persona con torpeza física». Según el *Diccionario de Americanismos*, también «mirón, espía» (Panamá, Perú, Chile); «agente de la policía secreta» (Panamá) y también «persona muy despierta, vivaz y astuta» (Ecuador, Perú y Bolivia).

El *Diccionario de argot* de Espasa añade dos acepciones metafóricas que no están en el diccionario académico: «persona fea o despreciable» (también en Chile) y el compuesto *sapo verde**, «guardia civil» (con la marca de marginalidad): «El guardia civil recibe esta designación figurada por el color de su uniforme y tal vez por la forma triangular del tricordio, próxima a la del cuerpo del sapo».

En el fondo, en cambio, quedaba todo el año Luzmira, nuestra profesora particular. Nos veía partir cuando empezaban a caer las hojas de los árboles. No tenía a nadie en el mundo más que a sus cuatro alumnos pequeños, y seguramente no iba a encontrar novio, porque era *fea como un sapo*. (Enrique Araya, *La luna era mi tierra*, 1982)

Es palabra de origen prerromano, onomatopéyica, «por el ruido que hace al caer en un charco o en tierra mojada». La primera documentación está en la *General Estoria* (c. 1280) de Alfonso X: «Ca esta yent comiën todas las cosas aborredizas et las carnes de todas bestias. Et de ganados mayores et de menores. et de todas las aues. et aun de las reptilias como son las culuebras et los *sapos* et las otras cosas». Ángel Rosenblat, el gran filólogo venezolano, en su monografía *El castellano de España y el castellano de América. Unidad y diferenciación* (1962), citaba varios sinónimos: «Del sapo dieciocho (*escuerzo, rano, ponzoño, gusarapo, bufo*, etc.)».

Como «delator», está en *EPL, una historia armada* (1987) de la colombiana Fabiola Calvo Ocampo: «Si los datos de los campesinos eran concretos los “mano negra” esos... pasarían la noche en casa de Orlando Rueda, *sapo* reconocido... él por congraciarse con los militares o ganarse unos tragos de los terratenientes hablaba más de lo necesario acerca de las reuniones de los dirigentes y las organizaciones de los campesinos».

Una variante es *cara de sapo*: «era un tipo de espejuelos verdinegros con *cara de sapo* que se deja el bigote finito como una raya» (Guillermo Cabrera Infante, *Tres tristes tigres*, 1964-1967).

Según *El diccionario Latinoamericano para poder entendernos*⁹⁰, en Ecuador es «persona deshonesta, corrupta»: «Tal anhelo se estrella diariamente con los porfiados hechos de la corrupción pequeña y de la grande, la cotidiana y la que hace escándalo... La otra va inculcando el cinismo pues ¡aquí no pasa nada!, ¡siempre fue así!

¡Hay que ser *sapos* brother!» (*Diario Hoy* —Ecuador—, «Una labrada forma de hipocresía», 18 / 07 / 1997).

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *desagradable*, *hinchado*, *insoportable* y *necio* y con los verbos *aplastar* y *arrastrarse*.

Sapo genera, con sentidos metafóricos, un derivado verbal (*sapear*), un compuesto sintagmático (*sapo verde*★) y dos locuciones verbales (*ser sapo de otro pozo*★ y *hacerse el sapo*). Existe el verbo SAPEAR, «denunciar» (Chile, Costa Rica y Venezuela); «vigilar disimuladamente» y «mirar indiscretamente» (Chile).

Alemania es el país con la mejor tradición en el arte de interrogar, de fichar y de marcar, de numerar, de observar y *sapear* y cuadrricular al ciudadano... el país de la Gestapo, pues. (*El Nacional* —República Dominicana—, «Aquí hace calor. Cédula en mano. Aníbal Nazoa. Humorista», 11 / 07 / 1997)

En Uruguay, SAPO DE OTRO POZO★ es la «persona que pertenece a una clase, medio social o esfera de actividad diferente de aquella en la que se está inmersa». Está en *De Pe a Pa —o de Pekín a París—* (1986) de Luisa Futoransky: «el sentido de encontrarse aún más ajena y exilada —si cabe, todavía—, por ser *sapo de otro pozo*, por pudor de andar preguntando a cada rato quedándome con el qué habrán querido decir antes que afrontar el tradúzcanme por favor».

HACERSE EL SAPO es, en Guatemala, «hacerse el desentendido». Está en *El Papa Verde* (1954) de Miguel Ángel Asturias: «—Vamos a hacer una cosa, muchachos —se animó Lima—, si nos ve la Sabina, nos acercamos a la casa, como si tal cosa, para que no entre en sospechas de que no fui al colegio, pero si no anda por allí mejor *me hago el sapo*».

En varios países americanos, también es «vulva», metáfora basada en su «humedad y viscosidad». La frase *echar alguien sapos y culebras* es «decir desatinos», pero —sobre todo— «proferir con ira denuestos, blasfemias, juramentos».

No todas las visiones del sapo son negativas. En el 2009, se estrena la película *La princesa y el sapo* (*The Princess and the Frog*), realizada por Walt Disney Pictures, basada en el cuento de los hermanos Grimm *El príncipe rana* o *El Rey Rana* o *Enrique el Férreo* (*Der Froschkönig oder der eiserne Heinrich*). Como es sabido, la rana que devuelve la bola de oro a la princesa era, en realidad, un príncipe encantado: «Yo esperaba, *como un sapo a la princesa*, a que un alma superior y compasiva, venciendo su asco, se acercara para darme el beso del conocimiento. Por desgracia sólo contaba con dos amigos irreales, el Rebe y Alejandro anciano» (Alejandro Jodorowsky, *La danza de la realidad. Chamanismo y psicochamanismo*, 2001).

5.3.314. *Es un escuerzo*. *Escuerzo* es un sinónimo de *sapo*, pero también. Metafóricamente, es la «persona flaca y desmedrada». En Santibáñez de la Sierra (Salamanca), es la «persona bruta, antipática, desagradable» (también *jeribo*, que no

está recogido en el diccionario académico). Ángel Rosenblat afirmaba que hay dieciocho sinónimos de *sapo* en el español: «*escuerzo*, rano, ponzoño, gusarapo, bufo, etc.» (*El castellano de España y el castellano de América*, 1962).

Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611) recoge la palabra como sinónimo de *sapo* y *bufo*: «una especie de rana terrestre, ponzoñosa, que se reduce al linaje de las rubetas», con cita de Laguna: «Y porque este animalejo se halla de ordinario en las cuevas y cavernas se dijo cavernoso, grutesco; y las figuras que no están derechas se llaman escorizadas, por la semejanza suya, que se mueve alargando el pie y la mano contraria y encogiendo las otras» (*escorzar* es italianismo). Corominas-Pascual le dedican un amplio artículo: está en Juan Ruiz como «gusano» (*cogüerço*, «banquete en el funeral»). Quizás desde la idea de «ser repugnante» > gall. meridional *congorzo*, «hombre alto y mal hecho», «palurdo, rústico».

La primera documentación está en los *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589) de Juan de Pineda: «¡Oh mujeres! y con cuán gran razón se os recrecen estos cativerios en este mundo, pues, pudiendo casar con Jesucristo, casastes con un *escuerzo*, cuya sombra basta para tornar perláticos a los que a ella se allegaren» (parece que significa «persona bruta»). Está como insulto en la poesía popular del XIX: «La Maja. Alce usted, *cara de escuerzo*; Levántese usted, seó trasto...» (Manuel Bretón de los Herreros, *Poesías*, 1828-1870).

Y lo recoge Galdós, siempre atento a las metáforas animales: «y la tía Nicolasa presidía este tormento riendo y acompañando cada estrujón con sus apodos y calificativos más usados, tales como “sapo, zamacuco, *escuerzo*, lagartija, avefría, D. Guindo, espantajo, etc.”» (*El audaz. Historia de un radical de antaño*, 1871); «tenién-dole contra el suelo, gritaba: “Estúpido... *escuerzo*... ¿quieres que te patee?”» (*Fortunata y Jacinta*, 1885-1887).

Sigue apareciendo en algún texto actual. Está en la reciente novela *El día de hoy* (2008) de Alejandro Gándara: «Primero aparece el galopín, esta vez con rose-tones como semáforos, y a continuación un *escuerzo* renegrado, con un traje casta-ño tan sobrante como el de un capuchino, una manopla de pelo teñido y aplasta-do, y un bigotito cagada de mosca por encima de los labios vinosos, rondará los sesenta».

6 EL BESTIARIO IMAGINARIO: ES UNA ARPIA

Otro contra el dicho
Tantos años y tantos todo el día;
menos hombre, más Dios, Góngora hermano.
No altar, garito sí; poco cristiano,
mucho tahúr; no clérigo, sí *arpiá*.
(*Poesías*, Francisco de Quevedo)

6.315. *basilisco*
6.319. *yeti*

6.316. *dragón*
6.320. *chinchintora*

6.317. *arpiá*

6.318. *fénix*

En estos casos, el referente está en la imaginación, no en la realidad. Es curioso cómo existen no solo animales imaginarios como los *canguingos* (ausente —también— del diccionario académico), los *gamusinos* («cuyo nombre se usa para dar bromas a los cazadores novatos») o el *ratoncito Pérez* (caso curioso de metáfora personificadora de un animal, el movimiento contrario a estas metáforas que nos ocupan). También tenemos lugares imaginarios (*pandemonium*) y personas imaginarias: el terrible *fantasma*, el entrañable *duende*, y los infantiles *bu* («fantasma o ser imaginario que se menciona para asustar a los niños»), *sacamantecas* («ser imaginario con que se asusta a los niños») y el menos frecuente *paparrasolla* («ente imaginario con que se amedrenta a los niños a fin de que se callen cuando lloran»).

En los bestiarios medievales, estaban la *mantícora* («quadrúpedo semejante al león, del qual se dice que tiene rostro y orenas de hombre, y tres órdenes de dientes», solo en el diccionario académico de 1803), el *dragón* («animal fabuloso con forma de reptil muy corpulento, con garras y alas, y de extraña fiereza y voracidad») y el *unicornio* («animal fabuloso que fingieron los antiguos poetas, de forma de caballo y con un cuerno recto en mitad de la frente»).

Cfr. *El libro de los seres imaginarios* de Jorge Luis Borges (en colaboración con Margarita Guerrero, Emecé, Barcelona, 1990).

El grupo de los nombres de animales imaginarios que tienen significados metafóricos está compuesto por cinco integrantes. De la mitología griega procede el *basilisco* (serpiente monstruosa que mataba con la mirada) y dos aves: el *ave fénix* (que renacía de sus cenizas) y la *arpía* («rostro de mujer»). Mucho más modernos son el *yeti* («gigante antropomorfo») y la *chinchintora* (en El Salvador, «culebra con el poder de volar», aunque con raíces ancestrales).

El cruce del mundo animal y del ser humano, sigue vigente en la aparición de neologismos. En Colombia (Medellín), en la jerga de los estudiantes, ha aparecido el término *siriguana*, que es una «mujer con cuerpo armonioso y rostro no tan agraciado»: cuerpo de *sirena* y cara de *iguana* (*Diccionario para comunicarse con un universitario*, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Antioquia).

Salvo *fénix* («persona única»), el resto tienen significados negativos: un *dragón* es la «persona que come mucho» (en Puerto Rico) y el «novio» (en Uruguay); un *basilisco* o una *chinchintora* es la «persona furiosa»; una *arpía* es una «mala mujer». También se refieren a profesiones: una *arpía* era un «corchete o criado de justicia» y es una «prostituta»; un *dragón* era un «soldado que hacía el servicio alternativamente a pie o a caballo».

Yeti y *chinchintora* se documentan por primera vez en su sentido recto recientemente (xx-xxi); el resto son medievales. En cuanto a los sentidos metafóricos, tenemos dos medievales (*dragón* y *arpía*), dos de los Siglos de Oro (*basilisco* y *fénix*) y dos actuales (*yeti* y *chinchintora*).

6.315. *Es un basilisco*. [*hecho un basilisco*] El *basilisco* era un «animal fabuloso, al cual se atribuía la propiedad de matar con la vista». Metafóricamente, es la «persona furiosa o dañina». La expresión *estar alguien hecho un basilisco* se incluye en la edición de 1852 («estar muy airado»).

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), lo define como «especie de serpiente, de la cual hace mención Plinio, lib. 8, cap. 21. Críase en los desiertos de África Llamose régulo, o por la diadema que tiene en la cabeza, o por la excelencia de su veneno e imperio que tiene en todas las demás serpientes ponzoñosas». Ya Jerónimo de Huerta, humanista y traductor renacentista, había descrito las características del animal:

El *basilisco*, llamado de los griegos basiliscos, de basilea, Basilisco que significa casa real, es llamado de algunos latinos regulus, que quiere dezir reyezillo, y llamáronle así por la corona o diadema que tiene sobre la cabeça, y por ser el más venenoso animal de todos quantos ay en la tierra y a quien todos temen como si fuera su rey, porque no solo con su mordedura mata a qualquier biviente, pero aun con solo mirar quita la vida a los hombres, y con su olor o con su silvo la pierden otras serpientes; y así es tenido de las fieras más ponçoñosas, y qualquier cosa que ha sido tocada de sus dientes no osan

comerla los animales feroces ni llegar a ella las aves, porque en el olor conocen que queda allí su veneno. Gale. de ther. ad Pison. c. 10. Auic. lib. 4. fen. 6. tra. 3. c. (*Traducción de los libros de Historia natural de los animales de Plinio, 1599*)

Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «Persona colérica y airada. Se dijo principalmente en término de comparación con el animal fabuloso al que se atribuyó antaño la facultad de matar con sólo la mirada».

La palabra procede del latín BASILISCUS, y este del gr. Βασιλίσκος, «reyezuelo», diminutivo de βασιλεύς «rey». La primera documentación está en la *General Estoria* (a. 1280) de Alfonso X: «Non cates al vino quando enamarellece o quando resplandece el su color en el vidrio; manso e blando va, mas en la postremería morderá como culuebro, e echará venino como *basilisco*, para quien dize en la letra de la Biblia regulus, que quiere dezir tanto como rey pequeñuelo, porque el basilisco rey es de las animalias que andan rastrando». Como quinta acepción en el *Diccionario histórico* de 1936, «dícese del que hechiza con la vista o destruye o causa grandes daños, del furioso o frenético, y del maldiciente» con cita del *Cancionero de Castillo, Guevara, La pícaro Justina*, etc.

Lo cita Cristóbal de Villalón en una larga e interesante enumeración de los animales ponzoñosos que habitan las riberas del río de la muerte:

Este fuego las abrasa y quema do quiera que están para siempre jamás. Ninguna alma puede passar adelante sin entrar por él, porque no tiene puente ni barca, y si el alma quisiese volar la quemaría aquel fuego las alas y caería en él. Por las riberas deste río están infinitos coxixos, sierpes, culebras, cocodrilos, áspides, escorpiones, alacranes, hemorrhois, chersidros, chelidros, cencrios, amodites, çerastas, scithalas, y la seca dipsas, amphisebena sierpe de dos cabeças y natrrix, y jaculos que con las alas volan gran distancia; están aquí las sierpes phareas, porphiro, pester, seps y el *basilisco*. También están aquí dragones y otros ponçoñosos animales, porque si acaso acoeteçe salirse alguna alma del río pensando respirar por la ribera con algún alivio y consolación, luego son heridas destas venenosas serpientes y coxixos que las hazen padeçer doblado tormento y mal; y así de algunos que salieron te quiero contar su arrepentimiento. (*El Crótalon de Cristóforo Gnofoso, c. 1553-1556*)

En el xvi, ya aparece utilizado en sentido figurado: «—¡Ay de mí —dixo la princesa—, cruel *basilisco* de los mortales! Y cómo de presente mostráys tan nueva mi pena que casi days a sentir que hasta agora no la ayáys conocido» (Jerónimo Fernández, *Belianís de Grecia*, 1547). La imagen del que desdeña a la enamorada o al enamorado, frecuentísima en los Siglos de Oro, se repite en los *Coloquios satíricos* (1553) de Antonio de Torquemada:

¿Qué víbora o serpiente ponçoñosa,
qué *vasilisco* fiero o qué dragón,
qué áspide cruel muy enconosa,

qué brabo cocodrilo y sin razón
 podrán tener tu condición dañosa
 ni tu duro y sangriento corazón?
 ¡O, corazón cruel, áspero y fuerte,
 que lo que más te aplaze es dar la muerte!

Imagen que refina Lope («Lágrimas que mi cielo escurecistes, veneno y *basilisco* de mi muerte, hielo que me abrasó», *La Arcadia*). Y en el poeta y dramaturgo granadino Antonio Mira de Amescua se repite: compara la mujer desdeñosa con diferentes animales en sus diferentes acciones:

¿Quién adora a la mujer
 sabiendo que es un hechizo
 que la razón quita al hombre
 y aun a la fiera el distinto?
 Si nos canta, es la *sirena*;
 si nos mira, es *basilisco*;
 si nos halaga, *escorpión*;
 si nos llora, es *cocodrilo*;
 si se queja, es la *hiena*;
 si llama, es *lobo marino*;
 si nos habla y nos pregunta,
 [es el *esfinge* de Edipo:]
 todo en orden a engañarnos.
 Digo estas cosas, Enrico,
 porque al paso de mi amor
 iba creciendo su olvido.
 (*El primer conde de Flandes*, c. 1600)

La mujer desdeñosa como *basilisco* llega hasta el *Quijote* (1605), cuando Ambrosio se dirige a Marcela: «—¿Vienes a ver, por ventura, ¡oh fiero *basilisco* destas montañas!, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable a quien tu crueldad quitó la vida? ¿O vienes a ufanarte en las crueles hazañas de tu condición?».

En el *Diccionario de los símbolos* de J. Chevalier, podemos leer: «Reptil fabuloso que mata con su solo mirar o con su solo aliento a quien se le acerca sin haberlo visto y no haberlo mirado primero... Representaría al poder real que fulmina a quienes le faltan al respeto... Añade la leyenda que es extremadamente difícil apoderarse del basilisco. El único medio es el espejo; en él la mirada terrible de letal potencia, reflejada y vuelta sobre el basilisco mismo lo mata».

En la obra de Manuel Bretón de los Herreros, ya aparece la expresión HECHO UN BASILISCO: «Abur, don Matías. Matías. ¡Ah! Voy *hecho un basilisco*. Vosotros lo pagaréis, soldados de Carlos Quinto» (*Muérete ¡y verás!*, 1837). En Galdós, aparece varias veces: «¡Qué *basilisco*, amigo! Yo que la conozco desde hace tiempo» (*El audaz. Historia de un radical de antaño*, 1871); «Y yo —exclamó como un *basilisco*

don Roque—, mandaría suprimir todos los franceses» (*Napoleón en Chamartín*, 1874). Después, es frecuente, en las expresiones *estar (ponerse) hecho un basilisco*.

6.316. *es un dragón*. [*dragonear(se)*] El dragón es un «animal fabuloso con forma de reptil muy corpulento, con garras y alas, y de extraña fiereza y voracidad». Metafóricamente, era el «soldado que hacía el servicio alternativamente a pie o a caballo». En el *Diccionario de americanismos*, aparece con el significado de «persona que come mucho» (Puerto Rico) y de «novio o pretendiente» (Uruguay, con la marca de obsoleto).

La palabra viene del latín DRACO, -ŌNIS, y este del gr. δράκων. La primera documentación (con forma latina), ya metafórica (como «ser perverso»), está en la *Vida de Santo Domingo de Silos* (c. 1236) de Berceo, referido al demonio, que había tentado a una monja y que fue librada por el santo: «fue mal escarmentado el draco traïdor, / después nunca paresco en essi derredor». Poco después, está en *Libro de Alexandre* (1240-1250) también con sentido metafórico; Filotas, uno de los guerreros favoritos de Alejandro Magno, lucha contra: «Un rey de los de Darío que Nínive mandava... / Mató tres ricos omnes, uno mejor de otro... / Óvolo a veer Filotas el caboso, / endurar non lo pudo, ca era corajoso. / “Señor”—diz—, “Tú me valas, Padre, Rëy glorioso, / que pueda desmanchar este dragón ravisoso”».

En 1554, el mariscal de Francia Carlos I de Cossé-Brissac creó un cuerpo de arcabuceros que combatían a pie y se desplazaban a caballo, para servir en el ejército del Piamonte. El nombre puede proceder de unos supuestos estandartes de esas tropas o de un mosquete corto así llamado. En España se creó ese cuerpo en 1635. Así aparece en la anónima *Relación de lo sucedido a las armas de S. M. en Italia desde 1.º de agosto de 1636, hasta 27 del mismo...*:

Habiéndose conseguido el feliz suceso de la expulsión de los enemigos de este Estado con tanta reputación de las armas de S.M., envió el marqués de Leganés a 3 de Agosto el maestre de Campo Lucio Bocapianola con su tercio y otra tropa de infantería y alguna caballería que la cubriese, a entrar en Gatinara para saquearla; y dentro de una hora, como llegaron a la villa, entró en ella la gente por asalto, siendo los primeros los *dragones*, con que se refrescaron todos los soldados, y llevaron al cuartel de la Corte grande cantidad de ropa, caballos, borricos y vacas.

Aún en el XVIII estaba operativo este grupo en un texto escrito en Uruguay: «El gobernador que une en sí la Intendencia goza 660 pesos anuales...; hay también tres compañías pagadas, una de infantería, otra de *dragones* con 7 plazas, y la tercera de artillería con 31» (Francisco Xavier de Viana, *Diario de viaje*, 1789-1794).

Es uno de los animales crueles que, a partir de los Siglos de Oro, metaforizan a la «amada desdeñosa». Así aparece en los ya citados *Coloquios satíricos* (1553) de Antonio de Torquemada:

¿Qué víbora o serpiente ponçoñosa,
 qué vasilisco fiero o qué *dragón*,
 qué áspide cruel muy enconosa,
 qué brabo cocodrilo y sin razón
 podrán tener tu condición dañosa
 ni tu duro y sangriento corazón?
 ¡O, corazón cruel, áspero y fuerte,
 que lo que más te aplaze es dar la muerte!

Para sus valores simbólicos, *cfr.* 1.1.4.

DRAGONEAR(SE) es un derivado que en América ha generado varios significados metafóricos: «ejercer un cargo sin tener título para ello» (Argentina, Chile, El Salvador, Guatemala, México y Perú); «hacer alarde, presumir de algo» (Argentina y Perú); «coquetear con alguien o flirtear con la mirada» y «seguir con la mirada algo con la intención de obtenerlo» (Uruguay). El *Diccionario de americanismos* añade como pronominal «escaparse el soldado del cuartel sin licencia» (El Salvador). Como «ejercer un cargo», está por primera vez en las *Tradiciones peruanas* (1874), de Ricardo Palma y como «coquetear», en *Charamuscas* (1892) del uruguayo Benjamín. Fernández y Medina:

... allá cuando yo andaba haciendo novillos por huertas y murallas y muy distante de escribir tradiciones y *dragonear* de poeta, que es otra forma de matar el tiempo o hacer novillos.

Eligió compañera y bailó, *dragoneando* corrido y mirando sin reparo a la novia que esponjada como un repollo se mostraba en el sofá al lado de dos viejas amigas.

6.317. *Es una arpía.* (LAS AVES FABULOSAS). Hay en el diccionario académico dos aves definidas como «fabulosas»: la *arpía* y el *ave fénix*. La arpía es «ave fabulosa, con rostro de mujer y cuerpo de ave de rapiña» y, metafóricamente, una «mujer aviesa» (como poco usada), la «persona codiciosa que con arte o maña saca cuanto puede» y una «mujer muy fea y flaca». En el lenguaje de germanía, «corchete o criado de justicia» y «prostituta» (*Léxico del marginalismo*). Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «persona perversa y de genio endemoniado; fiera sucia y cruel. Es calificativo fuerte, dirigido exclusivamente a mujeres».

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611), dice «fingieron ser los poetas unas aves monstruosas, con el rostro de doncellas, y lo demás de aves de rapiña, crueles, suzias, y asquerosas». Cita a Horacio, que en la Eneida las llama Aelo, Acípite y Celeno, que llevan a cabo el castigo al rey Fineo, que había sacado los ojos a sus dos hijos. Y concluye: «Las *Harpías* son símbolo de los usurpadores de haciendas, de los que las arruinan y maltratan, de las rameras que despadañan un hombre glotoneándole su hacienda y robándosela».

La palabra procede del latín *HARPYIA* y este del griego *Ἄρπυια*. La primera documentación está en las *Coplas de los pecados mortales* (a. 1456) de Mena en el poema «Dize más la Razón contra la Avariçia»: «Cada poeta en su foja / te dio forma de quien roba: / uno de *arpía*, otro de loba, / tanto tu bivar enoja / y de virtud se despoja». Juan Rufo, en su poema épico *La Austriada* (1584), las opone, como representantes de Mahoma, al águila imperial de Carlos: «Ya el águila caudal de Carlo asoma, / Y huyen las *arpías* de Mahoma».

Lope de Vega, en su Soneto CXCI (*Rimas*, 1602-1603), describe a la mujer en términos antitéticos: «Es la muger del hombre lo más bueno / y locura dezir que lo más malo... / Ella nos da su sangre, ella nos cría, / no ha hecho el cielo cosa más ingrata; / es un ángel, y a veces una *arpía*».

El sentido de «derrochadora» está en anónima novela picaresca, atribuida al médico Francisco López de Úbeda, *La pícaro Justina* (1605): «Decían de mí que era una *arpía*, que había yo sola gastado a mis padres más que todas, y tenían razón, que yo gasté a mis padres todo el caudal de entendimiento y no dejé que heredasen». El sentido de «mujer fea» está en la *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* (1602) de Mateo Luján de Saavedra (Juan Martí): «Era la buena hembra fea como la maldición; debía de ser de casta de *arpías*, flaca y mal garbada».

Desde el siglo XVIII, ya aparece como «mujer mala». Bécquer, en *Desde mi celda* (1864), caracteriza así a la vieja bruja que intenta hablar con Dorotea, la sobrina del cura en la carta octava: «Mas no te apures —continuó la *astuta arpía*, después de darle esta prueba de su maravillosa perspicacia—, no te apures: hay un señor tan poderoso como el de mosén Gil, y en cuyo nombre me he acercado a hablarte so pretexto de pedir una limosna...». Poco después, Galdós denomina a un personaje con la metáfora: «Al huérfano se le puso su antiguo vestido... y descendió a lo más bajo de la escala social entre la servidumbre. Esto, lejos de ser una pérdida habría sido ventaja si hubiera cobrado su libertad y si la mirada despótica de la *arpía* no estuviera constantemente fija en él, pidiéndole cuenta de todos sus actos» (*El audaz. Historia de un radical de antaño*, 1871). Eugenio de Zorrilla hace esta curiosa reflexión sobre la palabra en referencia al carácter de cierta actriz: «Yo había oído muchas veces la palabra *arpía*, y hasta creía tener una idea bastante acertada de lo que significaba; pero estaba equivocado. ¡Hasta que oí a aquella mujer no comprendí de veras lo que es una *arpía*!» (*El temperamento de las estrellas* [Cinegramas, 3 de febrero de 1935], 1935).

En 1989, el dramaturgo Francisco Nieva estrena *Corazón de arpía*, donde aparece este sugestivo y sorprendente diálogo:

Luciano. —Me casé con una *arpía*.

Creonte. —Bah, como yo. En el fondo, la llorona de mi mujer era una *arpía*. Y mi suegra otra *arpía*. Y mis tres hijas bizcas, otras tantas.

Luciano. —¡Qué más quisiera! Esta es una *arpía de verdad*. De las pocas que hay y nacen entre los pedruscos de Tracia. Una mezcla de mujer bella y de bestia con alas,

una criatura funesta. Yo se la compré a un feriante que la exhibía en una jaula. Quise redimirla de sus barrotes y ofrecerle una vida digna. Ahora, lo que sufro no es para dicho. Me hace la vida imposible, siempre temiendo que se suicide; pues las arpías, por caprichoso designio de los dioses, sólo pueden morir por su voluntad. Y, en vista de ello, siempre tiene ganas de suicidarse.

Creonte. —¿Qué me dices? ¡Una *arpía de verdad*! Una de esas quimeras que bajan del monte a devorar las sobras de los banquetes, que siembran el desorden y la suciedad, que maldicen y estorban la vida civil de las personas, que se mofan de las buenas costumbres... Es apasionante. Yo pensé que se habían extinguido. Algo hallarías en ella que te hizo dar ese mal paso, picarón.

Luciano. —Me embaucó. No sabes cómo embaucan las *arpías*. Yo, como estudiante de oratoria y poesía, la encontré interesante, complicada. Es una pizca intelectual, ha tenido contacto con los dioses. Siempre de una forma modesta, conforme a su rango. En el Olimpo les tiraban los platos. Pero es de una maldad que sobrecoge. De una suciedad y un desorden como no te puedes figurar. ¡Estoy perdido!

A medida que va avanzando el siglo se usa menos en el sentido mitológico y más como insulto.

En construcciones comparativas referidas a cualidades o conductas humanas, el nombre aparece con los adjetivos *excitada* y *sucia* y con los verbos *portarse* y *quedar*.

En el *Diccionario de los símbolos* de J. Chevalier, podemos leer: «Genios malignos, monstruos alados con cuerpo de pájaro y cabeza de mujer... Son las partes diabólicas de las energías cósmicas; las proveedoras del infierno de las muertes repentinas. Simbolizan las pasiones viciosas, tanto los tormentos obsesivos que hacen sufrir el deseo, como los remordimientos, que siguen a la satisfacción».

6.318. *Es el fénix*

Pero entre lo deshecho se rehace.
Toma fuerza del caos, se teje en luz
y amanece en la llama indestructible.
(*Álbum de Zoología*, José Emilio Pacheco)

El *fénix* es un «ave fabulosa que los antiguos creyeron que era única y renacía de sus cenizas». Metafóricamente, es la «persona o cosa exquisita o única en su especie». Recuértese que Lope de Vega era llamado *El fénix de los ingenios*. Nacida en la Felice Arabia, Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611) la describe como «cuerpo y grandeza de un águila y vive syscientos y sesenta años». Feijoo la señala entre los animales fabulosos que trata entre los errores de la Historia natural: «Lo primero que ocurre son los animales fabulosos, en cuya classe pongo el *fénix*, el unicornio o monoceronte, el basilisco, la salamandra, la rémora»; «aun en los Santos Padres, se leen aplicados como símiles el *fénix*, el pelícano, los

gryfos, las sirenas, sin que por eso se constituyessen fiadores de la existencia de tales animales» (*Theatro crítico universal*, 1728).

La palabra procede del latín *phoenix*, y este del griego *φοῖνιξ*, -ικος. La primera documentación está en el *Cancionero castellano del s. xv de la Biblioteca Estense de Módena* (1400-1500) y ya aparece como metáfora de la amada: «Qual el *fénix* fizo Dios / en el mundo sola un ave, / así quiso que entre nos / sola tal fué-sedes vos / de fermosura la llave». Imagen que se repite en el *Cancionero* (c. 1482-c. 1500) de Pedro Marcuello: «Tú, *fénix*, eres nombrada / de sola nonbre jocundo, / mas más mi Reyna es dotada / de la virtud y loada / por el universo mundo». También Jorge de Montemayor en *La Diana* (1559) recurre a la metáfora: «mira una ninfa más quel sol hermosa, / ... / El nombre desta *fénix* tan famosa, / es en Valencia doña Catalina / Milán, y en todo'l mundo es hoy llamada / la más discreta, hermosa y señalada». En *La Galatea* (1585), Cervantes equipara al amante con el ave: «En el fuego de amor puro me avivo / y me deshago, pues, *cual fénix*, luego / de la muerte de amor vida rescibo». Y será palabra y referencia imprescindible en la poesía de Quevedo:

Ceniza en la frente de Aminta, el miércoles de ella
Aminta, para mí cualquiera día
es de ceniza, si merezco verte;
que la luz de tus ojos es de suerte,
que aun encender podrá la nieve fría.

Arde, dichosamente, la alma mía;
y aunque amor en ceniza me convierte,
es de *fénix* ceniza, cuya muerte
parto es vital, y nueva *fénix* cría.
(*Poesías*, 1597-1645)

La literatura espiritual la aprovechó para representar a la mujer virtuosa: «La segunda razón de esto es la raridad. Dicen que toda cosa rara es preciosa. Así hace la mujer casta, que es como un ave que se llama *fénix*, que en todo el mundo no se halla sino una» (Fray Martín de Córdoba, *Jardín de nobles doncellas*, 1468). También los héroes son dignos de ser comparados al ave: «El cavallero que en armas fue el *fénix* y la que de todas fue la más hermosa están muertos aquí debaxo desta losa, y acá bive su fama para siempre y reposa de Tirante el Blanco y Carmesina, su esposa» (*Traducción de Tirante el Blanco de Joanot Martorell*, 1511). Con frecuencia se aplica a la figura de Cristo: «Christo es tigre. Christo es *fénix*. Christo es águila» (Francisco de Osuna, *Sexta parte del Abecedario espiritual*, a. 1540).

La documentación del significado recto es un poco anterior: «Vi, de Úfrates el Mediterraneo, / a Palestina e Feniçia la bella, / dicha de *fénix* que se cría en ella» (Juan de Mena, *Laberinto de fortuna o las trescientas*, 1444).

En su *Discurso de recepción en la Real Academia Española: Pasión y muerte del Conde de Villamediana* (1964), Luis Rosales cita el epitafio de don Tomás Tamayo: «Yace aquí en común dolor El *fénix* de gentileza», con un significado meramente intensivo del sustantivo que va detrás. Finalmente, Vargas Llosa califica así a uno de sus personajes: «A este pobrecito, tan viejito, lleno de lunares y jorobas, lo veo enderezarse y ponerse de pie, *como un ave fénix*, como un lázaro. Ahora parece uno de esos viejos espléndidos e inmortales de las pinturas de Rembrandt» (*El loco de los balcones*, 1993).

Lope de Vega, como es bien sabido, fue (y es) el «*Fénix* de los ingenios».

6.319. *Es el yeti*. El yeti es un «supuesto gigante antropomorfo, del cual se dice que vive en el Himalaya». Metafóricamente es, según el *Diccionario de argot* de Espasa, «persona fea»: «El yeti era un animal de ficción, el terrible hombre-mono de las nieves, que pasa a designar, en sentido figurado y despectivo, a una persona de escasa belleza». Recoge esta palabra Celadrán, en su *Inventario general de insultos* (1995): «persona extremadamente fea; es una versión moderna de Picio, del Sargento de Utrera, o de Carracuca, quien además de feo era más viejo que Matusalén».

Es palabra que procede del tibetano *yeh-teh*, «pequeño animal antropomorfo». La primera documentación está en el *Diccionario de la montaña* (1963) de Agustí Faus: «El mono langur habita en los altos bosques del Himalaya, donde en verano sube hasta los 3.400 metros de altitud, límite superior de los bosques. En la polémica establecida sobre si existe o no el enigmático *yeti*, el ‘abominable hombre de las nieves’, se insistió en que podía tratarse de un langur». Según Carlos Fresneda: «Una de las hipótesis menos descabelladas sobre el origen del yeti es que se trate posiblemente de neandertales supervivientes, y por tanto genéticamente distintos al “homo sapiens”» (El Mundo.es, «Tras las ‘huellas genéticas’ del yeti», 22 / 05 / 2012). En la novela *Crónica de un adosado* (2010) de María Teresa Hernández Díaz, podemos leer:

La versión morena de «el Yeti» se empeñó en bailar conmigo y asíéndome por la muñeca me arrastró a una pista en la que resultaba difícil despegar los pies del suelo porque había un aglomerado de vomitonas, vino y otros elementos de difícil identificación que se adherían a las suelas de los zapatos con la contundencia del súper glue. Pero este hombre tenía energías para despegar los zapatos y para mucho más. Me levantaba al vuelo como si fuera un monigote de paja en el rock más temerario que he tenido nunca la ocasión de bailar y el menda se crecía cada vez más, porque, como peso poco, ¡hala!, arriba y abajo sin compasión alguna.

Está en la novela del argentino Eduardo de la Puente *Por qué tardé tanto en casarme. Crónica despiadada de las mujeres de mi vida* (2002): «En ese momento uno de los *dos yetis de seguridad* pasó por al lado nuestro, de regreso al interior del gimna-

sio». También en el relato de María Hernández, «Mi pueblo preferido». *Crónica de un adosado* (2010): «La versión morena de “el Yeti” se empeñó en bailar conmigo y asiéndome por la muñeca me arrastró a una pista en la que resultaba difícil despegar los pies del suelo porque había un aglomerado de vomitonas».

El *cangrejo Yeti*, considerado uno de los animales más feos del mundo, es una nueva especie que se encuentra cerca de la Isla de Pascua⁹¹. En el año 2009, la empresa automovilística Skoda lanzó un modelo llamado *Yeti*.

6.320. *Es una chinchintora*. La *chinchintora* es, en la mitología popular de El Salvador, una «culebra con el poder de volar» y también, metafóricamente, la «persona muy irritada y colérica». El *Diccionario de americanismos* distingue *chichintor* (la serpiente) de la *chinchintora* (la persona).

La palabra quizás sea la onomatopeya del «zumbido que produce cuando ataca o se defiende lanzando golpes como un látigo»⁹². La primera documentación está en la *Historia de Guatemala o recordación florida* (1690) de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán: «que si encuentran en el camino por donde van pasando una culebra que atraviesa de una parte a otra, se detienen a contender con ella a pedradas y a palos, aunque sean de las que llaman Cantí, o de los *chinchintorros*». Y está en las *Leyendas de Guatemala* (1930-1948) de Miguel Ángel Asturias: «Huían los coyotes... Huían los camaleones, cambiando de colores por el miedo; los tucuzines, las iguanas, los tepescuintes, los conejos, los murciélagos, los sapos, los cangrejos, los cutetes, las taltuzas, los pizotes, los *chinchintores*, cuya sombra mata». En la novela *La Barranca del Cadejo* (2011) del salvadoreño Calixto Acosta leemos: «El “chele” Óscar se levantó más bravo que una serpiente *chinchintora*».

7

LOS SIGNIFICADOS METAFÓRICOS

y piérdese asimismo la columna y lumbré de la prudencia,
según vemos semejantes personas volverse como brutos animales,
sin lumbré ni uso de razón.
(*Espejo de bien vivir y para ayudar a bien morir*, Jaime Montañés)

7.1. RASGOS FÍSICOS, PSICOLÓGICOS Y MORALES.

7.2. LAS EDADES, LAS PROFESIONES Y LAS RELACIONES INTERPERSONALES.

7.3. LA METÁFORA ANIMAL COMO INSULTO: LA MISOGINIA VERBAL Y LA SÁTIRA POLÍTICA.

Como hemos venido observando en los textos aducidos en los capítulos anteriores, la forma (rasgos físicos), la manera de ser (rasgos psicológicos) y el comportamiento de los animales (rasgos morales) sirven de base para las metáforas (7.1.). Pero también los animales son punto de referencia para denominar a las diferentes edades del ser humano (7.2.), para señalar la profesión (7.3.) y para caracterizarlas relaciones sociales (7.4.) y relaciones interpersonales (7.5.).

7.1. RASGOS FÍSICOS, PSICOLÓGICOS Y MORALES. Con la ayuda de las definiciones con las que aparecen nuestros animales metaforizadores en el diccionario, voy a sistematizar los rasgos físicos y las características psicológicas y morales que sirven de sustento para la comparación. En las definiciones resumidas que utilizo, está implícita la referencia a «personas». En versalitas, marco las que considero más frecuentes.

En el ámbito de lo físico, los rasgos negativos (34) son objeto de muchas más metáforas (147) que los rasgos positivos (15 y 55): dos de cada tres metáforas son, pues, negativas.

La vista, el olfato y el tacto son los tres SENTIDOS que tienen procesos metafóricos: una persona puede tener buena o mal vista («es un *lince*» o «es un *topo*»), puede oler mal (y «es una *mofeta*») y puede tocar mucho («es un *pulpo*»). Las PARTES DEL CUERPO son, casi siempre, objeto de metáforas negativas: las personas que tienen los dientes grandes son *conejos*, las que tienen el pelo rizado son *erizos*, las que tienen las narices grandes tienen narices *aguileñas*; en Cuba, la persona que tiene mucho pelo es una *araña* y, en Puerto Rico, la persona que tiene el trasero muy voluminoso es una *langosta*.

En este apartado de rasgos físicos, distingo por una parte aquellos que tienen que ver con el *aspecto* y, por otro, aquellos que se refieren a las *acciones* de los animales.

RASGOS FÍSICOS POSITIVOS (15/55).

ASPECTO (5/33). El atractivo, la fortaleza («es un *toro*»), la delgadez («tiene una cintura de *avispa*») y la altura («es una *jirafa*») son los rasgos positivos que se reflejan con más frecuencia en las metáforas animales.

LAS ATRACTIVAS Y HERMOSAS (13): *bestiún* (Uruguay), *caballo* (Cuba), *chichilasa* (México), *gallina* (República Dominicana), *jaca*, *lobo* (Uruguay), *merluzo* (Cuba), *pollo pera*, *polla* (Bolivia, Puerto Rico y República Dominicana), *pollo* (Guatemala, México y Panamá), *potranca* (América central, Antillas y Uruguay), *potro* (Argentina, Paraguay y Uruguay), *yegua* (Argentina, Nicaragua y Uruguay; argot). [≠ Las feas]

LAS FUERTES (12): *buey*, *buey de carga*, *bueyón*, *burro de carga*, *caballo americano* (Cuba), *cabrón* (República Dominicana), *camello* (Canarias), *gallo*, *león*, *mulo*, *toro*, *tora* (Cuba). [≠ Las débiles]

LAS DELGADAS (4): *avispa* —cintura—, *galgo*, *pajarita* (niña, Chile), *sardina* (Cuba). [≠ Las flacas] [≠ Las gordas]

LAS ALTAS (3): *jirafa*, *pichón de poste* (Venezuela), *tagarote*. [≠ Los bajos] [≠ Las altas]

LAS RUBIAS Y DE PIEL CLARA: *piojo blanco* (Guatemala).

ACCIONES (10/22). Entre las acciones que, gracias a los procedimientos metafóricos, corren paralelas en el mundo animal y en el mundo humano, están, sobre todo, la velocidad («es un *galgo*»), el canto hermoso («canta como un *ruiseñor*») y la agilidad («es una *ardilla*»).

LAS VELOCES (7): *ciervo*, *corzo*, *galgo*, *gamo*, *lebre*, *liebre*, *venado*. [≠ Las lentas]

LAS QUE CANTAN BIEN (4): *calandria*, *canario*, *ruiseñor*, *sinsonte* (Cuba).

LAS ÁGILES (4): *ardilla*, *ave*, *cabro* (Honduras, Nicaragua y Puerto Rico), *pulga*. [≠ Las torpes]

LAS ACTIVAS: *bibijagua* (Cuba).

LAS MADRUGADORAS: *alondra*.

LAS IMITADORAS: *arrendajo*.

LAS QUE TIENEN BUEN OLFATO: *sabueso*.

LAS QUE TIENEN BUENA VISTA: *lince*. [≠ Las que tienen mala vista]

LAS QUE TIENEN LOS OJOS VERDES O AZULES: *gato* (Bolivia, Costa Rica, Nicaragua).

LAS TRABAJADORAS: *borrico*.

RASGOS FÍSICOS NEGATIVOS (34/147).

ASPECTO (23/113). La fealdad («es una *cacatúa*»), la delgadez («es una *lombritz*»), la gordura («es una *vaca*»), la suciedad («es un *cerdo*»), la baja estatura («es un *sapo*») y la pequeñez («es una *pulga*») son los defectos más que generan más metáforas animales.

LAS FEAS Y SIN ATRACTIVO (27): *araña*, *aura* (ave, Cuba), *arpía*, *bagre* (pez; Argentina, Cuba, Ecuador, El Salvador y Uruguay), *bacalao* (Panamá, Uruguay y Venezuela), *bueyona* (República Dominicana), *cacatúa*, *cuija* (reptil, México), *fiera* (Bolivia, Ecuador, El Salvador, Guatemala y Panamá), *gallo* (Venezuela), *gavilán* (Venezuela), *grillo*, *loro*, *macaco* (Cuba y República Dominicana), *mico*, *mochuelo*, *mono*, *monstruo*, *orangután*, *pescado* (Cuba), *sapo* (argot), *sierpe*, *sijú* (ave, Cuba), *simio*, *yeti*, *yigüirre*, *zopilote*. [≠ Las atractivas y hermosas]

LAS FLACAS (21): *anguila*, *bacalao* (Caribe y Canarias), *balajú* (pez, Puerto Rico), *bijirita* (ave, República Dominicana), *cangrejo* (República Dominicana), *chacal* (México), *charal* (México), *cuija* (reptil, México), *culebra parada* (Honduras), *escuerzo* (sapo), *gansarón*, *gata parida*, *grillo* (República Dominicana), *lagartija* (Argentina, Cuba y República Dominicana), *lambrija* (lombritz), *laucha* (Argentina y Chile), *lislique* (ave, El Salvador), *lombritz*, *merluzo* (Cuba), *querque* (ave, Honduras), *sabandija*. [≠ Las delgadas]

LAS GRUESAS (15): *ballena*, *buey*, *cachalote*, *chancho* (América central y Chile), *chancho encebado* (Chile), *elefante*, *foca*, *gorila*, *hipopótamo*, *mastodonte*, *pava* (Canarias), *sabueso*, *tonino* (Canarias), *vaca*, *vacabuey*. [≠ Las delgadas]

LAS SUCIAS Y DESASEADAS (11): *cerdícola*, *cerdo*, *chancho* (América), *cochino*, *gorrino*, *guarro*, *lechón*, *marrano*, *piojoso*, *puerco*, *verraco*.

LAS BAJAS (8): *bibijagua* (hormiga, Cuba), *chota* (Panamá), *gallo quíquere* (Canarias), *garrapata* (Cuba), *nigua* (Guatemala), *piojo* (Argentina, Bolivia, Nicaragua, Panamá y Puerto Rico), *pingüino* (República Dominicana), *sapo*. [≠ Las altas]

LAS PEQUEÑAS (7): *bibijagua* (hormiga, Cuba), *escarabajo*, *gorgojo*, *gorrión*, *gusarapo* (Cuba), *pitirre* (pájaro), *pulga*.

LAS DÉBILES (5): *burro tusero* (Venezuela), *chota* (Puerto Rico), *gusarapo* (Cuba), *pásula* (Uruguay), *zángano*. [≠ Las fuertes]

LAS DESCUIDADAS (2): *ave zonda*, *ganso*.

LAS ALTAS (2): *caballo percherón*, *gansarón*. [≠ Las altas +].

LAS DE MUCHO PELO (2): *orangután*, *ovejo* (Puerto Rico y República Dominicana).

LAS DE DIENTES GRANDES: *conejo*. LAS DE NARIZ CORVA: *aguileño*.

LAS DE CABELLO ROJO: *bachaco* (hormiga, Venezuela).

LAS DE PELO ERIZADO: *erizo*.

LAS QUE COMEN POCO: *gorrión*.

LAS QUE COMEN MUCHO: *dragón*.

LAS QUE ESCUPEN CUANDO HABLAN: *guanaco* (Chile).

LAS QUE HUELEN MAL: *mofeta*.

LAS QUE TIENEN LA CARA PICADA DE VIRUELAS: *fiera* (Bolivia y Perú).

LAS PELUDAS: *araña* (Cuba).

LAS QUE TIENEN EL TRASERO VOLUMINOSO: *langosta* (Puerto Rico).

LAS QUE TIENEN LA PIEL COLORADA: *camarón* (América).

LAS QUE VISTEN DE UNA MANERA CHILLONA: *guacamayo* (pájaro).

ACCIONES (11/34). Entre las acciones que mueven más a la metaforización están la torpeza («eres un *pato*»), la lentitud («eres una *tortuga*») y la glotonería:

LAS TORPES Y PATOSAS (11): *abanto* (ave), *besugo*, *ganso*, *pato*, *pato mareado*, *percebe*, *sapo*, *samarugo* (renacuajo de la rana), *vaca* (Guatemala, Honduras), *vacaburra*, *zángano*.

LAS LENTAS (6): *ave zonzza*, *burro con sueño* (Chile), *caracol*, *chanchito al hombro* (Chile), *ganso*, *tortuga*.

LAS GLOTONAS (5): *boa*, *chanchito* (Chile), *ganso* (Bolivia y Perú), *lagarto* (El Salvador y Nicaragua), *tagarote*.

LAS DORMILONAS (3): *lirón*, *marmota*, *zorrita muerta*. [≠ Las que madrugan]

LAS PROLÍFICAS (2): *acure*, *conejo*.

LAS QUE NO DUERMEN (2): *búho*, *murciélago*. [≠ Las que madrugan]

LAS QUE NO ESTÁN QUIETAS: *ave de paso*.

LAS QUE NO PUEDEN RESPIRAR: *barbo* (pez).

LAS QUE TIENEN MALA VISTA: *topo*. [≠ Las que tienen buena vista].

LAS QUE TIENEN Poca RESISTENCIA AL ALCOHOL: *polla* (Perú, Bolivia).

LAS QUE TOCAN MUCHO: *pulpo*.

En el ámbito de lo psicológico, los rasgos negativos (55) son objeto de muchas más metáforas (147) que los positivos (15 y 95, respectivamente). En cualquier caso, están más equilibradas que en el ámbito de lo físico que acabamos de estudiar. En este apartado, distingo por una parte aquellos que tienen que ver con la capacidad intelectual (*intelecto*) y, por otro, aquellos que se refieren al *comportamiento* de los animales.

RASGOS PSICOLÓGICOS POSITIVOS (17/95).

I = INTELECTO (2/49). La sagacidad y la astucia («es un *águila*», «es un *lince*», «es un *ratón colorado*», «es un *zorro*») son las virtudes psicológicas que tienen más productividad metafórica.

LAS LISTAS, SAGACES, ASTUTAS (48): *águila*, *anguila* (Cuba), *araña* (Nicaragua), *ardilla*, *avispa* (Centroamérica), *avisnado*, *bagre* (pez; Honduras y Nicaragua), *bicho* (Argentina), *buitre*, *caimán*, *camarón* (República Dominicana), *cauque* (pez; Chile), *changa* (Puerto Rico), *chivato*, *culebra*, *culebrón* (Puerto Rico y República Dominicana), *cuaima* (culebra; Venezuela), *cuco*, *gallo* (Panamá, Ecuador), *gato*, *gavilán* (Nicaragua), *gazapo*, *guachinango* («pez», Puerto Rico), *guabina* (Puerto Rico), *jaiba* (cangrejo, Cuba), *laucha* (roedor, Argentina, Uruguay), *lebrón* (Puerto Rico), *liebre* (El Salvador), *lince*, *lobo* (Perú), *nigua* (insecto, Puerto Rico), *pájaro*, *pajarraco*, *pardal*, *pavo* (Costa Rica, Guatemala y Honduras), *peje*, *pollo*, *perro* (Colombia), *perro viejo*, *rana* (Bolivia...), *raposo*, *ratón colorado**, *sapo* (Bolivia, Ecuador, Perú), *tigre* (América), *tiuque* (Chile), *zorro*, *zorral*, *zorrazón*. [≠ Los ignorantes]

LAS ATENTAS: *mosca* (Nicaragua y Perú).

C = COMPORTAMIENTO (15/46). La habilidad, el humor, la laboriosidad («es un *burro de carga*») y el atrevimiento son las cualidades de comportamiento que más metáforas generan.

LAS HÁBILES Y EXPERTAS (12): *caballo* (Cuba), *cabrón* (Cuba), *camarón* (República Dominicana), *cucaracha* (Ecuador), *gallo* (Bolivia, Honduras y República Dominicana), *gallo de pelea* (México), *ladilla* (Guatemala), *lebrón*, *lobo de mar*, *monstruo*, *perro viejo*, *toro corrido*.

LAS BROMISTAS Y JUGUETONAS (6): *caracoleta*, *chota* (Cuba), *mono* (Paraguay), *pajadero*, *palomilla* (Perú), *perrillo de todas bodas*.

LAS TRABAJADORAS Y LABORIOSAS (5): *abeja*, *buey*, *burro de carga*, *camello* (El Salvador), *hormiga*.

LAS ATREVIDAS Y AUDACES (5): *chivato* (niño; Bolivia y Colombia), *gallo*, *gavilán* (República Dominicana y Venezuela), *pantera*, *verraco* (Colombia, Panamá).

LAS ERUDITAS Y LAS QUE LEEN MUCHO (4): *gusano de biblioteca* (Puerto Rico), *polilla* (Cuba), *rata de biblioteca*, *ratón de biblioteca*.

LAS VIVARACHAS (3): *chínche* (Panamá), *pispa* (Canarias), *rana* (Bolivia).

LAS AHORRADORAS (2): *bachaco*, *hormiga*.

LAS TENACES (2): *mono porfiado* (Chile), *perro*.

LAS ACOMODATICIAS: *caballo de buena boca*.

LAS COQUETAS: *mico* (Guatemala).

LAS EFICACES: *pantera* (Uruguay).

LAS FIELES: *perro*.

LAS QUE DISFRUTAN DE LA VIDA DE UNA MANERA DESPREOCUPADA: *chicharra* (Chile).

LAS SENCILLAS: *guachinango* (Chile).

LAS TRANQUILAS: *paloma* —de genio—.

RASGOS PSICOLÓGICOS NEGATIVOS (34/150).

I = Intelecto (7/71). La ignorancia («es un *animal*», «es un *burro*», «es un *cernícalo*») es el defecto que más metáforas suscita.

LAS IGNORANTES, LAS TONTAS, LAS TORPES (55): *abadejo*, *acémila*, *animal*, *animal de bellota*, *animal del monte*, *apalominado*, *asno*, *atún*, *ave fría*, *ave zonzá*, *bucéfalo*, *bestia*, *bestiún* (Argentina, Uruguay), *besugo*, *borrego*, *borrico*, *buey* (América central), *burro*, *burro cargado de letras*, *burro con plata* (Chile y Perú), *caballo* (América), *cabestro*, *cabeza de chorlito*, *cernícalo*, *camello*, *cernícalo*, *chota* (Argentina, Uruguay), *conejo* (Guatemala), *cuadrúpedo*, *guachinango* (pez, Puerto Rico), *guajolote*, *guanaco* (mamífero), *guanajo* (pavo; Cuba y República Dominicana), *guajolote* (pavo), *gurriato*, *gurrípato*, *juey* (cangrejo), *jumento*, *lechuzo*, *merluzo* (Guatemala y Nicaragua), *pajarón* (América del Sur), *palomino*, *palomo* (Uruguay), *pavisoso*, *pavitonto*, *percebe*, *perro tonto*, *pollino*, *quinicho* (burro), *rocín*, *salmón* (Puerto Rico), *vaca* (Guatemala y Honduras), *vacaburra*, *yegua*, *zuncuán* (Honduras) [≠ los listos].

LAS PRIMITIVAS (5): *chimpancé*, *cuadrumano*, *primate*, *simio*, *verraco* (Cuba).

LAS SOSAS (6): *avefría*, *ave zonzá*, *bacalao* («muchacha aburrida»; Venezuela), *pato*, *pavisoso*, *pavo*.

LAS INDECISAS (2): *gallogallina* (Nicaragua), *el perro del hortelano*.

LAS DISTRAÍDAS: *pavo* (Chile).

LAS INCAUTAS: *pavo*.

LAS DESMEMORIADAS: *mosquito*.

C = Comportamiento (27/79). La locuacidad es el defecto con más metáforas («es una *cotorra*», «es un *loro*»). Después, están la antipatía («es un *erizo*»), la inexperiencia («es un *tórtolo*») y la timidez.

LAS HABLADORAS (13): *cacatúa* (Bolivia y México), *chachalaca* (ave; América central, México), *chicharra*, *cotorra*, *cotorrón*, *grajo*, *guacharaca* (ave), *loro*, *papagayo*, *picaza*, *perico*, *tordo*, *urraca*.

LAS INEXPERTAS (9): *chota* (Puerto Rico), *cochino* (Puerto Rico, para el deporte), *cor-dero* (Bolivia), *loro* (Nicaragua), *patoso*, *perico* (Nicaragua), *perro nuevo* (Chile), *pichón*, *tórtolo*.

LAS PRESUNTUOSAS (8): *asno cargado de letras*, *burro cargado de letras*, *camaleón*, *cotorrona* (de jóvenes), *gallito*, *papagayo* (Bolivia), *piojo resucitado*, *pavo real*.

LAS VAGAS Y PEREZOSAS (6): *abejaruco*, *ganso* (Chile), *guajolote* (pavo; México), *majá* (culebra; Cuba), *pajarero*, *zángano*.

LAS HURAÑAS Y RETRAÍDAS (5): *búho*, *lobo*, *lobo solitario*, *hurón*, *ostra*.

LAS TERCAS (4): *burro porfiado* (Chile), *quinicho* (burro; Honduras), *mula*, *yegua*.

LAS TÍMIDAS (4): *gamo*, *gaviota* (Puerto Rico), *liebre*, *lebrón*.

LAS INQUIETAS (4): *chinche* (Panamá), *potro*, *sabandija*, *venado*.

LAS LOCAS (3): *caballo* (Honduras y Nicaragua), *cabra*, *chota*.

LAS QUE NO TIENEN INICIATIVA (3): *borrego*, *borricón*, *carnero*.

LAS DESORIENTADAS (2): *chancho en misa* (Chile), *chancho en trapezio* (Chile).

LAS INCONSTANTES (2): *camaleón*, *mariposón*.

LAS MALHUMORADAS (2): *burro embarcado* (Venezuela), *querrequerre* (pájaro, Venezuela).

LAS CONDUCTORAS INEXPERTAS: *camarón* (Ecuador).

LAS DESORIENTADAS: *querque* (ave; Honduras).

LAS DIFÍCILES DE COMPLACER, ESPECIALMENTE RESPECTO DE LAS COMIDAS: *macaco* (Uruguay).

LAS IMPORTUNAS: *sapo*.

LAS IMPULSIVAS: *caballo loco* (Colombia, Nicaragua, Perú y República Dominicana).

LAS INDISCRETAS: *loro*.

LAS LLORONAS: *nigua* (insecto, El Salvador).

LAS PEREZOSAS: *ganso*.

LAS QUE DUDAN: *el asno de Buridán*.

LAS QUE GUARDAN COSAS INÚTILES: *vizcacha* (roedor; Uruguay).

LAS QUE SE ESCONDEN: *avestruz*.

LAS QUE SE HACEN LAS DESENTENDIDAS RESPECTO DE UN ASUNTO: *chancho rengo* (Argentina, Perú).

LAS QUE SE QUEJAN: *nigua* (insecto, El Salvador).

LAS SOLITARIAS: *caracol*.

En el ámbito de lo moral, los rasgos negativos (38) son objeto de muchísimas más metáforas (253) que los rasgos positivos (5 y 19). Solo una de cada diez metáforas se refiere a una virtud.

RASGOS MORALES POSITIVOS (5/19). Las virtudes morales más metaforizadas son la inocencia («es una *paloma*»), la valentía («es un *león*») y la humildad («es un *cor-dero*»).

LAS VALIENTES (6): *gallo*, *gallo de pelea*, *jabato*, *león*, *tora* (Cuba), *verraco* (Colombia, Ecuador, República Dominicana y Venezuela).

LAS INOCENTES (5): *pajarito* (Chile), *paloma*, *palomo*, *pásula* (Uruguay), *tordo* (Alemania).

LAS HUMILDES, DÓCILES Y MANSAS (4): *borrego*, *cordero*, *ovejo* (Colombia, Cuba, Puerto Rico y Venezuela), *paloma*.

LAS BONDADOSAS (2): *cabrón* (Bolivia, El Salvador, Puerto Rico), *toro* (Chile y República Dominicana).

LAS PACÍFICAS (2): *caballo de buena boca, paloma*.

RASGOS MORALES NEGATIVOS (38/253). Entre los defectos morales que más metáforas desencadenan en la lengua son la maldad («es un *buitre*», «es un *cabrón*», «es un *cuervo*», «es una *sabandija*», «es una *víbora*»), la grosería («es un *animal*», «es una *bestia*», «es un *burro*») y la pesadez («es un *chinche*», «es una *mosca cojonera*»).

LAS MALAS PERSONAS (47): *alacrán, alimaña, arpia, avechucho, bacalao* (Chile), *bagre* (pez; Guatemala y Nicaragua), *bestia, bicho, buitre, cabestro, cabrón, cabrón con pintas, cangrejo* (Bolivia), *cerdo, chanco* (América central, Bolivia y Chile), *cochino* (Bolivia y Chile), *cuervo, escorpión* (Nicaragua), *gorrino, guarro, gusano, gusarapo, hijo de perra, jaiba* (Puerto Rico y República Dominicana), *león* (germania), *lombriz, mala pécora, marrajo* (tiburón), *marrano, miura, monstruo, moscona* («mujer desvergonzada»), *oruga, pardal, perro, piojo, piojoso, puerco, rata, ratón de cola pelada* (Chile), *rodaballo, sabandija, serpiente, tigre, vaca* (Chile), *VÍBORA, viborezno*.

LAS GROSERAS Y MALEDUCADAS (22): *acémila, animal, animal del monte* (Venezuela), *atún, avestruz, bestia, bestia parda, borrico, búfalo, burro, cerdo, cernícalo, cochino, escuerzo, guarro, marrano, mono* (Venezuela), *paquidermo, pavo* (El Salvador), *pollino, puerco, yegua*.

LAS MOLESTAS Y PESADAS (22): *abejorro, avucastro, bacalao* (Venezuela), *chinche, chinchorrero, chinchoso, ladilla, mosca, mosca cojonera, garrapata* (Bolivia, Centroamérica y Cuba), *lapa, mangangá* (insecto, Argentina, Chile y Paraguay), *moscardón, moscón, piojo* (Nicaragua), *piojo pegadizo, polilla* (Chile), *quera, quereque* (pájaro, Honduras), *sapo, sirirí* (pájaro, Colombia), *tábano*.

LAS PÍCARAS, LAS APROVECHADAS, LAS TAIMADAS (18): *araña, arpia, avispon, chupóptero, cuco, culebrón, gatomuso, jaiba, lagarto, lagartón, lagartija, pardal, piraña* (Puerto Rico), *raposo, rodaballo, tonino* (Canarias), *zorro, zorzal*.

LAS COBARDES (17): *araña, arratonado* (Chile), *cabrón* (Perú), *calandria, chota* (Puerto Rico), *cucarachón* (Cuba), *gallina, gallogallina* (Nicaragua), *guabina* (Cuba), *guayabito, jaiba* (Cuba), *jutía* (roedor, Cuba), *lebrastón, lebrón, liebre, milano, nigua* (El Salvador).

LAS AGRESIVAS Y LAS FIERAS (17): *araña, araña peluda, avispa* (Cuba), *basilisco, búfalo* (Perú), *caballo* (jugador fútbol, Bolivia), *chacal, chinchintora* (El Salvador), *chompipe* (pavo; América Central), *cocodrilo, felino, fiera, gallo, mono* (Cuba), *sierpe, toro sin tiente, tigre*.

LAS APROVECHADAS (13): *araña, arpia, ave carroñera, ave de rapiña, avispa, camarón* (Perú), *cuervo, garrapata* (Paraguay), *jelepate* (chinche, Nicaragua), *langosta, mosca muerta, sapo* (Ecuador), *pulpo* (Bolivia, Chile, Perú).

LAS AMBICIOSAS Y CODICIOSAS (10): *alargartado* (Costa Rica y Honduras), *aura* (ave, Cuba), *caimán* (Cuba), *cangrejo* (Estados Unidos), *ganso* (Ecuador), *gaviota* (El Salvador), *lagarto* (Nicaragua), *mulo* (México), *piraña* (Costa Rica, Cuba, Nicaragua), *tiburón*.

LAS ARISCAS Y ANTIPÁTICAS (8): *bicho* (Cuba), *chinche* (Venezuela), *chichilasa, cotorra* (Cuba), *erizo, guanaco* (Bolivia), *lobo* (Chile), *pispa* (Canarias).

LAS CRUELES (8): *chacal, coyote, cuaima* (serpiente, Venezuela), *felino, fiera, hiena, lobo, tigre*.

LAS HIPÓCRITAS (8): *burro tusero* (Venezuela), *calandria* («disimulan una enfermedad»), *camaleón, camarón* (Perú), *gata de Juan Ramos* («disimulan pretender algo»), *gatomuso* (Valladolid), *juey* (cangrejo, Puerto Rico), *mosca muerta*.

LAS DELATORAS Y SOPLONAS (7): *búho* (germania), *chiva, chota, papagayo* (germania), *perico* (Puerto Rico), *rana* (Colombia), *sapo*.

LAS CHISMOSAS (6): *abejaruco*, *boca de escorpión*, *cacatúa* (Colombia, Nicaragua, República Dominicana y Venezuela), *lapa* (Nicaragua), *loro* (Paraguay, Uruguay), *víbora* (Guatemala).

LAS ADULADORAS (4): *anaconda* (Honduras), *boa* (Honduras), *serpiente* (Honduras), *víbora* (El Salvador).

LAS BORRACHAS (4): *avisado*, *mosquito*, *mono*, *mulo* (Bolivia).

LAS BRAVUCONAS (4): *galápago* (Alemania), *gallito* (argot), *gallo*, *gallo quíquere* (Canarias).

LAS MALDICIENTES (4): *alacrán*, *escorpión*, *lengua de escorpión*, *lengua serpentina*.

LAS USURERAS (4): *hurón* (argot), *lagarto* (Paraguay), *sanguijuela*, *tigre* (Canarias).

LAS GASTADORAS (3): *arpía*, *carcoma*, *polilla*.

LAS QUE NO SON DE FIAR (3): *anguila* (Cuba), *mochuelo*, *pájaro de cuenta*.

LAS ESCURRIDIZAS (2): *anguila*, *guabina* (pez, Cuba).

LAS MIRONAS (2): *lechuzo* (Uruguay), *loro* (Chile).

LAS QUE SE ENFADAN (2): *perro* (El Salvador), *verraco* (Colombia, Nicaragua y Panamá).

LAS TACAÑAS (2): *piojo* (Uruguay), *rata*.

LAS TRAMOSAS (2): *cochino* (Bolivia, Puerto Rico y Uruguay), *verraco* (Panamá).

LAS ACREEDORAS (2): *culebra* (Colombia, Ecuador).

LAS AGORERAS: *pájaro de mal agüero*.

LAS CICATERAS: *cochino*.

LAS MALEDUCADAS: *burro*.

LAS MARRULLERAS: *jaiba*.

LAS IMPRUDENTES: *guanajo* (Cuba).

LAS OPORTUNISTAS: *lagarto* (Colombia, Panamá).

LAS PECADORAS: *oveja descarriada*.

LAS QUE IMPIDEN EL PROGRESO: *rémora*.

LAS QUE IMPORTUNAN CON SU PRESENCIA A UNA PAREJA DE ENAMORADOS: *sapo*.

LAS QUE SE MUESTRAN EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN BUSCA DE FAMA Y PUBLICIDAD: *polilla* (Chile).

LAS TRAIADORAS: *fiera echada* (El Salvador).

LAS VICIOSAS: *mala pécora*.

Los nombres del cerdo, de sus sinónimos y de sus hipónimos son muy polisémicos y caracterizan al ser humano en el ámbito físico (suciedad), en el psicológico (grosería) y en el moral (mezquindad): además, fueron apareciendo paulatinamente desde el siglo XI hasta el XX.

	Físico	Psicológico	Moral
<i>puerco</i> XI	persona desaliñada, sucia, que no tiene limpieza (2)	persona grosera, sin cortesía ni crianza (3)	persona ruin, interesada venal (4)
<i>marrano</i> XIII	persona sucia y desaseada (2)	persona grosera, sin modales (3)	persona que procede o se porta de manera baja o rastrera (4)
<i>lechón</i> med. XIII	persona sucia, puerca, desaseada (2)		

<i>cochino</i> xiv	persona muy sucia y desaseada (2)	persona grosera, sin modales (4)	persona cicatera, tacaña o miserable (3)
<i>cerdo f.</i> xvi	PUERCO = persona sucia (2)	PUERCO = persona grosera (3)	PUERCO = persona ruin (4)
<i>gorrino</i> xviii	persona desaseada		o de mal comportamiento en su trato social (3)
<i>guarro</i> xix	persona sucia y desaliñada (2)	persona grosera, sin modales (3)	persona ruin y despreciable (4)
<i>verraco</i> [Cuba]	persona desaseada (2)	persona tonta, que puede ser engañada con facilidad (3)	persona despreciable por su mala conducta (2)

Virtudes físicas	Defectos físicos	
15/55	34/147	49/202
Virtudes psicológicas	Defectos psicológicos	
17/95	34/150	51/245
Virtudes morales	Defectos morales	
5/19	38/253	43/272
37/169	106/550	143/719

Hay más metáforas referidas al mundo psicológico y moral que al mundo físico: el interés está centrado, sobre todo, en la manera de ser y de comportarse del ser humano. Y las características negativas casi triplican a las positivas: hay, por tanto, una visión crítica de la condición humana.

7.2. Las edades, las profesiones y las relaciones interpersonales

LAS EDADES. Diferentes animales nos sirven para denominar las diferentes etapas del ser humano. La juventud (16) y la niñez (13) son las referencias con más metáforas: un NIÑO es un *bicho* en Centroamérica; un *borrego* en Argentina y Uruguay; un *gorrión* en Uruguay (dentro del mundo del fútbol); un *mico*; un *mono* en El Salvador; un *pájaro* (fútbol); una *palomilla* en Chile y Perú; un *pásula* en Uruguay; un *perico* en Chile; un *polilla* en Bolivia (como delincuente); un *ratón* en Canarias; un *renacuajo*; un *sabandija* en el Río de la Plata. Un ADOLESCENTE es un *baifo* en Canarias y un *pavo* en la República Dominicana. Un JOVEN es un *alevín*; un *chiporro* en Chile; un *matacán* en Nicaragua; un *cuadrúpedo* en Puerto Rico; un *mono* («de poco seso»); un *palomo* en República Dominicana («de carácter difícil»); un *pichón*;

un *pipíolo* y un *pollo*. Una JOVEN es una *baifa* en Canarias; una *cabra*; una *chiva* y una *chota* en Bolivia; una *polla*; una *pollancona*; una *rana* en Bolivia, una *sardina* en Colombia. Un ADULTO es un *gallo* en Cuba, República Dominicana y Bolivia; un *ganso* («de edad penal», argot); un *gavilán* en Cuba y República Dominicana. Un VIEJO es un *cangrejo* en Cuba y un *dinosaurio*; un *galápago* (argot); un *lobo de mar* (experimentado); una *potrilla* («que ostenta lozanía y mocedad»); un *mastodonte*. Una VIEJA es una *cotorrona* en República Dominicana y una *gallina* en Cuba.

LAS PROFESIONES, POLICÍAS (20) y MILITARES (11) son las profesiones más metaforizadas. El policía ha sido siempre una referencia negativa, sobre todo, desde el mundo de la delincuencia. *Malgré tout*, siempre ha tenido mala prensa. Tenemos desde metáforas de los Siglos de Oro con *arpía* («corchete») hasta metáforas de la Guardia Civil que, aunque «benemérita», ha sido objeto de comparaciones con animales como el *caimán*, el *cigüeño* o el *sapo*. Un POLICÍA es una *arpía* («corchete»); un *buitre* en Ecuador; un *caimán* («guardia civil»); un *cigüeño* («guardia civil»); un *chota* en México; un *conejo* («de investigación») en Guatemala; un *coyote*; un *galgo* («con poco tiempo en el cuerpo», argot); un *gorila* en Argentina; un *lince* en Panamá («motorizado»); un *macaco* en Puerto Rico y en el lengua del argot («uniformado»); un *mono* («policía nacional», argot); una *mosca* en Nicaragua; una *piraña* (antidisturbios, argot); un *perro* en Puerto Rico («encubierto»); un *sabueso* (argot); un *sapo verde** («guardia civil»); un *tecolote* en México; un *tigre* en El Salvador y una *tortuga* en Chile.

El MILITAR es una profesión con once metáforas que vacilan entre la admiración (*aguilucho*, *tigre*) y el odio (*cucaracha*, *perro*): un MILITAR es un *aguilucho* en Honduras (Fuerza aérea); un *carnero* en El Salvador (si «evade sus obligaciones»); un *conejo* (si es novato); una *cucaracha* (si no procede de la Academia); un *dragón* («soldado a pie y a caballo»); un *golondrino* (si es un «soldado desertor», germanía); un *gorila* en El Salvador; un *gurrípato* en Málaga («soldado de Aviación»); un *mono* («recluta») en Bolivia; un *perro* en Perú y Bolivia (si es «alumno de primer año» en la Academia militar) y un *tigre* en Honduras.

El ESTUDIANTE (en realidad, una pre-profesión) es objeto de ocho metáforas con diferentes matices: un ESTUDIANTE es un *aguilucho* en Perú; un *cangrejo* en Nicaragua (si está «retrasado»); un *gallo* en Venezuela (si está «retraído»); un *gavilán* en Chile (si es «aplicado y retraído»); una *lapa* en Puerto Rico (si «pide prestado a sus compañeros apuntes y tareas de clase»); un *perro* en México (si es «estudiante de primer curso en la Universidad»); un *pingüino* (si es «de la enseñanza básica y media») en Chile y un *polilla* en Cuba (si es «aplicado»).

En otras profesiones solo tenemos una metáfora. Llama la atención el *cuervo* de Uruguay, ese ÁRBITRO vestido de negro, en ocasiones tan cruel con nuestro equipo; en Argentina, sin embargo, el *cuervo* es un JUGADOR. La nocturnidad está en la base de la *lechuza* como «VIGILANTE NOCTURNO». De todas estas metáforas, solo el

cisne, referido al POETA, es positiva: un ABOGADO DEFENSOR es un *zángano* (germanía); un BASURERO es un *buitre* en Chile; un CAMPESINO es una *llama* en Bolivia; un CAMBISTA DE MONEDA es un *coyote* en Nicaragua; un CANTANTE DE CORO es un *capón*; una CRIADA es una *marmota*; una CUIDADORA DE NIÑOS es un *canguro*; EL QUE TRAMITA LOS PAPELES DE LOS EMIGRANTES es un *coyote* en América central y México y un *gavilán* en Costa Rica; UN ENFERMERO QUE REPARTE LAS MEDICINAS EN LAS CÁRCELES es un *camello* (argot); un ESCRIBANO era un *tagarote*; un GUARDAESPALDAS es un *gorila*; un INFILTRADO es un *topo*; un INTERMEDIARIO EN UN MERCADO DE ABASTOS es una *lechuga* en Chile; un LOCUTOR DE RADIO es un *perico* en Honduras; un MAESTRO era un *ganso* (el antiguo *pedagogo*); un MARINERO (novato) es un *chiporro* y *mote* en Chile; un MINERO es un *chivato* en Bolivia (si es aprendiz); un POETA es un *cisne*; un PREGONERO era una *calandria*; un PROPAGANDISTA es un palomo; un RECOLECTOR DE CAÑA DE AZÚCAR es un *burro* en El Salvador y una *gaviota* en Honduras; un SIRVIENTE es un *gato* en el México y El Salvador; un TRABAJADOR RURAL es una *golondrina* en Argentina, Chile y Perú; un VIGILANTE DE COCHES es un *gu-sano*; un VIGILANTE NOCTURNO es una *lechuga* (argot).

Dentro de las RELACIONES INTERPERSONALES podemos incluir las sentimentales y sexuales, las familiares y las sociales.

RELACIONES SENTIMENTALES Y SEXUALES. Frente a las anteriores, las relaciones sentimentales y sexuales están marcadas por la privacidad. Casi siempre son metáforas negativas; especialmente importantes son las que se refieren al HOMOSEXUAL, (24) a la PROSTITUTA (22), objetos también de variados y frecuentes insultos.

El HOMOSEXUAL es objeto de numerosas metáforas, síntoma —sin duda— de una intolerancia bastante extendida aún: es un *bijirita*, una *cherná* o un *ganso* en Cuba; un *cabro* en Perú; un *chivo* o un *chivato* en Perú; una *culebra* en El Salvador; una *gallina* (lesbiana); un *gallo guinea* en Costa Rica; una *gaviota* en Puerto Rico; un *león* en Guatemala; una *loba* (argot); una *mariposa*; un *mariposón*; un *mayate* en México; un *pajarazo* en Costa Rica y República Dominicana; un *pájaro* (o una *pájara*) en Costa Rica, Cuba, Ecuador, Panamá y República Dominicana; un *palomo*; un *pargo* en Venezuela; un *pato* en las Antillas, Nicaragua y Venezuela; un *oso*; un *tonino* en Canarias; una *yegua* o un *yigüirro* (pájaro) en Costa Rica.

La prostitución y su mundo han sido objeto de muchas metáforas. Mundo en el que la víctima está más señalada por las metáforas que por sus verdugos (el proxeneta y el cliente). Es cierto que podía haber incluido a la prostituta como un trabajo, pero prefiero, por dignidad, incluirla en este apartado (más aséptico) de relaciones sexuales. Hay veintidós metáforas para la PROSTITUTA: es un *abadejo* (germanía); una *araña*; una *arpía*; un *cisne* (germanía); una *gallina* en Ecuador; un *gusarapo* (germanía); una *lagarta*; una *lagartona*; una *lechuga* («la que trabaja de noche») en Bolivia; una *loba* en El Salvador y Perú; una *mariposa* en México; una *pájara*

(argot); una *polilla* en Perú; una *pulga* en Guatemala y El Salvador; una *tigra* en El Salvador; una *trucha* (germanía, «joven»); una *vaca* («tributaria de un rufián»); una *verrionda* (argot); una *yegua* en México; un *zángano* en El Salvador; una *zorra* y una *zorrupia*.

El PROXENETA es objeto de ocho metáforas. Dos de germanía, *camaleón* y *galápago*; una referida al proxeneta de homosexuales, *tiburón*; en Bolivia, Chile, Ecuador y Venezuela, *cabrón*; en Nicaragua, *cabro*; en El Salvador y Puerto Rico, *chivo*; en Honduras y Nicaragua, *pavo*; y *macaco* (argot).

Finalmente, el CLIENTE DE PROSTITUTA es un *cabrito* (argot); un *chivo* en Puerto Rico; un *pargo*, con variantes muy curiosas, en Puerto Rico: *pargo barato*, «que no paga bien»; *pargo de mucho merenguito*, «que paga espléndidamente»; *pargo estérico*, el «que sale siempre con la misma prostituta»; *pargo macera*, «tacaño».

El PRETENDIENTE, el que intenta conquistar de una manera insistente, ha dado lugar a varias metáforas negativas: es un *abejaruco*, un *abejón*, un *abejorro*, un *dragón*, un *moscón* o un *moscardón*. Los ENAMORADOS son unos *tortolitos*. El NOVIO es un *palomino* o un *pololo* en Chile. La NOVIA es la *polla* en Colombia y la *fiera* en México y Colombia. La ESPOSA es el *bicho* en El Salvador y la *fiera* en México. La AMANTE es el *bicho* en El Salvador y la *pájara* en Puerto Rico. La AMANTE DESDEÑOSA era, en los Siglos de Oro, el *áspid*, el *basilisco*, el *dragón*, el *cocodrilo* y la *serpiente*.

Una MUJER SOLTERA es una *cotorra* en México y una *cotorrona* en Cuba, Honduras, El Salvador y Nicaragua. La MUJER, QUE GUSTA DE CALLEJEAR, Y ES A VECES DE VIDA DESENVUELTA es un *perico*.

El SEDUCTOR es un *buitre* y un *cocodrilo* en Puerto Rico; un *lobo* en Puerto Rico; un *mariposón* en Cuba; un *tiburón* en Puerto Rico; o un *tigre*. La SEDUCTORA es una *boa* o *gata en celo*. El ENAMORADIZO es un *cucarachón* en Venezuela; un *gorrión* en Centroamérica; un *pájaro* en Honduras; una *gaviota* en Puerto Rico; una *sabandija* en Uruguay o un *tiburón* en República Dominicana.

La fidelidad y la infidelidad son realidades proclives para la metáfora. El HOMBRE FIEL es el *ratón de una sola cueva*. El HOMBRE SUMISO es un *perrito de faldas* o *faldero*. El HOMBRE QUE REHÚYE EL MATRIMONIO es una *guabina* en Puerto Rico. El HOMBRE QUE MANTIENE RELACIONES SEXUALES CON UNA MUJER CON LA CUAL CONVIVE OCASIONALMENTE es un *gallo* en Bolivia.

En el ámbito más negativo, tenemos varias metáforas para denominar al CORNUDO: *buey* en México; *cabestro*; *cabrito*, *cabrón*, *caracol*, *camero* en Argentina), *ciervo*, *cuco*, *cucillo*, *gamo*, *novillo*, *toro*, *venado*. La mujer PROMISCUA es una *gallina* en Bolivia y Paraguay; una *gata* en Cuba; un *grillo* en Cuba y en la República Dominicana; una *lagartija*, en Cuba; una *pájara* (argot); una *pava* en Guatemala; una *yegua* en Chile y Paraguay. El hombre PROMISCUO es un *pavo* en Guatemala. El RIJOSO es un *garañón*; un *gallo* en Cuba; un *gato viejo* («si es viejo»); un *gorrión* en Cuba; una *mala pécora*; un *mico*; un *perico*; un *perro* en Centroamérica y en Colombia; un

potro; un *tigre*; una *tigresa*; un *verraco* en México y Venezuela; un *verriondo* o un *zorro* en El Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

La amistad también es objeto de metáforas animales. El AMIGO INSEPARABLE es un *buey* en México y Nicaragua; un *caballo* en Venezuela; y un *cabrón* en México, Guatemala, El Salvador y Nicaragua. DOS PERSONAS QUE SIEMPRE ANDAN JUNTAS son la *maza* y la *mona*.

Ya en el mundo de la patología, está el PEDERASTA, que es un *cangrejo* en República Dominicana, y el VIOLADOR, que es un *chacal* (el «que abusa sexualmente de menores de edad»).

En el mundo de las RELACIONES FAMILIARES, «EL HIJO MENOR DE EDAD» es, en México, un *coyote*. El «que no tiene relación de parentesco directa con el resto de los que vive» es un *pijo pegado* en Cuba.

En el apartado de RELACIONES SOCIALES, incluyo aquellas metáforas que apuntan a los diferentes tipos de personas que están inmersas en variadas relaciones con otras personas.

La PERSONA INSIGNIFICANTE, la que es despreciada, la que no tiene valor para un grupo social, es objeto de catorce metáforas: es un *cangrejo* en República Dominicana; una *cucaracha* en Cuba y Paraguay; *cuatro gatos* («poca gente y sin importancia»); un *gusano de biblioteca* o un *gusarapo* en Panamá; un *Juan Palomo*; un *monicaco*; el *patito feo*; un *pato* en Perú; el *pato de (toda) boda* en El Salvador; un *pez chico*; un *pisco* en Colombia; un *pitirre* en Cuba o un *renacuajo* en Honduras, Bolivia y Panamá. La PERSONA DE LA QUE NO SE ESPERA BENEFICIO es un *chancho que no da manteca* en Chile. La PERSONA QUE REHÚYE EL TRATO CON LOS DEMÁS es un *lobo solitario*.

CUALQUIER PERSONA es *todo bicho viviente*. Una PERSONA DESCONOCIDA es un *tigre* en la República Dominicana. Una PERSONA ÚNICA es un *ave fénix*, un *bicho raro* o un *mirlo blanco*. La PERSONA A LA QUE SE ACUDEN TODOS CON SUS URGENCIAS es la *vaca de la boda*. Una PERSONA INFLUYENTE es un *elefante blanco*, un *gerifalte*, un *pez gordo* o un *pájaro gordo*, una *vaca sagrada*; también un *buey broco* en Puerto Rico. Una PERSONA EXCELENTE es un *búfalo* en Nicaragua. Una PERSONA PRESTIGIOSA es un *chivo* en Venezuela. La PERSONA QUE CONCITA PARTICULAR RECHAZO O ANIMADVERSIÓN es la *bestia negra* o la *bestia parda*. Una PERSONA QUE EN UNA FAMILIA DIFIERE DESFAVORABLEMENTE DE LOS DEMÁS es la *oveja negra*. La PERSONA QUE PERTENECE A UNA CLASE SOCIAL DIFERENTE DE AQUELLA EN LA QUE ESTÁ INMERSA es un *sapo de otro pozo*. El CONJUNTO O TIPO DE GENTE CARACTERIZADA POR UN COMPORTAMIENTO COMÚN es la *fauna*. LAS PERSONAS QUE POR TENER LOS MISMOS INTERESES O INCLINACIONES NO SE HACEN DAÑO UNAS A OTRAS son *lobos de —una— la misma camada*. Una PERSONA A QUIEN SE ACHACAN TODAS LAS CULPAS PARA EXIMIR A OTRAS en un *chivo expiatorio*.

Disponemos de varias metáforas para el que se aprovecha de los demás, para el GORRÓN: es un *caculo social* en Puerto Rico; un *coyote* en Nicaragua y Puerto Rico; una *garrapata* en Paraguay; una *gaviota* en México; un *pato* en Colombia; un *pavo* en Panamá («el que vieja en autobús sin pagar») y en Ecuador y Bolivia («el que entra en un espectáculo público sin pagar»); el *perrillo de todas las bodas*; un *piojopegado* («que no ha sido invitado») en Puerto Rico. El *pato* es EL QUE VA EN EL PUESTO TRASERO EN UNA MOTOCICLETA en Colombia.

En el mundo de las relaciones sociales que vulneran la ley tenemos los DELINCUENTES y las VÍCTIMAS, en el mundo del hurto, de la droga y, en algunas ocasiones, del juego. En el ámbito de los delincuentes están, fundamentalmente, los ladrones que roba con treinta y siete metáforas: un número asombroso y que abarca variedad de tipos y de acciones, muchas de ellas del mundo básicamente metafórico que es el lenguaje de germanía, en el que se buscaba, con los nombres de animales, la ocultación del referente (es, recordemos, un lenguaje críptico). Genéricamente es el *caimán* en el lenguaje de germanía o el *pato malo* en Chile. Casi todas pertenecen al lenguaje de germanía y se refieren a las distintas especialidades del robo: un LADRÓN es un *águila* (germanía); un *águila de flores llanas* («que utiliza artimañas», germanía); un *aguileño* («astuto», germanía); un *aguilucho* («que participa en la repartición de lo que hurtan», germanía); una *araña* en Nicaragua y también en el lenguaje de germanía («el que vende objetos robados»); un *avispón* en Nicaragua y también en el lenguaje de germanía («el que anda viendo dónde robar», germanía); un *andarrios* (el «cebo» en el juego, germanía); un *azor* («famoso», germanía); un *azorero* (germanía); un *buitre* en Cuba y Venezuela; una *comadreja*; un *conejo* («de poco valor») en México; una *garduña*; un *garduñador*; un *gato* («ladrón»); un *gavilán* (germanía); un *gavilán de la pesquera* (si «roba en un puerto de mar»; también germanía); un *gerifalte* (germanía); una *fuina*; un *hurón* («jefe de un grupo de ladrones») en El Salvador; un *lagarto* («que cambia de vestido», germanía); una *lechuza*; un *león*; un *lince* («ladrón de gran vista», germanía); un *lobatón* (germanía); un *loro* en Chile («el que vigila»); un *macaco* en Guatemala y El Salvador; un *murciélago* («de noche», germanía); una *paloma*; una *piraña* («en grupo») y una *polilla* («niño de las pandillas») en Perú; una *rata* («de poco valor»); un *ratero* («que hurta con maña y cautela cosas de poco valor»); un *ratón* en México y República Dominicana; un *sacre* (germanía); una *urraca* («comprador de objetos robados», germanía); un *zorro* («que se finge tonto», germanía). Un DELINCUENTE JUVENIL es un *mico* en el lenguaje del argot. Un ASESINO es un *corvino* en Perú.

La VÍCTIMA es una figura que genera varias metáforas: el *canario* es «el que se deja engañar de una prostituta»; la *cobaya* y el *conejillo de Indias* sirven para experimentar; la *corvina* es la «víctima de un homicidio»; el *ganso* en El Salvador es la «víctima de un robo»; el *grillo* en Venezuela es «el que consume drogas»; la *lorna* en Perú y el *pato* en Ecuador son las personas «objeto de burla»; el *palomo* es la «víctima de cualquier delito».

La cárcel es un ámbito del mundo de la delincuencia. En la germanía, un PRE-
SO era una *avutarda* (germanía); si era «el que confesaba sus delitos» era una *calandria*
o un *cisne*. Un PRESTAMISTA EN LA PRISIÓN es un *buitre* (argot). El POLIZÓN, que
con frecuencia acaba en la cárcel, es un *pollo* en México, un *pavo* (el que entra en
Estados Unidos).

El mundo de las DROGAS es importante socialmente y ha generado algunas
metáforas animales. Hay cuatro metáforas referidas al TRAFICANTE DE DROGA: una
mula (si mueve una cantidad importante); un *camello* (si se trata de una cantidad
intermedia); y, finalmente, una *hormiga* o un *burro* en República Dominicana y
Perú respectivamente (si la cantidad es pequeña). En Puerto Rico, hay todo un
entramado metafórico referido a este mundo: la PERSONA ADICTA A LAS DROGAS es
un *chota* o un *chivo*; si lo hace con disolventes, es un *mono*; «el que trata de con-
vencer a otro para que consuma» es un *oso* y «a la que se trata de convencer» es
un *pescado*. El mundo de las APUESTAS está, en ocasiones, al margen de la ley. EL
JUGADOR es, en germanía, un *caballo*; y «el que juega con dinero ajeno» es un *burro*
en la República Dominicana. «La persona que tiene mucha suerte» es un *burro*
cachero en Chile; pero «la que tiene mala suerte» es un *lechuzo* (argot).

La política, la religión, la economía y el deporte son actividades que, en mayor
o menor medida, también generan metáforas basadas en el mundo animal. En el
mundo de la POLÍTICA, tenemos las siguientes metáforas animales referidas al POLÍ-
TICO y al MILITANTE. En general, hay dos clases de políticos en los partidos: el ala
dura y el ala blanda: *halcones* y *palomas*. Los primeros son los «partidarios de medi-
das intransigentes y del recurso a la fuerza para solucionar un conflicto»; las segun-
das son los «partidarios de medidas moderadas y conciliadoras encaminadas a la
paz». El POLÍTICO es un *búfalo* en Perú; un *buéy* en República Dominicana (si
tiene «facilidad para ganarse a sus seguidores»); un *gavilán* en Centroamérica o un
gallo (si es el candidato preferido) en México, Nicaragua y Paraguay. En México
y en Panamá, el CANDIDATO RIVAL es el *caballo negro*.

Tenemos algunas metáforas para nominar a los MILITANTES de determinados
partidos: en Perú, el «militante del APRA» es un *búfalo*; en Venezuela, el «militan-
te del Partido Liberal» es un *lagartijo*; en Puerto Rico, el «militante del PIPR»
(Partido Independiente de Puerto Rico) es un *pipiolo*; en Bolivia el «militante o
simpatizante del troskismo» es un *loro*; El *alevín* y el *cachorro* es el «joven que sigue
determinadas ideas políticas» y, en general, se utilizan con connotaciones negativas.
La «persona que forma parte del contingente transportado a un evento público,
generalmente político, de manera forzada o inducida mediante recompensa» es un
borrego en México. En general, «el partidario de alguien» es un *lebre*.

Finalmente, el POLÍTICO CORRUPTO es un *mono gordo* en Panamá. El POLÍTICO
POCO IMPORTANTE es el *pato cojo*. El POLÍTICO VETERANO es un *dinosaurio*. Un *topo*
es alguien «infiltrado en una organización». En Cuba, el OPOSITOR AL RÉGIMEN
CASTRISTA es un *gusano*.

En el mundo de la RELIGIÓN tenemos algunas metáforas curiosas. La BEATA es una *rata de sacristía* en México y Costa Rica. En el mismo ámbito, tenemos al SACERDOTE, con cuatro metáforas negativas, que tienen que ver con su tradicional indumentaria (la sotana negra): *cucaracha*, *cuervo*, *escarabajo* y *grajo*. El JUDÍO CONVERSO, ya como referencia histórica, era un *marrano*.

En el mundo de la ECONOMÍA, el RICO es un *pez grande* o un *pez gordo*; un *piojo resucitado*, si es nuevo rico en Puerto Rico. El que «aparenta un nivel social más alto» es una *cacatúa* en Puerto Rico. El POBRE es un *gato* en El Salvador y Honduras; un *pez chico*, o un *tagarote* (hidalgo). En el ámbito del trabajo, el JEFE es un *gallo* (si es el jefe de una pandilla) en Nicaragua; un *gavilán* en El Salvador; un *gerifalte* en Puerto Rico; un *hurón* (argot) o un *tiburón*. Algunas metáforas apuntan a determinado tipo de EMPRESARIOS: «el que aporta el dinero para una empresa de dudoso resultado» es un *caballo blanco*; «el que adquiere de forma solapada un número suficientemente importante de acciones en un banco o sociedad mercantil para lograr cierto control sobre ellos» es un *tiburón*. En cuanto a los diferentes tipos de TRABAJADORES, tenemos los siguientes: El *aprendiz* es un *perico* en Nicaragua; el *esquirol* es un *carnero* en Argentina, Paraguay y Uruguay; «el que percibe varios sueldos» es un CHUPÓPTERO; «el que sustituye temporalmente a otro trabajador» es un *caimán* en Colombia y «el que tiene muchos trabajos» es un *pulpo*.

En el mundo del DEPORTE, el «atleta que lanza la carrera» es una *liebre*; el JUGADOR MALO es un *cochino* en Puerto Rico y una *vaca* en Colombia. Un JUGADOR DE FÚTBOL es un *cuervo* en Argentina (el del Club Central del Norte).

Tenemos unas pocas metáforas que se refieren a diferentes GRUPOS ÉTNICOS: un GITANO es un *tábano*; un MESTIZO es un *zopilote* en Honduras; un cubano HIJO DE ESPAÑOLES es un *bijirita*; y un MULATO DE PELO ROJO es un *bachaco* en Venezuela.

7.3. LA METÁFORA ANIMAL COMO INSULTO: LA MISOGINIA VERBAL Y LA SÁTIRA POLÍTICA. *Insultar*, según el diccionario académico, es «ofender a alguien provocándolo e irritándolo con palabras o acciones». En el *Diccionario de Autoridades*, era solo «acometer con violencia o improvisadamente». Hasta la edición de 1803, no aparece «con palabras». En latín INSULTARE era, etimológicamente, «saltar sobre» (IN, SALTARE). Una de las funciones del lenguaje es «atacar» al interlocutor con palabras. Y parece razonable pensar que todos los rasgos negativos que hemos visto en 7.1 se pueden usar con este propósito, aunque es cierto que unos son más frecuentes que otros. También ciertas denominaciones de la edad, de algunas profesiones y de algunas relaciones interpersonales entran en este ámbito del insulto (7.2).

En aquellos animales utilizados para insultar, he colocado una cita del *Inventario de insultos* (1995) de Celdrán, casi siempre con sus definiciones, a menudo atinadas y con un indudable gracejo. Son los siguientes: *acémila*, *animal* (*animal de bellota*), *arpiá*, *asno* (*asnejón*), *basilisco*, *bestia*, *besugo*, *borrego*, *burro* (*borrico*), *cabestro*,

cabra (*cabrito*, *cabrón*), *camaleón*, *capón*, *capullo*, *caracol*, *cerdo*, *cernícalo*, *chinche*, *chivato*, *choto*, *cochino*, *cotorra* (*cotorrón*), *foca*, *gallina*, *gansarón*, *garduño*, *guarro* (*gorrino*), *gurriato*, *Juan Palomo*, *jumento*, *ladilla*, *lapa*, *lebrastón*, *lebrón*, *macaco*, *mariposa* (*mariposón*), *merluzo*, *monstruo*, *mosca* (*mosca cojonera*, *mosca muerta*, *moscardón*, *moscón*), *novillo*, *pájaro* (*pajarraco*), *pavo*, *pécora*, *percebe*, *perro*, *piojoso*, *pipiolo*, *pollopera*, *puerco*, *rata*, *renacuajo*, *rocín*, *sabandija*, *sanguijuela*, *simio*, *tagarote*, *vacaburra*, *víbora*, *yegua*, *yeti*, *zángano*, *zorra* (*zorrastrón*).

Hemos visto funcionando el insulto sobre todo en los textos de los cancioneros del xv y xvi (en muchos poemas de burla y escarnio), en el teatro popular y en Galdós, géneros y autor, por lo demás, proclives al uso de las metáforas animales en general (Cfr. Conclusiones).

Las tus suzias opiñones
son de *torpe gusarapo*,
que yo çierto es que entrapo
con los años a montones;
mas, bien quitos de baldones,
de los nobles esto arrapo,
e por ti, *suzio gazapo*,
non rindo tres cagajones.

(Alfonso de Villasandino, *Poesías [Cancionero de Baena]*, 1379-a. 1425)

Algunos textos son auténticos continentes de numerosos insultos. Aquí traigo dos significativos. El primero es del anónimo *Auto de Clarindo* (c. 1535), en el contexto de un teatro popular siempre cercano al habla viva. Son una serie de improprios que reciben habitualmente «las que sirven a señoras»:

Pereçosa,
vellaca, *puerca*, golosa,
mala hembra, desoluta;
di, ¿no acabas, çancajosa?
¡Ven aquí, borracha puta!
Dormillona,
¿de dónde vienes, soplona?
¡Mueras de mala calambre!

El otro es el del aragonés Braulio Foz, escritor y periodista, autor de la *Vida de Pedro Saputo* (1844), personaje del folklore de Huesca del siglo xvi, astuto y pícaro, que enhebra una larga lista de insultos (subrayo los basados en animales):

Paquito (Pedro Saputo), dando un brinco, salta en los hombros de un compañero, y dirigiéndose a la mujer que se alongaba refunfuñando, le disparó este borbollón de injurias tirándoselas a puñados con las dos manos: —Vaya con Dios la ella, piltrafa pringada, zurrapa, vomitada, albarda arrastrada, tía cortona, tía cachinga, tía juruga, tía chamusca, pingajo, estropajo, zarandajo, trapajo, *ranacuajo*, zancajo, espantajo, escobajo, escarabajo,

gargajo, mocajo, *piel de zorra*, *fuina*, cagachurre, mocarra, ¡pum, pum!, callosa, cazcarrosa, *chinchosa*, mocosa, legañoso, estoposo, mohoso, seboso, muermoso, asqueroso, ojisucia, podrida, culiparda, hedionda, picuda, getuda, greñuda, juanetuda, patuda, hociuda, lanuda, zancuda, diabla, pincha tripas, fogón apagado, caldero abollado, to-to-to-o-torr-rrr... culona, cagona, zullona, moscona, trotona, ratona, chochona, garrullona, sopona, tostona, chanflona, *gata chamuscada*, *perra parida*, morcón reventado, trasgo del barrio, tarasca, estafermo, pendón de Zugarramurdi, chirigaita, *ladilla*, berruga, caparra, *sapo revolcado*, jimia escaldada, cantonera, mochilera, cerrera, capagallos... Y cesó tan alto y perenne temporal de vituperios, porque la infeliz desapareció de la vista habiendo torcido por otra calle, echando llamas de su rostro, y sudando y muriéndose de vergüenza.

Fuina está también en otra ristra de insultos que el aragonés Ramón J. Sender incluye en su conocido *Réquiem por un campesino español* (1953): «—Te lo digo a ti, zurrapa, trotona, chirigaita, mochilera, trasgo, pendón, zancajo, pinchatripas, ojisucia, mocarra, *fuina*...».

También Galdós utiliza con asiduidad el insulto: es, como venimos comprobando, el autor que más metáforas animales utiliza; fue un profundo escrutador de la conducta del ser humano y no quedan apenas rasgos (casi siempre negativos) fuera del alcance de su pluma maestra. En *Amadeo I* (1910) leemos el siguiente texto:

Mejor orientado, me dirigí a un casinejo de reciente fundación, abierto en la calle de Jacometrezo con el mote de Círculo popular... no sé si conservador o Alfonsino y apenas entré en la obscura, deslucida y puerca antesala, oí la voz del *cernícalo* graznando en estridente disputa con otros *pajarracos* de la *fauna* reaccionaria.

Y cierro este apartado dedicado al insulto con un texto de las *Letanías de lluvia* (1993), premio Azorín de 1992, del asturiano Fulgencio Argüelles: «Julita Odalisca sabía cómo insultar de setenta y cinco maneras diferentes (bambarria, zarramplín, *ganso*, mentecato, chunchumeco, zascandil, mamayo, tolón, simplicio, sansiolé, tarabilla, soplagaitas, babieca, *verraco*, alarico, *garañón* y cincuenta y nueve más)».

En nuestro repaso a los textos con metáforas animales, aparecen con cierta frecuencia los insultos lanzados como dardos hirientes a las mujeres. La misoginia verbal impregna la literatura en lengua española, sobre todo la medieval (Climent, 1999), pero también muchas frases hechas, sobre todo los refranes (Martínez Garrido, 2001):

El león o el toro son animales asociados a la fuerza y al poder de los hombres, por el contrario a las mujeres asociamos rápidamente tres animales prototípicos de la conducta femenina ancestral: la *paloma* por el misticismo y la dulzura espiritual, la *pantera* para la seducción erótica y la *serpiente* por su maldad infinita (81).

A manera de ejemplo, varios refranes —ya citados en su momento— del maestro Correas (*Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627) en los que hay una

igualación entre el animal y la mujer: mula, burra, gato, ovexa y cabra (el último, a modo de traca final).

López (2009) analiza la animalización del retrato femenino en el *Libro de buen amor*. El retrato medieval es un *género mostrativo* que procede de la oratoria antigua y cuya finalidad era alabar o vituperar a una persona:

El uso de animales en la caracterización de los personajes femeninos en el *Libro de buen amor* parece responder, entre otras razones, a un principio mnemotécnico. El público medieval estaba de sobra familiarizado con el mundo animal, no sólo por medio de sus quehaceres cotidianos al tratarse de una sociedad eminentemente agrícola y ganadera, sino también por medio de los bestiarios (59).

Si nos quedamos solo con Doña Endrina, esta viuda es «bien *mansa* y *sosegada*» (adjetivos del mundo animal). Y Trotaconventos la compara a una mula («Pues fue casada, creed que non se arpepienga,/que non ay *mula* de alvarda que la troxa non consienta» —710b—) y a una vaca («Es la viuda tan sola más que *vaca* corrida» —743c—).

Fernández de la Torre y Sánchez Benedito (1999) dibujan un panorama de las metáforas del inglés referidas a la prostituta:

Asistimos a una configuración heterogénea y desigual de la mujer prostituta... configuración que no deja de mostrar una imagen específica, puramente sexual y física, de la prostituta como objeto de placer para el hombre, algo con lo que se comercia, que se desprecia, y que, en cualquier caso, obvia por completo la faceta humana y sentimental de esa persona (565).

Estas son algunas de las metáforas de animales que el inglés ha utilizado o utiliza para denominar a la prostituta: *cow* («vaca»), *pig* («cerdo»), *bitch* («perra»), *cattle* («ganado vacuno»), *badger* («tejón»), *goose* («gansa»), *hen* («gallina»), *lioness* («leona»), *tiger* («tigresa»)... Es curiosa la denominación *thoroughbred* («caballo de pura sangre»), que destaca las destrezas propias de una prostituta experimentada.

Quizás es menos conocido su uso en la sátira y la propaganda políticas. Nogales (2003) hace un repaso al uso de las metáforas animales con una finalidad política en los siglos XIV y XV:

La sociedad medieval buscó en el mundo animal, especialmente a partir de fines del siglo XIII, en el marco de la recepción del aristotelismo y del naturalismo político, una fuente para la representación de su propia realidad desde el punto de vista político a partir de modelos naturales, como la colmena de las abejas, o imaginarios, como la Corte del león, rey de los animales (268).

Y de la Edad Media al siglo XX. Campos (2013) ha publicado un curioso trabajo sobre el uso de las metáforas animales en el humor gráfico de la prensa du-

rante la Segunda República, «muy acorde con la brutalización de la política que se experimentaba en la Europa de esos años». Analiza las viñetas de varios periódicos, en los que la fauna más frecuente eran los *leones* (pueblo republicano), el *toro* (los conservadores) y la *araña* (los ultraconservadores). El texto cita más arriba de Galdós dibuja ya un panorama de metaforización de la política y de los políticos. El insulto que actualmente sigue vigente en un país muy dado a las metáforas como Cuba es el *gusano* para referirse al «opositor al régimen castrista».

8

DERIVADOS, COMPUESTOS Y FRASEOLOGÍA EN LAS METÁFORAS ANIMALES

A las cinco, la tertulia del café de la calle de San Bernardo se disuelve,
y a eso de las cinco y media, o aún antes, ya está *cada mochuelo en su olivo*.
(*La colmena*, Camilo José Cela)

8.1. DERIVADOS Y COMPUESTOS.

8.2. FRASEOLOGÍA.

El concepto de *marco semántico* fue acuñado por Charles J. Fillmore («Frame semantics» en *Linguistics in the Morning Calm*, Seoul, Hanshin, 1982: 111-138) y se refiere a un sistema de conceptos vinculados entre sí. Cada elemento léxico de un marco, de un campo, cuando se inserta en un texto o en una conversación, activa las asociaciones semánticas, sus valores polisémicos, sus derivados léxicos, sus valencias sintácticas y semánticas, sus significados metafóricos y su fraseología. Un estudio como este no podía dejar de lado los derivados, los compuestos y la fraseología que, cuando heredan el significado metafórico de la palabra primitiva, se convierten en una extensión de la metáfora: *lagartón* como «persona taimada»; *pavisoso* como «bobo, sin gracia ni arte»; *mosca muerta* como «persona al parecer, de ánimo o genio apagado, pero que no pierde la ocasión de su provecho» o *te conozco bacalao*, expresión para «indicar que se conocen las intenciones o el modo de actuar de alguien». A veces, heredan los dos significados: *carcomer* es «roer la madera»; pero también «consumir poco a poco la salud, la virtud». En otras ocasiones, solo heredan el significado metafórico: *piojoso* no es lo «relativo al piojo», sino «miserable, mezquino». Otras veces, es el derivado o la frase los que generan el significado metafórico: *amilanar(se)* es «abatir(se) o desalentar(se)»; un *juey dormido* es la «persona lista, astuta, marrullera» en Puerto Rico.

En este capítulo, voy a estudiar los procesos de derivación y composición de los sustantivos metafóricos, así como los procesos fraseológicos (aquí solo señalo aquellos aspectos más significativos: toda la información de derivados, compuestos y fraseología está en el Índice I; marco con un asterisco los no recogidos en el DLE).

Los nombres de nuestro corpus que generan más derivados, compuestos y fraseología suelen ser los prototípicos de cada grupo. Así los más prolíficos son los MAMÍFEROS *burro*, *perro* y *zorro* y las AVES *pájaro* y *pato*.

BURRO genera *burro cachero*, *burro cargado de letras*, *burro embarcado*, *burro porfiado*, *burro tusero*, *burro con plata*, *burro con sueño*, *burro de carga*, *burro no come bizcochitos*, *el burro hablando de orejas*; PERRO genera *perro nuevo*, *perro viejo*, *perro del hortelano*, *perillo de todas bodas*, *perrito de falda o faldero*, *hijo de perra*, *tratar a alguien como a un perro*; ZORRO genera *zorrastrón*, *zorrupia*, *zorra muerta*, *zorro viejo*, *estar alguien hecho un zorro*, *estar hecho unos zorros*, *zorrear*.

PÁJARO genera *pajarito*, *pajarazo*, *pajarón*, *pajarote*, *pajarero*, *pajarraco*, *pajarobravismo*, *pajarear*, *pájaro gordo*, *pájaro de mal agüero*, *un pájaro de cuenta*, *quedarse alguien pajarito*; y PATO, finalmente, genera *patoso*, *patito feo*, *pato malo*, *pato mareado*, *pato de la boda*, *pato de (toda) boda*, *edad del pato*, *hacerse alguien el pato*.

En menor medida, tenemos entre los GENÉRICOS, *bicho* y *bestia*; entre los MAMÍFEROS *buey*, *caballo*, *gato*, *liebre*, *mono*, *rata* y *ratón*; entre las AVES, el genérico *ave* y *gallo*; entre los INSECTOS *chinche*, *mosca* y *piojo*; entre los PECES, el genérico *pez*.

8.1. DERIVADOS Y COMPUESTOS. Los derivados y compuestos son 146 (con 11 entradas independientes).

DERIVADOS APRECIATIVOS (38).

LOS AUMENTATIVOS (19) tienen normalmente un sentido negativo y siempre expresan un valor intensivo:

-ÓN: *abejón*, *asnejón*, *borricón*, *bueyón* -na, *cotorrona*, *cucarachón*, *culebrón*, *lagartón* -tona, *lebrastón*, *lebrón*, *lobatón*, *mariposón*, *moscón* -na, *pajarón*, *zorrastrón*

-AZO: *pajarazo*

El aumentativo puede designar un tipo de animal u otro animal diferente: *avispón* es una especie de avispa; *gansarón* es un tipo de ganso (bravo); *moscardón* es una especie de mosca.

LOS DESPECTIVOS (7) son *avechucho*, *bestiún*, *guarrindongo* y *potranca*. En el italianismo *bestiún*, el sufijo es genovés. Designan, en ocasiones, a animales diferentes: *abejaruco* es un pájaro y *abejorro* es un insecto «semejante a la abeja». En otras ocasiones, designan a las crías: *aguilucho*.

LOS DIMINUTIVOS (12): algunos adquieren significados metafóricos son (*burro* es un regresivo de *borrico*; por tanto, no es propiamente diminutivo en español —latín BURRICUS—): *borrico*, *pajarito*, *palomilla*, *potrilla*. En otros casos el diminutivo designa

otro animal, como *conejillo de Indias* o *mosquito*. Otras veces es el nombre de las crías: el *ballenato* es la «cría de la ballena»; el *palomino* es «el pollo de la paloma brava»; el *pollino* es el «asno joven»; el *viborezno* es la cría de la víbora; el *zorрино* es la mofeta. En el caso de *caracoleta*, se trata de un aragonesismo (con el sufijo *-eta*).

DERIVADOS VERBALES (53). El sustantivo es la clase de palabras que señala el referente animal: su aspecto físico y su comportamiento. Pero el comportamiento también puede ser expresado por el VERBO: las acciones de los animales que llaman la atención son transferidas al ámbito humano; es un «actuar como». Así, *aborregarse* es «adquirir rasgos atribuidos al borrego, especialmente mansedumbre y gregarismo». Es una definición que refleja perfectamente ese tránsito de lo animal a lo humano, esa verbalización del paralelismo.

Tenemos 53 verbos derivados de nombres de animales: 17 por parasíntesis —prefijación y sufijación simultáneas— (8 con *a-*, 1 con *des-* y 8 con *em/n-*, 4 en *-ar*, 31 en *-ear* y 1 en *-er*):

aborregarse, agazaparse, alebrarse, alebrestarse, amilantar(se), amularse, apolillarse, arratonar(se), desapolillarse, emperrarse, emporcar(se), encabritar(se), encabronarse, engatar, engatusar, engolondrinar(se), entigrearse

-AR: *avispar(se), azorar(se), chinchar(se), chivar(se)*

-EAR: *abejorrear, buitrear, burrear(se), cangrejear, chivatear, chotear(se), cotorrear, coyotear, dragonear, galguitar, gallear, garduñar, gatear, halconear, hormiguitar, huronear, lagartear, maripositar, mosquear(se), pajarear, pavear, pavonearse, perrear, pollear, pololear, ratonear(se), sapear, torear, viborear, zanganear, zorrear*

-ER: *carcomer*

También tenemos adjetivos y sustantivos derivados deverbales.

DERIVADOS ADJETIVOS (17). Tenemos 12 adjetivos derivados denominales: 5 en *-ero*, 4 en *-oso*, 1 en *-dor*, 1 en *-eño* y 1 en *-ondo*.

-ERO: *azorero, chinchorrero, corvino, pajarero, ratero*

-OSO: *chinchoso, patoso, pavisoso, piojoso*

-DOR: *garduñador*

-EÑO: *aguileño*

-ONDO: *verrondo*

Los derivados adjetivos deverbales son *aborregado, alagartado, apalominado, arratonado* («apendejado, acobardado», Chile y Cuba) y *avispado*.

DERIVADOS SUSTANTIVOS (29). Los derivados sustantivos se centran en dos animales, la cabra y, sobre todo, el cerdo y con un significado común (10 con el sufijo *-ería* y 7 con *-ada*). *Cabronada, cerdada, cochinateda, gorrinada, guarrada, gorrinería, guarería y porquería* son coloquiales y con el sentido de «acción sucia e indecente»,

«mala pasada». Otros derivados son *chinchorrería*, *chivatada*, *chivatería*, *chotería*, *galguería*, *gansada*, *lagartería*, *pavisosería* y *zanganería*. Con el sufijo *-era*, tenemos *verraquera* (de *verraco*).

Once son derivados sustantivos de los verbos en *-ear*: *abejorreo*, *buitreo*, *burreo*, *chivateo*, *cotorreo*, *hormiguelo*, *mosqueo*, *pavoneo*, *pololeo*, *toreo* y *zanganeo*.

COMPUESTOS LÉXICOS (9). *Pavisoso* y *pavitonto* son dos compuestos de *pavo*. La indecisión en Nicaragua se sintetiza en un presunto animal mixto: *gallogallina*. *Vacabuey* y *vacaburra* son construcciones recientes de tono jocoso. *Gatomuso* es, en Valladolid, «hipócrita» y está compuesto del nombre del animal y de la voz expresiva con la que se le llama. *Cerdícola* es un compuesto jocoso y peyorativo construido a imitación de *cavernícola* (con una semipalabra griega). *Monicaco* es un cruce de *monigote* y *macaco*. La *avutarda* es un tipo de ave con «alas pequeñas, por lo cual su vuelo es corto y pesado».

Tenemos en el corpus de metáforas animales, por tanto:

137 derivados

38 derivados apreciativos —10 con entradas independientes—: 19 aumentativos [3 con entrada independiente: *avispón*, *gansarón*, *moscardón*], 7 despectivos [3 con entrada independiente: *avechicho*, *abejaruco*, *abejorro*] y 9 diminutivos [4 entradas independientes: *borrico*, *pollino*, *palomino*, *zorrito*]

53 derivados verbales

17 derivados adjetivos

29 derivados sustantivos

y 9 compuestos léxicos [1 entrada independiente: *avutarda*].

8.2. FRASEOLOGÍA. Prefiero, por razones prácticas, seguir al diccionario académico en el complejo mundo de la fraseología: en la presentación de la edición 22.^a, al hablar de las «formas compuestas», cita las LOCUCIONES (*fuera de combate*), FRASES (*subirse por las paredes*) y EXPRESIONES (*a la vuelta lo venden tinto*); en la última edición habla de «formas complejas» y se refiere a dos tipos:

las combinaciones estables en que un sustantivo va acompañado de un elemento de desempeña una función adjetiva respecto a él (que no tienen ninguna abreviatura que las marque): las denomino *compuestos sintagmáticos*, que en otras terminologías fraseológicas son *locuciones nominales* o *sustantivas*.

LOCUCIONES y EXPRESIONES (se olvida de las FRASES).

Locución se define, en el diccionario académico, como la «combinación fija de varios vocablos que funciona como una determinada clase de palabras» y cita las ADJETIVAS (*de tomo y lomo*, *de rechupete*), las ADVERBIALES (*de antemano*, *de repente*), las CONJUNTIVAS (*si bien*, *ya que*), las INTERJECTIVAS (*¡cuánto bueno!* *¡santo cielo!*), las

NOMINALES O SUSTANTIVAS (*el más allá, el qué dirán*), las PREPOSICIONALES (*en orden a, a través de*), las PRONOMINALES (*el que más y el que menos*) y las VERBALES (*caer en la cuenta*).

Las NOMINALES O SUSTANTIVAS marcadas como tales son grupos de palabras con el artículo delante, palabras latinas (*peccata minuta*) o ciertos juegos como *ande la rueda y coz con ella*.

Con *frase*, el diccionario académico se refiere a dos conceptos. Por una parte, a *frase hecha* (en la segunda acepción), que tiene —a su vez— dos acepciones: «frase que es de uso común y expresa una sentencia a modo de proverbio» (*En el medio está la virtud. Nunca segundas partes fueron buenas*; no recoge ninguna de ellas) y «frase que, en sentido figurado y con forma inalterable, es de uso común y no incluye sentencia alguna» (*¡Aquí fue Troya! Como anillo al dedo*; la primera la marca como «expresión», la segunda «como locución adverbial»). Por otra parte, a la «expresión acuñada constituida por dos o más palabras cuyo significado conjunto no se obtiene a partir del de los elementos que la componen» (en la séptima), sin ejemplo. En la marcación del diccionario, aparece aplicada a un grupo de palabras con un verbo en infinitivo (*subirse por las paredes*).

Con *expresión* se refiere, como tecnicismo de la lingüística, a la «combinación fija de palabras que permite escasa variación morfológica y que tiene valor de enunciado», en algunas corrientes de la fraseología (sin ejemplo). En la marcación del diccionario, aparece aplicada a un grupo de palabras con un verbo en forma personal (*a la vuelta lo venden tinto*).

Los elementos fraseológicos de nuestro corpus son 198.

COMPUESTOS SINTAGMÁTICOS (117).

El grupo más numerosos de compuestos sintagmáticos tiene la estructura SUSTANTIVO + ADJETIVO (61). Son los siguientes:

araña peluda; ave carroñera, fría, zonza; bestia negra, parda, peluda; bicho raro; buey broco; burro cachero, embarcado, porfiado, tusero; caballo americano, blanco, loco, negro, percherón; chanco encebado, rengó; culebra parada; elefante blanco; fiera corrupta, echada; gallo guinea, quíquere; gata parida; gato viejo; lobo solitario; mono gordo, porfiado; mosca blanca, cojonera, muerta; oveja descarriada, negra; pájaro gordo; pargo barato, de mucho meringuito, estérico, macera; patito feo; pato cojo, malo, mareado; pavo real; perro nuevo, viejo; pez chico, gordo; piojo blanco, pegadizo, pegado, resucitado; ratón colorado; sapo verde; toro corrido; vaca sagrada; zorra muerta.

Caculo social (escarabajo) y *mirlo blanco* son compuestos que tienen entrada propia (solo como compuestos sintagmáticos los nombres de animales tienen un sentido metafórico). *Mala pécora* y *mal bicho* tienen la estructura invertida. Hay que señalar la presencia de varios colores: el negro, negativo (*bestia, caballo* —«candidato o participante no favorito»—, *oveja*); el pardo (*bestia*); el blanco, positivo (*caballo*

—«que aporta dinero para una empresa de resultado dudoso»—, *elefante* —«que soluciona un problema»—; y el *mirlo*); también el ratón *colorado* y el sapo *verde* («guardia civil»).

Los compuestos sintagmáticos con la estructura SUSTANTIVO + DE + SUSTANTIVO son bastante frecuentes (28):

águila de flores llanas; *animal* de bellota, del monte; *ave* de paso, de rapiña; *buey* de carga; *burro* de carga; *gallo* de pelea; *gata* de Juan Ramos; *gavilán* de la pesquera; *lobo* de mar, *lobos* de la misma camada; *pargo* de mucho meringuito; *pájaro* de mal agujero, de cuenta; *pato* de (toda) boda; *perro* del hortelano; *perrillo* de todas bodas; *perrito* de falda o faldero; *pichón* de poste; *rata* de sacristía, de biblioteca; *ratón* de biblioteca, de cola pelada, de una sola cueva; *sapo* de otro pozo, *vaca* de la boda.

Con la estructura SUSTANTIVO + CON + SUSTANTIVO tenemos tres: *burro con plata*, *burro con sueño* y *cabrón con pintas*. Más raras son las que tienen el esquema SUSTANTIVO + SIN + SUSTANTIVO (*toro sin tienta*) y SUSTANTIVO + EN + SUSTANTIVO (*chancho en misa*, *chancho en trapecio*, *gata en celo*). Con la estructura SUSTANTIVO + A + ARTÍCULO + SUSTANTIVO, está *chancho al hombro*. Finalmente, con el esquema SUSTANTIVO + ORACIÓN DE RELATIVO, tenemos *chancho que no da manteca*.

Solo tenemos dos compuestos con la estructura SUSTANTIVO + ADJETIVO + COMPLEMENTO: *asno cargado de letras* y *burro cargado de letras*.

Cuatro gatos, tiene la estructura de CUANTIFICADOR + SUSTANTIVO. *Todo bicho viviente* tiene la estructura de CUANTIFICADOR + SUSTANTIVO + ADJETIVO. En *Juan Palomo* («hombre que no se vale de nadie, ni sirve para nada»), el animal entra a formar parte del nombre como apellido.

Finalmente, *la maza* y *la mona* es un compuesto con la estructura ARTÍCULO DETERMINADO + SUSTANTIVO + Y + ARTÍCULO DETERMINADO + SUSTANTIVO.

En los siguientes compuestos sintagmáticos (13), el animal aparece en segundo término: *el abrazo del oso* y, con sentido metonímico, *boca de escorpión*, *canto del cisne*, *cerebro de mosquito*, *diálogo de —para— besugos*, *hijo de perra* (que remite a *hijo de puta*), *lágrimas de cocodrilo*, *lengua de escorpión*, *lengua serpentina*, *lengua viperina*, *pecho de paloma*, *rabo de lagartija* y *táctica (técnica o política) del avestruz*.

LOCUCIONES VERBALES (47). También los animales con más usos metafóricos son los que generan fraseología. En muchos casos, las construcciones conservan sintácticamente un verbo que evita el paso de la comparación a la identificación entre animal y ser humano.

La estructura comparativa VERBO + COMO + ARTÍCULO INDETERMINADO + SUSTANTIVO expresa el momento previo a la identificación entre el sujeto y el sustantivo posterior: *aburrirse como una ostra*; *caer (morir) como chinches*; *comer como un gorrión*; *comer como un pajarito*; *correr como un gamo*; *estar como una cabra*; *estar como una chota*; *hablar como un papagayo*; *ir para atrás como los cangrejos*; *liarse como un caracol*; *pegarse*

como una ladilla; pegarse como una lapa; poner a alguien como un pulpo; ponerse colorado como un cangrejo; ponerse como un chinche; sudar como un pollo y tratar a alguien como a un perro. En salir rana y vestirse de pingüino, se ha elidido el elemento comparativo y el sustantivo o el sintagma nominal adquieren un valor adverbial («malo como las ranas»; «como si fuera un pingüino»).

En la estructura SER O PARECER O ESTAR HECHO + ARTÍCULO + SUSTANTIVO el sujeto del verbo ya se identifica con el sustantivo que le sigue: *ser el último mono, ser un juey dormido, parecer el asno de Buridán, estar hecho un buey, estar hecho un gorrión, estar hecho un zorro, estar hecho unos zorros.*

La estructura VERBO + MÁS (MENOS) (SUSTANTIVO)+ QUE + SUSTANTIVO intensifica el significado del verbo; están *saber más que las bibijaguas, saber más que las culebras; tener más conchas que un galápago; tener menos seso que un mosquito.*

PONERSE O QUEDARSE (HECHO) Y HACER(SE) + (ARTÍCULO) + SUSTANTIVO añaden el significado de «actuar como»: *ponerse avispa, ponerse gallito; quedarse hecho un mico; hacer el ganso, hacer el oso; hacer la mula; hacerse pato; hacerse el sapo, hacerse el zorro. QUEDARSE /VOLVERSE + SUSTANTIVO indica «cambio de estado»: quedarse pajarito; volverse mico.*

Más específicas son *hablar por boca de ganso o andar con el bacalao a cuestras.*

Finalmente, tenemos tres locuciones con la estructura VERBO + A + SUSTANTIVO: *oler a chotuno, oler a pescado, oler a tigre* [en el diccionario académico sin el verbo y como locución adjetiva] y una con la estructura VERBO + A + ARTÍCULO + SUSTANTIVO *jugar al gato y al ratón.*

LOCUCIONES ADJETIVAS (12). Tienen una estructura comparativa de superioridad (SER) + MÁS + ADJETIVO + QUE + ARTÍCULO DETERMINANTE + SUSTANTIVO (SN) que actúa como intensivo del adjetivo: *(ser) más frío que la picha de un pez; (ser) más pesado que una vaca en brazos; (ser) más pobre que las ratas (que una laucha); (ser) más puta que las gallinas; (ser) más resbaloso que la guabina.* Tiene estructura comparativa de igualdad *(ser) terco como una mula y (estar) rojo como una langosta.*

También tenemos varias con la estructura PARTICIPIO + COMO + ARTÍCULO INDETERMINADO + SUSTANTIVO: *corrido como una mona o hecho una mona* es «avergonzado»; *hecho una fiera (ponerse); hecho un basilisco (ponerse).*

LOCUCIONES ADVERBIALES (8). Son estructuras comparativas *como chanco en el barro, como el perro y el gato (llevarse); como gallina en corral ajeno (estar, sentirse); como gato panza arriba (defenderse); como pez en el agua (estar, moverse); como un elefante en una cacharrería; como un pulpo en un garaje (estar, sentirse).* Con la preposición *a*, tenemos *a gatas.*

EXPRESIONES (15). Más complejas, sintáctica y semánticamente, son las expresiones *burro no come bizcochitos y el burro hablando de orejas; camarón que se duerme se*

lo lleva la corriente; cría cuervos y te sacarán los ojos, la cabra siempre tira al monte; las ratas abandonan el barco; los mismos perros con distintos collares y por la boca muere el pez. Dos se refieren a pescados: *te conozco, bacalao; ya te veo besugo que tienes el ojo claro.* Y, finalmente, dos paralelas que se refieren a la experiencia: *pájaro viejo no entra en jaula y pez viejo no traga el anzuelo.*

Varias expresiones con *cada* («todos»): *cada gorrión tiene su corazón* y, con verbo implícito el verbo (*irse o estar*), *cada oveja con su pareja* o *cada mochuelo a su olivo.*

Hay, pues, 198 elementos fraseológicos: 117 compuestos sintagmáticos (2 con entrada independiente), 47 locuciones verbales, 12 locuciones adjetivas, 8 locuciones adverbiales y 15 expresiones en los que están implicados diferentes animales.

Tenemos, por lo tanto, en el corpus de metáforas animales, 651 unidades léxicas: además de los 320 nombres de animales (2 compuestos sintagmáticos con entrada independiente, *caculo social* y *mirlo blanco*), 146 derivados y compuestos (11 con entrada independiente) y 198 elementos fraseológicos (2 compuestos sintagmáticos con entrada independiente).

Los nombres de animales que más derivados, compuestos y fraseología generan son los siguientes: *avispa* (insecto), *bestia* (genérico), *bicho* (genérico), *buey* (bóvido), *burro* (solípedo), *cabra* (rumiante), *chinche* (insecto), *chivo* (rumiante), *culebra* (reptil), *gallo* (gallinácea), *gato* (félido), *lagarto* (reptil), *liebre* (lagomorfo), *lobo* (cánido), *mono* (primate), *mosca* (insecto), *pato* (palmípeda), *pavo* (gallinácea), *perro* (cánido), *pez* (peces, genérico), *piojo* (insecto), *ratón* (roedor), *vaca* (bóvido), *víbora* (reptil) y *zorro* (cánido). No existen demasiados derivados o fraseología en las aves rapaces ni en los pájaros; tampoco en crustáceos y anfibios ni en animales imaginarios.

9

EL BESTIARIO AMERICANO

Aquí son los peçes tan disformes de los nuestros, qu'es maravilla. Ay algunos hechos como gallos, de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mill maneras, y las colores son tan finas, que no ay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos; también ay vallenas.

Bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera salvo papagayos y lagartos.
(*Diario del primer viaje de Colón, 1492-1493*)

Este es un apartado necesario para recoger las informaciones dispersas en los capítulos anteriores sobre los nombres de animales americanos y sus valores metafóricos. Parece razonable abordar cualquier estudio del español desde la perspectiva del *panhispanismo*. Limitarse solo al estudio de lo que ocurre en España, en cualquier ámbito, es un planteamiento parcial y pobre.

Es sabido que, cuando los españoles llegan al nuevo mundo se encuentran con una sociedad y con unas costumbres extrañas, pero también con una naturaleza diferente y se enfrentan al problema de poner un nombre a las nuevas realidades: nuevos animales, nuevas plantas, nuevas flores, nuevos frutos... En un primer momento, cuando aún desconocen su nombre en la lengua indígena, establecen una comparación con referentes conocidos de la Península Ibérica y echan mano de las palabras ya existentes: son conocidos los casos de *piña* (fruto del pino) para un fruto tropical con ciertas semejanzas o, en el mundo que ahora nos interesa, *lagarto* para denominar al *caimán* (más abajo veremos *bagre*, *boa*, *búfalo*, *pargo*). En un segundo momento, sobre todo cuando las semejanzas entre el referente conocido y el nuevo son escasas, se recurre al indigenismo; recuérdese que en el diario de Colón ya están *cacique* o *tiburón*. Pero, normalmente, se utilizan en un área más o menos coincidente con la de la lengua indígena; aunque las consideradas «lenguas generales», como el nahua y el quechua, tienen mayor extensión (en nuestro

léxico metafórico más la primera que la segunda). Según el estudio de Mejías (1980: 10), en los indigenismos del español americano del siglo XVII la fauna ocupaba el tercer lugar (12,5%), después de la flora (29,2%) y de la organización social (14%).

En nuestro corpus de metáforas animales, hay 70 nombres de animales americanos. Dentro de la clasificación de los animales son:

MAMÍFEROS (15): *búfalo* y *matacán* (bóvidos); *coyote*, *mofeta* (carnívoros); *chiporro*, *guanaco*, *llama* (rumiantes); *acure*, *jutía*, *laucha*, *guayabito*, *quinicho*, *vizcacha*, (roedores); *conejillo de Indias*, *cobaya* (lagomorfos).

REPTILES (6): *anaconda*, *boa*, *caimán*, *cuaima*, *cuija*, *majá*.

AVES Y PÁJAROS (22): *aura*, *lislique*, *querque*, *tecolote*, *tiuque*, *zopilote* (aves rapaces); *chachalaca*, *chompipe*, *guacharaca*, *guajolote*, *guanajo*, *pisco* (gallináceas); *guacamayo*, *perico* (psitaciformes); *bijirita*, *chango*, *querrequerre*, *pitirre*, *sijú*, *sinsonte*, *sirirí*, *yigüirro* (pájaros).

INSECTOS (11): *bachaco*, *bibijagua*, *caculo*, *changa*, *chichilasa*, *jelepate*, *mangangá*, *mayate*, *nigua*, *pololo*, *zuncuán*.

PECES (13): *bagre*, *balajú*, *cauque*, *charal*, *cherná*, *corvina*, *guabina*, *guachinango*, *lorna*, *mote*, *pargo*, *piraña*, *tiburón*.

CRUSTÁCEOS (2): *jaiba*, *juey*.

IMAGINARIOS (1): *chinchintora*.

En algún caso, el nombre del animal americano tiene su origen en el latín (6). *Boa* procede de BOA («serpiente acuática», «serpiente de gran tamaño»); *búfalo* («bisonte que vive en América del Norte»), del tardío BUFALUS (bóvido asiático y africano). También los peces *corvina* (de CORVINUS), *pargo* y *bagre* (ambas formas de PAGRUS, pez de la familia de los sargos y doradas; el segundo probablemente a través del mozárabe) y *cherná* (quizás a través del mozárabe). El caso de *matacán* («ternero» en Nicaragua) puede ser una creación nueva con un compuesto (en España era la «liebre corrida por los perros»).

Algunos, aunque animales originarios de América, son muy conocidos en Europa y han generado significados metafóricos en ambos lugares: es el caso de *caimán* que significa en Colombia y Venezuela la «persona hábil y sin principios en los negocios o en asuntos relacionados con el dinero» y en España «maleante, vagabundo» e incluso se ha usado como denominación del *guardia civil*. También están el bóvido *búfalo*; los carnívoros *coyote* (nahua) y *mofeta* (italianismo); los lagomorfos *conejillo de Indias* (que es el *cuy*, quechua) y la *cobaya* (tupí); los reptiles *boa*, con el ya citado *caimán*; las aves psitaciformes *loro* (caribe) y *perico* (deonomástico, diminutivo de Pero por Pedro); y los peces *piraña* (guaraní) y *tiburón* (¿arahuaco? ¿tupí?).

También hay animales muy conocidos en España, pero con significados metafóricos solo en América: *llama* (quechua), que en Bolivia es el «campesino indígena que se traslada del campo a la ciudad».

Los nombres metafóricos procedentes de las lenguas amerindias son 47 (al menos los identificados; *cfr.* arriba los 70 nombres de animales americanos). De las

lenguas de las Antillas (el arahuaco —y el taíno—, el caribe) proceden 19; del nahua (y el pipil, lengua derivada, y el tarasco), 14; y, en menor medida, del quechua (4), del mapuche (5), del guaraní (2) y del tupí (1). Menos conocidas son la lengua lenca (1) y la lengua güétar (1).

Del grupo de lenguas ARAHUACO («grupo de lenguas amerindias, originarias de la zona situada entre el Río Negro y el Orinoco, habladas por los arahuacos uno de los pueblos indígenas que se extendieron desde las Grandes Antillas por muchos territorios de América del Sur») proceden: *bibijagua* (hormiga), *balajú* (pez), *guayabito* (ratón), *guanajo* (pavo), *jaiba* (cangrejo), *jutía* (roedor) y *nigua* (insecto). Concretamente del TAÍNO (lengua arahuaca), *bijirita* (ave), *caculo* (escarabajo), *caimán*, *guabina* (pez), *guacamayo* (ave) y *juey* (cangrejo).

Del grupo de lenguas CARIBE («habladas por los caribes —un pueblo que en otro tiempo dominó una parte de las Antillas y se extendió por el norte de América del Sur—, entre las que destacan el tamanaco y el cumanagoto») es *loro*; concretamente del CUMANAGOTO procede *guacharaca* (ave) y del CHAIMA (la lengua caribe de un pueblo amerindio que habitaba nordeste de Venezuela), *cuaima* (serpiente). *Aura* (ave), *majá* (culebra) y *sijú* (ave), los tres utilizados en Cuba, son INDIGENISMOS ANTILLANOS (no sabemos de qué lengua concreta).

Del NAHUA («lengua yutoazteca meridional») vienen *chachalaca* (ave gallinácea), *chichilasa* (hormiga), *coyote*, *cuija* (lagartija), *guajolote* (pavo), *jelepate* (insecto), *mayate* (escarabajo), *quinicho* (ratón), *sinsonte* (pájaro), *tecolote* (ave rapaz), *zopilote* (ave rapaz) y *zuncuán* (abeja). Del PIPIL («lengua yutoazteca meridional derivada del nahua que hablan los pipiles en El Salvador, Guatemala meridional y Honduras septentrional») procede *chompipe* (pavo). Del TARASCO («lengua hablada en el estado de michoacán») procede *charal* (pez).

De la lengua LENCA («lengua amerindia que hablaba los lencas», «pueblo amerindio que habitaba el sur, centro y occidente de Honduras y la zona fronteriza de El Salvador») viene *lislique* (ave) y del GÜETAR («lengua chibcha que hablaban los güetares», «pueblo amerindio que habitaba la parte central de Costa Rica, y del que hoy quedan pequeños núcleos»), *yigüirro* (pájaro).

Del MAPUCHE (lengua araucana) *cauque* (pez), *chiporro* («cordero»), *laucha* (ratón), *pololo* (insecto) y *tiuque* (ave). Del QUECHUA vienen *guanaco* (mamífero), *llama*, *pisco* (pavo) y *vizcacha* (roedor). Del GUARANÍ, *mangangá* (insecto) y *piraña*. Del TUPÍ, *cobaya*.

Son ONOMATOPEYAS (4) *chinchintora* (serpiente fabulosa), *pitirre* (pájaro), *querque* (ave) y *querrequerre* (pájaro).

De ETIMOLOGÍA INCIERTA (3) son *guachinango* (pez), *lorna*[★] (pez) y *sirirí* (pájaro).

De ETIMOLOGÍA DISCUTIDA (2) son *chancho*: para García de Diego es voz de origen natural (*chan*, para llamar al cerdo), explicación que comparte el diccionario académico; para Corominas-Pascual es un deonomástico: procede de Sancho, nombre propio de persona, con el que se apodaba al animal; y también *tiburón*: para

Cuervo y Henríquez Ureña procede del arahuaco portugués, pero Corominas y Pascual creen que viene del tupí.

Los países que más metáforas animales en americanismos han generado son Cuba (11), México (8) y Puerto Rico (8):

Cuba (11): del arahuaco *bibijagua* (hormiga), *guayabito* (ratón), *jutía* (roedor), *guanajo* (pavo, República Dominicana); del taíno, *bijirita* (ave, República Dominicana), *guabina* (pez, Puerto Rico, Venezuela); del nahua *sinsonete* (pájaro). *Aura* (ave), *majá* (culebra) y *sijú* (ave) son indigenismos antillanos. *Guachinango* (pez, Puerto Rico) es de etimología incierta.

México (8): (todas del Nahuatl): *charal* (pez), *chichilasa* (hormiga), *cuija* (lagartija), *guajolote* (pavo), *tecolote* (ave rapaz), *tiuque* (ave rapaz), *zopilote* (ave rapaz), *mayate* (escarabajo), *chachalaca* (ave gallinácea, América central).

Puerto Rico (8): del arahuaco, *balajú* (pez), *jaiba* (cangrejo, El Salvador, República Dominicana); de la lengua arahuaca taíno, *caculo* (escarabajo) y *guabina* (pez, Cuba, Venezuela). *Pitirre* (pájaro) es de origen onomatopéyico. *Chango* (pájaro), *changa* (insecto) y *guachinango* (pez, Cuba) son de origen incierto.

Chile (6): del mapuche, *cauque* (pez), *chiporro* (cordero), *laucha* (ratón, Argentina), *pololo* (insecto, Bolivia); del quechua, *guanaco* (mamífero, Bolivia). *Mote* (pez) es de origen incierto.

Venezuela (5): del grupo de lenguas caribe es *acure* (roedor); de la lengua caribe chaima (pueblo amerindio que habitaba nordeste de Venezuela) es *cuaima* (serpiente). De la lengua arahuaca taíno *guabina* (pez, Cuba, Puerto Rico). *Querrequerre* (pájaro) es de origen onomatopéyico. Y, finalmente, *guacharaca* (ave, Colombia) procede del cumanagoto (lengua del Caribe).

El Salvador (4): quizás de origen onomatopéyico es *chinchintora* (serpiente fabulosa). Del arahuaco son *nigua* (insecto, Guatemala) y *jaiba* (cangrejo, Puerto Rico, República Dominicana). *Lislique* (ave) procede del lenca (pueblo amerindio que habitaba el sur, centro y occidente de Honduras y la zona fronteriza de El Salvador).

Honduras (3): del nahua son *quinicho* (ratón) y *zuncuán* (abeja). *Querque* (ave) es de etimología incierta.

República Dominicana (3): del arahuaco proceden *guanajo* (pavo, Cuba) y *jaiba* (cangrejo, El Salvador; Puerto Rico); del taíno, *bijirita* (ave, Cuba).

Bolivia (3): del quechua son *guanaco* (mamífero, Chile) y *llama* Chile; del mapuche, *pololo* (insecto, Chile).

Colombia (3): del cumanagoto es *guacharaca* (ave, Venezuela); del quechua es *pisco* (pavo); *sirirí* (pájaro) tiene una etimología incierta.

Argentina (2): del mapuche procede *laucha* (ratón, Chile); del guaraní, *mangangá* (insecto, Uruguay).

Guatemala (2): del pipil procede *chompipe* (pavo); del arahuaco, *nigua* (insecto, El Salvador).

Uruguay (2): del quechua procede *vizcacha* (roedor) y del guaraní *mangangá* (insecto, Argentina, Paraguay).

Nicaragua (1): del nahua es *jelepate* (insecto).

Paraguay (1): del guaraní es *mangangá* (insecto, Argentina, Uruguay).

Costa Rica (1): del güetar es *yigüirro* (pájaro).

Perú (1): *lorna* (pez) es de etimología desconocida.

Algunas metáforas se basan en animales no exclusivamente americanos, pero con nombres del español de América. Es el caso de *chanchó* (*cerdo*), que genera muchos compuestos sintagmáticos y que establece un refrán paralelo al nombre de España: *A cada chanchó le llega su San Martín*. También *pásula*, italianismo, es la denominación de *gorrión* en Uruguay. En otros casos, el animal americano asume los valores metafóricos de uno español de la misma especie: así *acure*, en Venezuela, es la «mujer que tiene muchos hijos», la *coneja* en España. Lo mismo ocurre con *laucha*: en América del Sur, se usa la locución verbal *ser más pobre que una laucha*, que es España es *ser más pobre que las ratas*. *Saber más que las culebras* tiene su versión americana en *saber más que las bibijaguas**.

De los americanismos metafóricos, llama la atención la polisemia de algunos: *bicho*, *caballo*, *cabrón*, *chota*, *gallo*, *gorila*, *lagarto*, *loro*, *mono*, *mulo*, *pájaro*, *pavo*, *perro*, *perico*, *pollo*, *sapo* y *verraco*. Podemos decir que los significados metafóricos que solo se usan en América son parte importante de la polisemia de ciertas metáforas: son, podríamos decir, «americanismos metafóricos». Es el caso de *camarón* (desde «conductor inexperto» en Ecuador a «agente de policía» en Puerto Rico), de *grillo* («mujer que se va con cualquier hombre» en Cuba...) o los expresivos *cucarachón* («hombre enamorado», en Venezuela) y *pajarón* («tonto» en América del Sur).

Hay que señalar los masculinos y femeninos regulares, *cabro* (con varios significados referidos al sexo, entre otros, «homosexual» en Perú), *ovejo* («manso» o «con mucho pelo»), *tora* («mujer fuerte y saludable», en Cuba) y *tigra* («mujer temible»).

Son americanismos exclusivos en los derivados *coyotear* y *dragonear*, ambos con el significado de «ejercer un oficio sin tener título». Llama la atención la frecuencia de compuestos sintagmáticos, muchos de ellos de gran expresividad y sentido del humor. Es el caso de *animal del monte* («hombre torpe y zafio» en Venezuela), *araña peluda* («persona furiosa» en Uruguay), *bestia peluda** («persona inculta» en Argentina), *mono gordo** («persona corrupta» en Panamá), *mosca blanca* en Argentina y Uruguay (el peninsular *mirlo blanco*) o el increíble *ratón de una sola cueva**, que es el «hombre fiel» en Chile. Son locuciones verbales exclusivas *hacerse el pato* (tonto) en México y *hacerse el sapo* (desentendido) en Guatemala.

El bestiario americano, en nuestro *corpus*, es el siguiente:

- acure* (roedor). CARIBE. Venezuela. [100]
- anaconda* (serpiente). INGLÉS (SINGALÉS). Honduras. [132]
- aura* (ave). INDIGENISMO ANTILLANO. Cuba. [168]
- bachaco* (hormiga). CHAIMA. Colombia. Venezuela. [233]
- bagre* (pez). LATÍN. Argentina. [286]
- balajú* (pez). ARAHUACO. Puerto Rico. [289]
- bibijagua* (hormiga). ARAHUACO. Cuba. [230]
- bijirita* (ave). TAÍNO. Cuba, República Dominicana. [223]
- boa*. LATÍN. Honduras. [130]
- búfalo*. LATÍN. [30]

- caculo* (escarabajo). Prob. TAÍNO. Puerto Rico. [256]
caimán. TAÍNO. [133]
cauque (pez). MAPUCHE. Chile. [287]
chachalaca (ave gallinácea). NAHUA. América central, México. [178]
chanchó (cerdo). ETIMOLOGÍA DISCUTIDA. América. [39]
cherna (pez). LATÍN. Cuba. [291]
chichilasa (hormiga). NAHUA. México. [231]
chinchintora (serpiente fabulosa). ONOMATOPEYA. El Salvador. [312]
chiporro («cordero»). MAPUCHE. Chile. [86]
chompipe (pavo). PIPIL (lengua relacionada con el nahua). [177]
cobaya. TUPÍ. [105]
corvina. LATÍN [292].
coyote. NAHUA. [68]
cuaima (serpiente). CHAIMA (pueblo amerindio que habitaba el nordeste de Venezuela). Venezuela. [132]
cuija (lagartija). NAHUA. México. [141]
guabina (pez). TAÍNO. Cuba, Puerto Rico, Venezuela. [286]
guacamayo (ave). TAÍNO. [200]
guacharaca (ave). CUMANAGOTO (lengua del Caribe). Colombia y Venezuela. [179]
guachinango (pez). ETIMOLOGÍA INCIERTA. Cuba, Puerto Rico. [288]
guajolote (pavo). NAHUA. México. [175]
guanaco (mamífero). QUECHUA. Bolivia, Chile. [90]
guanajo (pavo). ARAHUACO. Cuba, República Dominicana. [176]
guayabito (ratón). ARAHUACO. Cuba. [98]
jaiba (cangrejo). ARAHUACO. El Salvador. Puerto Rico, República Dominicana. [295]
jelepate (insecto). NAHUA. Nicaragua. [234]
juey (cangrejo). TAÍNO. Puerto Rico. [296]
jutía (roedor). ARAHUACO. Cuba. [101]
laucha (ratón). MAPUCHE. Argentina, Chile. [97]
lislique (ave). LENCA [pueblo amerindio que habitaba el sur, centro y occidente de Honduras y la zona fronteriza de El Salvador]. El Salvador. [166]
llama. QUECHUA. [91]
lorna (pez). ETIMOLOGÍA INCIERTA. Perú. [292]
loro. CARIBE. [198]
majá (culebra). INDIGENISMO ANTILLANO. Cuba. [129]
mangangá (insecto). GUARANÍ. Argentina, Paraguay, Uruguay. [261]
matacán. COMPUESTO. Nicaragua [29]
mayate (escarabajo). NAHUA. México. [257]
mofeta. ITALIANO. [172]
nigua (insecto). ARAHUACO. El Salvador. Guatemala. [263]
pargo. LATÍN. Puerto Rico. [285]
pásula. ITALIANO. Uruguay. [215]
perico. DEONOMÁSTICO. [200]
piraña. GUARANÍ. [271]
pitirre (pájaro). ONOMATOPEYA. Puerto Rico. [221]
pololo (insecto). MAPUCHE. Bolivia, Chile. [262]
querque (ave). ETIMOLOGÍA INCIERTA. Honduras. [165]
querrequerre (pájaro). ONOMATOPEYA. Venezuela. [222]
quinicho (ratón). NAHUA. Honduras. [50]

- sijú* (ave). INDIGENISMO ANTILLANO. Cuba. [226]
sinsonte (pájaro). NAHUA. Cuba. [224]
sirirí (pájaro). ETIMOLOGÍA INCIERTA. Colombia. [227]
tecolote (ave rapaz). NAHUA. México [162]
vizcacha (roedor). QUECHUA. Uruguay. [99]
yigüirro (pájaro). PACATA GÜETAR. Costa Rica. [225]
zopilote (ave rapaz). NAHUA. México. [167]
zuncuán (abeja). NAHUA. Honduras. [240]

CONCLUSIONES

Aunque a lo largo del trabajo, he ido haciendo algunas reflexiones sobre aspectos parciales, voy a añadir finalmente unas consideraciones que completan aquellas, y que nos pueden dar una idea general de cómo han surgido y cómo funcionan las metáforas animales en la lengua española: primero, me referiré a la frecuencia en relación con los diferentes grupos de animales; después, comentaré el tipo de significado metafórico y la presencia de la polisemia y de la sinonimia en nuestro corpus; también hablaré brevemente de aquellos casos en los que la metáfora tiene sentidos opuestos (positivo y negativo); a continuación, resumiré los prototipos animales (modelos de rasgos y de conductas humanas) y, en último lugar, haré una descripción somera de la cronología de las primeras documentaciones metafóricas y de las épocas y de los autores o géneros en los que aparecen más frecuentemente.

Los nombres de los animales implicados en las metáforas animales analizadas en este trabajo son 320.

Aparte de los genéricos (10) y de los imaginarios (6), el *bestiario terrestre* es el más utilizado para los sentidos metafóricos (141); después, el *aéreo* (121) y, en menor medida, el *acuático* (42). Estas cifras son esperables, puesto que el hábitat del hombre, en el último caso, es menos frecuente.

En el cuadro que aparece en la página siguiente, anoto el número de metáforas de cada grupo y los animales más conocidos de cada grupo.

El ámbito terrestre es el más familiar para el ser humano (141); por tanto, son los animales de ese territorio los que actúan como bases más frecuentes de las metáforas, en especial los mamíferos (113) y, en mucha menor medida, los reptiles (19) y los gusanos (6). Después está, a poca distancia, el ámbito aéreo (121), muchas aves y pájaros (80), menos insectos (36) y tres arácnidos. Y, mucho más lejos, el ámbito acuático (42), sobre todo, peces (28) y menos crustáceos (9) y anfibios (5).

320 nombres de animales

[2] *genéricos* (10: *animal, bestia, bicho, fiera*)

[3] *bestiario terrestre* (141)

MAMÍFEROS (113) / REPTILES (19: *víbora, serpiente, lagarto*) / GUSANOS (6: *gusano*) / ARÁCNIDOS (3: *araña*)

cánidos (7: *zorro, galgo*), félidos (5: *lince*), bóvidos (8: *toro, vaca*), cérvidos (4: *ciervo*), súidos (10: *cerdo...*), solípedos (15: *asno, mulo, potro...*), proboscídeos (4: *elefante*), carnívoros (2: *oso*), carnívoros (9: *chacal*), rumiantes (17: *cabra, cordero*), roedores (10: *ardilla, lirón*), lagomorfos (5: *liebre*), insectívoros (3: *topo*), marsupiales (1: *canguro*), pinníferos (1: *foca*), cetáceos (3: *ballena*), primates (9: *mono, gorila*)

[4] *bestiario aéreo* (121)

AVES Y PÁJAROS (84) / INSECTOS (37: *hormiga, chinche, mosca, zángano, ladilla*), *ave, avechuelo* rapaces (20: *águila*), gallináceas (12: *gallo, pavo*), caradriforme (1: *andarrios*), limícolas (1: *chorlito*), palmípedas (6: *pato, ganso*), columbiformes (4: *tórtola*), estructiformes (1: *avestruz*), paseriformes (3: *ruiseñor*), psitaciformes (6: *loro, cotorra*) zancudas (3: *avutarda*), trepadoras (2: *cuco*), pájaros (23: *pájaro, mirlo, cuervo*)

[5] *bestiario acuático* (42)

PECES (28: *pez, besugo, tiburón*) / CRUSTÁCEOS (9: *cangrejo*) / ANFIBIOS (5: *sapo*)

[6] *imaginarios* (6: *basilisco, arpía*)

En cuanto al TIPO DE SIGNIFICADO METAFÓRICO, los reptiles (desagradables) y los insectos (molestos) tienen mala reputación, frente a las aves (cantan bien). Funciona, por tanto, la metáfora locativa de abajo-mal, arriba-bien. Aunque en cada grupo he comentado el tipo de significado, aquí apunto unas ideas generales.

En los NOMBRES GENÉRICOS se apunta a rasgos normalmente negativos, a aquellos que más identifican al hombre con el animal, con la bestia y con la alimaña; pero es curiosa la tendencia actual a usar algunos de esos términos en clave positiva: *animal, bestia, bicho* y *monstruo*.

En cuanto a los MAMÍFEROS, los CÁNIDOS, salvo el *galgo* y el *lebré* («personas veloces»), predominan los sentidos negativos: son los astutos, las personas de dudosa moralidad... Recuérdese que el perro tiene, a pesar de ser «el mejor amigo del hombre», una lamentable historia de insulto religioso (*perro judío*). Los FÉLIDOS apuntan a lo violento o a la astucia (solo son positivos el *lince* y el *león*). Varios BÓVIDOS sirven para denominar al cornudo (*buey, cabestro, novillo* y *toro*), la *vaca* es la «persona obesa» y el *búfalo* es la «persona agresiva»: solo el *toro* representa la fortaleza y la raza. Los CÉRVIDOS también representan la infidelidad, aunque también todos (menos el *corzo*) comparten la característica física de la velocidad. En cuanto a los SUIDOS (*cerdo* o *chancho*), acaparan defectos físicos (suciedad), psicológicos (grosería) y morales (maldad). Los SOLÍPEDOS también apuntan a la escasez de entendimiento (*asno*) o terquedad (*mula*). Los PROBOSCÍDEOS remiten al tamaño grande (*elefante, mastodonte*), pero sin ningún matiz positivo. Tampoco los CARNÍ-

CEROS, lógicamente, señalan virtudes: hay ladrones (*comadreja, fuina, garduña*), o personas peligrosas o violentas (*chacal o pantera*), incluso las que «huelen mal» (*mofeta o zorrino*). En cuanto a los RUMIANTES, salvo el *cordero* (que representa la mansedumbre y a Jesucristo), son animales con connotaciones negativas: representan la infidelidad (*cabrito, cabrón, carnero*), la locura (*cabra, chota*), etc. Los ROEDORES son animales negativos, salvo la *hábil y graciosa ardilla*. En cuanto a los LAGOMORFOS, está la *rápida liebre*, pero el *cobarde conejo*. Finalmente, los PRIMATES nos retrotraen a nuestros orígenes animales y siempre apuntan a la fealdad o a la brutalidad.

El grupo de los REPTILES es desagradable en general: son las malas personas (*majá, sabandija, serpiente, sierpe, víbora*) o las crueles (*cocodrilo, cueima, sierpe*). Como los reptiles, los GUSANOS pertenecen al mundo de abajo, se arrastran por la tierra y se asimilan a las «personas despreciables» (*gusano, gusarapo, oruga*).

El mundo de las AVES tiene más valores positivos, es el mundo de «arriba». Las RAPACES representan por una parte la elevación, el poderío, la perspicacia, la audacia (*águila y gavilán*), pero también a las personas ruines (*buitre*), cobardes (*milano*) o hurañas (*búho*); y también a las feas (*aura, mochuelo, zopilote*). Las GALLINÁCEAS no apuntan a significados positivos: la «persona cobarde» es una *gallina*, una «presuntuosa» es un *gallo*; un «jovencito», eso sí, es un *pollo* (pero, cuando sudamos mucho, «sudamos como pollos»). Las PALMÍPEDAS se refieren a rasgos físicos, sobre todo: la torpeza (*pato, ganso*), la escasa estatura (*pingüino*); y un ave exquisita: el *cisne*, que representa al poeta. Las aves PSITACIFORMES, las parecidas al papagayo (*PSITTAKÓS*), se relacionan con las «personas habladoras» (*cotorras, loros y papagayos*) o las «vestidas con colores de mal gusto» (*guacamayos y loros*).

Dentro de las aves, hay PÁJAROS positivos: la *calandria*, el *canario*, y el *sinsonte americano* son personas «que cantan bien» y un *mirlo blanco* es una «persona rara» (casi siempre en buen sentido). Pero también hay muchos pájaros negativos como el *cuervo* («persona aprovechada») o la *urraca* («persona que roba»).

Salvo la *abeja* y la *hormiga*, los INSECTOS son animales molestos (*abejorro, garra-pata, ladilla, mosca, moscardón, tábano*), cuando no malas personas (*cucaracha*). No mejor prensa tienen los ARÁCNIDOS: la *araña* es una prostituta, un ladrón, un cobarde o un prestamista.

Los PECES tampoco son animales modélicos: o son delgados (*bacalao, balajú, lorna o sardina*), necios (*atún, besugo, merluzo, salmón o guachinango*), etc. Los CRUSTÁCEOS también son animales poco edificantes: el *caracol* es un cornudo o una persona lenta o una persona solitaria. Los ANFIBIOS son desagradables: el *sapo* es feo y bajo y un *gusarapo* es absolutamente despreciable.

Finalmente, los ANIMALES IMAGINARIOS se reparten significados metafóricos positivos (*fénix*) y negativos (*basilisco, arpía*).

En relación con lo que señalo en el párrafo anterior, y como ocurre en ocasiones con acepciones que no tienen sentido metafórico, tenemos algunas metáfo-

ras que comparten significados negativos y positivos. Así, el *buey* es la «persona tonta, mentecata», en México, por ejemplo; pero en Puerto Rico es el «amigo íntimo, compañero inseparable».

En el uso americano de algunas metáforas, aparecen sentidos diferentes a los generales. *Cabrón*, por ejemplo, es normalmente el «que hace malas pasadas o resulta molesta», pero en México, por ejemplo, es el «amigo inseparable» o en Puerto Rico la «persona extraordinaria, excelente». *Merluzo*, en general, es la «persona tonta»; sin embargo, en Cuba, es la «persona delgada y atractiva».

En la lengua de germanía, hay significados contrarios a los habituales: así, en esa jerga, el *gerifalte* es el «hombre que roba o hurta»; fuera de ese ámbito, hoy se usa como «persona descollante en cualquier actividad». Un *lobo* era un «ladrón» y un «borracho» en la germanía; pero en Uruguay es un «hombre sensualmente atractivo» (quizás ampliación del uso en femenino). El maravilloso *cisne*, que representaba en nuestra cultura al «poeta o músico excelente», era, en la lengua de los maleantes, por ironía, el «delincuente que confiesa sus delitos en el potro de tormento».

Ladilla es, sobre todo en América, la «persona muy fastidiosa»; pero, en Guatemala, es también la «persona hábil» (quizás por semejanza fonética con *ardilla*).

Quizás el caso más llamativo es *monstruo*, que tradicionalmente venía señalando a la «persona muy fea» o a la persona «muy cruel y perversa»; últimamente, ha pasado a denominar a las «personas de extraordinarias cualidades para desempeñar una actividad determinada».

Los PROTOTIPOS son, como es sabido, los representantes más cualificados de un grupo, los que mejor lo representan (cfr. 1.1.5). Por la frecuencia de su uso metafórico representando los diferentes rasgos, podemos establecer este esquema de animales metafóricos prototípicos:

rasgos físicos negativos

ASPECTO

LAS FEAS Y SIN ATRACTIVO: *cacatúa*

LAS FLACAS: *lombriz*

LAS GRUESAS: *ballena, foca, vaca*

LAS SUCIAS Y DESASEADAS: *cerdo, cochino, guarro, marrano*

LAS BAJAS: *sapo*

LAS PEQUEÑAS: *pulga*

ACCIONES

LAS TORPES Y PATOSAS: *pato*

Las LENTAS: *tortuga*

Las DORMILONAS: *lirón*

LAS PROLÍFICAS: *conejo*

LAS QUE TOCAN MUCHO: *pulpo*

rasgos psicológicos positivos

INTELECTO

LAS LISTAS, SAGACES, ASTUTAS: *águila, lince, ratón colorado*

COMPORTAMIENTO

LAS HÁBILES Y EXPERTAS: *lobo de mar*LAS TRABAJADORAS Y LABORIOSAS: *burro de carga*LAS ERUDITAS Y LAS QUE LEEN MUCHO: *ratón de biblioteca*LAS AHORRADORAS: *hormiga*LAS FIELES: *perro***rasgos psicológicos negativos**

INTELECTO

LAS IGNORANTES, LAS TONTAS, LAS TORPES: *animal, burro, cernícalo*.LAS SOSAS: *pavo*LAS DESMEMORIADAS: *mosquito*

COMPORTAMIENTO

LAS HABLADORAS: *cotorra, loro*LAS INEXPERTAS: *tórtolo*LAS PRESUNTUOSAS: *gallito*LAS VAGAS Y PEREZOSAS: *zángano*LAS TERCAS: *mula*LAS QUE NO TIENEN INICIATIVA: *borrego***rasgos morales positivos**LAS VALIENTES: *león*LAS HUMILDES, DÓCILES Y MANSAS: *cordeiro*LAS PACÍFICAS: *paloma***rasgos morales negativos**LAS MALAS PERSONAS: *buitre, cabrón, cuervo, sabandija, víbora*LAS GROSERAS Y MALEDUCADAS: *animal, bestia, burro*LAS MOLESTAS Y PESADAS: *chinche, mosca, mosca cojonera*LAS PÍCARAS, LAS APROVECHADAS, LAS TAIMADAS: *lagartón, zorro*LAS AGRESIVAS Y LAS FIERAS: *basilisco, chacal, fiera, tigre*LAS COBARDES: *gallina*LAS AMBICIOSAS Y CODICIOSAS: *tiburón*LAS CRUELES: *chacal, hiena*LAS ARISCAS Y ANTIPÁTICAS: *erizo*LAS USURERAS: *sanguijuela*

Aunque en cada grupo he ido señalando los nombres más POLISÉMICOS, enumero aquí todos ellos, para tener una idea global de aquellos animales cuyos rasgos o cuyo comportamiento son la base para metáforas con diferente significado: *bacalao* (peces), *buey* (bóvidos), *buitre* (rapaces), *caballo* (solípedos), *caimán* (reptiles), *camarón* (crustáceos), *cangrejo* (crustáceos), *caracol* (crustáceos), *chota* (rumiantes), *conejo* (lagomorfos), *culebra* (reptiles), *gallina* (gallináceas), *gallo* (gallináceas), *ganso* (palmípedas), *gato* (félidos), *gaviota* (palmípedas), *gusano* (gusanos), *lagarto* (reptiles), *lechuga* (rapaces), *loro* (psitaciformes), *mono* (primates), *mulo* (solípedos), *pato* (palmípedas), *pavo* (gallináceas), *perico* (psitaciformes), *perro* (cánidos), *polilla* (insectos), *potro* (solípedos), *rata* (roedores), *tiburón* (peces), *vaca* (bóvidos), *verraco* (suidos) y *yegua* (solípedos). No hay especial polisemia en los genéricos, en cérvidos, proboscidos y carnívoros (entre los mamíferos), ni en pájaros, artrópodos y animales imaginarios. Los nombres de animal más polisémicos son *bicho* y *cabrón* con once acepciones cada uno:

bicho: «aviesa, de malas intenciones»; «persona»; «niño, muchacho» / «niña pequeña»; «niño de corta edad»; «joven o adolescente»; «novio o novia»; «de gran agudeza y perspicacia para comprender las cosas»; «antipática y altanera»; «muy lista, astuta»; «muy experimentada y diestra en una materia».

cabrón: «que hace malas pasadas o resulta molesta»; «que padece la infidelidad de su mujer»; «experimentada y astuta»; «disgustado, de mal humor»; «de mal carácter»; «hombre que aguanta cobardemente los agravios o impertinencias de que es objeto»; «rufián que trafica con prostitutas» / «amiga inseparable»; «cobarde»; «extraordinaria, excelente»; «muy fuerte».

La SINONIMIA de significados metafóricos funciona normalmente entre sinónimos léxicos (*cerdo* o *burro*) o entre nombres de animales parecidos (*serpiente*). Así, *puerco*, *marrano*, *cochino*, *cerdo*, *chanchó*, *gorrino* y *guarro* son, por orden de documentación, los diferentes nombres que ha recibido un animal fundamental en nuestra cultura: es bien sabido que la lengua centra la sinonimia en aquellos elementos importantes para la sociedad y, como es conocido, durante mucho tiempo el cerdo fue el animal en torno al que giraba una parte importante de la alimentación; también había un importante folklore en torno a su sacrificio. Todos ellos comparten tres significados metafóricos: uno de carácter físico («persona sucia») propia del animal (frente a la pulcritud del *gato*, por ejemplo); un segundo de carácter psicológico («persona grosera», en sus modales, en sus actitudes) y un tercero de carácter moral («persona ruin», aquella que hacer daño a los demás). El *burro* ha sido también elemento fundamental en la cultura rural española e hispanoamericana: su contribución era muy importante en las labores del campo y en el transporte. *Asno* y sus sinónimos, *borrico*, *burro* y *jumento* comparten el significado metafórico de «persona ruda e ignorante».

Finalmente, la *serpiente* es, metafóricamente, la «persona servil y adulatora»; pero, en el ámbito americano (en Honduras), comparten ese significado dos tipos de serpientes americanas: la *anaconda* y la *boa*.

Hay significados especialmente ricos en SINÓNIMOS. Aunque en el capítulo 7 está la lista completa, voy a enumerar aquí como pincelada de recuerdo, dentro de cada apartado (rasgos, edad, profesión, relaciones), el significado que ha generado más significantes: representan, en definitiva, los rasgos, la edad, la profesión y las relaciones que más atención merecen por parte del hablante y de los intereses de la sociedad.

En los rasgos físicos positivos, el significado de PERSONA ATRACTIVA Y HERMOSA es la que tiene más significantes: *bestiún*, *chichilasa*, *gallina*, *jaca*, *lobo*, *merluzo*, *polla*, *pollo*, *pollo pera*, *potranca*, *potro* y *yegua*. En los rasgos físicos negativos es la PERSONA FEA Y SIN ATRACTIVO: *araña*, *arpía*, *aura*, *bacalao*, *bagre*, *bueyona*, *cacatúa*, *cuija*, *fiera*, *gallo*, *gavilán*, *grillo*, *loro*, *macaco*, *mico*, *mochuelo*, *mono*, *monstruo*, *orangután*, *sapo*, *sierpe*, *sijú*, *simio*, *yeti*, *yigüirro*, y *zopilote*.

En los rasgos psicológicos positivos, es la PERSONA LISTA, SAGAZ, ASTUTA el significado que más sinónimos genera: *águila*, *anguila*, *araña*, *ardilla*, *avispa*, *bagre*,

bicho, buitire, caimán, camarón, cauque, chivato, cuaima, cuco, culebra, culebrón, gallo, gato, gavilán, gazapo, guabina, guachinango, jaiba, laucha, lebrón, liebre, lince, lobo, nigua, pájaro, pajarraco, pardal, pavo, peje, pollo, perro, perro viejo, rana, raposo, ratón colorado, sapo, tigre, zorrastrón, zorro y zorzal.

En los rasgos psicológicos negativos, es el significado de PERSONA IGNORANTE, TONTA, TORPE la que genera más sinonimia: *abadejo, acémila, animal, asno, atún, ave fría, ave zonzas, bestia, bestiún, besugo, borrego, borrico, buey, bucéfalo, burro, burro cargado de letras, burro con plata, caballo, cabestro, cabeza de chorlito, cernícalo, camello, cernícalo, chota, conejo, cuadrúpedo, guachinango, guajolote, guanajo, gurriato, gurripato, juey, jumento, lechuzo, merluzo, pajarón, palomino, palomo, percebe, perro tonto, pollino, quiniño, rocín, salmón, vaca, yegua y zuncuán.*

Pocos son los sinónimos en los rasgos morales positivos en general. El que tiene más sinónimos es el de PERSONA INOCENTE: *pajarito, paloma, pásula y tordo.* Mucho más abundantes son los nombres de los rasgos morales negativos. El significado que más sinonimia genera es el de PERSONA MALA: *alacrán, alimaña, arpía, avechucho, bacalao, bagre, bestia, bicho, buitire, cabestro, cabrón, cabrón con pintas, cangrejo, cerdo, chanco, cochino, cuervo, escorpión, gorrino, guarro, gusano, gusarapo, hijo de perra, jaiba, león, lombriz, mala pécora, marrajo, marrano, miura, monstruo, moscona, oruga, pardal, perro, piojo, piojoso, puerco, rata, rata de cola pelada, rodaballo, sabandija, serpiente, tigre, vaca, víbora y viborezno.* Toda una sinfonía de palabras para referirnos a las malas personas.

Dentro de las edades, el significado NIÑO es el que más sinonimia tiene: *bicho, borrego, gorrión, mico, mono, pájaro, palomilla, pásula, perico, polilla, ratón, renacuajo y sabandija.* En las profesiones, POLICÍA: *arpía, buitire, caimán, chota, cigüeño, conejo, coyote, galgo, gorila, lince, macaco, mono, mosca, perro, sabueso, sapo verde, tecolote, tigre y tortuga.* En cuanto a las relaciones interpersonales, son HOMOSEXUAL y PROSTITUTA los significados con más significantes:

Un HOMOSEXUAL es un *bijirita, un cabro, una cherna, un chivato, un chivo, una culebra, una gallina, un gallo guinea, un ganso, una gaviota, un león, una loba, una mariposa, un mariposón, un mayate, un oso, un pajarazo, un pájaro (o una pájara), un palomo, un pargo, un pato, un tonino, una yegua y un yigüirro.*

Una PROSTITUTA es un *abadejo, una araña, una arpía, un cisne, una gallina, un gusarapo, una lagarta, una lagartona, una lechuza, una loba, una mariposa, una pájara, una polilla, una pulga, una tigre, una trucha, una vaca, una verrión, una yegua, un zángano, una zorra y una zorrupia.*

Finalmente, en lo referente a las relaciones sociales, el significado más sinonímico es el de LADRÓN (dentro de las relaciones que vulneran las leyes): *águila, águila de flores llanas, aguilucho, andarríos, araña, avispón, azor, buitire, comadreja, conejo, garduña, gato, gavilán, gavilán de la pesquera, gerifalte, fuina, hurón, lagarto, lechuza, león, lince, lobatón, loro, macaco, murciélago, paloma, piraña, polilla, rata, ratón, sacre, urraca y zorro.*

A lo largo de la historia de la lengua, se van incorporando paulatinamente estas metáforas animales que hemos analizado. Hay épocas de mayor intensidad: el *Cancionero de Baena*, el teatro popular del xvi y del xviii, el teatro popular del xix (Manuel Bretón de los Herreros, también en sus *Poesías*), en la amplia obra de Galdós y, también, en una sola novela: *La colmena* de Cela.

Como es bien conocido, uno de los géneros poéticos de los cancioneros del xv y del xvi es la sátira. En el *Cancionero de Baena*, tenemos una amplia representación de animales utilizados como insultos: «sucio *gazapo*»; «torpe *gusarapo*», *marrano*, «vil *puerco*», «*pécora* en dissierto», «mala *sabandija*», *ganso*. En algunos casos, sabemos el destinatario (la realeza y la nobleza del xv en discordias): el «gran papagayo» es el Señor Cañizares y el «gran avestruz» es el cardenal Pedro Fernández de Frías; el *gerifalte* es el Condestable don Ruy López Dávalos; «el *falcón* aventajado» es el rey Enrique III.

El teatro popular y costumbrista es reflejo del hablar popular y, por tanto, documentación interesante para estudiar la aparición y el uso de las metáforas animales. Destaca un autor del xix, Manuel Bretón de los Herreros, prolífico escritor (dramaturgo, poeta y periodista), que recurre con frecuencia a la metáfora animal en la descripción de la sociedad de su tiempo. En su teatro, tenemos *abejorro*, *acémila*, *atún*, *basilisco*, *cordero*, *cuco*, *erizo*, *hipopótamo*, *lince*, *mala pécora*, *marmota*, *mosca*, *moscón*, *rana*, «*raposa* con piel / de *oveja* inocente» y *topo*. Pero también, en su poesía, podemos encontrar *abanto*, *camaleón*, *escuerzo*, *macaco*, *mico*, *oso*, *sanguijuela*, *simio*, *zángano* y *zorra*.

Galdós es el autor más citado de la época moderna: es un gran metaforizador de sus múltiples y variados personajes (lo he citado frecuentemente en este trabajo). Muchas de sus metáforas ya tenían recorrido en la lengua, pero otras aparecen —por primera vez— en sus obras; es el caso, entre otras, de *bestia negra*, *bicharraco*, *fauna*, *galápago*, *gorila* y *mastodonte*. Sus metáforas animalizadoras, frecuentemente usados como insultos, abarcan una amplia variedad de animales: *águila*, *araña* («pres-tamista»), *ardilla*, *arpía*, *avefría*, *bacalao*, *basilisco* (frecuente), *bicharraco*, *borrego*, *borricote*, *buey*, *buitre*, *burro*, *cabrón*, *caracol*, *carcoma*, *cernícalo* (frecuente), *chacal* (Timoteo Pelumbre), *comadreja*, *coneja*, *cuco*, *culebrón* (frecuente), *escarabajo*, *escuerzo*, *galápago*, *gallo*, *gorila*, *guacamayo* («mal vestido»), *hiena*, *hormiguita*, *lagartija*, *lagarto*, *lechuzo*, *lombriz*, *marrano* (frecuente), *mastodonte*, *mico* (frecuente), *mirlo blanco*, *mosca*, *moscones*, *mosquita muerta*, *mosquito* («borracho»), *ostra*, *pájaro*, *pájaro gordo*, *pájaro de mal agüero*, *pajarraco* (frecuente), *patoso*, *perico*, *pichón*, *polilla*, *polla*, *potro*, *puerco* (frecuente), *pulga*, *ruiseñor*, *sabandija*, *sabueso*, *serpiente*, *tagarote* (frecuente), *topo*, *toro*, *tórtolo* (frecuente) y *víbora* (frecuente). Cfr. J. Garrido (1993): «Relevancia e interpretación metafórica en *Miau* de Galdós».

En muchas ocasiones, aparecen con el adjetivo correspondiente (a veces, lexicalizados): «vil *alimaña*», «*bestia* negra», «*fauna* moral», «viejo *zorro*», «perro judío», «*gorrino* asqueroso», «formidable *oso* navarro» (Oricaín), «sapiéntísimo *hurón* de Ní-

nive», «*cabra loca*», «*rata eclesiástica*» (Guillermina Pacheco, la vecina de Jacinta), «despreciable *gusano*»; incluso con dos metáforas juntas, como es el caso del intensivo «*bestia felina*», «*pajarracos de la fauna reaccionaria*», «*mariposa jamona*», «*tábano molesto*». En una ocasión, conjuga la presencia de adjetivos y la antítesis: «Es un *león* oprimido y yo el *ratoncillo* travieso». En ocasiones, aparece la metáfora en la estructura ambigua de DETERMINANTE + NOMBRE DE ANIMAL + DE + NOMBRE DE PERSONA: «ese *puerco* de Torquemada», «la *víbora* de don Lorenzo», «la *perra* de la tía Colasa y ese *culebrón* de don Lorenzo», «el *buitre* de mi tío», «aquel *tagarote* de Alberique», «los *gansos* de la Milicia», «el *avestruz* de don Saturio», «el *loro* de doña Flora»; «*avutardas* católicas y *gansos* absolutistas», «esos *zánganos* de soldados».

También, desarrolla la comparación: «sagaz como *raposa*», «terca como una mula» (referido a Dominica Pareces en *La España trágica* —1909—), «escurridiza como una *serpiente*», «*loba* con cara de mujer», «ligero como un *corzo*», «corpulento como un *elefante*», «manso como un *cordero*», «duerme como un *lirón*», «durmiendo como una *marmota*», «como dos *tórtolos*», «como un seráfico *papagayo*», «hablando como una *cotorra*», «escurridizo como un *atún*», «como *pez* en el agua», «beodo como un *atún*», «escurridizo como una *anguila*», «se pagaría como una *lapa*». También la comparación intensiva: «más pobre que una *rata*», «más ligero que una *liebre*», «más mala que la *langosta*». Y no faltan los procedimientos intensivos: «pedazo de *animal*» (en sentido positivo también), «el muy *borrico*», «grandísimo *gorrino*», «hecho una *fiera*», «hecha una *pantera*» (Doña Pura), «¡Vaya un *peje*!». Alguna vez aparecen en enumeraciones: «sinvergüenzas, indecentes, *puercos*, *marranos*»; «un salvaje, una *fiera*, un *tigre*».

Además, utiliza varios verbos metafóricos derivados de nombres de animales: *amilanar(se)*, *mariposear* y *torear*. *Engatusar* y *huronear* («procurar saber y escudriñar cuanto pasa») aparecen en varias ocasiones. *Chotear(se)* y *encabritar(se)** son primeras documentaciones en su obra. En cuanto a los sustantivos derivados de nombres de animales, en su obra documentamos por primera vez *gansada* y *marranada*.

En alguna ocasión, desarrolla el sentido metafórico de las frases hechas con nombres de animales: «Eres el *cuervo* que he criado para que me saques los ojos...». O extiende la metáfora: el monasterio benedictino de San Vicente en Salamanca era «guarda de *mochuelos*».

Finalmente, en *La colmena* (1951-1969), a pesar de no ser tan extensa, asistimos a un proceso de animalización de la sociedad descrita por Cela: *animal*, *bestia negra*, *cabrito*, *cochino*, *foca* (la Lola), *pichón*, *potro*, *puerco*, *víbora*, *zángano*, *zorrupia*. El «mas-tuerzo» de Don Pablo «aguanta como un *cordero* a la liosa de doña Pura, que es un *culebrón* siempre riéndose por lo bajo», según doña Rosa.

Personajes de novelas y, en definitiva, nosotros todos que hemos compartido y compartimos con los animales (animales también nosotros) espacios y tiempos a lo largo de la historia. Seres humanos y seres animales unidos por el nudo hermoso, patético, tierno, doloroso y, en cualquier caso, sutil y poderoso de la metáfora.

DICCIONARIOS Y CORPORA

- Canarias = CORRALES, C. et alii coords. (1996): *Diccionario diferencial del español de Canarias*. Madrid: Arco / Libros.
- CELDRÁN, P. (1995): *Inventario general de insultos*. Madrid: Ediciones del Prado.
- COROMINAS-PASCUAL = COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A. (1980-1991): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.
- COVARRUBIAS y OROZCO, S. de (1611): *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: Luis Sánchez. Edición de Martín de Riquer. Barcelona: S.A. Horta. <http://ntlle.rae.es/ntlle>
- Diccionario académico = Real Academia Española (2014): *Diccionario de la Lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe (23.^a).
- Diccionario de americanismos = Asociación de Academias de la Lengua Española (2010): *Diccionario de americanismos*. Madrid: Santillana.
- Diccionario El Sohez* (argot) = CARBONELL, D. (2001): *Gran diccionario del Argot. El Sohez*. Madrid: McGraw-Hill.
- Cuba (Sánchez-Boudy) = SÁNCHEZ-BOUDY, J. (1999): *Diccionario mayor de cubanismos*. Miami: Ediciones Universal.
- Cuba (Santisteban) = SANTIESTEBAN, A. (1985): *El habla popular cubana de hoy*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- VV.AA. (2000): *E-diccionarios Espasa* (CD-ROM). Madrid: Espasa Libros.
- SANMARTÍN, J. (1998): *Diccionario de argot de Espasa* (argot). Madrid: Espasa Libros.
- JUNCEDA, L. (1996): *Diccionario de refranes de Espasa*. Madrid: Espasa Libros.
- Léxico del marginalismo = ALONSO, J. L. (1977): *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- MOLINER, M.^a (2007): *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- Puerto Rico (Malaret) = MALARET, A. (1917): *Diccionario de Puerto Rico*. Edición de H. López Morales, (1999). Madrid: Arco / Libros.
- Real Academia Española (2001): *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe. <http://ntlle.rae.es/ntlle>
- CORDE: Real Academia Española, Banco de datos (Corde) [2017]: Corpus diacrónico del español. <http://corpus.rae.es/cordecnet.html>
- CREA: Real Academia Española, Banco de datos (Crea) [2017]: Corpus de referencia del español actual. <http://corpus.rae.es/creanet.html>
- CORPES XXI: Real Academia Española, Banco de datos (Corpes) [2017]: Corpus del español del Siglo XXI. <http://web.frl.es/CORPES>

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALÍN, J. M. (2004): «Bajo la bandera de San Marcos» en *De la canción de amor medieval a las soleares*. Coordinación de P. M. PiÑERO. Sevilla: Fundación A. Machado y Universidad de Sevilla.
- VARA, J. (ed.) (1990). *Historia animalium*. Madrid: Akal. BOFF, L. (1998): *El águila y la gallina. Una metáfora de la condición humana*. Traducción de CASTAÑEDA, J. L. Madrid: Trotta.
- BORRÀS, L. (2004): *Los artículos lexicográficos de zóonimos en diccionarios españoles de lengua general*. Tesis doctoral. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra.
- <http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/7500/tlbd1de1.pdf?sequence=1>
- CAMPOS, L. (2013): «El animalario de la Segunda República. Las metáforas zoomórficas en el humor gráfico de la Prensa». *Revista de Historia Contemporánea*, 11. <http://hispanoamericana.rediris.es>
- CASARES, J. (1950): *Introducción a la lexicografía moderna*. Reimpresión, según la 3.ª ed. de 1969. Madrid: CSIC, 1992.
- CAZAL, F. (1997): «Gatos y gatas en el Vocabulario de refranes y frases proverbiales de Gonzalo de Correas (1627)», en *Críticon*, número 71, pp. 33-52. http://cvc.cervantes.es/literatura/criticon/PDF/071/071_035.pdf
- CHAMIZO, P. J. (1998): *Metáfora y conocimiento*. Málaga: Analecta Malacitana. Universidad de Málaga.
- CHARBONNEAU-LASSAY, L. (1986): *El bestiario de Cristo (el simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media)*. Barcelona: José J de Olañeta.
- CHEVALIER, J. (dir.) y GHEERBRANT, A. (col.) (1993): *Diccionario de los Símbolos*. Barcelona: Herder.
- CLIMENT, J. (1999): «La mujer en la literatura misógina: persona o animal», en *El sexismo en el lenguaje*. Edición de M. D. Fernández de la Torre et al., Málaga: Diputación Provincial, pp. 249-260.
- CUENCA, M. J. y HILFERTY, J. (1999): *Introducción a la lingüística cognitiva*. Barcelona: Ariel.
- DAVY, M. M. (1997): *El pájaro y su simbolismo*. Madrid: Grupo Libro.
- ECHEVARRÍA, I. (2003): «Acercas del vocabulario español de la animalización humana», en *Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación*, número 15, 1. <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/circulo/no15/echevarri.htm>
- EGUIZÁBAL, R. (2012): *Historia del circo*. Barcelona: Península.
- ELIANO, C. (1989): *Historia de los animales*. Madrid: Akal.
- FERNÁNDEZ DE LA TORRE M. D. et al. (ed.) (1999): *El sexismo en el lenguaje*. Málaga: Diputación Provincial.
- (1999): «Perspectiva léxica y repercusiones sexistas de eufemismos y disfemismos ingleses referidos a las prostitutas conceptualizadas como animales», en *El sexismo en el lenguaje*. Málaga: Diputación Provincial, pp. 565-576.
- GARRIDO, J. (1993): «Relevancia e interpretación metafórica en *Miau* de Galdós», en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Las Palmas: Cabildo Insular, pp. 401-412.
- GUIZARD, F. (ed.) (2009): *Le loup en Europe du Moyen Age à nos jours*. Valenciennes: Presses universitaires de Valenciennes.
- HOYOS, J. C. de (2000): «La marca de transición semántica: sentido figurado», en *Revista de lexicografía*, VI, pp. 73-105.
- LAKOFF, G. (1993): «The contemporary theory of metaphor», en *Metaphor and Thought*. Edición de A. Ortony. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 202-251.
- LAKOFF, G. y JOHNSON, M. (1986): *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra (*Metaphors We Live By*, Chicago: University of Chicago Press, 1980).
- LARA, L. F. (1997): *Teoría del diccionario monolingüe*. México: El Colegio de México.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, I. (2009): «La animalización del retrato femenino en el *Libro de Buen Amor*», en *Lemir*, número 13, pp. 53-84.
- MALAXECHEVERRÍA, I. (ed.) (1999): *Bestiario medieval*. Madrid: Siruela.
- MARTÍNEZ GARRIDO, E. (2001): «Palos, animales y mujeres. Expresiones misóginas, paremias y textos persuasivos», en *Cuadernos de Filología Italiana*, número 8, pp. 79-98.
- MARTÍNEZ-DUEÑAS, J. L. (1993): *La metáfora*. Barcelona: Octaedro.
- MEJÍAS, H. (1980): *Préstamos de las lenguas indígenas en el español americano del siglo xvii*. México: UNAM.

MONTERO, P. y MONTERO, M.^a L. (2005): *El léxico animal del Cancionero de Baena*. Madrid: Iberoamericana.

MORALES, M.^a D.-C. (1996): «El simbolismo animal en la cultura medieval», en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, H.^a Medieval, t. 9, 1996, pp. 229-255.

<http://www.bibliotecagonzalodeberceo.com/berceo/moralesmuniz/simbolismoanimal-medieval.htm>

MORGADO, A. y RODRÍGUEZ, J. J. (2011): *Los animales en la historia y en la cultura*. Cádiz: Universidad de Cádiz.

NOGALES, D. (2010): «Animalización, sátira y propaganda real: la metáfora y la alegoría animal como instrumento político en la Castilla bajomedieval (siglos XIV-XV)», en *Signum*, número 11, 1, pp. 267-296.

OROZ, R. (1966): «La animalización de objetos en las metáforas del habla hispanoamericana», en *Boletín de Filología* (Universidad de Chile, Santiago), número 18, pp. 213-234.

PASTOUREAU, M. (2009): *El oso. Historia de un rey destronado*. Barcelona: Crítica.

PÉREZ PAREDES, M. R. y SANZ, B. E. (2013): «Los animales y el cuerpo en el refranero: un análisis semántico», en *Lexis*, XXXVII (1), pp. 71-94.

PIC, P., DIGARD, J. P., et al., (2002): *La historia más bella de los animales*. Madrid: Anagrama.

PIÑERO, R. (2005): *Las bestias del infierno*. Salamanca: Luso-española de ediciones.

REGAN, T. (2001): *Defending Animal Rights Defending Animal Rights*. Champaign: University of Illinois Press.

SALVADOR, N. (2004): «Los bestiarios y la literatura medieval castellana», en *Fantasía y literatura en la Edad Media y los Siglos de Oro*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, pp. 331-335.

SÁNCHEZ SALOR, E. (ed.) (1993): *Fábulas latinas medievales*. Madrid: Akal.

SÁNCHEZ CABEZAS, G. (2010): «Los mapuchismos en el DRAE», *Boletín de Filología*, 45-2, pp. 149-256. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-93032010000200008>

TAMAMES, K. (2007): *Tú también eres animal*, MR. Edición y prólogo de L. Echevarría. Madrid: Astarté.

ULLMANN, S. (1976): *Semántica*. Madrid: Aguilar.

VILLEGAS, F. (1966): «Los animales en el habla costarricense», en *Hispania*, número 49, pp. 118-120.

ZEUNER, F. E. (1963): *A History of Domesticated Animals*. London: Hutchinson.

REFERENCIAS EN INTERNET

1. Instituto Nacional de Estadística: www.ine.es
2. El País: elpais.com/diario/2011/01/26/internacional/1295996410_850215.html
3. La estrella de Panamá: laestrella.com.pa/panamana/nacional/decimo-septimo-aniversario-linces/23716674 [LINCE]
4. Jergas de Habla Hispana: www.jergasdehablahispana.org
5. El Sol de Nayarit: www.elsoldenayarit.mx/nota-roja/26982-juez-sentencia-a-mas-de-6-anos-de-carcel-a-sujeto-que-vendio-dos-tractores-robados [BUEYÓN]
6. El nuevo diario: www.elnuevodiario.com.ni/opinion/293299 [MATACÁN]
7. Tu Noticia PR (Facebook): es-es.facebook.com/TuNoticiaPR/posts/1625808114308481 [CERDO]
8. Vozpopuli: vozpopuli.com/blogs/5883-luis-riestra-deficit-primario-y-el-burro-de-varoufakis [BURRO CARGADO DE LETRAS]
9. Reportero24: www.reportero24.com/2012/01/milagros-socorro-el-burro-con-plata [BURRO CON PLATA]
10. old.latribuna.hn/2011/03/29/piden-investigar-quien-financio-asamblea-de-ud [QUINICHO]*
11. www.fotolog.com/towns_1914/19316215 [BUCÉFALO]
12. El Mundo: www.elmundo.es/elmundo/2006/12/20/sexo/1166612457.html [OSO]
13. NNC.mx: www.nnc.mx/portada/1427143437.php, 23-3-2015 [COYOTEAR]
14. La_valija de Tucuta: tucutap.blogspot.com.es/2013/10/las-ovejas-de-panurgo.html [OVEJAS DE PANURGO]
15. Foro Base Naval: base.mforos.com/1104351/3365635-nomenclatura-naval [CHIPORRO]
16. La Cuarta: www.lacuarta.com/diario/2005/10/27/4a.FICHA.FICHA.html [RATÓN DE UNA SOLA CUEVA]

17. Asociación caliope: www.asociacioncaliope.org/entente.htm [GUAYABITO]
18. Martí: www.martinoticias.com/content/article/10943.html [GUAYABITO]
19. Armas Neumaticas (La guía de tiro al blanco): www.armasneumaticas.com/2013/10/caza-menor-vizcacha-mi-bigotuda-preferida [VIZCACHA]
20. Dogguie: www.dogguie.net/mujer-esta-embarazada [ACURE]
21. La Prensa: impresa.prensa.com/opinion/Ventajas-gordo-Querube-Carmen-Henriquez_0_3259924152.html [MONO GORDO]
22. Vamagananews: <https://vamaganews.wordpress.com/tag/metro-libre> [MONO GORDO]
23. El Salvador es pequeño pero su gente lo hace grande (página de facebook): https://www.facebook.com/permalink.php?story_fbid=355657844550925&id=235628033220574 [CULEBRA]
24. Noticias24: www.noticias24.com/gente/noticia/42381/la-palabra-del-dia-cuaima [CUAIMA]
25. Universidad Nacional de Colombia: historico.cartauiversitaria.unal.edu.co/ediciones/25/11acarta.html [COCODRILO]
26. La cuarta: www.lacuarta.com/noticias/espectacular/2012/05/65-136275-9-lolosaurio-del-miss-chile-ahora-es-el-rey-de-la-noche.shtml [LOLOSAURIO]
27. Menéame: <https://www.meneame.net/story/agentes-zona-azul-no-estan-facultados-para-tramitar-multas-estacionami> [GUSANO]
28. Acción Comunista: www.forocomunista.com/t14422p320-gusarapos [GUSARAPO]
29. Desde los silencios: rocio-desdelossilencios.blogspot.com.es/2012/04/santo-rosario-penitencial.html [LAMBRIJA]
30. Asociación Murciana de Artistas y Escritores (AMAE): amaearte.es/tl/ESCRITOR-MA-NUEL-ANGEL-NICO.htm [LAMBRIJA]
31. MODEL SPACE (Planeta DeAgostini): www.gohobby.com/maquetas/maquetas-de-trenes/el-futurista-y-novedoso-tren-oruga [ORUGA]
32. El País: www.elpais.cr/2016/01/31/el-circulo-vicioso-de-los-defraudadores-del-fisco-en-costarica/ [TAGAROTE]*
33. EXPANSIÓN (en alianza con CNN): www.cnnexpansion.com/negocios/2012/06/21/slim-gavilan-o-paloma-en-europa [GAVILÁN]
34. La crónica vespertino de Chilpancingo: lacronicavespertinodechilpancingo.blogspot.com.es/2014/01/nota-roja_592.html [TECOLOTE]*
35. Azacuanes: azacuanes.blogspot.com.es/2010/09/cernicalo-lislique-o-lisli-falco.html [LISLIQUE]
36. beto777: www.fotolog.com/beto777/43520562 [GUAJOLOTE]
37. RWTH Aachen en Granada: rwthaachengranada.blogspot.com.es/2010/12/antologia-del-apodo.html [CHOMPIPE]
39. Mediolleno: mediolleno.com.sv/mediolleno_v4/entrevistas/131/entrevista-a-salvador-samayoa [CHOMPIPE]
40. 1961 Periódico Chompipe: periodicochompipe.blogspot.com.es [CHOMPIPE]
41. ADNpolítico: www.adnpolitico.com/2012/2012/03/12/a-6-anos-del-callate-chachalaca-una-frase-que-marco-2006 [CHACHALACA]
42. Lo que un pedagogo infantil puede enseñar: magdilla.blogspot.com.es/2013/09/la-guacharaca.html [GUACHARACA]
43. Datanta: www.datanta.co.ve/user-view_user-714.html [GUACHARACA]
44. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (Gobierno de España): www.magrama.gob.es/ministerio/pags/Biblioteca/fondo/pdf/44076_4.pdf [GANSARÓN]
45. Yahoo! Clever: <https://de.answers.yahoo.com/question/index?qid=20090925100553AAJ0t6m> [GANSARÓN]
46. el mundo según amaya: amayamarichal.blogspot.com.es/2008/06/el-arte-de-ser-gorrn.html [GAVIOTA]
47. Facility Manager: facilitymanager.blogspot.com.es/2012/08/el-pajaro-bravismo-en-las-empresas.html [PAJARO BRAVISMO]
48. blog.littleoneandyou.com/2013/08/28/cuando-el-nino-no-come-pur [GORRIÓN]
49. Foro Mágico (El Foro para fanáticos de Walt Disney World y Orlando): www.viajeromagico.com/comunidad/viewtopic.php?t=964 [GORRIÓN]
50. Periódico La Semana: www.lasemana.com.uy/?u=bW9kPW5vdGFzJnNIY2Npb249ZGVwb3J0ZSZpZD0wMDUwMTA [GORRIÓN]
51. Aves de la Floresta: avesdelafloresta.blogspot.com.es/2012/12/los-vistosos-ii.html [PÁSULA]
52. lecture.ecc.u-tokyo.ac.jp/~cueda/kenkyu/chiri/blasfemia/blasfemia.pdf [PÁSULA]

53. @gesor (periodismo las 24 horas): movil.agesor.com.uy/noticia.php?id=20020 [(Agesor, periódico digital deportivo uruguayo) [PÁSULA]
54. Málaga, entre la historia y la leyenda: mala-ga2016-cjorgendcm.blogspot.com.es/2010/04/por-que-se-le-llama-gurripa-tos-los.html [GURRIATO]
55. Hemeroteca ABC: hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/blanco.y.negro/1899/07/29/015.html [CALANDRIA]
56. DR Carlos Basanta y su nota saludable: dr-carlosbasanta.es.tl/_Pareces-un-Querrequerre,-te-va-a-dar-un-infarto.htm [QUERREQUERRE]
57. Cjaronu's Blog: https://cjaronu.wordpress.com/2014/02/10/la-bijirita-2 [BIJIRITA]
58. DIALECTO BORICUA: https://dialectoboricua.com/2013/05/20/chango/[CHANGO]
59. Ecos de Mantua Digital: www.ecosdemantua.cu/titulares.php?Fecha=Junio%202012&ID=1048&l=s [SINSONTE]
60. SCRIBD: es.scribd.com/doc/104192031 Origen-de-la-palabra-Yiguirro#scribd [YIGUIRRO]
61. En este lado del Arco Iris: enesteladodelarcoiris.blogspot.com.es [YIGUIRRO]
62. Mi gato: www.migato.net/relatos/general/venus-y-siju [SIJÚ]
63. z8.invisionfree.com/CAFE_CUBANO/ar/t2707.htm [SIJÚ]
64. LaCháchara: colachachara.org/2015/06/alvaro-uribe-velez-tenemos-que-ser-como-el-siriri [SIRIRI]
65. EOM: elordnmundial.com/regiones/latinoamerica/el-camino-de-la-droga [HORMIGA]
66. Ciao!: http://www.ciao.es/Comentarios-sobre-Opinion_Nature_Valley_Barritas_de_Cereales_1705923/SortOrder/1 [CHINCHE]
67. El Nuevo Diario: com.ni: archivo.elnuevodiario.com.ni/nacional/221109-se-desatan-plagas-hospitales [JELEPATE]
68. tn8: www.tn8.tv/2015/09/caen-los-jelepates-en-nandaime [JELEPATE]
69. https://archive.org/stream/aztequismosdeho00membgoogaztequismosdeho00membgoog_djvu.txt [ZUNCUÁN]
70. Universidad Nacional de Colombia: historico.cartauniversitaria.unal.edu.co/edicion-25/11acarta.html [GRILLO]
71. Diccionario Libre: diccionariolibre.com [GRILLO]
72. Hilando Palabras: hilandopalabras.blogspot.com.es [CACULO]
73. WordReference.com: forum.wordreference.com/showthread.php?t=192580&langid=24 [MAYATE]
74. Planeta Chacal: http://planetachacal.blogspot.com.es/2012/12/que-es-un-mayate.html [MAYATE]
75. DIALECTO BORICUA: dialectoboricua.com [NIGUA]
76. DIALECTO BORICUA: https://dialectoboricua.com/2013/05/20/chango/[CHANGO]
77. Asamblea Legislativa República de El Salvador: www.asamblea.gob.sv/pleno/representacion/por-grupos-parlamentarios/pdc [PESCA-DO]
78. Mas Corazon: www.mascorazon.com/a-megan-fox-le-va-tanto-la-carne-como-el-pescado [PESCA-DO]
79. La Vanguardia: www.lavanguardia.com/cultura/20150413/54429594293/los-rodaballos-estan-de-luto.html [RODABALLO]
80. Noticias24: www.noticias24.com/internacionales/noticia/82820/estudian-crear-el-primer-pueblo-de-holanda-exclusivamente-para-homosexuales [PARGO]
81. En este lado del Arco Iris: enesteladodelarcoiris.blogspot.com.es/2009/12/homofobia-linguistica.html [CHERNA]
82. Maynor Freyre: www.maynorfreyre.com/luchadelhombre.html [CORVINERO]
83. Wine Talks (De Vinos y de Todo): https://ivanvino.wordpress.com/tag/pescado-lorna [LORNA]
84. Ruloza: https://ruloza.wordpress.com/2013/08/12/manual-para-ser-lorna [LORNA]
85. Armada de Chile: https://www.armada.cl/armada/tradicion-e-historia/glosario-naval/m/2014-05-15/152127.html [MOTE]
86. Univesidad Nacional de Colombia: historico.cartauniversitaria.unal.edu.co/edicion-25/11acarta.html [CANGREJEAR]
87. Google Libros: https://books.google.es [JAIBA]
88. SpeakingLatino.com: www.speakinglatino.com/mas-perdido-que-un-juey-bizco-puerto-rican-spanish-slang-expression [JUEY]
89. GEA (Gran Enciclopedia Aragonesa): www.encyclopedia-aragonesa.com/voz.asp?voz_id=4666 [SAMARUGO]

90. AsiHablamos.com: www.asihablamos.com/?word=sapo [SAPO]
91. EcuRed: www.ecured.cu/index.php/Cangrejo_Yeti [CANGREJO YETI]
92. Memorias Guanacas: memoriasguanacas.blogspot.com.es/2009/03/leyendas-de-nuestra-tierrala.html [CHINCHINTORA]

I. NOMBRES DE ANIMALES (DERIVADOS, COMPUESTOS Y FRASEOLOGÍA)

En las definiciones prescindo de «persona».

(*) Significados solo textuales, no lexicográficos.

a gatas [21]: dicho de ponerse o andar una persona, «con pies y manos en el suelo, como los gatos y demás cuadrúpedos».

*abadejo** (pez) [284]: «prostituta» (germania).

abanto (ave) [156]: «—hombre— aturrido y torpe».

abeja [247]: «laboriosa y previsor». ABEJÓN*.

*abejón** [247]: «pretendiente pesado por su insistencia», Cuba y Puerto Rico.

*abejorrear** [247]: «producir un rumor confuso el habla de varias personas».

abejorreo [247]: «rumor confuso producido por el habla de varias personas».

abejorro [247]: «de conversación pesada y molesta». ABEJORREAR*. ABEJORREO.

aborregado [85]: «que reúne características atribuidas al borrego, como mansedumbre, gregarismo, etc.».

aborregarse [85]: «adquirir rasgos atribuidos al borrego, especialmente mansedumbre, gregarismo, etc.».

*abrazo del oso** [65]: «acto aparentemente amistoso dirigido a alguien más débil, con la intención de perjudicarlo» (Moliner).

aburrirse como una ostra [305]: «aburrirse extraordinariamente».

acémila [59]: *asno* («ruda»).

*acure** (roedor) [100]: «mujer que tiene muchos hijos», Venezuela.

agazaparse [106]: «escondarse, ocultarse, estar al acecho», «agacharse, encogiendo el cuerpo contra la tierra, como lo hace el gaza-

po cuando quiere ocultarse de quienes le persiguen».

águila [154]: «tener gran viveza y perspicacia, sobre todo en las cuestiones prácticas» / «ladrón astuto» y «fullero especializado en hacer trampas a base de hablar mucho» (germania). AGUILEÑO. AGUILUCHO*. ÁGUILA DE FLORES LLANAS*.

aguileño [154]: «que tiene el rostro *aguileño*» («largo y delgado»); «ladrón astuto» y «fullero especializado en hacer trampas a base de hablar mucho» (germania).

*aguilucho** [154]: «el ladrón que participa en la repartición de lo que hurtan sus compañeros...» (germania) / «seguidor del equipo de beisbol de las Águilas Cibaeñas», República Dominicana; «miembro de la Fuerza Aérea Hondureña» y «estudiante del Instituto Nacional de Panamá».

*águila de flores llanas** [154]: «ladrón que en sus robos emplea flores o artimañas ladronescas» (germania).

alacrán [150]: «malintencionada, especialmente al hablar de los demás».

alagartado [140]: «acaparador», Costa Rica y Honduras; «oportunista», Honduras.

alebrarse [102]: «acobardarse».

alebrestarse [102]: «acobardarse»; «alborotarse», América; «enamorarse» Cuba y Honduras.

alevín [10]: «joven principiante que se inicia en una disciplina o profesión» / («joven que sigue determinadas políticas»).

alimaña [2]: «mala, despreciable, de bajos sentimientos».

amilanar(se) [162]: «intimidar o amedrentar»; «abatirse o desalentarse».

- amularse* [58]: dicho de una persona o de una cosa, «ser o hacerse reacia o inservible»; «enfadarse, enojarse», Canarias y Salamanca.
- anaconda** [132]: «servil y aduladora», Honduras.
- andar con el bacalao a cuestras** [283]: «se dice del hombre que está casado o tiene una novia o una hermana muy feas y anda con ellas».
- andarríos** [186]: «hombre cuyo oficio consiste en llevar incautos a los tablajes o casas de juego para que los tahúres redomados con los que está de acuerdo los desplumen con facilidad» (germania).
- anguila** [281]: «astuta, escurridiza», Cuba y Uruguay; «en la que no se puede confiar», Cuba.
- animal* [1]: «de comportamiento instintivo, ignorante y grosera»; «que destaca extraordinariamente por su saber, inteligencia, fuerza o corpulencia». ANIMAL DE BELLOTA. ANIMAL DEL MONTE*.
- animal de bellota* [37]: «ruda y de poco entendimiento».
- animal del monte** [1]: «hombre excesivamente torpe y zafio», Venezuela.
- apolominado** [194]: «atontado».
- apolillarse* [254]: «quedarse anticuado, trasnochado»; «dormir», Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay / «quedarse soltera una mujer», Perú.
- araña* [149]: «prostituta»; «muy aprovechada y vividora» / «mujer muy fea», Centroamérica; «peluda» y «furiosa», Cuba; «marrullera, ladrona» y «sagaz», Nicaragua / «que recibe los objetos robados, y en ocasiones los vende» (argot) / «ladrón» (germania). ARAÑA PELUDA.
- araña peluda* [149]: «furiosa», Uruguay.
- ardilla* [92]: (*ser una ardilla*) «vivo, inteligente y astuto» / «ágil» / «listo para los negocios, pillastre», Puerto Rico.
- arpía* [317]: «mujer aviesa»; «codiciosa que con arte o maña saca cuanto puede»; «muy fea y flaca» / «corchete o criado de justicia» y «prostituta» (germania).
- arratonado** [96]: «apendejado, acobardado», Chile y Cuba.
- arratonar(se)* [96]: «acobardar(se)», Chile y Cuba.
- arrendajo* [200]: «que remeda las acciones o palabras de otra» / «que no tiene ideas propias y que repite lo que oye», Venezuela.
- asneión** [45]: «ruda y de muy poco entendimiento».
- asno* [45]: «ruda y de muy poco entendimiento». ASNEIÓN*. ASNO CARGADO DE LETRAS*. PARECER EL ASNO DE BURIDÁN*.
- asno cargado de letras** [45]: «erudito de cortos alcances».
- áspid** [127]: «amada desdeñosa».
- atún* [280]: «hombre ignorante y rudo».
- aura** (ave) [172]: «fea»; «ambiciosa», Cuba.
- ave* [152]: (*ser un ave*) «muy ligero o veloz». AVE CARROÑERA*. AVE FRÍA. AVE ZONZA. AVE DE PASO. AVE DE RAPIÑA.
- ave carroñera** [152]: «que se aprovecha de la desgracia de los demás».
- ave fría* [152]: «de poco espíritu y viveza».
- ave zonza* [152]: «descuidada, simple, tarda y sin viveza».
- ave de paso* [152]: «que se detiene poco en los lugares por los que pasa».
- ave de rapiña* [152]: «que se apodera con violencia o astucia de lo que no es suyo».
- avechucho* [153]: «sujeto despreciable por su figura o costumbres».
- avestruz** [198]: «falta de amabilidad o insociable». TÁCTICA (TÉCNICA O POLÍTICA) DEL AVESTRUZ.
- avispa* [251]: «muy agresiva e irritable», Cuba; «lista, despierta», Centroamérica, Perú y Venezuela. AVISPAR(SE). AVISPADO. AVISPÓN. AVISPERO. PONERSE AVISPA.
- avispar(se)* [251]: «hacer despierto y avisado a alguien»; «espantar», Chile; «inquietarse, desasosegarse».
- avispado* [251]: «vivo, despierto, agudo»; «inquieto»; «un poco borracho».
- avispero* [251]: «reunión de personas inquietas y agitadas», Cuba; «conjunto de personas conflictivas y malintencionadas», El Salvador, Honduras y Nicaragua.
- avispón* [252]: «viva y despierta que se aprovecha de los demás», Venezuela y México / «hombre que anda viendo dónde se puede robar» (germania).
- avucastro* [209]: «pesada y enfadosa».
- avutarda** [208]: «preso antiguo de la prisión» (germania).
- azor* [163]: «ladrón famoso» (germania). AZORAR(SE). AZORERO.
- azorar(se)* [163]: «conturbar, sobresaltar»; «irritar, encender, infundir ánimo».
- azorero* [163]: «hombre que acompaña al ladrón y lleva lo que este hurta» (germania).
- bacalao** [283]: «persona, especialmente mujer, cuya extrema delgadez le da mal aspecto», Canarias y Caribe; «mujer fea», Panamá, Uruguay

- y Venezuela; «muchacha aburrida», Venezuela; «pesada, molesta, de trato desagradable», Venezuela; «miserable y mezquina», Chile. ANDAR CON EL BACALAO A CUESTAS*. TE CONOZCO, BACALAO.
- bachaco* (hormiga) [240]: «que tiene el cabello bachaco (ensortijado y rojo)», Venezuela / «mulato con pelo rojizo», Colombia (este) y Venezuela.
- bagre* (pez) [291]: «muy fea», Argentina, Cuba, Ecuador, El Salvador y Uruguay; «muy lista y escurridiza»; Honduras / «malvada o sinvergüenza», Guatemala y Nicaragua.
- baifo-fa** [81]: «bebé, recién nacido» y «joven adolescente», Canarias /// *baifa* [81] «muchacha joven, alocada y frívola».
- balajú** (pez) [295]: «muy delgada», Puerto Rico.
- ballena** [112]: «gruesa». BALLENATO*.
- ballenato** [112]: «obesa».
- barbo* [282]: «que no puede respirar».
- basilisco* [315]: «furiosa o dañina».
- bestia* [3]: «ruda e ignorante»; «mala». BESTIÚN. BESTIA NEGRA. BESTIA PARDA. BESTIA PELUDA*.
- bestia negra* [3]: «que concita particular rechazo o animadversión por parte de alguien».
- bestia parda* [3]: «que concita particular rechazo o animadversión por parte de alguien».
- bestia peluda** [3]: «inculta y de malos modales», Argentina, Bolivia y Uruguay.
- bestiún* [3]: «ruda e ignorante», Argentina y Uruguay; entre mujeres, «hombre bien parecido», Uruguay.
- besugo* [275]: «torpe o necia». DIÁLOGO PARA (DE) BESUGOS. YA TE VEO BESUGO, QUE TIENES EL OJO CLARO.
- bibijagua* (hormiga) [238]: «muy activa y diligente», Cuba.
- bicharraco* [5]: «aviesa, de malas intenciones».
- bicho* [5]: «aviesa, de malas intenciones»; «persona»; «niño, muchacho», El Salvador y Honduras / «niña pequeña», República Dominicana; «niño de corta edad», Centroamérica; «joven o adolescente», El Salvador, Honduras y República Dominicana; «novio o novia, El Salvador»; «de gran agudeza y perspicacia para comprender las cosas», Argentina; «antipática y altanera», Puerto Rico; «muy lista, astuta», Cuba; «muy experimentada y diestra en una materia», Costa Rica. BICHARRACO. BICHO RARO. MAL BICHO. TODO BICHO VIVIENTE.
- bicho raro* [5]: «que se sale de lo común por su comportamiento».
- bijirita** (ave) [230]: «delgada y de baja estatura», República Dominicana; «cubano hijo de padre español» y «homosexual», Cuba.
- boa* [131]: «servil y adúladora por interés», Honduras / «mujer impetuosa con su amante»; «glotona».
- boca de escorpión* [151]: «muy maldiciente».
- borrego* [85]: «que se somete gregaria o dócilmente a la voluntad ajena»; «sencilla o ignorante» / «que forma parte del contingente transportado a un evento público, generalmente político, de manera forzada o inducida mediante recompensa», México; «niño o adolescente», Argentina y Uruguay. ABORREGARSE. ABORREGADO.
- borricada* [47]: «dicho o hecho necio».
- borrico* [47]: *asno* («ruda»). BORRICÓN. BORRICADA.
- borricón* [47]: «hombre que sufre resignadamente».
- bucéfalo* [52]: «hombre rudo, estúpido, incapaz».
- buey* [25]: «tonta, mentecata», Guatemala, México y Nicaragua / «bruta, torpe», Puerto Rico; «amigo íntimo, compañero inseparable», México y Nicaragua; «hombre que ha sido objeto de infidelidad de su pareja», México; «político con facilidad para ganarse seguidores», República Dominicana. BUEYÓN*. BUEYONA*. BUEY BROCO*. BUEY DE CARGA. ESTAR HECHO UN BUEY*.
- bueyón** [25]: «hombre corpulento», Puerto Rico.
- bueyona** [25]: «mujer varonil», República Dominicana.
- buey broco** [25]: «a la que le falta un dedo o una mano» e «influyente», Puerto Rico (Malaret).
- buey de carga* [25]: «fuerte, capaz de cargar grandes pesos», Cuba.
- búfalo** [30]: «agresiva»; «de buena calidad o excelente», Nicaragua; «militante de la APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana)», Perú.
- buitrear** [155]: «gorronear, aprovecharse de los demás» (argot).
- buitre* [155]: «que se ceba en la desgracia de otro» / «que usa o roba bienes ajenos», Cuba y Venezuela; «hombre listo, vivo y pícaro», Puerto Rico y República Dominicana; «hombre mujeriego, perseguidor de muchachas», Puerto Rico; «persona que tiene por oficio la recogida de basuras», Chile; «policía de tránsito», Ecuador (juvenil) / «sujeto aprovechado» y «prestamista en la prisión» (argot). BUITREAR*. BUITREO*.

- buitreo** [155]: «acción de buitrear».
- búho* [165]: «huraña» / «descubridor o soplón» (germania).
- burrear(se)** [48]: «trabajar excesivamente», Argentina; «trabajar mucho y ganar poco dinero», El Salvador; «realizar el coito», El Salvador y Honduras.
- burreo** [48]: «acción y efecto de burrear».
- burro* [48]: *asno* («ruda»); «bruta e incivil» / «indivíduo que juega con dinero ajeno o por cuenta de otro», República Dominicana; «peón que acarrea la caña de azúcar en una molienda», El Salvador; y «que trafica con droga en pequeñas cantidades», Perú y República Dominicana. *BURREAR(SE)*. *BURREO**. *BURRO CACHE-RO**. *BURRO CARGADO DE LETRAS**. *BURRO EMBARCADO**. *BURRO PORFIADO**. *BURRO TUSERO**. *BURRO CON PLATA**. *BURRO CON SUEÑO**. *BURRO DE CARGA*. *BURRO NO COME BIZCOCHITOS**. *EL BURRO HABLANDO DE OREJAS**.
- burro cachero** [48]: «que tiene suerte o se lleva la mejor parte de algo», Chile.
- burro cargado de letras** [48]: «que, a pesar de haber estudiado mucho, no discurre con inteligencia».
- burro embarcado** [48]: «que está muy seria o de mal humor», Venezuela.
- burro porfiado** [48]: «terca y obstinada», Chile.
- burro tusero** [48]: «senil, inútil para realizar labores productivas» y «aparentemente inofensiva y que actúa calladamente», Venezuela.
- burro con plata** [48]: «con poca inteligencia o cultura, pero con dinero», Chile y Perú.
- burro con sueño** [48]: «lenta física y mentalmente», Perú.
- burro de carga* [48]: «hombre laborioso y de mucho aguante».
- burro no come bizcochitos** [48]: referido a persona, «que hace o pretende hacer algo por encima de su categoría», República Dominicana y Venezuela.
- caballo* [51]: «que posee amplios conocimientos o habilidades para hacer algo», Cuba / «tahúr que juega mucho» (germania) / «torpe, de escaso entendimiento y comportamiento rudo», América del Sur y Centroamérica; «que dice cosas incoherentes o descabelladas», Honduras y Nicaragua; «amigo íntimo, compañero inseparable», Venezuela; «en el fútbol, jugador que realiza acciones bruscas contra los jugadores del equipo adversario», Bolivia / «mujer alta y corpulenta» y «mujer atractiva» en Cuba (Sánchez-Boudy). *CABALLO AMERICANO**. *CABALLO BLANCO*. *CABALLO LOCO**. *CABALLO NEGRO**. *CABALLO PERCHERÓN**.
- caballo americano** [51]: «corpulenta», Cuba.
- caballo blanco* [51]: «que apronta el dinero para una empresa de resultado dudoso».
- caballo loco** [51]: «impulsiva que se comporta de forma irreflexiva», Colombia, Nicaragua, Perú y República Dominicana; «ladrón callejero que tras cometer el robo corre velozmente», Paraguay.
- caballo negro** [51]: «candidato o participante que, en un rivalidad o competencia, generalmente política o deportiva, logra imponerse, o da la impresión de poder hacerlo, sin figurar previamente entre los favoritos», México y Panamá.
- caballo percherón** [51]: «mujer alta y desgarbada».
- cabestro* [26]: «torpe o ruda» (españolismo) / «marido cornudo que busca cliente para su mujer», «el que se dedicaba a llevar a otros a las casas de juego» y «mala persona» (germania).
- cabeza de chorlito* [187]: *cf. chorlito*.
- cabra* [75]: «muchacha», Chile / («loca»). *ESTAR COMO UNA CABRA*. *LA CABRA SIEMPRE TIRA AL MONTE*.
- cabrito* [76]: *cabrón* («que padece la infidelidad de su mujer»); «cliente de casas de lenocinio». *ENCABRITAR(SE)**.
- cabro* [75]: «hombre homosexual», Perú; «pareja de un hombre homosexual», Costa Rica; «chulo de una prostituta», El Salvador; «ágil, que sube o salta con facilidad», Honduras, Nicaragua y Puerto Rico; «impertinente», Puerto Rico; «con la que se mantiene una relación amorosa más o menos formal», Costa Rica.
- cabrón* [77]: «que hace malas pasadas o resulta molesta»; «que padece la infidelidad de su mujer»; «experimentada y astuta»; «disgustado, de mal humor», Cuba; «de mal carácter», México; «hombre que aguanta cobardemente los agravios o impertinencias de que es objeto»; «rufián que trafica con prostitutas», Bolivia, Chile, Ecuador y Venezuela / «amigo inseparable», El Salvador, Guatemala, México y Nicaragua; «cobarde», Perú; «extraordinaria, excelente», Bolivia, El Salvador y Puerto Rico (juvenil); «muy fuerte», República Dominicana. *ENACBRONARSE*. *CABRONADA*. *CABRÓN CON PINTAS*.

- cabronada* [77]: «incomodidad grave e importuna que hay que aguantar por alguna consideración».
- cabrón con pintas* [77]: «que hace malas pasadas o resulta molesta».
- cacatúa* [207]: «mujer que disimula la edad con recursos exagerados en su apariencia física» / «que habla mucho», Bolivia y México; «mujer, que habla bulliciosamente y mal de los demás», Colombia, Ecuador, Nicaragua y Venezuela; «mujer maliciosa, chismosa y mal intencionada», República Dominicana; «mujer vieja, fea y encopetada» y «mujer que aparenta pertenecer a un nivel social más alto que el suyo», Puerto Rico.
- cachalote** [113]: «gruesa».
- cachondo* [9]: «excitada sexualmente».
- cachorro* [9]: «joven que sigue determinadas ideas políticas». CACHONDO.
- caculosocial* (escarabajo) [264]: «que asiste a todas las reuniones sociales que se le presentan», Puerto Rico.
- cada gorrión tiene su corazón** [220]: «la capacidad de amar que tenemos todos los seres humanos».
- cada mochuelo a su olivo** [168]: «para indicar que ya es hora de recogerse», «para dar a entender que cada cual debe estar en su puesto cumpliendo con su deber» y «para indicar la acción de separarse varias personas que estaban reunidas, volviendo cada una a su casa o a su lugar de partida o procedencia».
- cada oveja con su pareja** [82]: «recomendación para que cada uno se asocie o tenga trato con los de su misma clase» (Moliner).
- caer como chinches* [241]: «haber gran mortandad».
- caimán* [134]: «que con astucia y disimulo procura salir con sus intentos»; «hábil y sin principios en los negocios o en asuntos relacionados con el dinero», Colombia y Venezuela; «que sustituye temporalmente a otra en su oficio o empleo», Colombia / «que lo quiere todo para sí y no comparte nada con nadie», Cuba (Sánchez-Boudy) / «maleante, vagabundo» (germanía) / «guardia civil» (argot).
- calandria* [223]: «que se finge enferma para tener vivienda y comida en un hospital» / «que canta bien» / «pregonero», «cobarde», «el preso que canta o declara sus delitos en el tormento» (germanía).
- camaleón* [137]: «que tiene habilidad para cambiar de actitud y conducta, adoptando en cada caso la más ventajosa» / «presuntuoso y fanfarrón» y «chulo y rufián» (germanía).
- camarón* [304]: «conductor inexperto», Ecuador; «que tiene la piel enrojecida por haber estado mucho tiempo expuesto al sol», Cuba, Nicaragua, Perú y Venezuela; *gorrón* y *camaleón* («con habilidad para cambiar de actitud»), Perú; «habilidosa y astuta», República Dominicana / «que tiene por costumbre comer, vivir o divertirse a costa ajena», Perú; «espía», República Dominicana; «policía encubierto» y «agente de policía», Puerto Rico. CAMARÓN QUE SE DUERME SE LO LLEVA LA CORRIENTE*.
- camarón que se duerme se lo lleva la corriente** [304]: «el que se descuida pierde», Cuba (Sánchez-Boudy).
- camello* [89]: «que vende drogas tóxicas al por menor»; («hombre bruto e ignorante») / «individuo que trabaja arduamente», El Salvador; «poco inteligente y de comportamiento rudo y torpe», Argentina y Uruguay (Puerto Rico) / «hombre corpulento y fuerte», Canarias / «enfermero que reparte la medicación en las prisiones» (argot).
- canario** [225]: «que canta bien».
- cangrejear** [301]: «volver con el novio».
- cangrejo** [301]: «codiciosa y oportunista», Estados Unidos; «pederasta», «de poca importancia» y «endebles y flaca», República Dominicana; «malintencionada que actúa deshonestamente», «sinvergüenza que vive de argucias y estafas», Bolivia; «alumno retrasado en sus conocimientos en relación a su edad», Nicaragua / «vieja», Cuba (Sánchez-Boudy).
- canguro* [110]: «generalmente joven, que se encarga de atender a niños pequeños en ausencia corta de los padres», España.
- canto del cisne* [192]: por analogía al último canto que se atribuye al cisne antes de morir, la «última obra o actuación de alguien».
- caracoleta* [308]: «niña diminuta, despejada y traviesa», Aragón.
- caracol** [308]: («lenta»). CARACOLETA. LIARSE MÁS QUE UN CARACOL.
- carcoma* [267]: «que poco a poco va gastando y consumiendo la hacienda». CARCOMER.
- carcomer* [267]: «consumir poco a poco la salud, la virtud, etc.».
- camero* [83]: *esquirol* («trabajador que no se adhiere a una huelga»), Argentina, Paraguay y Uruguay; «que no tiene voluntad ni iniciativa

- propias», Chile, Cuba y Perú / «miembro del ejército que evade sus obligaciones», El Salvador; «a la que su pareja le es infiel», Argentina.
- cauque** (pez) [293]: «lista y viva», Chile.
- cerdada* [37]: «acción sucia e indecente»; «mala pasada».
- cerdícola** [37]: «sucia» (argot).
- cerdo* [37]: «sucia», «grosera», «ruin». CERDADA. CERDÍCULA*. ANIMAL DE BELLOTA.
- cerebro de mosquito* [245]: «de poca inteligencia».
- cericalo* [161]: «hombre ignorante y rudo».
- chanchada* [39]: «hecho o dicho malintencionado con el que se pretende dañar a alguien».
- chacal** [69]: «peligrosa, agresiva», Chile, México y República Dominicana; «que abusa sexualmente de menores de edad», Noroeste de México.
- chachalaca* (ave) [184]: «que habla en demasía», América central y México.
- chanchito* [39]: «desaliñada y sucia», América; «muy gorda», América central, Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Perú; «de modales groseros, sin urbanidad», América central y Chile; «miserable, ruin», Bolivia y Chile; «poco honesta o sin escrúpulos, especialmente en los negocios», Honduras; «glotona», Chile. CHANCHO AL HOMBRO*. CHANCHO ENCEBADO*. CHANCHO EN MISA*. CHANCHO EN TRAPICIO*. CHANCHO QUE NO DA MANTECA*. CHANCHO RENGÓ*. COMO CHANCHO EN EL BARRO*.
- chanchito al hombro** [39]: «lenta», Chile.
- chanchito encebado** [39]: «muy gorda», Bolivia.
- chanchito en misa** [39]: «que se encuentra en una situación distinta o ajena a la suya habitual», Chile.
- chanchito en trapicio** [39]: «confundida, debido a una situación insólita», Bolivia.
- chanchito que no da manteca** [39]: «de la que no se espera o no se puede obtener ningún beneficio», Chile.
- chanchito rengo** [39]: «que se hace la desentendida respecto de un asunto», Argentina, Ecuador y Perú.
- changa* [272]: *Ser alguien la changa* es, en Puerto Rico, «ser muy astuto».
- chango* [231]: «persona de modales afectados o pueriles», Bolivia y Puerto Rico.
- charal* [299]: «persona muy flaca», en México.
- cherná** (pez) [296]: «homosexual», Cuba.
- chicharra* [258]: «muy habladora» / «que disfruta la vida de una manera despreocupada», Chile; «gritona», Nicaragua.
- chichilasa* (hormiga) [239]: «hermosa y arisca», México.
- chinchintora* [320]: «muy irritada y colérica», El Salvador.
- chimpancé** [122]: «hombre primitivo».
- chinchar(se)* [241]: «molestar»; «fastidiarse».
- chinche* [241]: «chinchosa» / «antipática», Venezuela; «inquieta y vivaz», Panamá. CHINCHAR(SE). CHINCHORRERÍA. CHINCHORRERO. CHINCHOSO. CAER COMO CHINCHES. PONERSE COMO UN CHINCHE*.
- chinchorrería* [241]: «impertinencia y pesadez».
- chinchorrero* [241]: «quisquilloso, picajoso».
- chinchoso* [241]: «molesta y pesada».
- chiporro* [86]: «hombre joven sin experiencia en un trabajo, especialmente un marinero», Chile.
- chivar(se)* [79]: «fastidiar»; «delatar»; «irse de la lengua, decir algo que perjudica a otra persona».
- chivatada* [79]: «acción propia del soplón».
- chivatazo* [79]: «acción propia del soplón».
- chivatear* [79]: «acusar o delatar a alguien», Bolivia, Colombia, Cuba y República Dominicana; «engañar a alguien mediante picardías o artimañas», Venezuela; dicho de los niños, «retorzar bulliciosamente, con algarabía», Argentina y Bolivia; «gritar, vociferar», Chile.
- chivateo* [79]: «acción de chivatear», Argentina y Chile; «la edad del pavo», Perú.
- chivatería** [79]: «acción propia del soplón».
- chivato* [79]: «delator»; «niño vivaz y atrevido» Bolivia y Colombia; «ayudante en la minería», Bolivia; «homosexual», Perú.
- chivo* [79]: «hombre que convive con una prostituta y se beneficia de sus ganancias», Nicaragua; «hombre de prestigio», Venezuela / «hombre homosexual», Perú; «proxeneta», Honduras; «cliente de prostituta» y «adicto a drogas», Puerto Rico /// *chiva* «delator», Cuba. CHIVAR(SE). CHIVATEAR. CHIVATO. CHIVATADA. CHIVATAZO. CHIVATEO. CHIVATERÍA*. CHIVO EXPIATORIO.
- chivo expiatorio* [79]: «a quien se achacan todas las culpas para eximir a otras».
- chompipe** (pavo) [182]: «agresiva», Centroamérica, México. CHOMPIPE DE LA FIESTA*.
- chompipe de la fiesta** [182]: «chivo expiatorio», El Salvador.
- chorlito (cabeza de)* [187]: «ligera y de poco juicio».
- chota** [78]: «soplón, delator»; «que con frecuencia hace bromas o chistes y considera las cosas con poca seriedad», Cuba; «floja, pusilánime» y

- «falta de habilidad», Puerto Rico / «conjunto de miembros de la policía» y «miembro de la policía», Honduras, El Salvador y México; «mujer joven, impúber, que viste falda corta», Bolivia; «que tiene pocas luces o que obra como tal», Argentina y Uruguay; «de baja estatura», Paraguay; «que trabaja con drogas», Puerto Rico. CHOTEAR(SE). CHOTEO. CHOTERÍA. ESTAR COMO UNA CHOTA. OLER A CHOTUNO.
- chotear(se)* [78]: «pitorrearse»; «retozar, dar muestras de alegría», Argentina; «estar de vacaciones», El Salvador / «delatar a alguien», Puerto Rico; «mirar, dirigir la vista», Guatemala y Honduras.
- choteo* [78]: «burla, pitorreo».
- chotería* [78]: «burla que se hace a alguien en tono de broma o chiste», Cuba.
- chupóptero* [236]: «que, sin prestar servicios efectivos, percibe uno o más sueldos» / («que se aprovecha de otras»).
- ciervo** [31]: «veloz»; «cornudo».
- cigüeño** [210]: «guardia civil» (argot).
- cisne* [192]: «poeta o músico excelente» / «prostituta»; «delincuente que confiesa sus delitos en el potro de tormento» (germanía). CANTO DEL CISNE.
- cochinada* [37]: «acción indecorosa»; «acción malintencionada que perjudica a alguien».
- cochinería* [37]: «acción indecorosa»; «acción malintencionada que perjudica a alguien».
- cochino* [37]: «muy sucia y desaseada»; «cicatera, tacaña o miserable»; «grosera, sin modales / «tramposa», Bolivia, Puerto Rico, Uruguay; que juega un deporte deficientemente, Puerto Rico. COCHINADA. COCHINERÍA.
- cocodrilo* [138]: «fiera» / «hombre seductor, aprovechado», Puerto Rico; «sin atributos físicos», Colombia (Medellín). LÁGRIMAS DE COCODRILO.
- comadreja** [67]: «ladrón que entra en cualquier casa» (germanía).
- comer como un gorrion** [220]: «comer poco».
- comer como un pajarito** [213]: «comer poco».
- como chanco en el barro** [39]: «cómoda o a su conveniencia», Chile.
- como dos jueyes machos en la misma cueva** [303]: «indica que cuando dos personas agresivas se encuentran juntas en una situación dada, la pelea está asegurada».
- como piojo, o piojos, en costura* [256]: expresión que se usa «para denotar que se está con mucha estrechez y apretura en un sitio».
- como sardinas (en lata o en banasta)* [287]: «con muchas apreturas o estrecheces, por la gran cantidad de gente reunida en un lugar».
- como un elefante en una cacharrería** [60]: «hacer algo sin cuidado y sin precauciones».
- como un pulpo en un garaje** [309]: «que está en un contexto no habitual o adecuado».
- conejo-ja* [103]: «ladrón que roba cosas de poco valor», México; «policía de investigación» y «tonta», Guatemala / «con los dientes delanteros muy pronunciados y grandes» y «recluta novato» (argot) /// *coneja* [103]: «hembra que pare muy a menudo».
- conejillo de Indias* [104]: «animal o persona sometido a observación o experimentación».
- cordero* [84]: «mansa, dócil y humilde»; «Jesucristo» / «poco diestra en un oficio que comete errores en la realización de un trabajo por inexperiencia o por falta de habilidad», Bolivia.
- correr como un gamo** [34]: «correr velozmente».
- corvina** [297]: «víctima de un homicidio», Ecuador. CORVINERO*.
- corvinero** [297]: «matón, asesino», Perú.
- corzo** [33]: «veloz».
- cotorra* [204]: «habladora» / «mujer soltera», México / «delator», Cuba (Sánchez-Boudy). COTORRONA. COTORREAR. COTORREO.
- cotorrear* [204]: «hablar con exceso y con bullicio».
- cotorreo* [204]: «acción y efecto de cotorrear».
- cotorrona* [204]: «que, siendo vieja, presume de joven»; «que cotorrea» / «solterón, na», Cuba, El Salvador, Honduras y Nicaragua; «de muchos años», República Dominicana.
- coyotear* [68]: «actuar como coyote, tramitador oficioso»; «ejercer de abogado sin título», México; «especular alguien con productos y precios», Honduras.
- coyote* [68]: «cruel»; «que se encarga oficiosamente de hacer trámites, especialmente para los emigrantes que no tienen los papeles en regla, mediante remuneración», Ecuador, El Salvador, Honduras y México; en la América colonial, «nacido de padres de distintas razas, especialmente de barcino y mulata, o de mulato y barcina» / «hijo de menor edad», México; «que entra ilegalmente en el país» e «individuo aprovechado», Puerto Rico / «cambista de moneda» y «que asiste a un lugar sin ser invitado, gorrón», Nicaragua. COYOTEAR.
- cría cuervos y te sacarán los ojos** [215]: «frase con que se comenta algún caso en que los bene-

- ficios hechos a quien no los merece son correspondidos con desagrado» (Moliner).
- cuaima* (serpiente) [133]: «muy lista, peligrosa y cruel», Venezuela.
- cuadrumano** [116]: «bruta».
- cuatro gatos* [21]: «poca gente y sin importancia».
- cucaracha* [260]: «que vale poco», Cuba y Paraguay; «que tiene mucha habilidad para salir bien librada de situaciones difíciles», Ecuador / «sacerdote, cura»; «militar de graduación, pero sin haber estudiado y asistido a la Academia Militar» (argot). CUCARACHÓN*.
- cucarachón** [260]: «hombre enamorado», Venezuela; «cobarde», Cuba.
- cucillo* [121]: «hombre cornudo».
- cuco* [211]: «taimado y astuto, que ante todo mira por su medro o comodidad» / «cornudo» (germanía) / «interesada y vivaz» y «policía» (argot).
- cuervo** [215]: «jugador del equipo futbolístico del Club Central Norte», Argentina; «árbitro de fútbol», Uruguay / «aprovechada, en especial de la desgracia ajena» y «sacerdote» (argot). CRÍA CUERVOS Y TE SACARÁN LOS OJOS*.
- cuija* (lagartija) [142]: «mujer flaca y fea», México.
- culebra* [128]: «acreedor, especialmente el que construye y persigue al deudor», Colombia y Ecuador / «homosexual», El Salvador. CULEBRÓN. CULEBRA PARADA*. SABER MÁS QUE LAS CULEBRAS.
- culebra parada** [128]: «de cuerpo delgado y porte tieso», Honduras.
- culebrón* [128]: «hombre muy astuto y solapado» / «mujer intrigante y de mala reputación».
- desapolillarse* [254]: «salir de casa cuando, por enfermedad u otra causa, ha transcurrido mucho tiempo sin salir de ella».
- diálogo para (de) besugos* [275]: «conversación en la que los interlocutores no se prestan atención».
- dinosaurio** [139]: «muy veterana e importante en una actividad. Se aplica especialmente a los políticos» / «con ideas antiguas y reaccionarias» (argot).
- dragón* [316]: «soldado que hacía el servicio alternativamente a pie o a caballo» / «que come mucho», Puerto Rico; «novio o pretendiente» (Uruguay). DRAGONEAR(SE).
- dragonear(se)* [316]: «ejercer un cargo sin tener título para ello», América; «hacer alarde, presumir de algo», América; «coquetear, flirtear con la mirada» y «seguir con la mirada algo con la intención de obtenerlo», Uruguay / «escaparse el soldado del cuartel sin licencia», El Salvador.
- edad del pato** [188]: «aquella en que se pasa de la niñez a la adolescencia, lo cual influye en el carácter y en el modo de comportarse», América.
- edad del pavo* [179]: «aquella en que se pasa de la niñez a la adolescencia, lo cual influye en el carácter y en el modo de comportarse».
- el burro hablando de orejas** [48]: «indica que alguien critica los defectos de los demás y no ve los suyos», Costa Rica, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua y Panamá.
- elefante** [60]: «grande»; «grueso». ELEFANTE BLANCO. MEMORIA DE ELEFANTE.
- elefante blanco* [60]: «que soluciona un problema».
- emperrarse* [14]: «obstinarse, empeñarse en algo».
- emporcar(se)* [35]: «ensuciar moralmente».
- encabritar(se)** [76]: «enfadar(se)».
- encabronar(se)* [77]: «enojar(se), enfadar(se)».
- engatar* [21]: «engañar halagando».
- engatusar* [21]: «ganar la voluntad de alguien con halagos para conseguir de él algo».
- engolondrinar(se)* [217]: «envanecer(se)» y «enamorarse».
- entigrearse* [22]: «enojarse, irritarse, enfurecerse».
- erizo* [107]: «de carácter áspero e intratable» / «que tiene el pelo erizado», México.
- escarabajo* [263]: «pequeña de cuerpo y de mala figura»; «sacerdote» (argot).
- escorpión** [151]: «mala»; «maldiciente». BOCA DE ESCORPIÓN. LENGUA DE ESCORPIÓN.
- escuerzo* (sapo) [314]: «flaca y desmedrada»; «bruta, antipática, desagradable», Salamanca.
- estar como pez en el agua* [273]: «con comodidad o soltura».
- estar como una cabra* [75]: «estar loco, chiflado».
- estar como una chota* [78]: «estar loco, chiflado».
- estar corrido como una mona o hecho una mona* [118]: «que ha quedado burlada y avergonzada».
- estar hecho un buey* [25]: «estar fuerte, vigoroso».
- estar hecho un gorrión** [220]: «tener relaciones sexuales frecuentes».
- estar hecho un zorro* [11]: «estar demasiado cargado de sueño y sin poder despertarse o despejarse» y «estar callado y pesado».
- estar hecho unos zorros* [11]: «estar maltrecho, cansado».

estar más perdido que un juey bizco [303]: para referirse a la persona que no se entera de qué va una explicación o una conversación.

fauna [4]: «conjunto o tipo de gente caracterizada por un comportamiento común».

*felino** [18]: «violenta».

fénix [318]: «exquisita o única en su especie».

fiera [6]: «cruel o de carácter malo y violento» / «esposa o novia», Colombia y México; «fea», Bolivia, Ecuador, El Salvador, Guatemala y Panamá; «que tiene la cara picada de viruelas». FIERA CORRUPA. FIERA ECHADA*. HECHO UNA FIERA. SER UNA FIERA.

fiera corrupta [6]: «cruel o muy encolerizada».

*fiera echada** [6]: «traidora», El Salvador.

*foca** [111]: «gruesa y obesa».

*fuina** (garduña) [74]: «ladrón», Aragón.

*galápago** [136]: «presuntuoso y fanfarrón» y «chulo y rufián» (germanía) / «anciano, viejo» (argot). TENER MÁS CONCHAS QUE UN GALÁPAGO*.

*galgo** [15]: «rápida»; «delgada» / «policía» (argot). GALGUEAR. GALGUERÍA.

*galgüear** [15]: «encontrarse en mala situación económica», Argentina y Uruguay; «andar de un lado a otro, especialmente para buscarse la vida», Uruguay; «pretender, cortejar», Argentina; «comer golosinas», Colombia y El Salvador —también en España—.

galguería [15]: «golosina».

gallear [175]: «pretender sobresalir entre otros con presunción o jactancia; presumir de hombría, alzar la voz con amenazas y gritos».

gallina [174]: «cobarde, pusilánime y tímida» (germanía) / «chica que mantiene relaciones sexuales con varios amigos de un grupo» (argot) / «mujer que cede con facilidad a los requerimientos sexuales de los hombres», Bolivia y Paraguay; «mujer atractiva», República Dominicana / «mujer entrada en años», Cuba. (SER) MÁS PUTA QUE LAS GALLINAS*.

gallito [175]: «hombre presuntuoso o jactancioso» / «discutidora que pelea mucho, tratando de defenderse y justificarse siempre», Nicaragua, Paraguay y República Dominicana / «bravucón» (argot). PONERSE GALLITO*.

gallo [175]: «hombre fuerte, valiente»; «hombre que trata de imponerse a los demás por su agresividad o jactancia»; «hombre que en una casa, pueblo o comunidad todo lo manda o lo quie-

re mandar y disponer a su voluntad»; «hombre adulto», Bolivia, Cuba y República Dominicana / «candidato de preferencia», México, Nicaragua y Paraguay; «persona experta o hábil en algo», Bolivia, Honduras y República Dominicana; «hombre que mantiene relaciones sexuales con una mujer con la cual convive ocasionalmente», Bolivia; «osada, conquistadora, triunfadora», República Dominicana; «adversario», Ecuador; «astuto», Ecuador y Panamá; «estudiante muy aplicado, pero retraído y algo tonto en su comportamiento» y «mujer fea», Venezuela; «jefe de la pandilla», Nicaragua / «hombre muy activo sexualmente», Cuba. / GALLEAR. GALLITO. GALLOGALLINA. GALLO GUINEA*. GALLO QÚQUERE*. MEMORIA DE GALLO. gallogallina [175]: «indeciso y «cobarde», Nicaragua.

*gallo guinea** [175]: «hombre homosexual», Costa Rica.

*gallo quíquere** [175]: «hombre de poca estatura, pero desafiante y pendenciero», Canarias.

*gamo** [33]: «veloz»; «cornudo». CORRER COMO UN GAMO*.

gansada [189]: «hecho o dicho propio de una persona gansa, patosa».

gansarón [190]: «hombre alto, flaco y desvaído».

ganso [189]: «tarda, perezosa, descuidada»; «malcriada, torpe, incapaz»; «patosa, que presume de chistoso y agudo, sin serlo»; (entre los antiguos) «ayo o pedagogo de los niños»; «hombre homosexual», Cuba; «codiciosa», Ecuador / «víctima de un robo», El Salvador; «tímida, que no participa de los hábitos y actividades de su edad», Chile; «que tiene un deseo insaciable de comer», Bolivia y Perú; «lista, buscona», Puerto Rico / «mayor, de edad penal» (argot). GANSADA. HABLAR POR BOCA DE GANSO*. HACER EL GANSO.

garañón [53]: «hombre sexualmente muy potente».

garduña [73]: «ratero que hurta con maña y disimulo»; «grupo desordenado de gente» y «juego de muchachos que consiste en lanzar cosas a la arrebatina», El Salvador. GARDUÑAR*. GARDUÑADOR*.

*garduñar** [73]: «recoger varias personas atropelladamente algo que se ha tirado al aire», Honduras.

*garduñador** [73]: («ladrón»).

*garrapata** [243]: «molesta que siempre acompaña a otra», Bolivia, Costa Rica, Cuba, Honduras

- y Nicaragua; «que vive a expensas de los demás», Paraguay; «de baja estatura», Cuba.
- gato* -ta [21]: «que tiene los ojos verdes o azules», Costa Rica y Nicaragua (también Bolivia y Ecuador en el *Diccionario de americanismos*); *servidor*, El Salvador y México; «ladrón, ratero que hurta con astucia y engaño»; «hombre sagaz, astuto» / «pobre, de estrato social bajo», El Salvador y Honduras; «delincuente que roba pescado en barcos y otros medios de transporte», Chile /// *gata* «mujer reservada, tranquila»; «mujer de costumbres licenciosas», Cuba (Sánchez-Boudy). ENGATAR. ENGATUSAR. GATO VIEJO*. CUATRO GATOS. GATOMUSO. GATA PARIDA. GATA EN CELO*. LA GATA DE JUAN RAMOS. JUGAR AL GATO Y AL RATÓN.
- gata parida* [21]: «flaca».
- gata en celo** [21]: «mujer sensual».
- gatar* [21]: «andar a gatas»; «trepar como los gatos, y especialmente subir por un tronco o astil valiéndose de los brazos y piernas»; «hurtar, robar sin intimidación ni fuerza».
- gato viejo** [21]: «hombre mayor que busca mujer joven».
- Gatomuso* [21]: «hipócrita, solapado».
- gavilán* [164]: «audaz en los negocios», Venezuela / «lista, astuta», Nicaragua; «que se encarga de hacer trámites oficiosa o extraoficialmente y a cambio de una remuneración, especialmente a emigrantes que no tienen los papeles en regla», Costa Rica. GAVILÁN DE LA PESQUERA*.
- gavilán de la pesquera** [164]: «ladrón de puerto de mar» (germanía).
- gaviota** [193]: «gorrón, persona que come, vive o se divierte a costa ajena», México; «codicioso», El Salvador; «que se encarga de recoger, amontonar y cargar la caña de azúcar en el remolque», Honduras; «mujer joven, aparentemente tímida, pero enamoradiza» y «hombre homosexual», Puerto Rico.
- gazapo* [106]: «hombre disimulado y astuto». AGAZAPARSE.
- gerifalte* [160]: «descollante en cualquier actividad»; «jefe, autoridad» / «hombre que roba o hurta» (germanía).
- golondrina** -no* [217]: «trabajador por lo común peón rural, que se desplaza periódicamente de una región a otra», Argentina, Chile y Perú / «soldado desertor que se dedica al pillaje y la ladronería» (germanía) /// *golondrino*: «hombre que anda de una parte a otra, cambiando de morada como la golondrina»; «soldado desertor». ENGOLONDRINAR(SE).
- gorgojo* [266]: «muy pequeño».
- gorila* [119]: «guardaespaldas»; «individuo, casi siempre militar, que toma el poder por la fuerza», Cuba, Uruguay y Venezuela; «militar», El Salvador; «policía o militar que actúa con violación de los derechos humanos», Guatemala, Nicaragua y Uruguay (en el *Diccionario de americanismos*, también Bolivia, Chile y Ecuador) / «de ideas reaccionarias, partidaria de gobiernos autoritarios y de ideas militaristas», Argentina y Uruguay; «hombre muy grande, acuerpado», Colombia y Costa Rica / «hombre fuerte y de gran tamaño» (argot).
- gorrinada* [40]: «acción sucia e indecente».
- gorrino* [40]: «desaseada o de mal comportamiento en su trato social». GORRINADA. GORRINERÍA.
- gorrión** [220]: «pequeño» / «enamoradiza», Honduras (es, en varios países de Centroamérica, el nombre del colibrí); «en el fútbol sala infantil, categoría para niños de entre 5 y 8 años aproximadamente», Uruguay. COMER COMO UN GORRIÓN*. ESTAR HECHO UN GORRIÓN*. CADA GORRIÓN TIENE SU CORAZÓN*.
- gorronería* [40]: «acción sucia e indecente».
- grajo* [216]: «charlatán» / «sacerdote» (argot).
- grillo** -lla* [261]: «mujer que se va con cualquier hombre», Cuba y República Dominicana; «mujer fea, desarreglada, de mala clase», República Dominicana; «que consume drogas», Venezuela /// *grilla*: «mujer que actúa o que se ve como una prostituta», Medellín (Colombia). MEMORIA DE GRILLO.
- guabina* (pez) [292]: «que, interesadamente y con frecuencia, cambia de parecer o de filiación política, o que se abstiene de tomar partido» y «cobarde», Cuba / «que evade una responsabilidad o no enfrenta una situación», Venezuela. (SER) MÁS RESBALOSO QUE LA GUABINA*.
- guacamayo** [206]: «que viste de manera chillona».
- guacharaca* (ave) [185]: «habladora», Colombia y Venezuela.
- guachinango* (pez) [294]: «sencilla y de carácter apacible», Cuba; «burlón» y «astuto, zalamero», Puerto Rico / «tonta, idiota, inútil», Puerto Rico.
- guajolote* (pavo) [180]: «tonta», México. / «individuo zángano, bobalicon, estúpido», Puerto Rico.

- guanaco* (mamífero) [90]: «tonta, simple» / «persona que escupe mucho al hablar», Chile; «arisca, que rehúye el trato social», Bolivia.
- guanajo* (pavo) [181]: «boba, tonta», Cuba y República Dominicana / «que hace o dice algo inoportuno por imprudencia o desconsideración», Cuba.
- guarrindongo* [41]: «sucio»; «sucio, obsceno».
- guarro* [41]: «sucio y desaliñado»; «grosera, sin modales»; «ruin y despreciable»; «sucio, obsceno». GUARRINDONGO. GUARRADA. GUARRERÍA.
- guarrada* [41]: «acción sucia e indecente»; «mala pasada».
- guarrería* [41]: «acción sucia e indecente»; «mala pasada».
- gurri(p)ato* [222]: «pazguata».
- guayabito* (ratón) [98]: «cobarde»; «que se beneficia económicamente de la prostitución de otra», Cuba.
- gusano* [143]: «vil y despreciable» / «que se opone a la política del gobierno de su país posterior a 1959», Cuba / «vigilante del ayuntamiento que supervisa los aparcamientos» (argot). GUSANO DE BIBLIOTECA*.
- gusano de biblioteca** [143]: «individuo que siempre está metido entre libros»; «hombre insignificante», Panamá.
- gusarapo** [144]: («despreciable») / «hombre insignificante», Panamá; «pequeña», Cuba / «prostituta de baja categoría» (germanía).
- hablar como un papagayo* [202]: «hablar mucho».
- hablar por boca de ganso** [189]: «decir cosas inspiradas por otra persona»; «manifestarse de acuerdo con la opinión de otro» (Moliner).
- hacer el ganso* [189]: «hacer o decir tonterías para causar risa».
- hacerse el juey dormido* [303]: «hacerse el tonto».
- hacer el oso* [65]: «exponerse a la burla o lástima de la gente, haciendo o diciendo tonterías»; «galantear, cortejar sin reparo ni disimulo».
- hacerse el pato* [188]: «hacerse el tonto», México.
- hacerse el sapo* [313]: «hacerse el desentendido», Guatemala.
- hacer la mula* [58]: «hacerse el remolón».
- Halcón* [157]: «En el ámbito político, partidario de medidas intransigentes». HALCONEAR.
- halconear* [157]: «mirar con altanería».
- hecho un basilisco* [315]: «estar sumamente airado».
- hecho una fiera* [6]: «estar muy irritado».
- hiena* [64]: «de malos instintos o cruel».
- hijo de perra** [14]: *hijo de puta* («mala persona»).
- hipopótamo** [63]: «obesa».
- Hormiga* [237]: «ahorradora y laboriosa». HORMIGUEAR. HORMIGUEO.
- hormiguitar* [237]: «experimentar una sensación de cosquilleo»; «dicho especialmente de una multitud de personas o animales— «bullir, estar en movimiento».
- hormiguelo* [237]: «acción y efecto de hormiguitar».
- hurón* [66]: «que averigua y descubre lo escondido y secreto»; «huraña» / «jefe de un grupo de ladrones», El Salvador; «prestamista, usurero» y «banquero» (argot) / «jefe» (argot). HURONEAR.
- huronear* [66]: «procurar saber y escudriñar cuanto pasa».
- ir para atrás como los cangrejos** [301]: expresión que se utiliza para referirse a alguien que no progresa, sino que pierde lo que había conseguido.
- jabato* [44]: «valiente».
- jaca** [57]: «mujer atractiva» (argot).
- jaiba* (cangrejo) [302]: «lista, astuta, marrullera», Puerto Rico y República Dominicana / «agente de policía», El Salvador / «cobarde», Cuba (Sánchez-Boudy).
- jelepate* (chinche) [242]: «que se aprovecha de los demás», Nicaragua.
- jirafa* [88]: «alta y delgada».
- Juan Palomo* [194]: «hombre que no se vale de nadie, ni sirve para nada».
- juey* (cangrejo) [303]: «tonta, hipócrita, agresiva». HACERSE EL JUEY DORMIDO. SER UN JUEY DORMIDO. COMO DOS JUEYES MACHOS EN LA MISMA CUEVA*.
- jugar al gato y al ratón* [21] [96]: «dicho de dos o más personas— «buscarse sin llegar a encontrarse».
- jumento**[49]: «ignorante, necia».
- jutía** (roedor) [101]: «cobarde», Cuba.
- la cabra tira al monte* [75]: expresión para «significar que regularmente se obra según el origen o natural de cada uno».
- la gata de Juan Ramos* [21]: «que disimuladamente y con melindre pretende algo, dando a entender que no lo quiere».
- la maza y la mona* [118]: «dízese a dos ke de ordinario andan xuntos» (Correas).

- ladilla* [255]: «muy fastidiosa», América; «hábil», Guatemala. PEGARSE COMO LADILLA.
- lagartear** [140]: «comportarse como un lagarto, persona oportunista», Colombia; «buscar insistentemente tener ventaja en algo ilegal», El Salvador; «estar alguien ocioso voluntariamente», Bolivia y Perú.
- lagartería** [140]: «comportamiento propio del largo, persona oportunista», Colombia.
- lagartija** -jo* [141]: *«astuta taimada, con mala reputación» / «muy flaca», Argentina, Cuba y República Dominicana / «mujer de vida dudosa», Cuba /// *lagartijo*: «perteneciente al Partido Liberal o Amarillo», Venezuela.
- lagarto* -ta [140]: «pícaro, taimado»; «que come con exceso», El Salvador, Nicaragua (Ecuador y Guatemala); «avariciosa», Nicaragua / «que cobra precios exorbitantes», Paraguay; «oportunista y entrometida, que consigue favores o trabajos sin tener mérito para ellos», Colombia y Panamá / «ladrón del campo» y «ladrón que muda de vestido para que no lo conozcan» (germania) /// *lagarta* [140]: «prostituta». LAGARTÓN. LAGARTONA. LAGARTEAR*. ALAGARTADO. LAGARTERÍA*.
- lagartón* [140]: «taimado».
- lagartona* [140]: «prostituta».
- lágrimas de cocodrilo* [138]: «las que vierte alguien aparentando un dolor que no siente».
- lambrija* [147]: «muy flaca».
- langosta* [259]: «que destruye o consume otra» / «con trasero muy voluminoso», Puerto Rico (juvenil). ROJO COMO UNA LANGOSTA*.
- lapa* [306]: «excesivamente insistente e inoportuna» / «chismosa», Nicaragua; «estudiante que pide prestado a sus compañeros apuntes y tareas de clase», Puerto Rico. PEGARSE COMO UNA LAPA*.
- las ratas abandonan el barco** [95]: se refiere al abandono de las responsabilidades de determinadas personas en situaciones difíciles.
- laucha* (ratón) [97]: «astuta», Argentina; «muchacho algo crecido y muy delgado», Chile / «menunda y delgada», Argentina y Chile. MÁS POBRE QUE UNA LAUCHA.
- lebrastón** [102]: «sujeto cobarde, pero astuto y sagaz».
- lebre** [16]: «rápida»; «partidaria de alguien».
- lebrón* [102]: «experimentada, que no se deja engañar»; «listo, activo, espabilado», Puerto Rico; «cobarde, tímido, miedoso» (germania).
- lechón* [42]: «sucio».
- lechuza* -zo [167]: «intermediario (en un mercado de abastos)» y «persona aficionada al fisgoneo», Uruguay / «ladrón que roba por la noche» / «que trae mala suerte» y «vigilante nocturno» (argot) / «que supuestamente es portadora de mala suerte», Argentina; «prostituta que generalmente trabaja de noche», Bolivia /// *lechuza*: «hombre que anda en comisiones, y se envía a los lugares a ejecutar los despachos de apremios y otros semejantes»; «tonto».
- lengua de escorpión* [151]: «mordaz, murmuradora y maldiciente».
- lengua de víbora* [126]: «mordaz, murmuradora y maldiciente».
- lengua serpentina* [125]: «mordaz, murmuradora y maldiciente».
- león* [20]: «fuerte»; «audaz» / «rufián» (germania) / «hombre afeminado», Guatemala.
- liarse más que un caracol** [308]: expresión que se utiliza cuando alguien se complica con sus palabras o con sus acciones.
- liebre* [102]: «en atletismo, corredor que en las pruebas de larga distancia se pone en cabeza para imponer un ritmo determinado al resto de los participantes»; «hombre tímido y cobarde» / «lista y astuta», El Salvador. LEBRÓN. LEBRASTÓN*. ALEBRARSE. ALEBRESTARSE.
- lince* [19]: «que tiene una vista aguda»; «aguda, sagaz» / «el ladrón de gran vista, o el que ponen por atalaya cuando están haciendo el hurto» (germania) / «policía motorizado», Panamá.
- lirón* [93]: «dormilona».
- lislique* (ave) [170]: «delgada (flaca)», El Salvador.
- llama** [91]: «campesino indígena que se traslada del campo a la ciudad», Bolivia.
- lobatón* [13]: «ladrón que hurta ovejas y carneros» (germania).
- lobo* -ba [13]: «hombre sensualmente atractivo», Uruguay; «astuto», Perú. / «joven conquistador», Puerto Rico; «ladrón» y «borracho» (germania) / *lobo*: «mujer sexualmente atractiva», Argentina y Uruguay; «prostituta», El Salvador y Perú (argot); «mujer que accede con facilidad a los requerimientos sexuales de los hombres», Ecuador; «homosexual» (argot). LOBATÓN. LOBO SOLITARIO*. LOBO DE MAR. LOBOS DE (UNA) LA MISMA CAMADA.
- lobo de mar* [13]: «marinero viejo y experimentado».

- lobo solitario** [13]: «que rehúye el trato con las demás».
- lobos de (una) la misma camada* [13]: «personas que por tener los mismos intereses o inclinaciones no se hacen daño unos a otros».
- lombriez** [146]: «delgada».
- lorna** (pez) [298]: «objeto de burla», Perú.
- loro* [203]: «muy fea»; «que habla y se repite mucho»; «habladora» / «delincuente encargado de averiguar cosas con disimulo o de vigilar mientras se realiza el delito» y «mirona, que mira con exceso o curiosidad», Chile; «indiscreta que habla mucho y que suele contar lo que le había confiado para mantener en secreto», Paraguay y Uruguay; «militante o simpatizante del troskismo», Bolivia; «inexperta», Nicaragua.
- los mismos perros con distintos collares** [14]: «personas que aparentemente son diferentes a los que sustituyen pero que tienen la misma ideología».
- macaco* [120]: «fea, deforme», Cuba y República Dominicana; «difícil de complacer, especialmente respecto de las comidas», Uruguay / «policía», Puerto Rico; «ladrón», El Salvador y Guatemala / «proxeneta», «policía uniformado» (argot). MONICACO.
- majá* (culebra) [130]: «holgazana», Cuba.
- mal bicho* [5]: *bicho* («aviesa»).
- mala pécora* [87]: *cfr. pécora*.
- mangangá* (insecto) [269]: «fastidiosa por su continua insistencia», Argentina, Paraguay y Uruguay.
- mariposa* [253]: «hombre afeminado u homosexual» / «prostituta», México, Paraguay y República Dominicana. MARIPOSEAR. MARIPOSÓN.
- mariposear* [253]: —dicho especialmente de un hombre: en materia de amores— «variar con frecuencia de aficiones y caprichos»; «andar o vagar insistentemente alrededor de alguien procurando el trato o la conversación con él».
- mariposón* [253]: «hombre inconstante y caprichoso en su dedicación a algo, y especialmente en el galanteo con las mujeres» y «homosexual».
- marmota* [94]: «que duerme mucho»; *criada* (mujer empleada en el servicio doméstico).
- marrajo* [278]: «cauta, astuta».
- marranada* [36]: «cosa sucia, chapucera, repugnante»; «suciedad moral, acción indecorosa o grosera».
- marranería* [36]: «cosa sucia, chapucera, repugnante»; «suciedad moral, acción indecorosa o grosera».
- marrano* [36]: «sucia y desaseada»; «grosera, sin modales»; «que procede o se porta de manera baja o rastrera»; dicho de un judío converso, «sospechoso de practicar ocultamente su antigua religión». MARRANADA. MARRANERÍA.
- más frío que la picha de un pez** [273]: «una persona calculadora y cerebral» (argot).
- más pesado que una vaca en brazos** [28]: «muy pesado».
- más pobre que las ratas* [95] «sumamente pobre».
- más pobre que una laucha** [97]: «sumamente pobre».
- más puta que las gallinas** [174]: «muy puta».
- más resbaloso que la guabina** [292]: «hábil para salir airoso de cualquier situación» y «hombre que rehúye el matrimonio», Puerto Rico.
- mastodonte* [62]: «muy voluminosa».
- matacán* [29]: «muchacho bien desarrollado físicamente», Nicaragua.
- mayate* (escarabajo) [265]: «homosexual», México.
- memoria de elefante* [60]: «memoria muy grande».
- memoria de gallo* [175]: «memoria escasa».
- memoria de grillo* [261]: «memoria escasa».
- memoria de pez* [273]: «memoria escasa».
- merluzo* [279]: «tonta» / «delgada y atractiva», Cuba.
- mico* [121]: «pequeña y muy fea»; *niño*; *coqueta*, Guatemala / «hombre lujurioso» (Moliner) / «delincuente juvenil» (argot). QUEDARSE HECHO UN MICO. VOLVERSE MICO.
- milano** [162]: «cobarde». AMILANAR(SE).
- mirlo blanco* [214]: «de rareza extraordinaria».
- miura* [24]: «aviesa, de malas intenciones».
- mochuelo** [168]: «fea»; «que no es de fiar». CADA MOCHUELO A SU OLIVO*.
- mofeta** [71]: «que huele mal».
- monicaco* [120]: «de poco valor» / «pedante y ridículo en sus actitudes y en su afán de sobresalir», Perú.
- mono* [118]: «que tiene el pelo rubio», Colombia; «que hace gestos o figuras parecidas a las del mono»; «joven de poco seso y afectado en sus modales» (desusado); «ebria» / «soldado que empieza su servicio militar», Bolivia; «que frecuentemente se droga con solventes o que está bajo sus efectos», México; «niño, niña», El Salvador; «traviesa e inquieta», Paraguay; «vulgar y sin educación», Venezuela / «policía nacional» (argot). MONO GORDO*. MONO PORFIADO*. LA MAZA Y LA MONA. ESTAR CORRIDO COMO UN MONO. SER EL ÚLTIMO MONO.

- mono gordo** [118] «corrupta, especialmente en las esferas del Gobierno», Panamá.
- mono porfiado** [118] «tenaz que intenta afrontar y superar todos los avatares de la vida, aunque sean fracasos», Chile.
- monstruo* [7]: «muy fea»; «muy cruel y perversa»; «de extraordinarias cualidades para desempeñar una actividad determinada».
- mosca* [244]: «molesta, impertinente y pesada» / «la policía», Nicaragua —lenguaje juvenil—; «que está atenta o alerta ante cualquier circunstancia», Nicaragua y Perú. MOSCÓN. MOSCONA. MOSQUEAR(SE). MOSQUEO. MOSCA BLANCA. MOSCA COJONERA. MOSCA MUERTA.
- mosca blanca* [244]: «que constituye una excepción dentro de un grupo por su comportamiento correcto y honesto», Argentina y Uruguay.
- mosca cojonera* [244]: «molesta».
- mosca muerta* [244]: «al parecer, de ánimo o genio apagado, pero que no pierde la ocasión de su provecho».
- moscardón* [246]: «hombre impertinente que molesta con pesadez y picardía» («pretendiendo»).
- moscón* [244] «hombre pesado y molesto, especialmente en sus pretensiones amorosas».
- moscona* [244]: «mujer desvergonzada».
- mosconeear* [244]: «importunar, molestar con impertinencia y pesadez».
- mosquear(se)* [244]: «responder y redargüir resentida y como picada por algo», «resentirse por el dicho de otra, creyendo que lo ha proferido para ofenderle».
- mosqueo* [244]: «acción y efecto de mosquear o mosquearse».
- mosquito* [245]: «borracho». CEREBRO DE MOSQUITO.
- mote* [300]: «marino novicio o principiante, inexperto», en Chile.
- mulo* [56] «fuerte y vigorosa»; «contrabandista de drogas en pequeñas cantidades», Argentina, Ecuador, Guatemala y Honduras / «desconsiderada, egoísta», México; «terca», Bolivia, Chile, Paraguay; «tonta», Guatemala, Nicaragua, República Dominicana; «que transporta ilegalmente cualquier tipo de droga» (Panamá); «muy grande», Honduras, Nicaragua; «musculosa», Honduras; «borracha», Bolivia; «estéril», Bolivia. AMULARSE. SER MULO DE CARGA. (SER) TERCO COMO UNA MULA*.
- murciélago** [109]: «ladrón que hurta de prima noche... a los que duermen» (germanía) / («que no duerme y desea la oscuridad») / «amante que huye de la amada [luz]».
- nigua** (insecto) [271]: «muy baja de estatura y gorda», Guatemala; «llorona o que se queja en exceso» y «cobarde», El Salvador.
- novillo* [27]: «cornudo».
- oler a chotuno* [78]: «despedir cierto mal olor semejante al del ganado cabrío».
- oler a pescado** [274]: «oler mal» (referido al órgano sexual femenino).
- oler a tigre* [22]: «oler muy mal».
- orangután** [123]: «hombre muy feo o muy peludo» / («persona primitiva»).
- oruga** [148]: «mala».
- oso** [65]: «hombre al que le gusta la pendencia», Cuba; «que trata de convencer a otra para que consuma drogas», Puerto Rico; «homosexual». ABRAZO DEL OSO*. HACER EL OSO.
- ostra* [305]: «retraída, misántropo». ABURRIRSE COMO UNA OSTRA.
- oveja descarriada** [82]: «pecador».
- oveja negra* [82]: «que, en una familia o colectividad poco numerosa, difiere desfavorablemente de las demás».
- ovejo** [82]: «mansa, dócil y humilde», Colombia, Cuba, Puerto Rico y Venezuela. / «que necesita un corte de pelo, peluda», Puerto Rico y República Dominicana. OVEJA DESCARRIADA*. OVEJA NEGRA. CADA OVEJA CON SU PAJEJA*.
- pajarazo** [213]: «homosexual», Costa Rica y República Dominicana.
- pajarear* [213]: «andar vagando, sin trabajar o sin ocuparse en cosa útil».
- pajarero* [213]: «alegre y festivo»; «empleado que no hace nada», Nicaragua.
- pájaro -ra* [213]: «astuta y sagaz y con muy pocos escrúpulos»; «hombre que sobresale o es especialista en una materia, particularmente en las de política» (desusado); «hombre homosexual», Costa Rica, Cuba, Ecuador, Panamá y República Dominicana /// *pájara*: «mujer homosexual», República Dominicana; «concubina», Puerto Rico / «prostituta, mujer indeseable» y «mujer promiscua» (argot). PAJARITO. PAJARAZO*. PAJARÓN*. PAJAROTE*. PAJARRACO. PAJAREAR. PAJARERO. PAJAROBRAVISMO*. PÁJARO GORDO. PÁJARO DE CUENTA. PÁJARO DE MAL AGÜERO. QUEDARSE PAJARITO. PÁJARO VIEJO NO

- ENTRA EN JAULA*. COMER COMO UN PÁJARO (PAJARITO).
- pajarito** [213]: «niña de constitución física débil» y «que actúa inocentemente», Chile.
- pajarrobravismo** [213]: «actitud egoísta con la que se pretende obtener beneficios personales de cualquier situación», Venezuela.
- pájaro gordo* [213]: *cf.* *pez gordo*.
- pájaro de cuenta* [213]: «hombre a quien por sus condiciones hay que tratar con cautela».
- pájaro de mal agüero* [213]: «que acostumbra a anunciar que algo malo sucederá en el futuro».
- pájaro viejo no entra en jaula** [213]: se utiliza para expresar que «no es fácil engañar a la persona experimentada». *Cfr.* PEZ VIEJO NO TRAGA EL ANZUELO*.
- pajarón** [213]: «tonta, ingenua o poco perspicaz», Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay.
- pajarote** [213]: «adolescente muy alto e ingenuo», Venezuela.
- pajarraco* [213]: «hombre disimulado y astuto» / «hombre afeminado», República Dominicana.
- paloma* [194]: «de genio apacible y quieto»; «partidario de medidas moderadas y conciliadoras encaminadas a la paz» (frente a *halcón*) / «niño delincuente, generalmente varón, que forma parte de pandillas y tiene adicciones», Bolivia. APALOMINADO*. PALOMILLA. PECHO DE PALOMA*. JUAN PALOMO.
- palomilla* [194]: «muchacho travieso y callejero», Chile y Perú / «bromista y juguetero», Perú.
- palomino** [195]: «joven atontado». APALOMINADO*.
- palomo* [194]: «propagandista o muñidor muy diestro en estos oficios» / «muchacho, especialmente el que es de carácter difícil» y «hombre bueno y de carácter débil», República Dominicana; y «hombre tonto o excesivamente ingenuo», Uruguay / «homosexual» (argot).
- pantera* [70]: «atrevida, audaz», Cuba y México; «que destaca por su eficacia», Uruguay.
- papagayo* [202]: «denunciador, soplón» (germanía) / «que trata a las demás con engreimiento o despectivamente, dándose aires de superioridad», Bolivia. HABLAR COMO UN PAPAGAYO.
- paquidermo** [61]: «bruta».
- parecer el asno de Buridán** [45]: se refiere a «quien experimenta tremendas dudas cuando tiene que escoger entre dos cosas».
- pargo** (pez) [290]: «hombre homosexual o afeminado», Cuba y Venezuela; «cliente de prostituta», Puerto Rico.
- pargo barato* [290]: «cliente de prostituta que no paga bien», Puerto Rico.
- pargo de mucho merenguito* [290]: «cliente de prostituta que paga espléndidamente», Puerto Rico.
- pargo estérico* [290]: «cliente que sale siempre con la misma prostituta», Puerto Rico.
- pargo macera* [290]: «cliente de prostituta tacaño», Puerto Rico.
- pásula* (pájaro) [221]: «mujer o niño menudo y débil», Uruguay / «ingenua o poco lúcida», Uruguay.
- pato* [188]: «sosa, sin gracia, patosa»; «hombre afeminado», Antillas, Nicaragua y Venezuela; «víctima de burlas y groserías», Ecuador / «homosexual», Cuba; «víctima de burlas y groserías», Ecuador; «que asiste a un evento sin ser invitada o sin pagar», «que está donde no debe» y «que va en el puesto trasero de una motocicleta», Colombia; «hombre cuyo nombre no se recuerda o no se quiere mencionar», Perú. PATOSO. PATITO FEO*. PATO COJO*. PATO MALO*. PATO MAREADO*. PATO DE LA BODA. PATO DE (TODA) BODA*. EDAD DEL PATO*. HACERSE EL PATO.
- patito feo** [188]: «en relación a un grupo de personas o cosas, se aplica a alguien o algo que es despreciado o menos valorado que el resto».
- pato cojo** [188]: «político sin poder».
- pato malo** [188]: «delincuente», Chile.
- pato mareado** [188]: «torpe».
- pato de la boda** [188]: «que paga las consecuencias de algo de lo que no es responsable», Argentina, Bolivia, Chile y Uruguay.
- pato de (toda) boda** [188]: «que se las arregla para ir como invitado a todos los convites», Ecuador.
- patoso* [188]: «que, sin serlo, presume de chistosa y aguda»; «inhábil o desmañada».
- pavear* [179]: «hacer o decir cosas tontas o poco inteligentes», Argentina, Bolivia, República Dominicana y Uruguay.
- pavisosería** [179]: «bobería».
- pavisoso* [179]: «bobo, sin gracia ni arte». PAVISO-SERÍA*.
- pavitonto* [179]: «necio, estúpido».
- pavo -va* [179]: «sosa o incauta»; «polizón», Bolivia, Chile, Panamá y Perú / «que entra en un espectáculo público sin pagar», Bolivia y Ecua-

- dor / «que viaja sin pagar en un autobús público con el consentimiento del conductor», Panamá; «hombre que vive de la prostitución de mujeres», Cuba; «hombre con muchos amores», Guatemala; «que está en la adolescencia», Paraguay, República Dominicana y Venezuela; «lista y astuta», Costa Rica, Guatemala y Honduras; «distráida», Chile; «grosera y maleducada», El Salvador /// *pava* [175]: «mujer con varios novios» y «audaz, lista, habilidosa», Guatemala y Honduras; «mujer sexualmente desinhibida», Guatemala / «mujer muy gruesa que se mueve con dificultad», Canarias. *PAVONEAR*. *PAVEAR*. *PAVONEO*. *PAVO REAL*★. *PAVISOSO*. *EDAD DEL PAVO*.
- pavonear* [179]: «hacer vana ostentación de su gallardía o de otras prendas».
- pavoneo* [179]: «acción de pavonear».
- pavo real*★ [179]: «vanidoso».
- pecho de paloma*★ [194]: «que se muestra orgullosa, arrogante, engreída», Chile.
- pécora* [87] (*mala pécora*): «astuta, taimada y viciosa, y más comúnmente siendo mujer».
- pegarse como ladilla* [255]: «arrimarse a otra persona con pesadez y molestándola».
- pegarse como una lapa*★ [306]: «arrimarse a otra persona con pesadez y molestándola».
- percebe* [307]: «torpe o ignorante».
- perico* [205]: «especialmente mujer, que gusta de callejear, y es a veces de vida desenvuelta»; *aprendiz*, Nicaragua / «que habla sin descanso»; «que delata a un delincuente», Puerto Rico; «locutor de radio», Honduras; «persona, especialmente joven o niña», Chile; «poco hábil», Nicaragua.
- perrear* [14]: «timar», Costa Rica; «menospreciar a alguien», Venezuela; dicho de un hombre, «ser mujeriego, andar con muchas mujeres», Costa Rica.
- perrería* [14]. «acción mala o inesperada contra alguien».
- perro -rra*[14]: «despreciable»; «hombre tenaz, firme y constante en alguna opinión o empresa» (desusado); «enojada o de mal genio», El Salvador / «estudiante de primer curso de una carrera universitaria», México; en las academia militares, «alumno de primer año», Perú y Bolivia; «hombre, que acostumbra a andar en aventuras amorosas con diferentes mujeres», Colombia, Costa Rica, El Salvador, Nicaragua y Panamá; «astuto, sagaz», Colombia; «agente de policía encubierto», Puerto Rico. *EMPERRARSE*. *PERREAR*. *PERRERÍA*. *PERRO NUEVO*★. *PERRO VIEJO*. *PERRO DEL HORTELANO*★. *PERRILLO DE TODAS BODAS*★. *PERRITO DE FALDA O FALDERO*. *HIJO DE PERRA*★. *COMO EL PERRO Y EL GATO*. *LOS MISMOS PERROS CON DISTINTOS COLLARES*★. *TRATAR A ALGUIEN COMO A UN PERRO*★.
- perro nuevo*★ [14]: «inexperta, novata, que acaba de ingresar en un grupo, trabajo o actividad», Chile.
- perro viejo* [14]: «sumamente cauta, advertida y prevenida por la experiencia».
- perro del hortelano*★ [14]: «indecisa».
- perrillo de todas bodas* [14]: «a la que le gusta estar en todas las fiestas y lugares de diversión».
- perrito de falda o faldero* [14]: «hombre sumiso a su mujer».
- pescado*★ [274]: «a quien se trata de convencer para que use drogas» y «cliente de prostituta», Puerto Rico; «miembro del Partido Demócrata Cristiano», El Salvador / «mujer flaca y fea», Cuba (Sánchez-Boudy).
- pez* (*peje*) [273] «hombre astuto, sagaz e industrioso». *PEZ GORDO*. *PEZ CHICO*★. *MEMORIA DE PEZ*. *COMO PEZ EN EL AGUA*. *MÁS FRÍO QUE LA PICHA DE UN PEZ*. *POR LA BOCA MUERE EL PEZ*★. *PEZ VIEJO NO TRAGA EL ANZUELO*★.
- pez chico*★ [273]: «de poca importancia».
- pez gordo* [273]: «de mucha importancia o muy acaudalada».
- pez viejo no traga el anzuelo*★ [273]: se utiliza para expresar que «no es fácil engañar a la persona experimentada». *Cfr.* *PÁJARO VIEJO NO ENTRA EN JAULA*★.
- picaza*★ [219]: «habladora».
- pichón* [196]: apelativo cariñoso para referirse a una persona / «joven y sin experiencia», América (general). *PICHÓN DE POSTE*★.
- pichón de poste*★ [196]: «muy alta», Venezuela.
- pingüino*★ [191]: «estudiante de enseñanza pública básica o media», Chile; «de baja estatura», República Dominicana. *VESTIRSE DE PINGÜINO*.
- piojo*★ [256]: «tacaña», Uruguay; «necia e insistente», Nicaragua; «de muy baja estatura», Argentina, Bolivia, Nicaragua, Panamá y Puerto Rico. *PIOJOSO*. *PIOJO BLANCO*★. *PIOJO PEGADIZO*. *PIOJO PEGADO*★. *PIOJO RESUCITADO*. *COMO PIOJO(S) EN COSTURA*.
- piojo blanco*★ [256]: «rubia o de piel clara», Guatemala.

- piojo pegadizo* [256]: «importuna y molesta que no puede alguien apartar de sí».
- piojo pegado** [256]: «que no tiene relación de parentesco directa con el resto de los que vive», Cuba; «individuo que se presenta en un sitio sin haber sido invitado», Puerto Rico.
- piojo resucitado* [256]: «de humilde origen, que logra elevarse por malos medios»; «que se cree muy importante sin serlo».
- piojoso* [256]: «sucio, harapiento»; «miserable, mezquino».
- pipiolo* [178]: «principiante»; «muchacho» / «miembro del Partido Independiente Puertorriqueño».
- piraña* [276]: «ladronzuelo que roba en grupo», Perú; «acaparadora, codiciosa», Costa Rica, Cuba y Nicaragua / «astuta, hábil» en Costa Rica y Puerto Rico / «policía antidisturbios» (argot).
- pisco* [183]: «individuo de poca o ninguna importancia», Colombia.
- pispa* [227]: «muchachita vivaracha»; «de mal carácter y respuestas prontas y agrias», Canarias.
- pitirre** (pájaro) [228]: «el que recrimina a alguien», Puerto Rico.
- polilla* [254]: «estudiante muy aplicado» y «que lee mucho», Cuba; «prostituta», Perú / «que se muestra muy insistente o pesada en sus reclamaciones o críticas» y «a la que le gusta mostrarse en los medios de comunicación en busca de fama y publicidad», Chile; «niño delincuente, generalmente varón, que forma parte de pandillas y tiene adicciones», Bolivia. APO-LLARSE. DESAPOLLARSE.
- pollar* [176]: dicho de un muchacho o de una muchacha, «empezar a hacer cosas propias de los jóvenes».
- pollino* [46]: «simple, ignorante o ruda».
- pollo-lla* [176]: «hombre joven»; «de apariencia elegante, atractiva o juvenil», Guatemala, México y Panamá; «que entra en los Estados Unidos sin la documentación necesaria», México; «que tiene poca resistencia al alcohol», Bolivia y Perú /// *polla*: «mujer joven» / «novia», Colombia; «joven de gran belleza, atractiva y elegante», Bolivia, Puerto Rico, República Dominicana. POLLEAR. POLLO PERA.
- pollo pera** [176]: «joven elegante y refinado, que raya en lo cursi».
- pololear* [270]: «mantener relaciones amorosas de cierto nivel de formalidad», Bolivia y Chile; «tratar gentilmente a alguien con el fin de conseguir algo», Chile; «intentar atraer a alguien a un negocio o actividad», Chile.
- pololo* [270]: «pretendiente», Bolivia y Chile. PO-LOLEAR. POLOLEO*.
- pololo** [270]: «relación amorosa estable, pero no de convivencia», Bolivia y Chile.
- poner a alguien como un pulpo* [309]: «castigarle dándole tantos golpes o azotes que quede muy maltratado».
- ponerse avispa* [251]: «estar despierto y avisado», México.
- ponerse gallito** [175]: «presumir. Ser, o creer ser, quien sobresale o domina a otros».
- ponerse colorado como un cangrejo** [301]: «ponerse muy colorado cuando se toma mucho el sol».
- ponerse como un chinche** [241]: («enfadarse mucho»).
- ponerse (estar) una fiera* [6]: «ponerse —estar— muy irritado».
- por la boca muere el pez** [273]: expresión para señalar los problemas que tiene el que habla mucho.
- porquería* [35]: «acción sucia o indecente»; «grosería, desatención y falta de crianza o respeto».
- potranca** [54]: «muchacha bonita y elegante», Guatemala, Honduras, Nicaragua, Puerto Rico, República Dominicana y Uruguay.
- potrilla** [54]: («viejo que ostenta lozanía y mocedad»).
- potro**-*tra** [54]: «inquieta»; «digna de admiración por sus cualidades, especialmente por su físico», Argentina, Paraguay y Uruguay; «obsesionada por las relaciones sexuales», Bolivia /// *potra*: «mujer joven, muy atractiva», Uruguay. POTRANCA*. POTRILLA*.
- primate** [115]: «primitiva».
- puerco* [35]: «desaliñada, sucia, que no tiene limpieza»; «grosera, sin cortesía ni crianza»; «ruin, interesada, venal».
- pulga** [257]: «pequeña» / «prostituta», El Salvador y Guatemala.
- pulpo** [309]: «que explota a otros o se beneficia de su esfuerzo o trabajo», Bolivia, Chile y Perú; «que tiene diversos trabajos o empleos», Panamá / («persona que toca mucho»). PONER A ALGUIEN COMO UN PULPO.
- quedarse pajarito* [213]: «quedarse aterido por el frío».
- quedarse hecho un mico* [121]: «quedar avergonzado».
- quera* (insecto) [268]: «hombre pesado y molesto».

- querque* (ave) [169]: «que anda sola sin objetivos claros»; «pesada, molesta e inoportuna»; «excesivamente flaca», Honduras.
- querquerre* (pájaro) [229]: «que siempre está de mal humor», Venezuela.
- quinicho* [50]: «falto de inteligencia, de listeza o de rapidez»; «terco», Honduras.
- rabo de lagartija* [141]: «inquieta, nerviosa, que no deja de moverse».
- rana* [310]: «soplón», Colombia / «avispada y astuta», Argentina, Bolivia y Uruguay; «extravertida y afable», «joven», Bolivia. SALIR RANA.
- raposo* [12]: «taimada y astuta».
- rata* [95]: «despreciable»; «ratero, ladrón que hurta cosas de poco valor»; «tacaña» / «confidente, soplón», México (juvenil) / «de sentimientos innobles» (argot). RATERO. RATA DE SACRISTÍA*. RATA DE BIBLIOTECA*. MÁS POBRE QUE LAS RATAS. LAS RATAS ABANDONAN DEL BARCO.
- rata de biblioteca** [95]: «estudiosa».
- rata de sacristía** [95]: «beata», Costa Rica y México.
- ratero* [96]: «ladrón que hurta con maña y cautela cosas de poco valor».
- ratón** [96]: «ladrón», México y República Dominicana / «niño pequeño» (Canarias). ARRATONAR(SE). RATONEAR(SE)*. ARRATONADO*. RATÓN DE BIBLIOTECA. RATÓN COLORADO*. RATÓN DE COLA PELADA*. RATÓN DE UNA SOLA CUEVA*. JUGAR AL GATO Y AL RATÓN.
- ratón colorado** [96]: «lista».
- ratón de biblioteca* [96]: «erudito que con asiduidad escudriña muchos libros».
- ratón de cola pelada** [96]: «despreciable, miserable», Chile.
- ratón de una sola cueva** [96]: «hombre fiel a su pareja». Chile.
- ratonear(se)* [96]: «En el fútbol, jugar un equipo de manera defensiva y conservadora», Chile y Perú; «actuar alguien de manera mezquina o poco generosa», «minimizar, infravalorar algo o a alguien» e «indagar, echar un vistazo por curiosidad o diversión», Chile; «tener fantasías eróticas», Argentina.
- rémora* [284]: «que detiene, embarga o suspende».
- renacuajo* [311]: «niño pequeño y travieso» / «insignificante», Bolivia, Honduras y Panamá.
- rocín* [55]: «hombre tosco, ignorante y maleducado».
- rodaballo* [286]: «hombre taimado y astuto».
- rojo como una langosta** [259]: «muy rojo».
- sabandija* [124]: «despreciable»; «inquieta y molesta»; «dada al flirteo», Uruguay / «aplicado particularmente a un niño, «muy flaco o raquítico», Argentina; «niño inquieto, pícaro, travieso», Río de la Plata.
- saber más que las bibijaguas** [238]: «ser muy sagaz para su provecho».
- saber más que las culebras* [128]: «ser muy sagaz para su provecho».
- sabueso* [17]: «que tiene buen olfato»; «gruesa»; «policía, detective».
- sacre* [158]: «hombre que roba o hurta» (germanía) / «que obtiene dinero a través de engaños», Bolivia.
- salir rana* [310]: «defraudar»; «ser homosexual» (argot).
- salmón** [285]: «tonto», Puerto Rico.
- samarugo* (renacuajo de la rana) [312]: «torpe, zote», Aragón.
- sanguijuela* [145]: «que va poco a poco sacando a alguien el dinero».
- sapear* [313]: «denunciar», Chile, Costa Rica y Venezuela; «vigilar disimuladamente» y «mirar indiscretamente», Chile.
- sapo* [313]: «soplón, delator», Bolivia, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Uruguay y Venezuela; «que importuna con su presencia a una pareja de enamorados», Cuba; «de baja estatura», El Salvador, Guatemala, Honduras y México; «con torpeza física» / «mirón, espía», Chile, Panamá y Perú; «agente de la policía secreta», Panamá; «muy despierta, vivaz y astuta» en Bolivia, Ecuador y Perú / «fea o despreciable» (argot). SAPEAR. SAPO VERDE*. SER SAPO DE OTRO POZO*. HACERSE EL SAPO.
- sapo verde** [313]: «guardia civil» (argot).
- sardina**-no* [287]: «muy delgada», Cuba; (también *sardino*) «joven», Colombia. COMO SARDINAS (EN LATA O EN BANASTA).
- ser un juey dormido* [303]: «ser un hipócrita».
- ser el último mono* [118]: «ser insignificante, no contar para nada».
- ser un mulo de carga* [58]: «ser el encargado de los trabajos pesados».
- ser sapo de otro pozo** [313]: «que pertenece a una clase, medio social o esfera de actividad diferente de aquella en la que se está inmersa», Uruguay.
- ser terco como una mula** [56]: «ser muy terco».

ser una fiera [6]: «tener aptitudes notables y demostrarlas».

*serpiente** [125]: («amante desdenosa») / «servil y aduladora», Honduras.

sierpe [129]: «muy fea o muy feroz o que está muy colérica».

*sijú** (ave) [234]: «fea», Cuba.

*simio** [117]: («tosca, primitiva»; «fea») / «policía nacional» (argot).

*sinsonte** (pájaro) [232]: «que canta muy bien», Cuba.

*sirirí** (pájaro) [235]: «que molesta», Colombia.

sudar como un pollo [176]: «sudar mucho».

tábano [262]: «molesta o pesada» / «gitano» (argot).

táctica (técnica o política) del avestruz [198]: «actitud de quien trata de ignorar peligros o problemas».

te conozco, bacalao [283]: expresión para «indicar que se conocen las intenciones o el modo de actuar de alguien».

tecolote (ave rapaz) [166]: «miembro del cuerpo de Policía», México.

*tener más conchas que un galápagos** [136]: «tener alguien la experiencia que hace difícil que sea engañado».

*tener menos seso que un mosquito** [245]: «tener poco seso».

tiburón [277]: «que adquiere de forma solapada un número suficientemente importante de acciones en un banco o sociedad mercantil para lograr cierto control sobre ellos»; «ambiciosa que a menudo actúa sin escrúpulos y solapadamente» / «hombre guapo y mujeriego», Nicaragua; «hombre enamorado» y «patrono exigente y mezquino con sus empleados», Puerto Rico / «proxeneta de homosexuales» (argot).

tigra [22]: «mujer temible», América.

tigre -gresa [22]: «cruel y sanguinaria»; «furiosa, llena de ira»; «activa en las relaciones amorosas»; «muy hábil en alguna actividad», América; «miembro del ejército», Honduras; «astuta y hábil en los negocios» y «niño de mal comportamiento», Puerto Rico; «policía», El Salvador / «usurero», Canarias /// *tigresa*: «mujer seductora y provocadora». TIGRA. TÍGUERE*. ENTIGRECERSE. OLER A TIGRE.

*tiguer** [22]: «golfa» y «cuya identidad se desconoce», República Dominicana.

*tiue** [173]: «persona de poca importancia, insignificante», Chile.

todo bicho viviente [5]: «toda persona».

*tonino** [114]: «gorda», Canarias (también Cuba y Uruguay); «astuta y taimada» y «homosexual», Canarias.

topo [108]: «que, infiltrada en una organización, actúa al servicio de otros»; «que tropieza en cualquier cosa, o por cortedad de vista o por falta de tino natural»; «de cortos alcances que en todo yerra o se equivoca» / «vigilante jurado del Metro» (argot).

torear [23]: «entretener las esperanzas de alguien engañándole»; «hacer burla de alguien».

toreo [23]: «acción de torear».

*tordo** [226]: «que se deja engañar» (germanía).

toro-ra [23]: «hombre muy robusto y fuerte» / «cornudo» / «de valía, digna de admiración», Chile y República Dominicana /// *tora*: «mujer fuerte y saludable» y «mujer decidida y valiente», Cuba. TOREAR. TOREO. TORO CORRIDO.

toro corrido [23]: «que es dificultosa de engañar, por su mucha experiencia».

*toro sin tiente** [23]: «agresivo, rebelde».

tórtolo(s) [197]: «pareja de enamorados»; «sin experiencia».

*tortuga** [135]: «lenta».

*tratar a alguien como a un perro** [14]: «maltratarlo, despreciarlo».

*trucha** [288]: «prostituta» (germanía).

urraca [218]: «habladora» / «comprador de objetos robados» (argot).

*vaca** [28]: «obesa» / «prostituta tributaria de un rufián» (germanía) / «sin actitudes para jugar al fútbol», Colombia; «torpe, inepta» y «tonta e inculta», Guatemala y Honduras; «ruin, desgraciada», Chile; «poco habilidosa, especialmente para la práctica de un deporte», Costa Rica. VACABUEY*. VACABURRA*. VACA SAGRADA. VACA DE LA BODA. MÁS PESADO QUE UNA VACA EN BRAZOS*.

*vacabuey** [28]: «gordo».

*vacaburra** [28]: «torpe, inepto».

vaca sagrada [28]: «que, a lo largo del tiempo, ha adquirido en su profesión una autoridad y un prestigio que la hacen socialmente intocable».

vaca de la boda [28]: «a quien todos acuden en sus urgencias».

*venado** [32]: «veloz», «hombre cornudo».

verraco [43]: «desaseada», «despreciable por su mala conducta» y «tonta, que puede ser en-

- gañada con facilidad», Cuba / «valiente y audaz», Colombia, Ecuador, República Dominicana y parte de Venezuela; «que se desempeña muy bien», Colombia y Panamá; «que logra con trampa o triquiñuelas obtener sus fines», Panamá; [berraco] «mujeriego», México, Venezuela y parte de Ecuador; «que está disgustada, muy enfadada», Colombia. Nicaragua y Panamá; «excitada sexualmente», Colombia y Puerto Rico. VERRAQUERA. VERRIONDO.
- verraquera* [44]: «lloro con rabia y continuado de los niños».
- verriendo-da* [44]: «que está en celo» /// *verrionda**, «prostituta».
- vestirse de pingüino* [191]: «vestirse de frac».
- víbora* [126]: «con malas intenciones» / «servil y aduladora», El Salvador; «intrigante y chismosa», Guatemala. VIBOREZNO. VIBOREAR*. LENGUA DE VÍBORA.
- viborear** [126]: «criticar frecuente y malintencionadamente a los demás», México, Bolivia y Paraguay.
- viborezno** [126]: «con malas intenciones».
- vizcacha* (roedor) [99]: «que acostumbra a guardar cosas inservibles», Uruguay.
- volverse mico* [121]: «aturdirse o aturullarse en la realización de algo».
- ya te veo besugo, que tienes el ojo claro* [275]: expresión «para dar a entender que se penetra en la intención de uno».
- yegua* [56]: «mujer grosera», Cuba y Uruguay; «hombre homosexual», Cuba; «estúpida, tonta», Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Puerto Rico / «prostituta», México; «mujer de conducta sexual ligera o considerada como amorala», Chile y Paraguay; «mujer hermosa, sexualmente atractiva», Argentina, Nicaragua y Uruguay / «mujer atractiva» (argot) / «terco» (insulto).
- yeti* [319]: «fea» (argot).
- yígüirro** (pájaro) [233]: «homosexual», Costa Rica.
- zanganear* [250]: «andar vagando de una parte a otra sin trabajar».
- zanganeo** [250]: «acción y efecto de zanganear».
- zanganería*: [250]: «cualidad del zángano».
- zángano* [250]: «holgazana que se sustenta de lo ajeno» y «floja, desmañada y torpe»; «prostituta», Nicaragua / «el procurador o abogado defensor, generalmente de maleantes que... en las cárceles encuentra nuevos clientes... para pedirles dinero descaradamente» (germanía). ZANGANEAR. ZANGANEO*. ZANGANERÍA.
- zopilote** [171]: «mujer fea», El Salvador; «mestiza de piel oscura, casi negra», Honduras / («torpe»).
- zorra muerta** [11]: «que no se despierta».
- zorrastrón*: [11]: «pícaro, astuto, disimulado y demasiado cauteloso».
- zorrear* [11]: «dicho de una mujer: dedicarse a la prostitución».
- zorrería* [11]: «astucia».
- zorriño** [72]: «que huele mal».
- zorro -rra* [11]: «muy taimada, astuta y solapada»; «que afecta simpleza e insulsez, especialmente por no trabajar, y hace tarda y pesadamente las cosas» / (hombre) «muy aficionado a las mujeres», Costa Rica, El Salvador y Nicaragua / «ladrón que se finge tonto» (germanía) /// *zorra* «prostituta». ZORRASTRÓN. ZORRUPA. ZORRA MUERTA*. ZORRO VIEJO. ESTAR HECHO UN ZORRO. ESTAR HECHO UNOS ZORROS. ZORREAR.
- zorro viejo* [11]: «muy taimada, astuta y solapada».
- zorzal* (ave) [201]: «hombre astuto y sagaz»; «simple y crédula o demasiado cándida y fácil de engañar», Chile (y germanía).
- zuncuán* (abeja) [248]: «tonta», Honduras.
- zorrupia* [11]: «prostituta».

II. CLASIFICACIÓN DE LOS NOMBRES DE ANIMALES

2. GENÉRICOS

2.1. <i>animal</i>	2.2. <i>alimaña</i>	2.3. <i>bestia</i>	2.4. <i>fauna</i>
2.5. <i>bicho</i>	2.6. <i>fiera</i>	2.7. <i>monstruo</i>	2.8. <i>cuadrúpedo</i>
2.9. <i>cachorro</i>	2.10. <i>alevín</i>		

3.1. MAMÍFEROS

CÁNIDOS

3.1.11. <i>zorro -ra</i>	3.1.12. <i>raposo</i>	3.1.13. <i>lobo -ba</i>	3.1.14. <i>perro -ra</i>
3.1.15. <i>galgo*</i>	3.1.16. <i>lebré*</i>	3.1.17. <i>sabueso</i>	

FÉLIDOS

3.1.18. <i>felino*</i>	3.1.19. <i>lince</i>	3.1.20. <i>león -na</i>	3.1.21. <i>gato -ta</i>
3.1.22. <i>tigre -gresá</i>			

BÓVIDOS

3.1.23. <i>toro -ra</i>	3.1.24. <i>miura</i>	3.1.25. <i>buey</i>	3.1.26. <i>cabestro</i>
3.1.27. <i>novillo</i>	3.1.28. <i>vaca*</i>	3.1.29. <i>matacán</i>	3.1.30. <i>búfalo*</i>

CÉRVIDOS

3.1.31. <i>ciervo*</i>	3.1.32. <i>venado*</i>	3.1.33. <i>gamo*</i>	3.1.34. <i>corzo*</i>

SUIDOS

3.1.35. <i>puerco</i>	3.1.36. <i>marrano</i>	3.1.37. <i>cochino</i>	3.1.38. <i>cerdo</i>
3.1.39. <i>chanchó</i>	3.1.40. <i>gorrino</i>	3.1.41. <i>guaró</i>	3.1.42. <i>lechón</i>

SOLÍPEDOS

3.1.45. <i>asno</i>	3.1.46. <i>pollino</i>	3.1.47. <i>borrico</i>	3.1.48. <i>burro</i>
3.1.49. <i>jumento*</i>	3.1.50. <i>quinicho</i>	3.1.51. <i>caballo</i>	3.1.52. <i>bucéfalo</i>

PROBOSCÍDIOS

3.1.53. <i>garañón</i>	3.1.54. <i>potro -tra</i>	3.1.55. <i>rocin</i>	3.1.56. <i>yegua</i>
3.1.57. <i>jaca*</i>	3.1.58. <i>mula -lo</i>	3.1.59. <i>acémila</i>	

PROBOSCÍDIOS

3.1.60. <i>paquidermo</i>	3.1.61. <i>elefante*</i>	3.1.62. <i>mastodonte</i>	3.1.63. <i>hipopótamo*</i>

CARNÍVOROS

3.1.64. <i>hiena</i>	3.1.65. <i>oso*</i>		

CARNÍVOROS

3.1.66. <i>hurón</i>	3.1.67. <i>comadreja*</i>	3.1.68. <i>coyote</i>	3.1.69. <i>chacal*</i>
3.1.70. <i>pantera</i>	3.1.71. <i>mofeta*</i>	3.1.72. <i>zorrito*</i>	3.1.73. <i>garduña</i>

RUMIANTES

3.1.75. <i>cabra -bro</i>	3.1.76. <i>cabrito</i>	3.1.77. <i>cabrón</i>	3.1.78. <i>chota*</i>
3.1.79. <i>chivo</i>	3.1.80. <i>chivato</i>	3.1.81. <i>baño -fa*</i>	3.1.82. <i>oveja -jo</i>
3.1.83. <i>carnero</i>	3.1.84. <i>cordero</i>	3.1.85. <i>borrego</i>	3.1.86. <i>chiporro</i>

3.1.87. <i>pécora</i>	3.1.88. <i>jirafa</i>	3.1.89. <i>camello</i>	3.1.90. <i>guanaco</i>
3.1.91. <i>llama</i> *			
ROEDORES			
3.1.92. <i>ardilla</i>	3.1.93. <i>lirón</i>	3.1.94. <i>marmota</i>	3.1.95. <i>rata</i>
3.1.96. <i>ratón</i> *	3.1.97. <i>laucha</i>	3.1.98. <i>guayabito</i>	3.1.99. <i>vizcacha</i>
3.1.100. <i>acure</i> *	3.1.101. <i>jutía</i>		
LAGOMORFOS			
3.1.102. <i>liebre</i>	3.1.103. <i>conejo -ja</i>	3.1.104. <i>conejillo de Indias</i>	3.1.105. <i>cobaya</i>
3.1.106. <i>gazapo</i>			
INSECTIVOROS			
3.1.107. <i>erizo</i>	3.1.108. <i>topo</i>	3.1.109. <i>murciélago</i> *	
MARSUPIALES			
3.1.110. <i>canguro</i>			
PINNÍFEROS			
3.1.111. <i>foca</i> *			
CETÁCEOS			
3.1.112. <i>ballena</i> *	3.1.113. <i>cachalote</i> *	3.1.114. <i>tonino</i> *	
PRIMATES			
3.1.115. <i>primate</i> *	3.1.116. <i>cuadrumano</i> *	3.1.117. <i>simio</i> *	3.1.118. <i>mono</i>
3.1.119. <i>gorila</i>	3.1.120. <i>macaco</i>	3.1.121. <i>mico</i>	3.1.122. <i>chimpancé</i> *
3.1.123. <i>orangután</i> *			
3.2. REPTILES			
3.2.124. <i>sabandija</i>	3.2.125. <i>serpiente</i> *	3.2.126. <i>víbora</i>	3.2.127. <i>áspid</i> *
3.2.128. <i>culebra</i>	3.2.129. <i>sierpe</i>	3.2.130. <i>majá</i>	3.2.131. <i>boa</i>
3.2.132. <i>anaconda</i> *	3.2.133. <i>cuaima</i>	3.2.134. <i>caimán</i>	3.2.135. <i>tortuga</i> *
3.2.136. <i>galápagos</i> *	3.2.137. <i>camaleón</i>	3.2.138. <i>cocodrilo</i>	3.2.139. <i>dinosaurio</i> *
3.2.140. <i>lagarto -ta</i>	3.2.141. <i>lagartija</i> * -jo*		3.2.142. <i>cuija</i>
3.3. GUSANOS			
3.3.143. <i>gusano</i>	3.3.144. <i>gusarapo</i> *	3.3.145. <i>sanguijuela</i>	3.3.146. <i>lombriz</i> *
3.3.147. <i>lambrija</i>	3.3.148. <i>oruga</i> *		
3.4. ARÁCNIDOS			
3.4.149. <i>araña</i>	3.4.150. <i>alacrán</i>	3.4.151. <i>escorpión</i> *	
4.1. AVES Y PÁJAROS			
4.1.152. <i>ave</i>	4.1.153. <i>avechucho</i>		
RAPACES			
4.1.154. <i>águila</i>	4.1.155. <i>buitre</i>	4.1.156. <i>abanto</i>	4.1.157. <i>halcón</i>
4.1.158. <i>sacre</i>	4.1.159. <i>tagorote</i>	4.1.160. <i>gerifalte</i>	4.1.161. <i>cernícalo</i>
4.1.162. <i>milano</i> *	4.1.163. <i>azor</i>	4.1.164. <i>gavilán</i>	4.1.165. <i>búho</i>
4.1.166. <i>tecolote</i>	4.1.167. <i>lechuzas</i>	4.1.168. <i>mochuelo</i> *	4.1.169. <i>querque</i>
4.1.170. <i>lislique</i>	4.1.171. <i>zopilote</i> *	4.1.172. <i>aura</i>	4.1.173. <i>tiuque</i> *
GALLINÁCEAS			
4.1.174. <i>gallina</i>	4.1.175. <i>gallo</i>	4.1.176. <i>pollo-lla</i>	4.1.177. <i>capón</i>
4.1.178. <i>pipilo</i>	4.1.179. <i>pavo-va</i>	4.1.180. <i>guajolote</i>	4.1.181. <i>guanajo</i>
4.1.182. <i>chompipe</i> *	4.1.183. <i>pisco</i>	4.1.184. <i>chachalaca</i>	4.1.185. <i>guacharaca</i>
CARADRIFORME			
4.1.186. <i>andarríos</i> *			
LIMÍCOLAS			
4.1.187. <i>chorlito</i>			
PALMÍPEDAS			
4.1.188. <i>pato</i>	4.1.189. <i>ganso</i>	4.1.190. <i>gansarón</i>	4.1.191. <i>pingüino</i> *
4.1.192. <i>cisne</i>	4.1.193. <i>gaviota</i> *		

COLUMBIFORMES			
4.1.194. <i>paloma</i>	4.1.195. <i>palomino</i> *	4.1.196. <i>pichón</i>	4.1.197. <i>tórtolo</i>
ESTRUCIONIFORMES			
4.1.198. <i>avestruz</i> *			
PASERIFORMES			
4.1.199. <i>ruiseñor</i>	4.1.200. <i>arrendajo</i>	4.1.201. <i>zorzal</i>	
PSITACIFORMES			
4.1.202. <i>papagayo</i>	4.1.203. <i>loro</i>	4.1.204. <i>cotorra</i>	4.1.205. <i>perico</i>
4.1.206. <i>guacamayo</i> *	4.1.207. <i>cacatúa</i>		
ZANCUDAS.			
4.1.208. <i>avutarda</i> *	4.1.209. <i>avucastro</i>	4.1.210. <i>cigüeño</i> *	
TREPADORAS:			
4.1.211. <i>cuco</i>	4.1.212. <i>cudillo</i>		
PÁJAROS:			
4.1.213. <i>pájaro -ra</i>	4.1.214. <i>mirlo blanco</i>	4.1.215. <i>cuervo</i> *	4.1.216. <i>grajo</i>
4.1.217. <i>golondrina</i> *-no*	4.1.218. <i>urraca</i>	4.1.219. <i>pizaca</i>	4.1.220. <i>gorrión</i> *
4.1.221. <i>pásula</i>	4.1.222. <i>gurri(p)ato</i>	4.1.223. <i>calandria</i>	4.1.224. <i>abejaruco</i>
4.1.225. <i>canario</i> *	4.1.226. <i>tordo</i> *	4.1.227. <i>pispa</i>	4.1.228. <i>pitirre</i> *
4.1.229. <i>querrequerre</i>	4.1.230. <i>bijirita</i> *	4.1.231. <i>chango</i> *	4.1.232. <i>sinsonte</i>
4.1.233. <i>yigüirro</i> *	4.1.234. <i>sijú</i> *	4.1.235. <i>sirirí</i> *	
4.2. INSECTOS			
4.2.236. <i>chupóptero</i>	4.2.237. <i>horniga</i>	4.2.238. <i>bibijagua</i>	4.2.239. <i>chichilasa</i>
4.2.240. <i>bachaco</i>	4.2.241. <i>chinche</i>	4.2.242. <i>jeleplate</i>	4.2.243. <i>garrapata</i> *
4.2.244. <i>mosca</i>	4.2.245. <i>mosquito</i>	4.2.246. <i>moscardón</i>	4.2.247. <i>abeja</i>
4.2.248. <i>zuncuán</i>	4.2.249. <i>abejorro</i>	4.2.250. <i>zángano</i>	4.2.251. <i>avispa</i>
4.2.252. <i>avispón</i>	4.2.253. <i>mariposa</i>	4.2.254. <i>polilla</i>	4.2.255. <i>ladilla</i>
4.2.256. <i>piojo</i>	4.2.257. <i>pulga</i>	4.2.258. <i>chicharra</i>	4.2.259. <i>langosta</i>
4.2.260. <i>cucaracha</i>	4.2.261. <i>grillo</i> *-lla*	4.2.262. <i>tábano</i>	4.2.263. <i>escarabajo</i>
4.2.264. <i>caculo</i>	4.2.265. <i>mayate</i>	4.2.266. <i>gorgojo</i>	4.3.267. <i>carcoma</i>
4.2.268. <i>quera</i>	4.2.269. <i>mangangá</i>	4.2.270. <i>pololo</i>	4.2.271. <i>nigua</i> *
4.2.272. <i>changa</i>			
5.1. PECES			
5.1.273. <i>pez, peje</i>	5.1.274. <i>pescado</i> *	5.1.275. <i>besugo</i>	5.1.276. <i>piraña</i>
5.1.277. <i>tiburón</i>	5.1.278. <i>marrajo</i>	5.1.279. <i>merluzo</i>	5.1.280. <i>atún</i>
5.1.281. <i>anguila</i> *	5.1.282. <i>barbo</i>	5.1.283. <i>bacalao</i> *	5.1.284. <i>abadejo</i> *
5.1.285. <i>salmón</i> *	5.1.286. <i>rodaballo</i>	5.1.287. <i>sardina</i> *-no*	5.1.288. <i>trucha</i>
5.1.289. <i>rémora</i>	5.1.290. <i>pargo</i> *	5.1.291. <i>bagre</i>	5.1.292. <i>guabina</i>
5.1.293. <i>cauque</i> *	5.1.294. <i>guachinango</i>	5.1.295. <i>balajú</i> *	5.1.296. <i>cherna</i> *
5.1.297. <i>corvina</i> *	5.1.298. <i>lorna</i> *	5.1.299. <i>charal</i>	5.1.300. <i>mote</i>
5.2. CRUSTÁCEOS Y MOLUSCOS			
5.2.301. <i>cangrejo</i> *	5.2.302. <i>jaiba</i>	5.2.303. <i>juey</i>	5.2.304. <i>camarón</i>
5.2.305. <i>ostra</i>	5.2.306. <i>lapa</i>	5.2.307. <i>percebe</i>	5.2.308. <i>caracol</i> *
5.2.309. <i>pulpo</i> *			
5.3. ANFIBIOS			
5.3.310. <i>rana</i>	5.3.311. <i>renacuajo</i>	5.3.312. <i>samarugo</i>	5.3.313. <i>sapo</i>
5.3.314. <i>escuerzo</i>			
6. IMAGINARIOS			
6.315. <i>basilisco</i>	6.316. <i>dragón</i>	6.317. <i>arpía</i>	6.318. <i>fénix</i>
6.319. <i>yeti</i>	6.320. <i>chinchintora</i>		

Editada bajo la supervisión de Editorial CSIC,
esta obra se terminó de imprimir en Madrid
en los primeros días de diciembre de 2018



El objeto de este trabajo es documentar, en los textos y en los diccionarios, el nacimiento y la evolución de las metáforas animales hasta nuestro uso actual. Son 320 nombres con sentidos metafóricos que proceden, sobre todo, de la revisión de dos diccionarios académicos: el *Diccionario de la lengua española* (RAE, 2014) y el *Diccionario de americanismos* (ASALE, 2015). También se han añadido usos metafóricos encontrados en otros diccionarios y en la documentación de los *corpora* académicos. Este libro no trata tanto de describir el *embrutecimiento* del hombre como de contar, de forma sencilla y precisa, cómo a lo largo de la historia de nuestra lengua los hablantes hemos utilizado los nombres de los animales para referirnos a nuestros rasgos físicos y a nuestra manera de ser (rasgos psicológicos) y de comportarnos (nuestras virtudes y nuestros defectos); también, con esos nombres, hemos *metaforizado* nuestras diferentes edades, profesiones y relaciones interpersonales.

Aunque la aparición de estas metáforas ha sido constante a lo largo de la historia de la lengua, ha habido épocas de mayor intensidad: el *Cancionero de Baena*, el teatro popular del *xvi* y del *xviii* y, más cerca, un novelista y una novela: Galdós y *La Colmena* de Cela. Predominan las metáforas negativas, entre ellas un buen número de insultos: *la arpía*, *el basilisco*, *el cernícalo*, *el chacal*, *la rata*... Pero también nos reconfortan *la hormiga*, *el león*, *el cordero*, *la paloma* o *elruiseñor*. En suma, «seres humanos y seres animales unidos por el nudo hermoso, patético, tierno, doloroso y, en cualquier caso, sutil y poderoso de la metáfora».

ISBN 978-84-00-10444-3



9 788400 104443



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CIENCIA, INNOVACIÓN
Y UNIVERSIDADES



CSIC

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

